

ANA ISABEL BALLESTEROS DORADO

*EL PATRIARCA DEL VALLE:*  
UNA NOVELA-REVISTA  
ESCRITA POR  
PATRICIO DE LA ESCOSURA

CALIMA EDICIONES

Palma de Mallorca

2009

Diseño cubierta: Javier Jover & ALDAGr@phic

**Esta obra ha sido publicada con una subvención de la  
Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas  
del Ministerio de Cultura,  
para su préstamo público en Bibliotecas Públicas,  
de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2  
de la Ley de Propiedad Intelectual**

Primera edición en CALIMA: mayo de 2009

© 2009 *by* Ana Isabel Ballesteros Dorado por la introducción y las notas.

© 2009 de la presente edición, *by* Calima Ediciones, S.L.

C/ Danús, 3 - 1º, 07001 Palma de Mallorca.

Tel. 971 71 81 90 • Fax 971 72 39 36

**[www.calimaediciones.com](http://www.calimaediciones.com)**

Depósito legal: M-

ISBN: 84-96458-46-8

Printed in Spain - Impreso en España.

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

1. Resumen biográfico de Patricio de la Escosura. ....	13
2. <i>El patriarca del valle</i> . ....	16
2.1. La publicación. ....	16
2.2. Género y tipología narrativa: una novela periodística. ....	17
2.3. Contexto editorial y literario: influencias y experiencia. ....	26
2.4. El narrador y sus lectores. ....	34
2.5. El narrador y la narración. ....	38
2.6. Estructura y técnicas narrativas. ....	39
2.6.1. Un orden narrativo de fines publicitarios. ....	40
2.6.2. La dosificación de los datos. ....	43
2.6.3. Presentación e interpretación de las escenas. ....	44
2.7. El narrador ante los personajes y la acción. ....	46
2.7.1. Personajes ficticios. ....	48
2.7.2. Personajes reales. ....	63
2.7.3. Personajes históricos. ....	72
2.8. Estilo y lenguaje. ....	77
2.8.1. El léxico. ....	78
2.8.2. Sustantivos y adjetivos. ....	79
2.8.3. El artículo. ....	80
2.8.4. El pronombre. ....	80
2.8.5. Las formas verbales. ....	81
2.8.6. Regímenes verbales. ....	83
2.8.7. Otras construcciones sintácticas. ....	85
2.8.8. Imágenes y metáforas. ....	86
2.8.9. El habla como rasgo caracterizador de los personajes. ....	86
2.8.10. Los tratamientos. ....	87
3. Esta versión. ....	90

*EL PATRIARCA DEL VALLE*

## TOMO I.

Prólogo.....95

## LIBRO PRIMERO. LA NOCHE DEL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1833.

Capítulo I. La cita. ....101

Capítulo II. Mina y contramina. ....106

Capítulo III. Un cuerpo de guardia. ....114

Capítulo IV. Otro cuerpo de guardia. ....121

Capítulo V. Don Ángel, la desconocida, el comandante.....128

Capítulo VI. La plazuela de Oriente. ....136

## LIBRO SEGUNDO. DON SIMÓN DE VALLEIGNOTO.

Capítulo I. El indiano. ....143

Capítulo II. Genealogía. ....148

Capítulo III. El cumpleaños. ....152

Capítulo IV. Una heredera millonaria. ....157

Capítulo V. Antecedentes. Crisis. ....162

Capítulo VI. El padre y la hija. El amante y su confidente. ....170

Capítulo VII. Catástrofe. ....174

## LIBRO TERCERO. LA EMIGRACIÓN.

Capítulo I. La invasión francesa. ....183

Capítulo II. La cura de Laura. ....188

Capítulo III. El conspirador amante. ....195

Capítulo IV. Don Ángel de vuelta a España. ....200

Capítulo V. *La belle espagnole*. ....207

Capítulo VI. Gran baile en las Tullerías. ....210

Capítulo VII. Consecuencias lógicas de un vals. ....217

Capítulo VIII. Leoncio, intrigante.....221



## LIBRO CUARTO. LAURA EN GRANADA.

Capítulo I. La caridad. ....	229
Capítulo II. Caprichos de la fortuna. ....	233
Capítulo III. Un rayo de luz. ....	238
Capítulo IV. El cabo Martín. ....	243
Capítulo V. Complicación. ....	250
Capítulo VI. Prosiguen las complicaciones. ....	256
Capítulo VII. Todos embrollados. ....	261
Capítulo VIII. Incidentes. Acontecimiento misterioso. ....	264

## LIBRO QUINTO.

Capítulo I. Revelaciones. ....	269
Capítulo II. Brillantes pesquisas. ....	274
Capítulo III. El diablo ermitaño. ....	280
Capítulo IV. Una noche en el teatro. ....	286
Capítulo V. Por ellas y siempre por ellas. ....	292
Capítulo VI. Aciertos y errores de cálculo. ....	297
Capítulo VII. Una velada en el valle. ....	301
Capítulo VIII. La vuelta al mundo. ....	304

*EL PATRIARCA DEL VALLE*

## TOMO II.

## LIBRO SEXTO. ÚLTIMOS AÑOS DE LA OMINOSA DÉCADA.

Capítulo I. Alarma en el palacio de Valleignoto.....	309
Capítulo II. Capitulaciones. ....	313
Capítulo III. Un escándalo. ....	318
Capítulo IV. Dios los cría y ellos se juntan.....	323
Capítulo V. Nueva emigración. ....	327
Capítulo VI. Intermedio del drama. ....	330
Capítulo VII. Episodios de la Revolución de Julio. ....	332
Capítulo VIII. El lance de París. ....	337
Capítulo IX. Desaparición. Sucesos de Mendoza. ....	341
Capítulo X. Sucesos varios de 1830 a 1832. ....	348
Capítulo XI. Viajes y ensueños del coronel Ribera. ....	352
Capítulo XII. Sucesos políticos en España de 1830 a 1833. Reunión en Madrid.....	356

## LIBRO SÉPTIMO. EMANCIPACIÓN.

Capítulo I. Revista retrospectiva.....	363
Capítulo II. El adolescente. Explicaciones. ....	366
Capítulo III. La visita. ....	370
Capítulo IV. Visitas de Mendoza. ....	376
Capítulo V. El ángel bueno y el ángel malo. ....	379
Capítulo VI. Cabos sueltos. ....	382
Capítulo VII. Situación política a fines de octubre de 1833. Laura paga una deuda. ....	386
Capítulo VIII. Festín en el palacio de Valleignoto. ....	395
Capítulo IX. Prosigue la materia del anterior. ....	400

## LIBRO OCTAVO. LOS ENEMIGOS DE LAURA.

Capítulo I. Adiós al valle. ....	407
Capítulo II. Política. Nueva separación de los dos amantes. ....	409
Capítulo III. Los agraviados. ....	415
Capítulo IV. Pedro el pastorcillo. ....	419
Capítulo V. Madriguera de lobos. ....	422
Capítulo VI. El león en la trampa. ....	428
Capítulo VII. Los lobos se muerden. ....	432
Capítulo VIII. El subterráneo. ....	437
Capítulo IX. La cueva. ....	440

## LIBRO NOVENO. DESENLACE.

Capítulo I. Viaje. ....	445
Capítulo II. Los presos. Don Ángel. Elisa. ....	452
Capítulo III. La beata y la mujer galante. ....	456
Capítulo IV. Primer golpe a don Ángel. Última aventura de Leoncio. ....	461
Capítulo V. Honras del duque de Vallegnoto. ....	466
Capítulo VI. Don Ángel y el barón con Zumalacárregui. Desenlace de la aventura del cuartel de Guardias. ....	469
Capítulo VII. El club. Segundo golpe a don Ángel. ....	474
Capítulo VIII. Ribera, herido y prisionero. ....	482
Capítulo IX. Ribera en capilla. ....	488
Capítulo X. Más vale un amigo que pariente ni primo. ....	494
Capítulo XI. La mano de la Providencia. ....	500
Capítulo XII. Laura convertida. Mendoza castigado. Martirio del patriarca. ....	506
Epílogo. ....	515
NOTAS. ....	519

*Para mi hijo Luis, tocayo de Ribera.*



## 1. RESUMEN BIOGRÁFICO DE PATRICIO DE LA ESCOSURA

«Hombre de acción y de pensamiento(...). Ágil de miembros, como a su actividad conviene, camina con paso presuroso, agitando a compás el brazo izquierdo y retorciéndose a menudo con la mano derecha su rubio bigote». Así definía Antonio Ferrer del Río en una semblanza<sup>1</sup> a su amigo Patricio de la Escosura.

Patricio de la Escosura vivió de acuerdo con el ambiente en el que había nacido y se había educado: su padre, Jerónimo de la Escosura, era un militar intelectualmente cultivado y amigo de eruditos y escritores entre los que destacaba Juan Nicasio Gallego. Así, en la vida de Patricio alternaron las actuaciones militares y políticas con los quehaceres literarios, unas y otros ejecutados con el mismo ardor y con desigual fortuna.

Los cargos de don Jerónimo, primero al servicio del general Castaños y luego secretario del ejército de Castilla la Vieja, hicieron trasladarse a la familia desde la capital española (donde Patricio, el primogénito, había nacido el 5 de noviembre de 1807) hasta Lisboa y Valladolid. En esta última ciudad estudió Patricio Lengua Latina con un religioso dominico del colegio de San Gregorio y luego, durante los cursos 1818-1819 y 1819-1820, Filosofía en la Universidad<sup>2</sup>, formación redondeada gracias a Cepero y a Tomás González, ambos canónigos y amigos de la familia.

Con el nuevo traslado de su padre a Madrid, donde se establecieron definitivamente los Escosura, el joven empezó a asistir al colegio de agustinos Doña María de Aragón. Allí compartió aulas con Miguel Ortiz, Lorenzo Flórez Calderón y Salustiano Olózaga. De esas fechas data también su amistad con José de Espronceda, estudiante del colegio de San Mateo, a quien conoció a través de José Valls.

Una vez concluidos los estudios de Filosofía, Patricio inició los de Leyes empujado por su padre y, aunque no los terminara, sin duda le servirían en el futuro para redactar su *Diccionario universal de Derecho español constituido* (1852). Como complemento, asistía a las clases que Alberto Lista impartía en su casa de la calle Valverde en 1823, una vez clausurado el colegio de San Mateo. Por entonces él y Miguel Ortiz idearon fundar una sociedad secreta, la de los Numantinos, a la que pertenecieron también Ventura de la Vega y José Espronceda. Ser descubiertos les valió una temporada de reclusión y ejercicios en distintos colegios y conventos, si bien el castigo no pasó más allá gracias, parece ser, a la intervención de Cea Bermúdez, relacionado por parentesco con Vega. Patricio se libró de todo aquello porque su padre, poco antes de ser denunciada la sociedad, había tomado como medida de precaución enviar a su hijo a Versalles y luego a París en septiembre de 1824, donde estudió Matemáticas con Lacroix durante un año. Además, cuando Escosura regresó a Madrid en 1826, después de pasar algunos meses en Londres, ocupó una plaza en el cuerpo de Artillería. Cadete en el Real Campamento de Artillería en 1828, subteniente en enero de 1829, alférez en febrero de 1831, fue ayudante del teniente coronel León Gil del Palacio hasta finales de 1832, mientras estuvo encargado

de la construcción del Modelo de Madrid y, a la muerte de Fernando VII, acompañó el cadáver hasta el panteón de San Lorenzo al cargo de dos piezas de Artillería.

Por otra parte, Escosura participaba en las tertulias literarias de su época, como la del Parnasillo, la del café del Príncipe o la de José Gómez de la Cortina, según se aprecia en los testimonios de Ramón de Mesonero Romanos o de Fernando Fernández de Córdoba. Pertenecía, con este último y con Espronceda, a la Partida del Trueno y formó parte, posteriormente, del Ateneo Científico y del Liceo Artístico <sup>3</sup>. En 1829 había escrito su primera comedia, guardada en un cajón y sólo mostrada a sus amigos como «medicina contra el orgullo» <sup>4</sup>. Ya en 1832, publicó su primera novela, *El conde de Candespina*.

Desterrado en 1834 a Olvera durante un año en clase de ilimitado, por sospechas de que fuera afecto al Carlismo dada su amistad con varios simpatizantes del pretendiente don Carlos, se dedicó a escribir su novela *Ni rey ni roque*, publicada en 1835 y merecedora de los mejores plácemes de la época <sup>5</sup>. Por entonces él luchaba, una vez aclarado su anticarlismo, como ayudante de Luis Fernández de Córdoba <sup>6</sup>. Entre sus compañeros parece que se encontraban el duque de Osuna, el marqués de Javalquinto, los hijos del conde de Puñonrostro y el conde de Campo Alange.

Según Ferrer del Río, los oficiales del ejército lo juzgaban bizarro, inteligente, pundonoroso, caballero «sobre toda ponderación», infatigable y activo <sup>7</sup>, a lo que se sumaba su «inmenso talento, una popularidad merecida y una gracia que, tanto en el tedio de las marchas o del cantón, como en las emociones de la batalla, mantenían el contento y la alegría de cuantos se le acercaban» <sup>8</sup>.

En la guerra no se olvidó de la literatura. En el puesto de mando de Luis Fernández de Córdoba se reunía todos los días en una tertulia con Remón Zarco del Valle, Leopoldo O'Donnell y Serafín Estébanez Calderón, de la misma manera que harían más tarde en el Casino<sup>9</sup>.

En la misma época conoció en Pamplona a María del Pilar Salvador <sup>10</sup>, hija de un capitán de Artillería, y con ella contrajo matrimonio el 28 de julio de 1836 para tomar parte en una batalla al día siguiente... aunque ya iba a emplearse en las armas por poco tiempo, pues los sucesos de La Granja obligaron a trasladarse a Madrid tanto al general Fernández de Córdoba como a su ayudante, y las consecuencias del motín empujaron a Patricio a retirarse con el grado de capitán graduado de coronel, para dedicarse a la vida literaria y política.

En 1837 se estrenaron *La corte del Buen Retiro* y *Bárbara Blomberg* y, en 1838, siendo primero secretario del Gobierno de Burgos y después del de Valladolid, *Don Jaime el conquistador* y *La aurora de Colón* en tales provincias, al igual que *Higuamota*, escrita en 1839. A finales de ese año ocupaba el puesto de jefe político en Guadalajara y se vio en la obligación de hacer frente al levantamiento de la provincia. El triunfo de éste y la subida al poder de Espartero le impelieron a marcharse a Francia. Allí recibió la visita de Espronceda en 1842 <sup>11</sup>.

En París siguió escribiendo para ganarse la vida. Se encargó de componer el texto de *La España artística y monumental*, proyecto financiado por el marqués de Remisa; escribió durante un verano en Montmorency el *Manual de Mitología* que años después iba a adoptarse como obra de estudio en las universidades; colaboró en *La Revista Enciclopédica*, que dirigía Eugenio de Ochoa, y tradujo el *Mestras* de Klopstock. Con todo, no se olvidó allí de participar en cuestiones políticas: volvió a entrar, como secretario, en una sociedad secreta, la Sociedad Militar —cuyo reglamento redactó—, creada con el fin de organizar una conspiración que permitiera volver a España a la reina María Cristina, a la sazón proscrita en París. O'Donnell ejercía la presidencia de la sociedad y Narváez la vicepresidencia.

Patricio entró con Serrano por Cataluña. Depuesto Espartero y declarada la mayoría de edad de Isabel II, se le nombró miembro supernumerario de la Real Academia Española (21 de diciembre de 1843), poco tiempo después de que su padre tomara posesión de su plaza en la misma institución (6 de junio de 1843), si bien hasta el 25 de febrero de 1847 no sería académico de número. En este mismo mes se estrenó su comedia *El amante universal*<sup>12</sup> y se estaban publicando las entregas del segundo tomo de *El patriarca del valle*.

Por las mismas fechas, Ferrer del Río elogiaba en él la adoración que sentía por su familia, lo consecuente que se mostraba con sus amigos y la tolerancia que ostentaba con sus adversarios<sup>13</sup>.

Entre tanto, había desempeñado los cargos de subsecretario del Ministerio de la Gobernación y del Ministerio de Comercio, Instrucción y Obras Públicas; era jefe político de Madrid y sería nombrado, el 31 de agosto de 1847, ministro de la Gobernación del reino, puesto del que dimitió en octubre de ese mismo año. Ya entonces figuraba en el bando progresista y se fue radicalizando en su posición, hasta el punto de tomar parte en intrigas y conspiraciones que le llevaron a emigrar otra vez a Francia en 1848, a estar de nuevo al frente del Ministerio de la Gobernación en 1856, a volver una vez más a París en 1857 y, entre unas cosas y otras, a escribir y publicar, primero por entregas y luego en volumen, su novela *Estudios históricos sobre las costumbres españolas* (1850 y 1851); la *Colección de documentos oficiales sobre el proyecto de reforma y ejecución de las obras de la Puerta del Sol y alineaciones de las calles afluentes* (1856) y, algo después, el *Diccionario-Manual griego-latino-español* (1859).

En 1862, O'Donnell le empleó como comisario regio en Filipinas, para estudiar su administración y reforma. Al volver a Madrid, se afilió al partido de la Unión Liberal. En 1866 figuró en las Cortes y en 1867 estrenó *Don Pedro Calderón*, además de publicar una edición de sus obras<sup>14</sup>. En 1871 desempeñó su misión como embajador en Alemania... Pero los últimos años de su vida, de 1875 a 1878, se dedicó sobre todo a la publicación de artículos periodísticos, tanto en la *Revista de España* como en la *Revista Contemporánea*, en la *Ilustración Española e Hispanoamericana* y en *El Progreso*. También en esos años frecuentó y colaboró en los trabajos de la Real Academia Española, entre ellos en el del *Diccionario vulgar*. Se mantuvo, pues, activo hasta que le llegó la muerte, el 22 de enero de 1878.



## 2. EL PATRIARCA DEL VALLE

### 2.1. La publicación

Según el criterio apuntado por Ferreras, a saber, que si el último tomo de una novela es más grueso que el primero o que los anteriores, entonces contó con más de doce mil suscriptores <sup>15</sup>, debería tenerse por cierto que la de Escosura al menos llegó a rozar ese número.

*El patriarca del valle* se editó dos veces en la España del siglo XIX. Se tradujo al portugués, según Iniesta <sup>16</sup>, por Fileppe de Sà y la publicó el año 1851 en Lisboa Joao José de Selles. También parece ser que se tradujo al francés, según Ferreras <sup>17</sup>.

Parece que las dos ediciones españolas se vendieron por entregas. Fragero Guerra llega a la conclusión de que la primera, aparte de publicarse en el folletín de *La Abeja Literaria*, se vendió en volumen, lo que era habitual <sup>18</sup>. En efecto, este periódico quincenal, según Hartzenbusch y según los datos aparecidos en *La Gaceta de Madrid* (12-XI-1846), publicaba novelas francesas y españolas y sus números constituían una colección de capítulos de obras distintas, que podían encuadernarse por separado <sup>19</sup>. Una vez entregados los capítulos de cada volumen, era frecuente que se pudiera adquirir entero e, igualmente, que se sumaran suscriptores una vez iniciadas o ya avanzadas las entregas, en cuyo caso se les enviaban de una vez todas las anteriores.

Esta primera edición se fue dando al mismo tiempo que la de *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas <sup>20</sup>. Debió de empezar a salir en enero de 1846, pues en abril apareció el número octavo de la *Abeja Literaria* <sup>21</sup> y, repartiéndose a razón de dos entregas por mes, en agosto de ese año ya se había dado entero el tomo primero, según se anunciaba en los distintos periódicos de la capital.

Los volúmenes de la primera edición, realizada por P. Mellado <sup>22</sup>, tienen formato en octavo <sup>23</sup>, papel de baja calidad (probablemente elaborado a base de paja, esparto y distintas plantas y maderas, como era propio de las novelas por entregas) <sup>24</sup>, tinta negra, caracteres tipográficos de Didot en el texto y letra inglesa en las nueve litografías, empaste en holandesa con el lomo de piel repujado, distintos tipos de letra en la portada y disposición en ánfora. La reproducción de un angelito en la portada y unos bigotes al principio y al final de cada libro constituyen los adornos <sup>25</sup>. Las ilustraciones vienen firmadas por “Los artistas”.

Por lo que respecta a la edición de 1861, cuenta también con un formato en octavo, pero el papel es, evidentemente, de mejor calidad que el empleado en la de dieciséis años antes. La tinta, igualmente negra, se mezcla con otros colores terrosos en la portada del tomo I, en una ilustración con rameados, decoraciones alusivas a escenas de la obra (un campo donde un ermitaño descalzo, con su báculo y en actitud orante, apoya los pies sobre una banda que lleva el nombre del autor; a su izquierda, un grupo de nobles reunidos en la escalinata y salón de un palacio; sobre ambos, un par de grupos de revolucionarios, separados por otra banda con el título de la obra encabezado por la consignación del editor «Manero <sup>26</sup> editor» y el año, 1861 <sup>27</sup>.

Cada capítulo comienza más allá de la mitad inferior de la página, pues la mitad superior aparece adornada de parte a parte con un rameado floral, el número del capítulo y, debajo, el título de éste. La letra inicial se ofrece en la mitad inferior izquierda rodeada de adornos que ocupan, verticalmente, el equivalente a once líneas, por lo que esas primeras líneas del texto aparecen con el margen izquierdo más estrecho. Un motivo floral o geométrico cierra los capítulos que no concluyen con la página. La letra pertenece a uno de los tipos de Didot, de cuerpo diez y, por lo que respecta a la encuadernación, parece pasta española.

Más interesante resulta hablar de las litografías, pues muchas de ellas se presentan firmadas, en las esquinas inferiores izquierda y derecha, respectivamente, con los apellidos de dos artistas renombrados de la época, Vicente Urrabieta y su hijo mayor Daniel Urrabieta Vierge. Las de los libros I, II, V, VII y IX llevan la firma del Vicente <sup>28</sup> y de Llopis, pero en el III se presenta también la firma de Daniel en una de ellas (La correspondiente a la reproducción en Londres de la escena en la que Valleignoto revela a Montefiorito que es hijo suyo), en el IV aquella que se corresponde con el momento en que Ribera se enfrenta a don Ángel y este intenta zafarse, en el VI aquella que representa a Ribera señalando a Mendoza y de la Flor el camino hacia Francia y en el VIII el momento en que Laura bendice a Pedro en nombre de su madre. Lo asombroso del caso es que en los estudios realizados hasta la fecha no había constancia de este precocísimo trabajo de Urrabieta Vierge <sup>29</sup>, pues en 1861 era un niño de diez años que, si bien desde los tres había ido aprendiendo de su padre, aún no había asistido siquiera a las clases de la Academia de San Fernando <sup>30</sup>.

Las diferencias entre los dos originales se reducen, casi exclusivamente, a la ortografía y tipografía. El trabajo de 1861 consistió, fundamentalmente, en actualizar la ortografía: por ejemplo, se escribe “proscrito” y no “proscripto”, “cronista” y no “coronista”. De acuerdo con el nuevo criterio, muchas mayúsculas se convierten en minúsculas en la edición de 1861. Por lo que respecta a la tipografía, las dos ediciones están excelentemente cuidadas y apenas se aprecia sino alguna que otra errata cada varias páginas.

## 2.2. Género y tipología narrativas: una novela periodística

Escosura desde el primer párrafo de la novela sitúa al lector en los parámetros de un mundo verdadero, con referentes cercanos al lector, en los que introduce un submundo “posible” de ficción, tan posible que en muchos casos se presenta amparado por situaciones verídicas o por nombres similares a los de personas que vivieron en el mundo real, como ocurre con los sucesos que desembocaron en la emigración de los liberales en 1823 (Libro III), los de la calle de Rohan durante la Revolución de Julio (Libro VI, cap. VIII; tomo II, págs. 60-66) <sup>31</sup>, los del 27 de octubre de 1833 en Madrid (Libro VIII, cap. VII; tomo II, págs. 161-167), entre otros que se irán señalando a propósito de los personajes. Esto le permite una rápida creación del marco donde desarrollar la peripecia.

Pero *El patriarca del valle* no es una mera historia de ficción. La acompañan y se superponen a ella una gran multiplicidad de elementos: exposiciones históricas, comentarios sobre las costumbres y la sociedad de su tiempo, descripciones geográficas, razonamientos éticos, ideológicos y religiosos, entre otros, conjunto variopinto de elementos que llevó a Juan Ignacio Ferreras a tratarla despectivamente y a calificarla de «informe-libro»<sup>32</sup>, expresión recordada por cuantos se han acercado después a ella. Sin embargo, en esto el relato no parece apartarse de lo que constituía la tendencia general de una época en la que el género novela se caracteriza por su capacidad de absorción de materiales diversos, lo que acabaría constituyendo uno de los rasgos más visibles del movimiento literario realista, aún apenas anunciado en España <sup>33</sup>.

Atendiendo, pues, a esa heterogeneidad de aspectos tratados con menor o mayor extensión, otros investigadores han reunido o establecido sus puntos de conexión con la «novela folletinesca», la «novela popular» <sup>34</sup> y la «novela romántica», por cuanto en ella se recurre a efectos y sensaciones fuertes, misterios, azares o muertes violentas <sup>35</sup>; con la novela moralizante <sup>36</sup>, la filosófica y social <sup>37</sup>, la autobiográfica, la histórica y la de costumbres contemporáneas <sup>38</sup> (que, frecuentemente, llegan a confluír en el decenio de 1840 a 1850 <sup>39</sup>) con sus diversas variantes, como la «novela-documento» o el «episodio nacional», calificativo que prefiere Navas Ruiz a la hora de enjuiciar *El patriarca del valle*, aunque, dados los diversos momentos históricos que en ella se presentan, más bien cabría hablar de «episodios», no en todos los casos «nacionales» <sup>40</sup>.

Más sencillo resulta juzgar esta novela, en relación con el material que ostenta, una síntesis de los modelos narrativos decimonónicos (incluidos los periodísticos), si se entiende el vocablo «síntesis» como convergencia, asimilación y acoplamiento de una multiplicidad de factores que la configuran como «novela totalizante» dentro de los marcos de su época. «Obra plural, de carácter híbrido», capaz de conjugar la influencia literaria de Sue y la ideológica de Olavide es como la define Ferraz <sup>41</sup> y no cabe dudar de su justeza. A esas palabras acaba añadiendo reflexiones sobre el «simbolismo» y el «marco alegórico» observable, porque, a través de peripecias y personajes, Escosura ofrece una interpretación de la historia de la España liberal <sup>42</sup>, como hará cuarenta años después Galdós en su *Fortunata y Jacinta*.

Ahora bien, si la clasificación genérica no se sostiene tanto sobre el «contenido» o los «materiales temáticos» cuanto sobre el «tono» y «modo de tratamiento» de aquellos, sin duda alguna la multiplicidad de géneros confluyen en los géneros periodísticos de opinión. Ya Ferraz ha llamado la atención sobre un comentario de Pastor Díaz, para quien la novela moderna era el periodismo llevado a los sentimientos, pasiones, intrigas de la vida <sup>43</sup>. En *El patriarca del valle*, el propio narrador, en cierto momento, se disculpa ante los lectores por haber cedido «a los hábitos del ex periodista» <sup>44</sup>. En efecto, Escosura, aparte de otras diversas colaboraciones literarias, había formado parte de la redacción de la revista teatral *El Entreacto*, pero también del diario *El*

*Universal* (financiado por el famoso banquero José Salamanca), un periódico de oposición “conservadora” al gobierno de Narváez <sup>45</sup>, cuyo primer número salió a finales de 1845. En él pueden leerse noticias comentadas sobre las decisiones políticas y las discusiones de la cámara de los diputados. El periódico dedicaba una sección al ejército, semanalmente otra a cuestiones religiosas, una más para crítica de teatros, firmada por *Asmodeo*, que otras veces insertaba una columna de opinión política, e incluyó tres novelitas traducidas en el tercio inferior de las primeras páginas: *Un agente de policía*, *Las mujeres*, que se dejó sin terminar, y *Tres novios*, novela de F. Soulié.

Sin negar que *El patriarca del valle* responde a los cánones de la narrativa de su tiempo, también reproduce, en una disposición distinta, las diferentes secciones de un periódico de la época, con lo que borra las fronteras entre literatura y periodismo, entre ficción y realidad, entre dos formas que dejan de exigir estilos diversos. Conviene profundizar más en tal visión, dominante en esta novela.

Aparte del gran interés que suscitaba en los años cuarenta la historia española de los años anteriores, aun cuando los sucesos estén ambientados, sobre todo, en el período de 1822 a 1834, en realidad, aquellos a los que dedica más espacio o en los que se detiene para trazar alguna escena de la peripecia, se hallan muy vinculados con situaciones de 1845, 1846 y 1847: en algunos casos es el propio narrador el que establece el contraste o el paralelismo entre uno y otro periodo, como ocurre cuando describe el paseo del Prado (Libro VI, cap. III: tomo II, pág. 21). Desde el punto de vista periodístico resulta curioso que señale la fecha de escritura, 1845 (aun cuando la entrega correspondiente no podía ser anterior a agosto de 1846) porque, firmado con fecha de julio de ese mismo año de 1846 (si bien, igualmente, publicado meses después), M. Larrazábal publicó en *La Luneta* un artículo sobre el mismo asunto titulado “El amor no está ya en el corazón. Está en el bolsillo”, en el que reproducía ideas muy similares y hasta algún detalle idéntico, como el hecho de haber sido sustituida la frase tópica de la primera época “ojo con la niña, que es bonita” por la metáfora lexicalizada “ojo con la niña, que es de plata” <sup>46</sup>.

En cualquier caso, no era la primera vez que se trataba el tema ni había tampoco excesiva originalidad en la forma de exponerlo: por poner sólo algunos ejemplos, Bretón de los Herreros había obtenido mucho éxito con una pintura de este paseo en *A Madrid me vuelvo*, pieza estrenada el 25 de enero de 1828 (Acto I, esc. 2), que se repondría en años sucesivos en los principales teatros de Madrid <sup>47</sup>; también se retrataría en sus distintas estaciones y días en *Correo de las Damas* <sup>48</sup>; B. C. (seguramente, Salvador Bermúdez de Castro) había dedicado un artículo a los paseos por el Prado, en el que escribía: “...los amores son más positivos, y el Prado de Madrid es un paseo que ostenta una calle de nombre francés y en el que las señoras y elegantes de nuestros días van a lucir sus modas extranjeras, ya paseando en *tilburys* o *landaus*, o galopando en caballos ingleses seguidos de sus *jockeys* (*sic*) o de sus *grooms*” <sup>49</sup>.

Otras muchas anécdotas y circunstancias parecen incluso ideadas de acuerdo con los intereses del momento. Recordemos algunas, aun cuando varias de ellas se han visto eliminadas en esta versión:

\* La cura de Laura. En Londres, el doctor Edwards diagnostica que Laura padece una «neuralgia, enfermedad contra la cual la medicina es casi impotente», una enfermedad de los «nervios» (la típica del siglo XIX), cuya «contextura y manera de ser son un misterio» (L. III, cap. II, p. 108). En todas sus explicaciones a Mendoza se aprecia el modo divulgativo de tratar la materia en una revista de la época. En aquellos tiempos, diversos médicos se habían acercado a la investigación del sistema nervioso: John Abercrombie (10-X-1780/14-XI-1844), por ejemplo, fue uno de los primeros en escribir un libro exclusivamente dedicado a la patología del sistema nervioso, *Pathological and Practical Researches on Diseases of the Brain and the Spinal Chord*, que se publicó en 1828 y, justo en 1846, se iba a imprimir otro especialmente interesante, *The Philosophy of the Moral Feelings* (London, Bradbury and Evans, 1846). Sin embargo, la mentalidad de este personaje médico parece deber más a la «naturphilosophie», corriente surgida de la teoría neural, según la cual sólo era posible la terapia si se conocía la causa y era preciso, además, proceder cuidadosa y prudentemente en los tratamientos, que no consistían únicamente en medicinas, sino que se referían tanto al régimen alimenticio como al plan de vida corriente si bien, por otra parte, fue agotándose a partir de 1820 y se extinguió hacia 1830 <sup>50</sup>.

El doctor Edwards, además, concibe como tarea del médico también el estudio de la psique, de acuerdo con una corriente desarrollada por Philipp Karl Hartmann (20-I-1773/1830), que se interesó vivamente por la medicina psicosomática y cuyos principios luego adquirieron desarrollo en la obra de su discípulo Ernst, barón de Feuchtersleben (1806-1849). La terapia indicada, que consiste en obligar a Laura a revivir todos los sucesos desencadenantes de la muerte de su padre y, para eso, reconstruir exactamente el convento en el que había estado depositada, parece responder a un principio de otra de las grandes corrientes médicas de la época: «*similis similibus curantur*» pero, también, guarda relación con la base terapéutica psicoanalítica, que en el caso de Laura da buen resultado: «ha recobrado completamente la memoria y con ella la razón; lo demás lo han de hacer el tiempo, el arte y, sobre todo, la naturaleza» (L. III, cap. II; p. 117).

Igualmente, cuando don Simón, al reconocer a Leoncio como hijo suyo y como pretendiente de Laura, se encuentra a punto de sufrir una «congestión cerebral», el médico que acude a su cabecera, «sin esperar al cirujano» le practica una sangría con un cortaplumas. En esto parecía seguir las doctrinas de Broussais <sup>51</sup>, según las cuales la vida estaba determinada y mantenida por la «irritación» que los estímulos exteriores producían en el organismo, de manera que tanto el exceso de tal irritación como su defecto causaban las enfermedades. Su terapéutica de dietas debilitantes y sangrías, muy difundida en España, ha sido siempre lo más criticado y recordado siempre <sup>52</sup>. Ya en la época el cirujano Louis Le Roy se manifestó contra esta práctica en su obra *La medicina curativa o la purgación dirigida contra la causa de las enfermedades* <sup>53</sup>.

\* El duelo entre Montefiorito y Ribera (L. V, cap. V, tomo I, pág. 393-394) se inserta, probablemente, cuando en fechas inmediatas sucesos similares llamaban la atención. Escosura explica: “no era el desafío de que tratamos uno de los infinitos que, por sucesos de poca monta, generalmente por galanteos, se verificaban entonces en Madrid”. En las memorias de Fernández de Córdoba se asegura que los duelos estaban de moda y se cuenta que, hacia 1825, él mismo llegó a batirse en un solo día con tres compañeros de armas, a todos los cuales dejó fuera de juego <sup>54</sup>. Escosura añade: “menos aún de la especie de los modernos duelos, de los cuales, cuando por casualidad llega a dispararse una pistola y silba su bala a diez varas de cualquiera de los campeones, se habla después en la corte y se escribe en los periódicos durante dos meses, produciendo su narración ataques de nervios. Ribera y Leoncio iban a batirse con ánimo resuelto de matarse”. Las noticias de la época hablan también de ese tipo de desafíos que no pasaban de burdos simulacros: “Hace días se hablaba de un desafío a muerte de dos notabilidades políticas, de las cuales aún no se ha muerto ninguna, gracias sin duda a la prudencia de los padrinos que, cuando se quieren encontrar, se encuentran sin trabajo muy a propósito para evitar una desgracia” <sup>55</sup>; «Varios suicidios, gran cantidad de desafíos y un rapto han hecho interesante la crónica de escándalos del mes. ¿Para qué hemos de entrar en detalles? Las gentes se han ocupado de todos los pormenores, los periódicos también» <sup>56</sup>.

\* La descripción de los actos públicos a propósito de la boda de Fernando VII con María Cristina precisamente en una época en que todo el mundo estaba pendiente de los esponsales de su hija Isabel II (L.V, caps. IV y V; págs. 278-280; 286, 288-290).

\* La mención de cómo en 1830 los militares debían ir siempre vestidos de uniforme (Libro VI, cap. III; tomo II, pág. 20), cuando en el decenio de 1840-1849 sufrirían diversas transformaciones los de los diferentes cuerpos <sup>57</sup>.

\* La alusión a que “quizá hubo entonces inocentes que imaginaron ahogada en su cuna la guerra civil, acaso hay hoy ignorantes persuadidos de que con tales medidas que se hubiesen tomado o tales otras que no se tomaran, fuera pacífico el tránsito de uno a otro reinado” (Libro VII, cap. VII; tomo II, pág. 160), precisamente en un momento, 1846-1847, en que acechaba el conato de una nueva guerra a favor del nuevo pretendiente, el conde de Montemolín. Esas palabras, aplicadas a 1833, parecían una respuesta a lo que algunos, como Gómez Colón, mantenían, al mostrarse partidarios de sofocar desde el principio y por la fuerza cualquier amago y, con motivo de las partidas que pululaban por Cataluña en 1847, añadía que si se hubiera obrado así en 1833 y 1834 no se hubiera alargado tanto la guerra <sup>58</sup>.

\* La concesión del título a los Valleignoto (Libro VII, cap. VIII; tomo II, pág. 170) precisamente cuando, merced a la boda de los reyes, se estaban concediendo diversas distinciones. Por entonces obtuvo Ventura de la Vega la llave de gentilhombré de cámara, por poner un ejemplo cercano a Escosura. Entre otros, se fundaron el título de marqués de Gerona para Francisco de Paula Castro y Orozco, y el de marqués de Valdegamas para Juan Donoso Cortés <sup>59</sup>.

\* La descripción del baile de máscaras en la fiesta de los Montefiorito, en una época en que tales fiestas causaban furor en todas las clases, incluida la familia real (Libro VII, cap. VIII; tomo II, págs. 171 y ss), cuando todavía se recordaba aquella del 16 de febrero de 1843, en la que la condesa del Montijo había presentado oficialmente a sus hijas en sociedad, y que fue descrita con todos sus pormenores, similares a los que aparecen en esta otra de los Montefiorito, en *El Heraldo* <sup>60</sup>.

\* A propósito del baile, se mencionan lujos como el empleo del gasómetro, cuyo uso público se estaba entonces generalizando en Madrid: La condesa del Montijo había instalado el alumbrado de gas para la fiesta de apertura de sus salones en 1843, hasta el momento restringido a la zona del Palacio Real, donde había empezado a usarse el 2 de marzo de 1832. En marzo de 1846 se había fundado la compañía La Madrileña, en julio de 1847 se iluminaron así las primeras calles, la del Lobo y el paseo del Prado y sólo disponían de gas las gentes más pudientes, hasta que en 1850 los locales públicos principales lo instalaron. El suministro se producía en una fábrica popularmente conocida como “El gasómetro” <sup>61</sup>.

\* También a propósito del mismo baile, se alude a la mezcla de personajes que simula un baile de máscaras, lo que resultaba algo equivalente al extravagante modo como en muchos teatros se vestían los actores, sin ningún rigor histórico. Véase, por ejemplo, un «sueño» simulado por Juan Belza, con motivo de una representación teatral: «...era uno de los primeros siglos de la era cristiana y los trajes de dos o tres siglos después; pero no es esto lo más original, sino que el calzado de los actores era de un siglo, el vestido de otro, el peinado de otro; y del sombrerillo no hay que decir (). Como que estamos en carnaval (), porque en algunos de nuestros teatros, no digo yo en todos, acostumbran a ejecutar con unos mismos trajes todas las comedias cuyo argumento es histórico siempre que la escena sea desde el tiempo de Ataúlfo hasta el de Carlos III <sup>62</sup>. De esta manera, al final del capítulo, cuando Ribera cae a los pies de Laura, visualmente Villamediana cae a los pies de la reina Isabel de Borbón y le besa la mano, desenlace típicamente teatral: en la dramaturgia de la época, tal gesto indicaba amor correspondido si la mujer no lo rechazaba con vehemencia <sup>63</sup>.

\* La defensa de la religión y de la vida religiosa (L. V, caps. I y VI; tomo I, págs. 242-244, 301).

\* Las disertaciones de Escosura o sus alusiones al suicidio, tan frecuente en la época (L. V, cap. I; tomo I, pág. 247). El suicidio no era sólo cosa de intelectuales románticos. En *El Entreacto* había escrito un artículo contra su “vulgarización”<sup>64</sup>. En las publicaciones periódicas del momento se encuentran numerosas noticias similares a las siguientes: “Hemos dicho que este mes había sido () fecundo en defunciones; en efecto, unos por propia voluntad y otros obedeciendo de mala gana a órdenes supremas, muchos habitantes de esta corte cambiaron en este mes de domicilio”<sup>65</sup>. “Anteayer se suicidó en la calle de la Pasión, inmediata al Rastro, una joven de dieciocho años, metiéndose un cortaplumas en el cuello. () Parece que, habiendo sido tomada esta resolución fatal con algunos días de anticipación, la joven tenía preparado en su baúl el hábito y la palma que por su estado le correspondía”<sup>66</sup>. José Luis Comellas se basa en los datos de Modesto Lafuente para concluir que, en 1845, con sólo leer los periódicos se podían obtener noticias de más de mil trescientos suicidios al año y, por lo tanto, se perdía más la vida de esta manera que por accidentes de tráfico en 1983<sup>67</sup>.

\* La marcha de Laura en pos de Luis Ribera coincide aproximadamente con un escándalo habido en Madrid: Carmen Álvarez de Lorenzana, hija de Concepción Castro, marquesa de Villagarcía, se había fugado con el hombre del que estaba enamorada en enero de 1847. Valera se lo contó a su padre en una carta<sup>68</sup> y se hicieron todo tipo de comentarios en la prensa de espectáculos<sup>69</sup>, sin señalar explícitamente los nombres de los implicados. Escosura ofrecía así su opinión tangencialmente, al hacerse eco del escándalo suscitado por una niña que, igual que su madre, actuaba libremente pero con menos miramiento social, aunque juzgara que la hipocresía era el precio que el vicio pagaba a la virtud (L. VII, cap. I; tomo II, págs. 276).

\* La polémica en torno al «materialismo» y «positivismo» de la época, sus principios y consecuencias, también frente a la religión católica (L. IV, cap. 1, t. 2, pág. 167-168; L. V, cap. VI, tomo I, págs. 300-301; L. VI, cap. I; tomo II, pág. 21).

\* La polémica en torno al tema de la educación. No parece tampoco peregrino que se critique la educación de Laura (L. IV, cap. I; pág. 168), pues a raíz de la ley Pidal de educación de 1845 el asunto dio bastante de que hablar.

\* La polémica en torno al uso de joyas por parte de los militares (Libro V, cap. V, tomo I, pág. 291).



Por tanto, la novela sirve de compendio de los asuntos más repetidos en los artículos de opinión del momento. Todos ellos, junto con la parte exclusivamente ficcional, podrían estar contenidos en uno o dos números de publicaciones como *La Revista Enciclopédica* o la *Revista Europea*, luego llamada *Revista de Madrid*. La diferencia estriba en que en un número cualquiera de una revista de la época, el lector encontraba una división por secciones: noticias, viajes, narración, poesía, «remitidos», historia, biografía, crónica política o, simplemente, crónica, etc., y aquí, en cambio, todos esos asuntos se engarzan en torno y al hilo de una ficción. Tal vez en el fondo de este planteamiento, queriéndolo o no, hubiera en Escosura una intención de captar el mayor número de lectores posible, como ocurría con aquellas publicaciones periódicas, de las que, probablemente, el cabeza de familia leía con preferencia los artículos relacionados con la historia, las ciencias, la política o las reformas sociales, mientras que los folletines, los cuentos, poesías, patrones o modas, crónicas y variedades interesaban más a las mujeres de la casa y, en cambio, las secciones de biografías o viajes podían atraer a todos.

De hecho, entre las ventajas del periodismo señaladas por el propio narrador en diversos momentos de la novela, se encuentra su poder de influencia: «...sobre todo, el periodismo, que, afectando todas las formas, apretándose a todas las comprensiones, acomodándose a todos los caudales, se ha filtrado, por decirlo así, en la sociedad, como el mercurio sutil a cuya acción deletérea nada resiste» (L. VIII, cap. V; tomo II, pág. 224). Algo similar diría respecto al teatro años después, en unas palabras que escondían la misma concepción de la literatura y, en consecuencia, la autoexigencia de procurar gustar a todos los posibles públicos: “...un gran libro a todos abierto, fácil de hojear, y en que (...) hallan (...) el indocto, cómodo suplemento a su ignorancia, el desocupado, obvia satisfacción a su curiosidad perezosa, el filósofo distracción discreta, el moralista ejemplos, el humano escarmientos y el pueblo... más de una verdad importante, que de otro modo, imposible fuera que a su conocimiento llegara”<sup>70</sup>.

Tal medio de interesar a todos era, por otra parte, recurso habitual en los componentes de una tertulia de la época cuando existía afluencia femenina: dando las oportunas explicaciones a las mujeres, mirándolas con frecuencia y deferencia, aderezando las intervenciones con detalles de su gusto, se comunicaban conocimientos, noticias y, en fin, se hablaba de asuntos de interés masculino.

De este modo, en una sección que podría llamarse «España pintoresca», como la que tenía en 1847 *El Siglo Pintoresco*, podrían haberse insertado páginas como aquellas en las que el autor describe el pueblo de Zúñiga (L. IX, cap. IX; tomo II; pág. 357), el río Jaló y la plana o llano de la cumbre del cabo Martín (L. IV, cap. IV; págs. 198-200); las ermitas de Córdoba (L. V, cap. I; 243-244); la Puerta del Sol (L. I, cap. I; págs. 11-12)<sup>71</sup> o el paseo del Prado (L. VI, cap. III; tomo II, págs. 19-21). No en vano, Escosura había redactado la mayor parte del texto de la *España artística y monumental. Vistas y descripciones de los sitios y monumentos más notables de España*<sup>72</sup>.

En otra sección llamada «Viajes», como las que existían en publicaciones como *La Ilustración* o *El Laberinto*, cabrían las estampas comparadas de Londres y París (L. III, cap. V; págs. 134-136) o la descripción del palacio de las Tullerías (L. III, cap. V; págs. 143-144), descripción como la que, en términos de índole histórica, se había publicado años antes en el *Semanario Pintoresco Español*<sup>73</sup>.

En «Tipos», podría haberse incluido la semblanza de los catalanes, entre los que diferencia el tipo de los montañeses del tipo de los que viven en la costa (L. III, cap. VIII; tomo I, pág. 157).

En «Modas» cabría introducir la descripción de la habitación de Laura en París (Libro III, cap. VII, pág. 152).

Una sección distinta, destinada a «costumbres contemporáneas»<sup>74</sup> o costumbres sociales, podría acoger algunos pasajes como aquel en que Escosura diserta sobre la moral social respecto a las apariencias y cómo la sociedad humilla al perdedor (L. V, cap. VI; págs. 300-301). En las críticas recibidas por sus dramas *La corte del Buen Retiro* y *También los muertos se vengán*, se elogiaba lo bien que Escosura había estudiado las costumbres de la época que se representaba<sup>75</sup>. Era de esperar que, al menos con el mismo tino, supiera reflejar las de su propio tiempo.

Algo más específico de lo que solía incluirse en secciones como «Estudios filosóficos» resultan disertaciones como la del pícaro civilizado frente al criminal por pasión (L. VI, cap. V; tomo II, págs. 36-37) o aquella en que se ocupa de la inmoralidad y el crimen como efectos de la miseria y la falta de educación (L. VIII, cap. V; tomo II, pág. 225).

Una sección más, que podría llamarse, simplemente, «Literatura» podría componerse de fragmentos como aquel en que el narrador justifica el «moralismo» del novelista y se lamenta del «materialismo» de su época (L. IV, cap. I; tomo I, pág. 168), mientras que en una sección como «Instituciones contemporáneas» cabría incorporar la exposición sobre las sociedades secretas (L. IX, cap. VII; tomo II, pág. 342-345), paralelamente al artículo que Francisco Martínez de la Rosa había publicado en *Revista de Madrid* algunos años antes<sup>76</sup>.

Pero, entre todas esas secciones, no cabe olvidar la que quedaría más nutrida, correspondiente a la «Historia contemporánea». Mirada la novela desde este punto de vista, se entienden las protestas del narrador ante un supuesto público que atribuye intención histórica a su obra (L. V, cap. IV; págs. 276-277), sus reiteradas negaciones a tal pretensión (L. VI, cap. IX; t. 2, pág. 75) y las continuas justificaciones de sus exposiciones, necesarias, en su sentir, para que el lector comprenda los hechos (L. VIII, cap. II; t. II, pág. 200). Ciertamente que, al justificar su mezcla de los sucesos históricos con los personales o particulares de los personajes en razón de que éstos tomaron parte en los acontecimientos y, viviendo en aquellas circunstancias, se vieron «apurados» por ellas, no termina de explicar las opiniones personales que inserta en tales noticias, ni la extensión que les dedica. Falta en tales exposiciones, sin embargo,

el conjunto de demostraciones y documentos que convierten en tratado histórico un texto y que, por otra parte, algunos novelistas de su época no dudaron incluir en sus obras. De ahí la razón que ampara a Escosura: la concepción periodística del artículo de opinión se acerca mucho más al modo como el autor se enfrenta y escribe sobre los temas históricos que van surgiendo, pues recopila, comenta y a veces juzga los sucesos transmitidos por fuentes, escritas y orales, de rigor e índole diversas.

Finalmente, todo lo anteriormente expuesto también parece demostrar que Escosura, pese a la mezcla de géneros tan propia de la época, distinguía con claridad unos de otros. De este modo, no resulta extraño que, para establecer las oportunas diferencias y manifestar la intención autorial, titulara *Estudios históricos sobre las costumbres españolas* y *Memorias de un coronel retirado* sus novelas publicadas en 1851 y en 1868, respectivamente.

En general, en muchas de estas disertaciones, el autor suele seguir una estructura que parte de analogías, de costumbres o situaciones de épocas antiguas, de posibles orígenes, para continuar con una visión personal del asunto y pasar luego a una descripción más o menos detallada del tema en sí.

También cabe apreciar la distancia que media entre su actitud y la actitud «científica» de quien pretende escribir un manual o un tratado o un artículo especializado. Aparte de la ya aludida ausencia de documentación <sup>77</sup> y la espontaneidad de las exposiciones <sup>78</sup>, presenta en todo momento su postura ideológica y, por tanto, su parcialidad: Cada una de las afirmaciones por él refrendadas, cada una de las opiniones razonadas en tales espacios de opinión responden coherentemente a la ideología moderada sostenida en los años de publicación de la obra. Recuérdese, por ejemplo, el discurso sobre la diferencia de clases y de qué modo el rico ha de acercarse al pobre (Libro IX, cap. I; tomo II, pág. 310), o el referente a la educación (Libro IX, cap. V; tomo II, pág. 322).

### 2.3. Contexto editorial y literario: influencias y experiencia

Escosura publicó *El patriarca del valle* en un momento floreciente para las novelas por entregas. Proliferaban las traducciones de obras francesas <sup>79</sup> y desde 1840 se había multiplicado el número de autores españoles que ofrecían así sus narraciones.

En aquellos precisos años que duró la publicación de las entregas de la primera edición, salieron de las prensas españolas, también por entregas, traducciones como *Martín el Expósito*, de Sué (1845-1846) o *Dos amores*, de George Sand, en la *Revista Enciclopédica* (1846); por lo que respecta a novelas españolas, pueden citarse, entre otras, *La enferma del corazón*, de Romero Larrañaga, ambientada en la Guerra de la Independencia, *Tormenta e incógnito*, de V. A. Bermejo, ambientada en 1826 (1846) o *Los seis meridianos del amor*, de Antonio Neira de Mosquera (1847). Desde que lo señalara Blanco García, diversos críticos han sostenido las similitudes de esta novela de Escosura con *El judío errante* de Eugène Sue <sup>80</sup>, que había empezado a publicarse dos años antes y que en 1846 seguía vendiéndose por entregas en España <sup>81</sup>.

Indudablemente, *El patriarca del valle* trata muchos asuntos, motivos, temas de actualidad presentes en otras obras de aquellos años, como se tendrá ocasión de ver en los distintos capítulos, pero en ella lo que resalta para un lector imparcial es más el dibujado contorno histórico que la peripecia anecdótica, llena de los tópicos novelescos de su tiempo. Ahora bien: si acaso pueden rastrearse otras narraciones que pudieran haber servido de modelos consciente o inconscientemente, debemos señalar las que constituyen *La comedia humana*, sobre todo *La mujer de treinta años*, que se publicó en su versión definitiva en 1844. Ya hemos dicho que si Galdós, años después, recogería en París la herencia de una trama en la que los acontecimientos políticos influyeran decisivamente en los personajes o las vidas de estos simbolizaran aquellos, Escosura, contemporáneo de Balzac, lo llevó a cabo ya en los años cuarenta: Los acontecimientos militares de la época napoleónica conducen de un lado a otro a Julia, la protagonista de *La mujer de treinta años*, como le ocurre a Laura respecto a la historia española, y algunas situaciones se reproducen casi exactamente en *El patriarca del valle*.

En primer lugar, la novela de Balzac comienza presentando a un hombre casi anciano acompañado de una bellísima jovencita, casi niña, hija suya, con la que mantiene una relación de rasgos equivalentes a los de don Simón con Laura en el libro II (quien, por el contrario, es una niña de siete años que, como las americanas, parece una europea de doce), una relación poco frecuente en la época por basarse más en el afecto y hasta en la amistad que en la autoridad (véase, Libro II, cap. IV; tomo I, pág. 69).

Además, el anciano recomienda a su hija no casarse con el coronel d'Aiglemont, en una conversación de la que se hallan ecos en el capítulo VI, Libro II (tomo I, págs. 81-85) de *El patriarca del valle*<sup>82</sup>. Los efectos de la desobediencia aparecen justo a continuación, cuando la escena avanza un año de calendario y el lector comprende que la joven se salió con la suya y, además, lleva luto por su padre, situación equiparable a lo que le sucede a Laura cuando se casa con Leoncio.

En el capítulo II, después de un desenlace amoroso desgraciado, la tristeza que carcome a Julia la sume en una enfermedad depresiva y se aísla en una ciudad provinciana, como Laura durante su estancia en Granada. Entonces un sacerdote sencillo, comprensivo y paciente con sus propias adversidades la visita con la intención de levantar su ánimo. Tanto las pretensiones que manifiesta como el modo de ejecutarlas se asemejan mucho a las que empleará con Laura el deán don Lorenzo. El sacerdote, en ambos casos, se encuentra ante una mujer virtuosa, pero no creyente, educada en el racionalismo del siglo anterior, transmitido por su padre. Tanto Laura como Julia, son, por añadidura, huérfanas de madre desde tan niñas que ni pueden recordar a la autora de sus días. Confróntense las líneas que aparecen en el capítulo III del libro IV de *El patriarca...* (tomo I, págs. 191-193), en el VIII del libro V (tomo I, págs. 304-306) y en el XII del libro IX: "...habituó (don Simón) sus oídos y familiarizó su espíritu con las doctrinas disolventes de la filosofía volteriana, haciendo a

Laura miembro de la secta deísta, sin sospecharlo ella misma” (tomo II, pág. 390, párrafo eliminado en esta edición) con las siguientes de *La mujer de treinta años*, para apreciar una similitud que difícilmente cabe juzgar casual:

Había perdido la marquesa a su madre siendo aún una niña y en su educación hubo de influir, naturalmente, el relajamiento que durante la Revolución aflojó los lazos religiosos en Francia. Es la piedad una virtud de mujer que sólo las mujeres se transmiten bien y la marquesa era una hija del siglo XVIII, cuyas creencias filosóficas habían sido las de su padre. No observaba ninguna práctica religiosa. Para ella un sacerdote era un funcionario público cuya utilidad pareciale harto discutible. (...) pero, a la primera palabra que el cura le dijera, hubo de chocarle la dulzura de aquella voz. ()

Aquella visita le dilató, por decirlo así, el alma a la marquesa. () No había querido el cura intimidar demasiado en una primera visita un dolor enteramente egoísta; pero esperaba poder, gracias a su maña, hacerle ganar terreno a la religión en una segunda entrevista. () Desplegó la constancia del apóstol y volvió varias veces por allí, siempre impulsado por la esperanza de conducir a Dios aquella alma tan noble y altiva <sup>83</sup>.

Pueden rastrearse también otros calcos, incluso expresivos. Escosura, en el capítulo referente a los “errores de cálculo”, apoya sus opiniones respecto a la sociedad aludiendo al comportamiento de los espartanos (Libro V, cap. VI; tomo I, pág. 300; Libro IX, cap. I; tomo II, págs. 276-277), ejemplo idéntico al empleado por Balzac en otra ocasión, aunque ambos autores difieran en el contenido de sus discursos:

Hasta ahora, en Francia, la sociedad ha acertado a adoptar un *mezzo termine*, se burla de las desgracias. Como los espartanos, que sólo castigaban la torpeza, parece admitir el robo. Pero puede que ese sistema sea muy sabio. El general desprecio constituye el más tremendo de todos los castigos, en cuanto hiera a una mujer en el corazón. Tienen y deben tener las mujeres todas empeño en ser respetadas, porque, en faltándoles la estimación, dejan ya de existir <sup>84</sup>.

Tampoco parece casual el recurso usado por Escosura en el epílogo, cuando se introduce él mismo como personaje y reconoce a Laura, Ribera, a dos hijos suyos, niño y niña, y a Manuela durante unas vacaciones. También Balzac se introduce como personaje en el episodio cuarto de la novela a la que nos venimos refiriendo, titulado “El dedo de Dios” y sigue con la mirada a la que luego reconocerá como la marquesa protagonista:

...descubrí una mujer que me pareció todavía bastante joven, vestida con la sencillez más elegante y cuyo dulce rostro parecía reflejar la jovial felicidad del paisaje. Un apuesto joven depositaba en tierra al niño más lindo que pudiera verse, así que jamás he podido saber si aquel beso había sonado en las mejillas de la madre o en las del niño. () otro chico (...) vestido igual que el otro, tan

gracioso, pero de formas más suaves, quedose mudo, inmóvil y en la actitud de una serpiente aletargada. Era una niña <sup>85</sup>.

Igualmente, Julia muere de dolor al ver cómo la única hija que le queda, Moina, se enzarza amorosamente con Alfredo de Vandenesse, el hijo de quien había sido su amante y, según se intuye, también padre de Moina <sup>86</sup>. Igual que ocurre con don Simón de Valleignoto, la marquesa se ve incapaz de confesar su adulterio para evitar la desgracia:

...en vano madame d'Aiglemont se habría decidido a interponer entre su hija y Alfredo de Vandenesse una terrible palabra que los hubiera separado; estaba segura de no conseguir nada, pese al poder de aquella palabra, que la hubiese deshonrado a los ojos de su hija. Estaba Alfredo hartó corrompido y tenía Moina haro talento para dar fe a aquella revelación y la joven vizcondesa la habría eludido, tratándola de astucia maternal. Madame d'Aiglemont habíase ella misma, con sus propias manos, labrado su prisión y tapiándose para morir en ella, viendo perderse la bella vida de Moina; esa vida que constituía ya toda su gloria, su dicha y su consuelo, una existencia mil veces más querida para ella que la suya <sup>87</sup>.

Por otro lado, en esos años proliferaron narraciones relacionadas más o menos estrechamente con los últimos acontecimientos vividos en España y en esto Escosura sigue la misma tendencia que sus compatriotas, con independencia de que antes ya lo hubiera hecho Balzac. Ferreras explica cómo, en 1842, gozó de inusitada acogida *El Panorama Español*, que describía todos los hechos de armas de la guerra civil y que se vendió ilustrado con grabados en madera y acero. De entre estos hechos de armas, la defensa de los liberales de Cenicero y de Villafranca en los últimos meses de 1834 <sup>88</sup> se parece enormemente a la defensa que de Ribera se realiza en la novela (Libro IX, cap. XI; Tomo II, págs. 380-386), aunque en los primeros casos sea Zumalacárregui quien disponga prender las iglesias para vencer a los liberales refugiados en ella y en la novela sea precisamente él quien se oponga.

Escosura va plasmando en su obra, sin que parezca seguir un plan premeditado, no sólo, como se ha dicho antes, los temas que más se repiten en las publicaciones periódicas de los años 1842-1847, especialmente 1845-1847, unas veces subrayados por las noticias políticas y sociales, otras como eco de la controversia que suscitaban entre pensadores e intelectuales, conforme se ha ido anotando en la presente versión; también, los temas de los libros que había ido leyendo en los años inmediatamente anteriores. No hay que olvidar que mantenía en su casa una tertulia literaria en los años de redacción de la novela y que, seguramente, en ella se discutía sobre todos estos asuntos, puede incluso que a partir de los comentarios que suscitaban las obras de los que allí se reunían: “Léanse en aquella agradabilísima reunión, cuyo recuerdo me acompañará hasta el sepulcro, composiciones, en prosa y verso, de los concurrentes; discutíase sobre ellas con urbana franqueza; y, lo que es más notable, aprovechábanse los autores de la crítica, enmendando lo que en sus obras había parecido censurable. Porque para

los que allí nos juntábamos, acertar era lo esencial; y nuestro amor propio, en vez de persuadirnos de que todo lo sabíamos, estimulábanos a aprovecharnos de los consejos y de la experiencia de todos, pero muy señaladamente de aquellos a quienes, en virtud de sus muy justos títulos, como maestros considerábamos”<sup>89</sup>.

Existen también paralelismos y numerosas coincidencias entre diversos hechos de la novela y los que aparecen publicados en las memorias de figuras amigas del autor (Fernando Fernández de Córdoba, Antonio Alcalá Galiano, Mesonero Romanos), como se ha ido señalando en esta edición. Pero, lo mismo que respecto a la designación “episodio nacional”, no debe olvidarse que, si Escosura aprovechó recuerdos de sus contemporáneos para escribir su novela, tales recuerdos y memorias se publicaron entre treinta y cuarenta años después que *El patriarca del valle* y cabe preguntarse si, por el contrario, a la hora de redactarse no se tuvieron a la vista o en la memoria las páginas de nuestro autor.

Así pues, a través de muchas menciones y digresiones se transparenta la reacción de Escosura ante la lectura de diversos libros en esa época o, incluso, su asistencia a espectáculos teatrales. En 1845, Juan de la Rosa y Juan Ruiz del Cerro habían estrenado *Heroísmo y virtud*, en torno a la época en que los carbonarios de Roma habían intentado «sacudir el yugo de los opresores». Según el gacetillero que reseñó la obra parece que el público madrileño se mostró bastante propicio durante las representaciones y en el estreno aplaudió entusiasmado cada vez que se expresaban «sentimientos de independencia y libertad»<sup>90</sup> y Escosura se refiere a ellos en distintos momentos de su novela (L. III, cap. III; pp. 118-120); habla en otro momento de los ultramontanos (Libro V, cap. III, pág. 268), sobre cuya controversia frente a los galicanos se había publicado una traducción en 1845<sup>91</sup>. Sobre las sociedades secretas y, en concreto, sobre la francmasonería, J. Velázquez y Sánchez publicó, en 1846, su novela *Sociedad del puñal o El viejo de la montaña* (Sevilla, Establecimiento Tipográfico de la Unión Andaluza), donde se analizan más extensamente varias sociedades secretas y, en concreto, esta. José Mariano Riera y Comas también lo haría en *Misterios de las sectas secretas o El francmasón proscrito* (Barcelona, Tipología de Alberto Frexas, 1847-1851). En el teatro de la época proliferaban reuniones de sociedades secretas como la que Escosura describe (Libro IX, cap. VII; tomo II, págs. 342-344), baste recordar el primer acto de *La conjuración de Venecia* u otros de obras menos famosas, como *Adolfo*, en cuyo acto II (escena III) aparece también, aunque en una escenografía más sencilla, un salón y, en una mesa, como símbolos, “un reloj de arena, unos libros y un puñal”<sup>92</sup>.

Sobre los acontecimientos contemporáneos de la historia de España, se observan exposiciones paralelas y a veces hasta expresiones idénticas a las encontradas en libros del momento, como, por ejemplo, en el debido a Francisco de Paula Madrazo al que parece seguir en detalles como el de señalar el momento exacto de la muerte de Fernando VII (las tres menos cuarto de la tarde, Libro I, cap. I; tomo I, pág. 13)<sup>93</sup> o el modo de aludir a la importancia de los fueros en las provincias del Norte para unir-

se a los levantamientos carlistas del principio de la guerra e inmediatamente a lo inadecuado del comportamiento del Gobierno de aquellos días (Libro VIII, cap. II; tomo II, pág. 197) <sup>94</sup>. Lo mismo cabe decir del libro sobre la regencia de María Cristina, debido a Joaquín Francisco Pacheco, por ejemplo cuando alude a que la Providencia no había querido evitar el conflicto derivado de la sucesión de Fernando VII (Libro VI, cap. XII; tomo II, pág. 102) <sup>95</sup>. En otros casos, sus palabras coinciden con las de los biógrafos en términos generales, aunque aparecen también divergencias, como ocurre respecto a la biografía de Zumalacárregui que publicó Zaratiegui en 1845 <sup>96</sup>, cuya lectura debió de rechazar a favor de la de Madrazo de 1844, según se ha ido anotando en los lugares correspondientes. Seguramente Escosura leyó obras como *La bande - ra tricolor* o *Los tres días de Julio en París* <sup>97</sup> o bien pudo oír los comentarios sobre ellas en las tertulias. De modo explícito, por ejemplo, se refiere a «un historiador contemporáneo» que hemos podido localizar (Luis Blanc, cuyas palabras cita literalmente sin nombrarle, y de quien toma un episodio de la Revolución parisina como base para la ficción <sup>98</sup>), o a Barbier (L. VI, cap. IX; pág. 74) y puede ser, incluso, que la lectura de estas obras le diera la idea de trasladar a Laura al escenario de los hechos cuando apenas había vuelto a Madrid, aprovechar los muchos datos que sobre aquella Revolución había acumulado a partir de fuentes directas, para así alargar la novela y retrasar el inicio de unas relaciones más próximas con Ribera. No parece tampoco casual que, más avanzada la novela, relacione a Manolito *Malaspulgas* con bandidos tan conocidos como José María, sobre el que Santa Ana había estrenado una obra en 1846 <sup>99</sup>. Lo mismo cabe decir respecto a la postura que adopta al escribir sobre ciertas figuras históricas de la época, como se verá más adelante y se ha ido señalando en la edición.

Escosura se sirve también de la experiencia y los conocimientos adquiridos en su propia vida, y atribuye a sus personajes viajes que él mismo realizó en fechas cercanas, de manera que la mayor parte de las descripciones son obra de primera mano: Escosura había tenido la oportunidad de conocer Cádiz por haber sido desterrado a Olvera en 1834, y sus notas sobre la ciudad y las costumbres de sus habitantes, aunque quizás apoyadas por diversas lecturas, las traslada a los años en que supone allí a los personajes (1815 y 1823). Laura y Leoncio emigran a Londres en 1823, tres años antes de estar él mismo allí, y luego van a París, donde él residió desde finales de 1824 hasta 1826 en que pasó a Londres por unos meses. De la misma manera, supone que Ribera contaba con posesiones en Cuba, donde también las tenía la familia del autor, y le hace pedir licencia para resolver allí algunos negocios, aunque después parezca olvidarse de tales negocios y ni siquiera llegue a su destino inicial cuando Laura le pida que vuelva a España.

Llegado el año 1828 en que a Montefiorito se le concede licencia para volver a España (el mismo año que volvieron el duque de Frías y Juan Nicasio Gallego, a los que trató frecuentemente Escosura), el lector puede preguntarse por qué precisamente se le asigna la ciudad de Granada para vivir. La misma licencia y para la misma ciudad se le había concedido a Martínez de la Rosa y allí también estuvo confinado



Cipriano Portocarrero y Palafox (15-IX-1784/15-III-1839), el conde de Teba que llegaría a ser del Montijo, pero porque ambos, uno por nacimiento y otro por relaciones familiares, se encontraban vinculados a aquella provincia.

También el viaje de Ribera a Nueva Orleans se explica dentro de la novela por la amistad que contrae con Mr. Durand. En este caso, aunque Escosura no describa una ciudad que no conocía personalmente, tampoco la elige al azar, pues era donde se habían asentado diversos emigrados españoles, con lo cual podían haber llegado noticias sobre la vida en aquel sitio.

Cuando Ribera acude a la guerra del norte, Escosura aprovecha los lugares y divisiones (Zúñiga, Lerín, la división de la Ribera) que él conocería tiempo después, para trazar la trayectoria que sigue el personaje, aunque no se corresponda con los movimientos principales que en la época estaban ejecutando los dos ejércitos y que han pasado a los libros de su historia. Es otra prueba de lo dicho anteriormente: el autor configura un “mundo posible”, ficticio pero verosímil por ser muy cercano, aunque distinto, del real.

También Patricio y sus amigos habían jugado a las sociedades secretas apenas salidos de la niñez, y ya señaló Marrast el posible parecido entre la cueva donde se reúne la sociedad secreta de Mendoza y aquella de los numantinos <sup>100</sup>.

El desenlace, en el que se introduce el autor, sucede en un lugar donde, efectivamente, estuvo Escosura en las mismas fechas y donde encontraría a otros emigrados en distintas ocasiones.

Por lo que a la historia ficcional se refiere, *El patriarca del valle* recoge y desarrolla los tópicos más conocidos del Romanticismo, plasmados, por otra parte, en la mayor parte de novelas por entregas de la época. Señalaremos sólo algunos de los más repetidos y sobresalientes:

\* El *personaje misterioso* que se esconde tras un velo (Laura en los libros I y VI, con distinta función) o un embozo (don Ángel en el L. IV, cap. IV; Mendoza en libro V, cap. III, etc).

\* Los *cambios de nombre e identidad* y el uso de los *disfraces*: Laura es María en el valle y también Luisa, la supuesta sobrina de la baronesa de Rocheblieu (L. VI, cap. XI; tomo II, págs. 92-97); siendo de alta posición social, se disfraza de manola (Ls. I y VII). Mendoza se finge italiano y, a pesar de su proscripción, vuelve a España en el libro IV. Expatriado de nuevo, cambia de aspecto y vuelve a España como Leone di Romagna, teñido el pelo, sin bigote, con barba corrida, con un gran lunar (L. V cap. II; pág. 254); igualmente, en julio de 1834 se viste igual que los que atacan los conventos (L. IX, cap. XII; tomo II, pág. 400), y en su secta se le conoce por Espartaco; don Ángel es don Sinforiano para *Tripas de tigre* <sup>101</sup> y también es don Anselmo para el general Z. y para la vieja Catalina, mientras que, en su viaje al norte, él y Peñahonda llevan sendos pasaportes expedidos a favor de don Romualdo Ramírez y don Tiburcio Sánchez (L. IX, cap. I; t. II, pág. 282). También se disfraza el día del

desarme de los voluntarios realistas y atenta contra un conocido suyo, el comandante Villaparda (L. VII, cap. VII; t. II, pág. 165). Elisa, por su parte, se disfraza de hombre para ayudar a Eduardo de la Flor (Libro IX, cap. III; tomo II, pág. 160) <sup>102</sup>.

\* El gusto por los *contrastes*, que Escosura no deja de remarcar siempre: así, «María» y Marta en el prólogo, Laura y Pablo ante la tumba de don Simón (L. V, cap. I, pág. 254); Laura y Pedro *el Pastorcillo* en su viaje a Madrid (L. VI, cap. I; tomo II, pág. 2); Laura y don Ángel (L. VII, cap. V; tomo II, pág. 143); Pedro *el Pastorcillo* y Mendoza (L. IX, cap. XII; tomo II, pág. 403). Se trata éste de un aspecto que trasciende la ficción y que, más bien, se sitúa en la visión del narrador: recuérdese, por ejemplo, cómo se describe París en contraposición con Londres. Todavía tendremos oportunidad de volver sobre esto al analizar a los personajes.

\* El riesgo del *incesto*: aquí se trata de un casamiento entre hermanos y constituye el origen del nudo dramático, pues esa extraña boda obliga a la protagonista a relacionarse e incluso convivir con una serie de «enemigos», de los que sólo conseguirá librarse al final. Recuérdense ejemplos de otras novelas como *La bruja de Madrid*, *Matilde*, *La marquesa de Bellaflor*, *La hija del mar*, de obras de teatro, como *Alfonso el Casto* y *Doña Mencía*. Otro conato de incesto aparece en el enamoramiento que experimenta Pedro *el Pastorcillo* respecto a Laura, madre adoptiva suya (Libro VIII, cap. IV; tomo II, págs. 216-222).

\*La *anagnórisis*: Simón de Valleignoto reconoce como hijo suyo al marqués del Río cuando éste le dice que es hijo de Montefiorito; Mendoza reconoce en «la loca» del cabo Martín a Luisa y, en el último capítulo, se da cuenta de que Pedro *el Pastorcillo* es hijo suyo.

\*El juego entre la *apariencia y la realidad*: la mujer vestida de manola en el primer capítulo, que parecía «del público» fue, «sin embargo, un misterio para todos». El coronel Ribera llega tarde a su puesto la noche del 29 de septiembre y eso le condena a ojos del general, pero el narrador vuelca toda su tinta en disculparle y, es más, atribuye a este retraso la posibilidad de enterarse, gracias a ciertas conversaciones que oye por casualidad, de cierta situación que le permite dirigir convenientemente a sus subalternos en beneficio de la Corona (Libro I, cap. III; tomo I, pág. 28); Ribera duda de Laura por haberla visto defender a Villaparda, cuando sólo estaba correspondiendo a la caballerosidad con que antes la había tratado el comandante: «Confesemos que las apariencias estaban contra Laura» (L. VII, cap. VIII; tomo II, pág. 170). Laura, desde la noche del baile en su palacio pero, sobre todo, siguiendo a Ribera, voluntariamente se coloca en una posición comprometida socialmente, pues las gentes la creen «dama» de su amado, cuando la relación que mantienen, por el contrario, es casta <sup>103</sup>.

\*El precio que paga la heroína por amor: el motivo del amante que obtiene el objeto de su deseo al precio de hacer elegir a la amada entre la deshonra de un ser querido (el padre o la madre, generalmente) y la unión con él, aparece en esta novela como amenaza (Libro V, cap. VI; tomo I, pág. 304), aunque luego no acabe de realizarse. El público había asistido, en el teatro, a ejemplos de esta situación: La heroí-

na de *Los amantes de Teruel* se sacrifica para evitar la deshonra de su madre. Por su parte, Leonor promete su mano a don Nuño a cambio de la libertad de Manrique en *El trovador* (aunque luego se envenene para no ser suya). Si se tiene en cuenta que tales dramas se estrenaron, respectivamente, en 1837 y 1836, se comprenderá que los lectores temieran, a partir del libro V, ver a los protagonistas de esta novela compartir la misma suerte que los de tales obras.

\*Espacios y ambientes románticos: el gabinete de Laura en su palacio madrileño ostenta el gusto arquitectónico y decorativo romántico, con sus arcos ojivales, su decoración oriental, por ejemplo. No falta en la construcción una puerta secreta por donde entran y salen a veces Mendoza y don Ángel.

También es cierto que los lectores actuales pueden bucear en *El patriarca del valle* para encontrar, trazados de modo ameno, los parámetros vitales, de moral social, de costumbres, de conocimientos, intereses de la época, con lo que se adelanta a los rasgos del Realismo literario propios de decenios posteriores. Cualquiera de los detalles que se encuentran quedan contrastados por otros testimonios y estudios, e incluso las trayectorias vitales de los personajes cuentan con numerosos paralelismos respecto a las de amigos y conocidos de Escosura <sup>104</sup>. Sin duda el carácter «enciclopédico» de esta novela permite extraer muchos datos para adentrarse y entender desde dentro un mundo por rescatar.

#### 2.4. El narrador y sus lectores

Ferreras, en su estudio sobre la novela por entregas en estos años del siglo XIX, juzga este tipo de narraciones un reflejo de la conciencia colectiva. Es el lector, en su opinión, quien la escribe, porque el autor depende de él y a sus gustos y expectativas se adecua <sup>105</sup>. No obstante, aunque publicada por entregas, *El patriarca del valle* no puede encasillarse, sin más, en el grupo más amplio del que habla Ferreras <sup>106</sup>. Ciertamente, encontramos un protagonista femenino y también los narratarios previstos parecen ser, sobre todo, femeninos. Ahora bien: tal protagonista, más que suponer, como propone aquel crítico cuando plantea el asunto a grandes rasgos, un «reflejo» del lector, se identifica con un «ideal» de las lectoras... y de la sociedad.

Los narratarios de esta novela se descubren en las fórmulas orales empleadas. Entre ellas, las repeticiones necesarias para no tener que volver atrás en la lectura, según una concepción tradicional de la novela que seguía operando en una sociedad donde frecuentemente se leían en voz alta ante un auditorio sentado en tertulia u ocupado en tareas manuales.

Tales fórmulas no operan sólo con respecto a sucesos narrados en capítulos anteriores, sino que aparecen también cuando el narrador se ve precisado a introducir un inciso o una secuencia explicativa en medio de una frase: «...abrió, sin pretenderlo, quizá por lo mismo que no lo deseaba, abrió, decimos, una brecha...» (L. cap. IV, pág. 277), «Vimos, para empezar por lo menos importante (), vimos al cuitado

barón...» (L. VIII, cap. III; tomo II, pág. 205) o en los diálogos, cuando cede la palabra a un personaje y ha de precisar a quién: «—¿Quién demonios —Prorrumpió en medio de blasfemias que no pueden escribirse— quién demonios es el alma de cántaro...» (L. VIII, cap. V; tomo II, pág. 228).

El narrador se presenta explícitamente desde el primer capítulo y, por distintos medios, señala cuáles son sus narratarios, personas de su época y su país, con gustos variados respecto al producto literario: «...para algunos lectores acaso no serán molestas nuestras reflexiones; si para otros lo son, que salten la página que las contiene y todos quedarán contentos» (L. VIII, cap. II; tomo II, pág. 197); habituados a cierto tipo de lecturas: «Quizá el lector benévolo nos agradezca que, pues no le damos manjar tan sabroso como el de los novelistas de allende el Pirineo, diversifiquemos en lo posible las viandas de esta nuestra humilde olla española» (L. VIII, cap. III; tomo II, pág. 205); gentes que viven en torno a los años cuarenta del siglo XIX, detalle que se ve con toda claridad en los capítulos referidos al baile de los duques de Valleignoto: «¡Oh! ¡Mis contemporáneas lectoras!» (L. VII, cap. VIII; pág. 167) o en la previsión de que el momento de escritura es aproximadamente el mismo en el que van a leer la obra: «...catorce años no son espacio bastante para que sensación tan honda y universal haya desaparecido» (se refiere a sucesos ocurridos a finales de 1832, L. VI, cap. XII; tomo II, pág. 103); «Los doce años que separan la época actual de aquella a que nos referimos...» (aquella es, aproximadamente, marzo de 1834) (L. VIII, cap. V; tomo II, pág. 224) pero, también, se observa una ausencia de previsión respecto al público de épocas futuras por la escasez de explicaciones que ofrece sobre términos y detalles de la vida cotidiana que entonces no las requerían, pero que obligan al lector actual a realizar una labor de «reconstrucción de época».

Escosura no deja a un lado la posibilidad de encontrar público masculino: «Si nuestro libro cae en manos de algún personaje influyente...» (L. VIII, cap. II; tomo II, pág. 224) pero, preferentemente, se dirige al femenino. En efecto, el narrador sin duda parece creer contar con más féminas que va rones entre sus lectores y, así, sobre todo a ellas y, a veces, en femenino, parece dirigir la peripecia más ficcional de la novela y algunas de las aclaraciones, de acuerdo con las formas de cortesía de la época, por las que un varón que hablara de cualquier asunto en una reunión de hombres y mujeres, podía dirigirse especialmente a éstas, elogiarlas y ensalzarlas o colocarlas por encima de los va rones, darles la preferencia en cualquier punto, sin que estos va rones se sintieran incomodados <sup>107</sup>: «Te ha sucedido, amabilísima lectora (adviértase que el autor gusta poco de la conversación masculina <sup>108</sup>)...» (L. VIII, cap. II; tomo II, pág. 204).

Tal detalle se observa, igualmente, en las justificaciones que ofrece sobre ciertos comportamientos de sus personajes masculinos, en el modo de adelantarse y prever las reacciones exclamativas de los receptores. En concreto, los referidos a Ribera: tanto cuando, creyendo cumplir su deber, pide que se le traslade a Madrid para recibir las órdenes oportunas respecto a los sucesos de Cataluña a pesar de que eso suponga eli-

minar la posibilidad de seguir viendo a Laura (L. III, cap. VIII, pág. 159); como cuando se le envía al norte en los comienzos de la guerra civil a petición suya: «¿A solicitud suya, dijimos! Sí, por cierto (). Más que poseer a Laura deseaba merecerla» (L. VIII, cap. II; tomo II, pág. 200), como cuando se recata de procurar encontrarse con Laura en Madrid para evitar comprometerla y que trascienda la pasión que siente hacia ella <sup>109</sup> (L. VI, cap. X; t. 2, pág. 85).

En este mismo sentido, la lectura de la novela persuade de que el narrador se dirige a un público escasamente cultivado, pues se comporta narrativamente como si pensase que tal vez aquel libro pudiera llegar a ser el único en las estanterías vacías de algún lector. Quizás también por eso, en él viene a compendiar muchas materias, engarzadas o tratadas al hilo de la trama novelesca. De la misma manera, parece tener en cuenta que muchos de los receptores, probablemente las mujeres más jóvenes, no conocen a fondo los sucesos de la guerra concluida poco más de un lustro antes de publicarse las primeras entregas.

Probablemente, también por este motivo se arroga indirectamente una función de «educador», función que le permite asentar juicios propios de un moralista de la época<sup>110</sup> o impartir consejos: «Crueldad exquisita, capricho inexplicable para el incrédulo, que se niega a ver la mano justiciera de la Providencia aun cuando siente el azote con que le castiga» (L. IV, cap. II; pág. 177); «...le deparó, no un capricho de la fortuna, como ella lo creía, sino un decreto de la Providencia» (L. IV, cap. II, pág. 187); «Los que tienen un dolor incurable, que huyan de la soledad, que no se fíen de la noche, se lo aconsejamos» (L. VI, cap. X; tomo II, pág. 96). Con más claridad se arroga tal función en la «revista retrospectiva» inserta en el capítulo I del libro VII. En tal momento, incluso, no sólo clasifica y califica moralmente a cada uno de los personajes, sino que se sirve de técnicas frecuentes en los libros educativos de la época, como la de exponer las lecciones en forma de preguntas y respuestas, a modo de catecismo: «¿Por qué son todos sus personajes infelices? () ¿Por qué la desdicha es la suerte inevitable del hombre...? () ¿Y en qué consiste la felicidad?» (t. 2, pág. 110).

Ciertamente, tras muchas apelaciones al lector se advierte, sin más, una fórmula tradicional de focalización o de transición de una escena a otra: «Mientras callan todos, tirios y troyanos, acerquémonos al más oscuro de los rincones...» (L. I, cap. II; pág. 21); «Mientras se entrega a las más amargas reflexiones (...) vamos nosotros a otra parte...» (Libro I, cap. 3; pág. 28); «Salgamos ahora nosotros al mundo, no sea que nos suceda otro tanto» (L. V, cap. III, pág. 267); «Dejémosle ahora ir por su camino y ocupémonos algunos instantes en Leoncio, que...» (L. III, cap. VIII, pág. 159); «Cierto que me estuviera mejor no perder tiempo predicando en desierto y, en prueba de que así lo siento, anudo el discurso y prosigo diciendo que...» (L. VIII, cap. V; tomo II, pág. 225), pero importa más comprobar que el de *El patriarca del valle* se trata de un narrador que, quizás en razón de esa función «educativa» que presume en sí mismo, dirige abiertamente, sin ambages ni recato, las opiniones de los lectores.

Así, presenta juntos a Ribera y Mendoza en el primer capítulo pero elimina la posibilidad de una relación amistosa entre ellos (pág. 14). La descripción de ambos y esta circunstancia contribuye a crear esa estética de contrastes tan del gusto romántico, pero, también, contribuye a establecer una suerte de maniqueísmo desde estas primeras páginas. El narrador, en este sentido directivo, dosifica los datos de modo que la opinión de los lectores se vea obligada a progresar de acuerdo con sus planes: «...en cuanto al espíritu, nos abstendremos por ahora de entrar en pormenores...» (Libro I, cap. II; tomo I, págs. 17-18) «A su tiempo explicaremos...» (Libro I, cap. III; tomo I, pág. 26) e incluso subraya ciertos puntos para que el lector se fije en ellos y más tarde los recuerde: «más tarde se verá por qué hacemos especial mención de esa circunstancia» (L. IV, cap. II; tomo I, pág. 183).

El lector se ve llevado y traído de la historia a la anécdota, de la digresión al hilo narrativo, se ve obligado a acompañar al narrador por el camino que éste quiere tomar aun cuando no se le hayan dado todas las explicaciones pertinentes de puntos anteriores, a los que muchas veces no sabe cuándo va a volver: «Volvamos ahora a anudar el hilo de nuestra historia, que cortamos, referida la muerte de Valleignoto» (Libro III, cap. I; tomo I, pág. 102); «Lisonjémonos con la idea de que las aventuras de los vivos habrán entretenido a nuestros lectores lo bastante para que no hayan echado de menos...» «Sin embargo, ya es tiempo de que rompamos en la materia el silencio» (L. V, cap. I; pág. 243). «A la sazón de aquel descubrimiento no nos pareció indispensable dar cuenta del contenido de ambos pliegos; ahora ya es preciso entrar en algunos pormenores relativos a la materia» (L. V, cap. I, pág. 248) «¿Habrán olvidado nuestros lectores un niño de corta edad, que de paso mencionamos en el prólogo?» (L. cap. III; pág. 26), «A su tiempo iniciaremos en ella al lector: ahora nos llama la narración de los hechos» (L. VIII, cap. VI; tomo II, pág. 242).

Como contrapartida, a veces el narrador expone hechos de interpretación obvia, pero declina hacerlo, aunque insinúe al lector la ironía que esconde detrás de tal actitud: «Dejó la hermosa mejicana caer un guante ¿por casualidad? Quizás sí, quizás no. Recogiolo con ansia Ribera y, besado, guardolo cuidadosamente» (L. III, cap. VI; pág. 151), o bien reconoce en el lector la lucidez necesaria para figurarse lo que, de todos modos, él relata: «(Ribera) trató, como sin que nosotros se lo dijéramos se lo figurarían los lectores, de informarse de la posición y vida de Laura en aquella ciudad» (L. IV, cap. V; pág. 207).

En el mismo sentido y en una actitud propia de un preceptor, apela al lector (sobre todo, a las lectoras) y finge diálogos con él (con ellas, casi siempre) de diversos modos, bien explicitándolos, como al final del libro IX, bien por medio de preguntas que tocan temas controvertidos, adecuados para debatir en las tertulias: «Lector, ¿hay casualidad o no hay casualidad?» (L. III, cap. VI; pág. 150). En tales casos, el narrador simula no imponer su opinión, aun cuando la exponga sin reparos. Pero después de condenar o juzgar la moralidad de ciertos pasajes, al volver a aparecer otros equivalentes deja en manos del lector aquel trabajo, como si confiara en que éste

hubiera adquirido la destreza necesaria para hacerlo por sí mismo: «Pero prosigamos nuestro relato, que es lo que en realidad nos importa, dejando al lector la tarea enojosa de deducir la moral del caso presente» (L. IX, cap. IV; tomo II, pág. 313). El que ejemplos de esta clase sean más frecuentes al final, puede indicar hasta qué punto los anteriores podrían estar dictados por la autoexigencia de sortear los peligros que los moralistas atribuían a las novelas.

También simula encontrarse dominado por los receptores: «Pero ¿adónde vamos? ¿Qué decimos? Nuestras imprudentes reflexiones van a sublevar contra nosotros un ejército innumerable de enemigos» (L. V, cap. VI; tomo I, pág. 301) y, tal vez por este motivo, parece sentirse continuamente impelido a justificar sus digresiones, esto es, sus comentarios y juicios, tanto ideológicos como eruditos: «...como aquellos acontecimientos, influyendo poderosamente en los destinos del país, naturalmente lo hicieron no poco en la suerte de los actores de nuestro drama, preciso y hasta indispensable es que digamos de ellos siquiera dos palabras» (L. III, cap. I; tomo I, pág. 99); «si el novelista no penetra en lo íntimo de los corazones, si no pone a descubierto sus flaquezas y no ensalza sus virtudes, si no sigue paso a paso las huellas de las sensaciones, si no introduce la sonda en la sima de los efectos, ¿qué hace, para qué sirve? (L. IV, cap. I, pág. 168); a justificar por qué no se recata de narrar hechos «inmorales» e incluso a cortar una narración que empieza a adquirir un tono subido: «Corramos un velo ya sobre tan inmundo cuadro» (L. VIII, cap. III; t. 2, pág. 209), a justificar hechos de la ficción para los que espera encontrar réplicas: «Si el plazo parece demasiado largo a alguno de los lectores habituado, como el autor, a pensar un viaje por la noche y estar antes de que amanezca en camino...» (L. IX, cap. I; tomo II, pág. 276).

### 2.5. El narrador y la narración

El narrador, situado en ese mundo real, no se considera siempre dueño del relato en él inserto. En el libro VII se presenta como personaje testigo de los hechos, durante los carnavales de 1834 y, especialmente, en el baile de los Valleignoto (caps. VIII y IX, tomo II, págs. 166 y ss); en el epílogo, situado en 1842, se presenta como amigo de varios de los personajes principales de la historia<sup>111</sup> y, de acuerdo con esa posición, desconoce algunos detalles muy concretos sobre diversos puntos de la trama: «Para averiguar lo que allá los tres trataron hemos hecho exquisitas pero inútiles diligencias; el lector, pues, habrá de contentarse con lo poco que nosotros sabemos en la materia» (L. IX, cap. IV; tomo II, pág. 314).

Así, el narrador a veces duda sobre alguno de los puntos que ofrece, como si la historia que cuenta o los personajes que crea tuvieran una existencia propia que él hubiera llegado a conocer, pero sobre la que carece de dominio preciso. Por ejemplo, no sabe el momento exacto del nacimiento de Ribera (L. I, cap. III; pág. 25), tampoco puede decir con seguridad si el amor a Laura le inspiró sonetos o no (L. VII,

cap. V; tomo II, pág. 142), ni si solicitó incorporarse al ejército del norte una vez hecho brigadier (L. VIII, cap. II; tomo II, pág. 200), no se acuerda de la “mozuela” por quien Leoncio abandonó a Juanilla (L. IX, cap. IV; tomo II, pág. 313), ni sabe qué palabras exactas le dijo al oído el general Valdestillas al general más antiguo, cuando acude tarde a su puesto (L. I, cap. III; tomo I, pág. 28). Tampoco se adentra siempre en la conciencia de los personajes y, así, no puede ir más allá de las sospechas sobre las motivaciones de Ribera para dejar indefinidamente el servicio (L. VI, cap. X; tomo II, pág. 85), ni sobre el porqué de la actitud conciliadora de la baronesa ante un proyecto de Laura que juzga descabellado: «¿Esperaba la baronesa que, en ausencia del brigadier, le sería más fácil reducir a Laura a términos razonables? () No sabemos decir nada terminante en esta materia» (L. VIII, cap. II; tomo II, pág. 204), ni si don Ángel se daba cuenta de las intenciones de *Tripas de Tigre*: «¿Advirtió don Ángel en la fisonomía de *Tripas de Tigre* () alguno de esos síntomas de vacilación o infidelidad? () No nos atrevemos a decirlo» (L. VIII, cap. VI; tomo II, pág. 248), ni lo que este personaje tenía propósito de decir en cierto momento: «iba a replicar no sabemos qué, cuando la desconocida...» (L. I, cap. V; tomo I, pág. 40).

El narrador se desenvuelve mejor en la focalización externa de las situaciones, aunque se ve incapaz de repetir ciertas palabras tal cual sonaron, como le ocurre con Manuela cuando relata su historia a Laura (L. IV, cap. I; págs. 172-175), o se confiesa incapaz de narrar o describir ciertas situaciones: «A quienes no crean ni en el magnetismo, ni en los presentimientos () ni sabemos cómo explicarles el hecho, ni pretendemos aclarárselo» (L. VII, cap. VIII; tomo II, pág. 174) y otras, renuncia a ello sin más: «haciendo una cortesía de esas que no se describen...» (L. VII, cap. IX; tomo II, pág. 179). En tales casos, con frecuencia apela a la imaginación del lector, a sus sentimientos y vivencias, para eludir una descripción o una aclaración, lo cual resulta una estrategia de debilidad expresiva: «dejando a los pobres cautivos cual se figurará fácilmente el discreto lector» (L. VIII, cap. VI; tomo II, pág. 244).

Se trata, por tanto, de un narrador no omnisciente, sino «mediador» que simula la «espontaneidad» de quien relata una historia ajena conocida para él pero en cuya creación no participa.

## 2.6. Estructura y técnicas narrativas

De acuerdo con lo dicho respecto a la difusión por entregas, el narrador parece acomodar la disposición del relato a un planteamiento retórico: capítulo a capítulo ha de convencer sobre lo interesante de seguir recibiendo las nuevas páginas de la obra. Desde esta perspectiva pueden entenderse las estrategias más repetidas a lo largo de la obra: el orden narrativo, la dosificación de los datos y el modo de presentar las escenas.



**2.6.1. Un orden narrativo de fines publicitarios:** Lo más común en el relato tradicional solía consistir en ofrecer una descripción más o menos extensa del protagonista o protagonistas, su historia personal hasta el momento en que comienza el relato y el entorno en que vivían, para continuar con una trama expuesta cronológicamente lineal. Así se acomodaban a una suerte de *ordo naturalis* retórico. Escosura parece, durante las dos primeras páginas, empezar de ese modo, por ofrecer la descripción de un lugar, habitado por quien, en efecto, podría en principio constituirse en protagonista de la narración, al dar título a la obra. Pero esa primera apariencia se esfuma en seguida, porque, antes de dar al lector la oportunidad de conocer la historia del personaje cuya apariencia física se ha descrito, se desarrolla una escena y el prólogo concluye sin que tenga noticia apenas sino del nombre de algunos personajes.

Tal organización no implica, sin embargo, excesiva originalidad. Por el contrario, la fórmula de Escosura era la considerada correcta en un buen dramaturgo y la propia de un Romanticismo que aceptaba la ruptura de las fórmulas. El propio narrador en alguna ocasión alude a los preceptos retóricos sobre la narrativa, lo que subraya, por otra parte, la arrogancia romántica con que los conculca: «Vimos, para empezar por lo menos importante, conformándonos una vez siquiera con el retórico principio de la gradación de las imágenes y los sucesos» (L. VIII, cap. III; tomo II, pág. 205). Antonio Ferraz ya ha recordado los mismos principios estéticos, sostenidos por el propio Escosura anteriormente, en *Ni rey ni roque: la libertad del escritor romántico para romper la cronología de las obras en aras del interés*<sup>112</sup>. Piénsese también, por ejemplo, en los «prólogos» de obras como *Simón Bocanegra*. La diferencia estriba en que tales «prólogos» solían corresponder a un momento de la historia muy anterior a la desarrollada en el drama, cosa que no ocurre, exactamente, en el caso de *El patriarca del valle*, pues se corresponde con lo narrado en el libro V (cap. I, pág. 254). Así pues, al cabo de muchos capítulos el lector puede pensar que la historia empieza en el prólogo e *in medias res*, cosa en la que se engaña en cierta medida.

Por otra parte, el prólogo de las novelas por entregas, cuando éstas no iban insertas en una publicación periódica, solía publicarse, bien íntegramente, bien una parte de él, dentro de una revista o periódico, como reclamo publicitario para granjearse suscriptores. Así pues, constituía un *exordio* que debía contar con los suficientes ingredientes para captar el interés del público receptor. Por eso, dado que el prólogo de *El patriarca del valle* cumplió su objetivo, pues permitió al autor seguir ofreciendo capítulos, el análisis debería permitir encontrar los mecanismos y condicionamientos de las suscripciones en la época.

Ya se ha dicho que las mujeres eran las que en mayor número leían este tipo de novelas y también que los responsables de la educación femenina se mostraban muy severos con ellas y las proscibían como lectura a las niñas y las jóvenes<sup>113</sup>. Además, en aquellos años de anticlericalismo ostentado orgullosamente en ciertas novelas por entregas<sup>114</sup>, habían llegado a juzgarse un peligro. Escosura sin duda no sólo estaba al tanto de todo

eso, sino que ya había declarado cómo “se está abusando escandalosamente del ingenio y convirtiendo lo que debiera ser lícito recreo y deleitosa instrucción, en venenoso agente de la inmoralidad”, para concluir que “si algo ha de valer la literatura, será cuando conspire a mejorar las costumbres, no cuando las corrompa” <sup>115</sup>. Así se entiende que escribiera para esta novela un prólogo escaparate de la ideología que iba a manifestarse en el libro... si bien, como ocurre con muchos escaparates, la realidad no termina de ajustarse a la imagen proyectada, calculada por la distancia, de aquél. Escosura aprovecha los primeros párrafos para simular un tipo de novela «moral», pero, aparte, crea en ella el suspense necesario para excitar la curiosidad por averiguar la identidad de los personajes descritos: a la presentación de un *locus amoenus* en un paisaje mitad agreste mitad agrario sigue la exaltación de tiernos sentimientos <sup>116</sup>. El lector puede pensar al terminar el prólogo, en primera instancia, que va a contarse una historia de una mujer “pródiga”, y esto funciona a modo de *captatio benevolentiae*: el lector conjetura que el narrador cuenta al principio el final de la historia como aviso, o bien que la historia arranca de ahí, es decir, del momento en que una pecadora arrepentida pide perdón a su padre y qué vida se desarrolla a partir de ese momento. En cualquiera de los dos casos tal lector se equivoca pero, en cambio, el autor ha sabido, desgajando un capítulo del resto de la obra, cambiando su ubicación, hacerlo servir adecuadamente de cartel publicitario. Algo similar parece ocurrir un poco más allá de la mitad de la obra, en el capítulo primero del séptimo libro, en la «Revista retrospectiva», donde el narrador se ocupa de juzgar el «sentido moral de los acontecimientos». Su resumen de los sucesos y su rápido bosquejo adjetival de cada uno de los personajes hacen pensar que este capítulo, en realidad, era el esquema que Escosura se hubiera trazado a la hora de iniciar las entregas.

El auténtico inicio, esto es, el capítulo I del primer libro, supone un comienzo *in medias res* y tiene lugar en una fecha exacta: el 29 de septiembre de 1833. Ésta sirve para orientarse en todo el transcurso de la obra a partir del libro segundo y hasta que llega el momento de proseguir el rumbo de los sucesos de tal fecha con los ocurridos al día siguiente, esto es, el 30 de septiembre de 1833, al final del capítulo II del libro VII: «ahora, anudando el hilo, digamos que Ribera... () por eso, el día 29 de septiembre...» (tomo II, pág. 119), la historia sigue su marcha más o menos cronológicamente lineal, con algún que otro salto temporal significativo e intencionado, hasta el epílogo, que se sitúa en el año 1842 y en el que se resumen los años anteriores desde que se dio por terminada la historia, en julio de 1834.

Los seis libros que median entre el primero y el séptimo sirven, en realidad, de explicación a los acontecimientos de ese día 29. Su contenido, pues, supone una larga *analepsis* cuyo *alcance* llega hasta el año 1782 o 1783, cuando don Simón de Valleignoto tiene dieciséis o diecisiete años. En cuanto a su *amplitud* ocupa también esos cincuenta años, algunos de ellos resumidos en breves páginas (los siete entre 1815 y 1822) o expuestos de forma panorámica en pocas líneas (desde 1885 hasta 1815). Dentro de esta analepsis destaca otra que se remonta a diecinueve siglos antes y que es puesta por

el narrador en boca del patriarca. Ocupa la mayor parte del capítulo VII del libro V y su amplitud es de unos ciento cincuenta años, pues el patriarca empieza por explicar quiénes eran sus bisabuelos para acabar en el momento en que, ya bien cumplidos los cincuenta años, el patriarca y su esposa se encuentran a punto de perecer debido a las persecuciones de Nerón. De modo similar, en el libro V, el autor vuelve a los sucesos ocurridos al final del libro II, esto es, a la muerte de don Simón de Valleignoto, para trazar la historia de uno de los personajes de ese cuadro, el ermitaño Pablo, que se remonta, al menos, a muchos años antes, si bien no se especifican las fechas (Cap. I).

Esta forma de ordenación global de la historia se utiliza a pequeña escala dentro de esa larga analepsis, según una fórmula muy al uso en toda la literatura y, por supuesto, en la de esta época <sup>117</sup>, en una suerte de cajas chinas. E incluso dentro de una sola secuencia temporal el narrador acostumbra a dar marchas atrás, siempre pensando en captar el interés del lector. Por ejemplo, el libro II comienza también *in medias res* (aunque en la presente versión se haya eliminado este inicio): se presenta por primera vez ante el lector a don Simón de Valleignoto cuando, en abril de 1815, se acerca a Cádiz, a bordo de la corbeta Fénix y en compañía de su hija Laura. Será después de las primeras páginas del capítulo cuando se compendie la vida anterior de don Simón, desde el año 1783. Otro ejemplo: en el cap. V del primer libro (pág. 37), el narrador vuelve por don Ángel, el personaje que sale en persecución de Ribera y del general al final del capítulo II, para explicar qué hizo hasta presentarse en el cuartel de Voluntarios Realistas, donde el lector le ha visto en el cap. IV.

Por lo que respecta al manejo del encuadramiento y el relato de cada situación concreta, Escosura no procede siempre de modo idéntico, sino que alterna la exposición de los hechos históricos con peripecias de los personajes, descripciones de éstos o del lugar de la acción, etc. Por ejemplo, en el capítulo IX del libro VII, el narrador deja a Laura con la palabra en la boca en un momento culminante para explicar la situación y las posiciones de los personajes en la escena (tomo II, pág. 183).

Con todo, frecuentemente el narrador manifiesta al lector su esfuerzo por acomodarse a un orden cronológico, sólo roto por la exigencia narrativa de acompañar a un personaje en una acción y de tener que volver atrás en el tiempo para ocuparse de las acciones realizadas, mientras tanto, por otro u otros personajes: «por referir sin interrupciones ni episodios la historia del mal aventurado amor () nos hemos anticipado en el capítulo anterior al orden natural y cronológico de los hechos (). El lector, pues, habrá de tomarse la molestia de retroceder...» (L. VIII, cap. V; tomo II, pág. 223). De la misma manera, se cuentan diversas anécdotas del baile de los Valleignoto en los capítulos octavo y noveno del libro VII, y sólo después de que medien dos capítulos y algunos días, durante los que el narrador ha seguido a Laura y Ribera, se vuelve a la noche del baile, para seguir las acciones del barón de Peñahonda y de Matilde (L. VIII, cap. III; tomo II, pág. 205-207).

En algunos momentos, y el mejor y más claro ejemplo lo suponen los dos primeros capítulos de la novela, se separan las acciones que se dan simultáneamente y se ofrecen de forma sucesiva, unas veces para facilitar la comprensión del lector, otras, como siempre, buscando mantener el interés.

Sin duda, lo valioso de la ruptura de la linealidad que ensaya Escosura en esta obra reside en la intención que la preside y en la variación de los rasgos estilísticos que la acompañan. En definitiva, la organización propuesta en cada caso por Escosura responde a una fórmula de captación del interés que tiene que ver con la dosificación de los datos, como va a tratar de explicarse.

**2.6.2. La dosificación de los datos:** El primer capítulo del libro I, igual que el prólogo, cumple la función de intrigar al lector sobre unos personajes que le resultan atractivos (Ribera y Mendoza) cuyos comportamientos ambiguos, equívocos o inexplicables en ese primer momento, se espera que dejen de serlo conforme se desentrañe la aparentemente compleja red de relaciones, implicaciones, historias personales y acontecimientos, es decir, conforme se vayan comprando las entregas.

El segundo capítulo desarrolla una peripecia paralela a la del primero, peripecia ocurrida exactamente en el mismo lugar y a la misma hora sin que el protagonista del primer capítulo se percatara de ella. De nuevo resultan enigmáticas las acciones presentadas.

Así, el lector que, interesado por la trama que parece esconderse tras el prólogo, adquiere la primera entrega de la obra para averiguarla, queda atrapado por un motivo y una anécdota distinta, con los que, no obstante, él sabe que ha de guardar alguna relación en último término. Pero se le cierra la puerta del capítulo justo en un umbral que le impide conocer a dónde es conducido Ribera. Así, llega al segundo capítulo y entonces se encuentra con una situación producida a la vez que la del primero: se le involucra en otro enfoque, se da cuenta de lo anunciado al final del primer capítulo pero se le deja en ascuas sobre el término de la nueva orientación, así que hace falta una nueva entrega para enterarse de muchos porqués.

Esta primera fórmula, repetidamente utilizada con variaciones, consiste, pues, en no dejar nunca de sembrar intrigas y, sobre todo, en no dar toda la información sobre aquel dato que primero despertó la curiosidad del lector sin haberle dejado antes interesado por otro asunto nuevo.

Así, por ejemplo, al acabar el libro I en el crepúsculo matutino del 30 de septiembre de 1833, el lector sigue sin saber quién sea la dama desconocida ni esa «Laura» por quien Ribera está dispuesto a todo. Se hace, pues, necesario adentrarse en el libro II y esperar pacientemente a que con la diversidad de los datos, ahora presentados extensamente, acaben encajando todas las piezas y personajes. No obstante, hasta el libro IV no existen más que sospechas sobre la posible vinculación entre Laura y la dama desconocida y eso es gracias a Manuela, personaje que aparece en el

primer capítulo de este libro y que era el que acompañaba a la dama desconocida el 29 de septiembre de 1833 en el libro primero.

En muchos casos, tal manera de escatimar datos esenciales se debe, con toda claridad, al modo de darse las entregas. En el cap. VII del libro V, el patriarca cuenta su historia pero, de la misma manera que en otras ocasiones, la excusa de que suena la campana que llama a Pablo a las ermitas, corta su conclusión: por una parte el lector se queda sin saber qué le ocurre finalmente al patriarca, por otro se pregunta por qué ha de acudir Pablo a las ermitas.

Otro medio de crear intriga consiste en amagar el anticipo de un dato posterior al momento en que se sitúa el relato. El narrador parece estar a punto de realizar una *prolepsis*, pero se contiene. Por ejemplo, en el primer capítulo del libro VI, al referirse al mutuo afecto entre Laura y el joven Pedro, el narrador acaba con la exclamación: «¡Qué más para unirlos estrechamente! ¡Qué más para que su recíproco afecto se convirtiera luego en un manantial de padecimientos! () No nos anticipemos, si embargo, a los sucesos; refrámoslos, que es, sin duda, lo que el lector desea» (t. 2., págs. 2-3). Otro ejemplo: don Ángel recibe una carta de Mendoza y decide seguir sus instrucciones fielmente (Libro IV, cap. VII, pág. 232), «promesa que, por desdicha, cumplió al pie de la letra» y, en efecto, a continuación se narran algunos de los extremos relacionados con tales instrucciones pero, en lo referente a Leoncio y Laura, habrá que esperar a las entregas siguientes para averiguar de qué modo «saldan sus cuentas», como dice Mendoza, con ellos.

**2.6.3. Presentación e interpretación de las escenas:** La técnica de Escosura, por lo que a este punto respecta, suele consistir, a grandes rasgos, en exponer linealmente una escena tal y como se desarrolla externamente, aunque con alguna que otra pincelada de focalización interna de algún personaje. Al concluir la secuencia, vuelve atrás con el fin de ofrecer las suficientes explicaciones para que la escena adquiera todo su sentido. Un capítulo como el VII del libro VI, sirve de ejemplo, entre otros muchos que podrían escogerse: aquí el narrador describe la forma de actuar de dos personajes españoles que intervienen en la Revolución de Julio parisina y sólo al final del capítulo octavo el lector sabe con certeza, a través de Laura, quien reconoce a uno de ellos por la voz, que tales personajes no son sino Mendoza y don Ángel.

De modo semejante, en el cap. III del libro V el autor se sitúa en las ermitas de Córdoba, adonde acude un hombre ajeno a ellas con la intención, en sus palabras, de retirarse temporalmente del mundo, pero sin pronunciar votos. El narrador describe sus actos, sus gestos, su actitud, pero silencia su nombre. Uno de los ermitaños parece reconocerle y tanto el hermano mayor como Pablo quedan sobre aviso. Pero el autor llega a una escena esencial y entonces vuelve a guardarse su conocimiento de las identidades y hace salir de sus respectivas ermitas a tres ermitaños embozados que se siguen el uno al otro y llegan sucesivamente a la celda de Pablo. Sólo cuando se enta-

bla el diálogo entre Pablo y el primero, y éste se llama a sí mismo Mendoza y se enfrenta con él el siguiente ermitaño, que resulta ser el marido de Luisa, y llega, por fin, el hermano mayor, se sabe quién era cada uno. Ahí la pintura de Mendoza, con una capa y el sombrero calado hasta las cejas, constituye una estampa auténticamente romántica (tomo II, págs. 271-273). Una vez más, primero se cuenta la escena y luego se agregan y aclaran los datos escamoteados. De esta manera, se ofrece al lector la oportunidad de reconocer por sí mismo a los personajes, de elucubrar sobre el posible significado de los hechos para que luego, al confrontarlos con la solución del narrador, encuentre la misma satisfacción que ante un crucigrama bien resuelto.

Otras veces el autor idea lo que podría estimarse una variante de esta técnica, cuando el narrador se sitúa en la perspectiva de alguno de los intervinientes de las situaciones y, desde sus impresiones o percepciones, explica los sucesos: Laura, Leoncio y sus criados quedan encerrados en una habitación y «como diez minutos después... sonaron en esto golpes como de cuerpos duros que caen irregularmente sobre tablas (); a poco sonó en el piso segundo un ruido análogo al que proseguía en el principal y, luego, lo mismo en el tercero y, a su vez, en las boardillas, por manera que durante durante más de un cuarto de hora parecía, en efecto, que los revolucionarios se ocupaban en demoler la casa» (Libro VI; tomo II, págs. 61-62). El trayecto, pues, va desde la sensación a la interpretación de tales personajes y no será hasta más tarde cuando el autor ofrezca al lector el motivo auténtico de tales golpes. Otro ejemplo: en el capítulo quinto del libro IV, Ribera ve a un embozado seguir el mismo camino que él y que Laura y decide salir a partir de entonces bien armado para enfrentarse con él en caso de verlo a encontrar. Cuando esto sucede, el lector descubre —y no antes— que se trataba de don Ángel y tiene la oportunidad de comprender cómo y por qué ha llegado hasta allí gracias al siguiente capítulo, donde el narrador cuenta las peripecias del personaje. Igualmente ocurre con respecto a Villaparday, de nuevo, con respecto a don Ángel en el libro VII (cap. II; tomo II, págs. 164-166) y, una vez más, con Peñahonda y don Ángel en el libro IX (cap. I; tomo II, pág. 282-283).

Hay veces, incluso, aunque no se prodiguen, en que el narrador empieza por el final y adelanta el desenlace para luego ir desarrollando cómo se llegó a él: «el éxito coronó sus esperanzas, como a verlo vamos» (L. IX, cap. III; tomo II, pág. 302).

Con todo, no se trata de una fórmula fija: En otros casos, primero ofrece un boceto del entorno, del lugar donde va a desarrollarse la escena. A continuación presenta a los personajes y, finalmente, les deja actuar. Véase, por ejemplo, los capítulos I y III del primer libro. Recuérdese, en el último, cómo esboza un panorama de lo que se veía al llegar al Palacio (pág. 28), para luego detenerse en «el veterano vencedor de San Marcial» y en el trato que dispensa al general acompañante de Ribera y a éste. También el cuarto capítulo del primer libro se sitúa históricamente, se dan las explicaciones pertinentes sobre el lugar y la situación, y luego se ofrece la escena, el lance, aunque falten algunos datos para acabar de comprenderlo perfectamente.

En alguna que otra ocasión el narrador pinta las interacciones y distancias relativas de los personajes en una situación concreta a modo de cuadros o de escenas congeladas de ópera tras un aria o un momento culminante. Por ejemplo, cuando, en el cap. I, del libro III, retoma la última escena del libro II, el desenlace de la boda, y se detiene a describir externamente a cada uno de los personajes (pág. 102-103). También recuerda al modo como solía reproducirse, en las publicaciones periódicas, el dibujo de una escena de un drama de moda <sup>118</sup> o las ilustraciones insertas en la propia novela, en una suerte de retroalimentación.

## 2.7. El narrador ante los personajes y la acción

«Pintamos, pues, hemos pintado hasta aquí y pintaremos en adelante tipos generales, sí, seres quiméricos más que reales, pero no hay un solo hecho en esta narración, a excepción de los que fue preciso inventar para el enlace de la fábula, que no sea tomado de la naturaleza» (L. VIII, cap. III; tomo II, pág. 208).

Crítico de su caracterización de personajes con tales palabras, Escosura en ellas alude, por una parte, a la intención realista y, por otra, a la abstracción y generalización creadoras de modelos. Inmerso en una época «costumbrista», aficionada a los «tipos populares», no puede buscarse en los personajes de Escosura la individualización que propondrían otros narradores más cerca del siglo XX. En contrapartida, su «galería» permite comprender ciertas concepciones tanto del autor como de su época y también conocer la tipología de personajes más habituales en la narrativa de su tiempo. En efecto, sus distintos retratos parecen rellenar las fichas de una clasificación social caracterizada axiológicamente <sup>119</sup> conforme a una serie de coordenadas:

En el plano político, se distinguen el realista-carlista Rafael de Villaparda, el realista por gratitud que lucha como cristino Luis Ribera, el liberal ilustrado Simón de Valleignoto, el liberal acomodaticio Leoncio, el republicano exaltado Pedro Mendoza, el liberal revolucionario, comprometido e idealista Eduardo de la Flor, el espía doble sin escrúpulos don Ángel y, en puestos secundarios, los carlistas *Tripas de Tigre* y el prior del convento del Noviciado.

En el plano social, aparece la nobleza cortesana corrupta, representada en Peñahonda, Matilde y Leoncio, frente a la nobleza cortesana virtuosa, representada en la baronesa de Rocheblieu, y la nobleza de sangre y armas en la que se sitúan Laura y Ribera y, en cierto sentido, don Simón. Del estado eclesiástico destacan el deán don Lorenzo, ilustrado y liberal, hombre de su tiempo, escrupuloso con sus deberes; frente a él, el patriarca, que vive la fe y trata de inculcarla por medios “anticuados” e inconvenientes según el narrador. Por otro lado aparecen los ermitaños de Córdoba y, en el último libro, Pedro *el Pastorcillo*. Frente a ellos se describe al prior del convento del Noviciado, cuya moral se censura, y al franciscano carlista que ayuda a don Ángel a promover el motín contra Zumalacárregui. En otro estrato se sitúa una clase social baja a la que pertenecen la honrada Manuela, la deshonrada Juana, el grupo de bandoleros granadinos, *Tripas de Tigre* y los suyos.

Párrafo aparte merece la tipología de mujeres: Laura es, hasta el epílogo, virgen y casta. En contraposición con ella, se sitúan Luisa, la «adúltera» (L. IV, cap. IV; págs. 201-207)<sup>120</sup> y la marquesa de Sotoverde, también adúltera, pero a quien pertenecer a una clase social alta parece defender de un fin tan trágico como el de Luisa. Frente a aquélla se pinta a la baronesa de Rocheblieu y, frente a ésta, a Manuela, de clase social humilde, como Luisa, pero casta a diferencia de ella. Por otro lado, aparecen dos mujeres libres y solteras, Elisa y Juana, a las que el narrador sitúa en semejante ámbito moral cuando las circunstancias las reúnen y entre las que encuentra por diferencia fundamental la clase social a la que pertenecen: una es querida de un intelectual y se mueve en el ámbito de la alta sociedad, mientras que a Juana se la define como «especie de feudo eclesiástico».

La creación de cada uno de estos personajes, además, depende de la acción novelesca. Cuentan con una función en ella y, por eso, muchas veces quedan descritos o definidos por oposición, incluso en sus actuaciones. Así, los amoríos de los dos hermanos Montefiorito, caracterizados en un caso por el libertinaje erótico y en el otro por la castidad física, se sitúan uno a continuación del otro, para que por medio de esa yuxtaposición el lector asimile la imagen que de cada uno quiere ofrecer el autor (véase, por ejemplo, la descripción de la vida que Leoncio lleva en Madrid, mientras su hermana-esposa Laura vive recogida en Granada sin admitir la compañía del hombre al que ama y al que se conforma con ver a través de una vidriera cuando le pasea la calle, Libro IV, cap. V; págs. 213-218).

Escosura muestra en el capítulo séptimo del libro IV el manejo de su tramoya: la unidad de la acción depende de la conexión de los personajes entre sí, de manera que éstos, cada cual con su movimiento propio, relativamente invariable, se mueven en el relato como las fichas en un ajedrez; esto es, con referencia a dos fuerzas: la centrífuga y la centrípeta. Cada acto de uno repercute en los otros y provoca reacciones, peligros y caídas. El tablero, aunque simula ser un territorio real y de sus mismas dimensiones, con personajes históricos de fondo que a veces se acercan al primer plano, en realidad manifiesta lo reducido de su espacio en lo frecuentemente que se encuentran unas fichas con otras, unos personajes con otros.

Ahora bien: el esfuerzo del narrador y su pericia residen, de una parte, en la precisión de esos pocos trazos que bastan para que el lector rellene sus blancos y, de otra, en la coherencia impresa al movimiento de cada uno en el seno de la acción y en relación con los acontecimientos y circunstancias históricas, acontecimientos y circunstancias que funcionan como móviles y motivos más o menos directos de la mayor parte de los movimientos, viajes e incluso acciones de cada uno.

De hecho, cuando presenta un hecho casual o poco frecuente, satisface los peros con explicaciones que lo hacen posible y cuando esas situaciones en las que se encuentran tienen que ver con decisiones de personajes históricos, entonces los ficticios fun-



cionan como peones en sus manos, si bien esos movimientos que tales personajes históricos les hacen dar resultan con frecuencia decisivos en sus vidas y en la trama novelada. Todo ello les convierte en seres verosímiles.

Sólo algún ejemplo: los Montefiorito son invitados a un gran baile en las Tullerías y el autor lo atribuye más al orgullo herido de una princesa y a su empeño por hacer triunfar su gusto que al deseo de hacerles un favor. Pero el caso es que ellos lo disfrutan, y Laura conoce en tal baile a Ribera. Una vez en Granada, vuelven a encontrarse, porque el coronel es enviado allí con una guarnición de soldados previendo el estallido de una conjuración. De la misma manera, una vez descubierta es enviado al Campo de San Roque “donde la proximidad de los emigrados requería concentración de fuerzas por parte del Gobierno” (Libro IV, cap. V; pág. 234): eso les separa e induce a Laura a retirarse al valle.

### 2.7.1. Personajes ficticios

\* *El patriarca del valle*: Ya se ha comentado que, desde que Blanco García lo señalara, los críticos han anotado la relación de esta novela con *El judío errante* de Sue, debido a la presencia de este personaje, que recorre diversos siglos y une todas las generaciones de una estirpe <sup>121</sup>. Además, en su martirio final se ha visto la confluencia de la historia secular de los Valleignoto y la española contemporánea, además de una relación entre la Iglesia de los primeros tiempos y la decimonónica. Para Ferraz, por añadidura, con su extinción se produce un proceso de regeneración moral y religiosa, lo que Escosura utiliza para conferir un sentido moral y religioso a la historia española contemporánea <sup>122</sup>. Recuérdese, por ejemplo, que cuando el patriarca ha de salir de Granada en dirección a Madrid, el autor señala un claro paralelismo entre lo que les ocurre a él y a Pablo con los sucesos que marcan, para los cristianos, lo celebrado el Domingo de Ramos y el Viernes Santo (L. IX, cap. V; tomo II, pág. 326).

En la descripción que de él se ofrece en el prólogo, el patriarca manifiesta por su aspecto exterior cada uno de los rasgos psicológicos pero también simbólicos que van a atribuírsele. Escosura parece extraer tanto el nombre como el aspecto del personaje que da título a la novela de las estampas con que solían ilustrarse las biblias y libros hagiográficos de la época: el báculo, como signo de autoridad patriarcal, la túnica, el rosario, que era frecuente llevar colgando en muchas órdenes religiosas; el manto de la clámide romana, al retrotraer a una época clásica, anuncia lo que constituye la peculiaridad del personaje: haber vivido durante mil ochocientos años.

Un detalle muy propio de la descripción romántica estriba en el contraste entre el color blanco de la barba y el cabello, como índices de longevidad, y la ausencia de otros rasgos en la fisonomía y la actitud que así lo constatan y que, por el contrario, se asocian con el vigor de la madurez. El lector que desconoce a estas alturas, como es natural, el contenido de la novela, quizás lo asociara con ese tipo de incorruptibi-

lidad atribuida a los justos en la imaginaria católica. Se suma a lo dicho el que las primeras palabras que pronuncia el personaje son de alabanza a Dios por su «inmutabilidad». De acuerdo también con los modos grandilocuentemente teatrales de los libros hagiográficos, el personaje cae de rodillas para continuar su oración, en un gesto coherente con todos los que constituyen su conducta.

Su mayor defecto, según el narrador, es el orgullo de estimar el estado eclesiástico o el del «retiro del mundo» el perfecto, un orgullo que el narrador desbarata (L. VIII, cap. I; tomo II, págs. 188-196).

En él o a través de él, por otra parte, se observa una tesis semejante a la del duque de Rivas en su *Desengaño en un sueño*: la negación de que la vida retirada desde el nacimiento elimine toda curiosidad y la demostración de que, por el contrario, la experiencia del mundo supone el mejor antídoto o vacuna contra él. Lisardo, el protagonista, se rebela ante Marcolán por la reclusión en que vive. Éste le hace experimentar en un sueño fantástico todas las pasiones propias del mundo y Lisardo, desengañado, al despertar renuncia a sus deseos de conocerlo. Rivas y Escosura, pues, sostienen la misma teoría: los descendientes del patriarca (con la excepción del padre de Laura), en cierto momento de su vida renuncian a sus bienes en favor de sus hijos y acaban sus días en el valle ignorado. Puede que los dos escritores hablaran sobre el particular. Recuérdese que el duque de Rivas había escrito su obra en 1842 y, aunque no se estrenara hasta 1875, el autor la había dado a conocer en lecturas privadas.

\* *Laura*: responde a un canon de heroína de novela folletinesca. Las escenas de veneración a este tipo ideal constituyen un tópico de la literatura, desde *La gitani-lla* de Cervantes pasando por la zarzuela (recuérdese *La revoltosa*) o ciertas novelas decimonónicas (recuérdese la impresión que causa Ana Ozo res cuando asiste una noche al teatro). En *El patriarca del valle* aparecen, fundamentalmente, en dos ocasiones: cuando Laura, vestida de maja, acude un día al teatro en París (L. III, cap. V; pág. 139) y, sobre todo, la noche en que se celebra en su casa la concesión del título (L. VII, cap. IX; tomo II, pág. 178). De acuerdo con las modas de la época seguidas por las mujeres de su nivel social, en el momento en que se describe su dormitorio durante la emigración en París, se señalan distintos objetos que sirven para definir sus costumbres, como un piano, un bastidor de bordar, un dibujo empezado, algunos libros de entretenimiento... “y no pocas prendas de traje y tocado, esparcidas sin orden por toda la estancia” (Libro III, cap. VII); se levanta tarde, lo cual era una constante en las mujeres de clase alta <sup>123</sup>, y el narrador asegura que si no toma parte en la Revolución de Julio es por falta de un varón querido o allegado que sí estuviera comprometido en ella: “participaba involuntariamente del entusiasmo del pueblo parisiense y, si una persona cara a su corazón se hallara comprometida en aquellos sucesos, indudablemente Laura hubiera tomado parte en la lucha” (L. VI, cap. VII; tomo II, pág. 51) <sup>124</sup>.

Pero también responde al personaje romántico por antonomasia, cuya identidad y personalidad en nada responden en muchos pasajes a las apariencias: virgen cuando todos la creen casada, generosa cuando la creen mala cristiana, casta cuando parece en relaciones adúlteras con Ribera. Como personaje romántico, belleza aparte, el narrador subraya en ella la valentía. Valentía ante los sucesos de París (L. VI, cap. VIII), valentía que, unida a la generosidad, la lleva a exponerse personalmente en distintas ocasiones por compasión o por satisfacer su pasión, como puede apreciarse en su empeño por acercarse o permanecer con Ribera (L. I, VIII y IX).

Igualmente, Laura se identifica con un modelo de mujer propio de la época. La mujer en el siglo XIX es considerada, potencialmente, un ángel. Por eso a ella se dirigían los moralistas de la época para salvar al hombre <sup>125</sup> y tal vez también por eso Escosura, siguiendo los dictados de su tiempo, queriendo pintar una mujer modelo, califica a su personaje de «ángel» y «ángel de pureza» (L. VIII, cap. III; tomo II, pág. 211), sobre todo para contraponerla con don Ángel, «el ángel malo» (en el L. VII, cap. V; tomo II, pág. 144). Así también la llama don Simón en una de sus cartas (L. V, cap. I; pág. 251). Sin embargo, y frente a la misión que se concedía a la mujer en aquellos tiempos, son los hombres los que procuran la conversión de Laura: por una parte y el primero de todos, don Lorenzo, el deán. Después, el patriarca y, a continuación, dos hombres que logran el cambio de Laura con su ejemplo: por una parte, Pedro, *el Pastorcillo*, cuando se muestra dispuesto a sobrellevar un dolor que para ella en su misma situación resultaría insoportable (L. VIII, cap. IV; tomo II, pág. 221-222) y, después, Ribera, cuando espera la muerte con serenidad y aún tiene fuerzas para consolarla a ella (L. IX, cap. X; tomo II, pág. 370). Ferraz ve en su metamorfosis religiosa simbolizado el renacimiento espiritual de España, el cambio de actitud hacia la Iglesia propio de la época moderada <sup>126</sup>.

Así pues, se pinta a Laura con todas las perfecciones posibles dentro de las limitaciones impuestas por su condición y su educación, limitaciones, por tanto, de las que se la exculpa: de lo que le falta a Laura para ser perfecta se responsabiliza a su padre, (L. II, cap. II; pág. 60) <sup>127</sup> quien, por amar hasta los defectos de su hija, no los corrige, y quien, por su propia instrucción dieciochesca, descuida la formación religiosa de Laura (L. V, cap. VII; págs. 305-306). Por eso, desde muy niña es orgullosa <sup>128</sup> y el narrador insistirá en ver ésta como su cualidad más destacada <sup>129</sup>.

En todo lo demás, Laura manifiesta destreza. Lo primero que de ella se ofrece es la letra, que se amolda a un canon de perfección (L. I, cap. III, pág. 26). En segundo lugar se presenta su voz «la voz más dulce y sonora que el comandante había jamás oído» (L. I, cap. IV; pág. 36) y, en su posterior descripción física, el narrador destaca la armonía de sus rasgos (L. I, cap. V; pág. 38-39). A partir de ahí, no dejará de encomiársela. Es dadivosa con los criados (L. III, cap. VII, pág. 155), cumple con el Evangelio sin ser creyente (L. IV, cap. I, pág. 170) y el autor le atribuye incluso una actitud que Escosura había observado en su propio padre, don Jerónimo: Laura, frente a su marido, no tiene

inconveniente en socorrer a Manuela y al impurificado y en visitarles diariamente. De la misma manera, trata al deán don Jerónimo, también acusado de Liberalismo <sup>130</sup>.

Lo que el lector, no obstante, echa de menos en el dibujo de Laura es que, a diferencia de cómo se comporta el narrador con otros personajes, sobre los que muchas veces acumula datos o conductas para que sea el lector quien los interprete, de Laura pondera y reitera continuamente su belleza e inteligencia, pero en la mayor parte de los casos se trata de juicios carentes de pruebas que los sostengan. Por otra parte, el narrador suele colocar en manos de la heroína las mejores cartas para que juegue bien. Véase, si no, la situación del cenador, donde sus palabras paralizan a cada uno de los personajes presentes (L. VII, cap. IX; tomo II, pág. 185).

Además, en su esfuerzo por no permitir que su personaje se salga del canon de perfección atribuido, procura en la medida de lo posible excusar su pasión por Ribera y también el que, en un momento dado, dé de mano a las apariencias. Así, por una parte, don Ángel insinúa que Leoncio la ha dejado demasiado tiempo sola en Granada (L. V, cap. II; tomo I, pág. 263). El retiro en el valle significa un intento por luchar contra su pasión, siguiendo los consejos que su padre le deja escritos antes de morir. Luego Leoncio la deja abandonada en París, en un momento de cobarde torpeza, cosa que la autoriza a ella, a su vez, para buscar mejor protección <sup>131</sup> y acudir a la baronesa de Rocheblieu, con quien pasa dos años oculta, velada y enlutada (nuevo retiro, por tanto) para, al volver a su casa, no aceptar de ninguna manera la tiranía de las leyes sociales impuestas por Leoncio (L. VI, cap. XII; tomo II, pág. 105-106). El narrador, incluso, actúa con astucia y adelanta al lector las peripecias cuyo resultado es la muerte de Leoncio antes de narrar cómo Laura sale sola de Bayona en compañía de un contrabandista para reunirse con Ribera (cosa que, en realidad, ocurre antes de que Leoncio fallezca). Con todo, y pese a no haber consumado físicamente el adulterio, viendo ya salvado a Ribera, se separa de él y se retira a un convento, es decir, cumple voluntariamente con las leyes jurídicas tan bien conocidas por Escosura, que imponían para la adúltera una reclusión por todo el tiempo que exigiera el marido (hasta diez años) y, en caso de muerte de éste, hasta cumplirse un año de viudez <sup>132</sup>. En definitiva, el narrador halla siempre medio de defenderla, de juzgarla incapaz de actuar con mala intención (L. VI, cap. I, pág. 13). A sus ojos, el error de su matrimonio es «harto disculpable» aunque, con todo, paga por él con desdichas y retiros <sup>133</sup>.

El nombre elegido para ella por el autor, por otra parte, tampoco responde al azar. Ya en un relato publicado en *El Entreacto*, Escosura se refiere al prestigio de que el nombre disfrutaba a través de un personaje empapado de novelas, quien, por el contrario, tildaba el de “Juana”, de “vulgar y plebeyo” <sup>134</sup>. Pero, más aún, en *Memorias de un coronel retirado*, el nombre se lo impondrá a un personaje que podría ser el reverso negativo de esta Laura: frente a Laura Valleignoto, la Laura de esta otra novela es hija sietemesina de un estanquero, sargento retirado a dispersos, y una antigua doncella de labor, ahijada de un guardia de Corps. Gracias a su belleza, aunque “nacida en lo más

bajo de la clase media, pero dotada de un instinto aristocrático que pocas veces deja de acompañar en las mujeres a la verdadera y excepcional hermosura”<sup>135</sup> consigue casarse con el general Piedrafirme, al que no guarda la más mínima fidelidad, pero que le proporciona la categoría suficiente para alternar con la aristocracia<sup>136</sup>. Ya viuda, mantiene durante muchos años relaciones con el marqués de Marmolejo mientras entretiene a otros amantes, entre ellos Pedro Lescura y Erice, *alter ego* del autor, ya por la clara deformación del nombre (Pedro era el segundo nombre de Patricio tal y como figuraba en la partida de bautismo), ya por haber nacido en el mismo mes y año que Escosura (cap. XIX)<sup>137</sup>. Parece como si aquellas falsas apariencias que hablaban contra Laura Valleignoto en *El patriarca* se reconocieran como verdaderas respecto a la viuda de Piedrafirme. Así, ese momento crucial de *El patriarca del valle* en que Laura, sorprendida en conversación íntima con Ribera, se sobrepone y hace callar a todos porque todos tienen algo que ocultar sobre lo que ella está al tanto (Libro VII, cap. IX; tomo II, pág. 183-186), se desfigura en *Memorias de un coronel retirado*, de manera que Laura también juega brillantemente sus cartas y de ser la amante infiel y perversa, descubierta, pasa a echar en cara a los demás los hechos: “Su actitud, que debiera ser, cuando más pretenciosa, la de Fedra en brazos de Hipólito sorprendida, era en realidad la de Medea pronta a maldecir al infiel Jason”:

—¡Gran victoria! ¡Gloriosa hazaña! ¡Espiar en la sombra las vidas ajenas; abrir puertas con llaves maestras; corromper, tal vez, criados; llegar, por sorpresa, al gabinete de una mujer, cuando se sabe que está con ella... un curial, y los que llegan, juntos por sí acaso, son dos hombres de espada! (...) ya saben y han visto lo que querían. Y bien, ¿y qué? Soy libre, he tenido un capricho por ese cuitado que está temblando de miedo, lo siento ahora que sé que es cobarde; pero ya está hecho. ¡Fuera de aquí, aprendiz de procurador! (cap. XVII)<sup>138</sup>.

Veremos más adelante que Leoncio de Montefiorito se corresponde en esta novela con Serafín, marqués de Marmolejo y, en consecuencia, las relaciones que en *El patriarca del valle* se suponen de tipo fraterno-matrimonial entre él y Laura son en esta otra novela de tipo sexual. El secreto que guardan los dos hermanos-esposos, en *Memorias de un coronel retirado* se convierte en ciertas confidencias escritas por Serafín a Laura<sup>139</sup>. La separación pública que vive desde ese momento la pareja se equipara a la dispuesta en las *Memorias*, “debe haber mediado entre la viuda y el marqués un convenio formal y eficazmente garantido, en cuya virtud Laura asegura su independencia pecuniaria y Marmolejo su tranquilidad doméstica en cuanto al testamento de su mujer sobre todo” (cap. XVIII)<sup>140</sup>.

Por otro lado, Escosura pinta una heroína que desciende, por filiación directa y sin un solo vacío, hasta los tiempos de Augusto. En esto Escosura se hace eco de una situación social en la época: el desprecio de la aristocracia rancia por los nuevos títulos. Baste un ejemplo del mismo año en que se publicó esta novela:

—Ha dicho el *Clamor* <sup>141</sup> en su gacetilla, que nuestra nobleza no se titularía ya el conde de A..., el duque de B..., sino el conde de 1400 y el duque de 1500, y esto por distinguirse de la aristocracia de nuevo cuño...

—Pues yo le digo a Vd., tío, que hacen muy bien, porque siempre la antigüedad en las familias, en los apellidos, en los reinos, y en todo cuanto existe, ha sido muy apreciada, y de consiguiente hoy más que nunca lo debía de ser; yo no me meteré en si la nobleza moderna ha ganado bien o mal sus títulos, ningún cuidado se me da; pero lo que sí me importa tío, es que ningún tonto nos venga ahora a clamorear <sup>142</sup>.

Otros novelistas por entregas también optaron por dotar a sus héroes de blasones antiguos, aunque, en general, según Carmona, se remontaban hasta la Edad Media <sup>143</sup>.

\* *Manuela*: su propio nombre indica que se trata de un personaje tipo, muy frecuente, por otra parte, en las novelas por entregas, la «amiga pobre» <sup>144</sup> agradecida por los dones que le procura la rica; la mujer que, por vulgar y por edad, puede prestarle, en cambio, los servicios de «correr las calles» para averiguar lo que Laura quiere saber (L. VII, cap. II; tomo II, pág. 119) o «poner la cara» (L. I, caps. II y IV). Ribera, por ejemplo, puede acudir y preguntar por ella sin ningún empacho y así no comprometer a Laura...<sup>145</sup> como si sólo el «honor» o la «honra» de Laura importasen, mientras que su amiga, por pobre, o por edad, no hubiera de defenderlos ni de exigir respeto hacia ellos.

\* *La baronesa de Rocheblieu*. Es otro personaje muleta, creado por la necesidad de mantener la ideología propia de la época: las mujeres jóvenes no pueden guiarse a sí mismas, necesitan una madre o un tutor, ya sea padre, hermano o marido, y la baronesa hace sus veces, desde que el narrador las presenta juntas en el gran baile de las Tullerías. Es la baronesa la que aconseja a Laura sobre si bailar con los españoles que se lo piden sin ninguna ceremonia, por ejemplo. Laura acepta sus consejos y los sigue... si quiere, porque, a diferencia de una madre o un tutor inoportunos para el autor, Laura no le debe a la baronesa ningún tipo de obediencia, funciona como figura de acompañamiento, no de autoridad (L. III, cap. VI, pág. 148; L. VII, cap. II, pág. 115).

En la presente versión se ha eliminado la mayor parte del texto correspondiente a su descripción, pero responde al modelo de dama y de «madre» ideal en la época: «amable sin afectación, digna sin orgullo, instruida sin pedantería», detalles todos que apuntan al equilibrio permanente en el que va a actuar a lo largo de la novela (L. VI, cap. XI; t. II, pág. 92). El personaje cuyo traje viste en la fiesta de los Valleignoto es el de Francisca de Aubigné, cuya máxima preocupación, desde la juventud, había sido la reputación de su belleza, de su inteligencia y de su sensatez, reputación que alcanzó <sup>146</sup> y cualidades con que también aparece adornado el personaje de Escosura.

Por otro lado, se supone que la baronesa forma parte del grupo de damas de la duquesa de Berry ya en 1826. Entre los nombres de ese séquito de damas y entre las tres honorarias se encuentra la marquesa de Rochejaquelein (Marie-Louise-Victorine de Donnisan, 25-X-1772/15-II-1857), aunque parece que no lo fue hasta 1828 <sup>147</sup>, que no residía en París y que no se encontraba entre los fieles que acompañaron a la corte expulsada tras la Revolución de Julio, si hacemos caso de la lista aportada por Imbert de Saint-Amand <sup>148</sup>, aunque entre los que acompañaron al rey se encontraban el conde Auguste de La Rochejaquelein y el marqués de la Roche-Fontenilles, coronel del primer regimiento de granaderos. El nombre de pila de la baronesa, por otra parte, permanece oculto a lo largo de la novela. Escosura parece haber escogido por modelo a una persona del mundo real a través de su nombre o de algunos de sus rasgos para proyectarla, como “personaje posible” en su “mundo posible”, mediante las modificaciones pertinentes para hacer comprender que se trata de una creación propia y, en consecuencia, en este caso, como en los otros, las vidas del personaje y de su modelo no coinciden.

\* *Don Justo Herrero*. Personaje de una pieza, su función en la novela se adecua al nombre que lleva y, así, es el procurador diligente con sus clientes los Valleignoto, leal y puntilloso en el cumplimiento de sus obligaciones y en guardar los secretos de la familia. No se trata, pues, de un personaje humano, sino de un “actante” que en todo momento cumple exactamente lo que cabe esperar de él.

\* *Don Lorenzo Sanctipetri, el deán*. El hecho de que el narrador prefiera llamarle «el deán» (L. IV, cap. II pág. 188), indica hasta qué punto responde también a un tipo. Según Carmona, en general sólo a los sacerdotes, en las novelas de la época, se les consentía mantener cierta amistad con las esposas, excepto en los relatos de ciertos autores anticlericales <sup>149</sup>. Su aparición resulta significativamente funcional: hacía falta por oposición al patriarca, para contribuir a la conversión de Laura y rellenar el «hueco» en la galería de tipos sociales.

Tal vez el autor se inspirara, para trazar este personaje que, con todo, no aparece sino caracterizado muy superficialmente, en Tomás González y en el Sr. Cepero, canónigo sevillano confinado en Valladolid por su Liberalismo. Ambos dirigieron los estudios de Escosura en aquella ciudad durante los veranos <sup>150</sup>. También Alberto Lista o Juan Nicasio Gallego, entre otros, fueron muy conocidos de Escosura desde la niñez y sometidos a circunstancias similares por su ideología.

\* *Pedro Mendoza*. Descrito en el primer capítulo por contraste con Luis Ribera, encarna al revolucionario exaltado que pocas veces cede a los sentimientos o emociones alejados de su objetivo político. Se remarca su ingratitud cuando, por ejemplo,

siente envidia y no reconocimiento ante el capitán general Longa, que le salva la vida y pone a su disposición cuatro mil reales en oro (L. IV, cap. VI; tomo I, pág. 226). Sin embargo, no queda ausente de él la humanidad y muestras de ello se encuentran en el trato que dispensa a Laura durante su enfermedad, antes de enamorarse de ella y luego, a Luisa (L. IV, cap. IV). Será su pasión por Laura la que muchas veces le haga perder el tino o actuar sin más mira que ella, como cuando le entrega, en vez de quemarla, la clave de su correspondencia secreta o cuando se introduce en las ermitas de Córdoba. También esta pasión le sitúa en enfrentamiento con Ribera, cuyas cualidades, no obstante, reconoce.

Por lo demás, se subraya en él la deslealtad con que trata a Eduardo, quien se niega a abandonarle cuando él está herido y al que, sin embargo, no tiene intención de ayudar a salir de la prisión cuando le detienen, por estar sólo pendiente de cómo sacar partido del asunto para sus miras revolucionarias (L. VII, cap. IV; tomo II, págs. 132-133). Deslealmente también se comporta con Ribera, de quien se declara enemigo sin corresponderle antes por salvarle la vida en 1830, pese a la promesa de no olvidar nunca ese servicio (L. VI, cap. IX; tomo II, pág. 79).

En realidad, encarna a un tipo de héroe romántico, «proscrito» y «maldito», aunque carente de virtudes como la de la lealtad y el sentido de la justicia. A él atribuye el narrador semejanzas con el ángel caído y con el astuto Satán (L. VI, cap. VI; tomo II, págs. 52-54), pero también en él pueden encontrarse coincidencias con la personalidad del propio Escosura por lo que se refiere a su carácter activo e inquieto, incapaz de soportar la inactividad de la prisión o del confinamiento y, también, por lo que se refiere a su «fatalismo»<sup>151</sup>. Por otro lado, no debe olvidarse que de él parte en gran medida el nudo de la acción: sin intervenir él, Leoncio nunca se hubiera casado con Laura y ésta no se habría visto sometida, por tanto, ni a su persecución ni a toda la complicación de la trama. Es, por tanto, auténtico protagonista de la acción, aun cuando el autor no le trate como tal.

Resulta curioso que, en la fiesta de trajes de los Valleignoto, Escosura no le vista como el auténtico personaje histórico con el que podría hallarse paralelismo, es decir, Oliver Cromwell, sino como su hijo (Libro VII, cap. Tomo II, págs. 172-173), cuya inexperiencia política le llevó a dimitir del cargo heredado de su padre como lord protector de la República. Tal vez podría verse en tal circunstancia una especie de burla hacia las ideas y pretensiones de Mendoza y su imposibilidad de realización o, tal vez, lo que pretendiera Escosura fuera recalcar el carácter “opositor” de Mendoza a través de un modelo literario, y no real, pues como tal se presenta Ricardo Cromwell en la pieza dramática de Victor Hugo cuya traducción se representó en los teatros madrileños<sup>152</sup>. Sin embargo, la austeridad tanto en el vestir como en la forma de vida es rasgo que en esta pieza se atribuía al padre, frente al hijo, lo que podría significar un desliz por parte de Escosura.



Dadas las características dichas del personaje, Escosura tiene la inteligencia de añadirle la de la falta de ambición personal, motivo por el que, por ejemplo, rechaza los intentos de Espoz y Mina por ascenderle durante su actuación en Cataluña en 1823 (Libro III, cap. II; tomo I, pág. 107)... pero también tal circunstancia permite mantener en un relativo anonimato al personaje respecto a lo que se traslada a los archivos históricos, y así no forzar la ficción en su verosimilitud.

Muy posiblemente en este personaje Escosura fundiera en un molde diversas personas a las que él pudo tratar. Si entráramos en el terreno de conjeturas difícilmente verificables, cabría, por ejemplo, servirse de la misma lógica que el escritor emplea en la construcción de otros personajes y señalar el parecido del nombre con el de varios Méndez Vigo: Un Pedro (Celestino) Méndez Vigo, capitán del Provincial de Oviedo, regidor perpetuo de la ciudad, sacó de pila al autor, fue su padrino <sup>153</sup>, lo mismo que, de algún modo, Pedro Mendoza procura presentarse a los ojos de Ribera como “padrino” en sus intentos de acercarse a Laura después de 1832. La diferencia de edad entre ambos se asemeja a la de Patricio y el padrino que le vio nacer. Es también conocido el papel en la lucha liberal de los hermanos Santiago y Pedro Méndez Vigo y, aunque en los documentos que aporta Marrast no cabe vincular tan directamente como en la novela a Pedro Méndez Vigo con Espronceda <sup>154</sup> (si acaso detrás de Eduardo de la Flor realmente se esconde este poeta), los paralelismos entre los personajes de Escosura y los reales en ningún caso llegan a estrecharse tanto como para identificarse del todo. Por otra parte, habría también que encontrar datos sobre la imagen que Escosura guardaba de estos Méndez Vigo para sacar cualquier conclusión sobre las posibles semejanzas, pues lo único cierto es que podían considerarse enemigos políticos quienes llegaron, con Espronceda, a ostentar ideas republicanas y alguien como Patricio Pedro, fiel a María Cristina y en clara oposición con Espartero.

\* *Don Ángel*. Desde su primera aparición, en el capítulo 2 del primer libro, se presenta como un personaje fundamentalmente camaleónico (pág. 21) que, al lado de Laura, acaba cumpliendo el papel del pobre hombre que siempre simula ser (L. VII, cap. V; tomo II, págs. 143-146). Frente a Mendoza, carece de ideal alguno y, como Peñahonda, se sirve de los demás para acabar con sus enemigos. Se trata, quizás, del personaje menos auténtico de todos. El narrador, pese a la extensa semblanza que de él ofrece (L. III, cap. IV; págs. 131-132) y los diversos párrafos dedicados a su conducta y motivaciones, no termina de adentrarse en lo más hondo de su conciencia y, pintándole astuto, sin sentimientos ni pasiones, únicamente interesado por vengarse a corto, medio y largo plazo de «sus contemporáneos» para luego acabar cometiendo un fallo tan tosco que le acarrea la muerte, sólo consigue del lector que vea de él un cuadro sin acabar.

Este personaje, por otra parte, se asemeja a otro, Gervasio Pérez, de similares características pero con un origen bastardo mejor explicado, en *Memorias de un coronel retirado* (cap. XIX) <sup>155</sup>.

\* *Leoncio*: aparece caracterizado negativamente, conforme al maniqueísmo propio de las novelas de folletín. Escosura parece recrearse en pintar como bastardos, y así poder calificarlos de tales de cuando en cuando sin que parezca insulto, a sus personajes más antipáticos, y el hecho se observa una vez más respecto a este. Quedan remarcados su egoísmo, su cálculo, su oportunismo, su falta de templanza respecto a las mujeres, sus limitadas aptitudes intelectuales y su escaso interés por desarrollar las que pudiera tener. Por eso se convierte continuamente en juguete de Peñahonda, de don Ángel, de Mendoza. Pero, por oposición a Peñahonda y como digno hijo del arrojado Simón de Valleignoto (debe considerarse, que al fin y al cabo es hermano de Laura), no carece de valor físico (L. VI, cap. I, pág. 15), lo que le sirve para no amilanarse ante la posibilidad de enfrentarse a Ribera en un duelo, y también para luchar en el ejército junto a Mendoza, de donde provienen las relaciones entre ambos.

Cuando Escosura le hace vestirse del conde de Leicester a instancias de Matilde, en el baile de máscaras, subraya posibles paralelismos vitales con tal personaje: la acusación de haber asesinado a su primera mujer, lady Amy Robsart (Montefiorito se había casado en primeras nupcias con la marquesa de San Juan del Río, y el narrador insinúa que la escasa atención a su mujer podía haber sido causa de su última pulmonía); el carácter adúltero de las relaciones del conde con otras mujeres, como la reina Isabel I y María Estuardo, resultan paralelas a las establecidas con Matilde y con otras mujeres por parte de Leoncio; el supuesto adulterio de su segunda mujer, quien tuvo un hijo no reconocido por el conde y de quien se divorciaría, puede relacionarse con las relaciones entre Laura y Ribera... y el anuncio de un posible hijo bastardo, aunque tal preaviso no se verificará en la novela.

El personaje guarda también curiosas coincidencias con el marqués de Marmolejo, descrito en *Memorias de un coronel retirado*, según se señaló anteriormente. Tanto Leoncio de Montefiorito como Serafín Riberino contraen primeras nupcias con damas de mucha más edad que ellos, de quienes adoptan sus respectivos títulos y a las que heredan o pretenden heredar. Léase lo que dice el autor de Leoncio (Libro II, cap. IV; tomo I, pág. 70) y cotéjese con lo que Laura le dice a Serafín:

-Si no me temieras...

-¡Temerte! -Exclamó aquí Marmolejo.

-¡Y mucho, Serafín, mucho! Sabes que guardo todas tus cartas; no has olvidado lo que en los tiempos de tu "calentura", me escribías sobre la juventud de tu mujer, mi señora la marquesa, y sobre tus racionales esperanzas de que sus años, sus idas a los bailes, que tú promovías, en el rigor del invierno, llevándola descotada...

-¡Laura! ¿Serías capaz de suponer, de decir?... -Interrumpió ya casi desazonado, Marmolejo.

-Nada que no conste repetidamente en tus cartas; nada sobre ese punto, ni sobre los fondos que tan previamente has ido colocando en Inglaterra...

-¡A tu nombre, ingrata! ¡Para asegurar tu suerte! -Dijo sentimentalmente el acusado.

-¡A mi nombre! -Prosiguió ella sin turbarse- sí: el veinticinco por ciento a mi nombre; el resto, al tuyo <sup>156</sup>.

Cabe la posibilidad de que Escosura jugara con los nombres para confundir y reírse de los lectores, los posibles afectados o quienes pudieran sentirse aludidos, pues podría pensarse en la identificación de Leoncio y Luis Ribera en *Memorias de un coronel retirado*, dado que el marqués de Marmolejo que hasta ahora hemos relacionado con Leoncio lleva por nombre Serafín *Riberino*.

\* *Luis Ribera*. En general se ha relacionado a este personaje con el propio autor. Ciertamente, ofrece algunas coincidencias de carácter, —también el temperamento de Mendoza coincide en gran medida con el de Escosura—, incluso en algunos detalles, como el tono «algunas veces demasiado decisivo que las costumbres militares daban a muchas de sus frases» (L. VI, cap. XI; tomo II, pág. 90) <sup>157</sup>. Nobles no titulados ambos, contaban con intereses en La Habana <sup>158</sup>. A los dos les repugna el ascenso de Espartero a la regencia y el exilio al que se vio obligada la hasta entonces reina gobernadora, así como se vinculan con el frustrado intento de Diego de León, pero no cabe olvidar que se observan también ligeras diferencias de opinión política, apenas perceptibles, entre el personaje y el autor o el narrador en el cuerpo del relato: Por ejemplo, Ribera, realista por educación y por costumbre como los hermanos Fernández de Córdoba <sup>159</sup>, se muestra mucho más respetuoso que el propio Escosura (liberal desde la niñez) con Zumalacárregui. Así, Ribera le saluda como «coronel Zumalacárregui», lo que significa reconocerle el grado obtenido antes de declararse a favor del pretendiente. El carlista, por su parte, agradece a Ribera que, al menos, no le llame «jefe de los bandidos» pero el narrador, en cambio, en un juego sutil, habla de él como de «el faccioso» (L. IX, cap. IX; tomo II, pág. 365) y es más: aunque procure hacer comprensible y hasta justificable al lector su posición, presenta a Ribera como hombre superior a él en cuanto pundonor: cuando el carlista le propone salvar la vida pasándose al lado de don Carlos, Ribera se niega, pero con la delicadeza de hacerle ver que no le condena a él por luchar a favor del pretendiente, pues primero le dice que, antes de iniciarse la guerra, tenía la opción de defender cualquiera de las dos causas, pero, una vez tomada una posición, no, a lo que añade: «¿Haría usted otra cosa en mi lugar?», sin obtener respuesta del personaje histórico <sup>160</sup>.

Don Luis siempre antepone su deber a su amor y devociones particulares, frente a Mendoza. Es más: se excede en el cumplimiento del deber y, por ejemplo, cuando en 1827 se producen los sucesos de Cataluña, cree su deber acudir a Madrid, a solicitar como una gracia que se le emplee activamente... a los dos días de haber conocido a Laura (L. III, cap. VIII, pág. 159). Cuidadoso con la reputación de Laura, mantiene la reserva de su amor por no comprometerla (L. VI, cap. X; págs. 84-85) y si en

alguna ocasión sucumbe es por cumplir con su deber. Cuando no media la suerte, sino sólo la habilidad o la inteligencia, indefectiblemente vence. Así, al batirse con Leoncio (L. V. cap. V, pág. 392-395) o al ayudar a Mendoza a quedarse en Madrid unos días antes de exiliarse (L. VI, cap. I; tomo II, pág.7; cap. IV, pág. 31-35).

Igual que ocurre con Laura, el narrador se apresura a disculparle ante las lectoras, sobre todo en lo que respecta a sus devaneos con la marquesa, porque los utiliza para olvidar a una amada a la que cree ingrata y porque, además, en tales devaneos encuentra su propio purgatorio (L. V, cap. VI; pág. 302). El narrador atribuye al estado de la civilización y las circunstancias estas relaciones (L. VI, cap. II, tomo II, pág. 23), pero, en cambio, no dice lo mismo de Leoncio.

Por otro lado, de acuerdo con una concepción de los “héroes” tradicional y que pervivía durante el Romanticismo, según la cual los protagonistas, aparte de seres superiores por sus cualidades, también pertenecían a las clases privilegiadas, don Luis, como Laura y como los oficiales del Antiguo Régimen, es noble por nacimiento, hijo de un mariscal de campo.

En conclusión, tal vez el personaje, aunque no un *alter ego* del autor, sí le resultara muy cercano, cercano como podía serlo un hermano, como lo era de hecho Luis de la Escosura <sup>161</sup>.

\* *Rafael de Villaparda*. Para rellenar el cuadro político de «buenos y malos», hacía falta a Escosura este personaje (“un caballero por su nacimiento, por su educación y por sus naturales dotes”, Libro I, cap. V; tomo I, pág. 39) quien, también pundonoroso y generoso como Ribera, pone en riesgo su vida para evitar ser juzgado de traidor por Mendoza (L. VIII, cap. V; tomo II, pág. 241); se bate con Mendoza por haber atentado contra él (*Ibidem*, pág. 236) y salva a Ribera de la muerte en correspondencia a lo hecho por él el día del desarme de los voluntarios realistas, pese a ser, en cierta medida, su rival en el amor.

\* *Eduardo de la Flor*. Unánimemente, los críticos han visto un retrato de José de Espronceda en este personaje <sup>162</sup>, del que se ofrece una primera descripción en el capítulo III del primer libro (tomo I, pág. 20), a la que se suman otras varias, dispersas a lo largo de la narración, ya realizadas por el narrador (Libro V, cap. IX, Tomo II; págs. 75-76), ya fácilmente deducibles de su actitud o sus palabras. El retrato físico del personaje se corresponde bien con el que Escosura trazaría en 1870 para pintar a Espronceda: “gallarda presencia, fiero continente, rizado y negro cabello, mirada de águila, amarga sonrisa, cabeza digna del pincel de Fidias” <sup>163</sup>. En la semblanza psicológica, que Escosura transfiere al plano fisonómico, se apreciaba también el juicio del autor sobre el que fuera su amigo, equivalente también al del personaje: el hundimiento de los ojos en las órbitas como síntoma de sufrimiento, la pasión orientada a la violencia, la amar-

gura, el escepticismo: “Espronceda era entonces lo que Dios le había hecho, y lo que a un muchacho de diez a once años de edad correspondía: de su persona, gentil, simpático, ágil, de entendimiento claro, de temperamento sanguíneo y a la violencia propenso, de ánimo audaz hasta frisar en lo temerario y de carácter petulante, alegre y más inclinado a los ejercicios del cuerpo que al sedentario estudio (...) entrañable y constante en sus afectos; reverenciaba a su madre, no obstante sus asperezas y bruscas genialidades; quería muy de veras a sus amigos; tenía un corazón de sobra predispuesto al amor y si algún síntoma en su niñez se quisiera encontrar que anunciar pudiese lo que ya hombre le hicieron los sucesos y las circunstancias, sería preciso buscarlo mucho más en la fogosidad de su temperamento y en la exaltación de su fantasía que en el fondo de su alma, que Dios le había dado generosa y tierna” <sup>164</sup>. Si en la fiesta de los Valleignoto viste como los héroes de Misolonghi (L. VII, cap. IX; tomo II, pág. 175), recalca con el traje su devoción por lord Byron, la misma que evidencian los versos de Espronceda.

En esta novela no se explicitan, en ningún momento, relaciones similares a las mantenidas con la tan nombrada Teresa Mancha (quizás por respeto a la hija bastarda de ambos, Blanca, a la sazón tutelada por Narciso de la Escosura), aunque quizás en sus palabras “la infeliz amada de un desdichado escritor” (Libro VII, cap. IX; Tomo pág. 181) aludiera a ella en un momento en que los dos habían muerto y Escosura recuerda precisamente a los amigos de 1834 ya fallecidos en 1847.

Eduardo de la Flor, en cambio, aparece en la novela en relaciones con Elisa, dama galante perteneciente a la alta sociedad, disfrazada de gitana en la fiesta de los Valleignoto y a quien se refiere, en una sola ocasión, como “marquesa”. Según los datos arrojados por Escosura, Espronceda nunca estuvo seriamente ligado a nada (su única ley era su propio albedrío <sup>165</sup>) e incluso seguramente simultaneó las relaciones de Teresa Mancha con otras tantas, pues de hecho, la tradición literaria insinúa que fue ella quien rompió la relación cansada de infidelidades, lo que no quedaría contradicho, sino sólo silenciado, por el retrato del narrador.

En cuanto a sus actuaciones políticas, Escosura presenta al personaje en las jornadas de julio de 1830 en París (L. VI, cap. IX; tomo II, págs. 75-76, 78) <sup>166</sup>; también forma parte de uno de los grupos que intentaron la invasión liberal de la Península al lado de *Chapalangarra* (Libro V, cap. IX; tomo II, pág. 77), detalle coincidente con otro de la vida de Espronceda confirmado por Marrast <sup>167</sup>, quien añade que lo hizo en compañía de José García de Villalta. Igualmente, el personaje aparece prendido en la noche del 30 de septiembre. También Espronceda conoció la cárcel, si bien en 1834. Él mismo dirigió una carta a la reina gobernadora para explicarle su situación: “...mandado prender de real orden sin habersele formado causa, ni díchole aún el motivo de su prisión, se halla hace diez y siete días preso en la Cárcel de Corte, y sentenciado por otra real orden a marchar desterrado para Badajoz, con prohibición expresa de volver a Madrid y Sitios Reales. (...) la ley que V. M. ha restaurado debe garantizar a todos sus súbditos de vejaciones de esta naturaleza” <sup>168</sup>.

A lo largo de la novela, por tanto, sus actuaciones se corresponden con la descripción que de su Liberalismo haría Escosura en 1870: "...siempre liberal muy exaltado, liberal hasta el republicanismo <sup>169</sup>, liberal a quien la anarquía misma no arredraba, aquel hombre de fuego tomó parte en todos los riesgos a sus opiniones consiguientes, y estuvo en primera línea en todos los pronunciamientos y tentativas de pronunciamientos que en España ocurrieron hasta el mes de septiembre de 1840 incluido" <sup>170</sup>.

En el libro VIII aparece recitando unos versos del *Pelayo* de Quintana (esc. V, acto I). Escosura ya encabezaba, en 1835, el cap. VI del Libro III de su *Ni rey ni roque* con esta misma cita de un autor que veneraba. Ferraz Martínez <sup>171</sup> la utiliza como prueba de que Eduardo es, en realidad, José Espronceda, sin duda confundiendo, por el título, los versos de uno y otro poeta. El *Pelayo* de Quintana, sin embargo, era una obra teatral que, según Lucio Izquierdo, cuando en 1819 se puso en Valencia por primera vez no obtuvo mucho éxito pero, con todo, se repuso varias veces los años 1835, 1837 y 1838 <sup>172</sup> y también en los principales teatros de Madrid, a razón de uno o dos días por año desde 1831 a 1839. Parece que durante el decenio siguiente, no obstante, la obra quedó apartada de los escenarios principales de la capital española <sup>173</sup>, pero no por eso dejaba de entusiasmar a ambos escritores. En cualquier caso, también es fuente de la obra esproncediana, como Marrast analiza <sup>174</sup>.

También pone el narrador en boca de este personaje otros versos con los que Escosura encabezó el capítulo cuarto de su *Ni rey ni roque*, y que también se suponen parte del *Pelayo*. En este caso, como en el de la falsa cita de unos versos de Rioja que resultan ser de Fernández de Andrada, no se corresponden con los que se conservan de Quintana.

\* *Matilde, marquesa de Sotoverde*: Aparece por primera vez en el capítulo V del libro IV, y se la pinta como una mujer de unos treinta años y, por tanto, de «maduros encantos, pero del gran tono» (tomo I, pág. 213) y dada a los amoríos y las intrigas. Escosura critica el tipo de mujer que representa y también describe las amarguras que prevé le depara la vejez (L. VI, cap. V; tomo II, pág. 36). Con todo, el narrador la sitúa en un plano superior al de Peñahonda: ella es «el bandido que en el camino real combate a pecho descubierto, contra las leyes» (L. VI, cap. V; tomo I, pág. 37) y, como tal, aún merece cierta estima por parte de Escosura, por su valentía, frente al «pícaro civilizado» que es Peñahonda.

Celosa, apasionada y constante con Ribera, prescinde de las apariencias hasta el escándalo (L. V, cap. V; tomo I, págs. 289-290; L. VI, cap. III; tomo II, págs. 24-27). Al igual que Mendoza respecto a Ribera, sabe reconocer, con todo, la «superioridad» de Laura.

Con el mismo nombre ya había presentado el autor a otro personaje de rasgos similares, en los fragmentos de las "Memorias de un hombre de 30 años" <sup>175</sup>: una viuda de veinticinco (siete más que el protagonista enamorado de ella), "de rostro moreno pero lleno de gracia, formas elegantes, pie pulido, mirada hechicera, voz

celestial”. A instancias de esta mujer el protagonista rompe con su amigo Carlos, cuyo delito es conocerla; por celos desafía a un capitán de coraceros, rival suyo. Los padrinos no les dejan batirse más que a primera sangre, porque quieren demostrarles la veleidad de este personaje, a quien a la vuelta del desafío encuentran de paseo con el conde de Santa Eulalia. Se acercan todos a la pareja y Carlos hace ver cómo Matilde estaba comprometida con otro personaje más, Antonio de Santa Fe, aparte de haber mantenido relaciones... con cierto joven agregado a la embajada de Francia.

Dado el gusto de Escosura por deformar los nombres de las personas reales para introducirlas en sus obras, quizás encubra ese ridículo título con que se la nombra a otra u otras mujeres de la época con quienes pudo tratar Patricio: Es evidente que Escosura no podía guardar muy buenos recuerdos de algunas damas que frecuentaba. No ha de olvidarse que, si creemos las palabras escritas a Ventura de la Vega, una de ellas había sido responsable de su destierro a Olvera en 1834, poco después de los carnavales <sup>176</sup>.

Por ejemplo, lo mismo que Montefiorito y su hermana se ven obligados a huir a Francia a causa de las intrigas de Matilde, y aunque no se trata sino de una conjetura entre otras varias posibles que requerirían la obtención de datos fehacientes, el liberal conde de Parcent (sería el principal accionista del periódico *El Progreso* <sup>177</sup>), padre de la marquesa de *Campoverde* (cuyo marido también era un conocido liberal) había sido llamado por la reina para volver a España, incluso llegó a formar una especie de “camarilla” durante el ministerio de Martínez de la Rosa... <sup>178</sup> y fue por afecto al Carlismo por lo que se desterró a Escosura. Muy fácilmente pudo acusarle una mujer ante padre o marido de tales tendencias políticas y dejarles a ellos lo demás.

\* *Barón de Peñahonda*. «Sacar el ascua del fuego con mano ajena» (L.V, cap.V; pág. 287) es su modo habitual de comportarse y en eso se parece a don Ángel. Cortesano, intrigante, cobarde y vil, le llega a llamar el narrador (L.VI, cap. V pág. 38). Sin embargo, es objeto del desprecio social cuando falla, lo que da lugar a un discurso del autor sobre el actuar propio de la sociedad de su época (L.V, cap. VI; tomo I, pág. 300).

Como en los otros casos, no se trata de identificar a un personaje concreto tras el que se escondiera este de Escosura, pero puede que los títulos o los rasgos de ciertos conocidos le sirvieran en su creación, ya para pintar personajes paralelos, ya para desdibujarlos, ya incluso para concebirlos como opuestos a los que habían sido amigos o compañeros suyos. De modo similar al caso de la marquesa de Sotoverde, podría haberse rebajado y modificado en sentido negativo el título del conde de Cumbres Altas, título de Gregorio Hurtado de Mendoza y Zapata heredado por uno de los hijos del conde de Puñonrostro, Francisco de Asís Arias Dávila Matheu y Carondelet (8-XI-1814/9-VI-1877), cerca del cual peleó Escosura en las filas liberales. Como el barón de Peñahonda, también Francisco de Asís fue mariscal de campo; palaciego como el otro, caballero mayor de Isabel II <sup>179</sup> y en algún momento en tiempo cercano al de la publicación de la novela algo alcahuete suyo y contrario a Narváez, aunque, al con-

trario que el barón de Peñahonda, había formado parte, como jefe, del regimiento de cazadores de la Guardia Real de Caballería, muy encomiada en las memorias de Fernández de Córdoba en conjunto, si bien era al hermano de Cumbres Altas, marqués de Casasola, al que se recuerda especialmente <sup>180</sup>. Al año siguiente de la publicación de la novela, quizás no por casualidad, el conde de Cumbres Altas fue nombrado comisario de los asuntos de teatros (arch. villa, corregimiento, 2-118-100).

Otros guiños literarios relacionados con los nombres de personajes secundarios se encuentran en varios capítulos, como cuando se llama Brígida, el mismo nombre que tenía la dueña de doña Inés <sup>181</sup>, a la mujer que le entrega a Laura las cartas de Leoncio mientras se encuentra en el convento de Cádiz. Igualmente, el capítulo III del Libro V se titula, refiriéndose a Mendoza, «El diablo ermitaño», en correspondencia con la famosísima obra teatral de la época, *El diablo predicador*, tema sobre el que se estrenó una ópera en marzo de 1846, compuesta por Ventura de la Vega, con música de Basili <sup>182</sup>.

### 2.7.2. Personajes reales

Ya se han mencionado ciertas similitudes entre varios personajes ficticios y otros del mundo real de la época. Pero Escosura, además, fusiona su mundo de ficción y sus recuerdos para aludir a conocidos suyos. Quizás es en la fiesta de los Valleignoto donde Escosura dejó correr mayores dosis de su afectividad y dejó retratados, sin apenas veladuras, algunos de los más queridos:

Manuel Bretón de los Herre ros aparece caracterizado con sus rasgos más ostensibles: el hecho de que se divierta con los celos y con la coquetería de las mujeres casa bien con la actitud que hacia el bello sexo mantuvo en general, actitud que no significaba misoginia. La fisonomía entre benévola y epigramática, los modales, francos y simpáticos, que predica de él el narrador, coinciden también con los esenciales de su teatro. Su edad de treinta y cinco años no coincide sino por aproximación con la de Bretón en 1834, y también depende de en qué sentido se entienda la frase de que una herida “honrosa” le hubiera dejado sin un ojo. Roca de Togores, en su biografía, expondría lo que había podido averiguar <sup>183</sup>, que guardaba relación con un duelo <sup>184</sup>.

No es casual que le dé el brazo una figura que podría corresponder a Ventura de la Vega, antiguo amigo y compañero de estudios de Escosura en la casa de Alberto Lista, joven a la sazón en esos años aunque ya hubiera probado suerte, con éxito, en el mundo de la comedia y de las traducciones y que, en efecto, debía en gran parte a Bretón el haberse dado a conocer, de lo que ha quedado constancia por alguna de las cartas conservadas <sup>185</sup>. Las palabras que le dedica Escosura pueden releerse, con escasas modificaciones, en el discurso dictado en la Real Academia Española muchos años después: “Un niño de cuerpo débil, valetudinaria salud, rostro expresivo, ojos a que yo no he conocido, señores, otros semejantes y un conjunto, en fin, de tal índole, que si nada tenía de bello estéticamente hablando, cautivaba, no obstante, la atención



apenas visto” <sup>186</sup> y en sus ya citados recuerdos literarios: “Vega, que nunca fue corpulento, era entonces un muchacho de poca talla, frágil estructura, poquísimas carnes y semblante enfermizo; pero con unos ojos negros de tan intensa mirada y elocuente expresión y una sonrisa tan alegremente cómica, que no era posible, una vez vista su fisonomía, dejar de tenerla para siempre en la memoria grabada” <sup>187</sup>.

Si “de entonces acá” había crecido mucho, sin duda se debía a que, aparte de los puestos públicos que había ocupado, en 1845 había estrenado la pieza que se convertiría en obra de repertorio y que le granjearía mayor fama, *El hombre de mundo* (que había leído a sus amigos, antes de estrenarse, en la tertulia de Escosura <sup>188</sup>) y si ya entonces era “grande”, a pesar de su escasa estatura, podía deberse a que había dado a las empresas teatrales diversas obras, varias originales: la pieza en un acto *Vi rtud y reconocimien - t o*, representada el mismo día que Bretón su famosa *A la vejez viru e l a s*, el 14 de octubre de 1824; traducciones, como *Shakespeare enamorado* (1831) o *El Tasso* (1831) de A. Duval, aunque sobre todo de Eugene Scribe: *La máscara reconciliadora* (1831), *La expiación* (1831), *Hacerse amar con peluca o El viejo de veinticinco años* (1832) *Acertar errando o El cambio de diligencia* (1832), *Miguel y Cristina* (1832), *Las capas* (1833).

Jorge Campos identifica a José Zorrilla como ese joven pequeño y enjuto. Tratarse del año 1834 le hacía ya desconfiar a Ferraz <sup>189</sup> pues, efectivamente, Zorrilla no llegaría a Madrid sino dos años después. Ciertamente, de Zorrilla siempre se ha pregonado su escasa estatura pero, por lo que respecta al traje de exquisita elegancia con que lo viste Escosura, sin duda se trataría de una cortesía por parte del autor, pues el que se convertiría en “poeta nacional” nunca tuvo dinero bastante para vestirse convenientemente.

De modo inequívoco alude Escosura a continuación a Antonio Gil y Zárate (1-XII-1793/1861), que en esas fechas ya había estrenado *El entremetido* (1826) y que después se haría famoso precisamente con las obras suyas que cita el narrador. Perteneciente al mismo grupo literario, en *El Entreacto* se habían publicado dos artículos referentes a su biografía y obras <sup>190</sup>.

Luego alude a Mariano Roca de Togores, ese casi niño de aristocráticas maneras (como hijo de grandes de España), que siempre sería tan cortés con las mujeres, cosa que manifiesta en la conversación subsiguiente, al querer distinguir entre unos tipos de mujeres y otras: “Diga usted ¡oh Mesalinas! No todas son unas” (tomo II, pág. 176).

Escosura presenta a continuación a Larra, “émulo de Quevedo”, colgado del brazo de Roca de Togores, como reflejo gráfico de la amistad trabada entre ambos <sup>191</sup>.

En el joven artillero puede verse un rápido retrato de sí mismo, también “buscarruidos”, como se llamaría a sí mismo en su discurso de la Real Academia <sup>192</sup>, opinión compartida por Antonio Ferraz, en desacuerdo con Jorge Campos, quien se inclina a pensar que detrás de esos rasgos se encuentra Ros de Olano <sup>193</sup>. En efecto, al igual que el personaje, que, más que literato, era «amigo de los que lo eran», Escosura se consideraba «escritor por carambola» <sup>194</sup>, y hubiera resultado muy espí-

noso para él predicar lo mismo de Ros de Olano. Escosura, por otra parte, no menciona a todos los amigos de aquel momento, sino a los de aquel baile en particular. En contra, sin embargo, de esta opinión sería la de considerar que Escosura se habría desdoblado, por mencionarse luego expresamente a sí mismo.

Ejemplo de la mezcla de realidad y ficción lo constituye el que un personaje de la novela parece ser también amigo del grupo de escritores: el general Valdestillas, que acompañará a Laura a la mesa (tomo II, pág. 178), signo de ser considerada la personalidad más relevante de la fiesta. Posibles modelos o figuras históricas paralelas y bien conocidas de Escosura podrían ser Evaristo San Miguel <sup>195</sup>, aunque hasta años más tarde no le llegaría la grandeza de España y su condición de liberal emigrado no se correspondería del todo con lo “templado” de las opiniones que se atribuye al personaje en otro momento (Libro I, cap. II; tomo I, pág. 19); más aún, Remón Zarco del Valle <sup>196</sup>: Como ministro de la Guerra precisamente entonces, podría ostentar un cargo digno de acompañar a la mesa a la anfitriona.

Puede que tal fiesta, a la que se había invitado, cuidadosamente, a lo más selecto de la aristocracia, el ejército, la política y las letras, coincidiera en parte con lo visto en la apertura de los salones de María Buschenthal (de cuyo marido fue íntimo amigo Escosura <sup>197</sup>) como se recordaría en las *Memorias* de Fernández de Córdoba, donde se expone que en torno a 1835 se presentó en Madrid:

...una dama de deslumbradora hermosura y de atractivos singulares por su elegancia, su amabilidad y su talento, que parecía habernos enviado América para rivalizar con Europa. Me refiero a madame de Buschenthal. Su casa fue muy pronto el punto de cita de una sociedad selecta, donde se mezclaban la aristocracia, la política, las artes y la industria, como en campo neutral abierto a todas las ideas y opiniones (...) Los salones desde entonces de madame de Buschenthal, a quien tratábamos con el familiar y cariñoso nombre de María, no se han cerrado nunca <sup>198</sup>.

Nótese que tanto en el prólogo de la obra como luego, mientras se encuentra en el valle, también a Laura se la llama «María». María Buschenthal, de soltera María Benedicta (o Delfina) de Castro Canto e Melo Pereira, era la segunda hija putativa de Buenaventura Pereira, I barón de Sorocabana, superintendente general de las Haciendas Imperiales del Brasil y de María Benedicta de Castro Canto e Melo. Nacida en Río de Janeiro en 1815, estaba casada, desde 1830, con el banquero José de Buschenthal <sup>199</sup>. Muchos debían de tener de ella una imagen similar a la que se ofrece en las memorias de Fernández de Córdoba. Véanse, por ejemplo, las siguientes líneas, que podrían referirse igualmente a Laura:

...la más hermosa mujer que nos haya enviado el trópico (...), reina que fue de la belleza, de la fortuna y del buen tono (...), en Londres, en París, en Río de Janeiro, donde las más linajudas damas le rindieron vasallaje (...) sus caprichos de princesa, sus locas imaginaciones, sus deliciosas quimeras, sus galanteos y fantasías <sup>200</sup>.

Aun cuando Escosura formara a su personaje con independencia de esta mujer real, no puede negarse cierto parecido biográfico entre las dos: ambas habían nacido al otro lado del Atlántico, de familias nobles y con fortuna. Ambas habían tenido que refugiarse en Londres, Laura debido a la política y María por la quiebra de su marido. La nueva quiebra del banquero y su lujoso tren de vida pueden relacionarse con los derroches de Leoncio, y la muerte de Leoncio con la amistosa y discreta separación en que vivieron los Buschental a partir de cierto momento. Algún detalle más merece considerarse: María, que no moriría hasta 1891, veinte años después que José, mantenía una tertulia políticamente neutral, a la que asistía Escosura, si bien su talante era liberal <sup>201</sup>. Era lógico que, al publicar esta novela en la época moderada, si acaso había encontrado en ella o en parte de ella un modelo, lo velara e incluso atribuyera a los manejos de Mendoza y de Matilde toda atribución política (libros I, V, VI y VII) <sup>202</sup>.

Otro posible modelo para algunos detalles podría estar en otra conocidísima anfitriona a cuyas reuniones solía acudir Escosura en los años de redacción de la novela, la famosa María Kirkpatrick, aunque al mismo tiempo puede que se la mencione como participante en la fiesta de los Valleignoto.

Después de la descripción de los adornos del palacio, el narrador repasa con nostalgia una serie de figuras vivas en aquel año de 1834. A la hora de identificarlas, no puede descartarse que coincidieran con aquellas con las que seguía manteniendo relaciones de amistad o trato frecuente, en casa de la condesa del Montijo:

El «joven duque que la muerte hirió tan sin piedad» se acerca más al retrato que en las memorias de Fernando Fernández de Córdoba se ofrece del XI duque de Osuna (Pedro de Alcántara Téllez Girón y Beaufort, muerto prematuramente de un ataque cerebral <sup>203</sup>) que al anotado por Ferraz quien, de acuerdo con Llorens, identifica con el llorado José Negrete, conde de Campo Alange, muerto en el sitio de Bilbao en 1836 <sup>204</sup>, figura importante en aquella generación romántica. Ciertamente Escosura había luchado en la Primera Guerra Carlista cerca de él (lo mismo que al lado del duque), pero también que menciona a los conocidos suyos presentes en aquella ocasión, y quizás José Negrete, que era conde y no duque, no asistió a aquella fiesta.

La discreta dama, condesa entonces de T., podría aludir a ese personaje de gran trascendencia social en la época, ya dicho: Tendría sentido que se tratara de la condesa de Teba, Manuela Kirkpatrick, titulada por su matrimonio con el liberal Cipriano Portocarrero y Palafox, hombre de letras y habitual en unas tertulias que su viuda convecría en famosas. Si el narrador dice que era “entonces” (y por lo tanto, no en 1842-1847) condesa de Teba, podía referirse a que hasta el mes de agosto de aquel año de 1834 su marido no iba a suceder en los títulos de conde de Montijo, de Casarubios, de Guzmán y de Miranda del Castañar, duque de Peñaranda y marqués de Ardales a su hermano mayor <sup>205</sup>, momento en que el nuevo conde del Montijo cedió su anterior título a la hija mayor de ambos, María Francisca <sup>206</sup>. María Kirkpatrick sería uno

de esos personajes con un cónyuge difunto que recordar (pues el conde murió el 15 de marzo de 1839) aunque el adjetivo “discreta”, que bien podría aludir a su inteligencia social, pudiera resultar irónico a quienes hubieran dado oídos a la maledicencia <sup>207</sup>.

Escosura separa por un punto y coma a la anterior condesa de las cuatro figuras que aparecen a continuación, puede que por indicación de que estas últimas eran miembros de la misma familia. En efecto, han podido rastrearse los nombres correspondientes a cuatro hermanas, las hijas del marqués de Camarasa, a la sazón Joaquín Gayoso de los Cobos y Bermúdez de Castro, viudo desde 1817 de Josefa Téllez-Girón:

La condesa de B., podría ser María Josefa Gayoso de los Cobos y Téllez Girón, (31-I-1803/1854), casada el 25 de noviembre de 1824 con Lázaro Fernando Brunetti, embajador de Austria en Madrid, poseedor de las grandes cruces de Carlos III y de Daneborg de Dinamarca, caballero de San Esteban de Hungría, del que quedaría viuda, por lo que se casaría con un sobrino del primer marido de su hermana Pilar, Fernando Sebastián de Nieulant y Sánchez Pleytés, III marqués de Sotomayor, de Gelo y Perijáa (17-IX-1818/25-XI-1869) <sup>208</sup>.

Su hermana E. C., podría ser la conocida Encarnación Camarasa, así apellidada en los círculos amistosos como hija del marqués de tal denominación (26-III-1813/1-VII-1897) y aún no casada con Manuel Fernández de Henestrosa y Santisteban, marqués de San Miguel das Penas (nacido el 30-VI-1822), pues no contraería matrimonio sino el 7 de mayo de 1857 <sup>209</sup>.

Otra (hermana) que “hoy” (1845-1847) es por dos veces viuda, era María del Pilar (26-XII-1803/1-IX-1858), casada el 5 de enero de 1831 con don Luis Francisco Sánchez Pleités y de la Peña, marqués de Villamagna y mayordomo del rey, muerto el 22 de octubre del año de su matrimonio, por lo que el título pasaría a un sobrino suyo <sup>210</sup>. En el momento de la fiesta, pues, estaba viuda por primera vez y dos años después contraería matrimonio con José María Queipo de Llano y Ruiz de Saravia, VII conde de Toreno, (nacido el 26-XI-1786), del que quedaría viuda el 16 de septiembre de 1843 <sup>211</sup>.

La nombrada por la inicial A., debía de ser Ángela Andrea, la cuarta hermana de la familia de los marqueses de Camarasa, que se casaría con el III duque de Tamames, José María Messía del Barco y Pando (12-V-1819/16-VI-1868), una vez viudo de María Paz de Queralt y Bucarelli <sup>212</sup>. Pese a ser la segunda esposa, sería madre del IV duque de Tamames (16-V-1853/25-V-1917) quien, andando el tiempo, se casaría con María Asunción Rosalía, una nieta de María Kirkpatrick e hija de los duques de Alba.

A ellas también se las cita en la obra de Fernández de Córdoba al paso y se recalca la pericia de una de ellas, Encarnación, para el canto y el piano. Tanto a Encarnación como a Pilar les dedicó Nicasio Gallego sendos sonetos <sup>213</sup>. Sabiendo que la mujer del marqués de Camarasa, Josefa Manuela Téllez-Girón y Alfonso Pimentel (1783-1817), marquesa de Marchini, era la tía carnal del duque de Osuna antes citado (y hermana del marqués de Javalquinto <sup>214</sup>, quien luchó al lado de

Escosura en la Primera Guerra Carlista), nos damos cuenta de que todos estos personajes forman parte del mismo círculo familiar. Por añadidura, las cuatro hermanas frecuentaban la quinta de Carabanchel donde recibía María Kirkpatrick.

Tampoco parece que se salga del mismo grupo de relaciones con las dos menciones siguientes: Las hermanas V. y J. de P. bien podrían identificarse con Vicenta <sup>215</sup> y Josefa <sup>216</sup> de la Cerda, hijas del VI conde de Parcent, del Villar, marqués de Barboles, de Eraguas, conde de Contamina y de Bureta (José Antonio Pedro Joaquín de la Cerda, 28-XII-1773/26-VII-1825) y de María Ramona de Palafox y Portocarrero (1777-1823), hija, a su vez, de los condes de Montijo, hermana del conde de Teba y tía de la famosa emperatriz. A ellas también podía referirse, según Jorge Campos, Mesonero Romanos en sus *Memorias de un setentón*, con la pregunta retórica: “Cómo olvidar (...) otras tres hermanas, también hijas de un grande de España, que eran el retrato vivo de las Gracias de la mitología y en cuyo álbum escribía el correcto poeta don Ventura de la Vega (entonces pollo también) esta ingeniosa décima en alusión al juicio de Paris?: Las tres diosas según creo, / que la poma contendían, tan hermosas no serían / con las tres que aquí veo; / con su difícil empleo / pudo al fin Paris cumplir; / mas si hubiese de elegir / entre tan lindas hermanas, / a no tener tres manzanas, / no pudiera decidir” <sup>217</sup>.

Pero, entonces, ¿dónde se ha quedado la tercera hermana, la tercera “gracia”, María Ramona, una mujer “preciosa”, según se lee en las memorias firmadas por el marqués de Mendigorriá <sup>218</sup>? Nacida en 1804, se había casado en 1823 con un liberal ascendido a ayudante de campo del rey en 1820, que había figurado como capitán general de Granada durante el Trienio Constitucional: el marqués de Campoverde <sup>219</sup>, con quien, indudablemente, tanto los Parcent como los del Montijo habían tenido intenso trato y que posteriormente, como ellos, había pasado a vivir en Madrid. ¿Es que Patricio alternaba con las hermanas y no con la marquesa de Campoverde? ¿Simplemente, no recuerda si asistió o no a la fiesta de los Valleignoto? ¿Su silencio es un subrayado... o es que sí estaba presente, aludida a través de otro nombre, desfigurado pero no tanto como para no identificarla?

Desde luego, el título de la marquesa de Sotoverde es bastante cercano al de ciertas damas muy conocidas de su tiempo, no sólo la marquesa de Campoverde, sino también, por ejemplo, al de Manuela Negrete, condesa de Campo Alange, hermana del muy querido escritor antes mencionado cuya muerte tanto se lloró, y quizás las distintas cualidades de unas y otras, veleidades eróticas incluidas, sirvieron para configurar un único personaje.

Las duquesas citadas a continuación por las iniciales podrían responder a las que más cercanas se mostraron a recibir a los intelectuales y literatos en sus salones. La duquesa de A. bien podría identificarse con aquella duquesa de Abrantes retratada por Goya <sup>220</sup>, María Manuela Téllez-Girón y Alonso Pimentel (6-XII-1794/9-I-

1838), condesa de Coguinás, hija del IX duque de Osuna y de la condesa-duquesa de Benavente y casada el primer día de enero de 1813 con el VIII duque de Abrantes y de otros títulos, Ángel María de Carvajal y Fernández de Córdoba (1793-1839). Serían, tanto ella como su marido, personas que recordar por haber perecido cuando se escribe la novela. Parece que destacó por su afición al canto <sup>221</sup> y eran muy famosos los bailes que se daban en la calle del Prado, número 70, desde 1829.

También podría referirse a Rosalía Ventimiglia y Moncada (16-VIII-1798/4-III-1868), hija del conde de Pradas y príncipe de Grammonti, duquesa de Alba por su matrimonio, celebrado el 15-II-1817, con Carlos Miguel Fitz-James Stuart y Silva, viuda desde 1835 y muy conocida por sus aficiones artísticas <sup>222</sup>.

En cuanto a la duquesa de V., podría tratarse de la duquesa de Villahermosa María del Carmen Fernández de Córdoba y Pacheco (19-V-1791/11-XI-1851), hija de los marqueses de Malpica y Mancera, de Povar y Montalvo, Antonio María de la Soledad Fernández de Córdoba y Pimentel (13-VI-1864/26-IX-1805) y María del Carmen Pacheco y Téllez-Girón Fernández de Velasco (1765/1828). El título lo debía a su matrimonio, celebrado el 14 de septiembre de 1814, con José Antonio Azlor de Aragón y Pignarelli (21-X-1785/2-V-1852). Era hermana del ya entonces marqués de Malpica, Joaquín Fernández de Córdoba y Pacheco y, por tanto, emparentada con los personajes a los que quizás se refiere el autor a continuación <sup>223</sup>. Junto con su marido, fue una conocida mecenas hasta su muerte, desde los primeros años del Romanticismo <sup>224</sup>. Su casa, además, desde muy pronto la visitaba Ventura de la Vega, en palabras del propio Escosura <sup>225</sup>.

Algo parecido podría decirse de las marquesas de Santa Cruz y de Malpica, madre e hija o, más bien, hija y madre: La XI marquesa de Malpica (y de Mancera, VI duquesa de Arión, XI condesa de Gondomar), era María de la Encarnación Francisca de Asís Álvarez de las Asturias Bohorques y Chacón (7-IV-1798/5-V-1863), por su matrimonio, en 16 de julio de 1814, con Joaquín Fernández de Córdoba y Pacheco (22-IV-1787/1-X-1871) <sup>226</sup>, hermano de la anteriormente citada duquesa de Villahermosa. El matrimonio tuvo nueve hijos: María del Carmen (1815-1817), Joaquín, marqués de Povar (1816-1847), Luisa María (1817-1880), Pedro de Alcántara, marqués de Mirabel (1819-1883), Alfonso (1823-1903), María Cristina, marquesa de Griñón (1831-1879), Gonzalo, conde de Gondomar (1834-1892), María Blanca, marquesa de Cubas y María de la Encarnación (27-VI-1817/8-VIII-1884), marquesa de Santa Cruz.

Precisamente Ventura de la Vega dejaría recuerdo de su estancia en la finca de Malpica en su composición "A orillas del Pusa" <sup>227</sup> y en una carta que le escribió por entonces <sup>228</sup>, Quintana dedicaría el 10 de junio de 1835 un soneto a María de la Encarnación Joaquina, a quien faltaban unos meses para casarse (el 13 de diciembre de 1835) con Don Francisco de Borja de Silva-Bazán (31-XI-1815/28-XI-1889), que sería marqués de Santa Cruz al morir su padre el 4 de noviembre de 1839 <sup>229</sup>.

Claro que también era marquesa de Santa Cruz Joaquina Téllez-Girón y Pimentel (21-IX-1784/17-XI-1851) <sup>230</sup>, quien, aparte de I condesa de Osilo, era hermana de la anteriormente nombrada duquesa de Abrantes (hija de los duques de Osuna), y compartió con su nuera el título de marquesa de Santa Cruz (como marquesa viuda desde 1839) por haberse casado en 1801 con José Gabriel de Silva y Walstein (18-III-1782/4-XI-1839), que ostentaba también otros títulos y había sido primer secretario de despacho de Fernando VII, mayordomo mayor, embajador en París y Londres, director de las Academias de la Lengua y Medicina. Como otras damas citadas, fue también conocida por su belleza <sup>231</sup>.

Si se tiene en cuenta además que el marqués de Malpica y el duque de Abrantes eran primos y mantenían estrechas relaciones, cabe observar que Escosura al citarlos sigue moviéndose dentro de la misma sociedad de amistades y se aumenta la probabilidad de estar citando a aquellos a los que recuerda con más afecto sin querer olvidar a ninguno.

En efecto, todas las figuras citadas hasta aquí guardan lazos consanguíneos. Escosura se refiere preferentemente a las mujeres porque lectoras es lo que busca y porque las pérdidas sufridas entre sus familiares, aparte de la juventud y las diversiones de otros tiempos, es lo que recuerda. Sólo cuando se trata de amigos solteros alude directamente a los hombres. Todas estas señoras, además, como ha podido observarse, formaban parte, junto a sus maridos, de los grupos intelectuales del momento, ya por mecenazgo, ya por gustos y trabajos literarios, ya por ocupar diversos cargos de honor de las Reales Academias <sup>232</sup>.

Más resbaladizo, en cambio, es atribuir un nombre concreto a la que llama duquesa de C. Es posible que aludiera con ella a una persona cuyo nombre cubriera luego, bajo el de duquesa de Calanda, en las *Memorias de un coronel retirado*, pero no cabe salir con ello del terreno de las conjeturas, porque, si bien la suegra y luego la mujer del conde de Cumbres Altas llegó a ostentar el título de duquesa de la Conquista desde junio de 1847, no consta ningún otro indicio de ser el personaje que se esconde tras tal recuerdo. Otra duquesa de C. (Cardona y Camiña) lo era María de la Concepción Ponce de León y Carvajal (muerta en 1856), casada en mayo de 1802 con Luis Joaquín Fernández de Córdoba (12-VIII-1780/1839), quien ostentaba tales títulos junto con los de Medinaceli, Santisteban del Puerto, Feria, Alcalá de los Gazules, Segorbe y otros muchos, pero no hay más datos para identificarla, excepto el hecho de que fuera viuda en 1847. También era duquesa de C. en aquellas fechas la segunda mujer <sup>233</sup> de Prudencio de Guadalfajara y Aguilera, II conde y I duque de Castroterreño, capitán general, virrey de Navarra, comandante general del Real Cuerpo de Alabarderos (28-IV-1761/15-V-1855). De opiniones similares a las de Escosura, participó en el levantamiento de octubre de 1841 contra el Gobierno. Fue luego presidente de la empresa Camino de Hierro de María Cristina <sup>234</sup>.

También resulta espinoso identificar a aquellas otras señoras que, “sin tantos títulos ni blasones” acompañan a los escritores entre los que se encuentra el narrador.

Concha R. podría ser la muy conocida actriz, mujer de Juan Grimaldi <sup>235</sup>; J. P. V. son las iniciales de Josefa Pacheco Villalobos, sin tantos blasones, en efecto, pero de cierta fortuna, o bien Joaquina Pezuela (Viluma), una de las hermanas del luego conde de Cheste, amigo de Escosura desde la primera juventud <sup>236</sup> y cuyo marido pertenecía también al ejército; la inicial L. podría señalar a varias Dolores de la época, entre ellas Dolores Armijo, querida de Larra y quizás por eso allí presente. La desdichada amada de un desgraciado escritor podría ser Teresa Mancha <sup>237</sup>, muerta tempranamente.

En la celosa Elisa, marquesa disfrazada de gitana, Escosura vuelve a fundir realidad y ficción, pues en el mundo de la ficción es la amante de Eduardo de la Flor, pero en estos párrafos recordatorios de personas reales, el narrador la señala también como tal. Sin embargo, Marrast, el mejor biógrafo de Espronceda, no deja constancia de relación alguna suya con ninguna marquesa. La única Elisa presente en sus versos, en una serenata de 1828, según todos los indicios se trata de un pseudónimo poético, como el de Delio (“Delio a las rejas de Elisa...” comienza la composición). Según demuestra Marrast con datos de Roca de Togo res, el segundo de ellos se aplicaba en la academia del Mito a Ventura de la Vega <sup>238</sup>. La única marquesa sobre la que los investigadores ofrecen algún dato (en este caso, una carta) de su posible vinculación con Espronceda es la de Villagarcía <sup>239</sup>, cuya lista de amantes permitirían a Escosura llamarla “dama galante” al trasladarla al papel <sup>240</sup>, pero también cualquier otra con la que Espronceda, si acaso su vida aparece copiada en la novela, se hubiera relacionado.

En cambio, uno de los personajes que habitualmente y de modo más fidedigno han sido identificados responde a Luis Fernández de Córdoba Valcárcel (nacido el 2 de agosto de 1798), hermano mayor de Fernando <sup>241</sup>. Parece que se profesaban gran estima el uno al otro. De acuerdo con otros críticos anteriores, puede aventurarse que Escosura ofreciera su retrato o le recordara en *El patriarca del valle* a través del diplomático, también llamado Luis, que acompaña a Ribera en el baile de Versalles donde éste conoce a Laura y luego come con él en la fonda de Berry (L. III, caps. VI y VII; págs. 146-147; 156): Luis Fernández de Córdoba había cumplido tareas diplomáticas en París, como secretario de la embajada, desde 1825 hasta 1827 en que se le destinó a Berlín <sup>242</sup>; era muy estimado por Fernando VII, como dice el autor respecto al diplomático (Libro III, cap. VI; tomo I, pág. 146) y el protagonista, al encontrarse con él, le llama “tocayo” (Libro III, cap. VII; tomo I, pág. 156). Posteriormente, en los carnavales de 1834, precisamente en los párrafos que recrean el tópico del *ubi sunt?* quizás vuelva a referirse a él cuando escribe: «¿Qué, del moderno D. Juan Tenorio, que () terminaba cada noche de baile con un duelo y tres citas galantes por lo menos?» (L. VII, cap. VII; tomo II, pág. 167), si acaso la mención no tiene que ver con Espronceda, muy diestro con la espada (no en vano había intentado durante su exilio ganar dinero como maestro de esgrima). También en *Memorias de un coronel retirado* presentaría a un Luis de los mismos rasgos, amigo del protagonista Lescura y amante de Angustias, la sobrina de Laura:



En todos los entreactos, tu amigo Luis, el capitán de caballería, tan buen mozo, tan cortés y ceremonioso como siempre, hasta en las frecuentes ocasiones en que se cree obligado a tirar la espada. () El barón, marido de Angustias, dice que Luis es el joven más respetuoso y bien criado de Madrid y que no sabe por qué su mujer le tiene manía. Tú juzgarás si el síntoma es grave <sup>243</sup>.

Todos estos rasgos coinciden con la estampa trazada en las memorias de Fernández de Córdoba <sup>244</sup>.

Los liberales que aparecen reunidos en casa del banquero también pueden estar sacados de modelos reales: uno de ellos es Eduardo de la Flor y otro Mendoza, pero el nombre del banquero Minarica podría corresponderse con el del liberal Alejandro Aguado, marqués de las Marismas del Guadalquivir y, no se olvide, vizconde de Monte Rico <sup>245</sup>, que había vuelto a Madrid en 1831 <sup>246</sup>.

### 2.7.3. Personajes históricos

Algunas de las figuras citadas forman parte de la letra pequeña en los libros de la Historia de España, pero Escosura no sólo incluye éstas, a las que conoció y trató, sino que también hace comparecer, ofrece datos o da su opinión sobre ciertos protagonistas en la política y la realeza de su tiempo:

*Fernando VII*: El juicio y la perspectiva que Escosura ofrece de este rey resulta particularmente interesante por contradecir la visión negativa generalizada en la época y sólo revisada en los últimos años <sup>247</sup>. Consciente de esta divergencia, ya en el libro III, Escosura califica su ingenio de “claro y perspicaz”, adjetivos a los que añade “digan lo que quieran sus enemigos” (Libro III, cap. I; tomo I, pág. 100). Le atribuye también en aquel momento sagacidad para conocer los puntos débiles de la revolución que precedió al Trienio Constitucional y un instinto de gobierno sobre el que insistirá más adelante.

Escosura sabe mirar como “políticas” las controvertidas actuaciones del monarca, que otros podrían tachar de débiles, mezquinas, pérfidas, hipócritas y maquiavélicas <sup>248</sup> y que su contemporáneo Joaquín Francisco Pacheco había tildado propias de un carácter “cruel, disimulado, vengativo”, “suspica”, que no se dejaba llevar ni seducir de ninguno <sup>249</sup>. En este sentido coincide su benevolencia con la de su amigo Fernando Fernández de Córdoba, quien había tratado más estrechamente al monarca que muchos de los historiadores, y que prefería recordar lo agradable que sabía ser con las damas a pesar de su figura y lo poco común en la época de la gracia que ostentaba en su trato con ellas <sup>250</sup>.

También el narrador se refiere a la galantería dispensada a sus mujeres (Libro VI, cap. XII; tomo II, pág. 90), en lo que coincide con lo escrito en los recuerdos de Mesonero Romanos, por ejemplo <sup>251</sup>. En lo demás, como sus relaciones con María

Josefa Amalia de Sajonia o con María Cristina, básicamente coincide con lo que todos los historiadores suelen repetir: Respecto a María Amalia “si podía estimar y querer sinceramente a su difunta esposa, atendido el carácter de ésta, nos parece más que dudoso que de ella estuviera enamorado” (L. V, cap. IV; tomo I, pág. 268). En general, los historiadores no desmienten esta hipótesis de Escosura e incluso en alguna biografía se recoge cierta supuesta exclamación del monarca (¡No más rosarios ni versitos, coño!) cuando se le propuso enlazarse con otra princesa alemana, como María Josefa <sup>252</sup>.

Respecto a la suspicacia atribuida, Escosura coincide con Ramón de Mesonero Romanos, cuando señalaba que según algunos, provenía de la opresión y alejamiento vividos en su juventud <sup>253</sup>.

Escosura, al retratarle físicamente, guarda silencio sobre una fisonomía que los pintores de la corte, en general, no reflejaron como agraciada <sup>254</sup> y, así, astutamente se refiere exclusivamente a la riqueza de los adornos con que recibió a María Cristina el día de su boda y solamente utiliza el adjetivo “erguido” y la expresión “elegante-mente cabalgando” como únicas alabanzas (Libro V, cap. IV, tomo I, pág. 278).

*María Cristina:* hija del rey Francisco I de las dos Sicilias y de su esposa la reina doña María Isabel, hermana de Fernando VII (27-IV-1806/22-VIII-1878). Es lógico encontrar diversos retratos, todos amables, de la cuarta esposa de Fernando VII. No debe olvidarse que Escosura conspiró desde París en su favor una vez obligada al exilio por Espartaco. Así, la juzga una esperanza para los liberales, una amenaza para los apostólicos; comenta su belleza y atractivos cuando llega el momento de aludir a su boda con Fernando VII (Libro V, cap. IV, tomo I, págs. 278-280), en consonancia con lo que de ella también habían dicho otros contemporáneos, como Joaquín Francisco Pacheco <sup>255</sup>.

*Conde de España:* Carlos José Enrique d’Espagnac, de Cousserans, de Cominges y de Foix, Cabalb y d’Esplás, Orbesán y Dupac (15-VIII-1775/3-XI-1839), quien había obtenido su título por su participación en la Guerra de la Independencia. La visión que Escosura ofrece de él seguramente procedía de la imagen pública que los liberales divulgaron sobre quien había sometido a los malcontentos catalanes y había ordenado diversas ejecuciones <sup>256</sup>. Le juzga perteneciente a la sociedad secreta “El Ángel Exterminador”, le hace participar en la trampa tendida a un general de buena intención y someterse al chantaje de don Ángel (Libro IV, cap. II; tomo I, págs. 182-182). Escosura se muestra en sus adjetivos más implacable que su amigo Fernando Fernández de Córdoba, quien condenaría las ejecuciones ordenadas por esta figura durante su estancia en Cataluña, pero también suavizaría su culpabilidad, al considerar que cumplía órdenes <sup>257</sup>. El haber conocido personalmente el talante festivo que mostraba en la intimidad y el haber sido objeto de algunas atenciones por su parte había teñido los sentimientos de Fernández de Córdoba de una pátina inexistente en

quien sólo supiera de sus acciones. Para contrarrestar lo negativo de esta imagen, reflejada en la novela, y como se hizo habitual con personajes controvertidos, se escribió un libro que destacaba los aspectos más amables del personaje: su amor a la familia, su apoyo a la Iglesia y a la moral pública, su lucha por lograr la obligatoriedad de la educación y el descanso dominical, entre otros aspectos <sup>258</sup>.

*El general Longa*: Como buen romántico, Escosura aprovecha la opuesta imagen pública de estos dos capitanes generales, a saber, Longa y España, para jugar con la técnica del contraste: así, la imagen de Longa trazada por Escosura se corresponde con la de sus contemporáneos y con unos principios de conducta expuestos en sus cartas a diversas figuras, como aquella en la que se lee: “Esta gente (los valencianos) no son para tratarlos con aspereza, sino con cierto cariño y naturalidad, pero sin que por esto se deje la rienda de la mano” <sup>259</sup>. Dentro de la novela, su conducta con los liberales y, en concreto, con Mendoza, no resulta contradictoria con los datos que de él se conservan. De hecho, parece ser que mantuvo siempre una gran amistad con un mariscal de campo liberal, Mariano de Renovales, al que por obligación perseguía... sin nunca darle alcance. Se contentaba con detener a sus compañeros de conspiración para sacarles informaciones útiles <sup>260</sup>.

La descripción física que de él traza Escosura (Libro IV, cap. ; tomo I, pág. 255), coincide en los rasgos generales con un retrato de él que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, de dimensiones 160 por 226 milímetros y realizado por Luis Fernández Noseret probablemente en años inmediatamente anteriores o posteriores al momento en que se sitúa la acción, y también con el que suelen ilustrarse las obras sobre él o el ejército de la época <sup>261</sup>.

*La duquesa de Berry*: María Carolina de Borbón Sicilia (5-XI-1798/17-IV-1870), hija de Francisco I de Nápoles y de su primera mujer, la archiduquesa Clementina de Austria, aparece ya en el libro III sin que Escosura mencione su nombre explícitamente, aunque aluda necesariamente a ella por su condición de princesa residente en Las Tullerías junto con la duquesa de Angulema.

Téngase en cuenta que sobre ella se publicó en España la traducción de sus *Memorias históricas*, escritas por Alfred Nettement <sup>262</sup>. Es posible que Escosura leyera la obra e incluso que la comentaran en su tertulia. En general, el dibujo de Escosura no contradice lo impreso en esta obra.

Respecto al aspecto físico, parece que su escasa estatura (un metro y medio), era lo que más destacaban de ella sus contemporáneos <sup>263</sup>, aunque también elogiaban su finura, su gracia, el encanto y la animación de sus rasgos, detalles todos que coinciden con las apreciaciones de nuestro autor (Libro III, cap. V; tomo I, pág. 145). Graciosa y sencilla en sus maneras, afable, vivaz, animada <sup>264</sup>, aparece también en la escena en que pasa a un primer plano.

De acuerdo con la imagen generalizada de la época, Escosura alude por primera vez a ella como asistente al teatro, aunque no la sitúa exactamente en aquel que protegía, llamado “de Madame” tras la muerte de Luis XVIII <sup>265</sup>.

Igualmente, vuelve a introducirla a propósito de un baile que preside y al que son invitados los protagonistas, lo que no puede resultar más conveniente, pues a ellos era muy aficionada y, en la época, los que organizaba ella <sup>266</sup> se juzgaban ejemplos de elegancia. También los motivos de la disputa con su cuñada por la invitación a los Montefiorito se corresponde bastante bien con las diferencias visibles entre las dos damas <sup>267</sup> (pese a la buena relación que mantenían, según otros testimonios <sup>268</sup>), pues ya se comentaba desde su juventud que a María Carolina la exasperaba la más ligera contradicción, aunque también fuera capaz de soportar los peligros con la paciencia y el valor de un soldado <sup>269</sup>. Por otra parte, existen testimonios de que la duquesa de Angulema le escribió en cierta ocasión una carta quejándose de una de las piezas teatrales que se había estrenado en el teatro que ella patrocinaba, pues en ella el Antiguo Régimen quedaba ridiculizado y ensalzado el Nuevo <sup>270</sup>. La noticia motivó la prohibición de la pieza.

Por otra parte, el narrador justifica cuanto puede la invitación a Laura y a Montefiorito, dada la sospecha de Liberalismo que pesaba sobre el último y el hecho de que las simpatías de esta princesa siempre estuvieron del lado de los menos liberales. Por añadidura, en el saludo con que recibe a los hermanos Valleignoto, según lo simula Escosura, así lo hace ver y, más aún, la asistencia al baile va seguida de una entrevista de Montefiorito con Carlos X en la que manifestará su adhesión a la tradición absolutista y que traerá como consecuencia el perdón de Fernando VII y la vuelta a España (Libro III, cap. V; tomo I, págs. 145 y ss).

Con todo, el narrador presenta el baile como si exclusivamente estuviera abierto a las familias de la más rancia nobleza, y se lamenta de la ausencia de nuevos apellidos, cuando parece ser que la princesa no establecía grandes distinciones entre los nobles antiguos y los modernos <sup>271</sup>.

Su última aparición será indirecta, a partir de los sucesos revolucionarios de julio de 1830 <sup>272</sup>.

*Duquesa de Angulema:* María Teresa (19-XII-1778/19-X-1851) hija de Luis XVI y María Antonieta, es presentada por Escosura como una mujer traumatizada por los sufrimientos vividos en su infancia y, en consecuencia, severa y poco amiga de permitir a los liberales la entrada en los círculos sociales de la realeza. Estos rasgos, sin duda divulgados por los contemporáneos, le permiten al autor simular de modo verosímil su oposición a que Laura y su marido sean invitados a uno de los bailes de su cuñada María Carolina, como se ha dicho anteriormente.

*Carlos X.* El narrador se refiere a él con los adjetivos “caballero y virtuoso”, coincidentes con los empleados por Luis Blanc en su obra *Historia de diez años, o sea de la Revolución de Julio de 1830 y de sus consecuencias en Francia y fuera de ella hasta fines de 1840*<sup>273</sup> y por los biógrafos más benévolos, que recogieron su fama de perpetuador de las tradiciones de elegancia del Antiguo Régimen, el prestigio de su cortesía con las damas, el encanto que, parece ser, le reconocían incluso sus enemigos, su religiosidad, lo irreprochable de sus costumbres, que le condujeron a renunciar a las mujeres una vez muertas su amante la vizcondesa de Polastron (1803) y su mujer, María Teresa de Saboya (1805). Alguno de ellos llega a pronosticar que la posteridad podría ser severa con el soberano, pero indulgente con el hombre<sup>274</sup>. Pero Escosura, como buen liberal y como partidario de la monarquía de Luis Felipe, reinante aún en el momento de escribirse y publicarse por primera vez la novela, transmite una imagen fundamentalmente negativa de este rey, similar a la que unos años después ofrecería el marqués de Miraflores, embajador en París: “...el mal aconsejado monarca sucumbió a las exigencias de un partido que ni aprendió ni supo aprender nunca que necesitaba perdonar y colocarse a la cabeza de los que, realistas más que el rey, pensaron poder dominar los fuertes e inmensos elementos que crearon y consolidaron la revolución”<sup>275</sup>. Más verosímil resulta el dibujo de Dumas, por la riqueza de matices y los claros oscuros, pese a que también pueda resultar, en conjunto, negativo: “generoso hasta rayar en pródigo, religioso hasta la exageración, noble hasta lo caballeresco, obstinado como todas las naturalezas débiles que persisten porque, habiendo tenido el trabajo de tomar una resolución, no quieren sufrir el disgusto de tomar otra; por lo demás, buen padre, amigo fiel, deseoso del bien, pero sin ver dónde estaba, ligero, fútil, olvidadizo...”<sup>276</sup>.

*Luis Felipe de Orleans:* Hijo de Louis Philippe Joseph de Bourbon Orleans y Adélaïde de Bourbon-Penthièvre, duque de Valois, luego de Chartres y de Orleans por derecho de primogenitura (6-X-1773/26-VIII-1850), aparece retratado con rasgos positivos en la novela (Libro IV, cap. VIII, tomo I; pág. 235), similares a los que Escosura pudo leer en los periódicos y folletos en francés, no sólo durante su estancia parisina, sino también en las biografías que se distribuían en España: Los elogios coinciden casi literalmente con los traducidos en *Vida anecdótica de Luis Felipe, duque de Orleans, ahora llamado rey de los franceses*: “...ofrece el modelo de la unión, de las buenas costumbres y de las virtudes privadas. Vigilante continuo de la educación de su numerosa familia, les enseña los sabios principios que han sido la norma de toda su vida. Ha querido que su hijo mayor, el duque de Chartres, goce de las ventajas de la educación pública (...). Tiene las costumbres más sencillas”<sup>277</sup>. Una vez más, en este punto Escosura se revela no como historiador imparcial que investiga, recoge datos y analiza su sentido, sino como periodista que refleja y divulga, resumida, la visión de otros historiadores más cercanos al tema tratado o de los partidarios contemporáneos franceses allegados al poder, luego matizada (“austero hasta la avaricia”, dijo de él Dumas<sup>278</sup>), desmentida o ampliada por biógrafos

como el famoso Michaud <sup>279</sup>, aunque quedaran autores fieles al monarca, como Victor Hugo, que mantuvieran la misma postura a través del tiempo <sup>280</sup>.

*Tomás de Zumalacárregui*: Ya se ha aludido anteriormente, a propósito de Ribera, a la imagen de este personaje que proyecta el autor, más parecida a la de Madrazo que a la de Zaratiegui. Madrazo le había descrito físicamente en 1844 como de estatura regular pero “imponente” en conjunto, a veces aterrador, con una figura y unos modales adecuados para el mando, ancho de espaldas, con los hombros desnivelados por una caída, la tez morena y casi siempre pálida, la mirada perspicaz y centelleante, la expresión en general triste y pensativa, el bigote y la patilla unidos como los usaban los guerrilleros, la nariz proporcionada <sup>281</sup>, con todo lo cual se corresponden los detalles que Escosura va ofreciendo dosificados, excepto por lo que respecta a la nariz, que Escosura pinta aguileña (Libro IX, cap. VI; tomo II, págs. 330, 363).

También respecto a la indumentaria, coincide Escosura con la descripción de Henningsen <sup>282</sup>, frente a la de Zaratiegui, quien señalaba en su obra que su ropa más característica era un capote militar gris oscuro y un morrión con funda de hule <sup>283</sup>.

A pesar de lo poco hablador que, según los contemporáneos, se mostraba Zumalacárregui, mantiene una larga conversación con el protagonista de la novela, por lo que el narrador se ve obligado a ofrecer una explicación medianamente convincente. Igualmente, procura hacer comprensible al lector la dureza en el trato con los enemigos y le hace apreciar el valor de Ribera, detalle coherente con el dibujo trazado por los biógrafos. Coherente también es la severidad de sus modales para con los subalternos que le dan las noticias, pero también cómo acepta recibir a Laura (en lo que concuerda con los datos ofrecidos por Zaratiegui, en su afirmación de que se olvidaba hasta de comer por escuchar a los que iban a verle), aunque proponga posponer la entrevista hasta el día siguiente.

También es coherente el pintar a Zumalacárregui enojado por la insistencia de Villaparda en evitar el fusilamiento de Ribera, pero igualmente se hace entender el que no tome represalias contra su amigo, herido, y sí contra don Ángel y los sublevados, pues se comporta como solía hacerlo en casos de indisciplina, según relata Zaratiegui respecto a lo sucedido tras una acción en Echarri-Aranaz <sup>284</sup>.

## 2.8. Estilo y lenguaje

«A todo escrito suyo siempre le falta la última mano» «No del todo correcto en la prosa». De nuevo, Ferrer del Río definía con frases certeras el estilo de nuestro autor <sup>285</sup>.

Ya se ha dicho en apartados anteriores que Escosura narra la historia de un modo coloquial, como si previera que la mayoría de los receptores no fueran lectores, sino auditorio, por lo que se permite continuas repeticiones, recapitulaciones, detalles y frases recordatorias, imprecisiones, concordancias *ad sensum* e, incluso en algún caso aislado, agramaticalidades <sup>286</sup>.

En parte por eso, leer esta novela de Escosura significa también ponerse en contacto con la lengua de mediados del siglo XIX que, pese a haber llegado a un grado casi total de modernización, aún presenta, por una parte, rasgos cercanos a la de los Siglos de Oro, debido a su prestigio nunca perdido y, por otra, oscilaciones y usos habituales, incluso entre gente culta, que se mantenían al margen de lo condenado o aprobado por la Real Academia Española. Por otra parte, el lenguaje y estilo de esta novela se asimila a los del periodismo de su tiempo y a eso se suman algunas notas peculiares del autor, como el tipo de metáforas bélicas que utiliza, de lo que resulta, sin embargo, un conjunto homogéneo y relativamente coherente en sus elecciones lingüísticas, si bien no del todo modélico.

Igualmente, las distintas facetas y la diversidad de contenidos narrativos de *El patriarca del valle* permiten descubrir el alcance de la riqueza lingüística de su autor, esto es, tanto su habilidad en el cambio de registro como sus límites expresivos. Veamos los aspectos más significativos:

**2.8.1. El léxico:** Cuando se lee una obra del siglo XIX conviene advertir que algunos vocablos, pese a no haber variado en su forma, han evolucionado desde entonces hasta hoy en la acepción con la que más habitualmente se emplean. Pongamos algunos de los ejemplos más notorios: «Amante» significa aún, en el siglo XIX, fundamentalmente la persona que ama a otro, según la primera acepción del Diccionario de la Academia, no la que mantiene relaciones sexuales ilícitas con alguien, tercera acepción del diccionario actual pero la primera que aparece mentalmente en la comprensión de los hablantes españoles, excepto en construcciones fijas con un dejo arcaizante, como «madre amante»; el adverbio «luego» y «desde luego» significan preferentemente, aún en esta época, «en seguida», «al instante», «sin dilación»; el verbo «parecer» en el siglo XIX tiene el significado de «aparecer», sentido que hoy pervive, si bien en el habla común ha quedado relegado en favor de la segunda forma.

En cuanto al término «moral», Escosura lo emplea en un sentido cercano al propio de «psíquico» o «experencial», aun cuando tal acepción no se registrara como tal en las distintas ediciones de los diccionarios. Por ejemplo, expone que las mujeres de treinta años (de su época), cuando mantienen amores con jóvenes de veinte (L. II, cap. I, pág. 55) tienen de su parte la «superioridad moral», superioridad moral que no consiste, precisamente, en su adecuación a una ética, pues más tarde sostendrá que sólo el vicio hace a una mujer de tal edad elegir a un hombre más joven como pareja (L. VII, cap. II; págs. 114-115). Igualmente, cuando el doctor Edwards afirma: «Triste médico es el que no estudia tanto lo moral como lo físico» (L. III, cap. II; p. 110), no se refiere sino al «contenido del cerebro», al «espíritu», según sus palabras inmediatamente anteriores: «El hombre es un compuesto de espíritu y materia (). ¿Padece una enfermedad el cerebro? Su inteligencia se resiente de ella».

Por otra parte, Escosura no está libre de incurrir en errores lingüísticos, como cuando usa «preveer» en lugar de «prever» (L. IV, cap. VII, pág. 233 y en L. IX, cap. I; tomo II, pág. 276), detalle presente en las dos ediciones.

Igualmente, y como es propio de otros escritores de su tiempo, prefiere a veces los arcaísmos a los términos modernizados: así, aunque ya en el primer diccionario de la Academia, el *Diccionario de Autoridades*, la voz «coronista» remite a «chronista», en la edición de 1846 todavía se lee «coronista» (L. VII, cap. IX, tomo II, pág. 181), término sólo sustituido por «cronista» en la de 1861 (tomo II, pág. 271). Algo similar ocurre con “tigre”, voz que Escosura emplea como femenina, cuando ya en 1739 se registra como masculina en el *Diccionario* (Libro II, cap. III; Tomo I, pág. 66).

Por otro lado, se observan alteraciones ortográficas. En el libro II cap. VII, (tomo I, pág. 89), Escosura escribe el extranjerismo *schall* en cursiva, como solía verse en 1846 en las gacetillas de los periódicos <sup>287</sup>, aunque más adelante, en libro VI cap. VIII, sea un chal de lo que Laura se sirva para huir, durante los sucesos de julio de 1830, según la forma que había quedado recogida ya en la edición de 1817 <sup>288</sup> (tomo II, pág. 64).

### 2.8.2. Sustantivos y adjetivos

En esta novela aún se encuentran oscilaciones respecto al género, oscilaciones que perdurarán en la lengua literaria del siglo XIX aun cuando uno de esos géneros se juzgara anticuado: el sustantivo «la **tigre** hircana» (L. II, cap. III; pág. 66) aparece como femenino, cuando ya en la primera edición del diccionario se registra como masculino; la voz “color”, en «del mismo color que la de las paredes» (L. VII, cap. III, pág. 124) como se ve, dentro de la misma frase aparece con género masculino y femenino <sup>289</sup>; en «...una gran haz de heno» (L. VI, cap. VIII; t. II, p. 67), «haz» aparece como femenino, pero ya en 1843 este sustantivo con tal acepción se recoge como masculino en el *Diccionario* <sup>290</sup>. No se encuentra en el mismo caso “las cuatro frentes del patio” (Libro II, cap. I; tomo I, pág. 68), pues desde la primera vez que la voz aparece recogida en el diccionario de la Real Academia hasta la edición de 1852 no aparecen las distintas acepciones de este término sino como femeninas.

En otros casos nos encontramos ante claros arcaísmos: «veámonos hoy a **prima** noche» (L. VI, cap. IV, pág. 31), «a fuer de» <sup>291</sup> (L. VII, cap. VII; tomo II, pág. 159). Otras veces, Escosura prefiere las formas vulgares a las cultas: por ejemplo, escribe «cruelísimo» y no «crudelísimo»: «recibieron un cruelísimo desengaño en las cárceles» (L. IV, cap. I, pág. 169); o bien escribe «acompañanta» en lugar de “acompañante” sin una clara intención jocosa o irónica en el contexto: «a Laura y a su acompañanta» (L. VII, cap. VII, pág. 164). Tal circunstancia, además, elimina la posibilidad de pensar que se trate de un rasgo caracterizador de la lengua vulgar cuando lo pone en boca de personaje de extracción popular.



En otro orden de cosas, la crítica ya ha señalado, como peculiaridad de Escosura, el empleo de un doble adjetivo antepuesto al sustantivo, y no siempre con valor de epíteto. En algunos casos, se trata de adjetivos cercanos en la significación, que parecen redondearla, pulirla: «Nada más natural, en el vehemente apasionado carácter de la hermana de Leoncio» (L. V, cap. II, pág. 258); «nuestro ignorado, recóndito valle» (L. V, cap. VII, pág. 304); «mover sus débiles delicadas manos» (L. IX, cap. III, pág. 296); o puede que el segundo adjetivo funcione como explicación del primero: «en sus pálidas, maceradas facciones» (L. V, cap. III, pág. 270); pero habitualmente se trata de dos brochazos que iluminan el sustantivo desde posiciones distintas: «de estúpida feroz curiosidad» (L. IV, cap. IV; pág. 202); incluso a veces con una que podría ser intención paradójica, cercana al gusto romántico por los contrastes: «se expresaba con tal cándido brutal cinismo creyendo...» (L. III, cap. v, pág. 137); y, en otros, la colocación respectiva del adjetivo responde a un uso peculiar donde lo estilísticamente normal consistiría en que uno precediera al sustantivo y otro le siguiera: «sus continuas amorosas empresas» (L. IX, cap. IV; tomo II, pág. 311); «considerables consiguientes gastos» (L. VI, cap. VI; tomo II, pág. 152), «algún nuevo, infernal proyecto» (L. IX, cap. I; tomo II, pág. 275).

Con todo, la que pudiera en principio considerarse originalidad del efecto estilístico se pierde por el hecho de no reservarse estrictamente para el narrador y, así, don Simón de Valleignoto, en una carta a su hija, le escribe: «sensibilidad de tu malograda inolvidable madre...» (L. V: cap. I, pág. 250) y el patriarca, al contar la historia de su vida, conversión y longevidad, dice: «trocamos nuestros antiguos, profanos nombres» (Libro V, cap. VII, pág. 311).

**2.8.3. El artículo.** Siguiendo un rasgo frecuente en el periodismo de su época, nuestro autor parece utilizar ciertos adjetivos con función de determinante. En concreto, los adjetivos «todos/todas», «pocos/pocas» en sus formas plurales parecen llenar el paradigma abierto con «un-algún/algunos-pocos-muchos-todos»: «Las notabilidades de todos géneros» (L. III, cap. VI, pág. 144); «... mostraba en todas ocasiones una deferencia...» (L. V, cap. I, pág. 244); «un caballero en todas circunstancias» (L. VII, cap. IV, pág. 138); «a pocos momentos» (L. VI, cap. III, pág. 24).

Por el contrario, a veces presenta el doble determinante arcaico: «con la una mano» (L. III, cap. VII; pág. 152); «alguna su reciente presa» (L. VII, cap. IX; tomo II, pág. 175); «las viandas de esta nuestra humilde olla española» (L. VIII, cap. III; tomo II, pág. 205), «con otros sus cómplices» (L. VIII, cap. VII; tomo II, pág. 247), «con una su amiga» (L. IX, cap. IV; tomo II, pág. 313).

**2.8.4. El pronombre.** Por lo que respecta a la gramática y al igual que sus contemporáneos Mariano José de Larra, José Espronceda<sup>292</sup> o José Zorrilla, Escosura es sistemáticamente laísta con ciertos verbos transitivos muy repetidos: «decir» («...diciéndola con cierta

autoridad», L. I, cap. IV, pág. 34), «rogar» («la rogó que la enterase de la desdicha», L. IV, cap. I; tomo I, pág. 171), «pedir» («pidiéndola perdón», L. VI, cap. III, tomo II, pág. 28), «dar», «poner» («era el primer nombre que en la pila del bautismo la habían puesto», L. V, cap. I; tomo I, pág. 254), «tener» («sinsabores, contradicciones y peligros que el mundo la tenía preparados», L. VI, cap. I, pág. 2), y con ciertos verbos intransitivos: «hablar» («tuvo la indiscreción de hablarla de sus propios asuntos», L. IV, cap. VIII, pág. 242).

Siendo, probablemente, ignorante de esta transgresión, condenada en 1796 por la Academia, la pone también en boca de sus personajes, de modo que Ribera le dice a Manuela: «no será al menos sin pedirle un favor» (L. IV, cap. V, pág. 209) y luego le escribe: «debo darla un aviso» (L. IV, cap. VIII, pág. 240). Igualmente, Pedro, el pastorcillo, manifiesta su laísmo: «yo la rogaré que imite...» (L. V, cap. VIII; pág. 323).

Por lo que toca al leísmo, es de notar que, según la gramática de la época, «El acusativo de singular será “le” y el plural “los” cuando el pronombre sea masculino»<sup>293</sup>. Con todo, Escosura no sigue siempre esta regla al referirse a las personas masculinas: «(a Ribera) lo hemos visto salvar a Mendoza...» (L. VI, cap. X; t. 2, pág. 84), de acuerdo con muchos autores clásicos, según reconoce la misma gramática (*Ibidem*, pág. 27).

Pe ro, en general, al igual que Larra, utiliza «le» para designar al objeto directo de cosa masculina: «el título solicitado () cada uno de ellos le poseyese en propiedad absoluta» (L. VII, cap. VI; tomo II, pag. 152) y tanto en singular como en plural («...desplegaba en el ataque un valor sin límites, un entusiasmo que, comunicándosele s a cuantos le seguían...», (L. VI, cap. VII, pág. 52). Escosura va más allá y, en casos aislados, utiliza los pronombres «le» y «les» para referirse a personas femeninas en función de complemento directo, como si considerara intransitivos los verbos a los que complementan: («supóngale usted viuda y enamorada...», Libro IV, cap. VIII; tomo I, pág. 238); «Acudió aquélla a darle libertad. El bandido, que ya le esperaba...», L. IX, cap. V, pág. 317). Un caso peculiar resulta el siguiente: «las cercanías, () siendo, al andarles, desiguales y llenas de incómodos accidentes» (L. VIII, cap. IX, pág. 266).

En algún caso se encuentra el uso de la voz «quien» como indeclinable, según el estilo clásico: «No seremos nosotros quien condene» (L. IX, cap. XII; tomo II, pág. 400)<sup>294</sup>.

**2.8.5. Las formas verbales.** Sin duda, uno de los aspectos que más resalta de Escosura es su falta de habilidad para hacer concordar las formas verbales en el cuerpo de los períodos. Así, de acuerdo con una tendencia periodística que hoy se ha hecho más frecuente aún, Escosura a veces utiliza el modo indicativo en lugar del subjuntivo: «...no nos atrevemos a tacharle de excesivamente ambicioso porque se **propuso** titular y cubrirse» (L. VI, cap. VI, pág. 151).

Eso no implica rechazo hacia las formas del subjuntivo, de las que se sirve incluso de un modo arcaizante, pues en esta novela no queda ausente del todo el futuro, ni el pretérito imperfecto como formas cultas en sustitución del pluscuamperfecto de indicativo.

Con todo, Escosura tiende a abusar del pretérito indefinido (o pretérito perfecto simple) en lugar del pluscuamperfecto: «Constábale que Laura se enamoró en París de Ribera» (L. V, cap. II. pág. 258); «Tenía, añadió, encargo especial del capitán Mendoza de ver a Laura y decirle de su parte que Leoncio () era quien **promovió** la expulsión de París de don Pedro» (L. IV, cap. VI, pág. 222).

A veces tal empleo acarrea confusiones o ambigüedades. Por ejemplo, en el siguiente caso sólo un lector atento a los hechos ya relatados puede entender con toda claridad que el «sacrificio» de don Ángel es anterior y no simultáneo o posterior a la forma en imperfecto «estaba»: «En Granada estaba harto reciente la memoria de los desdichados a quienes don Ángel sacrificó» por «había sacrificado» (L. V, cap. 2, tomo I, pág. 258). Otros ejemplos: «éste se había quedado en la Puerta del Sol mientras el otro fue...» (L. VII, cap. II. Tomo II, pág. 119), «Se hallaban cercados por parientes y amigos de aquellos a quienes, en cumplimiento de su obligación, **mataron**» (L. VI, cap. VII; Tomo II, pág. 57); «había roto el fuego sobre un grupo de patriotas que imprudentemente la provocaron» (L. VII, cap. VII; tomo II, pág. 163).

No obstante, en algún caso este uso puede deberse a un paso, tosco e imperfecto, del estilo indirecto al indirecto libre. El narrador expone los hechos en pasado y, de pronto, se introduce en el personaje hasta el punto de narrar desde la perspectiva en que éste piensa, pero sin eliminar la marca de la tercera persona: «Érale imposible cumplir tal orden, pues ya el italiano había salido de la corte y ocurriósele que acaso don Ángel, para favorecer mejor la fuga de aquél, **llamó** con su falsa delación la atención...» (Libro VI. cap. IV, pág. 33). En este contexto, el personaje al que era imposible cumplir la orden sí podía pensar en pretérito indefinido que don Ángel había llamado la atención como estrategia.

Escosura introduce también otros cambios temporales en los períodos, lo que procura ciertos efectos estilísticos, intencionados o no. El pasado, bruscamente, se transforma en presente, como si estuviera contando la historia y ésta de pronto irrumpiera por sí misma a los ojos del lector. Se trata de una técnica narrativa de sucesivo acercamiento y distancia, similar a un *zoom* de cámara cinematográfica.

Como ejemplo, recordemos el cuadro que dibuja del edificio de la sombrería situada en la calle Rohan, donde ocurren los sucesos de julio de 1830: «por donde la luz **entraba**, un granadero con el fusil preparado **fija** la vista en la calle (); **se entregan**, según sus diferentes caracteres, al terror o a la desesperación...» (L. VI, cap. VII. pág. 57).

Unas páginas más adelante, dentro de la narración de la Revolución de Julio, vuelve a dejar al lector ante el presente en una escena hasta el momento narrada toda en pasado. Se trata del momento de mayor tensión para los protagonistas: están a punto de escapar pero les cierra el camino un grupo de revolucionarios. Uno de ellos parece estar a punto de matar al criado y éste, puesto de rodillas, nota en la sien la boca de una pistola. Al salvarle, Laura deshace la situación y, con ella, el presente

(Libro VI, cap. VIII; tomo II, pág. 64). La técnica ya había aparecido en otros momentos especiales de la historia, como en el Libro III, cuando se idea un modo para procurar la cura de Laura. El narrador cuenta en tiempo pasado cómo los personajes, escondidos, ven a Laura acercarse a tomar una carta de su amado y, una vez con el papel, «Laura lo toma, lo besa, se lo mete en el pecho y, ligera como una gacela, huye con su tesoro a la celda para leer allí a solas una y mil veces las líneas que trazó el amante de su corazón» (Cap. II, tomo I, pág. 116); o en el libro II, cuando Laura espera impaciente la llegada de Montefiorito (cap. V; tomo I, pág. 76).

En cuanto a la tendencia arcaizante, también observada en otros contemporáneos suyos <sup>295</sup>, en Escosura se manifiesta, por lo que a las formas verbales se refiere, en el cambio de orden natural de las formas dobles: «el error en que incurrido había» (L. VI, cap. III; t. 2. pág. 27).

Otra característica del estilo de Escosura propia de su actividad periodística es el continuo uso y abuso del gerundio: De su gerundio «de posterioridad» se encuentran muestras por doquier. Baste un ejemplo de cada libro: «...las condujo al cuarto de banderas, retirándose después a continuar su ronda» (L. I, cap. IV, pág. 33); «...siguiole, saliendo con él de la iglesia» (libro II, cap. III; tomo I, pág. 64); «... le trataron con todas las consideraciones debidas al valor desgraciado, mandándole, cuando convaleció de su herida, que no fue grave, a un depósito...» (L. III, cap. II; tomo I, pág. 107); «Manuela ... cada día se hizo más necesaria a la hermana de Leoncio, logrando cautivarse toda su confianza...» (L. IV, cap. II, pág. 184); «subían rápidamente por la escala, apoderándose del cuarto» (L. VI, cap. VIII, pág. 65); «...no se hicieron repetir la intimación, dispersándose en el acto...» (L.VII, cap. VII; tomo II, pág. 166); «hémoselo referido a los lectores, **restándonos** sólo explicar...» (L.IX, cap. II, pág. 284).

También se encuentra algún que otro caso de gerundio con la misma función de un participio activo, sin significación temporal alguna: «...quiso absolutamente que interviniese en el asunto el cura de la parroquia, siendo padrino de la boda el teniente coronel mayor...» (L.IV, cap. I, pág. 172); «se sustituyeron cartas en los caracteres usuales y versando, al parecer, sobre asuntos de industria» (L.IV, cap. VI, pág. 218); «paredes destilando agua» (L. VIII, cap. VIII; tomo II, pág. 259). La gramática de la época condenaba tal uso, porque suponía «copiar malamente la pobreza de la lengua francesa» <sup>296</sup>.

**2.8.6. Regímenes verbales.** Ante todo, debe tenerse en cuenta que muchas veces Escosura, al igual que sus contemporáneos, utiliza regímenes verbales ajenos al español actual pero consignados por las gramáticas, entre ellas la de Salvá, como propios del uso de la época: «otro, extranjero también a la Francia» (L. VI, cap. VII, pág. 53); «se persuadió a que tramaban algo...» (L. IX, cap. I; tomo II, pág. 275) <sup>297</sup>; «...un joven imprudente que anoche no pude menos de poner preso» (L. VII, cap. III; tomo II, pág. 120); «lanzarte en esta aventura» <sup>298</sup> (L.VIII, cap. IV; tomo II, pág.

234); «no atentará a tu vida» <sup>299</sup> (L.VIII, cap. IV; tomo II, pág. 221), «creer de su obligación» <sup>300</sup> (L. IX, cap. I; tomo II, pág. 282) y algunos otros no recogidos por Salvá, como «se condujo en otra forma» (L. VIII, cap. V; tomo II, pág. 248), «punto y hora en que a él se reuniese» (L. IX, cap. I; tomo II, pág. 276); «de estos aventajan» <sup>301</sup> (L. VII, cap. II; tomo II, pág. 118).

En lo referente al complemento directo de cosa inanimada, animada y de persona, Escosura, al igual que muchos de sus contemporáneos, alterna el uso de la preposición «a» con la falta de ésta, aun cuando el empleo prescrito quedaba perfectamente consignado en cualquiera de las gramáticas de la época: «Vio atravesar el patio a una berlina» (L. VI, cap. IX, pág. 70), «la sorpresa que le causó hallar, en vez de Leoncio, a Laura» (L. VI, cap. IV; tomo II, pág. 27). Así, en casos como «trataba el Gobierno de enviar al extranjero () una persona...» (L. VIII, cap. III, pág. 206) Escosura podría indicar, eliminando la preposición, que el Gobierno trata a la persona en cuestión como a un objeto. Sin embargo, la falta de observancia de la regla en los demás contextos impide al lector estar seguro de la intención en este caso, con lo cual el estilo pierde en precisión.

Otros regímenes, sin embargo, no pueden atribuirse a «marca de época». Por ejemplo, por lo que respecta a los «queísmos», esto es, a la eliminación de la preposición necesaria del régimen verbal cuando la función de sustantivo la cumple una oración subordinada: «...acuérdesse usted que el general Longa le ha salvado la vida» (L. IV, cap. VI; t.1, pág. 225); «al hacerse cargo que todo aquello era un lazo» (L. VIII, cap. VI; tomo II, pág. 240) <sup>302</sup>.

Igualmente y siguiendo un error habitual, Escosura oscila, al utilizar el verbo «deber» con significado de «obligación» y con significado de «probabilidad», en la colocación de la preposición «de». En la mayor parte de los casos y frente a lo establecido, hace seguir la preposición «de» al verbo en la primera significación y la elimina para la segunda: «debieran de llamárseles somnilocuentes» (L. VI, cap. XI; tomo II, pág. 97); «...acudió al mariscal haciéndole presente la triste situación en que debían encontrarse sus subordinados» (L. VI, cap. VII, pág. 53); «la conducta de Villaparda había sido tan generosa, () que debía hallarse inocente...» (L. VIII, cap. VI, pág. 241).

En algunos contextos, tal oscilación acarrea cierta ambigüedad, a veces salvada por el conocimiento de la situación planteada: «unos ojos que, ciertamente, no deben excitar ideas de penitencia» (L.IX, cap. III; tomo II, pág. 297); «beneficiado que debía profesar en materia de mujeres las doctrinas del rey profeta» (Libro IX, cap. III; tomo II; pág. 299); pero no siempre: «Los carlistas, menos organizados que debiera presumirse» (L. VII, cap. VII, pág. 160); «...dijo constantemente que gran parte de los supuestos papeles de la conjuración italiana debían hallarse en poder de Laura» (L. VI, cap. IV, pág. 33).

**2.8.7. Otras construcciones sintácticas:** Escosura, al igual que otros novelistas contemporáneos suyos, sigue empleando algunas construcciones propias del castellano clásico, ya anticuadas en la época del Romanticismo: «Acabando de hablar el ermitaño, salió del gabinete» (L. II, cap. III, pág. 67); «Siete años eran transcurridos desde los acontecimientos que dejamos escritos...» (*Ibidem*); «no podía molestarle de nuevo, como ni tampoco a sus favorecedores» (L. VI, cap. IV, pág. 32); «Retirado que se hubieron los criados...» (L. VI, cap. I; t. 2, pág. 16).

El autor manifiesta su preferencia por los períodos extensos, de sintaxis compleja. Por ejemplo, «Así llegaron a Granada precisamente cuando... aquel instante vivieron» (L. IV, cap. I; pág. 169), una frase de siete líneas <sup>303</sup>.

En cuanto a algún que otro galicismo <sup>304</sup> en las construcciones, como «Su señora es la mujer más *a la moda* hoy en París» (L. III, cap. VI, pág. 142) o «una cortesía tan *a la moda*» (L. I, cap. V; tomo I, pág. 33), «ha sido el último **a tomar parte**» (L. II, cap. V; tomo I, pág. 74), son frecuentes en la lengua de la época. Véase incluso presente en la portada de la gramática de Salvá de 1853: «Reimpresión escrupulosamente arreglada **a la última edición** de la Academia» <sup>305</sup> o el calco «dentro del calavera, estaba un grande hombre» (L. III, cap. VI; tomo I, pág. 146).

Tampoco se ve libre Escosura de las muletillas. Dos de las más frecuentes son «a mayor abundamiento» y «en ese estado».

En lo referente a las concordancias, en algunas ocasiones el autor abusa de la concordancia *ad sensum* («era la baronesa de R. y su sobrina Luisa», L. VI, cap. XII; tomo II, pág. 104); «al Gobierno de la reina cumplía () hacerse, por último, **enemigos** implacables...» (L. VIII, cap. II; tomo II, pág. 196) y otras parecen cojear. Podrían considerarse erratas si no se repitieran en las dos ediciones: «que, simulando un escalamiento de cárcel, se embarcasen inmediatamente don Ángel para Marsella» (L. IV, cap. VII; tomo I, pág. 234); «Cuál fue su sorpresa al encontrarse con Mendoza, no pueden encarecerse bastante» (L. VI, cap. IX; tomo II, pág. 72); «Ribera amaba a la su entender esposa de Leoncio» (L. VI, cap. VIII; tomo II, p. 85).

Por último, en alguna otra ocasión los períodos ostentan algún anacoluto que no se corrige en la última edición: «...los revolucionarios fueron inmolados, como antes, al menor síntoma de movimiento con pretexto y sin él, salvando las formas, alguna vez horrible infracción de las reglas de la moral eterna» (L. VI, cap. X; tomo II, pág. 83); «Juzgó *Tripas de Tigre* que el asesinato que se le encomendaba y en cuya perpetración ningún interés personal tenía, ninguna ventaja, fuera de una mezquina recompensa en metálico, iba a conseguir» (L. VIII, cap. VI; tomo II, pág. 248); «encuentra inverosímil lo **que** del subterráneo, pozo y galería por donde huyeron Mendoza y sus compañeros, según hemos dicho en el anterior capítulo» (L. VIII, cap. IX; tomo II, pág. 266).

**2.8.8. Imágenes y metáforas:** En contrapartida, Escosura a veces ensaya alguna imagen brillante, ingeniosa o personal <sup>306</sup>, casi todas de tipo bélico. Véase, como ejemplo sintomático, el título del capítulo segundo: “Mina y contramina”, rótulo definitorio de lo que va a suponer el contenido del capítulo (Libro I; tomo I, pág. 16). Otro ejemplo: al narrar la historia de Manuela, cómo se declara vencida ante quien se convertirá en su marido, pero «antes de rendir pabellón, quiso absolutamente que interviniese en el asunto el cura» (L. IV, cap. I; tomo I, pág. 172) o explica, en el capítulo III del libro VII, que Ribera «había cometido una imprudencia grandísima rompiendo el fuego de improviso y poniéndose a batir en brecha una plaza antes de reconocerla» (tomo II, pág. 126). Otra metáfora de este jaez aparece también cuando la marquesa de Sotoverde se enamora de Ribera: «tan a banderas desplegadas se proclamó de aquel hombre...» (L. V, cap. V; tomo I, págs. 289-290).

Otras son propias de una época que hacía detenerse a los caballos tirando de los enganches: «los apostólicos tascaban el freno» (L. VI, cap. XII; tomo II, pág. 103) y, de hecho, menudean en algunos de los libros que pudo leer Escosura.

En algunos casos, las imágenes elegidas ostentan cierta intencionalidad comparativa. No parece gratuito el que, cuando Laura confiesa a su padre el amor que cree sentir por Leoncio, el narrador elija el símil siguiente: “Un sentimiento religioso, análogo al que mueve al pecador contrito a levantar el velo que oculta sus flaquezas en el tribunal de la penitencia, dominó su alma” (L. II, cap. VI; tomo I, págs. 83-84). Hay que entender que el padre era para una hija, en la época, la autoridad de Dios en la tierra, y en las muchachas se inculcaba una sinceridad para con sus progenitores que eliminara toda sombra de secreto.

**2.8.9. El habla como rasgo caracterizador de los personajes:** Escosura muestra preocupación por que los personajes queden caracterizados, pero, sobre todo, tipificados por su forma de expresarse y sus giros. Así lo manifiesta en una nota, cuando se cura en salud después de haber hecho hablar a un revolucionario parisino y advierte al lector que «si las palabras del obreiro parecen demasiado cultas, téngase en cuenta que en Francia, y en París sobre todo, la clase trabajadora tiene una educación infinitamente superior a la de los españoles colocados en la misma posición social» (L. VI, cap. VIII; t. 2, pág. 61). De este modo, las clases bajas españolas se expresan, en general, con giros coloquiales, acortan los finales de las palabras o se sirven de vulgarismos o arcaísmos desechados. Por ejemplo, el patrón del barco en el que Pablo viaja, contesta a éste cuando le da las gracias por no querer cobrarle el pasaje: «Naá, padre, encomiéndeme su mercé a Dios, que bien lo necesito» (L. II, cap. III; tomo I, pág. 64) o *Tripas de Tigre* dice: «...acá también **semos** carlistas» (L. VIII, cap. VI; tomo II, pág. 240) o «...es un hombre honrado que no engaña a **naide**» (L. VIII, cap. VII; tomo II, pág. 254). También Manolito *Malaspulgas* usa la forma «naide» (L. IX, cap. IV; tomo II, pág. 319)

e incluso Zumalacárregui utiliza el infinitivo en lugar del imperativo: «¡Ponerle una mordaza a ese monstruo!» (L. IX, cap. XI; tomo II, pág. 387).

En este sentido, resulta realista, perfectamente verosímil y hasta jocosa el habla empleada en aquellos momentos en que el narrador deja que Manuela protagonice alguna escena. Destacan dos en las que interviene repetidamente. Una, en el libro primero, contestando al interrogatorio de Villaparda en el cuartel de Voluntarios Realistas (cap. V, págs. 34-37). La segunda, en el libro IV, cuando se enfrenta al insistente Ribera (Cap. V, pág. 209). En cambio, el autor prefiere resumir él mismo la historia de esta prendera, contada por la propia Manuela a Laura cuando ésta se lo pide: «Como repetir literalmente las palabras de aquella mujer sin educación ninguna sería sobre prolijo, desagradable en esta ocasión, habrá de permitirnos el lector que ordenemos la narración a nuestro modo, conservando, sin embargo, fielmente los acontecimientos por ella referidos» (L. IV, cap. III; tomo I, págs. 171-172).

Por contraste, Laura, en el primer caso, una vez descubierta como mujer principal ante Villaparda le agradece su actitud para con ella con toda la cortesanía y complejidad sintáctica del lenguaje clásico: «Proporcioneme usted ocasión de manifestarle cuán sensible soy a su noble y delicado proceder, y me tendré por dichosa. () ¿Y cómo pudiera yo olvidar a quien con tanto acierto distingue a las gentes y con tanta delicadeza se conduce? Esta tarjeta me acompañará siempre, aunque no la habré menester para recordar a quien me tendrá eternamente agradecida»... palabras a las que responde Villaparda con giros por el estilo (L. I, cap. V; tomo I, pág. 42).

Por su parte, Pedro, acostumbrado a la vida del valle, presta juramento de la siguiente manera: «...juro por Dios Uno y Trino y por el santo patriarca del valle que la vida de este filisteo me responde la vuestra...» (L. VI, cap. I; t. 2, pág. 19).

Tales ejemplos no significan que Escosura consiga una apariencia de realismo que Bretón de los Herreros dominaba en la época. Muchos ejemplos a los que podríamos remitirnos han sido eliminados en nuestra versión, pero basta recordar cómo se expresa Laura ante el patriarca para defender su incredulidad y sus dudas respecto a la existencia de Dios (L. V, cap. VII, pág. 306-307): Su retórica de paralelismos, de períodos extensos y complejos más parecen propios de la escritura algo ampulosa de la época que de una intervención en el seno de un diálogo. Más convincente, con todo, resulta la historia del patriarca tal y como la cuenta él mismo, pues a su actitud vital y lingüística parece corresponder bien un estilo de adjetivos calculados y sintaxis obsoleta.

**2.8.10. Los tratamientos.** Se trata éste de un aspecto sumamente interesante en la época. En 1848, un articulista se refería a los cambios producidos desde los primeros años del siglo: se reía de que ya el «usted» se hubiera convertido en un vocativo tan vulgar que muchos lo desdeñaban como tratamiento de respeto y, en su lugar, se estaba generalizando el «señoría» («nadie de excelencia abajo os repugnará el sabroso



manjar (). Introducíos en las casas del gran tono y, si sois bien recibido, podéis contar con otra buena copia de señorías que os prodigará la gente de portal, puerta y recibimiento», mientras que la forma «merced» había quedado desbancada, aunque la podían recordar los labriegos, por ejemplo, como manera de dirigirse al alcalde, si bien, en su opinión, había «quien, si le llamáis *merced*, a usanza de vuestros padres, os calificará de idiota». Añadía, como elogio de las clases populares, que en ellas se usaba «el tú por tú de los romanos» entre personas de igual edad y condición y el «usted» de inferior a superior, mientras que si en tales esferas se oía «el *usía* aristocrático», había que tener por cierto «que se sacrifica alguna víctima a la grosera independencia y ruda altivez de esta noble gente» <sup>307</sup>.

Escosura en *El patriarca del valle* sigue la moda censurada por el anónimo articulista y hace que los criados se dirijan a los protagonistas, personas opulentas pero sin título, con la forma «vuestra señoría» (el ayuda de cámara a don Simón, L. II, cap. V; tomo I, pág. 76; a Laura, *Ibidem*, pág. 77). Tal y como critica el gacetillero, el tratamiento se extiende hasta Ribera en labios de los criados de Laura: «Suba V.S. y el portero de estrados le informará» (L. VII, cap. III; tomo II, pág. 121), aun sin saber de quién se trata, por ser la primera vez que acude a la casa y por no haber presentado aún su tarjeta. Será la propia Laura la que, indirectamente, les haga usar el apelativo adecuado al acceder a recibir la visita del «señor coronel Ribera» (*Ibidem*; pág. 123).

Una vez concedido el título de duquesa a Laura, los criados pasan a llamarla «vuestra excelencia» (L. VII, cap. VIII; pág. 179). Por su parte, Laura tutea a sus criados: «Señora, ¿ha perdido V.S. un guante?» «No sé, () ¿por qué me lo preguntas?» (L. III, cap. VII; tomo II, pág. 155), lo que no para todos resultaba lo más correcto: «Hay quien tiene costumbre de tutear a los criados, y no aprobamos semejante costumbre, que sólo puede pasar con los muy jóvenes» <sup>308</sup>. Pero, de acuerdo con esa norma de tutear a los de inferior condición, el deán llama de tú a Pedro (L. VIII, cap. IV; tomo II, pág. 217) mientras que éste le trata de «usted».

Una diferencia curiosa entre las ediciones aparece en una escena en que Ribera visita a un general, superior suyo. En la edición de 1846 le trata de «usted» exclusivamente (L. VII, cap. III; t. 2, pág. 120), tratamiento que pasa a alternar con el de «V.E.» en 1861 (Tomo II, pág. 182).

En cambio, don Justo, procurador y administrador de los Valleignoto, usa «usted», el trato entre iguales, con don Simón (L. II, cap. III; págs. 61-62) y «señorita» para referirse a su hija, del mismo modo que Manuela (L. VI, cap. X; t. 2; pág. 87).

También de «usted» se tratan los amigos; así, don Simón y el marqués de Montefiorito (L. II, cap. IV; tomo I, pág. 71), éste y Mendoza (L. II, cap. V; tomo I, págs. 78-79), quienes, al nombrarse, se llaman, respectivamente, por el título y por el apellido, sin usar el nombre. Igualmente, de usted se tratan la baronesa de Rocheblieu y Laura, a pesar de la intimidad a que han llegado después de varios años de convivencia

(L. VIII, cap. II; tomo II, pág. 203). También de «usted» y por el apellido llamará Laura a Luis de Ribera en Granada, en un lance inopinado (L. IV, cap. V; tomo I, pág. 216).

El tú se reserva para el cariñoso trato entre padre e hija (L. II, cap. VI; págs. 81-82) <sup>309</sup>, entre los hermanos-esposos y, más tarde, para Luis de Ribera y Laura una vez que se han declarado mutuamente su amor («¿no habré perdido esta misma noche tu estimación?» (L. VII, cap. VIII; tomo I, pág. 187).

Un caso aparte merece el trato entre Mendoza y Luisa, la loca del cabo San Martín. De acuerdo con las relaciones de intimidad antiguas, se tutean el uno al otro pero, mientras Pedro de Mendoza la llama a ella por su nombre, ésta le llama por el apellido (L. IV, cap. IV; tomo I, pág. 206) <sup>310</sup>.

A diferencia de esto, cuando por fin hablan por primera vez a solas Luis de Ribera y Laura y, naturalmente, se tratan de usted, el escritor subraya mediante la cursiva el que Laura se dirija a su amado, como una deferencia especial, llamándole Luis: «¿Y ha podido usted creerlo, *Luis*, ha podido usted creerlo?» (L. VII, cap. III; tomo II, pág. 127).

Sin embargo, el autor a veces hace a Ribera referirse a la protagonista, simplemente, como a «Laura», cuando aún apenas se han tratado, en lugar de referirse a ella como a «la señora de Montefiorito». El que tal ocurra en el libro primero, puede hacer pensar que Escosura aún no tenía bien planeado el grado de intimidad entre ambos y con respecto a Mendoza, que es ante quien la llama por tal nombre (L. I, cap. I; tomo I, pág. 15), pero vuelve a cometer la misma falta cuando se dirige a Manuela: «¿Tendrá usted inconveniente en referir nuestra conversación a Laura?» (L. IV, cap. V, pág. 209), que no es sino una protegida de inferior categoría social y que, por su parte, habla siempre de ella como de «mi señorita».

Por otro lado, aunque ya en el siglo XVIII la Academia había consagrado el triunfo de la forma «usted», en *El patriarca del valle* se encuentra en algún caso la forma «su mercé», modo que subrayaba el trato de un inferior a un superior <sup>311</sup>: primeramente, se sitúa en el año 1815. Por ella se dirige el patrón de un barco a un ermitaño (L. II, cap. III; tomo I, pág. 64). De la misma manera, *Tripas de Tigre*, hombre de la capa más baja de la sociedad, aún la utiliza en 1834 para dirigirse a Villaparda: «Mi comandante, no se canse su merced» (L. VIII, cap. VI; tomo II, pág. 240) pero, igualmente, sus cómplices, los dueños de la taberna bodegón, le reservan ese trato a él, como indicando su posición de inferioridad: «...¿cree su mercé que le esperaríamos aquí para que nos matase?» (L. VIII, cap. IX; tomo II, pág. 271).

El comentario de otros detalles lingüísticos se han reservado para explicar el porqué y cómo se ha efectuado la presente edición.

### 3. ESTA VERSIÓN

«Si se propone hacer correcciones, su imaginación le induce a ocuparse en otra nueva obra, su paciencia le desampara, recorre presurosamente con la vista los borradores, introduce algunas enmiendas, se le olvidan otras», decía, refiriéndose a Escosura, Ferrer del Río <sup>312</sup>.

Tales palabras contribuyen a confirmar las primeras impresiones producidas tras la lectura de las dos ediciones españolas de *El patriarca del valle*. El cotejo permite constatar que en la segunda edición no se ha producido sino una renovación ortográfica que se amplía hasta la mejora de la transcripción de algunos nombres, como puede apreciarse en el libro III. Una explicación puede estribar, aparte del carácter poco corrector de Escosura, en el hecho de que los novelistas que publicaban por entregas vendían su obra definitivamente al editor y era éste el que, como dueño, comerciaba con ella <sup>313</sup>.

Sin duda, una nueva lectura por parte de Escosura con intención de subsanar posibles errores en la obra hubiera traído consigo algunas modificaciones que eliminaran los no muy frecuentes pero presentes anacolutos. Baste un ejemplo: «Los directores solos conocían a la totalidad de los conjurados, entendiéndose cada uno de éstos con **el que por quien** fue iniciado y con dos a quienes, separadamente, iniciaba a su vez el método, al cual se llamó trabajo por triángulos» (L. IV, cap. VI, pág. 218). No hubiera sido difícil al menos sustituir «el que» por «aquél», ya que no evitar la repetición de «quien» cambiando el segundo por «a los que».

Por otra parte, la edición de 1861 no es siempre la que presenta una lectura más correcta desde el punto de vista lingüístico. Por ejemplo, en 1861 se lee: «esperaban algunos liberales que un tanto se relajase la opresión en que hasta aquel instante **vivieron**» (L. IV. Cap. I), mientras que en 1846 se leía «vivieran» (Tomo I, pág. 169), forma culta equivalente al pretérito pluscuamperfecto, a todas luces preferible sobre la otra. También se lee en 1861 «aunque persona que por su nacimiento... muy capaz de figurar», frente a 1846, donde no aparece la conjunción «que» causante del problema. O, se lee en 1847 «que se le castigue como a un perro», cuando en 1861 falta la preposición. Más claro es el caso en que en la edición de 1861 se sustituye el adjetivo «peceño», calificativo del caballo de Ribera: «sable en mano, oprimiendo el lomo de un potro cordobés negro, peceño» (L. IV, cap. III; Tomo I, pág. 189) por «pequeño», ahora atribuido al sable del coronel: «con un pequeño sable en mano, oprimiendo el lomo de un potro cordobés negro».

En otros contextos, como cuando el poeta La Flor califica al banquero Minarica de «cuco político» (según 1846) y de «coco político» (según 1861) (L. VII, cap. IV; tomo II, pág. 136), no cabe discernir con rotundidad la intención del autor.

En algunos pasajes, sin embargo, no aparecen en 1861 erratas de la edición de 1846: «careciendo a éstos de...» (L. VII, cap. VII; tomo II, pág. 162) se convierte en «carecían éstos de» en 1861 (t. 2, pág. 244); o alguna línea que en 1846 se había saltado el cajista (L. III, cap. VII; pág. 156) pero, de la misma manera, en 1861 se producen también errores de este tipo con respecto a la edición de 1846.

Todo esto indica que, seguramente, los editores de 1861 no se sirvieron de la edición de 1846 para realizar la suya. Parece más probable que utilizaran una copia manuscrita o, al menos, no las mismas planchas de la edición de 1846. Tal suposición cabe inferir del carácter de erratas y variantes como «Rocheblene», que aparece, frecuentemente, en 1846-1847 y «Rocheblieu», que aparece, de modo unitario, en 1861; y de las variaciones con respecto al texto de 1846 que, lejos de mejorarlo, lo empeoran.

Así pues, se hace necesario el uso de ambas ediciones para obtener el texto más cercano al original y, puesto que no puede asegurarse que Escosura pusiera la mano en la segunda edición y es más probable que sí lo hiciera en la primera, la versión que se presenta al lector actual parte del texto de 1846. A pie de página se consignan las variantes del texto de 1861, de modo que el lector pueda elegir la lectura que juzgue más adecuada.

En el texto ofrecido quedan corregidas las erratas más evidentes (algunas de las cuales no aparecen en 1861), pero no aquellos errores que pudieran proceder de la mano de Escosura, y que merecen nota. Por lo demás, se modernizan la ortografía y la puntuación y se modifica el sistema de párrafos, que a veces parece propio de un estilo periodístico o de novelas por entregas pagadas por líneas.

Ahora bien: La longitud no se aviene ni al gusto ni a las exigencias contemporáneas. Puestos en la necesidad de efectuar cortes, se ha eliminado cuanto suponía un alargamiento de la peripecia ficcional innecesario para la comprensión de la trama, ciertas digresiones ideológicas o filosóficas que reinciden en aspectos tratados con anterioridad o se deducen fácilmente a partir de la acción, algunas descripciones geográficas o ambientales propias de una época en que había que sustituir verbalmente la ausencia de imágenes visuales, interesantes para un estudio de los gustos de la época, pero prescindibles para el lector actual. De la misma manera, en los diálogos se han suprimido numerosas intervenciones que, por una parte, constituían pruebas de la viveza y del realismo que Escosura sabía imprimir a las conversaciones, hasta convertirlas en teatrales, pero que entorpecían con mucho la agilidad del texto de acuerdo con los gustos de hoy.

En razón de tales cortes, se han mantenido los números de las páginas de la primera edición y se han señalado con un paréntesis “()” los lugares en los que se ha eliminado algún fragmento, para que el lector pueda hacerse una idea de su longitud y del lugar que ocupaban.

EL  
**PATRIARCA DEL VALLE,**

NOVELA ORIGINAL

POR D. PATRIGIO DE LA ESCOSURA

TOMO II.



MADRID: 1847.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO GABINETE LITERARIO  
DE DON F. DE P. MELLADO. CALLE DEL PRINCIPE N. 25.

## Prólogo

1 <sup>314</sup>. Era una tarde apacible del mes de abril (); la naturaleza se entregaba al descanso y al silencio, como en el tránsito del justo pasa el alma inmortal desde este valle de lágrimas a la vida sin término: serena, suave, tranquila, sosegadamente.()

La diáfana claridad de la bóveda celeste, el manso murmurio del arroyuelo que se desliza entre las guijas y las flores, el estremecimiento de las hojas al blando soplo de embalsamada brisa, el reposo del tronco y la colina, el sosiego del valle, la sublimidad de la montaña, los ópticos efectos de la luz que aquí se refleja en las cristalinas aguas y allá como que se engolfa en la flotante verde masa de las copas de los árboles; y el rauda vuelo de las aves y la rastrera marcha de los insectos y aquel movimiento, en fin, incesante y silencioso que un invisible y poderoso agente imprime en cuanto tiene vida, de tal manera 2. cautivaban la atención y embelesaban el ánimo de un hombre ya en edad madura, que en cierto retirado y delicioso valle, a la puerta de una casa de rústica apariencia se veía, que, a no advertirse cierto movimiento casi imperceptible en sus labios, pudiera tomársele por una estatua.

El lugar de la escena es, como dejamos dicho, un retirado delicioso valle, y ahora añadiremos que situado en el corazón de la Sierra Morena. Las altas montañas que dividen a las Andalucías de Castilla forman, con sus diversas ramificaciones, entre otros muchos, un profundo seno que, rodeado de agrestes naturales muros, parece ser un breve espacio que la tierra intentó sustraer a la codicia del hombre, a la incesante acción del genio civilizador. Apenas tiene una legua de circunferencia; tres partes de ella formadas por las casi verticales pendientes de elevadísimos montes, cuya superficie, a trechos cubierta de frondosos bosques, en otros de espinosos matorrales y en no poco espacio ostentando desnudas imponentes masas, ya de granito, ya de veteados mármoles, apenas parece que acaba de reponerse de alguno de los inmensos cataclismos que, según las recientes especulaciones de la Geología, trastornaron en diversas épocas la faz del globo terráqueo.

En vano buscaran allí los ojos, no ya el ancho camino o al menos la trillada senda, pero ni siquiera la angostísima vereda o el rastro de la carrera del caballo, o la imperceptible huella de la planta del gamo. Jamás el hombre, muy pocas veces las fieras montaraces penetraron en aquel intrincado laberinto. Solamente el águila, al remontar su vuelo a lo más alto de la esfera, penetró tal vez con ojo audaz el riscoso denso manto que allí cubre la tierra y, asombrada acaso de su agreste majestad, volvió ansiosa la vista en busca de los fulgentes rayos del planeta que a ella sola también es dado contemplar derechamente. Pero hay una parte de aquel recinto donde la belleza, sin ser menos natural y majestuosa, es más plácida, está más al alcance del hombre. Allí, si bien no se interrumpe la barrera erizada de altos picos y desnudas rocas, que separa aquel valle del resto de la tierra, 3. por la parte interior, va como en anfiteatro, degradándose sucesivamente su eminencia; y la serie que comienza en montañas termina en ondulantes colinas, cuyos suaves declives matizan esmaltadas flores y olorosos arbustos.

Al pie de ellas se levanta un rústico edificio construido con la solidez que la abundancia de materiales consintió, aunque sin arquitectónicos primores. Cuadrilongo en su espaciosa planta y ventilado por numerosas ventanas, una sola aunque grande puerta de dos hojas de dura encina y orientada a Levante, le sirve de ingreso. Delante de ella, forman dosel las ya robustas ramas de una vid flexible, enlazándose primero a los troncos de dos corpulentos naranjos, después en lo alto a un armazón de delgadas cañas. La yedra entapiza los tres frentes restantes del vasto rectángulo; el jazmín y la murta se enlazan con ella y, a corta distancia, quien sin estar advertido de la existencia de aquel edificio le mirase, sin duda le confundiera con las diversas sinuosidades del valle.

En torno de la casa, la tierra, cuidadosa e inteligentemente cultivada, hace notable contraste con el resto de aquel salvaje recinto. Mas no hay medio de negarse a la evidencia: la mano del hombre ha penetrado en aquel reducto de la naturaleza. Aquí los cereales, allá el viñedo; de una parte el olivar, a otra la huerta y los árboles frutales; la corriente de un arroyo que sin nota de orgullo pudiera llamarse río, encajonada en un cauce artificial, para que mueva una gran rueda hidráulica; la presencia de un enorme mastín custodiando él solo algunas reses vacunas: los balidos no lejanos de algunas ovejas y, sobre todo, el anciano de que ya hicimos mención, acreditan que nuestro valle no se ha exceptuado del común destino de la tierra toda: sustentar al hombre, ser destrozada por sus manos.

¿Quién es aquel hombre? ¿Cómo, cuándo, por dónde penetró en aquel recinto? Hemos dicho que era anciano: la blancura de sus cabellos más bien plateados que canos y la de su pobladísima barba, son, en efecto, claros indicios de una edad avanzada. Pero si en su rostro venerable las arrugas, huellas del tiempo; si en sus miradas serenas la tranquilidad, incompatible con las pasiones, también dan testimonio de una larga vida, la atlética constitución de su cuerpo, la nervuda contextura de sus miembros todos, la ausencia de aquel temblor continuo que anuncia la ruina de las fuerzas vitales y que parece efecto del miedo a la muerte en los decrepitos, son otros tantos síntomas que, al parecer, dan un mentís a las canas. Aquel hombre había vivido mucho sin envejecer o, al menos, sin que se degradase su naturaleza.

Su traje no es menos curioso que su persona: Una estrecha túnica de lana blanca como la nieve, con mangas hasta la mitad del antebrazo y ceñida al cuerpo por medio de una correa, le llega poco más abajo de la rodilla, y su cenefa, también de lana parda, se confunde con las ligaduras de las sandalias de cuero que le calzan. El escote superior de aquella vestidura tiene curvatura bastante a dejar ver la parte superior del pecho del anciano, trigueño de color y vigorosamente constituido. Un rosario de gruesas cuentas de negro azabache, del cual pende una cruz de madera ennegrecida por los años, rodea su garganta. Pende de sus hombros un manto, también de lana parda, idéntico en la forma a la clámide romana; y un báculo de madera blanca le sirve más bien de signo de autoridad que de necesario apoyo. En el momento en que le vemos, sentado en una piedra a la puerta de la casa, apoyando su mano izquierda

en un libro o, mejor dicho, códice de pergamino, y la derecha en el báculo, contempla, como en éxtasis, el magnífico espectáculo que la naturaleza ofrece a su vista. ()

—¡Oh, Señor! —Exclamó súbitamente el anciano, cayendo al mismo tiempo de rodillas e inundándose sus ojos en lágrimas de inefable ternura— ¡Oh Señor! Tú solo eres grande, porque Tú solo eres inmutable; Tú solo no cambias, porque Tú solo eres la perfección misma.

Y a estas palabras, pronunciadas en voz alta, sonora e inteligible, sucedió, a juzgar por el movimiento de sus labios, una fervorosa secreta oración. Concluida ésta y besada devotamente la cruz de su rosario, volvió a sentarse el anciano y, advirtiendo que ya apenas 5. se dejaba contemplar el astro del día, dirigió su vista con expresión de resignada melancolía a la parte del recinto del valle que hemos dicho ser menos agreste que las otras.

—¡Aún no! —Dijo a media voz, después de haber mirado algunos instantes— Aún no, mas será, porque ha de ser, ¡porque no puede menos de ser!

Suspiró en esto hondamente; abrió el libro y púsose a leer en él con grande atención. La luz disminuía rápidamente, la noche se acercaba a más andar, crecía el silencio, extendíanse las sombras, refrescaba el viento: pero no se advertía novedad en el valle.

Dejó de leer el anciano y levantose en ademán de caminar hacia las colinas; mas contúvose antes de mover la planta y exclamó: “¿Qué voy a hacer? ¿A qué salirles al encuentro a las penas? Ellas vendrán a mí. ¡El Señor me fortalezca para recibir las!” Y sentose y oró de nuevo. La luna había reemplazado al sol; el mastín, con admirable instinto, reuniendo las vacas puestas a su cuidado, las obligaba a entrar en la casa; los balidos de las ovejas se iban aproximando; pero ni en las colinas se divisaba viviente alguno, ni el anciano se movía de su asiento.

Aquel hombre esperaba, mas sin impaciencia; aquel hombre temía, pero valerosamente. La confianza en Dios le alentaba y fortalecía. ¡Bienaventurados los creyentes! ¡Oh! Cuando el incrédulo aguarda y teme, ¿quién, qué cosa le consuela? ¿Quién, qué cosa le da fuerzas? ¡La desesperación, que solo sirve para hacer más horribles sus tormentos! La noche volaba; la luna ya no lucía; el ganado y su pastor, un niño de corta edad, se habían recogido y nadie en las colinas; y el anciano siempre sentado en la misma piedra con la serenidad pintada en el rostro, con la oración palpitante en los labios.

En fin, poco antes de la hora del crepúsculo, en la boca de una profunda sima abierta en la pendiente de la más áspera montaña de cuantas guarnecían el valle, que era, precisamente, la que a espaldas de las colinas se miraba, dejáronse ver primero un hombre, luego 6. dos mujeres, que, silenciosamente y con mesurado paso, se encaminaban al edificio.

Una de aquellas mujeres, la más joven, apoyándose en el hombro de su anciana compañera, caminaba con planta incierta y, de cuando en cuando, lanzaba del pecho profundísimos suspiros. La otra, con entrañable amor la sostenía y guiaba y, a los suspiros de la doliente, contestaba:



—¡María, espera en Dios, que es grande y misericordioso!

El hombre que delante de ellas iba caminaba silencioso, atento solo, al parecer, a no errar el camino. Por más que andaban sin estrépito, el silencio del valle era tan profundo que los ecos de sus pisadas resonaron bien pronto en los oídos del anciano. Su corazón latió entonces con insólita violencia: hubo un instante en que la sangre, agolpándose al cerebro, enrojeció sus facciones y sus ojos quisieron ansiosos penetrar en las tinieblas y sus labios trémulos pronunciaron cien veces con ansia el nombre de María y un movimiento indeliberado le apartó algunos pasos de su asiento. Mas todo aquello fue como el fulgor del relámpago, que apenas nace cuando ya ha muerto; la razón recobró muy luego su imperio y el anciano, con ella, su habitual serenidad.

—¡Oh! —Dijo entonces con profunda humildad— La carne siempre indomable, siempre rebelde. Sin tu divina gracia, Dios mío, ¿qué sería de este orgulloso insecto?

Y volvió a su asiento y púsose a orar de nuevo. Los caminantes, en tanto, íbanse acercando al edificio (). No permitía la oscuridad de la noche distinguir de formas ni de colores; sin embargo, las diferencias entre los tres viajeros eran de tal bulto, que aun en medio de las tinieblas se echaban de ver. La elevada estatura y anchas espaldas, un tanto arqueadas, del hombre; su cabeza voluminosa, apoyada en un cuello grueso y corto y siempre inclinada sobre el pecho; sus vigorosas piernas, moviéndose con tanta agilidad y fuerza como poca gracia y el balance acompasado de sus brazos en la marcha, con cierto aire indefinible de rusticidad y sumisión que se advertía en todo su porte, revelaban desde luego al siervo o, por lo menos, al doméstico. Una túnica de lana parda con mangas cortas, ceñida sobre las caderas por medio de una cuerda de cáñamo y unas sandalias de piel de buey componían exclusivamente el traje y calzado de aquel hombre.

Por lo que hace a las dos mujeres, el contraste, aunque de intento se buscara, no pudiera ser más notable: La más anciana, vestida con la modesta túnica y el oriental turbante de Raquel y de Rebeca, de compleción nervuda y robusta y dando apoyo a la joven, pudiera compararse a una secular encina en torno de cuyo tronco se enlaza flexible y frágil la parásita hiedra. En efecto, la estatura de la joven, aunque aventajada entre las mujeres de nuestros días, era muy corta comparada a la de su compañera; su talle, esbelto y gracioso, su andar lánguido y como enfermizo <sup>315</sup>, sus largos rizos que ondeaban lascivos sobre un seno de alabastro, sus delicadas manos y sus pequeños pies, que se dolían cada vez que pisaban la escabrosa tierra del valle, nada tenían de común con las formas viriles y un tanto rústicas de la anciana.

En los trajes era todavía mayor la semejanza, porque la joven vestía una larga, ancha y plegada túnica negra y un gran velo de igual color cubría su rostro y cuerpo hasta más abajo de la cintura. Con tales diferencias, sin embargo, el más entrañable amor enlazaba a aquellas dos mujeres que, juzgando por las apariencias, representaban épocas distintas y remotas una de otra de la civilización del mundo.

Ellas y su guía andaban hacia el edificio en cuyos umbrales, sentado el anciano, las aguardaba orando. La senda que seguían, para evitar una pendiente sobradamente rápida, variaba de dirección a algunos centenares de pies de la puerta y, faldeando el declive de cierta colina paralelamente a uno de los lados mayores del rectángulo del edificio, se dirigía al Oeste; luego, doblando al sur hasta el ángulo de la casa misma, en él se dirigía al Oriente, por manera que en el último período de la marcha, el anciano, atendida su situación, no podía ver a los viajeros. 8. No dejó por eso de orar, no se movió tampoco de su asiento, pero su respiración era más agitada, los latidos de su corazón más frecuentes. En fin, el guía dobló la esquina y, postrándose silencioso ante el venerable viejo, besó humilde su mano.

—La gracia del Señor sea contigo, Pablo —Le dijo, sosegada y afablemente, el anciano.

—Y con tu espíritu —Contestó Pablo, dando a su voz ronca toda la expresión de afecto y sumisión de que ella era capaz; y levantose del suelo.

En esto aparecieron las dos mujeres y la más anciana exclamó:

—Aquí la tenemos, Simón, ya vino.

Y la joven, con voz anegada en llanto, más bien gimió que dijo:

—Perdón, padre mío, ¡misericordia y perdón!

—¡María! ¡María! —Prorrumpió el anciano, incapaz ya de contenerse; y, abriendo sus brazos, recibió en ellos cariñosamente a la desconsolada.

La otra mujer cayó de rodillas diciendo: «Señor, yo te bendigo, Tú eres el Padre de las misericordias, ¡tus brazos están siempre abiertos para el pecador arrepentido!».

—Sí —Prosiguió Simón—. Sí, Marta, bendigamos al Padre de las misericordias. María, póstrate y oremos.

María, Pablo, Marta y Simón, están de rodillas; en el Oriente, luce ya en blancos vislumbres la rosada aurora; las mujeres lloran, el siervo reza, el anciano levanta sus brazos al cielo y en su rostro resplandecen a un tiempo la fe, la gratitud, el dolor y la resignación.

—Señor —Exclama—, Tú nos envías las tinieblas sólo para que aprendamos lo que la luz vale; Señor, tú nos envías las aflicciones también, para depurar nuestro espíritu y desprenderle de las cosas del mundo. ¡Gloria a ti, Señor de las alturas, gloria a Ti, Padre de los afligidos! La oveja descarriada ha vuelto al redil; la pecadora se arrepiente ya de sus culpas. Señor, haz que el manantial de sus lágrimas sea inagotable; haz que el dolor de su corazón expíe la enormidad de sus delitos. Castiga, Señor, mas no en tu inmensa ira; redima el suplicio de los remordimientos, los errores del ciego espíritu; padezca, Señor, 9. padezca en gloria tuya, mas perdónala Tú en el cielo, como tu humilde siervo la perdona en la tierra.

—¡Así sea! —Respondió con vehemencia la anciana.

—¡Así sea! —Con amarga aflicción la joven.

—¡Así sea! —Con áspera confianza el siervo.

Y levantáronse todos y, en pos de Simón, entraron en el rústico edificio. El silencio reinó de nuevo en el valle y el sol comenzó a dorar con sus primeros rayos los altos riscos que coronan y cierran aquel ignorado recinto.

## 316 LIBRO PRIMERO

### LA NOCHE DEL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1833

#### CAPÍTULO I. La cita

11. Una de las primeras cosas que anhela ver y en efecto visita, apenas se sacude el polvo del camino, todo viajante, ya sea español forastero, ya de extraños países que a Madrid llega, es nuestra célebre Puerta del Sol <sup>317</sup>, que, cuando menos, tiene positivamente el mérito de la originalidad. Ella, en primer lugar, no es puerta, aunque, dicen, lo ha sido; allí no queda el menor rastro de ingreso a ninguna parte, como al templo de la holgazanería no sea; plaza ni plazuela tampoco podemos en conciencia llamarla, pues su forma de caprichosa irregularidad no lo permite; centro del pueblo tampoco, porque es evidente que dista algo menos de la Puerta de Alcalá que de la de Toledo, es decir, unas dos o tres veces más de aquélla que de ésta; y que si desde la plazuela de Antón Martín se va a ella, andando despacio, en diez minutos, partiendo del barrio del Conde Duque a paso de fuga, se emplea en el camino por lo menos media hora.

Por otra parte, no es bella y lo era menos en la época de que vamos a tratar; porque entonces existía cierta fuente, cuya célebre estatua, poéticamente llamada Mariblanca por los robustos descendientes de Pelayo consagrados a su culto, gozaba del privilegio de ser lo más horrendamente ingrato que la escultura ha producido <sup>318</sup>; no existían las anchas aceras que debe Madrid al marqués difunto de Pontejos <sup>319</sup>; la iglesia y convento de La Victoria <sup>320</sup> afeaban la entrada de la carrera de San Jerónimo; y en una palabra, no era aún llegado el instante de los embellecimientos de la capital, merced a los cuales vivimos hace años en mezquinas y muy caras jaulas, respiramos de continuo en la calle un aire delicioso impregnado de cal y arena, corremos riesgo evidente de que alguna piedra lanzada por los picapedreros nos salte por lo menos un ojo y, en todo caso, volvemos 12. del paseo a nuestras casas llenos de polvo y lodo, así en junio como en diciembre <sup>321</sup>.

Los progresos de la civilización son de lo más cómodo que se conoce. Pero ello es que en el año del Señor de 1833, no sólo estaba la Puerta del Sol casi en su primitivo estado, sino que, además, existía el famoso convento de San Felipe el Real <sup>322</sup>, con sus más famosas gradas, mentidero de Madrid en la época de atraso y barbarie en que vivieron tantos ignorantes como Cervantes, Quevedo, Lope, Calderón y otros de su estofa. ¡Las gradas de San Felipe! Cuando el cetro español se tendía poderoso sobre dos mundos, los madrileños se dignaban ir a solazarse en las gradas de San Felipe: ellos, que tenían entre sí a gran número de notables artistas y familiarmente conversaban con Velázquez y Murillo, no se escandalizaron nunca de la fealdad de las covachuelas. Verdad es que tampoco tuvieron la peregrina ocurrencia de darles por el pie

a los arcos sabiamente trazados por Herrera, para erigir en su lugar esa especie de vasto mesón, con más nidos que un palomar y no menos agujeros que una salvadera, que debemos al buen gusto de un magnífico maragato <sup>323</sup>. ¡Pobre gente! (la antigua, se entiende) ¡Pobre gente! ¡Qué atraso! ¡Qué mal gusto!

En fin, vuelvo a decir, la Puerta del Sol era en 1833 casi la misma del año de 1600: sus casas altas, angostas, apiñadas unas sobre otras; sus tiendas pequeñas, oscuras, modestas; sus balcones salientes y espaciosos; sus cortinas de lona; su Mariblanca; la Victoria a un costado; San Felipe con gradas y covachuelas al otro; el Buen Suceso <sup>324</sup>, ostentando orgulloso sus gloriosas cicatrices del Dos de Mayo, en el centro; la calle de Carretas y la de la Montera, emporio del comercio de frivolidades; la Mayor, aún entonces con muchos de los *portales* donde los galanes de capa y espada iban a arruinarse en las tiendas de los Milaneses, en obsequio de sus damas; la de Alcalá con su orgulloso aspecto y pintoresco desnivel; y, presidiendo aquel conjunto, el clásico edificio de la Casa de Correos <sup>325</sup>, cuyos severos lineamentos y simétrica construcción simbolizan maravillosamente un dichoso reinado, conservaban todavía el carácter peculiar a la monarquía española, esa mezcla continua de pompa y desaliño; esa combinación de orgullo y simplicidad; esos hábitos del rico que, satisfecho con serlo, no cuida de gozarlo, defectos o dotes que en vano se buscarán fuera de la Península.

En pocos años, la Puerta del Sol ha variado notablemente de aspecto y, si no nos engañamos, también de esencia.

Pero no debían de ser esas consideraciones las que, entrada ya la noche del 29 de septiembre (de 1833, no lo olvidemos), ocupaban el ánimo de una persona que vamos a poner en relación con nuestros lectores.

Era éste un hombre de edad, al parecer, de treinta a treinta y cinco años. Nada en su figura repugnaba, nada tampoco la hacía notable. Mediana estatura y mediana corpulencia; color entre blanco y trigueño; ojos ni bien azules, ni bien negros, pero rasgados, ardientes y penetrantes; traje de buena calidad, aunque sencillo y sin pretensiones; y porte desembarazado y resuelto: tal era su aspecto en conjunto. Mas si a estudiarle se detuviera un observador inteligente, desde luego echara de ver, y no sólo en su poblado y largo bigote <sup>326</sup>, sino en su aire, en lo pronunciado y anguloso de sus maneras y hasta en la de llevar la cabeza siempre alta, siempre con la vista al frente, que aquel hombre era o había sido muchos años militar y que las vías de hecho debían ser muy de su agrado, para terminar una discusión prolija.

Ciertas arrugas de su frente, que un movimiento nervioso contraía, juntándose entonces las dos arqueadas cejas, revelaban la irascibilidad de su carácter y una sonrisa impregnada de indefinible amargura era síntoma inequívoco de que, por lo menos, estaba predispuesto para la misantropía <sup>327</sup>.

Un pantalón gris-azul, con trabillas, muy estirado; bota con espolín, chaleco de piqué amarillo abotonado casi hasta el cuello, una corbata de raso negro alta y negli-

gentemente enlazada; y una levita negra, eran su traje y calzado <sup>328</sup>. En la mano llevaba un látigo de montar, con el cual y como maquinalmente, iba haciendo la primera división del manejo del sable, mientras, impaciente y apresurado, se paseaba entre La Victoria y la calle de Carretas.

Era ya muy de noche y la afluencia de gentes grande. La guardia del Principal, reforzada y rodeada de centinelas, se limitaba a observar a los paseantes. De vez en cuando, ya un ordenanza, ya un oficial a caballo, cruzaban la Puerta del Sol en distintas direcciones; los coches de los personajes notables de la época iban, unos en pos de otros, a Palacio; los corrillos eran muchos, numerosos y animados y a todos preocupaba la misma idea. Fernando VII <sup>329</sup> había expirado a las tres menos cuarto de aquella tarde y no hubo un solo español que no comprendiese la inmensa trascendencia de tal suceso. Los que eran y tenían temblaron por sí y por lo suyo, los oprimidos esperaron, los ambiciosos ardieron, los turbulentos entrevieron su elemento, los prudentes se estremecieron, los cobardes quisieran morir por que no los mataran... En fin, con el eterno reposo del monarca comenzó el desasosiego de la monarquía. ¡Qué de esperanzas, qué de ilusiones, qué de temores, qué de ensueños en aquella noche, que luego han terminado en amargos desengaños o en sangrientas catástrofes! Entonces, empero, no había aún estallado la tormenta: mas ya la mar rugía sordamente, ya abrigaba en su seno el germen de las tempestades.

¿Era ese malestar general que precede a los grandes trastornos, el que agitaba a nuestro desconocido? Quizá, o mejor dicho, sin duda, en gran parte: mas su preocupación era tan honda, que debía de tener algo o mucho tal vez de puramente personal. Andaba rápidamente unas veces y otras, súbito, se quedaba inmóvil. Ya atropellaba sin misericordia a los paseantes, ya pedía *perdón* a la señora a quien, por inadvertencia, quitó la acera. Ora se sonreía con aire triunfante, ora el abatimiento y la tristeza se pintaban en su rostro. No tiene duda: además del asunto que a todos ocupaba, sobre aquel hombre pesaban penas suyas particulares.

Una hora duraron su impaciencia y suplicio; la campana del Buen Suceso daba las nueve y media, cuando la llegada de otro hombre vino, al parecer, a sacarle de aquella situación.

—¡A Dios gracias! —Exclamó al verlo—. ¡Qué tardar!

—Vamos —Le replicó el otro sin darse por entendido de sus exclamaciones; y, asiéndole del brazo, le arrastró, por decirlo así, en dirección a la calle de Carretas, por la cual se entraron a paso largo y compasado.

El nuevo interlocutor era un hombre alto, flaco, moreno, enjuto y nervioso, en cuyas facciones muy pronunciadas y en cuyo mirar sombrío se advertían desde luego las dos cualidades dominantes de su carácter: la dureza y la exaltación fanática. También militar en la apariencia, como su compañero, pero vestido con notable desaliño, se mostraba más familiarizado con el cuerpo de guardia que con los salones. La

naturaleza les había puesto entre ambos una inmensa distancia; podían quiz a estermarse, mas era difícil de concebir que se amasen.

Al verlos reunidos a nadie se le ocurriera que eran amigos; el que m as, los creyera aliados. Sin embargo, en el momento en que los vemos, la m as estrecha unión los enlazaba. Todo en este mundo depende de las circunstancias.

Sig moslos y oigamos su conversación, que entabló el primero de nuestros personajes que hemos presentado en escena:

— Qu  tenemos?

—Todo va bien.

— Pero se ha muerto de veras?

— Oh! Por esta vez no tiene duda. Murió.

—No vuelva a resucitar y diga...

—No lo tema usted. Yo mismo he visto su cadáver hace algunos minutos.

— Pero la reina?...

—La reina es nuestra, por inclinación y porque nos necesita...

—Sin embargo, los ministros...

—Si no nos sirven, caerán. A eso vamos.

Un momento de silencio interrumpió la conversación. El del pantalón gris deseaba entablar otra y no se atrevía a hacerlo; dos veces movió ya el labio para hacer una pregunta y otras tantas se detuvo como avergonzado: mas su compañero no decía palabra y la impaciencia le consumía.

Así llegaron hasta la puerta de la Imprenta, entonces Real, hoy Nacional <sup>330</sup>, siempre la del Gobierno; y all , no pudiendo ya contenerse el curioso, dijo:

— Y ha visto usted...

— A quién? —Preguntó el otro con cierta expresión de burla y 15. desprecio que hizo salir los colores al rostro del impaciente y contraerse las arrugas de su ceño.

—A Laura —Contestó entonces con firmeza y clavando sus airados ojos en los de su interlocutor.

El tono y el ademán con que fueron dichas aquellas dos palabras y la actitud de dignidad ofendida que tomó el que las pronunciaba produjeron al pronto un movimiento de cólera en el que las o a que, a no ser reprimido instantáneamente y con tal rapidez que no dió lugar a la observación, es indudable que promoviera una pendencia entre aquellos dos hombres. Mas el áspero, dominando sus ímpetus, contestó sosegada y hasta amistosamente: «S , amigo mío, la he visto y hablaremos de ella». Y el otro se tranquilizó con tanta facilidad como se había irritado.

— Y bien? —Prosiguió entonces—. Y bien, el camino que andamos o, mejor dicho, en que usted va a entrar, es el único para llegar a Laura.

—Yo llegaré, sí, yo llegaré.

—Poco tiempo hace que ella misma me lo decía.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—«Si es cierto que el coronel Ribera me ama, un solo medio tiene de probármelo».

—¡Y se atreve a dudar que la idolatro!

—«Que contribuya tan poderosamente como puede a la regeneración de su patria, de la cual depende mi bienestar; y entonces, *pero sólo entonces*, podré escucharle».

—¡Ah! ¿Y por qué no he de oír yo de sus labios esas mismas palabras?

—Ribera ¿duda usted de mí?

—No, Mendoza, no, amigo mío. Pero usted no ama; usted no ha amado nunca... usted, que se burla de mi flaqueza, no puede comprender lo que pasa en mi corazón. Hablar a Laura, jurarla a sus pies que la adoro, que consagraré mi existencia a su amor; y oír de sus labios una sola palabra de esperanza, ver tal vez en sus ojos un relámpago de ternura y de felicidad... ¿Sabe usted, Mendoza, lo que eso significa para un amante?

—Supongo que significará, poco más o menos, lo que para mí la esperanza que tengo de humillar a mis enemigos; pero sea lo que quiera, ni usted puede todavía presentarse en casa de Laura, ni ella verle a usted en otra parte.

—¿Y hemos de estar así eternamente?

—No; de usted depende todo.

—¿De mí, santos cielos? ¿De mí?

—De usted y de nadie más.

—Por lo que usted más ame en este mundo, termínese esta pesada burla.

—Aquí no hay burla, Ribera; ni el asunto las sufre, ni está en mi humor el gastarlas; pero hemos llegado a nuestro destino. De usted depende, vuelvo a decir, de usted solo, que esta noche le acerque al objeto que ama o le aleje acaso para siempre de Laura. Entremos.

Mendoza y Ribera habían llegado al portal de cierta casa de muy 16. buena apariencia en una de las mejores calles de Madrid. Algunos coches estaban parados a su inmediación; varias personas entraban cuando comenzaron ellos a subir las escaleras; y la prudencia obligó al enamorado a no pedir más explicaciones a su compañero.

Llamaron en el piso principal, abriéronles la puerta y entraron.



## CAPÍTULO II. Mina y contramina <sup>331</sup>

La misma noche del 29 de setiembre de 1833, mientras don Luis de Ribera, que tal era el nombre del coronel, se paseaba impaciente en la Puerta del Sol, dos airoosas manolitas con su corto, fabulosamente corto, mal llamado guardapiés, puesto que apenas pasaba de ser guarda rodillas, su rica media de seda de *patén*, su zapato de raso negro, inverosímil por lo pequeño, su alta y calada peineta de concha y su original elegantísima mantilla de tira <sup>332</sup>, establecieron de crucero delante del atrio de la Victoria, con no poco escándalo de los fieles que a rezar cierta novena acudían a aquel templo.

Una de las dos llevaba un pañuelo de seda de la India puesto en la cara, como acostumbran a usarlo los que tienen dolor de muelas, a mayor abundamiento cruzada la mantilla de tal suerte que ni las muchas mujeres curiosas, ni los infinitos galanes de fácil gusto que en el transcurso de una hora transitaban por aquel paraje, pudieron distinguirle las facciones. Sorda a los repetidos y tan expresivos como poco delicados requiebros que por su buen talle la dijeron; impasible a los sarcasmos de las desdichadas que creían ver en ella una rival que pudiera disputarles con ventaja el vil precio de su infame comercio y, asida continuamente del brazo de su compañera, aquella mujer que por el traje, el lugar en que paseaba y la hora que para visitarlo había elegido, estaba como diciendo a voces que era del público <sup>333</sup>, fue, sin embargo, un misterio para todos.

Su compañera podría tener como cuarenta años y era lo que se llama una madrileña legítima; no precisamente bonita, pero buena moza a toda ley y hecha, como dicen, *a tomo*. En cuanto a sus aires, dicho se está que serían más resueltos que pudorosos, pero aquel descoco no era el de la prostitución, sino el de la ruda popular franqueza. Tampoco estaba en su sitio paseándose en la Puerta del Sol a tales horas. Como quiera que sea, ella llevaba la palabra. Si un almibarado barberillo les decía: «Salud a los cuerpos buenos», ella replicaba «Cuidado con quebrarse, seo alfeñique». Si un libertino camastrón <sup>334</sup>, acercándose más de lo que permite el ritual, murmuraba un «Vamos» 17. brutalmente lúbrico, ella, arrojándole de un codazo al medio del arroyo, contestaba: «¡Váyase usted a la gloria, tío pelele!» Al que la llamaba hermosa, le solía apodar *cara de mico*; al que estaba pesado, se le ponía en jarras, preguntándole: «¿Se va usted, o le envío?» Y, en fin, con la lengua y con las manos se dio tan buena maña, que tuvo a razonable distancia de sí y de su compañera a todo curioso impertinente.

Entre tanto la del pañuelo, siempre callada y estrechándose con su resuelta compañera, a juzgar por el continuo alternado movimiento de la parte alta de su elegante jubón y por cierta trepidación nerviosa que en toda ella se advertía, sin duda estaba grandemente acongojada, tanto que no pudo menos la valerosa manola de advertirlo y de exclamar a media voz <sup>335</sup>:

—Vámonos, que usted se me va a poner mala. ¡Caramba! Vámonos.

—No, Manuela, no debemos irnos —Contestó la interpelada en voz baja y temblorosa, mas en tono que anunciaba una determinación irrevocable.

Manuela sólo dijo: «¡Por mí, como usted quiera!». Y ambas volvieron a su paseo.

El coronel Ribera, que, en tanto, iba y venía sin cesar, pasó repetidas veces al lado de las dos manolas y alguna llegó a tropezarse con ellas; mas, era tal su preocupación, que las miraba sin verlas. No reparó, pues, en tales mujeres como lo hicieron cuantos por allí transitaban, mientras que ellas, por el contrario, solo en él fijaron la consideración, prescindiendo de todos los demás concurrentes.

Manuela, como persona de experiencia y de aplomo, nunca le miró fijamente, sino de soslayo, siguiendo con tal constancia sus movimientos, que pudiera sin temor de omitir alguno, referirlos todos minuciosamente. La embozada, por el contrario, siempre que se hallaba de frente con el coronel, bajaba los ojos y cuando éste volvía la espalda, le contemplaba con indecible ansiedad. El observador menos perspicaz hubiera conocido desde luego que ambas manolas, sea que a eso sólo fueran a la Puerta del Sol, sea que el ningún caso que de ellas hizo don Luis las picara, miraban a éste con empeño y tenían ya por objeto exclusivo seguir sus pasos cuando Mendoza llegó a la cita.

Éste, que tenía por nombre don Pedro, era un capitán de caballería, no indefinido, sino tres veces impurificado en razón a sus opiniones democráticas y a los hechos inequívocos con que las acreditó durante los tres años del 20 al 23 de este siglo. Pasaba ya de los cuarenta, pero conservaba todo el vigor de la edad juvenil, en el cuerpo por lo menos, pues en cuanto al espíritu nos abstendremos. Por ahora de entrar en pormenores que en el transcurso de esta relación irá conociendo el lector. Basta lo dicho para la inteligencia de los sucesos del momento.

Mendoza llegó por la carrera de San Jerónimo y, como la noche no estaba oscura, al emparejar con la puerta del edificio en que hoy se encuentra el establecimiento de librería de Monier<sup>336</sup> y era entonces café y fonda con el título de la Fontana de Oro<sup>337</sup>, la luz de un gran farol que allí había bastó para que Manuela, que a la cuenta le conocía, pudiese distinguirla perfectamente:

—Ya viene —Dijo inmediatamente a la embozada.

—¿Quién? —Preguntó ésta sin apartar la vista de Ribera.

—¿Quién ha de ser? ¡Él! Vamos por la Virgen de Atocha —Y, sin esperar respuesta, arrastró en pos de sí a la distraída, entrándose precipitadamente en el atrio de la Victoria.

Hízolo a tiempo, porque apenas lo había verificado cuando llegaba Mendoza, que aún pudo verlas, aunque por la espalda. Iba, sin embargo, tan de prisa y, por otra parte, halló tan natural que allí hubiera manolas a tales horas, que no hizo alto en aquel incidente y prosiguió su camino hasta encontrar a Ribera. Mientras los dos amigos entablaban su diálogo, las manolas, cruzando con viveza la calle, fueron a situarse en la esquina del Buen Suceso y luego, cuando ellos echaron a andar hacia la

calle de Carretas, ellas por la diagonal tomaron el mismo rumbo. Mendoza y Ribera iban por la acera del Correo, Manuela y la tapada por la opuesta, un tanto detrás de ellos y así prosiguieron su marcha paralelamente, hasta que aquéllos llegaron al punto donde los dejamos al fin de nuestro primer capítulo.

—¡Dios mío! —Exclamó la embozada viéndolos entrar en la casa— ¡No me engañaban mis presentimientos!

—¿Y ahora qué hacemos nosotras? —Le interrumpió Manuela— ¿Qué ha sacado usted en limpio?

—Cerciorarme.

—¡Y estamos frescas! Vámonos a casa, no salga ese hombre de repente y nos haga bailar sin música.

—Espera... yo no puedo consentir...

—¡Toma! ¿Y qué remedio?

—¿Qué remedio? ¡Dios mío, Dios mío, inspiradme!

Durante algunos instantes permanecieron silenciosas aquellas dos mujeres: la una baja la cabeza, caídos los brazos, cruzadas las manos, inclinado el cuerpo; la otra, por el contrario, mantilla y cabeza echada atrás, mordiéndose los labios, adelantada la pierna derecha y batiendo con el pie izquierdo un compás de toque a fuego.

Dejémoslas estar así y penetremos en busca de Ribera y Mendoza en el cuarto principal cuya puerta se cerraba cuando de ellos nos separamos.

Lo interior del edificio correspondía perfectamente a lo bello de su apariencia. Una espaciosa antesala, a cuya derecha estaban las piezas de recibo suntuosamente alhajadas y, en el momento a que nos referimos, llenas de cuanto Madrid tenía de más elegante en ambos sexos, daba también paso por la izquierda a las habitaciones interiores y, por el lienzo fronterizo a la puerta de entrada, a un tercer cuerpo del piso, que fue adonde entraron Ribera y Mendoza, 19. conducidos por el ayuda de cámara del dueño, que era un acaudalado banquero.

La muerte de Fernando VII, conocida ya entonces de todo el mundo, no se había aún publicado oficialmente: por tanto el banquero no se creyó obligado en manera alguna a suspender el gran baile que para aquella noche tenía dispuesto, con el doble objeto de hacer ostentación de su riqueza y de entablar o concluir más de un negocio lucrativo, amén de servirle de pretexto y pantalla a cuya sombra se ocultase la reunión de que a tratar vamos. Así, los violines daban ya la señal para la primera contradanza cuando nuestros militares, precedidos por el ayuda de cámara que llevaba en la mano para alumbrarle un candelero de plata con su bujía de esperma, atravesaron un largo corredor a cuyo extremo, por una puerta pequeña, entraron en el despacho del dueño de la casa.

El lugar de la escena era una sala de mediana capacidad, pintada al temple de colores claros; una araña de cristal de roca la iluminaba. Al testero el retrato del Creso madri-

leño <sup>338</sup>, vestido con el uniforme de no recordamos qué consejo, ostentando en su pecho profusión de cruces, y no escaso de mérito artístico, tenía por colaterales, a la derecha una tarifa de cambios y, a la izquierda, la noticia impresa de la entrada y salida de correos en la capital. Una mesa de despacho, grande y cómoda, de caoba maciza con embutidos de ébano y adornos de bronce, cargada de innumerables papeles; en uno de los ángulos del cuarto una estantería con cajas de cartón a la francesa; una sillería antigua cuyos dorados y damasco amarillo acababan de renovarse, y un lindo velador, encima del cual estaba abierto un cajón de cigarros de la vuelta de abajo, flanqueado por cuatro candeleros de plata con sus correspondientes bujías, completan <sup>339</sup> el cuadro.

Cuando los dos amigos entraron, casi todos los sillones estaban ocupados; la mayor parte de los concurrentes fumaba y, a pesar de los ventiladores que en las vidrieras había y cuyo rápido monótono movimiento sonaba como pudiera un molino, la atmósfera del despacho era realmente palpable.

Ribera, ofuscado por aquella densa nube de humo de tabaco, al principio nada vio más que bultos pero, mientras el banquero, vestido de rigurosa etiqueta con pantalón *collant* <sup>340</sup>, media de seda calada, zapato escaquin, camisa con chorrera y vuelos de magnífico encaje, chaleco de tisú de plata, frac negro y guante amarillo, exhalando un aroma almizclado un tanto excesivo y sin dejar de la mano la opulenta cadena de su reloj <sup>341</sup>, hablaba con Mendoza algunas palabras en secreto, tuvo tiempo bastante para habituar sus ojos al humo y comenzó a divisar y conocer las personas.

Junto a la mesa del banquero, fumando con delicia su cigarro, cruzadas una sobre otra las piernas y sencillamente vestido con una levita azul abrochada hasta el cuello <sup>342</sup>, vio Ribera, no sin sorpresa, a un general conocido por la templanza de sus opiniones, que en el fondo eran y pasaban, sin embargo, por monárquicas.

20. A su lado, gravemente apoyado en una caña de indias con su puño de oro cincelado y su cordón y borlas de seda negra, había un personaje serio y barrigudo en cuya fisonomía, benigna y risueña a primera vista, se traslucía cierto aire de perpetua desconfianza y constante amor a su propia persona. Era un togado que así firmaba una sentencia de muerte como una esquila de dar pascuas.

Seguíanle inmediatamente un anciano venerable en su aspecto, y un joven de veinticuatro o veinticinco años, aguileña la nariz, pequeña la boca, algo pronunciada la barba; negros, rasgados, ardientes los ojos, cuyo fuego velaban pobladas pestañas y cuya órbita coronaban dos arqueadas magníficas cejas; y rizada en fin su abundante negra cabellera, parecía que la naturaleza se había complacido en hacerle un perfecto modelo de la belleza varonil. Mas aquellos ojos tan hermosos comenzaban a hundirse en sus órbitas, bajo las cuales una sombra parda y tenaz era funesto síntoma de padecimientos físicos y morales; aquella mirada tan expresiva tenía algo más de violencia que de entusiasmo; aquella boca se mostraba contraída por la más amarga sonrisa; y por último, aquel rostro originariamente bello, grande, poético, expansivo, lle-

vaba ya, en tan temprana edad, impreso el sello de las enfermedades, de las pasiones violentas, del escepticismo, de la postración del alma.

A la otra parte de la mesa, un clérigo de rígido aspecto y aire distinguido, dos jefes que lo habían sido en el ramo de hacienda, tres o cuatro oficiales indefinidos y un personaje de quien hablaremos a su tiempo en párrafo aparte, completaban la reunión.

El banquero, así que concluyó de hablar con Mendoza, se dirigió a Ribera y, tomándole afectuosamente de la mano, dio uno o dos pasos hacia los concurrentes, diciendo:

—Señores, tengo el honor de presentar a ustedes *a mi amigo*, —El coronel miró sorprendido al banquero, a quien veía entonces por primera vez en su vida— *a mi amigo* —Repitió el anfitrión sin desconcertarse— el coronel don Luis de Ribera, que, como ustedes saben, manda dignamente uno de los regimientos de caballería de la guarnición.

Levantáronse todos y saludaron profundamente, a excepción del general y del joven de quien hace poco hablábamos.

—Bienvenido, Ribera —Dijo el general sin moverse, pero tendiendo afectuosamente la mano al coronel, que alargó la suya con la misma cordialidad, contestando:

—Mi general, siempre a las órdenes de usted.

—A mi lado —Prosiguió el jefe acercando un sillón—, a mi lado.

—Bien, —Exclamó el banquero jovialmente— la *masonería* de los militares en todas partes se conoce.

Mendoza, saludando altaneramente al general, que apenas se dignó bajar la cabeza en respuesta, y estrechando al paso la mano del joven, fue a colocarse a la izquierda de Ribera y, sentados todos, quedó la reunión en ese estado de embarazoso silencio que ordinariamente tiene lugar cuando se va a tratar algún asunto de gravedad y de importancia. Cada cual aguarda a que otro salte la valla y en 21. penosa ansiedad se observan todos recíprocamente, sin que nadie se resuelva a romper el silencio.

Mientras callan todos, *tirios y troyanos*, acerquémonos nosotros al más oscuro de los rincones del despacho del banquero, donde, no en un sillón sino en una humilde silla de paja, está sentado, con no menos modestia y compostura que pudiera un pobre novicio, uno de los circunstantes de quien no hemos hecho más que anunciar la presencia. Era un hombre en la flor de la edad, bajo, medianamente fornido, de aspecto jovial y penetrantes miradas aunque sus ojos, sobre redondos, pequeños; su traje limpio pero, más que sencillo, pobre y atrasado en tres o cuatro modas; sus maneras encogidas, si bien no tímidas; su porte, insignificante. Aquel hombre podía estar en todas partes y no llamar la atención en ninguna: en la iglesia parecía un devoto; en la calle un paseante; en el teatro un aficionado de buena fe; en la tertulia, un jugador de béciga<sup>343</sup> y, en las antecámaras de un ministro, pudiera pasar por un empleado subalterno de loterías. La naturaleza le había dado una de esas figuras que sirven de pasaporte y salvoconducto en todas circunstancias al que tiene la dicha de poseerlas.

Muy pocas personas le conocían de trato, de vista muchas, pero él sí conocía a todo el mundo en Madrid. No era comerciante, ni tenía oficio, ni disfrutaba empleo: pero carecía de acreedores, vivía con modesta decencia y concurría a todas las diversiones, sin bien a ninguna en los asientos más caros. No se supo nunca que tuviera tierras, casas, capital ni trato de cuyo producto se mantuviese, mas como a nadie pedía, nadie tampoco le preguntaba de qué o cómo se sustentaba. Donde quiera que estuviese, se colocaba en el último sitio: hasta de la luna buscaba la sombra, pero desde ella miraba derechamente a la luz aunque fuese la del sol. La sencillez de su traje, la simplicidad de sus maneras y la feliz insignificancia de su aspecto desvanecían toda idea de misterio en su persona y vida. Pocos se paraban a pensar en él; de los que lo hacían, cada cual le suponía lo que primero le ocurría y, como pudiera ser aquello lo mismo que otra cosa, las hipótesis terminaban muy presto. Tal era en la apariencia *don Ángel*, que don Ángel y don Ángel a secas le llamaba todo el mundo.

—Señores —Dijo el banquero, rompiendo por fin el silencio—, todos ustedes saben que el rey ha muerto...

—¡Ah! —Exclamó cándidamente don Ángel como sorprendido; y los más de los presentes se sonrieron.

—Que el rey ha muerto, —Prosiguió el dueño de la casa, y su viuda va a ser gobernadora del reino.

—Adelante, —Dijo el general— hasta ahí ya estamos.

—La necesidad de una reforma en nuestras instituciones es evidente —Replicó el banquero, y respiró como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

—Es decir —Exclamó, levantándose, el joven—, la necesidad de una *revolución*...

22.—¡Hola! —Profirió, con tono de alarma, el magistrado.

—Sí señor, de una revolución —Insistió el joven resueltamente.

—¡Bien, amigo mío, bien! —Le dijo Mendoza en voz baja; y el otro volvió a tenderse en su sillón.

—Entendámonos —Interpuso entonces el general—, no estamos bien como estamos; es preciso regularizar el gobierno, ponernos hasta cierto punto al nivel de la Francia y de la Inglaterra; que haya garantías de orden y de seguridad...

—Y libertad para el pensamiento, para la imprenta —Interrumpió el joven.

—Bien, poeta, bien —Prosiguió el general.

—Y que se dé la importancia que debe tener a la magistratura —Añadió el togado.

—Y que desaparezcan los frailes, esos ambiciosos y opulentos proletarios del clero, que usurpan sus funciones y tiranizan a los verdaderos ministros del altar —añadió, gravemente, el clérigo.

—Que los destinos no sean patrimonio exclusivo de los realistas —Prorrumpieron, simultáneamente, los hacendistas.

—Que vuelvan a las filas los oficiales beneméritos —Gritó uno de los impurificados.

—Que haya libertad de comercio —Concluyó el banquero.

—¡Egoísmo, miseria! —Murmuró el joven al oído de Mendoza.

—Prudencia —Le contestó éste.

El general, luego que así hubieron desahogado todos sus pensamientos, volvió a tomar la palabra, diciendo:

—En una palabra, esas u otras reformas, todas las que emanen del trono y, sobre todo, aquellas que no menoscaben las prerrogativas del ejército, por mi parte estoy pronto a apoyarlas. Si de otra cosa se trata...

El joven, ardiendo en ira, iba a levantarse y a interrumpir bruscamente al orador; pero Mendoza, que no le perdía de vista, le asió a tiempo del brazo y, con algunas palabras que con vehemencia le dijo, logró que renunciase a su propósito.

()Ribera, () que hasta entonces jamás se había ocupado en asuntos políticos, estaba como absorto, no comprendía que se reuniesen personas que, al parecer, no estaban de acuerdo ni sobre el fin que se proponían, ni en cuanto a los medios para llegar a él conducentes; no acertaba a explicarse la amalgama de heterogéneos personajes que ante su vista figuraban; y había instantes en que se juzgaba oprimido por alguna tenaz pesadilla <sup>344</sup>.

23. Entre tanto Mendoza y el joven poeta estaban empeñadísimos en su diálogo, el clérigo parecía absorto en no muy gratas reflexiones, don Ángel se contaba los botones del chaleco y el general, seguro de que nadie le observaba, tocó en el hombro a Ribera y le dijo en voz muy baja:

—No se comprometa usted a nada esta noche y véame mañana a las doce en punto en mi casa. ¿Entiende usted?

—Sí, mi general.

—Mañana a las doce en mi casa.

—¡Iré!

En esto el banquero movía ya el labio para tomar de nuevo la palabra, pero dos golpes sonaron en la puerta pequeña que dio entrada a nuestros dos militares.

—¿Quién diablos vendrá a interrumpirnos? —Dijo el hombre, furioso de perder el discurso que tenía preparado; y acudió, sin embargo, a la puerta— ¿Qué hay, Andrés?

—Para el señor coronel Ribera —Contestó el criado presentando una esquela.

—¡Para mí! —Exclamó asombrado don Luis.

—¿Ha encargado usted que le buscasen en mi casa? —Preguntó con visible recelo el banquero.

—¡Cómo! —Interrumpió Mendoza— si yo no le he dicho a dónde le traía.

Y así era la verdad.

Ribera tomó el billete y leyendo en el sobrescrito: «Al coronel don Luis de Ribera. Urgente y reservado»; abriolo y se enteró, no sin muestras de sorpresa y agitación, de su contenido. Terminada la lectura, comenzó a buscar su sombrero.

En este tiempo, había el banquero interrogado a su ayuda de cámara, en cuya fidelidad tenía y debía tener la más completa confianza. Cuanto pudo saber fue que un mozo fue portador de la esquila<sup>345</sup> y que, apenas la hubo entregado, volvió a marcharse.

Ribera había encontrado su sombrero y dicho algunas palabras al oído del general, quien, tomando también el suyo y encaminándose a la puerta con el coronel, se despidió diciendo con desembarazo y resolución:

—Caballeros, a más ver. Por ahora es preciso separarnos —Y diciendo y haciendo, salieron ambos a paso largo del despacho y estaban bajando la escalera antes de que ninguno de los presentes se recobrase de la sorpresa que aquel incidente causó en todos.

—Voy a seguirlos —Dijo Mendoza.

—Yo te acompañaré —Añadió el joven— acabemos con ellos: esos hombres nos venden.

—Prudencia, señores, no lo echemos todo a perder arrebatándonos —Interrumpió el banquero—. Don Ángel, no pierda usted tiempo.

Don Ángel no lo había perdido, en efecto: ya estaba en la puerta cuando el banquero le dirigió la palabra y, saludando a la concurrencia con un melifluido: «Beso a ustedes las manos» echó a andar con más soltura y agilidad de la que pudiera esperarse de él. 24. Cuando llegó al portal de la casa, sin embargo, Ribera y el general, que habían tomado el coche de éste, se hallaban fuera del alcance de todas sus pesquisas.



### CAPÍTULO III. Un cuerpo de guardia

Desde que amaneció el día 29 de setiembre de 1833, comenzó a correr la voz entre las personas *bien informadas*, como dicen los periodistas, de que el rey se acercaba rápidamente al término de su existencia; mas el público, que en espacio de un año había oído infinitas veces decir: «Fernando VII está en la agonía, Fernando VII ha expirado» y, sin embargo, al poco veía a Fernando VII vivo o galvanizado pasearse en coche, acogió aquella noticia con frialdad y desconfianza. Con todo eso, al mediodía cundió la alarma: los grandes intereses que el término de la vida del monarca comprometía, las esperanzas que en la reina gobernadora tenía el partido liberal y los consigüientes fundados temores del bando apostólico <sup>346</sup> subieron de punto, como era natural, al acercarse el solemne temido instante de la crisis; y los directores, fautores, cómplices y ciegos instrumentos de las diferentes intrigas políticas que entonces se tramaban se pusieron desde luego en movimiento.

El ejército era entonces, como ha sido después, como es hoy y como siempre lo será, el blanco de todas las miras, la presa que codiciaban todas las ambiciones <sup>347</sup>. A corromper su fidelidad, a cautivar su devoción se encaminaban todos los esfuerzos de los conspiradores; y el deseo en unos de fundar un nuevo sistema de gobierno, en otros de asegurar el existente, a éstos y a aquéllos los conducía a intentar el medio de que todo gobierno sea imposible, es decir, a inocular en la fuerza armada la funesta manía de las persecuciones políticas. Como quiera que sea, los militares en la época a que se refiere esta narración se veían asaltados de continuo, desde el más elevado en la carrera hasta el simple sargento, por un enjambre molesto, tenaz y pernicioso de agentes políticos que, con obstinado encarnizamiento, se empeñaban en afiliarlos en uno u otro partido y particularmente en destruir el principio fundamental de la carrera: la ciega subordinación del soldado a las órdenes del Gobierno.

En tales circunstancias, claro está que don Luis de Ribera, coronel de un regimiento de caballería de la guarnición de Madrid y militar que gozaba de muy buen crédito entre sus jefes, compañeros y subalternos, debió, desde el principio de aquel período preliminar de la revolución española, de llamar la atención de los caudillos de ambos partidos. Así sucedió, en efecto, pero Ribera tenía un carácter poco a propósito para facilitar las tentativas de aquellos ilustres intrigantes. 25. Último vástago de una familia de rancia nobleza y mediano caudal, perdió a su madre al nacer, que fue en el segundo o tercer año de este siglo; y a su padre, que era mariscal de campo, en la gloriosa Guerra de la Independencia.

Por los méritos de su padre y valimiento de uno de los ministros que había sido su compañero de armas, concedió el rey a Ribera una compañía de dragones en la isla de Cuba cuando apenas tenía el agraciado catorce años de edad y estaba educándose en el Seminario de Vergara <sup>348</sup>. Saliendo de aquel establecimiento a los diez y seis años, embar-

cose para su destino, desde el cual, a solicitud suya, pasó a unirse con el ejército de Nueva España y, en él, dando muestras repetidas y brillantes de valor y de inteligencia, no sólo justificó la gracia del monarca, sino que obtuvo en el campo de batalla y sucesivamente los grados y ascensos hasta el de coronel efectivo inclusive. Terminada aquella guerra o, mejor dicho, perdida la Nueva España, Ribera, cuya salud habían quebrantado honrosas heridas, regresó a La Habana con real licencia y permaneció allí algunos años aún después de su completo restablecimiento. Un compañero de colegio, natural de aquella isla, le puso en relación con cierta respetabilísima casa de comercio cuyo jefe, encargándose de la gestión de sus intereses, le duplicó en breve su capital. Regresó don Luis a Europa el año de 27 y el mismo se le confirió el mando de un regimiento.

Ribera, sin ser un santo ni excusarse de pagar el ordinario tributo a la irreflexión y ardor propios de la edad juvenil, tuvo siempre, sin embargo, esa especie de cordura algo parecida a la desconfianza que caracteriza generalmente a los hombres que, como él, se ven aislados desde que comienzan a vivir. Privado de las caricias maternas, la ternura en que su corazón abundaba, por falta de aquel benéfico influjo que a amar nos enseña en los primeros años de la vida, estaba como reconcentrada en lo íntimo de su pecho, era como el calórico latente <sup>349</sup>, que no se muestra sin la intervención de determinado y poderoso agente. Cuanto era se lo debía al rey; su padre y sus abuelos le habían (decía él) servido con las armas, él mismo vistió al dejar los arreos femeniles <sup>350</sup> de la infancia el uniforme militar y, por tanto, en sus ideas el rey y la milicia eran autoridad soberana, la institución más importante de la sociedad. Persuadido íntimamente de que al monarca y sus ministros tocaba gobernar y a los militares obedecer sólo, hablarle de política era tiempo tan perdido como lo fuera querer discutir con él la teología escolástica.

Tampoco gustaba del juego; sus diversiones favoritas eran la equitación, la esgrima y el teatro; los libros que estudiaba, los de su profesión; de recreo le servían los de amena literatura <sup>351</sup>. Severo en materias de servicio consigo mismo y con los demás, era, sin embargo, tan querido como respetado de sus inferiores por la equidad de sus providencias y por la bondad intrínseca de su carácter, aparentemente reservado, aunque en realidad ardiente. 26. Los conspiradores, pues, no se atrevían a habérselas con él en derecho y cuantas tentativas hicieron para corromper a los individuos de su regimiento fueron, hasta la noche del 29 de septiembre, totalmente inútiles. A su tiempo explicaremos qué curso fatal de circunstancias fue necesario para conducir al coronel a la reunión celebrada en casa del banquero, de la cual salió de resultas de la lectura del billete misterioso.

La letra de aquel escrito era completamente desconocida para Ribera; clara, correcta y rasgueada a manera de muestra de pendolista de oficio <sup>352</sup>. Su contenido, el que sigue: «Las tropas están sobre las armas en sus respectivos cuarteles. ¿Lo sabe el coronel Ribera? ¿Falta así y de propósito deliberado a su obligación? Creemos hacerle un servicio importante dándole este aviso.— M. no tiene amigos: los hombres que trata son sus víctimas o sus instrumentos».

Antes de hablar de los efectos que tan singular escrito produjo en don Luis, explicaremos rápidamente cómo ignoraba lo que antes que nadie debiera saber. El 28, desempeñando el cargo de jefe de día, pasó Ribera la noche a caballo para visitar los puestos y retenes con la escrupulosidad que él acostumbraba y, por otra parte, exigían entonces imperiosamente las circunstancias. No se acostó, pues, hasta muy entrado el 29 y levantose por consiguiente a mediodía, hora de la orden. No ocurría entonces novedad y reservó el coronel su diaria visita a su regimiento para la lista de la tarde.

Su amor a Laura, amor cuyos antecedentes no ha llegado aún el momento oportuno de referir, pero que sí diremos era una pasión, desde que nació, violenta, irritada además con todo género de obstáculos y misteriosas circunstancias, le ocupaba incesantemente. Si antes tuvo amoríos, fueron siempre de esas relaciones de sociedad galantes, fáciles, arregladas a una pauta invariable, que nacen de una contradanza y mueren acaso de alguna mazorca; por eso podemos decir que Ribera tuvo su primera pasión a la edad de treinta años, es decir, cuando suelen ser volcanes los fuegos que, en la juventud, llamas efímeras.

Pensando en su Laura y arreglando algunos de sus negocios, pasó hasta las tres y cuarto de la tarde, hora en que recibió una carta de Mendoza que debemos copiar, y decía: «Amigo mío: un asunto que no consiente dilación, me obliga este mismo instante a montar a caballo y marchar a Carabanchel. Tengo, sin embargo, que decir a usted cosas importantes sobre el negocio que tanto le interesa, cosas que conviene a usted saber luego, luego <sup>353</sup>. ¿Quiere usted dar una trotada y esperarme en la fonda de Carabanchel? Si en efecto tiene usted la calentura tan fuerte como parece, el paseo no le asustará. En todo caso es de usted como siempre su afectísimo &c.—Mendoza.»

Acabó Ribera de leer la carta, pidió el caballo y un cuarto de hora después galopaba hacia el paraje de la cita. 27. Allí esperó nada menos que dos horas a Mendoza, el cual, con un artificio de seguro éxito, obtuvo del coronel la promesa de acompañarle aquella noche a casa del banquero. Juntos volvieron a Madrid y separáronse en las puertas, donde echaron pie a tierra, entregando los caballos a un criado de Mendoza. Éste se encaminó, según dijo, a ver a Laura; don Luis a la puerta del Sol, a esperarle. Lo demás lo saben ya los lectores y comprenderán, por tanto, cómo el coronel ignoraba que su regimiento estuviese sobre las armas; que lo estaba, en efecto, desde las cinco de aquella tarde.

En cuanto al general, a la misma hora que Ribera recibió la carta de Mendoza se halló con la visita del banquero, que iba, le dijo, a rogarle le acompañase a ver un troco de yeguas meklenburguesas que estaban de venta en la del Espíritu Santo y que se proponía comprar. Gran caballista y relacionado con el comerciante muchos años hacía, no extrañó el general ni la visita, ni la proposición. Aceptó pues; fue a la venta, vio, examinó, hizo probar y chalaneó a su sabor las yeguas, concluyendo un ajuste ventajoso; y en esto eran las seis de la tarde y fuese a comer con el banquero quien, a los

postres y solo a los postres le dijo que aguardaba a varios amigos para tratar de los asuntos del día. Sorprendióse un tanto el convidado, pero como era hombre a quien no podía ocultársele la proximidad de un gran trastorno político, no le pesó del todo de que se le presentase la ocasión de asir uno de los hilos de la trama que se urdía.

Mendoza dio noticia en Carabanchel a Ribera de la muerte del rey: don Luis la esperaba por una parte y, por otra, estaba en aquel momento harto alucinado para fijar la consideración en las inmediatas consecuencias de aquel suceso. No así el general, que lo supo por el banquero; mas no pareciéndole prudente aventurar demostración alguna en aquellos primeros momentos, se estuvo quedo *a ver venir*, como se dice entre jugadores de tresillo <sup>354</sup>. No fue grande por lo mismo su sorpresa cuando Ribera le dijo al oído en casa del banquero lo que en el misterioso billete se le anunciaba; pero, una vez sabida la noticia, no le era lícito permanecer tranquilo. Por eso salió de allí juntamente con el coronel y, tomándole en su coche, se encaminó éste rápidamente a Palacio, que era entonces el cuartel general, por decirlo así, de la guarnición.

Don Luis prefiriera irse a su cuartel directamente, mas el general le hizo observar que el regimiento estaría ya, según todas las probabilidades, cubriendo algún punto de la población, y que lo urgente para entrambos, ya que tenían la desgracia de llegar tarde, era presentarse a la autoridad superior militar, que en aquel momento era casi seguro que se hallaría en Palacio <sup>355</sup>. No tuvo nuestro coronel qué replicar y se hizo como el general lo dijo.

Al atravesar la plaza Mayor encontraron en ella un batallón <sup>356</sup> y un escuadrón de retén <sup>357</sup>; en las Platerías <sup>358</sup> un piquete <sup>359</sup>; en los Consejos <sup>360</sup> una gran guardia <sup>361</sup>; y en la plaza de la Armería <sup>362</sup> una avanzada <sup>363</sup> de la de Palacio. Allí echaron pie a tierra y, después de reconocidos, pasaron 28. el Arco <sup>364</sup> y se encaminaron a los pabellones de la derecha, donde en aquella época estaba el del jefe de parada <sup>365</sup>.

La reducida y modesta habitación de aquel jefe encerraba en su recinto, cuando en él entraron nuestros dos militares, gran número de personajes con esplendentes uniformes, bandas y cruces. El comandante general de la guardia de cuartel, el de brigada de servicio, el gobernador <sup>366</sup> y hasta una media docena más de generales, con algún grande y otros personajes políticos, sentados unos, paseándose otros, silenciosos todos, manifestaban en su actitud y semblantes la más profunda preocupación. Nada más natural: se terminaba un reinado e iba a inaugurarse una revolución.

En la plaza, el aparato militar más anunciaba una fortaleza que un palacio. La tropa, reunida a la inmediación de sus armas, puestas en pabellón <sup>367</sup>; los oficiales en distintos corrillos y ya divididos en bandos; los caballos relinchando impacientes y el *¿quién vive?* con frecuencia repetido de los centinelas, hacían como presentir la guerra civil que nos amenazaba, y los coches de palaciegos y de intrigantes que iban y venían incesantemente, bien pudieran compararse a esas bandadas de aves de rapiña que un cruel instinto lleva, con anticipación a la matanza, a los campos de batalla.

Comenzábase el prólogo del sangriento drama político que quisiéramos poder dar por terminado, cuando aparecieron en la escena el general y Ribera. Al verlos entrar a los dos vestidos de paisano y con tal atraso, frunció las cejas el veterano vencedor de San Marcial <sup>368</sup> que mandaba entonces en jefe la Guardia Real de Caballería y el distrito militar de Madrid: mas el compañero de Ribera, que en otro tiempo había servido a las órdenes de aquel antiguo general, y a quien su alta graduación daba además cierto desembarazo, llegándosele con respetuosa franqueza, le dijo algunas palabras que desde luego le desarmaron. Sin embargo, no dejó de decir en voz que todos pudieron oír: «En días como éstos, general, es preciso estar siempre alerta; en fin, pase por esta vez.— Señor coronel, su regimiento de usted está en la plaza de Oriente; mande usted por su uniforme y póngase a su cabeza, donde por primera y espero que por última vez llega hoy tarde» <sup>369</sup>.

Saliéronle los colores a la cara a don Luis, pero conociendo que, a pesar de su inocencia, las apariencias le condenaban, saludó respetuosamente al general en jefe y salió sin proferir una sola palabra. Un ayudante de campo le siguió para poner a su disposición un ordenanza que, en efecto, salió en el acto a galope a casa del coronel, con dos letras que éste puso para su ayuda de cámara. Mientras que volvía aquel soldado con sus arreos militares, no queriendo presentarse como estaba delante de sus soldados, entró don Luis en el pabellón de uno de los oficiales de guardia, desocupado en aquel momento, como lo estaban todos; y pesaroso además, púsose a cavilar sentado a la inmediación de una mesa y con el codo apoyado en ella. A pocos instantes oyó, sin quererlo, el siguiente diálogo que, delante de la ventana del pabellón, cuyas vidrieras estaban entornadas, tenía lugar:

29.—¡Con que esta noche no se hace nada!

—Nada, las cosas no están todavía dispuestas.

—¿No tenemos manos?

—La guardia no es nuestra; es preciso echar primero a la mayor parte de los oficiales.

—Pero el ejército...

—Hay de todo. Ese regimiento de\*\*\* (el que mandaba Ribera), por ejemplo, no hay quien le meta el diente <sup>370</sup>.

—¿No ha prometido Mendoza...?

—Prometer es muy fácil, cumplir es lo difícil. Luego, falta metálico.

—¡Bah! Minarica (el banquero) nos da letra abierta.

—O la pide, que es lo mismo. Por ahora es preciso tener paciencia: Cea <sup>371</sup> se resiste a toda innovación y él es el alma del Ministerio; basta que vayamos debilitando a los realistas; una vez eliminados éstos, ¿quién queda más que nosotros?

—¿Qué hemos de hacer, pues?

—Esperar, aprovechando cuantas ocasiones se presenten de adelantar terreno.... Silencio y vámonos, que alguien se acerca.

No era don Luis curioso, mas aquella conversación le interesaba bajo todos aspectos tan directamente, que no pudo resistirse al deseo de conocer a los que la tuvieron. Acercóse, pues, rápida y silenciosamente a la ventana: mas solo alcanzó a divisar a los interlocutores por la espalda y con la confusión propia de la oscuridad de la noche. Sin embargo, parecióle que uno de los dos interlocutores era militar, llevaba dos charreteras <sup>372</sup> y pertenecía a uno de los cuerpos de servicio en Palacio; el otro iba embozado en una capa y con sombrero de paisano. Todo lo observó Ribera de una sola mirada y, viendo acercarse, al paraje mismo que los del diálogo anterior desocupaban, otro oficial de servicio, con una persona cuyo traje daba a conocer como individuo de la real servidumbre, retiróse apresuradamente de la ventana y, doblando sus puertas, se quedó, acaso sin saber lo que hacía, a la inmediación de la reja.

Apenas se había retirado, emparejaban con la misma ventana los dos nuevos personajes y, asegurándose de que por estar delante de ellos los pabellones de armas custodiados por un centinela y los corrillos de los oficiales en medio de la plaza, nadie, a su entender, podía escucharlos, paráronse allí también y comenzaron a hablar de esta manera:

—No tenga usted duda de que los liberales tienen tramada una espantosa. Los amigos de su alteza lo saben de positivo y cuentan con que ustedes los protegerán.

—Si S. A. no se hubiera marchado podía estar seguro de que moriríamos en su defensa <sup>373</sup>.

—Sí, usted y algunos oficiales fieles, pero hay otros...

—Muy pocos; ¡y pobre de ellos <sup>374</sup> si levantan la voz! No hay que temer por la Guardia.

—Pero ¿y esa tropa del ejército que está en la plaza de Oriente?

—¡Hum! ¡hum! No sé.

30.—Dicen que la infantería está en muy mal sentido.

—Podrá ser: acaban de colocar en ella una porción de indefinidos <sup>375</sup>.

—A todos los negros de Guinea <sup>376</sup> colocarán estas gentes, si las dejan.

—¿Y de la caballería qué se dice?

—Tenemos nuestras dudas. El regimiento que está ahí es el que manda Ribera; ni él ni sus oficiales entran nunca en materia sobre estas cosas. Se dice que han recibido muy mal a los agentes de los liberales. Podrá ser cierto, pero la misma suerte les ha cabido a los amigos de su alteza.

—Ese coronel es sospechoso.

—Y esta noche más que nunca: se le ha visto irse a caballo, apenas expiró el rey, a Carabanchel, donde los masones han tenido una gran logia.() Ha vuelto a Madrid en compañía del hombre más malo que hay en España.() Un tal Mendoza. Indefinido, impurificado <sup>377</sup> y emigrado, que debiera ya estar veinte veces ahorcado.

—Ya le llegará su San Martín <sup>378</sup> a él y también, si Dios quiere, al coronel Ribera, que me va oliendo a negro de mil leguas.

—Lo más singular es que todavía no se ha presentado en su regimiento y hay quien dice que vendrá al frente de las turbas de los liberales...

—Los señores oficiales al cuarto del jefe de parada.

Dijo en esto y en alta voz un ayudante; y los dos políticos se separaron apresuradamente.

La situación de espíritu en que ambas conversaciones pusieron al coronel Ribera se comprende fácilmente. Su lealtad acrisolada, su conducta pundonorosa, su prudente reserva en materias políticas, lejos de ser apreciadas en su justo valor, le habían hecho sospechoso a entrambos partidos; y, para colmo de penas, Mendoza, que en realidad le había puesto en tan amargo compromiso, era, sin embargo, el único medio de comunicación que con Laura, con la mujer a quien adoraba, tenía. ¡Pobre coronel!

Mientras se entrega a las más amargas reflexiones y espera impaciente su uniforme, caballo y armas, vamos nosotros a otra parte, donde nos llaman sucesos íntimamente enlazados con los referidos, aunque, al parecer, independientes de ellos.

#### CAPÍTULO IV. Otro cuerpo de guardia

Frente a la calle de la Concepción Jerónima, inmediatamente después de la embocadura común a la plazuela del Ángel y a la calle de Carretas, hay una callejuela corta y no muy ancha que 31. parece callejón sin salida, en cuyo fondo existe aún el edificio que era en la época de esta narración cuartel de Voluntarios Realistas <sup>379</sup>. Aquel cuerpo, hijo de la reacción anti-revolucionaria, democrático instituto creado en apoyo de la monarquía absoluta y en realidad guardia pretoriana del partido apostólico, sentía instintivamente que la muerte de Fernando VII era precursora de la suya y, compuesto en gran parte de personas que libraban los medios de sostenerse en los empleos que a su posición en él debían, claro y natural es que se hallase en gran fermentación la noche del 29 de septiembre.

En efecto, desde el anochecer habían comenzado a reunirse en el cuarto de banderas los jefes y oficiales de sus batallones. Las noticias más absurdas y más contradictorias se daban, oían y comentaban. Los prudentes hubieron de ausentarse, porque los exaltados iban desenfrenándose cada vez más y, por fin, a las diez y media quedaban únicamente con el oficial de guardia hasta seis u ocho de los más resueltos a sostener a todo trance sus principios; es decir, la supremacía en el Estado de los voluntarios realistas.

La conversación tomó entonces un giro más grave, su tendencia por lo mismo fue más trascendental. Enumerábanse con calma las fuerzas de uno y otro partido; designábanse por sus nombres los jefes y personajes explícita o implícitamente afiliados en el ultrarrealista; calculábanse los azares; preveíanse los lances y, en una palabra, se conspiraba, si conspirar puede llamarse a defender la forma y esencia del gobierno en aquel momento aún existente.

Pero aquellos hombres sabían que el golpe que iba a caer sobre sus cabezas partía del Trono mismo y, por tanto, ya que no en derecho, al menos en hecho, su conciencia les decía que eran verdaderos conspiradores.

Por eso tomaban las precauciones oportunas, entre las cuales fue una la de mandar a varios de los de guardia disimuladamente rondasen en torno del cuartel y prendiesen a cualquiera persona que les pareciera sospechosa de espionaje, pues era voz común entre los voluntarios que la policía estaba con respecto a ellos en continuo acecho.

Esa medida podía justificarse fácilmente a los ojos de las autoridades, alegando las circunstancias mismas que al Gobierno determinaban a tener la guarnición sobre las armas.

En su virtud, salió de ronda uno de los cabos de guardia, a quien el centinela de la puerta dio parte de haber observado que dos mujeres habían pasado y vuelto a pasar tres o cuatro veces, en el discurso de una media hora, por delante de la puerta del cuartel, parándose unas veces en la esquina de la casa de los Gremios correspondiente a la calle de Atocha y otras en la de la plazuela de la Leña, donde a la sazón se



las veía. Con tales antecedentes, el cabo, pensando que la policía pudiera muy bien valerse de agentes femeninos y cediendo, por otra parte, a la sed de prender que generalmente aqueja a toda ronda, con pasos silenciosos y gatuna astucia cayó de improviso sobre las mujeres, a quienes *motu proprio* había él declarado *in pectore* sospechosas, y con la mayor cortesía (era de profesión 32. aprendiz de cirujano romancista) <sup>380</sup> las compelió a que le siguiesen al cuerpo de guardia.

Aquellas dos mujeres eran las mismísimas manolas de la Puerta del Sol que dejamos pensativas y dudosas en las inmediaciones de la casa del banquero Minarica.

La Manuela empezó por recibir de *uñas* al beligerante discípulo de Esculapio <sup>381</sup> y, aun tal era de suave y dócil la tal hembra, que tuvo sus impulsos de explicarse con él a mojjicones, pantomima, a su entender, preferible al mejor razonado discurso; pero su compañera, que, aunque apenada con tan desagradable incidente, se mantuvo en él muy serena, no sabemos qué palabras le dijo al oído, pero trocándola de tigre en cordero, la decidieron a someterse sin más réplica a la voluntad soberana del cabo voluntario.

Éste, gozoso con su triunfo, entró en el cuartel precedido de sus prisioneras, a quienes el centinela saludó con el dictado de *princesas*; y a poco, apareciendo en la puerta del cuarto de banderas, dijo con el aire más militar que a él se le alcanzaba:

—Mi teniente, con permiso de los señores.

—¿Qué hay, cabo Visturí? —Preguntó el oficial de guardia, alarmado y acercándose a su compañero.

—Dos espías, mi teniente.()

—Bien; tráigame usted a esos hombres.

—Si no son hombres, mi teniente.

—¡Cómo!

—Porque son mujeres.

—¡Cabo Visturí! —Exclamó el comandante, que había escuchado con mucha atención aquel diálogo— ¡Apostemos a que son dos vestales! En todo caso, veámoslas.

—Veámoslas —Prorrumpieron unánimes los presentes, que, a fuer de españoles, dieron de mano a todo negocio así que de faldas se les habló.

Mientras el cabo daba cuenta a sus jefes de las causas que le habían determinado a prender a las dos mujeres, ellas, depositadas provisionalmente en el cuerpo de guardia de los Voluntarios, habían tenido que aguantar un espeso nublado de pullas picantes, requiebros obscenos y alusiones de pésimo gusto, que la Manuela escuchó cruzada de brazos y escupiendo de cuando en cuando, como si tuviera asco, y la otra cada vez más embozada en su mantilla y siempre con la cabeza baja.

Si la escena se prolongara algunos minutos, parece probable que mediaran en ella más que palabras, porque a Manuela se le iba a toda prisa acabando la paciencia; pero,

dichosamente, antes de que a tal extremidad se llegase, se presentó el cabo Visturí gritando: «Paso, voluntarios; el teniente llama a las prisioneras». Obedecieron los soldados y las dos víctimas siguieron humildemente a su vencedor, 33. que las condujo al cuarto de banderas, retirándose después a continuar su ronda.

Los oficiales, personas de buena crianza en general, recibieron a las dos manolas con la prevención poco favorable que su traje y la hora en que se las había encontrado corriendo las calles debía inspirarles, pero sus chanzas no pasaron de los límites racionales y aún, desde luego, echaron de ver los más de ellos que la embozada padecía un suplicio insoportable hallándose en tal situación.

La frente de aquella mujer era lo único que del rostro se la veía, pero su marmórea palidez indicaba suficientemente cuánta era su angustia y un temblor convulsivo y continuo era, además, claro síntoma de un malestar espantoso.

El comandante de que hace poco hicimos mención, antiguo militar a quien miras puramente políticas y de personal ambición habían llevado al cuerpo en que era jefe, con aquel tino que sólo se adquiere con el continuo trato y observación constante de las gentes, adivinó, por decirlo así, que entre aquellas dos mujeres, idénticas en traje y colocadas en la misma posición aparente, había sin embargo una inmensa distancia social y moral. Y, en efecto, hay ciertos caracteres que, como las formas de algunos animales, no se perciben sino por personas familiarizadas con ellos y que distinguen esencialmente a los individuos de la especie humana entre sí.

La nobleza de los ademanes, la compostura de los movimientos, la medida de los pasos, las actitudes todas del cuerpo, son resultados de una combinación de circunstancias de posición, estado y fortuna, que fuera acaso imposible apreciar todas, como lo es positivamente enumerarlas ahora, mas que no por eso dejan de producir resultados positivos. Así como en vano el hombre mal educado a quien caprichos de fortuna encumbraron a las más altas posiciones sociales se atilda, almidona y atormenta para remedar las maneras fáciles, elegantes y naturales de los que desde la niñez respiraron la atmósfera del gran mundo; así también es difícil, si no imposible, que dejen de transpirar esa buena educación y esa elegancia cualquiera que sea el disfraz que se vista quien las tiene.

En verdad y sea dicho en honor del bello sexo, algunas mujeres tienen por instinto la finura y buenos modales, aunque nacidas y educadas en clase que de suyo no las produzca; pero esas son excepciones <sup>382</sup> y el comandante a quien aludimos, hombre de gran mundo, creyó por tanto que la embozada podría en efecto ser más de lo que parecía. Así, tomando una silla y acercándose a la desconocida, se la ofreció con ademán de cortés rendimiento, saludándola al mismo tiempo con elegancia y desembarazo, mas sin pronunciar una sola palabra.

La embozada aceptó aquel obsequio sin sorpresa y, acaso involuntariamente, lo agradeció con una cortesía tan a la moda, que convirtió en evidencia las sospechas del comandante.

—¡Pues no está poco rendido el hombre con esa... buena mujer! —34. Dijo un capitán, escribano de oficio, al oído de otro de su clase, médico sin enfermos.

El comandante, entre tanto, señalando a Manuela una silla que ésta tomó sin hacerse de rogar y diciéndola con cierta autoridad: «Siéntese usted, señora», ocupó a su vez un asiento y comenzó el siguiente interrogatorio, dirigiéndose exclusivamente a la misma Manuela:

—¿Cómo se llama usted, señora?

—Manuela Fernández, pá servir a usted y a Dios.

—Su oficio o profesión de usted.

—Prendera <sup>383</sup>.

—¿Con tienda?

—Sin tienda.

—Bien; ¿dónde vive usted?

—En Las Vistillas <sup>384</sup>.

—¿Qué hacía usted a estas horas en la calle?

—Tomar el fresco.

—¿Por qué la han preso a usted?

—Porque a ese monigote de cabo se *lantojao*; ¡misté que Dios!

Sonriose el comandante al oír la última respuesta pronunciada por Manuela con saladísimo desparpajo; pero el escribano, el médico, el teniente y los demás oficiales mostráronse no poco escandalizados de la irreverencia con que la prendera hablaba de un individuo del benemérito cuerpo de Voluntarios Realistas. Conociolo el jefe que, sin darse cuenta a sí mismo de la razón, estaba interesado en favor de la embozada, la cual, inmóvil, atendía a lo que pasaba, y apresurose a neutralizar el mal efecto de las palabras de Manuela, diciendo:

—El cabo, señora, ha cumplido con su obligación; a usted le toca probar que sus idas y venidas alrededor de nuestro cuartel en una noche como ésta no son...

—¿Qué quíe usted que sean?

—¡Criminales! —Exclamó furibundo el escribano, no pudiendo ya contenerse.

—Tenga usted presente, señor capitán, que aquí hay un jefe —Replicó seriamente el comandante— y un jefe que no sufre que nadie le interrumpa.

En efecto, el tal comandante era, con los voluntarios, tanto o más severo que si ellos fueran individuos del ejército permanente y, así, el capitán escribano, como todos los allí presentes, se dieron por avisados con aquella amonestación.

—En fin, señora, es preciso que usted explique su presencia en este sitio a tales horas.

—¿Y si no me acomoda explicarla?

—Entonces, con gran sentimiento mío —Esto se <sup>385</sup> dijo lentamente, recalando las palabras y dirigiendo el discurso más a la embozada que a Manuela— me veré en la dolorosa precisión de detener a ustedes en este cuartel hasta mañana.

Suspiró hondamente la desconocida.

—¡Caramba! ¡caramba! —Exclamó Manuela dando una patada en el suelo.

35. —¡No hay medio! —Insistió el comandante.

—Muy bien, muy bien —Dijeron los circunstantes.

—¡Estamos frescas! —Dijo Manuela después de una breve pausa—. ¡Misté qué Dios se le importará a los señores de que dos probes mujeres se paseen por donde les da la realísima gana! ¡Caramba con ellos y qué curiosos!

—No se sofoque usted, señora, —Contestó el comandante, siempre mirando a la desconocida, aunque a la otra dirigía la palabra— las circunstancias nos obligan a tomar estas precauciones.

—¡Bonita precaución! ¡Soplarnos a nosotras en chirona!

—¿Y qué le cuesta a usted explicarnos qué hacía, por qué había venido a rondar el cuartel?

—¡Pues ya! No tenemos otro quehacer que rondarles el cuartel a los voluntarios.

—Ello es que hace rato, —Según dice el centinela— que no se apartan ustedes de sus inmediaciones.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que es preciso explicar por qué.

—¡Ya baja, que está en la cueva!

—¡¡¡Señora.....!!!

Toda buena voluntad del comandante iba a estrellarse en la desenvuelta firmeza de las respuestas de la prendera. Poner en libertad a aquellas mujeres, sin que de cualquier manera diesen satisfacción a las sospechas de sus subordinados, era desacreditarse con éstos; y aunque se sentía inclinado a favorecer a las presas, estimaba en mucho su influencia en el cuerpo para debilitarla en tan críticos momentos, sólo por favorecer a dos desconocidas. Quiso, empero, antes de pronunciar una providencia, tentar el último recurso que para salvarlas se le ofrecía y dirigióse entonces clara y derechamente a la embozada, diciendo:

—Usted, acaso, señora, se hará más cargo de la razón que su... su... compañera. Las apariencias, tal vez injustamente, acusan a usted de espíar nuestro cuartel; mientras no nos den ustedes una explicación *cualquiera*, ¿cómo las hemos de poner en libertad?

Un movimiento de cabeza de la desconocida expresó que comprendía perfectamente toda la fuerza del argumento; mas no por eso rompió su obstinado silencio. Manuela, entre tanto, estaba como pensativa: decir la verdad era imposible; callar, el medio segu-

ro de que ocurriese una catástrofe; no quedaba, pues, otro recurso que el de inventar una fábula, pero una fábula verosímil y tan bien preparada, que no se destruyese por sí misma, como en virtud de la más leve contradicción había de suceder infaliblemente. El buen sentido natural de aquella mujer sin educación alguna la había sugerido la idea de dar largas al asunto, mientras forjaba su novela y, así, vio con placer que, dirigiéndose el comandante a su compañera, le quedaban libres a ella algunos instantes para madurar el plan que mientras contestaba al primer interrogatorio había ido formando.<sup>36</sup>

El jefe de los Voluntarios esperó en vano algunos momentos la respuesta de la embozada y, viendo que ésta insistía en no hablar, iba de nuevo a dirigirse a Manuela, con ánimo de no interponerse ya entre aquellas mujeres y el destino que ellas mismas, al parecer, provocaban, cuando la prendera se le anticipó tomando resueltamente la palabra:

—Con que diga usted —Preguntó—, mi comandante o mi sargento, o lo cusqué sea, ¿si no nos confesamos aquí como con un flaire, hemos de pasar la noche en chirona?

—Sin remedio.

—¡Pa los pavos! ¿Y si cantamos de plano nos pondrán ustés de patitas en la del rey?

—Al instante.

—Pues chica —a la embozada— ¡Cómo ha de ser! Tampoco es monea falsa la que hacíamos. Cá uno tiene su aquel; y estos señores no se han de escandalizar porque una probe tenga su cacho de querío.

—¡Manuela! —Exclamó entonces aterrada la desconocida, con la voz más dulce y sonora que el comandante había jamás oído.

Pero Manuela, prescindiendo de aquella interrupción y terciándose la mantilla, prosiguió con inalterable resolución y volubilidad portentosa:

—La verdad por delante y muérase la muerte, ¡caramba! ¡Yo una noche entera en chirona! Ni por la levita de mi casero. Señor comandante, aunque yo no soy ninguna real moza, vamos al decir, tengo mi alma en mi armario y hay en este mundo un endino dun arrastrao, que me ha hecho tilín, como quien dice, y me cuesta un ojo de la cara. Naide tiene que decir palabra: de lo mío gasto, y a ninguno tengo que dar cuenta. Con que, como decía, mi... vamos, mi majo es también voluntario: ma dicho que esta noche estaba de retén, que no volvería hasta mañana. Yo, que no me mamo el deo, mi comandante, no le he creído una jota; y le dije a mi sobrina, aunque la proecilla está enferma: «Vente, Juana, que se mántojao a mí ver a Paco de retén». Esta es mi historia ni más ni menos.

Tampoco el comandante *se mamaba el dedo* ni, por consiguiente, creía *una jota* de la novela inventada en el acto por la resuelta manola; antes bien, de ella deducía la confirmación de todas sus sospechas con respecto a la embozada.

—Si usted me permite, mi comandante... —Dijo entonces el escribano, que durante toda aquella escena estuvo en la situación de un gato encadenado, a cuya vista un chiquillo travieso jugara con algún ratón, sin acertar a cogerlo— si usted me permite...

—Diga usted —Contestó el jefe, no pesándole de que le dieran tiempo para meditar antes de resolver.

—¿Por qué no nos dice esa mujer cómo se llama y a qué batallón y compañía pertenece ese voluntario de quien habla? —Preguntó entonces el escribano, tomando una actitud magistral y encarándose con Manuela.

—¡Pues ya! —Replicó ella— Lo primero que yo le pedí es la fe de bautismo y la filiación. Se llama Paco, es matachín y voluntario, no sé más ni me hace falta saberlo.

37.—¡Embustes, embustes! —Exclamó el escribano.

—¡El embustero será usted y toa su alma, seo barrigón! —Contestó furiosa la manola, que no concebía la oposición ni sospechaba que hubiese quien pudiese sufrirla teniendo puños.

Acaso hubiera acabado mal para ella aquel incidente pero, antes que el indignado escribano pudiese replicar, el cabo Visturí se apareció en la puerta, cuadrado y con la mano en la gorra diciendo:

—Mi comandante, a la puerta pregunta por usted un hombre que dice llamarse don Ángel.

—Que entre al instante —Respondió el jefe.

—¡Misericordia! —Exclamó la desconocida, cayendo desmayada en los brazos de Manuela, que apenas tuvo tiempo de recibirla en ellos, aunque acudió pronta como el rayo, echando un taco redondo.

Apresurose el comandante a socorrer también a la doliente, mas al mismo tiempo, como súbitamente inspirado, dijo en tono imperioso:

—Señores, sírvanse ustedes retirarse un momento.

Los oficiales de Voluntarios Realistas obedecían la orden de su jefe, saliendo del cuarto de banderas, cuando en él entraba don Ángel, el mismo y con la misma benévola, apacible, insignificante presencia que ya hemos visto en casa del banquero Minarica.

## CAPÍTULO V. Don Ángel, la desconocida, el comandante

Apenas se vio don Ángel en la puerta de la casa del banquero, preguntó a uno de los lacayos que en el portal esperaban a sus amos si habían visto salir en el momento a dos caballeros de tales señas, expresando las del general y las del coronel tan minuciosamente que no parecía sino que a entrambos los había retratado. Un lacayo respondió afirmativamente, añadiendo que habían partido juntos en coche, circunstancia de que dedujo el preguntante que sería locura intentar darles alcance. Parecía natural que entonces diera la vuelta al despacho de Minarica pero, después de haberlo meditado algunos momentos y de haber visto en su reloj que eran cerca de las diez y media, echó a andar sosegadamente por la calle arriba y un paso tras otro encaminose en derechura al cuartel de Voluntarios Realistas, donde, después de haber pasado por la aduana del inflexible cabo Visturí, le hemos visto introducirse en el cuarto de banderas.

Manuela, de espaldas a la puerta, dando visibles muestras de una sensibilidad que, si no exquisita, era por lo menos tan profunda como sincera, sostenía en los brazos el cuerpo inerte de la embozada, cuya respiración, apenas perceptible, más parecía último resto que prueba de vida. 38. El comandante, también notablemente afectado, dando frente a la misma puerta, acababa de desprender, no sin torpeza, la mantilla de la desmayada y desataba el pañuelo que su rostro cubría, precisamente en el momento en que don Ángel puso el pie en la habitación teatro de los acontecimientos que refiriendo vamos.

La primera ojeada bastó al estoico personaje para comprender que su presencia podría no ser muy oportuna en aquel instante; y como no tenía razones para desear enterarse de lo que pasaba, se dispuso a retirarse, diciendo:

—Si estorbo, señor don Rafael... —Y, al mismo tiempo se encaminó a la puerta por donde había entrado.

Pero el comandante, que al quitarle el embozo a la desconocida, vio un rostro más de *serafín* que de mujer y que no podía haber olvidado que el nombre y anuncio de la llegada de aquel hombre fueron causa del desmayo de tan hermosa criatura, prometiéndose que de él alcanzaría a saber quién era, se apresuró a responderle:

—Nada de esto, don Ángel; entre usted y cierre esa puerta... No; antes llame usted al ordenanza y mándele traer agua... ¡Oiga usted, don Ángel! Tome usted el vaso cuando lo traiga; que no entre ese hombre. ()

Manuela con un brazo sostenía a su compañera, con el otro le soltaba los corchetes del jubón; el comandante, con unos papeles que de la mesa tomó, abanicaba a la doliente; don Ángel con su vaso de agua en la mano, vino a colocarse al lado del último y cuando fijó la vista en la desmayada, no pudo retener un ¡ay! de sorpresa, que acaso no contaba otros dos anteriores en su vida.

«La conoce» dijo para sí el comandante, «sabré quién es». Levantó entonces la cabeza Manuela, que de antemano había tomado la resolución de *hacer al mal tiempo buena cara*; y, como si en efecto se alegrase de la llegada de don Ángel, le dijo: «¡Hola, vecino! Dios nos le ha enviado a usted pa que le diga al señor si *mi sobrina Juana* y yo somos espías y si no es verdad *cámi* me quiere un hombre que se llama Paco y es voluntario.

—¡Ya! —Replicó el interpelado, sin conceder ni negar, manifestar admiración, ni darse por entendido.

Entre tanto, el comandante había rociado con agua el bellissimo rostro de cuya contemplación no acertaba a separar la vista y la desmayada, merced tanto a las asperiones, cuanto al desahogo que la soltura del traje dio a su comprimida respiración, comenzaba a dar muestras de recobrar el sentido.() La sangre, en efecto, fue sucesivamente inyectándose en las venas y arterias de sus mejillas, que un cutis blanco y de cristalina transparencia velaba apenas; las órbitas en que dos bellísimos, negros 39. y lánguidos ojos parecían, no ha mucho, para siempre cerrados, se animaban y, entreabriéndose dos labios que, sin poesía, pudieran llamarse de coral, dejaban ver una dentadura cuya igualdad y brillante esmalte eran de perfección rarísima.

Difícil nos fuera no ya con la pluma, sino con el pincel mismo de Apeles <sup>386</sup>, pintar la regularidad armónica de todas las facciones de aquel rostro, no sólo hermoso más allá de todo encarecimiento, y notable por la singularidad de ser blanco a par de la nieve, al paso que negro como el ébano el cabello de la desconocida; no sólo bello por sus proporciones y por la felicísima combinación de sus diferentes rasgos sino, a mayor abundamiento, dotado de una expresión tan simpática, tan encantadora, que ni la edad ni el sexo parecían poderosos a contrarrestar su mágica influencia. No era posible mirar a aquella mujer y permanecer ateo; tanto tenía de angélico y celestial. No se concebía respecto a ella la indiferencia: amarla u odiarla era la alternativa forzosa en que se encontraban los que la habían visto. El amor lo inspiraba su belleza; su indiferencia, posible era que engendrara el odio; porque codiciar un tesoro inestimable y no alcanzarlo bien puede envenenar un alma. Desmayada como se hallaba en el momento en que la consideramos, todavía en su semblante se traslucían altas dotes de la inteligencia, generosos afectos del alma, sentimientos de inefable ternura en el corazón y, como en tributo a la flaqueza humana, en la frente una gruesa vena, síntoma de cierto orgullo, noble, sí, pero tal vez excesivo.

Manuela la observaba con ansiedad; el comandante en éxtasis; don Ángel, como pudiera mirar a otra mujer, a una estatua o a una silla vieja.

—Don Ángel —Le dijo el comandante conociendo que se aproximaba el momento en que iba la desmayada a volver en sí—; póngase usted a un lado... más allá... Ahí está usted bien.

Estaba bien, porque se colocó de manera que, al abrir los ojos, no podía verle la desconocida. Don Rafael de Villaparda era lo que se llama un caballero por su naci-



miento, por su educación y por sus naturales dotes. Desde que fijó los ojos en aquella belleza, al sentimiento de curiosidad, mezclado, quizás, con alguno menos honesto que la desconocida le había inspirado, sucedió otro de respeto, de lástima, de amor naciente que, como era natural, trastornó sus primeros planes. Habíase propuesto aprovecharse de la circunstancia de conocer don Ángel a aquellas mujeres para saber quiénes fuesen, para introducirse con ellas, para intentar la conquista de la desconocida: mas el aspecto de ésta, su delicadeza, le aconsejó renunciar a tal proyecto.

Manuela, que, aunque sin educación, era al cabo mujer, comprendió la delicada atención del comandante en hacer separarse a don Ángel y éste, que en otras cosas tenía penetración sobrada, no vio en aquello más que un capricho. 40. En fin, la desconocida recobró sus sentidos y, reclinándose en el seno de Manuela, desahogó su corazón en copioso llanto.

Villaparda llevó la delicadeza hasta el punto de apartarse también y, trabando del brazo a don Ángel, fuese con él al más distante rincón del cuarto, donde le enteró de cuanto había hasta entonces ocurrido con las dos mujeres. Escuchó don Ángel atentamente la relación del jefe de los Voluntarios y después de haber meditado algunos instantes respondió:

—Me parece que ha de haber en todo esto más que amoríos. Para que *ella* se haya determinado a tanto deben mediar motivos muy poderosos, sin embargo de que las mujeres... en fin, yo lo sabré.

—¿Por qué razón —Replicó el comandante— penetrar un misterio que a esa señora o a esa mujer le importa acaso reservar y a *nosotros* no nos interesa saber?

—Tal vez sí nos interesa, señor don Rafael: la coincidencia de este lance con otro que acabo de presenciar me llama la atención.

—Haga usted lo que *deba* en cuanto al *negocio convenga*, pero ni un ápice más. Por mi parte, a lo menos, me parecería villano abusar de la posición de esas desdichadas.

Don Ángel, que había escuchado con escéptica sonrisa las generosas palabras de Villaparda, iba a replicar no sabemos qué, cuando la desconocida, después de un breve y animado diálogo con su compañera, levantándose de improviso y dirigiéndose hacia el comandante, le dijo, con tanta dulzura como dignidad, estas palabras:

—Señor comandante, ni creo que ya me aprovecharía ni consiente mi carácter engañar a usted por más tiempo. Yo no soy lo que parezco.

—¡Oh, señora, —Se apresuró a decir Villaparda— hágame usted la justicia de creer que ya lo había yo eso adivinado! Pero sírvase usted también no añadir una palabra más a lo que ha dicho. No, señora, ni una palabra más. Cualquiera que sea su secreto de usted, mi obligación de caballero es respetarlo y, por gran pesar que me cause el que usted me haya conocido en ocasión tan desagradable y haber de renunciar, acaso para siempre, a la esperanza de volverla a ver, usted saldrá de aquí como vino, con su secreto.

—¡Digno proceder de un caballero! —Exclamó la desconocida tendiendo al comandante su mano, que aquel besó respetuosamente— Pero, prosiguió la dama, ¡mi secreto!... y en esto miró a don Ángel.

—Está seguro, señora: yo juro por mi honra no preguntar nada en ese punto al señor, no oírlo aunque él quisiera decírmelo.

—¡Ah, que ni aun eso basta! ()

41. La desconocida, haciendo seña a Manuela y al comandante de que se apartaran un tanto, llegose entonces a don Ángel y, fijando en los de aquel hombre sus bellísimos ojos, en voz que de él sólo pudo ser oída le dijo:

—()Abreviemos. Si usted dice a... ¿para qué nombrar personas?... dónde y cuándo me ha visto, las consecuencias serán funestas.

—¡Funestas! -Repitió con frialdad el inalterable.

—Pero usted no lo dirá por no perderse conmigo.

—¡Ah! —Interpuso don Ángel con gran serenidad.

—Recuerde usted —Prosiguió la desconocida— creciendo siempre de punto la altivez de su tono y maneras, recuerde usted que no ha vivido siempre en Madrid; que se ha llamado alguna vez don Anselmo...

—¡Señora, señora! —Exclamó al llegar a este punto el benigno personaje, perdiendo su calma.

Mas la desconocida continuó diciendo:

—Que en Granada... ¿prosigo?

—Es inútil: callaré.

—¿Qué garantías me da usted?

—Mi palabra de honor.

—¡Bah! No me basta.

—Un juramento.

—Menos.

—¿Cuál, pues?

—La cartera que lleva usted en el bolsillo.

—Imposible.

—Sea; dentro de pocas horas será público el contenido de ciertos papeles hallados en otra cartera verde que se perdió en Granada.

—¡Dios mío! ¿Será posible?

—La tengo depositada en manos seguras, con instrucciones escritas por si muero o desaparezco: con que elija usted.

Don Ángel sacó del bolsillo la cartera que se le pedía y lleno de espanto y tribulación, la puso en mano de la desconocida, quien, examinado que hubo, aunque por encima, los papeles que contenía, se la guardó diciendo: «No importa la cifra, porque sé la *clave*, como sé la historia de Granada, ¡como sé *la de París!* Así pues, silencio y callaré: hable usted y, aunque yo muera sin hablar, no evitará su ruina».

—¡Oh! ¡Callaré, callaré! —Dijo don Ángel con tan dolorido iracundo acento que parecía estar hablando en el potro.

Mientras tenía lugar el diálogo que dejamos escrito, el comandante, saliendo del cuerpo de guardia, había dado sus órdenes para que del alquilador más inmediato se trajera un coche, el cual, merced a la militar eficacia con que el ordenanza desempeñó su comisión, tardó poco en llegar a la puerta del cuartel. Entonces Villaparda, anunciando a la desconocida que aquel 42. carruaje estaba a sus órdenes y que podía retirarse cuando lo tuviese por conveniente, añadió:

—Puede usted, señora, despedirlo antes de llegar a su casa y, de esta manera, no tendrá temor de que sepamos dónde vive. Pero, ¿me será lícito implorar de usted una gracia antes de que nos separemos?

—Proporcióneme usted ocasión de manifestar cuán sensible soy a su noble y delicado proceder y me tendré por dichosa.

—Pues bien, señora, —Respondió el comandante, sacando de un elegante tarjetero, una tarjeta con el blasón de sus armas, en la cual con lápiz escribió las señas de su casa— Dígnese usted recibir y conservar esta tarjeta y, si en alguna circunstancia de su vida, que temo no sea tan feliz como usted merece y yo deseo, ha menester el consejo o el brazo de un amigo, prométame que no seré yo el último de quien se acuerde.

—¿Y cómo pudiera yo olvidar a quien con tanto acierto distingue a las gentes y con tanta delicadeza se conduce? Esta tarjeta me acompañará siempre, aunque no la habré menester para recordar a quien me tendrá eternamente agradecida.

Saludó el comandante profundamente a la desconocida. Ofrecióle su brazo, que ella aceptó y, seguidos de Manuela, salieron los tres, primero del cuarto de banderas, luego del cuartel.

Cuando las dos mujeres estuvieron dentro del coche, la desconocida tendió por segunda vez la mano a Villaparda, que por segunda vez también volvió a besarla, si bien la última más apasionadamente que la primera; y exhalando un profundo suspiro entrose precipitadamente en el cuartel, cuya puerta cerró con estrépito. El coche partió en seguida, pero el comandante no se apartó del dintel hasta que el sonar de las ruedas dejó enteramente de oírse.

Entre tanto don Ángel, pálido, desencajado, trémulo, dejando ver en su rostro simultáneamente las señales de un miedo asqueroso y los indicios de una cólera de víbora, se había dejado caer sobre una silla, murmurando entre dientes: «La cartera

de Granada... La historia de París... Y ahora la cartera de Madrid... maldita mujer...¡¡¡maldita mujer!!!». La apacibilidad, pues, de aquel hombre era una máscara o más bien una armadura que el ponzoñoso reptil se vestía para luchar contra la especie humana. Y aquella armadura, impenetrable hasta entonces, así para el sagaz banquero como para el político astuto, una mujer flaca y desdichada le había falseado. Don Ángel, de quien en aquel instante dependían acaso centenares de vidas, millares de ambiciones y de fortunas, se hallaba, y no le era posible ni dudarlo, se hallaba a merced de nuestra desconocida. Su tormento durante unos instantes fue horrible y, si por dicha suya no se detuviera Villaparda en la puerta, quizás aquella noche destruyera instantáneamente la máquina por él combinada y construida a fuerza de tiempo, laboriosidad, constancia e hipocresía.

Cuando el comandante entró de nuevo en el cuerpo de guardia, había ya don Ángel recobrado su habitual dominio sobre sí mismo, y 43. era el hombre que hemos visto en casa del banquero. Él fue quien, sin esperar a que le preguntasen, entabló la conversación diciendo:

—¡Vamos! Parece que le ha gustado a usted esa dama.()¿Qué daría usted por saber quién es?

—¡Qué daría! Lo que me pidiesen. Todo lo que tengo y más; pero consintiéndolo ella.

—¡Bah, bah!

—Señor mío, cuando don Rafael de Villaparda da una vez su palabra jamás falta a ella ni tolera que se sospeche que puede quebrantarla.

—Norabuena. Hablemos de negocios.

—Hable usted, que ya le escucho.

Prolijo fuera aquí repetir palabra por palabra el político diálogo que siguió a las frases que estampadas dejamos. Nuestros lectores habrán, pues, de permitirnos que nos limitemos a un breve extracto de aquella conversación. Villaparda estaba en correspondencia directa con los que entonces componían en Portugal el consejo de don Carlos. Este príncipe, que se había opuesto tenazmente a que sus partidarios tomasen las armas en vida del rey don Fernando, no ocultaba tampoco su firme resolución de proceder como heredero del trono a su hermano así que aquél muriese, pues consideraba ilegítima y, por lo tanto, nula la abolición de la ley sálica. De aquí la cuestión dinástica, sin la cual la de principios e instituciones quedara sin duda alguna para mucho más adelante. Mas el bando realista se halló desde luego dividido en dos fracciones: una que, reconociendo el testamento del difunto monarca, proclamaba a Isabel II <sup>387</sup>; otra que, negando obediencia a ésta, se declaraba por don Carlos. Los liberales, inclinándose, como era natural y justo además, a la parte de la real huérfana, recobraron por una parte su perdida existencia política y por otra hicieron posible la lucha que acaso de otro modo no lo fuera. De tal manera, en efecto, se hallaban los ánimos preparados por los sucesos del último año del reinado de Fernando

VII, que del partido realista sólo habían permanecido fieles a la reina madre y a su augusta hija las personas moderadas que, si repugnaban las formas del gobierno representativo, no era por aversión que ellas les inspirasen, sino por no creerlas a propósito para el grado de civilización que entonces alcanzaba España. Entre los realistas de Isabel II y los liberales juiciosos no se debatía verdaderamente la bondad intrínseca de las innovaciones, sino la oportunidad del momento para verificarlas y el resultado no podía ser dudoso, porque estando de acuerdo en la esencia, poco podían tardar en estarlo en cuanto a las formas. 44. Por eso, las personas que, como nuestro comandante, tenían ligada su posición social al sistema entonces vigente, no pudiendo hacerse ilusiones, hubieron de arrojar-se en el partido carlista aunque en realidad no desearan llevar las cosas al punto que los apostólicos pretendían.

Villaparda no era ni fanático, ni perseguidor, ni preocupado, ni ignorante, ni enemigo de las luces, ni siquiera devoto. Dejando aparte la política, rayaba en ilustración tan alto y acaso más que muchos corifeos de los liberales; pero las ideas que en su infancia adquirió, compromisos de familia, sacrificios hechos, intereses amenazados y acaso esperanzas ambiciosas frustradas, eran otros tantos vínculos que estrechamente le enlazaban con la antigua monarquía, la cual, a su entender, iba a dejar de existir con el cambio entonces inminente. Estaba pues, como dijimos, en correspondencia con la corte del pretendiente y, fiel a las instrucciones que de ella recibía, su objeto era promover en Madrid un movimiento sedicioso que arrojase del trono de su padre a la hija de Fernando VII. Combinada la sedición de la capital con el alzamiento simultáneo de los voluntarios realistas en casi todas las provincias y, singularmente, en Castilla la Vieja, cuyos batallones debía capitanear el cura Merino <sup>388</sup>; contándose con la adhesión de una gran parte de la Guardia Real y de no pequeña del ejército, no les faltaba entonces a los partidarios de don Carlos más que un jefe hábil y arrojado que, dándoles unidad a tan poderosos elementos y usando en tiempo oportuno de la fuerza que indudablemente tenían, impidiera que los valedores del trono legítimo <sup>389</sup> se uniesen y organizaran. Pero el pretendiente ni dirigía, ni daba lugar a que otros lo hiciesen <sup>390</sup>; la anarquía se introdujo desde luego en sus huestes; y a mayor abundamiento el fanatismo de los apostólicos, sus favorecidos, arrojó a infinitos que en otro caso quizá le siguieran.

Perdónesenos lo prolijo de esta política digresión, en gracia de ser necesaria absolutamente para la inteligencia de los sucesos que estamos recopilando; y ahora volvamos de hecho a nuestra narración.

Don Ángel y el comandante conferenciaron sobre los negocios del momento; el primero como agente encargado de penetrar en las reuniones de los liberales, para averiguar y descubrir el secreto de sus planes; y el segundo como uno de los jefes que era de su partido en Madrid. La presencia del coronel Ribera en la reunión habida aquella misma noche en casa del banquero sorprendió desagradablemente a Villaparda;

porque, conociendo y tratando a don Luis, no acertaba a comprender qué razones podían haberle determinado a tomar parte en un complot revolucionario. Don Ángel sabía la verdad, mas se abstuvo de declarárselo por entonces al comandante hasta calcular la utilidad que de todo aquello podía resultarle.

Como una hora duró la conversación, que se terminó conviniendo los dos conspiradores en un plan de operaciones expectantes hasta que se recibiesen órdenes de Portugal; y, entre tanto, la desconocida y Manuela, que habían mandado al cochero que las conducía 45. se encaminase a la plazuela de Afligidos, se apeaban en medio de ella y despedían allí al carruaje.

## CAPÍTULO VI. La plazuela de Oriente

Grande era la impaciencia del banquero, de Mendoza y del joven a quien llamó el general «poeta», esperando en vano el regreso de don Ángel. Alarmados con el incidente de la esquila, habíanse ido retirando sucesivamente, bajo diversos pretextos, todos los demás concurrentes a la reunión, dejando solo al dueño de la casa en que se celebraba con las dos personas que hemos nombrado, las cuales, hasta le media noche aguardaron inútil e impacientemente la vuelta de su comisario.

Mendoza y el joven, cuyo nombre era Eduardo de la Flor, estaban afiliados en una sociedad secreta que, afectando las formas masónicas para fraternizar con las logias extranjeras, en la realidad pertenecía al Carbonarismo italiano <sup>391</sup>. Con más o menos actividad, aquella asociación trabajó asiduamente para alcanzar sus fines revolucionarios aun en los tiempos en que más exquisita fue la vigilancia de la policía realista y, relajado el rigor de ésta desde la publicación de la famosa amnistía en 1832 <sup>392</sup>, puso en juego todos sus multiplicados y poderosos resortes.

Sin embargo, los comuneros <sup>393</sup> y los masones de 1823 habían dejado harto tristes recuerdos en la memoria de los contemporáneos para que fuese grande el proselitismo de sus sucesores en 1833 <sup>394</sup>; y, en efecto, no correspondió el número de los adeptos a las esperanzas de los jefes del movimiento. Mas todo lo que por falta de gente perdían en fuerza física, lo ganaban en poder moral, merced a la concentración, secreto y energía que la misma escasez del número de sus afiliados producía. Los iniciados, todos llenos de fe o de ambición, todos entusiastas o violentos, todos, en fin, consagrados exclusivamente a la obra de la revolución, se multiplicaban, por decirlo así, para influir en las diferentes clases de la sociedad en el sentido que a sus fines convenía, para dirigir las acciones y encaminar los espíritus a su objeto. Unos hábiles, pacientes e inflexibles; otros ardorosos, locuaces e incansables; aquel intrigante, este audaz; todos de acuerdo, ya en los salones, ya en los cafés; ora en la tienda del mercader, ora en los paseos; hablando con la mujer elegante o en conversación con el empleado ambicioso, jamás perdían de vista el blanco de sus tiros, nunca dejaban de proseguir su marcha.

Mendoza y Eduardo, a quienes el banquero, hombre hábil en sus cálculos, había buscado para ponerse por su medio en comunicación con los que preveía serían pronto influyentes en los destinos públicos, se proponían a su vez, como delegados de la sociedad secreta, explotar al ambicioso Crespo en beneficio de la causa que ellos llamaban de la humanidad; pero, hasta el momento en que nos hallamos, siendo comunes los intereses, la más perfecta unión reinaba entre ellos, al menos en la apariencia. Así es que juntos discurrieron sobre la singular aventura de la esquila, no acertando a explicarse quién y cómo podía haber averiguado que el coronel estuviese en casa de Minarica hasta que, dando el reloj la media noche, se decidieron Eduardo y Mendoza a dejar al banquero.

El joven salió con ánimo de retirarse a su casa, mas, apenas estuvieron en la calle, le dijo su consocio:

—Las tropas están sobre las armas y sin duda de ello le daban aviso a Ribera en ese maldito billete. Si otra cosa fuera, no le hubiera seguido el general. () Si mi conjetura es acertada, el incidente de esta noche no tiene la menor importancia.() ¿Se quejará el coronel de que no le dije lo que ocurría? Le contestaré que lo ignoraba y, vuelvo a decírtelo, mientras de mí no desconffie, Ribera es nuestro.

—¿Y qué importa que no lo sea?

—Importa un hombre que una vez comprometido será nuestro mejor soldado: importa una inteligencia elevada, una voluntad enérgica, un corazón magnánimo y sin ambición; y, además, importa un regimiento de la guarnición.

—¡Fuego de Dios y cómo le encareces! ¿Estás enamorado de ese hombre?

—Eduardo, yo no estoy enamorado más que de la *libertad*, yo no tengo ya más pasiones que las de patriota. ¿Quieres que te diga más? Pues, no sé por qué, pero hay algo en ese hombre de quien te hago tantos elogios, que me inspira un sentimiento de aversión casi invencible.

—Déjalo pues de una vez; nos sobran brazos.

—Eres un niño. Brazos como el suyo siempre hay pocos.

—¿Y no me dirás, al menos, qué poderoso talismán te sirve para disponer como te place de ese mortal privilegiado?

—Eso, poeta mío, sería largo de contar; pero créeme: de los hombres que tienen mucho corazón se dispone fácilmente.

—Dios lo haga. ¿Y qué hacemos nosotros ahora?

—A Palacio.

—¿Qué se nos ha perdido en Palacio?

—Siempre es bueno ver lo que pasa y, si creo a mis presentimientos, allí hemos de encontrar a Ribera.

47. —Pues a Palacio. ¡Noche toledana!

Y diciendo y haciendo, los dos amigos, trabados del brazo, llegaron en pocos minutos a la plazuela de Oriente, donde, según apuntamos, estaba de servicio aquella noche el cuerpo mandado por el amante de Laura.

Ya don Luis había recibido su uniforme, armas y caballo, y puéstose al frente de los escuadrones, sin que ni sus oficiales se atreviesen a preguntarle la causa de su retardo, ni él creyera tampoco oportuno entrar en explicaciones sobre la materia. En realidad, el regimiento entero extrañó la tardanza de su coronel, pero el respeto y estimación que a todas las clases inspiraba éste hicieron que, lejos de creerle culpable, imaginase la mayor parte que se le habría confiado aquella noche alguna otra comi-



sión de importancia. Pero si sus subordinados le miraban con el mismo aprecio que siempre, Ribera, pundonoroso hasta el extremo y no pudiendo olvidar ni las palabras del general en jefe, ni las dos conversaciones que en la plaza del Palacio había oído sobre su persona, se hallaba cruelmente atormentado por sus propias reflexiones.

La noche había refrescado hasta rayar en verdaderamente fría y algunos soldados, añadiendo, con su habitual profusión, materiales a la modesta lumbre del guarda de cierta obra, habían hecho de ella una magnífica hoguera, en torno de la cual reían y fumaban alegremente. A unos cien pasos se paseaba don Luis, (su regimiento estaba pie a tierra) en una especie de pequeña explanada que el respeto de sus oficiales le dejó enteramente libre y, en la sombra de aquel cuadro, un trompeta tenía de las riendas el caballo de su jefe.

Tal era la situación de las cosas cuando llegaron Mendoza y Eduardo, que, encaminándose naturalmente al punto más claro de la plaza, descubrieron desde luego a la persona que buscaban. Entonces Mendoza, que tenía sus razones para desear que la Flor no se enterase de los medios de que se valía para disponer de la voluntad de Ribera, rogó a su compañero que se aguardase a cierta distancia y él se encaminó derecho a buscar al coronel.

Éste, al verle sintió un impulso de arrebatada cólera que la consideración, para él omnipotente, de hallarse en aquel momento de servicio pudo sola contener; mas al cabo, reprimiéndose y haciendo alto en su paseo, aguardó a que Mendoza rompiese el silencio.

—¿Qué es esto, señor don Luis? —Dijo, en efecto, el capitán impurificado— ¿qué es esto? ¿qué significa ese silencio, ese ademán, ese ceño? ¿sería usted por ventura el quejoso?

—Señor don Pedro de Mendoza —Respondió Ribera, articulando con dificultad las palabras, tanta era su ira—, si usted me hace la honra de visitarme mañana o se sirve esperar mi visita en su casa, no sólo verá qué deseo, sino que anhelo darle cuantas explicaciones quiera.

—¿Y por qué no ahora? —Replicó Mendoza, dominando no sin trabajo su orgullo ofendido.

—Porque ahora, *aunque tarde*, estoy en mi puesto de servicio.

—Vamos —Exclamó el capitán, ocultando bajo el velo de su forzada risa, toda la cólera que sentía—. Ya lo entiendo, por fin. Usted se ha figurado que yo quería impedirle que acudiese a su puesto.

—Me lo he figurado y sigo figurádomelo.

—Pues se engañó usted y sigue engañándose. () ¡Ribera! Le digo a usted que ignoraba esta alarma y esto debe bastarle.

—He dicho a usted que ahora estoy de servicio.

—Y yo le digo a usted que ahora y siempre sostengo... Pero no; una y mil veces no. Por más que usted me haga no refiemos. Descenderé hasta justificarme ya que mi palabra no basta. A las tres he salido de Madrid, hemos vuelto a la corte juntos; en pocos instantes he visto, y por usted solamente, he visto a Laura. ¿Cuándo he podido saber que las tropas estaban sobre las armas?

El argumento era en verdad poderoso y el nombre de Laura, pronunciado como por incidente, había sin embargo resonado hondamente en el corazón del coronel. Mendoza lo había previsto; Mendoza leyó en el semblante de Ribera que estaba luchando entre la desconfianza y el deseo de un reconciliación; y Mendoza estaba seguro de que el éxito de la lucha no podía menos de serle favorable. Mas si para conseguirlo le fue necesario evitar a toda costa el lance que Ribera parecía resuelto a provocar, una vez logrado que en éste recobrase la voz de la pasión su primitiva fuerza, le era conveniente proceder y procedió en efecto de otra manera. Así, pocos instantes después de proferidas las últimas palabras que de él hemos escrito, prosiguió diciendo:

—Y ahora que he cumplido con la amistad, llevando acaso la deferencia a sus leyes más allá de lo que debiera, diré al señor coronel Ribera, que si mañana al mediodía no está de servicio, usaré del permiso que sin solicitarlo me ha concedido, presentándome en su casa, no ya como otras veces a oír confidencias o dar cuenta de mensajes que sola la amistad indestructible pudiera ennoblecer, sino a dar y pedir satisfacciones que... satisfacciones —Añadió en seguida— que, si de mí depende, serán amistosas.

Diciendo así, saludó y marchose.

Ribera, abismado en sus reflexiones, permanecía inmóvil, apoyando ambas manos sobre el puño del sable, cuando a pocos instantes oyó hacia la calle del Arsenal cierto rumor de voces y, antes de que pudiera informarse de su causa, vio que hacia él se encaminaban algunos soldados de su regimiento que preso traían un paisano. Era éste el joven Eduardo de la Flor, que, esperando a Mendoza en la bocacalle indicada y encontrándose allí un oficial a quien conocía, trabó conversación con él sobre los sucesos del momento. El oficial, que no entendía de otra cosa más que de la Ordenanza, rebatió vigorosamente los racionios del poeta conspirador, harto claramente encaminados a provocar la insubordinación: de argumento en argumento, la discusión fue acalorándose sucesivamente hasta llamar la atención del segundo de Ribera; y luego que aquel jefe, prestando atención al diálogo, se enteró del asunto, pareciéndole que una predicación política a tales horas y a sus oficiales no era de lo más oportuno ni conveniente, dio la orden de prender al *paisano*, que fue en el acto ejecutada.

Cuando Mendoza se apartaba de Ribera, La Flor era conducido a la presencia del mismo; y el capitán impurificado que le vio preso, figurándose desde luego que habría cometido alguna de sus imprudencias, juzgó oportuno conservarse por el momento fuera de escena.

—Mi coronel —Dijo el segundo de don Luis al llegar con el preso ante su jefe y señalando al joven que, cruzados los brazos y en actitud teatral, figuraba entre dos batidores armados de sus tercerolas <sup>395</sup>—, mi coronel, ese caballero estaba predicando ahora mismo al teniente Jiménez no sé qué máximas de política y me ha parecido conveniente mandarlo prender. Ahora usted resolverá.

—¡Teniente Jiménez! —Dijo entonces el coronel en voz alta.

—¡Mande usted, mi coronel —Respondió el interpelado, saludando militarmente.

—¿Qué conversación tenía usted con el señor?

—Mi coronel, ese caballero es un conocido que pasaba casualmente por ahí; se paró a hablarme pero yo no recuerdo...

—¡Cómo! —Dijo, colérico, el teniente coronel— señor oficial, ¿usted me desmiente!

—Mi teniente coronel, no señor. Pero yo no me acuerdo nunca en juicio de las conversaciones particulares.

—Bien —Interpuso Ribera— bien, Jiménez, puede usted retirarse.

Eduardo, que hasta entonces había guardado un desdeñoso silencio, exclamó:

—Señor Jiménez, gracias. Se ha portado usted como quien es, como un caballero, pero es inútil su silencio, yo diré...

—¿Alguna locura? —Exclamó Mendoza presentándose entonces inopinadamente—. Señor coronel, —Prosiguió sin dar tiempo a La Flor para que le interrumpiese— el señor, *a quien ha visto usted esta noche misma en mi compañía*, me esperaba en la calle del Arenal. Si ha cometido algún aturdimiento ¿es justo que se le convierta en delito?

—No es mal aturdimiento, pese a mi vida —Dijo, mohíno, el teniente coronel— decir a voces en medio de la tropa que el soldado no sirve al rey, sino a la nación.

—Y lo repito —Contestó el poeta— sí señor, lo repito: el soldado no debe ser instrumento de una tiranía.

—¡Silencio! —Gritó Ribera en voz de trueno— ¡Silencio, señores! <sup>396</sup>

Toda la oficialidad y no pocos soldados habían acudido en torno del preso y del coronel. Mendoza, al lado de éste, procuraba en vano reducirle a la moderación que el lance requería. Ribera no acertaba a salir de aquel amargo compromiso:

—Seguramente este joven está loco —Exclamó al fin.

—El loco por la pena es cuerdo —Replicó el teniente coronel. —Ribera, —Interpuso afectuosamente y en voz muy baja Mendoza— es preciso salvar a ese muchacho.

—¡Cómo! Si él mismo se ha perdido.

—Poniéndole en libertad en el acto.

50.—¿Y los oficiales? ¿Y la tropa que le ha oído?

—Es preciso ponerle en libertad.

—Imposible.

—O renunciar a Laura....

—¡Mendoza!

—Lo dicho.

—Pues bien, mi obligación antes que todo.

Diciendo con firmeza estas palabras, Ribera se apartó de Mendoza y en alta voz prosiguió, dirigiéndose a un ayudante:

—Conduzca usted al señor, con todo género de miramientos pero con seguridad, ante el general en jefe y dele usted parte a S.E. de lo ocurrido. No permita usted que en el tránsito hable con nadie. S.E. dispondrá lo que tenga por conveniente.

Partió el ayudante con el preso, desapareció Mendoza; y don Luis volvió a pasearse silenciosamente delante de la hoguera, cuya roja luz comenzaban a eclipsar los albores del crepúsculo matutino del día 30 de septiembre de 1833.

**397 LIBRO SEGUNDO****DON SIMÓN DE VALLEIGNOTO****51. CAPÍTULO I. El indiano**

53. () Don Simón de Valleignoto se presentó en la corte de España teniendo de dieciséis a diecisiete años de edad, unos diez y nueve antes de terminarse el pasado siglo. Su padre, a la sazón alto empleado en Nueva España, le envió a servir en la compañía americana de los caballeros guardias de la real persona, a quien <sup>398</sup>, con un galicismo insoportable aunque ya por el uso consagrado, llamábamos no hace mucho guardias de Corps. Buen mozo, noble por todos cuatro costados, rico y con relaciones, obtuvo sin dificultad la bandolera <sup>399</sup> y sirvió bien, dándose muy pronto a conocer por su lujo, prodigalidad y aventuras galantes.

Ninguna de esas prendas era muy del gusto del señor don Carlos III <sup>400</sup>, monarca entonces reinante, mas Valleignoto, en medio de sus desvaríos, guardaba tan bien las apariencias del decoro, que pocas veces quedaba en descubierto; y, por otra parte, la fortuna se empeñó en favorecerle. Desde luego el joven guardia, puntualísimo en el servicio, afectaba en sus maneras, traje y hábitos la severidad prusiana de moda entonces en toda Europa y que el rey, entusiasta del gran Federico <sup>401</sup>, apreciaba más que nadie. Era, además, gran caballista, circunstancia que Carlos III, en sus tan rápidos como continuos viajes a los Sitios, pudo observar más de una vez cuando le acontecía llegar a una parada sin un solo guardia a excepción de Valleignoto, para quien no había caballo rebelde, aire violento, ni paso peligroso. En fin, nuestro don Simón, cazador consumado y tirador infalible, tuvo la dicha de dar muestras de su pericia en aquel arte o diversión favorita del rey y en presencia de éste.

A los dos años de guardia era garzón <sup>402</sup>. Di ez y ocho años de edad y capitán de caballería en tiempo de Carlos III. Buen mozo, rico, atronado y galán sobre todo eso... Las madres encerraban a sus hijas al verle entrar por la calle en que vivían, los maridos se tocaban horripilados la frente en oyéndole nombrar. De tanta dicha, de tan alta reputación nació su ruina, ¡*Tantum in rebus inane!* <sup>403</sup>

La severidad de las costumbres en la época a que nos referimos era grande; el rey, sabio y poderoso monarca y, además, como hombre modelo de virtudes, no sólo proscribía la disolución, sino que con las pasiones mismas era inflexible. En su espíritu eminentemente lógico, en sus ideas tal vez exageradamente abstractas, dominaba la máxima de que los hechos habían de ajustarse a las teorías. Una vez demostrada la bondad de éstas, lo demás a sus ojos importaba poco. Carlos III era tan enciclopedista como Diderot mismo y, sin embargo, ¡buen cristiano! Véase, si no, al infante don Luis, tratado con la última dureza ¿y por qué? porque, escuchando más la voz del amor que la de las leyes aristocráticas, elevó a su tálamo a una señora particular <sup>404</sup>.

Véase, si no se nos cree, esa pragmática sanción sobre desafíos, ley hecha para una nación de caballeros, (nadie en España tolera aún hoy que se dude de que lo es) en la cual, sin embargo, se impone la pena de muerte al que se arriesga a morir en un duelo; la pena de infamia al que por no sufrir una afrenta provoca o acepta el desafío <sup>405</sup>.

Las teorías buenas eran, pero con los hechos incompatibles.

Mas, volviendo a nuestra relación, Valleignoto, que tan cerca servía a tal monarca, no vacilaba sin embargo en acometer las más peligrosas aventuras. Tenía diez y ocho años, edad feliz de la imprevisión y de las ilusiones.

Su desventura quiso que un grande napolitano, el duque de Montefiorito, gentil-hombre de cámara, tuviese por consorte a una linda dama, cuya edad duplicaba el marido. A fines del año 83 o principios del siguiente, Montefiorito, embajador hasta entonces en cierta corte de la Europa austral, obtuvo del rey su relevo y vino a fijarse en Madrid con su mujer. La noche que ésta se presentó por vez primera en Palacio, estaba nuestro garzón de servicio. Verla, enamorarse de ella y resolver intentar su conquista o, lo que es lo mismo, perderse, todo fue obra de un instante. ()

Durante algunos meses, si los ob- 55. servadores, en verdad, no ignoraban el per- cance matrimonial del duque, por lo menos no hubo el menor escándalo. Es de adve- tir que la constancia no era la virtud favorita de don Simón: *per troppo variar natura e bella* <sup>406</sup> es un proverbio italiano que, en concepto de nuestro galán, podía pasar por axioma, y cuando el mundo se hundiese, no acertara él a sufrir seis meses seguidos la misma mujer. Malísima propiedad, sin duda; pero estaba en su naturaleza.

Cinco meses y días iban transcurridos desde que comenzaran sus relaciones con la duquesa, cuando en cierto besamanos la belleza de las formas juveniles del seductor llamó tan particularmente la atención de una gran señora, que no le fue lícito dudar al interesado de que se le miraba con buenos ojos. ¡Adiós, duquesa infeliz! Si con aquel Teso <sup>407</sup> navegaras, muy de temer es que te abandonase en alguna isla desier- ta. A otro menos inconstante y no tan ambicioso, debemos confesar que la ocasión le hubiera precipitado. ¿Qué había de hacer Valleignoto? Exclamar, si en su tiempo hubiera ya escrito Bretón de los Herreros: “¿Qué haré yo, desventurado, / yo que soy tan combustible?” <sup>408</sup> y cerrar los ojos y lanzarse en cuerpo y alma a donde su desti- no le llamaba. Así lo hizo: La duquesa intentó en vano luchar con su poderosa rival y la victoria quedó por ésta.

Cambiar de amante para una dama cortesana no es ciertamente una gran calamidad; pero perder el amante, sí es la mayor de las desgracias; porque el amor propio padece. La mujer que se da no comprende que la dejen y, hasta cuando varía de capricho, deplora que el desairado se rinda a otros encantos. ¿Qué será cuando sin motivo la abandonan? Así, la duquesa de Montefiorito trocó súbitamente en odio implacable el amor que hasta entonces tuvo a Valleignoto, amor más profundo de lo que ella misma imaginaba; amor que, aun con ser sensual en su origen, había echado en su corazón hondas raíces.

Una mujer de treinta años que tiene un amante de diez y ocho le mira con cierto afecto maternal independiente de los lazos que con él la ligan; porque en tal caso la experiencia, la superioridad moral, están enteramente de su parte. Ella le aconseja y le guía, ella termina y perfecciona su educación. Él es de ella y no ella de él: la diferencia es inmensa y la duquesa la sentía, por eso odió con la misma vehemencia que antes amaba.

La venganza directa era imposible: el poder de su rival, égida que al infiel guardecía, pero ¿qué no intentará una mujer rencorosa por vengar su amor propio ofendido? Su marido fue el primer instrumento que la duquesa eligió; entre sus amantes desairados, un oficial de Guardias Walonas <sup>409</sup>, el segundo. Por medio del duque, a quien, con grandes apariencias de estar escandalizada, llamó la atención sobre las nuevas pretensiones de don Simón, hizo cundir la alarma en Palacio y fue preparando el ánimo del rey como a sus intentos convenía. Veamos ahora cómo se sirvió del walón.

Era éste un francés, segundón de una familia esclarecida, y por consiguiente tan escaso de riquezas como lleno de blasones. Aturdido como nunca los hubo, fatuo en exceso y ambicioso por demás, dejó su patria, donde no podía medrar, y vino a la tierra de cucaña <sup>410</sup>, donde tanto se estima lo de fuera como lo de casa se desprecia. Monsieur de Crevecoeurs, que así se llamaba, era primer teniente de Guardias en el momento en que le presentamos; y no mucho antes había sido por la duquesa cortesmente desahuciado en sus galantes pretensiones. Cuatro coqueterías, algunos aires sentimentales y una sonrisa a tiempo le volvieron, así que ella quiso, a encadenar a los pies de la ingrata y esa vez más apasionado que nunca. Atacaba el hombre intrépidamente: la plaza se defendía con habilidad suma, pretextando desconfianza. Crevecoeurs hacinaba protesta sobre juramento, juramento sobre protesta, mas ni por eso adelantaba terreno; hasta que cierto día, afectando la duquesa hallarse en una de aquellas situaciones en que el corazón se sobrepone a todo, le dijo:

—Crevecoeurs, amigo mío, no insista usted: no abuse de mi debilidad.

—Heloísa —Exclamó el francés, arrebatado al quinto cielo—, ¿qué es preciso hacer para probar la firmeza, la inmensidad de este amor que me devora? ()

—Óigame usted, ya que así lo quiere. Mi altivez no consiente rendirse a ningún hombre que no pueda, con verdad, decir que antes ha triunfado de la única mujer que puede creerse superior a mí (aquí dijo el nombre de la gran señora).

—¡Divinos cielos! —Exclamó el francés aterrado. Y la duquesa, dejando ver en su rostro la expresión del más alto desprecio, prosiguió— Valleignoto, por conseguir de mí una mirada, intenta ahora ese... imposible. Si lo consigo seré suya. Un favor de esa mujer, recibido y desairado... ¡Sin eso jamás!

La duquesa, pronunciando tales palabras, dejó a solas al asombrado amante.()57.

Toda la maquinación de la duquesa fue obra de tan pocos días, que cuando Crevecoeurs se declaró pretendiente de la gran señora con tan poco recato como pudiera si de una lavandera se tratase, Valleignoto apenas podía llamarse favorito, de

ningún modo amante. Sin embargo, las pretensiones del petulante extranjero encendieron en su pecho la llama de la ira y de los celos.

La rivalidad de aquellos dos hombres divertía a la gran señora (). Atravesaba la dama cuyo nombre no hemos dicho una galería de Palacio, hallándose en ella a un lado el garzón, a otro el primer teniente de Guardias, ambos aguardándola con la esperanza de obtener siquiera una mirada; sonriose ella al verlos y, para gozar más a su sabor de aquel espectáculo, dejó caer, como por acaso, el abanico que en la mano llevaba. A un tiempo se lanzaron los dos rivales, a un tiempo sus manos asieron del abanico y ninguno de los dos quiso ceder la presa.() Crevecoeurs, empero, había nacido cortesano y conteníase más que el guardia, quien, vista la pasiva resistencia de su rival, tiró con fuerza del abanico, dando al mismo tiempo al francés un empujón y ofreciendo después la conquistada prenda a su dueño con la rodilla en tierra.() Valleignoto, con esa serenidad aterradora que tiene la ira cuando llega a su apogeo, llegose al francés, que no acertaba a volver en sí, y le dijo:

—Sé lo que usted espera. Vámonos.

—¡Vamos! —Murmuró el ofendido ().

Bajaron, en efecto, a la plaza de Palacio. El walón, que estaba de servicio, llamó a dos soldados de su compañía y juntos los cuatro se encaminaron al Campo del Moro.

Era de noche. La luna, velada por blanquecinas nubes, iluminaba débilmente la escena; los soldados, impenetrables y sable en mano, seguían atentamente los movimientos de los dos rivales y éstos, en cuerpo de camisa, uno frente a otro, mudos ambos, ambos sedientos de sangre, tenían cruzados los aceros. () Ni el combate podía ser largo, ni lo fue: el hierro de Crevecoeurs se clavó una vez en el hombro derecho de su contrario, mas, al mismo tiempo, la espada de Valleignoto atravesó el corazón del aventurero. Retiró el arma sangrienta el vencedor, mientras los padrinos acudían, no al moribundo, sino al muerto, pues expiró sin proferir ni un ¡ay! siquiera. «Il est mort, dijo uno de los soldados, mais c'est bien en règle que vous l'avez tué, mon capitaine <sup>412</sup>».

—¿Conque están ustedes satisfechos? —Preguntó, en español, el garzón.()— Pues buenas noches.

Y diciendo así encaminose tranquilo a Palacio, donde, declarando su delito, se constituyó voluntariamente preso.

Las consecuencias de lo referido se comprenden fácilmente: el rey quería a toda costa se ejecutase lo dispuesto en su pragmática. Quince días después, don Simón estaba condenado a muerte y el decimosexto era el señalado para notificarle la sentencia. En tan amargo trance, sólo se le oyó exclamar repetidas veces: «¡Ay! ¡Yo no he querido ser feliz, yo he buscado mi ruina! ¡El Señor tenga misericordia de mi alma!». Por lo demás, su valor no se desmintió un solo instante.



La alta señora, causa casi inocente de aquella desdicha, interpuso en vano su valimiento entre el fallo de la justicia y la cabeza del culpable: lo único que el rey concedió fue indulto de la parte infamante de la sentencia, es decir, que no precediese degradación y que muriese arcabuceado don Simón.

Todo Madrid se dolía de él y esperaba con amarga ansiedad el tremendo instante de la ejecución de la sentencia, cuando, súbitamente, se esparció la voz de que se había fugado de la torre del cuartel de Guardias, recién construido <sup>413</sup>, que era su prisión. Esta noticia era cierta. Antes de amanecer el día de la notificación de la sentencia, las puertas del calabozo se abrieron; un hombre embozado entró en él, mandó al reo vestirse con un traje de paisano que al intento llevaba, sacole de la prisión, del cuartel y de Madrid; dióle un caballo, pasaporte y dinero y desapareció. Los centinelas, interrogados al siguiente día, nada habían visto; al cabo de algunos meses de arresto fueron puestos en libertad. ¡Cuántas conjeturas! ¡Qué variadas y distintas versiones se hicieron de aquel lance! Nadie supo la verdad, cada cual creyó haberla adivinado.

El fugitivo, en tanto, pasó el Atlántico. Corrió después todos los 59. mares; enlazose en Méjico con una mujer honrada y bella y, rico más allá de toda ponderación, desembarcó en Cádiz a principios del año 1815 ().

## CAPÍTULO II. Genealogía

Nuestro indiano al llegar a Cádiz encontró dispuesta, según sus instrucciones, una grande, magnífica y cómoda habitación en el barrio nuevo de San Carlos <sup>414</sup>. Su corresponsal o, más bien, su apoderado, salió a recibirle a la bahía y le instaló en su alojamiento. El procurador gaditano había apurado todos los medios de gastar dinero posibles cuando se trata de amueblar una casa y se había prometido, si no sorprender, por lo menos agradar a su opulento principal(). Gastó, pues, en efecto sin medida, y en Cádiz, donde las gentes saben gastar y aun derrochar el dinero; en Cádiz, donde se conoce el verdadero lujo, donde se está en esta materia a la altura de las cortes más florecientes <sup>415</sup>. Pero como el buen curial no había leído las *Mil y una noches*, ni estado en las Indias, hizo una cosa puramente humana, cuando lo que se le pedía era una creación fantástica. “¡Qué miseria!”, exclamó don Simón saliendo del cuarto destinado a Laura; y al procurador casi, casi se le saltaron las lágrimas.

Laura, sin embargo, no parecía opinar como su padre. Cansada de la esclavitud de la navegación y del continuo movimiento del buque, reclinose con delicia en los muelles almohadones de un elegante sofá mientras que una esclava negra, de rodillas a sus pies, la descalzaba; otra, con un abanico de plumas de brillantes matices, le daba aire y otras dos le preparaban dulces y refrescos. Su padre, 60. después de contemplar un instante aquel rostro angélico, besola con indecible ternura y retirose a su aposento.

Siete años no cumplidos, en una niña de la Península, son poca cosa; algo más en las americanas, que a los doce suelen ser madres. Laura parecía una muchacha europea de diez u once años y quizá el retraimiento en que se había criado, el cariño excesivo de su padre y la servil obediencia de las esclavas que componían su servidumbre, quizá, decimos, esas circunstancias, más aún que sus naturales instintos, la habían dado ya una tendencia a la vanidad, unos hábitos de orgullo, que desdecían de su edad y hasta de su carácter. Aquella niña, en efecto, dotada de claro ingenio, sensibilidad exquisita, nobles inclinaciones y corazón generoso, educada por una madre digna de tan santo nombre, pudiera ser también un modelo de mansedumbre, un dechado de amabilidad y de moderación. Si no lo era, su crianza tuvo la culpa. Así, dejábase, a su edad, servir como si para aquello sólo hubiese nacido; no consentía la más leve familiaridad a sus esclavas; sabía aterrarlas de una sola mirada y, aunque era con ellas generosa hasta la munificencia y pocas veces injusta, a los siete años ya ninguna de aquellas mujeres se atrevía a llamarla *la niña*, sino siempre, aun no estando ella delante, la *señorita* o el *ama*.

Laura vivía aislada. Su padre la idolatraba pero entre el hombre de cincuenta años y la niña de siete, ¿qué intimidad podría mediar? Amigas o compañeras, jamás las tuvo; maestros hasta entonces no se le habían dado y las esclavas, como hemos dicho, no eran admitidas más que a su servicio. En tal situación, las sensaciones siempre profundas de la infancia, esas sensaciones que influyen de una manera decisiva en el resto

de la vida, en vez de sucederse unas a otras con rapidez y de modificarse por medio de la expansión, quedábanse en la fantasía o en el corazón de Laura, clavadas como flechas en derredor de un blanco, vibrando largo tiempo, haciendo a cada instante más honda su huella.

Indudablemente, el aislamiento y la meditación, su inevitable consecuencia, son de gran provecho en el hombre, mas es en determinadas circunstancias y sólo cuando con la experiencia adquirió ya un caudal considerable de nociones exactas, bastantes a preservarle de las peligrosas ilusiones que en la soledad engendra la fantasía. Un niño criado en las condiciones de Laura, a buen librar, será un ente excepcional en llegando a edad madura: tendrá entonces que hacer a duras penas un aprendizaje que comenzado a tiempo no le fuera molesto.

Mas ello es que la niña de quien hablamos era ya al llegar a Cádiz melancólicamente poética, originalmente precoz, bondadosamente altanera. Su padre adoraba hasta las imperfecciones de Laura. ¿Cómo había de corregirlas?

Dijimos que la niña iba a cumplir siete años cuando don Simón divisó la tierra española desde la proa del Fénix. Rigurosamente hablan- do debiéramos haber dicho que le faltaban entonces unas treinta y seis horas para cumplirlos: El día 9 de abril, a las seis de la mañana, descubrió a Cádiz el Fénix y el 10 a las seis de la tarde era el aniversario del nacimiento de Laura.

Don Simón contaba con ansia los minutos que hasta el indicado faltaban. ¿Por qué? Porque en él debía tener lugar una crisis importante en la vida de su idolatrada hija y en la suya propia. Si regresó a España, más fue en cumplimiento de una obligación sagrada que por deseo de ver de nuevo un país en que podía llamarse extranjero. Su padre, de quien fue hijo único, había salido de Méjico el año mismo que él de España; y también en Cádiz había desembarcado ya viudo. En aquel puerto, por medio de una donación inter vivos, hizo dueño a don Simón de su caudal, consistente todo él en fondos colocados en diversos bancos y casas de comercio; luego fue a establecerse solo y modestamente en un lugar miserable de la Sierra Morena, donde la caza era su ocupación exclusiva. Salió al monte una madrugada; no se le volvió a ver nunca y los serranos presumieron que o había sido víctima de alguna fiera o perecido en el fondo de algunos de los infinitos precipicios que en aquella montaña se encuentran. No teniendo la familia de Valleignoto rama alguna colateral que don Simón conociese, ni él mismo propiedades en la Península aunque, apenas entró a reinar Carlos IV, la gran señora que causó su emigración le alcanzó completo indulto, no quiso nuestro indiano regresar a España, creyendo que la opulencia sola podía conducirle a la felicidad que en vano había buscado en la disipación y persuadido de que en donde estaba podría hacerse fácilmente rico. Si regresó, pues, en 1815 a su patria, fue sólo porque tenía obligación sagrada de hallarse en ella cuando su hija cumpliera los siete años. Todos sus anteriores hijos habían muerto mucho antes de llegar a esa edad.

Dejando, pues, a la niña en su habitación, pasó con don Justo, el procurador, a su despacho, de antemano preparado y al que ya sus esclavos habían llevado el arca de ébano con cerradura, goznes y adornos de plata, que encerraba los más importantes de sus papeles. Sentose don Simón, invitó al procurador a que hiciese otro tanto y, a puerta cerrada () el procurador sacó de un cartapacio varios papeles de antigua fecha, mientras que don Simón otros de su caja.

Don Justo, ordenando los mamotretos y, al paso, deteniéndose en algunos de ellos, no pudo menos de exclamar:

—¡Cosa más rara! ¡Parece un cuento!() 62. Escuche usted esta nota escrita de puño de mi padre el procurador Rufino Herrero: «A 24 de junio de 1772, testamento de don Simón de Valleignoto, intendente de Méjico, legando todos sus bienes a su hijo don Simón, nacido en 25 de junio de 1765. Mañana cumple siete años». Pues aquí hay otra en cuarenta años anterior, también de letra de mi padre: «Día 10 de diciembre de 1739. Testamento de don Simón de Valleignoto, regente de la Audiencia de Lima: lega todos sus bienes a su hijo don Simón, que nació el 11 de diciembre de 1732». Otra, ésta ya de mi abuelo: «El teniente general don Simón de Valleignoto, hace testamento en favor de su hijo don Simón nacido el 3 de enero de 1684». También la víspera de que cumpliese siete años.

—No se canse usted, don Justo: lo mismo han hecho todos mis antepasados.

—Ya lo sé, pero hay más, y es que todos ellos han transferido sus bienes, a pocos años de haber testado y por medio de donaciones *inter vivos*, a sus respectivos herederos, que, hasta el presente, fueron siempre varones.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo: el año antes de morir mi padre (q.e.p.d.) me cedió su oficio y, entre otros negocios reservados de que me enteró, fue el principal el de su familia de usted, cuyo archivo custodiamos. Entonces vi el árbol genealógico. Pocas familias podrán en Europa presentar otro igual. Llega por filiación directa y sin un solo vacío, hasta los tiempos de Augusto. Un senador romano es tronco del linaje de los Valleignotos.()Jamás familia alguna conservó tal copia de curiosos documentos en justificación de su genealogía: papeles que, por pertenecer a los tiempos de la monarquía goda, debieran haberse perdido en la invasión de los moros, existen sin embargo en el archivo de la casa. Uno de sus ascendientes de usted siguió a Pelayo. Después, todos han ocupado altas posiciones en la monarquía, todos han brillado por una u otra prenda.()

63.—Doblemos la hoja.

—Bien. ¿A que no sabe usted, tal vez, otras dos circunstancias singulares que se conservan en su genealogía?

—Dígalas usted y veremos.

—La primera, que ningún Valleignoto ha dejado nunca más de un hijo y que usted será el primero que deje hembra.

—Ya de eso hemos hablado.

—Pues vamos a la segunda que es aún más notable. Las fes de bautismo, las partidas de casamiento y los testamentos están completos y llegan a tiempos muy antiguos, pero no hay ni una sola partida de defunción: no consta, no se sospecha siquiera, cómo, de qué, ni cuándo murió ninguno de los Valleignotos que a usted han precedido.

Púsose pálido don Simón, mas no acertó a proferir una sola palabra y el procurador prosiguió:

—Es cosa singular y de la cual al parecer todos han tenido aviso o presentimiento, porque a poco de hacer donación de sus bienes al que les sucedía, desaparecieron sin que, como digo, se sepa cómo ni cuándo. ¡Es singular!

Después de algunos minutos de penosa meditación, dijo el indiano:

—Vamos a nuestro negocio: ¿Está hecho el testamento?

—Sí, señor: cerrado como los anteriores.

—A ver... esto es: a 9 de abril de 1815... Todos mis bienes a mi hija Laura de Valleignoto nacida el 10 de abril de 1808. Mañana cumple siete años. Bien está.

—Mañana se llenarán las formalidades de la ley y a las once lo tendrá usted en su poder.

—Que no falte. () Tome usted y agregue esta nota expresiva de los fondos de que soy dueño en este momento. Los títulos de pertenencia y demás documentos están en esta caja que, cerrada y sellada, pondré a su tiempo en manos de usted. Hay duplicados en otra parte segura, a mayor abundamiento.

—Lo mismo han hecho todos los ascendientes de usted.

—Sí, me parece que lo mismo haré yo que todos ellos.

### CAPÍTULO III. El cumpleaños

Amaneció el 10 de abril radiante, puro y casi caluroso; la superficie de la bahía de Cádiz semejava a una ancha tela de tornasolado color verde y cristalina transparencia, ligeramente rizada por un viento noreste que, hinchando la vela latina de cierto ligerísimo falucho <sup>416</sup> procedente del puerto, le impelía con rapidez en dirección a la ciudad de Hércules <sup>417</sup>.

64. Tres hombres tripulaban el pequeño buque lleno de pasajeros de diversas edades, sexos y condiciones, pero todos gente alegre y regocijada, a excepción de uno que, con el traje de los ermitaños de Córdoba, especie de prematura mortaja <sup>418</sup>, ocupaba el asiento más inmediato al timonero. Su presencia no imponía gran respeto a los navegantes: uno cantaba, otro reía, éste requiebaba, de palabra mucho y algo de obra, a su linda vecina; aquél soltaba cada pulla picante como una guindilla y todos prescindían del reverendo, como el reverendo parecía prescindir de todos. Notable por su robustez y atlética estatura, tenía el buen padre una de esas fisonomías toscas que parecen bocetos modelados apenas por la naturaleza y cuya primera impresión es siempre poco favorable al sujeto. () Tal era el caso en que se encontraba nuestro ermitaño: su fisonomía, como la de una estatua colosal vista de cerca, repugnaba a todos y aterraba a muchos pero, buscado el punto de vista conveniente y observada con cierta atención, encontrábase en ella la expresión de la fuerza en su más alto grado, del desprendimiento de sí mismo que sólo nace de la fe y de la sumisión más resignada que imaginar es posible <sup>419</sup>.

Durante la travesía ni levantó los ojos del suelo, ni dejó de rezar repasando las cuentas de su rosario; al desembarcar y rehusando el patrón cobrarle el pasaje, diciéndole: «Naá, padre, encomiéndeme su mercé a Dios, que bien lo necesito», sólo replicó: «El Señor sea contigo». Y, encaminándose en derechura a la iglesia de San Agustín <sup>420</sup>, allí se mantuvo de rodillas y en oración hasta que dio el reloj los tres cuartos para las doce.

Pocos minutos antes había entrado en la misma iglesia, pálido, trémulo, desatentado como el criminal que marcha al suplicio, don Simón de Valleignoto. Sus ojos recorrieron inquietos el ámbito del templo y, al fijarlos en la sombría figura del ermitaño, estremecióse de manera que, a no apoyarse contra un pilar, cayera al suelo sin duda.

Oída la hora, levantose el ermitaño y, escudriñada la iglesia con una sola ojeada, se dirigió en seguida al indiano, diciéndole:

—Simón, la paz del Señor sea contigo.

No acertó a contestar Valleignoto y, obedeciendo a un ademán del ermitaño, siguióle saliendo con él de la iglesia. El aire libre tranquilizó algo al opulento viajero, que haciendo un esfuerzo heroico para dominar su profunda emoción, se adelantó al cenobita y le guió a su propia casa. Sin proferir una palabra anduvieron el camino y sin proferir una palabra entraron en el gabinete del 65. rico, que éste cerró inmediata-

mente con llave, dejándose en seguida caer «como cuerpo muerto cae» <sup>421</sup> encima de un sofá. El ermitaño permaneció de pie con los ojos fijos en el pavimento.

Cerca de un cuarto de hora permanecieron así, mas, al repetir el eco el último sonido de la campanada de la catedral que señala el medio del día, dijo el ermitaño:

—¡Simón, es la hora!

—Aquí me tienes, Pablo —Respondió el indiano con dificultad extrema—, aquí me tienes, no he faltado a la cita.

—No faltó tampoco tu padre; ni faltó el padre de tu padre, no ha faltado ninguno todavía. ¿Serás tú más cuerdo que lo fueron tu padre y el padre de tu padre y los ascendientes a ellos anteriores? ¡La misericordia del Señor lo quiera! ()

—El sacrificio que se me pide es superior a mis fuerzas.

—Abraham ofreció a Isaac en holocausto, porque tal era la voluntad del Señor; el Eterno envió a su divino Hijo a morir por nosotros, ¿y tú vacilas ante una separación de algunos años? Simón, Simón, ¿por qué has abandonado el valle de la bienaventuranza y del sosiego? Por trepar a la cumbre de los montes de la ambición; por penetrar en la sima de las riquezas que en el instante supremo de nada han de aprovecharte. Simón ¿y qué has alcanzado? Fatigarte en vano corriendo en pos de un fantasma. ¿Tu alma ha estado satisfecha un solo instante? ¿Has considerado una vez sola el porvenir sin espanto? Tú te has perdido; no quieras perder al que es tu carne y tu sangre, no precipites a tu hijo.

—¡Yo no tengo hijo, Pablo, yo no tengo hijo! —Exclamó el indiano, como si un rayo de esperanza iluminara súbitamente las tinieblas de su desesperación.

—¡No tienes hijo! ¿Luego es llegado el momento? ¿Luego sonó la hora del descanso? ¿En ti concluye la raza? Responde, Simón.

—¡Pablo!

—El que penetra en lo más recóndito de los corazones te escucha ahora, como siempre. Responde: ¿no tienes descendencia?

—¡Tengo una hija!

66.—Simón: dame a tu hija.

—¡Jamás, jamás! —Respondió Simón y, en sus ojos, en sus ademanes, en sus labios, había más ira, más desesperación que nunca mostró hambrienta y acosada la tigre hircana <sup>422</sup>— ¡Mi hija es más que mi vida; es mi esperanza, es mi porvenir! Vuélvete, vuélvete. Mi hija no te la llevarás. Mira, Pablo: () Cinco hijos varones he tenido que todos pasaron de la cuna al sepulcro; tuve también una compañera, mi ángel de la guarda en el mundo, bella, amante, virtuosa, discreta, y también me la arrebató la muerte. Sin embargo, vivo. Mi corazón, en mil partes hondamente lacerado, se ha sobrepuesto a todo ¿y sabes por qué, Pablo? Porque tengo una hija, un serafín, un don del cielo; una hija en satisfacción de cuyo más leve capricho estoy

pronto a arriesgar mil veces la existencia, una hija por cuya felicidad presumo, Dios me perdone, que comprometería mi salvación.

—¡Blasfemo, blasfemo! Calla.

—Pablo, algunas veces yo mismo me digo que este amor a mi Laura es ya un delirio, quizá un delirio criminal: pero no me es dado sofocarlo, ni lo quiero, ni comprendo que posible sea. Tú no has visto a mi Laura y, aun viéndola, quizá no apreciaras toda la frágil delicadeza de su beldad. Es una flor, Pablo, una flor tan bella como ninguna, fragante, olorosa, lozana, pero una flor de estufa, una flor de esas que el sol abrasa, el hielo quema, el viento deshoja y la lluvia abate. ¿Y ahora queréis trasplantarla desde el jardín en que siete años hace la contemplo y cultivo, al más áspero seno de las más agrias montañas de la Península? Pablo, eso no será ni ahora, ni nunca. Si ahora te la diese, sería entregarla a una muerte segura, sería indudablemente separarme de ella para siempre. Y eso no será.

—Simón, no porque tú te hayas perdido, quieras perder a tu hija igualmente.

—¡Me he perdido! ¿Qué sabes tú, Pablo? ¿Parécete que en mi larga vida de trabajos y padecimientos no habré, en compensación de mis flaquezas y extravíos, hecho algún bien, sufrido resignadamente mil dolores, que el Juez Supremo, en su día, me tomará en cuenta?

—No quiera Dios que yo dude ni de su infinita misericordia, ni de tu salvación, pero ¿el que voluntariamente se mantiene siempre a orillas del precipicio, no tendrá culpa si en él cae?

—¿Y crees tú, Pablo, que Laura evitaría, por irse contigo, lo que tú llamas el precipicio? ¿No me llevasteis a mí? ¿Y qué sucedió? Apenas hubo en mí voluntad, vuestro valle solitario, vuestra vida 67. monótona, vuestro régimen ascético, se me hicieron insoportables. Si no me hubierais enseñado el camino de la sima, a los quince años de edad me hubiera suicidado indudablemente.

—¡Simón! ¡Simón!

—Te estoy hablando a pecho abierto: la juventud necesita movimiento, agitación, pábulo a sus pasiones y, si no lo encuentra, ella misma se devora. La soledad y la meditación son para más tarde. Lo he resuelto: no me separo de Laura. Si al cumplir los quince años, sabiendo por mí la fatalidad que sobre su familia pesa, quiere probar vuestra vida, por mi honra te juro no oponerme a su resolución ni de palabra ni de obra. Vuelve entonces.

—¿Estás resuelto?

—Invariablemente.

—Reflexiona...

—Te cansas en vano. Te juro...



ABEJA LITERARIA.



Lit. de los Artistas.

*Silencio, que alguien viene!.....*

*(El Patriarca del Valle.)*

—Basta: no infrinjas más los preceptos del Señor. Conserva en tu poder a esa niña infeliz; mas oye lo que te digo en nombre del anciano de quien procedes, en nombre de aquel a quien visita el Espíritu del Señor: tú no has sido feliz hasta ahora y tienes en voluntario riesgo tu eterna felicidad, por seguir la senda en que te guía el demonio del mundo y del orgullo; tú no quieres que tu hija se ponga en el puerto a salvo de las tempestades y tu hija llorará por ello lágrimas de sangre y fuego; y las lágrimas de tu hija caerán gota a gota sobre tu corazón, abrasándolo en llama inextinguible; y cada lágrima de tu hija será para ti de remordimiento, cada remordimiento un buitre que destrozará tus entrañas. Simón, el arrepentimiento mismo podrá salvar tu alma en la vida eterna, pero no consolar tu corazón en ésta. Adiós.

Acabando de hablar el ermitaño, salió del gabinete y de la casa y nadie volvió a verle en Cádiz.

Don Simón cayó sin sentido y un ataque cerebral que puso en peligro su vida señaló el séptimo aniversario de la vida de su amada Laura.

#### CAPÍTULO IV. Una heredera millonaria

Siete años eran transcurridos desde los acontecimientos que dejamos escritos en los tres capítulos primeros de este segundo libro de nuestra relación; Laura tenía catorce cumplidos y era una Venus en la hermosura, un asombro en la discreción, un pajarillo en la alegría, un cordero en la inocencia.

Trasladándose a Madrid así que de su enfermedad se restableció en Cádiz, compró don Simón un palacio, más bien que casa, en una calle no distante de la plazuela de Afligidos <sup>423</sup> y embellecióle con cuantos adornos, comodidades y refinamientos alcanzaba entonces el lujo y su inmensa riqueza pudo pagar. 68. Tres pisos tenía aquel edificio. Bajo, principal y segundo. Un espacioso jardín a su espalda y un patio interior a uno de los costados. En los dos pisos principal y bajo estaban las habitaciones, de invierno y verano respectivamente, del padre y de la hija. Situada al mediodía en el piso alto y sobre el jardín en el bajo, la de Laura. El aya de la señorita y el ayuda de cámara del señor eran los únicos criados que en sus habitaciones dormían. El mayordomo, las doncellas y demás criados de escalera arriba tenían sus cuartos en el piso segundo y el resto de la servidumbre se alojaba en un edificio adyacente, que era el que formaba tres de las <sup>424</sup> cuatro frentes del patio. Bien montadas la caballeriza y cochera, espléndidamente vestida la gente de librea; suculenta y exquisita la mesa; metódico y ceremonioso el servicio y puntualmente pagadas todas las obligaciones, la casa de don Simón de Valleignoto pudiera pasar por el palacio de un príncipe, sin el retraimiento en que, a pesar de su opulencia, vivía.

Del año 85 del siglo pasado al 15 del corriente, la corte de España se había radical y completamente renovado. Pocas personas quedaban contemporáneas del indiano, menos de las que como cortesano y galán le conocieron y aun en éstas la memoria del ruidoso lance que de su patria le expulsara, naturalmente se borró con la huella de sucesos más recientes y de mayor importancia. Hallose, pues, mucho más extranjero en Madrid que un ruso o un austríaco, que al cabo en aquella época hubieran encontrado en el nuestro un representante de su país. Mas si él abriera la mano, como suele decirse, en esto de las visitas, sobráranle en verdad relaciones, porque, a personas de su dinero, ¿quién con gusto no las trata?

Llenose, con efecto, de tarjetas su portería, pero muy pocas personas subieron la magnífica escalera de su casa, porque la respuesta invariable del robusto asturiano, cancerbero con media y calzos de aquel encantado asilo, era ésta: «El amo no está en casa. La señorita no recibe». Don Simón devolvió tarjeta por tarjeta, mas sólo hizo realmente una media docena de visitas, por manera que permaneció aislado. () 69.

No podía ocultarse don Simón a sí mismo que en el mero hecho de haber sustraído a su hija de la acción de una ley hasta entonces, aunque sin fruto, observada religiosamente por su familia, había tomado sobre sí una inmensa responsabilidad, contrayendo

la obligación de hacer a Laura feliz y virtuosa. Aquel hombre conocía por propia y dolorosa experiencia los inconvenientes del aislamiento y los peligros de la sociedad para los jóvenes. Aquel hombre sabía que a una mujer hermosa le declara el mundo la guerra desde el día en que en él se presenta: las mujeres por rivalidad, los hombres por hacerla suya. Aquel hombre no podía ignorar que la riqueza de su hija era un poderoso aliciente para la codicia y la seducción y, con tales premisas, con tan graves preocupaciones, nada más natural que verle retraerse del trato de las gentes. Maestros escrupulosamente elegidos por él, un aya de buena familia y ejemplar conducta, a quien reveses de la fortuna redujeran a utilizar sus conocimientos, dirigían, bajo la inmediata vigilancia de don Simón, la educación de Laura y, ella, con la perspicacia de su claro ingenio, hacía en todo notables adelantos.

La soledad de su vida, imprimiendo en su carácter un sello de gravedad melancólica, abrevió en consecuencia la edad de la infancia. Quería bien a su aya, mas aquella señora era poco expansiva; no trataba mal a sus criadas y esclavas, pero la altivez de su carácter la alejaba de ellas; a sus maestros los respetaba y nada más, pero a su padre lo idolatraba.

Don Simón y Laura eran dos amigos: el anciano trataba a la niña como si fuera una mujer; la niña al anciano como si fuera joven y, con todo esto, Laura sentía en su corazón a los catorce años un inmenso vacío.

—¡Si tuviera yo una hermana! —Solía exclamar muchas veces a solas en su magnífico jardín, donde vegetaban lozanas las más bellas y delicadas plantas del mundo entero— ¡Si tuviera yo una amiga!

Con más experiencia hubiera dicho: «¡Si me viviera mi madre!»<sup>425</sup>. La sensibilidad exquisita de la rica heredera, por razones análogas a las que indicábamos hablando del coronel Ribera, se concentró en su corazón durante largos años y, condensándose allí por falta de natural y fácil desahogo, iba, como el fuego subterráneo, preparándose a ser con el tiempo volcán incendiario.

Ribera, hombre, en primer lugar, y puesto en contacto con el mundo desde sus primeros años, tuvo al menos amigos, conocidos, galanteos, emociones variadas; mas Laura, para quien desear y conseguir eran sinónimos; Laura, sin más cariño que el de su padre, sentimiento, aunque grande y sincero, tan natural, tan de siempre, tan sin prestigios<sup>426</sup> de ilusión, que era más bien una parte esencial que un accidente de su existencia; Laura se encontraba en condiciones mucho más desventajosas que el coronel y, por tanto, aunque en apariencia pacífica, en realidad devorada interiormente por un indefinible malestar apenas cumplidos los catorce años.

Hemos indicado ya que su padre había hecho en persona hasta media docena de visitas al llegar a Madrid: una entre ellas fue el marqués de San Juan del Río, por las razones que a explicar vamos. Tenía el marqués, hombre de unos treinta y siete años de edad en 1822, de hermosa presencia y viudo a la sazón, un pariente oidor en La

Habana que, en cierto pleito mercantil que en aquel tribunal tuvo nuestro indiano, le había favo recido singularmente. Don Simón agradeció el servicio *more habanero*<sup>427</sup> y el oidor, a la vez, le recomendó mucho, al separarse de él, que cultivase la amistad de su primo el marqués, escribiendo a éste al propio tiempo para que, por su parte, se mostrase obsequioso con el espléndido millonario.

Segundo de la casa de un grande, el marqués sirvió durante sus primeros años en caballería, acabó de coronel la Guerra de la Independencia y retiróse el año catorce para casarse con la marquesa de San Juan del Río, ex beldad que entonces tenía sus cincuenta años muy cumplidos, una renta razonable y una cabeza que lo era muy poco. Novia vieja y no juiciosa, la buena señora, con el afán de lucir su marido, dio en no perder baile ninguno y, además, en la deplorable manía de lucir en todos ellos, sin misericordia del público y sin gran respeto a las leyes del pudor, un busto que al comenzar el reinado de Carlos IV era regular y nada más y, cuando Fernando VII salió de su cautiverio, un asqueroso espectáculo. Su marido, ya fuese por indiferencia, ya por más siniestras miras, lejos de oponerse a la extravagancia de la marquesa, quizá la fomentaba y el resultado fue que, en el invierno de 1814 a 1815, una pulmonía madrileña le dejó viudo.

Así, cuando don Simón llegó a la corte, el marqués viudo de San Juan del Río, aunque grande de España, tenía, cuando más, unos cuatro mil duros de renta<sup>428</sup> que la marquesa difunta pudo dejarle como viudedad y procedente de bienes libres. Sin embargo, su buena figura, excelentes modales, tacto cortesano y la llave de gentil-hombre le bastaban para hacer en Madrid y en Palacio un papel distinguido.

¿Qué pudo moverle a intimar, cómo consiguió hacerlo, a pesar de mil dificultades, sus relaciones con Valleignoto? ¿Qué se proponía renunciando con frecuencia a bulliciosas diversiones y alguna vez a galantes citas para ir a encerrarse mano a mano con don Simón y hacerle al ajedrez la partida? Al principio, un presentimiento más poderoso que distinto de que sus escasas rentas le habían de hacer útil la amistad de un hombre tan rico; luego, la necesidad efectiva de acudir a él; últimamente, otro proyecto de más trascendencia.

Pero Valleignoto, ¿por qué le admitió en su trato familiar? Él mismo no pudiera decirlo. Primeramente le vio por urbanidad, le recibió por gratitud a su primo; luego, una de esas simpatías que no se explican le atrajo a aquel hombre y, en fin, vino la costumbre. San Juan del Río hubo menester más de una vez sumas de importancia, que recibió de don Simón y pagó puntualmente al principio<sup>71</sup>. pero, en el año a que con esta historia hemos llegado, la deuda era considerable y la restitución imposible.

Precisamente en el mismo año Laura, enteramente formada, mujer precoz y en el estado de inquieta melancolía en que la hemos descrito, huyendo de la soledad de su cuarto tomó la costumbre de pasar las veladas en el de su padre, donde pocas eran las que al marqués no veía. Conocíanse ambos de mucho atrás y había ella infinitas veces

jugado en las rodillas del amigo de su padre pero, con los años, aquella familiaridad cesó, como era natural, y el marqués no pudo menos de notar que Laura era una bellísima joven, amén de una heredera millonaria.

Ocurriósele esa sencilla reflexión una mañana en su tocador y, mirándose al espejo, exclamó: «¡Qué diablos! No soy tan viejo ni estoy tan estropeado que sea temerario acometer la empresa». Y, desde entonces, fijos los ojos en la meta, caminó a ella sin perder un instante, sin apartarse una sola pulgada del camino derecho. Ocultando a los ojos del padre y de la hija sus proyectos, afectó con respecto a ésta una deferencia, un respeto que halagaron, desde luego, sus pretensiones de mujer formal y que don Simón miró como una muestra de delicadeza por parte de su contertulio. Pero cuando con Laura se hallaba a solas, en el jardín, por ejemplo, las miradas lánguidamente expresivas, las palabras hábilmente calculadas para exaltar la fantasía harto propensa de suyo a la exaltación, fueron sucesivamente dando a entender que el marqués amaba, fueron lentamente despertando aquel corazón virginal del profundo letargo de su nativa inocencia.

El marqués seguía paso a paso los progresos de la enfermedad de su víctima pues, aunque en realidad la amaba, el amor en él no era ciego, ni mucho menos. Jamás llegó por entonces a declararse mas, cuando ya por las miradas llenas de amor de Laura, por la turbación que en ella causaba su presencia, por la constancia, en fin, con que vestía el traje o se prendía en el cabello la flor que su galán alabara como al descuido, conoció el marqués que su triunfo era completo, se resolvió a dar y dio, en efecto, el paso decisivo: Eran las nueve de la noche. Laura, a quien atormentaba una jaqueca, habíase recogido. Don Simón y el marqués jugaban silenciosos al ajedrez cuando el último, interrumpiendo el silencio inopinadamente y con más sincera emoción de la que él mismo presumió experimentar, dijo de esta manera:

—Valleignoto, ¿somos amigos de veras?

—Marqués —Repuso el indiano sorprendido— ¿qué pregunta!

—Aunque a usted le parezca extraña, hágame el favor de responderme. (72.) Yo necesito, amigo mío, saber si ocupo en su corazón de usted el lugar de un verdadero amigo y si mi carácter, si mi moralidad, en fin, inspiran a usted completa y absoluta confianza.

—¡Singular interrogatorio! Pero, en fin, sí, marqués, sí: es usted uno de los hombres a quienes más aprecio y estimo. ()

—Gracias, amigo mío, gracias. Y ahora óigame con tranquilidad hasta que concluya. Yo estoy enamorado, perdido de Laura...

—¿De mi hija?

—De su hija de usted. Sé la diferencia que hay en nuestras edades y, sin embargo, aspiro a enlazarme con ella, si Laura consiente, si usted quiere hacerme dichoso.

—Pero marqués, Laura es una niña.

—Laura es un ángel.

—¿Y quiere usted ya privarme de ella?

—Jamás. Si ese enlace se verifica, yo me comprometo solemnemente a que nunca Laura se aparte del lado de su padre <sup>429</sup>. Tendrá usted un hijo más en mí: eso es todo.

—Oh, marqués, marqués, ¿qué me pide usted?

—Un tesoro, lo que no merezco. Pero la fortuna es ciega, consulte usted con Laura, medítelo y respóndame, no ahora, mañana. El título que llevo no es mío, como usted sabe. Pero mi alcurnia, gracias al cielo, es ilustre. Soy el hijo segundo del duque de Montefiorito.

—¡Misericordia, Señor! —Exclamó don Simón, levantándose horripilado y acercándose al marqués, que, a su vez, sorprendido, retrocedió algunos pasos.

Valleignoto, después de mirarle de hito en hito con desencajados ojos le preguntó:

—¿Y qué edad tiene usted?

—Treinta y siete años: nací en el 85.

—Mañana contestaré a usted. Déjeme ahora solo, si no quiere verme expirar demente.

Saliose el marqués atónito y el indiano exclamó: «Mi suplicio comienza. ¡Oh, Pablo, Pablo, tus predicciones se realizan!».

## CAPÍTULO V. Antecedentes. Crisis

Por no interrumpir en los anteriores capítulos la relación de las aventuras de don Simón de Valleignoto y de los sucesos de la infancia y primera juventud de su hija, hemos hecho abstracción completa de circunstancias e incidentes que, sin embargo, debe tomar en cuenta el que tenga curiosidad y deseo de enterarse a fondo de la historia que refiriendo vamos.

Primeramente es de advertir que el indiano, educado en los más severos principios de la moral cristiana, practicó en su infancia, obligado por sus directores, los actos externos del culto católico, con puntualidad nimia y frecuencia tal que, familiarizándose con ellos, llegaron a perder a sus ojos lo que tienen de santamente simbólico y misterioso y fueron, por último, en su imaginación, ritos más o menos solemnes y no otra cosa. La disipación de los primeros años de su juventud contribuyó no poco a despreocuparle y, si cuando se vio de cerca amenazado por el suplicio, hubo en su alma una saludable reacción religiosa, después sus continuos viajes, el trato con personas de distintas y opuestas creencias y la lectura de los libros de los volterianos acabaron la obra de su incredulidad. Valleignoto, pues, al llegar a España no era precisamente uno de esos fanfarrones de la impiedad que tienen continuamente la blasfemia en los labios, al mismo tiempo que la superstición tal vez en el alma; sino un hombre que de todo dudaba, que nada creía, pero nada tampoco osaba negar resueltamente.

En punto a ideas políticas tampoco fuera fácil hallar en su espíritu rastro alguno del guardia de corps de Carlos III: Las teorías de la Revolución Francesa habían echado en su alma hondas raíces, porque conocía la corrupción de los cortesanos y los excesos de la plebe no eran, a su entender, más que consecuencias forzosas de aquella. En efecto, es de advertir que la atmósfera de los palacios suele inspirar mucho más las ideas democráticas a las almas generosas que las declamaciones de los tribunos. En una palabra, Valleignoto era, en 1815, uno de tantos liberales visionarios de buena fe, desinteresadamente novadores, bondadosamente implacables, de los que componían la secta conocida hoy con el nombre de *doceañistas* <sup>430</sup>.

Su edad y retraimiento le preservaron, desde su llegada a España hasta que estalló la rebelión de Las Cabezas de San Juan en 1820 <sup>431</sup>, de tomar parte personal y directa en la conspiración que precedió a aquel tan célebre acontecimiento, mas no por eso dejó de contribuir a él con su dinero. Afiliado en la masonería de muchos años atrás, por exigirlo así su vida errante, al regresar a la Península no pudo, ni acaso quiso, rehusar su trato, de las cuatro o cinco personas que, enteradas de aquella circunstancia en virtud de avisos recibidos de los hermanos del nuevo mundo, fueron a verle en calidad de tales; por medio de estos sujetos supo lo que se preparaba y sin comprometerse, repetimos, facilitó cuantiosas sumas para el logro de la empresa. Nada le fuera más fácil que figurar en primera línea, una vez proclamada la Constitución de



Cádiz. Pero habíase jurado a sí mismo no atender a otra cosa más que a la educación y bienestar de su hija y, fiel a su promesa, rehusó con firmeza cuantas proposiciones se le hicieron, ya para desempeñar altos empleos, ya para representar un provincia en las Cortes. Hasta su opinión era para el público un secreto: conocíanla y explotabanla sólo los iniciados y, satisfecho Valleignoto con dar su dinero, entendía en tanto asiduamente en el exclusivo objeto de su vida.

Supuestos los referidos antecedentes, hablemos ahora de otros personajes que ya el lector conoce, a unos más y a otros menos.

Aunque grande de España y gentilhombre de cámara, el marqués de San Juan del Río se declaró desde luego resuelto partidario de la revolución, fenómeno político harto frecuente entre nosotros, donde el pueblo, verdaderamente pueblo, ha sido el último a tomar parte <sup>432</sup> en las reformas, dado caso que sea cierto que en efecto esté por ellas <sup>433</sup>. Mas sea de esto lo que fuere, el pretendiente a la mano de Laura se alistó desde los principios en las filas de la Milicia Nacional, entusiasta, sincera y compuesta de lo más selecto de la juventud madrileña del año 20. Eligió entre sus camaradas comandante de un batallón y Fernando VII le felicitó con efusión aparente la primera vez que en Palacio se presentó con el uniforme y divisas de su cuerpo y grado. Ya en el siguiente año comenzaron a dividirse los liberales: San Juan del Río se unió a los exaltados. Subdividiéronse éstos en comuneros y masones <sup>434</sup> y el marqués se afilió en los últimos. Otro lazo más que con don Simón le unía. Mas ahora conviene que digamos de otra amistad que la política le hizo contraer o más bien estrechar.

Don Pedro de Mendoza, a quien ya conocemos, era cadete en el mismo regimiento en que el marqués capitán (procedente de la casa de pajes) el año de 1808. Juntos, pues, hicieron la Guerra de la Independencia, que concluye con de capitán el primero y el segundo de coronel. Pero la diferencia de graduaciones y la circunstancia de haber tomado el jefe su retiro apenas hecha la paz, apartaron a aquellos dos hombres uno de otro hasta que el recinto de una logia volvió a unirlos: En la sociedad secreta las posiciones relativas fueron precisamente lo contrario de lo que en el ejército habían sido.

Mendoza, liberal ardiente, revolucionario por esencia, fanático innovador, inflexible tribuno, con el poder de la palabra, con la eficacia del ejemplo y con la severidad de sus doctrinas, avasallaba, dirigía, atemorizaba a sus compañeros todos. Oráculo de la sociedad, elevado en ella al más eminente grado, alma de todos sus proyectos, fácil le era aprovecharse del poder inmenso de que disponía en provecho propio, mas su ambición no era de esas vulgares que una magistratura, una distinción, o la riqueza contentan y satisfacen. No: Mendoza aspiraba a más altos fines; Mendoza despreciaba a los que más avanzados se creían en ideas revolucionarias; porque él solo acaso, había entonces puesto los ojos en el verdadero blanco, la revolución social. 75. «¿Qué importa, solía decirse a sí mismo, ser ahora coronel, general, ministro, diputado u hombre opulento? Goces efímeros, pueriles satisfacciones de la vanidad, reformas incompletas, transacciones

meticulosas, ¿qué es todo eso? No, Mendoza, no; permanece oscuro trabajando los ánimos, resígnate a que los pigmeos se imaginen gigantes; deja que los ciegos crean haber visto la luz; que el día de la revolución verdadera ha de llegar y ese día en que el nivel de la igualdad eche por tierra los tronos, borre del universo las huellas de la aristocracia y humille la altivez del clero, ese día será el de tu gloria, será el de tu poder».

Así discurría aquel hombre a los treinta y tres años (1822); así había discurrido a los veinte; así le hallaremos discurriendo cumplidos los cuarenta.

San Juan del Río y él renovaron, pues, su pasado conocimiento, que pasó a ser una amistad sincera, aunque con visos de vasallaje por parte del marqués demócrata, encaminada a su objeto por la de Mendoza. Mas no sólo con el amante de Laura estrechó allí relaciones Mendoza, sino que además, aunque en verdad no muy íntimas, las entabló también con Valleignoto.

El venerable (presidente) de la logia en que nuestro capitán no quiso pasar nunca de orador, era un rico banquero que se contaba en el escaso número de las visitas del indiano. Por eso tuvo Mendoza noticia de la opulencia de don Simón y de que además pertenecía a los masones; por medio del mismo también se introdujo en su casa y tuvo con aquel algunas conferencias procurando reducirle a tomar parte activa y personal en los negocios políticos, mas toda su fanática elocuencia, toda la sutileza de sus argumentos se estrellaron contra la inflexible resolución del antiguo guardia.

Dos palabras más y anudamos el hilo de la interrumpida narración. Don Ángel, a quien el lector ha visto en casa del banquero Minarica y en el cuartel de los Voluntarios Realistas, pertenecía a la logia del marqués y de Mendoza y pasaba por ser además una cosa así como paje de bolsa, mandadero y escribiente del capitán. Sus *hermanos*<sup>435</sup> se burlaban grandemente de él por la torpeza y timidez de sus maneras, por la insignificancia de su persona, por lo modesto de su porte. Don Ángel no se daba por entendido, contento con verlo, oírlo y muchas veces adivinarlo todo.

Ahora basta de política y tomemos las cosas en el punto donde las hemos dejado al concluir el capítulo anterior.

San Juan del Río que, por las palabras de Valleignoto al comenzar la conversación, se creyó seguro de conseguir lo que deseaba, vio con indecible asombro el tan rápido como inmotivado cambio que terminó aquella escena: «¿Hase vuelto demente, decía para sí, o he soñado yo?»

La verdad es que le era imposible a él y se lo fuera a cualquiera otro adivinar la causa del trastorno de don Simón, trastorno que, lejos de terminarse con la salida del marqués, se prolongó durante toda aquella noche con síntomas cada vez más alarmantes.<sup>76</sup> Al presentarse en su cuarto el ayuda de cámara, a la hora en que tenía costumbre de acostarse, le halló, en efecto, desencajados los ojos, lívido el semblante y paseándose aceleradamente.

—¿Qué tiene V.S.? —Exclamó, azorado, el fiel servidor.()

—Juan, me ahoga la sangre, —Dijo entonces don Simón, casi sofocado, en efecto. Y Juan mandó inmediatamente llamar a un facultativo.

Llegó el médico y hallando que una congestión cerebral era inminente, sin esperar al cirujano hizo él mismo una sangría al paciente con su cortaplumas. La evacuación de la sangre produjo su efecto en el acto; acostose el enfermo, tomó una bebida calmante y recomendando a Juan que bajo ningún pretexto se diese cuenta a su hija de lo que pasaba, ni se permitiese pasar de la puerta de la calle a nadie que por él mismo o por Laura preguntase, se dispuso a buscar en el descanso algún alivio a la enfermedad que le atormentaba.

La disciplina doméstica era habitualmente tan severa en aquella casa, que las órdenes del marqués <sup>436</sup> fueron puntualmente obedecidas. A la mañana siguiente se dijo a Laura que su padre había pasado la noche trabajando, como alguna vez lo hacía, y que deseaba descansar por el momento. Ella, dando crédito a la noticia, pasó el día como siempre, con sus maestros y criadas, y esperando las dos de la tarde, hora en que el marqués iba diariamente a visitar al indiano.

A la una y media Laura, *por casualidad*, se halló delante del espejo, colocando entre los negros rizos de su cabello una bellísima dalia; a los tres cuartos estaba en el estrado, reclinada en un sofá y fijos los ojos en la esfera de una magnífica péndola inglesa que a su frente medía solemnemente los instantes; al sonar el eco argentino de su campana las dos de la tarde, las mejillas de la hermosa mejicana se tiñeron de rojo carmín; su corazón latía con dulce inquietud y el movimiento continuo de uno de sus pies anunciaba su impaciencia.

Dos minutos después, al oír el estrépito de las ruedas de un carruaje que al galope entraba en la calle, levantándose de su asiento, se aproximó a uno de los balcones al abrigo de cuyas persianas diariamente veía, sin ser vista, la elegante carretela del mortal amado. Él era, el mismo coche elegante, los mismos blasones en la portezuela, la misma librea. Abre el lacayo, baja el amo vestido con la más exquisita elegancia... ¿Estará enfermo? Laura ha reparado que viene pálido... Pero ya entró en el zaguán..., ya sube, se dice la casi niña; serenémonos... Y vuelve al sofá.

Pero a poco... ¡Cielos! Sí: el coche se va... ¿Querrá volverse a pie? El minuterero ha señalado ya un minuto, otro después, luego otro, hasta cinco y el marqués no parece. «¿Habrás entrado en el despacho de papá? Imposible: papá está recogido». Laura tira con fuerza del cordón de la campanilla y al momento acuden por una parte el portero de estrado y por otra la primera doncella. ()

77. —¿Quién ha venido?

—Nadie, señorita —Responden, a un tiempo, los dos criados.

—¡Cómo, nadie! Yo acabo de... de oír un coche a la puerta.

—Si V.S. quiere se preguntará.

—Al momento. ()

Al poco, el portero de estrado volvió diciendo que había, en efecto, llegado el señor marqués de San Juan del Río, mas que de orden de S.S. se le había dicho que no había nadie en casa. El efecto que esta novedad produjo en Laura es casi imposible de explicar completamente, si no se considera que hasta entonces, no habiendo encontrado en el curso de su vida la más leve oposición a sus deseos y ni aun a sus caprichos, desconocía el sentido de las palabras autoridad y privación. Sentía no ver al marqués, lo sentía mucho porque, si no verdadero amor, si no pasión volcánica, había aquel hombre inspirado un afecto sincero y vigoroso, cuando por otra cosa no fuera, por ser el primero de su especie que aquel corazón virgen experimentaba. Pero otra cosa en aquel lance la mortificaba, en verdad, con más fuerza.

Los sucesos de esta vida suelen afectarnos más que por su importancia intrínseca por la relación en que están con nuestro carácter, por lo que halagan o contrarían nuestras naturales inclinaciones y, en fin, por las circunstancias en que nos encuentran. Hombre rico hay a quien la pérdida de una onza <sup>437</sup> que se le cayó del bolsillo, afecta más que la de veinte y cinco mil pesos fuertes <sup>438</sup> en una especulación desgraciada; tal que arriesga su vida serenamente, se desmaya viendo hacer una sangría. En una palabra, nada en la materia es absoluto, todo es relativo.

Que el indiano hubiese dado orden aquel día para que a nadie se recibiese en su casa, no era ciertamente ninguna cosa extraordinaria, mucho menos un acto de cruel tiranía. Sin embargo, Laura lo miró como capricho, como abuso de autoridad y, si el hecho en sí no fuera ni lo uno ni lo otro, la hija mimada tenía, allá en su lógica de puro sentimiento, razones con que sustentar su opinión: «Yo quiero ver a ese hombre y yo hasta hoy he hecho todo lo que he querido. Sin embargo, él viene y yo no lo veo; esto me contradice, esto me tiraniza por consiguiente. ¿Y quién es el autor de esa mortificación, inmotivada sin duda, cuando yo ignoro su causa? Mi padre. Luego mi padre ha tenido un capricho, luego mi padre es un tirano, luego yo no soy más que una esclava en grillos de oro».

Tal fue el implícito raciocinio de Laura, que por primera vez lloró aquel día con toda la amargura del despecho de una mujer enamorada, con toda la hiel del orgullo mortificado. Aquel día dejó de ser niña, aquel día comenzó a ser mujer y aquel día comenzó a luchar, en fin, con la sociedad.

A las doce, el médico a quien Juan introdujo por una puerta falsa, examinado que hubo el estado del enfermo, le declaró fuera de peligro y, aunque no sin repugnancia, consintió que escribiese de su propio puño algunas cartas y dictase otras a su mayordomo, quedándose a solas con él durante más de dos horas.

Seguidamente, tuvo el indiano una conversación, a solas también, con el médico y, llamando a Juan y al mayordomo al terminarla, les previno que en todo y por todo se conformasen a lo que el doctor ordenase, guardando el más profundo secreto, so pena de ser en el acto despedidos. Prometiéronlo los criados así y don Simón volvió a recogerse.

En t re tanto el marqués, mortificado hasta el extremo con la repulsa que en casa del indiano recibiera, no atreviéndose a tomar un partido violento porque era deudor de aquel y no se encontraba con recursos para pagarle; y no acertando tampoco ni a renunciar a la mano de Laura, ni a devorar en silencio el desaire que se le hacía, agotaba en vano las fuerzas de su imaginación para hallar un expediente que resolviese aquel problema en provecho de sus intereses, beneficio de su amor y satisfacción de su honra.

Todo amante necesita un confidente, pero el marqués había menester además un consejero de grandes recursos y no pequeña resolución que le ayudase a salir de aquel lance. Mendoza era el hombre a propósito y a Mendoza fue a buscar, en mal hora para la infeliz Laura y su afligido padre.

Al principio escuchó el capitán con grande indiferencia la relación que del caso le hizo su antiguo coronel mas, reflexionando después que de éste disponía y estaba seguro de disponer siempre a su arbitrio y que, por tanto, si casándose con Laura, entraba algún día en posesión de las inmensas riquezas del indiano, gran parte de éstas pudiera emplearse en consumir la obra de la revolución, aparentó enternecerse y prometió su auxilio.

—Hasta ahora, —Dijo— ese hombre no ha contestado a la petición de usted. Ha sido muchos años comerciante: estará calculando el tanto por ciento del negocio y, probablemente, su agitación extraordinaria al oír la declaración de usted procede sólo del amor que profesa al dote de su hija. Quizá la rica es ella; quizá esa opulencia procede de la madre y no del padre de Laura. En todo caso, dos son los partidos que hay que tomar: el primero, muy fácil, renunciar a la empresa... (); el segundo, proponerse lograr la mano de esa niña a toda costa.

—Ése elijo. ()

—No reparar en los medios.

—Todos son buenos si a mi fin me conducen.

—Bien. Ahora lo primero es reconocer el campo enemigo.

—¿Y quién penetra en él?

—¿Ya retrocede usted? () 79. Es usted un pobre hombre. Penetraré yo. Cómo, lo veremos.() Esperemos hasta mañana. Si la segunda vez le rechazan a usted, entonces iré yo.

Convenido así, citáronse los dos amigos para el mediodía siguiente en casa del marqués, a quien Mendoza quiso dar instrucciones más meditadas para el caso de que el indiano le recibiese.

Llegada la hora acudió el capitán a la cita. El marqués terminaba su tocador, tan largo como el de una coqueta, y no se había aún dignado abrir varias cartas que sobre su mesa estaban ya pasadas de dos horas. Despedido el criado y solos el amante y su confidente, para no interrumpir la conversación, dijo el marqués: «Si usted me lo permite, voy a ver qué dicen esas cartas».

—Lea usted, que tiempo tenemos —Replicó Mendoza. Y, encendiendo un cigarro, tendiose en el canapé, mientras el otro abría su correspondencia.

—Matilde me cita... No está el hierro para hacer obleas... Veamos otra. ¡Santa Teda! Un acreedor; mi maestro de coches... Que espere a que me case... El vizconde que me convida a una partida de caza... ¡Para bromas estoy, pesia mi vida! ...¿Qué es esto?... ¡Mendoza! ¡Mendoza!... Letra y firma de Valleignoto. () Lea usted, que yo no aciert o.()

Le flaqueaban las piernas. Mirole con desprecio y lástima Mendoza y, tomando de sus manos la carta, leyó en voz alta: «Señor marqués: Ningún hombre en este mundo puede estimar a usted, digo más, amarle como yo le amo...»

—Eso es de buen agüero —Interrumpió el interesado.

—Aguarde usted hasta el fin, —Replicó el confidente; y prosiguió leyendo— «...puede amarle como yo le amo. Cuanto soy, cuanto valgo, todo es de usted. De todo puede disponer como si fuera suyo...

—¡Pues señor, no hay duda, me da a su hija! Laura será mía.

—Si usted ha de interrumpirme a cada paso, lo dejo.

—No. Prosiga usted. Seré mudo.

—«Como si fuera suyo. Pero la mano de Laura... ¡Jamás! Hay entre Laura y usted un abismo <sup>439</sup>. Su unión es imposible y no se verificará». ¡Veremos! —Exclamó Mendoza al llegar aquí; el marqués, aterrado, no acertó a proferir palabra— «Ni usted volverá jamás a verla, ni ella a usted, quien a fuer de hombre de honor y si no quiere atraer sobre su cabeza la maldición de los hombres y la cólera del cielo, renunciará desde ahora y para siempre a todas sus pretensiones <sup>80</sup>. Por mucho que estas palabras aflijan al amante, no desgarrarán su corazón como desgarran el del padre infeliz que las escribe. Remito a usted adjuntos los recibos de las pequeñas sumas que le he adelantado y los títulos de diez mil duros de renta, procedentes de fondos depositados en el Banco de Londres. Puede usted aceptar esa renta que no es un regalo, sino una simple restitución. Su familia de usted me favoreció singularmente en mi juventud. Cuando se haya casado, se apresurará a buscarle para estrecharle cariñosamente en sus brazos su infeliz amigo. Simón de Valleignoto». () ¿Está usted resuelto a renunciar por diez mil duros de renta a los dos o tres millones que, sin duda, tiene ese hombre cuando hace tal regalo y, a más, a la mano de Laura?

—No, de ningún modo.

—Pues no perdamos tiempo; vamos. ()

Veinte minutos después se apeaban del coche del coronel a la puerta del indiano. Todas las ventanas de la casa estaban cerradas; la puerta principal sólo un postigo tenía abierto. Mendoza, entrando resueltamente por él, se dirigió al portero que, sin librea, estaba en su puesto ().

—El señor don Simón de Valleignoto. ()

- () S.S. no está en Madrid.  
—¡Ah! ¿Cuándo se ha marchado?  
—Al amanecer.  
—¿Adónde ha ido?  
—No lo sé. ()

## CAPÍTULO VI. El padre y la hija. El amante y su confidente

81. Habíanse hecho con tal reserva los preparativos del viaje en casa de don Simón que Laura, hondamente preocupada con sus nuevos cuidados y primer dolor, nada sabía de ellos una hora antes de ponerse en camino. Entonces, llamada al cuarto de su padre, le halló ya vestido de viaje, pálido, abatido, hundidos los ojos, en tan alarmante estado, finalmente, que la joven no pudo menos de sobresaltarse ():

—Siéntate aquí, Laura, ángel mío; siéntate, sosiega tu espíritu, tranquilízate. () Laura, vamos ahora mismo a emprender un viaje. 82. () Un día, un instante más en Madrid puede perdernos a entrambos (). Créeme, Laura, es forzoso partir () antes de una hora.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? Nada tengo dispuesto.

—Lo está todo. () Todo, empaquetado () de ayer acá.

—¿Con que ayer tenías ya resuelto este viaje? () ¡Y no me lo habías dicho!

—¡Para qué! Era inútil.

—¡Ah, era inútil! Sí, yo no soy más que una chiquilla sin consecuencia; no tengo voluntad..., ¿para qué contar conmigo?

Laura pronunció las últimas palabras con tono tan amargo, contrajo de tal manera sus facciones, dejó ver en su fisonomía una expresión tan marcada de orgullo revelado <sup>440</sup>, que su padre no pudo menos de estremecerse y permanecer en silencio algunos instantes. La niña, por su parte, tomando una actitud de dignidad ofendida, también estuvo callada.

—¡Vamos, Laura, vamos, —Dijo al cabo Valleignoto— no te enojas sin causa!

—¡Enojarme! No, por cierto: tú mandas y yo te obedezco.

—¡Ingrata! Pero en fin, Laura, ¿crees tú que a no mediar motivos muy poderosos, hubiera yo dejado de prevenirte y de consultarte, como siempre? No seas niña...

—¡Oh! Quizá no lo soy tanto como tú crees, acaso no es tan fácil *tiranizarme* sin que yo lo conozca...

—¡Laura! ¿Qué estás diciendo? ¿Tiranizarte yo? () Desde que naciste vivo sólo para ti y por ti y sin embargo me acusas de tiranía. Responde: ¿En qué, cuándo te ha tiranizado tu padre?

—Pues bien, papá. Te lo diré si quieres.

—Eso aguardo.

83. — () Papá, ayer prohibiste que recibieran al marqués. Yo le esperaba impaciente...

—¡Tú, Laura! ¡Tú le esperabas impaciente!



—Sí, papá, yo le esperaba impaciente, porque ese hombre produce en mí con su presencia una sensación de placer indefinible; sus palabras resuenan en mi oído como el canto del ruiseñor. Él adivina mi pensamiento y yo adivino el suyo...

—Dime, Laura, ¿tú amas al marqués?

—Lo creo —Respondió levantando entonces los ojos la doncella y mostrando su rostro enrojecido por el rubor, mas con toda la serenidad de la inocencia.

Su padre, sin proferir una palabra, ocultose el rostro con las manos y permaneció en mudo estupor algunos minutos.

Laura, tranquila, resuelta y satisfecha de sí misma, aguardó en silencio la determinación del árbitro de su destino. Por fin éste, reuniendo todas sus fuerzas y levantándose súbitamente, con acento sepulcral dijo:

—Laura, el marqués te ama también. Tú me has dicho la verdad y yo te la debo decir igualmente. Te ama, repito, y me ha pedido tu mano, comprometiéndose solemnemente a no separarte de mi lado, porque sabe que tú eres el alma de mi cuerpo.

El corazón de Laura latía agitado por los más dulces presentimientos al escuchar las razones de su padre, que, mirándola con lástima, prosiguió:

—Tú sabes que yo estimo al marqués y ahora te diré que le creo digno de ti. Sin embargo, le he negado lo que me pedía; sí, le he negado tu mano () porque... porque un obstáculo invencible se opone a vuestra unión; y ese... es un secreto entre la tumba y yo. Mi corazón se desgarró cuando considero que mis palabras hieren el tuyo. Recuerda cuántos cuidados, cuánto amor, qué de contemplaciones me debes y no me acusarás de tiranía. Laura, tú no puedes ser la esposa de ese hombre. Resígnate con los decretos de la suerte. Dentro de diez minutos —Añadió mirando su reloj— partiremos. Ve a prepararte.

Laura oyó con doloroso asombro las palabras de su padre y no se atrevió a proferir un solo acento.

Diez minutos después, en efecto, dos sillas de posta partían de la puerta del indiano. En la una iba él con su médico y ayuda de cámara; en la otra, Laura y una de sus doncellas.

Mientras ambos carruajes, uno en pos del otro, se alejan rápidamente de Madrid, nosotros fijaremos un momento la consideración en el amante de la millonaria heredera y en su confidente, que, silenciosos y meditabundos, regresaron a la casa del primero.

85. El marqués, hombre que, teniendo el valor del campo de batalla y el del duelo, carecía de esa firmeza de ánimo que hace frente a los reveses y quizá con ellos crece, daba en su interior por arruinadas sus esperanzas y maldecía su destino, en vez de procurar vencerlo. Mendoza, por el contrario, como la arcilla que con el fuego se endurece, si callaba y meditaba era solicitando penetrar a fuerza de conjeturas y de deducciones en el laberinto de aquel misterioso asunto.

A la verdad que adivinar las causas de la conducta, al parecer contradictoria, del indiano, no le era posible pero, aun conociendo eso, esperaba el capitán atajarle los pasos y obligarle a ceder de su empeño o a explicarse de una vez claramente. No se le ocultaba a Mendoza que aquel negocio iba a proporcionarle grandes contradicciones y no poco trabajo mas, precisamente por eso, lo tomó con un empeño que el marqués atribuía cándidamente al afecto que le profesaba. ()

Al apearse del coche Mendoza, que ya llevaba resuelto el plan de sus preliminares operaciones, sin decir palabra al marqués escribió apresuradamente un billete que él mismo entregó a un lacayo con recomendación de llevarlo a su destino sin demora.

En tanto el desahuciado novio suspiraba, maldecía, daba vueltas en el cuarto y nada que valiese hacía, Mendoza le dijo:

—Marqués, aquí no se trata de suspiros ni de niñerías. Dentro de una o dos horas sabremos en qué dirección camina ese hombre y es preciso que usted se disponga a salir en posta en su persecución. En alcanzándolo, ocúltese usted del padre y hágase ver de la hija. Billete sobre billete; el segundo más tierno que el primero. No puede usted vivir sin ella, si no corresponde a su pasión, va usted a suicidarse; y de día y de noche en su calle. Yo conozco a las mujeres; a la edad de Laura ninguna resiste a los extremos, a la exageración y, sobre todo, a la perseverancia. Prodigue usted el oro: corrompa a los criados. Lo primero es tener inteligencias en el campo enemigo. Yo, entre tanto, me encargo desde aquí del padre. Aunque no a la reformada, pertenece a la masonería: voy a denunciarle a la Orden por su mal proceder con un *hermano*. Al mismo tiempo le haremos sospechoso al Gobierno.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—¡Qué pobre hombre es usted! Porque huye cuando nos amenaza una invasión extranjera; para que no se le permita salir de España, en cuyo caso nos sería más difícil darle alcance.

—Ahora lo entiendo.

—Lo celebro, pero lo indispensable es obrar: prepare usted su equipaje. () 86. Haremos que vaya con usted una persona de toda mi confianza (). No se canse usted de conjeturas. Don Ángel. ()

—¿Aquel hombre pequeñuelo, regordete, tan ridículamente vestido, que ni habla ni pabla?

—El mismo.

—Pero hombre, si aquello es una patata.

—Aquello es un hombre con más entendimiento, más sangre fría, más ingenio y más habilidad que la mayor parte de los que brillan en el mundo por su elegancia y su finura. La naturaleza produce el oro envuelto en tierra. () Es preciso además que

usted escuche y siga, pero ciegamente, sus consejos.) Don Ángel sabe más durmiendo que usted despierto... de esta clase de negocios, se entiende.

—Pues señor, es una especie de perito, o sea, facultativo que llevo conmigo. Convengo en todo.

A poco de terminada esa conversación, entró don Ángel con su habitual benévolo aspecto; saludó con rendimiento y esperó en pie a que le dirigiesen la palabra.

—Tómese usted la molestia de sentarse, —Le dijo el marqués examinándole con curiosidad, pues hasta entonces apenas se había dignado fijar en él la vista.

—Con permiso —Respondió don Ángel, y sentose en el borde de una silla, poniéndose el sombrero entre las piernas.

87. —¿Qué tenemos? —Le preguntó entonces Mendoza.

—Lo que usted quería —Repuso, modestamente.

—Bravo, don Ángel. ¿Con que nuestro hombre...?

—Marchó anoche y no hoy como usted me ha escrito. Lleva dos sillas de posta. La dificultad de encontrar caballos no le permitirá ir muy de prisa.

—¿Qué dirección lleva?

—La de Ocaña.

—Por ahí puede ir lo mismo a Valencia que a Andalucía.

—Los postillones darán noticias.

—Es verdad. Con que, marqués, buen viaje. Don Ángel, usted se va con el señor.

—¡Ah!

—Es indispensable. Óigame usted antes dos palabras.

Mendoza, con la claridad y concisión habituales en él, enteró a don Ángel de los antecedentes del asunto y con no menos laconismo le dio instrucciones generales para que pudiese desempeñar dignamente el papel de Mentor al lado del Telémaco cortesano que le confiaba. Don Ángel, como buen entendedor, comprendió a media palabra y sentose al vidrio de la silla de posta del marqués <sup>441</sup>, con la misma impasibilidad que si aquel viaje no le cogiera de sorpresa.

—¡Camino de Ocaña, postillón! —Dijo Mendoza. Crujió el látigo, voceó el mayoral y partieron los caballos al galope. ()

## CAPÍTULO VII. Catástrofe

88. Una plancha (carta circular) dirigida a todas las logias de Andalucía y escrita por el Grande Oriente (cuerpo director de la Masonería) <sup>442</sup>, encomendando a los *hijos de la viuda* (los masones), que fraternalmente auxiliasen al marqués en su expedición e impidiesen por cuantos medios estuviesen a su alcance que Valleignoto saliera de España, se acordó y expidió la noche misma del día en que tuvieron lugar los acontecimientos referidos en la última parte del capítulo anterior. La misma noche y por el mismo correo, dieron orden los ministros de Marina y de la Gobernación de la Península a los capitanes de los puertos y jefes políticos de las provincias así fronterizas como litorales, de oponerse al embarque o emigración por tierra de Valleignoto y de vigilar en todo evento su conducta sospechosa. ()

Sucedía esto en los primeros días del mes de marzo de 1823; es decir, cuando era ya inminente la invasión francesa y estaba próxima la traslación a Sevilla del Gobierno Constitucional. Así, la actividad inteligente de Mendoza puso en pocas horas de parte del amante de Laura al Gobierno de la nación y a una poderosa sociedad secreta.

Mientras tanto, el marqués y don Ángel, informados en Ocaña de que el indiano y su hija seguían la ruta de las Andalucías, apresuraban cuanto les era dable su marcha y, al llegar a Córdoba, ya sólo una jornada los separaba de aquéllos. Quisiera el marqués emparejar con su amada, pero don Ángel le hizo notar que, en tal caso, como el padre no podría menos de verle, era de presumir que tomara tales precauciones que la empresa llegase a ser de casi imposible consecución. Acordaron, por tanto, que el mentor, en un detestable carruaje del maestro de postas, se adelantase solo, pues no era conocido, y que el amante, manteniéndose siempre a la misma distancia, siguiera la marcha, hasta el momento oportuno de presentarse en la escena.

89. En La Luisiana <sup>443</sup> alcanzó don Ángel a los viajeros, que, según los cálculos de aquél, iban hartos más despacio de lo que el indiano quisiera, por la escasez de caballos en las casas de postas, escasez que, en el pueblo en que por el momento se hallaba, era tal que no permitía la salida de los tres carruajes a un tiempo <sup>444</sup>. Don Ángel, derramando el oro a manos llenas, había conseguido llegar a La Luisiana diez minutos antes que don Simón y, así, cuando las sillas de posta de éste se presentaron, el carricoche <sup>445</sup> de aquél estaba ya enganchado. Bajose el ayuda de cámara del padre de Laura para activar el relevo, mas en vano prometió pagar doble la carrera. Entre mulas y caballos, quedaban solamente cuatro caballerías en la cuadra del maestro de postas y las cuatro las necesitaba una sola silla.

¿Qué hacer? Esperar a que volviesen las que llevar debían a don Ángel o buscarlas en el pueblo. Lo primero suponía un atraso de cinco o seis horas cuando menos y tener al cabo caballerías cansadísimas; lo segundo, sobre ser de éxito dudoso y coste crecido, además atrasaba también y no poco la marcha; mas hubo Valleignoto de

resolverse a intentarlo. Dejando, pues, su carruaje, llegose al de Laura, que, envuelta en un gran *schall*<sup>446</sup> y casi oculto el rostro en la capota de viaje, apenas había pronunciado media docena de palabras desde que de Madrid salió.

Fríamente respetuosa con su padre cuando en las comidas o paradas le veía, informándose lacónicamente del estado de su salud y contestando con un «¡Buena! ¡Gracias!» a las solícitas preguntas de aquel con respecto a la suya, conducíase aquella niña como pudiera, ofendida con su esposo, una mujer de treinta años. Sangrábale el corazón a Valleignoto, mas el sentimiento de su deber le sostenía y, resuelto a llevar a cabo a toda costa el plan que formara, sufría con resignación las consecuencias inevitables de antecedentes que ya no le era posible alterar. Llegose, pues, a la silla de Laura y, explicándola cuanto pasaba, la invitó a que bajarse.

—Como tú mandes —Respondió la doncella, y bajando, en efecto, asida del brazo de su padre, encaminose a la casa de postas, a cuya puerta, sentado en un poyo y almorzando fiambre, se estaba muy sosegadamente el bueno de don Ángel.

Al llegar el indiano y su hija, se levantó cortésmente, ofreciéndoles asiento y, ponderándoles lo incómodo de lo interior de aquella casa, logró fácilmente persuadirles a que no entrasen en ella. Sentose en el poyo Valleignoto, a su derecha Laura, a la de ésta don Ángel. El médico y el resto de la comitiva, ansiosos de *estirar las piernas*, son palabras sacramentales entre viajeros, fuéronse a pasear por aquellos alrededores.

—Es horrible —Decía el indiano— no encontrar caballos por ningún dinero.

—Están muy mal servidas estas casas —Respondió don Ángel partiendo un enorme pedazo de tortilla.

90. —Dichoso usted —Prosiguió don Simón—, que se marcha en seguida.

—¡Bah! No tengo gran prisa.

—¿De veras?

—Positivamente. Lo mismo se me da llegar un día antes que un día después. Mire usted, yo engordo en camino, porque, a Dios gracias, como y bebo como ustedes ven.

—Si realmente no le importa a usted retardarse algunas horas, caballero, me atrevería a suplicarle que me cediese las caballerías que ya están enganchadas a su carruaje.

—¡Jesús! Con mil amores.

—Es usted la amabilidad misma y no sé cómo manifestarle mi gratitud.

—¡Qué diablos de gratitud! No hay por qué tenerla. Usted, según parece, va de prisa, yo no la tengo. Hoy por ti, mañana por mí.

—Puede usted contar con la recíproca, si la ocasión se presenta.

—Pues no pierda usted tiempo y mande que desenganchen.

—Voy, voy al momento.

Don Simón, en su deseo de acelerar la marcha, no quiso detenerse a llamar a su criado, que no estaba tampoco a la vista, y personalmente entró en la casa de postas a dar las órdenes conducentes a su partida. De esa manera correspondían los sucesos a lo previsto por don Ángel, quien, apenas se vio solo con Laura, dijo sin preámbulos:

—El marqués de San Juan del Río sigue a usted, señorita, y la seguirá hasta el fin del mundo si necesario fuere. No desmaye usted y cuente con su amor en todo evento.

Dichas estas palabras y sin aguardar una respuesta que Laura, en su asombro y rubor, no acertara tampoco a darle, levantose del poyo y entró en pos del indiano en la casa de postas.

Ya el giro de todas las ideas de la hija del indiano, ya los sentimientos de su corazón contradichos y los alientos de su orgullo excitados, la tenían sin saberlo ella misma clara y distintamente, en abierta hostilidad con su padre. Mas al oír inopinadamente a don Ángel, al saber que el hombre preferido la seguía resuelto a todo y al escuchar que el secreto de unos amores que nunca su labio revelara más que a su propio padre, era sabido por un tercero, hízose una revolución completa en Laura, pasando los sentimientos al estado de ideas fijas; los instintos a ser resoluciones; la inerte resistencia a rebelión abierta. () 91 ()

Don Ángel esperó en La Luisiana al marqués, a quien enteró no sólo de lo ocurrido, sino además del plan general que para en adelante había formado; después de lo cual prosiguieron juntos ambos su camino.

Una fragata se daba a la vela para Cuba al día siguiente al de la llegada a Cádiz de nuestro indiano, cuya resolución era pasar otra vez al Nuevo Mundo; pero, al solicitar el necesario pasaporte del gobierno político, se le contestó que acudiese al Ministerio, pues sin la autorización de éste no podía salir de España. En vano alegó la libertad que como ciudadano tenía de trasladar su domicilio a donde le pareciese oportuno; en vano reclamó el común beneficio de la legislación entonces vigente; la autoridad civil, escudada con las órdenes del Gobierno, persistió tenazmente en su primera negativa.

Don Justo, el procurador, tan furioso como su principal con aquel inesperado obstáculo, acudió a los periódicos de la Plaza, ansiosos siempre de hallar pretextos para atacar violentamente al Ministerio y a sus delegados en la provincia. «El remedio es infalible», decía don Justo, «Usted verá cómo ponen al jefe político como ropa de pascua y, *velis nolis*, tendrá que dar el pasaporte y tres más que son cinco». Con tan buenos ánimos se fue en derechura a la redacción del periódico menos exaltado. Su director le contestó que el jefe político era un buen liberal, una autoridad sensata y que, sin duda, tendría sus motivos cuando tal resolución tomaba. Salió, pues, de allí don Justo amostazado, diciendo: «Anilleros <sup>447</sup>, pasteleros <sup>448</sup> al fin, siempre adulando al que manda», y en un abrir y cerrar de ojos se plantó en la redacción del periódico exaltado por excelencia.

—Vengo, —Dijo al entrar— a denunciar a ustedes un abuso de autoridad espantoso, un acto de tiranía como no lo han visto los tiempos de Lozano de Torres <sup>449</sup>. () ¿Querrán ustedes creer que el jefe político se niega a dar a un hombre acaudalado el pasaporte que le pide para La Habana?

—¡Imposible! () ¿Está usted seguro de lo que dice?

—Tengo en mi poder los documentos que lo justifican.

—¿Pero ese hombre está encausado?

—En su vida ha tenido la justicia que hacer con él.

—¿Tiene deudas?

92. —Es millonario.

—¿Es sospechoso?

—Liberal neto. () Es una infamia la que con él se hace.

—En efecto, don Justo, una infamia; y nos han de oír los sordos. ()

El redactor tomó una pluma y púsose a escribir ():

—¿Cómo se llama?

—Don Simón de Valleignoto.

—¿Cómo dice usted? —Preguntó de nuevo el escritor, dejando la pluma en el tintero y quedándose como quien procuraba recordar dónde o cuándo había antes oído aquel nombre.

—Don Simón de Valleignoto —Volvió a decir el procurador— un indiano millonario, mi cliente, que acaba de llegar a Cádiz con su hija y viene de Madrid y quiere irse a La Habana en la fragata Santa Teresa, que sale mañana.

Mientras don Justo hablaba, el periodista sacó su cartera y, consultado que hubo cierto papel que tomó de ella, dijo:

—Amigo don Justo, lo siento, pero no podemos tomar cartas en este negocio.

—¿Cómo! ¿No decía usted hace un momento...

—Hace un momento no lo había reflexionado bien, y ahora sí; con que, servidor de usted, que estoy muy ocupado.

El procurador, lleno de asombro, fuese a darle cuenta a su principal de lo que ocurría.

Don Simón había vivido ya muchos años en el mundo para no conocer que era en aquel momento víctima de una trama hábilmente urdida, en su concepto por el marqués mismo; así pues, aun- 93. que cruelmente contrariado, aparentando resignarse, contestó a su apoderado que acudiría en queja al Gobierno de la arbitrariedad del jefe político. Érale, sin embargo, urgentísimo poner a Laura a cubierto de las tentativas del amante y viéndose en la imposibilidad de salir, como quería, de Europa, acudió a un expediente violento en verdad, pero indispensable en su situación. Para

ello se vio con una de las autoridades eclesiásticas de la diócesis, sacerdote venerable de quien, diciéndole simplemente que su hija, niña aún de quince años, se había enamorado y quería casarse con una persona indigna de ella, obtuvo la autorización competente para depositarla en un convento de religiosas. ( )

Don Ángel y el marqués eran llegados a Cádiz con solas doce horas de atraso con respecto al indiano y la casa de éste se hallaba rodeada de espías del Gobierno y del amante. Minutos después de haber entrado Laura en su convento, sabíanlo el marqués y su mentor.

Cádiz es la ciudad de los amoríos y galanteos por excelencia: la vida no se concibe allí sin eso y, por lo tanto, en ningún otro pueblo acaso halla más recursos un amante. Decímoslo porque conseguir de la demandadera del convento que llevara y entregase a Laura, burlando la vigilancia de las madres, un billete del marqués, se alcanzó por media onza de gratificación y, si el galán fuera pobre, quizá lo consiguiera gratis.

La encerrada doncella recibió el escrito de su amante, lleno de la expresión de un cariño en el fondo sincero, aunque en las formas exagerado hasta la hipérbole; mas Laura ¡era tan niña! y, por otra parte, suena tan bien lo que nos halaga, que leyó aquella misiva tantas veces que acabó por saberla de memoria. Sin embargo, sólo de palabra contestó a ella, aunque benigneamente. Por donde había entrado el primer billete, entró el segundo pidiendo siquiera una esperanza y luego, el tercero pidiendo dos renglones de respuesta y, en seguida, el cuarto pidiendo un rizo y acto continuo el quinto pidiendo el retrato y, por último, el sexto pidiendo una cita. Tres cartas sin respuesta; tres con ella; total nueve cartas escritas en una semana, por las cuatro carillas, se supone, para decir en todas ellas no más que esto: «¿Me quieres? Te quiero».

94. Don Ángel, que a nadie quería y de nadie aspiraba tampoco a ser querido, empleó por su parte útilmente aquel tiempo. Primeramente, presentose a don Simón, a pretexto de conocimiento de viaje, pidiéndole algunas cartas de recomendación para La Habana, adonde (le dijo) quería pasar, por cuyo medio se puso al corriente de las principales relaciones que en aquella isla tenía el indiano y, a mayor abundamiento, haciéndose el pesado de puro necio, se convirtió en una especie de sombra suya.

Valleignoto cayó fácilmente en el lazo, porque el tal don Ángel tenía en realidad bastante talento para fingirse tonto rematado, siempre que a sus intentos cuadraba. Su oficiosidad y obsequioso carácter, su tono afable y sus maneras humildes, inspiraban afecto o lástima y, por otra parte, no le pesaba mucho a don Simón de que aquel simple (tal le creía) le distrajesen algunos instantes de sus hondas cavilaciones, mientras de Madrid llegaba la respuesta a la exposición que al Gobierno había hecho en solicitud de su pasaporte. Pero ¿qué era eso para don Ángel? Algo, sí, mas no todo. Por tanto, tuvo con el jefe político diversas y largas conferencias, de resultas de las cuales aquel funcionario redobló su vigilancia con el indiano y en derredor del convento en que Laura estaba; todo sin perjuicio ninguno del marqués. Avistose también



don Ángel con cierta autoridad eclesiástica y también con ella conversó larga y reservadamente, preparándola como a sus intentos convenía y en estos trabajos, sin perjuicio de los cuales recibía y contestaba su media docena de cartas por correo, le cogió la llegada a Cádiz del capitán Mendoza, que, anticipándose pocos días al Gobierno, creyó oportuna su presencia en el teatro de las operaciones.

Don Ángel profesaba el más alto y profundo desprecio a la humanidad en general y a sus individuos en particular, desprecio tan hondo, tan radical, que hacía en él imposible hasta el aborrecimiento; pero exceptuaba de esa regla a un solo hombre. Este hombre era Mendoza, cuya inteligencia superior, elevadas miras y voluntad inflexible, le imponían respeto, admiración y espanto. ¿Le amaba? Don Ángel no podía amar; carecía absolutamente de corazón: mas le temía y le estimaba.

Viole, pues, llegar con gusto; le dio cuenta minuciosa de todo lo hecho y oyó con orgullosa satisfacción que le dijera:

—¡Bravo, don Ángel! Es usted el único mortal que me comprende, el solo hombre de talento que conozco en el mundo. () 95. ¿Dónde está el marqués?

—Rondando el convento, disfrazado con traje jerezano <sup>450</sup> y contentísimo de verse tan buen mozo.

—¡Majadero! En fin, sacaremos de él el partido que se pueda. Ya le traigo la real licencia <sup>451</sup>; la dispensa de las amonestaciones, y una autorización de quien corresponde para que cualquiera eclesiástico pueda casarlos. () Esta noche se ha de hacer todo y al amanecer de mañana hemos de estar en marcha.

Don Ángel salió en busca de su alumno, Mendoza a casa del jefe político.

Mientras, don Simón estaba desde las doce en la iglesia de San Agustín, porque el día de la llegada de Mendoza fue el 10 de abril, decimoquinto aniversario del nacimiento de Laura; y esperaba el indiano que Pablo compareciese a la cita que ocho años antes le había dado. Hasta la una esperó en vano: cerrose la iglesia y Valleignoto, triste, desanimado, melancólico, hubo de retirarse. Volvió, empero, al mismo sitio a la hora de vísperas y por fin, al anochecer, vio entrar al ermitaño con su acostumbrado traje y constante apostura. Con impaciencia contó los instantes que el cenobita postrado en el suelo tardó en hacer oración; con impaciencia caminó después hasta el mismo gabinete en que había tenido con aquel misterioso personaje su primera conferencia.

—¿Vengo ya tarde, Simón? —Le preguntó el ermitaño solemnemente.

—No sé, Pablo. Lo temo.

—Ya mi voz te lo anunció.

—Las reconvenções son inútiles y los instantes preciosos. Laura está al borde del abismo; yo no encuentro para ella otro medio de salvación que entregársela al patriarca del valle.

—¿Dónde está pues? Que venga.

—Está en un monasterio y las puertas de la ciudad ya cerradas. ¿Por qué has venido tan tarde?

—Por falta de barco en el puerto.

—Desdichas mías. En fin, mañana te la entregaré.

—¿Mañana?

—Sin falta. Lo juro.

96. Don Simón, visto que no podía luchar con todos los elementos contra él conjurados, había en efecto resuelto entregar a su hija en manos del ermitaño, con quien no le quedaba medio de dudar que estaría al abrigo de toda tentativa.

Pablo se quedó pensativo cuando el indiano acabó de hablar y notábasele cierto desasosiego en toda su persona. Observo don Simón y ya iba a preguntarle la causa, cuando su ayuda de cámara llamó aceleradamente a la puerta del gabinete y le anunció que un portero del gobierno político acababa de traer un oficio para él, en cuyo sobre se leía la palabra *urgentísimo*. Tomó Valleignoto el pliego y, abriéndolo, leyó en él lo siguiente: «Para un asunto de la mayor importancia que no sufre demora, se servirá usted presentarse dentro de una hora en la oficina de mi cargo; en la inteligencia que, de no verificarlo, le parará el perjuicio a que haya lugar. Dios & c. Sr. D. Simón de Valleignoto». Sorprendido y alarmado no sin fundamento don Simón, explicando a Pablo de lo que se trataba y rogándole que le esperase en aquel mismo paraje, salió inmediatamente a presentarse a la autoridad política.

Llamábale ésta para preguntarle las causas de su *disenso* al matrimonio de Laura con el marqués. Don Simón persistió en su negativa con tenacidad, conviniendo empero en que Leoncio reunía cuantas dotes pudieran apetecerse para yerno. El magistrado civil, graduando de irracional aquel disenso, despidió por tanto al inflexible padre con estas palabras: «Está bien. Si usted falta a las obligaciones que por la naturaleza tiene, yo cumpliré con las que la ley me impone».

Don Simón regresó apresuradamente a su casa a dar cuenta al ermitaño de lo que pasaba. A consecuencia, pues, de la conversación de entrambos, convinieron de común acuerdo en que al amanecer del siguiente día, sacando a Laura del convento, partiría ésta con el cenobita, fletándose para ello un falucho expresamente. Don Simón, quedándose algunos días más en Cádiz para el arreglo definitivo de sus negocios, debía salir en breve para reunirse con su hija y renunciar al mundo por siempre. Don Justo fue llamado en el acto a casa del indiano y recibió las instrucciones convenientes para cooperar por su parte al éxito de la empresa y, cuando todos esos preparativos se terminaron y volvieron a quedarse solos don Simón y Pablo, serían más de las once de la noche.

El ermitaño había estado casi continuamente orando, pero en medio de su devoción y recogimiento daba tan visibles muestras de inquietud. () 97.

—Simón, vamos a ver a tu hija. Llévame al monasterio.

La expresión del ermitaño al pronunciar aquellas palabras era aterradora. Seguramente el presentimiento de alguna gran calamidad le oprimía. Su convicción era tan profunda, que el indiano no pudo menos de participar de ella. Salieron, pues, juntos ambos y encamináronse al convento de Laura. Al aproximarse a él advirtieron con sorpresa y sobresalto que le rodeaban los agentes del gobierno político. En la portería se les detuvo y, como don Simón insistiese con violencia en pasar adelante alegando sus derechos de padre, uno de los agentes se creyó obligado a dar parte a la autoridad de lo que ocurría. En aquel momento un sacerdote acababa de pronunciar, en el locutorio principal, las palabras sacramentales y de echar la bendición que liga irrevocablemente a la mujer y al hombre.

Laura era esposa del marqués de San Juan del Río. Mendoza y don Ángel testigos, un capellán de la guarnición fue ministro, y la autoridad civil presidió la ceremonia. El Gobierno suplió el consentimiento paterno; la jurisdicción castrense dio la autorización de que Mendoza hizo mención y, habiéndose alegado y probado con las declaraciones de la interesada, del capitán y de don Ángel, que don Simón condujo a Laura por sorpresa al convento y que, abusando de su autoridad, la tenía en él encerrada, el jefe político, en cumplimiento de su deber, no tenía más que hacer que lo que hizo <sup>452</sup>.

Cuando el agente anunció la llegada de don Simón, su alucinada hija tembló como un reo ante su juez; el marqués pidió que no se le recibiese y Mendoza guardó silencio. Por lo que hace a don Ángel, esquivose y no se le volvió a ver en el convento. Perplejo estaba el magistrado, pero el indiano le sacó de dudas atropellando violentamente a cuantos a su paso se oponían y penetrando en el locutorio. Pablo le seguía de cerca. La ira, el temor, la ansiedad, la desesperación, todas las pasiones, todas las penas de la humanidad se pintaban a un tiempo en el rostro desencajado de don Simón, que, con los ojos saltándosele de las órbitas, contemplaba desde la puerta al marqués y a su hija, aún enlazadas las manos, y al sacerdote que en las suyas conservaba abierto el sacro ritual.

—¡Laura! —Exclamó en fin, sacando de lo más hondo de su pecho un sonido áspero, cavernoso y aterrador— ¡Laura! ¿Qué significa esto?

—Esto significa —Respondió severamente el magistrado civil— que las leyes en España no consienten ya que los padres tiranicen a sus hijos y que si usted intentase contra esa señora la más leve ofensa, sería ejemplarmente castigado.

Diciendo esto salió del locutorio, sin que don Simón, que parecía petrificado por el furor, le contestase palabra, ni tal vez se la oyera.

98. —Esto significa —Dijo a su vez el sacerdote— que en nombre de Dios acabo de unir para siempre a Laura de Valleignoto con el marqués de San Juan del Río, Leoncio de Montefiorito.

—¡Mentira, mentira! —Clamó desesperado el indiano— ¡Tú mientes, sacerdote de Luzbel!

El capellán, creyendo que aquel hombre estaba demente, se apresuró a retirarse. Laura, oculta en los brazos del marqués; Mendoza no perdiendo de vista un momento a don Simón; éste y Pablo, se quedaron solos.

— Simón, —Dijo Pablo— recobra tu razón: tu hija se ha casado, sólo Dios en el cielo puede romper el nudo que en la tierra la enlaza a su marido. Perdona y serás perdonado.

—Pablo —Contestó Simón, recobrando un tanto la calma— no es cierto que están casados, no puede serlo.

—Lo están, —Dijo Mendoza— y esta escena se ha prolongado ya por demás. Vamos, señora. Vamos, marqués.

—Deteneos —Exclamó Simón—, deteneos. Oye, Leoncio de Monteflorito, tú eres mi hijo.

Al pronunciar estas palabras el infeliz padre, ciego ya, alargaba un papel, que Mendoza asió apresuradamente, y caía desplomado en el suelo a los pies de Laura, que, en el acto, perdió el sentido.

—¡Dios se apiade de tu alma! —Gimió Pablo horripilado.

—¡Misericordia y perdón! —Murmuró don Simón de Valleignoto, y dejó de existir en aquel mismo instante.

## 453 LIBRO TERCERO

### LA EMIGRACIÓN

#### 99. CAPÍTULO I. La invasión francesa

Siguiendo paso a paso a los personajes principales de la historia que escribimos, nada hemos dicho de los sucesos políticos en España durante la época constitucional y, como aquellos acontecimientos, influyendo poderosamente en los destinos del país, naturalmente lo hicieron no poco en la suerte de los actores de nuestro drama, preciso y hasta indispensable es que digamos de ellos siquiera dos palabras.

Y, en efecto, la revolución española hecha por el ejército a impulso de las sociedades secretas <sup>454</sup>, acepta sólo a la clase, poco numerosa entonces, de las personas ilustradas según las modernas teorías; indiferente o antipática para las masas populares y, por tanto, más procaz que sangrienta, más fanfarrona que audaz, se desbordó de pluma y lengua de una manera de que hoy no es fácil quizá formarse idea. Si el régimen democrático puro estuviera de hecho establecido, no se expresaran los periódicos con más virulenta irreverencia, al hablar del Trono, que lo hacían ya en 1822. Cuanto la más antigua monarquía española veneró en un tiempo, se conculcaba entonces, y no hubo teoría de la Revolución Francesa que teóricamente no se exagerase entre nosotros.

En 1820 aceptaron con entusiasmo la Constitución cuantos podían llamarse liberales, y realistas moderados hubo que se prometieron vivir tranquilos bajo su amparo: la ineptitud caprichosa, la débil tiranía y el ciego favoritismo habían allanado el camino a las innovaciones. Muchos de los mismos liberales, hasta aquel momento proscritos, pensaban en reformar la ley que, hecha en Cádiz en momentos de peligro y de exaltación, se resentía naturalmente de la preocupación de los ánimos de sus autores; y si tal llegara a verificarse, quizá no contara la historia contemporánea tantos días de duelo y de trastornos. Mas no se hizo, ni pudo hacerse por dos causas poderosas que a indicar vamos: 1.ª Fue la primera la escisión, inmediata al triunfo, del partido liberal en dos bandos, con las denominaciones de exaltados y moderados; aquél quería exagerar las consecuencias de la revolución, éste atenuar sus efectos; el primero exterminar a sus enemigos, atraérselos el segundo. La fuerza era el agente de los exaltados, la pasión su móvil; la prudencia regía a los moderados, la templanza y la persuasión eran sus armas. Por de contado que en uno y otro había hombres de buena fe, y también ambiciosos de alta y baja esfera; y parásitos políticos de los que con sus principios sólo tratan de asegurarse el puchero; y, especialmente en el partido más violento, sectarios frenéticos, sedientos de sangre y robo; mientras que, en cambio, en el templado, no pocos realistas entonces llamados serviles, encubiertos con la máscara de la moderación. Pero si esa escisión de los liberales fue realmente nociva a la reforma política, quizá ésta hubiera al cabo triunfado de todo género de

obstáculos, si no tuviese por encarnizado enemigo al jefe de Estado, al rey don Fernando VII, a cuya capacidad absoluta, a cuyo hábil tacto para el mando creemos que no se ha hecho hasta hoy completa justicia.

Fernando era el tipo más completo que imaginarse puede en su especie. Su ingenio claro y perspicaz, digan lo que quieran todos sus enemigos, le reveló desde luego el secreto de la debilidad de la revolución, que consistía en no ser más que una conspiración afortunada; su sagacidad natural, conocer que los españoles, de suyo enemigos de novedades, no estaban a mayor abundamiento preparados para las que entonces querían introducir los liberales; y, por último, su instinto del gobierno, que el mayor enemigo de la revolución en España era la revolución misma. Por eso, aparentando, con la perfección de un actor consumado, entrar de buena fe en el nuevo sistema, llenando de honores a los corifeos del movimiento, prestándose a sentar en las sillas ministeriales a los que momentáneamente gozaban del aura popular, mandándose hacer uniformes de ésta y de la otra Milicia Nacional Voluntaria, al mismo tiempo incitaba a los realistas de Cataluña, Navarra y Castilla a que se sublevaran; fomentaba las esperanzas de los moderados, prometiendo una constitución con dos cámaras; favorecía la insurrección su Guardia Real y entretenía continua correspondencia con las cortes absolutistas de Europa. Pero ¿cómo hacía todo eso? Dejando siempre a salvo su persona, esquivando constantemente compromisos irrevocables, inmolando o dejando inmolar a los vencidos. En moral privada, semejante conducta es horrible; tratándose de asuntos políticos y reflexionando que aquel monarca debía considerarse como legítima y, acaso, última personificación en España de la soberanía por derecho divino, quizá la historia le juzgue de otra manera. El hecho es que Fernando VII ni podía ni debía ser amigo de la revolución y que ésta, en el ataque, no se mostraba en verdad tan escrupulosa que tuviera derecho a exigir en la defensa un ascetismo riguroso.

Pero, volviendo al relato, no satisfecho el rey con las indicadas baterías, imaginó otra cuya invención sola prueba hasta qué punto conocía la índole del pueblo que gobernaba y su estado moral en la época a que nos referimos. Desde luego, se entiende que hablamos de *El Zurriago*<sup>455</sup>, periódico único en su especie, colección espantosa de las más anárquicas doctrinas, de los más groseros insultos a la persona del rey mismo y a la de todo español de alguna valía; suma y compendio de todo cinismo; exageración, en fin, de los escritos de los maratistas<sup>456</sup> franceses. Si en el pueblo existiera entonces la más mínima partícula del germen revolucionario, seguramente la cabeza de Fernando hubiera rodado del Trono abajo, llevando consigo al cielo la Corona de Castilla. Nunca se hizo tentativa más temeraria que la de consentir y fomentar aquel periódico, pero se hizo, volvemos a decirlo, con pleno conocimiento de causa; y los resultados correspondieron, por tanto, a los cálculos del rey. *El Trágala*<sup>457</sup> y *El Zurriago* son los verdaderos autores de la contrarrevolución<sup>458</sup>.

Mas, como quiera que sea, el hecho es que al principiarse el año de 1823, había en España guerra civil sangrienta, carnífera, espantosa entre liberales y serviles o rea-

listas; guerra sin armas pero virulenta, implacable, entre exaltados y moderados; guerra entre los comuneros y masones; escisión en los comuneros y escisión entre los masones <sup>459</sup>; zurriaguistas enemigos de todos y de todos odiados; un ejército poco numeroso, desunido, indisciplinado; generales ambiciosos, sin partido o instrumentos de un bando cualquiera, salvo muy contadas y conocidas excepciones; un gobierno sin poder ni prestigio; unas cortes que imaginaban ser soberanas y apenas tenían influencia en el terreno que pisaban; un monarca jefe de todas las conjuraciones contra el régimen liberal y, en los Pirineos, la vanguardia de la Santa Alianza, compuesta de cien mil franceses a las órdenes del duque de Angulema, pronto a violar el más sagrado de los derechos de un pueblo: su independencia.

Tal era el estado político del país cuando acaecieron los sucesos referidos en los últimos capítulos de la segunda parte de nuestro libro.

Don Simón de Valleignoto, como dejamos dicho, no tomaba parte activa en los negocios públicos: sus servicios al partido liberal fueron tan secretos que en nada le comprometían y, por otra parte, sus propios disgustos le ocupaban tanto que apenas se curó de lo que pasaba.

En cuanto a Leoncio de Monteforito, marqués viudo de San Juan del Río, aunque al comenzar la revolución se afilió en la masonería reformada y era, por tanto, del partido exaltado, ya por el destino que desempeñaba en Palacio, ya, en fin, por lo que le daban en que pensar sus amores, llegó a adquirir una reputación de tibio y a perder gran parte de su prestigio; quizá se le llamara apóstata a no protegerle la amistad de Mendoza.

Éste no era por cierto zurriaguista, mas tampoco moderado, ni mucho menos. Tenía fe en sus doctrinas democráticas, anhelaba ponerlas en práctica, todas las acciones de su vida iban encaminadas a ese fin; pero, al mismo tiempo, a su claro entendimiento no podía ocultarse que no era llegado el momento de realizar sus proyectos. Así, Mendoza fue siempre exaltado con moderación, inflexible sin terquedad, revolucionario sin escándalo. Los masones no quisieron nunca consentir que hombre de su temple dejase la logia por el campo de batalla durante la guerra civil; pero, una vez segura la invasión extranjera y decretada la traslación a Sevilla del rey y de las Cortes, Mendoza, sordo a todos los consejos, insensible a todos los ruegos, pidió y obtuvo que se le destinase al Estado Mayor del ejército de Cataluña que, a la sazón, mandaba el célebre general D. Francisco Espoz y Mina <sup>460</sup>. Antes, empero, de marchar a su nuevo destino, quiso dejar terminado el matrimonio del marqués con Laura y no por el afecto que a aquél profesaba, sino como parte de sus planes para lo sucesivo.

Mendoza no se hacía ilusiones en cuanto al éxito probable de la guerra, porque había estudiado profundamente el país y apreciaba en lo que ellas valían las bravatas del 11 de enero y las proclamas, canciones y comidas subsiguientes <sup>461</sup>. Sabía, pues, con evidencia, que los pocos que se conservasen fieles a la causa de la revolución tendrían que optar entre el cadalso y la emigración al extranjero. De aquí su obstinación

en cuanto al casamiento de Laura: Leoncio de Montefiorito, si aquel enlace no se verificaba, sería en resumen uno de tantos y nada más; dueño de las inmensas riquezas de Valleignoto, podría ser el paño de lágrimas de los proscritos y el cajero de la revolución <sup>462</sup> que, más tarde o más temprano, había de realizarse (según Mendoza), no como quiera en España, sino en la Europa entera.

Los acontecimientos, entre tanto, se precipitaban: el mismo día del casamiento de Laura con Leoncio y de la muerte del padre de ambos, el rey entraba en Sevilla, las Cortes estaban ya en camino para la misma ciudad y los franceses completaban la organización de su ejército en la frontera. Era, por lo mismo, indispensable apresurarse a disponerlo todo y los obstáculos se multiplicaban hasta el infinito ante la actividad del capitán revolucionario.

Vol vamos ahora a anudar el hilo de nuestra historia, que cortamos, referida la muerte de Valleignoto: Al pronunciar éste sus últimas palabras, Laura perdió el sentido, Leoncio quedose como estatua de hielo ( ) 103. ( ) Ambos, llevados después a la casa que fue del indiano, estuvieron muchos días entre la vida y la muerte. Leoncio se restableció el primero; Laura salió de peligro también algo después, mas sin recobrar el uso de la razón, que, a impulso del dolor, perdiera. Su locura <sup>463</sup> fue silenciosa: no profería una queja ( ) y, con frecuencia también, era víctima de peligrosos paraxismos <sup>464</sup>.

Mendoza, auxiliado eficazmente por D. Ángel y con plenos poderes del marqués, tomó, en nombre de éste y de Laura, posesión de la herencia de D. Simón, consistente toda en dinero metálico y cuya suma excedía en mucho a la calculada por el capitán. ( ) Mendoza salió en posta para Cataluña dejando a D. Ángel encargado del resto y con instrucciones para todos los casos contingentes.

Don Ángel, a quien convenía por todos conceptos permanecer en Cádiz, aceptó con gusto aquella comisión y la desempeñó tan 104. cumplidamente que, en poco tiempo, puso a salvo en el extranjero la parte de las riquezas del difunto indiano que existía en España, sin perjuicio de atender a sus propios negocios, al cuidado de los dos enfermos y de cautivar la voluntad de Leoncio lisonjeando sus inclinaciones. De esa manera, se halló de hecho y de derecho instalado en la casa de Leoncio y Laura, siendo a un tiempo apoderado general, consejero y mentor de aquel. ( )

104. Entre tanto, corría el tiempo y acercábase el desenlace del drama político entonces pendiente: a mediados de junio las Cortes trasladaron a Fernando VII a viva fuerza a la plaza de Cádiz, declarándole incapaz para reinar durante el viaje y rehabilitándole inmediatamente que a la isla gaditana llegaron.

Entonces Leoncio, ya restablecido, se presentó de nuevo en la corte y, viendo los negocios con ojos de hombre rico, es decir, sin ilusiones, comprendió que a sus intereses convenía romper los lazos que con la revolución le ligaban y estrechar, en compensación, los vínculos que como grande y gentilhombre le unían con el Trono <sup>465</sup>. ¡Cosa singular! Su compañero de logia, el incansable agente de la masonería, el hombre de



confianza de Mendoza, don Ángel, en fin, fue quien le puso en la senda de la apostasía, quien le alentó a consumarla, quien le facilitó los medios y le allanó los obstáculos.

Leoncio de Montefiorito era uno de tantos humanos como hay en el mundo que no tienen ideas fijas ni aun propias y que, por lo mismo, carecen de carácter determinado, ceden siempre a las impresiones del momento, nunca ven más que aquello que tienen delante. Mendoza le dominaba por el ascendiente de la fuerza moral <sup>466</sup>, como el gigante al enano; don Ángel, por la astucia y la flexibilidad, como la serpiente al pájaro. Su destino era estar dominado. Entró, pues, sin dificultad en su nuevo camino: hízose agente del monarca, desempeñó en su obsequio comisiones peligrosas y, llegado el 30 de septiembre <sup>467</sup>, se creyó seguro de su porvenir, en lo cual se engañaba: porque algunos meses de vergonzante Realismo no podían servir de compensación a tres años de pública liberal exaltación.

El rey, sin embargo, agradecido a sus recientes servicios, le dio un buen consejo, que fue el de detenerse en Cádiz algunos días, en vez de seguir la corte, como Leoncio le había propuesto. Si tal hiciera, al llegar a Sevilla indudablemente le alojaran en algún calabozo, pues que en su ausencia se le depuso del empleo de gentilhombre, comprendiéndole además el real decreto que *para* 105. *siempre* desterraba a los ex oficiales de la Milicia Nacional voluntaria de la corte, Sitios Reales y su radio hasta quince leguas. En virtud de estos preliminares y previa consulta a D. Ángel, que también permaneció en Cádiz, juzgando Montefiorito que aún su vida peligraba en España, resolvióse a emigrar, aprovechando la oportunidad que para verificarlo le ofrecían la inmediatez de Gibraltar por una parte y por otra la tolerancia y hasta la protección que el ejército invasor dispensaba a los liberales proscritos. () Pudo el 15 de octubre embarcarse en un buque inglés que, con su esposa y don Ángel, le condujo en pocas horas a Gibraltar, desde donde, pasado un mes, se trasladó a Londres.

Confiscáronle en España los pocos bienes que personalmente poseía; pero la inmensa riqueza del malaventurado Valleignoto, de antemano puesta a cubierto de todo peligro, hizo que mirase con desdén aquella medida y que la emigración no tuviese para él más inconveniente que el inevitable de no pisar el suelo patrio. D. Ángel, constituido ya en individuo de aquella familia, le siguió de Gibraltar a Londres <sup>468</sup>.

## 105. CAPÍTULO II. La cura de Laura

El Gobierno inglés había dejado con estoica indiferencia consumarse el acto inicuo de la intervención armada de la Santa Alianza en los negocios de España; su poderosa influencia no se empleó siquiera en amortiguar en algo la violencia de la reacción absolutista y su representante presenció, en fin, en Madrid, los suplicios ordenados por un tribunal de verdugos. Sin embargo, la revolución española era popular en Inglaterra: los emigrados de la Península fueron recibidos en las islas británicas a brazos abiertos; para socorrer su miseria se fundaron sociedades donde hasta el simple jornalero contribuía con las escasas economías de su salario y aun el Gobierno señaló pensión a ciertas categorías de proscritos. Si los emigrados a Inglaterra perdieron al cabo su popularidad, culpa fue de algunos de ellos, no de los ingleses.

En efecto, no emigró una clase sola, no emigró tampoco un partido político en masa, sino que emigraron individuos de todas categorías sociales, desde la más alta hasta la más baja, de todos los bandos liberales, desde el moderado casi realista hasta el exaltadísimo zurriaguista. Con el general veterano, iba el guerrillero asesino; con el diputado concienzudo, el orador cínico de la sociedad patriótica y, junto al honrado miliciano voluntario, el demagogo asalariado de los motines y de las asonadas. De este conjunto de seres diversos y heterogéneos se formó una masa, muy semejante al caos primitivo, que se llamó emigración, en la que todo entraba; así lo bueno como lo malo, pero lo último, como es inevitable, más de relieve, más visible y, por lo tanto, perjudicial a lo primero.

Los verdaderos emigrados políticos, buscando lugares baratos y retirados donde, unos con la pensión y con su trabajo otros, sustentaban parcamente sus familias y personas, figuraban poco. La parte que más bien tenía delitos que opiniones, siempre en movimiento, bullía por do quiera, aquí intrigando, estafando allá, en todas partes perjudicando el crédito español, por manera que, además de la proscripción y de las privaciones, afligían a los buenos la perversidad y escándalo de los indignos.

Mina y Torrijos<sup>469</sup>, por ejemplo, tuvieron que retirarse de Londres por no ser testigos de mil acciones indecorosas<sup>470</sup>; otros huyeron a Jersey<sup>471</sup> y, los que no pudieron, alojándose en los barrios más apartados del centro de la gran ciudad, redujéronse a vivir en el más completo aislamiento.

A su llegada a Londres, Leoncio se estableció cómoda pero modestamente, por consejo de don Ángel, en una casa de campo a cinco millas de aquella capital y desde luego<sup>472</sup> se suscribió por una razonable suma mensual para el socorro de sus compañeros de emigración, entendiéndolo sólo durante los primeros meses en la cura de Laura, que confió a uno de los médicos más afamados e inteligentes del país ( ).<sup>107</sup> Contentose con rogar al facultativo que no abandonase a la enferma, añadiendo sólo que la muerte repentina y a su vista de don Simón de Valleignoto era el origen de su dolencia.

Mientras acontecía lo referido, Mendoza, en el ejército de Cataluña, cumplía con su obligación como valiente y honrado militar; pero la fortuna no secundó sus esfuerzos. Después de una campaña tan corta como brillante, Mina se había visto en la precisión de encerrarse en Barcelona, plaza que defendió con vigor todo el tiempo y aun más del que racionalmente pudiera exigírsele <sup>473</sup>. Nuestro capitán desplegó en aquel sitio un valor y una actividad sin límites: para él no hubo tregua ni descanso; donde quiera que surgía un riesgo, allí se encontraba y siempre en primera fila. Mil veces el general en jefe quiso recompensar sus hazañas en grados y ascensos: Mendoza se negó siempre a tales recompensas, aplazándolas, decía, para después de la victoria, que él mismo no esperaba y era, en efecto, imposible.

Por fin, en una salida, mandando la vanguardia, fue herido y hecho prisionero por los franceses, que le trataron con todas las consideraciones debidas al valor desgraciado, mandándole, cuando convaleció de su herida, que no fue grave, a un depósito de prisioneros en lo interior de Francia, bajo su palabra de honor, sin escolta ninguna. Allí permaneció hasta el fin de la guerra y disolución de los depósitos; y entonces pasó a Londres, a ruegos repetidísimos de Leoncio, de vivir en su compañía.

A poco tiempo de su llegada, don Ángel, bajo el nombre de don Anselmo Fernández y con un pasaporte en regla de la embajada española en Londres, regresó a España, embarcándose precisamente el mismo día que lo hicieron algunos desesperados con la loca idea de reconquistar, por medio de una guerra civil, el país de que poco antes fueron expulsados. ()

Mendoza desde niño era incrédulo, desde niño estaba dotado de un valor a toda prueba. Sus nociones de lo bueno y de lo malo eran peculiares suyas, aunque fijas e invariables; en provecho exclusivamente propio, hasta entonces, sola una vez había infringido los preceptos de la moral en beneficio y gloria de sus principios políticos; todo lo había sacrificado sin escrúpulos y sin remordimientos. Y, sin embargo, en presencia de Laura demente, temblaba y casi se arrepentía. () En fin, Mendoza olvidó por algún tiempo hasta que estaba proscrita su persona y vencida su bandera, para atender exclusivamente al restablecimiento de Laura con más ardor aún que Leoncio; con toda la energía y actividad propia de su carácter.

Su primer paso fue, naturalmente, consultar a solas con el doctor Edwards (así se llamaba el médico inglés), enterándose minuciosamente de los progresos de la cura hasta aquel momento y comprendiendo sin dificultad las explicaciones del facultativo, aunque entonces por vez primera trataba de asuntos de la medicina:

—En resumen, doctor, —Dijo nuestro capitán al cabo de una hora de conversación— si yo no he comprendido a usted mal, ¿nuestra enferma padece del sistema nervioso?

—Así es —Respondió Edwards—. Tenemos una verdadera neuralgia, enfermedad contra la cual la medicina es casi impotente. Podemos paliar, si se quiere, sus efectos hasta cierto punto; podemos aliviar a los que la padecen, curarlos nunca: la naturaleza sola lo alcanza.

—¿Para qué sirve, pues, la Medicina?

—Para auxiliar a la naturaleza y nada más; para remover los obstáculos que a su acción se oponen en el estado morbosos. Cuando conocemos a fondo la índole de los órganos y sus funciones en el sistema vital, entonces, y no sin estudio inmenso, podemos también conocer sus enfermedades y combatirlas. Pero cuando se trata de los nervios, cuya textura y manera de ser son misterio para nosotros, ¿qué quiere usted que hagamos? Lo que ya le he dicho: paliar los efectos, combatir los síntomas de las enfermedades que la alteración de su economía produce en otros órganos; pero el verdadero mal en pie se queda, porque no podemos atacarlo en su origen. Aquí, por ejemplo, no hay demencia caracterizada, pues que la enferma no desvaría en modo alguno; no hay monomanía, porque esa señora de nada habla; no hay idiotismo, porque sus actos son todos racionales, porque en sus ojos se refleja la razón, porque sus lágrimas nos revelan una sensibilidad exquisita. Lo que hay es, indudablemente, un gran dolor, una sensación moral tan honda, tan cruel, que ha paralizado temporalmente más bien la energía que el uso de ciertas facultades mentales. Por lo demás, todos los órganos funcionan como deben, ninguno ofrece alteración perceptible y, por lo que respecta al cuerpo, esa señora se encuentra en estado de perfecta salud.

—Es decir, que el alma es la enferma.

—Precisamente.

109. —¿Y si usted conociera a fondo la causa de esa enfermedad moral, podría curarla?

—Me hace usted una pregunta a que me es imposible responder categóricamente. Sin conocer la causa, claro está que no puedo intentar la cura; pero, una vez conocida, ¿lograré mi objeto? No lo sé. De lo único que puedo responder es de procurarlo.

—Pero usted ¿cree o no que las afecciones morales se curan?

—¿Pues no he de creerlo? Por de contado con el tiempo se curan la mayor parte de ellas. ¿Por qué? Porque las sensaciones nuevas van sucesivamente neutralizando los efectos de las antiguas. ¿Sabe usted lo que hacemos con los medicamentos que propinamos a nuestros enfermos? Unas veces apoderarnos, por decirlo así, de las causas morbosas, por medio de combinaciones químicas, previstas en virtud del conocimiento de las afinidades recíprocas entre ciertas sustancias; otras, producir sensaciones más poderosas que las que causaron la enfermedad, para provocar una reacción en la naturaleza. () ¿Y no comprende usted que en el orden moral puede seguirse un método análogo?

—Sin duda; pero entonces el médico es inútil, lo que se requiere es simplemente un filósofo observador.

—Permítame usted que le diga que se engaña. El hombre es un compuesto de espíritu y materia; y, mientras dura la vida, esos dos grandes elementos son en él inseparables. ¿Padece una enfermedad el cerebro? Su inteligencia se resiente de ella. ¿Atórméntale

una idea fija? Su cerebro padece. Triste médico es aquel que no estudia tanto lo moral como lo físico; pobre filósofo el que desconoce la fisiología <sup>474</sup>. () 110. () 111.

Habiendo observado en su larga carrera que la mayor parte de las enfermedades que afligen a la especie humana procede o de los refinamientos de la civilización o de la consiguiente espantosa miseria en ciertas clases de la sociedad, cuando no de los vicios y depravación de los individuos, nuestro doctor profesaba la doctrina de que por la salud de que los pueblos gozaban, podía en general deducirse su moralidad y recíprocamente, salvo excepciones muy fáciles de explicar aun dentro de ese mismo sistema. De ahí su principio de curar simultáneamente el cuerpo y el espíritu y de ahí también su temor de que Laura sucumbiese tal vez a impulsos de la gran reacción moral que en ella era preciso producir para que recobrase el uso de la inteligencia <sup>475</sup>. () No había perdido ninguna de sus facultades, las tenía simplemente embotadas; padecía, en resumen, una parálisis producida por el violentísimo natural efecto de la escena del locutorio de Cádiz. Para que la reacción fuese proporcionada a la acción, era, pues, indispensable hacerla violenta y, como no había medio de medir matemáticamente ambas fuerzas, los resultados eran también harto inciertos. Por eso el doctor, antes de acudir al último remedio, quiso valer-se de paliativos y llevar la curación por trámites prudentes: todo fue en vano.

112. Leoncio entabló con Laura una conversación sobre el estado en que ambos se encontraban. Insistió con vehemencia en la fatalidad de su destino; declamó, gesticuló, sin que Laura saliese de su apatía. Mendoza, después, con fría severidad y hasta con afectada dureza, la habló largamente del asunto sin que ella diese muestras de comprenderle. A su vez, el doctor Edwards quiso ver si, al oír en boca de un extraño el terrible secreto, se conmovía la paciente. Pero lo intentó sin fruto. Rodeáronla de objetos que habían pertenecido a su padre y a ella misma cuando soltera; vistiéronla el traje que llevaba la noche de su casamiento; colgaron, en fin, en su estancia y frente al sofá en que pasaba sentada los días, el retrato de don Simón de Valleignoto y todo fue inútil. ()

Con todo eso, el amor fraternal en Leoncio, los remordimientos, por lo menos, de Mendoza y el punto de honra en el doctor, hicieron que los tres se resolviesen a intentar cuanto de intentar fuese en la materia y, puestos de acuerdo, embarcose Edwards para Cádiz, llevando una carta de Montefiorito para don Justo. El objeto de este viaje, que duró poco más de un mes, se comprenderá por lo que a su tiempo diremos. ()

Durante la ausencia de Edwards, que dejó a Mendoza particulares, minuciosas instrucciones, el capitán puede decirse que no se apartó un solo momento de Laura (). Leoncio veía con frecuencia a su hermana, secundando de la mejor fe del mundo los esfuerzos de sus amigos; mas, hombre de corte y de placeres desde que nació, amante apasionado del lujo y de la ostentación, y dueño de un capital enorme y, eso, en Londres, no pudo resistir siempre a las tentaciones. En consecuencia, hoy no podía excusarse de asistir al banquete de lord A. y pasado mañana le era indispensable aparecer siquiera en el *raout* de lady B. Una noche a la semana a la ópera no era ningún exceso y otra al Jockeyclub, casi una obligación; por manera que con eso y pagar las visitas, para nada le alcanzaba el tiempo.

113. Mendoza, pues, y Laura, estaban casi siempre sin más compañía que la de alguna criada (). Encerrado desde por la mañana hasta la noche con una mujer bellísima y tanto más interesante cuanto más desgraciada; fijos siempre en ella los ojos; manejándola como a un niño por exigirle así su estado mental y expuesto, sin la defensa siquiera del temor, a una influencia casi irresistible, hallose Mendoza enamorado de aquella hermosa estatua, pero profunda, violentamente enamorado y sin darse cuenta de ello a sí mismo. () Cuanto más fuerte el hombre, tanto más débil si se enamora.

En tal estado se encontraban las cosas cuando Edwards regresó de Cádiz dispuesto como a sus fines convenía y Mendoza confesó que, a pesar de todos sus esfuerzos, Laura en la esencia no había hecho progreso alguno. ()114. Se compró una casa de campo que un arquitecto dispuso, según los planos traídos de Cádiz por el doctor, de una manera en todo semejante al convento en que Laura estuvo depositada. Allí se le construyó una celda igual a la que de habitación le 115. sirviera, alhajada con muebles idénticos y con las mismas estampas que la verdadera, compradas por Edwards al monasterio. Algunas mujeres e hijas de emigrados pobres se prestaron a desempeñar el papel de monjas y no faltaron hombres que consintiesen en hacer los restantes, por manera que, gracias a la inteligencia del doctor, a la actividad de Mendoza y al dinero que fue de Valleignoto, pudiera muy bien creer cualquiera persona cuerda que aquella casa era el convento gaditano, por algún prodigio del arte trasladado íntegro a la capital de Inglaterra.

Dispuestas así las cosas y propinado un ligero e inofensivo narcótico a la enferma cierta noche, cuando ya el sueño se había completamente apoderado de ella trasladáronla en una cómoda silla de manos a la casa convento y, de nuevo desnuda <sup>476</sup>, la metieron en la cama de su celda. El doctor y Mendoza cuidaron de disponer los registros y comunicaciones oportunas para observar cuanto pasaba y acudir prontamente en auxilio de Laura siempre que necesario fuese. Leoncio, lleno de temor, esperaba con sobresalto el desenlace de aquel drama.

La enferma no despertó hasta muy entrado el día y, al tender la vista en su derredor, desconoció, como era natural, aquel sitio. Incorporose en la cama y, considerando con atención la celda, hizo un ligero movimiento de sorpresa; después restregose los ojos y volvió a mirar pero, súbitamente, lanzando un ¡ay! de espanto y terror, echó en la almohada la cabeza tapándosela con la colcha.

Mendoza y el doctor lo veían todo. El primero se estremeció al oír el grito de Laura; el segundo, que observaba al trasluz del prisma de la ciencia, sonriose satisfecho, diciendo en voz baja: «Vamos bien, mejor de lo que yo esperaba. Cree que sueña y no ha perdido enteramente la memoria». Mendoza, oyendo y entendiendo al sabio, tranquilizose desde luego.

En efecto, Laura, al aspecto de aquella celda en que había pasado tantas amargas vigiliás, luchando entre el amor filial y el que a Leoncio profesaba, había recobrado instantáneamente la conciencia de su ser y creía soñar o haber soñado, pero no acer-

taba a darse cuenta de si era lo uno o lo otro, esto es, si hallarse en el convento era lo soñado, o bien si haberse creído fuera de él fue ilusión de la fantasía.

Pocos minutos después, no dando la enferma muestras de volver en sí, sonó una campana llamando a coro a las religiosas y oyéronse los pasos y las voces de éstas en los claustros. Entonces levantó de nuevo Laura la cabeza, volvió a reconocer la celda, aplicó el oído y, visto que aquel era en efecto su cuarto y la campana y las voces realmente las del convento, persuadióse a que estaba todavía en Cádiz y depositada. Hizo entonces un movimiento de esos que indican haber sacudido un gran peso, pasose la mano por la frente, cubierta aún del sudor frío, producto del pánico terror que recientemente había tenido y, echando mano a la silla de cabecera, tomó de ella sus vestidos, que ya vio sin extrañeza ser los mismos de Cádiz.

«Va a vestirse. Retirémonos», dijo el doctor cerrando con gran tiento el registro por donde hasta entonces había estado mirando con Mendoza. No fue largo el tocador de Laura: un vestido de seda gris, un pañuelo rosa al cuello; los rizos detrás de la oreja componían su traje y tocado. Abrió pronto la puerta de la celda, registró el claustro y, asegurándose de que nadie la veía, encaminóse no al coro, sino al torno () con la sonrisa en los labios y el rubor en las mejillas y dio dos golpecitos en una de sus tablas.

—¡Señorita! —Dijo, desde fuera, la voz cascada de una vieja.

—¡Brígida! —Respondió Laura; y aquel nombre fue la primera palabra que después de dos años de silencio pronunciaba.

—Ahí va la carta —Volvió a decir la vieja—; cuando las madres se vayan al refectorio vendré por la respuesta.

—Bien, Brígida, gracias.

El torno había girado, un billete perfumado y con una cinta verde <sup>477</sup> por neta <sup>478</sup> venía en él; Laura lo toma, lo besa, se lo mete en el pecho y, ligera como una gacela, huye con su tesoro a la celda para leer allí a solas una y mil veces las líneas que trazó el amante de su corazón.

—¿Por qué deshacer esa ilusión de felicidad? —Exclamó Mendoza, fascinado por tanta hermosura, tanta inocencia y tanta desgracia—. Dejémosla estar así toda la vida.

—Porque la mentira es de suyo efímera —Respondió gravemente el inglés—. Que recobre su razón y con ella la fe y, si no feliz en este mundo, podrá al menos serlo en el otro.

Aquella vez no entendió Mendoza al doctor Edwards.

Laura contestó al billete en que Leoncio le anunciaba la obstinación de su padre y el permiso conseguido de la autoridad para que se uniesen aquella noche, como lo había hecho en Cádiz, aviniéndose a todo con la esperanza de que, una vez casada, obtendría fácilmente el perdón del autor de sus días. Parecíale algunas veces, mientras iba escribiendo, que todo aquello había ya pasado por ella anteriormente, pero como

las monjas entraban y salían en su celda, y a las horas de costumbre sonaba la campana y, en una palabra, el drama se puso en escena con maravillosa exactitud, pronto se disipaban sus dudas y entraba ella misma la primera en el espíritu de su papel.

117. La persona que desempeñaba el destino de jefe político de Cádiz cuando los sucesos referidos en el último capítulo de la segunda parte tuvieron lugar, se hallaba también emigrado en Londres y sin dificultad se prestó a repetir su papel: mas ni a él ni a ningún otro se le dijo la verdad del caso toda entera, teniéndose por bastante para explicar la enfermedad de Laura, el haber ésta presenciado la muerte de su padre. La figura de éste era la difícil de reemplazar, pero se tenía un excelente retrato de cuerpo entero hecho por López <sup>479</sup> poco tiempo antes de la muerte de don Simón. Mendoza y Leoncio, que le conocían mucho, estaban muy enterados de sus maneras y, como en realidad no se trataba más de que apareciese un instante en la escena, un actor cómico emigrado se encargó del papel, que a fuerza de ensayos pudo desempeñar cumplidamente.

Repitiose, pues, punto por punto la escena del diez de abril en Cádiz hasta la llegada de Valleignoto, a quien, en la representación, no dio lugar el jefe político para proferir una palabra, sino que, dirigiéndosela él con vehemencia, salió del locutorio en seguida. Habló, sin intervalo, el que hacía de sacerdote y marchose también sin aguardar respuesta. Acto continuo, el que figuraba a Pablo hizo su razonamiento y Leoncio, tomando a Laura, que trémula, confusa, dudosa, observaba todo aquello, prestando al mismo tiempo el oído al órgano y al canto de las religiosas, llevola hasta los pies del que parecía ser su padre. Alzó Laura los ojos, clavolos en el rostro desfigurado del actor y, retrocediendo dos o tres pasos, exclamó: «No, no es él. ¡Mi padre no existe y yo soy quien le dio muerte!». Con la última palabra, cayó desmayada en brazos de su hermano y marido.

—Todo se ha perdido —Exclamaron a un tiempo Mendoza y Leoncio.

—Se ha salvado —Dijo gozoso Edwards abriendo con la lanceta una de las venas de la enferma—; ha recobrado completamente la memoria y con ella la razón; lo demás lo han de hacer el tiempo, el arte y, sobre todo, la naturaleza.



### CAPÍTULO III. El conspirador amante

A pesar del esmero con que Mendoza entendía en la asistencia de Laura, no por eso dejó de la mano los negocios políticos. Ni aunque él dejarlos quisiera acertara a conseguirlo, porque sus anteriores compromisos le tenían irrevocablemente ligado con la revolución. Tuvo, pues, parte o por lo menos conocimiento más o menos directo en cuanto los demás emigrados trataron y es de advertir que, por regla general, emigrado político y conspirador son palabras sinónimas.

Hay, en efecto, en el corazón de todos los hombres, un sentimiento de amor al país en que nacieron tan hondo, tan incontrastable, que por sí solo basta a destruir cualesquiera <sup>480</sup> otros goces que en lejanas tierras disfruten; agréguese a ese sentimiento los rigores de la proscripción, los estímulos del ánimo ambicioso y la irritabilidad de la miseria y fácilmente se comprenderá hasta qué punto se hallan siempre los emigrados, no como quiera dispuestos a embarcarse en las más peligrosas aventuras sino, además, cada uno de por sí y todos juntos fraguando castillos en el aire que, en definitivo resultado, suelen reducirse a suplicios donde perecen, víctimas de sus ilusiones, los que a ellas se entregan. () Fijo siempre el pensamiento en su patria, no hay nubecilla de que no hagan puente para volver a ella, consiguiendo sólo, en general, hacer más insoportable su mala suerte de lo que antes lo era.

Apenas invadida la Península, la expedición de Tarifa <sup>481</sup>; poco después, la que se hizo a Algeciras; otras, luego, a varios puntos y, algunos meses antes de la cura de Laura, la intona hecha en las costas de Levante costaron la vida a no pocos desdichados, cómplices unos de la conjuración, inocentes otros, sacrificados todos tan sin necesidad como sin objeto.()

El capitán no aspiraba a una nueva intervención en la Península: era demasiado español para quererla pero decía, y decía bien, que era preciso revolucionar toda la parte occidental de Europa para que la revolución echase raíces en España. Lo que la república francesa había intentado y aun conseguido, bien que por muy poco tiempo, en los últimos años del siglo pasado por la fuerza de las armas, quería Mendoza realizarlo en virtud de una vasta insurrección que, estallando a un tiempo en las orillas del Po, del Rhin, del Sena y del Guadalquivir, emancipase la Italia del yugo austriaco, anulara en Alemania la Santa Alianza, en Francia diese al traste con la rama primogénita de la casa de Borbón y en España destruyese las instituciones de su antigua monarquía. En cada uno de esos países la revolución debía enarbolar distinto estandarte o, mejor dicho, el mismo en todos, aunque con el color a cada cual correspondiente. La independencia y la unidad de su territorio figuraban en primer término entre los italianos pero, para llegar a ese fin, habían de expulsar a los extranjeros de los límites lombardo-vénetos, dar por el pie al trono napolitano, acabar con todas y cada una de las demás soberanías parciales de aquella península y reducir a lo puramente espiritual por el momento, más tarde expulsar del Lacio al sucesor de san Pedro.

La sangrienta tiranía que los austriacos, apoyando al partido monacal, hacían entonces pesar sobre los desdichados italianos y, singularmente, en Nápoles y el Piamonte, engendraba, como es natural, una conjuración en cada pueblo, hacía de cada hombre generosamente organizado un conspirador. Así, en medio de aquella opresión sin límites, a vista de los cadalsos nunca desarmados, nunca de víctimas desprovistos, el Carbonarismo <sup>482</sup> sombrío, feroz, implacable, respirando sangre y venganza, se organizaba y crecía ya entre las llamas del Vesubio, ya en los desfiladeros de la Calabria, en las cavernas de los montes sicilianos o en las márgenes del Tíber. La fantasía italiana, que todo lo poetiza, dio a la permanente conspiración todo el aparato dramático, toda la fúnebre pompa del melodrama patibulario y la juventud ardiente del mediodía de la Europa, fascinada por las formas, atraída por el misterio, estimulada con el riesgo, no tardó mucho en alistarse en aquellas logias o reuniones que en su lenguaje simbólico llamaban chozas los *carbonarii*, o sea, carboneros, que no carbonarios, en nuestra lengua.

En Alemania, empero, si de derecho conservaban los reyes su autoridad soberana e ilimitada, en el hecho los progresos de la inteligencia y la índole flemática y especulativa de gobernantes y gobernados, hacía que los primeros no tuvieran necesidad ni deseo de oprimir a los segundos, así como éstos, en consecuencia, no habían menester sublevarse para ser felices. Sin embargo, en aquellas universidades donde todas las teorías están siempre infinitamente más adelantadas y aun exageradas que en el resto de Europa, en aquella universidad en que una juventud platónicamente exaltada, caballescamente turbulenta, a un tiempo estudiosa y duelista, a un tiempo meditabunda y atronada, es, no obstante, el plantel de donde salen los hombres más morigerados y pacíficos del orbe civilizado, la Masonería, el Iluminismo y hasta la secta de los *carbonarii*, contaban gran número de celosos prosélitos.

Singularmente, en las provincias y estados del Rhin limítrofes, la República y el Imperio de Francia habían dejado fecunda semilla de principios revolucionarios y del espíritu de glorias y conquistas. Allí, pues, era donde los novadores contaban con más adeptos y, desconociendo la índole alemana, que se abisma sin dificultad en las teorías, pero difícilmente se lanza a los trastornos de hecho, estuvieron, como están quizá todavía los jefes de las sectas, en el error de presumir que los descendientes de los antiguos germanos pueden insurreccionarse como por acá lo hacemos. 120. En Alemania, las ideas lo hacen todo: los Gobiernos se pliegan <sup>483</sup> a su influencia, unos más pronto, otros más tarde y, así, las revoluciones son innecesarias.

En la antigua Flandes, hoy Bélgica, país de siglos atrás sometido, cuándo a los españoles, cuándo a los franceses, y en los tiempos que exento estuvo de unos y otros, a la Holanda su vecina, las simpatías con el imperio de Napoleón eran vivísimas; las ideas, las costumbres, la historia contemporánea toda, común con la Francia. Por tanto, los principios revolucionarios y las sociedades secretas caminaban al par que en el país gobernado a la sazón por Carlos X <sup>484</sup>.

Este monarca (Carlos X), era uno de esos hombres locos, incurables que, figurándose haber nacido dos o tres siglos antes del instante en que al mundo vinieron, imaginan que con la fuerza podrán persuadir al género humano de la ilusión que los atormenta. El inmortal Cervantes nos ha dado en su Don Quijote un tipo perfecto de tales personajes. Carlos X, pues, honrado, caballero y virtuoso, creía poder decir, con Luis XIV, «*l'état c'est moi*»<sup>485</sup>, y la gran revolución de Francia era, a sus ojos, un motín de colosales proporciones; Napoleón y su gloria, un rebelde afortunado, hazañas de un gran bandido: lo uno y lo otro un paréntesis en la historia contemporánea y no otra cosa. Así, no trató como quiera<sup>486</sup> de volver a lo pasado, sino que dio por supuesto que a ello<sup>487</sup> se había vuelto y obró en consecuencia, ni más ni menos que don Quijote tomando las ventas por encantados castillos. No hay, por tanto, uno solo<sup>488</sup> de los actos políticos de su reinado que no sea un despropósito y, desde el día en que, sucediendo al sagaz Luis XVIII<sup>489</sup>, puso la planta en el trono de los Capetos, comenzó en consecuencia a desquiciarse la antigua francesa monarquía.

Por un lado, los napoleonistas, andantes de nuestro siglo, soñando batallas, anhelando conquistas, hablando siempre al pueblo más exaltado del mundo de triunfos y laureles; por otro, los volterianos, incrédulos, satíricos, burladores implacables, ridiculizando el poder con canciones, epigramas y parodias; la prensa con una censura incesante; la oposición en las cámaras, más fuerte cuanto más oprimida, siempre con su elocuencia tribunicia socavando los cimientos del Gobierno; y las sociedades secretas, en fin, mejor organizadas, más extendidas que en cualquier otro país, trabajando sin descanso y por todos los medios imaginables en llegar a su fin. Cuando, después de la invasión de España, parecían los principios del Absolutismo más robustos que nunca, preparaban en Francia su ruina definitiva.

En tal estado de cosas, que hemos creído no desagradaría a nuestros lectores conocer en alguna extensión, Mendoza, atendiendo a su carácter y a la profundidad de sus miras, claro está que no podía ni debía limitarse a tomar parte en las empresas aisladas y temerarias, muchas veces absurdas de sus compañeros de emigración, ni permanecer en un país donde, siendo la libertad no una pasión, sino una costumbre, le era difícil, ya que no imposible, encontrar elementos para realizar sus planes.<sup>121</sup> La Francia le ofrecía un teatro más a propósito y a Francia se propuso trasladarse; pero no solo, porque entonces se apartaba de Laura, cuya presencia le era para vivir necesaria. ()

La posición de ambos había, sin embargo de ser aparentemente la misma, variado completamente. () Restablecida la huérfana del indiano y señora ya de su razón, Mendoza tenía que ocultar bajo la máscara de la amistad el amor que le abrasaba y, lo que para él era todavía más penoso, seguir una conversación, hallar pretextos que justificasen su frecuente presencia en la habitación de Laura. En su primera juventud, decíase que el capitán había pagado al amor su tributo y una aventura ruidosa, allá durante la Guerra de la Independencia, pudo comprometer hasta su carrera; mas rotos, no se sabía cómo, lazos que se creyeron fuertes, desde entonces no se le había conocido jamás otra pasión o galanteo.

Tampoco frecuentaba los bailes ni los estrados y, así, aunque persona <sup>490</sup> por su nacimiento, educación y rentas (tenía un mediano caudal), tanto como por su talento, muy capaz de figurar ventajosamente en la sociedad, rara vez se le vio en ella. De esa manera se comprende que, no costándole esfuerzo alguno habérselas con los hombres, experimentase no poco embarazo hallándose en presencia de una mujer hermosa.

Por dicha, Laura conservaba todavía cierta melancólica taciturnidad, merced a la cual no era menester hablar mucho para sostener la conversación que ella no deseaba. Con todo eso, ya un día estando a solas con Mendoza y sintiéndose fuerte, resolvió enterarse a fondo y de una vez de su verdadera posición, que sólo en globo conocía. <sup>491</sup> 123. Laura era tan ignorante de las cosas del mundo, tan inocente de alma y pensamiento, que no había extrañado cosa alguna en la conducta reservada de Leoncio, quien, por respeto a la delicada posición en que se encontraba, aun a las caricias lícitas entre parientes tan inmediatos como él y su esposa lo eran, había marcado estrechos límites y, sobre todo, desde que la huérfana recobró el uso de la razón. Por tanto, en la conversación referida comprendió por vez primera lo cruel del trance en que se encontraba:

—Pero Mendoza, ¿cómo Leoncio puede ser mi hermano? Y si lo es, ¿cómo puede ser mi marido? ¡Esto es cosa de volverse loca!

—Óigame usted, ya que lo ha querido, con la posible tranquilidad y procedamos por partes. Su padre de usted, siendo joven y soltero, estuvo en relaciones con una señora. De esas relaciones procede Leoncio. Don Simón traía en un pliego todas las cartas de su madre, revelando los pormenores y consecuencias de su pasión, de manera que no dejan la menor duda.

—¡Entonces nuestro matrimonio es nulo!

—¡No, Laura!

—¿Cómo no, Mendoza? ¿Pues no somos hermanos?

—Lo son ustedes según las leyes de la naturaleza, no lo son ante las civiles. La paz de las familias lo exige así.

—¡Pero la Iglesia, al menos, romperá esos lazos sacrílegos!

—La Iglesia, como el Estado, ni ven ni pueden ver en Leoncio más que al hijo segundo del duque.

—Pero esas cartas, esas cartas, ¿no dice que prueban...?

—Hasta la evidencia. Pero los tribunales rehusarán hasta su examen.

—Entonces no hay más remedio que el de la muerte.

—Hay otro: vivir con Leoncio como se vive con un hermano. Triste es, sin duda, que haya de renunciar para siempre a ser esposa y madre, pero en la sombra del misterio puede el destino ofrecerle a Laura compensaciones. 125. Laura puede

sentir la noble ambición de regenerar la envilecida especie humana y quizá recompensar con una sola de sus inefables miradas al que hasta ahora se consagró exclusivamente a esa grande obra y de hoy más vivirá sólo por Laura y para Laura.

Mientras Mendoza, con una vehemencia inexplicable, daba así rienda suelta a su hasta entonces comprimida pasión sin acertar a contenerla, Laura, absorta, conmovida, temerosa, le miraba de hito y, recordando entonces multitud de circunstancias en que hasta aquel momento no se había fijado, acabó por decir para sí: «¡Mendoza me ama!».

Mendoza, () habiendo ya ido más allá de lo que la prudencia exigía, recobrado que hubo su serenidad y tomando entre las suyas una mano del objeto de su amor, volvió a decir:

—En fin, señora: en Leoncio tendrá usted un buen hermano, en mí un admirador, un amigo a toda prueba (). Oiga usted el plan que he formado y, si le aprueba, se pondrá en ejecución al momento. Esta isla es grande, es poderosa, pero triste; jamás brilla sobre ella el sol que nos dio el cielo y los hombres nos cierran. ¿Cómo ha de desterrar usted su melancolía viviendo en esta atmósfera constantemente nebulosa; cómo ha de recobrar su juvenil alegría en un pueblo de aritméticos mercaderes y de hipocondríacos suicidas? Viajemos, pues, vamos a Francia, nación que vive y muere cantando.

—No me pesaría ver la Francia, en efecto. () 126.

Mes y medio después de la referida escena, estaban establecidos en París Leoncio, Laura y Mendoza.

## CAPÍTULO IV. Don Ángel de vuelta a España

Cuando se escribe de sucesos y personas de una época de tanta agitación y movimiento como la que hemos alcanzado los que hoy llevamos andado lo mejor de nuestra vida, forzoso es alterar en la narración los acontecimientos que se suceden unos a otros; forzoso es también trasladarse con el pensamiento ya a éste, ya a aquel país, como los hombres, a impulsos de los trastornos sociales, corren todos la haz de la tierra, convertidos en árabes del desierto que nunca tienen hogar ni asiento fijo. Nosotros, pues, habremos de trasladar la escena a España, y volver atrás la vista para enterarnos de sucesos que a su tiempo habremos de tener presentes en el relato.

Dejamos a nuestro don Ángel, o sea, don Anselmo Fernández, embarcado a orillas del Támesis con dirección a las costas de Levante de la Península, al mismo tiempo que, en distinto buque, lo hacían con el mismo destino algunos emigrados impacientes de regresar a su patria y locamente persuadidos de que podían sublevar una tras otra todas las provincias de la monarquía.

Aquella conjuración, fraguada a voz en grito en las tabernas y plazas de Londres por hombres cuya desdicha impone silencio a las reconvenciones que hacerseles pudieran, fue universalmente reprobada por cuantas personas en la emigración sabían y valían alguna cosa. Los agentes de Fernando VII en Londres, que seguían de cerca los pasos de todos y estaban al corriente de los planes y operaciones aun de los más cautos y reservados, no pudieron ignorar la expedición a que aludimos y, siendo así, la corte de Madrid, lejos de temerla, la deseaba; como medio de proveerse de víctimas para el cadalso, le dejó franco el paso; quizá les facilitó el camino de la muerte a aquellos infelices.

El partido apostólico furibundo, es decir, la democracia del Realismo compuesta de la hez del pueblo y del clero y capitaneada por ambiciosos fanáticos de buena o mala fe, dirigía entonces el timón de la nave del Estado. Fernando VII, que no podía ser fanático porque nació escéptico, dejaba hacer, no obstante, a los apostólicos, porque en resumen padecían los liberales, a quienes, ciertamente, no amaba, y se robustecía la autoridad soberana de su cetro, en tanto cuanto era deprimido el bando de los novadores. Sin embargo, personalmente se conducía con cierta tolerancia, que le preparaba las 127. vías del porvenir en el sentido conveniente y, por eso, se vio a tal personaje proscrito por los tribunales a quien el rey recibía familiar y afectuosamente en su cámara, si bien de noche, a solas y con misterio. De esta manera, al concluir la dominación de los apostólicos, que como todos los partidos violentos, cuanto con más rigor mandan, tanto menos tiempo imperan, pudo decir el monarca que la fuerza sola le obligó en un tiempo a consentir las proscripciones que deshonran los primeros años de la restauración.

Con todo eso, no era todavía llegada la época de la moderación en el momento a que nos referimos. Las comisiones militares sentenciaban sin misericordia, los verdugos eran pocos para su horrenda faena. Asesinábase judicialmente y casi sin forma de

proceso por motivos de una iniquidad fabulosa; a éste porque se decía cantó el “Trágala” dos años antes; al otro, porque conservó en su poder una cinta verde <sup>492</sup>. Llevábase al padre a presenciar el suplicio del hijo; no le era lícito a la madre informarse de la salud del fruto de sus entrañas, proscrito en tierra extranjera; una carta recibida de Londres comprometía la seguridad de una familia y la delación de un miserable arruinaba al más acreditado servidor del Trono mismo.

¿Qué había de acontecer? La sangre de los mártires es siempre fecunda: las conspiraciones pululaban; los mismos liberales, que sin defensa se sometieron al ejército invasor, ora oprimidos por el Gobierno y los tribunales, insultados cuando se les veía alegres, insultados si en su rostro se pintaba la melancolía; apaleados si salían de noche, apedreados si de día se presentaban, presos por llevar bigotes, presos porque usaban melenas <sup>493</sup> o sombrero blanco <sup>494</sup>, inseguros en la soledad como entre la multitud, conspiraban por desesperación; y la mejor respuesta que puede darse a los extranjeros que de ferocidad acusan al pueblo español es decirles que el presidente de la comisión militar de Madrid, que cada día enviaba una víctima, por lo menos, al cadalso, se paseaba solo por las calles de la corte a todas horas, sin que nunca un puñal vengador amenazase siquiera su empedernido corazón.

En fin, cuando don Ángel desembarcó en un puertecillo no lejano de Alicante, era preciso ser por lo menos voluntario realista para no estar en continuo peligro de muerte y como aquel benévolo sujeto no sólo no lo era sino que, además, procedía de Londres, ciudad maldita, Babilonia nefanda para los apostólicos, apenas puso el pie en tierra, cuando un celador de policía, acompañado de tres o cuatro voluntarios vestidos de zaragüelles <sup>495</sup>, gorra de cartel puesta <sup>496</sup> sobre la oreja derecha, una cinta blanca por banda <sup>497</sup> y un trabuco naranjero por arma <sup>498</sup>, se presentó para intimarle que se diese a prisión, llamándole por salutación: «Pícaro negro, judío, francmasón» y otras lindezas por el estilo. Don Ángel contestó quitándose el sombrero y presentando respetuosamente su pasaporte:

—Bueno, —Dijo el celador, que era el zapatero del pueblo— allá veremos. Entretanto, a la cárcel.

128. () En el camino, fueron agregándose a la comitiva cantidad de pillos y curiosos que escoltaron a nuestro amigo hasta la cárcel, con grande estrépito de estornudos (delicada alusión al epíteto de negros que se daba a los liberales), voces de ¡muera el traidor! y algunas estrofas de una linda canción realista, cuyo estribillo dice: “Pitita, bonita, / con el pío, pío, pon / viva Fernando y la religión”.

() Dos horas después de la prisión que acabamos de referir, los vigías de la costa señalaron en el horizonte un buque que a la capa parecía esperar señales de tierra para acercarse a ella, pues que siendo el viento favorable, no lo hacía desde luego.

Previsto aquel acontecimiento por el Gobierno, habíanse dado las órdenes oportunas y, en efecto, apenas recibido el parte de los vigías, tocose generala en toda aque-

lla costa, acudieron tropas, tomaron las armas los voluntarios realistas y dispusieron las cosas ni más ni menos que en otros tiempos cuando se decía: «Los moros vienen». Esa circunstancia hubiera podido prolongar la prisión de don Ángel más de lo que él quisiera si, por dicha suya, el subdelegado de policía, acudiendo con motivo del rebato al puerto en que se hallaba y sabiendo su encarcelamiento por el celador, no creyera oportuno pasar en el acto a tomarle declaración.

Menos ignorante que su subalterno, el subdelegado no pudo menos de conocer, visto el pasaporte, que estaba perfectamente en regla, que se había procedido de ligero con el que lo llevaba; y, por otra parte, creyó que, acaso, pues de Inglaterra venía, pudiera darle 129. noticia de si el buque a la vista era o no el que se esperaba. Pasó, pues, inmediatamente a la cárcel, hizo sacar al preso del calabozo, encerrose con él en la habitación del alcaide y al cabo de una media hora de conversación mandó que se le quitasen los grillos, se le devolviese en el acto cuanto le habían secuestrado y, dándole escolta de la tropa de línea que a él mismo le había acompañado, le puso en el camino de Alicante. ().

El subdelegado recogió la gente y, una hora después, se puso también en camino para Alicante, diciendo al celador que le pedía instrucciones para el caso de que el buque sospechoso atracase en su jurisdicción: «No atracará y, si lo hiciese, será bien recibido». No atracó, en efecto, en aquella parte de la costa, sino en una playa des poblada donde echó a tierra a los enemigos expedicionarios, que, vista la señal convenida con sus cómplices, desembarcaron con toda confianza a eso de la media noche. Recibíolos el subdelegado con doscientos hombres armados. Tres días después, la horca puso término a las ilusiones de aquellos desdichados y más de cien familias fueron víctimas de su loca tentativa.

Don Ángel estuvo solas veinte y cuatro horas en Alicante, saliendo al cabo de ellas para Madrid, centro, entonces, como siempre, de todas las intrigas, de todas las conjuraciones de España. Mendoza le había dado la comisión de organizar o, mejor dicho, de reorganizar los elementos revolucionarios separados por el huracán de la reacción, con encargo de hacerlo por medio del restablecimiento de las logias masónicas o de las chozas carboneras. Según el plan convenido entre ambos, de ningún modo debía por el momento pensarse en la Península en otra cosa más que en regimentar, por decirlo así, el deshecho partido liberal, organizarle en una sola y vasta sociedad secreta cuyos miembros, ligados por medio de un juramento escrito y firmado por su puño, supieran que no había para ellos más alternativa que el triunfo o la muerte.

Por lo demás, Mendoza opinaba que toda tentativa a mano armada era con evidencia temeraria y que bastaba, por el momento, preparar los ánimos de manera que, llegado el caso de la revolución en Francia, en Italia, en Bélgica y en Alemania, secundasen también los españoles el movimiento. A ese plan, en verdad prudente, eran funestas las conjuraciones 130. de los entusiastas; porque, en primer lugar, privaban



a la revolución de tantos brazos útiles cuantas eran las víctimas del suplicio; en segundo, alarmando a los realistas, hacían que estos estrechasen sus filas y redoblasen cada vez más las precauciones de su exquisita vigilancia.

Aceptada la verdad de esta proposición por dos hombres del temple de Mendoza y de don Ángel, temple muy poco común en los humanos, la lógica inflexible que presidía en todos sus actos engendró en sus cabezas un sistema horrible que pusieron en práctica sin misericordia y que los hechos irán sucesivamente enterando a los lectores. Baste por ahora decirles que Mendoza se reservó obrar en las altas regiones, dirigiendo; y don Ángel con la gente vulgar, aplicando las teorías a la práctica. ()

Como quiera, don Ángel, a los tres días de llegar a Madrid, fue de nuevo preso y llevado a la Cárcel de Corte <sup>499</sup>, donde durante un mes corrió diversos calabozos, todos habitados por presuntos reos políticos de alguna importancia. Cuando habían pasado ya dos, ya tres días con uno, presentábase el alcaide para mudarle de encierro, tratándole con gran desabrimiento. () Estas escenas eran siempre en las altas horas de la noche: las puertas de la cárcel se abrían para el supuesto don Anselmo Fernández. El alcaide en persona, destocado y con una linterna en la mano, le acompañaba y abría la portezuela de un coche que no era de alquiler y le estaba esperando frente a Santo Tomás <sup>500</sup>. Rodaba el carruaje hasta la Superintendencia General de Policía unas veces, otras hasta alguna secretaría del despacho, no pocas hasta Palacio; y, a la mañana siguiente, aparecía ya don Ángel preso en un nuevo calabozo. ¿Tal vez era agente de los apostólicos! ¿Vendía, entonces, a Mendoza? El tiempo solo puede darnos la clave de este misterio.

Tal fue la vida del personaje a quien ahora seguimos durante meses. Las prisiones, los despachos de los altos funcionarios, los cafés, las tertulias, el cuartel de Voluntarios, las iglesias, los garitos, los lupanares, las solemnidades públicas, las logias secretas, todo lo recorría, en todas partes estaba, a nadie era sospechoso, de casi todos confidente. Sus cartas iban a Londres por medio de la Secretaría de Estado unas; por la embajada inglesa otras; en las legaciones del norte tenía franca la entrada y, en los conventos, seguro el chocolate y abierta la celda del prelado. Nadie le conocía más que Mendoza en el mundo, a Mendoza sólo decía aquel hombre la verdad... de sus opiniones, que sentimientos no tenía. Su correspondencia con éste pasaba siempre por manos del Gobierno español, a quien don Ángel facilitó la clave de la cifra de que usaban ambos, pero aquella cifra, hábilmente dispuesta, era capaz <sup>131</sup> de una segunda combinación que conocían exclusivamente los interesados y a favor de la cual se escribían con tanta libertad como secreto por conducto de sus mismos enemigos. ()

Don Ángel, con no tener ni pasiones, ni ilusiones, ni siquiera vanidad, vivía y trabajaba incesantemente con la sola esperanza de que la posteridad había, gracias a él, de escarnecer a todos sus contemporáneos menos a Mendoza. Nacido en uno de los últimos peldaños de la escala social, criado en la miseria y reducido a servir de doméstico en su juventud para ganarse la vida, habíase visto sometido a hombres de todas

categorías y en ninguna encontró persona que no le fuese inferior en inteligencia. Tan fácil halló el manejarlos a todos, que desdeñó dominar a los más, limitándose a usar de sus recursos lo indispensable sólo para crearse una modesta fortuna, pero independiente, lo que fue obra de no mucho tiempo, de bastante inmoralidad y no poca maña. Ya por los años 16 o 17 vivía de la usura y entonces también comenzó a mezclarse en asuntos políticos. Los liberales quisieron en 1820 recompensarle con un destino. Rehusó don Ángel y aquella circunstancia llamó la atención de Mendoza, con quien en breve estrechó relaciones. Una simpatía poderosa los atraía el uno al otro; ambos vivieron, por decirlo así, aislados hasta que el destino los puso en contacto: entonces se unieron y, al parecer, para siempre.

Pero el capitán era la poesía de lo que don Ángel la prosa, sobresaliendo el primero en la invención todo lo que el segundo en la habilidad; por eso, en apariencia aquel mandaba y éste obedecía; en realidad, eran el uno el complemento del otro, que es la circunstancia indispensable para que las amistades sean sólidas y verdaderas. Así pues, Mendoza pensaba más en sus proyectos que en sí mismo, pero don Ángel atendía a sus proyectos por el provecho que personalmente le resultaba y, como dijimos, quería desquitarse con la posterioridad del poco aprecio que de él hacían sus contemporáneos. Al efecto, escribía puntualmente un diario razonado de su vida donde, al pormenor y con picantes reflexiones, estampaba sus acciones con la misma desenvoltura, mejor dicho, cinismo que si de un indiferente se tratara y, depositando los cuadernos en paraje seguro, tenía tomadas sus medidas para que a su muerte se publicara aquel singular manuscrito. En cuanto al cuaderno corriente, que solía comprender un período de quince días o de un mes, según la materia a que daban lugar los sucesos, lleváballo en una cartera que jamás se separaba de su persona y escrito en la misma cifra de que se valía para corresponder con Mendoza.

() Volvamos ahora a los sucesos que, por poco importantes durante algunos meses, hemos dejado un momento de la pluma.

Era llegado el año 1826. El partido apostólico estaba ya ebrio de sangre: los liberales intimidados o, mejor, dirigidos, ya no iban a ofrecerle espontáneamente sus cabezas al verdugo; con la reorganización del ejército, la preponderancia absoluta de las turbas armadas flaqueaba por su base; los hombres sensatos del partido realista clamaban por un gobierno en vez de un azote de la humanidad, que era lo que España entonces tenía; y el rey conoció que hasta su trono peligraba por las demasías de los fanáticos.

Entonces los ojos de éstos se volvieron hacia un príncipe (). Parécenos cierto que el infante D. Carlos no quiso entonces tomar parte en una conjuración contra su hermano, pues que no lo hizo más tarde, cuando con más plausible pretexto pudiera hacerlo; pero el hecho es que los que en Cataluña se sublevaron en 1827 contra la autoridad de Fernando VII, invocaron el nombre del infante y que de entonces data el partido carlista <sup>501</sup>.

Cierta sociedad secreta de fecha bastante anterior a estos sucesos y cuyo título es su definición completa, llamábase del Ángel Exterminador <sup>502</sup>, había hasta la época a que nos referimos gobernado en realidad la monarquía. En ella estaban afiliados obispos, generales de las órdenes mendicantes y de las tropas del rey, diplomáticos, hacendistas, clérigos, frailes, devotos; algunos, no muchos, jefes y oficiales del ejército, los corifeos de los voluntarios realistas, en fin, todos aquellos que, por interés o por fe, que de todo había, imaginaban necesario exterminar hasta la semilla del Liberalismo. 133. () Ya desde 1825 habían hecho esfuerzos en el Gobierno mismo los realistas moderados para templar las iras de los apostólicos, pero hasta muy entrado el año siguiente fueron completamente infructuosos y, aunque el Ministerio procedió con cautela y prudencia en la reacción, todavía no pudo excusar más tarde la sublevación de Cataluña.

Don Ángel, o sea, don Anselmo, pertenecía a la sociedad exterminadora, en la cual contrajo íntimas relaciones con algunos de sus más influyentes personajes y, en consecuencia, nada ignoraba de cuanto en ella se hacía. () Al Gobierno del rey decía don Ángel lo bastante para irritar el odio entre ambas facciones, pero no todo lo que pudiera para que se evitase la sublevación; y a los conjurados lo que convenía para tenerlos en continuo zozobra y provocarlos a tomar las armas. Pasando en el Ministerio por agente de policía iniciado en la conspiración sólo para venderla, era con los apostólicos el servidor del Gobierno que engaña a éste en provecho de sus enemigos. Nadie sospechaba de él por consiguiente. Si los liberales le veían en las misiones devoto y compungido, ya sabían que era aquella apariencia para engañar a los fanáticos; si la policía conversando con los señalados por revolucionarios, alegrábase esperando descubrir sus proyectos. ¿Qué había de verdad en todo ello? Don Ángel y Mendoza solos lo sabían. Entretanto, el primero recibía de todos y de todos se burlaba.

Consiguiente a su sistema, introdujose entonces en los conciliábulos de los realistas moderados, cuyas miras eran asentar la monarquía absoluta en bases sólidas y aristocráticas convirtiendo a la masa popular, armada a la sazón, en una cosa parecida a lo que en Roma fueron los clientes y libertos de los patricios durante algunas centurias. Devolver al Consejo de Castilla la autoridad que tuvo en sus primeros tiempos, resucitar los fueros de la alta nobleza y los privilegios de la hidalguía, dar al clero una influencia ni tan escasa que pareciera deprimido, ni tan poderosa que degenerase el Gobierno en teocrático y, al mismo tiempo, introducir en todos los ramos de la administración pública algunas de las infinitas saludables reformas que el espíritu de la época reclamaba. Tal era el pensamiento de los jefes de aquel partido, hombres en general respetables por su honradez y sanas intenciones, muchos de ellos dotados de buen talento y sólida instrucción pero que, obcecados por sus preocupaciones o por sus intereses, no acertaron a comprender cuanto había de imposible en su sistema, cuán poco era lo que a las necesidades del siglo concedían. () 134. Dejáronse más de una vez arrastrar por los apostólicos a bárbaras crueldades; a su tiempo, purgaron ese delito. ()

Dejando eso aparte, conviene decir aquí que, en las reuniones de que íbamos hablando, trabó amistad don Ángel con un comandante de voluntarios realistas llamado D. Rafael de Villaparda, de quien hicimos larga mención en la primera parte y habremos de hacerla muy frecuentemente en lo sucesivo, absteniéndonos ahora de entrar con respecto a él en pormenores, porque la bella Laura de Valleignoto nos llama a París, donde, recién llegada, la dejamos al fin del capítulo anterior.

## CAPÍTULO V. *La belle espagnole*

Londres es una ciudad gigante: todo allí respira grandeza, poder, opulencia, solidez, fuerza; pero París ha sido, es y será siempre la capital del placer, la morada del contento y de la disipación, el paraíso de los viajeros.

Al que a la metrópoli de Albión llega sin conocer el áspero idioma que en ella se habla, unos le vuelven brutalmente la espalda, otros le contestan flemáticamente: «I don't understand you» <sup>503</sup>, “no le entiendo a usted” y prosiguen su camino: nadie hace el menor esfuerzo para comprender lo que el peregrino pide. ¿Se va al teatro? El asiento pudiera hacerse de oro con lo que por él se paga y es preciso ir vestido, además, como el ceremonial lo requiere, so pena de quedarse a la puerta. Todo cuesta mucho, nada es fácil de adquirir, ni las relaciones más superficiales y, como hemos oído decir a persona de mucha gracia, para vivir bien en Londres son precisas tres circunstancias: primera, haber nacido inglés; segunda, ser un lord inglés; tercera, ser lord inglés muy rico. Sea esto dicho sin ofensa de aquel pueblo industrioso y en todos conceptos respetable, donde la familia, generalmente hablando, es un modelo de moralidad y donde, en compensación de esa corteza ruda, se encuentran corazones generosos, altas dotes de la inteligencia, amistades sinceras y a toda prueba.

Mas el viajero, volvemos a decirlo, sólo en París está en su centro <sup>504</sup>. Ora proceda del Cáucaso o de Méjico, que llegue de Viena o de Madrid, ya sea políglota, ya no hable más lengua que la nativa y esa mal, mediante una cantidad razonable de francos, está <sup>135</sup>. seguro de hacerse comprender y servir desde el primer momento. Y allí hay de todo para todas las fortunas: el palacio que cuesta doscientos francos al día de alquiler y el camarachón en que, por veinte al mes, se vegeta. La comida aristócrata en que campea la trufa, se sirve a los postres la piña americana y se beben a pasto el *Chateau Margaux* <sup>505</sup> y el vino del Rhin <sup>506</sup> y el *champagne frappé* <sup>507</sup> y, puesta de por medio, la modesta pitanza del estudiante que, por treinta sueldos (apenas seis reales), come sabe el cielo qué en realidad pero, al menos, platos que, con sus altisonantes nombres, engañan la imaginación ya que estraguen el estómago <sup>508</sup>.

¿Quién anda a pie, teniendo el ómnibus <sup>509</sup> por seis sueldos, la *citadine á la course* <sup>510</sup> por cinco reales, *le coupé á l'heure* <sup>511</sup> por dos pesetas, la *remise* <sup>512</sup> por cinco duros al día, el magnífico carruaje con blasones y libreas por quinientos o seiscientos francos al mes? ()

El aficionado a espectáculos, más de veinte teatros <sup>513</sup> donde elegir entre la tragedia clásica de Corneille y de Racine <sup>514</sup>, la comedia aristotélica de Moliere o la de intriga de Marivaux <sup>515</sup>. Las óperas <sup>516</sup> de Rossini <sup>517</sup> y de Bellini <sup>518</sup>, o las de grande aparato de la Academia Real, con sus bailes y sus decoraciones maravillosas <sup>519</sup>; el drama de Bouchardy <sup>520</sup> chorreando sangre, el de Dumas <sup>521</sup> respirando interés, el de Victor Hugo <sup>522</sup> extraviándose a fuerza de poesía, o del de Casimir Delavigne <sup>523</sup> supliendo con el buen gusto lo que en genio le falta; la artificiosa discreta trabazón y gracioso diá-

logo de Scribe <sup>524</sup> y una multitud, en fin, de piezas, sin más mérito que la gracia, pero con tanta gracia que la risa acaba por ser, oyéndolas, una enfermedad <sup>525</sup>. Todo eso se representa, a la vez, por actores algunos excelentes, los demás medianos, ninguno malo y la mayor parte de eso se goza por muy poco dinero.

Sobran espléndidos cafés, pasadizos soberbiamente iluminados, plazas y galerías donde el ocioso se divierte gratis, abundan las bibliotecas y véndense a poco precio los libros para que el amante del estudio satisfaga su pasión. ()

La traslación a París contribuyó, pues, eficazmente a que Laura progresase en su convalecencia. <sup>136</sup>. () El diario de las modas, los anuncios de los teatros, la última novela, nadie los tenía antes que Laura y todo era obra de Mendoza, porque Leoncio se contentaba con decir: «Mira que de nada te prives, gasta cuanto quieras o dime lo que deseas». ¡Pero Mendoza adivinaba lo que aquella niña deseaba! El hábito y la gratitud iban, así, encadenándola insensiblemente a un hombre, acaso el más peligroso de todos y, lo que es peor, a un hombre a quien no podía Laura amar nunca de veras; porque entre aquellos dos seres mediaba un abismo. ()

137. Un amante impetuoso hubiera ofrecido menos riesgos, alarmándola desde luego y provocando una defensa vigorosa como el peligro mismo; pero con aquel hombre que servía y callaba, que servía sin solicitar recompensa y que servía sin rival, no había recurso en lo humano. Uno, sin embargo, le quedaba a Laura, que era el abrir su pecho a Leoncio y solicitar su amparo y protección; y alguna vez se le ocurrió hacerlo, mas abstuvo de ello por varias razones: La primera fue que los sentimientos, por nosotros, como historiadores, explicados con toda la claridad que nuestra pluma lo alcanza, estaban muy lejos de ser ideas distintas en el sentimiento de la interesada. () Pero hay más: alguna vez que Leoncio y Laura hablaron de su recíproca situación, había el primero explicado su pensamiento siempre de la misma manera y con idénticas palabras: «Lo que nos pasa, decía, es una gran calamidad para ti sobre todo, hermana mía, que, no siendo mi mujer, tienes que pasar por tal a los ojos del mundo. Yo, como hombre, gozaré siempre de más libertad; tú tienes en tus manos mi honra y al menor síntoma de fragilidad que en ti advirtiera, forzoso me sería lavar en tu sangre mi afrenta».

El hijo de la duquesa, que nunca tuvo gran sensibilidad y que, contando ya más de cuarenta años, había llegado a la época en que la mayor parte de los hombres se hacen profundamente egoístas, se expresaba con tan <sup>526</sup> cándido brutal cinismo creyendo decir sólo una cosa muy natural, muy justa, muy acomodada a las conveniencias sociales. Pero, aunque inocente su hermana, se rebelaba interiormente <sup>138</sup>. contra tanta injusticia y comprendía que Leoncio, resuelto a buscar compensaciones más o menos poderosas a la desgracia que debiera ser común a entrambos, pretendía que sobre ella pesase exclusivamente todo lo penoso de la situación en que se encontraban.

Colocados los hermanos en tales posiciones relativas, la confianza era entre ellos imposible, la guerra inevitable más tarde o más temprano y, por de pronto, Laura estaba sola e indefensa, entregada a merced, por decirlo así, de Mendoza.

Éste, calculadas detenidamente todas las dificultades de la empresa, halló que la más grave consistía en la absoluta ignorancia en que Laura estaba de las cosas del mundo; porque, si el candor es fácil de seducir cuando el seductor tiene medios de santificar las apariencias de sus designios, no era posible que mujer tan inocente como Laura comprendiese lo que el capitán llamaba compensación a sus males. Así, y aunque no se le ocultó el riesgo de que mil y mil rivales le disputasen la empresa, se decidió a lanzar a Laura en el gran mundo con la esperanza de que el espectáculo que iba a ofrecerse ante sus ojos acabaría muy pronto con su inocencia.

La cosa era fácil: Leoncio tenía recomendaciones para los principales banqueros y otras notabilidades de París; Mendoza mismo estaba ya en relaciones con las personas más influyentes del partido liberal y Laura, temerosa, sin saber por qué, de hallarse siempre y frecuentemente a solas con el capitán, aceptó con gusto la proposición de hacer las visitas hasta entonces diferidas. Según la costumbre francesa, cada persona visitada correspondió con un convite, ya para comida, ya para baile o tertulia. La galantería francesa acogió la fiera belleza de la joven mejicana con entusiasmo; () en los bailes se miraba como una dicha bailar con ella la décima o duodécima contradanza, en el bosque de Bolonia <sup>527</sup> un escuadrón, compuesto de elegantísimos jinetes, escoltaba siempre su carruaje; en Tullerías <sup>528</sup> su acompañamiento era una regia comitiva, los periódicos la ensalzaban hasta los cielos y una modista que dio a cierto tocado de su invención el título de *a la belle espagnole*, ganó diez mil francos en tres días. () 139. *La belle espagnole* tuvo que aprender el primer mes, al segundo era el modelo, la reina de la moda.

Presentose un día en el teatro italiano con la basquiña y jubón de alepín negro con caireles, hombrillos y guarniciones de rojo y plata, el pelo detrás de la oreja, una rosa prendida al lado izquierdo de la cabeza, peinado alto, peine de plata, mantilla blanca y, en aquel teatro donde no hay mano sin guante amarillo, donde se respira aromas, donde nadie levanta jamás la voz, donde los pasillos y corredores están alfombrados para que ni el ruido de los pasos turbe su aristocrático sosiego, a pesar de hallarse a la sazón presente en su palco una de las princesas de la real familia <sup>529</sup>, levantose espontáneamente la concurrencia al ver a Laura hecha una diosa con el elegantísimo traje andaluz y los actores mismos suspendieron un instante la escena que cantaban.

Pasados tres días, la princesa hizo convidar, por medio de su secretario de órdenes, a Monsieur y Madame Montefiorito, para el baile que daba en su palacio una semana después. ()

## CAPÍTULO VI. Gran baile en las Tullerías <sup>530</sup>

140. De algunos años a esta parte, las antiguas costumbres españolas, perdiendo su característica gravedad, van sucesivamente degenerando y confundándose con los usos de otros pueblos; y no han contribuido poco las revueltas políticas a ese fenómeno, del cual resulta que ya lo somos todo en la Península menos españoles.

Sin embargo, por más esfuerzos que se hagan para destruirla de raíz, algo queda siempre en el fondo de todas nuestras acciones y pensamientos de la índole altiva castellana; algo hay que recuerda los tiempos del ceremonial compasado y austero de la corte de ambos mundos, hasta en las fiestas revolucionarias.

Así, los saraos franceses se diferencian en gran manera aun de aquellos españoles que la deplorable manía del extranjerismo aspira a que sean copias fieles de los festines de allende el Pirineo.

Luis XIV desempeñaba un papel activo en los bailes pantomímicos de Versalles cuando el último hidalgo aragonés apenas se dignaba danzar una mesuradísima zarabanda. Las distancias se han estrechado desde entonces acá, pero aún no han desaparecido completamente.

El espectáculo, pues, que a Laura y a Leoncio esperaba aún para él era completamente nuevo, empezando por la inesperada invitación que para asistir a él recibieron.

En su calidad de emigrado, ninguna relación directa o indirecta tenía Montefiorito ni con la embajada en París de Fernando VII ni, por consiguiente, con la corte de Carlos X, centro y tabernáculo del más acendrado Realismo, pero Laura, en las sociedades que frecuentaba, contrajo eso que entre las mujeres se llama amistad, sin ser apenas conocimiento, con la baronesa de la Rochebleue, dama de la princesa <sup>531</sup> que daba la función que nos ocupa. ()

141. Llenando, pues, Laura, cumplidamente, como en realidad las llenaba, todas las condiciones aristocráticas que el canciller austriaco más escrupuloso pudiera exigir para su admisión en la corte y siendo, además, *la beauté a la mode* <sup>532</sup>, la princesa creyó conveniente concederle la honra de un convite y dio al efecto las órdenes oportunas.

Algunas dificultades hubo por parte de la corte, pues en aquella eran admitidos sin obstáculo y acogidos con benévola cortesía que a los franceses distingue los extranjeros de distinción, mas precede su presentación oficial de todo convite y, a mayor abundamiento, Montefiorito era un liberal emigrado.

La hija de Luis XVI <sup>533</sup>, a quien los horribles sucesos de sus primeros años habían dado un carácter de áspera severidad y de acerba virtud, poco común en Francia y menos a propósito para la época que alcanzaba, censuró sin reserva ni consideración alguna el deseo de su augusta parienta llamándolo en alta voz *caprice de jeune femme* <sup>534</sup> y oponiéndose a que un revolucionario español profanase con su presencia el recinto de las Tullerías.



Sin tan violenta oposición la princesa cediera quizá sin dificultad, pero, irritado su amor propio, hizo de aquel negocio cuestión de ofendida dignidad, interesó en él a su marido <sup>535</sup> y la corte, de resultas de tan grave asunto, se dividió en dos bandos encarnizados el uno contra el otro. En el de la duquesa de Angulema figuraban los restos del naufragio revolucionario, todas las viejas palaciegas, sin exceptuar una sola, y algunos de los personajes de Montrouge, cuartel general entonces de los jesuitas o apostólicos franceses. Por parte de la princesa militaba la juventud, los gentileshombres, los jefes de los Guardias de Corps y las bellezas del Faubourg Saint Germain <sup>536</sup>.

Carlos X se bañaba en agua rosada viendo reproducirse ante sus ojos una escena muy semejante a las infinitas que en sus primeros años presenció y aun promovió en la corte de Versalles (). Sin embargo, no quiso el rey decidir por sí solo punto tan arduo como era saber si debía o no figurar en una contradanza nuestra bella compatriota y cometió la resolución al ministro de Negocios Extranjeros. () 142. Una vez aceptado el encargo, escribió el ministro al embajador de España () y también al prefecto de policía se le previno. El embajador contestó: «Montefiorito fue, durante los llamados tres años, liberal de bastante exaltación, mas sólo en palabras. Gentilhombre de cámara de S.M., mostró celo por el real servicio y amor a la sagrada persona del rey mi amo (Q. D. G.) durante su cautividad en Cádiz. No se le ha formado proceso alguno y es de creer que, si solicitase la real gracia, no le sería negada». 142. La nota del prefecto de la policía estaba concebida en estos términos: «Mr. de Montefiorito en Londres vivió segregado del resto de la emigración, frecuentando teatros, los salones de la aristocracia, los clubs no políticos y las carreras de caballos. Llegó a París hace seis meses: ha tomado un palacio (hotel) en la calle del Dominique, por el que paga veinticinco mil francos de alquiler anual. Su servidumbre es francesa toda, a excepción de su ayuda de cámara y la doncella de su señora, que son españoles. Vive con el fausto de un príncipe. Juega algunas veces en el salón de los extranjeros, pero no es jugador. Los placeres absorben su tiempo y jamás habla de política. De algunos días a esta parte visita con frecuencia a mademoiselle Zepherine, bailarina de la Academia Real de Música, a quien ha señalado por ahora una pensión mensual de tres mil francos. Su señora es la mujer más a la moda hoy en París, pero goza al mismo tiempo de excelente reputación. Por si a S.E. conviene, no se pierde de vista desde este momento ni al uno ni al otro. Mlle. Zepherine está ya encargada de observar al marido y, por el amante de la costurera de la señora, sabremos cuanto de ésta fuere necesario. N.B. vive en compañía de Mr. de Montefiorito un capitán español llamado D. Pedro de Mendoza, que tiene relaciones con cuanto hay en París de revolucionario y recibe voluminosa correspondencia de Inglaterra, Holanda, Italia y España. Sobre esta correspondencia se ha llamado ya la atención al Gobierno. Montefiorito ha sido coronel de Mendoza en la guerra de los seis años. Algún agente pretende que el capitán es mucho más amigo de la señora que del señor de Montefiorito; mas esta noticia requiere confirmación». En virtud de estos datos y teniendo en consideración tanto que el porvenir estaba por la princesa, cuanto que el monarca se inclinaba a complacerla, resolvió el minis-

tro que podía convidarse a Montefiorito y a su mujer, con tal que, de ninguna manera, se extendiese esta gracia a Mendoza.

143. El lector nos excusará los pormenores en que hemos entrado con respecto a ese convite, en gracia a la idea que pueden darle de la manera con que en la corte de Carlos X se trataban los asuntos y se hacían los negocios de fruslerías, mientras que el edificio monárquico, minado por sus cimientos, se hundía bajo las plantas del rey y de sus áulicos.

144. () <sup>537</sup> Necesitaríamos volúmenes enteros para enumerar rápidamente siquiera las notabilidades de todos géneros hacinadas entonces en los salones de la princesa, donde todos los lauros de la antigua Francia tenían sus representantes: lástima que al lado de los de Montmorency <sup>538</sup>, de La Rochefoucauld <sup>539</sup>, de Rivière <sup>540</sup>, de Liancourt <sup>541</sup>, de Chateaubriand <sup>542</sup>, de Villèle <sup>543</sup>, de Martignac <sup>544</sup>, de Coucy <sup>545</sup> y de Polignac <sup>546</sup>, sólo figuraran muy pocos de los héroes del Imperio, menos aún de los prohombres del Liberalismo. Pero Carlos X negaba a éstos la importancia que más tarde hubo de conocer muy a su costa.

Laura, al presentarse en aquellos salones vestida con la más exquisita elegancia y brillando aún más por sus naturales atractivos que por la oriental riqueza de un adrezo en que el ópalo y el rubí, artificiosamente combinados con los diamantes, parecían astros de su cielo; Laura, decimos, al entrar en el sarao del brazo de Leoncio, que sobre su uniforme de coronel de caballería llevaba la roja espada de Castilla, recuerdo de eternas glorias, sintiose un momento deslumbrada por tanta magnificencia junta; pero en breve, sobreponiéndose a tan pasajera sensación y conservando sólo en el rostro la expresión angélica de su pudor nativo, atravesó con planta firme y cautivando corazones salas y galerías hasta llegar al gabinete o *boudoir* de la princesa.

145. S.A., sin ser lo que se llama una hermosura, tenía entonces la frescura de la juventud y una expresión en el rostro de talento, audacia y nobleza que suplía con ventaja la falta de otros atractivos más brillantes pero también más efímeros. () Leoncio y su mujer entraron guiados por la baronesa y el uno y el otro empezaron por doblar la rodilla ante S.A. en actitud de besarle la mano.

—¡Ah! —Dijo la princesa, levantándose a medias de su asiento y alzando a Laura del suelo— Parece, coronel, que aunque liberal no 146. habéis olvidado los hábitos de sumisión de vuestro país y también del mío.

() Al cabo de un cuarto de hora de conversación, tiempo muy largo, favor muy señalado en palacio, la princesa, llamando a un general ayudante de campo del rey, se le dio por pareja a Laura, permitiéndola que bailase en la misma contradanza en que S.A. iba a hacerlo con el embajador del rey su padre <sup>547</sup>. Al coronel Montefiorito se le dio por pareja la baronesa, también en la misma contradanza. Tan notables distinciones eran, más que mero capricho, la ostentación del triunfo conseguido por la princesa en el negocio del convite pero, como recaían al cabo en Leoncio y su esposa, la atención general se fijó desde luego en ellos.

La baronesa tuvo mil empeños de los cortesanos que solicitaban ser presentados por ella a *la belle spagnole* y en el tarjetero de ésta se inscribieron en poco tiempo hasta seis nombres ilustres para otras tantas contradanzas. Pero entre el señorío francés, no faltaban tampoco españoles que gozasen en el triunfo de su bellísima paisana y, entre ellos, había dos jóvenes en los cuales fijaremos un momento la atención.

Era el uno de elevada estatura, talle esbelto, maneras de una elegancia inimitable y un rostro que es preciso haber visto para comprender el género de su belleza. Nada había de afeminado en sus facciones, que eran, sin embargo, tan delicadas como las de una dama; todo era varonil en su fisonomía sin el menor rastro de aspereza. Despejada y altiva la ancha frente, griega la nariz de clásica belleza; pequeña la boca, sombreada por un bigote negro y elegante; el cabello del mismo color, peinado pero sin afectación y, sobre todo, unos ojos llenos de fuego, penetrantes, chispeando, por decirlo así, la inteligencia, la audacia, la generosidad, componían un conjunto que, como ya lo dijimos, es preciso haberlo visto para comprenderlo. Ocupaba entonces un puesto no insignificante en la diplomacia, sin dejar de pertenecer a la carrera militar; una juventud borrascosa, aún a la sazón no completamente terminada, le había hecho célebre y dado, de su inteligencia y valor intrínseco, una falsa idea a los que sólo por las apariencias juzgan; pero los capaces de apreciarle y Fernando VII en particular, sabían que, dentro del calavera, estaba un grande hombre <sup>548</sup>.147. Mientras vivió en las regiones subalternas, no pudo aquel hombre tener sosiego y en las pasiones o acaso en los vicios buscó pasto con que engañar, ya que satisfacer no pudiese, la actividad de su corazón; fue un gran calavera, como hubiera sido gran cenobita en los primeros siglos de la Iglesia, porque había nacido grande y en cuanto pusiera la mano había de imprimir el sello de su grandeza. Más tarde volveremos a encontrarle en nuestro camino. Por ahora basta lo dicho.

Del brazo de aquel diplomático iba otro español, don Luis de Ribera, que, recién llegado a Europa desde La Habana y usando de una real licencia, no quiso volver al servicio activo sin haber antes visitado la capital de Francia. Jóvenes ambos y militares, intimaron bien pronto relaciones en la embajada; con el embajador concurrieron al baile donde los hallamos y estaban, en el momento en que en escena entran, observando atentamente a Laura, que bailaba delante de ellos.

—Magnífica mujer —Exclamó el diplomático—. Vale lo que pesa.

—¡Es un ángel! —Respondió Ribera sin apartar de ella los ojos. ()

—¿Por qué no se declara usted?

—Porque no la conozco.

—Pues yo le presentaré.

Terminábase en aquel momento la contradanza. Laura se sentó en una banquetta al lado de la baronesa; sus adoradores formaron círculo en derredor de ambas. 148. Nuestro diplomático, sin aguardar respuesta de Ribera y arrastrándole en pos de sí,

encaminose por la línea recta al asiento de la belleza, penetró intrépido la falange cortesana que la rodeaba y, con un saludo desembarazado y elegante, comenzó a decir:

—¿Permitirá esta señora que dos compatriotas suyos que hace dos horas están admirándola en silencio, tengan la osadía de suplicarla que los favorezca bailando con ellos? El coronel don Luis de Ribera, mi amigo, más corto que yo, anhelaba ese favor sin atreverse a pedirlo; yo, usando o abusando de la franqueza española, me presento a mí mismo.

Pronunciadas esas palabras con el tono más exquisito de urbanidad y sirviéndole de fiador el uniforme que vestía, Laura, aunque un tanto sorprendida de que, habiendo hasta entonces llegado a ella todos los hombres a guisa de humildes suplicantes, aquellos dos se creyesen dispensados de toda formalidad, no pudo sin embargo darse por enojada y limitose a preguntar con cortés frialdad:

—¿Y puedo yo saber a quién tengo el honor de hablar en este instante?

El diplomático dijo su nombre, apellido y empleos, sin turbarse en lo más mínimo.

La baronesa, que entendía algo del español, viendo a su amiga perpleja, le dijo al oído: «Aceptad; y no prolonguéis una conversación peligrosa». Aceptó, pues, la hermana de Leoncio; fueron inscritos los dos amigos en la lista de los mortales favorecidos y, dando las gracias, retiráronse con gran placer de Ribera, que había estado en brasas durante toda aquella escena.

Cierta dama llamó al diplomático, sin duda no muy satisfecha de haberle visto tan en conversación con *la belle espagnole* y, excitando con sus reconvenciones la irritable bilis del que, a juzgar por las apariencias, era su amante, púsole en tal estado de cólera que, para no dar un escándalo, hubo de salirse del baile.

Mientras eso pasaba, la baronesa había explicado a Laura la mala reputación de que en punto a mujeres gozaba el joven diplomático y advirtiéndole que era hombre con quien desaires y favores eran igualmente peligrosos. Temblaba, pues, la hija de don Simón cuando oyó sonar los compases preliminares de la contradanza que le había prometido, mas su temor se trocó en sorpresa, no viéndole llegar aunque con mucho era pasado el tiempo en que debiera hacerlo. Los infinitos desahuciados ya, que sólo confiaban en algún lance de aquella especie, se disputaron tenazmente la vacante y Laura apenas tuvo tiempo para fijarse en el desaire recibido.

Llegole, en fin, el turno a Ribera y presentose con anticipación, pero tan modesto, tan rendido, que desarmó la cólera de la beldad española, a quien la baronesa tuvo cuidado de hacer observar que el diplomático se había conducido con ella de una manera indisciplinable. En consecuencia, Ribera fue recibido con tal frialdad que, al llegar a Laura a ocupar su puesto en el vals que iban a bailar, se creyó obligado a decir:

—Señora, la honra que usted me hace en este momento es inmensa, pero, perdone usted mi franqueza, temo que no voluntaria...

—No sé por qué lo diga usted, caballero, —Replicó la huérfana— como no sea para repetir el desaire de su amigo...

—Mi amigo, señora, atacado de una dolencia súbita... —Ribera mentía, pero era forzoso.

—Yo no pido disculpas.

—Yo debo darlas, por él, por usted y por mí.

—Pues yo me doy por satisfecha y no hablemos más del asunto.

Rompió la orquesta y lanzáronse las parejas a su acelerado compás; Ribera estaba en el quinto cielo: Con el brazo derecho enlazaba el flexible talle de Laura, con la mano izquierda así su mano; en su rostro sentía su embalsamado aliento; algunas veces de cabeza a cabeza no mediaba más distancia que la absolutamente indispensable para que no se tocasen.

El vals debe de ser un excelente baile en las regiones del norte, pero para el mediodía acerca demasiado a las gentes. En fin, Laura valsaba como se hace a los diez y ocho años, con el cuerpo y con el alma, con la ligereza de una sílfide, con la velocidad de un ala. Ribera iba ebrio de placer y de amor; cielo y tierra desaparecieron a sus ojos: Laura sola y Laura en sus brazos era lo que únicamente veía.

¿Hay o no magnetismo? Dispútenlo los sabios; nosotros en él creemos. ¿Qué es, si no, lo que acontece entre personas que a primera vista se prendan una de otra? ¿Por qué tal fisonomía nos inspira confianza y tal otra aversión? Negado el magnetismo, todos estos fenómenos se quedan sin explicación <sup>549</sup>. Hay, pues, magnetismo y su fuerza inexplicable obraba simultáneamente sobre Laura y Ribera; cada vuelta que valsando daban era un clavo que remachaba la cadena que por el momento los unía.()

Todos los ojos de la galería (los mirones) se fijaron en ellos y la casualidad quiso que Leoncio también los viera y observase. Estábamos ahora por preguntar: ¿Hay casualidad?, ¿qué cosa es la casualidad? <sup>550</sup> Pero no faltaría, si tal hiciésemos, quien nos acusara de filósofos declamadores. 150. ¿Y qué importa esa acusación? Vamos adelante con nuestra pregunta y diga la crítica lo que quiera. Lector, ¿hay casualidad o no hay casualidad? ()

Leoncio, marido y hermano, observó con harta pena suya cómo valsaban Laura y Ribera; observación que, a menos de ser ciego, hiciera en su lugar cualquier otro aun menos versado que él en materias de mundo. Frunció, pues, las cejas involuntariamente; juró en sus adentros que no volvería su hermana a dar vueltas a compás con aquel hombre y, como si con los ojos pudiera poner remedio, túvolos en ellos clavados hasta que, cesando la música, cesaron ellos también de bailar.

Entonces Ribera, fijando la vista con entusiasmo en su bella pareja, mas sin proferir ni una sílaba, ofreció el brazo, que ella casi exánime aceptó sin hablar, también, apoyándose en él voluptuosamente. Los corazones de entrambos palpitaban con tal

fuerza que podían oírse sus latidos: él, alta la cabeza, erguido el cuerpo, radiante la frente, fosfórica la vista, parecía paladear con delicia su triunfo; ella, roja como el carmín, vacilante el paso, medio deshechos los abundantes rizos, velados los ojos y palpitante el seno, proclamábase vencida. Y no se habían dicho una sola palabra de amor y ni él había osado, ni ella concedido, cosa alguna.

Cuando Laura llegó a su asiento, apenas podía tenerse. Ribera, al saludarla para darle gracias, se atrevió a oprimir su mano con una ligera presión y decirle: «No olvidaré nunca esta noche que decide del destino de mi vida». No le respondió Laura, pero lanzole una mirada que con evidencia decía: «Tampoco yo podré nunca olvidar el vals que juntos hemos bailado».

Negose la hija del indiano a tomar parte alguna en la danza durante el resto de la noche; Ribera procuró colocarse en paraje desde donde, sin llamar la atención, pudiese tener siempre en ella clavados los ojos; Leoncio, advirtiendo que no se acercaba de nuevo a su hermana, tranquilizose algún tanto.

A las tres de la madrugada retiráronse los esposos; en la escalera estaba el coronel, envuelto en una pelliza y confundido entre otras personas; Leoncio no le vio, Laura sí, porque él tuvo cuidado de colocarse a la parte por donde ella iba. 151. Dejó la hermosa mejicana caer un guante ¿por casualidad? Quizá sí, quizá no. Recogiólo con ansia Ribera y, besado, guardolo cuidadosamente. ¿Casualidad también? No lo sabemos.

Acercose el coche de Montefiorito. Mendoza, que durante toda la noche había rondado impaciente y celoso el palacio de las Tullerías, fue quien, abriendo la portezuela antes que el lacayo, ofreció a Laura la mano para ayudarla a subir. ¿Por qué se estremeció al verle la hija de don Simón? Casualidad sin duda, si es que la casualidad existe.

## CAPÍTULO VII. Consecuencias lógicas de un vals

() A la mañana siguiente, la doncella anunció que la señora no se levantaba ni recibía porque una gran jaqueca la atormentaba.

La jaqueca se ha inventado precisamente para el vals o, mejor dicho, para después del vals. Laura no se levantó, en efecto, de la cama, ni recibió en su cuarto a nadie; ni a su hermano siquiera.

152. En el fondo de una alcoba, si alcoba puede llamarse la porción de una sala no muy grande, separada del resto de ella por dos elegantes y sutiles pilares y una rica colgadura de muselina blanca de la India y raso color de lila; en el fondo de una alcoba, decimos, había un lecho de formas griegas, lecho tan elegante como angosto, lecho virginal, respirando pudor por todas partes.

Pendiente del techo, un gracioso cupidillo de bronce, con la una mano blandía su ponzoñoso dardo y con la otra empuñaba un gran lirio, del centro de cuyo cáliz salía la colgadura de la cama, en todo semejante a la que formaba la alcoba y a la tapicería del resto de la habitación. Una colcha de raso sobre la cual resaltaba el magnífico encaje de las sábanas de Holanda, caía sobre los relieves de los tableros laterales a su lecho; a la cabecera, sobre una mesa en figura de pilastra, una elegante lámpara de porcelana del Japón iluminaba de noche la estancia; una piel de marta en el suelo reemplazaba a la modesta alfombra en que beldades menos opulentas suelen apoyar sus blancos pies; un pebetero de oro, ricamente esmaltado de cobalto, exhalaba en torno el suave olor de orientales perfumes; en un retrete contiguo, veíase un baño de alabastro; el piano, el bastidor de bordar, un dibujo empezado, algunos libros de entretenimiento y no pocas prendas de traje y tocado, esparcidas sin orden por toda la estancia, completaban el cuadro. ()

Los acordes acentos de la orquesta de las Tullerías resonaban siempre en sus oídos, repitiendo los compases de aquella peligrosa danza <sup>551</sup>, sea dicho sin ofensa de nadie. () Valsaba sin descanso; valsaba siempre con Ribera. Ésa era su jaqueca; por eso no quiso ver a nadie aquel día; por no dejar el vals ni un instante.

Pero Mendoza, que en vez de valsar había rondado toda la noche en torno del baile como el hambriento alrededor del festín, con la envidia, los celos y la desesperación en el alma, no tenía jaqueca, 153. sino la más rabiosa ira que imaginarse puede, viéndose defraudado en sus esperanzas de contemplar a Laura todo aquel día, en desquite de la pasada privación. ()

Habíase el capitán colocado detrás de una vidriera, con la abrasada frente apoyada en los cristales: metidas ambas manos en los bolsillos de los pantalones y silbando maquinalmente algunas notas que del baile, para él de mal agüero, habían llegado hasta sus oídos, más que en alas del viento, en las del maléfico genio de los celos, que sin duda quiso acrecer el suplicio de su víctima con aquellos acordes sonidos.

Un hombre envuelto en una gran pelliza y calado hasta las cejas el sombrero pasó lentamente por la acera opuesta a la que en la larga y solitaria calle de Saint Dominique ocupaba la casa de Leoncio.

Mendoza le siguió con la vista, como pocos momentos antes había seguido el vuelo de un insecto alado. Cinco minutos después volvió a pasar el de la pelliza, despacio también, por la misma acera pero en dirección contraria (). Al cabo de un cuarto de hora había pasado dos veces más el hombre de la pelliza y ya Mendoza está en brasas y no sin causa.

Aquel paseante era el coronel don Luis de Ribera, quien, como Laura, no había cesado aún de valsar desde la noche anterior. En pos de Leoncio y de su esposa salió del baile el coronel y mandó a su cochero que, a la conveniente distancia para no perder de vista el carruaje de la hermosa española, siguiese todos sus movimientos. De esa manera, supo dónde vivía la sílfide con quien había valsado. 154. () ¿Era racional que, habiéndose retirado del baile a las tres de la madrugada, estuviese a las doce del día al balcón, en un país donde las señoras, por regla general, jamás se asoman a él? ¿Qué placer le resultaba de la contemplación al soslayo de un edificio construido en el pésimo estilo de la arquitectura del tiempo de Luis XV, ennegrecido además por la acción deletérea de la humedad? 552 Aquel hombre estaba loco, ciertamente. ¿Qué son las pasiones más que locura? Pero él conseguía entretener la impaciencia de su alma con el ejercicio del paseo; esperaba que una casualidad hiciese a Laura acercarse más tarde o más temprano a sus vidrieras, gozaba con placer inefable contemplando las paredes que encerraban a la peregrina hermosura; para él, en fin, el pavimento, el edificio, el universo entero valsaba al compás de su amor.

Pero no había contado con Mendoza, cuya existencia ignoraba; Mendoza sí con él, no en cuanto a su persona, pero sí en cuanto a rival. () Cualquiera otro en tal posición hubiérase llenado de ira, bajado tal vez a la calle y provocado un duelo con el desconocido; en el alma de Mendoza la certidumbre del riesgo que hasta entonces no hiciera más que temer, produjo efectos diametralmente opuestos (). 155. Porque Mendoza pensaba que lo importante era conseguir su objeto con la menor suma posible de personales sacrificios. Batirse con un rival era exponerse a recibir de su mano la muerte o una herida durante cuya curación pudiese adelantar aquél la empresa; o tal vez hacerle, con algún arañazo, más interesante a los ojos de la mujer disputada. Por otra parte, el duelo y el escándalo van siempre juntos, como hermanos; y Mendoza necesitaba, para no perder su alta posición entre los liberales, conservar intacta su fama de hombre de severas costumbres. En virtud de tales consideraciones, se resolvió a proceder por métodos que, a falta de otra palabra más exacta, llamaremos «diplomáticos», en todo aquel negocio y, en prueba de su resolución, empezó resignándose a ignorar por entonces quién fuese el de la pelliza.

Ribera, habiéndose paseado, aunque inútilmente, hasta las cinco de la tarde, retiróse a esa hora, precisamente la misma en que Laura pidió de vestir a su doncella. ()



Comió en su cuarto. Leoncio estaba en el campo y Mendoza, huyendo de la soledad de la mesa doméstica, pidió el coche y fuese a la fonda de Berry, una de las más elegantes del edificio llamado en París Palacio Real <sup>553</sup>.

156. Al entrar en un vasto salón, decorado con tanto lujo como buen gusto y cuya iluminación, reflejándose en la multitud de espejos que más bien lo entapizan que lo adornan <sup>554</sup>, encontró ya Mendoza ocupados todos los sitios y no sin disgusto se disponía a salir de allí cuando advirtió que un hombre vestido con elegancia, aunque sin pretensiones, estaba solo en una mesa capaz de más cubiertos. Encaminose, pues, a él y, en francés bastante correcto aunque siempre con acento meridional, le pidió permiso para ocupar parte de la mesa. Concediósele el otro con mucha cortesía y don Pedro, escrita con un lápiz la lista de los platos que deseaba, tomó un periódico y púsose a leerlo.

A poco entró en la fonda un joven elegante que, encaminándose en derechura al compañero de mesa del capitán, le dijo en español:

—A Dios, Ribera, ¿dónde diablos se ha metido usted hoy todo el día que hasta ahora no le he visto?

—He tenido ocupaciones, tocayo —Respondió don Luis, que él era, en efecto, el de la mesa.

No paró mucho la atención en aquel incidente Mendoza, ni quiso darse por entendido de que comprendió el diálogo, porque de vista le era conocido el diplomático y, atendida la diferencia de opiniones políticas, le pareció lo más prudente no entrar en conversación con aquellos sus compatriotas.

—¿Qué tal el baile? —Prosiguió diciendo entre tanto el recién llegado.

—¡Oh!, ¡delicioso! —contestó Ribera y ya entonces Mendoza, sin dejar el periódico de la mano, prestó atento el oído.

—¿Bailó usted, al cabo, con *la belle espagnole*?

—Sí, amigo mío: valsé con ella.

—¿Y nada más?

—¡Qué más!

—Es usted, señor don Luis de Ribera, la perla del ejército, el coronel-doncella.

—Tocayo, ¿qué quiere usted? Dios me hizo así.

—Acabe usted y vámonos. Yo ya he comido y hasta la hora de la ópera voy a llevarle a usted a casa de ciertas damas... no se me asuste usted, gente de forma: todas artistas.

—Amigo mío, no estoy de humor para bromas.

—¿No? Pues vámonos a La Gaieté <sup>555</sup> y veremos el melodrama nuevo, que, según dicen, es cosa espantosa. En fin, hagamos algo hoy que estoy libre.

—¡Cómo, pues!

—Desde anoche: una escena intempestiva de celos... Pague usted y vámonos a hacer ejercicio, cuando otra cosa no sea.

Pidió y pagó la cuenta Ribera. El mozo le presentó al marcharse la pelliza misma con que Mendoza le había visto pasearse por la calle de Saint Dominique y ya no le quedó duda a aquél de que tenía rival; ni de cuáles fuesen su nombre y empleo.

Si el coronel Ribera no hubiese valsado con Laura, nunca Mendoza se atravesara en el hasta entonces pacífico curso de su existencia.

## CAPÍTULO VIII. Leoncio, intrigante

157. La tempestad política, que densas nubes anunciaban hacía largo tiempo en el horizonte español, había condensado singularmente sus vapores en Cataluña, país, por su áspera topografía y por el belicoso carácter de sus habitantes, sobradamente a propósito para todo género de insurrecciones y teatro de ellas, en efecto, con harta frecuencia.

En el antiguo principado, la montaña, la costa son, sin embargo, dos regiones distintas que, si bien físicamente en contacto, sólo tienen de común su exagerado espíritu de provincialismo y el valor tenaz con que acostumbran a sostener sus resoluciones todas.

El morador de la marina, activo, industrioso y honrado aunque hábil negociante, trabaja mucho, gana lo que puede y gasta lo que debe, pero ni un ochavo despilfarra. Aquellos hombres tenidos por avaros no lo son en realidad, pues no se niegan a sí mismos, ni a los suyos tampoco, cuanto les puede ser necesario para pasar la vida cómodamente; lo que hay es que miran lo que gastan, que economizan de lo poco como de lo mucho y que, detestando la holgazanería, se sublevan contra todo el que en la ociosidad quiere vivir a sus expensas. La dureza de su dialecto, la áspera naturalidad de sus modales y el civismo de su ruda franqueza encubren virtudes y dotes estimables y los hacen, sin justicia, poco aceptos a los demás españoles. Fácilmente se comprenderá que la marina es y ha sido siempre liberal en Cataluña: los pueblos comerciantes y fabriles son por necesidad afectos a instituciones democráticas.

Los montañeses, por el contrario, condenados a luchar con el clima y con el suelo, disputándose a las sierras palmo a palmo el solar para su choza o el abrigo para sus ganados, poseyendo siempre poco y careciendo con frecuencia de mucho, familiarizados con la intemperie y los peligros, sienten la necesidad de unirse para ser fuertes y de separarse para gozar; de un jefe que los dirija y de una fe que los sostenga. Por eso en general son inclinados a la guerra, monárquicos y religiosos hasta el fanatismo.

Tal era el caso el año de 1827 en Cataluña: los liberales de la costa, subyugados por la fuerza de las bayonetas extranjeras, padecían continuas persecuciones; los montañeses, soldados del ejército llamado «de la Fe», de 1821 a 1823 acogían ávidamente la ocasión que les deparaban los apostólicos para volver de nuevo a las armas.

Treinta o cuarenta mil hombres entre voluntarios realistas más o menos organizados y somatenes <sup>556</sup> más o menos anárquicos se alzaron, como por encanto, en la montaña, a la voz de un clero fanático <sup>158</sup>. y bajo la dirección de jefes que, dichosamente, no tuvieron tanta inteligencia como osadía.

Pero, fenómeno digno de observarse, aquella insurrección no tenía bandera, porque no podía proclamar principio alguno, porque no se hizo en defensa de una causa sino en provecho de un bando.

La monarquía absoluta de Fernando VII la representaba más que cumplidamente; el infante, pues, declinaba toda participación en los proyectos de los rebeldes y el

infante no podía representar en ningún caso más que las exageraciones de un principio y las exageraciones se cometen, pero no hay medio de proclamarlas como teorías.

Que en Madrid se hubiera conspirado y que al rey vencido se le obligase a que abdicara la corona en favor de su hermano fuera un crimen, sin duda, mas un crimen de los que se explican y conciben; pero intentar, en nombre de la monarquía, una insurrección contra el legítimo monarca y presumir que el partido realista en masa desmentiría en un momento sus constantes e inmutables principios fue un absurdo, además de ser un crimen de lesa majestad.

Con todo, la rebelión se presentó con tales fuerzas y poder, que los ánimos se movieron a sus aspectos dentro y fuera de España. En la Península, los realistas moderados estrecharon sus filas en derredor del Trono, no pocos liberales también del bando de la templanza, temblando, no sin fundamento, que en caso de vencer los apostólicos la suerte de todo constitucional sería funesta, también ofrecieron sus servicios y, por un movimiento instintivo de conservación, hasta las conspiraciones de los furibundos se aplazaron por entonces.

Los españoles, en las ocasiones de riesgo eminente, vuelven siempre sus ojos al Trono, porque hasta los demócratas saben que de él depende la salvación del Estado. El Gobierno, por su parte, tomó con actividad las disposiciones convenientes para atajar el mal en su origen y la resolución que Fernando VII llevó a cabo, trasladándose personalmente a Cataluña, dio en realidad por el pie a las esperanzas de los fanáticos <sup>557</sup>.

Don Ángel había salido de Madrid para Tarragona como un mes antes del alzamiento (). Por él estuvo Mendoza siempre al corriente de las noticias y lo estuvieron también los directores de las sociedades secretas de Francia, quienes con gusto vieron prender el fuego de la discordia en el bando monárquico, cuya fuerza principal estriba, precisamente, en la unidad dogmática de sus principios.

Por el momento, en aquella cuestión el papel natural del partido reformador era conservarse neutral, preparándose, en tanto, para aprovechar cualesquiera <sup>558</sup> eventualidad favorable que los sucesos de la lucha pendiente pudiera repararles; eso resolvieron hacer y en tal sentido se comunicaron instrucciones a los adeptos.

La noticia oficial de los acontecimientos de Cataluña llegó a París telegráficamente dos días después del baile de la princesa, es decir, al siguiente de los sucesos narrados en el capítulo que a este precede y por la embajada española la supo inmediatamente don Luis de Ribera. Extraño hasta entonces el coronel a las discordias políticas de su patria pero, como a su tiempo dijimos, profesando los más severos principios en cuanto a la lealtad debida al monarca y las estrechas obligaciones que sobre los militares pesan, creyó de su deber partir sin más demora a Madrid, no a ofrecer sus servicios, sino a solicitar como una gracia que se le emplease activamente. Aplaudiendo el embajador tan honrada resolución, facilitole un pasaporte y, antes de veinte y cuatro horas, salió don Luis en posta para la corte de España.

En verdad, la memoria del vals bailado en Tullerías no se había borrado de su imaginación; el guante de Laura no se apartó de su persona pero, aun cuando aquella pasión naciente tuviese entonces toda la fuerza y preponderancia que con el tiempo era capaz de adquirir, todavía no hubiera bastado a contrapesar en la recta balanza de su conciencia el peso de las obligaciones sagradas del honor. En don Luis, la honradez no era accidente ni convicción, sino naturaleza; obraba bien porque no le era posible obrar mal, su corazón tenía horror a la maldad, su entendimiento no se prestaba a culpables transacciones entre el gusto y los deberes. Con tan dichosa índole, concíbese cuán natural, aunque penosa, fue su conducta en la ocasión que nos ocupa.

Dejémosle ahora ir por su camino y ocupémonos algunos instantes en Leoncio, que, desde su salida de España hasta la fecha en que nos encontramos, había hecho todo lo posible para no tomar parte alguna directa en los negocios políticos y, habiéndolo hasta cierto punto conseguido, creíase tan hábil o más que Mendoza. ()

La entrada en el poder de los apostólicos así que el rey estuvo libre, comprendió a Leoncio en la proscripción sin embargo de sus recientes servicios y, como de ordinario acontece a los equilibristas políticos, llegó un momento en que el hermano de Laura se halló mal visto de todos. () Los restos de la sociedad secreta a que Montefiorito había pertenecido en España, reorganizándose en la emigración y en su impotencia de reconquistar el poder perdido, convirtiéronse en una especie de tiránico tribunal que, examinando con espíritu inquisitorial la conducta de todos sus individuos presentes y pasados, fulminaba contra los que hallaba culpables las más atroces sentencias () reduciéndolos, por tanto, a vivir en la emigración común, pobres, aislados, escarnecidos, solos, en fin, en medio de la muchedumbre. Tal era la suerte a que Leoncio se había hecho acreedor por su criminal debilidad en los últimos días del Gobierno Constitucional en Cádiz y tal la que, indudablemente, le hubiera cabido sin la poderosa intervención de Mendoza, que () dijo () que Leoncio de Montefiorito no había cesado ni un instante de ser fiel a sus juramentos ni de servir la causa de la libertad contra la tiranía y que si en Cádiz obró como agente de Fernando VII, lo hizo por mandato expreso del mismo Mendoza, quien creyó oportuno valerse de aquel medio para penetrar los designios del monarca y seguir de cerca el hilo de todas sus tramas. Declaración tan terminante selló todos los labios en cuanto a lo pasado y, como por lo respectivo a lo entonces presente no pudo tenerse quejas del ex marqués, dejáronle vivir en paz y sosiego los emigrados. ()

Las relaciones entre el capitán y Montefiorito eran de señor a esclavo: en lo grande y en lo pequeño dependía el primero del último y ni la honra misma del bastardo de Valleignoto estaba segura más del tiempo que a Mendoza le pluguiera respetarla. Considéresele, en efecto, teniendo en sus manos las cartas de la duquesa a don Simón, es decir, las pruebas de la flaqueza de la madre y de la ilegitimidad del hijo y, por tanto, las de la monstruosidad de su enlace con Laura; los documentos en que Leoncio, revolucionario, se mostraba enemigo del Trono y del partido a la sazón

dominante en España y, por último, las cartas recibidas de los jefes realistas, con las minutas autógrafas de las por el mismo Montefiorito escritas de orden del rey, que vale tanto como decir, los irrecusables testimonios de su traición y apostasía; y se comprenderá hasta qué punto era esclavo el rico, el opulento, el en apariencia feliz marido de Laura, del inflexible conspirador emigrado.

Leoncio no carecía de cierta fácil percepción que suele llamarse talento y, especialmente en las cosas del mundo, que había cursado mucho, no era fácil engañarle. Así es que tardó poco en hacerse cargo de que Mendoza estaba enamorado de Laura. ¿Pe ro qué había de hacer? Loca esperanza fuera presumir que razones ni ruegos apartasen al capitán de su mal propósito; intimidarle, empresa imposible; darse por entendido era empeorar el negocio y no otra cosa. Resignose Montefiorito, en consecuencia, a sufrir y callar, dándose por engañado y confiando, ya que otro recurso no tenía, en la inocencia y candor de Laura. Entre tanto, sometíase a cuanto Mendoza exigía sin la menor réplica ni la más leve señal de disgusto. Los placeres de la disipación, sus relaciones con mademoiselle Zephyrine y otras ninfas de su especie, si no le consolaban, le distraían; sus riquezas eran tales que soportaban las sangrías de los planes revolucionarios y, por último, como carecía de elevación de alma, sufría con resignación sus cadenas.

En tal estado se hallaba Leoncio cuando, precisamente el día mismo en que salió Ribera de París para España, se le avisó de que aquella noche le recibiría en audiencia particular, según lo tenía solicitado, nada menos que el rey de Francia en persona. ()

—¿Cómo es —Dijo S. M. al cabo de algunos minutos de conversación— cómo es, coronel, que un caballero (gentilhombre) de rancia nobleza y, al parecer, de tan buenas ideas, ha podido ser revolucionario?

—Señor —Dijo, inmutándose sinceramente Montefiorito— aquello fue un vértigo de la juventud (). 162. No lo dude V.M.: conseguir el perdón de mi rey y señor es cuanto ambiciono.

—¿Estáis, en efecto, sinceramente arrepentido? () Pues bien, coronel: yo me encargo de este negocio.

—¡Ah! Señor —Exclamó entonces Montefiorito, arrojándose a los pies del príncipe y abrazando sus rodillas—, mi vida es desde hoy de V.M.

—No, coronel, vuestra vida es del rey vuestro amo. Venid a verme dentro de unos días; encontraréis siempre franca la entrada.

Diciendo así, terminó el rey la audiencia. Quedose Montefiorito en la situación del cautivo que, perdida ya la esperanza del rescate, ve y oye al mercenario que, por espíritu de pura caridad evangélica, se encarga de ponerle en libertad; porque el marido de Laura tenía formado de antemano su plan, en virtud del cual, una vez en gracia del rey Fernando, se prometía sacudir para siempre el yugo de Mendoza.

Este, entretanto, satisfecho con la partida de Ribera, que no ignoraba, y esperando borrar pronto del corazón de Laura la huella, no profunda en su concepto, que en él hubiera podido imprimir, dedicose con más afán que nunca a complacerla en todo y por todo.

Durante uno o dos días la hermosa mejicana, pretextando cansancio, se negó a salir de casa y estuvo casi constantemente distraída, acercándose con bastante frecuencia a los balcones que a la calle daban. No la hubieran engañado los presentimientos de su corazón sin los acontecimientos de Cataluña que se llevaron a Ribera a la Península. Al tercer día, ella misma propuso un paseo a caballo al bosque de Bolonia, donde galopó en todos sentidos, examinando curiosamente las fisonomías de cuantas personas halló al paso, con un ardor, con una vehemencia que asombraron a Mendoza. Durante aquella más bien carrera que paseo, estuvo Laura animada, decidora, coqueta, hechizando al capitán más que nunca. Pero a la vuelta cayó en una profunda melancolía. Después de comer, sin embargo, hizo gran *toilette* para ir a los italianos <sup>559</sup> y en los quince días siguientes fueron tales el movimiento y agitación de su vida, tal el ansia con que corrió paseos, teatros y reuniones, que ya Mendoza apenas tenía fuerzas para acompañarla y Leoncio se creyó obligado a advertirla que tanta fatiga podía serle perjudicial.

Laura valsaba todavía y cada vez con más ansia: Laura buscaba lo que no podía encontrar en París.

163. Así las cosas, acababan una noche de regresar Mendoza y la hermana de Montefiorito de un concierto y esperaban al lado de la chimenea la llegada de Leoncio, cuando, súbitamente, sonó con fuerza el aldabón de la puerta y, pocos instantes después, entró azorado un lacayo, anunciando que el comisario de policía del distrito con escolta de la gendarmería preguntaba por el capitán y que toda la casa estaba cercada de tropa. () El Gobierno francés, usando de su autoridad discrecional en punto a extranjeros emigrados y creyendo peligrosa la presencia en París de Mendoza, había dado orden al prefecto de policía para que se apoderase de su persona y papeles y, secuestrando estos, expulsase aquélla sin demora del territorio de la monarquía.

Encargado el comisario de la ejecución de aquella providencia, hízolo conciliando con sus penosos deberes la cortesía y miramientos debidos a la desgracia. Mendoza era hombre demasiado cauto para no tener sus papeles importantes siempre a cubierto de un golpe de mano; por lo mismo, puso a disposición del magistrado civil, sin dificultad ninguna, los que en su cuarto había, todos tan insignificantes que el comisario sólo por no apartarse del tenor literal de sus instrucciones se quedó con ellos. Un documento cuya pérdida le fuera terrible y que consigo llevaba, tuvo tiempo de ponerlo en manos de Laura sin que ni el comisario ni sus agentes lo advirtieran.

Aguardaba a la puerta de la casa una silla de posta destinada a conducir al capitán hasta Calais, puerto donde, en el acto, habían de embarcarlo para Londres; pero no

se le negó el tiempo necesario para arreglar su equipaje y, aun reconocidas las localidades y visto que la fuga era imposible, tuvo el comisario la atención de dejarle a solas anunciándole que dentro de dos horas había de ser la partida. () Ocurriéndose entonces (a Laura) que su amigo podría carecer de dinero, mandó al mayordomo que le entregase los cuatro o cinco mil francos que para el gasto ordinario tenía aquél en su poder y, agregando a esa suma otra próximamente igual que ella guardaba en su tocador más por lujo que por necesidad, fue en persona a llevársela a Mendoza que, con algunos criados, arreglaba su equipaje. 164. Laura, no queriendo ofender la delicadeza del capitán, hizo que se retirasen los criados y, una vez a solas, prorrumpiendo en sincero y copioso llanto, ofreció su don con breves pero sentidas palabras. () Mendoza, frente a ella, la tenía asidas ambas manos con todo el fuego de un amor desesperado mas, reprimiéndose con sobrenatural energía, comenzó a decir:

—Laura, para que yo acepte de su mano de usted el don que su generosidad me ofrece, es preciso que medie entre nosotros un afecto de... de amistad honda, indestructible, tan grande que ni el tiempo mismo alcance a destruirlo. () Yo sé que quiero vivir al lado de usted y viviré pronto, mal que le pese al destino. Pero, entre tanto, dejo a usted sola en la más peligrosa de las situaciones, sola, Laura, porque Leoncio... Leoncio es incapaz de comprender a usted y aun de manejarse a sí mismo. () En el baile de las Tullerías ha conocido usted a un hombre joven, elegante (). En una fonda le he oído yo jactarse de que una mirada le sobró para postrar a sus pies a *la belle espagnole*; que un vals le había he- 165. cho dueño de su corazón de usted; y ese hombre, además, está casado en América, donde dejó abandonada a su esposa.

Laura, en cuyo corazón se había suscitado, al oír al capitán, un sentimiento de noble orgullo que le incitaba a rebelarse contra la brutal osadía con que aquel hombre profanaba, so pretexto de amistad, el santuario íntimo de sus afectos, santuario en que ella misma apenas se atreviera a penetrar; trocando en ira la expresión de ternura que poco antes animaba su fisonomía, iba ya a cortar el hilo de su discurso a Mendoza, cuando, presentándose en el puerta el comisario de policía, anunció ser llegada la hora de la partida. ()

Veinte minutos después de partir la silla de posta, Leoncio regresó a su casa. Laura regaba su lecho en lloro abundantísimo, en llanto de ira y desesperación; la hermana pagaba, merced a la infernal astucia de Mendoza, la pena de la perfidia del hermano con su amigo.

Para que se nos entienda, habremos de volver atrás con la narración: Un sentimiento de noble y regia compasión movió al monarca francés a tomar por su cuenta la radiación de Montefiorito de la lista de los emigrados españoles y, en efecto, manifestó al embajador de Fernando VII que se interesaba vivamente en aquel asunto.

Leoncio hizo una exposición al rey confesando haber sido liberal exaltado por error de entendimiento; recordando sus servicios en Cádiz y, por último, pidiendo



humildemente su perdón. Esa solicitud, con una recomendación al margen de propio puño de Carlos X... y acompañada de un excelente informe de la embajada, se remitió a España aprovechando la ocasión de un correo extraordinario. En Madrid, con las diligencias del ministro de Francia y la buena memoria que Fernando VII conservaba de su ex gentilhomme, se despachó en la esencia favorablemente.

El rey concedió el indulto de toda pena y permiso a Leoncio para regresar a España, con tal de que lo hiciese inmediatamente, fijando su residencia en Granada y sometiéndose a estar bajo la vigilancia de la policía hasta «que S.M., decía la real orden, satisfecho del sincero arrepentimiento y leal proceder del agraciado, se crea en el caso de hacer uso de toda su real clemencia y devolverle los empleos, honores y condecoraciones de que justamente se halla privado en el día». La gracia era harto mezquina; pero lo que Montefiorito deseaba sobre todas las cosas era sacudir el yugo de Mendoza y romper para siempre con las sociedades secretas. Aceptola, pues, y con gratitud. Sin embargo, no hallando en su alma resolución bastante para sufrir la presencia y reconvenciones de su antiguo confidente, mantuvo secreto el negocio y, de acuerdo con cierto agente de la embajada, dispuso que la expulsión de Mendoza del territorio francés precediese a su propio regreso a España.

166. La policía de París, que tenía ya muy fija la vista en aquel revolucionario, auxiliada por las revelaciones, aunque muy incompletas, de Leoncio, pues éste no se propuso más que desembarazarse de un testigo formidable de su pasada vida, no en manera alguna causarle grave perjuicio, tomó la providencia cuya ejecución hemos referido y que en dos extremos importantísimos no correspondió ciertamente a las esperanzas de Montefiorito. Con respecto al uno, que era poner a Laura a cubierto de las seducciones de aquel hombre, ya hemos visto que sólo consiguió hacer más cruel la situación de su infeliz hermana; del otro, que era apoderarse de sus papeles, dijimos que erró el golpe.

El obrar mal, para que sea con fruto, requiere mucho talento y, aun con él, pocas veces consiente la Providencia que por depravados medios se llegue a buenos fines.

## 560 LIBRO CUARTO

### LAURA EN GRANADA

#### CAPÍTULO I. La caridad

167. () Dos días después que Mendoza, salieron de París Laura y Leoncio. () 169. Llegaron a Granada precisamente cuando, deshecha por la presencia del rey Fernando en Cataluña la tempestad apostólica que allí había estallado y pesando sobre el partido ultrarrealista la mano de hierro de un general célebre cuya trágica muerte puede pasar por castigo providencial <sup>561</sup>, sin que por eso dejen de ser infames asesinos los que aquel crimen perpetraron, esperaban algunos de los liberales que un tanto se relajase la opresión en que hasta aquel instante vivieran <sup>562</sup>.

Parecía natural, a primera vista, que, vencidos los perseguidores y entronizados los hombres de la templanza, se moderasen las iras de la persecución; mas los realistas, en verdad dispuestos a perdonar a los que, renunciando completamente a las doctrinas de la reforma, quisieran unírseles, no lo estaban, ni podían estarlo, a transigir con las doctrinas liberales. Entre creer y confesar el principio de la soberanía por derecho divino y negarlo como absurdo no hay medio, no hay transacción posible, y precisamente en aquel dogma estriba la fe de los monárquicos puros; en su negación, la del Liberalismo. Por eso, las transacciones entre ambos partidos, si alguna vez la fuerza de las circunstancias y le debilidad de uno y otro las provocan y realizan, son de suyo efímeras, se terminan siempre en la opresión de alguno de ellos.

Los liberales, pues, estaban en un error creyendo que los sucesos de Cataluña podían tener en su suerte otra influencia beneficiosa que la de abrirles la puerta del perdón, para que por ella fuesen ingresando en la comunidad monárquica, mas a condición de renunciar para siempre a sus antiguas ideas. Y no alcanzaron otra cosa: los que, engañados por sus lisonjeras esperanzas, se arrojaron ya a conspirar, ya simplemente a dar ensanche a sus quejas y opiniones, pronto recibieron un cruelísimo <sup>563</sup> desengaño en las cárceles y en los suplicios. A la matanza de los carlistas siguieron las escenas de horrenda memoria en la ciudadela de Barcelona y la policía redobló su vigilancia en lo demás de España con respecto a los tenidos por revolucionarios, sin perjuicio de observar igualmente a los ultramonárquicos.

170. En tal estado de cosas, la prudencia aconsejaba —y el tacto de Leoncio no pudo menos de conformarse a sus prescripciones— vivir en completo retiro, evitando hasta la más leve apariencia de mezclarse en negocios de gobierno. Montefiorito, en consecuencia, habiéndose presentado así que llegó a Granada al capitán general <sup>564</sup> y demás autoridades, con mil protestas de su firme resolución de hacerse acreedor a la real benevolencia, tomó casa en barrio retirado; asistió puntualísimamente a los divinos oficios en su parroquia; inscribióse en dos o tres cofradías, hizo limosnas de

manera que llegasen a noticia de todos y escogió para compañeros de paseo a un oidor de aquella chancillería y a un padre jubilado de cierta comunidad religiosa. No sólo, pues, pasaba por inofensivo, sino que en breve se le tuvo por excelente vasallo y los empleados del rey dieron, ya desde el tercer mes de su permanencia en Granada, los más brillantes informes de su conducta.

Laura no vivía menos retirada que su hermano; pero curábase poco de aparentar devoción, menos de figurar en cofradías. Su corazón, inclinado a la beneficencia, odiaba sin embargo el fausto de esas gentes que humillan al que favo recen haciendo resonar las cien trompas de la fama cada vez que socorren con un maravedí a éste o al otro indigente. Hacía bien, mucho más bien que Leoncio pero, sin saber el evangelio, como el evangelio quiere, de modo que la mano izquierda ignorase lo que la derecha daba.

La diferencia de vida y de carácter consumó la división entre los dos hermanos, que se veían sólo en la mesa y casi de ceremonia. () Marido y mujer de éstos a quienes la disparidad de los caracteres hacen conocer, ya tarde, que la naturaleza no los había formado el uno para el otro y que, bastante juiciosos para evitar un escándalo perjudicial a entrambos, se convienen en conservar las apariencias de estar unidos y vivir, sin embargo, en realidad independientes, no pudieran hacerlo más cumplidamente que los dos hijos de don Simón de Valleignoto. Creíanlos sus criados en tal situación, confiáronselo a los vecinos, éstos a sus conocidos y en breve corrió la voz por la ciudad de que Monteriorito y su esposa no hacían vida conyugal. Las almas devotas, que no suelen ser siempre caritativas y casi nunca son indulgentes, edificadas con la piedad ejemplar del marido, dedujeron piadosamente que la culpa estaría toda de parte de la mujer; y de aquí resultó que la desdichada tuviese, aunque viviendo en claustral reco- 171. gimiento, una reputación tanto peor cuanto más fácil les era a sus detractores sobrecargar las fábulas de su exclusiva invención. Donde hay verdad en las faltas, puede la malevolencia exagerarlas, mas al cabo quedan medios para presentar las cosas en su verdadero punto de vista; pero cuando no median hechos que oponer a la calumnia, su triunfo suele ser más duradero. ()

Hemos dicho que Leoncio daba limosnas con grande aparato. Valiole esto () que en su casa diluvieran memoriales, esquelas y peticiones de todos géneros, la mayor parte de gente estafadora, porque la pobreza digna suele perecer en un rincón por no tender la mano a la humillación de la limosna. Esta regla, sin embargo, tiene, como todas, sus excepciones, y vamos a referir una que con nuestra historia se enlaza: Serían las once de la mañana. Leoncio estaba en un sermón, Laura acababa de levantarse de la cama y, oyendo en la antesala voces descompasadas, contra su costumbre, salió a ver qué ocurrencia alteraba el habitual silencio de su casa. Era una mujer alta, morena, no bonita, pero buena moza, más que pobremente vestida, ojeroso y macerado el rostro, hundidos los ojos y entonces pintada la desesperación en la fisonomía que, con iracundos acentos, interpelaba al ayuda de cámara de Montefiorito.

—Usted no le habrá entregado la esquila —Le decía al entrar Laura en la antesala.

—Señora, —Replicaba el otro— déjeme usted en paz y váyase con Dios. Su señoría no quiere nada con negros. ()

—Basta —Repuso la hija de don Simón, ruborizándose de la villanía de Leoncio, que, por no comprometerse, dejaba de socorrer a un desgraciado— Basta. Señora, haga usted el favor de seguirme.

Diciendo así, encaminose a su cuarto (). Hizo Laura sentarse a la desconocida, que lo repugnó muchísimo. Mandola traer en seguida algún alimento, porque era visible que no podía tenerse de pura debilidad y después, con acento afable, la rogó que la enterase de la desdicha que a tal extremo la conducía.

Como repetir literalmente las palabras de aquella mujer sin educación ninguna sería sobre prolijo desagradable en esta ocasión, habrá de permitirnos el lector que ordenemos la narración a nuestro modo, conservando, sin embargo, fielmente los acontecimientos por ella referidos: Manuela Fernández, que así se llamaba, era natural de Madrid y sus barrios bajos, y tenía a la sazón unos treinta y cuatro o treinta y cinco años de edad. Desde niña se había ejercitado con su madre en el oficio de prendera ambulante, corriendo las casas para vender y comprar las mil y una alhauelas de escaso valor intrínseco que la moda crea hoy y destruye mañana; pero aquel comercio, generalmente productivo, no lo fue para Manuela ni para su madre, que, instintivamente honradas, aborrecían la usura y, a mayor abundamiento, no se ayudaban con corredurías galantes. Salir del día a duras penas es cuanto pudieron alcanzar y, al cabo, la madre fue a morir en el hospital, dejando a Manuela a los veinte años de edad huérfana, sola, pobre y entregada sin defensa a la corrupción de la corte. () Un elegante sargento segundo, escribiente de la mayoría de su regimiento, se prendó de la airosa manola, que tardó poco en confesarse vencida, si bien, antes de rendir pabellón, quiso absolutamente que interviniese en el asunto el cura de la parroquia (), siendo padrino de la boda el teniente coronel mayor del regimiento, que, en atención a la buena conducta e inteligencia del novio, se dignó hacerle tanta honra.

Desde entonces aquel jefe, veterano de la Guerra de la Independencia, soltero y, ya por su edad y achaques, incapaz de contraer matrimonio, tomó bajo su protección a los recién desposados: alhajoles la casa a su costa, fuese a ella de huésped y no hubo género de favor que no les dispensase: Manuela puso tienda, su marido tomó la licencia y dedicose con afán a la prendería y sus negocios prosperaron durante algún tiempo.

Pero el ex sargento, que era, como su jefe, liberal exaltadísimo, fue miliciano nacional, siguió a las Cortes a Cádiz y, en la salida que contra las tropas francesas hicieron las constitucionales el 16 de julio de 1823, murió, atravesado el pecho de un balazo <sup>565</sup>. El teniente coronel, indefinido poco después y careciendo de otros recursos para subsistir que su espada, de cuyo uso le privaban, refugiose a Madrid, con esperanza de hallar allí algún medio de ganarse la vida, a pesar de los decretos que, a

cuantos estaba a su caso, se lo prohibían, y fue a pedirle albergue a Manuela, a quien sus vecinas, a fuerza de insultos y malos tratamientos, habían por negra obligado a cerrar la tienda. 173. () Mas no perdiendo, ni en tal extremo, su natural energía, dio de mano al dolor y pensó exclusivamente en trabajar más que nunca para el cómodo sustento del que en otros tiempos la favoreciera. () Mas la policía apostólica tardó poco en descubrir la guarida del anciano indefinido y obligarle a salir de justicia en justicia para Granada, porque allí por casualidad había nacido, como nacen todos los hijos de militares donde quiera que el destino lleva momentáneamente a sus madres.

A Manuela se le impuso una multa superior a sus medios pecuniarios y para realizarla se vendió a pública subasta la mejor parte de sus no ricos muebles. Ni ese golpe pudo abatirla: en ocho días vendió ella como pudo lo que de las garras de la policía acertó a salvar y, tomando asiento en una galera <sup>566</sup>, salió de Madrid para Granada, resuelta a no dejar abandonado a su bienhechor y amigo. () Durante algún tiempo, el dinero que Manuela llevó consigo, alguna que otra prenda comprada por poco y vendida por algo más, la costura de camisas o pantalones de munición y la asistencia a una u otra casa, sostuvieron mal, muy mal sin duda, pero en fin sostuvieron la vida del ya tres veces impurificado teniente coronel y la de su protectora. Mas llegó al fin ese momento supremo de la miseria en que todos los medios cesan, todos los recursos se agotan, todos los expedientes son infructuosos y la alternativa entre mendigar o morir es forzosa.() 174. Un caritativo memorialista le escribió gratis las esquelas y ella llevolas sucesivamente, aunque sin fruto, a la casa del marido de Laura. ()

—¡Ah! —Exclamó la hija de don Simón— ¡Qué generosidad, qué virtud, qué modestia! ¡Manuela! ¿Quiere usted ser mi amiga?

—Yo, señora, —Respondió la pobre mujer confusa— ¡Yo! Usted se chancea.

—No, Manuela, no; yo también soy muy desgraciada, muy desgraciada, aunque rica y muy rica. No tengo un amigo, no tengo un corazón que simpatice con el mío. ()

175. Desde aquel día, merced a la tierna generosidad de Laura, cesó la miseria del veterano y de Manuela, que se establecieron en un arrabal de la ciudad en una casa cómoda y decente, gozando en ella de un mediano pasar, con no poca satisfacción de entrambos y mayor de su bienhechora, que, con su misma suerte se reconciliaba viendo a dos seres por ella salvados del precipicio.

## CAPÍTULO II. Caprichos de la fortuna

176. Mientras en España acontecían las cosas a Leoncio y a su hermana como de referir acabamos, Mendoza () supo, no sin asombro, por uno de sus correligionarios políticos, que Montefiorito, recibido por decirlo así a noviciado de Realismo, había dejado la capital de Francia y trasladándose allende el Pirineo. Ignoraba el de París en qué punto de la monarquía pensaba el ex marqués de San Juan del Río fijar su residencia y Mendoza, por tanto, () acudió entonces a su ordinario y, hasta aquel día, infalible recurso, es decir, a don Ángel, dándole comisión para que, abandonando cualquiera otro negocio por importante que fuese, se dedicara exclusivamente a descubrir el asilo de Leoncio. () Después de sabido el regreso a España de los dos hermanos, comprendió Mendoza sin dificultad que su expulsión de Francia era debida a pérfidos manejos de Leoncio. Nada le fuera más fácil que vengarse de tamaña ofensa, mas perder al marido era perder a la esposa; infamar al bastardo, infamar igualmente a Laura y, a mayor abundamiento, cerrar para siempre la mina de las riquezas de Valleignoto a las sociedades revolucionarias. ()177. Mendoza había consagrado tres años de su vida a un solo objeto: durante ese tiempo estuvo, como Tántalo <sup>567</sup>, abrasado de ser a la orilla del fresco manantial sin que sus labios pudiesen gustarlo y precisamente en el instante en que, equivocando la amistosa ternura de Laura con otro sentimiento más vivo, imaginaba seguro y no muy lejano el triunfo, la suerte le hizo gozar momentáneamente la esperanza del supremo bien sólo para hacer después más horrible el tormento: Crueldad exquisita, capricho inexplicable para el incrédulo, que se niega a ver la mano justiciera de la Providencia aun cuando siente el azote con que le castiga. 182. Pasaron quince días, pasó un mes; dos meses eran ya transcurridos desde que Mendoza escribió a don Ángel, y éste no contestaba. «¿Me vende también?», se decía a sí mismo el capitán.

Pero don Ángel no le vendía, su silencio era tan forzoso como involuntario. Hémosle dejado en Barcelona, donde hacía su vida de costumbre, mezclándose en todas las conspiraciones, siendo el confidente de todos (). Mientras duró la matanza de los carlistas () navegó viento en popa el bueno de don Ángel. Pero aconteció que los liberales de Cataluña, viendo tan mal tratados a sus mayores enemigos, llegaron a persuadirse de que era llegado el momento propicio para sus planes. Eso, unido a las tendencias ultrarrealistas y a la dureza cruel del carácter del hombre que entonces gobernaba soberanamente el principado <sup>568</sup>, atrajeron sobre el partido constitucional una persecución más atroz que cuantas hasta entonces había padecido y don Ángel, que () estaba muy lejos de poder prestarse al exterminio de toda la raza liberal, fin que, sin metáfora ni exageración, se proponía el tirano de Cataluña, se halló, por primera vez en su vida, desbordado por los acontecimientos. () En tal estado, () llegó un día en que, cayendo el capitán general en sospecha o no habiendo hallado en quien cebar su ira, dio con el confidente de Mendoza en un calabozo de la ciudadela y

mandó que en veinte y cuatro horas le juzgase una comisión militar, decreto equivalente a este otro: «Ahórquesele pasado mañana en el glasis <sup>569</sup>». En situación tan apurada, don Ángel () se negó a responder a pregunta alguna, pretextando que sólo al capitán general en persona podía y debía hacerlo. El consejo le sentenció a muerte y a las once estaba la sentencia puesta a la aprobación del general mismo. Es probable que en cualquiera otro caso hubiera prescindido aquel hombre de hierro de las protestas del reo, pero () imaginó que quizás poseía el hilo de alguna oculta y vasta conjuración que el miedo a la muerte le obligaría a revelar. Con tal persuasión aprobó la sentencia, mandando que se le notificase en el acto al paciente y que se ejecutara al amanecer del siguiente día, pero envió al mismo tiempo a uno de sus agentes a presenciar el acto de notificación. ()

Serían las tres de la tarde cuando el fiscal, el escribano de la causa y el emisario del general entraron con un capellán en el calabozo de don Ángel. Éste, puesto previamente de rodillas, oyó con serenidad tan imperturbable la lectura de la sentencia como si de otro se tratara y después dijo:

—Señor fiscal, ahora ruego a usted que oiga y mande escribir en el proceso mi postrera declaración. () «Condenado a muerte, () declaro: Primeramente, que se me acusó sin justicia alguna (); en segundo lugar, que se me ha juzgado sin oírme (), en tercero: que por amor y fidelidad al rey N.S. () no he debido responder cosa alguna ante el consejo y sí suplicar, como lo he verificado, aunque en vano, que me oyese el Excmo. Sr. capitán general de este ejército y principado. () En cuarto y último, () que revelaré a mi confesor, con encargo de comunicarlo a quien corresponda, lo que S.E. el capitán general se ha negado a oír» ().

El fiscal iba a retirarse dejando al reo con su confesor, mas el emisario del general se opuso a ello y don Ángel volvió a quedarse solo () hasta las once de la noche. A esa hora entraron a ponerle unas esposas (). Un cuarto de hora después el general entró en el calabozo ():

—Por fin —Exclamó don Ángel— se ha dignado usted escucharme. ()

—¡Acabemos, Fut! ¡Acabemos, miserable revolucionario! Declara o me voy.

—Declaro, pues. Entre las personas a quienes V.E. ha fusilado () ¿no recuerda V.E. a cierto general, celoso y afortunado defensor del rey durante los tres años que imperó la constitución en Cádiz? () Aquel hombre fue engañado, aquel hombre creía que, sublevándose, prestaba un servicio eminente al Trono y no lo creía por inducciones, ni por cálculos, no, sino porque así se le dijo por palabra y por escrito. Por eso V.E. le fusiló sin forma de proceso, para que hablar no pudiese. () V.E. (), al recibir de palabra la orden de arcabucear al general, donde quiera que pudiese ser habido, exigió para verificarlo que así se le mandase por escrito. () V.E. obtuvo la orden escrita. () La santa asociación del Ángel Exterminador, que tiene la gloria de contar a V.E. entre sus primeros y más celosos afiliados, sin embargo de ser en realidad autora de la sublevación

castigada en la persona de aquel general, agradeció a V.E. como un gran servicio que se le fusilase, considerando que el sacrificio de una sola vida salvaba entonces infinitas (). La orden escrita no fue por V.E. exigida en satisfacción de su conciencia, sino para responder con ella a las reconvenções de sus coasociados, quienes, *pro-formula* a lo menos, debían pedirle y le pidieron cuenta de la vida del general. El obispo de \*\*\*, encargado de esa comisión, oyó las explicaciones de V. E., quien, para robustecer el testimonio de sus palabras se dignó confiarle, por veinte y cuatro horas y previo juramento de devolvérsela, la orden famosa. () Al pedir la orden escrita para dar muerte al general sublevado, protestó V.E. que lo hacía sin más objeto que el de que la persona a quien se la pedía, no olvidase, por efecto de sus graves negocios, lo que entonces mandaba, pero, por lo demás, V.E. juraba y prometía bajo su palabra de honor la más sagrada, no enseñar aquel documento a persona ninguna, no hacer uso de él fueran las circunstancias en que se encontrase. Sin embargo, V.E. ha faltado a juramento y promesa () y si el que escribió la orden llegara a saberlo, V.E., que le conoce, no necesita que yo le diga qué suerte sería la del perjurio.

—Pero, miserable, aunque fuera cierto cuanto dices, ¿quién puede probarme que falté a mi promesa? ()

—Yo sé que V.E. conserva cuidadosamente, en paraje seguro, un papel que el obispo le entregó antes aún de cumplirse el plazo por V. E. señalado para la devolución de la orden (): aquel documento es un facsímil primorosamente sacado del original.

—¿Maldición! ¿Será posible? () ¿Y el papel original está en manos del obispo?

—Tampoco, señor general. () El obispo está engañado lo mismo que V. E., ni más ni menos. Lo que en su poder conserva es otro facsímil y lo que ni el obispo ni el general han observado es que falta en ambas copias una contraseña, casi imperceptible, que puso al original su sagacísimo autor.

—Pero, ese original, ¿quién le tiene?

—El que hizo los facsímiles en sola una noche (), un servidor humildísimo de V. E. ()

—Te perdono la vida si me lo entregas.

—No, señor, no es eso. Aquí la cuestión es saber qué le interesa más a V. E.: hacer fusilar a un pobre diablo como yo () o que se conserve la orden famosa. Si ésta vuelve al poder de quien la escribió, y volverá, indudablemente, apenas yo expire, () 570 V. E. me seguirá muy de cerca al otro barrio. Si se me pone en libertad...

—¿Me la entregarás a mí?

—No, señor, porque entregarla y morir sería todo uno (). En libertad serviré a V. E. y al rey como hasta aquí lo he hecho, por inclinación, por interés y porque no me conviene enemistarme con persona tan poderosa (), pero conservaré siempre () la orden () como garantía de mi existencia.



—¿Y cuál tendré yo de tu silencio?

—¿Cuál ha tenido V. E. antes de prenderme? Como he callado hasta aquí, callaré en adelante y V. E. habrá ganado un amigo que le tenga al corriente de los intentos de la sociedad del Ángel Exterminador, en cuyo implacable odio ha incurrido por efecto de las ejecuciones de Tarragona <sup>571</sup>. () Cualesquiera que sean los servicios que V. E. haya prestado, preste o pueda prestar a la causa del Absolutismo, esos hombres, que ni el tiempo aplaca, han de tratar de vengarse, lo mismo hoy que dentro de diez años. En conclusión, V. E. elegirá. Yo, por mi parte, no tengo más que decirle.

Salió el general con la ira en el alma y el sobresalto en el corazón del calabozo de don Ángel, mas éste no fue al día siguiente pasado por las armas. ()

En tanto, recogía Leoncio el fruto de su aparente caridad y, en las formas, fervorosa devoción. Prendadas de esas dotes las autoridades realistas de Granada, tanto le recomendaron al Gobierno que, auxiliadas por el embajador francés a quien el rey su amo tenía encomendado le protegiese en todo, lograron al fin que se le concediese una real licencia para pasar por dos meses a Madrid a besar la mano del monarca. Aquella nueva gracia era con evidencia precursora de un completo indulto y Leoncio se apresuró, conociéndolo así, a gozar del favor que se le concedía. 183.

Laura, cuyo estado de salud no era muy satisfactorio, declaró que no se sentía con fuerzas para emprender aquel viaje y su marido, a quien no le pesaba quizá de ir solo a Madrid, partió, en consecuencia, de Granada, cuando ya eran pasados cuatro meses y comenzaba el quinto después de su salida de París. ()

Al separarse de Laura, Mendoza, temeroso de ser de nuevo registrado por la policía francesa, entregola, como en su lugar dijimos, el único papel importante que consigo llevaba, que era la clave de la cifra de que hablamos al tratar de su correspondencia con don Ángel. Copia de ella conservaba entre sus demás papeles depositados en Londres en un arca de hierro y en poder de un banquero de probidad conocida. Más obvio fuera haber quemado documento de tal importancia, pero el estado de agitación exaltada en que el capitán se hallaba excusa, ya que no disculpe completamente, tamaño error. Más tarde se verá por qué hacemos especial mención de esa circunstancia, a la que la misma Laura no dio por el pronto valor ninguno, contentándose con guardar aquel documento en una cartera o pu- 184. pitre de cuero de Rusia 184. que era la misma que el difunto indiano llevaba consigo en todas sus expediciones o viajes. Habíala conservado en memoria de su padre, usábala también siempre que en camino se ponía.

Desde poco después de su establecimiento en Granada, la salud de Laura experimentó una profunda revolución. Un malestar continuo la aquejaba, porque no era posible que quien tanto padecía del espíritu dejase de padecer del cuerpo. Manuela, que desde la escena referida al final de nuestro anterior capítulo, cada día se hizo más necesaria a la hermana de Leoncio, logrando cautivarse toda su confianza por ser la primera persona en quien hallaba cordialidad y franqueza, aunque envueltas en la

grosería e ignorancia más crasas; Manuela, decimos, tardó poco en conocer que su bienhechora no sólo era muy desgraciada, sino que, a mayor abundamiento, tenía ya síntomas de una enfermedad que es el azote de la juventud <sup>572</sup>. La palidez mate de su rostro y una tos seca, con más el ardor continuo de su piel, revelaban la inminencia de una tisis pulmonar, que Manuela y don Antonio, sin tener nociones algunas de medicina, descubrieron en breve y con terror profundo. () Don Antonio creyó que era para él deber de conciencia revelar a Laura su verdadero estado (): 186.

— () Es preciso que usted me escuche. () Usted está enferma, lo sabe y, sin embargo, no pone remedio. () Usted se deja morir porque quiere y comete a sangre fría el más horrendo de los crímenes. ¿Así paga usted la celestial generosidad, que la ha creado bella, noble, rica, generosa ()?

—Mis penas no admiten más alivio que el de la muerte. ()

Refirió Laura a sus dos protegidos la historia de su casamiento, enfermedad y cura y, por fin, la de su amor por Ribera, amor por Mendoza cruelmente emponzoñado.()

La hija del indiano regresó a su casa exaltada con el recuerdo de sus desgracias (). Por una contradicción frecuente en el espíritu humano y, lo que es más, lógica en sumo grado, Laura, que, suponiendo a don Luis un monstruo, no podía dejar de amarle, detestaba a Mendoza, que, en su concepto, no había hecho más que señalarle el precipicio que la amenazaba. Ribera había sido la ilusión, cara siempre a su alma, aun después de desvanecida; Mendoza el instrumento que, deshaciéndola, destruyó en realidad la dicha de la hija del indiano. Ella, pues, entró en su cuarto brotando llamas de los ojos, respirando aversión a Mendoza y, por un capricho de la fortuna, lo primero en que fijó la vista fue en la cartera de piel de Rusia que contenía la famosa clave. 187. «¡No quiero, se dijo, conservar nada de aquel hombre sin misericordia!». Y, abriendo precipitadamente la cartera, comenzó a buscar el papel con ánimo de abrazarlo. Pero su mismo afán hizo que, con tenerlo a la vista, no pudiese de ningún modo encontrarlo. Llena entonces de impaciencia, sacando todos los papeles, sacudió furiosa el pupitre y puso por casualidad la mano en un resorte que en el fondo tenía, oprimido el cual, saltó la tapa de un secreto para ella hasta entonces desconocido. Aquel secreto contenía dos pliegos, ambos cerrados con lacre negro, en él estampadas las armas de Valleignoto. En la cubierta del uno, escrita de puño de don Simón, decía «Para Laura después de mi muerte»; en el otro «Papeles reservados de familia».

Eran las dos de la tarde siguiente y todavía Laura estaba leyendo aquellos papeles cuyo hallazgo le deparó, no un capricho de la fortuna como ella lo creía, sino un decreto de la Providencia.

### CAPÍTULO III. Un rayo de luz

Gibraltar, que es el padrón de España, el foco del contrabando, el refugio de los malhechores y reducto en la Península del monopolio inglés, tiene, además, el inconveniente de ofrecer un punto de seguridad, un centro de acción a los emigrados políticos, raza infeliz de que, si bien con distintos nombres, no carecemos los españoles hace largos y tristes años.

En los momentos a que con nuestra historia hemos llegado, algunos de los liberales ya proscritos en el extranjero, otros a quienes el furor de la persecución inducía a abandonar sus hogares y, en fin, aquellos que por dicha lograban sustraerse a sus efectos, formaron en la plaza indicada una junta revolucionaria que, alimentándose de esperanzas, tomando los ayes de las víctimas por voces de rebelión y dando nombre de hechos a sus ilusiones, minaba o creía minar los cuatro reinos andaluces<sup>573</sup>. Con tal motivo, el Gobierno del rey, que a todas partes atendía, dispuso que algunas de sus fuerzas empleadas contra los carlistas de Cataluña, terminada la misión, pasasen a las Andalucías y comunicó las más severas órdenes a las autoridades de aquellas provincias para que redoblasen su vigilancia y precauciones. Hízose como se mandó, cosa que no es común en nuestro país: algunos regimientos de infantería y caballería salieron a marchas forzadas de Cataluña en dirección a la costa occidental de la Península, artilláronse las baterías, reforzose la guarnición del campo de San Roque y la policía, rejuvenecida por la espuela del temor, volvió a desplegar aquel celo feroz del inolvidable año de 1824<sup>574</sup>. 188.

Residía a la sazón, confinado en Málaga, un eclesiástico de alta jerarquía, a quien llamaremos «el deán» para entendernos en lo sucesivo, que, siendo de los pocos afectos a las doctrinas liberales, aunque en verdad con moderación extremada en las teorías y evangélica dulzura en la práctica, no pudo menos de ser comprendido en la proscripción general, si bien hasta sus mismos perseguidores tuvieron que respetar en él la virtud ejemplar de su conducta.

Vivía aquel digno sacerdote en Málaga en el más absoluto aislamiento, aunque ejerciendo las funciones de su ministerio, porque su prelado se negó a recogerle las licencias, a pesar de que algunos furibundos lo solicitaban. La oración y el confesionario ocupaban, pues, la mayor parte de su tiempo; las prácticas de una celosa, delicada y exquisita caridad, el resto: Raro era el pobre de su barrio a quien el deán no socorriese, privándose para ello hasta de lo necesario; y rara también la noche en que no dejaba el descanso para acudir con el consuelo de la divina palabra al lecho de algún moribundo. Docto pero sencillo; virtuoso, mas indulgente; creyente sin fanatismo, confesor ilustrado, caritativo por naturaleza, ganose pronto el afecto de las gentes del pueblo y, en buena lógica, debiera creerse seguro de toda nueva persecución. Nada recelaba en efecto. ¡Candidez extremada! Precisamente porque era bueno y amado, se le

mandó salir de Málaga y pasar a Granada, bajo la vigilancia de la policía, a pretexto de que su popularidad misma le hacía peligroso en la primera nombrada ciudad.

El hecho es que algunos clérigos, cuya desordenada conducta resaltaba más puesta en inmediato paralelo con el santo porte del proscrito, aprovecharon la ocasión que la conjuración de Gibraltar les deparaba para deshacerse de aquella su viviente y perpetua censura. Nuestro deán se sometió resignadamente a la nueva tribulación que la Providencia le enviaba. () Algunos días antes de la conversación que medió entre Laura y don Antonio y que en el capítulo anterior hemos referido, llegó a Granada el barón apostólico desterrado de Málaga y, como lo primero en que pensó fue en inquirir calamidades que aliviar, a poco supo la residencia del veterano impurificado.

Ambos eran con corta diferencia de la edad misma; habíanse conocido en la juventud y, aunque interrumpidas en aquella ciudad sus relaciones por la diferencia de carreras y la diversidad de los destinos, conservaban en sus pechos el más tierno, recíproco afecto de amistad. Así fue para uno y para otro gran consuelo encontrarse en medio de la borrasca; así, don Antonio, en la efusión de su gozo, contó al eclesiástico todos los beneficios que a Laura debía (). 189. Parecióle que, en satisfacción de la deuda inmensa de gratitud que con Laura tenía contraída, estaba obligado a procurar por cuantos medios estuviesen a su alcance la salvación del cuerpo y del alma de aquella desdichada y formó el proyecto de valerse para ello de las luces del deán ().

Cuando llegaron el deán y Manuela a las inmediaciones de la casa de Leoncio, interrumpió su marcha un brillantísimo regimiento de caballería ligera, que, entrando en aquel momento en Granada, pasaba a lo largo de la calle a la que se dirigían. A la cabeza de los escuadrones y distante de ellos algunos cuerpos de caballo, iba su coronel, joven, elegante, lujosamente equipado, sable en mano, oprimiendo el lomo de un potro cordobés negro, peceño que <sup>575</sup>, orgulloso con sus militares arreos y electrizado por el bélico son de las trompas, erguía el cuello, derribábase sobre el cuarto trasero y, levantando los brazos hasta las cinchas, ostentaba su ancho pecho cubierto de blanca espuma. 190.

Los balcones se llenaron de curiosos y más de curiosas, y los ojos de éstas se fijaban en el joven coronel, que, en medio de aquella especie de triunfo, iba como distraído y preocupado. Laura misma, que entonces terminaba la lectura de los papeles hallados en el secreto de la cartera, al oír los clarines y el estrépito de las herraduras en la calle, abrió maquinalmente el balcón de su cuarto y asomose, como todos, a ver la tropa. Acertó en esto a pasar el viático por la calle que, al salir de la que ocupaba, tenía que atravesar la tropa, y su coronel, como era natural, volvióse a dar la voz de «¡Columna, alto!», que, repetida por los comandantes de escuadrón, dejó fija en solo un instante aquella masa de hombres y caballos <sup>576</sup>.

También, como era natural, levantó el coronel la cabeza, ejecutada que vio su voz de mando. A un tiempo mismo se vieron Laura y él: ella pudo a duras penas conte-

ner un ¡ay! de sorpresa que en los labios tuvo; el coronel, saludando militar y rindiéndamente con el sable, quedose con los ojos clavados en la beldad que imaginó para siempre perdida. () Laura hubiera querido retirarse, pero una fuerza superior a su voluntad la tenía como clavada en el balcón; Laura hubiera querido mirar a otra parte pero sus ojos, mal que la pesara, no se apartaban del coronel. ¡Y Ribera! Con asombro de sus oficiales, en vez de darles, según costumbre, ejemplo de compostura en aquel acto del servicio, ni al regimiento, ni a la calle, ni al viático miraba, sino a Laura, por quien tanto había suspirado, con quien tanto había soñado y a quien tan inopinadamente hallaba en su camino (). Se llegó el ayudante a su jefe diciéndole:

—Mi coronel, el paso está libre.

—Y bien, ¿y qué? —Exclamó Ribera, con insólita aspereza.

—Nada, mi coronel —Contestó asombrado el ayudante—, lo decía por si usted...

—Bien, bien, gracias —Interpuso don Luis, que, recobrándose, conoció toda la ridiculidad de su conducta—. Columna de frente, guía a la derecha, al trote, marchen.()

191. Ya no se oían ni las pisadas de los caballos, ni el eco de los clarines y todavía Laura estaba con la vista clavada en el paraje que pocos minutos antes ocupara el único hombre que había encontrado el camino de su corazón. La llegada de Manuela con el deán, que le anunció un criado, la arrancó, en fin, a tan peligroso estado <sup>577</sup> ().

—Señora —Le dijo el deán después de saludarla y de tomar asiento—, mi visita puede parecer a usted intempestiva, su motivo extravagante. Pero para el servicio de Dios, nunca es demasiado pronto. ()

Nuestra huérfana sólo había oído hablar de la religión a su padre muy pocas veces y éstas con harta ligereza; tenía, pues, formada muy triste idea de los ministros del culto, juzgando que en todos ellos era oficio la que no debiera ser sino vocación; pero, tanto porque el fondo inagotable de ternura con que el cielo la dotó la predisponía a los sentimientos religiosos, cuanto por complacer a Manuela y a don Antonio y porque la evangélica fisonomía, la unción de las palabras, la suavidad de los acentos del venerable anciano sacerdote la inspiraron voluntario respeto, contentose con hacerle seña de que podía seguir. () 193. () Sus ojos, encendidos por la caridad, produjeron en Laura un efecto mágico.

Verdad es que la lectura de los papeles del secreto la preparó hasta cierto punto para oír la expresión de las ideas que hasta el momento le fueran poco menos que peregrinas; verdad también que haber acaecido en tal corto espacio de tiempo el hallazgo del secreto, la aparición de Ribera y la tentativa del deán, fue circunstancia eminentemente favorable a ésta. Mas, a mayor abundamiento, el sacerdote, comprendiendo desde luego que hablar del dogma y misterios de la religión a Laura fuera, en el primer momento, el medio seguro de alarmar su razón y alejarla del camino en que convenía que entrase, abstuvo de tocar punto alguno doctrinal, limitándose a generalidades de éstas que hablan al corazón más que a la cabeza, encontró la senda oportuna.

—En resumen, —Dijo Laura, después de algunos instantes de meditación—, ¿qué es lo que ustedes exigen de mí?

—Que se cuide usted, señorita —Exclamó Manuela— que se cure.

—Eso es lo primero —Añadió el deán—. Después, yo suplicaría a esta señora que me permitiera hablar con ella algunos ratos sobre el estado de su alma. ()

—¿No es más de eso lo que usted se propone? —Preguntó Laura con alguna desconfianza.

—Más es lo que espero —Respondió sin vacilar el digno sacerdote—, () yo anhelo ardientemente ver a usted religiosa, como es caritativa y ejemplar en su conducta, pero no me propongo atormentarla para conseguirlo. La religión de Jesucristo no ha menester tales recursos.

—En buen hora, pues —Replicó la hermana de Leoncio. ()

194. Recibió sin tardar mucho la visita del médico llamado por Manuela, quien dijo que, por fortuna, no era una tisis pulmonar la enfermedad que la aquejaba, sino una dolencia del corazón, grave, sí, y acaso mortal si se la descuidara, mas no incurable a la sazón todavía.

Prescrito el régimen que tuvo por conveniente y, animando a la enferma con darle esperanzas de su pronto y fácil restablecimiento, retiróse el facultativo y volvió Laura a quedarse entregada sí misma. ()

En virtud de la lectura de aquellos papeles, deseaba salir de Granada; por efecto de la venida de don Luis, lo contrario precisamente; porque el amor, ocultándose bajo la máscara de la curiosidad, la excitaba a indagar hasta qué punto fuesen ciertas o falsas las acusaciones de Mendoza. Por otra parte, la conversación reciente con el deán no dejaba de haberla impresionado hondamente; por manera que se hallaba, como dijimos y con razón, grandemente perpleja.

Hasta aquel momento, puede decirse que Laura había en el mundo vivido con los ojos vendados, no dando un paso por sí sola, cediendo siempre al impulso que recibía de las personas y circunstancias que la rodeaban; mas era llegado el instante de que hiciera uso del libre albedrío. Tocábale entonces a ella misma influir de una manera poderosa en su futura suerte. () Así, luchaban en el corazón de la hermosa su valor nativo con su meticulosidad accidental, su inexperiencia con su resolución y transcurrían las horas y aglomerábanse las dudas, confundíase su entendimiento en raciocinios cada vez más intrincados, cada vez menos concluyentes. En tal estado y siempre con la imagen de Ribera fija en el corazón, abrió de nuevo la mejicana el papel contenido en el pliego cuyo sobre decía «Para Laura después de mi muerte» y fijó acaso los ojos en un párrafo cuyo contenido era el que sigue: «Si alguna vez, hija del alma mía, atormentara tu corazón un deseo vehemente pero irrealizable; si una pasión de las que juzgamos 195. invencibles se apodera de ti y ni el tiempo, ni los

obstáculos, ni la reflexión la entibian, huye, Laura, huye aunque sea hasta el fin del mundo. La fuga es el único medio de vencer las pasiones.» () Tomó la pluma y, con gran prisa, como si de sí misma desconfiara, escribió las cartas que, literalmente, copiamos a continuación:

1ª carta.— Señor don Justo Herrero, procurador de número en Cádiz. Muy señor mío: En una caja de ébano que mi difunto padre, don Simón de Valleignoto, depositó en poder de usted pocos días antes de su desgraciada muerte, se encuentra un pliego cerrado con lacre negro y el sello de las armas de nuestra familia, cuyo sobrecrito dice, simplemente, estas palabras: *Al patriarca del valle*. Ruego a usted que, mostrándose conmigo tan complaciente, servicial y discreto como lo ha sido con mi infeliz padre, se tome la molestia, sin pérdida alguna de tiempo, de poner al pliego indicado un segundo sobre con esta inscripción: «Al hermano Pablo, ermitaño de Córdoba» y que () lo haga poner en manos del ilustre prelado de aquella diócesis. () Laura de Valleignoto.

2ª. — Leoncio: Por tu última, he visto con satisfacción que abrigas fundadas esperanzas de que cese en breve el anatema político que te abrume. En esto, como en todo, mi anhelo es ver cumplidos tus deseos. Que seas dichoso.

Por lo que a mi salud respecta, nada tiene de satisfactorio, si bien un facultativo que hoy, por fin, me he decidido a llamar, me da esperanzas de restablecerla, a condición de que siga escrupulosa y exactamente el régimen que me ha prescrito, entre cuyas condiciones se cuenta la de trasladarme al campo tan luego como la estación lo consienta. Pienso, pues, hacerlo muy en breve y, aunque te avisaré en tiempo oportuno, no creo de más anticipar este anuncio. Mantente bueno, etc. Laura.

Escritas estas dos cartas, descansó Laura como acontece siempre que tras de una indecisión nos resolvemos a tomar un partido y, en efecto, lo adoptamos, aunque sea a costa de sacrificio tan doloroso como para la bella mejicana lo era el que a consumir había comenzado.

Ahora dejémosla reposar un instante de sus fatigas mentales y echemos una ojeada sobre los demás actores del drama que referimos.

## CAPÍTULO IV. El cabo Martín

196. Dejamos a nuestro don Anselmo Fernández es decir, a don Ángel, en un calabozo de la ciudadela de Barcelona, condenado a muerte y a merced de la despiadada voluntad del capitán general del principado, quien, por de pronto, no se resolvió ni a mandar que se ejecutase la sentencia ni a poner en libertad al reo, como pudiera hacerlo en virtud de sus omnímodas facultades, sin que nadie osara preguntarle el porqué de su conducta. La existencia de los hombres se estimaba entonces tan poco en España, que uno de más o de menos en el mundo no parecía cosa digna siquiera de que se inquiriese la causa de su vida o su muerte. Aquello, sin embargo, se llamó gobierno.

El amigo de Mendoza poseía, sin duda, una serenidad de ánimo muy superior a la que a los más de los hombres ha cabido en suerte () mas, para su natural actividad, era irresistible tormento el ocio solitario de un calabozo, () viendo pasar las noches tras los días y las semanas y los meses encerrado en el angosto recinto de las cuatro paredes de su prisión, privado hasta del recurso de la lectura ().

Pero Mendoza, que, ignorando la prisión de su confidente, porque no había entonces en España periódicos que todo lo publicasen <sup>578</sup>, ni en Barcelona quien se atreviese a escribir una carta que directa o indirectamente aludiese a negocios políticos; Mendoza, decimos (), entregábase a continuas y extravagantes conjeturas o, para hablar con más propiedad, a una cólera sin freno ni medida. Parecía que la suerte se obstinaba encarnizadamente en perseguirle. () 197. De esa persuasión resultó que, el mismo hombre cuya frente impía rehusaba doblarse ante la grandeza inmensa del autor del universo, creara para su tormento una entidad indefinible e inexplicable, con el nombre de Fatalidad, fantasma sombrío, siempre con el puñal asesino levantado, siempre amenazando desdichas, siempre sembrando crímenes e inspirando delirios <sup>579</sup>. () «Pues bien, acepto la lucha, recojo el guante; veremos quién lleva lo mejor de la batalla». () Mendoza resolvió, puesto que de España no recibía noticia alguna, pasar él en persona a buscarlas.

Recuérdese lo que hemos dicho del estado de nuestro país en la época a que ahora nos referimos y bastará eso para comprender hasta qué punto era audaz semejante proyecto (). Si la empresa era temeraria, los medios de ejecutarla muy difíciles, porque para cuantos le prestasen su auxilio había de resultar un gran compromiso y, a mayor abundamiento, la necesidad de proceder con cautela exigía gran tino en la elección de confidentes. Por eso hubo de consumir más de tres meses en los preparativos y de trasladarse desde Inglaterra a Holanda bajo un hombre supuesto y con pasaporte conseguido a peso de oro en cierta legación italiana, cuyo idioma hablaba Mendoza con gran perfección. <sup>198</sup>. En Holanda ya le fue menos difícil conseguir pasaporte para España en calidad de mercader de lienzos y embarcose, por fin, para las costas del Mediterráneo en un bergantín pesado y de convexa forma, como lo son



la mayor parte de los de la marina mercante holandesa. Su rumbo era a Valencia, reino que, gobernado a la sazón por el general Longa, hacía notabilísimo contraste con el inmediato principado de Cataluña. En éste, en efecto, no era preciso tener nota de liberal, bastaba vivir para estar continuamente temblando la horca; en Valencia, por el contrario, a condición de no conspirar, todo el mundo vivía tranquilo.

Longa, procedente de la humilde clase de los herreros e improvisado militar de la Guerra de la Independencia, era un hombre de claro entendimiento y corazón sano, sin pasiones políticas, sin fanatismo, naturalmente benévolo, por instinto justo, por inclinación y hábito generoso y lleno de munificencia. A no ser por el “Trágala” tal vez fuera liberal, pero empeñáronse en hacerle realista y fuelo de veras; mas sin saña, sin ese odio implacable a todo constitucional que era y es el carácter distintivo de los apostólicos <sup>580</sup>. Así, ni éstos en 1827 osaron levantar la cabeza de la capitania general de Valencia, ni los liberales tuvieron allí durante el mando de Longa que llorar una sola víctima. Bastábale al proscrito, sobre cuya cabeza pendía la cuchilla del verdugo en Barcelona, pisar las playas de la ciudad del Cid, para estar a salvo de toda persecución y, sin embargo, ambos distritos eran de España, ambos generales servían a un mismo rey, a una misma causa <sup>581</sup>. ¡Singularidad notable! La monarquía absoluta en la Península ha sido tan enemiga de la centralización como los más ardientes revolucionarios.

Volvamos a nuestra historia: () La navegación de suyo larga y penosa, pues que hubo el buque de correr todo el canal de la Mancha en su longitud, desembocar en el Océano Atlántico y, virando de bordo al Sur, doblar el cabo de San Vicente para entrar después en el Mediterráneo por el estrecho gaditano y, allí, variando de nuevo el rumbo al Norte, dirigirse al puerto de su destino, se hizo, sin embargo, con toda felicidad casi hasta su término; mas, al llegar a la altura del cabo Martín, que es la más oriental del reino de Valencia, un fuertísimo levante viento que reina en aquellos parajes con frecuencia y furia, sorprendió al bergantín, mucho más cercano a la costa de lo que debiera estarlo para su seguridad. En vano se recogieron todas las velas: perdió el buque su palo mayor e, impelido por el viento como una boya, fue a encallar en la embocadura del río Jaló <sup>582</sup>, que yace en la ensenada o concavidad de 199. los montes de la costa, cuyos dos extremos son los cabos de San Antonio y Martín. Dicha fue y no pequeña la de no estrellarse contra las enormes rocas perpendiculares que forman el último, cuyo erizado aspecto llenó de terror, aun pasado el riesgo, a los míseros naufragos, ante cuyos ojos se extendía la llanura de Jávea, pueblo situado en la costa a la orilla austral del Jaló <sup>583</sup>. ()

Mendoza () estaba en la orilla del río, cruzados los brazos, caída sobre el pecho la cabeza ().

—Fatalidad —Exclamó—, fatalidad incomprensible. Al cabo de tantos años, ¿quién me ha traído otra vez a orillas de este río? Mi fatal destino... ¡Ah, sí! ¡Veremos quién vence!

Las averías del buque, aunque no de gran monta, exigían gran tiempo para su reparación y tanto más cuanto en Jávea faltaban la mayor parte de los materiales para tales casos necesarios. Mendoza, pues, tuvo que optar entre la permanencia en aquel pueblo durante una semana o emprender por tierra el viaje a Valencia. El primer medio () 200. ofrecía para éste peligros gravísimos, porque, recién terminada la Guerra de la Independencia, había estado destacado en persecución de malhechores en aquel mismo distrito y era harto probable que no faltara allí quien recordase su nombre y fisonomía. Decidióse, pues, sin vacilar, por el segundo, mas el único caballo de alquiler que en Jávea existía se encontraba a la sazón fuera del pueblo y su regreso no se esperaba hasta dentro del tercero día. En consecuencia, hubo Mendoza de aceptar la hospitalidad que cordialmente le ofreció el cura (). Pretextando cansancio, pasó las primeras veinte y cuatro horas de su permanencia en Jávea encerrado en su cuarto, pero tal clausura era para su carácter insoportable <sup>584</sup>.

Al segundo día, tomando para que le guiase un muchachuelo, sobrino y acólito de su huésped, salió a pasear al campo, so pretexto de visitar las famosas cuevas del cabo Martín, célebres en la comarca por su amplitud y mágico aspecto. Antes, empero, de visitarlas, quiso subir a la plana o llano de la cumbre del cabo mismo, que es un considerable espacio de terreno, circuida por los altos y erizados picos de las rocas mismas que componen aquella enorme masa. La disposición del muro natural a que aludimos tiene exteriormente un aspecto de continuidad absoluta, por manera que, al considerarlo, imagina el viajero ser un todo compacto, una roca inmensa de colosales proporciones. La verdad es que, detrás de aquellos irregulares muros, hay una meseta o planicie de medianas dimensiones, en cuyo recinto, no sin trabajo y exposición, puede penetrar el hombre por algunos parajes. Cuál sea la dificultad de esos ingresos se comprenderá con sólo que digamos a nuestros lectores que las aguas llovedizas que recibe la plana del cabo Martín, no hallando salida alguna, se filtran al través de su masa y forman un río subterráneo que desagua en el mar, cerca de la base de una de las puntas del cabo mismo, que los naturales llaman Negre, sin duda en razón al color opaco de las rocas descompuestas allí por la acción deletérea de agua salada. De esta disposición resulta que la plana está generalmente inculta y abandonada, porque, si bien su suelo se presta al cultivo por uno o dos años, al cabo de ellos se hace estéril si no se le abona artificial y copiosamente, operación de una dificultad y coste muy superiores a los rendimientos de las cosechas que producir pudiera <sup>585</sup>. ()

A esta planicie subía Mendoza, guiado por el sobrino del cura. () Al cabo de no poco tiempo y fatigados por demás, llegaron ambos a emparejar con la plana y poner el pie en una senda de cabras que, encaramándose hasta los dos tercios de una cónica roca, bajaba después con rápida pendiente, tortuosos giros y escabroso piso, al nivel del suelo del solitario recinto. 201. El muchacho explicó a Mendoza la dificultad del camino con grandes encarecimientos. () Tenía el muchacho, sin duda, sus razones para no querer de modo alguno entrar en la llanura. 202. () Mendoza le miró entre colérico y con des-

precio, mas () prosiguió tranquilamente su camino. Súbitamente, apareció ante su vista una figura entre humana y de fiera y, al mismo tiempo, la voz atiplada del sobrino del cura resonó diciendo: «La loca, la loca».

Era, en efecto, una mujer envuelta en un saco de pieles, tendido el cabello, desnudos los brazos, descalzos los pies, ennegrecido el rostro por los rayos del sol y la acción de la intemperie, hundidos los ojos que debieron ser primitivamente muy bellos y con un aspecto, en conjunto, capaz de asombrar al hombre de más sangre fría. Saliendo inopinadamente de una gruta formada por la naturaleza en las rocas del norte de la plana, presentose a veinte pasos de Mendoza y clavó en él la vista con expresión de estúpida feroz curiosidad. Retrocedió el capitán involuntariamente, mas luego, avergonzado de sí propio y considerando que el muchacho le observaba, ganó en el acto el terreno perdido ():

—Mujer, ¿qué quieres?

—¡Qué quiero! —Respondió la infeliz con ronco doloroso acento—. ¿Qué quiero? Quiero a mi hijo, quiero mi inocencia, quiero mi honra perdida. () Y tú vas a devolvérmelo o yo voy a arrancarte el corazón.

Y diciendo así, hizo un movimiento tan rápido como el del tigre cuando sobre su presa se arroja y abalanzose a Mendoza. () Él la sujetó los brazos con hercúlea fuerza, quedándose el uno frente al otro y casi en contacto los cuerpos.

El muchacho, que, viendo desde su atalaya el movimiento del ataque, dio por perdido al capitán, lanzando un grito desesperado arrojose al sendero, trepó ligeramente a su cima y, gritando siempre “¡socorro!”, “¡socorro!”, desapareció del cuadro, donde se quedaron solos Mendoza y la loca. ()

Mendoza, que ya con el riesgo había recobrado toda su habitual serenidad, la examinaba en tanto detenidamente y, bajo las arrugas por el dolor causadas, bajo la tosca máscara que empañaba aquel 203. rostro cadavérico, descubría facciones un tiempo modelo de hermosura, de expresión, de viveza y, sobre todo, de apasionada vehemencia. Un resto de juventud existía aún en la fisonomía de la loca, resto semejante a la llama de moribunda antorcha pero, al mismo tiempo indicio, que confirmaba los sombríos recelos que en el alma del revolucionario comenzaban a formarse. ()

—¡Con que has tenido un hijo, Luisa!

Alzó la vista la infeliz mujer con señales de grande asombro, oyéndose llamar por aquel nombre; fijola un instante en su interlocutor y volvió a bajarla, sin proferir un acento.

—() ¿Y qué es de él?

—¿Qué es de él? Preguntádselo al torrente, preguntádselo a los precipicios de la sierra.

—¡Luisa, Luisa! ¿Habrás sido capaz de dar muerte a tu hijo?

—Al hijo de mi seductor. () Sí, al hijo del hombre infame que me indujo a deshonrar a un marido que yo no merecía, sí, al hijo del monstruo que, después de habérmelo arrebatado todo, honor, inocencia, reposo, hasta el corazón mismo, y que, siguiéndole yo como una esclava, me dijo a orillas del río Jaló: Luisa, es preciso que te reúnas con tu marido, que consiente en perdonarte. Luisa, yo ya no te amo. ()

204. —Luisa, si ya lo hiciste no tiene remedio. Mas, ¿por qué no me avisaste? Yo me hubiera encargado de aquella infeliz criatura.

—¡Tú! ¡Tú! ¿Y quién eres tú?

—¿No me reconoces, Luisa? Mírame atentamente, mírame, te digo.

En aquel momento, Mendoza y Luisa obraban y hablaban indeliberadamente; en uno y otro los sentimientos se habían sobrepuesto a las ideas: ni él era el revolucionario inflexible, el hombre todo cálculo, ni ella la demente insensata, la mujer salvaje de la plana del cabo Martín. () Ella, a cada rasgo que en el rostro de su seductor reconocía, recordaba una ilusión perdida, mil agudos dolores soportados. Su imaginación, volando con rapidez inconmensurable, la traía a la memoria su estado de tranquilidad y de dicha en el hogar doméstico, bajo la protección de un hombre de bien, prosaico, sí, eminentemente prosaico, pero benévolo, complaciente, respetable por la sencillez de sus costumbres y la honradez de su vida. Luego aparecía un capitán joven, elocuente, apasionado, hablando en lenguaje desconocido en la modesta villa de Luisa, despreciando las conveniencias sociales, burlándose de los celos del marido, fascinando, en fin, a la inexperta esposa. Un vértigo de amor, un sueño de felicidad que pasara como el relámpago, también cruzó por la mente de Luisa, seguido del amargo recuerdo de aquel día en que, abandonando el techo conyugal por seguir a su amante, en vez de gratitud o, al menos, de compasión, halló en éste severidad y reconvenciones y se vio tratada con vilipendio y desprecio. Después se veía delirante, casi moribunda en un alojamiento de Jávea y, al recobrar la razón, encontraba una carta del seductor en que la *mandaba* reunirse a su marido y, para colmo de afrentas, entregábanle, de parte del capitán, cierta suma en 205. metálico. Pero ella, aunque encinta, a pie, mendigando, seguía al ingrato y, en medio de la Sierra Morena, daba a luz el desdichado fruto de sus amores... Aquí su memoria se confundía. ¿Había asesinado a su hijo? ¿Habíale abandonado de propósito o por efecto del extravío de su razón? Luisa no acertaba a responderse a esas preguntas. ()

Los labradores de Jávea, que, como sucede siempre a las gentes sencillas, laboriosas y pobres, no racionan la caridad, siempre que la loca bajaba al llano, que era con frecuencia, se apresuraban a socorrerla con alimentos y aun la mujer de un pastor cuidaba de que no la faltase nunca la tosca túnica de pieles que vestía. () En general, era pacífica y aun benévola (). Mas, en determinadas épocas del año, bien por efecto de influencias atmosféricas, bien porque se exacerbaban las siempre abiertas heridas de su pecho, convertíase en una fiera temible, por cuanto la exaltación nerviosa le prestaba

fuerzas ajenas de su sexo y estado. Dichosamente, tenía la infeliz un presentimiento instintivo de tales crisis y, antes de que llegasen, se recogía a su gruta. ()

También la fantasía de Mendoza estaba agitada con la memoria de aquel lance de su juventud, emprendido por vía de pasatiempo, empeñado por efecto del carácter vehemente de Luisa y en cuyo desenlace, partiendo con ella el dinero de que a la sazón era dueño, creía haberse conducido cual cumple a un caballero. () En honor a la verdad, nuestro capitán no previó nunca el funesto resultado de su conducta, porque teniendo, en vez de tiernos afectos, violentas pasiones, hubiera concebido que Luisa en su despecho tratase, por ejemplo, de asesinarle. No le era posible imaginar que perdiera la razón y se condenase al espantoso género de vida en que la encontraba. No sabía, a mayor abundamiento, que cuando la abandonó estuviera encinta y ese instinto que hasta los tigres tienen, ese sentimiento innato en el hombre que le liga con los seres que produce, el amor paternal, en fin, alzaba la voz en el seno de aquel alma empedernida y la conmovía hondamente.

Al fin, Luisa, acabando de reconocer al que algunas veces malde- 206. cía pero siempre amaba, exclamó derramando amargas lágrimas y arrojándose en los brazos del capitán: «Mendoza, Mendoza mío, ¿dónde está nuestro hijo?». Estrechola el amante de Laura contra su pecho sin proferir palabra, porque no pudiera hacerlo si lo intentara y no lo deseaba tampoco por el momento. ¿Qué había de decirla, en efecto? Hay ocasiones en que sólo el silencio es elocuente.

Mientras lo referido ocurría en la plana, el sobrino del cura siempre clamando “¡socorro!” “¡socorro!” y corriendo cuanto la escabrosidad del terreno se lo permitía, llamaba la atención de los labradores de la llanura (). Reuniéronse hasta una docena de los más resueltos y, apresuradamente, treparon hasta la cima del cabo Martín, penetrando en la plana por diferentes quebradas de la roca, precisamente en el momento en que la loca caía en los brazos de Mendoza y éste la acogía en ellos amorosamente. Mas los labradores sólo veían que estaban el uno en brazos del otro y, creyendo lucha lo que era cariño, lanzáronse a la carrera con ánimo de separarlos. Llegaron, pues, adonde estaba el capitán y su víctima, él desencajado los ojos, pálido como la muerte, fuera de sí, en una palabra; ella, ella, no pudiendo resistir la emoción que el inesperado encuentro de su amante causó en su alma, había dejado de existir en sus brazos.

Entonces los labradores, que tan solícitos se habían mostrado para socorrer al forastero mientras que peligraba, hallando muerta a la loca, que estaba, por decirlo así, bajo la protección y tutela de todo el vecindario de Jávea, figuráronse que el supuesto mercader de lienzos la había ahogado entre sus brazos y, llenándole de injurias y denuestos, resolvieron llevarle preso al pueblo.

La sangre, agolpándose al cerebro de la desdichada Luisa, había originado una congestión cerebral instantánea y causádole la muerte, mas como, en consecuencia, tenía amarotado el rostro, () el alcalde mayor de Jávea no pudo dispensarse de redu-

cir a prisión a Mendoza y de proceder a la consiguiente instrucción de una causa criminal. () 207. A la verdad, aunque la disección del cadáver de Luisa probablemente sería bastante a probar la inocencia el acusado () la circunstancia de fijarse en su persona la curiosidad pública por efecto del desdichado lance, era, en la particular posición de Mendoza, emigrado proscrito, más que suficiente para conducirlo al suplicio, si no como asesino, como liberal conspirador.

## CAPÍTULO V. Complicación

El coronel Ribera, apenas echó pie a tierra en Granada y llenó las primeras obligaciones de su empleo cumplimentando a los jefes de la plaza, después de haber acuarrelado su regimiento trató, como si que nosotros se lo dijéramos se lo figurarían los lectores, de informarse de la posición y vida de Laura en aquella ciudad. () Mas su natural reserva y comedimiento le aconsejaron que procediese, como decirse suele, con pies de plomo en sus averiguaciones por no comprometer la reputación de una mujer principal a quien amaba con respetuosa aunque intensa pasión. De ahí que, resuelto a no emplear más que medios indirectos para enterarse de lo que tanto le interesaba, pasaran más de dos semanas sin que supiera, no la verdad, sino lo que la fama embustera había esparcido por la sociedad granadina. Entretanto, sin embargo, nuestro enamorado coronel paseaba la calle de Laura tantas veces cuantas eran las que, sin llamar la atención, podía hacerlo: ella siempre le aguardaba detrás de las vidrieras; saludábanse con gran cortesía y de eso no pasaban. Mas llegó a oídos de Ribera la voz pública, proclamando que Leoncio era gran devoto y limosnero; su mujer, apenas católica, () no tenía más amigas que una mujer soez y liberal a cuya casa iba con frecuencia «Dios sabe a qué», decían los más caritativos.

¿Entibieron las calumnias la pasión del coronel? 208. No, por cierto: el corazón le decía que, a pesar de todas las apariencias, su ídolo era tan perfecto moral como físicamente <sup>586</sup>; la rectitud de su alma se rebelaba contra acusaciones en cuyo abono no producían sus autores hecho alguno; pero, como las pasiones son más ingeniosas de lo que se imagina, dedujo de todas aquellas hablillas dos consecuencias para su objeto importantísimas, a saber: que Laura no amaba a Leoncio y que lo que con ella directamente fuera temerario intentar, podía, sin tanto riesgo, acometerlo con la mujer «soez y liberal, por añadidura». ()

Veamos ahora cómo se condujo en virtud de los datos adquiridos: En primer lugar, observando que cuantas veces pasaba durante el día por delante de la casa de su amada, la encontraba tras de los cristales, dedujo que hacía sus visitas a la casa sospechosa por la noche y, disfrazándose con una capa y sombrero calañés, instalóse de centinela en una esquina apenas pasada la oración. A poco tiempo, Laura, a pie, aunque tenía carruaje, y sin más compañía que la de un lacayo, salió, en efecto, y encaminóse al arrabal y casa de don Antonio y Manuela. A las nueve y media de la noche se retiró por el mismo camino y durante tres noches consecutivas observó don Luis siempre lo mismo. () No se le había ocultado al coronel que ésta le miraba con buenos ojos, pero la timidez propia de todo amor sincero le tenía indeciso y, no sin hacer sobre sí mismo un grande esfuerzo, se resolvió al cabo a declararse por escrito y, aún así, valiéndose de tercera persona y escogiendo a Manuela para intercesora. ()

Recibíole, empero, de uñas la noble manola, tan de uñas que, si don Luis no estuviera muy sinceramente enamorado, renunciaría desde luego a la empresa; mas, ¿qué no sufre, qué no intenta un amante?

209. —Pues bien, señora —Exclamó, por fin, el coronel, casi desesperado—, puesto que nada valen con usted mis ruegos, puesto que se obstina usted en llamar ofensas a mis súplicas, voy a dejar a usted. () Pero no será al menos sin pedirle un favor.

—¡Otra te pego!

—¿Tendrá usted inconveniente en referir nuestra conversación a Laura?

—¡Misté que Dios! Eso quisiera usted para reírse.

—Pues al menos dígame usted que ha visto, que ha hablado al coronel don Luis de Ribera.

—¡Cómo! —Dijo con vehemencia Manuela— ¿Usted es don Luis de Ribera? ()

—¿Sabía usted mi nombre? () Laura, por ventura, ¿habrá hablado de mí alguna vez con su amiga y confidente? Responda usted, señora, por lo que más ame en este mundo.

Mientras así, con gran vehemencia, se expresaba don Luis, habían en Manuela recobrado su habitual imperio los femeniles instintos y, resolviendo no desesperanzar a Ribera ni comprometer a Laura, contestó:

—Sé su nombre de usted porque todo el mundo sabe que manda usted el regimiento recién llegado (). Mi señorita me parece que alguna vez ha dicho que le había conocido a usted en Francia. ()

—Pero, en fin, ¿le dirá usted...?

—Que le he visto y le he hablado a usted. ()

—Permítame usted que mañana vuelva a hablarla.

—¿Y para qué?

—Para ver si logro...

—Jonjavarme, ¿verdad, mi coronel? Tiempo perdido (). Por aquí paso todos los días cuando voy a la compra y ahora, buenos días que estoy de prisa.

() Sin aguardar la noche, fuese 210. en derechura a buscar a la hermana de Leoncio y, palabra por palabra, le refirió la conversación que con Ribera acababa de tener en aquel momento. () Laura se absolvía de su amor porque, a sus propios ojos y a los de Dios, indudablemente estaba tan libre como un día antes de que se verificase su casamiento con Leoncio (). La dificultad del negocio estribaba para Laura y Manuela en el coronel mismo; porque Mendoza había dicho que Ribera tenía esposa y no era la hija de don Simón mujer que se podía declarar amante <sup>587</sup> de un hombre que tenía legítimo dueño. En verdad, la una y la otra dudaban del aserto del, a la sazón, preso en Jávea (). Tuvieron, pues, una larga conferencia en la que acordaron que Manuela, a su cuenta y riesgo y dejando siempre a salvo a Laura de



todo compromiso, entretuviese a Ribera con buenas esperanzas dando largas para poder averiguar, en virtud de los datos que de él mismo se obtuviesen, qué grado de certidumbre tenían las acusaciones de Mendoza. ()

Mientras, había llegado a manos de don Justo la carta de Laura y, como en su familia era en efecto tradicional el celo por la de Valleignoto, sin tomarse más tiempo que el necesario para hacer sus preparativos de viaje, escribió a la huérfana de su cliente que salía en persona para Córdoba y verificolo, en efecto, al día siguiente. () Leoncio contestó a su hermana aprobando su proyecto de trasladarse al campo, invitándola a comprar una quinta o alquería donde quiera que a su gusto la encontrase y deplorando que el estado de sus negocios no le permitiese dejar por entonces la corte.

Fernando VII había recibido en audiencia particular o más bien secreta su exgentilhombre de cámara y no sólo dádole lisonjeras esperanzas para un porvenir no muy lejano, sino, a mayor abundamiento y en prueba de su benevolencia, dignándose conceder espontáneamente una prórroga de algunos meses a la real licencia ().

Cuando los extravíos proceden de sobra de calor en el corazón, los años los corrigen con el hielo de las canas o una pasión legítima los compensa, purificando el espíritu; mas en aquellos seres en que la corrupción procede exclusivamente de los apetitos sensuales, suele la vejez misma ser asquerosamente viciosa. Tal era el caso con respecto a Leoncio de Montefiorito, que, en el año de 1828 a que con nuestra historia hemos llegado, contaba el cuarenta y tres de su edad y que, en frío, permítasenos la expresión, se entregaba en cuerpo y alma a toda especie de goces puramente materiales. () Verdad es que su personal situación y el estado de la sociedad madrileña en aquella época se prestaban de sobra a favorecer sus malas inclinaciones.() En Madrid comienzan todas las acciones y reacciones políticas 212. y, en consecuencia, llegan antes a su apogeo, hacen primerocisis que en las provincias. Menos creyentes o más despreocupados los madrileños que el resto de los españoles, muéstranse, en general y salvos raros y muy cortos períodos de exaltación, más tolerantes también que el resto de sus compatriotas y, a mayor abundamiento, en su calidad de habitantes de una corte, tienen cierta propensión instintiva a los placeres que los distrae <sup>588</sup> del fanatismo político.

Así es que, mientras en Cataluña, por ejemplo, desplegaba la persecución todo el lujo de crueldad, toda la pompa de su injusticia, en Madrid comenzaba a renacer el sosiego y a lucir al horizonte la aurora del orden material, por lo menos. Los liberales, exduidos aún de los destinos públicos, podían, sin embargo, dedicarse con alguna seguridad a diferentes profesiones. Un célebre banquero <sup>589</sup> poblaba con ellos sus oficinas y aun las juntas de purificaciones iban poco a poco prestando la mano a su rehabilitación, por manera que, de raza proscrita, lentamente pasaban a entrar en los goces del resto de sus compatriotas, si bien a la precisa condición de renunciar a sus creencias.

Entre tanto, el partido apostólico, que de hecho había perdido el poder, conservaba sin embargo grande influencia en los negocios públicos y una especie de

veto o derecho de exclusión constante y celosamente ejercido contra los liberales, resultando de ese conjunto de circunstancias que la política era terreno vedado para el común de las gentes y en el cual sólo podían penetrar, con riesgo de la vida, los privilegiados que, además de pertenecer a la comunión realista, llegaron en ella a ocupar altos puestos.

El resto de los habitantes de la corte, y referímonos no más que a la parte culta, generalmente apellidada la buena sociedad, apartando la vista del Gobierno en sus errores y aciertos, atendía exclusivamente a los espectáculos, saraos, fiestas y galanteos; ocupación de todos los cortesanos en las monarquías absolutas que, aun cuando tienen algo de teocráticas, apadrinan o toleran la disipación porque los hombres a ella entregados nunca son temibles conspiradores.

Además de esas causas generales o más bien producto y natural consecuencia de ellas, fomentaba singularmente la galantería la permanencia constante en Madrid de una numerosa división de la Guardia Real de todas armas, cuyos oficiales, por regla general jóvenes, hijos de familias nobles y acomodadas <sup>590</sup>, vestidos con elegancia francesa y asiático lujo y altamente considerados en la sociedad, dedicaban todos los momentos que el servicio les dejaba libres al obsequio y culto de la belleza. La ópera, el baile, el paseo del Prado y otras fruslerías, por este orden, eran el único objeto lícito de conversación; casinos, liceos, tertulias, en fin, de hombres solos, no existían ni podían existir bajo aquel régimen suspicaz y, como ni el comercio ni la industria no <sup>591</sup> alcanzaban siquiera el no muy alto grado de prosperidad en que hoy se encuentran en España, no quedaba otro arbitrio que el de buscar en la sociedad de las mujeres un recreo y distracciones, cu- 213. yo término claro está que no podía ser otro que el de intimar las relaciones entre los dos sexos. ()

Nuestro Leoncio de Montefiorito se halló, por tanto, en su elemento (). Desde que se presentó en casa de la marquesa de Sotoverde, beldad de treinta o más abriles, pero del gran tono y dotada de un talento superior para defenderse de las injurias del tiempo y prolongar el imperio de sus ya maduros encantos, llamó Leoncio la atención de las damas y excitó los celos de los galanes todos. La marquesa fijó sus miradas desde luego; un teniente de la Guardia que, por el momento, era el favorito de aquella dama, fue cortésmente despedido y el hermano de Laura no halló más resistencia que la necesaria para que a sus ojos tuviese precio la victoria (). Montefiorito quedó definitivamente declarado el amigo de la casa, ese amigo que cede su silla a todos, que cierra las puertas si hace frío y abre los balcones cuando hace calor, ese amigo que averigua dónde será el paseo y toma el palco en la ópera o la grada en los toros, ese amigo que entra y sale a todas horas y se encarga de todas las comisiones, ese amigo, en fin, de quien suelen decir a veces esposos cándidos: «¡Jesús, mujer, qué caprichos tienes! Yo no sé cómo ese pobre fulano te aguanta». La marquesa, pues, era el verdadero negocio que retenía en Madrid a Leoncio. 114. ()

Manuela () iba entreteniendo a Ribera con esperanzas sagazmente calculadas () pero () en cuanto a la averiguación de los hechos por Mendoza imputados al coronel, no fue tan feliz. (). Mas, sea de esto lo que fuere, Laura, si consintió en recibir unos tras otros algunos apasionadísimos billetes del coronel, () ni quiso responder a ninguno ni conceder a don Luis la gracia de admitirle a su trato. () 215.

Una circunstancia ignoraban ambos amantes porque, como todos los que de veras lo son, prescindían del resto del mundo, y es que los pasacalles del coronel, los plantones en la vidriera de Laura, las visitas a don Antonio y el acompañamiento del galán embozado, todo lo habían observado los criados y los curiosos. Todo era público en la ciudad y de todo se infería que la mujer de Montefiorito estaba en estrechas relaciones con Ribera. ()

Eran, pues, la fábula del pueblo sin saberlo cuando cierta noche advirtió don Luis, en ocasión que en pos de Laura caminaba, que a corta distancia le seguía a él un hombre embozado, regulando el paso sobre el suyo. Su primer impulso fue detenerse y obligar al curioso a que, de grado o por fuerza, variase de dirección, mas, reflexionando luego que pudiera un lance ruidoso asustar a su amada o tal vez comprometerla, resolvió aguardar a que ella entrase en casa de don Antonio para habérselas después con el desconocido. Mas cuando, ya Laura en seguro, buscó Ribera al embozado, éste había desaparecido y fueron vanas todas las diligencias del coronel para encontrarle. () Desde la noche siguiente, contra su costumbre, tomó don Luis dos pistolas de bolsillo y, antes de que Laura saliese, reconoció escrupulosamente la calle y sus avenidas. () Tres noches después, cuando menos lo esperaba, siendo más de las once, porque don Antonio estaba enfermo de gravedad y su bienhechora no había querido separarse de él sino lo más tarde posible <sup>592</sup>, 216. echó de ver Ribera que un embozado, a juzgar por el bulto el mismo de la primera noche, le seguía obstinadamente los pasos y ya entonces no acertó a contenerse. Volviéndose, pues, con gran presteza, arrojose por decirlo así de un salto sobre el curioso impertinente y, asiéndole el cuello con las manos, le dijo al mismo tiempo: «Si profieres una voz, miserable, eres muerto». Pero, a pesar de esa amenaza, el atacado no quiso o no pudo contener un grito pidiendo socorro, que la presión de los robustos brazos del coronel no le dejó sin embargo articular con gran fuerza. ()

Una mujer tímida huyera lo más aprisa posible; una mujer galante marchárase sin darse por entendida; mas una mujer noblemente organizada y de veras amante, debía acudir a donde su- <sup>593</sup>. ponía en peligro al objeto de su cariño. Eso hizo Laura: sin acordarse del riesgo ni de las consecuencias, ni de que llevaba en su criado un censor de sus acciones todas, echó a correr hacia los dos contrarios, preguntando: «¿Qué es esto, Ribera?»

—Nada, señora —Contestó el coronel, que, no sin dificultad, sujetaba al curioso, chico de cuerpo, pero vigorosamente constituido—. Este perillán me sigue de lejos y yo quiero verle de cerca. ()

—Suélteme, usted, que me ahoga... Esa señora me conoce, yo no le sigo a usted.

—Voy a soltarte, miserable —Replicó Ribera—, pero ten entendido que, si das un solo paso, te levanto la tapa de los sesos. ()

Laura, a pesar de la oscuridad, le reconoció desde luego, aunque solas dos veces en su sana razón el viera: una en la Luisiana, otra en el locutorio del convento de Cádiz:

—En efecto —Dijo Laura—, conozco al señor, mas ignoro por qué me seguía.

—La razón, señora, a usted no tengo inconveniente en decírsela, pero a solas —respondió don Ángel ya sosegado.

—¿Y por qué no aquí? —Replicó Laura, que quisiera, aunque indirectamente, dar satisfacción al coronel.

—Porque ni el paraje ni la hora son a propósito y porque —Añadió 217. el confidente de Mendoza acercándose al oído de la mejicana y aparentando querer que no le oyese don Luis, si bien no bajó mucho la voz— porque no debo confiar a un extraño la suerte de su marido y de su amigo de usted, el capitán.

Aquellas palabras fueron un dardo emponzoñado que se clavó en el alma del coronel; Laura no pudo menos de responder a don Ángel dándole las señas de su casa (). Separáronse a cuál menos satisfecho, partiendo la hermana de Leoncio la primera. A poco, echó Ribera también a andar, mas, al volver la planta, tropezó con una cartera de tafilete verde bastante abultada, que a don Ángel se le había caído en la refriega sin que lo advirtiese y, aunque por medio de ella pudiera fácilmente satisfacer la ardiente curiosidad que tenía de saber quién fuese el embozado, no queriendo exponerse a caer en la tentación de violar ajenos secretos, apresuró el paso y, alcanzando a Laura, puso en sus manos la cartera.

## CAPÍTULO VI. Prosiguen las complicaciones

218. () Era () entrado el último tercio del vigésimo octavo año de este siglo, cuando ocurrió el lance al final del capítulo precedente relatado. Durante ese tiempo, aunque la gran mayoría del partido liberal, desalentada por el mal éxito que constantemente tenían cuantas tentativas se hicieron para variar la forma del gobierno y, a mayor abundamiento, satisfecha hasta cierto punto con el sosiego que, fuera de Cataluña, comenzaba en el resto de la Península a disfrutarse, acaso ni deseos de hacer una revolución abrigase, no faltaban ánimos inflexibles, caracteres entusiastas y espíritus revoltosos que, de acuerdo con los emigrados, hacían en silencio esfuerzos tan obstinados como inútiles para minar el poder omnímodo del monarca.

Conspirar en un país que se rige por el sistema representativo bajo el amparo de las leyes cuyo objeto parece haber sido, exclusivamente, el de dejar inerte al Gobierno, protegiendo los designios de sus enemigos, no es cosa que supone grande audacia sino ambición, hambre o descontento; pero conspirar cuando bastaba un recelo, sobraba un indicio para poblar las cárceles hoy y vaciarlas mañana en el suplicio, eso era peligroso, eso suponía mucho valor o, cuando menos, un grande infortunio. Eran, por lo mismo, raros los conspiradores y éstos nunca hombres de poca valía: los agentes del Absolutismo estaban, por consiguiente, muy despiertos y no perdonaban medio ni fatiga para descubrir los planes de los liberales y arruinarlos sin pérdida de tiempo.

Ya dijimos que en Gibraltar estaba el foco de la conspiración y que, desde allí, se dirigían todos los esfuerzos de los emigrados a encender el fuego de la sublevación en las Andalucías<sup>594</sup>; con lo cual, por de pronto consiguieron alarmar al Gobierno, llamar tropas al territorio andaluz, empeorar la suerte de los liberales que en él residían y abrirle un tanto más los ojos a la siempre vigilante policía<sup>595</sup>. Los proscritos, sin embargo, habían con la práctica hecho notables progresos en el arte de conspirar; escribíase menos que en los primeros años, aunque siempre más de lo necesario; no se iniciaba ya sin discernimiento a todo el que decía ser enemigo del despotismo; fraccionáronse las reuniones o logias primitivamente sobrado numerosas; los directores solos conocían a la totalidad de los conjurados, entendiéndose cada uno de éstos con el que<sup>596</sup> por quien fue iniciado y con dos a quienes, separadamente, iniciaba a su vez el método, al cual se llamó «trabajo por triángulos»; y a la correspondencia en cifra, en fin, se sustituyeron<sup>597</sup> cartas en los caracteres usuales y versando, al parecer, sobre asuntos de industria y comercio o, simplemente, de familia. El secreto consistía en haberse convenido de antemano los correspondientes en llamar, por ejemplo, «cosecha» a su 219. empresa, «langosta» a la policía, «segadores» a los conjurados o «la tía Manuela» al rey y «el amigo don Sempronio» a su logia. De esta manera, en un juicio como los que hoy se usan, es casi imposible probar legalmente una conspiración que no haya estallado, pero el Gobierno del rey absoluto había inventado para tal estocada su correspondiente quite, reducido, simple y sencilla-

mente, a enviar a la horca, con pruebas o sin ellas, a todo aquel que presumía culpable. Parece que entre ambos extremos pudiera haber un medio racional, mas no se ha encontrado hasta el día de la fecha. ()

En tal estado, la sagacidad de los agentes podía sólo contrarrestar hasta cierto punto las precauciones de los liberales y los jefes de la policía conocieron cuán importante <sup>598</sup> les era enviar a los reinos andaluces, teatro en que se concentraban los esfuerzos del enemigo, emisarios de superior inteligencia y práctica consumada en los negocios. Nuestro don Ángel se llevaba notoriamente la palma en ambos extremos y los que durante meses, creyéndole ocupado en Cataluña a las órdenes del mismo que le tenía preso y condenado a muerte en la ciudadela de Barcelona, no le echaron de menos, entonces ya variaron de modo de pensar porque le habían menester. Expidiose, en consecuencia, por el Ministerio y vía reservada de primera secretaría del Estado y del Despacho, una real orden dirigida al capitán general del ejército y principado de Cataluña, cuyo tenor literal era el siguiente: «Es la voluntad soberana del Rey N.S. (Q.D.G.) que don Anselmo Fernández, agente de la policía secreta, residente en ese principado desde el año pasado de 1827, se traslade en posta a esta corte al recibo de la presente orden. S. M. me manda prevenir a V. E. que siendo de la mayor importancia para su real servicio la pronta ejecución de cuanto aquí se le previene, la menor demora en su cumplimiento será muy de su soberano desagrado. De real orden, etc.» () 220. ()

Con esto y no poco júbilo, tomó don Ángel la posta para Madrid, donde solamente permaneció tres días para recibir instrucciones, marchando en seguida y también en posta a Granada, ciudad en que se recelaba hubiese un foco de conspiración, como, en efecto, lo había y no de poca monta. En la posición en que se encontraba no tenía don Ángel arbitrio para eximirse de tan difícil encargo; la menor omisión de su parte fuera un arma terrible en manos de su feroz enemigo de Cataluña y, por otra parte, la correspondencia de Mendoza que recogió a su paso por la corte era de fecha atrasada en cinco o seis meses y no le hablaba de otra cosa más que del regreso de Leoncio y Laura a España y de la necesidad de averiguar su paradero.() En Granada, don Ángel fue para todos, menos para las primeras autoridades, un liberal que, después de haber gemido largos días y eternas noches en la ciudadela de Barcelona y salvándose del suplicio como por milagro, iba confinado a aquella ciudad. ¿Qué más títulos para granjearse la benevolencia y confianza de los conspiradores? ()

Acertó por casualidad don Ángel a alojarse no lejos de la casa de Leoncio, por delante de la cual le era casi forzoso pasar diariamen- 221. te. () Bendijo entonces mil veces a la fortuna, que tan buen encuentro le deparaba (). Si el capitán no le hubiera escrito que sospechaba, no sin fundamento, que Leoncio tenía gran parte en su expulsión de Francia, don Ángel entrara desde luego en la casa del bastardo; pero como en el largo tiempo que mediaba entre aquel instante y la fecha de la última carta de su

amigo, era natural que hubiesen ocurrido algunos incidentes notables, no quiso de ningún modo el benévolo personaje exponerse a cometer una torpeza y resolvióse a permanecer en la expectativa. () 222.

La hija de don Simón, al entrar en su casa de malísimo humor en el acto de separarse de don Luis, arrojó sobre la mesa la cartera del importuno recién llegado y, desnudándose a toda prisa, dio consigo en la cama, no tanto en busca del descanso que no apetecía, como por despedir cuanto antes a la camarera y quedarse a solas. Quiso dormir y no pudo. () Al cabo, no pudiendo sufrir más el lecho, () levantose. () La cartera de don Ángel estaba allí, delante de sus ojos, al lado del candelero. Tomola en las manos como hubiera tomado cualquiera otro objeto que en su lugar estuviese y pasola de una mano a otra durante un cuarto de hora. ¿Por qué, después, abriéndola, pasó la vista sucesivamente por todas las páginas de un libro de memorias abultado y cubiertas de casi microscópicos caracteres? Por hacer algo, simplemente; mas, una vez hecho, excitola su curiosidad lo incomprensible de la escritura y ocurriósele que tenía en su poder la clave de Mendoza. Buscola, comparó cifras con cifras, vio que se correspondían y púsose a interpretarlas.

De los descubrimientos que hizo hablaremos a su tiempo; baste decir ahora que, por efecto de un presentimiento inexplicable, se determinó a conservar en su poder aquella cartera, como arma defensiva contra don Ángel, sin darse con él por entendiada del importante hallazgo.

Al día siguiente, se presentó en casa de Leoncio el confidente de Mendoza y, con su acostumbrada amabilidad, dijo a Laura que, perseguido por sus opiniones, había estado en grave peligro de muerte y que, confinado entonces a Granada, aunque con grandes deseos de renovar sus relaciones con personas para él muy queridas, había se abstenido de hacerlo por no comprometerlas con la visita de sujeto tan sospechoso como él lo era. Tenía, añadió, encargo especial del capitán Mendoza de ver a Laura y decirla de su parte que Leoncio, traidor a la amistad como a sus compromisos políticos, era quien promovió la expulsión de París de don Pedro y que éste conservaba en su poder documentos con los cuales fuérale muy fácil perder a quien con tanta iniquidad le tratara; pero que, en consideración al tierno, al sincero, profundo e invariable afecto que a la hija de don Simón profesaba Mendoza, guardaría silencio siempre que ella, por su parte, no fuese ingrata a tamaño sacrificio.

223. Escuchó Laura con suma atención. () Hízose () la engañada, disculpando a su hermano, afectando entender en el sentido más inocente las proposiciones de Mendoza y concluyendo por encargar a don Ángel que le escribiese dándole de su parte mil seguridades de amistad y buena correspondencia. ()

Ribera, en tanto, a pesar de su descontento pasaba las horas de costumbre por la calle, mas no vio a Laura en su puesto, porque ella, temiendo, con razón, que don Ángel estuviese en continuo acecho de sus pasos, trató de evitar cuantas apariencias

podían comprometerla; pero como el desdichado amante no estaba en antecedentes, atribuía aquella conducta a motivos de otra especie, encendiéndose su corazón cada vez más en ira y en furor celoso.

Empeorose notablemente la salud del impurificado don Antonio. Manuela y el deán, por consiguiente, hubieron de consagrarse exclusivamente a su asistencia; la viuda del sargento, en particular, no se movía ni un paso de la cabecera de la cama del enfermo y, por tanto, cortáronse las comunicaciones entre el coronel y su amada pues, aunque ésta prosiguió visitando a su protegido, fue de día y siempre a diferentes horas, por manera que hasta el temerario plan de arriesgarse a hablarla directamente se le frustró a nuestro malaventurado Ribera.

Mientras así se complicaban los sucesos en Madrid y en Granada, proseguía en Jávea la causa criminal contra don Pedro Mendoza, acusado de homicidio en la persona de la loca del cabo Martín, cuyo verdadero nombre sólo él conocía y, de trámite en trámite, de prueba en prueba, llegó el alcalde mayor a convencerse de la inocencia del presunto reo. Trataba, por lo mismo, de ponerle en libertad, pero el escribano de su juzgado, hombre de duras entrañas, larga fecha y excelente memoria, desde el principio de las actuaciones estuvo jurando y perjurando que la fisonomía del acusado no era italiana sino española y muy española y que él la había visto, si bien no podía asegurar dónde. Era grande apostólico, tenía prestigio en aquella tierra y el alcalde mayor, que no deseaba soltar su vara, no creyó deber indisponerse con él por un desconocido mercader de lienzos. Absolviole, pues, de culpa y pena en cuanto a la muerte de la pobre loca mas, dándole por sospechoso de Liberalismo, mandole a Valencia con buena escolta y acompañado por el escribano mismo, a quien dio encargo de ponerle a disposición del señor capitán general, como protector y juez nato de extranjeros.

Reclamar la protección del pabellón a que según su pasaporte podía acogerse era lo natural, mas aquel pabellón era el de una potencia italiana absolutista, cuyo suelo nunca el capitán pisara, aunque hablaba con perfección su idioma. El pasaporte, además, lo había conseguido corrompiendo a un agente subalterno de la embajada en Londres y, en resumen, el tal pabellón podía servirle más bien de ruina que de amparo. Resuelto, pues, a sufrir con denuedo la suerte que le deparaba su mala estrella, compareció ante el capitán general, quien, por dicha suya, le recibió a solas en su despacho.

Era un hombre alto, corpulento, barrigudo, aunque en su juventud buen mozo; destruida la nariz por una enfermedad y, a pesar de eso, de franca y jovial fisonomía. Sus maneras bruscas, sus modales sencillos y su voz clara y enérgica eran ciertos indicios de una condición resuelta y nativa benevolencia que en Mendoza mismo produjeron buen efecto.

—Siéntese usted —Dijo Longa— y dígame sin rodeos qué hay en su negocio.

—Me han preso por asesinato —Respondió el capitán en castellano claro, renunciando a todo disfraz — soy español, soy emigrado.



—() Mi obligación sería entregarle a usted a un consejo de guerra.

—Sabré morir.

—En España pocos son los que saben morir bien; pero no quiero, me repugna y no lo haré. Dejar a usted en libertad para que conspire contra el rey, sería desleal y, en resumen, no más que retardarle la muerte algunos meses y tal vez contribuir a que se comprometiesen algunos desdichados. Lo repito, ni la muerte ni la libertad en España. Mañana sale un buque francés de El Grao <sup>600</sup> para Marsella. Va usted a ser conducido a su bordo y custodiado con centinela de vista hasta que se haga a la vela. Si algún día vuelven a mandar los liberales, que bien puede ser, acuérdesse usted que el general Longa le ha salvado la vida y sea indulgente con los realistas. ¡Ah! Los golillas le habrán desplumado a usted... () Yo me encargo de que no tenga usted que pedir limosna al desembarcar en Marsella.

() En alta mar ya dijo el patrón a Mendoza que el capitán general había pagado su pasaje y entregádole para poner, a disposición del pasajero, cuatro mil reales en oro.

Mendoza tuvo envidia a su generoso favorecedor.

## CAPÍTULO VII. Todos embrollados

Si el lector ha tenido la benevolencia de seguir hasta aquí con atención el hilo del pendiente relato, sabe que, en el momento a que con él llegamos, cada uno de nuestros personajes, ligados a los demás por intereses o afectos, ocupaba a mayor abundamiento una posición personal y exclusiva que, real o aparentemente, tendía a imprimirle un movimiento peculiar y del de los demás distinto. De la combinación de estas dos situaciones, que pudieran muy bien compararse a las fuerzas de gravedad y centrífuga, () producía por resultante un estado de inquietud, zozobra e incertidumbre que dejamos a la consideración del entendido. ()

228. Trasladémonos también por poco tiempo a Madrid, donde Leoncio nos llama: A los tres o cuatro meses de sus relaciones con la elegante marquesa, es decir, cuando ya ésta se asombraba de su constancia, antojósele a un general cortesano, de esos favoritos del destino que truecan las fajas de la cuna por la que representa la más alta graduación del ejército, fijar los ojos en la Aspasia <sup>601</sup> madrileña, que recibió sus miradas como persona mucho más aguerrida en las campañas de Venus, que S.E. lo estaba en las de Marte. Y esto, entiéndase, dicho sin lisonja, porque el bueno del general no había oído silbar más balas en su vida que alguna que otra en el tiro de pistola ().

La marquesa, además de liviana era intrigante; sus relaciones 229. con un ex liberal habían ya comprometido su crédito en la corte y enemistarse con un general palaciego gran favorito de palacio era medio seguro de acabar de perderse en política (). Mostrose más enamorada que nunca del hermano de Laura y, al mismo tiempo, hizo saber secretamente al aspirante a sus favores que, el mismo día en que Leoncio saliese de la corte, sería el de la felicidad (estilo corriente) <sup>602</sup> del cortesano, mas con la precisa condición de que hasta entonces había el candidato de evitar todo escándalo. ()

A los quince días, fue llamado a las once de la noche Montefiorito al despacho de cierto ministro:

—He llamado a usted —Le dijo—, para anunciarle que el rey N.S. se ha dignado rehabilitarle en su empleo de coronel y devolverle su llave de gentilhombre. () Los hechos acreditarán su gratitud de usted. ()

—El rey es dueño ya de mi vida y de mi hacienda, ofrecérselas...

—No se trata de eso, señor coronel. Óigame usted y sabrá la voluntad del rey. () Los liberales no cesan nunca en sus maquinaciones dentro y fuera de España. Estamos al corriente de sus planes, sin embargo, y sabremos frustrarlos. La Italia es, en este momento, teatro de una vasta conjuración, cuyo descubrimiento acaba el Gobierno de hacer en Granada, sorprendiendo una logia entera. Un extraordinario ha traído esta noche la noticia de la prisión de los conspiradores y los documentos que revelan connivencia con los revolucionarios de Nápoles, de Piamonte <sup>603</sup> y de los Estados Pontificios. ¿Se ha hecho usted cargo? () 230. Comprenderá usted sin dificultad, que avisar al santo padre, a los

reyes de Nápoles <sup>604</sup> y de Cerdeña <sup>605</sup> del reciente descubrimiento es negocio de suma urgencia. () Este es el pliego que contiene al pormenor sus instrucciones de usted, sus credenciales, letras de cambio a la vista sobre todos los puntos importantes del tránsito y los documentos relativos a la conspiración. Pero, entendámonos, ostensiblemente, lejos de llevar carácter oficial, usted sale desterrado de España. () Y sólo cuando lo haya verificado a satisfacción del rey, entrará en el público goce de sus empleos y honores. () Va usted de aquí a Barcelona; allí se embarcará para Marsella y de ese puerto partirá para Italia, mas no solo, sino en compañía de un hombre que se le presentará con una credencial reservada, de que llevará usted copia exactísima (). 231. La silla de posta está a la puerta; dinero, lleva usted. De su casa le han traído de mi orden una maleta con lo más preciso. Va usted a partir en el acto. ()

En tal estado, recibió don Ángel en Granada una carta que Mendoza le dirigió desde Marsella por los medios de antiguo entre ambos convenidos y a muerte o a vida, como suele decirse vulgarmente, porque, a pesar de tan largo silencio, todavía el capitán revolucionario no podía persuadirse de que le fuese infiel su confidente 232. y, por otra parte, no le quedaba otro arbitrio que acudir a él para adquirir noticias de Laura. () Aquella carta () terminaba de esta manera: «Es más conveniente ahora que nunca seguir con perseverancia nuestro sistema: () los que se obstinan en contrariarlo, que perezcan». () Apresurose a poner en conocimiento de Mendoza su encuentro con Laura, sin omitir ni la más insignificante circunstancia; prometiéndole no perderla de vista en cuanto le fuese posible y, en fin, seguir en todo sus instrucciones fielmente, promesa que, por desdicha, cumplió al pie de la letra.

Dijimos ya que en Granada existía una conspiración liberal; ahora añadiremos que los conjurados, para más asegurarse de su recíproca lealtad, se constituyeron en logia masónica, reuniéndose en ella hasta una docena de los más comprometidos y resueltos a intentarlo todo por sacudir el yugo monárquico. Los demás trabajaban por triángulos bajo la dirección de la logia, que, a su vez, recibía órdenes de Gibraltar y estaba en relaciones con los patriotas de todo el litoral de Andalucía.

Don Ángel tardó muy poco en estar al corriente de esa organización, participar de los secretos de los conjurados y formar parte de la logia directora (). 233. Sucedió, pues, que, al recibir la carta de Mendoza, hallábase don Ángel entre la espada y la pared. De una parte, le apremiaban las autoridades para que les entregase las cabezas de los conspiradores; éstos, por otra, tenían resuelto alzar bandera sorprendiendo a los agentes del Gobierno y, con el auxilio de una parte de la guarnición ligeramente prometido por dos o tres oficiales de opinión liberal, proclamar la famosa Constitución de Cádiz. En esa misma ciudad, con las de San Fernando, Málaga y Algeciras, debían, según los conjurados, secundar el movimiento; entonces los emigrados de Gibraltar, realizado un empréstito de algunos millones de reales que diversos comerciantes de la plaza tenían ofrecido para el caso de alzarse los puntos ya designados, entrarían en el territorio español y el resto había de ser no menos próspero que los principios.

Don Ángel sabía que (), aun supuesto el buen éxito en Granada, el resultado definitivo se reduciría a nuevas víctimas inmoladas sin provecho alguno. Con esta persuasión y las órdenes de Mendoza, resolvió poner término al negocio, inmolando el menor número de víctimas posibles, no por humanidad, que no la tenía, sino por cálculo económico y en previsión de lo futuro. Para conseguirlo, provocó una reunión de las cinco personas más influyentes de la logia; previamente apoderose de las listas de los conjurados y de sus actas, poniéndolas a buen recaudo en paraje seguro y, en seguida, denunció a los por él citados, designando la hora y paraje e indicando dónde y cómo podrían emboscarse los agentes de las autoridades para sorprenderlos. ()

Nada nos quedaría por decir, a no ser por una circunstancia que el agente de Mendoza no pudo de manera alguna prever <sup>606</sup>. Uno de 234. los conjurados, que acababa de recibir noticias circunstanciadas de Italia, llevó consigo los papeles a ellas relativos, ansioso de enterar a sus compañeros del refuerzo que por aquella parte era de esperar y precisamente los tenía en la mano cuando los encargados del Gobierno se arrojaron sobre los allí reunidos, incluso el mismo don Ángel, y dieron con ellos en la cárcel pública. Apresurose el capitán general de Granada a enviar al Gobierno un extraordinario con la nueva de la captura verificada y los papeles relativos a Italia, y los ministros entonces acordaron primeramente el viaje de Leoncio; en segundo lugar, que, simulando un escalamiento de cárcel, se embarcasen <sup>607</sup> inmediatamente don Ángel para Marsella, donde se le comunicarían instrucciones y, por último, que parte de la guarnición de Granada, inútil allí una vez descubierta la conspiración, marchase al campo de San Roque, donde la proximidad de los emigrados requería concentración de fuerzas por parte del Gobierno.

El desdichado don Luis de Ribera recibió la orden de salir en término de seis horas de Granada al frente de una columna compuesta de dos batallones de infantería y otros tantos escuadrones de su regimiento. No pudo, pues, como lo deseara, despedirse de Laura y ella, ignorando la causa, creyose olvidada.

## CAPÍTULO VIII. Incidentes. Acontecimiento misterioso

() Carlos X y sus áulicos, cerrando los ojos a la evidencia, prescindían de los intereses, de las situaciones y hasta de la gloria que la 235. Francia debía a la Revolución y al Imperio; mas el pueblo francés no quería, no podía, no debía prescindir de tales antecedentes. Tan imposible era y es restablecer en Francia el régimen aristocrático feudal, base orgánica de la sociedad antes de la Revolución, como darles a los franceses del día los hábitos de los galos por César conquistados. Desde el momento en que las leyes son la expresión de las costumbres de un pueblo, no hay fuerza humana capaz de destruirlas y en el país nuestro vecino, ciertas libertades políticas son ya costumbres hondamente arraigadas. Por eso, la corte iba siendo cada día más impopular; por eso los literatos, los comerciantes, los banqueros, los propietarios, los notarios, los abogados, los fabricantes, los jornaleros, los profesores y los estudiantes, los artistas y las mujeres eran ya en 1829 enemigos declarados del Gobierno, salvo contadísimas excepciones, y en el ejército mismo habían hecho rápidos progresos las doctrinas revolucionarias. Quedábanle a la corte los cortesanos, unos cuantos centenares de gentes de las que viven del presupuesto y como una docena de hombres que, fieles a compromisos anteriores, sostenían por lealtad pura un Gobierno cuyos desacuerdos conocían y reprobaban.

A mayor abundamiento, un príncipe cuyo talento y perseverancia respeta hoy la Europa y ensalzaré más aún la futura historia, viviendo, sin descender de su alta jerarquía, en medio del pueblo de París como un simple particular, dando ejemplo continuo de generoso desprendimiento con los pobres, de discreta economía en sus gastos, de moralidad irreprochable en su conducta, de amor conyugal con su esposa, modelo de todas las virtudes y de solicitud paternal con sus hijos, dignas ramas de tal tronco, cautivaba los corazones y fijaba las miradas de todos los franceses que, anhelando el término de un Gobierno desacertado, no querían sin embargo lanzarse de nuevo en el sangriento piélago de las revoluciones democráticas.

La existencia de ese príncipe, quince años hace ya rey de Francia <sup>608</sup>, es uno de los más señalados favores que el cielo dispensó a aquella dichosa nación. ()

Pero nos hemos apartado más de lo que debiéramos de nuestro objeto, reducido por ahora a explicar al lector la detención de Mendoza en Marsella, donde, a su llegada, sólo se propuso detenerse lo necesario para recibir respuesta, si tenerla debía, a su última carta a don Ángel. () Pidió fondos a su banquero de Londres, libró sobre Valencia la suma de su generoso capitán general recibida y entregose, según 236. su costumbre, con ardor inextinguible a las tareas revolucionarias.

Engolfado en ellas, le sorprendió la llegada de don Ángel, de quien supo todo lo acaecido en Granada ().

En esto llegó Montefiorito a Marsella y, siguiendo el tenor literal de sus instrucciones, mandó recado a la fonda en que se previno a don Ángel se alojase; éste acudió presuroso a presentarse al enviado... Figúrese el lector la sorpresa de entrambos al mirarse y reconocerse. () Don Ángel halló un golpe de propicia fortuna donde Leoncio un contratiempo. ()

El amigo de Mendoza se hallaba, por decirlo así, con Montefiorito entre las garras cuando menos podía imaginarlo (). Se felicitó pensando en la buena vida que a costa del Gobierno y de su agente principal iba a darse, en lo fácilmente que al último manejaría y, por último, en lo obvio que le era desconcertar todos los planes en Madrid fraguados. ()

237.—¿Y ese hombre —Decía el capitán— no se ha muerto de vergüenza al presentarse a usted como perseguidor de los liberales? () 238. Leoncio es un traidor que merece castigo.

— () Yo me encargo del negocio y Laura estará viuda antes de dos meses.

—No, don Ángel, no. () Vale y sirve como arma para sujetar a Laura, para hacerme dueño de ella. () Supóngale usted viuda y enamorada de otro hombre. ¿Qué hago yo en ese caso? Aun con las armas que en la mano tengo, considero sumamente peligrosa la libertad absoluta en que Laura se queda en España y estoy, por lo mismo, resuelto a volar a su lado. ()

—¡Volar a España en este momento, cuando apenas acaba de salvarse milagrosamente de la muerte! ()

— () No parto de ligero. Escúcheme, pues, antes de juzgarme. El estado de los negocios políticos en Francia y en nuestro país usted lo conoce. Aquí los elementos de la revolución están convenientemente organizados, la mina cargada; falta sólo la chispa que la incendie y Carlos X ha tomado a su cargo producirla: allá hay más chispas que hornillos; aquella gente, abandonada a sí misma, o se somete cobardemente o se lanza temeraria a luchar sin fuerza, sin medida. A usted, única per- 239. sona en quien tengo y debo tener completa confianza, las circunstancias le obligan a alejarse de España por algunos meses y, por consiguiente, es necesario que yo esté allí para evitar que los imprudentes nos comprometan, en el momento mismo en que miramos cercano el triunfo, porque, lo repito, mientras la nación en que estamos no sacuda el yugo de los Borbones, cuanto en España se intente y el día en que la revolución triunfe en Francia, de poco servirán los esfuerzos de los absolutistas en la Península.()

—() Lo que no veo es medio de que vaya usted allá y pase un día sin que le ahorquen.

—La apostasía de Leoncio nos le proporciona cumplidísimo. () ¿No trae poderes amplios? () Usted come hoy con él y va a decirle que, según datos positivos, presume que existen todavía en Granada documentos importantísimos relativos a la conjuración italiana. 239. () Usted le propondrá que habilite con pasaporte a un emigrado italiano a quien ha corrompido en Marsella, diciéndole que ese emigrado es uno de los correspondientes granadinos.

—Querrá verle.

—Y le verá. Cualquiera de ellos se prestará de buen grado a hacernos este favor que el Gobierno de S.M.C. se servirá pagar a buen precio. Una vez obtenidos los documentos, yo los tomo, parto de aquí a Bayona para entrar en España por el norte, a fin de no tropezar con el feroz capitán general de Cataluña ni con el generoso de Valencia... ()

Enterado ya el lector de los proyectos de Mendoza y de su cómplice, vamos a decirle algo de nuestros amantes, a quienes hemos dejado en Andalucía asaz enojados el uno con el otro, aunque inocentes ambos y ambos víctimas de una combinación desdichada de circunstancias fortuitas.

Ribera, antes de marcharse de Granada escribió a Manuela la siguiente carta: «Obligaciones de mi empleo me fuerzan a salir en horas de esta 240. ciudad, después de no haber visto a usted ni a su señorita durante un mes o más días. Mi conciencia está tranquila: no he cometido culpa alguna que tanto rigor merezca y, por lo mismo, me resigno con lo que ordena la suerte. Sé que amé en vano y dejaré de amar, si puedo; mas antes de separarme para siempre de la que fue mi vida y mi esperanza, debo darla un aviso que conceptúo importante: cuando su corazón no se interese por un hombre a quien de buena fe vea a sus plantas rendido, que no le entretenga en sus ilusiones, que le desengañe desde luego y, así, al menos evitará que crezca el daño, ya que no lo remedie. No todos los hombres tienen generosidad bastante en el alma para inmolarse en silencio a la tranquilidad de L... y del capitán su amigo. De vd., Manuela, y de su señorita, lo será siempre L. de R.».

Cuando estos renglones, escritos en un momento de amoroso despecho, llegaron a manos de Manuela, que no sabía leer, acababan los facultativos de declarar mortal la enfermedad de don Antonio y se hacían los preparativos necesarios para administrarle el viático. Echose, pues, la carta en el bolsillo y entre sus afanes y aflicción olvidó del todo que la había recibido.

El deán, que, a pesar de su santa y retirada vida, era continuo objeto de la saña de los clérigos apostólicos, recibió a la cabecera del lecho de su moribundo amigo la orden de salir desterrado nada menos que a La Coruña, en término perentorio de tres días (). Al menos su pobre amigo tendría el consuelo de exhalar en sus brazos el último suspiro: () sus últimos acentos fueron de gratitud a sus amigos, de piedad profunda.()241. Partió don Lorenzo a su destierro, Manuela fuese a casa de Laura y, durante quince días, ni acertó a hacer otra cosa más que llorar a su teniente coronel, como ella decía, ni la hermana de Leoncio tuvo la indiscreción de hablarla de sus propios asuntos.

Y no dejaba por eso la hermosa mejicana de pensar de continuo en Ribera, no dejaba tampoco de extrañar la súbita desaparición de don Ángel y el largo silencio de su hermano.

Sucesivamente fue saliendo hasta cierto punto de sus dudas todas y vamos a referir sucintamente cómo. Desde Marsella escribió Leoncio diciendo a su hermana: «A consecuencia del reciente descubrimiento hecho en ésta por el Gobierno de una conspiración, salgo de nuevo de mi patria (). No corro riesgo alguno. Deseo, sin embargo, que realices lo más pronto posible tu proyecto de retirarte al campo y que esperes en él mi regreso a España ()». Enigmática era la epístola, mas bastábale a Laura saber que su hermano no corría peligro alguno, para tranquilizarse en la materia. Por lo que a don Ángel respecta () acudió () a la cartera y a la clave y halló en la primera una nota que, descifrada con auxilio de la segunda, decía: «Se han constituido en logia contra mi dictamen. () En caso de apuro denuncio la logia; todo lo que se perderá se reduce a media docena de mentecatos entusiastas ()». 242. Más de tres veces tuvo Laura que repetir la lectura de los copiados fragmentos para persuadirse de que, en efecto, había un hombre tan fríamente cruel, tan cínicamente perverso, que de propósito deliberado inmolara así a jóvenes imprudentes, si se quiere, pero movidos por un sentimiento noble y generoso. () Para colmo de desdicha, Manuela, hallando por casualidad la carta de Ribera, entregóse a la bella mejicana para que la leyese y vio la infeliz que su amado la creía amante de otro y acusábala de perfidia, en consecuencia. Tantas, tan continuas y tan inmerecidas calamidades, hicieron en su ánimo la impresión que era natural: la más negra melancolía se apoderó de ella y ni a la misma Manuela hablaba apenas dos palabras al día.

Tal era el estado de nuestra heroína cuando, inopinadamente, llegó a Granada nuestro antiguo conocido, el procurador don Justo, a quien el obispo de Córdoba <sup>609</sup> entregó una carta para Laura previniéndole expresamente que la entregase en propia mano. Veinticuatro horas después, la hija de don Simón, al salir de una prolongada conferencia con su procurador, dijo a Manuela que, siéndole forzoso, por asuntos de familia, emprender sola un largo viaje, la dejaba al frente de su casa durante aquella ausencia. () Llamó Laura a todos sus criados para pre venirles que obedeciesen a Manuela como a ella misma durante su ausencia, advirtió a la viuda del sargento que don Justo la proporcionaría cuanto dinero hubiese menester y, entregando al procurador una carta para Leoncio, entró en el coche de colleras <sup>610</sup> que a la puerta la esperaba.



## 611 LIBRO QUINTO

## CAPÍTULO I. Revelaciones

243. Desde que, en el locutorio del convento de religiosas donde ocurrió el infeliz enlace de Laura con Leoncio, dejamos al ermitaño Pablo de rodillas a la inmediación del cadáver de don Simón de Valleignoto, nada hemos vuelto a decir de aquel misterioso personaje; ni siquiera dado cuenta del enterramiento del malaventurado padre. Mas lísonjéámonos con la idea de que las aventuras de los vivos habrán entretenido a nuestros lectores lo bastante para que no hayan echado de menos ni el funeral del muerto ni las nuevas del cenobita. Sin embargo, ya es tiempo de que rompamos en la materia el silencio.

Cuando Mendoza, con Laura desmayada en sus brazos y, en pos de ellos, Montefiorito salieron del locutorio, ya había cundido la alarma en el convento, ya las religiosas, corriendo por los claustros interiores desatentadamente, acudían al lugar de la escena y era llegado de orden del jefe político uno de sus inmediatos subalternos, con objeto de oponerse en nombre de aquella autoridad a cualquier desacuerdo del padre irritado. Así, Pablo estuvo muy corto tiempo a solas con el cadáver de don Simón de Valleignoto y los chillidos de las buenas monjas, tanto como las preguntas del delegado de la autoridad civil, le obligaron en breve a suspender sus oraciones. Llamáronse médicos, que, reconocido el cadáver, declararon natural su muerte. En seguida se depositó al difunto en la iglesia misma de las monjas y el ermitaño pasó a verse en el acto con el prelado de la diócesis, quien, a consecuencia de revelaciones o súplicas de Pablo, escribió al jefe político a fin de obtener, como la obtuvo, su licencia para que permitiese embalsamar el cuerpo muerto de don Simón y después entregárselo al ermitaño mismo. () Don Ángel, apoderado general de Montefiorito, no era hombre que por muerto más o menos disgusta- 244. se a nadie. Hízose, pues, como lo pedía el obispo y lo deseaba Pablo, que, al cabo de pocos días, valiéndose para todas las diligencias necesarias del celoso don Justo Herrero, se embarcó en Cádiz para Sevilla llevando consigo los restos mortales. ().

Leoncio, no osando nunca hablar de su infeliz padre, abstúvose de toda pregunta; no así Laura, que, apenas recobrada en Londres su salud merced a la inteligencia superior del doctor Edwards, inquirió al momento el paradero del cadáver de don Simón, mas como le respondiesen que tenía digna sepultura en Córdoba, dióse en la materia por satisfecha.

En cuanto a Pablo, era, como ya se dijo, un ermitaño de Córdoba, antiguo ya en tan ascética vida cuando joven <sup>612</sup> se entregó a ella el más anciano de sus hermanos en religión; conocido por tradición en toda aquella tierra desde mucho antes que las ermitas se fundasen; anacoreta, en fin, inmemorial para decirlo todo en una palabra. Por regla general, era puntualísimo en el cumplimiento de las obligaciones de su orden, acudiendo al templo el primero, dejando la oración el último. Pero hacía fre-

cuentas y largas ausencias, con permiso indudablemente del hermano mayor, que le mostraba en todas ocasiones una deferencia muy semejante al respeto. Pablo no entraba nunca en conversación con los demás ermitaños pero, si la campana de una ermita tocaba a socorro, rara vez dejaba de acudir antes que otro alguno; los moribundos le veían constantemente a la cabecera de su duro lecho y nadie le disputaba la palma del silencio, de la caridad y del fervor. Y a esas circunstancias notables debemos añadir otras que tocan en los límites de lo extraordinario, para cuya inteligencia conviene dar antes sucinta idea del establecimiento religioso a que nos referimos.

Consiste éste en cierto número de pequeñas ermitas independientes unas de otras, cada cual con su celda, y un pequeño cercado dentro del cual se hallan el huerto, jardín y cementerio de cenobitas que, sucesivamente y uno a uno, la habitan. Una misma cerca general abraza todas las ermitas parciales y, en el centro, próximamente del arco de entrada, está la iglesia donde en común oran los ermitaños, en horas por su regla previstas. La campana de la iglesia da señal del rezo: corresponden las de todas las ermitas, pues cada una tiene la suya <sup>613</sup>, y un toque particular avisa cuando alguno de los cenobitas no puede, por falta de salud, concurrir al llamamiento. Entonces, el hermano más inmediato acude a inquirir la causa y se procede según el caso lo exige.

La vida de aquellos ermitaños, suprimidos desde los últimos trastornos políticos <sup>614</sup>, lejos de ser puramente contemplativa, era por el contrario activa y laboriosa, siendo uno de los principios morales de su observancia que la ociosidad ofrecía graves riesgos a la salud del alma. Así pues, no sólo se entregaban a las rudas faenas del campo, labrando por sí mismos las heredades de la comunidad, sino que, cada uno en su ermita, además de cultivar su huerto, de atender a la conservación de los naranjos, limoneros y otros árboles frutales que lo adornaban y de cavar su propia sepultura, dedicábase a un oficio manual cualquiera <sup>615</sup>. Todo esto con silencio y recogimiento, todo sin perjuicio de dormir breves horas sobre un cañizo, con una teja por almohada, siempre con el burdo sayal a raíz de la carne y de acudir al toque de la campana al templo en las horas canónicas, sin exceptuar la de maitines, y de salpicar con su sangre las paredes de la iglesia, tal era el rigor con que se disciplinaban <sup>616</sup>.

Perdónenos el lector la digresión y séanos lícito preguntar: ¿Por qué en el siglo en que, incesantemente, se proclama como principio fundamental la libertad del hombre en su pensamiento, conciencia y manera de vivir, por qué cuando se dice y se imprime un día y otro y todos que el espíritu de asociación es para toda empresa el más poderoso agente, no ha de ser permitido a cierto número de hombres desengañados del mundo o llenos de amarguras, si no perseguidos por los remordimientos, retirarse a un monte y allí, en comunidad, labrar la tierra y macerarse? Entre la indiscreta protección de los siglos anteriores a las instituciones monásticas y la guerra a muerte que hoy se les ha declarado; entre reconocer el elemento teocrático como preponderante en la sociedad y proscribir hasta la vida ascética, ¿será posible que la inteligencia humana no encuentre un medio proporcional admisible, útil, conveniente?

Al hombre engañado en sus ilusiones y esperanzas, al que sus amigos abandonaron, su esposa hizo traición, la muerte arrebató los hijos y la calumnia la honra, ¿qué recurso le ofrece hoy la sociedad? Uno solo: el suicidio. () Abandonado el que padece a sus propias fuerzas en medio del estrépito del siglo, o sucumbe o se endurece; en el último caso se convierte en azote de sus semejantes. ()

Pablo, para volver de nuevo a nuestro asunto, era, en resumen, el modelo de () la congregación. Los individuos de ésta no podían hablar, sin permiso especial del superior, con mujeres, ni ellas penetrar en el recinto de las ermitas más que un solo día en el año. 246. Sin embargo, nuestro ermitaño todos los días festivos presentábase en la iglesia a las horas de misa acompañado por un anciano venerable cuyo traje era talar y una mujer de no menos grave aspecto, que, devotamente, asistían de rodillas al santo sacrificio, sin levantar los ojos del suelo más que para clavarlos en la imagen del Crucificado. El primer domingo de cada mes y en las solemnes festividades, Pablo y sus acompañantes acudían con la anticipación necesaria para estar confesados antes de comenzar la misa y recibir la comunión al concluirse, verificado lo cual, después del tiempo necesario para dar gracias al Criador, retirábanse como siempre a la celda de Pablo, acompañándolos generalmente el hermano mayor, a quien se vio alguna vez postrarse y besar con señales de profundo respeto la diestra del anciano.

Quiénes eran aquellos que parecían esposos; por qué gozaban el privilegio de asistir a los oficios divinos con los ermitaños; por dónde y cómo penetraban en el murado recinto; cuándo y por qué parte salían de él, Pablo sin duda, tal vez el hermano mayor también, lo sabían; los demás, ignorábanlo ().

248. Ignoraba la huérfana mejicana la existencia del valle y las misteriosas relaciones que con él enlazaban a su familia hasta que, descubriendo fortuitamente el secreto de la cartera de su padre en Granada, halló los dos pliegos que a su tiempo dijimos. () A la sazón de aquel descubrimiento no nos pareció indispensable dar cuenta del contenido de ambos pliegos; ahora ya es preciso entrar en algunos pormenores relativos a la materia.

249. Cuando don Simón se decidió a separarse por primera vez de Laura, a quien amaba más que a sí mismo, depositándola en un convento de religiosas, su corazón presentía () que los amores de los dos hermanos le conducirían al sepulcro antes de mucho tiempo. ()

En el corazón del indiano existió siempre, como un gusano roedor, la memoria de la ruidosa aventura de su primera juventud (). Con don Simón cruzaron los mares, a don Simón siguieron a todas partes sus remordimientos. () En tal estado, al regresar a España abstúvose completamente de hacer preguntas relativas a la familia de Montefiorito, ignorando, por consiguiente, que la duquesa había expirado al dar a luz a Leoncio; que el hermano primogénito de éste, fruto del primer matrimonio del duque, pasó, a la muerte de su padre y de Carlos III, acaecidas con corta diferencia simultáneamente, a establecerse

en Nápoles, donde, por los años de 1820, murió dejando su título y estados a su hijo mayor, gran realista; y, en fin, que el mismo Leoncio, educado en España, paje primero del rey, capitán de caballería a principios del siglo y coronel al terminarse la guerra, fuese el marqués viudo de San Juan del Río. ()

Al retirarse en Cádiz a su casa después de depositar a Laura en el convento, pasó la noche arreglando sus negocios y papeles y, ya al romper el alba, púsose a escribir el primero de los pliegos hallados en el secreto de la cartera, de cuyo contenido vamos a dar un ligero extracto. () 251. «¿Qué he de hacer sino lo que hago? Consentir en que te enlaces con tu hermano sería horrible; revelarte el secreto, profanar la casta inocencia de tu alma, marchitar en flor tus ilusiones de virtud, iniciarte yo mismo ¡oh, mi ángel de pureza! en los misterios del vicio (). La fuga es el único medio de vencer las pasiones. Mas yo, por el conocimiento que tengo de tu corazón, en el que se han refundido, con la exquisita sensibilidad de tu malograda inolvidable madre, la violencia, la impetuosidad, la perseverancia de mis sentimientos; temiendo, Laura de mi vida, que si una vez llegas a amar como puedes, nada signifiquen para tu pasión las distancias y las barreras, debo, en mi presentimiento de ese crítico instante, 252. aconsejarte que acudas a un recurso extremo y peculiar a nuestra familia, recurso de cuya eficacia dudo, recurso cuya existencia ni puedo negar, ni acierto a comprender. () 253. Yo espero que, si tanta es tu desdicha que en ninguna parte hallas reposo, no te cerrará sus brazos el patriarca del valle». () Terminaba don Simón su carta con hacer mención del pliego depositado en poder de don Justo y explicar que bastaba ponerlo en manos del obispo de Córdoba para que, por conducto de Pablo, llegase a poder del patriarca.

() Menester era mucha insensibilidad o un grado de escepticismo ajeno de la índole de la hermosa mejicana para permanecer impasible con tal lectura. Apresurose, pues, a abrir el segundo pliego y, hallando en él con documentos de fechas recientes unas, remotas otras, pero cronológicamente coordinadas por don Simón, no sólo confirmado el relato de éste, sino demostrada la existencia del patriarca durante una serie no interrumpida de cuatro a cinco siglos, creyose de repente trasladada a uno de los fabulosos países de que hablan las *Mil y una noches*. A la verdad, la despreocupación en que se había educado inspirábale grandes dudas en cuanto a la realidad de los hechos, aunque por veneración a sus antepasados no se atreviese a negar la veracidad de sus testimonios. Aquel patriarca, en vez de ser uno mismo durante siglos, ¿no podía explicarse por una sucesión constante de padre a hijo en idéntico género de vida? Esa hipótesis entraba, indudablemente, en la categoría de los hechos extraordinarios mas, al cabo, no en la de lo maravilloso y, por tanto, fue en la que se fijó de preferencia la razón de Laura. Pero su corazón daba, a pesar suyo, entero crédito a la que podemos llamar leyenda de familia. Nuestra heroína era por circunstancia ignorante en la religión, no irreligiosa: en lo íntimo de su alma, aunque incrédula a los misterios de la fe, tributaba culto al autor de todas las cosas, confesaba su omnipotencia y eso era bastante para que no negase absolutamente el prodigio que la preocupaba.

De todas maneras, su contrariado amor al coronel Ribera, su repugnancia a Mendoza y la indiferencia de Leoncio, la hacían desear, por algún tiempo al menos, el retiro, y así fue como se decidió a escribir a don Justo, primero, y a salir después de Granada, cuando éste fue a buscarla con una carta del patriarca. () 254. A su llegada a Córdoba, siendo la media noche, presentose Pablo en su posada y dijo:

—En el nombre de Dios, sígueme, María.

Vaciló Laura, pues, aunque aquel era el primer nombre que en la pila del bautismo la habían puesto, nunca hasta entonces persona alguna la llamó por él.

—¿Dudas? —Preguntó el ermitaño—. Yo soy Pablo, siervo del patriarca Simón. En su nombre vengo a buscarte.

—Vamos —Replicó Laura resueltamente a su guía—. Vamos al valle.

Sin que uno ni otro profiriesen una sola palabra, ascendieron a la cumbre de la sierra en cuya cima están situadas las ermitas donde, a la sazón, reposaban ya los ermitaños después de los ejercicios de la hora de maitines. Sin embargo, Pablo condujo a Laura a la iglesia y, llevándola hasta encima de la losa que cubría las cenizas de don Simón, dijo:

—María, aquí reposan los restos mortales de tu padre: oremos por él.

Postrose, en efecto, la hermana de Leoncio bañada en llanto y, durante más de un cuarto de hora, estuvo abismada en su pena. Pablo oraba vecino a ella con fervor, mas sin ternura, y jamás contraste fue tan notable como el que ofrecían a la vista aquellas dos figuras en todo y por todo, no sólo desemejantes, sino heterogéneas<sup>617</sup>: Toda la femenil belleza de la mujer, todos los refinamientos de la civilización, todos los delicados matices de la sensibilidad, se compendiaban por decirlo así en Laura, que, abrumada entonces por los recuerdos y los presentimientos, sencillamente vestida de negro y echado a la espalda un velo del mismo color que cubría su cabeza, fuera el mejor modelo imaginable para pintar la aflicción más profunda. Por el contrario, en Pablo se personalizaban la rudeza de la sociedad infante y el estoicismo cristiano de un alma ruda pero creyente.

En fin, salieron de la iglesia; levantaron una trampa en el pavimento de la celda de Pablo, que antes trocó su traje de ermitaño en el de siervo; y, siguiendo una escabrosa mina por la naturaleza practicada en las entrañas de la tierra, bajaron penosamente al valle ignorado.

Cómo fue Laura recibida, hémoselo dicho a los lectores en el prólogo de esta novela.

## CAPÍTULO II. Brillantes pesquisas

254. En Marsella, () recibió Leoncio de Montefiorito carta de su hermana (). 255. Durante el tiempo de aquella ausencia quedaba Leoncio dueño absoluto de la mitad de todas las rentas de Laura, pues del resto había dispuesto ella, de acuerdo con don Justo, para bien de los pobres, sustentación de su casa en Granada con Manuela al frente y adquisición de algunas propiedades. Como la totalidad de los bienes conyugales pertenecía en realidad a su hermana, racionalmente no podía quejarse de aquella disposición Leoncio, mas chocale, sin embargo, que por vez primera tratase Laura de asuntos de intereses, habiéndolos hasta entonces mirado con la más completa indiferencia. La verdad era que don Justo, mirando con la misma solicitud que si fueran cosas propias todas las de la familia de Valleignoto y muy al corriente de la disipación y vicios de Leoncio, vicios entre los cuales se contaba la funesta pasión del juego, se creyó obligado en conciencia a abrirle los ojos a su cliente y lo hizo con la lisura y franqueza que él acostumbraba a usar en todos sus negocios. Laura, pues, no pudo mirar con indiferencia que las riquezas de su difunto padre, en vez de emplearse en el bien de la humanidad en general y lustre de su patria en particular, fueran a parar a manos de corrompidas ramerías y asquerosos tahúres (). Pero Montefiorito, no teniendo la clave de aquel misterio, ni acertando tampoco a comprender cómo Laura no le revelaba el lugar de su retiro, entró en gravísimos recelos (). Limitose a escribir a don Justo, preguntándole cuál era el punto en que Laura residía, pues ella, «por involuntario olvido, sin duda», no se lo había dicho. El buen procurador contestó que tenía orden de no revelar lo que se le preguntaba, pero que daría conocimiento del deseo del señor don Leoncio a la persona interesada. ()

Ahora justo es tratar del capitán don Pedro de Mendoza, quien, conseguido por medio de don Ángel cuanto quiso de Montefiorito y verificada una completa metamorfosis en su persona, emprendió su marcha a Bayona y, pasando de allí a Irún, penetró en España por segunda vez después de su emigración. ()

256. El cabello, cejas, barba y bigotes que la naturaleza hizo castaños, un peluquero marsellés los convirtió en negros como el ébano, con perfección tan extraordinaria que no era fácil descubrir el artificio. El capitán, que hasta entonces usara constante y exclusivamente el bigote, cortóselo y dejó crecer corridas patilla y barba y, con un gran lunar que se añadió en la mejilla izquierda, la transformación fue completísima. Quince días duraba el tinte en buen estado; la receta y los ingredientes necesarios para renovarlo acompañaban siempre a Mendoza. Un pasaporte dado por el cónsul de Marsella al italiano don Leone di Romagna, una secreta credencial de Leoncio en nombre del rey Fernando VII, cartas de don Ángel ostensibles para los realistas y apostólicos más furibundos, secretas para los conspiradores liberales y, en fin, abundancia de fondos en metálico y en letras de cambio, completaban las precauciones que en lo posible aseguraban de todo riesgo a nuestro capitán.

No se detuvo éste en el País Vasco. Aquellas provincias no eran terreno a propósito para sus trabajos revolucionarios, porque, de tiempo inmemorial gobernadas por sí mismas, sus leyes y sus costumbres llegaron a confundirse y cualquier trastorno en aquellas naturalmente había de ser impopular pues que las últimas contrariaba. Por otra parte, la nivelación absoluta, sueño de los liberales en aquella época, aún ciegos sectarios de las teorías francesas, significaba para los vascongados nada menos que la pérdida de sus fueros, la introducción en su territorio de las aduanas, el papel sellado y las quintas; y fuera delirio pedirles que conspirasen a cargarse ellos de cadenas para que el resto de la Península aliviase más o menos el peso de las suyas<sup>618</sup>. Por último, la autoridad real en la porción del norte de España a que aludimos nunca quiso o pudo hacer sentir sus excesos y así, en consecuencia, el sentimiento monárquico se conservaba, como acaso se conserva hoy todavía más puro y acendrado que en ninguna otra provincia. Tampoco la pacífica, obediente, leal y sesuda Castilla la Vieja estaba dispuesta convenientemente para los fines de Mendoza: la influencia del clero y la natural apatía del pueblo dificultaban cualquier movimiento revolucionario, aun cuando las ideas liberales tuvieran allí gran crédito; y, lejos de ser así, eran contadísimos los partidarios de la reforma y no muy populares, por cierto. Sin embargo, en Burgos viose con algunos milicianos nacionales, a quienes encontró más que dispuestos a conformarse con su plan de expectativa hasta que en Francia se diese la señal de alarma.

De allí prosiguió a Madrid, donde, por una parte, hubo de presentarse a los jefes de la Policía y, por otra, de entenderse con todos aquellos que tan misteriosa como inútilmente conspiraban contra el Gobierno. De los primeros fue bien recibido; de los segundos obtuvo dos distintas acogidas, entusiasta por parte de los prudentes, fría por la de los impetuosos, entre los cuales se contaba el joven poeta Eduardo de la Flor. Pero Mendoza dejólos primero exhalar su bilis sin contradecirles, aparentó luego vacilar en su propósito y, trayéndolos por ese medio a sosegada y detenida discusión, fueles, sucesivamente, demostrando hasta la evidencia lo absurdo de unos de sus planes, lo irrealizable de otros, lo temerario de éste y lo ridículo de aquél hasta obligarlos a confesar ellos mismos que solamente lo propuesto por el capitán era razonable y hacedero.

Trasladose a Granada, pretextando con el Gobierno la necesidad de averiguar el paradero del resto de los papeles de la conjuración italiana y denunciándole al mismo tiempo a dos o tres incorregibles liberales que, a pesar de todos sus raciocinios, se obstinaban en precipitar los sucesos y comprometer el éxito de la empresa. Así, Mendoza se desembarazaba de incómodos adversarios, asegurando al mismo tiempo más y más su persona, porque, ¿cómo había de recelar cosa alguna la policía realista de quien era delator de liberales? La inmoralidad del hecho es tal y tan patente que nos parece superfluo detenernos siquiera a condenarlo. 258.

En Granada estaba harto reciente la memoria de los desdichados a quienes don Ángel sacrificó inhumanamente para que los vencidos no acogiesen bien los consejos de prudencia del amante de Laura; y la noticia de haber ésta súbitamente desaparecido de la

ciudad era tan pública que, a los dos días de su llegada, súpola Mendoza con tanta sorpresa como disgusto. () Sabía por don Ángel que el coronel la galanteaba en Granada. Nada más fácil que el haberse puesto de acuerdo, nada más natural, en el vehemente apasionado carácter de la hermana de Leoncio, viéndose por éste abandonada, que echarse en brazos del objeto de su cariño. Como para Mendoza la conveniencia personal y la utilidad del momento eran las exclusivas bases de la moral, no acertaba a comprender que, amante y amada, se inmolase Laura a sus deberes sociales y, no siéndole posible sospechar siquiera la causa y lugar ciertos de su retiro, según los cálculos de la humanidad depravada su juicio era realmente atinado. No necesitamos decir que, una vez fijo en esa idea, resolvióse a salir inmediatamente de Granada para Algeciras como lo verificó, declarando a la policía que los papeles, pretexto de su viaje, no se encontraban ya en aquella ciudad y que le era preciso para adquirir noticias de ellos aproximarse a Gibraltar.

Ribera, en el campo de San Roque de guarnición entonces, estaba muy lejos de sospechar que hubiese quien le acusase de raptor de la mujer cuya ingratitude y ausencia deploraba, aunque en realidad ya tenía perdida la esperanza de volver a encontrarla, así como la de que el cielo fuese nunca propicio a sus votos. Así, recibió con indiferencia la orden que se le dio, ocho días antes del arribo de Mendoza a Algeciras, para trasladarse a Madrid de guarnición con su regimiento (). 259. Pintar la ira del supuesto Leone di Romagna cuando, al llegar al campo, supo que la persona a quien buscaba había tres días antes emprendido su marcha a la corte, fuera obra larga (). De buena gana echara él también a andar a Madrid pero, prescindiendo de que fuera comprometerse con el Gobierno el abandonar entonces, sin razón aparente, el territorio andaluz, su presencia en él y, singularmente, en la región litoral, era indispensable so pena de arriesgar el éxito de todas sus anteriores combinaciones y perder el fruto de tan largos cuanto penosos sacrificios. () Después de un viaje a la Plaza, como por aquella tierra se llama a Gibraltar, y de ponerse allí de acuerdo con la junta de emigrados, regresó Mendoza a Algeciras y visto que, si bien no faltaban en la guarnición del campo oficiales del antiguo disuelto ejército constitucional, en el fondo de sus almas liberales, unos por desengaño, por lealtad muchos y el resto por convicción de su impotencia, ninguno estaba en ánimo de prestarse directa ni indirectamente a entrar en la conspiración, aun con ser ésta por entonces expectante, embarcose para Málaga, donde era considerable el número de sus adeptos y harto propensos los más a lanzarse en las vías revolucionarias <sup>619</sup>. Advirtamos aquí, de una vez para siempre, que a todos sus viajes servía de pretexto la averiguación del paradero de los papeles de la conjuración italiana (). 260. Presas unas personas, desterradas otras por sus denuncias en Málaga y reducidas las restantes a su querer en fuerza de persuasiones, como le quedasen algunas dudas en el alma relativamente a la desaparición de Laura, encaminose a Granada, resuelto a no fiarse ya de la voz pública, sino, por el contrario, a averiguar por sí mismo cuanto fuese en el caso averiguable. () Sobornados en vano algunos criados que nada pudieron decirle, porque nada sabían tampoco, ya casi



desesperaba Mendoza de adquirir dato alguno en la materia, cuando se le ocurrió compulsar los registros de la policía <sup>620</sup>, sin más objeto, a la verdad, que averiguar el día fijo de la partida de Laura; y halló antes una nota que decía: «Entradas: don Justo Herrero, procurador de número de Cádiz, procedente en último lugar de Córdoba. A diligencias propias. Se hospeda en casa de don Leoncio de Montefiorito». Poco después, constaba la salida de Laura de la ciudad con pasaporte para Córdoba y, en la misma fecha, la de don Justo con dirección a Cádiz. () Se determinó sin vacilar a partir al último punto, donde estaba seguro de encontrar a una de las personas que buscaba, mientras que en el otro era harto problemático que a nadie hallase. 261.

Aquel nuevo viaje fue, sin embargo, tan infructuoso como los anteriores porque don Justo se negó rotundamente, no sólo a descubrir el asilo de Laura, sino hasta a entrar en materia con una persona para él completamente desconocida. () Arreglando, pues, su plan de operaciones a lo que, en su entender, exigían las circunstancias, dijo de oficio a los agentes del Gobierno que los documentos de la conjuración italiana que se buscaban, según revelación de un emigrado, en Gbraltar, existían en poder de la esposa de don Leoncio de Montefiorito, la cual, poco tiempo después del descubrimiento de la logia, desapareció de Granada, saliendo con dirección a Córdoba. Semejante calumniosa delación hizo de Gobierno <sup>621</sup> un negocio hasta entonces puramente personal de Mendoza. Don Justo, Manuela y los demás criados fueron presos; practicose una pesquisa judicial en la ciudad de Granada y a Mendoza se le mandó trasladarse a Córdoba, con plenas facultades para hacer y deshacer (). Don Justo declaró que su cliente le había escrito mandándole llevar un pliego cerrado al Ilmo. señor obispo de Córdoba; que así lo hizo y, recibida, también en pliego cerrado, la respuesta del reverendo en Cristo, llevola a Granada, como era de su obligación; que ignoraba el contenido de ambas misivas y, por último, que Laura sólo le dijo que se iba a Córdoba, sin expresar la razón del objeto <sup>622</sup> de aquel viaje. () Manuela y los criados juraban con verdad que de todo estaban ignorantes y la pesquisa judicial dio por único dato saber, por el calesero, la posada de Córdoba en que Laura fue a parar. () La posadera declaró que (), pagado el gasto, salió en compañía de un ermitaño ().

Mendoza, al llegar a tal punto en sus averiguaciones, pudiera muy bien exclamar con don Quijote: «Con la iglesia hemos dado, Sancho» <sup>623</sup>. Es decir, con la barrera ante la cual la misma policía de Fernando VII tenía que humillar su cabeza y cesar en sus pesquisas. Acudieron pues, al rey, por medio del Ministerio de Gracia y Justicia, los encargados de aquella averiguación y el ministro, a su vez, al prelado de Córdoba, () mas S.I. se limitó a responder que con la persona de que se trataba no había tenido más relaciones que sacramentales y que, por consiguiente, le era imposible hablar ni escribir relativamente al negocio. «Pero, (concluía) en Dios y en mi conciencia creo inocentes a todas las personas en este momento encausadas o perseguidas por el negocio en cuestión, y debo hacerlo así presente al rey N.S. cuya vida etc, etc». En consecuencia, fueron puestos en libertad los presos y la policía abandonó el negocio ().

Por su parte, Leoncio recibió con tanto sentimiento como sorpresa, estando en Nápoles, la comunicación del Gobierno en que se le pedían explicaciones sobre la desaparición de su esposa, pues se veía en la dura alternativa de confesar que ignoraba su paradero o de parecer cómplice de una causa de Estado. En tal apuro acudió a don Ángel ():

263. —¿Un hombre como usted, de talento, de mundo, corrido, en fin, puede creer de buena fe que una mujer joven, bonita, rica, abandonada por su marido y festejada por un militar joven, de alta graduación y relevantes prendas, se retira voluntariamente del mundo para encerrarse en un convento? Si así fuera, ¿por qué tanto misterio? La señora sabe muy bien que usted no había de oponerse a tan santa determinación. ( )

—Con que usted cree que debo decir al Gobierno...

—Que la señora se ha ido con su amante el coronel Ribera, y que usted, sacrificándose a los intereses del real servicio, ha desatendido sus propios negocios por acudir a donde el deber le llamaba. De esa manera, este incidente, en vez de comprometer a usted, le ensalza; y luego... Dios dirá.

264. ( ) Don Ángel se había propuesto, al aconsejarle, primero, hacerle daño al mismo Leoncio, a quien ni él ni Mendoza perdonaban su perfidia de París; segundo, conservarle en una posición que a los proyectos de ambos amigos convenía; tercero, perjudicar al coronel Ribera haciéndole sospechoso; cuarto, en fin, hacer completo el descrédito de Laura, para que, si algún día llegaba a parecer, no tuviese más amparo que los brazos del capitán revolucionario.

( ) En lo relativo al coronel Ribera, vamos a referir en pocas palabras lo que le aconteció. Llamóle el ministro de la Guerra <sup>624</sup> a su despacho y, después de un exordio en alabanza justa del joven coronel, ( ) le dijo:

—( ) El hecho es que una señora a quien usted galanteaba desapareció de Granada casi al mismo tiempo que usted salió de allí para el campo de San Roque. ( ) Daría cualquier cosa por deshacer este nublado. Aquí está la propuesta que iba a presentar a S.M. para darle a usted el grado de brigadier: pero este maldito incidente lo ha trastornado todo. Con que veamos. 265. ( )

—Pues bien, mi general, es cierto que yo estaba enamorado en Granada de una señora principal, pero también que ella no dio oídos nunca a mis ruegos ( ).

—¡Es singular! ( ) Porque nadie habla de ningún otro amante de esa señora más que de usted; porque la policía le designa a usted constantemente como autor presunto del rapto y porque el marido mismo acaba de escribirlo al rey.

—¡Es posible! ¡El marido!

—Sí amigo. ( ) ¿Y qué le digo yo al rey, que ha tomado este asunto con gran calor?

—Que si he tenido la desgracia de que S.M. preste oídos a esa calumnia, no sólo resigno en este momento el mando del regimiento que se ha dignado confiarme, sino que, puesto a sus pies, suplico que se me sujete inmediatamente a juicio.

—Se lo diré así... pero no. Mejor será... ¡Mi coche! Venga usted conmigo a Palacio y lo mejor es que usted mismo hable con S.M.

La conducta del ministro acredita, sin que nosotros lo encarezamos, cuál era la opinión de que nuestro coronel gozaba con sus jefes y hasta con el monarca mismo, quien se dignó escucharle y, si no enteramente convencido, manifestóse, al menos, desenojado con sus explicaciones. Sin embargo, el grado de brigadier se aguló por entonces.

¿Qué hacía Mendoza entre tanto? No dándose por vencido, aferrarse más que nunca en su propósito de inquirir el paradero de Laura siquiera la escondiese la tierra en sus más hondos y recónditos senos.

### CAPÍTULO III. El diablo ermitaño 625

266. Nada de cuanto en el mundo ocurría llegaba a oídos de los pacíficos cenobitas de Córdoba, menos aún a noticia de los moradores del valle ignorado. ()

Laura echaba de menos el mundo: aquella uniformidad monótona, aquel levantarse con el sol para orar y recogerse al comenzar las tinieblas orando también y pasear o rezar de continuo y no oír nunca una voz humana que no fuera pronunciando una sentencia moral o proclamando un principio del dogma, era tránsito demasiado violento para una persona educada en la más completa indiferencia por lo que a los principios religiosos respecta. Deísta por instinto, pero al mismo tiempo acostumbrada a regirse exclusivamente por su razón y a buscar por medio de ésta en las causas naturales la explicación de todos los hechos, claro está que se hallaba en perpetua disonancia con personas que, con fe viva, creían en la revelación divina y en la flaqueza humana. Como la religión es obra más del sentimiento que de la razón o de la voluntad, sobre todo en las personas de imaginación viva y corazón impresionable, los argumentos de autoridad eran con Laura perdidos y en ese escollo se estrellaron ya en Granada los esfuerzos del deán, en ese mismo se estrellaban en el valle los del patriarca. () Laura () como hasta entonces había sido en el mundo mártir inocente, sin apartarse jamás de las reglas de la virtud, no acertaba a persuadirse de la necesidad de los dogmas. El hecho es que cuando, por desgracia, no se han adquirido sólidos principios religiosos durante la infancia, se requiere poco menos que un milagro de la divina omnipotencia para hacerse creyente en la edad adulta; y que es tanto más difícil conseguirlo 267. cuanto mayor sea la intensidad del talento, cuanto más pura la vida del neófito.

En tal concepto, la vida de Laura en el valle hubiera sido realmente un suplicio insoportable si no hallara un objeto en que emplear la exuberante ternura de su corazón, un ser que recibiese sus caricias y las devolviera, sin pretensiones dogmáticas, por sentimiento, en fin, puramente. ¿Habrán olvidado nuestros lectores un niño de corta edad, que de paso mencionamos en el prólogo? Ese niño hacía las veces de pastor en el valle. Su edad, aunque se acercaba a los catorce años, parecía mucho más tierna por lo endeble de su constitución física, por la femenil delicadeza de sus facciones (). Se comprenderá fácilmente que Laura se sintiera arrastrada hacia el pobre niño por un afecto simpático indefinible. (). Apegose a ella como si su madre fuese y, haciéndola confidente de sus más íntimos secretos, reveló el inocente un sentimiento de que el patriarca no le sospechaba, por cierto, animado: el de una curiosidad sin límites de conocer el mundo. ()

Hallose la hija del indiano entonces en un terrible conflicto, pues, si fomentaba la pasión del pastorcillo, pagaba con ingratitud la buena acogida del patriarca y, si se negaba a satisfacer la curiosidad de aquél, también era ingrata a su cariño. Por tanto, fuele forzoso poner tasa aun en la inocente distracción de conversar con aquel niño y, como dijimos al principio, las horas corrían para ella con lentitud perezosa en el valle ignorado.

Salgamos ahora nosotros al mundo, no sea que nos suceda otro tanto. Caminaba el año de 1829 a su término: a mediados de mayo, 268. el 17, había muerto en Aranjuez María Josefa Amalia <sup>626</sup>, tercera esposa de Fernando VII, princesa alemana, de prosaica belleza y gran devoción, en extremo acepta a los apostólicos, tanto porque de buena fe y, sin duda, ignorando el mal que a los pueblos resultaba, favorecía sus designios <sup>627</sup>, cuanto porque, lo mismo que sus predecesoras en el regio tálamo, no dio sucesión directa al monarca.

Tiénesse, en general, por ignorantes e imprevisores a los ultramontanos <sup>628</sup>, mas tal idea es efecto de una preocupación vulgar que confunde de ordinario a las masas de los partidos con sus directores. La verdad es que en los bandos cuyo principio fundamental es el fanatismo político o religioso, el gran número ha de carecer y conviene que carezca de instrucción y luces; pero los prohombres o jefes las han menester, por lo mismo, en gran cantidad; por lo menos, en el partido apostólico las tenían en la época a que nos referimos. Por otra parte, un asomo de razón natural bastaba para comprender que, entre un sucesor directo de Fernando VII, aún por nacer, y el eventual, que lo era el infante don Carlos, el último, conocido ya por su tenaz adhesión a los principios monárquico-teocráticos, era <sup>629</sup> también, para los hombres de que vamos hablando, sumamente preferible. Así, pues, la muerte de María Josefa Amalia fue, no sin causa, considerada por los apostólicos como una gran calamidad y desde que ocurrió podemos decir que comenzaron a prepararse para la guerra, a los ojos de los previsores ya inevitable.

Dijimos que los ultrarrealistas habían perdido la dirección inmediata de los negocios a consecuencia de los sucesos de 1827; ahora añadiremos que sucesivamente y en especial en materias de hacienda, el Gobierno del rey entró en vías de reforma, lentas e incompletas, sin duda, pero, para los exagerados, sin embargo, poco menos que jacobínicas <sup>630</sup>. La guerra de las intrigas cortesanas, trabada también desde el año 27, había ido encendiéndose y encarnizándose a medida que el rey y sus ministros, considerados casi como liberales por los apostólicos, cicatrizaban hoy una y mañana otra de las llagas del país. Cada vez que se empleaba a una persona de las que habían figurado, aunque fuese en último término, en la época constitucional, alcanzaba el Gobierno un triunfo popular, abría una herida en el corazón de sus contrarios y, en una palabra, al acontecer el fallecimiento de la reina, profunda era ya la división entre las dos fracciones del partido realista, como la que hoy existe entre las del liberal dominante. Una y otra de aquéllas se apresuraron a sacar partido de las circunstancias: la exagerada, propalando mil especies alarmantes para los realistas; la moderada, influyendo en el ánimo del rey para que pasase sin demora a cuartas nupcias y esto, con tal celeridad, que la exposición que al efecto hizo el Consejo de Castilla llevaba la fecha del diez de junio del mismo año del fallecimiento de María Amalia. La razón de Estado bastara sola en este caso a justificar a Fernando VII, pero debemos añadir que, si podía estimar y querer sinceramente a su difunta esposa, atendido el carácter de ésta, nos parece más que

dudoso que de ella estuviera enamorado. 269. Como quiera que sea, el rey, a ruegos del Consejo Real de Castilla, de la Diputación de los Reinos y otros muchos cuerpos a quienes sin duda mandó indirectamente que le rogasen lo mismo que él deseaba, entabló desde luego negociaciones para obtener la mano de la princesa doña María Cristina de Borbón, su sobrina, hija del rey Francisco I de las dos Sicilias y de su esposa la reina doña María Isabel, hermana de Fernando VII.

¿Por qué tuvo España toda un presentimiento casi seguro de que aquella elección iba a inaugurar una época de radicales reformas? ¿Por qué se estremecieron, al nombre de Cristina, de gozo y de esperanza, los proscriptos liberales, y de ira y temor los apóstólicos? Sin acudir a causas de orden sobrenatural puede explicarse muy fácilmente ese fenómeno: la reforma era entonces tan indispensable como inminente. Un poder que estriba únicamente en la fuerza material nunca es ni puede ser de larga duración. Ciertamente, los liberales estaban en minoría en la Península pero, al cabo, formaban un partido numeroso y relativamente ilustrado que yacía, no como quiera excluido del mando, sino condenado al más completo ilotismo <sup>631</sup> por otro bando en realidad también en minoría, aunque más acepto a las preocupaciones populares, por el apóstólico, queremos decir, cuyos prohombres oponían tenazmente a la marcha del siglo la barrera de sus anatemas apoyada en las cárceles y los suplicios; situación tan violenta, fruto de una invasión extranjera, necesariamente había de tener un término próximo.

La nueva reina, antes de ser en España conocida, contaba ya con el odio de los apóstólicos y, por lo mismo, con el amor de los liberales; aquéllos la calumniaban llamándola revolucionaria; éstos se anticipaban a los sucesos proclamándola libertadora. Así, antes de que María Cristina pasara el Pirineo, tenía ya en España amigos y enemigos; así se anunciaba la carrera política sembrada de azares y de palmas, de oraciones y de insultos, que luego ha corrido a vista de todos los contemporáneos con una firmeza de carácter nada común en su sexo, aunque no peregrina en las damas de su augusta familia <sup>632</sup>. ()

Por aquel mismo tiempo, presentose una tarde, al declinar el sol al Occidente, un hombre en las ermitas de Córdoba preguntando con grande afán por el hermano mayor, quien, avisado, acudió a la hospedería, edificio contiguo a la iglesia, donde le esperaba el desconocido. Era éste un hombre alto, de no mala presencia, enjuto de carnes, fruncido el ceño, penetrante la mirada y, aunque todo cano el cabello, al parecer de buena edad. Saludolo cortésmente el ermitaño y él correspondió con humildad afectada, diciendo sin dar lugar a que le preguntasen:

270. —Soy un hombre a quien aflige la mano de hierro de la desgracia: aborrezco el mundo y quiero retirarme de él por algún tiempo. ¿Puedo hacerlo aquí, sin que se me pregunte mi nombre, ni se me exija que pronuncie votos a que no estoy preparado?

—Bien puede, hermano —Replicó el mayor— si mientras estuviere con nosotros se conforma a la regla. ()

Y, en efecto, desde el momento vistió el hábito y ocupó una celda el desconocido, conformándose exactamente con la regla que, al parecer, había de antemano estudiado.

Los demás ermitaños, habituados a ver entre sí con frecuencia caras nuevas y a no inquirir la vida anterior de sus compañeros, recibieron al de que tratamos con gran indiferencia y él, por su parte, se mantuvo en los límites de la más estricta reserva, si bien se le advirtió cierto espíritu de excesiva curiosidad en lo detenidamente que consideraba las facciones de sus compañeros cuando la oración reunía a todos en la iglesia o el trabajo en el campo.

En la última faena su inexperiencia era grande, tanto que el hermano mayor mandó en cierta ocasión a otro, llamado Nicolás entre los ermitaños, que se acercase a él y le dirigiera. Hízolo el hermano Nicolás (). El incógnito se estremeció al oír la voz del ermitaño (). Estremeciose el hermano Nicolás a su vez y en sus pálidas macedadas facciones, en que hasta entonces se viera la expresión de la más resignada melancolía, pintose en aquel momento la ira con tan vivos colores que, si los demás ermitaños acertaran a verle, sin duda le desconocieran (). Aquel incidente ocurrió en un extremo del campo que la comunidad labraba y pasara de todos inapercibido, si la casualidad no llevase a sus inmediaciones al hermano mayor conversando con Pablo, que en aquel momento llegó del valle a las ermitas. La escena que hemos descrito, aunque muda, fue tan expresiva que ambos espectadores cayeron desde luego en sospecha de que entre los actores debían de haber mediado en el siglo relaciones nada amistosas (). 272. () Sonó la campana llamando a vísperas y todos los ermitaños se encaminaron al templo.

La presencia de Pablo llamó la atención del desconocido, en cuya fisonomía brilló como un relámpago de gozo al verle. Mas por rápido, por instantáneo que fuese aquel movimiento, no se escapó a la penetración del hermano mayor, que, atentamente, observaba al ya para él sospechoso personaje. () El hermano mayor y Pablo, después de una larga secreta conversación, se separaron a las oraciones el uno del otro.

La noche era oscura, lluviosa y fría; () el silencio más profundo reinaba en las ermitas, todas cerradas y oscuras a excepción de una, la de Pablo, cuya puerta dejaba por un resquicio entrever la movible débil luz de la lámpara que la alumbraba. El ermitaño, tendido sobre el duro lecho, parecía dormir profundamente.

A las dos de la madrugada el desconocido, sin hábito, envuelto en una capa y calado el sombrero hasta las cejas, abrió cautelosamente la puerta de su celda y parose en el dintel a escuchar con atención. Ningún rumor más que el silbo del aquilón y el crujir de las desgarradas ramas hirió sus oídos. Y al cabo de poco más de un minuto, echó a andar con gran tiento, más como quien camina por el cuarto de un enfermo que por el campo. Sin embargo, ya fuese guiado por el resplandor de la lámpara, ya porque de antemano hubiese estudiado el terreno, a pesar de la os- 273. curidad de la noche, marchó directamente sobre la celda de Pablo. A su espalda, como veinte

pasos, se abrió otra celda, de la cual salió un ermitaño que, con más precaución todavía que el desconocido, echó a andar en su seguimiento; detrás de éste apareció, a poco también, otra tercera figura de ermitaño.

Medroso espectáculo en verdad el de aquellos tres hombres (); ¡parecían tres asesinos espiando la ocasión propicia de arrojar sobre la víctima a sus puñales designada! En fin, el desconocido llegó a emparejar con la puerta y tendió a ella la mano; en el mismo instante hicieron alto los dos que le seguían. () Una vez dentro, el primer cuidado de aquel hombre fue tratar de cerrar la puerta, pero la cerradura estaba sin llave, cerrojo no lo tenía y en derredor no halló cosa con que atrancarla. Volvió, pues, a salir; examinó las cercanías y, no viendo a nadie, porque los otros dos ermitaños se habían ocultado, cada cual detrás de un árbol, entró de nuevo en la celda y esa segunda vez encaminose en derechura al lecho de Pablo, con ánimo de despertarle. Trabajo inútil; nuestro ermitaño no dormía e, incorporándose con gran serenidad en su cama, dirigió la palabra al desconocido, diciendo:

—¿Qué buscas? ¿Qué quieres?

—¿Qué busco? —Replicó el desconocido sin turbarse— Te busco a ti; lo que quiero, ahora lo sabrás.

—Lo sé ya. () Buscas lo que el cielo te prohíbe codiciar; buscas a la oveja, no como el pastor, sino como el lobo; buscas a la esposa del que llamas tu amigo para seducirla y corromperla; buscas, en fin, a Laura de Valleignoto.

—Todo eso es verdad pero, ¿con qué derecho la ocultas tú, ermitaño hipócrita? ¿Con qué derecho sustraes a la esposa, como tú dices, a la autoridad de su esposo?... No perdamos tiempo: tú sabes dónde está Laura.

274. —() Vuelve y renuncia a tu inútil designio.

—¡Inútil! ¡Sería éste el único que lo hubiera sido de los de Mendoza!

—¡Mendoza! ¡Mendoza! —Exclamó, entrando en la celda y apareciéndose súbito, como un espectro amenazador, el hermano Nicolás, con los ojos fuera de sus órbitas y lívido el semblante— ¡Mendoza! ¿Conque no me engañé, seductor infame! ¡Mal caballero, huésped traidor! ¡Eres tú! Al cabo de tantos años de 275. martirio, te entregas el cielo a mi venganza. ¡Ah! ¡Esta vez no te me huirás impunemente!

Y diciendo así, arrojose sobre el capitán, que en cada mano tenía una pistola, y con irresistible fuerza arrancole una de ellas, exclamando:

—Defiéndete o te mato como un bandido cobarde. Defiéndete, villano.

Aunque aterrado con aquella inesperada aparición, Mendoza, viéndose con la pistola al pecho, hízose atrás cuanto la estrechez de la celda lo permitía y dijo con voz firme:

—Yo también te había conocido y estoy pronto a darte satisfacción; salgamos a lugar conveniente.



—No —Replicó el otro— no; ha de ser aquí, ahora, sin tardarse un minuto. El raptor de mi pobre Luisa y yo no debemos respirar ni un cuarto de hora el mismo ambiente.

El hermano Nicolás, que era, en efecto, el marido de la loca del cabo Martín, había por la tarde reconocido en la voz al autor de su deshonra y luchado desde entonces en vano para sofocar en su corazón la ardiente sed de venganza que le aquejaba. Dominado pues por su hartazgo justificada cólera, esperó impaciente la hora en que era de suponer ya dormido el resto de la comunidad e iba a salir de su celda, cuando Mendoza pasaba por delante de ella encaminándose a la de Pablo. Lo demás ya nuestros lectores lo saben; prosigamos ahora la narración de la pendiente escena.

Desde la entrada del hermano Nicolás, Pablo se había arrojado de la cama al suelo y seguía constantemente los movimientos de entrambos, resuelto a emplear sus fuerzas hercúleas para ponerlos a la razón así que a vías de hecho quisieran pasar; por manera que, cuando el marido de Luisa pronunció sus últimas referidas palabras apuntando al mismo tiempo al pecho de Mendoza, que le correspondió de la misma manera, el siervo del valle, tendiendo con extraordinaria rapidez sus brazos, arrancó a un tiempo las armas de mano de los dos iracundos adversarios.

En el instante mismo, entró en la celda el tercer ermitaño, que era el hermano mayor, quien, de concierto con Pablo, espiaba los movimientos de Mendoza y, consiguiendo, los del hermano Nicolás, del cual, al penetrar en el teatro de la acción, se apoderó sujetándole entre sus brazos.

Pablo, arrojando a un rincón las pistolas después de haberlas descebado, asíó con sola la mano izquierda a Mendoza y, mal de <sup>633</sup> su grado, sentole en el lecho. () Las exhortaciones y ruegos del hermano mayor lograron 276. calmar un tanto la irritación del ultrajado esposo y en el alma de éste fueron lentamente recobrando su imperio los sentimientos de piedad y cristiana resignación con catorce años de continua penitencia adquiridos y fortificados (). Pablo, de antemano puesto de acuerdo con su superior, dijo a Mendoza:

—Tú has venido a turbar la paz santa de nuestro retiro (). Sírvate este aviso de castigo hasta que la Providencia divina ponga término a la carrera de tus crímenes. Ahora sígueme, que voy a arrojarte de un recinto en que nunca penetrar debiste ().

—Entregadle a la justicia —Exclamó Nicolás—, ese monstruo no tiene entrañas.

—Quizás sería más prudente —Interpuso el hermano mayor.

—No —Insistió Pablo—. Que se vaya. Dios se sirve de él como de un instrumento para sus impenetrables designios; quizá se sirva un día como de azote para la persecución de los fieles; respetemos sus altos juicios. Vamos, insecto orgulloso, vamos, vuelve al siglo y conspira contra el altar; cuando imagines haberlo minado, él renacerá de sus propias ruinas ().

#### CAPÍTULO IV. Una noche en el teatro

Aunque, por la parte que, en los acontecimientos políticos del siglo que corre, tomaron varios de los principales personajes del complicado relato que tenemos pendiente nos ha sido forzoso hasta ahora y nos lo ha de ser constantemente, en adelante, mezclar la narración de los sucesos históricos con los de aquellos particulares que a nuestro propósito conducen, sentiríamos haber persuadido al lector de que tenemos pretensiones de historiadores, ni mucho menos. Lo que hay es en realidad que, tratándose de personas y acontecimientos contemporáneos en España, país por continuos e incesantes trastornos trabajado en nuestra era, precisamente nos hemos 277. de encontrar a la política en el camino y, de no explicar, si bien sumaria y rápidamente, la índole de las causas de ciertos hechos, resultaría oscura e incoherente la narración.()

Hecha esa, tal vez no innecesaria, salvedad y prosiguiendo la interrumpida narración donde al final del capítulo anterior la dejamos, diremos que Mendoza, humillado y absorto con la escena ocurrida en la celda de Pablo, bajó en medio de las tinieblas de la noche la áspera pendiente del monte de las ermitas, dominado por sus sensaciones hasta un punto tal, que de su propio ser puede asegurarse que no tenía conciencia en aquel momento. Y en verdad no debe extrañarse que así fuera, pues no solamente la aventura en sí tuvo bastante de maravillosa solemnidad para asombrarle y sobrado de cruel para que su amor propio se resintiese hondamente, sino que el haberse puesto <sup>634</sup> en ella un hombre de tal temple no parecía en realidad posible, a él mismo debía de asombrarle. Considerándolo bien, sin embargo, la explicación de aquel hecho podría encontrarse fácilmente. Mendoza, en su egoísmo tan profundo como inmoral, no había mirado hasta entonces a la mujer más que como a un ente frágil, puesto por su debilidad a merced del hombre y mal protegido por ideas religiosas o preocupaciones sociales contra la fuerza poderosa del sexo, su fatídico tirano. El oro o la seducción le habían a poca costa hecho dueño de algunas mujeres; otras, ni aun tanto exigieron para rendirse y, finalmente, fuera de Laura, ninguna le pareció digna de fijar su atención, de merecer que emplease para conquistarla los recursos de su vasto ingenio. La hija de don Simón, () abrió, sin pretenderlo, quizá por lo mismo que no lo deseaba, abrió, decimos, una brecha en aquel corazón de acero; y luego, la ausencia; y después, los celos; y, en último lugar, los incomprensibles obstáculos, la insuperable fantástica barrera que le separaban acabaron la obra de la exaltación de Mendoza, convirtiendo en contra de él sus propias armas. ()

Ahora los antecedentes del lance de las ermitas cualquiera los comprende, sin que nos molestemos en explicarlos largamente. Mendoza, apurados todos los recursos ordinarios y combinando sus recuerdos del locutorio de Cádiz con la descripción del ermitaño con quien, según la posadera de Córdoba, salió Laura de su casa, creyó 278. que el último era la misma persona que al lado del cadáver de don Simón dejó oran-

do y, sin hacerse ilusión en cuanto al riesgo a que se exponía, resolvió trasladarse en persona a las ermitas en busca de Pablo y arrancarle de grado o por fuerza el secreto que tanto le interesaba. La única precaución que tomó fue la de ponerse una peluca perfectamente tejida en Marsella que con otros diversos adminículos para variar de traje y fisonomía llevaba consigo siempre. () Su encuentro providencial con el marido de Luisa y la simultánea llegada de Pablo a las ermitas le decidieron a precipitar el desenlace porque, una vez reconocido por el hermano Nicolás, no le era posible permanecer más tiempo en aquel retiro sin grave riesgo (). En tal estado y más por vergüenza que por temor a las consecuencias de su malhadada aventura, salió de Córdoba en dirección a Madrid el día siguiente a la noche para él funesta ().

El día 11 de diciembre de 1829 dio vista a Madrid a cosa de la una de la tarde. En aquel momento, tocaban a vuelo todas las campanas de la monarquía española, los sonoros ecos del bronce retumbaban en el valle del Manzanares; numerosos batallones y escuadrones de la Guardia Real, uniformados con lujo y buen gusto, regimientos también del ejército y los voluntarios realistas formados todos en dos filas paralelas, cubrían la prolongada carrera que, empezando en la puerta de Atocha, se terminaba en Palacio. Las autoridades civiles y militares, cubiertas de cruces y bordados, acudían apresuradamente a los términos de la jurisdicción madrileña; un gentío inmenso y gozoso 279. inundaba las calles; los edificios públicos, transformados en templos, en palacios, en jardines de caprichoso variado gusto y hasta las más humildes habitaciones, en fin, adornadas con paños vistosos y opulentas colgaduras, anunciaban una gran fiesta, una solemnidad nacional <sup>635</sup>. Y no era aquel día de tantos como antes y después hemos visto, en que un partido solemnizó su triunfo sobre las ruinas del otro, en que a cada ¡viva! sucedía un ¡muera!, en que cada regocijo supuso un mar de lágrimas <sup>636</sup>. No: aquel gozo, aquel regocijo, aquel entusiasmo, algo de ficticio pudieron tener en más de un cortesano, pero en el pueblo y, sobre todo, en la clase media, sincerísimos fueron, del corazón partían. Mendoza, que con un criado caminaba a caballo, por convenirle más a la libertad de sus irregulares movimientos hacerlo así que en diligencia, tuvo que detenerse cuando ya por la puerta de Atocha a entrar iba, porque precisamente entonces salía por ella, también a caballo, precedido por los batidores de Guardias de Corps, acompañado por los infantes de España y llevando en pos de sí numeroso y lucido cortejo de generales, Fernando VII con el rico uniforme de capitán general del Ejército, el Toisón de oro, entre otras muchas condecoraciones al pecho, el pantalón rojo de granza <sup>637</sup>, prenda de gala en los cuerpos de casa real, y guantes azules, en fin, esto es, del color ya llamado de Cristina; que, en efecto, a recibir a su esposa salía el monarca <sup>638</sup>. Al verle erguido y elegantemente cabalgando, porque era gran jinete; al verle alegre con la seguridad de enlazarse aquel mismo día a una princesa joven, bella, llena de indefinible gracia; al verle, en fin, en medio de su corte, aclamado con entusiasmo, quizá no hubo una sola persona que predijese su próximo aciago fin ().

Mendoza vio desfilas impasible por delante de sí el real acompañamiento y tuvo lástima de más de un liberal a quien vio correr entusiasmado a esperar a la nueva reina, porque en sus ideas nada que de los tronos procediese podía ser a los pueblos provechoso. Sin embargo, todavía la llegada de María Cristina favorecía sus proyectos en cierto sentido, pues, por una parte, enfrenaba el ardor de los conspiradores, que aguardaban de aquel matrimonio grandes cosas; y, por otra, abatiendo el poder de los apostólicos, le preparaba las vías para su emancipación al bando liberal. Apenas Fernando VII había salido de la puerta de Atocha, entró por ella nuestro capitán, dirigiéndose a la casa de huéspedes que habitó últimamente en la corte, pero no halló a nadie en ella: la patrona y sus criadas habían salido a ver la entrada de la reina. Otro tanto le aconteció en varias posadas secretas de que tenía noticia y, por fin, hubo de resolverse a buscar alojamiento en la fonda de Europa, que estaba entonces en la calle del Arenal, no lejos de la plazuela de Celenque <sup>639</sup>. 280. Para un viajero acostumbrado a la opulenta comodidad de las fondas inglesas y al lujo y buen gusto de los hoteles de París, ciertamente la hospedería a que aludimos no ofrecía grandes atractivos; porque, desde su portal inmenso y descuidado, comenzaban a notarse síntomas harto evidentes de negligencia y desaliño. Por de pronto, costóle no poco trabajo a Mendoza tropezar con un mozo que, dormido como un tronco con los brazos apoyados sobre una mesa y la cabeza en ellos reclinada, despertose de malísimo humor y contestó con tan poco agrado a la ordinaria pregunta de «¿Hay algún cuarto desocupado?», que no pudo colegirse de su respuesta otra cosa más que la ignorancia y grosería del que la daba.

Dichosamente, el capitán, conociendo el terreno que pisaba, le interpeló vigorosamente, ofreciéndole media docena de puntillones <sup>640</sup>, si luego luego <sup>641</sup> no se informaba de lo que él saber quería; y entonces, el amable mozo se dignó trasladarse a la ordinaria estancia del jefe de la casa, el que tampoco estaba en ella, habiendo salido, como todos, a la fiesta de aquel día. Sin embargo, al cabo de una hora de pesquisas se averiguó que en el piso segundo había un cuarto interior vacante y de él se apoderó Mendoza por poco menos que a viva fuerza. Verdad es que la habitación valía la pena, porque era un salita de cuatro varas de largo por tres de ancho, con una alcoba en que apenas cabían el angosto tablado de la cama, una silla y el aguamanil de pino pintado de color de caoba, vulgo chocolate. Las paredes, en un tiempo blancas, tenían cierto color amarillento capaz de producir ictericia en el mismo inventor de la alegría.

Seis sillas de haya, de las que llaman de Vitoria <sup>642</sup>, su correspondiente sofá, una mesa de nogal antiquísima, una cómoda cuyos cajones bailaban en sus respectivos huecos y un cuelga-capas mugriento componían el mueblaje. Cortinas no había más que una y angosta de indiana en la puerta de la alcoba y, por todo adorno, unos cuadros de Matilde y de Malek-Adel <sup>643</sup> iluminados chillantemente. Para obtener, en un brasero de hierro con caja de pino, dos docenas de carbones a medio encender, fue menester encolerizarse tres veces y aguardar hora y media; y hasta las cinco de la tarde no pudo el pobre caminante conseguir una comida, cuyas cienientas salsas y héticos <sup>644</sup> pollos causaran náuseas al menos delicado de los gastrónomos. Aquel día también el cocinero

andaba de bureo y los comensales de la fonda hubieron de contentarse con lo que el buen hombre quiso darles. Tal era entonces, sobre poco más o menos y con muy contadas excepciones, el estado de las hospederías de la corte, tolerables apenas para la proverbial frugalidad castellana y, para los extranjeros, signo inequívoco de atraso y barbarie. Mucho hemos adelantado para ponernos al nivel de las naciones extranjeras <sup>645</sup>.

Hallándose en tal hospedaje, no se admirarán nuestros lectores de que Mendoza, a pesar del cansancio del camino, saliera al anochecer a la calle y recorriese la población por recurso, como en efecto lo hizo, llegando a las inmediaciones del Teatro del Príncipe pocos minutos antes de que comenzase la función. «Entremos», se dijo, «Con eso llegaré a casa con bastante sueño para no reparar en las sábanas». Pero en el despacho no había ya de venta un solo asiento y el capitán se resignaba a recogerse a su inmundo tugurio, cuando oyó decir a su espalda: «Dos lunetas tengo; si usted las quiere, un doblón le cuesta cada una». Volviendo Mendoza la cabeza para enterarse de quién fuese el usureño negociante de billetes, vio que era un galopín de chaqueta y garrote que, a pesar de los bandos que la policía repite inútilmente desde tiempo inmemorial hasta el día de la fecha, explotaba la ociosidad o la afición al teatro de un joven y elegante coronel de caballería ligera. «Dos duros te doy por una», replicó el oficial. «Ni un ochavo menos del doblón», contestóle el manolo volviéndole la espalda.

Nuestro Mendoza, que había reconocido en el coronel a su rival de París, acercóse entonces a los dos interlocutores y dijo:

—Partamos la diferencia: si das cada luneta a cincuenta reales y el señor toma una, yo me quedaré con la otra <sup>646</sup>.

—En hora buena —Añadió Ribera.

—¡Vaya! —Concluyó el revendedor alargando los asientos con una mano y recibiendo el dinero con la otra. Doce reales y ocho maravedises <sup>647</sup> costaban entonces aquellos asientos en el despacho; por consiguiente, no puede decirse que hubo usura en revenderlos por más del cuádruplo.

Mendoza y Ribera entraron juntos en el teatro departiendo sobre la carestía de sus asientos y halláronse, al ocuparlos, el uno al lado del otro.

El coliseo estaba iluminado <sup>648</sup> y aunque aquella noche, con motivo de celebrarse en Palacio los reales desposorios, faltaban algunos personajes, con todo era grande el número de personas distinguidas que a la representación asistían, singularmente en los palcos bajos, llenos de bellezas elegantemente adornadas. Ribera sacó su antejo y recorrió con él toda la circunferencia del teatro simplemente por curiosidad pues aunque, persuadido ya de la inutilidad de su amor a Laura, más de una vez había buscado distracción en cortesanos galanteos, no le fue nunca posible interesarse en ellos, jamás le llegaron al corazón aquellas relaciones de puro pasatiempo. Sin embargo, al llegar en su examen al segundo palco bajo de su izquierda, contando desde el escenario, advirtió Mendoza, que de vista no le perdía, que el antejo se detuvo algunos instantes ( ).<sup>282</sup>.

La pantomina no podía ser más clara: el coronel hacía telégrafos, como se dice en lenguaje técnico de la galantería, a la belleza en cuestión; la dama correspondía y el general, amante titular o marido por lo menos, estaba ya sobre aviso: Gran descubrimiento para Mendoza, que, en el acto, calculando las ventajas que un día pudieran resultarle de estar iniciado en los secretos y galanteos de Ribera, se resolvió a entablar con él relaciones desde aquel momento. No le fue difícil conseguirlo. () Dándose por extranjero y curioso, le preguntaba sin cesar sobre cosas y personas ().

—Mil perdones, coronel —Le dijo, ya en el último acto, nuestro capitán—, pero es usted tan amable... () ¿Quiere usted tener la bondad de decirme quién es aquella dama tan bella ()? — () Mendoza señalaba el palco bajo y la señora de que ya nosotros hicimos mención.

—Aquella dama —Contestó el coronel—, es la marquesa de Sotoverde (). En su casa se reúne la sociedad de mayor tono.

—¿Y el general?

—El barón de Peñahonda, un amigo de la casa.

—¡Vea usted! Yo hubiera dicho que es el *cabalier sirvente*.

—Así dicen las malas lenguas (). 283. Pero... cielos <sup>649</sup>, es él, sí, es él.

Para que se comprenda esta exclamación de Ribera, es preciso que digamos que, un momento antes de proferirla, abriéndose la puerta del palco de la marquesa, dio entrada a un personaje vestido con el grande uniforme de gentilhombre y que ese personaje era nada menos que Leoncio de Montefiorito, a quien ninguno de los autores de nuestro drama esperaba ver en aquel instante.

Gracias a la habilidad de don Ángel, había Leoncio desempeñado su encargo en Italia a satisfacción del rey y su Gobierno, que de ella le daban inequívocas muestras en cuantos despachos recibía. Concediósele, pues, sin dificultad, la gracia que en el tiempo oportuno solicitó de agregarse a la embajada extraordinaria de don Pedro Labrador <sup>650</sup> en demanda de la mano de la princesa María Cristina y tuvo el anhelado gusto de figurar ya en las ceremonias consiguientes, que, con gran pompa, se celebraron en Nápoles, con el uniforme de gentilhombre de cámara y sus antiguas cruces, a las cuales añadió S. M. siciliana la de San Genaro. Pero no le bastaba aún eso al hermano de Laura. Madrid era el blanco de su ambición, la marquesa el objeto de sus deseos y, aprovechando la ocasión del enlace del rey, sin decir palabra ni a don Ángel mismo, escribió directamente a Fernando VII en solicitud de su permiso para asistir a las reales bodas. Con ellas estaba tan de buen humor el monarca que concedió desde luego lo que se le pedía y, por medio de un correo extraordinario, se le remitieron sus pasaportes a Leoncio, que, a la sazón, se hallaba en Turín. Recibirlos, tomar la posta y caminar sin descanso hasta Madrid, donde llegó horas después que la reina, fue todo uno y, de esa manera, ni don Ángel tuvo tiempo para avisar a Mendoza, ni la marquesa ni el barón conocimiento de su presencia en la corte, pues desde su casa

pasó Leoncio a Palacio, asistió a los desposorios y, de allí, al palco de su infiel amada. Ésta, no obstante, le recibió como si el día antes le hubiera visto (). Al mismo tiempo que Ribera y con no menos sorpresa, había reconocido Mendoza a Leoncio, mas, dominándose sin dificultad, le dijo:

—¿Conoce usted a aquel caballero, según parece?

—Sí —Contestó don Luis—, o, al menos, creo conocerle.

—Y yo también. Juraría que le he visto en Nápoles hace poco (). 284. Allí tenía familia.

—¡Ah! ¿Su mujer, tal vez? ¿La ha establecido allí?

—No, señor, tiene en aquella capital un sobrino que lleva el título de la casa. En cuanto a su mujer, nadie la ha visto en Nápoles. Él decía que estaba en España, pero... () sentiría haber tocado a usted en la llaga.

—Nada de eso. Lo que hay es que por esa señora, a quien apenas he saludado dos veces, he tenido ya graves compromisos (), hasta el punto de acusárseme de ser su raptor. ()

—Pues señor, en Nápoles se decía que esa señora había desaparecido de Granada (). Pero lo singular es que, según el vulgo, ese amante era un clérigo ().

Ribera, que personalmente no conocía al deán amigo de don Antonio, sabía, sin embargo, que un eclesiástico concurría diariamente en Granada a casa de Manuela y que allá también iba su amada todos los días (). 285. Precisamente en los momentos en que más preocupado se hallaba con sus amargas dudas, la marquesa, que, hallándose con Leoncio y el barón mano a mano en el palco, porque su marido desde el principio de la representación pasó a otro de visita, no sabía cómo manejarse, le hizo una seña tan cariñosa, tan seductora, para que a verla fuese, que Ribera, diciendo para sí, «Olvidemos a la pérfida belleza que en vano amamos», se decidió a complacer a la que, lejos de atormentarle, procuraba por el contrario conquistar su corazón. Despidiose, pues, del supuesto Leone di Romagna dándole una tarjeta con las señas de su casa y subió al palco () y sus dos rivales vieron el lance tan mal parado que, por no hacer tan en público un ridículo papel, salieron juntos (). En concepto de Leoncio, el mismo hombre que en aquel momento le desbancaba con la marquesa, le había ya robado a su mujer. ()

## CAPÍTULO V. Por ellas y siempre por ellas

286. El día siguiente a las ocurrencias que dieron materia a la última parte del anterior capítulo, amaneció claro y sereno, aunque tan frío como el rigor de la estación lo requiere al mediar diciembre. () Todavía respiraban pueblo y población contento y alegría por doquiera: veíanse los preparativos para las luminarias de la segunda noche, que en todo habían de ser iguales a las de la primera (). El doce de diciembre, en efecto, fue el día destinado a las velaciones <sup>651</sup> de los reyes y, si deber era de los cortesanos y funcionarios públicos acompañar a SS. MM. desde su alcázar hasta el convento de Atocha, donde aquella ceremonia se verificó, el pueblo, por amor o por curiosidad, quizás por ambas causas, acudía con ansia a gozar del espectáculo ().

Mientras al raso se impacientaba el común de los fieles, en Palacio () la real servidumbre y otros personajes esperaban () con la sonrisa en los labios, porque el gozo o, al menos, su apariencia, formaba parte del traje de etiqueta en aquel día. Esto podrá parecer una paradoja y es, sin embargo, un axioma dogmático entre palaciegos: Dios ha dado al hombre la fisonomía y la lengua para expresar no lo que siente, sino lo que le conviene o lo que expresar se le manda. ¿Está el soberano melancólico? Pues todos los semblantes han de llevar el sello de la tristeza y aun de la ictericia si a mano viene. ¿Alegre? Pues regocijados han de aparecer sus áulicos, siquiera padezcan de incurable hipocondría. Nadie sabe en aquellas regiones si tiene frío o calor, si el tiempo es húmedo o seco, hasta que el amo decide lo que haya de ser. Y ahora, se nos preguntará, ¿complace mucho a los monarcas verse rodeados de autómatas que se mueven sólo según el resorte que se les toca? ¿No conocen SS. MM. que tan completa y absoluta conformidad con sus inclinaciones, gustos, caprichos y aun dislates, procede sólo de adulación servil y que en servidores tales poca es la confianza que tener deben? Como nunca hemos sido reyes, ni mucho menos, no nos es posible dar satisfacción a tales dudas; lo único que apuntaremos es que, según dicen, en Palacio vale más agradar que servir y que es constante que, por desgracia, suele ser un gran medio la adulación para hacerse grato cualquiera a los ojos de otro hombre, ya sea monarca o ya vasallo.

Pero, volviendo a nuestro asunto, entre los diferentes cortesanos que esperaban en la cámara la salida de los reyes estaban el barón de Peñahonda y Leoncio de Montefiorito, ambos de calzón y media con el grande uniforme de gentileshombres <sup>652</sup>, y asidos del brazo como dos amigos íntimos, aunque hasta entonces fueron siempre sus relaciones harto superficiales.

El barón había formado un plan que él llamaba estratégico, () plan que consistía, simplemente, en lo que se llama, en estilo familiar, sacar el ascua del fuego con mano ajena (). Juzgaba más cuerdo deshacerse de Ribera por mano de Montefiorito o de éste por la de aquél, que entrar en lucha con ambos a la vez. El bueno del general había errado la vocación: quizá eligiendo carrera con más tino, fuera un mediano diplomático, en vez de ser un ridículo militar.



Leoncio, con su acostumbrado don de errarlo todo, cayó en la red o, mejor dicho, saliole al encuentro porque, tal era su enojo por el triste acogimiento que la marquesa le hiciera que, apenas vio al barón en Palacio, cuando él mismo entabló la conversación ().

—¿Qué quiere usted que le diga? —Exclamó el general después de oír una furibunda diatriba de Montefiorito ()— Lo que es a mí, me importa poco: trato a esa mujer como ella trata a todo el mundo.

288. —Dichoso usted, que tiene la sangre fría ().

—¡Oh, si yo fuera su amante!

—Y bien, ¿qué haría?

—¿Qué haría? Con ella, nada, pero con el coronelito... () ¿Qué se hace con un hombre que mete la hoz en mies ajena? ()

—Pero ¿usted cree que...? ()

—(Amigo, ya tanto no sé; él es, como anoche se lo dije a usted, seductor irresistible.

—¿Qué quiere usted decir con eso, general Peñahonda? —Exclamó furioso Leoncio al llegar a este punto, creyendo encontrar una alusión personalísima en aquella frase, dicha sin tanta malicia como él sospechaba, aunque no con poca, en verdad.

—Quiero decir —Replicó, riéndose, el barón—... Silencio, oiga usted las palmadas, el rey viene.

En efecto, la ceremonia comenzaba.

Aquella noche asistieron los reyes al Teatro de la Cruz, donde hubo himnos, versos y melodrama alegóricos a las circunstancias <sup>653</sup>; al siguiente día, besamanos general y función, que también honraron con su presencia el monarca y su esposa, en el coliseo del Príncipe <sup>654</sup>. El 14 por la mañana, besamanos del Consejo. Por la noche, salieron SS. MM. a ver las iluminaciones. Ni paró en esto, pues el 15 y 17 hubo corridas de toros <sup>655</sup>, el 16 gran parada en la plaza del sur de Palacio, por la cual desfiló la guarnición entera estando los reyes en el balcón principal; las dos noches, fuegos artificiales en la plaza de Oriente y, en la del 19, fue la reina con su esposo a oír la ópera de Rossini titulada *El sitio de Corinto* <sup>656</sup>. Durante todo ese tiempo, la nueva reina, sin más que mostrar en público su rostro, en que la naturaleza depositó tan singular como 289. poderoso hechizo, adquirió una popularidad inmensa, preludio de la que algunos de sus actos políticos la valieron después por algún tiempo, aunque en resumen fueron harto mal pagados; y a medida que los indiferentes, la clase media y los liberales se apegaban a su soberana, desprendíanse de ella los realistas fanáticos, propalando ya desde entonces calumnias horribles contra la augusta princesa, en lo cual también preludivieron a las que otro partido extremo fulminó más adelante contra la misma señora <sup>657</sup>. ()

En la gran parada del día 16, llevaba nuestro coronel sobre el guante un anillo de oro con un magnífico solitario <sup>658</sup> y en lo interior de ese anillo estaban grabadas estas letras: «M y L. 11 de diciembre 1829. Para siempre». La marquesa, en carretela abier-

ta, se encontró tres veces al paso del regimiento en la carrera: vio las iluminaciones del brazo del coronel, acudió a la misa del Cuerpo, no dejaba pasar ni una tarde por delante del cuartel a la hora de lista y, en resumen, tan a 290. banderas desplegadas se proclamó de aquel hombre que, hasta los soldados que don Luis mandaba, al verla pasar, se decían uno a otro: «Chico, la coronela, mírala qué guapetona» ().

Pasados los días de los festejos y almorzando cierta mañana en casa del coronel en su compañía don Rafael de Villaparda() y el italiano don Leone di Romagna (), anunció el ayuda de cámara que el general barón de Peñahonda y otro caballero deseaban ver a don Luis de Ribera. Hízolos éste entrar en su gabinete y, aunque sorprendido de ver así al general como a su acompañante, que era el brigadier D. Gerónimo Cantarrana, mayordomo de semana de S.M., de riguroso uniforme militar, ofrecióles cortésmente asiento (). El brigadier () tomó la palabra diciendo:

—El señor don Leoncio de Montefiorito nos ha comisionado para entregar a usted este billete —Poniendo uno en manos de don Luis— y para arreglar en seguida el negocio de que se trata. ()

—Ignoro —Dijo el coronel después de leído el billete—, en qué he ofendido a ese caballero; mas, según los términos en que está concebida su carta, infiero que la mejor respuesta será probarle que tengo más de militar que de seductor. Justamente dos amigos me hacían el honor de acompañarme a la mesa cuando ustedes han venido; si, como lo espero, me dispensan también el de acompañarme al campo, dentro de muy pocas horas estará más que satisfecho el señor don Leoncio.

() Los cuatro padrinos debatían solemnemente las condiciones del próximo duelo, graduándolas cada cual según su particular manera de considerar aquel lance:

—¡Qué diablo! —Decía don Rafael de Villaparda— ¿No son los dos oficiales de caballería? Pues que se batan a caballo y con los sables. De esa manera se desahogarán y el resultado nunca puede ser funesto. ()

Pero el barón y Mendoza, por causas que el lector conoce, tenían, por el contrario, empeño en que el desafío fuese, si no precisamente a muerte, a lo menos con tales condiciones que uno de 292. los combatientes quedase muy mal parado y el otro, en consecuencia, tuviese que huir de la corte y quizá de España. Los de la opinión moderada sosteníanla, sin embargo, con grande empeño, hasta que el supuesto don Leone di Romagna dijo al fin:

—Señores, puesto que es preciso decirlo todo para convencer a ustedes, sepan que tengo motivos para sospechar que mi ahijado galanteó en sus tiempos a la mujer de Montefiorito.

—¡Ah! —Exclamaron a un tiempo Villaparda y el brigadier, expresando en los semblantes que variaban de opinión. ()

—¿Con floretes? —Preguntó Mendoza.

—() Convenido —Concluyó el brigadier.

Aplazóse el duelo para dentro de dos horas, señalándose, para que se verificase, la ermita de San Isidro del Campo <sup>659</sup>; y los padrinos de Leoncio marcharon a buscarle.

Ribera oyó impasible o, más bien, con satisfacción, lo que en su nombre habían estipulado sus amigos: sin poderlo remediar, abrigaba en el corazón un sentimiento de odio contra el hombre que era dueño de la belleza que le era imposible dejar de amar aun en los brazos de otras y, satisfecha su conciencia con no ser él quien el lance provocaba, dábase el parabién de que la suerte le proporcionase ocasión tan propicia para satisfacer su cólera. () Con tales antecedentes, no era el desafío de que tratamos uno de los infinitos que, por sucesos de poca monta, generalmente por galanteos, se verificaban entonces en Madrid <sup>660</sup>; menos aún de la especie de los modernos duelos <sup>661</sup>, de los cuales, cuando por casualidad llega a dispararse una pistola y silba su bala a diez varas de cualquiera de los campeones, se habla después en la corte y se escribe en los periódicos durante dos meses, produciendo su narración ataques de ner- 293. vios. Ribera y Leoncio iban a batirse con ánimo resuelto de matarse (). En mangas de camisa, los dos adversarios, desnudos los brazos hasta el codo, descubierta la cabeza, desabrochado el cuello y el pecho sin defensa alguna, colocáronlos sus padrinos el uno frente al otro con los floretes en las manos y, tirando también ellos sus espadas, adelantándose el comandante Villaparda y en voz sonora, aunque visiblemente conmovida, dijo:

—Señores, ¿dudan ustedes el uno del valor del otro?

Los preguntados respondieron negativamente con las cabezas.

—En ese caso, respondió Villaparda, bien pueden, sin nota de cobardía, transigir sus diferencias, si es que hay medio...

—¡Eso es imposible! —Contestó, iracundo, Leoncio.

—Por mi parte —Interpuso con gran sosiego Ribera—, soy el retado y cumplo con hallarme aquí.

«En guardia, caballeros», clamó Villaparda, y a su voz levantaron simultáneamente los combatientes sus armas y cruzaron las hojas. ()

En caso de reconocerse ventaja por una u otra parte, pudiera decirse que el hermano de Laura tenía la de haber desde luego tomado la iniciativa, atacando a su contrario y éste la de conservar sus fuerzas intactas, pues que a parar <sup>662</sup> se limitaba por el momento, es decir, a parar teniéndole siempre a Leoncio la punta del florete fija delante de los ojos. Es de advertir a los que dichosamente lo ignoren, que semejante inmediata perspectiva obra en la sangre más acalorada como un salúfero calmante porque, digan lo que quieran, nadie gusta de sentir en el pecho el frío contacto de la empuñadura de la espada de su contrario, percance que, infaliblemente, ha de acontecerle a quien en circunstancias tales se descuide un momento. Por tanto, Leoncio, después de haberse tirado una vez a fondo so- 394. bre su antagonista con harta

imprudencia, consiguiendo sólo herirle al soslayo en el antebrazo —pero a costa de un pinchazo en el pecho que, si el coronel quisiera, terminara el duelo, pues pudo meterle el florete hasta la guarnición—, después, decimos, de ese percance, comprendió la necesidad de reportar su ira, teniendo al frente tan temible adversario. Los padrinos intervinieron, suspendiendo el combate algunos instantes para reconocer y vendar las heridas y para que los campeones tomasen algún aliento; pero no osaron los que lo deseaban, proponer todavía que se terminase. ()

En el segundo asalto (), ambos contrarios reconcentraban sus fuerzas, se observaban cuidadosamente y no tiraban estocada sin profunda intención (). Tres minutos, algo menos, duró aquel segundo acto del drama que procuramos describir: al cabo de ellos, creyó Leoncio ver en descubierto a su enemigo y, tirándole con rapidez una media cinta de cuarta a tercera <sup>663</sup>, arrojose a fondo lanzando al mismo tiempo un grito de victoria; mas Ribera, que había previsto la estocada y tenía muy firme la muñeca, parando el golpe con velocidad increíble por medio de una vigorosa contra de cuarta <sup>664</sup>, varió la dirección del hierro de Leoncio, que le pasó rasante al cuerpo y, presentando al frente su florete, Montefiorito, arrastrado ya por la velocidad adquirida, clavose de parte a parte (). El barón hizo señal a un cirujano que en su coche aguardaba para que acudiese a reconocer la herida, que, dichosamente, penetró uno o dos dedos más baja del corazón, pero, sin embargo, declaró el facultativo peligrosa. 295. Ribera, depuesta ya toda saña, no quiso de ningún modo separarse del campo del duelo hasta que se curó al herido y éste, recobrando la razón, pudo oírle. Entonces le dijo:

—Señor de Montefiorito, la grave ofensa que usted cree haber recibido de mí, juro por Dios y por mi honra que yo no se la he hecho y que jamás su esposa...

—Basta —Exclamó, lánguidamente, Leoncio tendiendo su mano al coronel—, basta, estoy satisfecho.

—En cuanto a Matilde... —Prosiguió don Luis—.

—No me importa —Replicó el enfermo estrechando segunda vez la mano de su vencedor. ()

Acomodaron a Leoncio en un coche que con él, sus dos padrinos y el facultativo, echó a andar al paso hacia Madrid. ()

—Curará —Interpuso Mendoza, como si le pesara de su propia profecía.

—Sí, curará —Añadió alegremente el comandante—; pero es mucha desgracia que haya de exponerse un hombre todos los días a morir o ser homicida, nada más que por ellas y siempre por ellas.

## CAPÍTULO VI. Aciertos y errores de cálculo

Todo el mes de enero de 1830 lo pasó Leoncio en la cama en su casa del barrio de Afligidos. El brigadier Cantarrana y el barón de Peñahonda fueron sus enfermeros y diariamente acudía el ayuda de cámara del coronel a preguntar, en nombre de su amo, por la salud del enfermo. ()

Por dicha para la marquesa, que, 296. después de haber sido toda su vida más inconstante que una mariposa, empeñábase con el coronel en ser una verdadera Artemisa <sup>665</sup>, Ribera, más desesperado que nunca de conseguir el único deseo vehemente de su corazón, prestose sin dificultad al papel que se le quiso hacer representar. ()

Mientras tanto, la correspondencia entre Mendoza y don Ángel () fue extremadamente activa. () A nuestro capitán pedíale incesantemente el Gobierno los prometidos papeles relativos a la conjuración italiana y a don Ángel que revelase los planes de los revolucionarios en Francia. () Mendoza (), por de pronto, insistió en que los papeles que se le pedían o, a lo menos, los más importantes, al parecer obraban en poder de la esposa de Leoncio; aunque esperaba descubrir algunos en Madrid, si se le concedía para ello el tiempo necesario. Don Ángel, de orden suya, extendió una memoria en términos generales sobre el estado político del reino de Francia, en la cual, anunciando en términos positivos el movimiento revolucionario que allí era inminente, evitó cuidadosamente comprometer a personas determinadas. () 297. Pero don Ángel llenó su objeto cumplidamente con aquella su memoria y pudo regresar a Madrid a mediados de enero, que era lo que entonces deseaba él y a Mendoza convenía.

En efecto, nuestro benévolo personaje fue sin ceremonia a hospedarse en la casa-palacio del barrio de Afligidos (). Era preciso tranquilizar a Leoncio con respecto a Mendoza, dueño de papeles que en todo tiempo podrían serle fatales. () Don Ángel y el mismo Mendoza habían calculado que, mientras Leoncio viviese en continua alarma y recelando de todo el mundo, sería muy difícil hacerle dar, cuando conviniese, un mal paso y, a efecto de tranquilizarle, le enseñó el primero una carta del segundo, fecha <sup>666</sup> en Londres el año 27, en la cual le decía que, pocas horas después de escribirla <sup>667</sup>, iba a embarcarse para los EE.UU. y para siempre renunciaba a su patria. Algo era esto, mas no bastante todavía, por lo cual, a expensas de un corto sacrificio pecuniario, se hizo insertar en un número del *Times* <sup>668</sup> del año 1829 el párrafo siguiente: «Nueva York, 13 de marzo. No se habla desde anoche en esta ciudad de otra cosa que de la catástrofe ocurrida en una fonda de las más notables. Un emigrado español, el capitán don Pedro Mendoza, que residía hace dos años en los Estados de la Unión dedicado al comercio, hallándose próximo a quebrar a consecuencia de especulaciones desgraciadas, se ha suicidado en su habitación a las nueve y media de la noche. Al estampido del pistoletazo con que se abrasó los sesos, acudieron las gentes de la casa, que le hallaron ya cadáver en su propio lecho. En la chimenea se encontraron pavesas y cenizas de muchos papeles que,

sin duda, incendió el suicida poco antes de terminar su existencia. Una carta muy lacónica que dejó sobre la mesa de cabecera declara que Mendoza, no pudiendo tolerar la idea de verse en quiebra, iba a quitarse la vida». Noticia tan circunstanciada, que copiaron varios periódicos franceses y que don Ángel tuvo muy buen cuidado de hacer llegar a conocimiento de Leoncio, persuadió a éste, como hubiera persuadido a cualquiera, de la muerte de su formidable enemigo <sup>669</sup>. ()

La primera conversación que a solas tuvieron don Ángel y Leoncio () versó, como era natural, sobre el reciente desafío, sus causas y consecuencias. Montefiorito se inclinaba a dar asenso a las protestas que Ribera le hizo en el campo mismo, sobre hallarse inocente en el rapto de Laura, sin embargo de convenir con su confidente en que las apariencias estaban todas en contra del coronel ().

299. —En este negocio sucede una de dos cosas: o la señora está, en efecto, retirada en algún monasterio, o se fugó con un amante. () Si por casualidad fuese lo primero (), es de presumir que su ascetismo no haya despojado completamente a la señora del afecto que debe tener a usted, que, al cabo, es su marido (). Las desgracias interesan siempre y, en fin, en probar ¿qué se pierde?

—Nada, pero ¿qué vamos a probar?

—Si la noticia de hallarse usted gravemente herido arranca a la señora de su retiro. () Escríbale usted una carta, remítasela a su procurador de Cádiz y Dios dirá.

Don Ángel estuvo siempre en la persuasión de que el bueno de don Justo, por más que callaba, sabía dónde se ocultaba Laura o, por lo menos, tenía medios de comunicar con ella. Leoncio, por su parte, no hallando inconveniente alguno en el proyecto, prestose a su ejecución, aunque sin grandes esperanzas de obtener resultado favorable. Mendoza y don Ángel calculaban mejor que él en todo y por todo. No así el barón de Peñahonda, que había contado, como vulgarmente se dice, sin la huéspeda <sup>670</sup> al calcular, entre las consecuencias seguras del duelo, en parte por él provocado, el destierro, la prisión o fuga del vencedor. Viviendo la reina Amalia, implacable enemiga de los desafíos, sin duda alguna hubiérase visto el coronel Ribera encarcelado, so pena de abandonar su patria, pero las circunstancias eran entonces muy distintas: Fernando, esposo y amante de una mujer que le hechizaba, concebía perfectamente que por rivalidad amorosa se batiesen dos caballeros y la reina, en su deseo natural y lícito de conquistar los corazones de los españoles, aprovechaba con ansia cuantas ocasiones <sup>300</sup>. se le presentaban de alcanzar perdón para los delincuentes e indulgencia para los culpables (). Tan poderosas causas hicieron que la Justicia cerrase los ojos, dándose por único castigo a los honrados delincuentes, según la feliz expresión de Jovellanos <sup>671</sup>, privarles de toda participación en las gracias que profusamente distribuyó el monarca para solemnizar su feliz enlace.

Montefiorito se quedó sin la Gran Cruz de Isabel la Católica que el rey le había ofrecido y, por segunda vez, volvió a la cartera del ministro de la Guerra el real despacho de

brigadier de Ribera. () De lo expuesto resulta que el castigado fue, en realidad, el barón. () El menguado se equivocó en sus cálculos de medio a medio y el público, que, así como humilla la frente hasta hundirla en el polvo ante los hábiles intrigantes y profundos malvados, es duro y hasta cruel con los torpes que a ser perversos no aciertan, revélase en el acto contra él. Ya los espartanos, que intrínsecamente no condenaban el hurto, eran implacables con el ladrón que sorprenderse dejaba; la moral de la sociedad ha variado poco de entonces acá: todo se perdona con tal que un éxito brillante dore la infamia de los medios, nada al que no acierta a conseguir su objeto. Y lo peor es que la censura y animadversión públicas son de una naturaleza, se ejercen de tal modo que, en vez de corregir, empeoran: El hombre cuya primera debilidad se descubre, persuadido de que está sin apelación condenado, se hace cobarde primero, luego bajo, en último término infame. La mujer sorprendida en una fragilidad, si ésta llega a hacerse notoria, raro es que no se prostituya. Y el hombre infame y la mujer prostituida ya no se corrigen, ya no se enmiendan; al contrario, de lodazal en lodazal, van al cabo a sumirse en los abismos del crimen. ¿Por qué? Por una razón sola: porque al sentimiento religioso ha reemplazado en todo y por todo el raciocinio escéptico; porque se terminó el reino de la caridad y ha comenzado el de la beneficencia. 301. No es lo mismo, por más que se pretenda lo contrario, llegar el pecador contrito al templo y postrarse a los pies del sacerdote que le recibe con los brazos abiertos y le llama hijo y llora con él y, en la perspectiva, le muestra el cielo abierto a los arrepentidos; no es lo mismo, decimos, aceptar la penitencia sacramental en el silencio del claustro o en la soledad de las ermitas, que sufrir la humillación del patronato profano de una asociación pseudofilantrópica, compuesta de personas a quienes ningún sentimiento común enlaza entre sí ni pone en contacto con el culpable y cuyo objeto, fríamente calculado, es sacrificar una pequeña parte de lo superfluo para que la miseria no obligue a robarles sus tesoros a los infelices a quienes más se humilla que se protege.

¿Pero adónde vamos? ¿Qué decimos? Nuestras imprudentes reflexiones van a sublevar contra nosotros un ejército innumerable de enemigos. Primeramente, los filósofos a la moda del siglo pasado van a llamarnos retrógrados, cuando lo que pedimos es libertad y tolerancia hasta para los creyentes; en segundo lugar, vemos esa falange voraz de mercaderes de filantropía que, convirtiendo a los pobres en máquinas de hilar y coser y no sabemos en cuántas cosas más, empiezan siempre sus humanitarias elucubraciones por enriquecerse y andar en coche; luego, las mujeres que pasaron de los cincuenta, si es que en efecto las hay y no son entes fabulosos, como por no haber hallado ninguna que los confiese sospechamos; los jóvenes enciclopédicos que, flor y nata del siglo, nada encuentran bueno que de más antiguo date, se lanzan también a la pelea y, lo que es peor, el público, nuestro público, ese público benévolo de los novelistas que lee sin pretensiones, sólo para matar el tiempo, nos dice: «No es eso lo que yo busco, sigue tu cuento o interrumpo la suscripción...» ¡Horror! ¡Horror! No más digresiones hasta que otra nos ocurra y prosigamos, en efecto, nuestro cuento.

() 302. También Ribera se engañó en sus cálculos (). Creyó el pobre coronel que un amor como el suyo a Laura, espontáneo, simpático, puro, sin mezcla de sensualidad alguna; que una pasión vehemente e inextinguible, que un cariño semejante al de nuestros héroes de Teruel del cual ha dicho elegantemente un poeta contemporáneo que parecía “recuerdo de otro cariño / tenido antes de nacer” <sup>672</sup>, que ese afecto, en fin, tan raro como profundo, que enlaza dos corazones desde el día en que se adivinan, estamos por decir que hasta el de la consumación de los siglos, porque en el cielo también se ama, había de ceder y plegarse ante un capricho de sociedad, ante el antojo de una cortesana con título o sin él. ¡Pobre Ribera! Sus esfuerzos eran como los del ciervo en cuyo pecho se clavó la flecha: por más que se agita y afana, más se le clava <sup>673</sup>: () Pensar en Laura y haber de pronunciar precisamente el nombre de Matilde, desear la soledad y hallarse siempre acompañado, ambicionar un tesoro y verse dueño de una beldad vulgar, tormentos son más para sentidos que para descritos. 303. Sin embargo, don Luis se decía: () «¿Con qué pretexto he de separarme de ella, cuando, lejos de darme motivo para abandonarla, por mí vive, para mí respira y sólo en complacerme piensa?». () De los tormentos de nuestro coronel fue confidente Mendoza con el nombre de Leone di Romagna, pues, intimadas las relaciones a consecuencia del desafío, hicieronse los dos muy amigos. ()

—La naturaleza —Solía decirle a don Ángel—, parece haberlos formado el uno para el otro. Yo no me hago ilusiones: Laura con él sería feliz, conmigo desgraciada.()

—¿Por qué no se deshace de su rival? Nos sobran medios para conseguirlo.

304. —Si Laura () le ama, como lo sospecho, () ¿no comprende usted que su amante mismo puede ponerla en mis brazos? () Suponga usted que ese hombre, cuya confianza poseo ya, se vea en grave riesgo, en peligro de muerte y que yo, yo solo pueda salvarle. Si me presento entonces y digo a Laura: «Elige, o eres mía, o el que amas perece». ()

—Vamos, estoy al cabo. Pero es preciso tomarlo con tiempo <sup>674</sup>.

—Desde ahora.

—Manos a la obra. ()



## CAPÍTULO VII. Una velada en el valle

Era de noche. En un vasto salón se veía sentados en derredor de la lumbre a los moradores de nuestro ignorado recóndito valle. Meses llevaba Laura en aquel retirado apartamiento del mundo y, sin embargo, poco se había adelantado en el negocio de su conversión, esto es, poco en cuanto a persuadirla de la evidencia de la Revelación; mucho, en realidad, pues se destruyeron en su alma hartas preocupaciones de la despreocupación filosófica que confunde la hipocresía y el fanatismo con la devoción y el cristiano celo. Simón, no obstante, aunque sin perder la esperanza, desconsolábase, atribuyendo a culpa de su ignorancia o falta de unción apostólica efectos que tenían por causa la particular educación de la hija del indiano y la inevitable influencia en su espíritu de las ideas del siglo, ideas de que el anciano prescindía completamente. Todos sus conatos se dirigían al entendimiento de Laura, cuando lo conveniente fuera encaminarse al corazón: los prodigios, los milagros, los misterios eran, en el lenguaje del patriarca, fundamentos de las sublimes máximas de la moral evangélica y lo que decir debía era lo contrario; esto es, en vez de argumentar así «La moral es cierta porque quien la predicó hizo milagros» para conseguir su objeto, le conviniera decir: «Los milagros son ciertos, porque los refieren y testifican los mismos que por vez primera predicaron esta moral celeste. Esos hombres no pueden mentir». Pero Simón, que fue testigo de la predicación vehemente, apasionada, tribunicia, de los apóstoles y asistió como actor al tránsito de la especie humana desde el materialismo epicúreo a que las poéticas creencias paganas la condujeran, al ascético platonismo<sup>675</sup> de la religión del Ungido, no concebía otra manera de catequizar que la que entonces fue excelente y en nuestros días de nada sirve. El escepticismo de la bella mejicana llegaba hasta tal punto que, con ver y tratar durante cerca de un año a Simón, Marta y Pablo, si no dudaba de su existencia, porque fascinación tan larga de ningún modo se concebía, por lo menos sí dudaba o, por mejor decir, allá en su fuero interno negaba su interrumpido vivir durante siglos, fenómeno que, en efecto, contradecía todas las leyes de la naturaleza y aun excedía, en cuanto longevidad, a cuantos ejemplos refieren los libros sagrados, como no sea en el caso del profeta Elías<sup>676</sup>. Grande fue su esmero, sin embargo, en ocultar cuidadosamente aquella su incurable incredulidad, mas no alcanzó a lograrlo a los ojos de Simón y ése era el tema de su discurso en el momento:

306. —Tenemos de continuo a la vista prodigios que debieran habituarnos a humillar la cerviz ante el poder del Santo de los santos.

307. —Pero Simón —Exclamó Marta— María ignora hasta hoy por qué y cómo vivimos. ¿Qué mucho que dude? Quizá oyendo de tus labios...

—Te comprendo, Marta. Sea como quieras. Mi bisabuelo, Séptimo Severo, de la familia de los Cornelios, patricia y senatorial en Roma, siendo joven aún pasó a España mandando, en calidad de legado, una legión romana destinada a la Bética.

Era esto cincuenta o más años antes de la venida al mundo de su Redentor divino. En Écija, entonces Astigis, también llamada Ciudad del Sol, enamorose Septimio de una noble española, a quien hizo su esposa. De su ayuntamiento nació mi padre y del consorcio de éste con otra señora también española procedo yo, que fui el único fruto de aquella unión. Gozábamos todos en la familia del derecho de ciudadanos de la ciudad reina entonces del orbe conocido, enviáronme a ella apenas vestí la toga viril, imperando Tiberio Nerón <sup>677</sup> (). Las virtudes antiguas de los Horacios <sup>678</sup>, los Scevolas y los Catones <sup>679</sup> habían cedido el lugar a lo más depravado de la corrupción oriental. () 308. El Salvador nació, predicó, padeció, murió, bajó a las regiones del castigo, resucitó entre nosotros y volvióse a los cielos sin que de ello tuviésemos apenas noticia en Roma. () Algunos años después, la muerte de mis padres me obligó a dejar Roma. () Era mi ánimo residir en Astigis muy breve tiempo: reducir a metálico mis haberes y regresar a Roma (). No obstante, el arreglo de mis negocios exigía tiempo; amigos y parientes combatieron mi propósito: considerábanme el pretor de la provincia. () Decidíme, pues, a residir en mi patria.

Llamábanme entonces Probo, y nunca nombre mintió más al sujeto, porque en mí se compendian todos los vicios de aquel siglo. () 309. Hasta la edad de treinta y cinco años viví de esa manera, en la crápula y la disipación. () Las enfermedades que a consecuencia de mis vicios contraí me pusieron entonces a las puertas de la muerte. () Después de largos padecimientos entré en convalecencia y, tanto por hastío como por temor a una recaída, dediquéme entonces al estudio de ciencias y artes, a las especulaciones de la filosofía y a la administración y engrandecimiento de mis bienes. () Érame forzoso perpetuar mi nombre y descendencia, tener una compañera que atendiese a los cuidados domésticos (). Mi elección, inspirada sin duda por el cielo, recayó en una doncella hermosa, honesta, de noble familia y buena fama, que entonces se llamaba Xantipa y hoy Marta. () Marta, por sentimiento había llegado al mismo punto a que Sócrates condujo la filosofía, a creer y confesar un solo y verdadero Dios de cuanto existe y existir puede. () 310. Debí, en fin, mi conversión moral, que me preparó convenientemente a la religiosa <sup>680</sup>. ()

Y en tanto que lo referido sucedía, () Saulo (), el apóstol de los gentiles, pisó la tierra española. () Llegó el santo predicador a Écija después que ya la fama de su doctrina y elocuencia era notoria en la Península y mi Xantipa tenía de ella larga noticia. Por mi parte, confieso que no di grande importancia al suceso y que, cuando mi esposa me pidió permiso para llamar a nuestra casa al varón santo, concedíselo por mera complacencia. () 311. En el rostro de Saulo resplandecían la fe, la esperanza, la caridad (). Su ciencia era inmensa, nuestros más afamados filósofos y doctores eran ignorantes con él comparados (). La conversión de mi Xantipa estaba casi hecha, la mía no fue difícil y Pablo, el más amado de mis siervos, siguió nuestro ejemplo. A los tres nos regeneró en un mismo día el agua santa del bautismo, administrada por manos del apóstol y, desde entonces, trocamos nuestros antiguos profanos nombres por los que hoy llevamos. ()

Domiciano Nerón, martirizador del apóstol, decretó una persecución contra la Iglesia en todos sus dominios. () Caímos en poder de los perseguidores y fuimos sepultados en un mismo calabozo. () 312. Una noche en que yo, sin causa positiva, creía sin embargo mi fin cercano, () temblaba como el último de los mortales: “¿De qué nos sirviera vivir —Me decía Marta— en un siglo corrompido, en medio de continuas tentaciones? Quizá un día sucumbiéramos. ()” “Si el Señor nos sacara con vida de este calabozo, tú, Pablo y yo nos retiraríamos para siempre del mundo y viviríamos en el desierto, entregados al trabajo y a la oración. Si el cielo nos concediera un hijo, criaríamoslo en el santo temor de Dios y, en llegando a edad de razón, daríamosle a escoger entre nuestra vida y la del siglo, porque no nos es lícito forzar su libre albedrío, mas () quizá nuestra descendencia se conservara intacta y pura, como vivo ejemplo de los perfectos cristianos”. () 313. En aquel momento inundó nuestra prisión un resplandor insólito y sobrenatural y, apareciéndonos un varón divino, () dijo: “Simón, tu cobardía os priva a los tres de la corona del martirio que ya os estaba preparada, mas tus votos serán cumplidos: vivirás, tendrás descendencia, podrás hacer la prueba que deseas. () Ahora, seguidme”. Las cerradas puertas del calabozo se abrieron por sí mismas; nuestras cadenas se nos cayeron y, siguiendo al apóstol, pasamos invisibles por medio de los soldados que nos custodiaban.

A llegar a este punto con su revelación el patriarca, oyeron los ecos de una campana. Levantose Pablo y dijo:

—Simón: las ermitas me llaman.

—Parte —Contestó el anciano—. Mañana terminaré mi relación. ().

## CAPÍTULO VIII. La vuelta al mundo

() Los Valleignotos del siglo, descendientes todos en línea recta del patriarca, para comunicar con el jefe y tronco de su familia acudían al monte y, buscando la boca de la sima, de ellos sólo conocida, descendían a la morada del sosiego. La mayor parte, todos ellos menos los que en tiempos de guerras hallaron el término de su vida en los combates, desengañados en edad proveccta del mundo, () fueron a concluir sus días en aquel retiro piadosa y cristianamente. ()

Desde el establecimiento de las ermitas y la consiguiente incorporación de Pablo en la comunidad de ermitaños de Córdoba, Simón, que, con dolor profundo, advirtió que la fe santa, en su pecho conservada pura e intacta durante tantos siglos, iba sucesivamente debilitándose en sus degenerados descendientes, creyó necesario adoptar con respecto a ellos precauciones hasta aquel momento ni usadas ni imaginadas. Y, en efecto, a quien extrañe la observación del patriarca, diremos que si relativamente a nosotros, en cuyo siglo basta no hacer declarada mofa de las cosas santas, sobra mostrar algún respeto al culto divino, para pasar por religioso o quizá por preocupado, la generación que nos ha precedido inmediatamente fue devota, la anterior de fe ardiente y la que antes fue fanática. () Si en vez de una hija tuviera don Simón un hijo legítimo a quien revelase la existencia del valle, es lo racionalmente probable que, burlándose de la credulidad del padre, hiciera público el secreto de su familia y comprometiera la existencia o, por lo menos, el sosiego del patriarca. Cuerdoamente, pues, dispuso éste que solos el obispo de Córdoba y el hermano mayor de los ermitaños supieran la entrada exterior de la mina y que al primero hubieran de dirigirse en adelante sus descendientes cuando alguna cosa tuvieran que comunicarle. () Desde la iglesia de las ermitas debían llevar la cabeza cubierta con un velo que no les permitiera ver el camino hasta llegar al fin de su viaje y, como la salida de la mina en su parte inferior estaba cerrada con un gran peñasco giratorio, sin poseer el secreto del mecanismo era tan imposible salir del valle como entrar en él ().

En tal estado de cosas, Leoncio de Montefiorito, siguiendo los consejos de don Ángel, instrumento en aquella ocasión del capitán Mendoza, escribió a don Justo Herrero una carta en la cual le incluía otra cerrada para Laura con encargo de remitírsela a la misma con toda urgencia. Nuestro buen procurador estaba todavía todo apesadumbrado con el percance de la prisión y () se apresuró a contestar a Leoncio devolviéndole su carta para Laura, cuyo paradero, decía «ignoro, según judicialmente lo tengo declarado, en lo que me 317. afirmo y ratifico por ser así la verdad y a cargo del juramento prestado». () Si el interesado y don Ángel sentirían el mal éxito de su tentativa, ya se deja conocer sin que nosotros lo encarezcamos. El primero, sin embargo, se resignó fácilmente con este contratiempo, mas el segundo, instigado por Mendoza, le sugirió la idea de entenderse directamente con el obispo de Córdoba. A la verdad, S. I. se había negado a responder aun al rey mismo cuando fue sobre el particular pregunta-

do, pero, como la Iglesia reconoce y acata la autoridad del esposo sobre su esposa, era de presumir, decía don Ángel, que acaso al marido se dijese más que al monarca. ()

318. Mendoza todo lo sacrificaba constantemente al servicio de la llama que el corazón abrasaba y, en aquella circunstancia, () dispuso que don Ángel, dueño de la carta escrita por Leoncio y devuelta por don Justo, escribiera al obispo de Córdoba, remitiéndosela en estos términos: «Ilmo. Sr: D. Leoncio de Montefiorito, esposo de la señora doña Laura de Valleignoto, según consta de la partida de casamiento cuya copia legalizada acompaño, postrado en la actualidad en el lecho del dolor por efecto de una grave enfermedad que, según el parecer de los facultativos, pone en peligro su vida, me manda acudir, como su apoderado general que soy, a V.S.I. para suplicarle humildemente en su nombre que, apiadándose de su lastimosa situación, tenga a bien dar curso a la carta para su consorte que también es adjunta ()». 319. Recibir esta carta el digno prelado y dar la orden al hermano mayor de las ermitas de Córdoba, para que inmediatamente hiciese comparecer a Pablo a su presencia, fue todo una misma cosa y, a su vez, el superior de las ermitas apresurose también a cumplir la orden del diocesano, dando con la campana de la mina la señal que interrumpió al patriarca en la pendiente relación de los sucesos de su maravillosa vida. ()

La lectura del escrito del supuesto don Anselmo Fernández, que 320. con aquel pseudónimo firmaba don Ángel, hizo concebir a Simón las mismas sospechas que a su siervo en el palacio episcopal asaltaron: aquella carta, en concepto de entrambos, era un lazo que, ya de concierto con Leoncio, ya ignorándolo éste, tendían a Laura sus perseguidores, de cuyos manejos tenían hasta cierto punto idea los moradores del valle. () Sin embargo, Leoncio era hermano y, para el mundo, esposo de Laura. () A mayo r abundamiento, ni Simón ni Pablo podían engañarse a sí mismos: la hija del indiano soportaba con dificultad un género de vida absolutamente contrario a sus ideas y a sus hábitos. Lejos de entibiarse con la soledad, sus pasiones adquirieron en ella nuevas fuerzas (). Por moralidad, pues, y por conveniencia, decidiose en el acto el patriarca a poner las cartas en manos de Laura y no pudo sorprenderle que ésta, sin vacilar, le respondiese, después de leídas: «Padre mío, mi obligación es volver al mundo». ()

—María, hija del alma —Exclamó, llorando, Marta—, ¿con que nos dejas tú, nuestro tesoro y alegría? ¡Ay! ¿Qué va a ser de mí, sin tu presencia?

—María —Gritó también el pastorcillo—, no es posible que me dejes abandonado, no; yo no puedo separarme de ti, yo te sigo a donde quiera que vayas. ()

321. Marta re veló que Laura, de tal modo había cautivado su corazón, que sin ella iba a vivir infeliz donde tantos siglos habitara tranquilamente hasta entonces; el niño que, a pesar de haber abierto los ojos a la luz en un desierto, abrigaba en su corazón un sentimiento innato de curiosidad y ansia de movimiento que le devoraba; Laura su resolución de volver al mundo; y el patriarca, en fin, a centenares de escarmientos experimentados insensible, el patriarca mismo comenzaba a vacilar en sus convicciones rela-

tivas a la vida retirada y solitaria. () A la verdad, hasta el lance cuya relación tenemos interrumida, todos los Valleignotos habían, después de un año de noviciado, elegido de nuevo el siglo y renunciado el desierto; pero el patriarca decía siempre: «Vinieron ya inficionados por las pompas mundanas ¡qué mucho que tras ellas se vuelvan!». En Laura era el caso distinto: ella misma, espontáneamente, había ido a buscar en el valle un refugio contra las tempestades del mundo y ni el germen de un solo vicio se advertía en su corazón inmaculado. No obstante, así con ansia la ocasión de salir del retiro; aprestábase gozosa a correr peligros que no negaba, so pretexto de acudir a la voz de un hombre que la había hecho infeliz y sin más esperanza que la fortuita de encontrarse quizá alguna vez en contacto con otro a quien amaba, sí, pero de quien la separaban obstáculos insuperables, tanto por su naturaleza, cuanto porque ella misma no quería atropellarlos. Sin embargo, mediaba el cariño fraternal, mediaba un amor muy arraigado en aquel espíritu vehemente y, hasta cierto punto, eran ambos sentimientos causa bastante a explicar el hecho, sin destruir por los cimientos el sistema del patriarca.

Pe ro ¿qué decir del pastorcillo? () Una tarde que Pablo regresaba a las ermitas () oyó a un lado del camino los débiles lastimosos vagidos de un niño que yacía abandonado en medio del campo. Acercose el ermitaño y vio con asombro una criatura enfermiza que, al parecer, contaba apenas un mes de existencia. () Recogiólo y sin demora condujolo al valle, donde Simón y Ma rta lo adoptaron. () Recibió en la pila el nombre de Pedro, por razones que a su tiempo diremos. Criado sin salir jamás de su retiro, no tenía del resto del mundo más ideas que las vagas e incompletas que alcanzó a deducir su fantasía, de frases sueltas por el patriarca intercaladas en sus cristianas pláticas. Con sobrado fundamento esperaba, pues, Simón, que al menos aquel ser desvalido, desde que nació víctima de la crueldad de sus semejantes, quizá de un crimen de su propia madre y criado desde que abrió los ojos en los principios del más severo ascetismo, viviría contento en el valle, contento y sin desear lo que no conocía. Pe ro, si el primer hombre perdió las delicias del paraíso terrenal por satisfacer su curiosidad, () ¿cómo había de eximirse de flaqueza semejante el niño ya en pecado concebido? () <sup>681</sup> 323.

—() Dadme vuestra licencia, padre mío, dádmela para seguir a María, que es un modelo de virtud. Yo imitaré su ejemplo, yo la rogaré que imite el mío adorando al Crucificado, yo la protegeré contra esos riesgos que decís la amenazan. ¡Padre mío, dadme vuestra licencia o dejadme morir!

Absortos escucharon todos los presentes las razones del niño; más absorto que ninguno el patriarca, que no suponía, ciertamente, en su hijo adoptivo tanta vehemencia.()

—En fin —Exclamó—, es llegado el tiempo en que el mancebo ignorante asombre y suspenda al centenario docto. ()

324. Al siguiente día, porque el resto de aquel fue necesario emplearlo en los preparativos del viaje, Laura y Pedro, guiados por Pablo, salieron al monte de las ermitas, de allí bajaron a Córdoba y, sin entrar en la ciudad, subieron a una silla de posta que a Madrid los condujo.

**Tomo II** <sup>682</sup>**LIBRO SEXTO****ÚLTIMOS AÑOS DE LA OMINOSA DÉCADA****CAPÍTULO I. Alarma en el palacio de Valleignoto**

1. Pocas eran las alteraciones hechas en la casa-palacio del barrio de Afligidos durante los siete años que mediaron entre la salida de Madrid del indiano con su hija y los primeros meses del trigésimo de nuestro siglo. El cuarto de don Simón estaba intacto y cerrado; Leoncio, cediendo a un temor supersticioso más bien que al natural sentimiento de respeto y deferencia a la memoria de su padre, habíase acomodado en parte de las piezas que daban a la calle, primitivamente destinadas al aparato y recepción de las gentes; las habitaciones en que Laura pasó su niñez estaban, como las del autor de sus días, sin uso alguno.

En cuanto a servidumbre, Montefiorito tenía su ayuda de cámara, el mismo que a todos sus viajes le siguiera; el que lo fue de don Simón y su mayordomo continuaban en la casa por disposición especial de Laura y el resto de la familia <sup>683</sup> databa en el palacio sólo desde el último regreso a la corte del coronel gentilhombre. No había en aquella casa ni una sola criada. Reinaba, por consiguiente, en ella, cierto aire de soledad monástica, faltábale a su limpieza un toque de elegancia a que nunca llegamos los hombres; el bullicio era allí más triste aún que el silencio; en una palabra, echábase de menos a la mujer, parte integrante, complemento indispensable de la sociedad humana. Leoncio mismo conocía, en los espléndidos banquetes con que frecuentemente obsequiaba a sus amigos, que en vano se servían a su mesa los más exquisitos manjares y delicados vinos; en vano la adornaba un magnífico ramillete de porcelana de Sevres y lucían sobre ella centenares de bujías: la comida era siempre triste por su taciturnidad, so pena de ser grosera por su estrépito. Ello es que la presencia de una dama ejerce en tales ocasiones cierta influencia magnética, incomprensible pero, al mismo tiempo, innegable; al melodioso tono de su acento se templan hasta las voces más broncas; a la suavidad de sus modales se plegan <sup>684</sup> la aspereza y el orgullo va roniles; y las mil fruslerías que a la mujer interesan amenizan y animan la conversación, preservándola de caer en uno de dos abismos, el de la política o el del más impúdico cinismo. “¡Cuánta falta me hace Laura! —Solía clamar su hermano— ¡Cuánta falta me hace Laura para que mi casa sea una de las primeras de la corte!”. Ciertamente, en el sentimiento que dictaba esas palabras no es posible hallar otra cosa más que un refinado egoísmo; pero ni de Leoncio, ni de la mayor parte de nuestros mortales debe tampoco esperarse que echen de menos a nadie cuando su persona no han menester.()

En tanto, la hermosa mejicana, recostada en el fondo de una silla de posta y osando apenas fijar la imaginación en la multitud de sinsabores, contradicciones y peligros que el mundo la tenía preparados, dejábase conducir a la corte con esa especie de resignación irreflexiva que suele convertir en máquinas a los seres más activos.

A su lado, ebrio de sensaciones nuevas, sin pegar los ojos ni de día ni de noche, sin apartar la vista del camino que, a manera de óptico panorama, con rapidez prodigiosa desarrollaba ante sus ojos el aspecto de la tierra civilizada, sin pronunciar, en fin, ni una sola palabra, iba Pedro ().

Entre aquellos seres mediaba un vínculo poderoso formado por la debilidad, el misterio y lo excepcional de las situaciones de entrambos: Laura, en verdad, pertenecía a la aristocracia del nacimiento como a la de la riqueza y Pedro, hijo de padres desconocidos, carecía de familia y de caudal; ella fue criada en una opulencia extravagante y con regalo excesivo, él con frugalidad ascética y severidad extrema; por último, célebre era ya por su hermosura la hermana de Leoncio y de todos ignorado el pobre niño. Sin embargo, fuerza es repetirlo, eran más poderosas las analogías que las diferencias entre aquellos dos seres. En efecto, sabían ambos un secreto y un secreto maravilloso, de orden sobrenatural; uno y otro, aunque por distintas causas, abandonaban el valle, puerto para ellos seguro, y juntos se arrojaban a correr las tempestades del mundo; luego, Laura veía en Pedro una figura inocente, por el cielo confiada a su protección y Pedro en Laura un ángel protector que el cielo también le enviaba para su guarda. ¡Qué más para unirlos estrechamente! ¡Qué más para que su recíproco afecto se convirtiera luego en un manantial de padecimientos! Porque en esta vida, cuanto más bella para rece la flor, tanto más grande es el número de las espinas que la rodean.

No nos anticipemos, sin embargo, a los sucesos; refirámoslos, que es sin duda lo que el lector desea.

Serían las diez de la noche cuando el estrépito de los cascabeles y de las voces, unido al de las ruedas y pisadas del tiro de la silla de posta, turbó el sueño de los pacíficos moradores del barrio de Afligidos, entre los cuales no faltó curioso que, dejando el lecho a pesar de lo riguroso de la estación, entreabriese las ventanas de su cuarto y viera pararse el carruaje a la puerta del palacio de Valleignoto, en cuyo portal, de par en par abierto, lucía una gran farola, aristocráticamente terminada en una ducal corona. Al rumor del coche de camino acudieron luego el portero y algunos criados de escalera abajo que le hacían la tertulia y, muy poco después, () 3. aparecieron en la escena el mayordomo y el ayuda de cámara y, reconociendo ambos a su señora, apresuráronse a felicitarla por su llegada y a felicitarla con toda sinceridad (). Mientras, el cocinero preparaba o, mejor dicho, improvisaba una cena, porque comiéndose allí al estilo de Francia, a las diez de la noche ni fuego había en la cocina. () 5. Corta fue la cena y, una vez concluida, dijo Laura: «Tú, Pedro, tendrás necesidad de reposo». () Y, dirigiéndose al mayordomo, prosiguió:



—¿En qué estado se encuentra el pabellón del jardín?

—Como V.S. lo dejó: he cuidado de él con todo esmero. ()

—Bien, amigo mío, bien, se lo agradezco a usted en el alma. Conduzca usted a Pedro al pabellón. Por ahora habitará allí. () Que le lleven lumbre. ()

Pedro besó humilde y cariñosamente la mano de su protectora y siguió después al mayordomo, que, no sin sorpresa, veía la llegada de aquel niño intruso y las distinciones con que su ama le trataba. No obstante, habituado desde los tiempos de don Simón a respetar hasta los caprichos de Laura y sabiendo además que no era ella mujer que consintiese ni la sombra de una oposición a sus órdenes, obedeciólas puntualmente, si bien con cierta repugnancia que es de instinto en los criados contra todo favorito de sus dueños. No andaba, mientras, mucho más satisfecho el ayuda de cámara de Leoncio buscándole inútilmente por la corte sin poder dar con él; porque aquella noche Leoncio asistía a un convite en casa de cierta dama de la vida airada, del cual no juzgó oportuno dar conocimiento a sus criados y, a su vez, Mendoza y don Ángel, muy lejos de sospechar las novedades en el barrio de Afligidos, tenían no poco en que entender y eso hartó desagradable. ()

6. Mendoza, sobre proceder siempre con gran cautela, () trataba poco de asuntos políticos, dedicándose de preferencia a cultivar la amistad del coronel Ribera, de la cual esperaba grandes ventajas en lo sucesivo (). La policía, pues, no halló por dónde hacer presa en don Leone di Romagna, mas acusole de perezoso y de consumir la pensión que se le pagaba en la corte echándola de personaje, en vez de trabajar, como fuera su obligación, contra los liberales; y, en consecuencia, pocas horas antes de la llegada a Madrid de Laura recibió Mendoza su pasaporte para Francia, con una orden muy atenta del superintendente en la cual se le prevenía que en término de veinticuatro horas saliese de la corte so pena de ser conducido a la frontera de justicia en justicia. () Para Mendoza, que esperaba fundadamente ver a Laura de un momento a otro en Madrid y dejar, por lo menos, urdida la red en que se proponía envolverla antes de salir de España, fue un golpe funesto la decisión de la policía. () 7. En el momento mismo de la llegada de Laura, Mendoza acudió al teatro donde sabía se encontraba el coronel Ribera y le dijo:

—Amigo mío, su policía de ustedes me manda salir en veinticuatro horas de la corte en dirección a Francia (). Tengo pendiente un negocio en Madrid, del cual depende el bienestar de mi vida entera; si me voy, como se me manda, aventurosu éxito y, si se malogra, pierdo más que mi vida. () Dos o tres días, una semana lo más, según mis cálculos, es lo que necesito detenerme en Madrid; pasado ese tiempo, sin que la policía me lo mande, yo me apresuraré a salir de España: porque, voy a decírselo a usted todo: yo no soy italiano. () Soy español (), liberal, () proscrito, () y me llamo don Pedro de Mendoza. () Acabo de confiar a su honor de usted mi cabeza. Ahora, ¿si conociendo mi secreto se aventura usted a darme asilo durante los días que necesito para permanecer en la corte?

—Mi riesgo es lo de menos, señor don Pedro; mas hay una cosa para mí de grande importancia y que antes que todo quiero poner a salvo. Hablo de mi lealtad al soberano. Yo respeto todas las opiniones, condeno el rigor de la persecución que sufren los liberales y compadezco a los que de ellas son víctimas; pero sirvo al rey, he jurado serle fiel y mi honra es antes que todo. () Eso quiere decir que su secreto de usted morirá conmigo; pero que necesito y exijo, antes de comprometerme a amparar a usted durante su permanencia en Madrid, que me empeñe su palabra de honor de no conspirar en esos días directa ni indirectamente contra el rey y su Gobierno.

8.—Lo juro por mi honra.

—() Lo mejor me parece acudir a la embajada de Inglaterra; el ministro <sup>685</sup> me honra con su amistad. Vamos allá.

—No, por esta noche no corre prisa. Véale usted, obtenga su consentimiento y mañana hablaremos.

Convenido así y separándose Mendoza del coronel, dirigiose a la casa de Leoncio, a la cual había prevenido a don Ángel que no regresase por entonces.

Eran las doce de la noche, el silencio más profundo reinaba en el barrio y nuestro capitán, en vez de encaminarse a la entrada principal, tomando la vuelta de la calle por la parte del jardín abrió, con la llave maestra de que al efecto iba prevenido, una puerta excusada en el muro de éste y con pasos cautelosos penetró en él. () Abrió con la misma llave que la primera otra puerta secreta y desapareció como si el muro le hubiese absorbido. Pedro, que, no pudiendo dormir, tanta era su agitación, había, a pesar del frío y del cansancio, bajado a pasearse en el jardín, acertó a ver al capitán cuando furtivamente se deslizaba cosido, por decirlo así, a las paredes del palacio; siguió sus movimientos sin perder uno, vio entrar por la puerta secreta que Mendoza dejó entornada y, sin detenerse, penetró en pos de él (). 10. Un agudísimo grito inarticulado hirió entonces su oídos. () Con intervalo apenas de un segundo volvió la misma voz a clamar: «¡Socorro!». Repitió Pedro con todas sus fuerzas «¡Socorro! ¡Socorro!» y, haciéndose oír sus palabras al través de los muros, comenzaron los criados todos a gritar: «¡Socorro! ¡Vecinos, socorro!». Al propio tiempo, un carruaje paró a la puerta del palacio.

## CAPÍTULO II. Capitulaciones

11. () La hija del indiano tenía a la sazón veintidós años y llevaba siete de casada; sus viajes, su permanencia en Granada y, más que todo, la pasión que su pecho abrasaba, habían hecho desaparecer por completo su timidez y, ya que no su inocencia, porque pura y cándida se conservaba siempre su alma, a lo menos su ignorancia<sup>686</sup> y, por tanto, conocía en toda su extensión lo anómalo y tiránico de los lazos que a Leoncio la encadenaban. A mayor abundamiento, por la cartera de don Ángel estaba enterada de la perversidad de éste, de la pasión violenta que había tenido la desgracia de inspirar a Mendoza y de que aquellos dos hombres, tan hábiles como perversos, conspiraban a perderla, colocándola en la forzosa alternativa de optar entre su propia deshonra o la del que al cabo por su marido pasaba y en todo caso hijo era de su propio padre. ()

A primera vista, parece que tenía Laura un medio obvio, fácil y sencillo de salir de aquel laberinto de contradicciones, sobresaltos y 12. riesgos, medio que consistía simplemente en acudir a la autoridad pública y ponerse bajo su amparo y protección, declarando con franqueza el caso en que se encontraba. Pero medítese un instante y se verá que tal remedio fuera, como vulgarmente se dice, peor que la enfermedad. En efecto, era preciso empezar declarando a su padre infractor de las leyes divinas y humanas por sus adúlteros amores con la duquesa de Montefiorito; infamar la memoria de ésta y cubrir de oprobio la existencia de su hijo; y todo en vano, porque, a los ojos de la ley, Leoncio sería siempre hijo del duque y el matrimonio celebrado en Cádiz firme y valedero por tanto. Y en lo que respecta a don Ángel y Mendoza, ¿qué peso tendrían las acusaciones de Laura fundadas simplemente en las notas de la cartera? Poco, a la verdad, mas aunque bastaran a perder a los criminales, como no los despojaban de los medios que en su poder tenían para arruinar a Leoncio, la hija del indiano, sobre desempeñar el papel, siempre odioso, de delatora, en último resultado iba a ser víctima de sus propias armas.()

Nuestra heroína se hallaba sola, enteramente sola en el mundo, porque los moradores del valle, en su concepto, no podían servirla para otra cosa más que para proporcionarle un asilo seguro en caso de un revés decisivo y, en la guerra que estaba resuelta a sostener a todo trance, había menester de un auxiliar activo y poderoso. Quién pudiera ser ése, nuestros lectores lo han adivinado sin la menor duda: Ribera y sólo Ribera. Laura le amaba y a pesar de las calumnias de Mendoza, no le creía casado; estaba, pues, resuelta a buscarle, a confiar a su honor y probidad el secreto de su vida y a pedirle su apoyo y defensa para hacerla más tolerable, ya que no feliz, puesto que unirse a él era imposible.() Tales fueron sus pensamientos desde que salió del valle y, más particularmente, las dos horas que transcurrieron entre su llegada a la corte y la de media noche.

Al sonar ésta () resolvióse Laura a recogerse a su habitación. () Allí los muebles, compañeros de su infancia, despertaron en su alma tiernos y dolorosos recuerdos. ()

13. La memoria de Valleignoto hizo desaparecer de la imaginación de su hija todas

sus ilusiones de felicidad y, en vez de ellas, se alzaba el remordimiento inextinguible de su primera, de su única culpa, ¡la desobediencia! (). Encaminose al gabinete que en vida ocupaba don Simón ()14. El retrato de éste, de cuerpo entero, muy semejante y perfectamente pintado, pendía en el lienzo principal encima de la chimenea. () Sabido es que los retratos bien hechos miran siempre, si es lícito decirlo así, al que los contempla. ¡Cómo dar cuenta de las indefinibles sensaciones que oprimían en aquel solemne instante el corazón de Laura! Aquellas almas organizadas privilegiadamente para el sentimiento; aquellas capaces de apreciar un dolor agudo y profundo, porque de él fueron víctimas, nos comprenderán sin que hablemos y, para las menos sensibles, ociosas fueran dilatadas páginas de explicaciones. Renunciamos, pues, a tal empresa y, a ejemplo del gran pintor que no se creyó capaz de expresar en el lienzo el dolor de Agamenón enviando a Ifigenia al sacrificio <sup>687</sup>, cubrimos con el velo de nuestro silencio el rostro de Laura en la ocasión presente.

Pocos segundos hacía que se hallaba en el gabinete de su padre abismada en sus reflexiones cuando, súbito, vio a su lado a un hombre desconocido y, cediendo a un movimiento de terror, harto natural en tal situación, dejó caer el candelero que en las manos tenía y lanzó un grito de dolor agudísimo; el grito que llegó a oídos de Pedro en medio de su aventurada incursión en el palacio. () Pero, si ella desconoció al intruso, éste la reconoció desde luego a ella. Mendoza iba disfrazado, como sabemos, desde Marsella (). 15. Arrebatado por la pasión y olvidando su habitual prudencia, exclamó: “No tema usted, Laura, no tema: soy un amigo, su mejor amigo de usted”. Hablar y venderse fue todo una misma cosa: la hija del indiano, conociendo la voz de su implacable enemigo y aterrada al considerar que en tinieblas y a solas se hallaba con tal hombre, gritó con todas sus fuerzas () y, en tanto, Pedro a una parte y los criados en toda la casa gritaban también desesperadamente.

Simultáneamente, llegó el coche de Leoncio a la puerta del palacio y, oyendo Montefiorito el confuso clamoreo, como lo que le faltaba no era ciertamente el valor físico, subió a la carrera y de dos en dos los escalones, ansioso de informarse de la causa de tanto estrépito, de confusión tanta. () Había Pedro acertado con el paso del piso principal y, precipitando su marcha, llegado al gabinete de don Simón: ()

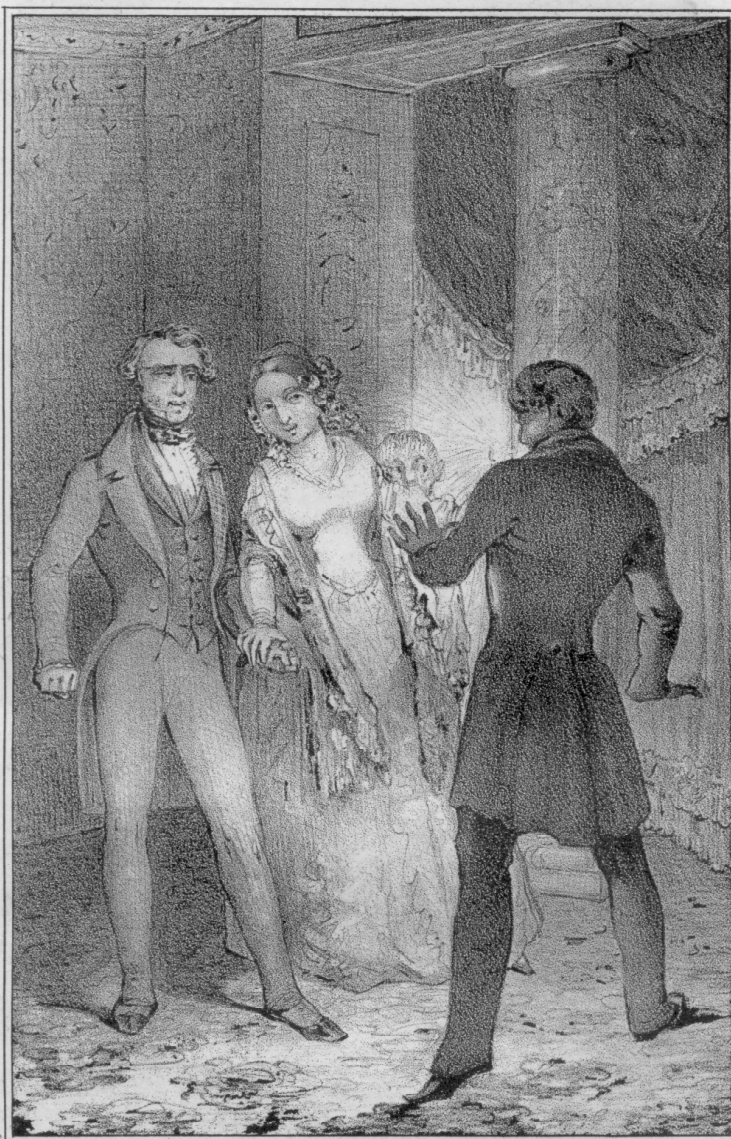
16.—¡Miserable! No me apartaré de ti sin arrancarte la máscara.

() Admiróse Laura de la entereza de su protegido. () En tanto, Leoncio y sus criados () precipitáronse con luces y armas al lugar de la escena descrita ():

—¿Qué es esto, Laura? —Exclamó Leoncio colérico— ¡Apenas después de tan larga ausencia pones el pie en la casa y ya es un mar de confusiones! ¿Quiénes son esos dos hombres? Prendedlos.

—¡Deteneos! —Contestó la hermana de Montefiorito a los criados, que se apresuraban a cumplir las órdenes de su amo— ¡Deteneos! Leoncio, si he vuelto a **mi casa**, a ruego tuyo es, no lo olvides, y con placer saldré de ella antes de mucho.

ABEJA LITERARIA.



Lit. de los Artistas.

*„Mira bien á ese hombre ¿ Le conoces ?”  
(El Patriarca del M. d. C. C.)*

¿Quiénes son esos dos hombres? Lo sabrás pronto. Retírense ustedes —Prosiguió dirigiéndose a los criados— y sepa el que trate de hacer comentarios sobre lo acaecido, que saldrá de **mi casa** y para siempre.

La viril energía, el tono de firme resolución con que esas palabras fueron pronunciadas impusieron a todos los circunstantes, incluso Leoncio y Mendoza, que ni sospechaban capaz a Laura de semejante entereza. Engañáronse grandemente juzgándola débil y era llegada la ocasión de que lo contrario viesen.

Retirado que se hubieron los criados, Laura, tomando una luz y asiendo de la mano a Montefiorito, llevole cerca de Mendoza ().

—¡Cielos, Mendoza! ¡Con que no ha muerto!

—No, Montefiorito, no ha muerto —Dijo con amargo acento el revolucionario—; el amigo a quien vendiste traidoramente vive aún y puedes si gustas denunciarle ahora a la policía española, como en su tiempo hiciste a la francesa.

17. Mientras así hablaba Mendoza, Laura, dejando la luz sobre la mesa, sentose cerca de ella en un sillón y volvió a decir:

—En efecto, Leoncio, ese hombre que con razón sobrada te acusa de haberle vendido, es tu amigo Mendoza, el que te auxilió para seducir a una niña inocente; el que te dio consejos para hacerme parricida sin culpa mía, el que te ha hecho esposo de tu hermana.

—Laura —Exclamó dolorosamente Leoncio— ¡Laura, en presencia de un extraño! —Y señalaba a Pedro, que, sin variar de postura, oía con muestras de asombro tan singular diálogo.

—Ese niño, —Contestó Laura— es mi hijo de adopción, ¿lo entiendes, Leoncio? Mi hijo de adopción, un escudo que la Providencia divina me ha deparado y quiero que sea testigo de esta conversación solemne.

Mendoza fijó entonces un instante sus ojos en Pedro, mas apartolos súbitamente, poniéndose pálido como un espectro. Laura prosiguió diciendo:

—Sí, Leoncio, vive tu amigo, cuyo único afán en este mundo es seducir y deshonrar a tu hermana, y para conseguirlo cuenta con tu apoyo () y lo tendrá, porque tú has sido traidor tantas veces como a tus intereses convino y las pruebas de tu traición ese hombre las tiene. Otro, quizá, tendría valor para entregarle su cabeza al verdugo antes que la honra de su hermana a un pérfido; pero tú, Leoncio, tú no tienes un alma de ese temple. Sucumbirás, lo sé; y es inútil que te empeñes en negarlo; me venderás cuando lo creas necesario o conveniente.

Interrumpió Laura su discurso al llegar a ese punto. Leoncio, de pie ante ella, la escuchaba como el criminal cobarde al juez impasible que le refiere sus más ocultos crímenes; Mendoza al oírla, tan entera y valerosa, apreciar a cada cual en lo que valía, sondear sin temor el abismo a sus pies abierto y formarse tan clara idea de su lastimosa posición, sentíase cada vez más enamorado, cada vez más resuelto a conquis-

tarla; Pedro, en fin, aunque sin comprender enteramente el sentido de muchas palabras, mucho menos los misterios de tan intrincado laberinto de sucesos y pasiones, adivinando, por decirlo así, que aquellos dos hombres eran enemigos de su protectora, jurábales odio eterno en su corazón. ()

—Si he salido, pues, de mi retirollamada por ti, no presumas, Leoncio, que sea con ánimo de resignarme como hasta aquí al triste papel de víctima inerme. No, ese tiempo acabó para siempre. Señores, sépanlo ustedes ambos: si sucumbo, será luchando y no sucumbiré sola. Capitán Mendoza, usted no puede estar en España y su disfraz me lo prueba; usted no puede estar en España más que ocultando su nombre y conspirando, además. Si yo tiro de esta campanilla mis criados vienen, prenden a usted...

18. —Y se pierde Leoncio —Dijo apresuradamente don Pedro.

—Lo sé —Replicó Laura— mas usted parece al mismo tiempo. Yo tengo además algún medio de precipitar su ruina de usted, cuando me convenga: medio de que solamente haré uso en el último extremo; pero medio seguro, capitán Mendoza, segurísimo. Mas concluyamos: usted saldrá de esta casa, yo le prometo que Leoncio guardará su secreto, pero, en cambio, júreme usted que respetará la persona de mi hermano. A pesar de todo, creo que es usted un hombre de honra en ciertas cosas y que no faltará a su palabra, si la empeña.

—Gracias, Laura, gracias. —Exclamó el capitán ()— Estoy () pronto a consentir en lo que usted desea. () En cuanto a Leoncio, exijo que nunca se preste a ser instrumento de la tiranía de los reyes más que en la apariencia; que me dé noticia de cuanto a los defensores de la libertad interesar pueda, que no revele a ninguno mis secretos y que contribuya con sus riquezas al triunfo de la santa causa. Si tal hace, nada tiene que temer; de no, pronto me vengará el verdugo. () <sup>688</sup>

19. —Concluido está el pacto. Maldición y venganza sobre el que lo infrinja.

—Concluido —Exclamó Pedro—. () Pero yo, que nada he pactado, tengo que decir () que juro por Dios Uno y Trino y por el santo patriarca del valle, que la vida de este filisteo me responde de la vuestra. Goliat era gigante y David, como yo, niño y pastor; Dios prestará fuerza a mi brazo para proteger la inocencia.

¿Por qué Mendoza, a quien ningún hombre en el mundo hubiera dicho impunemente tales palabras, escuchó aterrado las voces de aquel niño? La naturaleza tiene secretos inescrutables y el poder que ciertos seres ejercen sobre otros es uno de ellos.

En fin, las capitulaciones quedaron asentadas como escrito dejamos; el capitán salió del palacio y los moradores de éste recogieron a descansar lo que de la noche quedaba, que no era en verdad mucho.

### CAPÍTULO III. Un escándalo

Ocho días después () y como a las dos de la tarde, () había gran número de gentes, más o menos elegantes, reunidas en el salón del Prado con pretexto de pasearse y en realidad de verse unas a otras, exceptuando por regla general a madres y maridos, que allá fueron, como van hoy y como irán siempre, para cubrir, como pabellones reconocidos, sus respectivas mercancías.

Todavía entonces el traje español no había desaparecido completamente en la capital y, entre no pocos vestidos de tela y corte francés, veíanse airosas basquiñas de alepín con caireles de coral, azabache o abalorio; la mantilla era el tocado dominante y el abanico, graciosamente manejado, el telégrafo cuyo continuo movimiento deslumbraba los ojos. Mucho respetamos la suprema ley de la moda, más el buen gusto de nuestras lindas compatriotas pero, con todo eso, no podemos menos de deplorar sinceramente que, en vez de lucir sus graciosos cabellos y el donaire que para manejar la mantilla les ha dado el cielo, se encajonan en los sombreros de cartón y telas inventados para climas australes y para mujeres de menos airosos movimientos <sup>689</sup>. Sí, lo deploramos, y no menos que, teniendo lindos pies, los oculten bajo 20. faldas fabulosamente prolongadas, sólo por imitar a las que calzan muchos puntos de más, allende el Pirineo. () <sup>690</sup>

En cambio, los hombres vestían no sabemos en realidad cómo: fuera de la capa, que aún no había sido por el gabán, alias *paletot* <sup>691</sup>, destronada, inútil fuera entonces como ahora buscar una sola prenda española en el traje masculino. Levitas y fraques eran a manera de corazas de paño rehenchidas de estopas, lienzos, que no dejaban moverse con libertad en ningún caso al infeliz que por ellas pagó su dinero <sup>692</sup>; chalecos y corbatas traídas de Francia, los sombreros igualmente franceses. Esto en cuanto a los paisanos que, por lo que respecta a los militares, entonces por obligación siempre de uniforme vestidos <sup>693</sup>, aunque con lujo y elegancia en realidad, también tenían el inconveniente de que la hechura y esencia de sus trajes estaban tomadas del ejército francés, imitador a su vez de los del norte de Europa. ()

Sin embargo, el aspecto en conjunto de aquella reunión era delicioso (). La flor de la elegancia y buen tono () se imponía el suplicio de pasear por el angosto trecho que a la sazón quedaba libre entre los asientos y el lindero del paseo de los coches. Tan santa costumbre se ha prolongado hasta nuestros días, mal que les pese a los que intentaron abolirla de 1840 a 1843. Todavía, teniendo un salón inmenso, cómodo, nos hacíamos en el privilegiado París y ahora, como entonces, sería inútil buscar a una persona de cierta importancia social fuera de aquel aristocrático recinto, donde se cruzaban y cruzan las ojeadas, se cambian los billetes, no faltan los apretones de mano (sobre todo los días de entrada llena) y se dan y reciben codazos, pisadas y empellones sin cuento.



Ahora, merced a la invención de los carruajes que apenas se levantan media vara del suelo, los peones de París y los ricos del paseo de los coches, van casi al mismo nivel; mas en 1830 la igualdad no había hecho tantos progresos y la moda en punto a carruajes era precisamente la contraria de la actual, por manera que los privilegiados nos miraban a los de infantería muy de alto a bajo y nosotros a ellos en aérea perspectiva <sup>694</sup>. Con todo eso, había, lo mismo que hoy, telégrafos de los coches al paseo y del paseo a los coches; porque las formas varían en ciertas materias sin que la esencia de las cosas se altere.

En resumen, la gran diferencia entre el Prado de entonces y el 21. de ahora consiste en que a los oficiales de la Guardia han reemplazado los bolsistas y los diputados; y en que no sólo la política ha sustituido en gran parte a la galantería, sino además en que ésta tiene cierto aire mercantil de que entonces carecía absolutamente. En 1845, por ejemplo, los que más ojean y más ojeadas reciben son los generales; en 1830 eran, por el contrario, los subalternos; ahora el más rico es el que figura, entonces era el más galán; el dote es hoy parte integrante de los atractivos de una doncella, allá en aquellos tiempos bastábale ser hermosa. Todo lo que hablamos actualmente de elecciones o de fondos <sup>695</sup>, se hablaba hace años de amoríos y de conquistas; en vez de artículos de periódico se escribían billetes galantes; los juicios de conciliación celebrábanse espada en mano fuera de puertas. Eran las gentes menos enciclopédicas y más corteses que lo son en el día; ciertamente no teníamos tantos grandes hombres como ahora, pero había en compensación muchos más hombres amables.

No decimos que lo pasado valiera más que lo presente; tampoco afirmamos lo contrario; limitámonos a consignar lo que nos parece cierto y a juicio del lector discreto dejemos las consecuencias. Lo que a nosotros nos parecía ya que no absolutamente necesario, a lo menos sí conveniente, era dar idea del Prado en 1830 y, habiéndolo hecho lo menos mal que podemos, vamos a proseguir con nuestra historia: Pasados, pues, ocho días de la escena del capítulo anterior y siendo las dos de la tarde, estaba el paseo sumamente concurrido de gentes a pie, a caballo y en coche, y entre las últimas, figuraba la marquesa de Sotoverde, elegantemente ataviada y con aire voluptuoso reclinada en el fondo de su carruaje, que era un landó <sup>696</sup> abienno de color azul de Prusia, con filetes dorados y forro interior de seda blanca con adornos y pasamanos lila. ()

Andaba en tanto el barón de Peñahonda entre los de a caballo, siempre por el lindero mismo de entrambos paseos, y muchas veces con riesgo de que le atropellaran los carruajes, sólo por alcanzar una mirada de su dama infiel: mas ella, o en realidad no le vio, o verle no quiso ().

Así las cosas, apareció por la calle de Alcalá () una carretela inglesa <sup>697</sup> con perfección rara charolada de negro, de acero brillan- 22. te los muelles y de raso color de fuego, con los pasamanos de oro el forro. Tiraban de ella dos yeguas de nueve a diez dedos de alzada. La capa flor de lino, los remos sutiles, vigorosos y ágiles; el pecho

ancho y bien configurado; el cuarto trasero poderoso; el cuello largo, la cabeza amartillada, los vientos excelentes. Las guarniciones, también negras, eran de charol negro, el herraje de acero como los muelles. Cochero y lacayo vestían calzón corto de terciopelo encarnado; botín y chupa de paño blanco, librea de azul oscuro con galón de estambre blasonado y botón de metal blanco. Los sombreros, redondos, con galón de plata. Todo era nuevo, flamante, aquel día se estrenaba; todo llamó la atención al aparecer, mas de todo se olvidó muy en breve el público para admirar la belleza de Laura de Valleignoto, que ella era la que, con su marido, ocupaba el carruaje ().

El barón de Peñahonda no sabía lo que le pasaba (): al ver a su rival y compañero de desgracia dueño de tan prodigiosa belleza, debía creer y creyó en efecto que él solo era el infeliz sin compensación alguna. También Matilde admiró los encantos de la hija del indiano y en tanto los estimó desde luego, que de buena gana quisiera que su amante no llegara a ver nunca a mujer tan seductora. () Sus votos fueron inútiles: el coronel Ribera, () temiendo, si llegaba tarde a la cita, que Matilde le favoreciese con una escena lacrimosa de las que acostumbraba, acudía a ella al gran galope, precisamente cuando la marquesa rogaba al cielo que evitase su llegada. En aquel tiempo, un piquete de caballería que se situaba a un costado de la subida al Retiro, destacaba centinelas al paseo de los coches para que mantuviesen a éstos siempre formados en una sola hilera, a fin de que sin confusión ni accidentes peligrosos diesen la vuelta de derecha a izquierda mirando desde el Neptuno a la Cibeles y, de esa manera, las posiciones relativas eran invariables. Los jinetes paseaban en medio, con libertad completa en todos sus movimientos. Cuando Ribera llegó al Prado, el landó de la marquesa pasaba por delante del piquete, bajando desde Neptuno, y una docena de carruajes lo separaban de la carretela de Laura. Matilde llamó al coronel, que hubo de colocarse al estribo, y tal y tan obstinada con- 23. versación supo darle, que en la primera vuelta logró estorbar que viese a la hermosa mejicana. ()

Laura, al contemplar semejante espectáculo, sintió su corazón herido de muerte (). La ocasión, el ejemplo, cierto ensanche que el estado de la civilización concede a los hombres, las circunstancias, en fin, explicaban y aun disculpaban sus relaciones con la marquesa; pero Laura, celosa, no podía raciocinar a sangre fría como nosotros lo hacemos; Laura, pues, dada su posición, infería, con fundamento de lo que sus ojos miraban, que sus ilusiones con respecto a don Luis para siempre habían desaparecido. ()

Dijimos que en toda una vuelta de los coches logró la marquesa que Ribera no viese a Laura. Al concluirla, dijo Matilde a su amante:

—Vámonos, Luis.

—¿Qué dirán las gentes? —Replicó éste— Demos aún otro par de vueltas. Luego yo me iré y a la siguiente...

—Pero tú primero.

—¡Como siempre!

Y sin esperar respuesta saludó Ribera y separose del carruaje de su dama, quedándose ella realmente como en ascuas. Y no la engaña 24. ron sus presentimientos: a pocos momentos, el coronel vio a su ídolo, al constante objeto de su adoración, con tanto asombro como delicia () y, volviendo el caballo, con pretexto de informarse de la salud de Montefiorito, acercose inmediatamente a la carretela. Leoncio le recibió disimulando lo mejor que pudo su disgusto pero Laura, en vez de responder a su cortés saludo, le bajó apenas la cabeza y volviola en el acto a la parte opuesta. Tal recibimiento precipitó al coronel desde el empíreo de sus ilusiones hasta el abismo de la desesperación; instintivamente, comprendió el origen del desprecio con que le trataba y, jurando romper con Matilde, apartose de los dos hermanos lleno de ira, dominado por el despecho. () Leoncio dijo a su hermana:

—Laura, de ese hombre he recibido una estocada que me ha puesto en peligro de muerte.

—Sí, —Replicó Laura señalando el landó de Matilde— ¿y por aquella mujer, sin duda?

Montefiorito bajó al cabeza en señal de asentimiento y ella, después de una breve pausa, añadió:

—Salgamos de esta procesión, estoy ya cansada de llevar siempre el mismo coche delante.

—Al paseo de Atocha —Dijo Leoncio a su cochero.

() Ribera, () sin hacerse cargo de la imprudencia de su conducta, salió al trote largo en seguimiento de su amada.

A la sazón, el landó de Matilde, quien todo lo observaba, distaba aún bastante de la extremidad del paseo, no siéndole posible, por consiguiente, romper la hilera y seguir al fugitivo. () 25. Su semblante se descompuso, sus ojos brotaban llamas (). Estaba ya el carruaje en franquía y Matilde, a voces, dijo a su cochero: «A escape a Atocha y sigue por todas partes al coronel Ribera». () Peñahonda y hasta media docena más de jinetes, gente alegre y regocijada, que habían oído los gritos de la celosa dama, siguieron el mismo rumbo aunque a paso algo más moderado.

Mientras tanto, la carretela rodaba pacíficamente hacia el convento que es hoy Cuartel de Inválidos <sup>698</sup>; en su seguimiento iba el enamorado coronel, sin acordarse de otra cosa en el mundo más que de Laura. Habíalo ella observado y su amor propio se complacía en ello, porque las mujeres tienen en la materia un tacto que jamás las engaña y estaba, por consiguiente, a su entender demostrado, que verla y prescindir de su rival fue para Ribera una misma cosa. A Leoncio tampoco le pesaba de aquel incidente; si de su hermana podía tener celos, eran de orgullo, no de amor; y que don Luis atormentase a la marquesa parecíale, por una parte, como compensación de las penas que ella le causara y, por otra, no mal camino para reconquistarla algún día. En tal estado, Laura mandó al cochero que acortase el paso y Leoncio resolvió no darse

por entendido de lo que pasaba permaneciendo, por de pronto, neutral en la batalla ya trabada entre su querida y su hermana. Ribera, trotando siempre, tardó poco en alcanzar la carretela y Leoncio, tanto por no aparecer resentido a consecuencia de su mala fortuna en el duelo, cuanto por consideraciones de otra especie, creyó oportuno dirigirle el primero la palabra:

—Hola, —Le dijo— usted también se ha venido huyendo de aquella confusión.

—Sí, amigo —Contestó el coronel—, y para informarme de la salud de esta señora: antes cometí el aturdimiento de no hacerlo...

—Laura, el señor te pregunta por tu salud.

—Buena, gracias —Replicó la hermosa pero, aunque lacónica en palabras, acompañolas con una sonrisa que decía ella sola más que pudiera un libro.

Animado con tan propicio e inesperado cambio, pasó Ribera desde el costado izquierdo al derecho del carruaje y, entablado la conversación sobre París, tuvo en fin la satisfacción de contemplar a su sabor a la que idolatraba. 26. () Al emparejar con ellos la marquesa, dirigiéndose altaneramente al cochero de Leoncio, le dijo: «Para» y repitió al suyo la misma orden, que ambos obedecieron en el acto. Entonces, prescindiendo ya de toda humana consideración, exclamó encarándose con Ribera, que, en medio de ambos carruajes, estaba hecho una estatua: «Luis, ¿me quiere usted hacer el favor de venirse conmigo, si esa señora lo permite?».

—Anda —Gritó Laura—, anda y a galope.

La carretela partió, en efecto. La marquesa prosiguió triunfante: «En fin, me cede el campo. Vente conmigo».

—Ni ahora, ni nunca —Contestó Ribera—. Mujer que da tal escándalo es indigna de que yo la mire a la cara.

Y diciendo así, alejose a escape del landó.

—Ribera —Gritaba la marquesa—, ¡Ribera!

Pero el ingrato ya no podía oírla y, en cambio, presenciaban su vergonzosa derrota el barón de Peñahonda y los que le habían acompañado.

—¡Qué escándalo, señora! —La dijo acercándose a ella el barón—. Modérese usted o va ser la fábula del pueblo.

—¿Y qué me importa a mí, qué le importa a usted el escándalo? Corra usted y alcance a Ribera; si lo trae, si consigue que se apar- 27. te de esa mujer, me siento capaz hasta de ser su amiga de usted. ()

—¿De veras, Matilde? () Retírese ahora a su casa, que yo me encargo de todo.

#### CAPÍTULO IV. Dios los cría y ellos se juntan

Al salir de casa de Leoncio la noche de su encuentro inesperado con Laura, comenzó Mendoza a meditar en la nueva posición en que relativamente a ella le colocaban los acontecimientos. () Su ánimo al dirigirse a la casa palacio de Valleignoto había sido sorprender a Leoncio, arrancarle la misma promesa que por distinto camino obtuvo de él y forzarle a ponerse enteramente a su disposición, en una palabra. (). Salió de su posada a las seis de la mañana con ánimo de dirigirse inmediatamente a la del coronel Ribera; nosotros le dejaremos andar por su camino para decir alguna cosa de nuestro buen don Ángel, a quien largo tiempo hace tenemos como olvidado.

Aquel hombre de bien, aunque comensal de Leoncio, vivía con absoluta independencia y, además de un cuarto en la casa-palacio, tenía otra guarida especial en cierta casa del mismo barrio de Afligidos, casi ruinosa y compuesta de un solo y reducido piso. El pretexto era tener un corral de gallinas, género de aves a que se decía don Ángel muy aficionado y lo era en efecto cuando se las presentaban en la mesa; pero, por lo demás, cuidábase muy poco de la docena y media o dos docenas que se criaban en el patio interior de su albergue, donde era reina y señora una vieja setentona, sorda como una tapia, hedionda como una harpía y mal intencionada más que un mico. Debíale algunos servicios de no muy santa especie el confidente de Mendoza y, necesitando una persona que poner al frente de su «establecimiento», como él llamaba a su corral, escogiola tanto por lo que no oía, cuanto porque no pidiéndola que tomase parte en alguna acción buena, podía contarse con ella para todo lo demás. Al “establecimiento” pues, se fue a pasar la noche destinada por el capitán a su expedición al palacio () y antes 29. del alba estaba ya en pie, cepillando su raída levita, cuando entró la vieja a traerle el chocolate: ()

—Si no quiere usted algo, me voy a misa (). Siempre saco alguna limosnilla.

—¿Para qué diablos quiere usted la limosna, vieja maldita? ¿No tiene usted aquí cuanto desea?

—¡Pues, lo que deseo! Hace veinte años, vamos, me trataba usted de otro modo. ¿Se acuerda usted cuando la Tomasa? () Pues, la Tomasa, aquella chica tan linda y tan gazmoña, de quien se enamoró el coronel francés. () ¡Y qué bien la engañábamos con lo del casamiento! ¡Vaya! ¡Estaba usted de cura que no había más que pedir!

Metiose don Ángel la mano en el bolsillo, sacó media onza de oro y, dándosela a la sorda, dijo: «Váyase usted a oír misa y ruegue a Dios que le acorte la memoria». () Con esto marchose y respiró don Ángel, que gustaba poco de la compañía de los contadísimos mortales que le conocían a fondo, exceptuando sólo a Mendoza y aun a ése porque, realmente, no tenía cabal idea de toda la perversidad que se encerraba en el alma de su amigo. El lance a que aludía la vieja databa del tiempo de la invasión francesa. Don Ángel era ya entonces doble espía. Un coronel francés casado en su país,

habiéndose enamorado en España de una linda joven hija de la viuda de un artesano pobre y honrado y no pudiendo triunfar de su virtud, propúsola un matrimonio secreto que ella tuvo la disculpable debilidad de aceptar. La vieja, cuyo oficio en aquel tiempo no llamaremos aquí por su nombre a pesar de lo importante y honrado que era en concepto del *ingenioso hidalgo*<sup>699</sup>, prestó su casa y buscó testigos y, además, un hombre que hiciese el papel de sacerdote; el sacrílego fue don Ángel y desde entonces no se vio libre nunca de las exacciones y persecución de su infame cómplice, que, a sus demás vicios, unía el de una avaricia insaciable.

Este último aquejaba también a don Ángel: la pasión de atesorar era el móvil de todas sus acciones, después del orgullo especial que antes de ahora hemos tenido ocasión de explicar, y no nos atrevemos a resolver qué sentía más hondamente, si decir alguna vez la verdad o soltar una moneda del bolsillo. Considérese, pues, cuál sería el suplicio que la vieja le imponía sonsacándole con harta frecuencia las monedas de oro, único específico capaz de imponerle silencio cuando sobre el negocio importante tomaba la palabra, que era siempre que a solas con él se hallaba. Mendoza en tal situación saliera pronto de la vieja; don Ángel miraba el asesinato como un recurso siempre peligroso, que no debía emplearse más que en casos extremos, y prefería el sacrificio de su dinero al riesgo de su vida, porque las manchas de sangre, decía, casi nunca se lavan bien. A mayor abundamiento, constábale que la vieja no gastaba un maravedí y, llevándose a su establecimiento, esperaba, cuando ella muriese, como no podía tardar en hacerlo, recobrar en un día todo lo que en años le había dado. ()

Marchose, según dijimos, la sorda y su cómplice se quedó a solas rumiando su enojo y buscando un medio de vengarse que no tardó en ocurrírsele cual lo deseaba. Formado el plan en pocos minutos y resuelto a llevarlo a cabo, primero registró su propia estancia sin resultado, luego la cocina, la carbonera, las cenizas del hogar, la alcoba de la vieja, su jergón, cabezal y manta; golpeó pavimento y paredes para ver si descubría algún escondite o hueco (). Era casi infalible que el escondite había de estar dentro del establecimiento. Y era así la verdad: en el gallinero, debajo del nido en que ponían las gallinas, envuelto en tierra, paja y estiércol, un saco de arpillera contenía unos mil duros en onzas, medias onzas y doblones de a cuatro, suma de que don Ángel se apoderó sin escrúpulo alguno, ya porque él no era delicado de conciencia, ya porque, en realidad, todo aquel dinero de su bolsillo había salido. ()

Su camino fue en derechura a casa de Mendoza, pero habíase entretenido más que pensó en la pesquisa del tesoro de la vieja, y ya el capitán hacía más de una hora que saliera dejándole un billete y en él escritas en cifra estas palabras: 31. «Voy a buscar a Ribera, quien me conducirá a la embajada de Inglaterra; una vez en ella, estoy seguro; y conviene a mis planes que la policía sepa que él es quien allí me ha llevado. Laura está en casa de su marido desde anoche: la he visto y a él también. No se dé usted por entendido y veámonos hoy a prima noche».

() Don Ángel, que tenía muy en la memoria el ahogúo que en Granada le hizo pasar el amante de Laura, vio el cielo abierto cuando leyó el billete y, sin perder tiempo, fuese en busca de uno de los pocos agentes secretos de la policía con quien se dignaba entenderse (). Por de pronto, el agente destacó a otros sus subalternos para que cercasen la casa del coronel y espieran la embajada y, en seguida, fuese a dar cuenta de todo a su inmediato jefe, quien, a su vez, lo hizo al superintendente general. Asombrado aquel alto funcionario de que un jefe de la guarnición de Madrid, y un jefe que gozaba del más alto concepto, tomase cartas en semejante negocio, suspendió toda resolución () y felicitose de haber obrado así cuando, a las tres de la tarde de aquel mismo día, recibió noticias de que el coronel no había salido de su casa hasta las once, y solo, encaminándose entonces al cuartel que ocupaba su regimiento. En cuanto al italiano Leone di Romagna, constaba que al anochecer del día anterior sacó su equipaje de la casa de huéspedes en que habitaba, llevándolo a la diligencia de Francia, en la cual tenía tomado un asiento que ocupó a las siete de la mañana de aquel mismo día. De tales datos oficiales y fehacientes, resultaba con evidencia que la delación era falsa a todas luces. () 32. Quiso remontarse al origen de la delación y con sorpresa suya, sin creerlo casi, llegó a saber que su autor era don Ángel, quien hasta entonces nunca diera golpe en vago. ()

Conviene que enteremos al lector de los sucesos de Mendoza, a quien dejamos muy de madrugada en camino para la posada de Ribera. Éste, desde la noche anterior, se había ocupado incesantemente en combinar el plan conveniente para corresponder a la confianza que de él hizo el capitán proscrito, con quien en el teatro mismo convino en que tomara y pagase su asiento en la diligencia y a ella mandara su equipaje, como si en efecto fuera a emprender la marcha para Francia. Seguidamente, nuestro buen coronel convino con el ministro de Inglaterra en que Mendoza saliera de Madrid en la diligencia, que al llegar a Buitrago fingiese un cólico para quedarse en la posada y que de allí regresara a la corte, incorporándose al correo de gabinete que, procedente de París, había de pasar por Buitrago mismo, cuarenta y ocho horas después, para la capital de España. Una orden del ministro inglés aseguraba al capitán la aquiescencia del correo a sus deseos y, de esta manera, la policía, perdiendo la pista de su víctima, no podía molestarle de nuevo, como ni <sup>700</sup> tampoco a sus favorecedores. Mendoza, que ignoraba aquel plan, escribió a don Ángel la carta que dejamos copiada ().

En tanto, don Ángel, que sin cesar rodaba en torno de los dos 33. puntos bloqueados, viendo salir solo al coronel, siguió los pasos (). Figúrese desde luego que Ribera, vendiendo a Mendoza en vez de protegerle, habríale entregado a la policía (). Mas no era sólo Ribera el blanco de las iras de don Ángel: el capitán había visto la noche anterior a Leoncio y a Laura. ¿No era muy posible que él o ella, si no ambos, fuesen sus delatores? () Conviene recordar que Mendoza, durante el tiempo en que apareció como agente de la policía (), dijo constantemente que gran parte de los supuestos papeles de la conjuración italiana debían hallarse en poder de Laura de Valleignoto. () El ánimo,

pues, de nuestro agente era renovar la denuncia de Mendoza contra Laura para provocar su prisión (). En el intervalo, el jefe de la policía salió de su oficina dejando prevenido a su secretario cuanto hacer debía, en caso de presentarse nuestro benévolo amigo; 34. a quien, en efecto, apenas puso el pie en la superintendencia, amarraron codo con codo dos agentes y en un coche, de antemano preparado, le condujeron hasta la Cárcel de Corte, donde provisionalmente le encerraron en un solitario calabozo. () Causa de su prisión fue la vieja Catalina, que, no dudando ni un solo instante de que fuese su cómplice quien le había despojado de su tesoro, resolvió, como a los vecinos se lo dijo, vengarse sangrientamente de tamaña injuria. () Al presentarse al superintendente de policía <sup>701</sup>, como lo hizo después de haber buscado en vano a don Ángel, halló al magistrado harto propicio a sus votos, porque acababa de recibir en el acto una orden del ministro mandándole prender al italiano don Leone di Romagna, secuestrar sus papeles y remitirlos inmediatamente a la primera secretaría de Estado y del Despacho. Érale imposible cumplir tal orden, pues ya el italiano había salido de la corte y ocurriósele que acaso don Ángel, para favorecer mejor la fuga de aquél, llamó con su falsa delación la atención de los agentes sobre el coronel Ribera y la embajada inglesa, que por entonces aparecían sin culpa en el negocio.

Para explicar que así se sospechara de persona tan acreditada en la policía como don Ángel diremos, en primer lugar, que la desconfianza era la base de todas las operaciones y pensamientos de los polizontes en la época a que nos referimos y aun que no puede menos de serlo en todo tiempo; porque la tal institución no es otra cosa más que el resultado y consecuencia de los recelos que a la sociedad, representada por el Gobierno, inspira cierto número de sus individuos; y, en segundo lugar, que la vieja, además de acusar de robo a don Ángel, afirmó que éste se hallaba en relaciones con los enemigos del Gobierno. Preguntada entonces por el superintendente si había visto alguna vez en compañía de su amo a un hombre de las señas del italiano, aunque el hecho era falso, creyendo hacerle así más daño, respondió afirmativamente, y ya con esta declaración juzgó el alto funcionario tener datos bastantes para ordenar la prisión de don Ángel (). Al mismo tiempo, dispuso que también Catalina fuese conducida a la Cárcel de Corte y puesta en severa incomunicación. ()

La orden dada por el Ministerio para prender a don Leone di Romagna procedía de comunicaciones recibidas de Francia, en las cuales se designaba a aquél como corresponsal en España de los carbonarios de allende el Pirineo y, constandingo que a Bayona se dirigía el tal sujeto, no creyó oportuno el ministro llamar la atención del público despachando un extraordinario para que en el camino se le prendiese. Contentose, pues, con avisar al Gabinete de las Tullerías de todo lo ocurrido y, merced a esta circunstancia, pudo por una parte realizarse el plan de Ribera y del ministro inglés y, por otra, tuvieron algunos días de reposo y tranquilidad los hijos de Valleignoto. ()



## CAPÍTULO V. Nueva emigración

La calma engañosa de que Leoncio y Laura disfrutaron durante una semana fue turbada por los incidentes de su primera aparición en público (). Montefiorito, pensando siempre en que a los ojos del público Laura era su esposa, creíase obligado a tener celos y teníalos en efecto, si bien comprimidos y disimulados a la sazón por causas de circunstancia. 36. () En abstracto, seguros estamos de que no habrá muchos que de su parte se pongan y, sin embargo, en la práctica, tenemos la triste persuasión de que la mayor parte de los hombres obrarían ni más ni menos lo mismo que Leoncio.

Matilde, por su parte, () se consideró vencida. Sin embargo, Ribera había interesado su corazón: aquella alma noble y generosa, iluminando con el resplandor de sus admirables dotes las tinieblas del entendimiento de la marquesa, hízola ver la hediondez de la sentina de vicios en que hasta conocerle vivió; y, ya tarde, convencerse de que entre la galantería y el amor mediaba inconmensurable distancia. Adquirir esta convicción a los cuarenta años, es decir, en el momento de despedirse para siempre de todos sus atractivos, volver atrás la vista y contemplar una vida de disipación y escándalo, mirar el porvenir y hallarle preñado de desengaños y soledad, tal era la situación de aquella mujer que, como tantas otras, en vez de embalsamar con el aroma de sus juveniles años la vida de un hombre honrado y asegurarse para la vejez un amigo, prodigan sus encantos, mancillan su fama y labran con mentidas rosas el lecho de abrojos donde, agobiadas por los remordimientos propios o el desprecio público, han de exhalar el último suspiro. ¡Triste, en verdad, aunque merecida condición, cuya idea más de una vez nos ha hecho horripilarnos encontrando en la sociedad, coronada de flores, a una u otra hermosura, de las que el mundo ensalza jóvenes para denostarlas viejas! (). 37.

Hay una diferencia mucho mayor de la que generalmente se imagina entre el pícaro civilizado y el criminal por pasión de nuestra sociedad moderna. El primero es el cazador de oficio que tiende lazos infames, que abusa de los sentimientos para perder a sus semejantes; el otro, el bandido que en el camino real combate a pecho descubierto contra las leyes. Aquel retrocede ante el homicidio directo; éste ante una baja: rara vez se entienden y nunca se asemejan. Tal era el caso entre el barón y la marquesa: él odiaba a Ribera y a Leoncio, y quisiera perderlos al uno por mano del otro; ella, 38. amando al coronel, sentíase sin embargo capaz de clavar un puñal en su corazón y al mismo tiempo rehusara cualquier combinación rastrera de las propias de su cómplice. La pasión había acabado de envilecer al palaciego, mientras que, por el contrario, ennoblecido hasta cierto punto a la cortesana. ()

Hablemos nosotros ahora de nuestros demás personajes: Teniendo el ministro de Inglaterra que enviar un correo extraordinario con pliegos a París y deseando, como era natural, evitar los compromisos en que había de verse una vez descubierto que a Mendoza ocultaba, con formas de la más exquisita urbanidad pero al mismo tiempo con

firmeza, intimó al capitán revolucionario la orden de prepararse a partir sin demora. El perseguidor de Laura hubo, pues, de resignarse a salir de Madrid, donde por otra parte se hallaba, por decirlo así, con las manos atadas, por falta de su cómplice y confidente ().

Entre tanto, don Ángel, a fuerza de preguntas y gratificaciones a los llaveros de la cárcel, únicas personas a quienes veía, consiguió primero saber que al mismo tiempo que a él se había preso a la vieja del establecimiento y después que cierta noche le permitieran hablarla a solas en su calabozo. () 39. La noche siguiente a la de su visita al calabozo de Catalina, ésta, fingiendo un accidente de gravedad y sometiéndose al tratamiento del facultativo de la prisión, pidió con grandes instancias un confesor, gracia que sin dificultad le fue concedida, enviándole un capellán de misa y olla, hombre de tan buena fe como cortos alcances. El tal, después de haber oído a la fingida penitente, apresurose a buscar al superintendente de policía, en compañía de quien tardó poco en presentarse de nuevo en la cárcel y penetrar en la mansión de la vieja, que continuaba quejándose y sollozando amargamente:

—() Se trata de una conjuración () contra la persona del rey. () No diré una palabra sola, sin la promesa de que al momento se me ha de poner en libertad. () Pues señor, el martes por la tarde, ya al oscurecer, se presentó en mi casa un hombre alto, enjuto de carnes, pelo negro, patilla corrida... () el mismo de quien usted me preguntó si le había visto con don Ángel. () Se presentó en mi casa con otro que iba embozado en una capa. () 40. Señor, aquellos hombres, confiando en mi sordera, hablaban con toda libertad; ignoraban que yo por el movimiento de los labios entiendo lo que cualquiera dice. () El de las patillas decía que sin apoderarse de don Ángel nada podía conseguirse; que él era quien más de cerca los perseguía, que los hermanos, sí, los hermanos dijo, estaban aterrados, porque don Ángel les descubría siempre todos sus planes, y que mientras aquel hombre viviese no se podía dar el golpe contra palacio; el de la capa vino a decir también lo mismo, y que *aunque él tenía entrada franca en Palacio, por la llave, y contaba con el coronel*, también le atemorizaba don Ángel. En esto habían penetrado dentro de casa y cerrado la puerta: yo, muerta de miedo, ni a respirar me atrevía. Me ofrecieron mil duros si al día siguiente acusaba de robo a don Ángel para que, prendiéndole, decían, la policía se privase ella misma de su mejor agente. Resistíme y amenazáronme con matarme a puñaladas.

() A consecuencia de tan hábil conducta, trocáronse los papeles: el preso se convirtió en acusador y el jefe de la policía hubo de resignarse al papel de acusado; mas, por último, pusieronse entrambos de acuerdo y entrambos también quedaron satisfechos. ()

41.—Pero la conjuración, interrumpió el superintendente, la conjuración es lo que nos importa descubrir.

—La doy por deshecha —Replicó don Ángel—, con la desaparición de don Leone; sin embargo, bueno será que estemos a la mira.

—¿No sería mejor prender esta noche misma a Montefiorito y a su mujer?

—() Lo más prudente, en consecuencia, me parece seguirles la pista y caer sobre ellos de improviso apenas tengamos cualquier documento con que probarles su crimen. ()

—¿Y de la vieja qué hacemos? () Entiendo: la mandaré poner en calabozo todavía más seguro.

Don Ángel salió de la cárcel al amanecer del día en que ocurrió el escándalo dado por la marquesa en Atocha, y () presencié todo el lance encerrado en la caja de un modesto coche de alquiler. () 42. La fortuna le deparó en aquel lance un medio casi milagroso para salir del grave compromiso en que se encontraba sin menoscabo de su reputación, ni daño de ninguno de sus diversos intereses. Veamos cómo supo aprovechar la ocasión. () Anunciaron a la marquesa que un hombre la buscaba de parte del coronel Ribera:

—Que entre, que entre (). ¿Qué encargo trae usted de Luis?

—Ninguno, señora. () Sabiendo que de otra manera no sería recibido, me he valido de ese inocente subterfugio.

—Pues hágame usted el gusto de salir inmediatamente de mi casa.

—Como usted quiera. () A los pies de usted, señora. Pues no quiere oírme, usted verá cómo se deshace de la mujer de Montefiorito.

—¿Con que usted venía... ()

43.—He presenciado cuanto acaba de ocurrir en Atocha. () Soy amigo íntimo de un hombre enamorado de Laura () y, apartándola de Ribera, los sirvo a él y a usted al mismo tiempo.()

Una hora duró su conversación con la marquesa, quien aquella misma noche, a cosa de las once, se fue en un coche de camino al palacio del barrio de Afligidos.

Laura y su hermano, que acababan de regresar del teatro, oyeron con indecible sorpresa el anuncio de la intempestiva visita, mas hubieron de resignarse a recibirla y, en efecto, lo hicieron. Matilde, tomando la palabra sin preámbulos, se dirigió a Laura y dijo:

—Señora, es para mí un sentimiento visitar a usted por primera vez a hora tan desusada y con triste ocasión, por cierto. () Están ustedes amenazados de un riesgo gravísimo. () Se le acusa a usted de tener parte en una conspiración contra la vida del rey (). A esta señora, además, se la acusa de conservar en su poder ciertos papeles de una logia descubierta en Granada.

—¿A mí! —Dijo Laura— ¿A mí se me cree conspiradora?

—A usted y a su marido: un italiano, don Leone di Romagna...

—¡Cielos! —Prorrumpió Montefiorito— ¡El traidor me ha vendido al cabo!

44.—Mañana —Prosiguió 44 la marquesa—, tal vez sería tarde; hoy todavía pueden ustedes salvarse () huyendo ahora mismo a Francia. Aquí tengo un pasaporte; a la puerta está mi coche de camino. ()

Una hora después, los hijos de don Simón de Valleignoto salían de la corte de España llenos de espanto y, por segunda vez, emigraban del suelo patrio.

## CAPÍTULO VI. Intermedio del drama

46. Verdaderamente la invención de los periódicos ha trastornado la faz del mundo por completo; verdaderamente, no hay poder que a sus embistes resista. La persecución aumenta su fuerza; la tolerancia los engríe. () ¿Qué recurso les queda, pues, a los Gobiernos? Uno solo: gobernar bien, tener de su parte la opinión pública y abdicar siempre que vean que lo contrario acontece. 47. Pero Carlos X opinaba de otra manera y, por su desgracia, encontró ministros que, pensando como él, creyeron posible acabar en Francia con la libertad de imprenta <sup>702</sup>. ()

Pero en Francia no era posible encadenar el pensamiento. Si a Carlos X y a sus consejeros les fue lícito durante seis años consecutivos caminar de usurpación en usurpación () debiéronselo exclusivamente a que la mayoría sensata del partido liberal o, más bien, racional, se opuso constantemente a todo movimiento revolucionario. () Aquellos que tienen y que saben repugnan siempre resolver las cuestiones políticas por medio de la fuerza brutal (). Mas cuando un ministerio lleno de orgullo () se lanza abiertamente en la senda de la tiranía, () entonces ya el instinto de la propia conservación se hace oír ().

Tal fue el caso en Francia en julio de 1830. Una cámara liberal había censurado acremente a los ministros, en la respuesta al discurso de la corona; disolvió el rey el parlamento, en uso de su derecho; y las nuevas elecciones dieron por resultado una cámara todavía más liberal que la disuelta, contribuyendo grandemente los periódicos a que así sucediera. Entonces los ministros, en vez de renunciar a sus destinos () imaginaron con loco orgullo que su sistema debía pre valecer sobre la opinión pública <sup>703</sup>. () Publicáronse, pues, el 25 de julio, cuatro reales decretos: el primero destruyendo la libertad de imprenta; el segundo disolviendo la cámara de los diputados, aún no instalada; el tercero modificando la ley electoral y el cuarto, en fin, convocando el parlamento para el 28 de setiembre. () 49. Publicados el 26 de julio, produjeron en el pueblo de París un estupor iracundo que los ministros equivocaron acaso con el miedo; el 27 los periódicos liberales, todos de común acuerdo, publicaron sus diarios como si nada hubiese variado en la legislación vigente. Acudió el Gobierno a reprimirlos con la fuerza pública y trabose la pelea encarnizada, sangrienta y sin tregua. () 50.

Tres días duró la lucha, mas la victoria nunca fue dudosa. () El 30 de julio la revolución triunfaba y, a poco, Carlos X emprendía su segunda y última emigración, envolviendo en la ruina del trono de San Luis a su familia toda. La máquina administrativa no cesó de funcionar un solo instante en Francia: los departamentos se adhirieron unánimes a la revolución en la capital triunfante y acontecimiento tan grave, de tamaña trascendencia como lo es un cambio de dinastía, se consumó en breves días sin que el Estado padeciese en su constitución orgánica. ()

Los constitucionales, por otra parte, se mostraron altamente previsores llamando desde luego, para ponerse al frente del Gobierno al duque de Orleans, por su linaje y dignidad representante del principio monárquico; por sus antecedentes, ilustración, carácter y conducta, representante también de las teorías constitucionales.

Bien quisieran los napoleonistas llamar al trono vacante un príncipe de la familia del proscrito de Santa Elena y los revolucionarios aprovechar aquella ocasión para dar el golpe de gracia a la monarquía. Mas los primeros eran pocos y los segundos, aunque muchos, carecían de jefes inteligentes y con prestigio.

() Tal es el resumen y toscamente dibujado en boceto, el cuadro de aquella grande aunque breve Revolución de Julio, cuadro no enteramente ajeno de este libro, pues que los sucesos políticos de España en la época que aún vamos atravesando, de los de Francia proceden en realidad; y cuadro, en fin, que hemos descrito porque Laura y su esposo lo contemplaron de cerca en París y porque tuvo en su suerte no escasa influencia.

## CAPÍTULO VII. Episodios de la Revolución de Julio

Acontece en los cataclismos políticos, como en las revoluciones físicas del globo terráqueo, que en las colosales proporciones del conjunto se pierden los pormenores del suceso. La historia señala un cambio de dinastía y, considerando sus efectos en la vida de los pueblos, lo declara, con razón tal vez, beneficioso, pero prescinde de las fortunas a rruinadas, de las lágrimas vertidas, de las esperanzas que trocó en duelos el acontecimiento que refiere. Nuestra misión, como novelistas, es precisamente la contraria: lacónicos al referir en grande los hechos, debemos detenernos en los pormenores con alguna más prolijidad, al menos en cuanto se enlazan con nuestro pendiente relato.

Leoncio y Laura, en su precipitada fuga, habíanse trasladado a París y alojádose modestamente, por no llamar la atención, en una casa amueblada donde, por mil francos mensuales, tenían cómoda y agradable habitación. Situada ésta en las inmediaciones del palacio de Orleans, conocido con el nombre de Palais Royal <sup>704</sup>, no sólo en Francia, sino en el mundo entero, halláronse los dos hermanos en medio, por decirlo así, de la Revolución de Julio.

() Leoncio () veía, sin comprenderlo, a centenares de proletarios, cubiertos de andrajos y peor armados que vestidos, marchar impávidos, a las órdenes de un 52. imberbe alumno de la escuela Politécnica, contra las mitades impasibles de suizos o los impetuosos escuadrones de la Guardia Real <sup>705</sup>. Aquel caer de tejas y de muebles sobre los soldados del Gobierno, aquel clamoreo incesante en medio de la carnicería y aquel ceder, en fin, las tropas disciplinadas, valientes y fieles, el terreno a turbas desordenadas, eran para el prófugo gentilhomme misterios incomprensibles. Su hermana, por el contrario, tenía, por decirlo así, intuición innata de todo lo grande, noble y generoso; participaba involuntariamente del entusiasmo del pueblo parisien- se y, si una persona cara a su corazón se hallara comprometida en aquellos sucesos, indudablemente Laura hubiera tomado parte en la lucha. () A Laura la falta de un interés directo y a su hermano la sobra de prudencia, los mantuvieron dentro de los límites racionales que, en efecto, les prescribían, como extranjeros, la más estricta neutralidad en una lucha que a solos los franceses interesaba directamente.

No siguieron igual conducta todos los extranjeros residentes entonces en París: los emigrados políticos, españoles e italianos singularmente, creyéndose, no sin causa, interesados en el éxito de la lucha entre la monarquía absoluta y el gobierno representativo, lanzáronse a las calles () 52.

Entre los diversos grupos que formaban los combatientes revolucionarios, distinguióse uno, compuesto en su generalidad de jornaleros tan robustos como implacables y capitaneado por un extranjero que, acudiendo con la rapidez del rayo a donde quiera que el riesgo era mayor, rara vez dejaba de obtener pronta y completa victoria. Aquel hombre vestido de paisano, con levita negra y sin más armas que una espada

de ceñir, parecía creerse invulnerable, pues presentaba de continuo el pecho a las balas, aun cuando sus valientes compañeros combatían al abrigo de las barricadas. Como quiera que sea, las balas le respetaron: ni uno solo de los franceses que a sus órdenes comenzaron a combatir el 27, asistió sin herida al término de la batalla y su persona, sin embargo, no recibió el más pequeño detrimento. Impasible y sereno en la defensa, desplegaba en el ataque un vigor sin límites, un entusiasmo que, comunicándoseles a cuantos le seguían, infundía pánico terror en sus contrarios. El tercer día se mostraba como el primero: ni el cansancio ni la falta de sueño amortiguaron la salvaje exaltación de sus miradas; ni un instante desapareció de sus labios una sonrisa de placer infernal que no sabremos describir; el acento de sus palabras tuvo siempre el mismo sonido breve, acre, imperioso. 53. Tal debió mostrarse el ángel rebelde en su lucha contra las huestes celestiales.

Pero, al lado de aquel hombre, figuraba constantemente otro, extranjero también a la Francia, no menos valiente, pues que al riesgo se mostró siempre sereno y aun afablemente risueño; pero, en lo demás, en todo diverso de aquel de quien primero hemos hablado. El segundo no empuñó un arma en los tres días; diferentes veces le ofrecieron fusiles y todas las rehusó manifestando que no tenía fuerzas ni habilidad para manejarlos. «¿Pues entonces, qué haces aquí?» solían preguntarle. “¡Eh! Lo que puedo —Respondía modestamente—. No todos hemos nacido para andar a balazos”. ¿Y qué era lo que podía? Indicar siempre el camino más corto y más seguro para llegar al punto que se quería; descubrir al enemigo antes que ningún otro; disponer una barricada de forma que protegiese completamente a sus defensores; despojar de municiones a los soldados moribundos; adivinar, por decirlo así, en qué casa se refugiaban los fugitivos; en una palabra, pensar mientras los otros obraban.

La tropa que aquellos dos hombres conducían a nadie daba cuartel; cuantos realistas cayeron en sus manos, otros tantos fueron inmolados. El extranjero de la espada los dejaba matar; el inerme cuidaba que ninguno se escapara. En el primero, se veía que la crueldad era efecto del convencimiento; en el segundo, tenía con evidencia todos los caracteres del instinto.

Era llegado el 29 de julio. Las tropas de Carlos X, vencidas en el centro de la población, habíanse replegado sobre los Campos Elíseos y, aunque dueñas del jardín de Tullerías y en comunicación con la gran línea de los boulevares por medio de un cuerpo que, ocupando la plaza de Vendôme, como posición central, se extendía por la calle de la Paz y el boulevard de Capuchinos hasta el Ministerio de Negocios Extranjeros, y por la calle de Castiglione hasta la de Rivoli, sobre la cual cae la verja del jardín mismo del palacio, conocían ellas mismas que la victoria les era imposible <sup>706</sup>. La clase media, (*bourgeoisie*), cuyo cuartel general estaba en la casa del célebre banquero J. Laffite <sup>707</sup>, disponíase a recoger el fruto de su popular victoria y la suerte preparaba una corona al hijo de aquel Felipe Egalité <sup>708</sup>, muerto en la guillotina revolucionaria, en providencial castigo de su inicuo proceder con el desgraciado Luis XVI. ()

A la inmediación del teatro por antonomasia llamado Francés <sup>709</sup>, que ocupa una parte de aquel edificio, había apostada una compañía de la Guardia Real de infantería, que el mariscal Marmont <sup>710</sup>, jefe de las tropas en aquellos aciagos días, olvidó en su retirada <sup>711</sup>. () 54. Pero el general coronel de su regimiento, al pasar lista en los Campos Elíseos a los escasísimos restos del brillante cuerpo que mandaba, echando de menos la compañía a que aludimos, acudió al mariscal haciéndole presente con calor la triste situación en que debían encontrarse sus subordinados. Hallábase el duque de Ragusa <sup>712</sup> a la sazón en lastimoso estado: desde el principio de los sucesos que nos ocupan había pronosticado el mal éxito de las locas tentativas del Ministerio Polignac (). Marmont era impopular en Francia por su conducta en 1815; lo sabía; acababa de oírse apellidar asesino del pueblo entonces vencedor y, en pago del sacrificio de su tranquilidad, de su alta posición social y de su honra, la corte en aquel mismo instante le llenaba de amargos desprecios. Así, cuando se le presentó el coronel de la Guardia a reclamar auxilio para la compañía comprometida, respondióle el duque: «Général: c'est un malheur; Mais que faire? Je ne puis pas engager le combat de nouveau, á propos d'une compagnie. Nous n'avous que trop combattu contre les parisiens» <sup>713</sup>. () Por una parte no quería renovar un combate parricida e inútil; por otra, había perdido la confianza en la corte y, en fin, sabía que Carlos X capitulaba.

Y, en efecto, así era: algunos servidores fieles de aquel desdichado monarca habían conseguido que cesase en su tenaz propósito. El Ministerio Polignac hizo forzadamente renuncia; admitió al rey y el duque de Mortemart <sup>714</sup>, personaje de ideas liberales aunque realista y perteneciente a la aristocracia, fue nombrado presidente del Consejo y encargado de formar un nuevo gabinete, para el cual se contaba, entre otras personas, con Casimiro Perrier <sup>715</sup>, rico banquero y uno de los prohombres de la oposición. () Pero el nombramiento del duque de Mortemart fue un acto de inútil debilidad: cuando las revoluciones se han desencadenado ya, las concesiones las engríen. Entonces no hay medio: o sofocarlas u obedecerlas. Pero en los palacios se desconoce siempre esa verdad (). 55. Carlos X, llamando a tiempo al mismo duque de Mortemart o al vizconde de Chateaubriand, por ejemplo, y concediendo a la oposición parlamentaria la parte en el poder que de derecho le correspondía, sin duda alguna se confesara vencido como representante del derecho divino, pero también salvara el trono y conservara intacta la corona constitucional a su nieto el duque de Burdeos <sup>716</sup>. ()

El general Z., que así se llamaba el que nos ocupa, era uno de los pocos veteranos del ejército de Napoleón que en 1815 permanecieron fieles a los Borbones, por resentimientos contra el emperador. Éste, () habiendo llegado a entender que el coronel Z. había en España abusado villanamente de su posición, tanto para satisfacer sus lascivos apetitos cuanto su codicia, que no era limitada por cierto, cuantas veces le fue propuesto para su ascenso a general otras tantas se negó a concedérselo. En virtud de tales antecedentes, hízose furibundo realista el coronel: Luis XVIII le promovió a mariscal de campo y Carlos X le confió el mando de un regimiento de granaderos de su Guardia. ()



56. Los años habían amortiguado las pasiones en el pecho del general, la fortuna había satisfecho su deseo de riquezas y, aplacados así sus malos instintos, quedaba el militar bizarro, pundonoroso y hasta caballeroso. En la ocasión a que nos referimos, separose del mariscal lleno de ira () pero, no queriendo, al mismo tiempo, ponerse en abierta insurrección contra su jefe, dispuso un plan que merece referirse: Tenía el regimiento en cuadro; las dos terceras partes de su fuerza habían quedado tendidas en las calles de París; del tercio restante, () apenas pudieran formarse dos compañías útiles. Descansando sobre las armas a la entrada de los Campos Elíseos, no lejos del palacio guardamuebles de la Corona () esperaban los granaderos la vuelta de su coronel con angustiosa zozobra. () La idea de la compañía que entera faltaba () exaltaba los ánimos de una manera que acaso no puede comprenderse sin haber militado. Así, a la llegada del coronel, todas las miradas se fijaron en su semblante, todos los oídos se abrieron a sus palabras.

—El mariscal nos prohíbe dar un paso fuera del campamento. ().

—Mi coronel —Clamó un alférez— el mariscal no tiene en la compañía de la calle de Rohan <sup>717</sup> un hermano como le tengo yo y reclamo el honor de ir a morir a su lado.

—¡Todos queremos ir a morir con ellos! —Gritaron la mayor parte de los oficiales y soldados.

—¡Silencio en las filas! —Exclamó el coronel— Silencio en las filas. Un 57. motín militar nos deshonraría (). Yo haré lo posible por conciliar la subordinación con el honor. ()

Ignorantes de cuanto acontecía en los Campos Elíseos los sitiados de la calle de Rohan y no pudiendo ya dudar, en virtud de la algazara y contento de las clases populares, de que la causa de Carlos X había sucumbido, en París por lo menos, considerábanse, con harto fundamento, como víctimas que el furor revolucionario iba a inmolar (). Se hallaban cercados por parientes y amigos de aquellos a quienes, en cumplimiento de su obligación, mataron (). Esperar, pues, generosidad en aquellos momentos rayara en delirio. ()

Difícil, si no imposible, es dar cabal idea del aspecto de una casa militarmente ocupada como lo estaba la de la calle de Rohan. Cerradas y sólidamente atrancadas todas las puertas, abiertas las ventanas, () en cada resquicio por donde la luz entraba, un granadero con el fusil preparado fija la vista en la calle en acecho de los enemigos; en cada estancia, un oficial o un sargento (); tendidos por los suelos, aquí un cadáver, allá 58. un grupo de heridos (). En un retirado aposento, todas las mujeres a quienes sorprendió, tranquilas en su habitación, el arribo de las tropas se entregan, según sus diferentes caracteres, al terror o a la desesperación, al miedo o a la esperanza (). Un hombre silencioso, sereno, impávido, como si para él no hubiese peligro alguno, se multiplica, por decirlo así, corriendo de piso en piso, de cuarto en cuarto, atendiendo a las necesidades de todos (). Aquel hombre era el capitán de la compañía abandonada y cuya situación, sin metáfora, puede equipararse con la de la tripulación de un navío que, ya desarbolado, sin timón y haciendo agua rápidamente, corre una furiosa tormenta en medio del océano Atlántico ().

La clase proletaria, que, en el estado normal de la sociedad, padece de continuo el suplicio de Tántalo, porque ella trabaja incesantemente para que los favoritos de la suerte gocen; y después del trabajo, como antes de él, no tiene más que miseria y abandono; la clase proletaria, decimos, acababa de hacer terrible y triunfante ensayo de sus fuerzas, humillando el poder real bajo el peso de su inmensa cólera. Aquellos ante quienes había hasta entonces doblado la cabeza y que, en breve, habían de volverla a subyugarla, se estremecían por el momento a su aspecto. Los salones de las Tullerías se habían abierto ante las picas revolucionarias; en el trono de Carlos X habían sentado los vencedores a un cadáver; el pueblo se había sentido grande, inmenso y se creía omnipotente; toda resistencia a su voluntad parecía blasfema... Imagínese cuál sería su cólera contra los soldados de la sombrerería, que, firmes a su propósito, continuaban defendiendo su puesto obstinadamente. () 59. Al caer la noche, conocieron los sitiados que era llegado para ellos el instante supremo. Los gritos de la multitud cesaron del todo; un silencio sepulcral reinaba en torno. () Expliquemos la causa (). Apenas cerró la noche, acertó a pasar por las inmediaciones de la calle de Rohan un grupo armado, compuesto de hasta doscientos hombres, cubiertos de sangre y ricos con los despojos militares del enemigo. Era el que capitaneaban los extranjeros ():

—¿Qué tiros son estos? —Preguntó el de la levita y la espada, oyendo algunos dirigidos contra la sombrerería.

—Hay —Respondieron cien voces a un tiempo— hay una compañía de la Guardia fortificada en la calle de Rohan.

—() ¿Y consentís tal escándalo, cuando ya no queda en París un solo soldado tirano, como no sea muerto? ¡Al asalto!

—¡Al asalto! ¡Al asalto! —Repitió, furiosa, la muchedumbre— ¡Viva la libertad! ¡Mueran los soldados de la Guardia!

—Vamos a perder gente si necesidad en el asalto —Dijo entonces, fríamente, el extranjero inerme— ¿De qué se trata? ¿De salir de esos hombres? Pues veamos si hay medio de hacerlo a mansalva.

Prevalció en el ánimo de todos aquel consejo, que era, en verdad, prudente. Restablecióse el silencio y los sitiadores diviéronse en dos columnas, una de las cuales, a las órdenes del extranjero armado, bloqueó la sombrerería, permaneciendo oculta a los sitiados; mientras la otra, siguiendo al prudente, se dirigió a la espalda de la calle de Rohan.

Tal era el estado de las cosas a la nueve y media de la noche del día 29 de julio.

## CAPÍTULO VIII. El lance de París

Laura y Leoncio estaban juntos en una de las habitaciones interiores del piso que tenían alquilado. () 60. Resonaron dos golpes del aldabón de la puerta de la calle. () La doncella y el ayuda de cámara, únicos criados que por entonces tenían consigo los hermanos esposos, acudieron despavoridos a la estancia de sus amos, más bien que a recibir órdenes a pedir auxilio: el portero (todas las casas de París lo tienen) había salido a tomar parte en la lucha; los demás vecinos dejaban a los extranjeros del piso principal habérselas como pudieran con los que llamaban y los hijos de Valleignoto, en fin, se miraban el uno al otro sin saber qué resolución adoptar.

—Silencio —Dijo Laura— ¿Saben ustedes quién llama?

—¿Quién quiere usted que sea, señorita? —Replicó la doncella— Sin duda alguna *partida* que se cansó de matar franceses y viene a emprenderla con nosotros.

—Calla, bachillera —Interrumpió la hermosa mejicana. Y diciendo así, salió de la estancia con asombro de todos; encaminose a las habitaciones que daban a la calle y, abriendo la ventana, asomose a ella (), preguntó en la lengua francesa, que hablaba con gran facilidad, corrección y pureza de acento, qué era lo que se quería.

—Abridnos —Respondió, en no muy francés, el extranjero desarmado—. Abrid al pueblo y nada temáis.

La voz de aquel hombre produjo en Laura un estremecimiento involuntario que su hermano atribuyó a miedo ().

61. —Señora, —Exclamó entonces uno de los obreros del grupo— abridnos luego. Vuestra persona y haberes serán respetados <sup>718</sup>: el pueblo ha dado muestras de su virtud en estos días y no seremos nosotros los que las desmintamos. Pero abridnos luego, si no queréis exponeros a una catástrofe. Necesitamos entrar en vuestra casa y nos sobra fuerza para conseguirlo.

Esas palabras, pronunciadas en un tono en que, al través de cierta deferencia al sexo y la circunstancia de ser extranjera Laura, se traslucía visiblemente una resolución invariable, hicieron comprender a Leoncio y a su hermana que lo menos malo que hacer podían era obedecer sin réplica () y el coronel gentilhombre bajó en persona a abrirles las puertas a sus poderosos huéspedes. Entraron éstos silenciosos y con cierto orden, cerrando en pos de sí con llave y guardando ésta el extranjero que los capitaneaba. () Laura se había retirado a la estancia en que la vimos al comenzar este capítulo y, con ella, sus criados. A Leoncio le previno uno de los hombres del grupo que hiciese otro tanto (). El extranjero, jefe del grupo, () evitó constantemente, aunque sin afectación, hallarse con él cara a cara. Una vez solos, dividiéronse los combatientes, subiendo algunos a los pisos superiores, incluso las boardillas, y quedándose otros en el cuarto principal (). Como diez minutos después de la entrada en la casa

del grupo revolucionario, oyeron Laura y su hermano un ruido sordo como de piqueta en el piso principal. () Sonaron en esto golpes como de cuerpos duros que caen irregularmente sobre tablas. 62. () A poco sonó en el piso segundo un ruido análogo al que proseguía en el principal y luego lo mismo en el tercero y, a su vez, en las boardillas, por manera que durante más de un cuarto de hora parecía, en efecto, que los revolucionarios se ocupaban en demoler la casa. () A las diez, poco más o menos, cesó súbitamente el pavoroso estruendo durante unos cinco minutos. Oíase sólo subir y bajar las escaleras con rapidez y, de cuando en cuando, el crujir de las armas o el golpe de la culata de un fusil cayendo sobre el pavimento. () Súbito, sonó muy cerca de nuestros compatriotas un tiro de fusil. En seguida, otro. En fin, hasta tres y, con intervalo apenas de un minuto, oyéronse otros tres tiros a la parte de la calle de Rohan. La familia española creyó con fundamento que aquella era una señal de combate.

—¡Viva la libertad! —Gritó, con voz estentórea, un obrero de los del cuarto principal.

—¡Viva, viva! —Respondieron, con feroz entusiasmo, sus compañeros. ()

Y a la aclamación que hemos dicho respondió, como el eco en las cavernas de los montes, otra idéntica en la calle de Rohan y a 63. entrambas en la sombra reía un clamor solemne e impotente, voz de agonía más que de combate, diciendo «¡Vi va el rey!». () El extranjero desarmado, hombre, al parecer, de más maña que fuerza, había calculado con mucha exactitud que, limitándose a un solo frente el ataque de la sombra reía, los soldados de la Guardia Real tendrían durante largo tiempo la ventaja de combatir al abrigo de sus reparos <sup>719</sup> contra los revolucionarios que a pecho descubierto les dieran el asalto; juzgó, pues, más prudente apoderarse de la casa, cuya espalda estaba unida a la que los realistas ocupaban, abrir en cada piso un portillo que diera paso a los hombres que conducía y, entonces, dar un asalto simultáneo por frente y retaguardia. Tal fue su plan, que adoptaron los combatientes y se ejecutó en los términos que hemos visto. () En cada piso, en cada estancia, en cada ventana de la casa sombrerera se trabaron encarnizados combates. () “Esta situación es insoportable —Dijo Laura algunos minutos después de trabado el combate—. Salgamos de aquí a cualquier costa”. () 64. Abrió, pues, la ventana y, atando una de las puntas del chal <sup>720</sup> a la falleva del pestillo inferior de las vidrieras, dejó caer la otra sobre el patio. Pero apenas llegaba al tercio de la altura del piso en que estaban. Laura, entonces, despojó a su doncella del pañuelo que llevaba y, anudando ambas cosas una con otra, consiguió formar una especie de cuerda, por la cual no sin riesgo les era posible descolgarse al patio. Bajó el primero el ayuda de cámara deslizándose por la cuerda abajo. Luego, Leoncio y Laura, atando a la doncella por debajo de los brazos, la descolgaron como si fuera un fardo. () Súbitamente, acercose a ellos más que nunca el estruendo del combate (). Al mismo tiempo, el patio al que ya habían bajado sus criados, que era el de la casa lateralmente inmediata a la de Leoncio, se inunda de hombres armados. Los recién llegados, es decir, los del patio, persiguen y alcanzan al criado de Montefiorito:

—No temas —Le dice el que los acaudilla <sup>721</sup>—. No temas nada, pero responde pronto y la verdad sobre todo. ¿Es esta la casa que cae a espaldas de la sombrerería de la calle de Rohan?

—No sé, señor, no lo sé. ()

—Infame —Replica éste, poniéndole la boca de una pistola en la frente—. Vas a morir si no me dices pronto la verdad.

Laura, que desde la ventana presenciaba aquella escena y en cuyo corazón generoso, ni el peligro extremo sobre ella pendiente bastaba a sofocar los nobles instintos, viendo a su criado en el momento de perecer, víctima de su ignorancia o de su aturdimiento, gritó con voz firme:

—Ese hombre no sabe lo que le preguntáis: la casa que cae a es- 65. paldas de la sombrerería es en la que, por mi desgracia, me veis.

—Imprudente —Le dijo Leoncio en voz baja— Nos has perdido. ()

—Mil gracias, señora, mil gracias; pero completad el servicio que me hacéis, indicándome por dónde podremos penetrar en vuestra casa.

—Mi coronel, —Exclamó una de las personas que seguían a la que de hablar acababa— en aquella cochera hay una escala; por la ventana es lo más corto.

Era el General Z el que, seguido por unos doscientos hombres de su regimiento disfrazados de paisanos, llegaba a socorrer a los sitiados. () El coronel, la mayor parte de los oficiales, gran número de sargentos y hasta cincuenta soldados, subían rápidamente por la escala, apoderándose del cuarto. () 66. Los realistas del general Z se lanzan furiosos sobre sus enemigos, pierden seis hombres, muertos a boca de jarro por una descarga intrépidamente hecha por los revolucionarios, pero inmolan a éstos en el acto sin misericordia. Leoncio entonces, considerándose perdido y dominado por el vil egoísmo que formaba la base esencial de su carácter, olvidándose de la infeliz Laura, corre a la ventana, ase la cuerda salvadora y se desliza al patio, solitario ya porque el general Z había ordenado al grueso de su tropa que, saliendo a la calle, acudiese a la puerta de la casa de los hijos de Valleignoto. ()

Dos grupos obraban compactos y con cierta regularidad, mandado el uno por el general Z y otro por el extranjero de la levita negra. Cuando el primero apareció en escena, fuera ya de combate la mayor parte de la guarnición de la sombrerería, que, asaltada a un tiempo por frente y retaguardia, no pudo hacer más que morir heroicamente, no era dudoso el triunfo de los revolucionarios, pero el refuerzo del general hizo variar de aspecto las cosas. () Mas el extranjero inerme (), al ver entrar en la escena a los recién llegados, corrió velozmente a la sombrerería, previno a su amigo y compañero de lo que ocurría y bajó en seguida a la calle, de donde subió considerable refuerzo a los de dentro. En virtud de tales providencias, restablecióse la superioridad de los revolucionarios en la casa (). A las doce de la noche, todos los realistas de

la sombrerería estaban muertos o gravemente heridos, a excepción de unos pocos a quienes respetaron las balas, los cuales, errantes y desatinados, buscaban un asilo que protegiese sus cabezas proscritas. () 67.

Al cesar el fuego de la fusilería, el primer pensamiento de Laura, que con el silencio cobró algún ánimo, fue descolgarse también al patio inmediato y, en efecto, hízolo con facilidad. () La cochera, en que ya su doncella y criada se refugiaron, le ofrecía un asilo fácil: entró, pues, en ella y metiose en una berlina <sup>722</sup> cuya puertecilla dejó abierta su misma camarera al marcharse con el ayuda de cámara. Mas, a poco de hallarse allí, al abrigo, en su entender, de toda persecución, oyó pasos en la cochera misma y mal reprimidos ayes de una persona que, con cautela y dificultad, se ocultaba en una gran haz <sup>723</sup> de heno almacenado. «Será, dijo Laura para sí, y no se engañaba, será algún noble realista herido que viene huyendo de sus enemigos.» () El extranjero inerme, con un hacha de viento en la mano, dirigía aquella feroz caza de hombres (). Al entrar en la cochera, los ojos del extranjero brillaban como los de una pantera. () 68. «¡Allí está, haced fuego!» ()

—Sí, aquí estoy —Dijo el general Z—, aquí estoy herido, moribundo y vencido. ()

69. El general, que no había apartado un instante la vista de aquel árbitro de su destino, exclamó entonces: «¡Ah!, ¿vos no me conocéis? y yo a vos sí. () No podréis asesinar a un antiguo amigo». Y añadió en español: «Don Ángel, ¿no se acuerda usted del coronel Z, de aquel a quien usted, fingiéndose sacerdote, casó con la Tomasa...». Al llegar aquí, don Ángel le disparó una pistola a quemarropa.

## CAPÍTULO IX. Desaparición. Sucesos de Mendoza

Para mejor inteligencia de los sucesos últimamente referidos, conviene volver atrás algún tanto en nuestra complicada historia: El lector sabe, si con atención nos ha seguido, que Mendoza, fugitivo de España bajo el supuesto nombre de un italiano y expulsado también de Francia por la suspicaz policía de Carlos X, se hallaba en Inglaterra, tascando el freno providencial que le sujetaba, mientras Laura y su hermano, engañados por la marquesa de Sotoverde, huían precipitadamente de Madrid a París. En la primera de esas capitales hubo de quedarse por el momento don Ángel conspirando a los fines políticos de Mendoza y a la mira del coronel Ribera, quien, por su parte, vivía con el más profundo disgusto, cansado por las contrariedades de todas especies que la suerte oponía a la pasión que le dominaba. En tal estado de cosas y poco antes de la Revolución de Julio, acontecimiento en sus formas, trámites y aun consecuencias imprevisto, pero que, en cuanto a revolución, estaba muy de antemano preparado por el progreso de las ideas, los desaciertos del Gobierno francés y los trabajos de los liberales, la sociedad de los *carbonarii*, queriendo estar en disposición de aprovecharse de cualquier circunstancia a sus designios favorable, hizo un llamamiento general a sus miembros influyentes de todos países, invitando a los pro- 70. hombres a reunirse en París. Mendoza, que, como sabemos, figuraba en primera línea entre los revolucionarios, halló medio, con el auxilio de sus parciales, para burlar la vigilancia de la policía y, a favor de un nombre supuesto, de un pasaporte mejicano y de un disfraz ingenioso, logró hallarse en la capital de Francia ocho días antes de aquel en que estalló la revolución. Por su parte, don Ángel, prevenido en tiempo oportuno de lo que se preparaba, así como del viaje de su íntimo amigo, verificó su traslación a París bajo pretexto de seguir allí la pista de la supuesta conjuración contra la vida de Fernando VII, en que decía hallarse complicados Montefiorito y su esposa. De este modo, se reunieron a orillas del Sena los más notables personajes de nuestro relato, pero Mendoza y don Ángel, enteramente entregados a la obra de la revolución, que en concepto de aquél era grande, completa y fundamental, objeto de su anhelo y asunto de sus políticos ensueños, no pensaron por el momento en perseguir a Laura ni a su hermano, siendo obra exclusiva de la casualidad o, más bien, de la fatalidad, que el asedio y carnicería de la casa de la calle de Rohan los reuniese en el teatro de aquella catástrofe.

Don Ángel, al entrar en la casa de Montefiorito, conoció a éste, pero viendo que el aturdimiento del bastardo era tanto que no daba muestras de reconocer a su antiguo confidente, hizo lo que pudo para que no fijase en él la atención y consiguiolo completamente. Una vez encerrados los hermanos esposos, pensaba el benévolo personaje que, concluida la batalla, habría tiempo de pensar en ellos y, por tanto, resolvió no decir una palabra ni al mismo Mendoza del descubrimiento que de hacer aca-

baba ( ): reconociendo en el capitán dotes elevadísimas, habíase llegado a convencer de que el amor de aquél a Laura era sentimiento tan enérgico y violento, que a veces le perturbaba su claro ingenio. Con esta convicción, y la de que era importantísimo que Mendoza se distinguiera o, mejor dicho, diese a conocer todo lo que valía en la revolución francesa, para que luego le fuera posible extender sus consecuencias a la monarquía española, decidióse a no decirle que tan cerca de él se hallaba la hija del indiano. Después los acontecimientos le arrastraron a él mismo, arrebatándole de las manos la presa y haciendo testigo del infame asesinato que villanamente cometió en la persona del general Z, a la hija de don Simón de Valleignoto.

Volvamos ahora, explicados los antecedentes, al punto mismo donde dejamos pendiente la relación de los sucesos: A la una de la madrugada del 3 de julio <sup>724</sup> todo estaba concluido. ( ) 71.

—¿De quién le parece a usted que es la casa en que estamos? —Preguntó el benévolo apenas se quedó solo con Mendoza. —() Pues sepa usted que es la habitación de Laura.

—¡Santos cielos! —Exclamó el capitán poniéndose en pie con mágica presteza— ¿De Laura, dice usted? ¿Y dónde está? ( )

—Lo ignoro. ( ) Vea usted —Añadió mostrándole los pañuelos y cortina anudados a la ventana—. Por aquí se han largado, sin duda. ( ) 72. Pero aquí queda su equipaje, su dinero, sus papeles, una porción de cosas, en fin, que necesitan, y aquí han de volver precisamente. ( ) Esperaremos hasta que vuelvan.

Adoptado ese plan no menos sencillo que sensato, los dos amigos se acomodaron lo mejor que pudieron a pasar la noche. ( ) A las seis de la mañana, el ruido de un carruaje le hizo a Mendoza despertarse sobresaltado: asomose a la ventana y vio atravesar el patio a una berlina que salía de la cochera que conocemos. En ella iba Laura. ¡Ah!, ¡si el capitán pudiera sospecharlo! Pero viola alejarse con indiferencia y quedose a esperar precisamente lo que ante sus ojos se apartaba. Poco tiempo después, apareció Montefiorito en su casa, desencajado el semblante y turbada la conciencia con los remordimientos, porque, recobrado que se hubo del susto, comprendía qué delito había cometido abandonando a su hermana en medio de un feroz combate. Cuál fue su sorpresa al encontrarse con Mendoza, no pueden <sup>725</sup> encarcerse bastante ( ). Montefiorito dijo, en cuanto a los hechos recientes, que, invadida su estancia por los soldados de la Guardia Real, le habían estos sacado de ella a viva fuerza ( ). Había podido fugarse al emprender las tropas realistas su retirada. ( ) 73. Por su parte, Mendoza protestó que no había faltado nunca al pacto que celebró con Leoncio en su casa del barrio de Afligidos y, en apoyo de esta aserción, aseguró don Ángel haber descubierto que los autores de la delación contra los dos esposos eran el barón de Peñahonda y la marquesa de Sotoverde, la cual, como mujer, se ablandó al cabo y dio aviso a Laura y a su marido del riesgo que ella misma originaba. Con estas explicaciones diéronse por satisfechos, abrazándose en señal de renovar la amistad antigua, y comenzaron a departir sobre la ausencia de Laura. ( )



Prolijo sería y, además, inútil, referir aquí todos los pasos, pesquisas y diligencias que la actividad de Mendoza, el interés de Leoncio y la sagacidad de don Ángel practicaron para encontrar a Laura. Todo fue en vano, todo, incluso una visita a la morgue, establecimiento fúnebre donde en París se exponen al público los cadáveres de personas desconocidas que se encuentran en la vía pública. () Pero eran tantos los cadáveres () sepultados apresurada e informalmente, que la visita a la morgue poca cosa probaba.

Digamos, sin embargo, que la Francia carecía de Gobierno y París, por tanto, de autoridades constituidas; que, reunidos en el momento mismo en que nuestros personajes buscaban a Laura, los diputados liberales, bajo la presidencia de Laffite, desenterraban, por decirlo así, los cimientos del trono de la rama primogénita para edificar en su reemplazo el de la casa de Orleans; y que Mendoza, en fin, () no pudo menos de () acudir a una fonda, llamada de Lointier, donde los republicanos deliberaban con el fusil en la mano, según la expresión de un historiador contemporáneo <sup>726</sup>, sobre los medios conducentes a estorbar el restablecimiento de la monarquía. () <sup>74</sup>. Apenas sepultados los restos de la *Santa Canalla*, como la llamó Barbier <sup>727</sup>, inmola-da en aras de la libertad, ¿cuándo, si no entonces, sería tiempo de consumir la gran revolución social? () Ciertamente, el movimiento llevó su origen en una ofensa hecha a los privilegios de la clase media, pero quien había consumado la revolución era el pueblo. ¿Qué ganaba éste con que el rey se llamase Luis Felipe en vez de llamarse Carlos X? () Una de dos: o el cambio había de ser social, extendiéndose a todos los derechos políticos, reglamentando las relaciones entre el capitalista y el trabajador, de manera que éste dejase de ser el esclavo de aquél (), o la revolución era un amargo engaño, en virtud del cual el pueblo, derramando copiosamente su sangre, había, en resumen, lidiado sin conseguir más que mudar de dueño <sup>728</sup>. () Los diputados, reunidos el 30 de julio en el palacio de Borbón, decidieron de la suerte de la Europa. Si proclamaran la República, un vasto incendio hubiera abrasado el antiguo continente. Llamando al duque de Orleans por el momento a la lugartenencia general del reino y, más tarde, al trono, hicieron un inmenso servicio a la paz del universo. () <sup>75</sup>. () Mientras la opresión pesó igualmente sobre el partido liberal, se mantuvo unido: el dinero y el prestigio de la clase media sirvieron de apoyo al temerario valor, a los irreflexivos ímpetus del pueblo; pero, vencidos los realistas, llegado el momento de organizar el poder, los que poseían y sabían sintieron la necesidad de sujetar a los proletarios, que, ya tarde, hubieron de conocer que habían peleado por otros y para otros. Tal es en resumen la historia de todas las revoluciones: los hábiles, que son siempre los ricos, promueven la insurrección; los cándidos, es decir, los pobres, dan su sangre para el combate y, después de la victoria, aquéllos mandan y los otros vuelven al trabajo y a la miseria. Millares de veces se ha repetido el mismo drama y, sin embargo, todavía encuentran instrumentos los ambiciosos. Decididamente, la historia es inútil y el género humano tonto de capirote. () Como nuestro propósito no es hacer la historia de la Revolución de Julio, y ya nos hayamos quizá detenido en ella

demasiado, limitarémos a consignar aquí que, expulsos Carlos X y su familia del trono y del suelo de Francia y proclamado rey Luis Felipe I, volvieron los republicanos a ocupar su antigua posición de conspiradores, y con gran desventaja, pues () sus antiguos aliados les conocían perfectamente la táctica y la estrategia.

Por lo que a nuestro especial propósito respecta, diremos que Mendoza, vivamente contrariado pero sin desesperar nunca del éxito de su causa, trabajó ardiente y sinceramente en pro de los republicanos franceses y, al mismo tiempo, fue uno de los que más parte tuvieron en todos los proyectos revolucionarios de los emigrados españoles. Entre estos se hacía notar por su brillante ingenio, por la excentricidad byroniana de su carácter, por su bravura caballeresca, por su bella figura y, también, desdichadamente, por el cínico lujo de su escepticismo, el joven poeta Eduardo de la Flor, que, liberal demó- 76. crata desde la cuna, proscrito desde la infancia, emigrado imberbe y hastiado del mundo antes de haber pasado de los umbrales de la vida, se ligó entonces con los vínculos de una estrecha y sincera amistad a Mendoza. Eduardo era entonces la oveja descarriada; el amigo de don Ángel hizo de él un ángel caído, si no tan completamente como el capitán lo quisiera, al menos lo bastante para la desdicha del poeta. Porque La Flor no fue nunca malo más que para sí mismo; si a otros hizo daño, fue con el escándalo, nunca con iniquidades. Generoso, entrañable, leal con sus amigos, no siempre supo escogerlos; sincero, ardiente, poético en el amor, colocó las más veces en mujeres indignas de sus miradas; caballero en el alma, dejase manchar con el impuro contacto de seres abyectos y hasta el talento inmenso que a la naturaleza debía fue instrumento que contra su voluntad acaso extravió a más de un joven. Aquel hombre envolvía, en el asqueroso manto de su cinismo, el tesoro de su poética organización. Su reputación asustaba; su conversación, un encanto doloroso; sus áulicos, porque los tenía, le incensaban hasta embriagarle; sus verdaderos amigos, amándole con ternura, deploraban sus extravíos. Ya le hemos presentado a nuestros lectores; más tarde, vuelve remos a encontrarle en nuestro camino ().

Conviene saber, para entender claramente lo que después aconteció, que los emigrados, además de las antiguas funestas divisiones de moderados y exaltados, comuneros y masones, se subdividían en partidarios de la Inglaterra y parciales de la Francia. Así pues, aunque unidos por el estrecho vínculo de un infortunio, a todos ellos común, y fija siempre la mira en el mismo blanco, el regreso a su patria, aquellos hombres estaban profundamente desavenidos y se proponían, en realidad, diversos fines, pues unos querían simplemente un gobierno representativo, mientras otros aspiraban nada menos que a un cambio de dinastía, amén de los que, con Mendoza, eran partidarios de la república. No obstante, inmediatamente después de la Revolución de Julio, la mayor parte de los emigrados notables se trasladaron a Francia, constituyéndose en París una junta directora, española, amén de otra francesa, compuesta de patriotas y consagrada a auxiliar con armas, dinero y aun hombres los trabajos de la primera.

# ABEJA LITERARIA.



Lit. de los Artistas.

.....sufrieron de ellas un empuje violento que dió con sus dos cuerpos en el suelo.  
(el Patriarca del Valle)

Mostrábase remiso Fernando VII en reconocer al rey de los franceses y el Gobierno de éste, con inicuo maquiavelismo, dispuso obligarle a ceder, amenazándole con encender en la Península el fuego de la revolución. En consecuencia y aparentando entrar sinceramente en el sistema de la propaganda liberal, no sólo se consintieron la existencia y trabajos de ambas juntas, la española y la francesa, y se autorizó con pasaportes a las partidas que, armadas, tambor batiente y banderas desplegadas, salían diariamente de París para Bayona; sino que el ministro Guizot <sup>729</sup> dijo en cierta ocasión a Mr. Du ront, vocal del comité francés: «Decid a los que os envían que la Francia cometió un crimen político en 1823, y que debe por él solemne satisfacción a la España, y que se la dará.» El rey mismo hizo don voluntario de cien mil francos para subvenir a los gastos de la proyectada expedición, por mano del general Lafayette <sup>730</sup>; y el mariscal Gérard <sup>731</sup>, en fin, recibiendo, agasajando, ensalzando al general Mina cuando éste se preparaba a marchar a Bayona, le prometió que sería auxiliado por el Gobierno francés, con tal que se abstuviese de toda tentativa sobre España hasta que no le avisara de que era llegado el momento oportuno. Así, el Gobierno francés, fomentando las esperanzas de los emigrados, acreciendo sus ilusiones, llevándolos a la frontera, sin duda para que con la vista del suelo patrio se renovasen las llagas todas de la proscripción, tenía, sin embargo, resuelto mantenerse en un sistema de estricta neutralidad; todas aquellas demostraciones, que exasperaban a hombres hartos desdichados ya para no estar iracundos, no tenían más objeto que amedrentar a Fernando VII, como, en efecto, se consiguió demasiado bien.

La nueva de la revolución francesa produjo desde luego profunda sensación en España. Los realistas prorumpieron en un grito de alarma, el Gobierno hizo marchar tropas a la frontera y redobló su vigilancia en lo interior del reino; los liberales se lanzaron ciegos a la suspendida obra de las conspiraciones. Hasta aquí, la culpa era de los sucesos y no del Gobierno francés; pero, desde el momento en que éste adoptó la marcha que hemos expuesto, toda la sangre de sus víctimas que, alucinadas por las apariencias, se ofrecieron al cruento sacrificio, debe recaer sobre los autores de tan maquiavélico plan. Porque Fernando VII, apenas vio conjurada contra su trono la tempestad revolucionaria, ofrecióse a reconocer al rey de los franceses, a condición de que no se consintieran los trabajos de los emigrados y, como aquello era precisamente lo que se buscaba, aceptose la condición, suprimiéronse de repente los auxilios, impidiéronse las reuniones, mandose, en fin, internar a los que, ya con las armas en la mano impacientes y calumniando a Mina mismo por su forzada inacción, esperaban de un momento a otro, no la orden, sino el permiso de entrar en el territorio español <sup>732</sup>. La desesperación se apoderó de algunos; otros creyeron su honra comprometida y éstos y aquéllos, sin escuchar más voz que la de su deseo, lanzáronse en fin a la temeraria empresa.

Con el desdichado De Pablo, alias Chapalangarra <sup>733</sup>, entraron Mendoza y Eduardo de la Flor <sup>734</sup> en España; ambos, como todos sus compañeros, se batieron bizarramente, pero en vano: muerto su jefe y dispersa la partida después de una tenaz

y heroica resistencia, hubieron de buscar incierto asilo en los montes. Mendoza estaba herido de alguna consideración; el poeta le sostenía con dificultad, la noche cerraba y habían perdido el camino. () 78. Hallábanse sobre una senda de las muchas y escabrosas que surcan la áspera superficie de los Pirineos; un bosquecillo de encinas y la oscuridad de la noche los ocultaban a las avanzadas de las tropas del rey (). Un jefe a caballo, a quien a unos cien pasos seguía un ordenanza también montado, apareció en el sendero y sus ojos, habituados a la oscuridad, distinguieron bien pronto a los dos proscritos, que permanecieron inmóviles, porque Mendoza no tenía fuerzas para huir y La Flor no quería abandonarle. ()

—Ordenanza, vuelva usted al campamento ().

Obedeció el soldado y el coronel se encaminó a donde, atónitos, estaban los proscritos:

—¿Quién va? —Dijo, al llegar, el oficial, pero en voz baja.

—Liberales —Respondió Mendoza en el mismo tono. ().

—Estamos dispuestos a morir —Dijo Eduardo.

—Y yo a salvarlos a ustedes ahora que están vencidos () 735. 79.

Mendoza, quedándose atrás, le dijo:

—Coronel Ribera, gracias. No olvidaré nunca el importante servicio que usted me hace en este momento.

Fue, en efecto, el desgraciado amante de Laura, el que con tanta generosidad salvó a su ignorado rival y al joven poeta, para él desconocido 736.

## CAPÍTULO X. Sucesos varios de 1830 a 1832

Mientras que Mendoza, absolutamente entregado a los negocios políticos, recibía en España el amargo desengaño que referido dejamos (), don Ángel regresaba a Madrid a continuar su papel de espía doble, porque sus hazañas en la revolución de los tres días no eran conocidas; y Leoncio, después de haber agotado en vano cuantos medios le sugirió su fantasía para adquirir noticias de su hermana, para él perdida desde la noche aciaga del 29 al 30 de julio, continuaba en París ocupado siempre en su inútil averiguación y, al mismo tiempo, en reconciliarse o, más bien, sincerarse con la corte de España. ()

80. Leoncio tenía un alma tan mal templada para la virtud como para el crimen: su elemento era el vicio, como lo es de todas las naturalmente débiles o enervadas. En consecuencia, siendo egoísta, duro, hasta indiferente para su hermana cuando a su lado la tenía y hallándose siempre dispuesto a sacrificarla, a ella lo mismo que a cualquier otra persona, al menor de sus intereses, deploraba, sin embargo, amarga y sinceramente su temprana muerte. Aquel hombre era, y en esto poco nos diferenciamos de él la mayor parte de los hijos de Eva, un abismo de contradicciones, una amalgama informe de heterogéneas dotes de cuyo conjunto resultaba un ser tan ridículo como despreciable; una entidad alternativamente cruel y piadosa, buena o mala según las circunstancias, sin carácter marcado, en fin, porque la debilidad absoluta no será nunca más que una prenda negativa. Así, al mismo tiempo que lloraba a Laura, hacía gestiones incesantes para entrar en posesión de sus tesoros (). En fin, el pobre Leoncio, sujetándose a la ley común, dejábase sangrar por Mendoza sólo por miedo, porque el miedo es la deidad de la mayor parte de los hombres; y quiso buscar en la otra mitad de las rentas de su padre una compensación a las forzadas evacuaciones que su caja sufría en pro de sus antiguos amigos los liberales, a quienes entonces cordialmente aborrecía. 81. La idea era feliz, el plan excelente, pero nuestro buen don Justo, el gaditano, aunque ya viejo o, precisamente, porque era viejo, opuso el veto de su tenaz y, desdichadamente para Leoncio, legal resistencia a la ejecución del bien meditado proyecto.

Era el caso que Laura hizo testamento en Granada antes de salir de aquella ciudad para encerrarse en el valle ignorado, dejando por heredero de la mitad de cuanto poseía a su aparente marido y disponiendo que la otra mitad se emplease en fundaciones piadosas y filantrópicas, () bajo la dirección de sus testamentarios, don Justo y el deán, a quienes mandaba de no comenzar trabajos ni gasto alguno hasta que fuesen pasados tres años después de su muerte () pero, a mayor abundamiento, ¿cómo probar la supuesta defunción de Laura? () La ley, previsoramente en la materia, exigía el plazo de algunos años para que, en ausencia de pruebas, la prescripción diese por difunta a Laura. () 82. Hubo de conformarse el pobre gentilhombre a vivir con poco más de dos millones de reales de renta.

Ni fue más dichoso en sus gestiones para regresar a España (). A la verdad, las circunstancias eran difíciles. () Los niños de 1823 eran jóvenes; los mancebos de entonces, hombres maduros en 1830; la energía realista se había gastado en oprimir a los vencidos liberales y la causa del Absolutismo no tenía más vida que la del monarca reinante. Pero Fernando VII vivía aún, era joven, parecía robusto, su popularidad sobrevivía a sus errores y a sus culpas. () Por eso, los emigrados sucumbieron en cuantas tentativas arriesgaron el año de 1830; y en más sucumbieran, si a más se arriesgaran, pero no deja de ser cierto que el espíritu revolucionario comenzó a fermentar desde entonces penetrando a poco hasta las gradas del solio mismo.

La naturaleza del libro que escribimos, una humilde novela, no consiente que entremos en pormenores ni en largos racionios para demostrar la exactitud de nuestra creencia; pero estamos seguros de que cuantos con atención hayan seguido y con imparcialidad considerado la historia contemporánea, convendrán con nosotros en que, una vez consumada la revolución francesa, comenzaron a mostrarse los síntomas de la que en España debía verificarse muy en breve <sup>737</sup>. () Pero en la historia de los pueblos las transacciones son siempre graduales y lentas: la revolución se hace en un día, pero se prepara en siglos. Así, desde 1830 a 1833 apareció triunfante y no menos vigoroso que en 1825 el principio de la causa absolutista; los revolucionarios fueron inmolados, como antes, al menor síntoma de movimiento, con pretexto y sin él, salvando las formas, alguna vez horrible infracción de las reglas de la moral eterna <sup>738</sup>. Dígalo el desdichado Miyar <sup>739</sup>; díganlo los manes del ilustre y vilmente asesinado general Torrijos <sup>740</sup>.

A Mendoza le salvó su herida de perecer con éste. Ribera, entonces de guarnición en Navarra, al saber la historia de aquel para siempre nefando crimen, borrón de la historia de nuestros días, pidió su licencia absoluta. El amante de Laura, dicho queda, era realista por educación, por sentimiento y por gratitud; concienzudo por esencia y, como militar, ajeno a los debates políticos, no había examinado con bastante detención las teorías constitucionales para adherirse a ellas o rechazarlas; pero, justificado y recto por naturaleza, aborrecía los excesos de autoridad y de fuerza y no era capaz, por nada en el mundo, de capitular con la iniquidad patente.

La muerte de Torrijos, repetímoslo, fue un crimen de los que por dicha refiere con escasez la Historia; al desdichado general y a sus compañeros se les tendió un lazo infame, porque el general Moreno se fingió su cómplice, los alentó a la empresa, designó el lugar del arribo y, allí, allí mismo encontraron, en vez de los brazos de un amigo, los hierros que oprimieron los suyos, hasta que en Málaga se hizo de ellos horrible carnicería, sin distinción de edad, categoría ni posiciones. <sup>84</sup>. El apellido de Verdugo sigue para siempre al nombre de Moreno <sup>741</sup>. Quiera el cielo, en gracia de la muerte aleve que le dieron los realistas mismos en providencial castigo de sus culpas, que haya hallado misericordia su alma ante el Juez Supremo.

Pero volvamos a nuestra novela, hartamente menos triste que la historia contemporánea. Ribera, enterado por amigos que dejó en Granada del crimen de Moreno y viéndolo

por el Gobierno del rey recompensado, se sintió incapaz de proseguir sirviendo como acostumbraba, es decir, con celo eficacísimo. Ya en los sucesos de los emigrados de Navarra, resistiéndose su corazón a ser instrumento de matanza contra los vencidos, después de haber peleado contra ellos resueltamente, lo hemos visto salvar a Mendoza y a La Flor, que no fueron los únicos que a su generosidad debieron la vida; lo acaecido en Málaga colmó la medida. () Mas el concepto de que justamente gozaba como militar era tal, que el inspector del arma (), temeroso del mal efecto que necesariamente había de producir en el ejército la separación completa del servicio de un jefe tan acreditado como Ribera, escribióle (favor extraordinario) una carta particular toda de su puño y letra, a fin de disuadirle de su propósito: «mas si éste fuera (terminaba su excelencia) de los irrevocables, si razones que no pregunto, exigen absolutamente que usted, *por ahora, por ahora* y nunca *definitivamente*, se separe del servicio, en prueba de mi amistad estoy pronto a rogar al Rey que se digne conceder a usted su licencia ilimitada». A tan lisonjera muestra de aprecio, no pudo menos Ribera de rendirse y obtuvo, en efecto, licencia ilimitada para trasladarse a la isla de Cuba so pretexto de visitar las propiedades que en ella, efectivamente, tenía.

Sucedía lo que vamos refiriendo a principios del trigésimo segundo año del siglo que corre, por manera que, cuando Ribera se vio libre de las obligaciones del servicio activo, eran pasados dieciocho meses próximamente desde la completa desaparición de Laura, hecho que su amante ignoraba absolutamente. Y no se le tache por eso de inconsecuencia, ni aun de incuria porque ambos cargos serían soberanamente injustos. La pasión de nuestro don Luis de Ribera a la hija del indiano, () 85. crecía con las dificultades; el transcurso del tiempo, lejos de debilitarla, le prestaba cada día nuevas fuerzas. () El amor del coronel hubiera sobrevivido a Laura misma porque se había identificado con él, porque ya no vivía aquel hombre más que para amarla a ella. Pero como nada tenía de terrenal y egoísta amor tan acendrado, el que sólo por las apariencias y aplicando las reglas comunes de analogía juzgase los afectos de Ribera, fácilmente se engañaba. La reserva más completa era en aquel negocio su primera máxima. () Hablarse con ella, verla, oírla, era para él no como quiera la felicidad, sino la vida: lejos de Laura, vegetaba padeciendo () y, sin embargo, no la seguía ni, al parecer, la buscaba. ¿Por qué?, preguntará tal vez alguna linda lectora, si la dicha de tenerla logramos. Porque Ribera amaba a la su entender <sup>742</sup> esposa de Leoncio más que a sí mismo; y seguirla y buscarla ostensiblemente, fuera comprometerla a ella, por buscar él una satisfacción momentánea. Dos veces solas, arrastrado por las circunstancias, infringió las reglas de su generosa prudencia: en Granada la una, enfurecido por el agujón de los celos; en Madrid la otra, la tarde del escándalo dado en Atocha por la marquesa de Sotoverde; de entrambos hechos se acusaba como si fueren crímenes imperdonables. Amar así es raro, muy raro, ya lo dijimos: el corazón mejor templado no resistiría dos veces en la vida volcán semejante; pero también esa sola es la manera de amar de veras, las otras son modos, en resumen, de buscar placeres o de matar el tiempo. ()



Y, si hemos de decirlo todo, parécenos que no es muy aventurado suponer que, en la resolución que tomó de separarse del servicio militar, tuvo gran parte el anhelo de buscar a su amada, sin exponer su reputación (la de ella, se entiende) a las hablillas del vulgo. Los hechos posteriores, por lo menos, parecen confirmar nuestra sospecha: porque, apenas recibida su licencia, se puso en camino para Granada, ciudad a la cual no sabemos causa que le llevase, como no fuera, 86. por una parte, el anhelo que todo amante tiene de visitar los lugares que fueron teatro de sus primeros tormentos y, por otra, la esperanza de adquirir allí noticias de Laura. () Pero todo había desaparecido: casa, criados y Manuela. El edificio tenía otro dueño; la servidumbre había sido despedida y generosamente pagada por don Justo, (). Marchó a la ciudad de Hércules y, personándose en la casa de don Justo, que le recibió en su estudio, entabló con él el siguiente diálogo:

—¿Tendrá usted la bondad de darme razón del paradero de una tal Manuela Fernández, criada que era en 1829 de la casa de don Leoncio de Montefiorito? 87.

—() No, señor: yo nunca sé lo que no me atañe.

—() ¿No estará con su señora? ¿Y quién sabe dónde está su señora?

—Si usted lo averigua y me lo dice, le entrego en el acto dos mil duros en oro.

—¿Qué dice usted? —Exclamó perdiendo el color Ribera— ¿Qué dice usted?

—Que se ignora el paradero de la señorita (el procurador no llamaba señorita a nadie en el mundo más que a Laura) y que su marido ofrece la suma que le he dicho al que se la descubra muerta o viva. Pero ¿qué tiene usted? ¿Se ha puesto malo?

El coronel () apenas tuvo el tiempo necesario para acercarse a un canapé (). 88.

Dos días después de esta conversación, salió Ribera para la corte de Francia, donde, haciéndose el encontradizo con Leoncio, renovó con él las antiguas relaciones, estrechándolas fácilmente porque, ausente la marquesa y perdida Laura, no tenía ya el gentilhombre razón que le aconsejase vivir apartado de don Luis. Éste lo que se proponía era adquirir alguna noticia de su amada: pero Leoncio no podía dársela. () Desesperado, pues, Ribera resolvió embarcarse para la isla de Cuba y, al efecto, se trasladó a Burdeos por el mes de julio del año trigésimo segundo de este siglo.

## CAPÍTULO XI. Viajes y ensueños del coronel Ribera

El Orinoco, fragata mercante anglo-americana, estaba pronta a darse a la vela desde Burdeos para Nueva Orleans cuando al primer punto llegó don Luis de Ribera y, aunque había en el puerto uno o dos buques con destino a Cuba, como su partida no debía ser hasta pasadas algunas semanas, prefirió el coronel embarcarse en el Orinoco, y no porque de llegar a La Habana tuviese prisa, sino porque en el estado de su espíritu, lo que anhelaba era variar de posición constantemente. Desde Nueva Orleans a la reina de las Antillas las comunicaciones son fáciles y frecuentes.

Ribera, limitándose a cumplir con las obligaciones que la buena educación impone a las personas decentes, abstúvose de íntimas relaciones con sus compañeros de travesía.

En análoga situación debía de encontrarse otro pasajero francés de nación y de edad de cincuenta a cincuenta y cinco años, persona en sus maneras distinguidas, aunque vestido sencillamente y con el vulgarísimo nombre de Mr. Durand. Él y Ribera eran los únicos que, no tomando parte en las reuniones de los viajeros se encontraban siempre sobre cubierta. Al principio, si el uno tomaba la banda de babor, el otro la de estribor. Saludábanse a la primera vuelta y luego no volvían a hablar. Pero la semejanza de hábitos produce, irremediamente, simpatía. Una noche, el francés pidió la lumbre al español y a la quinta, ya se paseaban siempre a la misma banda, el uno al lado del otro, hablándose poco, pero hablando, al cabo.

La voz de Ribera, aunque varonil, era sonora y simpática, su conversación melancólicamente grata; sus palabras todas llevaban el sello de la franqueza y de la convicción. Una tinta constante de poesía reinaba en sus discursos, no obstante la brevedad, precisión y tono algunas veces demasiado decisivo que las costumbres militares daban a muchas de sus frases. Ribera tenía poco que contar: Una vida de puro sentimiento se cuenta en pocas palabras y se padece en largos años.

Mr. Durand tenía una historia algo más complicada, como vamos a referir. En primer lugar, su nombre no era Durand; descendiente de una de las ramas colaterales de la casa de los príncipes de Rohan<sup>743</sup>, pertenecía, por consiguiente, a la más alta aristocracia y al partido legitimista más puro. Su título era el de barón de Rocheblieu; su destino, un alto puesto en la real servidumbre. Fiel en la desgracia a su augusto amo, habíale seguido a Escocia y pasado después a Italia con la duquesa de Berry. La duquesa de Berry quería demoler con la fuerza el edificio, en su concepto, por medio de la fuerza edificado, oponiendo a la revolución hecha por los proletarios en París a favor de la libertad, un alzamiento de los labradores realistas en La Vendée, proclamando a Enrique V. Sostuvo, en fin, dignamente su papel de madre, de amazona, de pretendiente a la regencia de Francia y de Navarra. Instantánea y poderosamente, la insurrección fue vencida. La duquesa huyó a ocultarse en Nantes, donde más tarde había de entregarla a sus enemigos la perfidia de un miserable con cuyo nombre no mancharemos la pluma, y sus leales servidores,

entre los cuales el barón de la Rocheblieu, hubieron de buscar la salvación en la fuga. () Tenía en Nueva Orleans a su familia, hecho cuya explicación es sencilla.

92. La baronesa de Rocheblieu era una de las damas de madame <sup>744</sup> antes de la Revolución de Julio; () al estallar la Revolución, siguió a la familia real con su marido hasta *Cherbourg* <sup>745</sup> y allí pensaba embarcarse con los ilustres proscritos, pero no le era posible a la monarquía vencida llevar consigo a todos sus servidores y, para mayor contrariedad, el marido era de los escogidos y no la esposa. () Ésta, que, como todos los que se hallaban en su caso, veía en los sucesos recientes una segunda parte de los de 1789, () rehusó absolutamente permanecer en Francia. El barón () consintió sin dificultad en lo que su mujer deseaba y, hallándose en Cherbourg un buque a la carga para Nueva Orleans, fletóle a su costa y viole partir antes de embarcarse él mismo para Inglaterra con sus augustos amos. ()

La familia del barón no habitaba precisamente en la Nueva Orleans, sino en el campo, y el noble francés exigió absolutamente que su nuevo amigo le acompañase a visitarla; Ribera, que nada tenía que hacer en la ciudad, no puso dificultad en aceptar el convite y no tuvo, por cierto, motivo de arrepentirse.

La baronesa, () amable sin afectación, digna sin orgullo, instruida sin pedantería, hablaba como quien ha visto mucho y observado no poco: su conversación era entretenida, su trato agradable, su casa un templo de la finura y del buen gusto. () 93. Madame de la Rocheblieu no tenía hijos, pero al llegar a Nueva Orleans llevaba en su compañía a una señora joven y bella a quien llamaba sobrina, además de su camarera y mayordomo; en Nueva Orleans compró cuatro negros y dos negras, con cuya adquisición tenía completa su servidumbre.() Su sobrina, mademoiselle Louise la llamaban los criados, () vestía siempre de negro, desde el zapato hasta el velo, adminículo <sup>94</sup>. de que hacía uso constante siempre que de su estancia salía, aunque fuera para ir al comedor o al cuarto de la baronesa. Ninguno de los moradores de Nueva Orleans tuvo nunca el gusto de ver su rostro (). Gustaba mucho de pasear sola en el parque, donde a deshoras de la noche se la veía con frecuencia errante, como una dryada <sup>746</sup> en los bosques, vagar con aire meditabundo y melancólico aspecto. Por lo demás, era bondadosa con los criados blancos, afable e indulgente con los negros, caritativa con todos los desgraciados y, así, sus inferiores la respetaban y querían, notándose que la baronesa misma, a pesar de sus años, de sus aires aristocráticos y de su calidad de tía, la trataba con cierta deferencia y consideración. ()

Serían como las ocho de la noche (). La baronesa y su sobrina, ésta, como siempre, con el velo echado, se paseaban silenciosamente por una calle de árboles que se terminaba en la verja misma; la insólita llegada de un carruaje a sus solitarios dominios movió la curiosidad de la tía y alarmó a la joven, resultando de esos diversos sentimientos que la primera se adelantase hacia los viajeros mientras la segunda se retiraba a un macizo de árboles inmediato. Todo eso vieron y notaron el barón y el coronel al apearse del carruaje; mas los esposos, reconociéndose desde luego, corrieron el

uno a los brazos del otro y don Luis, apartándose discretamente, echó a andar por la primera calle de árboles que se ofreció a su vista. A la verdad el barón, pasado el primer momento, recordó que había prescindido de su compañero y volvióse para llamarlo con ánimo de presentárselo en el acto a su esposa, pero ya el coronel había desaparecido. () 95. Oyeron no lejos de ellos un ¡ay! femenino pronunciado con vehemencia y, en seguida, Luisa, rápida como cierva lanzada por los sabuesos, saliendo del macizo de árboles en que se ocultaba, atravesó la alameda en que departían el barón y la baronesa, a la cual dijo al paso con grande agitación algunas palabras al oído. Pocos instantes después, salió Ribera del mismo bosquecillo, como sonrojado:

—¿Qué es eso, coronel, —Le gritó el barón alegremente— apenas llegamos y ya empieza usted a perseguir a las bellezas errantes? Menos emprendedor le creía yo a usted.

() 96. Las habitaciones de recibo y aparato, con el cuarto de la baronesa y el del barón, estaban en el cuerpo del centro y en el piso principal. Mlle. Luisa ocupaba parte del bajo y a Ribera se le destinó una bonita habitación en el pabellón de la derecha.

Aquella noche todo el mundo se recogió temprano y a la mañana siguiente no vio Ribera a sus huéspedes hasta la hora del almuerzo. El barón y al baronesa se presentaron solos: el coronel no creyó oportuno hacer pregunta alguna, aunque no dejaba de tener su curiosidad con respecto a la dama negra de la noche anterior. Tampoco a la comida acudió Luisa (). Nadie en la casa hablaba del negocio y el coronel supuso que sería alguna señora visita de la baronesa la que de él había huido en el parque. ()

Compartiendo el tiempo entre la amable sociedad de sus huéspedes, el estudio de Humanidades o la lectura de la Historia y el paseo, sintiose, si no feliz, que era imposible, por lo menos en un estado de melancólica resignación. () Las noches, sin embargo, eran crueles para el desdichado amante. La oscuridad, el aislamiento, el silencio absoluto, circunstancias todas que conspiran al reposo de los felices, son otros tantos instrumentos de suplicio para el que padece. Las tinieblas se pueblan de sombras fantásticas que representan al doliente del alma ya el objeto que lloran, ya el que le aflige; la soledad acrece las fuerzas del dolor; el silencio se convierte en voz de la fatalidad que repite o predice la desventura; de todo ese conjunto se engendra y forma un fantasma horrendo, sanguinolento, implacable, que nos grita: ¡desesperación! primero y luego ¡muerte! ¡Ese fantasma es el suicidio! Los que tienen un dolor incurable, que huyan de la soledad, que no se fíen de la noche, se lo aconsejamos. ()

97. Una noche, pues, sería pasada una semana desde su arribo a La Luisiana, () sintiose ahogado en su habitación aunque era vasta y ventilada y, bajando con gran tiento las escaleras para no despertar a los que dormían, saliose a pasear al parque sombrío y solitario. () El ejercicio, la frescura, () restablecieron en su estado normal todos los órganos y el sueño (..) comenzaba a oprimir sus párpados cuando la casualidad le hizo fijar la vista en el cenador (). Sabía que nadie habitaba el cenador y decidióse por lo mismo a entrar, esperando hallar el descanso apetecido en un cómodo sofá de muelles que allí había.

Es de advertir que Ribera, sin saberlo, era lo que llamamos en España con impropiedad notable «sonámbulo», porque ese nombre sólo puede aplicarse al que anda dormido y no a los que, como el coronel, lo que hacen es hablar cuando duermen, que éstos debieran de llamárseles somnilocuentes; pero, en fin, sonámbulo o somnilociente, ello es que don Luis hablaba en sueños.

Esto supuesto, proseguimos nuestra relación sin más digresiones: Comenzaban a blanquear ya los albores del crepúsculo matutino en los remotos límites del horizonte americano, cuando, dormido <sup>747</sup> nuestro amante y soñando sin duda con la que siempre reinaba en su corazón y ocupaba su fantasía, como si delante de sus ojos la viera, dijo en voz por la pasión medio sofocada:

—¡Ah! no, ¡no has muerto! Mi corazón me lo decía (). Te he buscado en España y en Francia, te buscaré en América... ¿Que no, me dices? ¡Ah! ¡En España! Bien, volaré a España... En Madrid.

() Y diciendo así y levantándose frenético, arrojose a la ventana del cenador que en frente del sofá estaba y, no hallando a nadie en ella, 98. saltola y corrió al parque y registrolo escrupulosamente, pero fue en vano.() Aquella mañana misma, a la hora del almuerzo, decía Ribera a la baronesa:

—Si tiene usted, señora, qué mandarme para Europa, prepare sus encargos, porque voy a embarcarme. () No hay el menor misterio en mi determinación; si algo hay es debilidad, superstición tal vez, pero no me avergüenzo de ella. () No sé si dormía o estaba despierto, sé solo, (y ríanse ustedes de mí si quieren) pero sé positivamente que mi amada se me ha aparecido. () Mi amada me ha declarado que la encontraré en Europa, en España, en Madrid. ()

## 99. CAPÍTULO XII Sucesos políticos en España de 1830 a 1833.

### Reunión en Madrid

Al dar nosotros la vuelta a Europa con el coronel Ribera, cuyos desgraciados amores nos han hecho atravesar los mares, justo es que echemos una ojeada al estado de los negocios públicos en España y a la situación absoluta y relativa de todos y cada uno de los personajes de nuestro relato, verídico aunque prolijo, o más bien prolijo por no dejar de ser exacto y verídico.

El cuarto casamiento de Fernando VII fue uno de esos hechos visiblemente providenciales, cuya consecuencia es hacer instrumento a un hombre de los designios del Altísimo, precisamente en aquello mismo que, según las deducciones de la menguada previsión humana, nunca de él pudiera esperarse. Fernando, descendiente y sucesor de Felipe V, Borbón por la sangre y por el alma, y que a la Santa Alianza debía la corona, después de Dios y de la heroicidad de los españoles, ocupó, no obstante, los últimos años de su vida en destruir la obra del nieto de Luis XIV, hizo fácil y aun probable un cambio de dinastía y preparó la senda por donde, saliendo la Península de la tutela y liga de las potencias del norte, estrechase los vínculos de sus alianzas naturales, con la Francia o la Inglaterra.

Dos razones poderosas influyeron en su ánimo para lanzarse en la, para él, exótica senda: una, el conocimiento que, más que ningún otro hombre, tenía de la incapacidad para el gobierno y del incurable fanatismo que aquejaba al bando apostólico, cuyo jefe reconocido era su hermano y heredero presuntivo, el infante don Carlos; otra, a nuestro entender decisiva, el amor que supo inspirarle su ilustre y bella esposa, la reina doña María Cristina. Fernando fue siempre con sus mujeres, aparentemente a lo menos, afable y galante; pero la última halló sola el secreto de dominar aquel corazón poco accesible a la ternura, de poetizar un tanto la más prosaica de las organizaciones, de temperar el más refinado e inflexible de los egoísmos. Verdad es que la naturaleza se plugo en dotar a la ilustre princesa de tantas y tan encantadoras prendas, que no sólo el rey su esposo sino los españoles todos, a excepción de los apostólicos, fueron sus admiradores y apasionados desde que verla pudieron. Acusaron sus enemigos de intrigante en la época a que ahora nos referimos, ¡como si una mujer joven, hermosa, amable, de talento e instruida, hubiese menester más arterías que sus encantos para cautivar el corazón de su marido! Lo que hay es que Fernando obró obedeciendo a su corazón desde el enlace con María Cristina hasta el día de su fallecimiento y, como la norma de toda su política vida anterior había sido el odio a los principios liberales, parecía poco natural su conducta, precisamente cuando más lo era.

El 31 de marzo de 1830 se publicó una pragmática sanción, revocando el auto acordado de 10 de mayo de 1715, por el cual Felipe V, rey en virtud de los derechos de una hembra que, por cierto, los había renunciado al casarse, estableció en España la ley sáli-

ca, o sea, la exclusión de las mujeres del Trono. Contradecía el auto acordado, no sólo a la legislación escrita de nuestro país, sino a la tradición histórica, pues que las hembras, desde la restauración de la monarquía en Covadonga hasta el advenimiento de la casa de Borbón, habían gozado del derecho de sucesión legal y realmente. () Así, el rey don Fernando, volviendo a las patrias leyes y costumbres, estaba tan en su derecho y más en la razón que Felipe V derogándolas; pero, a mayor abundamiento, la rehabilitación de las hembras estaba en realidad resuelta antes del último reinado. El año de 1789, reinando Carlos IV, celebráronse Cortes generales del reino en el Buen Retiro y, en ellas, por circunstancias que no es de nuestra incumbencia explicar, se trató de la sucesión a la Corona, decidiéndose elevar, como en efecto se elevó al rey una petición, para que se dignase declarar re vocado el auto de 13. Accedió el monarca a aquella petición por sus ministros y de su orden provocada y, por una pragmática sanción, restableció la ley de partida sobre la sucesión a la Corona; pero mandose, no obstante, que por entonces se guardase secreto en aquel punto, si bien se publicó en Cortes la medida como ley del reino. Téngase presente que la gran Revolución Francesa comenzaba por aquella época: más tarde, asegurada la sucesión en la persona de Fernando, no se creyó oportuno ni era necesario publicar la pragmática sanción, que, sin objeto, hubiera dado lugar a quejas y reclamaciones siempre embarazosas; mas no por estar oculta dejaba de ser ley del reino, firme y valedera <sup>748</sup>. Con todo eso, los absolutistas apostólicos recibierm muy mal aquella medida y el infante, su cabeza visible, resolvió en su ánimo resistirse a su cumplimiento en cuanto sus fuerzas lo alcanzasen. La lucha, sin embargo, se aplazó, tanto porque no había razón para creer que la reina no diese a luz un varón, cuanto porque la revolución de Francia y los sucesos que originó en España dieron harto en que entender a los realistas todos.

101. Desde principios de octubre de 1830, se esperaba oficialmente el primer alumbramiento de María Cristina; y jamás la ansiedad pública ha sido tan general y evidente. () Habíanse establecido baterías en la montaña del Príncipe Pío, en las eras de la Puerta de Atocha y fuera de la de Recoletos o de la de los Pozos, que en este momento no recordamos cuál era de ellas. Las dos primeras estaban servidas por el escuadrón de artillería de la Guardia Real; la tercera por los voluntarios realistas. Según el ceremonial, de antemano prescrito, así que S.M. terminara su doloroso trabajo, debía enarbolarse sobre el Real Palacio el pabellón nacional, caso de nacer un príncipe; una bandera blanca siendo princesa. Verificándose lo primero, era obligación de la batería, situada en la montaña del Príncipe Pío, hacer una salva de veintiún cañonazos; si lo segundo, sólo de doce; y las otras dos baterías debían repetir la misma salva que hiciese la primera.

Por fin, el 10 de octubre a las cuatro y cuarto de la tarde, tronó el cañón en las alturas de la puerta de San Vicente y se oyeron no veintiuno, sino muchos más disparos seguidos: la batería de la puerta de Atocha hizo en seguida la salva correspondiente a príncipe y Madrid se estremeció de alegría creyendo asegurada la sucesión a la Corona

y destruido el germen de la guerra civil. Sin embargo, había nacido una princesa, nuestra actual reina y señora, que el cielo guarde y proteja; la bandera enarbolada fue, como debía ser, blanca; la salva de la montaña de doce cañonazos, como estaba prevenido; el error procedió de que los voluntarios realistas, impacientes y no tan severamente subordinados como debieran, contaron mal los cañonazos y rompieron el fuego fuera de sazón. En consecuencia, el comandante de la batería de Atocha, luego que hubo oído veintiún cañonazos, hizo en regla la salva y engañó involuntariamente a la corte entera.

Diez y seis meses después, dio la reina a luz otra infanta y, aunque engañada dos veces, no por eso se amortiguó la esperanza pública, fundada justamente en la juventud de ambos esposos y en la fecundidad notoria de aquel enlace. Pero Fernando VII, aunque, en efecto, joven, estaba minado por los excesos de sus mocedades o por vicios orgánicos de su constitución. El cielo había decretado que España tuviese una revolución y la revolución surgió precisamente de la causa que, al parecer, debía evitarla. Por lo mismo que la pragmática sanción, no teniendo el rey hijos varones, era, a los ojos de los apostólicos, un atentado contra los derechos de su ídolo, el infante don Carlos, y la reina Cristina, autora de aquella importante medida, la personificación de las ideas revolucionarias, los liberales se hicieron todos partidarios de la reina y esa augusta señora, a su vez, el escudo y amparo del bando proscrito. Fernando VII no podía ser ni liberal, ni amigo de los liberales, pero apartose completamente de los apostólicos, que no fue conseguir poco.

Tal era la situación de las cosas cuando, hallándose la corte en La Granja Real Sitio de San Ildefonso) el 27 de agosto de 1832, tuvo el rey un ataque de gota en la mano derecha, que el 30 se extendió a la rodilla del mismo lado y continuó con apariencias de alivio hasta el 13 de septiembre. En ese día, la enfermedad comenzó a agravarse notablemente y hacia el 20 llegó tan a su apogeo que hubo un momento que se le creyó cadáver al monarca.

Antes el partido apostólico, aprovechando la ocasión con más ansia que moralidad, rodeó a los ministros, aterró a la reina, abatida ya por la enfermedad de su augusto esposo, y arrancó a éste, en sus momentos de agonía, la revocación del decreto de 31 de marzo de 1830, es decir, despojó de su corona a la niña Isabel para ceñírsela al infante don Carlos. Éste recibió, quizá, durante algunos momentos, los homenajes y adulaciones de algunos cortesanos que a poco, cuando la fortuna le volvió la espalda, se mostraron sus encarnizados enemigos y, a juzgar por el aspecto de las cosas, la hija de Fernando VII tenía perdida la sucesión de su padre. Pero el rey no había muerto; la infanta doña Luisa Carlota <sup>749</sup>, que, con su esposo, se trasladó en posta desde Andalucía a La Granja, donde llegó el 23, reanimó a su afligida hermana y los negocios variaron completamente de aspecto.

Con valedero Fernando VII, inauguró, por decirlo así, el periodo preliminar de la revolución el primero de octubre destituyendo a los ministros Calomarde <sup>750</sup>, conde de la Alcudia <sup>751</sup>, Salazar <sup>752</sup>, marqués de Zambrano <sup>753</sup> y López Ballesteros <sup>754</sup>; y nombrando para reemplazarlos, respectivamente, a los señores Cafranga <sup>755</sup>, Cea



Bermúdez, Laborde<sup>756</sup>, Monet<sup>757</sup>, Encima y Piedra<sup>758</sup> y resignando, al propio tiempo, la autoridad soberana en manos de su augusta esposa<sup>759</sup>. En igual día del año de 1823, había el rey firmado un decreto de proscripción general contra los liberales.

El primer acto del gobierno de la reina fue un indulto general a los presos por delitos comunes; noble corazón que se anunciaba por la misericordia. También mandó María Cristina abrir las universidades, cerradas todas por Calomarde en 1830 so pretexto o en razón de que temía las reuniones de estudiantes, gente toda sospechosa de Liberalismo. ¿De quién podía ser el porvenir, de los que, temblando ante la generosa juventud, querían condenarla a perpetua ignorancia o de la mano benéfica que devolvía a las ciencias su cerrados templos? El nuevo Ministerio emprendió su marcha con rigor y sin apartarse un instante del camino que seguir se había propuesto: conservar los principios relativos, pero desarmar a los apostólicos y levantar el yugo que oprimía a los liberales. Así, fueron inmediatamente relevados la mayor parte de los capitanes generales conocidos por su exaltación absolutista, con personas de nombradía, crédito y moderación conocida; pero a casi todos los exonerados se les concedió alguna gracia en compensación, siendo de notar que a González Moreno, el *Verdugo de Málaga*, se le destituyó sin que ni una sola palabra del real decreto pudiese interpretarse en favor suyo<sup>760</sup>.

Pero todo eso era poco: el día 22 de octubre la reina María Cristina eternizó su nombre en la historia española con la publicación de una amnistía para los delitos políticos, «la más general y completa de cuantas (dice el real decreto) hasta el presente han dispensado los reyes»; y, en efecto, era así, aunque por entonces hubo que exceptuarse, «bien a pesar de la reina», a los que tuvieron la desgracia de votar en Sevilla la destitución del rey y a los que «acaudillaron fuerza armada contra su soberanía»<sup>761</sup>. No nos detendremos a describir el efecto que ese decreto produjo en España: catorce años no son espacio bastante para que sensación tan honda y universal haya desaparecido de la memoria de nuestros lectores. Sólo diremos que nunca nombre alguno recibió tantas y tan merecidas bendiciones, nunca persona de soberano fue tan entusiastamente amado, como en el año de 1832 el nombre y la persona de la reina Cristina. A la verdad, en medio del gozo universal, los apostólicos tasocaban el freno, amontonando combustibles y preparando las antorchas para el funesto incendio de la guerra civil que nos preparaban ().

Tal era la situación en España cuando de vuelta de Norte América llegó a Madrid el coronel Ribera, creyendo, con la fe de un hombre apasionado, encontrar en la coronada villa, más tarde o más temprano, a su cada vez más amada Laura. Mas, por el momento, sus esperanzas salieron fallidas: el palacio del barrio de los Afligidos estaba desierto y nadie sabía aún el paradero de la hermosa mejicana.

La marquesa de Sotoverde, a quien una enfermedad aguda, efecto de su frenesí por Ribera, había sola impedido que le siguiese como se lo había propuesto, intentó en vano recobrar su fugitivo imperio sobre un corazón que tenía dueño; y el barón de

Peñahonda, que, como buen cortesano, caminaba siempre de cara al sol naciente, tenía demasiado que hacer navegando entre dos aguas, esto es, entre los realistas y los cristinos, que ese nombre tomaron los liberales, para ocuparse en otra cosa.

La vieja Catalina, muerta en la cárcel agobiada por la miseria y por los remordimientos; don Ángel presintiendo, con tacto seguro, la revolución próxima a estallar, regocijándose como el sabueso con los vientos de la caza y, desde que supo la llegada a la corte de Ribera, dio de ello aviso a Mendoza. Éste y Leoncio, apenas publicada la amnistía, dejaron París y, a mediados de noviembre, se hallaban instalados en el palacio del príncipe de Ribera. ( )

Visitó al coronel Ribera a entrambos, comprendiendo la necesidad de conservar relaciones con ellos por si Laura parecía. Pero Mendoza, al paso que personalmente intimaba su trato con don Luis, persuadió a Leoncio a que se mostrase con él tan marcadamente frío, que no pudo nuestro amante dudar de que se le recibía por compromiso ( ).

A principios de noviembre, ocupándose el ministro de la guerra <sup>762</sup> en el importantísimo trabajo de colocar al frente de los cuerpos del ejército jefes que le inspirasen la necesaria confianza, tuvo ocasión de ver el expediente de Ribera, a quien, por otra parte, conocía de reputación. Los antecedentes del amante de Laura eran tales que no sólo de un destino activo, sino de un ascenso le hacían digno; pero como sus opiniones políticas eran para todos un misterio y precisamente entonces no era posible prescindir de aquel dato, llamó al ministro para oír de su boca por qué se había separado del servicio al principiarse aquel año. Don Luis era hombre que sabía callar las cosas por su naturaleza reservadas, pero incapaz, al mismo tiempo, de disfrazar sus sentimientos cuando categóricamente le interrogaba sobre ellos quien para hacerlo tenía derecho. Respondió, pues, sin vacilar al jefe; y respondió diciendo la verdad lisa y llanamente. Su antiguo regimiento estaba por casualidad en Madrid de guarnición; el ministro tenía resuelto destituir al coronel que lo mandaba, que era un fanático carlista y, en su consecuencia, fue Ribera reintegrado en su anterior destino, con satisfacción unánime de oficiales y tropa.

El primer día de enero de 1833, a las doce de la mañana, un coche de camino se paró a la puerta del palacio del barrio de Afligidos. De él salieron dos señoras, una de ellas vestida de luto riguroso: era <sup>763</sup> la baronesa de la Rocheblieu y su sobrina Luisa. Preguntaron por Leoncio: éste, que acababa de levantarse de la cama, se apresuró cortésmente a recibir las y lo hizo en el gabinete que conocemos. Luisa llevaba siempre su velo negro, que la cubría hasta la cintura, y guardaba el más profundo silencio; la baronesa, que llevaba la palabra, rogó a Leoncio que mandase retirarse a los criados y cerrar las puertas. Hízolo atónito el gentilhombre y, cuando las damas vieron que con él se hallaban enteramente a solas, Luisa, acercándosele, alzó el velo y fijó en él sus bellísimos ojos.

105. —Dios mío —Exclamó aterrado y palideciendo Leoncio—, ¿es Laura o su sombra!

—Es Laura, —Contestó su hermana, que ella era, en efecto— es Laura, cobarde y vilmente abandonada por ti en la noche del 29 de julio en París; Laura, a quien salvó una casualidad feliz; Laura, que ha recobrado su libertad, y vuelve a su casa, no a la tuya. ¿Lo entiendes bien, Leoncio? Vengo a mi casa, no a la tuya. Viviremos juntos, por evitar escándalos; pero soy libre, sin más freno que el de mi honra, que guardo más celosamente que tú la tuya. Al menor síntoma de tiranía de tu parte, estoy pronta a rebelarme; ya sabes que ni carezco de medios de defensa, ni de valor para usarlos. Durante mi ausencia he sido lo que siempre, Laura de Valleignoto; pero no me pidas explicaciones porque te las negaré. Este luto que visto es por mi... por mi marido... que murió en París el 29 de julio. ¿Aceptas? Puedes quedarte en esta casa. ¿Rehúsas el contrato? Sal de ella en el instante.

Leoncio escuchaba aterrado (). Conociendo el nativo orgullo de la hermosa mejicana y, por experiencia, sus poéticas ideas en punto a honra, no era de temer que con su conducta le comprometiese en ningún modo; y, a mayor abundamiento, se dijo aquel hombre menguado: «Esta no ama a nadie, y estoy a salvo; o ama a Mendoza, y de ése no puedo librarme; o ama a otro, y Mendoza le guardará como él sabe hacer las cosas».

—Acepto cuanto tú quieras, Laura, pero en punto a nuestra separación en París... ()

—No añadas la mentira a la cobardía.

() Mendoza, que aquella misma tarde supo la llegada de Laura y la vio al día siguiente, vio el cielo abierto y se propuso no volver en su vida a perderla de vista.

Ribera, informado algo más tarde del fausto regreso de su amada, se hubiera de buena gana presentado en su casa; pero el capitán revolucionario se opuso a ello so pretexto de que sería alarmar a Leoncio y aun ofender a Laura, cuyo orgullo no podía menos de resentirse de que el coronel se declarase abiertamente su amante a riesgo de comprometerla. Cedió, pues, el pobre don Luis a la necesidad, con gran sentimiento de su amada, quien, ignorando el artificio de Mendoza, achacaba a pueril timidez de aquél lo que era obra de la perfidia de éste.

En tal estado cogió a los actores de esta pendiente historia la noche del 29 de septiembre del año de 1833. <sup>764</sup>

EL  
**PATRIARCA DEL VALLE,**

NOVELA ORIGINAL

POR D. PATRIGIO DE LA ESCOSURA

TOMO II.



MADRID: 1847.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO GABINETE LITERARIO  
DE DON F. DE P. MELLADO. CALLE DEL PRINCIPE N. 25.

## LIBRO SÉPTIMO

### EMANCIPACIÓN

#### 107. CAPÍTULO I. Revista retrospectiva

Comenzamos la narración de nuestra peregrina, verídica y quiera el cielo que interesante historia, no por el principio, que eso fuera tan natural y lógico como vulgar y poco artificioso, sino tomando las cosas y personajes como estaban a los seis años de haberse conocido Laura y el coronel Ribera o a los cincuenta y tantos después de la entrada de don Simón de Valleignoto en el cuerpo de Guardias de la real persona. En un período, pues, de medio siglo, hemos seguido la marcha de los sucesos públicos de España cuanto lo exigió la índole de los particulares de que somos fieles coronistas<sup>765</sup>; y el lector conoce hoy, si nuestra tarea no ha sido estéril, la historia al por menor de todas y cada una de las personas que desempeñan un papel de alguna importancia en el pendiente relato. () 110.

Ahora permítasenos parar un momento la consideración en el sentido moral de los acontecimientos: considerar filosóficamente, si para un novelista no es pretensión altanera, las cosas y las personas. Por una parte hemos visto al patriarca del valle, todo fe y sentimiento religioso, pero con la pretensión de salvar los escollos inevitables de la vida o, mejor dicho, de hacérselos salvar a sus descendientes, educándolos en principios de severo ascetismo y para la vida solitaria y de meditación. Por otra, a don Simón, impregnado en las teorías filosóficas del siglo XVIII, creer bastante la ciencia y la riqueza para su dicha, y adoptar en la crianza de su hija el principio del aislamiento, sin curarse de hacerla religiosa. Mendoza, incrédulo por fanatismo político, lo fía todo en su perseverancia y talento, y es fatalista al mismo tiempo; don Ángel, ateo corrompido, atesora, conspira, roba y mata sin escrúpulo y a la naturaleza del tigre reúne la astucia de la zorra. La marquesa, idólatra del placer, esclava de sus sentidos, entrégase sin freno a todos sus desordenados apetitos. Leoncio, bajo y egoísta, no es bueno nunca ni jamás osadamente malo; juguete de todos sin amar a ninguno, hace víctima a Laura de su cobardía, lo es él de la marquesa y se degrada sin fruto. Peñahonda, reptil asqueroso, se arrastra porque tal es su naturaleza. Laura, casta, virtuosa, discreta, sensible, hermosa sobre toda ponderación y Ribera, digno de ella, luchan con su aciago destino y luchan inútilmente.

Tal es el cuadro que hemos trazado. ¿Por qué son todos sus personajes infelices a pesar de consagrarse exclusivamente a buscar la felicidad? ¡Ah! ¿Por qué la desdicha es la suerte inevitable del hombre en este valle de lágrimas? Porque felicidad y perfección son sinónimos moralmente hablando y la perfección no existe más que en el seno del autor de la naturaleza. Pero ni aun a la felicidad relativa, única posible en este mundo se acercan nuestros personajes. ¿Por qué? Dirémoslo sin rodeos, porque

la buscan fuera de sí, porque la quieren en condiciones imposibles. ¿Y en qué consiste la felicidad? En el contentamiento del que la disfruta; en la tranquilidad de su conciencia; en el equilibrio entre sus medios y sus necesidades; en la relación conveniente entre la realidad y sus aspiraciones. Ahora bien, la conciencia no está jamás tranquila sino cuando, humillándose el hombre ante la revelación divina, redime sus culpas con la fe y con el arrepentimiento; no hay equilibrio entre los medios y las necesidades más que cuando la fe modera los apetitos; para que la realidad iguale a las aspiraciones del alma, es indispensable que la fe nos haga entrever los inefables goces de una vida inmaterial y eterna.

Pues don Simón era escéptico; Mendoza incrédulo, inmoral; don Ángel ateo, perverso; la marquesa, la personificación del libertinaje; Leoncio asqueroso, egoísta; Peñahonda, vil cortesano, ¿cómo ni por qué habrían de ser felices?

Laura hubiera podido serlo; pero en parte pagaba las culpas de su padre, y en otra las de su humano orgullo. Misterio incomprensible para el entendimiento humano es, sin embargo, cierto que, salvo rarísimas excepciones, los errores, los extravíos, las culpas de un hombre pesan las más veces sobre sus descendientes. La fe, que es un sentimiento que avasalla la razón, fuera de los casos en que a la misericordia divina place hacer un milagro, es obra exclusiva de los primeros años de la vida; quien entonces no la adquiere, quien no cree sin ocurrírsele que no creer sea posible, quien para creer ha menester discurrir, ése nunca tiene fe, volvemos a decirlo, a menos de un milagro de gracia. Así, Laura, a su pesar, oponía los ratiocinios a los misterios y, hallando en su razón un obstáculo invencible a la creencia, manteníase incrédula sin ser impía. Aquella mujer no rechazaba ninguno de los preceptos morales de la religión católica; no era, pues, interesada en su incredulidad como la de muchos, que niegan la virtud sólo para practicar el vicio más a sus anchas; antes por el contrario, respetando y obedeciendo las leyes de la suprema sabiduría, en esa parte, esto es, huyendo del mal, buscando el bien, inmolándose en cumplimiento de sus obligaciones, Laura tenía todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas de los creyentes. Supongámosla por un momento iluminada por la luz santa de la fe y veremos convertidas en dichas todas sus desgracias; considerados en globo sus padecimientos, sirven de expiación a la desobediencia con que causó la muerte de su padre; mirándolas a cada uno <sup>766</sup> de por sí, son otras tantas penitencias que, peldaños de la misma escala, acortan la distancia que de la felicidad eterna la separan. Mas no: Laura es incrédula y cuanto padece es, a sus ojos, una horrible injusticia de la suerte; ella, la más desdichada de las criaturas que la luz ha visto. La desesperación debiera ser el término de sus males pero, dichosamente, la hija del indiano tiene claro entendimiento, poética fantasía, alma grande, corazón sensible, dotes incompatibles con el helado ateísmo. Así, Laura siente, adivina, comprende por instinto la existencia de un ser inmenso, perfecto, omnipotente, misericordioso; por tanto, justo, necesariamente; y creer en Dios y confesarlo es también reconocer un alma inmortal, independiente del

cuerpo superior a su terrestre deleznable naturaleza; es, en fin, esperar otra vida, es algo, en fin, en la esfera de la fe y de la religión. Por eso vivía, por eso luchaba la hermana de Leoncio: mas era infeliz porque no era creyente.

En cuanto a Ribera, abandonado a sí mismo desde los primeros 112. años de la vida y entregado continuamente al ejercicio de su profesión, había meditado poco en materias religiosas. Por instinto era honrado, generoso y noble; militar y joven, sin entregarse desenfrenadamente a los vicios, pagos, sin embargo, tributo; hombre del mundo, vivía, sentía y obraba según el espíritu del siglo y, en resumen, era uno de tantos indiferentistas en religión como conocemos todos. La primera y más seria contradicción que experimentó en su vida fue la imposibilidad de acercarse a Laura; hízolo padecer mucho sin duda su mala ventura en amores, pero no lo bastante para que en su corazón germinasen los sentimientos religiosos. Sin embargo, el coronel era el menos desgraciado de todos nuestros personajes.

Réstanos hablar del patriarca, a quien, ciertamente, no faltaban ni la fe ardiente, ni la piedad sólida y la resignación cristiana y, sin embargo, era bien infeliz. ¿Cómo explicar este fenómeno?, preguntará alguno. Muy fácilmente, responderemos nosotros, muy fácilmente: Simón estaba próximo al martirio, su corazón flaqueó a vista del suplicio y pidió su mal pidiendo que se le prolongase la vida; fue temerario presumiendo de los medios humanos lo que sólo alcanzaran los divinos. Porque, en resumen, ¿cuál fue el pensamiento del patriarca? Inutilizar con respecto <sup>767</sup> a sus descendientes la marcha de los acontecimientos, la sucesión de los siglos, las leyes mismas de la naturaleza; porque eso y no otra cosa, era pretender que los Valleignotos renunciasen *a priori* al mundo, conformándose desde sus primeros años a la uniformidad ascética de la vida solitaria. Faltole, pues, al patriarca, la humildad absoluta y de allí sus padecimientos.

Si alguno de nuestros lectores encuentra prolijo y poco entretenido este capítulo, sírvase perdonarnos, nuestro propósito exigía absolutamente que lo escribiésemos; pero al que por entretener algunas horas de ocio tome este libro en las manos, le es lícito saltar algunas hojas, con lo cual podrá evitarse el fastidio que nuestras reflexiones morales le causarían.

## CAPÍTULO II. El adolescente. Explicaciones

Cuatro años pasados en un colegio de Suiza habían transformado a Pedro, el pastorcillo del valle, en un bello y elegante joven que, a la instrucción posible en su temprana edad de dieciocho años y a la apasionada vehemencia de su carácter meridional, unía una devoción sincera y cierta tinta melancólica que realzaba los encantos de su persona. Laura le había sacado del colegio y traído a su casa del barrio de Afligidos apenas regresó de Norteamérica. ()

113. La impresión que en Mendoza produjo la presencia del mancebo en el palacio de Valleignoto fue por su naturaleza tan complicada, que no sabemos si acertará nuestra pluma a explicarla con la claridad conveniente. () Las miradas francas y penetrantes de Pedro, sus palabras sencillas, sus máximas inexorables de horror al vicio y de entusiasmo por la virtud producían en el ánimo del capitán una impresión insólita de malestar, desasosiego y, a veces, de temor profundo. () 114. «La fatalidad, pensaba, dio a ese muchacho una voz que afecta singularmente mi sistema nervioso y una mirada que me turba. Pero si le temo, porque en verdad le temo, no es ciertamente por esos accidentes puramente físicos, no: es porque veo en él un rival poderoso (). Entre ella y él hay algún lazo desconocido. () Pedro está enamorado de su protectora y lo está sin saberlo, quizá (). Y Laura, tan joven, tan amante por naturaleza, ¿podrá mirar con indiferencia a ese gallardo adolescente? Difícil es; y quizá para burlar la vigilancia de su hermano y la mía, más temible aún, nos ha traído a casa un amante con el nombre de hijo adoptivo». () Ciertamente, Pedro era tal como le veía Mendoza <sup>768</sup>; ciertamente, su corazón, su alma, su vida eran de Laura (). Hasta aquí, pues, raciocinaba bien Mendoza; pero, desde aquí, deliraba.

Laura, en primer lugar, tenía en el alma una pasión indestructible que Mendoza, conociéndola, olvidaba fascinado por los celos; pero, aunque no amase a nadie la hija del indiano, ¿había de enamorarse de un niño incapaz de protegerla y, lo que es más, en necesidad de ser por ella protegido? Creer tal cosa rayaba en lo absurdo. El corazón de Laura era demasiado magnánimo, su fantasía hartamente poética, para que amar pudiera más que a un hombre capaz de ampararla, digno de comprender los tesoros de ternura en su alma depositados, a la altura, en fin, de aquel espíritu de primer orden.

La superioridad del hombre en sus relaciones con la mujer, no es como quiera un hecho, sino un hecho lógico, el resultado de la naturaleza de entrambos, el efecto de una ley divina. Así, es ordinario en la vida, si no común, que se enamore el varón provento de la 115. doncella apenas salida de la niñez; él encuentra un ser débil, pero bello, que engalana y ameniza su vida, ella un escudo contra las tempestades de la vida. La hiedra flexible busca el tronco robusto que la sostenga, nunca la mimbre tanto o más débil que ella misma. Mujer que escoge un hombre de menos edad que ella por amante o por compañero, obra, en general, por vicio o por mal entendido egoísmo: en todo caso sin juicio y en contra de su dicha. Laura, pues, no estaba por ningún concepto en el caso de enamorarse de Pedro.



() Pedro, en resumen, vivía por Laura; ésta le amaba maternalmente; Leoncio, detestándolo, disimulaba su odio; Mendoza, simpatizando con él, le temía; don Ángel tenía resuelto perderle. () Leoncio, por ambición y egoísmo, minaba el terreno para emanciparse; Mendoza pugnaba por someter a Laura; Laura, por conquistar su independencia; don Ángel, en favor de Mendoza y en contra de todos los demás, sembraba la cizaña y atizaba el fuego de la discordia; Manuela, que pasó desde Granada a reunirse a su señorita en los Estados Unidos, al lado de Laura, desafiaba al mundo entero y Pedro, atento a los sucesos, que apenas comprendía, meditaba en silencio un proyecto de que tendremos ocasión de hablar en lo sucesivo.

En medio de tan complicada trama vivía también la baronesa de la Rocheblieu, que, habiéndose aficionado con extremo a Laura, consintió sin dificultad en abandonar los Estados Unidos y trasladarse con ella a la corte de España. Su edad, su talento, su alta posición social y su excelente índole hacían de ella una amiga preciosa para nuestra heroína, que, no habiendo conocido a su madre, asió con anhelo aquella ocasión de reemplazarla que la fortuna la deparaba. Aparentemente, la baronesa se mantenía neutral en la lucha interior de aquella familia; en realidad, con sus claras luces e ilustrada experiencia, contribuía poderosamente a calmar los ánimos, a que las apariencias se salvaran y, sobre todo, a poner un dique al torrente de la pasión de Laura, que amenazaba ya desencadenarse.

Porque, en verdad, nuestra heroína podía ya apenas contenerse a sí propia, tanta era la intensidad que en seis años de continuos y dolorosos combates con su llagado corazón, había adquirido el incendio cuya primera chispa vimos en el baile de las Tullerías. Desvanecida la sospecha de que Ribera fuese casado, vista su poco frecuente constancia y, sobre todo, la delicadeza nunca desmentida de su conducta, difícil fuera que dejase de prendarse de él una mujer naturalmente a su favor prevenida; pero, a mayor abundamiento, aquella mujer se hallaba rodeada de enemigos, era víctima de sucesos inauditos, tenía continuamente un abismo en perspectiva; y la única persona que se le presentaba dispuesta a consagrarse a su felicidad era el coronel en quien concurrían todas las prendas necesarias para protegerla eficazmente. 116. () Ocurrió el lance de París y Laura se vio libre. ¿Por qué no voló entonces a unirse a Ribera? Al que tal pregunte le decimos que ignora los misterios del pudor, que desconoce la dignidad de la mujer, que confunde el amor con el más torpe apetito.

Pero expliquemos la libertad de Laura, que fue como a referir vamos sucintamente: La cochera en que se ocultó, huyendo de la sangrienta escena de su casa aunque para presenciar un horrendo asesinato, pertenecía a un antiguo cochero del barón de la Rocheblieu, que, con sus economías y el generoso auxilio de su amo, fundó en ella un establecimiento de coches de alquiler de los que en París llaman *de remise* <sup>769</sup> para distinguirlos de los estacionados en la vía pública y que de éstos aventajan infinito en decencia y comodidad <sup>770</sup>. Aunque criado y favorecido de un grande, era Riflau, así se llamaba el ex cochero, ardiente republicano, y tomó en las tres jornadas su parte

muy activa, combatiendo con valor y buena fortuna. Mas sus opiniones políticas no le estorbaban conservar intacta la memoria de los beneficios recibidos. Así pues, cuando, al retirarse a su casa abandonada durante tres días, al amanecer del treinta, encontró disfrazado de jornalero al ayuda de cámara del barón, que le dijo: «Riflau, la señora tiene que emigrar: no encuentra carruaje, los suyos están en París y quizá no los dejarían salir. ¿Quieres tú, que como patriota no serás sospechoso, venir a servirla?», contestó sin vacilar: «A servir a los amos voy yo siempre, aunque sea al infierno». () Y diciendo así corrió a la cuadra, desde donde, guarnecidos sus mejores caballos, se trasladó rápidamente a la cochera. 117. En ella y en el fondo de la berlina consabida yacía Laura, presa de un fiebre violenta e incapaz de movimiento, palabra o gesto.

Cuando Riflau () enganchó los caballos a la berlina sin tomarse la molestia de examinar el interior del carruaje, Laura acababa apenas de recobrar los sentidos. () Singular era su situación: enferma, llena de espanto, desprovista de todo, sentíase llevar lejos de su casa y familia para ir ¿adónde? Imposible conjeturarlo. Mas era tal el horror que don Ángel la inspiraba, tan profundo el desprecio que por Leoncio sentía, que, tomando su resolución en breves instantes, exclamó: «() No seré, ciertamente, más desdichada que con esos malvados». La berlina llegó al parque de Saint-Cloud <sup>771</sup>; Riflau, que la conducía solo, hubo de entrar en el palacio para que la baronesa supiera que estaba pronto a servirla y Laura, entretanto, sacando fuerzas de flaqueza, abrió la puertecilla y salió del carruaje. Una sola ojeada le bastó para reconocer aquel Sitio Real () y, formado su plan de operaciones con serenidad admirable, pudo penetrar en la real residencia. Habíase acordado de la baronesa, única persona de sus antiguas relaciones a quien visitó al llegar a París por segunda vez y con quien simpatizaba singularmente; y la buscaba para suplicarla que la amparase. () Después de preguntar inútilmente por ella a un sinnúmero de criados y cortesanos () tropezó por fin, en un largo corredor del piso segundo, con el cochero mismo que, sin saberlo, acababa de traerla de París.

—¿La baronesa de Rocheblieu, si usted gusta? (*s'il vous plaît*) —Le preguntó Laura.

—() La señora baronesa está en el cuarto penúltimo de 118. la izquierda ().

—¡Gracias! —Exclamó Laura y, echando a correr, penetró sin ceremonia en el cuarto designado. ()

Entendiéronse pronto las dos amigas y quedó convenido que Laura seguiría a la baronesa sin dar cuenta de ello por el momento ni al barón mismo. () Es de advertir que Laura, habiendo escrito a su fidelísimo don Justo, no carecía de medios para sostenerse y que exigió absolutamente de la baronesa que a todos los gastos de viajes y casa había de contribuir con su bolsillo. A consecuencia de sus órdenes, se vendió la casa de Granada y Manuela se embarcó para los Estados Unidos. Porque Laura pensaba establecerse allí definitivamente y pasar por muerta para su hermano y perseguidores. Con respecto a Ribera, otros eran positivamente sus deseos y quizá también sus planes, pero ¿cómo hallar a aquel hombre? ()

En tal estado se hallaban las cosas cuando llegaron a Nueva Orleans el barón y don Luis; conoció a Laura, que, en memoria suya, había tomado el nombre de Luisa, apenas le vio en el bosquecillo del parque, y mandó luego a la ciudad a Manuela para evitar un encuentro que la descubriese. () La noche del sueño en el pabellón, don Luis vio en la ventana realmente a Laura y de su boca, en efecto, recibió la orden de trasladarse a Madrid. () En consecuencia de aquella escena y más enamorada que nunca, resolvió Laura regresar a sus lares. () 119.

Ahora, anudando el hilo, digamos que Ribera, engañado por Mendoza, no osaba acercarse a Laura y Laura, más contenida por los buenos consejos de la baronesa que por su nativo orgullo, no osaba tampoco buscar a su amante; pero el uno y el otro, aunque de lejos, se seguían y observaban recíprocamente.

La hija de Valleignoto, en particular, servida con tanto celo como actividad por la intrépida y discreta manola que tanto hemos mencionado, sabía por instantes los pasos y la vida del enamorado coronel. () Conociendo a fondo la perfidia de Mendoza y de don Ángel, y viendo a su amante entregado sin reserva ni desconfianza al primero, receló desde luego que en alguna horrenda trama le envolviese. Por eso, el día 29 de setiembre, informada por Manuela, que tenía establecido un sistema de espionaje en forma, del viaje a Carabanchel de Mendoza y de Ribera, y de que éste se había quedado en la Puerta del Sol, mientras el otro fue a casa del banquero Minarica; sin escuchar los consejos de la baronesa ni de la misma Ma-<sup>772</sup> nuela, disfrazose y acudió a ver por sí misma lo que acontecía; con lo cual, si, en efecto, consiguió hacer un servicio a su amante por medio del billete anónimo, estuvo muy a pique de comprometer cruelmente su propia persona.

### CAPÍTULO III. La visita

Muy entrada la mañana del 30 de septiembre de 1833, se dio orden a los cuerpos situados en diversos puntos de la capital de retirarse a sus cuarteles respectivos, disponiéndose al propio tiempo que la tropa no saliese de ellos y cierto número de jefes y oficiales permaneciese, igualmente, de retén. Los que tuvieron la suerte de quedar libres apresuráronse a buscar un descanso que preveían no sería muy largo; pero nuestro enamorado coronel, que desde el momento en que mandó arrestado al joven poeta había permanecido absorto en sus meditaciones, en vez de encaminarse a su propia casa, se dirigió a caballo y al trote a la del comandante general apenas echaron pie a tierra los escuadrones de su regimiento, reemplazándole en el mando su teniente coronel mayor. Acababa el general en jefe de acostarse; Ribera, sin embargo, insistió en que se le pasara recado ( ): 120.

—¿Qué quiere usted, Ribera? ( )

—Tengo que pedir a usted una gracia: la libertad de un joven imprudente que anoche no pude menos de poner preso y a disposición de usted <sup>773</sup>.

—Sí, el poeta La Flor.

—El mismo: sus pocos años le disculpan.

—¿Y por qué no le disculparon ante usted?

—Porque a mí, como subalterno, no me toca el derecho de hacer gracia.

—Es decir, que usted se puso a cubierto y quiere que yo... No, ami- 121. go. ( )

—Si usted me niega la gracia que le pido, estoy resuelto a dejar el servicio ahora mismo. ( )

—Hago mal y no está en mis hábitos la debilidad. Sin embargo, no quiero desesperar a un oficial como hay pocos —Exclamó el general incorporándose en la cama; y escribió la orden por Ribera tan ardientemente deseada.

Dióle el coronel las gracias, casi con las lágrimas en los ojos, tan sentida era su gratitud y, montando en seguida a caballo, en pocos minutos se puso a la puerta del cuartel de Guardias de Corps. Allí, avistándose con el oficial comandante de la guardia de prevención, a cuyo cargo estaba el preso y mostrándole la orden del general en jefe, concertó lo que debía hacerse y regresó entonces a su casa. Mas tampoco fue para descansar, pues, almorzando breve y compendiosamente después de tomar un baño, púsose a vestir, aunque de uniforme, con más esmero y pretensiones de lo que estaba en su costumbre hacerlo.

A la una y media de la tarde entraba en su coche; a las dos menos cuarto se apeaba a la puerta del palacio de Valleignoto, a cuyo portero preguntó en voz trémula, a pesar de los esfuerzos que para serenarse hacía:

—¿La señora está en casa? ¿Recibe?

—No tengo órdenes —Contestó el criado—. Suba V.S. y el portero de estrados le informará. () 122.

En la antesala, repitiendo las mismas preguntas que al portero hizo, oyose responder: “La señora está en casa, pero no sé si recibe. ¿A quién anunciaré?”. Incapaz de proferir una sola palabra, alargó Ribera al criado una de sus tarjetas y permaneció inmóvil esperando la vuelta de aquel hombre ().

Cuando por vez primera hablamos de la casa de don Simón de Valleignoto en Madrid, dijimos que en ella era el servicio metódico y ceremonioso (). Heredera de tales hábitos y además naturalmente altiva, la hermosa mejicana hacía observar en su casa con gran rigor las leyes de la subordinación doméstica, sin que el favor que a Manuela dispensaba relajase en lo más mínimo la disciplina del palacio de Valleignoto. () Así pues, a todas horas del día y de la noche reinaba en aquella casa el más profundo silencio; cada cual estaba constantemente en su puesto y atendiendo a su obligación; la librea no pasaba, sino llamada, de los recibimientos; los porteros de los estrados, de media y calzón negros con casaca del mismo color, ocupaban las antesalas y, desde allí en adelante, servían en el departamento de Leoncio las ayudas de cámara, en el de Laura las doncellas de labor y tocado. Orden, de tan buen tono como poco frecuente en España, facilitando el servicio y evitando toda confusión, redundaba en provecho de amos y criados, y da consideración a la casa; pero es muy poco del gusto de nuestros domésticos.

() Con la tarjeta del coronel en la mano, entró el portero de estrados hasta la antecámara de su señora, donde, entregándosela a una doncella, esperó a que le dijese qué respuesta debía dar al visitante. () 123. “Que pase el señor coronel Ribera”. 124. () Ribera fue conducido hasta la puerta del segundo salón por el portero; desde allí por la doncella hasta el gabinete donde le dejó la criada, diciéndole: «La señora ruega a V. S. que se sirva esperarla un instante. Está concluyendo de peinarse.» Inclínose el coronel en señal de asentimiento y retiróse la doncella, echándole una mirada que, si no nos engañamos, significaba: «Vamos, es buen mozo: no me sorprende que con tanta prisa le haya mandado llamar, así que ha visto su tarjeta». La mujer que crea engañar a sus criados en negocios de galantería se lleva grandísimo petardo.

Mientras, Laura () más bien se tomaba tiempo para reponerse de la sorpresa de tan inesperada visita, que atendía a su inconcluso peinado; Ribera, ebrio de amor y de esperanza, examinaba con delicia el gabinete que, como el de Julia para su maestro <sup>774</sup>, era a sus ojos un verdadero santuario y a los de cualquier otro hubiera parecido también el templo de la belleza y del buen gusto. Era la forma de aquel gabinete un octógono regular; sus paredes todas estaban revestidas del zócalo a la cornisa de una tela de seda azul celeste, sutilmente labrada con un enramado de blancas flores que parecían naturales jazmines; sobre la cornisa dorada, se alzaba 125. una elegante y ligera cúpula pintada al fresco y recibiendo la luz por las ventanas laterales, cerradas con vidrios

de medios colores hábilmente matizados. De la clave de la media naranja, pendía un cordón de seda del mismo color que la <sup>775</sup> de las paredes y, de él, una lámpara de alabastro diáfano como el cristal raspado y con adornos de exquisita escultura.

Frente a la puerta por donde entró Ribera había otra igual, ambas en forma de arco gótico y cubiertas, a lo interior, por tapices de los mejores que nunca ha labrado la fábrica de los Gobelinos en París, con las armas de Valleignoto en una y las de Montefiorito en la otra. () Ocho pilastras de madera de limoncillo americano, en cuya superficie se veían hábilmente embutidas planchas de porcelana de Sevres representando en sus pinturas asuntos mitológicos, marcaban los ángulos internos del octógono y, en los cuatro lados de éste que no tenían hueco, un zócalo del mismo género que las pilastras se descubría donde no lo ocultaban las pilas de almohadones orientales que reemplazaban a nuestras europeas sillerías. () En el centro, sobre un velador de porcelana, veíase una columna salomónica de cristal de roca sosteniendo una esfera de esmalte azul tachonada de estrellas de plata y con una faja o zodíaco donde estaban marcadas las horas del día: era el reloj de sobremesa. Un sol de oro, corriendo el zodíaco, señalaba las horas y minutos. Algunos libros, un abanico de plumas y varias fruslerías femeniles estaban esparidas sobre el velador <sup>776</sup>. Media docena de elegantes sillas completaban los muebles de aquella estancia predilecta de Laura donde jamás logró penetrar Mendoza, muy pocas veces se recibía a Leoncio y nunca, por consiguiente, a los extraños. Franquearle, pues, la entrada al coronel, era ya un favor insigne, pero ignorábalo el agraciado y, por tanto, sentíase cada vez más temeroso del éxito de su empresa, aunque no arrepentido de haberse resuelto a acometerla.

Laura, en fin, entró en el gabinete sin acabar de peinarse, envuelta en una graciosa bata de batista guarnecida de encajes, roja como un carmín, pero benévola también y risueña hasta cierto punto. 127. Ribera, () quiso hablar y, no pudiendo, limitose a saludar con una profunda reverencia. Laura, que tampoco estaba muy serena, con un gracioso ademán le invitó a tomar una silla y sentose en el diván 126. más inmediato a la puerta. () Laura rompió la primera el silencio, diciendo:

—Había dado orden de que no se recibiese a nadie, pero al ver su tarjeta de usted, aunque sin peinar, varié de pensamiento. A la verdad el traje no es muy de ceremonia, pero en fin...

—() ¡Ah, señora! ¡Los ángeles no han menester ataviarse!

A tan directa y sentida exclamación no acertó Laura a contestar palabra () y un blanco pañuelo y la llavecita del tocador que en la mano llevaba, sufrieron la pena del delito que no habían cometido, puesto que la una fue mordida y el otro retorcido sin misericordia. En tanto, el pobre coronel, conociendo que había cometido una imprudencia grandísima rompiendo el fuego de improviso y poniéndose a batir en brecha una plaza antes de reconocerla, se vengaba, en el sombrero, de su propio delito, que así es como administramos justicia los mortales. Pero la hija del indiano, mujer al fin, tardó poco en recobrarle ():

—¿Y no podré yo saber a qué debo la honra inesperada de esta visita? ()

—Ruego a usted que me perdone —Respondió Ribera procurando dominarse—. Debiera haber empezado disculpando la osadía de presentarme a mí mismo en esta casa, pero quizá merece alguna indulgencia la expresión involuntaria y sincera, aunque imprudente, de un sentimiento reprimido y no sofocado durante seis años, seis siglos de inexplicable tormento.

La cabeza de Laura bajó algunas líneas más que antes, el pañuelo sufrió otra vuelta de tormento, la llave fue de nuevo mordida y don Luis prosiguió:

—Perdóneme usted, () mas si a tanto me atrevo es, en primer lugar, para dar a usted una buena noticia. () Eduardo de La Flor está en libertad y yo soy, señora, quien se la ha procurado.

—Señor don Luis, no comprendo lo que usted me dice. () 127. No alcanzo por dónde presume usted que la libertad de La Flor me interese más que la de cualquier otro encarcelado.

Ribera, persuadido de que Mendoza habría ya dado cuenta a Laura de los sucesos de la noche anterior y de que su severidad con el poeta le perdía para siempre, habiase apresurado a conseguir la libertad de Eduardo; y, salvando en su desesperación todas las vallas a un tiempo, quería saber de una vez a qué atenerse. Tal era el objeto de su visita y tal también la causa de su sorpresa al oír a la hermosa mejicana. ()

—Me han dicho que usted exige antes de oírme siquiera, y de que usted me oiga depende, no como quiera mi felicidad, sino mi vida; me han dicho, repito, que usted exige que yo conspire en favor de los liberales.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Exigir que usted conspire! ¿Y ha podido usted creerlo, *Luis*, ha podido usted creerlo?

—¡Oh! *Laura*, ¿y cómo dudarle, oyéndoselo a quien posee toda su confianza de usted...? () Mendoza.

—() Infame.

A esa exclamación de Laura siguieron algunos instantes de penoso silencio: la hija del indiano, abismada en la contemplación de su azarosa vida y desdichada suerte, dejó caer sobre el diván su mano derecha con el atormentado pañuelo; Ribera, que la contemplaba en éxtasis, osó asir aquella prenda de su amada y, después de haberla elevado a sus labios con religioso respeto, comenzó a decir en voz sumisa, pero con vehemencia tal, que Laura no osó interrumpirle:

—Y bien, Laura, si ese hombre atormenta a usted, yo le prometo 128. que no contará la vida por siglos; pero ya que después de seis años de suplicio la fortuna me depara una ocasión, que acaso no se repetirá nunca, para desahogar mi corazón, sea usted indulgente y consienta que me explique. () Por una sola de sus miradas estoy pronto a todo: ¿Me quiere usted liberal? Lo seré. ¿Carlista? Seré carlista. Todo, todo

en ese mundo, mi vida en el otro si es necesario, por una palabra de amor de mi Laura, por su indulgencia al menos, si amarme no puede.

Laura, amando a aquel hombre, contemplábale, () pero su desdichada posición en el mundo enfrenó, sin embargo, la expresión de sus afectos. () Pero desesperar también al amante tan rendido y tan amado a mayor abundamiento, ¿no era crueldad notoria? En tan críticas circunstancias, halló Laura los recursos que había menester en su naturaleza misma; porque el instinto de la mujer, infinitamente más pudoroso que el nuestro, la obliga, por decirlo así, a defenderse del hombre, ocultando hasta el último momento la verdad de sus sentimientos. Más fácil es triunfar de ellas que obligarlas a confesarse rendidas. () 129.

—Por Dios, Ribera, dejémoslo y hablemos de otra cosa— Interrumpió Laura, que se sentía sofocada— Me han dicho que está usted propuesto para brigadier.

A tan intempestiva interpelación no contestó Ribera, porque el efecto que le produjo fue análogo al que experimenta un calenturiento cuando, en lo más agudo de su fiebre, le sumergen repentinamente en un baño de agua de nieve. Y eso era precisamente lo que Laura se había propuesto, no por mortificarle a él, sino por salvarse a sí propia; porque el amor iba ya en su alma a sobreponerse a la razón y, so pena de rendirse, le era forzoso poner término a la lucha. Si don Luis no llevara otro propósito que el de galantear a la hermana de Leoncio () aquella singular pregunta terminara la conversación o le diera un giro distinto del que llevaba. Mas el caso era diferente. La táctica, revelando al galán la impresión que producía, le hubiera dado la serenidad necesaria para no hostigar a aquella pobre mujer en el momento y enseñándole a moderarse para que, recobrando Laura la confianza en sus fuerzas, se expusiera sin recelo al peligro en lo sucesivo. La pasión, obcecando al amante, le hizo seguir el camino opuesto:

—Señora, —Exclamó casi con enojo—, ruego a usted por lo que más ame en este mundo que no se burle de un sentimiento que hace a un tiempo la felicidad y la desdicha de mi vida. () ¿Se negará usted, Laura, a decirme que perdona mi temeridad, que no se ofende de que yo la adore?

—() Pues bien, sí, por esta vez está usted perdonado, pero no me obligue a ser severa: en nuestra posición, hasta el hablar de amor es un crimen. Desconfíe usted de Mendoza ().

—¿Y no me será lícita siquiera la esperanza? 130.

—Silencio, que alguien viene. La menor imprudencia me pierde. Evite usted el escándalo.

Y diciendo así, con un rápido movimiento del brazo derecho recobró Laura su pañuelo, que Ribera besaba con pueril entusiasmo. Pero no pudo la hermosa mejicana evitar que, al tomar la perdida prenda, sellase el apasionado amante los labios en su blanca mano. En el mismo instante apareció la doncella en la puerta del gabinete anunciando a la baronesa de la Rocheblieu. Ribera y aquella señora se conocían,



como el lector sabe. La conversación se hizo general, resultando de ella que el coronel creyese comprender que se le recibiría sin disgusto siempre que a la casa volviera. Había entrado antes de dar las dos, salió a las tres muy dadas: para primera visita, no fue corta la suya.

En la escalera halló el coronel a don Ángel, que subía cuando él bajaba.

## CAPÍTULO IV. Visitas de Mendoza

130. () A las diez de la mañana del día 30 estaba Mendoza en casa del banquero Minarica. Éste, soñoliento y rendido al cansancio —apenas había dormido tres horas después de su baile, que se terminó de día 777—, escuchaba no sin distracción mal reprimida al rival de Ribera, que, con su acostumbrada concisión, le refirió los acontecimientos de aquella madrugada en la plaza de Oriente. ()

132. —Ahora lo importante es que corra la noticia de la prisión de Eduardo (). A él le han preso por proclamar el derecho de insurrección; es preciso que corra que fue por hablar en favor de Isabel II, contra don Carlos y en defensa de la reina gobernadora.

—Ya; pero en el proceso le probarán lo contrario.

—¿Qué importa? La causa durará semanas, meses tal vez, y la verán los jueces, en resumen. En t e r e t a n t o, correrán nuestras voces, se formará la opinión pública y la verdad llegará tarde. () ¿Qué ganamos? Primero, exaltar los ánimos de nuestros amigos, teniéndolos así más dispuestos a cualquiera empresa peligrosa; segundo, concitar el odio público contra los realistas; tercero, alarmar a los parciales de la reina viuda, hacerles que desconfíen de los militares actuales y que llamen a filas a los indefinidos (). 133.

—¿Y no daremos algún paso por la libertad de ese muchacho?

—Sí: muchos. Pero todos inútiles. ()

La táctica del capitán revolucionario condenaba a prisión indefinida al joven poeta y, sin embargo, al salir de casa del banquero encaminose derechamente al cuartel de Guardias de Corps con ánimo, si le permitían ver al preso, de hacerle creer que no se perdonaba medio alguno para poner término a su cautividad. La prolongación de ésta, además de los fines que explicó a Minarica, debía servir, según Mendoza, a fomentar en el cuerpo de Guardias de la real persona la discordia que en él, más que en otro alguno, iba, diariamente, haciendo rápidos progresos. Recuérdese que se componía una gran parte de aquel cuerpo de jóvenes de la clase media y se comprenderá fácilmente que las ideas liberales contasen numerosos partidarios en sus filas, mientras que los antiguos y casi todos los jefes eran gentes invenciblemente apegadas al sistema del Absolutismo. De ahí, pues, no solamente la lucha política, sino la de las ambiciones, porque los absolutistas se inclinaban a don Carlos, al paso que los liberales a la parcialidad de la reina y los últimos veían en la destitución de los primeros una esperanza de rápido ascenso.

En tal estado de cosas, Mendoza creía con razón sobrada que la exaltación poética y caballeresca de los discursos de La Flor, cuyas excentricidades necesariamente cautivarían a los guardias modernos, no podía menos de producir resultados utilísimos a sus revolucionarios planes; pero el coronel Ribera, obteniendo la libertad del poeta, desconcertó, sin saberlo, todos los planes del amigo de don Ángel.

Relevada ya la guardia de prevención cuando el capitán llegó al cuartel a preguntar por el preso, costole no poco trabajo el averiguar con certeza que había salido de la torre aquella mañana y de ningún modo pudo adquirir noticias circunstanciadas del hecho. Éste, no obstante, podía tener una significación política de grande importancia. Poner en libertad al amanecer a un hombre que poco antes de rayar el alba había sostenido, ante la fuerza armada, nada menos que la doctrina del derecho de insurrección, ¿no era por parte del Gobierno un acto de tolerancia suma o de incomprendible debilidad? ¿No podía interpretarse en aquellos momentos como una muestra de la marcha que seguir se proponía?

Mendoza, con ansia de saber a qué atenerse, marchó en seguida a casa del poeta, sita no lejos del Prado: La Flor no había parecido en ella (). 134. Entonces el capitán, que, como todos sus amigos, sabía los que debieran ser secretos de la vida de Eduardo, dirigióse a la morada de cierta mujer galante, entonces sultana favorita del vate. ()

—Buenos días, Mendoza —Dijo, al ver al capitán, la querida del poeta— Viene usted a buscar a Eduardo, ¿eh? Ahí le tiene usted. ()

136. Redújose el discurso del capitán a pintar a su amigo el disgusto que la imprudencia y prisión de éste le causaran ():

—Y ahora, explícame tu libertad.

—Sencilísimo: a las ocho de la mañana entró el porta-estandarte que mandaba la guardia en mi calabozo y me dijo: «Caballero, está usted libre: sea enhorabuena». Tomé mi sombrero diciéndole a mi vez: «Muchas gracias» y volé a los brazos de Elisa.

—¿Sin preguntar siquiera por orden de quién?

—() ¿Crees tú que el pajarillo cautivo, cuando halla corrida la compuerta de la jaula, se cuida de saber quién le hizo aquel servicio? No, Pedro mío, lo que hace es tender las alas al viento y volar al bosque nativo en busca de su dulce compañera, y de aquel nido del cual dice la codorniz de Samaniego: «¡Perdí en él mis delicias! 778» ¡Oyes! ¿No has aprendido tú las fábulas de Samaniego allá en tus juventudes?

—Hoy estás intratable. Adiós, Eduardo. No faltes a lo menos esta noche a casa del banquero.

—Si quieres que te diga la verdad, tengo poquísimas ganas de volver a la tal casa.

—La patria lo exige.

—La patria es persona de muy mal gusto, que nos va poniendo en relaciones con una porción de canalla. El banquero es más judío que Samuel Simon. El general () 137. Valdestillas es un cuco 779 político lleno de maulas (), el cura...

—Arcediano.

—Tanto monta: es un jansenista 780 con sus puntas de hereje y su collar de ambicioso; aquel don Ángel, tan amigo tuyo, me hace el efecto de un jesuita ().

—Es preciso tomar a los hombres como son. Irás por mí, ¿no es cierto?

—Iré; ya sabes que soy tu amigo.

Eran las tres cuando Mendoza salió de casa de Elisa; estaba desde el amanecer andando y, sin embargo, en vez de encaminarse a su habitación, que la tenía en el palacio de Valleignoto, dirigióse antes a la posada del coronel Ribera. Don Luis entró en ella pocos minutos antes que el capitán revolucionario, cuya visita ciertamente ni esperaba ni, menos, deseaba. Recibíole, sin embargo, en el acto. ()

—Coronel Ribera, anoche una circunstancia desgraciada interrumpió momentáneamente, así lo espero al menos, nuestras buenas relaciones. Si usted se condujo con severidad extremada, yo con calor demasiado. ()

—Hace años, señor don Pedro, que tengo el honor de conocer a usted —El capitán saludó—; en ellos, cualesquiera que hayan sido nuestras respectivas posiciones, he procurado y espero haber conseguido conducirme como debe hacerlo un caballero en todas circunstancias. —Mendoza hizo un gesto afirmativo— De conocidos, pasamos a ser amigos; sin pedir a usted que me revelase sus secretos, antes por el contrario, estudiando el modo de ignorarlos, le concedí, sin embargo, mi entera confianza, abriéndole el pecho y dejándole ver en él una pasión tan honda como poco afortunada (). Ayer mismo di a usted pruebas de una confianza ilimitada () que, en más de un sentido, me comprometió gravemente (). Todo eso () significa que he comprendido que entre nosotros la amistad íntima es imposible. ()

—Coronel Ribera, a ningún hombre en el mundo he sufrido tan altanero lenguaje. () Desde hoy, somos extraños el uno al otro: usted el ofensor; yo, el agraviado. () Ya que no podemos ser amigos, seremos enemigos y enemigos para siempre. ()

### 139. CAPÍTULO V. El ángel bueno y el ángel malo

Al salir Ribera del palacio de Valleignoto, halló, como dijimos, a don Ángel en la escalera. () Regresaba tan mohíno y apesadumbrado, que apenas sí fijó la consideración en un encuentro tan significativo e importante. () 140. El secreto de sus maldades, proyectos y talento trascendental descubierto por Laura, las pruebas que ésta poseía de sus pérfidos manejos y, sobre todo, la sabia precaución de haber puesto en ajenas y desconocidas manos tan temibles armas, eran cada una de por sí y todas juntas, razones poderosas que mudar de conducta le aconsejaban. () 141. Hábil entre los hábiles, se veía entonces asaltado del miedo, esclavo de una mujer, y apenas sí para contemplar su verdadera situación se encontraba con valor bastante. ()142. Ribera, languidez aparte, hallábase en una situación análoga a la del Petrarca <sup>781</sup> respecto a la beldad homónima de la hija del indiano <sup>782</sup>; y no nos atrevemos a afirmar aquí que dejase de hacer también alguno que otro <sup>783</sup> soneto del mismo género de aquellos que vio nacer la fuente de Vancluse y la fama ha inmortalizado <sup>784</sup>.

Por su parte, Laura, a pesar de que con el entendimiento reconocía que la prudencia de que su amante se mostrara esclavo era un sacrificio hecho a su buena reputación, habíale más de una vez en el secreto de su corazón acusado de timidez excesiva; y viole con placer y hasta con orgullo saltar, en fin, la valla, romper el silencio y colocarse en la situación de ataque que es tan natural en el hombre como la de la defensa en la mujer. ()

La baronesa de la Rocheblieu, para quien Laura no tenía secretos y que, a la razón propia de la edad madura, juntaba una sensibilidad exquisita, sabiendo de antemano que luchar de frente contra el amor arraigado en el corazón de su amiga sería embra-vecer el torrente con la oposición de fragilísimo dique, contentose con lo que conseguir podía, esto es, con moderar la impetuosidad de la pasión y hacer la parte del mundo y de las circunstancias. Laura era harto discreta para cerrar los oídos a tan sanos consejos, pero estaba demasiado apasionada también para seguirlos literalmente.

A las cuatro de la tarde, el portero de estrado de la hermana de Leoncio anunció a don Ángel que su señora deseaba hablarle en el momento. () Esperábale Laura en el salón que inmediatamente precedía al gabinete en que recibió a Ribera. Manuela, con anuencia de su señora, estaba en una pieza inmediata, 143. a fin de acudir en su auxilio si don Ángel, de quien todo podía esperarse, se propasaba en cualquier sentido. Al hallarse el uno en presencia del otro aquellos dos seres que la naturaleza y la sociedad hicieron tan diametralmente opuestos, discurrió por las venas de entrambos una chispa eléctrica, de esas que, ya procedan de antipatía o de simpatía, conmueven y trastornan a un tiempo el cuerpo y el espíritu; de esas que engendran el amor o el odio implacables; de esas que designan al verdugo la víctima, a la víctima el verdugo. () Saludáronse en silencio y don Ángel tomó con su habitual modestia el asiento que Laura, con un ademán de superioridad inmensa, le señaló <sup>785</sup> ():

—Lo que anoche pasó ha debido convencer a usted, don Ángel, de que le conozco a fondo, y no de ayer, por cierto. ()

Toda su fisonomía y persona, en fin, la asemejaban al ángel 144. del Señor en el momento en que, con las armas de la divina gracia, humilló la frente del querub rebelde. Ni fue acaso mayor la angustia del espíritu maléfico a los pies de Miguel, que la del confidente de Mendoza en presencia de Laura ().

—Responda usted a mis preguntas lisa y llanamente, sin circunloquios embarazosos, sin falsedades inútiles. ¿Está usted persuadido de que puedo perderle? () Ya dije a usted anoche que a la mejor desgracia que me suceda, esos papeles verán unos la luz pública y serán otros entregados a los tribunales. Ahora añadido, que de la vida y seguridad de todos mis amigos, *incluso el coronel Ribera*, me responde usted, señor don Ángel. () 145. () ¿Se siente usted con fuerzas para obedecerme en todo? () ¿Hasta para hacer el bien?

—() Estoy pronto.

—Vamos a verlo. ¿Cuáles son los designios de Mendoza con respecto a Ribera?

—Los ignoro.

—Eso es falso, don Ángel: el capitán no tiene secretos para usted y, además, en la cartera de ayer he hallado algunas alusiones... ()

—Yo protesto que, por mi parte...

—Don Ángel, si usted piensa continuar así, terminemos la conversación y hagámonos francamente la guerra.

—¡Qué exigencia! ¡Qué severidad, señora!

—() Me llama exigente y severa a mí, que, pudiendo y debiendo, acaso, castigarle, no lo hago sin embargo. () ¿Qué se maquina contra Ribera?

—Mendoza se propone comprometerle en favor del partido liberal. 146. () Si triunfa éste, con pretexto de recompensar al coronel, se le ascenderá a general y un mando, si es posible en América, si no una misión diplomática al extranjero, le alejarán de la corte.

—() Pero ¿y si el triunfo se retarda o la empresa se malogra?

—En el último caso... () La rebelión tiene pena de la vida.

—¡Infamia! ¡Pe rversidad inaudita! En fin, ¿qué se hará en caso de retardarse el negocio?

—() Pues Mendoza pensaba dirigirse en su día a usted misma () y decirle: «El coronel conspira; si se le denuncia, la horca le espera. ¿Quiere usted salvarle?» ()

—¡Oh! Acabemos, ¿qué hubiera hecho?

—Exigir su amor de usted por la vida de Ribera. ()

Mucho temía Laura de la maldad de sus enemigos; nunca tanto como las palabras de don Ángel le revelaban. ()

—¿En qué estado tienen ustedes su proyecto?

147. —() Hasta anoche parece que caminaba bien. ()

—¿Y esta mañana?

—No he visto a Mendoza. () Le he huido, señora, previendo lo que en este momento se realiza.

—Pues es preciso que usted le busque; que prosiga en la apariencia prestándose a sus designios; y que, informándome de ellos instante por instante, haga cuanto yo le prevenga para contrariarlos. A estas condiciones, mi silencio: faltando a cualquiera de ellas en lo más mínimo, el castigo será pronto y terrible. () Pero el día que yo me convenza de que mi seguridad lo permite, me apresuraré a cortar con usted todas mis relaciones. Retírese usted. Si no ocurriese novedad importante, aguarde usted a que yo le llame para verme; no se ausente sin mi anuencia; no falte de casa sin dejar dicho dónde puede hallársele y, sobre todo, téngalo muy presente, usted me responde de la vida y seguridad del coronel Ríbera. ()

Don Ángel, como Luzbel en la comedia <sup>786</sup>, estaba resuelto a desempeñar por completo el papel de fray *Obediente forzado*, creyendo que de otra manera arriesgaba su existencia.

## 148. CAPÍTULO VI. Cabos sueltos

Mientras que de la manera que refiriendo vamos obraban activa o pasivamente los personajes principales de nuestra historia, los subalternos también, aunque en segundo término, contribuían por su parte a la complicación de los sucesos, según sus fuerzas y respectivas influencias.

Matilde cometió una mala acción engañando a Leoncio y a su hermana, sin sacar de ella fruto alguno; porque el coronel se mostró insensible a sus encantos, devolvió sin abrirlas sus tiernas epístolas y evitó con esmero las ocasiones de encontrarse con ella. En una sociedad como la de Madrid, que a cierta altura es siempre la misma, reproduciéndose en el Prado, en el teatro y en los saraos, huir una mujer de un hombre es casi imposible, un hombre de una mujer poco menos; y lo uno y lo otro tan difícil como embarazoso, por lo que al ridículo expone a entrambos; pero por dicha, el regimiento de Ribera fue destinado a las provincias del norte, y con su ausencia dio tregua forzosa la marquesa a sus persecuciones.

Entre tanto, Peñahonda, aceptando con todo el cinismo de las almas profundamente bajas, el triste papel de confidente de su propio agravio, era el sufredolores de aquella ulcerada Mesalina<sup>787</sup>, sin más recompensa que la ignominiosa de que algunos le creyesen aún amante de la marquesa ().

149. En tal estado los halló la primera enfermedad del rey en La Granja. El general barón de Peñahonda, que al publicarse la pragmática sanción no hallaba palabras con que encomiar, a su entender bastante, la sabiduría de Fernando, ni menos voces con que explicar su amor a la regia niña, presuntiva heredera del trono; en el Real Sitio de San Ildefonso, cuando se creyó finado al rey y sin apoyo a su viuda, subía ya las escaleras del cuarto del infante para besarle la mano a Carlos V, diciendo: «Era imposible que sucediese otra cosa. ¡Buenos estaríamos gobernados por una hembra!», cuando, llegándosele un amigo, murmuró en su oído estas palabras: «¿Dónde va usted, hombre? El rey vive».

—Pues ya lo decía yo, —Contestó el barón en voz alta— Fernando, *el Deseado*, no podía morir de esa manera; no señor. Corro a felicitar a la reina mi señora.

Y fue y felicitó a María Cristina y felicitó a su tiempo al rey y se hizo cortesano de la infanta doña Luisa Carlota, por aquellos días influyente en palacio; y aplaudió frenéticamente la amnistía concedida a los liberales, cuya muerte en horca le hubiera parecido justísima pocos meses antes y se lo pareciera entonces también si así le conviniese; pero, al cabo, logró su objeto, que era conservarse siempre cerca del soberano. ()

Con éste renovó desde luego Leoncio sus antiguas relaciones al regresar de Francia en virtud de la amnistía. () 151. Recién llegado a España Leoncio, entabló por medio de la marquesa y Peñahonda una instancia para que se le devolvieran sus empleos y honores; la corte se le mostró desde luego propicia y el Ministerio accedió a sus deseos. Coronel, pues, gentilhombre, rico y, a los ojos del mundo, hijo de un grande de España, no nos



atrevernos a tacharle de excesivamente ambicioso porque se propuso titular y cubrirse. Antes y después lo han intentado y conseguido otros muchos con títulos harto inferiores o sin ningunos. A la llegada de Laura, sin embargo, no pasaba de ser un deseo vehementemente el proyecto de Leoncio; pero, consultada su hermana, que por educación y naturaleza era esencialmente aristócrata y que, en consecuencia, aprobó altamente aquel designio, resolvióse a acometer la empresa, con tanto más empeño cuanto que ella se ofreció a satisfacer del peculio que se había reservado los considerables consiguientes gastos. Verdad es que tanta generosidad fue más aparente que real, pues Laura impuso a su marido las condiciones siguientes: primeramente, el título solicitado debía ser el de duque de Valleignoto, y para ambos esposos, de manera que cada uno de ellos le poseyese en propiedad absoluta; y el orden de sucesión el de rigurosa primogenitura, prefiriendo siempre el varón a la hembra dentro de la misma línea, pero la hembra de la línea más cercana y directa al varón de la más distante. Así, muriendo Leoncio primero que Laura, por ejemplo, ésta quedaría duquesa en propiedad y no duquesa viuda, y si de un segundo matrimonio tuviese hijos, el primogénito de éstos heredaría el título y bienes a él anejos. Si la hija de don Simón al estipular esa condición tuvo presente la diferencia de edades entre ella y su hermano, con más su amor a Ribera o si sólo influyeron en la balanza consideraciones de orgullo de familia, no nos atrevemos a decirlo. () La segunda condición fue la de que se instituyese un vínculo, con nombre de ducado de Valleignoto, consistente en fincas rústicas y urbanas que al efecto habían de comprarse en Andalucía, en cantidad bastante a producir en renta un *minimum* de treinta mil duros: Laura suministraba los fondos para la compra y se reservaba la mitad de la renta durante la vida de su marido. La tercera condición establecía que la hembra, heredera presuntiva del ducado, no podía casarse, so pena de desheredación, hasta la edad de veinte y un años cumplidos con el libre consentimiento de sus padres o tutores y hasta la de veinticinco por sí y ante sí. Finalmente, en la cuarta y última condición exigió Laura que se señalaran alimentos al heredero presuntivo y se obligase al poseedor del título a dar educación y carrera a sus menores varones, dote y estado a las hembras.

Leoncio, como cualquiera se lo figurará, aceptó sin repugnancia condiciones que por una parte le estaban bien, y por otra le relevaban de un gasto de mayor cuantía. Solicitada, pues, y conseguida la merced del rey, entablaron los dos esposos ante la Chancillería de Granada juicio contradictorio para probar que tenían la nobleza y rentas necesarias. Hizo don Justo la compra de las fincas y, activándose todo a fuerza de oro y de favor, pocos días antes de morir Fernando VII firmó el título de duques de Valleignoto otorgado a Laura y su aparente esposo, a quienes en rigor, ni aun esa circunstancia faltaba para pertenecer a la más alta aristocracia. Quizá, al llegar aquí exclamará algún lector (no hay autor que no se figure tenerlos) que anduvieron poco cuerdos Laura y su hermano, gastando su dinero en la adquisición de un título y grandeza, precisamente en la época en que iban a quedar el uno y la otra reducidos a la nulidad. A tal reflexión responde ramos con los hechos, esto es, llamando la atención del

argumentante sobre el espectáculo que le ofrece la España moderna. Verdad es que, legalmente, poco o nada significa ser grande sin ser rico, pero verdad también que apenas hay un rico que no aspire a ser grande: nunca se han codiciado más las distinciones 153. aristocráticas, a pesar de que muchas, por lo mismo que se hicieron comunes, perdieron gran parte de su valor que consiste, como el del oro, en su rareza. ¿Y qué significa ese fenómeno en plena revolución o apenas concluida, supuesto que, en efecto, se haya terminado la nuestra? Significa que la igualdad de condiciones es tan quimérica como la de fortunas y que en vano se hacen leyes cuando éstas no son la expresión de las ideas, el resumen de las costumbres del pueblo que se quiere que rijan. Así, Laura y Leoncio obedecieron, no como quiera a una preocupación de casta, sino al instinto general de un país donde el más grave de los insultos posibles consiste en decirle a un hombre que no es caballero, siquiera sea hijo de un sastre. ()

Pero, aparte digresiones, el hecho es que con la muerte del monarca se difirió la expedición del título ya firmado y que, fuera de los dos hermanos, y de la marquesa y el barón, que, como agentes de Leoncio, intervinieron en el negocio, Madrid ignoraba aún el 30 de septiembre que la casa del barrio de Afligidos era ya palacio de un grande de España de primera clase.

Hablemos ahora de otro de nuestros personajes que hace tiempo perdimos de vista en Granada. El deán don Lorenzo Sanctipetri (), salió desterrado de las orillas del Darro para La Coruña, poco antes que la hija del indiano para el valle ignorado. () Al salir de Granada angustiaban su espíritu, por una parte, el dolor de la reciente pérdida de su antiguo y excelente amigo y, por otra, el sentimiento de abandonar a Laura sin serle posible recoger el fruto de la buena semilla que en su alma había depositado. () Nacido en el siglo de la discusión y por consiguiente de la duda, docto además, no sólo en la ciencia teológica y en las humanas, sino en el conocimiento del corazón del hombre, comprendía que, en nuestra época, acudir a los argumentos de autoridad era equivalente a enajenarse desde luego los ánimos y comprometer, en consecuencia, el éxito de la predicación. Su sistema con Laura fue, por tanto, el contrario al del patriarca del valle: en las muchas conferencias que con 154. ella tuvo, a la cabecera del lecho en que yacía moribundo el indefinido, la moral sublime de Jesucristo, las virtudes de sus elegidos, demostradas por testimonios históricos irrecusables, fueron el texto y, si hablaba del dogma, hacía incidental y brevemente. De esa manera, consiguió por lo menos arraigar en el bien preparado corazón de la hija del indiano la noción clara y distinta de las virtudes cristianas y persuadirla de que si hubo y hay hipócritas que profanan la religión, abusando de sus santas prácticas, no faltan almas sencillas que, practicando sin fausto los preceptos del Evangelio, no se limitan a una estéril devoción, sino que en realidad se consagran al bien de sus semejantes. Y como el deán mismo era un dechado de la mansedumbre y caridad que tanto encomienda el Ungido a sus discípulos, en efecto, Laura no pudo menos de confesarse a sí misma que había algo de más que humano en una religión que a tantos débiles mortales había inspirado valor y abnegación bastantes

para arrostrarlo todo por no faltar a sus preceptos. En tal estado la dejó don Lorenzo. Después, la inflexibilidad del patriarca, que, refiriendo lo que había visto, creía que sobraba con decirle: cree, para que en efecto creyese y luego los sucesos que el lector conoce, arruinaron los cimientos que aquel digno eclesiástico había edificado.

() Publicose la reparadora amnistía: pero el deán estaba ya bien hallado y mejor visto en La Coruña. () El Ministerio de Gracia y Justicia, que tenía que luchar con un clero en general hostil aún a las reformas de no gran monta que entonces se realizaron o intentaron, buscaba con ansia eclesiásticos ilustrados que oponer a los fanáticos apostólicos, y persona de tanta ciencia y virtud como nuestro deán no podía ocultarse a los ojos del Gobierno, en cuyas oficinas constaban las persecuciones de que injustamente había sido víctima. 155. En consecuencia, a mediados de 1833, nombrósele vocal de una de las comisiones que para el arreglo de negocios eclesiásticos se crearon entonces y, mal de su grado, tuvo que trasladarse a la corte, residencia, por cierto, muy poco de su gusto.

Ignoraba don Lorenzo el paradero de Laura, no habiendo vuelto a saber de ella desde que la dejó en Granada y, así, al llegar a Madrid, donde se encontraba ya a la sazón la hija del indiano, no pensó en buscarla. () Dichosamente, Manuela, que, a pesar de la opulencia y desahogo en que vivía merced a la generosidad de su señorita, no renunció a sus hábitos primeros de levantarse con el alba y tener corridas la mitad de las calles de Madrid cuando a las diez de la mañana comenzaba a amanecer acaso en el cuarto de Laura, yendo cierto día muy temprano a visitar a una de sus antiguas vecinas, pobre y enferma, encontró, a la cabecera del miserable lecho sentado, al venerable eclesiástico () y, como era natural, supo entonces la residencia de Laura en Madrid. ¿Pero debía ir a verla sin que ella lo solicitase? No, según las reglas del ceremonial mundano; sí, y lo más pronto posible, obedeciendo a los impulsos de su conciencia. () El mismo día, pues, de su encuentro con Manuela, acudió al palacio de Valleignoto, donde por Laura fue recibido con grande alegría y filial ternura. Mas apenas, aunque con tacto exquisito, comenzó a fondear el estado de su espíritu en punto a creencias, contestole la hija del indiano tan afable como resueltamente:

—No hablemos de eso, amigo mío; si mi incredulidad es un mal, lo tengo por incurable después de haber intentado en vano un remedio heroico; pero si yo no puedo en esa parte aprovecharme de sus luces de usted, hay en mi casa persona capaz de comprenderle y a quien aprovecharán grandemente sus lecciones.

Aludía Laura a Pedro, el pastorcillo, buen creyente, como sabemos, y a quien, a pesar de haber terminado su educación en un colegio, hacía aún falta un director inteligente. Rogó, pues, la hermana de Leoncio al deán que se encargase de aquel joven, y lo hizo con 156. tanto encarecimiento y lisonjera elocuencia, que al cabo se rindió el buen eclesiástico, entrando a ser parte de la familia de nuestra heroína. Ésta le destinó en su palacio una habitación independiente, digna () y tuvo la delicada discreción de no hablarle de honorarios. ()

## CAPÍTULO VII. Situación política a fines de octubre de 1833.

### Laura paga una deuda

Los sucesos políticos, en tanto, seguían su marcha; la reina, gobernadora de la monarquía durante la menor edad de la heredera de Fernando VII, animada de los mejores deseos, quisiera desde luego dotar al país de instituciones tales como la parte moderada de los bandos realista y liberal las deseaba. Pero pasar bruscamente del régimen absolutista de los diez años al sistema representativo era, en todos conceptos, imposible. Ni las masas populares estaban preparadas para un trastorno fundamental, ni el Gobierno tenía la fuerza necesaria para intentarlo; porque, rodeada de agentes del antiguo sistema, encontraba obstáculos insuperables en sus propios servidores. Pero, en realidad, no estribaba la cuestión en saber si las reformas radicales habían de acometerse apenas muerto el rey, pues toda persona capaz de gobierno conocía que fuera absurdo dar la batalla sin elementos para el combate. Lo esencial era determinar si, en efecto, había de cambiarse la índole del Gobierno mismo.

En cuanto por inducción puede juzgarse y si es lícito penetrar en el secreto de las intenciones, nuestra opinión es que la reina regente comprendió, aun antes del fallecimiento de su esposo, que la causa de Isabel II estaba fatal e inevitablemente ligada en España a la del Liberalismo; y que, tanto en virtud de esa convicción, cuanto porque, naturalmente, se inclinaba su real ánimo a mejorar la condición del pueblo, visó desde el primer día de su regencia a convertir en representativo el gobierno de España. Pero en setiembre de 1833 el Ministerio tenía miras distintas en ese punto y miras que, a pesar de que fueron infelices en sus resultados, no es justo condenar severamente.

Partiendo, en efecto, el gabinete presidido por el Sr. Cea Bermúdez del estado de la opinión y del Gobierno al expirar el monarca, decía: «El rey ha legado a su hija un cetro absoluto, nuestra obligación es conservarle intacta la soberanía hasta su mayor edad: mejoremos, pues, la condición intelectual y material del pueblo; removamos los obstáculos que se oponen al natural progreso de la civilización y, gobernando a ejemplo del Austria y de la Prusia, aseguremos al Estado todos los beneficios positivos de las teorías modernas, sin exponer el Trono a los sacudimientos de una revolución política». Ahora, negarles la rectitud de intenciones a hombres que así raciocinaban, nos parece soberanamente injusto y no muy atinado rehusarles que en teoría razonaban bien. Ciertamente, el cambio de instituciones hubiera sido prematuro y peligroso entonces, como lo fue aún muchos meses después; pero, aunque prematuro y peligroso, era necesario e inevitable, so pena de entregar el cetro en manos del pretendiente. A favor de éste militaban todos los elementos de fuerza del partido realista: los frailes y los voluntarios, la mayoría del clero regular y todos los seglares fanáticos, ambiciosos o privilegiados. Pretender dominar a tales gentes con raciocinios era un delirio: la fuerza con la fuerza se combate, y la fuerza de Isabel II sólo en el bando liberal existía.

Por eso, el manifiesto del 4 de septiembre <sup>788</sup>, declarando que no se haría novedad ninguna en la forma de gobierno, pero que sí se introducirían en él las mejoras que reclamaba el estado de la civilización, sin calmar en realidad la alarma de los apostólicos, descontentó no sólo a los liberales, sino aun a aquellos que, sin serlo, se habían comprometido por la causa de la joven reina.

La fermentación de las pasiones políticas creció de punto: el Ministerio con sus buenas intenciones se vio aislado y, entre tanto, se agitaban en torno de él los elementos de la gran tormenta que durante siete años asoló después a España. ¿Pudo esa calamidad evitarse? No lo creemos, porque nunca sucumben sistemas durante siglos triunfantes <sup>789</sup> y en la sociedad encarnados sin que a su ruina, aunque justa y lógica, precedan grandes sacudimientos; no lo creemos, porque era forzoso que antes de someterse las clases privilegiadas al nivel del gobierno representativo, luchasen desesperadamente; no lo creemos, en fin, porque física y moralmente toda transformación de las cosas, de los seres animados y de los pueblos, se nos ofrece en la naturaleza y en la historia siempre acompañada de accidentes análogos a los que en nuestra patria hemos visto. La revolución española era un hecho de esos de fatalidad lógica, a cuya consumación no alcanzan a resistir los medios humanos; aconteció porque acontecer debía y de un poco más o un poco menos de tino en nuestros gobernantes, todo lo que esperar se podía se reduce a que la transformación se verificase también con un poco más o poco menos de rapidez y sosiego. Y entiéndase que no por eso absolvemos a nadie de sus culpas o errores; no, la ley moral obliga a todos a procurar el bien, aun cuando su realización sea poco menos que imposible y, así como sería injusto condenar por resultados, no lo fuera menos absolver las iniquidades fundándose en que aun sin ellas la patria hubiera padecido.

Quien no haya vivido en Madrid durante la época a que nos referimos difícilmente podrá formar idea exacta de su estado y agitación; después de largos años en que la política había sido absolutamente extraña a los más, súbitamente interesaba a todos y, desde la taberna del Avapiés hasta el salón del grande, en todas partes se hablaba exclusivamente con fe, con entusiasmo, con esperanza y hasta con saña de la próxima peripecia, a unos funesta, a otros lisonjera.

En los militares, generación nueva en su mayor parte, raza entonces generosa por lo joven y desinteresada, ajena a los antiguos odios y deseosa de ocasiones en que dar un solemne y glorioso mentís a los que de muelle y afeminada la acusaban; en los militares, decimos, aludiendo ahora particularmente a la brillante oficialidad de la Guardia Real de todas armas que a Madrid guarnecía entonces, se inoculó pronta y violentamente el pestilente virus político y lo que antes fue todo galantería, concordia y festivos goces, convirtiose en acrimonia, rencillas y choques violentos. De aquellos jóvenes, la mayor parte ajenos a los negocios de Estado, unos por instinto caballeresco se declararon ardientes campeones de las regias viuda y huérfana; otros, extraviados sin duda, pero no menos dignos de respeto, creyéronse enlazados con las tra-

diciones absolutistas, y esos se declararon por el infante proscrito; todos incapaces de ocultar sus sentimientos, hacían de ellos gala y, de este conflicto de opiniones entre personas tan avezadas a explicarse con las armas como ajenas a la discusión escolástica, resultaban incesantes duelos. No pasaba día sin combate: rara vez se relevaba la guardia de Palacio sin que saliesen de ella algunos retados; del Prado, apenas había tarde que no marchasen a pelear algunos y, en una palabra, nunca Montescos y Capeletes <sup>790</sup> se mostraron tan encarnizados como entonces cristinos y carlistas <sup>791</sup>.

Ni las mujeres permanecían ociosas en esa continuada batalla porque, creemos haberlo ya dicho, la oficialidad de la Guardia, consagrada hasta entonces a la galantería, en el tiempo que el servicio le dejaba libre, puede decirse que consigo llevaba lo más florido en hermosura, lo más notable en coquetería del bello sexo madrileño. Así, las damas y señoritas fueron en breve también carlistas o cristinas y volviendo a representar, en cuanto la época lo consentía, un papel semejante al que a las mujeres de la Edad Media cupo en suerte, sus favores fueron más de una vez premio de la decisión por este o el otro partido, así como sus desdenes castigo de lo contrario. <sup>159</sup>. Digamos, sin embargo, a fuer de verídicos historiadores, que el infante pretendiente halló muchas menos simpatías en el bello sexo que la augusta hija de Fernando VII y así era natural que sucediese: María Cristina, en primer lugar, era entonces, aparte la regia diadema, una hermosísima, una hechicera dama; madre además y madre viuda, luchando valerosamente <sup>792</sup> en defensa de los intereses de su hija. ¿A quién, pues, habían de inclinarse, en general, las mujeres? Claro está que las monásticas dotes de don Carlos no podían seducirlas.

Sin embargo, en su mayoría, la oficialidad de la Guardia repugnaba, más por instinto que por raciocinio, las reformas que se preparaban, y en la alta sociedad, por tanto, aunque las señoras eran cristinas, se abominaba toda persecución contra los sospechosos de Carlismo. Y esas persecuciones, que comenzaban ya a ser frecuentes, si bien por las imprudencias de los perseguidos justificadas en la apariencia, no dejaron de ser, por parte del Gobierno, actos de imprevisión e innecesaria severidad <sup>793</sup>. Volveremos acaso a tratar de esta materia, dejándola por ahora para proseguir en lo que a nuestro propósito conduce más directamente. Madrid, en resumen, ofrecía entonces a la contemplación del observador un espectáculo tan animado como lleno de funestos presagios para el inmediato porvenir, si bien con anuncios de reformas trascendentales a un tiempo y necesarias.

Por una parte, el Gobierno, en manos de personas entendidas en política y administración, mientras que en lo primero permanecía inflexiblemente resuelto a la resistencia, en lo segundo marchaba con franqueza y resolución, dictando providencias en general acertadas y cuya tendencia puede explicarse en pocas palabras con decir que entonces se sentaron las bases de la administración civil según los buenos principios y se comenzó a emancipar a la industria, al comercio y a la agricultura de la multitud de trabas que los encadenaban y, por desgracia, no han desaparecido aún completamente. Mas como cada abuso reformado o, lo que es lo mismo, cada mejora planteada era

un despojo hecho al régimen de los privilegios, en vano se proclamaban absolutistas los ministros: sus enemigos los tenían por liberales y ellos mismos, sin quererlo acaso, inclinaban insensiblemente la balanza en favor de los proscritos sin captarse por eso su benevolencia, pues era visto que de la fuerza de las circunstancias y no de su voluntad procedían los beneficios.

En tanto, el 2 de octubre estallaba en Talavera de la Reina el primer síntoma de la guerra civil; el 5 se rebelaban los vascongados <sup>794</sup>; ya muy luego el cura Merino <sup>795</sup> sublevaba a los voluntarios realistas de Castilla la Vieja mientras que en Portugal don Carlos se declaraba pretendiente a la Corona <sup>796</sup> y en toda la monarquía sus partidarios atizaban el fuego de la rebelión. Contestaba a eso el Gobierno legítimo publicando con fuerza de ley una pragmática sanción que contenía el testamento del difunto monarca, destinando fuerzas (no tantas como debiera) a la persecución de los rebeldes, proclamando solemnemente a Isabel II reina de España y de las Indias, ampliando la amnistía a lo más notable de los liberales, confiando los mandos importantes a generales comprometidos y haciendo numerosas remociones de militares y empleados cuyo antecedentes parecieron sospechosos. De estas medidas, las unas fueran útiles a la causa de la reina, aunque debilitaron al Ministerio, las otras produjeron aumento y exasperación en los descontentos; todas contribuyeron a poner el mando en manos de los liberales antes de lo que ellos mismos esperaban.

No obstante, las fórmulas continuaron siendo por el momento puramente monárquicas; los carlistas, menos organizados que debiera presumirse, pelearon infelizmente contra las tropas de un ejército con inteligencia y perseverancia imbuido durante diez años en excelentes principios de subordinación y disciplina <sup>797</sup>; y cada una de sus derrotas producía muchedumbre infinita de exposiciones laudatorias a la reina gobernadora y sus ministros. Quizá hubo entonces inocentes que imaginaron ahogada en su cuna la guerra civil, acaso hay hoy ignorantes persuadidos de que con tales medidas que se hubiesen tomado o tales otras que no se tomaran, fuera pacífico el tránsito de uno a otro reinado. Unos y otros se engañaron y se engañan: el partido absolutista clerical tiene doctrinas invariables porque rechaza la discusión e impone como artículos de fe sus principios; tiene intereses incompatibles con las ideas del siglo, porque todo progreso, cualquier movimiento tiende a su ruina; tenía, en 1833, un ejército en los voluntarios realistas, en verdad con más de apariencia que de fuerza intrínseca <sup>798</sup>, pero al cabo ejército; un Estado Mayor, tanto civil como militar, en los perjudicados con las reformas, en los temerosos de los liberales y, finalmente, un pueblo ignorante, fanatizado y pobre, pronto a tomar las armas en defensa de su fe, que suponía atacada, y como medio para aliviar su miseria.

Así, importaba poco cortar en Talavera <sup>799</sup>, en Los Arcos <sup>800</sup> y en la sierra de Burgos <sup>801</sup>, tres de las cabezas de la hidra revolucionaria; éstas se reproducían y el incendio fue en breve universal en la monarquía. Estaba escrito en los altos designios de la Providencia: para que triunfase la causa constitucional personificada en Isabel II, porque la cuestión de sucesión fue el pretexto y nada más que el pretexto de la guerra, era preciso aniquilar al absolutismo teo-

crático; y eso no podía conseguirse sin una lucha encarnizada, larga y sangrienta. Así, cuando llega la hora de que muden los mares de lecho, en vano oponen las montañas la resistencia de sus enormes masas; la ley física se cumple; mas, antes, el agua quebranta las peñas y éstas cortan, interrumpen y embravecen por largo tiempo su corriente. Los hombres, sin embargo, que ven sólo, y eso mal, lo que delante tienen, acusábanse recíprocamente de faltas acaso inevitables y, entre tanto, los sucesos, guiados por la mano del Omnipotente, caminaban a un desenlace que nuestros nietos conocerán acaso.

Volvamos nosotros, descendiendo de las alturas a que nos hemos remontado, a la humilde narración de la historia pendiente. 161.

Después de las visitas de Ribera y de Mendoza y de la conferencia de Laura con don Ángel (), los dos amantes se vieron dos o tres veces, pero siempre en presencia de la baronesa, por manera que no pudo nunca el coronel renovar la plática de su declaración. ()

En tal estado, amaneció el día 27 de octubre opaco, sombrío y amenazador. Todos los semblantes indicaban honda preocupación en los ánimos: las gentes, que a pesar de lo espantoso de la lluvia corrían las calles, lo hacían con aspecto medroso o ademán amenazador. Todo, en una palabra, anunciaba una sangrienta catástrofe. Los voluntarios realistas estaban, en general, decididos por el pretendiente; donde quiera que hubo sublevación, ellos la promovieron o auxiliaron y los de Madrid, de cuyo espíritu tuvimos ocasión de hablar en nuestro primer libro, no ocultaban ni sus simpatías a don Carlos, ni su consiguiente hostilidad a la reina y su Gobierno. Éste, pues, que ya poco antes había suprimido los onerosos arbitrios para sostenimiento de aquellos cuerpos creados, resolvió en Consejo de Ministros desarmarlos y dio al efecto las órdenes oportunas al capitán general de Madrid el 26 por la noche. Tomadas las precauciones que el caso requería, ocupose sin resistencia, el 27 al amanecer, el material de las baterías de los voluntarios y mandose al coronel de los batallones de Infantería que procediese a recoger su armamento. Circuló la noticia con rapidez entre los voluntarios y, con ella, la alarma, el miedo y la ira juntamente. Los más, sin embargo, permanecieron a la expectativa de los sucesos y tal era su aspecto, que se dio libertad para retirarse a sus casas a los oficiales francos de servicio de los cuerpos de la guarnición, que durante la noche había permanecido toda en sus cuarteles.

Engañose el Gobierno si creyó que todo se haría pacíficamente. Aunque no todos, eran muchos los voluntarios que cifraban su existencia en serlo y tenían algunos oficiales que, por ambición o entusiasmo, estaban resueltos a resistirse a todo trance. Mas éstos perdieron el tiempo deplorablemente para ellos en lo que se pierde siempre en España: en una junta que empleó en discutir el tiempo que debiera haber aprovechado para obrar. Mientras en la tal junta se charlaba, corrían la capital numerosas patrullas del Gobierno; en el 162. cuartel de los Voluntarios iban reuniéndose algunos centenares de hombres entre curiosos, desalmados y conspiradores y salían a la calle algunos liberales, ex militares y ex milicianos nacionales, ansiosos de aprovechar la ocasión de vengarse de diez años de ultrajes y vejaciones.



La tropa, silenciosa, obediente y mandada por no pocos oficiales que, cumpliendo con su deber, deploraban sin embargo emplearse contra una causa que en sus corazones deseaban triunfarse, cruzaba las calles con paso mesurado, a compás y metódicamente. Los voluntarios, unos de uniforme y con armas, otros armados pero en mangas de camisa, otros, en fin, (los más, oficiales) vestidos de paisano, se iban dirigiendo por distintos caminos a su cuartel. Los patriotas, formando grupos ya, observaban aquel edificio y, de lejos y con desconfianza, seguían la marcha de una u otra patrulla <sup>802</sup>.

Nuestro conocido, el comandante Villaparda, había estado por la mañana en el cuartel, donde no pudo menos de convencerse de que, si en realidad no faltaban elementos de resistencia, carecían éstos <sup>803</sup> de una organización bastante poderosa para utilizarlos en el acto. Reunidos los tres batallones, pudieran, cuando menos, salir de la capital en masas e incorporarse con los de las cercanías; es muy posible también que su insurrección hubiese contagiado a algún cuerpo de la guarnición y de creer, en todo caso, que pusieran en gran conflicto al Gobierno; pero ni estaban reunidos, ni las indecisiones de la junta hacían ya posible pensar en reunirlos. Restaba, pues, únicamente el partido extremo y, a todas luces, temerario, de encerrarse en el cuartel con doscientos o trescientos hombres que, en rigor, pudieran juntarse, e inmolarse a la remotísima esperanza de que la Guardia Real se negara a combatir o se reuniera a los insurreccionados. Tal era el sentir de algunos pocos desesperados. Mas Villaparda, hombre tan sensato como valiente, pensaba que valía más someterse por entonces a la necesidad y se encaminó a la casa donde se celebraba la junta de los jefes de la conspiración, resuelto a obligarla a disolverse.

Ribera había ido aquella mañana a la una y media a visitar a Laura cuando, a poco más de las dos, llegó a todo escape al palacio de Valleignoto un batidor del regimiento que D. Luis mandaba. Una patrulla de voluntarios, destacada de la fuerza que guamecía el cuartel, había roto el fuego sobre un grupo de patriotas que imprudentemente la provocaron: un extranjero muy conocido entonces en Madrid murió a la primera descarga en la plazuela del Ángel, las patrullas de la guarnición obraban hostilmente contra los voluntarios; el regimiento de la Princesa, mandado por el infeliz Bassa <sup>804</sup>, vilmente asesinado después en Barcelona, y una sección de Artillería de la Guardia Real, habían recibido orden de marchar sobre el cuartel de los mismos voluntarios, donde los pocos individuos reunidos de aquel cuerpo hacían una resistencia desesperada.

Ribera montó inmediatamente a caballo, en el que de mano le llevó su ordenanza, y a escape se dirigió a su cuartel.

Habíanse lisonjeado los voluntarios con la idea de que toda la guarnición, exceptuando la división mandada por el general Pastors <sup>805</sup>, fuerza que pasaba a la sazón por eminentemente liberal, se les uniría en el alzamiento y sólo así se explica que no opusieran el menor obstáculo a la incorporación de la oficialidad en sus respectivos cuerpos.

En tanto, Laura, a quien sorprendió el anuncio de la para ella inesperada revolución y en cuya memoria no pudieron menos de renovarse las impresiones recibidas en París (), creyendo expuesto al hombre a quien idolatraba (), depuesta toda consideración de prudencia y desoyendo los atinados consejos de la baronesa, vistió apresurada el mismo traje de manola con que la vimos en el primer libro de esta historia ().

Perteneciendo, como pertenecían, la mayor parte de los simples voluntarios realistas a la ínfima clase de la sociedad, avocindada por lo general en los barrios bajos de la corte, dos manolas corriendo por las calles en aquel momento y cuando, según la expresión de la Biblia, parecían abiertas las cataratas del cielo, no podían menos de pasar por parientas, amigas o parciales de los sublevados. Así, cuantos grupos de patriotas hallaron en su largo camino desde el barrio de Afligidos hasta la Puerta del Sol, otros tantos las apostrofaron con epítetos nada agradables, obligándolas muchas veces, ya a retroceder, ya a rodear en su marcha.

Los puestos de la guarnición, cuando su consigna lo exigía, también las obligaron a volver el pie atrás pero, en vez de insultos, oyeron requiebros de nuestros soldados, en quienes la galantería es prenda innata. () 164. A fuerza de perseverancia y de paciencia, llegaron por la calle de la Paz a las inmediaciones del cuartel de realistas antes de las tres de la tarde. Ya el coronel Bassa <sup>806</sup> se había apoderado de aquel punto; la artillería no fue necesaria y continuó su marcha a la plaza Mayor, donde el general Freire tenía su cuartel general.

—Esto se concluyó —Dijo Manuela a su señora, cuando se hubo enterado de la situación de las cosas— volvámonos, por Dios, a casa.

—No —Replicó Laura— no, sin saber antes positivamente qué es de él.

—¡Nuestra Señora de Atocha nos asista! —Exclamó la manola, pero resignose a obedecer siguiendo a la duquesa, que, desandando el camino andado, se proponía llegar hasta el cuartel mismo del regimiento de Ribera.

Y, en efecto, bajaban ya la calle de la Paz, cuando vieron dirigirse hacia ellas a paso largo, aunque sin correr, a un hombre de buena presencia, vestido de paisano con levita abrochada hasta el cuello, un par de pistolas amartilladas en las manos, indignado el semblante y que, de cuando en cuando, volvía atrás la cabeza como para ver si alguien le perseguía.

Sin gran esfuerzo de penetración era fácil comprender que aquel hombre era un oficial de voluntarios realistas, porque de oficial eran su porte y traje pero, si alguna duda pudiera quedarles a Laura y a su acompañante <sup>807</sup>, disipáronla bien pronto los furibundos alaridos que, casi al mismo tiempo de presentárseles el que se retiraba, oyeron, clamando:

—¡Muera el realista! ¡Muera el palomo! (Así los llamaban). ¡¡Muera, muera!!

Al herir sus oídos aquellas voces, encogiose de hombros el perseguido con indignación; retratose en su semblante la cólera y, dando frente a la retaguardia, hizo alto, cruzando los brazos en actitud de hombre resuelto a concluir de una vez, con la vida, su mala suerte.

Laura, obedeciendo a la generosidad de sus nobles instintos, en vez de huir, como lo hiciera cualquiera otra mujer y acaso los más 165. de los hombres en lance semejante, acercose rápidamente al infeliz valeroso, a la verdad sin designio terminante, pero con ánimo de ayudarle en lo que pudiese. Mas al verle de cerca exclamó:

—¡Ah, mi generoso protector!

Villaparda, que él era en efecto, reconociendo a su vez a Laura y olvidando su propio riesgo, replicó asombrado:

—¡Usted aquí, señora! Huya usted, si aún es tiempo: hoy nada puedo por usted, nada.

Y tenía razón, porque un grupo de paisanos que en su persecución venía hacía tiempo y del cual, merced a su serenidad y al respeto que imponían las dos pistolas, había logrado hasta entonces conservarse a distancia, doblando la esquina, entraba en la calle de la Paz. Al frente de una porción de hombres irritados con las persecuciones de diez años consecutivos, mezclados con otros de los que, en ocasiones semejantes, se lanzan siempre a las calles, guiados por rapaces y carniceros instintos, iba un *quidam*<sup>808</sup> de corta estatura, envuelto en un gran levitón con pieles de falsa chinchilla, calado hasta las cejas el sombrero chambergo, ceñido un sable de caballería y con paraguas abierto en la mano. La barba corrida, poblada y negra ocultaba la parte inferior de su rostro; la superior, a la sombra de la del chambergo, tampoco podía distinguirse. Al ver a Villaparda, sus perseguidores lanzaron un aullido espantoso de muerte; el comandante, con reposado continente, tendió los brazos presentando las bocas de sus pistolas; vacilaron un instante los furiosos; Laura, rápida como el rayo, se interpuso entre la víctima y sus verdugos, y entonces se halló frente a frente con el del paraguas, el sable y la piel de chinchilla.

Mirarle un instante con intensa atención, prorrumpir en un ¡ay! de júbilo y, por decirlo así, arrojarse sobre aquel hombre, todo fue una misma cosa. Villaparda y sus enemigos miraron con asombro aquella singular escena. Algunas palabras dichas por Laura con vehemencia al desconocido y escuchadas por éste con aire de sumisión penosa bastaron para que, volviéndose a los que al parecer capitaneaba, dijese:

—Señores, nos hemos equivocado, ese hombre no es realista. Puede usted retirarse —Añadió dirigiéndose al comandante.

—Realista es, —Clamó uno de los del grupo con ira— yo le conozco: es un comandante.

—He dicho —Replicó con firmeza el desconocido— que puede irse y se irá.

Aunque de mala gana, preparábanse los agrupados para abrir paso a Villaparda cuando, inopinadamente, se presentó entre ellos nada menos que el capitán Mendoza en persona, es decir, el más implacable de todos los enemigos de los voluntarios realistas.

Laura retrocedió, dominada por un terror involuntario, refugiándose con Manuela detrás del comandante, quien, viendo trocados los papeles, amartilló de nuevo las pistolas que acababa de poner en el seguro. El de las pieles apresurose a confundirse entre los del grupo y éstos fijaron todos la vista en el recién llegado. 166.

Mendoza quería que aquella jornada completase, por decirlo así, el divorcio entre el Gobierno y el partido realista, que fuese el primer día de una guerra a muerte; en una palabra, que la sangre de los voluntarios inaugurase la revolución. Así, cuando en breves palabras le hubieron enterado de lo que ocurría, contentose con decir al del chambergo:

—Con el señor yo me entenderé a su tiempo; ahora salgamos de ese enemigo de la libertad —Y tendió la mano hacia Villaparda, designándolo al hierro revolucionario.

Laura y Manuela prorrumpieron en un desesperado grito; las bocas de las pistolas volvieron a presentarse a los ojos de los furiosos, quienes, animados por la presencia de su jefe, hicieron, no obstante, además de arrojar sobre el comandante.

En esto, sonaron hacia la parte de la calle de Atocha pisadas de caballos. Laura, súbitamente inspirada y sacando fuerzas de flaqueza, clamó con acento entre iracundo y dolorido:

—¡Socorro, coronel Ribera, socorro! ¡Me asesinan!

Repitió Manuela el grito de su señora; los conjurados vacilaron un momento y ése bastó para que apareciese en la escena Ribera: la Providencia, sin duda, hizo que pasase en aquel momento por la calle de Atocha, dirigiéndose al frente de su regimiento a la plaza Mayor. Cuando Laura gritó, llegaba la cabeza de los escuadrones a la altura del cuartel de Voluntarios; oír el coronel la voz de su amada y precipitarse en su auxilio, fue todo una misma cosa:

—Atrás canalla; atrás, asesinos —Clamó Ribera comprendiendo lo que pasaba al primer golpe de vista.

Los del grupo no se hicieron repetir la intimación, dispersándose en el acto y a la carrera. Sólo Mendoza, antes de abandonar el puesto, dijo iracundo a su rival:

—Coronel Ribera, una partida más en cuenta.

—Mendoza —Le replicó don Luis con desprecio— con asesinos no tengo yo cuentas.

Los batidores del regimiento que se adelantaban a cargar a los patriotas, se interpusieron entonces entre los dos rivales.

## CAPÍTULO VIII. Festín en el palacio de Valleignoto

Era entrado el mes de enero en 1834; Madrid ofrecía a los ojos del observador filósofo un curioso espectáculo. Sobre la capital de la monarquía pesaba ya el azote de la guerra civil; sin embargo, contenta con variar de situación a cualquier precio, se entregaba ciegamente a las diversiones. Apenas rotos los grillos o levantado el destierro de unos; minada ya la fortuna o decretada la proscripción de otros, aquellos y estos, juntos todos y con febril agitación, volaban ansiosos tras de placeres, cuya próxima privación presentían instintivamente. En tanto, rugía sordamente en las entrañas de la nación el monstruo de la guerra civil; pero ¡ay!, los más entonces dudábamos, si no de su existencia, al menos de su grave importancia y funesta longevidad.

Como quiera que sea, el carnaval comenzó con el año; los bailes de máscara, apenas tolerados hasta entonces, fueron la diversión favorita del público y, singularmente, de la buena sociedad, que hoy se desdeña de saber si los hay o no <sup>809</sup>; los salones del café de Santa Catalina y los de la casa llamada de Abrantes <sup>810</sup> gozaron del privilegio de reunir en su seno lo más culto, lo más elegante de las bellezas de Madrid, lo más a la moda de sus galanes. Quien por uno de los bailes de máscara del día pretenda juzgar de los de entonces, se llevará el mismo chasco que si por la corte moderna piensa formar idea de la de Felipe II *el Prudente* <sup>811</sup>.

Los billetes, en primer lugar, se repartían por suscripción y su precio, atendida la época, puede llamarse aristocrático, porque es de advertir que, a consecuencia de la guerra, de la revolución y de las emigraciones, nos hemos hecho inmensamente ricos o locamente gastadores, una de dos. Resultaba, pues, de la suscripción y de su precio, que la sociedad de aquellos bailes era relativamente a su especie lo que puede llamarse escogida; por cuanto positivamente concurría a ellos toda la gente de buen tono y si, como no puede evitarse, entre tanta flor y tanto árbol lozano se deslizaban plantas parásitas o brotaban venenosas hierbas, la entonación general del cuadro no por eso padecía, antes por el contrario, sirviendo lo poco malo de sombra a lo mucho bueno, daba realce al conjunto. Las señoras de la más alta categoría honraron con su presencia y embellecieron con sus encantos aquellas reuniones, y como no se desdeñaban aún entonces de realzar sus gracias con la elegancia de extraños caprichosos trajes, el golpe de vista era, en los salones que hemos citado, magnífico y sorprendente.

¡Oh! y cuántas de nuestras lectoras recordarán, palpitándoles el corazón <sup>812</sup>, aquel postrer carnaval de la monarquía absoluta, aquella suprema y alegre despedida de un régimen caduco; aquella risueña aurora de un sangriento día. ¿Qué fue del amante apasionado que, adivinando al ídolo de su corazón a pesar de la careta y del exótico atavío, murmuraba a sus oídos, burlando con el dominó la vigilancia del celoso marido, ora el requiebro suave, ora la amarga queja? <sup>813</sup> ¿Qué fue del galán de la tímida doncella que, asiéndola del brazo y alejándola por vez primera de la guarda de su madre, osaba en

medio del alegre tumulto declararle una pasión sincera, ardiente y pura? ¿Qué del moderno don Juan Tenorio que, burlados por la mañana a los acreedores y contraída la, por entonces, última deuda para hacer frente a los gastos de billete, coche, dominó y cena, desplegaba para evitar una colisión entre sus seis u ocho sultanas favoritas, más ingenio que la diplomacia europea para promover en España la guerra civil y que terminaba cada noche de baile con un duelo y tres citas galantes por lo menos?

¡Oh! ¡Mis contemporáneas lectoras! Siento decíroslo; pero vuestro amante de entonces yace acaso sepulto en Las Amescuas o bajo los muros de Morella <sup>814</sup>, y si el Lovelace <sup>815</sup> de vuestra época sobrevive, por ventura, a las calamidades de la siguiente <sup>816</sup>, los años, los trabajos, los sinsabores, los desengaños le han transformado completamente y no en su provecho ni ventaja. ¿Podéis acaso reconocerle en ese hombre agobiado, no por la edad, sino por la fatiga y el cansancio, valetudinario a consecuencia de las heridas o por efecto de las inclemencias del cielo; mustio, porque perdió las ilusiones o ceñudo porque la ambición se apoderó de su alma? ¡Miserable generación la nuestra! Nacimos al estampido de la artillería del coloso que pretendió en vano esclavizar a nuestros padres; presenciamos en la infancia las proscripciones y el desorden que de su cautividad trajo Fernando consigo; al comenzar apenas la juventud asistimos a la orgía revolucionaria que comenzó en Los Cabezas de San Juan; una década de poco grato recuerdo consumió nuestra adolescencia y la virilidad, en fin, esa época tan rápida como envidiable, en que el vigor del cuerpo, la lozanía del corazón y la fuerza del pensamiento combinados, permiten al hombre gozar de sí mismo y de cuanto le rodea, esa la hemos pasado, ¿en qué? ¡En derramar la sangre de nuestros hermanos!

Pero ¿en dónde estamos? ¿Qué escribimos? ¿A qué propósito tan triste discurso? ¡Oh! Sí; eso es: hablábamos del carnaval de 1834; ha sido el último de que el autor disfrutó como muchacho <sup>817</sup>; de entonces acá... ¿Y qué importa eso al público? Nada, ciertamente; escriba yo, si puedo, una buena novela, un libro que le agrade y entretenga, y tanto monta que sea por ocio como por necesidad. El público se ríe cuando lee en Burguillos <sup>818</sup>:

Que como otros están dados a perros  
o por ajenos o por propios yerros,  
también hay hombres que se dan a gatos  
por olvidos de príncipes ingratos,  
o porque les persigue la fortuna  
desde el columpio de la tierna cuna <sup>819</sup>.

Quizá el poeta lloraba sangre al escribir esos festivos pareados.

En fin, el carnaval de 1834 fue animado, galante, culto (). Laura, sin embargo, se obstinó en no concurrir a ningún baile de máscaras, a pesar de los esfuerzos que para conseguir lo contrario hizo repetidas veces el coronel Ribera () 169. La baronesa (), por una parte juzgando equivocadamente que las máscaras eran en Madrid entonces

lo que los bailes públicos en Francia y, por otra, apreciando en su justo valor todos los riesgos que una mujer enamorada corría, lanzándose cubierta con el dominó y la careta en reunión semejante, y eso con el hombre que la amaba, supo interesar ingeniosamente el amor propio de Laura en la resistencia, y consiguió su objeto. ()

Para colmo de sinsabores, desde el día del desarme de los voluntarios realistas una opaca nube oscurecía, por decirlo así, la existencia de los dos amantes. Apenas retirados los enemigos de Villaparda de la calle de la Paz, un ayudante de campo del general en jefe () había llegado a comunicar a éste la orden de proseguir en el acto su marcha al gran trote. () Don Luis, pues, dejando un oficial y dos ordenanzas para escolta del comandante de voluntarios y de las dos mujeres, hubo de resolverse y se resolvió, en efecto, a marchar a su destino sin pedir explicación a Laura de lo acontecido. () Villaparda salió de Madrid el 28 de octubre para una hacienda que a pocas leguas de la corte poseía, escribiendo antes una carta a Ribera y otra a Laura, (que le había declarado su nombre y dado las señas de su casa) dándoles las más sentidas gracias por haberle salvado la vida. En tal situación y sin embargo de la alta idea que el coronel tenía de la virtud de Laura, la levadura de Adán hizo su inevitable oficio. ¿Por qué había salido Laura disfrazada de su casa en tan azaroso día? ¿Qué interés tan poderoso la inspiraba Villaparda para que así se expusiera en su defensa? () 170. Confesemos que las apariencias estaban contra Laura y, en vez de condenar a Ribera porque dio cabida en su corazón a los celos, compadezcámosle sinceramente. A la verdad, con un poco de osadía, fácil le fuera salir de dudas; Laura deseaba darle explicaciones tanto como él obtenerlas y a la primera insinuación del coronel hubiérase apresurado a tranquilizarle. Pero él hubiera creído cometer un sacrilegio dando el más leve indicio, delante de tercera persona, de que dudaba de su ídolo y ella degradarse suponiendo que de su virtud se dudaba. ()

Mendoza, en tanto, fluctuaba en un mar de confusiones. () En tal estado de cosas, publicose la merced de la grandeza y título hecha por el rey a los dos al parecer esposos y ambos, de común acuerdo, resolvieron celebrarla con un solemne festín en su palacio. El día de la Candelaria, 2 de febrero, fue el elegido para la fiesta. () 171. Veinte mil duros costaron los preparativos del material para aquel festín, sin contar la magnífica librea nueva para más de veinte lacayos, los trajes negros de serio y flamantes para los porteros de estrado; los vestidos blancos completos para las doncellas y camaristas; una inmensidad de macetas de naranjos, limoneros, camelias, dalias, captus, rosales y jazmines, hechos traer en posta de las mejores estufas de París; el ambigú a cuyo abasto contribuyeron las cuatro partes del mundo con sus más suculentos manjares y deliciosas frutas; el tren <sup>820</sup> que aquel día estrenaron los nuevos duques y, por último, los trajes de ambos, porque, para conformarse con el gusto del momento, se acordó que el baile fuese de disfraces, con careta el que quisiera conservarla hasta las tres de la mañana, hora de la cena; sin ella, precisamente, de allí en adelante. ()

Sabíase que, por consejo de la baronesa de la Rocheblieu, se había limitado a cuatrocientos el número de los convites (). Contábase que se había hecho amplia provisión de guantes y pañuelos de bolsillo para las señoras, siendo aquéllos y éstos parisienses y los últimos guarnecidos de encaje. Hablábbase con asombro del surtido de exquisita perfumería hecho para el tocador. () Leoncio, de acuerdo con Peñahonda y la marquesa, hizo una lista de convite; Laura, con la baronesa y Ribera, otra. En la primera figuraban todos los personajes palaciegos, el cuerpo diplomático, la aristocracia militar y la del dinero; en la segunda, cuantas mujeres hermosas y hombres de buen tono eran capaces por su posición social de figurar dignamente en la fiesta; amén de los artistas y literatos que entonces tenían en Madrid alguna fama. () Mendoza, por su parte, agregó a entrambas listas una tercera compuesta de notabilidades políticas.

Llegó por fin el día: veinte y cuatro personas asistieron solamente 172. a la comida que presidió la duquesa (). Sirvióse el café en el gabinete octógono de Laura que ya conocemos, en tazas de Japón, y se sirvió realmente café de Moca. () A las ocho de la noche (la comida principió a las cinco en punto de la tarde) se disolvió la reunión: señoras y caballeros tenían necesidad de prepararse para el baile que debía comenzar y comenzó, en efecto, a las once.

Daremos una ligera idea de los disfraces que llevaron los personajes más importantes de nuestro relato. Laura eligió el traje de la época de Felipe IV y, copiando un cuadro de Velázquez, vistiose exactamente como la reina doña Isabel de Borbón, a quien la tradición histórica supone causa inocente del asesinato cometido en la persona del conde de Villamediana <sup>821</sup>. () Leoncio hubiérase vestido de buena gana de trovador, mas la marquesa tuvo la excelente ocurrencia de disuadirle de tan necio propósito. Vistió, pues, el traje inglés del tiempo de la reina Isabel, tomando por modelo un retrato del conde de Leicester, favorito de aquella soberana <sup>822</sup>. Mendoza, resignándose a la dura necesidad de tomar parte en diversión tan ajena a su carácter, buscó también un tipo en Inglaterra, pero fue el de Ricardo Cromwell <sup>823</sup>, nada menos; y, por cierto, que no podía haber escogido mejor. A la figura austera del capitán revolucionario convenía el pelo cortado casi a raíz, el vestido sencillo y grave, la bota de montar del color natural del cuero, la ausencia, en fin, de todo primor o adorno. La marquesa de Sotoverde llevó el traje de María Stuart <sup>824</sup>; Peñahonda no podía menos de ser David Rizzio, el afeminado italiano, el músico favorito <sup>825</sup>. La baronesa de Rocheblieu se presentó vestida como Mme. de Maintenon <sup>826</sup>. Villapardal cruzado, aludiendo sin duda a sus opiniones y proyectos. Ribera nos parece excusado decir que llevaba el traje negro elegantísimo de tiempo de Felipe IV. Pedro, el pastorcillo, ostentaba un magnífico traje húngaro de que le hizo don su madre adoptiva. ()

Durante el primer período de la fiesta podemos considerar dividida a la sociedad en tres grandes fracciones: la de los ingenuos, la de los inteligentes y la de los inútiles. La primera, compuesta de los mozalbetes del primer vuelo, de las niñas de quin-



ce a diez y ocho ( ), fue, como es hoy, porque siempre existe, el núcleo de la fiesta, la parte danzante, la fracción dichosa, en fin, que, sin saberlo ni importarle, llena los deseos del amo de la casa, sirve los proyectos de los inteligentes y entretiene el ocio de los inútiles. Ahora la segunda fracción: es aquella para la cual el baile sirve simplemente de pretexto, instrumento y capa; la que baila poco o nada, mas en cambio galantea, intriga y goza infinito. Finalmente, la fracción de los inútiles, no sin propiedad llamada por los franceses «tapicería», se compone de madres, maridos, feas y personajes más o menos importantes o tontos, cuyo oficio es llenar huecos, bostezar, aburrirse o estorbar. Añádase a estos elementos el reducido, pero envidiable, de los observadores de talento, y se tiene cabal idea de toda reunión de la especie de la que nos ocupa en este momento. ( )

Laura, aprovechándose del privilegio de la careta y del dominó, se propuso resarcirse de las contrariedades anejas a su posición de ama de casa durante el primer periodo del baile. ( ) De raso color de fuego guarnecido de magníficas blondas negras 174. era el dominó de la nueva duquesa, a quien daba el brazo otra mujer de buena estatura y no mal talle, con saya y capuchón de gros. ( ) Otra máscara, en tanto, ( ) recorría incesantemente los salones ( ). Dar en torno de ellas una vuelta y acercarse en seguida sin vacilar al dominó de fuego fue obra de pocos instantes. ( ) Los dos amantes no estaban de acuerdo, pero se adivinaron el uno al otro y, a los que no crean ni en el magnetismo, ni en los presentimientos, ni en la segunda vista del corazón, es decir a los que sean incapaces de amar, ni sabemos cómo explicarles el hecho, ni pretendemos aclarárselo. ( ) Asidos, pues, del brazo, palpítádoles unísonos los corazones, viéndose al través de las máscaras, entendiéndose sin hablarse y, seguidos de cerca por la mujer del dominó de seda, ( ) lanzáronse resueltamente a través de la muchedumbre, cruzándola a pesar de su resistencia como sobre las turbulentas olas <sup>827</sup> se desliza rápida la cortante quilla de velero bajel.

## 175. CAPÍTULO IX. Prosigue la materia del anterior

() Al compás de la música bailaban unos, embromaban otros y alegrábanse los más. Separado, empero, del resto de la concurrencia, había en cierto gabinete, rodeado de divanes de seda azul y blandamente iluminado por lámparas de alabastro, un grupo compuesto de doce a catorce personas de ambos sexos en el cual la conversación era muy animada y alegre, si bien menos estrepitosa que lo que lleva consigo un baile de máscaras.

Figuraba en el centro, de pie y vestida de gitana, una mujer de talle esbelto y flexible, (). Cerca de ella y sin máscara nuestro poeta Eduardo de la Flor, cuya elegante figura realzaba la poesía del traje de los héroes de Misolonghi <sup>828</sup>, parecía al corsario de Byron en contemplación de alguna su reciente presa. Sentada en un diván, mordiéndose los labios de despecho, actitud que sentaba bien a su traje de manola, se veía a Elisa () y no acertaba a escuchar siquiera las marciales galanterías del general Valdestillas, quien, de grande uniforme y muy rendido, estaba a su lado. De los celos de la una, de la coquetería de la otra, de los requiebros en alta voz del poeta y de los arrullos aparte del general, parecía gozar con delicia un hombre vestido de paisano, ya de treinta y cinco años, buena estatura, medianas carnes, fisonomía a un tiempo benévola y epigramática, modales francos y aspecto simpático. No diremos su nombre, pero añadiendo que una herida honrosa le privó de un ojo, y que era el primer poeta cómico español de su época, ¿quién no ha de conocerle? <sup>829</sup> Dábale el brazo un joven pequeño y enjuto de cuerpo, moreno, con ojos negros de aquellos que una vez vistos nunca se olvidan, traje de exquisita elegancia, maneras fáciles y porte muelle y negligente: otro poeta que de entonces acá ha crecido mucho y ya entonces era grande <sup>830</sup>. Ambos dirigían la palabra o escuchaban a los amigos que con ellos formaban corro aparte de aquel grupo, todos más o menos dedicados al estudio y ejercicio 176. de las bellas letras. Allí, sereno y grave como siempre, el que después fue autor de *Carlos II* y *Guzmán el Bueno* y era ya notable en la literatura clásica <sup>831</sup>; allí, con sus maneras aristocráticas, su carácter inflexible y su formalidad innata aunque casi niño, el autor de *Doña María de Molina* <sup>832</sup> y, colgado de su brazo, el inquieto y mordaz émulo de Quevedo cuya vida terminó luego el suicidio <sup>833</sup>; allí, con dominó negro, pero dejando ver, por lo descuidadamente puesto, el cuello de grana con bombas de oro, un oficial de artillería, joven a la sazón y, más que literato, amigo y admirador de los que lo eran <sup>834</sup>. ()

—General, —Exclamó no pudiendo contenerse Elisa—, deme usted el brazo: esto está insoportable.

—¿Se va usted, querida? ¡Qué hermosa está usted con ese traje! —Dijo a su vez la gitana, besando *velis nolis* a la celosa, que de buena gana la hubiera arañado.

—El beso de Judas, —Dijo Elisa en voz baja a su compañero—. ¡Oh, mujeres!

—Diga usted ¡oh Mesalinas! No todas son unas —Contestó el aristócrata poeta.

—Son hechiceras las dos —Interpuso el vate cómico—. Si Dios las hizo tan bellas, ¿por qué no han de ser coquetas? ¡Oh, deliciosas prójimas!

—¡Hum, hum! —Exclamó el que le daba el brazo, haciendo un gesto peculiar suyo y que él llama el del pavo; y dióle dos o tres vueltas a un rizo que sobre la sien derecha formaba su negro cabello—.

—Si el general se llevase así a mi querida... —Pro rumpió estrepitosamente el artillero

—Silencio, *buscarruidos* —Replicó La Flor, que no había perdido una 177. palabra de la conversación—; por ahora me hace un favor. Mañana tal vez te enviaré a que le desafíes en mi nombre. ()

En el salón principal, () apenas podía darse un paso: la orquesta tocaba un vals y veinte parejas a un tiempo daban vueltas con acompasada rapidez (). Aquel vals era el mismo del baile de las Tullerías, se tocaba de orden de Laura y ella lo bailaba también entonces con Ribera, con tanta o mayor delicia que en la capital de Francia. ()

178. Eran las dos y media. La duquesa, después de algunos minutos de descanso, levántose, prohibiendo al coronel que la siguiese. () Media hora después, se presentó Laura en el salón principal con su traje de Isabel de Borbón, dando el brazo al general Valdestillas. Un portero de estrados dijo en voz alta: «Señores, las tres». 179. () Todas las caretas cayeron a un tiempo: todos los dominós desaparecieron y, como por encanto, se transformó el baile bullicioso de máscaras en una reunión de buen tono, a la cual parecían haber sido invitados todos los pueblos y todos los siglos.

Laura, en cuyo divino rostro fue inútil entonces buscar el más remoto vestigio de sus pasados tormentos, no sólo reina parecía, sino deidad soberana. Los celos, la envidia, el odio mismo perdieron sus fuerzas al aspecto de tan grande y pura belleza; un murmullo de adoración exaltada, de respetuoso entusiasmo, se oyó en la inmensa concurrencia: nadie osaba hablar por no interrumpir un silencio que instintivamente se juzgaba necesario. () 179. Al presentarse el maestresala y decir, después de una profunda reverencia a su señora: «Está V. E. servida» (), Laura, moviéndose graciosamente en derredor y haciendo una cortesía de esas que no se describen, dijo a su vez: «Señores, cuando ustedes gusten». En el mismo instante, corriéndose los entrepaños de uno de los frentes del salón, como suelen los telones de teatro, transformose aquél en un pórtico gótico de tres arcos ojivos, magníficamente iluminados, tras de los cuales al primer golpe de vista sólo se divisaba una gran masa de luz y verdura, más baja que el piso y de cuyo seno salía un raudal de melodiosos concertados acentos, así de humanas voces como de músicos instrumentos.

Pasado el pórtico, hallábase una vasta y bien proporcionada escalinata, cuyos adornos consistían en flores y estatuas, y desde la cual se distinguía el ámbito del jardín, transformado por los combinados esfuerzos de la riqueza y del arte en un vasto salón para la cena. Partiendo de la cerca y del palacio y apoyándose en pilares hábilmente dis-

tribuidos, habíase construido una techumbre a la ligera, sí, mas con solidez bastante para la completa seguridad de los concurrentes y, dándole interiormente la forma de una inmensa media naranja, se la cubrió con lienzos transparentes, pintados y dispuestos de suerte que, en lo posible, imitaba la bóveda celeste, tachonada de estrellas brillantes. Mas como aquella luz, templada por los lienzos, aunque suave y grata no bastase para la claridad que el decoro exigía, colgáronse de la techumbre misma grandes lámparas con bombas esféricas de cristal raspado, expresamente fundidas en la fábrica de cristales de La Granja, y se repartieron con profusión en el jardín los candelabros.

Para dar luz a todos se construyó un gasómetro en el jardín mismo y para que la ilusión fuera más completa, se distribuyeron en la bóveda las lámparas como los astros del sistema solar, graduando a su efecto su tamaño, situación relativa e intensidad de la luz. De todo ello resultaba un conjunto singular, poco común, y grato bajo todos los aspectos; () La temperatura, fría en aquella estación, fue la primera dificultad que hubo de presentarse; con establecer gran número de estufas o caloríferos de hierro, convenientemente distribuidos, cuyos cañones, ocultos entre los árboles, en nada perjudicaban a la belleza del ornato, quedó vencida. Pero, a mayor abundamiento, en vez de hacer una sola mesa, en la cual nadie hubiera cenado bien 180. sin que bastase número alguno de criados para la asistencia, se dispuso que hubiera doce mesas capaces cada una de doce personas; otras doce para cuatro cubiertos, dos de a veinte, y de cuarenta a cincuenta para dos personas. Distribuidas esas mesas en veinte pabellones o tiendas de campaña, todas de seda interior y exteriormente, y cada cual con su correspondiente calorífero, resultaban combinadas las ventajas de la sociedad con las del orden y de la independencia individual, rara en tales ocasiones. ()

Las cenas de etiqueta, es decir, las presididas por ambos esposos, fueron breves; todo el mundo deseaba dar de mano al ceremonial. Entonces se poblaron las calles de aquel jardín cubierto, de parejas elegantes (). ¿Quién es aquel joven rubio, bien proporcionado, que lleva el esplendente traje de la corte de Luis XIV con más soltura, elegancia y distinción que nunca lo llevan los de Lauzun y de Richelieu? ¡Oh!, la flor y nata de la aristocracia española, el joven duque que la muerte hirió sin piedad en lo mejor de su vida <sup>835</sup>. Al verle, en la noche que aludimos, dar el brazo a una beldad insigne, también orgullo de nuestra grandeza y notable por su hermosura entre las hermosas españolas, no era fácil pronosticar su temprana muerte. Séale la tierra leve.

La elegante figura de la discreta dama, condesa entonces de T. <sup>836</sup>; la belleza, algo oriental, de la condesa de B. <sup>837</sup>, la seducción irresistible de una de sus hermanas, la señorita E. C. <sup>838</sup>, el porte regio de 181. otra, que hoy es por dos veces viuda <sup>839</sup>; las gracias nacientes de A. <sup>840</sup>; la majestad y elegancia de las formas en las dos hermanas V. y J. de P. <sup>841</sup> y la belleza o la finura o la coquetería, el agrado en fin, de las duquesas de A. <sup>842</sup> y de V. <sup>843</sup>, de las marquesas de S. C. <sup>844</sup> y de M. <sup>845</sup>, y de la duquesa de C. <sup>846</sup>, aristocracia de nuestra aristocracia madrileña, deleitaron nuestros ojos aquella noche, porque el coronista <sup>847</sup> de Laura asistió al famoso baile de la duquesa de Valleignoto.

Pero sin tantos blasones ni tan célebres apellidos, eran infinitas las hermosuras que allí contemplamos. Concha R. <sup>848</sup>, belleza sin rival; J. P. V. <sup>849</sup>, la marquesa gitana de quien ya hablamos <sup>850</sup>, la incomparable L. <sup>851</sup>, la infeliz amada de un desdichado escritor y ciento más ().

Ante el concurso numeroso y elegido de aquella noche, infinitas fueron las parejas que, sin sanción de las leyes de la moral, hicieron ostentación más o menos imprudente de la pasión que las enlazaba. Para todas hubo censura amarga, para todas menos para dos solas: la de Laura y Ribera y la de otros dos personajes que hemos nombrado. ¿Por qué esta excepción? () La razón es obvia: era tan clara, tan evidente la ley de la conformidad simpática en ambas parejas, que desaparecía ante ella toda idea de vicio o de crimen. No hallarse unidos legalmente seres con evidencia nacidos para estarlo, era una gran desgracia; enlazarse como podían, una fatalidad deplorable, nunca un delito. () El lance de la calle de la Paz dio principio y pretexto a la conversación: para justificarse, tuvo Laura 182. que referir a Ribera todo lo ocurrido (), es decir, en resumen, que confesarle, no como quiera que su pasión no la hallaba indiferente, sino que a tal punto le amaba, que por él exponía sin vacilar reputación y vida. () Después de algunas vueltas, entraron nuestros dos amantes en uno de los cenadores. () Laura, aunque contaba ya veinte y seis años, era en amor novicia; () Ribera gozaba simultáneamente de la conversación de una mujer formada, discreta, juiciosa, y de una doncella cándida e inmaculada. () Tales eran sus reflexiones, cuando, súbitamente, se apareció en la entrada del cenador Leoncio de Montefiorito, descompuesto el semblante y empujado material y físicamente por la marquesa de Sotoverde. Algo más atrás, la figura de Mendoza en su traje de puritano, se dibujaba sombría sobre el fondo verde de unos bojes; y, no lejos de él, Pedro *el pastorcillo* del valle y el comandante Villaparda observaban atentamente.

Para comprender bien el efecto de aquel cuadro, es preciso tomar en cuenta el sitio y las circunstancias. Aquel una especie de mágico jardín; éstas las de un baile de disfraces. Una reina sola en un cenador con un gentilhombre de Felipe IV; Leicester impelido por María Stuart sorprendiéndolos; Cromwell espiando el lance; un príncipe húngaro y un cruzado a la expectativa de los acontecimientos. ¡Qué confusión de épocas! ¡Qué extraña mezcla de personajes! ()

—¡Laura! —Murmuró, iracundo, Leoncio () 183.— Sígueme. En cuanto a usted, señor coronel...

La duquesa, sin darle tiempo a proseguir y enlazando tranquilamente su brazo con el de Ribera (), replicó: ...mas antes que escribamos qué replicó, bueno será volver un momento atrás con nuestra relación. La marquesa había vuelto a anudar sus relaciones con Leoncio () con la esperanza de hallar ocasión y medio de vengarse de los desdenes de Ribera y perder al mismo tiempo a su rival dichosa. Mendoza () acechaba impaciente un motivo, un pretexto siquiera, para interesar el amor propio de Leoncio en contra del mortal aborrecido. Pedro, enamorado casi sin saberlo de su protectora,

no había pensado en otra cosa más que en ella durante la función entera. Villaparda, por su parte, tampoco había podido ver impunemente la beldad del hija del indiano y abrasábase en secreto por ella, por manera que, aunque con diversas intenciones, la marquesa, Mendoza, Pedro y el comandante, fueron, por decirlo <sup>852</sup> así, y en cuanto lo alcanzaron, vigilantes centinelas de Laura y de su amante. () 184. De esa combinación de circunstancias resultó que, al entrar en el cenador los dos amantes, fuesen vistos por los tres adoradores de la duquesa. () Mendoza había formado en el acto su plan y ejecutolo con la resolución que acostumbraba. Buscar y encontrar a Leoncio y a la marquesa no le fue difícil y apenas en su presencia, sin rodeos, sin preámbulos, sin preparación de ningún género, dijo: «Señor duque: El coronel Ribera y la duquesa, que durante la máscara han hecho una pequeña ausencia de los salones, se hallan ahora conversando mano a mano en el cenador de las lilas». () Villaparda, que, oculto tras unas murtas, había escuchado aquel breve diálogo, olvidando sus celos echaba a correr con la esperanza de evitar una catástrofe, avisando a los amantes del peligro (). Cuando a vista del cenador llegó, ya en su ingreso se hallaban Leoncio y la marquesa (); haciéndose cargo del peligro de intervenir en lance tal entre marido y mujer, resolvió habérselas exclusivamente con Mendoza (). Así, cuando el pastorcillo, creyendo en riesgo a Laura, se había lanzado a su defensa y el capitán adelantándose hacia el cenador, el comandante de voluntarios avanzó hasta colocarse a la altura del último y en tales posiciones relativas se encontraban en el momento en que, para explicar los antecedentes, suspendimos la narración del suceso. 185. ()

—El coronel Ribera me hará el honor de darme el brazo hasta que termine el baile ().  
Leoncio callaba.

—¡Eres un cobarde! —Le dijo la marquesa con el más soberano desprecio; y entonces, como el toro que flaquea en el circo, cuando le clavan en la cruz el hierro y siente abrasadas sus carnes por la pólvora, trueca súbitamente en furor ciego la timidez nativa, así Montefiorito, herido por la mujer que amaba en la cuerda más sensible de su amor propio, desenvainó frenético la espada y abalanzose a su hermana.

Ribera, que, como puede presumirse, no le perdía de vista, desembarazándose rápidamente de Laura y empujándola a su espalda, presentó la punta de su acero a los ojos del nuevo duque; Pedro iba a desenvainar su corvo sable, pero la hija del indiano le sujetó el brazo; Mendoza se arrojó, espada en mano, en auxilio de Leoncio; mas Villaparda, saliéndole al encuentro oportunamente, también con las armas en la mano, le atajó el paso diciendo:

—Alto, camarada; si usted tiene ansia de pendencia, conmigo es con quien ha de habérselas.

La marquesa, calculando que, por lo menos, de todo aquello había de resultar un escándalo que perdiese a Laura en la opinión pública, iba a retirarse, con ánimo quizá de traer gente, mas no logró por entonces su intento.

Es de advertir que los movimientos de nuestros diversos personajes, largos de contar por escrito, en el hecho eran tan rápidos como simultáneos, de manera que tuvo tiempo Laura, sin dárlo a que se cruzasen las espadas, para lanzarse en medio de los combatientes, diciendo:

—Pedro, detén a la marquesa. Coronel, prohíbo a usted hacer armas contra ese hombre. Leoncio, si no envainas, revelo nuestro secreto. Mendoza, ¡ay de usted si me compromete! Villaparda, juicio.

Y conjurada con aquellas palabras la tempestad que amenazaba estallar estrepitosa, volvierón la vaina los aceros y pintose la ansiedad en todos los semblantes. ()

186. —¿Qué vas a decir, Laura? —Exclamó, aterrado, Leoncio.

— () Que no tienes derecho alguno para censurarme; que a mis relaciones, sean las que fuesen, con el coronel Ribera, no puedes oponerte; y que voy a declarar, en el acto y terminantemente, que soy libre, libre como el aire, y que puedo disponer de mi corazón sin más trabas que las que mi propio decoro me imponga. Decláralo así también y retírate en paz; no lo hagas y yo proseguiré hablando.

Todos los que aquel discurso escuchaban quedáronse petrificados: la mujer más disoluta, la marquesa misma, no pudiera explicarse con tal audacia (). No acertaba Montefiorito a proferir un solo acento ().

—Cuanto has dicho es cierto: eres libre, libre como el aire; hice mal en sorprenderte y turbarte, no tengo para ello derecho alguno.

Todavía fue mayor el asombro de los concurrentes al escuchar a Leoncio que a Laura. Indignada, la marquesa exclamó:

—¡Cuánta bajeza! Duque, me hará usted el obsequio de no volver a saludarme.

—Señora —Interpuso Laura—, cualquiera resolución que usted tome, tenga entendido que esta escena deplorable debe quedar sepultada en el más profundo silencio. El interés de mi reputación me obligaría, si usted fuera indiscreta, a hacerla arrepentirse amargamente de tal locura.

Ribera tenía en su poder cartas de la marquesa, que, publicadas, no arruinarían una reputación ya perdida, pero que la pusieran en ridículo; y la amenaza vaga de Laura pareció a Matilde fundada en aquel recurso. Er ror sin duda, pero error que la decidió a prometer el secreto y formar propósito de guardarlo. () Laura prosiguió diciendo:

—A ti, Pedro, nada te encargo. () Comandante Villaparda, hombres tan caballeros como usted no comprometen nunca a las damas: no me juzgue usted por las apariencias y consérveme usted su amistad. 187. ()

—Coronel, si antes era de muerte nuestra guerra, en adelante lo será de exterminio —Terminó Mendoza, abandonando el cenador y abrasándose de cólera y de celos.

—¡Bah! —Replicó el coronel— ¡Si Laura me ama!

— () Pero ¿no habré perdido esta misma noche tu estimación? ¿Qué pensarás de una mujer que cual yo se conduce, que como yo habla a su marido?

—Pienso, Laura de alma mía, pienso que cuanto haces y dices es bueno porque tú lo haces y tú lo dices. ()

La baronesa de Rocheblieu, que, inquieta con la prolongada ausencia de Laura, la buscaba hacía tiempo, llegó a interrumpir su coloquio y oyó con asombro la relación de lo ocurrido. ()

—De esta noche datan mi emancipación y felicidad.

Ribera, a pesar de la presencia de la baronesa, cayó de rodillas a los pies de su amada y besó con entusiasmo su mano.



## LIBRO OCTAVO

### LOS ENEMIGOS DE LAURA

#### 188. CAPÍTULO I. Adiós al valle

Laboriosa y prolijamente hemos referido hasta aquí los varios y complicados lances de la vida y hechos de don Simón de Valleignoto, sus hijos y personas con ellos íntimamente relacionados; mas desde la conclusión del libro quinto, ni siquiera incidentalmente ha vuelto a hacerse mención en nuestra historia del patriarca del valle, de Marta, su esposa, y <sup>853</sup> del siervo o ermitaño Pablo. Razón es que de ellos tratemos ya, y el lector habrá de permitirnos que les consagremos el presente capítulo. () 189. <sup>854</sup>

Al partir Laura inconversa, Simón experimentó un dolor agudísimo en lo más hondo de su corazón; mas cuando el niño () se manifestó resuelto a salir de aquel retiro a dejarse morir, entonces Simón sintió que la mano del Señor pesaba poderosamente sobre su cabeza: entonces comprendió en toda su extensión el pecado de orgullo que con vivir expiaba. () Probo había creído posible preservar a sus descendientes del contagio de los vicios mundanos; reducirlos, *a priori*, al amor de la soledad; imbuirles desde la cuna los principios ascéticos y formar, en fin, una generación de santos. () ¡Vanidad de vanidades!

Marta dio a luz a su primero y único hijo en el valle. A los quince años, el joven dejó aquel retiro, lanzose al mundo, donde padeció e hizo padecer, donde pecó y fue víctima del pecado. El hijo de aquél tuvo la suerte de su padre y, de una en otra generación, repitiose el mismo fenómeno. En unos preponderaron las virtudes sobre los vicios; en otros aconteció lo contrario, pero, más o menos pecadores, todos los descendientes del patriarca, a excepción del padre de Laura, vivieron y murieron creyentes. A pocos hombres se mostró más propicia esa fabulosa ciega deidad que los hombres llaman fortuna; 190. pocos, sin embargo, fueron más desdichados. Las riquezas no bastan para comprar el sosiego del ánimo, el interior contentamiento que es, en suma, la felicidad <sup>855</sup>. Sus últimas palabras, empero, pronunciadas con toda la sinceridad del instante supremo, sus últimas palabras: «misericordia y perdón», pudieron abrirle el tesoro de la celeste indulgencia (). Mas la raza de Probo estaba, en realidad, terminada. Laura, aun cuando hijos tuviera, había de dárselos a otra familia. La misión del patriarca o, más bien, su prueba, al parecer habíase también concluido. ()

192. Una tarde del mes de abril, () hallábase el patriarca sentado en el paraje mismo en que por vez primera le presentamos a nuestros lectores. Marta, frente a él en un asiento de césped, parecía como rejuvenecida por un sentimiento de gozo (); era, en aquel momento, la imagen viva de Laura, mas de Laura como la pintara Murillo para hacer su apoteosis. () Fijó en ella asombrado sus ojos el patriarca () al contemplar la especie de transformación que en ella se había obrado. 193. ()

—Mi cuerpo, Simón, no puede moverse, () los terrenos lazos que al cuerpo me encadenan, van a romperse. () 194. Vamos a separarnos, mas será por poco () y, si no flaqueas en el breve tiempo de la prueba que te aguarda, nos reuniremos junto al trono del Señor, y... mas no me es lícito revelarte el porvenir. ()

Levantose el patriarca e, inclinando su venerable rostro sobre el cuerpo ya casi inerte de Marta, estampó en sus labios el último beso, el supremo adiós de la criatura a la criatura, la postrer muestra de amor conyugal que debían darse los que durante diez y ocho siglos vivieron unidos, sin que una sola nube turbase la paz de su unión santa. () El ángel alzó rápido el vuelo con el alma de Marta en los brazos hasta la mansión eterna. Simón, postrándose al lado del cadáver de su esposa, permaneció allí en oración durante veinte y cuatro horas seguidas. () 195. ()

Ocho días después, siendo la media noche y durmiendo Pablo, presentose en su estancia inopinadamente el patriarca y dijo: «Pablo, despierta: calza las sandalias, cíñete la túnica, toma el báculo y vamos». El siervo, sin dar señales de asombro, sin hacer una pregunta, sin vacilar siquiera, obedeció punto por punto.

—Tú ya no eres mi siervo, sino mi servidor y de hoy más serás mi compañero. () Escúchame antes de seguirme. () Después de largas y penosas vigias, Pablo, un sueño restaurador vino, por fin, a reparar mis abatidas fuerzas. Apenas cerrados los ojos, se presentó ante mí la imagen de Marta o Marta misma: () «Simón, me dijo, () acaso puedas reconquistar la corona del martirio, por tu culpa perdida. Sal de tu retiro, lucha con los vicios, haz frente a los errores, no te escondas de los peligros ni huyas de las tempestades». () Ahora que sabes por qué parto y a dónde voy, Pablo, si me sigues, 196. bienvenido seas; si permaneces en este retiro, el Señor sea contigo.

—Vamos —Dijo Pablo siguiendo a Simón. ()

## CAPÍTULO II. Política. Nueva separación de los dos amantes

() Desde el día del desarme de los voluntarios realistas en Madrid, la marcha progresiva de los acontecimientos hacia un cambio en sentido liberal se hizo tan patente, que ningún medio quedaba para dudar de ella. Exasperados los carlistas, multiplicaban sus hostiles tentativas incesantemente, con éxito unas veces, con desgracia otras, pero siempre con síntomas inequívocos de tenacidad y encarnizamiento, siempre acreditando la opinión que los suponía intolerantes y dispuestos a exterminar hasta la semilla del Liberalismo. En consecuencia, el Gobierno de la reina se inclinaba naturalmente al bando contrario, sin cuya eficaz cooperación le era imposible luchar con los ultrarre-  
listas; y de acción en reacción fuimos a parar al punto inevitable, es decir, a dividirnos por el momento en liberales y serviles, según nosotros; en realistas y revolucionarios, según los carlistas. Sin embargo, por una manía singular, pero constante en los españoles, resistiéramos cuanto pudieron los partidarios de un cambio indispensable —y aun diremos que providencial— a confesar pública y solemnemente sus opiniones, a proclamar en alta voz sus principios, a ser, en fin, apóstoles de sus doctrinas.

Quéjase en general los hombres políticos en España de que el pueblo permanece indiferente, en la mayor parte de las ocasiones, a debates que, sin embargo, de su suerte deciden; el hecho es cierto, pero la queja injusta, porque, ¿cómo ha de comprender el pueblo a gentes que empiezan por avergonzarse de sus opiniones, que ocultan sus verdaderos proyectos, que encubren su bandera constantemente con un velo hipócrita? Para el pueblo, las abstracciones, los términos medios, los sistemas complicados son incomprensible algarabía que ni afecta, ni afectar puede sus intereses y pasiones; y el pueblo no se mueve nunca más que por interés y 197. por pasión, precisamente. Cuando en 1808 se le dijo: ahí están los extranjeros, que traidoramente se te han entrado por las puertas, que se llevan a tu rey, que se mofan de tu religión, que devorarán tus cosechas y deshonrarán a tus mujeres y a tus hijas, que te esclavizarán a ti y a tus hijos, y cuando todas esas ideas se expresaron en una fórmula enérgica al par que concisa, usando de tres palabras claras y significativas, «religión, patria y rey», fórmula que se completó con esta otra, «odio a los franceses», entonces el pueblo no fue sordo, no fue indiferente, entonces el pueblo se alzó de un extremo a otro de la Península contra el ejército de Napoleón y, como el gigante de la fábula, cada vez que, vencido, tocaba el suelo, levantábase más fuerte, más resuelto a morir o vencer. ¿Por qué se alzaron como un solo hombre las provincias vascongadas en favor de don Carlos? Porque los fautores de aquel príncipe, resueltos y francos en sus opiniones, hallaron la fórmula conveniente para interesar a los valientes vasco-navarros; una sola palabra, la de «fueros», basta para explicar cumplidamente aquel fenómeno <sup>856</sup>.

No así el Gobierno de la reina: primero quiso ser liberal en el fondo, conservando, no obstante, las fórmulas del Absolutismo; después, aceptar las formas del sistema representativo, conservando al poder monárquico una influencia preponderante.

De ahí esa serie de trastornos que, como el mareo en los buques, atormentaron sin consecuencias al cuerpo social; de ahí esa multitud de motines asquerosos, en los cuales ni se desarraigó un abuso, ni se creó una institución; de ahí, en fin, que pasan los años y la quietud no llega, cámbianse los Ministerios y el país no se engrandece; desacreditanse los sistemas y el pueblo los ve pasar con amarga sonrisa en los labios pero sin dar un paso, sin hacer un ademán siquiera, ya en su favor, ya en su contra.

Don Carlos fue revolucionario en nombre de lo pasado; al Gobierno de la reina cumplía ser franca y decididamente revolucionario en pro de las ideas modernas; proclamar, en contra de la legitimidad por derecho divino, la legitimidad de la conveniencia social; alzar, en frente del pendón monástico-absolutista, el estandarte de la libertad constitucional; hacerse, por último, enemigos <sup>857</sup> implacables de los absolutistas, para tener defensores ardientes en los liberales. La lucha fuera entonces violentísima, pero breve; el trastorno fundamental, pero instantáneo, completo, fructífero; hubiéramos tenido una revolución grande y fecunda, en vez de la incalificable serie de revoluciones de serrallo por que ya hemos pasado, sin contar con las que por pasar nos quedan.

Pero estamos muy lejos de nuestro propósito: sometidos a la influencia de la atmósfera que nos rodea y obedeciendo indeliberadamente a los hábitos del ex periodista <sup>858</sup>, disertamos en vez de narrar lisa y llanamente; para algunos lectores acaso no serán molestas nuestras reflexiones; si para otros lo son, que salten la página que las contiene y todos quedarán contentos.

Viniendo ahora a los hechos, consignaremos aquí los principales, diciendo que en todos los ángulos de la Península se alzó el estandarte carlista, vencido siempre a su aparición, pero rehaciéndose en breve para ondear más sangriento y poderoso. El Gobierno adoptó entonces dos principios, impolíticos ambos hasta no más: fue el primero recompensar con prodiga generosidad los más pequeños servicios prestados a la causa de la reina, prostituyendo así, desde el primer día, las condecoraciones que debieran haberse economizado como un tesoro y, lo que es peor, creando ese espíritu de ambición insaciable, de sed ardiente de grados y ascensos que tanto afligió después al ejército y que ha sido causa de sucesos hartamente lamentables <sup>859</sup>. En cuanto al segundo, no hallamos palabras para calificarlo, porque introducir en las tropas el espionaje, consagrar la delación en la famosa revista de inspección en la cual, en vez de examinar a los oficiales sobre la ordenanza y la táctica, se les preguntaba: «¿De qué se habla en el cuerpo de guardia?» «¿Tienen los sargentos más influencia que ustedes en la tropa?»; establecer oficialmente la categoría de los sospechosos, dar oídos al inferior ambicioso que acusaba a su superior y proceder, en fin, como de tales premisas se desprende, fue sembrar el germen de la más profunda, de la más perniciosa inmoralidad. Y semejante conducta es tanto menos disculpable, cuanto más digno era entonces de consideración el ejército, sin cuya fidelidad a toda prueba ciertamente el reinado de Isabel II no fuera acaso más que una palabra.

Fernando VII, que, como ya tuvimos ocasión de observarlo, poseía en alto grado el don del acierto en cuanto a lo concerniente a la estabilidad de su Gobierno y a la seguridad de su persona, no se hizo ilusiones al consentir el establecimiento de los voluntarios realistas, concesión hecha por él al bando apostólico, no ciertamente pensamiento propio. Cualquiera que fuese el nombre de aquel cuerpo y por más que su espíritu revistiese las formas monárquicas, en la esencia era y no podía menos de ser altamente democrático: para compensar, pues, la acción de aquel elemento disolvente, era forzoso robustecer el Ejército, formándolo desde su base con arreglo a los designios del monarca y manteniéndolo constantemente en la más severa subordinación, al mismo tiempo que abstraído de todo debate político. Por eso, Fernando, más revolucionario que todos los que por tales se tienen en España, empezó en 1823 por disolver en un día el ejército entero constitucional y luego, burlándose del furor de los apostólicos, anuló sin misericordia las monstruosas promociones de la regencia y juntas facciosas, haciendo de ese modo tabla rasa, sobre la cual edificó a su deseo y conveniencia. Soldados nuevos, subalternos niños, jefes de toda confianza, una Guardia Real desproporcionada sin duda tácticamente hablando pero como lo exigían las circunstancias políticas y en la cual se procuró que no entrasen más que personas interesadas en la conservación del régimen vigente o, al menos, sin ideas temibles, fueron elementos que se crearon con inteligencia y se conservaron con perseverancia. Los militares en aquella época y, sobre todo, los de los cuerpos de casa real eran considerados en la sociedad, hacían gala de su uniforme, cifra-199. ban su orgullo en que se les llamase ordenancistas y se hubieran creído insultados si se les propusiera tomar parte en cuestiones políticas. Mina y sus compañeros, al invadir el suelo español en 1830, hallaron la misma resistencia en los oficiales y tropa del ejército permanente, entre los cuales había ya entonces muchos liberales, que en los voluntarios realistas, sus fanáticos enemigos; y, a pesar de que la opinión monárquica dominaba, aún en 1833, en las filas de aquél, ni una sola compañía se unió a los rebeldes.

Así pues, sin temer la nota de temerarios, osamos afirmar que, si el Gobierno se hubiera abstenido de separar oficiales, fuera de contadísimas excepciones, no tuviera por qué arrepentirse de ello: pero siguió el sistema contrario y, sobre fútiles apariencias o apoyándose en pérfidas delaciones, separó del servicio en pocos días a infinidad de militares pundonorosos, instruidos y valientes <sup>860</sup>. ¿Qué había de acontecer? Que la mayor parte de ellos, ya porque exclusivamente vivían de su espada, ya por resentimiento del agravio recibido, ya, en fin, porque, libres de todo compromiso, siguiesen los impulsos de su corazón, éstos por sentimiento, aquellos por despecho y por necesidad los otros, casi todos corrieron a incorporarse en la facción carlista. Entre ellos se contaba Zumalacárregui, quien, después de haber intentado en vano sincerarse de los cargos que se le hacían, hubo de resolverse a defender con las armas la seguridad de su persona; y aquel hombre, uno de los más notables que nuestra revolución ha producido, hallándose, merced al Gobierno de la reina, con un excelente y numeroso cuadro de oficiales, pudo en breves días organizar un ejército que durante seis años prolongó después el azote de la guerra civil <sup>861</sup>.

Mientras, y como si fueran ya pocos los desaciertos cometidos, dos generales, absolutistas toda su vida hasta entonces, daban el primer escándalo político, el primer ejemplo de insubordinación, solicitando desde sus capitanías generales un cambio de Ministerio, una reforma en el sistema de gobierno <sup>862</sup>. Los grandes conspiraban en Madrid contra sí mismos y Cea luchaba a un tiempo con los carlistas, con los liberales y con la corte.

Semejante posición no podía durar mucho tiempo: el nombramiento de un Ministerio presidido por el señor Martínez de la Rosa <sup>863</sup> inauguró un nuevo sistema, nacido de la honrada rectitud de principios del respetabilísimo personaje que acabamos de nombrar; pero, a duras penas aplicable a un pueblo alemán en su estado más pacífico, de todo punto imposible para un país meridional en el momento en que fermentan en él todos los elementos sociales.

Tratábase de proceder teniendo al frente y en armas al partido carlista con sus principios absolutos y su resolución fanática, y amenazada la retaguarda por el bando liberal, ansioso de vengar diez años de proscripción; tratábase, decimos, de proceder por el método de las aproximaciones y de los paliativos, buenos para curar un constipado pero inútiles para una congestión cerebral, que era la enfermedad que nos aquejaba. Nada de “constitución” ni de “carta” siquiera, porque eso era revolucionario; pero tendríamos Cortes, si bien a manera de cofradía para rogar y no para deliberar. La Milicia Nacional pareció temible; con llamarla Urbana <sup>864</sup> se creyó salvar sus inconvenientes... y, así, en todo lo demás. Publicose, en fin, el Estatuto <sup>865</sup>; convocáronse las Cortes y desde el primer día sucedió lo que era forzoso que sucediese, se trabó la lucha con una oposición elocuente, audaz y hasta entonces intachable.

Por ahora terminaremos aquí nuestro relato, bastando lo dicho para que se comprenda el estado de la nación y el lector pueda seguir el curso de los acontecimientos.

Pocos días gozó Ribera del cambio que en su posición produjo la noche del baile, pocos días, sí, pero los más felices de su vida. Laura, una vez rota la valla, confióse a la baronesa y aquella discreta señora, comprendiendo que luchar de frente sería precipitar a su amiga, conformose con lo hecho y logró así que, al menos, no se sustrajesen los dos amantes a su desinteresada y virtuosa vigilancia. Veíanse, pues, diariamente dos veces la hermosa mejicana y el dichoso Ribera, mas en presencia de su amiga y confidente, quien, con paciencia ejemplar, leía o bordaba cerca de la ventana, mientras que los enamorados departían blanda e incesantemente en el fondo del gabinete que conocemos.()

Pero, ya lo hemos dicho, pocos días duró tanta ventura. Ribera, en fin promovido a brigadier, recibió —y sospechamos que a solicitud suya— la orden de marchar con su regimiento a incorporarse al ejército del norte. ¡A solicitud suya, dijimos! Sí, por cierto (). Más que poseer a Laura, deseaba merecerla y militar que se conforma a la vida de guarnición cuando hay campos de batalla, no es digno de que mujer alguna fije en él sus ojos. () Solicitó, pues, y obtuvo del ministro de la Guerra ser destinado al ejército del norte, y más hizo, porque, al enseñar a Laura, con lágrimas en los ojos, la real orden en que se le prevenía que se pusiera en marcha el siguiente día, añadió:

—Mi corazón, Laura amada, se desgarró al pensar en nuestra separación. Pero no debo engañarte: yo mismo soy quien la ha solicitado. () 201. Es ser cobarde en nuestra carrera no buscar el peligro donde lo hay.

201. Laura () escuchaba a su amante con dolorosa resignación ():

—Sí, Luis, debías hacerlo: pero yo no puedo separarme de ti y voy a seguirte.

Ribera, por toda contestación, cayó de rodillas, contemplando en éxtasis al ídolo de su alma; la baronesa, tapándose el rostro con las manos, no pudo menos de exclamar:

—Dios mío, ¡cómo está esta mujer! ¡Duquesa, no diga usted siquiera tales locuras! () ¡Una mujer en la plana mayor de un regimiento! Como no sea una vivandera...

—Me vestiré de hombre.

—Y precisamente no hay nada más común que hallar hombres con esa cara y ese tallo. () El mundo, que juzga por las apariencias exclusivamente, no podrá menos de ver en usted a la mujer frágil y sin respeto a su propio decoro que abandona su casa y familia por seguir a su amante. ()

—La baronesa dice bien, Laura mía: desdichadamente tu proyecto es imposible de realizar. Tanta felicidad no se hizo para mí.

—¡Y tú también, Luis, tú también! () 202. ¿Qué me importa a mí de la opinión pública, si Dios y yo sabemos que estoy inocente? () Si nos separamos dejo de existir. Ahora decide: ¿Te sigo o me quedo? ()

—Y bien, Laura, sea: ven conmigo, ven con el hombre que te idolatra. Mis brazos te protegerán, mi espada impondrá silencio a la murmuración; ven conmigo y seamos felices.

() Prolongar la lucha en tal estado de cosas fuera temerario a todas luces. Hay ocasiones en que la cordura consiste en ser loco con los locos. La baronesa, pues, () dijo después de algunos instantes de silencio y meditación:

—() Supongo que no tendrán ustedes igual empeño en dar un escándalo. () 203. Voy a proponer a ustedes un medio que, a mi entender y en lo posible, lo concilia todo. () Veamos: el general se va al frente de su regimiento y ha de caminar forzosamente despacio. Nosotras, porque yo, a mi vez, estoy irrevocablemente resuelta a no abandonar a usted, nosotras nos estamos en Madrid ocho días, cuatro no más si usted quiere; y, entonces, resolvemos hacer un viaje a Francia bajo cualquier pretexto: que me llama mi marido, por ejemplo. Salimos, pues, de la corte, sin que nadie tenga razón para motejarnos; entramos en Francia por Jaca, tomamos la posta para Bayona y de allí, bajo nombres supuestos, vamos a incorporarnos con el general al punto que él mismo nos designe. ¿Qué les parece a ustedes mi plan?

—Excelente —Dijo Ribera— ().

—Pienso —Contestó al fin la hija del indiano— que lo más franco y lo más seguro sería tener valor suficiente para arrostrar desde ahora el escándalo que al cabo hemos

de dar más tarde o más temprano y proclamar hoy mismo nuestro amor a la faz del universo. Pero no quiero que puedan ustedes motejarme de obstinada y una vez que Luis se conforma con su proyecto de usted, yo también consiento en someterme a él.

¿Esperaba la baronesa que, en ausencia del brigadier, le sería más fácil reducir a Laura a términos razonables? () No sabemos decir nada terminante en esta materia. () 204.

¿Te ha sucedido, amabilísima lectora (adviértase que el autor gusta poco de la conversación masculina), te ha sucedido, repito, amabilísima lectora, te ha sucedido alguna vez, sentada en un mullido canapé con tu amante al lado, lanzar tu imaginación a los espacios imaginarios y, apartando la vista de los abrojos y asperezas del camino de nuestra vida, entrever un porvenir de ternura inagotable, de goces sin hastío, de pasión sin celos, de juventud eterna, de sentimiento, en fin, y sin egoísmo, es decir, ¡ay de mí! un porvenir de felicidad, sin más inconveniente que el levísimo de ser imposible? Ah, si eres hermosa y no estatua, —que hermosas hay que estatuas son—, alguna vez, acaso algunas, habrás tenido ese delicioso ensueño y recordarás con qué rapidez vuelan las horas, con qué dulzura suenan los acentos del objeto amado, cómo se dilata el alma y, sacudiendo el fango vil que la aprisiona, se pone en contacto entonces con los espíritus celestes. No te diré, pues, más que una palabra: en ese estado dejo a Laura y Ribera al concluir el presente capítulo.



## 205. CAPÍTULO III. Los agraviados

Consagremos algunas líneas a los demás personajes de nuestra historia, que no toda ella han de ocuparla exclusivamente las aventuras, devaneos y coloquios de los dos amantes. Quizá el lector benévolo nos agradezca que, pues no le damos manjar tan sabroso como el de los novelistas de allende el Pirineo, diversifiquemos en lo posible las viandas de esta nuestra humilde olla española.

Vimos, para empezar por lo menos importante, conformándonos una vez siquiera con el retórico principio de la gradación de las imágenes y los sucesos, vimos al cuitado barón de Peñahonda dedicado exclusivamente, en el baile de los duques de Valleignoto, a dar conversación al paciente marqués de Sotoverde (). Pero Peñahonda obró, no según propias inspiraciones, sino obedeciendo órdenes superiores, es decir, de la marquesa misma. () Precisamente el barón ansiaba entonces dos cosas dignas en todo de la nobleza de su pensamiento y carácter, y para conseguir entrambas había menester someterse a cuanto Matilde exigiera. () 206. Solicitar un segundo puesto, resignándose a tratar a Montefiorito como si fuera el marido de la marquesa. Tal era su primera pretensión. () La segunda era no menos digna: trataba el Gobierno de enviar al extranjero y, en caso necesario, al cuartel general de los rebeldes, una persona de cierta categoría que, fingiéndose carlista, pudiese tenerlo al corriente de los designios del enemigo <sup>866</sup>. El pensamiento era bueno, lícito, conveniente en política, mas para su ejecución requeríase un traidor y Peñahonda, que, por la marquesa, íntimamente ligada siempre con los gobernantes, traslució el proyecto, aspiraba a la honra de ser nombrado espía, a fin de reparar las brechas que el lujo y el juego habían abierto en su caudal. ()

Obteniendo la promesa formal de que se le recomendaría para lo que él llamaba «misión diplomática», al mismo tiempo que una vislumbre de amorosa esperanza, dio su palabra, y la cumplió religiosamente, de no dejar a sol ni a sombra al marqués de Sotoverde. () Atormentole de tal modo que, () a poco de haber cenado era tal su mareo, que resolvió retirarse del baile, dejando la comisión de acompañar a su mujer al mismo barón. () Una vez libre de su compromiso, se apresuró a buscarla. () 207. Salieron juntos del baile y en el carruaje del barón se dirigieron a casa de Matilde, refiriendo ésta a su acompañante en el camino cuanto en el cenador había ocurrido.()

—Yo me encargo de decir dos palabras en palacio, sin compromiso de usted: explotando hábilmente el negocio, () 208. verá cómo antes de quince días Leoncio es un marido silbado y Laura una mujer perdida de reputación.

—Sí, pero Ribera...

—En primer lugar, tiene solicitado salir a campaña, (). Haremos que sea: por el pronto, los separamos y más tarde, si usted me consigue *la misión diplomática*...

—Comprendo, barón, comprendo: la misión será de usted.

—Sí, bella Matilde, pero eso no le basta a mi corazón(). Marquesa, llegó la mía: ¿Me ama usted, sí o no?

—¿Me vengará usted?

—Después de amado y nombrado.

—¡Oh, como usted me vengue!

Corramos un velo ya sobre tan inmundo cuadro. A veces, la obligación del escritor que se ha impuesto la ley de pintar las cosas como ellas son, no como las desea, trae consigo riesgos y la ocasión presente es una de esas veces. () El hecho que pintamos inmoral es, inmoralísimo, abominable, pero ¿es culpa nuestra que ande el mal tan abundante en la sociedad?, ¿debemos, al procurar retratarla, trazar un cuadro ideal de virtudes seráficas, prescindiendo de las negras sombras que la realidad ofrece a nuestra contemplación? No: la verdad moral es condición precisa en toda fábula. Si hacerla conocer, si defenderla, no son las miras del escritor, su arte es entonces como el del titiritero, no tiene más objeto que el de entretener la ociosidad y cuando un hombre está ligado a su país con los vínculos de la familia, cuando ya ve delante de sí seres que han de llevar su nombre, no puede resignarse a condición tan triste. Pintamos, pues, hemos pintado hasta aquí y pintaremos en adelante tipos generales sí, seres quiméricos más que reales, pero no hay un solo hecho en esta narración, a excepción de los que fue preciso inventar para el enlace de la fábula, que no sea tomado de la naturaleza. 209. Lo malo y lo bueno lo hemos visto con nuestros ojos; si hay error será de los sentidos, no de la voluntad. Con procurar que nuestro libro provoque el odio al vicio y excite a amar la virtud, parecemos satisfacer las condiciones necesarias de moralidad; pero dejar de pintar lo cierto porque es en sí malo, sería mentir y mentir sin provecho, pues que el mundo reduciría bien pronto a su justo valor nuestras utopías.

En resumen, () ligáronse para procurar la ruina de la inocente hija de don Simón. () La publicidad que el barón dio con maña al lance del cenador tardó poco en granjearle en Madrid la reputación de mujer audaz en sus extravíos, así como la de marido sin honra a Leoncio. () A la verdad, el nuevo duque, () so pretexto de visitar y arreglar definitivamente los predios del vínculo afecto a su título, previa real licencia que le fue sin dificultad concedida, salió de Madrid para Granada precisamente en la mañana del mismo día en que Laura resolvió, por su parte, seguir a Ribera. ()

Dejémosle ir en paz por su camino y digamos de nuestro Mendoza, a quien hace tiempo tenemos como abandonado. () 210. Las sociedades secretas y, en general, los liberales todos, trabajaban a la sazón activamente en apresurar el cambio político que desde la entrada en el Ministerio del señor Martínez de la Rosa se esperaba; y, como además de los trabajos comunes a la masa del partido, en cuya dirección tenía Mendoza gran parte, le ocupaban otros secretos de que era director casi exclusivo, no podía dedicarse con la intensidad que quisiera al negocio de sus amores infelices. () 210. La oposición se componía entonces de realistas moderados que conocían la necesidad de algu-

nas más reformas que las proclamadas por el Ministerio; de liberales también moderados, dispuestos a contentarse con lo que lograr pudiesen por medios pacíficos y de liberales exaltados, resueltos a todo hasta llegar al punto que se habían propuesto.

Entre los jefes de los últimos figuraba Mendoza en primera línea, siendo el principal de sus trabajos y cuidados forzar a los suyos a que ocultasen en lo posible sus tendencias, para no alarmar a las otras dos fracciones más fuertes y consideradas. () Averiguar los designios del Ministerio para contrariarlos, propagar las noticias a su propósito convenientes y atenuar por lo menos las contrarias; influir en los periodistas, burlar a los censores, estar en acecho de los carlistas y de los moderados, colocar en los cuerpos del Ejército oficiales de su devoción, separando a los no propicios, hacer prosélitos, reunir fondos y, a más de todo, seguir numerosa correspondencia con las provincias, tales eran las ordinarias tareas de Mendoza, auxiliado eficazmente en la parte política por don Ángel.

Éste, no obstante, se hallaba, como sabemos, colocado realmente entre la espada y la pared. () Desde el instante en que se sintió vencido por el ángel de pureza, comprendiendo que pudiera llegar día en que de la ruina de capitán dependiese su propia salvación, aunque prosiguió en la apariencia como antes, tuvo cuidado de reservarse un triunfo con que sentar baza en su caso, es decir, de tener un medio pronto y seguro de perderle. ()

212. () Mendoza, gracias a la perfidia de su confidente, era, al acontecer en el palacio de Valleignoto la aventura del cenador, sospechoso a su propio partido. ()

En tal estado de cosas, al anoecer del día de la partida de Leoncio para Granada, hallándose Mendoza en conferencia con don Ángel sobre los medios convenientes para perder a Ribera y apoderarse de Laura, recibió el siguiente billete que, leído, pasó a manos de su falso amigo y decía de esta manera: «Un hombre que hasta hoy no ha sido agraviado impunemente y con quien el capitán don Pedro de Mendoza se ha conducido como un villano, le cita para poco antes del amanecer de mañana en los tejares de la puerta de los Pozos. El que escribe este billete llevará consigo un amigo, su espada y un par de pistolas ()».

—¿De quién será esta carta? —Dijo como para sí el capitán— () ¿Será Ribera? ()

—No: ése hubiera firmado, y veinte veces. ()

—Dígole a usted que es el coronel y no puede ser otro. () 213.

—Supongamos que me engaño: ¿Qué piensa usted hacer?

—Acudir a la cita, batirme con él y matarle. () Le digo a usted que lo mato y estoy seguro de ello. Tira mucho, pero yo tiro más: conozco su escuela y él no la mía. () Siempre que en asaltos he tirado con él, previendo este caso, me he atenido a la escuela francesa y aun en ella me he dejado batir.

—Todo eso está bueno, mas del florete con botón a la espada con punta hay enorme diferencia. ¡Y una estocada se recibe tan fácilmente! ()

—¿Quiere usted que rehúse, y se sepa, y deshonrándome descienda en un día desde mi posición elevada, aunque todavía oscura, al cieno de la infamia? ()

—Como usted quiera: al fin, no soy yo quien ha de batirse. () 214.

Y diciendo así salió don Ángel del cuarto del capitán, que lo tenía en el palacio de Valleignoto, () y encaminose a Manuela (). Asegurándose primero de que no había ninguna otra persona en aquella estancia, dijo en voz baja, pero clara e inteligible: «Mendoza acaba de recibir un cartel anónimo de desafío: él se lo atribuye al coronel Ribera () 215. Mendoza me manda a buscar al poeta Eduardo para que le sirva de padrino y, si tardo, ya usted conoce que pudiera sospechar. A la vuelta, vendré a tomar las órdenes de la señora duquesa». () Y sin aguardar respuesta, salió del palacio por una puerta falsa, encaminándose () a paso largo a una cochera no distante, en la cual hizo enganchar una de esas carretelas medio de ciudad medio de camino <sup>867</sup>, que aún se ostentan, impasibles al progreso, en la plazuela del mismo nombre de nuestro inapreciable malvado. A los cinco minutos rodaba el vetusto carruaje () hacia el barrio anejo a la calle de Toledo. Don Ángel iba dentro, madurando a sangre fría un proyecto inicuo, como todos los que de su perversa índole podían esperarse.

En tanto, alarmada Laura por la noticia que Manuela le anunció en el acto, escribió dos letras al brigadier, rogándole que adelantase la visita que para las nueve de la noche había prometido. Ribera () tardó poco en ponerse en presencia de su amada (). Laura refirió el recado de don Ángel; Ribera repitió que no había desafiado a Mendoza y, en resumen, los amantes pasaron juntos aquella noche algunas horas más de las que habían calculado.

## CAPÍTULO IV. Pedro el pastorcillo

Mientras, () 216. padecía el joven Pedro un martirio de aquéllos que es difícil pintar no sólo a nuestra inhábil pluma, sino a otras mejor cortadas. () Dígasenos si es de extrañar que el cariño, primero infantil, se convirtiese en amor intenso en el corazón del adolescente. () El amor de Pedro a Laura era un compuesto en el cual, entrando como elementos la veneración del hijo a su madre, la gratitud del favorecido a su bienhechora, la admiración del alma artística ante la belleza, el entusiasmo del corazón generoso por cuanto es noble y grande y la profunda ternura de un pecho varonil en la resolución, pero femenino en el sentimiento, se confundían todos ellos para formar una verdadera y ciega idolatría. () Dios era solo el confidente de aquel amor tan sincero y ardiente como ignorado. ()

La ponzoña de los celos se había introducido en su alma simultáneamente con el dardo del amor y su existencia era un prolongado suplicio. () 217. Al sentir en su pecho los primeros latidos de la llaga que tan mal parado le tenía, túvolos el pobre mancebo por asaltos del enemigo de toda virtud y acudió a la oración, al ayuno, a la penitencia para combatirlos. Vanos esfuerzos: cuando, fijos los ojos en alguna devota imagen, impetraba la gracia de olvidar a Laura, la efigie santa convertíase para sus ojos en el retrato de la que adoraba; en las vigilas de la abstinencia, su debilitado cerebro le presentaba también a Laura; el instrumento mismo con que sus carnes maceraba, convertíase en estimulante de su pasión frenética. Sin embargo, como tenía la fe cristiana hondas raíces en su alma, aunque herido y casi exánime, luchaba y luchaba vigorosamente, resuelto a conseguir el triunfo o perecer en la demanda. ()

El deán, en medio de ser hombre ajeno a las mundanas borrascas, no pudo menos, sin embargo, de advertir que la situación espiritual de su discípulo estaba muy lejos de ser la propia de su edad y estado. ()

El día siguiente al del baile, hallándose en conferencia con Pedro, le dijo éste, prescindiendo bruscamente del objeto dogmático de que trataban:

—¿Qué piensa usted, padre mío (así le llama siempre) qué piensa usted en cuanto al suicidio?

A tan inesperada, fulminante interpelación, no acertó a responder en el acto nuestro buen eclesiástico ():

—¿Qué significa esto, hijo mío? ¿Qué pregunta es la que me haces?

—() ¿Estamos encadenados a la vida, como el fuego al pedernal? 218. ¿Nos es o no lícito, cuando nada esperamos, terminar nuestros padecimientos? Eso pregunto. ()

—El suicidio, Pedro, es el mayor de los crímenes, porque a un tiempo quebranta los preceptos naturales y los divinos y revelados; es conculcar el principio instintivo de la propia conservación y blasfemar de la Providencia, suponiendo que sabemos

mejor que ella lo que nos conviene; es, en fin, una cobardía, pues que sólo prueba que para sufrir nos faltan fuerzas. He respondido a tu pregunta.

—Todo eso —Replicó Pedro, siempre con acritud—, todo eso, padre mío, sabido me lo tenía. () Supongamos, padre mío, que un desdichado se viese en la alternativa de elegir entre el crimen o el suicidio.

—Esa hipótesis es absurda ().

—¡Oh! ¡Absurda!, ¡absurda! Se dice pronto y, sin embargo, yo sostengo que esa alternativa es posible... Pero dejemos —Exclamó de pronto mudando de tono y afectando intempestiva alegría— dejemos tan triste materia y sigamos nuestra lección.

Y sin dar lugar a que el deán le interrumpiese, tomó la palabra, en efecto, sobre la lección pendiente, explicándose con lucidez y conservando serenidad admirable.

Con todo, no logró su objeto, que era hacer olvidar a su preceptor la cuestión. () 219. Pedro era fácil de vigilar por lo mismo que hacía retirada vida y, ésa, solitaria, pero también por eso sus secretos eran poco menos que impenetrables. Así, el deán le observó en vano durante ocho días () cuando () fue llamado al gabinete de Laura.

Esperábale ésta para advertirle que había dispuesto emprender en breve un viaje a Francia y rogarle que durante su ausencia quedase al cuidado de Pedro y al de la casa, entendiéndose al efecto con don Justo, el procurador de Cádiz, a quien la hija del indiano nombró su apoderado general, logrando de él que se trasladase a la corte.

—Señora, () antes de aceptar su encargo ruégole que me oiga atentamente: el estado de Pedro es peligroso... () Hace ocho días se atrevió a hacer en mi presencia la apología del suicidio () y con un calor, con una amargura que... perdóneme usted, señora, pero me recordaron nuestra primera conferencia en Granada.

Ruborizose Laura; meditó unos instantes, tiró luego de la campanilla () 220.

—Me parece que adivino el mal de Pedro (). Usted mismo me ha iluminado. ¿Quiere usted dejarme sola con Pedro? ()

Acudió diligente Pedro al llamamiento de su protectora. () Laura, con maternal amor le llamó a sí, hízole sentar a su lado y, tomándole entre las suyas la temblorosa abrasada mano, comenzó a decir:

—¿Qué tienes, Pedro? ¿Qué penas te afligen? ¿Qué te falta? ¿Por qué no acudes a tu amiga, a tu madre? Explícate: tu respetable preceptor está alarmado y yo misma inquieta.

Al contacto de las manos de Laura, la sangre hirvió en las venas del joven, un vértigo trastornó su cabeza, su lengua se trabó. ()

—Madre mía, es verdad que padezco (). ¡No sé quiénes fueron mis padres, no tengo quien me ame en el mundo! () 221. Usted, señora, sí, me quiere, me protege, me favorece; pero amar... amar es otra cosa. ()

—Es decir, —Interpuso la duquesa— ¿que estás enamorado? ()

—La mujer que yo adoro ama a otro ().

—Entonces, —Contestó Laura, comenzando a entrever la verdad del caso— eres en efecto muy infeliz, Pedro, muy infeliz; y sólo puedo compadecerte, llorar contigo. No hablemos más del asunto. Ahora tengo que exigir de ti una cosa. () Júrame, en el nombre del Dios en quien crees, que no atentarás en ningún caso a tu vida. ()

Obedeciendo, sin acertar a evitarlo, a la voz del ángel que delante tenía, cayó Pedro de rodillas ():

—¡Ju ro por Dios uno y trino, prometo bajo mi palabra de honor no atentar contra mi propia vida y apurar hasta las heces el cáliz de mi amargura! ()

—Pedro (), en nombre de Dios y en el de tu madre, cuyas veces hago, yo te bendigo. () 222. Besando con ardiente entusiasmo la mano que Laura le tendió para levantarle del suelo y sin proferir una sola palabra más, salió Pedro del gabinete. La duquesa, dejándose caer en un diván, dio rienda suelta al llanto y exclamó: «¡Pobre niño, pobre niño! ¡Se ha enamorado de mí y sabe que amo a otro! ¡Ah! Si Luis no me correspondiera, ¿podría yo resignarme a vivir? No, ciertamente, no; aunque él mismo me lo mandara; pero Pedro es creyente y los creyentes saben sufrir».

Por vez primera hacía tal vez Laura una reflexión de esta especie: el amor y la compasión abrían su alma a los sentimientos religiosos.

Enteró la duquesa al deán de lo que ocurría y concertaron ambos que lo que a Pedro convenía era viajar y distraerse. () Pero como era forzoso que su preceptor le acompañase y ése no había aún terminado los encargos del Gobierno, aplazose el viaje para el mes de mayo. ()

Llegó en esto el día señalado para la marcha de Laura, la baronesa y Manuela, única persona de la servidumbre que acompañó a las damas; y Pedro asistió a despedirlas como si nada hubiese ocurrido. () Al día siguiente, salió 223. al amanecer del palacio dejando una carta para el deán (): «He prometido no atentar contra mi vida y lo cumpliré (). Que no se me busque; sería inútil».

Y, en efecto, se hicieron exquisitas diligencias para buscarle y todas en vano <sup>868</sup>.

## CAPÍTULO V. Madriguera de lobos

Por referir sin interrupciones ni episodios la historia del mal aventurado amor de Pedro a su bella protectora, nos hemos anticipado en el capítulo anterior al orden natural y cronológico de los hechos, hablando antes de la salida de Madrid de Laura que de otros sucesos que a ese acontecimiento precedieron. El lector habrá, pues, de tomarse la molestia de retroceder con nosotros algunas semanas en su camino, tomando las cosas en el punto y hora en que las dejamos al entrar don Ángel en la alquilona <sup>869</sup> carreta que perdimos de vista mientras rodaba desde el barrio de Afligidos al no inmediato del Humilladero

La calle de Toledo, que es la principal de aquel barrio, a pesar de que, como todas las de Madrid, ha sufrido en los últimos veinte años grandes reformas con la renovación de sus antiguos edificios y con las mejoras consiguientes a los progresos de la civilización en sus muchas tiendas y posadas, ha sido, sin embargo, una de las que más rebeldes se opusieron a la transformación casi completa que en la capital de la monarquía se ha verificado en lo que del presente siglo llevamos andado.

En vano buscará en ella el curioso rastro alguno de extranjerismo; la tienda de aceite y vinagre se conserva oscura, angosta y provista de los artículos menos homogéneos que imaginarse pueden; siguen las lonjas vendiendo, como género ultramarino, la manteca asturiana o la de cerdo en tripa; llámase «comercio» por antonomasia al despacho de percales pintados, telas estampadas, lienzos caseros y pañolones de Brihuega; hay posadas para caballeros con un solo cuarto habitable; mesones, ni más ni menos como en los tiempos del Gran Tacaño; se come a mediodía, se cena, se va a los toros en calesín <sup>870</sup> y no se deja de ver nunca la comedia de magia que está en boga <sup>871</sup>.

En resumen, los dichosos habitantes de la calle de Toledo, que además de las inapreciables ventajas de vivir en las inmediaciones del matadero y de no sosegar de día ni de noche, durmiéndose al estrépito <sup>224</sup> de los carros y despertándose al ruido de las galeras y otros vehículos análogos, gozan del privilegio apreciableísimo de que, por entre sus dos curvas aceras, pasen constantemente los reos de muerte para expiar sus crímenes en el cadalso que fuera de la puerta del nombre también de la ciudad gótica se levanta; los habitantes de la calle de Toledo, decimos, viven con atraso cuando menos de veinte años con respecto al barrio del Prado y, sin embargo, son los cortesanos, los casi extranjeros de aquel distrito, mediando entre ellos y el resto de su barrio una inmensa diferencia en punto a civilización.

Los doce años que separan la época actual de aquella a que nos referimos han sido además fecundos en metamorfosis y trastornos; Madrid, durante ellos, se ha conmovido hondamente; el movimiento, la publicidad, la agitación política y, sobre todo, el periodismo, que, afectando todas las formas, prestándose a todas las comprensiones, acomodándose a todos los caudales, se ha filtrado, por decirlo así, en la sociedad,



como el mercurio sutil a cuya acción deletérea nada resiste, son otras tantas causas, cada una de por sí poderosa, juntas irresistibles, que explican ese fenómeno, cuya realidad y consecuencias niegan algunos desatinadamente. Quizá se parecían más el Madrid de Carlos IV y el de Felipe III, que el de Fernando VII y su hija Isabel II; porque () las instituciones políticas y, en consecuencia, las formas sociales se han modificado hondamente en nuestra época, mientras que, en el período con el cual nos comparamos, si hubo, como no pudo menos de haber, movimiento progresivo, hízose dentro del antiguo camino y constantemente según los trámites establecidos.

Así es que, y eso nos importa, el barrio del Humilladero en 1834 estaba mucho más atrasado en civilización que en la actualidad y la próxima revolución hallaba en él una resistencia tan obstinada como las circunstancias, la falta de organización y lo abyecto de la condición de muchos de sus habitantes lo daban de sí: Cortantes, traperos, herradores, cordeleros y gentes de otros oficios mecánicos, casi todos habían sido voluntarios realistas y con entusiasmo, porque, amén del uniforme y armamento que recibían y de la preferencia que se les daba aún para emplearlos en sus respectivas posiciones, pertenecer al cuerpo privilegiado realzaba su posición social a sus propios ojos, dándoles derecho al uso de armas, eximiéndoles hasta cierto punto de la incómoda vigilancia de la policía y, sobre todo, proporcionándoles un pretexto de maltratar a sus rivales o enemigos, sin más trabajo para excusar sus violencias que el de apellidar negro, francmasón <sup>872</sup> o cosa semejante a la víctima.

Seamos justos, empero; ese achaque de abusar en provecho propio y daño ajeno de los fueros de la milicia y del entusiasmo político no es mal que aquejó exclusivamente a los realistas: en España y fuera de ella, los cuerpos populares han tenido más o menos las mismas tendencias constantemente y si el liberal se quejaba con justicia del voluntario de Fernando VII, puede asegurarse que no le faltarán fundamentos al carlista para dolerse de la furia del miliciano patriota. Entre unos y otros, sin embargo, tales excesos se cometen individualmente por personas de cuya educación no puede esperarse otra cosa y, en cambio, ha habido muchos que uniforme y armas han honrado con su porte; porque así, en las cosas humanas, andan el mal y el bien siempre mezclados.

Como quiera que sea, detrás del matadero, es decir, a lo último de la calle de Toledo y a mano izquierda bajándola, hay un laberinto de calles y callejuelas más estrechas y sucias las unas que las otras, formadas por manzanas de casas de pésima construcción y asqueroso aspecto, en las cuales se hacina, más bien que habita, una multitud de vivientes oprimidos por la miseria y degradados por la ignorancia, cuyos vicios, más bien que a ellos mismos, son imputables a la sociedad que, con culpable estúpida indolencia, los mira hace siglos.

Triste es decirlo, pero si la centésima parte del ingenio, de la perseverancia, de los esfuerzos, de la sangre derramada a torrentes, todo porque el monarca se llame Juan o Pedro, o porque la constitución política contenga un renglón más o un renglón

menos, se hubieran empleado en lo verdaderamente importante, esto es, en mejorar la condición moral, por consiguiente la social del pueblo, fuera hoy el progreso no sólo más rápido, sino más sólido, más real y verdadero de lo que se imagina. ¿Qué le importan los derechos políticos al hombre incapaz, por su ignorancia, de comprenderlos o, por su abyección, de usar de ellos o, por su miseria, de atender a otra cosa que a ganar entre el fango un pedazo de pan negro con que prolongar el martirio de su existencia? Instruir al pueblo, hasta donde le conviene; darle trabajo; organizar las relaciones entre el capital y la industria; hacer asequible el bienestar relativo a toda honradez laboriosa y moralizar, en fin, la sociedad, tal debiera ser el propósito de los hombres de Estado, sin que por eso perdiesen de vista la política, que es, en efecto, un medio, pero no debe ser el exclusivo objeto del Gobierno.

Si nuestro libro cae en manos de algún personaje influyente de los que, en momentos de ocio, se dignan acaso descender al humilde terreno de la novela, al llegar a las reflexiones que preceden, encogerase de hombros, exclamando: «¡No le fuera mejor a este buen hombre (el autor) seguir su canto llano y dejarse de utopías sociales!». Cierto que me estuviera mejor no perder el tiempo predicando en desierto y, en prueba de que así lo siento, anudo el discurso y prosigo diciendo que, en una de las más sucias callejuelas que caen a espaldas del matadero y delante del más hediondo de sus edificios, hizo alto la carretela de alquiler ( ) 226. El ingreso de aquella mansión tenebrosa era un zaguán ( ). Del fondo, a mano derecha, arrancaba una escalera ( ), la cual ( ) conducía hasta el quinto piso de lo que se llamaba parte principal de la casa, porque las habitaciones tenían balcones unas y ventanas otras a la calle. Cinco reales diarios pagaba el inquilino del cuarto principal <sup>873</sup>, usure ro subalterno de los que dan dinero sobre alhajas al mil por ciento y a quien, respetuosamente, llamaban los vecinos don Marcos. En el cuarto segundo, que rentaba una peseta, vivía un coplero de los que escriben los curiosos romances, las décimas para los libritos de papel de fumar y los estrechos para damas y galanes <sup>874</sup>. ( ) Habitaba el tercero un empleado del Ayuntamiento con siete chiquillos y una mujer constantemente embarazada; el cuarto, la viuda de un tendero ( ), el quinto, una encajera que no sabía qué cosa fuera encaje y las boardillas, algunos jornaleros y aguadores. En aquella parte de la casa puede decirse que vivían los vecinos en buena armonía, pues que sólo dos o tres veces al día disputaban sobre quién había ensuciado la escalera, a cuál le tocaba el farol o el derecho que les cabía para golpear o hacer ruido en sus respectivas habitaciones ( ). 227.

Ahora, volviendo al zaguán, ( ) estrechándose a la izquierda de la escalera, daba paso, apenas suficiente para una persona, al patio de aquel edificio, cuyo frente principal formaban las habitaciones de que ya hemos hablado, componiendo los otros tres del paralelogramo una especie de casa accesoria, de solos tres pisos a manera de galerías o claustros de convento. La planta baja, dividida en buhoneras, que no habitaciones, cuyas puertas daban inmediatamente sobre el patio, parecía una casa de fieras <sup>875</sup>. ( ) Los pisos superiores, iguales en todo el uno al bajo, se componían cada cual de un gran balcón o

galería corrida, con barandilla de madera sobre el patio y en él una serie de jaulas o celdas, poco menos sucias y algo más claras que las de la planta inferior. Allí habitaban el anciano y el niño, el varón y la hembra, el enfermo y el sano mezclados y confundidos sin distinción de edad, sexo ni estado. () Responder, a quien preguntaba por fulano: «Ayer le ahorcaron» era cosa común. Ignorar el padre el paradero de sus hijos, no saber éstos quién fuese su padre, entraba en los hábitos de aquella sociedad ().

Los moradores del patio estaban todos recogidos, () pero, al pisar don Ángel el fangoso terreno del patio, un enorme mastín se abalanzó a él, prorrumpiendo en estrepitosos ladridos. Parose el benévolo, sacó prestamente del bolsillo un mendrugo, 228. que a la cuenta llevaba prevenido ():

—¿Quién demonios —Prorrumpió un hombre en medio de blasfemias que no pueden escribirse— quién demonios es el alma de cántaro que viene a alborotar la casa? ¡A él, Turco, a él! () 876

—Soy yo, *Tripas de Tigre*, soy yo: llama a Turco con dos mil demonios, hijo de Satanás.

Al oír aquella voz el amigo *Tripas de Tigre*, que así le llamaban en efecto, exclamó:

—Arriba Turco, acá, Turco (). Entre usted, don Sinfiriano. () 229.

*Tripas de Tigre* era en su especie una notabilidad: silencioso y reservado aun en los crapulosos vicios a que se entregaba en ocasiones, hacía sus negocios con tal sigilo, que no sólo ignoraban la mayor parte de ellos sus vecinos, sino los mismos que por sus amigos pasaban. () Su puchero tenía siempre vaca y chorizo, permitíase alguna vez el principio de conejo guisado o de manos de ternera; el queso de Villalón dejaba rara vez de figurar en su mesa y, sobre todo, el jarro de exquisito Valdepeñas. () Añádanse a esos goces gastronómicos las calzonas de pardo monte, el chaleco con botones de plata, el marsellé con recortes de varios colores o la zamarra de piel de cordero y el calañés de castor, con la navaja en el ceñidor, la vara en la mano y la bolsa siempre provista de oro y plata 877. () No obstante, don Ángel le trataba de superior a inferior ():

—¿Te acuerdas desde cuándo nos conocemos, Santiago? () No se te habrá olvidado que fue en un calabozo de 230. la Cárcel de Corte, desde el cual ibas a pasar muy pronto a la capilla (). Estabas convicto de robo en cuadrilla y de dos a tres asesinatos. () Es decir, que hubo lo suficiente para que ahorcaran a tus cinco dignísimos amigos y para que te hubieran hecho también a ti la misma operación, si por fortuna tuya no me hubieras entonces conocido. ()

—() Pero no fue de balde. () ¿No se acuerda usted que faltaba un testigo para probar que, no sé quién, había sido uno de los que mataron al cura de Tamajón? 878 () ¿No me perdonaron por esa declaración? ¿Y no le apretaron por ella el gáznate al otro infeliz, que en su vida había visto al tal cura? ()

—Quiere decir, Santiago, que te crees libre de toda obligación conmigo. Entonces, buenas noches.

—() Quieto aquí: demasiado sabe usted que al cabo le debo la vida y que hace de mí lo que quiere. Veamos de qué se trata.

—En primer lugar, conviene advertir que desde que saliste de la cárcel no has mudado de vida.

—¿Si querría usted que me metiera fraile?

—Que de cuando en cuando sales al camino a visitar las diligencias y los correos. 231.

—Por curiosidad.

—Que haces el contrabando.

—¿Para qué roban en las puertas?

—Que sueles hacerte justicia con la navaja.

—¿Ha de ser un hombre un mandria?

—Y que por esas y otras fechorías te hubieran ahorcado ya media docena de veces, si don Sinforiano no fuese siempre tu amigo.

—Eso es verdad; pero don Sinforiano sabe que no soy ingrato y mañana mismo iba a llevarle a usted veinticinco onzas que le tocaron en la última expedición. ()

—¿Y tienes ahí el dinero? () Pues luego me lo llevaré. Volvamos a nuestro asunto. Necesito que busques esta misma noche a ocho o diez hombres determinados para una expedición que habéis de hacer (). Tendréis que pelear con cuatro demonios (). No se trata de ganancia, sino de salir de ellos. () Busca la gente, reúnela, ajústala; y yo volveré aquí a media noche. ()

—¿No se lleva usted las veinticinco onzas?

—() Guárdalas, que mañana ajustaremos cuentas. 232. ()

Don Ángel, después de () haber visto a Mendoza algunos instantes, so pretexto de un gran dolor de cabeza se retiró a su estancia y de allí, trocado el traje, salió luego por una puerta falsa para acudir a la cita que había dado a *Tripas de Tigre*.

Despedida la primera carretela y alquilado un simón <sup>879</sup> en otra cochera, hízose conducir hasta la plazuela de la Cebada, donde echó pie a tierra para evitar contingencias. Al dar la primera campanada de las doce, llamaba a la puerta de la casa de vecindad que conocemos (). Comunicadas las órdenes de don Ángel por medio del bandido en jefe, salieron los cómplices a cumplirlas, siendo para ellos pequeño inconveniente que estuviesen, como estaban, cerradas todas las puertas de Madrid, porque, unos por brechas de las tapias, otros por alcantarillas, todos tenían salidas de que podían disponer en cualquier momento <sup>880</sup>. ()

Juntos salieron *Tripas de Tigre* y don Ángel: a dejar el pueblo el primero, salvando las tapias inmediatas al portillo de Gilimón <sup>881</sup>; a tomar su coche en la plazuela de la Cebada el segundo. () Desde Afligidos se hizo llevar al Prado y a las tres de la mañana a la Superintendencia de Policía, que, como de razón, estaba cerrada a pie-

dra y lodo. A fuerza de aldabonazos ya a las cuatro despertó 233. un criado () y tuvo después una conferencia de más de media hora con el superintendente, quien, de resultas, vistiose, aunque de mala gana, hizo llamar a su secretario y, en tanto que venía, escribió él mismo algunas órdenes que despachó a sus respectivos destinos por medio de sus criados.

Don Ángel ya entonces regresó al palacio de Valleignoto y pensó descansar algunas horas. ()

## CAPÍTULO VI. El león en la trampa

() 234. Aquejaba a Mendoza una impaciencia febril, le era imposible tranquilizar su espíritu, ordenar sus ideas. () Si Mendoza no se hubiera fijado desde luego y obstinadamente en la idea de que quien le provocaba era el brigadier Ribera, ocultando su nombre sólo por no comprometer a Laura, parece indudable que su buen juicio le apartase de arriesgarse temerariamente, cuando en ley de duelo no estaba obligado a responder a un reto anónimo. () En tal situación de espíritu le encontró Eduardo, a quien, por toda respuesta, cuando el poeta le preguntó de qué se trataba, alargó el billete anónimo. () Luego que La Flor hubo leído, no una, sino dos veces el papel, repuso:

—¿Y piensas ir? () ¿Sin saber con quién te bates? () Pedro, eres irracional algunas veces. () Pero si te acomoda lanzarte a ojos cerrados en esta aventura como un paladín de la Edad Media, si tú gustas, gusto yo. () 235.

Era casi de noche todavía cuando los amigos montaron a caballo y, en el portillo del conde-duque, tuvieron que aguardar algún tiempo para salir de Madrid, porque aún estaba cerrado: una propina ablandó al guarda y sin grande atraso viéronse en el campo, galopando hacia el lugar de la cita.

Había entonces un tejar a media legua de Madrid, cerca del camino de Francia e, inmediato a él, un barranco de diez o doce varas de profundidad, cuyo piso inferior tendría dos o tres de latitud sobre cincuenta o sesenta de longitud.

Al borde del tal barranco, divisaron Mendoza y Eduardo a un hombre a caballo, embozado hasta los ojos en una capa parda y con un sombrero calañés calado hasta las cejas. () 236.

—¿El capitán Mendoza? —Preguntó el desconocido sin desembozarse.

—Aquí está —Respondió el interpelado adelantándose. ()

—() Yo me llamo don Rafael Villaparda y trato de matar cuerpo a cuerpo al capitán Mendoza. () He sido delatado como conspirador; si salgo con vida de este encuentro, voy a partir al campo carlista y no era cosa de exponerme así a un calabozo antes de tomar la venganza que anhelo.

—Señor mío —Clamó el capitán—, ¿me cree usted un delator de oficio?

—Sé que le he visto a usted capitanear asesinos —Respondió Villaparda.

—Mucha prisa tiene usted de morir, comandante. ()

Silenciosos e iracundos echaron pie a tierra junto al tejar, y, llevando cada cual su caballo del diestro, bajaron al barranco, en cuyo fondo los aguardaban otros dos hombres. Eran un ex oficial de la Guardia de Caballería que con Villaparda pensaba ir a incorporarse en las filas carlistas y un contrabandista que, por caminos excusados y veredas desconocidas, se había comprometido a llevarlos hasta las provincias vascon-

gadas, mediante una más que razonable recompensa. Durante toda la guerra civil y desde sus principios, los partidarios del pretendiente se han valido de medios semejantes para sus comunicaciones con el ejército faccioso. () 237.

Estaban, pues, en guardia, () cuando el padrino de Villaparda, que de centinela se había colocado en lo alto del barranco, divisando a lo lejos un grupo de hasta ocho o diez hombres a caballo, que de la parte de Fuencarral procedían, gritó a los combatientes:

—Alto, señores, que se nos acercan unos jinetes. () Podrá ser la ronda de capa; pero no perdamos tiempo, antes de dos minutos estarán aquí. ()

El contrabandista, hombre por su oficio práctico en tales lances, () dijo volviendo su caballo: “Señores, silencio. Barranco abajo y, si yo aprieto, apriete también el que no quiera caer en manos de esa gente”. 238. () Caminaban por el barranco () cuando el contrabandista () advirtió que estaban completamente cercados. () *Tripas de Tigre* () 239. dijo con resolución: “Señores, alto, el que mueva siquiera una ceja se irá a los infiernos en menos tiempo que canta un pollo”. Cuantos oyeron aquella orden eran valientes, pero tiene la traición tal influencia aun en los ánimos más esforzados que () el contrabandista, que ciertamente no podía blasonar de ser más bravo, ni aun tanto, como aquellos caballeros, fue el único que se conservó sereno. () *Tripas de Tigre* era un personaje demasiado importante en la república del crimen para que no le conociese más que a su propio padre el guía de Villaparda. () Así que oyó aquél la voz del jefe de los bandidos, hizo cargo de que estaba, no en poder del resguardo su implacable enemigo, sino en el de gentes de su laya que ningún interés tenían en hacerle mal ni daño. Tranquilo, pues, en cuanto a su persona, arriesgose a contestar aunque con tono sumiso:

—Señor Santiago, ¿no conoce usted ya a sus amigos?

—Contigo no va nada, Malavio ().

Pero los cuatro caballeros, dominando el efecto de la primera impresión, () revolvieron los caballos poniéndolos grupa con grupa y formando de ese modo un pequeño cuadrado, cada uno de cuyos cuatro frentes presentaba las bocas de un par de pistolas a los salteadores. () 240. En esto, el contrabandista había dicho algunas palabras al oído de *Tripas de Tigre*, quien, meditando breves instantes, exclamó al cabo, dirigiéndose a Villaparda: “Mi comandante, tampoco con usted va nada, ni con su compañero. Siga usted su camino, que es tarde, y la Virgen le acompañe. Yo me entenderé en seguida con ese pícaro negro”. La sorpresa de Mendoza al hacerse cargo que todo aquello era un lazo que a él personalmente se le había tendido fue la que el lector puede imaginarse, mas su indignación, superior a todo encarecimiento; tanto que, volviéndose a Villaparda y olvidando la posición en que se encontraba, exclamó: «¡Y ahora, miserable! ¿Quién es el traidor?» () Y diciendo y haciendo a boca de jarro, descerrajole una tras de otra las cargas de sus dos pistolas. Dichosamente para el comandante, el caballo mismo de Mendoza, al revolverse, había descompuesto el cuadro y alborotado a los demás animales, inquietándolos; y, así, ni Villaparda sirvió de inmó-

vil blanco al capitán revolucionario, ni éste pudo tampoco fijar la puntería. Resultó, en consecuencia, que Villaparda quedase ileso, Mendoza desarmado y todos a merced de los bandidos, quienes, aprovechando la ocasión, arrojáronse rápidamente sobre ellos, apoderándose de sus personas en brevísimos instantes.

Rugía el desdeñado amante de Laura como león cogido en el lazo por algún diestro africano; Eduardo silbaba entre dientes el himno de Riego; maldecía su desventura el padrino de Villaparda y éste, olvidándose de su persona para no pensar más que en su honra y en la seguridad de su enemigo, ora rogaba, ora amenazaba a los bandidos para que al menos a Mendoza pusieran en libertad. *Tripas de Tigre*, impasible, () dijo:

—Mi comandante, no se canse su merced; acá también semos <sup>882</sup> carlistas y este pajarraco (Mendoza) es un negro como una loma, a quien es preciso tener asegurado. () 241.

—Bien —Exclamó Villaparda—, con morir cumplo: capitán Mendoza, su suerte de usted será la mía. ()

La conducta de Villaparda había sido tan generosa, () que debía hallarse inocente de aquella traición. ¿Quién era, pues, su autor? ¿Leoncio? No estaba en Madrid. ¿Ribera? Ignoraba el duelo. ¿Laura? Era incapaz de felonía. ¿Por qué no se le ocurrió a Mendoza pensar en don Ángel? Por la misma razón que ningún tirano desconfía nunca del que le vende () 242. porque era menester la maldad del mismo Luzbel para imaginar posible trama tan inicua. A su tiempo iniciaremos en ella al lector: ahora nos llama la narración de los hechos.

Mientras el carro en que iban los prisioneros () andaba a trote largo por el camino real en dirección a Fuencarral, *Tripas de Tigre*, a espaldas del tejar, repartía a sus compañeros la recompensa convenida (). Uno de ellos, que, al abrigo del edificio, vigilaba el camino, gritó súbitamente: «A caballo, a caballo, que viene tropa». () *Tripas de Tigre* () volvióse a los suyos y dijo: «El carro está ya fuera de peligro: Rebenque y Malavio son gente que lo entiende y habrán dejado el camino real; en cuanto a nosotros, no tenemos por qué armar camorra con los soldados. Vamos desfilando cada uno por un lado, () uno después de otro; al paso al principio y procurando dejarse ver lo más tarde posible. Yo me iré el último.

En seguida, designando nominalmente uno después de otro a los asesinos y dando a cada cual instrucciones especiales, hízolos desfilan sucesivamente en distintas direcciones hasta quedarse, en efecto, solo. Entonces, tomando el barranco pie a tierra, con el caballo del diestro y aprovechando los accidentes del terreno con admirable tacto, logró, sin ser visto y dando un largo rodeo, salir al camino real, una vez en el cual montó a caballo y, sosegadamente, se dirigió a Madrid, previa la precaución de ocultar sus armas en cierta cueva de él solo conocida.

En tanto, no tan atinados o menos felices, los demás bandidos habían, unos más pronto y otros más tarde, llamado la atención de los batidores del escuadrón (). En pos de cada cual galopaba una pareja de caballería, haciendo de cuando en cuando



algún disparo () pero, a los pocos minutos de aquella situación, () ya fue preciso recoger las parejas y renunciar a la persecución. () De todo aquello fue testigo, al parecer impasible, *Tripas de Tigre*, a quien hallaron y detuvieron en el camino mismo los bati-dores, llevándole acto continuo a presencia de su jefe:

—¿De dónde se viene, paisano? —Le preguntó el oficial.

—De Buitrago, mi comandante. ()

—¿Ha encontrado usted a alguien en el camino? () 244.

—A media legua, seis hombres a caballo. ()

—¿Sus señas?

—Sombrero calañés, capas pardas y zamarras. ()

—A éstos busco. () ¡Al trote largo, marchen! —Gritó el oficial y, prescindiendo de *Tripas de Tigre*, lanzóse en pos de su imaginaria presa.

Mientras, Malavio y Rebenque, () así que a su espalda oyeron el fuego que la tropa hacía y que, de paso sea dicho, alarmó no poco a los prisioneros, sacando bonita-mente el carro del camino real, () los condujeron a un húmedo y lóbrego subterrá-neo. () Malavio les quitó las mordazas y les dijo:

—Señores: como amigo les aconsejo a ustedes que no profieran un grito, porque están en manos de gentes que les coserían las bocas a puñaladas.

Dicho esto, salió del subterráneo con Rebenque, dejando a los pobres cautivos cual se figurará fácilmente el discreto lector.

## 245. CAPÍTULO VII. Los lobos se muerden

() La resolución () de salir de Mendoza, no por hacerle daño, ni en venganza de ningún agravio recibido, sino simplemente por con- 246. venir a sus intereses, tenía don Ángel formada mucho tiempo hacía; mas aguardaba paciente la suspirada ocasión y aguardola en vano hasta que en el cartel de Villaparda creyó encontrarla. () La circunstancia de ser anónima la carta en que se le desafiaba, debía explicar cumplidamente la desaparición de Mendoza a los ojos de sus amigos: habíasele tendido un lazo y cayó en él imprudente, dirían las gentes al saber su desgracia. Marcado por la exageración de su Liberalismo, mal visto por los moderados, odioso a los realistas y en guerra abierta con el Gobierno, Mendoza era un personaje político de bastante importancia para que a motivos también políticos se atribuyese su muerte. () Aun supuestas las pérfidas intenciones de don Ángel, cualquiera otro en su lugar contentárase con las probabilidades de muerte que amenazaban a Mendoza por entonces, () pero nuestro benévolo personaje tenía, como Alejandro, la grande cualidad de no dejar nada para luego. () 247.

*Tripas de Tigre* () le pareció () el hombre que había menester. () Aquel bandido, sentenciado a muerte en 1824, () debió la vida, como él mismo nos lo ha dicho, a la necesidad que don Ángel tenía de completar con un falso testigo la desdicha de cierto infeliz acusado de complicidad en el asesinato del cura de Tamajón, crimen que se perpetró en el año de 1821. Era el tal cura un gran realista que conspiraba contra el sistema constitucional; juzgósele y el tribunal competente le condenó a cierto número de años de presidio; pero los patriotas querían que muriese y, visto que los intérpretes de la ley no la aplicaban a su gusto, decidieron en una de sus sociedades secretas aplicar al desdichado preso, por sí y ante sí, la última pena. Mendoza y don Ángel, que se contaban, el primero, entre los jefes y el segundo, entre los agentes de la sociedad secreta, tuvieron parte en la ilegal sentencia del pobre cura y fueron, con otros sus cómplices, encargados de ejecutarla. Todo Madrid tenía conocimiento del crimen que se preparaba, del día y hasta la hora en que debía ejecutarse. Las autoridades solas hicieron como si lo ignorasen.

A las cuatro de la tarde fue asaltada la cárcel de la Corona por un grupo no muy numeroso y que, aún así, contaba con no pocos curiosos; el cura de Tamajón fue muerto de un martillazo en la cabeza y después no se hizo pesquisa alguna o se hizo simplemente *pro forma*. Sin embargo, la voz pública designaba entonces a los asesinos por sus nombres; () Nuestros dos revolucionarios figuraban entre los delincuentes, como ya dijimos, y gozaron de completa impunidad; pero ocurrió la contrarrevolución y con ella varió de aspecto el negocio: El criminal bajo el régimen representativo fue héroe una vez establecido el absoluto, su muerte se llamó martirio y los apostólicos clamaban por víctimas expiatorias. Pero como los verdaderos asesinos

habían emigrado, se echó mano de los primeros liberales que pareció bien ahorcar. () Nuestro don Ángel, que se hallaba ya de vuelta de su viaje a Londres a la sazón, tenía grande interés en que se terminase el asunto porque, una vez jurídicamente asesinados los infelices en cuestión, claro estaba que cesarían las investigaciones. ()

De entonces para en adelante quedó firme y sólidamente establecida la más estrecha alianza entre el malhechor y el confidente de Mendoza. () En tal estado, acudió don Ángel a *Tripas de Tigre*, quien, de paso 248. sea dicho, había sido voluntario realista y era furibundo partidario del pretendiente. ()

*Tripas de Tigre* debía sorprender a los del duelo y dar muerte por lo menos a Mendoza, haciendo de los demás lo que a cuento le viniese. Vamos a decir por qué se condujo de otra forma (): Juzgó *Tripas de Tigre* que el <sup>883</sup> asesinato que se le encomendaba y en cuya perpetración ningún interés personal tenía, ninguna ventaja, fuera de una mezquina recompensa en metálico, iba a conseguir. () A mayor abundamiento, se dijo: «Si en vez de matar a ese hombre le conservo en mi poder, puesto que don Ángel le teme (porque si no le temiera ¿a qué asesinarle?) pagará cuanto se le pida por salir de él y, cuando menos, se truecan los papeles: yo mando y él obedece. En todo caso, el tal sujeto ha de ser persona de importancia y dará por su rescate y por conocer a su enemigo más que el roñoso de don Ángel por que le matemos» <sup>884</sup> (). En consecuencia de tales reflexiones, formó *Tripas de Tigre* su plan de campaña con sagacidad exquisita, disponiendo que el carro, ya de nosotros conocido, le esperase a espaldas de los tejares y haciendo preparar un sótano en cierta casa solitaria, situada en las afueras de Madrid, entre la puerta de Toledo y la de Segovia, no lejos del río Manzanares. ()

¿Advirtió don Ángel en la fisonomía de *Tripas de Tigre*, () alguno de esos síntomas de vacilación o infidelidad? () No nos atrevemos a decirlo y ni el interesado mismo pudiera 249. acaso sacarnos de la duda; pero lo cierto es que, al salir por segunda vez de casa del bandido, sintió en su corazón una inquietud vaga (): «Me ha oído como un doctriño; a todo ha dicho amén... No me gusta, no me gusta». Desasosegado con tales reflexiones, tomó el coche en la plazuela de la Cebada y al llegar a la de Afligidos ya tenía en su cabeza trazada la contramina o, lo que es lo mismo, resuelta la perdición de su cómplice. () He aquí compendiada la delación que le hizo: El comandante Villaparda debía salir de Madrid aquella mañana al amanecer por el camino de Francia, en compañía de otros tres oficiales carlistas, y tomar en los tejares el mando de una pequeña partida compuesta de ex voluntarios realistas. A éstos, debían sucesivamente incorporarse muchos más de la corte y otras poblaciones, formando el núcleo de una facción que, operando en Somosierra, interrumpiese o dificultase las comunicaciones del Gobierno con el ejército del norte.

En las circunstancias de la época, semejante noticia era importantísima y el superintendente se apresuró a tomar las disposiciones oportunas, escribiendo de su propio puño al capitán general, que era quien en realidad había de poner remedio en

aquel lance. Y, en efecto, dispuso la autoridad militar la salida inmediata del escuadrón de caballería que hemos visto en el camino de Francia y a su jefe se le dio la orden de cargar a fondo y no dar cuartel a los rebeldes. Don Ángel insinuó esa cláusula al superintendente, fundándola en que no era conveniente que el escándalo de un proceso diese lugar a los carlistas de hacer prosélitos; el superintendente, a su vez, se la aconsejó al general; y éste se la prescribió <sup>885</sup> a su subordinado.

Nada más podía desear ni deseaba el benévolo: si *Tripas de Tigre* había asesinado a Mendoza, salir de él era libertarse de un cómplice; en caso contrario, muriendo pagaba su traición. () El escuadrón corrió en vano por el camino Real adelante más de cuatro leguas; y su jefe, no hallando quien le diese noticias de los que buscaba y viendo sus caballos rendidos al cansancio, regresó a Madrid después del mediodía. A esa hora o poco más tarde, salió don Ángel del palacio de Valleignoto, seguro de que todo se había terminado a su satisfacción 250. y encaminose con aire tranquilo a la Puerta del Sol <sup>886</sup>. () Una mano asaz pesada le descargó un golpe en el hombro y una voz que le hizo horripilarse le interpeló diciendo:

—¡Dios guarde a usted, don Sinforiano! —Era *Tripas de Tigre* en persona, que embozado hasta los ojos en su capa parda y con el calañés calado hasta las cejas, andaba también por la Puerta del Sol—. () 251. Es preciso que hablemos ahora mismo. ()

—Hazte cargo de que aquí no podemos hablar sin riesgo. ()

—Véngase usted conmigo, que yo le llevaré a paraje seguro.

—No puedo alejarme de aquí, tengo una cita.

—Pues a la gracia de Dios y el capitán Mendoza se entenderá con usted de mi parte. ()

Un rayo sobre su cabeza no hiciera más espantoso efecto en don Ángel que la voz cruelmente burlona del bandido anunciándole que Mendoza se contaba aún en el número de los vivientes. Pero, reuniendo instantáneamente todas las fuerzas de su espíritu, () siguió los pasos de su cómplice con prisa y firmeza (). *Tripas de Tigre* () entró en el hediondo callejón que llaman la calle de Peregrinos y en ella en una taberna lóbrega y sucia, lugar de cita un tiempo, si no lo es aún, para las mujeres más soeces de la vida airada y sus dignos amantes, los rateros de Madrid. () *Tripas de Tigre*, a quien la concurrencia se apresuró a abrir respetuosamente el paso, sin desembozarse y sacando el brazo derecho por debajo de la capa, dejó caer sobre el mostrador un peso duro y diciendo: «La sala; servir pronto y que no entre nadie» prosiguió su camino hasta un zaquizamí oscuro y puerco. () 252.

—Poco tenemos que hablar. Diez hombres a seis onzas son sesenta onzas; diez para mí de gratificación, son setenta: Tengo veinte y cinco de usted, me faltan cuarenta y cinco. Vengan y hemos concluido, don Sinforiano. ()

—Falta saber si tú has cumplido tu palabra. ()

—Cumplida. () 253. Si usted no me paga y ahora mismo, el capitán Mendoza se entenderá con usted.

—Santiago, no te entiendo. Dices que has cumplido tu promesa y me amenazas con ese hombre... No te entiendo.

—Pues yo se lo explicaré a usted. ¿Qué fue lo que usted me encargó?

—Que me desembarazases de él.

—¿Le ha vuelto usted a ver el pelo desde entonces?

—No, por cierto.

—Ni se lo verá como yo no quiera; con que he cumplido mi palabra. () A mí me importa también que no me tenga usted como hasta aquí, debajo de la pierna, don Sinforiano. Si no me han fusilado ya esta mañana, no tiene usted la culpa. () ¡Ea! Los dineros ().

—Me juzgas mal: estoy inocente. ()

Llevaba siempre consigo el benévolo un cinto lleno de oro, del cual sacó una a una y con dolor de su alma, las cuarenta y cinco onzas reclamadas. () 254.

—Te he pagado por desembarazarme de Mendoza. Has cobrado, ¿no es verdad? () Pues entonces el capitán es mío. ¿Dónde está?

Los bandidos tienen su probidad especial, aun en medio de la abyección en que viven. Dispuestos siempre a infringir las leyes humanas y divinas, negando la virtud, blasfemando de la honra, han establecido no obstante para ellos y para el crimen una especie de moral de que rara vez se apartan. Pagados para cometer un delito, caerían incurrir en nota de infamia no cometiéndolo y *Tripas de Tigre* sintió que, según sus principios, el razonamiento de don Ángel era justísimo. () Pero, al mismo tiempo, entregarle al cautivo fuera perder, en resumen, todo el fruto de la peligrosa expedición. () Quedose, pues, pensativo éste, discutiendo en su interior la resolución conveniente y, no sin vacilar, no sin esfuerzo, dijo al cabo, desarrollando su faja:

—*Tripas de Tigre* es un hombre honrado que no engaña a naide <sup>887</sup>. Tome usted su dinero y váyase bendito de Dios, don Sinforiano.

Y, en efecto, no solas las cuarenta y cinco onzas últimamente recibidas, sino además las veinte y cinco que de antes adeudaba sacó del bolsillo. () 255

—¿No quieres que te pague? Bien, recojo el dinero. Mendoza es tuyo. () ¿Quieres vendérmelo? () 256.

—En pagándomelo bien no tengo inconveniente.

—Fija tú mismo el precio —Dijo el benévolo.

—() Quinientas onzas —Repuso el bandido—. () Quinientas onzas en oro, el indulto para mí y todos mis compañeros y una docena de pasaportes en blanco para Francia. Si antes de las doce de la noche no ha depositado usted el dinero y los pape-

les en la cueva que conoce, es posible que mañana le haga el capitán Mendoza una visita en mi nombre. Don Sinforiano, que no haya novedad. ()

A las dos de la tarde corría don Ángel del Ministerio a la Superintendencia de Policía, con el mismo aspecto afable, insignificante y humilde ().

Los lobos se habían mordido. ¿Cuál de ellos debía sucumbir? El curioso se tomará la molestia, si ha de saberlo, de proseguir la lectura de nuestro libro.

## 257. CAPÍTULO VIII. El subterráneo

Pies y manos sujetos con ásperas ligaduras, medio tendidos o mal sentados sobre un montón de húmeda paja, reclinadas las espaldas contra abruptas paredes destilando agua y sin más luz que la escasa que, por una especie de angosta claraboya, penetraba en el subterráneo, permanecieron durante algunas horas mudos, cabizbajos y melancólicos los cautivos de *Tripas de Tigre*. () Pasaron las primeras horas de su encierro en silencio profundo. () El poeta fue quien () rompió el silencio con ponerse a silbar. 259.

Eduardo, dando un salto como el de la trucha en el agua y arrastrándose hasta Mendoza, le dijo resueltamente:

—Tiéndete y vuélvete boca abajo.

—¿Estás loco? —Le replicó el capitán.

—() Haz lo que te digo. ()

Volvió Mendoza a mirar a su amigo, temiendo siempre hallarle loco, pero, viéndole sereno, aunque impaciente, y presintiendo que acaso no sin misterio se obstinaba en el que parecía ridículo antojo, tendiose, en efecto, boca abajo, como Eduardo quería. () Tendido Mendoza boca abajo, las manos, que, como las de todos sus compañeros de cautividad, tenía atadas a la espalda con una cuerda de cáñamo de hasta un dedo de grueso, quedaron descansando sobre su cuerpo; el poeta, tendiéndose también de bruces, aplicó los dientes a la ligadura y, con perseverancia de cautivo y esfuerzo de joven, aplicose a deshacer sus nudos. () Al cuarto de hora tenían las manos libres Mendoza y el padrino () y, en resumen, en menos de media hora, fueron dueños de sus brazos y de sus piernas nuestros cautivos. () 260. Registraron su prisión examinando los muros, tanteando la puerta y escudriñando la claraboya. Las paredes eran sólidas, la puerta de encina forrada en hierro, la claraboya angosta y con doble reja: es decir, estaban menos incómodos, pero no más libres y sí más en peligro que antes de haberse desatado. ()

Eduardo, de pie y cruzados los brazos, murmuraba en un rincón estos versos del *Pelayo*:

Mas vano ha sido nuestro afán, y en vano  
por el nombre de Dios lidiado habemos:  
el retiró su omnipotente escudo,  
y coronar no quiso nuestro aliento <sup>888</sup>. () 262.

Para mayor angustia, era llegada la noche; reinaba en torno el más profundo silencio, la oscuridad se convirtió en tinieblas; los cautivos estaban en la mayor consternación y aquejados cruelmente por la necesidad de alimento.

El comandante y el poeta dejáronse caer sobre la paja; Mendoza se paseaba meditando en una de las diagonales del calabozo; pero con la oscuridad perdió el tino y, metiéndose entre la paja, que cubría poco menos de la mitad del piso, tropezó contra un cuerpo duro que le hizo caer de bruces y lanzar un gemido.

—¿Qué es eso, Mendoza? 263.

—() Silencio, señores, —Contestó Mendoza levantándose— he caído tropezando no sé en qué, pero voy a verlo. Arriba todo el mundo.

En circunstancias tales como las de los cuatro caballeros, cualquier incidente es un acontecimiento grave, la menor variación un rayo de esperanza. Así, Eduardo, Villaparda y su padrino obedecieron instantáneamente al capitán ():

—Fuera de la paja —Añadió Mendoza—. Uno a la puerta de escucha, otro a la claraboya de observación. () Ya lo tengo, sí, ya lo tengo. () Una argolla de hierro. () Pero mis fuerzas no bastan, ven, Eduardo, y ayúdame.

En efecto, acudió el poeta y, juntamente con su amigo, púsose a tirar de la argolla, pero fue en vano. Probó después la aventura Villaparda también sin fruto; por último, acudió el padrino, hombre de fuerzas hercúleas, y no fue más dichoso. ()

—No desesperemos —dijo Mendoza—. En derredor de esa argolla hay una junta circular. Está, por consiguiente, en el centro de una losa y una losa con su argolla no se pone sino para dar entrada a alguna parte.

—A un pozo, por ejemplo —dijo Eduardo con amargura—.

Pero el capitán, desentendiéndose de la réplica, prosiguió:

—Vamos a probar otra vez, vengan las cuerdas: atémoslas a la argolla y tiremos todos a un tiempo.

Las cuerdas se habían extraviado debajo de la paja; fue menester buscarlas prolijamente y bien les avino, porque Villaparda, que tomó a su cuenta examinar en un montón junto a la pared misma, tropezó a su vez con una barra de hierro. () 264. Con aquel hallazgo reanimáronse las fuerzas de los cautivos que, sin pérdida de tiempo, introdujeron por la argolla un extremo de la barra y, asiendo los cuatro del opuesto, sintieron con indecible gozo primero que la losa cedía, después que por entero se levantaba () dejando en descubierto un hueco circular de una vara próximamente de diámetro. () Pero ¿qué habían adelantado? ¿Era aquello un tránsito a algún otro calabozo? ¿Una salida secreta de la prisión? () Mendoza, pues, que en los grandes riesgos sentía siempre crecer sus fuerzas, dijo resueltamente:

—() Empeorar nuestra situación no es posible. Anúdense las cuerdas, áteseme con ellas y descuélguenme ustedes en ese pozo. () Una vez atado, sentose en la orilla del orificio, con las piernas dentro de él. Mas apenas lo hubo hecho cuando, gozoso, exclamó:

—Hay escalera, señores, hay escalera. ()



—¡Oh! Si viéramos, ya estábamos fuera del paso. ()

—Pues quiere decir que estamos —Interpuso el padrino (), sacando del bolsillo una caja de fósforos de cerilla y encendiendo una. ()

Mendoza () sacó las piernas del pozo, dirigióse al montón de paja y, eligiendo la más seca, 265. hizo, auxiliado por sus compañeros, hasta media docena de haces a manera de hachones y prendiendo, aunque con trabajo, fuego a uno de ellos, con él en la mano bajó los seis primeros escalones del pozo diciendo:

—Comandante, coja usted la barra y sígame: Eduardo y ese caballero nos esperarán mientras reconocemos el terreno. Si ocurre cualquier novedad, uno de ellos bajará a avisarnos y el otro se quedará de centinela, ¿estamos? ()

A unas catorce varas de profundidad se terminaba el pozo y una puerta cerrada revelaba que debía estar en comunicación con algún otro subterráneo. Nuestros aventureros aplicaron la barra a aquella puerta que, felizmente para ellos, no era tan sólida como la del calabozo y desquiciándola en pocos minutos, halláronse en una galería de poco más de una vara de ancho. Sin vacilar penetraron en ella y, al cabo de unos doscientos pasos, los detuvo otra puerta que saltó desencuadrada por la barra como la primera. Halláronse entonces en otra segunda galería que también se terminaba en otra puerta pero, rota ésta, entraron en una espaciosa cueva, cuya boca daba al campo. ()

Volvieron al calabozo donde los aguardaban en brasas, como vulgarmente se dice, el poeta y el padrino y, habiéndoles en breves razones enterado del descubrimiento hecho, acordaron todos salir definitivamente del subterráneo, pero colocando detrás de sí, en caso de serles posible, la losa que tapaba el orificio superior en su lugar correspondiente. () 266. Al concluir la operación oyeron pasos y voces en las inmediaciones del subterráneo: era tiempo de que huyesen. ()

## CAPÍTULO IX. La cueva

Uno de los grandes obstáculos que se oponen a que las cercanías de Madrid tengan el aspecto grandioso, ameno y variado que conviene a un centro de civilización y poder como lo son otras capitales de Europa, es la índole árida y seca de su suelo que, careciendo de aguas y arbolado, más parece monótona sabana que meridional campiña; pero, con todo eso, el terreno que circunda a la metrópoli de España, así como aquel que la población misma ocupa, dista mucho de ser una verdadera llanura. Las aguas, en su acarreo, han erizado la cuenca del Manzanares de cerros y oteros que, enlazados entre sí por onduladas pendientes, surcan en toda su extensión la superficie el ancho valle, cubriendo la superficie llana del terreno primitivo con un laberinto de pequeños montes de arena y yeso, cubiertos a su vez, y no siempre, de una capa de tierra vegetal.

Resulta, pues, de ese conjunto de circunstancias, que las cercanías de nuestra villa y corte reúnen los inconvenientes de las llanuras a los de los terrenos montuosos, siendo a la vista monótonas y sin belleza y, al andarles, desiguales y llenas de incómodos accidentes. De lo alto de la calle de Segovia al cauce del Manzanares, por ejemplo, hay, si la memoria no nos engaña, más de doscientos pies de desnivel; y la simple vista basta para hacerse cargo de la exactitud de nuestra observación, cualquiera que sea el punto de las afueras que para verificarla se elija.

Y hacemos esas reflexiones por si algún lector de los que suelen no asomar ni las narices fuera de las puertas de Madrid, por temor de perder en la corte sus derechos de vecindad, encuentra inverosímil lo que del subterráneo, pozo y galería por donde huyeron Mendoza y sus compañeros, según hemos dicho en el anterior capítulo **889**.

El hecho es que hay una especie de tribu proscrita, que componen hombres y mujeres en divorcio con las leyes y en guerra abierta con la sociedad, y que ellos, ellas y sus familias, porque más o menos estables y regularizadas, familias tienen, habitan en parte dentro de los muros mismos de Madrid, en parte en las afueras, así en ventorrillos, tabernas y mesones, como en cuevas y subterráneos cuando la persecución que se les hace es por acaso ejecutiva y temible. Entre esas guaridas y participando de ambas especies se contaba, cuando acontecían los lances que refiriendo vamos, una casa de las que llaman “a la malicia”, esto es, de un solo piso, situada entre el Puente de Toledo y el de Segovia; a más de veinte varas de elevación sobre el nivel del río y a menos de cien toesas de su álveo. Habitábala una familia compuesta de marido, mujer, dos hijos y dos hijas. El padre había estado en presidio tres veces, dos en la galera la madre, los muchachos eran rateros y las hembras no queremos decir en lo que se ocupaban. No obstante, aquella honrada familia vivía entre sí en la más estrecha unión y hasta cierto punto en paz con la justicia, manteniendo abierta, con las licencias necesarias, una taberna bodegón y ejerciendo, además, la profesión lucrativa de la usura. ()

Nuestro conocido *Tripas de Tigre* era a un tiempo protector y tirano de aquel moderno monipodio <sup>890</sup>, conocido entre la gente maleante con el sonoro y significativo de Tío Camándulas. () Así, en su expedición contra Mendoza y sus compañeros, eligió el bodegón de Camándulas para prisión de los cautivos y cuartel general de sus operaciones. ()

La casa que habitaba Camándulas con su familia era un gran rectángulo, en cuya planta baja estaban la taberna en el zaguán, el bodegón en una pieza inmediata y dos o tres dormitorios inmediatos. En el del amo y debajo de su cama, había una trampa capaz de dos hombres que daba paso, por medio de su correspondiente escalera de mano, a cierto corredor sito seis pies bajo tierra y en cuyo hondo se hallaba el calabozo en que fueron encerrados los del desafío. Los lectores conocen ya la segunda trampa del calabozo y sus dependencias. 268. ()

La cueva misma, trabajo en parte de la naturaleza, en parte de diversos malhechores, distaba del río muy pocas varas y oculta, merced a unas espesas zarzas, a la vista del público, servía de muchos años atrás de albergue a los bandidos y de almacén a sus mal adquiridos bienes. Pero el secreto de su comunicación con la taberna de Camándulas conocíanlo exclusivamente el bodegonero, sus hijos y *Tripas de Tigre* hasta que la casualidad o, más bien, la Providencia se lo reveló a Mendoza, Eduardo, Villaparda y su padrino, de quienes justo es ya que alguna cosa digamos. Al separarnos de ellos acababan de bajar la escalera del pozo ():

—¿Y si nos cortan la retirada ocupando la cueva? —Preguntó Villaparda.

La reflexión era tan concluyente como aflictiva; nuestros prófugos apretaron el paso y, uno tras otro, porque no les era posible caminar de otro modo, salieron por fin a la suspirada cueva. () 269. Mendoza, como hombre cauto, dispuso que el padrino, persona inútil para el consejo, se situase de centinela a la parte interior de la boca de la cueva que daba al campo, mientras él conferenciaba en la puerta de la galería con Villaparda y Eduardo. Los tres convinieron desde luego en que debían ponerse en marcha (). Iban, pues, a poner por obra su pensamiento, cuando el centinela se retiró azorado de su puesto y, llegándose a ellos, les dijo en voz baja:

—Acabo de oír respirar a un hombre y he visto brillar no sé qué cosa al través de las zarzas. ()

—Silencio, señores —Interrumpió Mendoza—. () Silencio y a la galería. () Tú, Eduardo, y el señor (el padrino), guardaréis esa puerta, sin apartaros de ella suceda lo que sucediere. Si la empujan y la tranca resiste, quietos; si cede el madero, añadan ustedes el peso de sus cuerpos, pero ni una palabra, ni un grito, nada, en fin, que revele nuestra presencia. Comandante, sígame usted: pronto daremos la vuelta. ()

270. *Tripas de Tigre*, () proponíase (), apenas tuviese en su poder el dinero y los documentos y reunidos a sus cómplices, marchar a unirse con la facción carlista, llevando consigo al comandante y a su padrino, cuyo propósito sabía por el contrabandista, y fusilar a Mendoza y a Eduardo en cumplimiento de la promesa hecha a don Ángel. ()

Durante todo el día no tuvo por oportuno ocuparse en la suerte de sus cautivos, que juzgaba seguros en poder del tío Camándulas (). Por su parte, Camándulas () contentose con ponerlos a buen recaudo () hasta que a las once de la noche, cuando ya estaban desiertos bodegón y taberna y cerrada la puerta de la casa, oyó el silbar conocido de *Tripas de Tigre*. Abrióle en el acto ():

—Venga la llave del sótano. Levanta esa trampa. 271.

Obedecido el sultán, mientras el huésped y su mujer avivaban la amortecida llama del hogar, bajó *Tripas de Tigre* al calabozo y hallolo, como sabemos, vacío. ()

—¡Ah, pícaros! —Dijo por fin el bandido— Me habéis dejado escapar a mis prisioneros. Pues ahora llegó la vuestra.

Y, al concluir esas palabras, hizo brillar su formidable navaja a los ojos de los aterrados esposos. () “Pero señor, () si mi marido y yo hubiéramos hecho una cosa como esa, ¿cree su mercé que le esperaríamos aquí para que nos matase?” El argumento era fuerte. () 272.

Mendoza había observado que, por una feliz casualidad, el taladro central de la cubierta del pozo era pasante y que, para asegurar la argolla de la parte superior, habían, los que la colocaron, doblado a la inferior la punta del perno, de modo que formaba un segundo anillo. Con estos datos, apenas por el aviso del padrino temió una celada en la salida de la cueva, pensó en asegurar completamente la espalda (). Porque en efecto, teniendo la barra más longitud que diámetro el orificio del pozo, atravesada aquélla en el anillo inferior, imposible era abrir la entrada. 273. () Mientras, () el huésped y su mujer, únicas personas que en el subterráneo estaban, mirábanse con asombro al contemplar la insólita, para ellos incomprensible, resistencia de la losa. () *Tripas de Tigre* () salió del calabozo, dejando en él encerrados a Camándulas y a su mujer, quienes, en vano, intentaron enternecerle. () Descendió, siempre con los suyos, hacia el río, dirigiendo sus pasos a la cueva en que esperaba hallar el dinero y papeles de don Ángel. () Llegaron, pues, sin el menor tropiezo los bandidos hasta unos diez pasos antes de la boca de la cueva, pero entonces una voz que *Tripas de Tigre* conoció muy bien, clamó: “Ellos son: ¡Fuego y no dar cuartel!” Al mismo tiempo, más de veinte fusiles hicieron fuego, los malhechores dispararon sus trabucos, nuestros prófugos salieron de la cueva y don Ángel, gritando siempre, «No dar cuartel, no dar cuartel», y aproximándose a *Tripas de Tigre*, ya herido en la primera descarga, le descerrajaba un pistoletazo a boca de jarro. Sin embargo, el bandido, en las ansias de la muerte, hizo un esfuerzo heroico y clavó furioso su navaja en el pecho del pérfido, teniendo antes de expirar el placer de verle a su lado tendido. () 274. Y para que el horror de aquel sangriento cuadro fuera visible, súbito un resplandor siniestro vino a iluminarlo: *Tripas de Tigre* había hacinado en torno del bodegón del tío Carándulas cuanto combustible halló en el corral y pués-tole fuego. Las llamas devoraban la casa y consumían a sus dueños al mismo tiempo que expiraba el bandido.

Dos días después, decía un periódico de la capital: «Los fautores del príncipe rebelde se habían dado cita anteanoche en el bodegón llamado del tío Camándulas en las afueras de la puerta de Toledo. Prevenida la policía por un patriota, sorprendió el conventículo; defendiéronse los rebeldes obstinadamente y fue necesario prender fuego al edificio, que se ha consumido hasta los cimientos. En el campo quedaron cinco muertos: cuatro cabecillas, gravemente heridos, han sido hechos prisioneros y esperamos que en breve caerá sobre ellos la inexorable cuchilla de la ley. Por nuestra parte hemos tenido un muerto y dos heridos» <sup>891</sup>. Ni una palabra de don Ángel. Su herida, aunque grave, no fue mortal ()

**LIBRO NOVENO****DESENLACE****275. CAPÍTULO I. Viaje**

La desaparición simultánea de Mendoza y don Ángel no pudo menos de llamar singularmente la atención de Laura. () Desaparecer así el uno y el otro en el mismo día, sin preparativos, sin antecedentes de ninguna especie, no podía atribuirse en buena lógica a un accidente fortuito. Tan cierto y frecuente es en el mundo que la verdad no sea verosímil. Y Laura, por tanto, debió de persuadirse y se persuadió a que tramaban ambos contra ella algún nuevo infernal proyecto. De la misma opinión fue la baronesa y, esforzando con el apoyo de aquel incidente sus primeras racionalísimas objeciones contra el viaje de su amiga, luchó con todo el poder de su claro entendimiento, con toda la facundia de su dulce elocuencia, contra el temerario proyecto; mas luchó en vano, porque la pasión de Laura se contaba entre las invencibles y a la altivez de su orgullo eran los obstáculos y peligros más bien estimulantes que rémoras. Llevese, pues, adelante el proyecto de viaje con vigor y rapidez en lo posible; y en unas tres semanas estuvieron terminados los preparativos para su ejecución necesarios. 276. Si el plazo parece demasiado largo a alguno de los lectores habituado, como el autor, a pensar un viaje por la noche y estar antes de que amanezca en camino, rogámosle reflexione que no se mueve como un hombre, cuyo reducido equipaje encierra su única maleta, una mujer del gran tono ().

No iba entonces la duquesa, como antes que ella lo hicieron, después lo han hecho y en lo sucesivo lo harán muchas mujeres, a pasar cerca de su amante algunos días a hurtadillas, para volver, a su tiempo, a figurar de nuevo en el mundo al lado de sus infamados esposos (). Ella () iba a entregarse, a la faz del mundo, al hombre dueño de su corazón, pero con ánimo de consagrarle su existencia entera desde el punto y hora en que a él se reuniese hasta el lugar e instante en que de vivir cesara. Volver a la compañía de Leoncio era pensamiento que ni ocurrírsele podía; disfrutar en la sociedad de los privilegios y consideraciones de esposa de su hermano parecírale villano y cobarde; y, sin hacerse ilusión sobre la posición en que iba voluntariamente a colocarse, solía decir frecuentemente y con la risa en los labios a la baronesa:

—Amiga mía, antes de seis meses será notorio que la duquesa de Valleignoto se ha convertido en dama del coronel Ribera. () Si vuelvo a Madrid, no habrá quien me visite; las más viciosas serán también las que más severamente me traten y habrá mujer que diga muy grave a su séptimo u octavo amante: «Por Dios, no saludemos a la Valleignoto: es persona que compromete».

() Su reunión pública con Ribera iba a colocarla fuera de la ley en la sociedad: el desprecio universal la amenazaba y vamos a decir más, la amenazaba hasta cierto punto con justicia, no obstante su inocencia en el fondo, no obstante la exactitud de sus observaciones con respecto a la sociedad. Sí; ésta, tolerante en demasía, cómplice las más veces, autora muchas de los extravíos de las mujeres, las trata como los espantados a los ladrones, castigándoles sólo cuando por torpeza o por desgracia son infelices en su delito. Repite y renueva una beldad las infidelidades a su marido, pero con maña bastante para que el ofendido las ignore o pueda verosímilmente aparentar que las ignora; y la sociedad, que ridiculiza al engañado, acoge benévola a la engañadora, la festeja si es discreta, la ensalza si bella, la erige altares si a la discreción y a la hermosura se reúne la riqueza o la elevación del nacimiento. Al mismo tiempo, la niña a quien las conveniencias de estado enlazaron a un marido sin dotes para agradarla, déjase arrastrar por la pasión irresistible o cede a las arterías de un seductor de oficio y, poco diestra en las artes de la galantería o incapaz de engaño, es descubierta y castigada; y entonces la sociedad lanza un grito de horror en defensa de su institución fundamental vulnerada y escupe al rostro de la víctima para hacerle más amargo el suplicio.

En el fondo, en abstracto, según el raciocinio, la sociedad es inicua, es profundamente inmoral tolerando el vicio y condenando sin misericordia la pasión; inclinándose ante el perverso y abrumando con su ira al débil; pero quizá la conveniencia abona proceder semejante. La hipocresía misma es un homenaje que el vicio tributa involuntariamente a la virtud; infringir en la esencia las leyes sociales, respetándolas, sin embargo, aparentemente, es delinquir sin negar la bondad de aquéllas; y arrojar la máscara, por el contrario, declararse en rebelión abierta contra los principios fundamentales de la sociedad misma. Las precauciones, el disimulo, las astucias de la mujer frágil que trata de conciliar la satisfacción de sus pasiones con las leyes del decoro son otros tantos sacrificios hechos a la opinión pública y que ésta, al juzgarla, le toma en cuenta; mientras que aquélla que como Laura procede, despreciando desde luego el fallo social, se lo hace implacable. Esto en cuanto a las hábiles; con respecto a las desdichadas, una comparación explicará mejor el implícito raciocinio de las gentes que las condenan sin misericordia, que cuantas frases acumular pudiéramos. Cuando un diestro bolatín se propone saltar y salta, en efecto, distancias enormes erizadas de bayonetas o atraviesa impune a ros en cuyo perímetro arde la pólvora inflamada, el público aplaude con entusiasmo; pero si, súbito, se levanta un espectador inexperto en la gimnasia y por recoger una prenda perdida, salta desde su asiento al circo y, cayendo como cuerpo muerto, se desconcierta un pie, el público mismo silba sin piedad al desdichado. Tal es el caso de la mujer galante y apasionada: el público aplaude a la primera que salta por oficio mucho, bien y con destreza y silba a la segunda que lo hace torpemente. Acá en nuestro fuero interno la verdad es que despreciamos al saltimbanquis y compadecemos al que por necesidad saltó al circo; pero la sociedad obedece a sus instintos y necesidades juzgando de otro modo y acaso, acaso tiene en resumen más razón que nosotros. 278.

En todo caso, () resuelta nuestra heroína no a hacer una simple escapada, sino a romper de una vez y para siempre su aparente unión con Leoncio y enlazarse también para siempre con Ribera, su salida de Madrid, como definitiva que era, exigía preparativos de cierta consideración y el arreglo de sus negocios pecuniarios no poco tiempo. Por dicha, estaba a la sazón en Madrid don Justo, merced a cuya actividad realizó en breve la duquesa sumas considerables que impuso en París y en Londres y se zanjaron todas las dificultades que no podían menos de ocurrir al dividirse definitivamente los caudales de los dos hermanos: Leoncio sólo había heredado de su madre, con un apellido ilustre que en realidad no le pertenecía, algunos bienes libres consumidos por él en vanidades y vicios durante la época de su juventud. () Amén de los quince mil duros, mitad de la renta del vínculo del ducado de Valleignoto, dejole su hermana el usufructo de la mitad, también, de los bienes y caudales libres; y de la otra mitad que ella se reservaba, señaló una renta de cuatro mil duros a Pedro el pastorcillo, una pensión al deán digna de él y la cantidad razonablemente necesaria para que los pobres a quienes por mano del dignísimo eclesiástico socorría, no echasen de menos su presencia en la corte.

Don Justo y el deán, como sus apoderados generales, quedaron encargados de la administración de sus bienes y caudales; y en poder del primero un pliego cerrado y sellado que sólo debía abrir en el caso remoto, aunque posible, de que Leoncio, abusando de la falsa posición de Laura, intentase reducirla a vivir en su compañía por términos de fuerzas. El amor hizo previsora a Laura () y para ese caso se preparó ella reuniendo en el pliego confiado a don Justo todas las pruebas que obraban en su poder de la ilegitimidad del nacimiento de Leoncio, en consecuencia del estrecho parentesco que los enlazaba y, en fin, diversas cartas en que el interesado mismo confesaba ser hermano de la que pasaba por su esposa. () 279. También recibió don Justo otro paquete, cerrado y sellado de manos de Laura, el cual contenía las dos carteras del pérfido don Ángel, con la clave necesaria para interpretar los escritos en ellas contenidos. () Don Justo fue entonces elegido para tales comisiones con preferencia al deán, porque el santo eclesiástico era un varón sobradamente apostólico para poseer las dotes necesarias a quien podía verse en la precisión de habérselas frente a frente con Leoncio, Mendoza, don Ángel y sus respectivos cómplices y auxiliares. Nuestro procurador, hombre por demás honrado, conocía, no obstante y por larga experiencia, las maldades de la especie humana y, familiarizado con el laberinto de la curia, no era fácil que ni engañar ni sorprender se dejase.

Arreglados así sus negocios de presente y tomadas las posibles precauciones en cuanto al porvenir, restábase a Laura que vencer otro género de obstáculos nacidos de la situación general del país en aquella época: En marzo de 1834, ya la insurrección de los vasconavarros era formidable. Zumalacárregui había organizado algunos batallones y hecho frente con ellos a las tropas de la reina, que diariamente era preciso reforzar. Don Carlos, refugiado en Portugal al abrigo de su pariente el usurpador don Miguel, ocupaba en la frontera un ejército para observarle. En las Castillas vagaban las nacien-



tes hordas de Merino, Balmaseda <sup>892</sup> y Cuevillas <sup>893</sup>; los bandidos Tristany <sup>894</sup>, Plandolit y Targaron <sup>895</sup> infestaban la Cataluña; Carnicer <sup>896</sup>, Quílez <sup>897</sup> y Tallada <sup>898</sup> ejercían su vandalismo en Aragón y Valencia; recorrían las llanuras de La Mancha los asesinos del Locho <sup>899</sup> y de Palillos <sup>900</sup>; Cuesta <sup>901</sup> la Extremadura; y no faltaban facciosos en las otras provincias de la monarquía.

A la sombra de los carlistas del norte, gente de opinión, de bravura y honradez, pululaban los malhechores, aprovechando la ocasión de ocultar sus infamias bajo el pendón de un partido político; las diligencias eran robadas, maltratados los pasajeros, deshonradas las mujeres y hollados, en una palabra, todos los respetos humanos. Por otra parte, a favor de tantas calamitosas circunstancias, en los pueblos grandes fermentaban las pasiones políticas y, en los pequeños, las banderías de familia, aceptando la fórmula corriente, hacíanse cruda guerra con las denominaciones de cristinos y carlistas. Todos hemos pasado por aquella época calamitosa y aún así nos parece imposible que para siempre no se haya desquiciado la máquina social a impulso de tan crudos vaivenes. Sin embargo, llegamos casi a habituarnos a vivir esperando siempre la muerte a mano airada; a recoger nos al hogar doméstico con cierta tranquilidad no obstante el inminente riesgo de que fuese de un momento a otro presa de las llamas; a conversar ahora con un vecino que dentro de un instante iba a convertirse en nuestro implacable enemigo. Las fuerzas del sufrimiento humano sólo padeciendo se conocen.

Pero lo que ahora nos importa es decir que, en el estado de inseguridad de los caminos, toda la buena voluntad de Laura no le bastó para resolverse a exponer su persona, la de la baronesa y la de Manuela a los innumerables riesgos que en el viaje les aguardaban. Hubieron, pues, de esperar, aunque impacientes, a que saliera de Madrid un convoy para Zaragoza, lo que se verificó entrado ya el mes de marzo de 1834. Componíase el tal convoy de hasta cincuenta transportes entre carros de violín, catalanes <sup>902</sup> y galeras, cargados de vestuario, municiones, armas y otros pertrechos de guerra, con destino a los ejércitos de Aragón y del norte. En Zaragoza debía quedar lo destinado al primero y el resto, pasando el Ebro por Cinco Villas, entrar en Navarra por Sangüesa, punto en que ya las tropas del virreinato habían de encargarse de la conducción y custodia de los efectos.

La escolta del convoy formábanla un batallón de línea, otro provisional compuesto de partidas sueltas, rezagados y quintos que iban a incorporarse en sus respectivos cuerpos y cien caballos ligeros. A esa fuerza al mando de nuestro conocido el general Valdestillas, recientemente destinado al norte, hay que añadir multitud de oficiales sueltos de todas armas, empleados en la administración militar, así como en otras dependencias del Estado, asentistas, médicos, cirujanos y varios particulares que aprovechaban la ocasión de trasladarse con seguridad desde la corte a los puntos a que sus destinos, negocios o intereses les llamaban. Así, pocas cosas hay más curiosas y ninguna más molesta que la marcha de un convoy: a excepción de los cobardes, todos los militares prefieren tres días de combate a uno solo de tan incómodo servicio. Todo el

día se pasa en el camino para adelantar poquísimo terreno; el menor accidente de un carruaje cualquiera detiene la marcha de todos; una sola mula díscola (y las mulas lo son todas) desordena el convoy entero; a nadie puede alojarse medianamente siquiera; todos están sujetos a insufribles privaciones y la tropa misma, que hay necesidad absoluta de diseminar, se desmoraliza siempre en tales ocasiones. Y aun cuando el convoy es puramente militar, hay medios, no muy suaves, pero al cabo eficaces, para lograr que los brigaderos y conductores de bagajes hasta cierto punto caminen ordenada y metódicamente; pero en el caso que nos ocupa, el pobre general Valdestillas, al tender la vista por vez primera sobre la serie de coches, tartanas, galeras de ordinarios, jacas gallegas y hasta pollinos que se agregaran a los transportes del Gobierno, sintió helársele la sangre en las venas. 281.

—Si el enemigo se me presenta —Pensó aquel jefe—, ¿qué va a ser de mí con tanto niño, tanta mujer, tanto viejo y tanto bagaje?

Y tenía, en efecto, razón para estremecerse: al primer fusilazo las cabalgaduras se espantan, los tiros se alborotan, los niños chillan, las mujeres se desmayan, los hombres se aturden, los conductores blasfeman y, más que el enemigo, asusta al que manda la dificultad de ordenar sus tropas y despejar el terreno en que ha de maniobrar con ellas. Por eso, el que en tan desagradable posición se encuentra, debe, desde el primer instante, procurar que le teman, más que a nada y que a nadie, todos los que bajo su protección caminan; y si, por el contrario, da en ser amable, puede contar con más de un percance durante la marcha. Valdestillas, soldado viejo, no incurrió por cierto en semejante debilidad. () A vanguardia dispuso que marcharan algunos caballos de batidores; inmediatamente después, cuatro compañías de infantería; luego, los transportes escoltados por infantes; detrás, él en persona con diez y seis compañías y, con intervalo de quinientos pasos, seguían los pasajeros todos, escoltados por las cuatro compañías restantes; cerrando la retaguardia, lo que de la caballería quedaba, cubiertos los flancos del convoy con sus guerrillas. A nadie le era permitido adelantarse, atrasarse o separarse del convoy bajo ningún pretexto. Al amanecer se rompía la marcha y el que no estaba a tiempo dejaba de pertenecer a los protegidos; a mediodía se hacía alto para comer y descansar dos horas a campo raso; el alojamiento de militares y paisanos se disponía sin apelación por el aposentador de la escolta.

El segundo día de marcha pernoctó el convoy en Torija, a tres leguas de Guadalajara. Allí se incorporó Laura, que, en posta, fue hasta la capital de la Alcarria, donde tomó sus propios tiros. () Apenas supo el general su llegada, apresurose a ir en persona a tomar sus órdenes, con la galantería que a él le era habitual (). En aquella visita convinieron en que la duquesa seguiría la marcha del convoy hasta Calatayud, desde cuya ciudad, no recibéndose noticias alarmantes, podría adelantársele a Zaragoza, bajo la escolta de algunos caballos que el general pondría a su disposición, amén de una circular para todos los pueblos del tránsito a fin de que en caso necesario le prestasen auxilio. Así convenidos, al salir de Torija ocupó el carruaje de Laura, por privilegio, el primer lugar de

la segunda sección del convoy (), posición envidiable, tanto por exenta de la incomodidad de ir encajonado el viajero entre dos coches o carros que limitan la perspectiva, cuanto porque, naturalmente, tienen que conformarse a su paso cuantos le siguen.

Hasta que la duquesa llegó, había ocupado el primer puesto una berlina de buena apariencia, con las persianas siempre cerradas, dentro de la cual iban dos hombres a quienes nadie pudo ver los rostros (). Valdestillas mismo no conocía de vista a los indicados caminantes, únicos que a su llegada a Alcalá de Henares no acudieron, como parecía natural y los demás lo hicieron, a presentarse por cortesanía y conveniencia propia. El ayuda de cámara llevó al general dos pasaportes expedidos a favor de don Romualdo Ramírez y don Tiburcio Sánchez, de profesión mercaderes. (). Sentole mal a Valdestillas la descortesía y mandó que se le presentasen los dos viajeros, pero a los pocos minutos de dada la orden volvió a presentarse el mismo ayuda de cámara con un pliego para el general. () Apenas hubo leído el papel que le enviaban, varió de tono y disposiciones (). Devolviérselo al criado diciéndole:

—Está bien; diga usted a esos señores que vean en qué puedo servirles.

—Me han encargado —Respondió el ayuda de cámara lleno de orgullo por el buen éxito de su embajada— que ruegue a V.S. nos coloque a la cabeza del convoy. () Además, () desean los señores que V.S. les avise cuando puedan separarse del convoy.

—Por mí —Exclamó Valdestillas ya impaciente—, por mí, cuando gusten. ()

Al incorporarse la duquesa al convoy, Valdestillas, a pesar de que el papel de los incógnitos era una orden autógrafa del ministro de la Guerra mandándole tener con ellos todo género de consideraciones y hasta de prestarles cuantos auxilios reclamasen, cedió de su obligación asignar el lugar preferente a tan bella y noble dama y, al efecto, dictó las órdenes oportunas; pero el ayudante encargado de transmitir las, olvidándolas por otras más importantes, dio lugar a la escena que a referir vamos. 283.

Al romper el alba, acudieron los carruajes particulares al punto del camino real que se les había designado; el cochero de la duquesa, conforme a lo que se le tenía prevenido, tomó la cabeza de la hilera y, a poco, presentose la berlina de los desconocidos reclamando aquel lugar como suyo. El lector sabe y, si no, se lo decimos nosotros, que no hay noble alemán ni hidalgo vizcaíno, por muy apegado que a sus privilegios sea, tan celoso de ciertas prerrogativas como lo son los cocheros siempre que se trata de disputar el paso u obtener el lugar preferente. Así es que, con grosería, hizo su reclamación el de los incógnitos y con brutalidad se negó a ella el de la duquesa () y, alborotándose las mulas, comenzaron a cocear y enredáronse los carruajes uno con otro. En consecuencia, prorumpieron los cocheros en horribles blasfemias. () Atraído por tal estrépito, acudió el olvidadizo ayudante y, después de haber puesto en paz, es decir, apaleado a los dos cocheros, terminó la contienda manteniendo en el lugar que ocupaba el carruaje de la duquesa; pero los de la berlina, celosos de su privilegio, trataron de sostenerlo y, al efecto, sacó uno de ellos la cabeza fuera de la puertecilla. () Figúrese

el lector la sorpresa de la hermana de Leoncio al reconocer, no sin dificultad, a don Ángel (). Viendo él, a su vez, a la duquesa, echose, súbito, atrás ():

—No vale la pena... () Son mujeres las que van en ese coche.

—Aunque fueran princesas —Replicó iracundo el otro—. ¡Quitarme a mí el sitio!  
() ¡Señor oficial, señor oficial! —Gritó el de la berlina, viendo alejarse al ayudante, pero le atajó la palabra de Laura, diciéndole: 284.

—Barón de Peñahonda, no creí hallar a usted tan poco galante. ()

—Supongo —Le dijo con rabia don Ángel—, que ya estará usted contento. Ya le han conocido y es probable que esa gente nos fusile apenas lleguemos a nuestro destino. ()

Y, en esto, el corneta del general tocó marcha y el convoy, ya ordenado, se puso en camino.

En el alto del mediodía, quiso Laura hablar a don Ángel, pero éste y el barón se habían apeado poco antes de llegar al paraje señalado para aquel descanso y, a consecuencia de una conversación que con Valdestillas tuvieron, salió su berlina de entre los demás carruajes y, escoltada por ocho caballos, adelantose al convoy. Aquella misma noche preguntó Laura al general por la berlina y supo de sus labios lo que de referir acabamos.

—¿Adónde han ido? —Exclamó la duquesa.

—Por ahora, a Zaragoza —Respondió Valdestillas.

Sin otro antecedente, llegó el convoy a Zaragoza, donde Laura se detuvo algunos días sin más objeto que averiguar el paradero de don Ángel mas, aunque Manuela corrió personalmente todas las fondas, paradores, mesones y posadas públicas y secretas de la ciudad heroica, no encontró persona que de la berlina y de los sujetos que conducía le diese noticia alguna.

## CAPÍTULO II. Los presos. Don Ángel. Elisa

Don Ángel, que había salido de la taberna de la calle de Peregrinos resuelto a someterse a las circunstancias (), cuando, merced a la influencia benéfica del aire libre pudo recoger su espíritu y refrescar su cabeza, pensó que acaso no se hallaba en posición bastante desesperada. () El bandido no tenía documentos con que acreditar su acusación contra don Ángel, dado el caso de que la intentase y, ganándole la mano, como era fácil, se quedaba desarmado, amén de muy vulnerable por sus infinitos crímenes.

Tratábase, pues, de entregarle en manos de la justicia o quitarle la vida antes de que entrase a Mendoza de lo ocurrido. En virtud de ese raciocinio (), en vez de pedir al gobierno su indulto, según el convenio hecho, presentose a declarar que le constaba debían reunirse aquella noche, en cierta cueva fuera de la Puerta de Toledo, varios carlistas y revolucionarios que de común acuerdo trataban de perturbar el orden público y derribar el Ministerio, a unos y otros igualmente odioso. () La policía () puso a disposición del pérfido agente cierto número de soldados mandados por un sargento, a quien se previno siguiese en todo las instrucciones del mismo don Ángel. Éste () salió con ellos a las nueve de la noche (), previniéndoles que a una señal suya hiciesen fuego () no dando cuartel a ninguno. () Lo que en virtud de tales premisas aconteció hémoselo referido a los lectores, restándonos sólo explicar ahora algunas de las circunstancias del hecho.

En primer lugar, don Ángel, que se había propuesto ser simple espectador (), al reconocer a *Tripas de Tigre*, () arrojase sobre él pistola en mano. () 286. Mas quiso la suerte que, antes de terminar el bandido su criminal carrera, hiriese gravemente a su pérfido cómplice y, viendo el sargento que la responsabilidad iba a pesar toda sobre su persona, contuvo a los suyos y salvó así las vidas de Mendoza, Eduardo, Villaparda y su padrino, todos heridos, pero ninguno de gravedad, dichosamente.

Conducidos al cuartel de Guardias de Corps y curados de primera intención, colocáronlos a cada cual en su calabozo respectivo y a todos en la más severa incomunicación. Quince días transcurrieron sin que se les dijese por qué estaban presos ni se les tomase declaración. Quince días, plazo que en Francia o en Inglaterra parecerá fabuloso, pero que a los españoles de nuestra época no les causará la menor extrañeza <sup>903</sup>, por cuanto abundan entre nosotros los hombres honrados que —diciéndose que tenemos gobierno representativo— han pasado uno, dos y tres meses incomunicados en un calabozo y, al cabo de ese tiempo, han sido puestos en libertad sin tener el gusto de saber por qué fueron presos ni por qué se ven libres. () En casos tales, siempre 287. se empieza dando por averiguado el cuerpo el delito, por cierto lo que en realidad debería cuestionarse, por evidente lo que no fue ni ser pudo. La policía española de entonces, como todas las policías de todos los países y épocas, raciocinaba según de indicar acabamos y decía: «Se conspiraba; Villaparda es carlista notorio; luego ha conspirado. Luego el tribunal le condenará». Y es de presumir que no se engañase; porque los delitos políticos se juzgan por pasión y no por equidad ni por ley. ()

Lo que en la cueva se tramaba, al decir del benévolo, era una coalición contra el Ministerio. () Ciertamente, a cinco personas, únicas que aparecieron en escena, era absurdo atribuirles tan colosal designio; pero a eso respondía don Ángel, en primer lugar, que los jefes se reúnen sin tropas a celebrar consejo y, en segundo, que por la galería subterránea, descubierta a consecuencia del incendio del bodegón del tío Camándulas, era más que probable se hubiesen fugado los más de los conspiradores. () 288. Quedó, pues, asentado que nuestros cuatro cautivos eran conspiradores delegados por sus respectivos bandos para maquinar la ruina del Gobierno y la subversión del orden público, con objeto de arrancar la diadema de las sienes de la entonces niña Isabel II y, ora colocarla en la frente del príncipe rebelde, ora establecer un sistema republicano, según que en último resultado venciesen los carlistas o los revolucionarios. Para acreditar esa fábula sobraron delaciones anteriores, coetáneas y posteriores al acontecimiento por nosotros referido. La policía pasó al fiscal de la comisión militar encargado de la formación del proceso una especie de informe o memoria que había de servirle de base y, en consecuencia del cual, por medida preliminar se dispuso la prisión de una veintena de personas. () Así, a todo el mundo tenía cuenta el negocio menos a los presos, a quienes al fin se tomó la primera declaración el décimo sexto día de su encarcelamiento ().

Observemos de paso que nunca les es más difícil justificarse a los hombres que cuando se les acusa de un crimen imaginario. Al inocente le cogen desprevenido los golpes de lo que se llama justicia, () 289. mientras que el culpado, previendo siempre la catástrofe que le amenaza, tiene generalmente tomadas sus medidas, de forma que es harto difícil probarle su delito. Así, Mendoza, que, conociendo a don Ángel, había podido hasta cierto punto formar idea de su riesgo, declaró prudentemente una cosa si no cierta, racional y verosímil; y otro tanto hizo Villaparda, cuya conciencia no podía estar tranquila. Pero Eduardo y el padrino, aquel por imprevisto, el último por falta de entendimiento, empeoraron con sus declaraciones su posición y la de sus compañeros. Los juristas tienen, entre otros, un apotegma tan absurdo como cruel, a saber, «el que todo lo niega todo lo confiesa» y, en consecuencia de él, callando el poeta y con su ridícula novela el padrino, ambos se convirtieron en sus propios acusadores. ()

A fuerza de dinero, Mendoza, Villaparda y Eduardo habían conseguido seducir al llavero encargado de llevarles la comida y, aunque no hasta el punto de que les permitiera verse y escribirse unos a otros, sí lo bastante para que se encargara de llevar una carta de cada uno de ellos a su respectivo destino. Eduardo escribió a Elisa, que, postergada una noche a la gitana del baile del palacio de Valleignoto, había recobrado, no obstante, su posición de sultana favorita; Villaparda al prelado de cierto convento, hombre de cuenta en su partido y grande amigo del comandante; Mendoza al que en su ausencia presidía el club revolucionario.

La dama galante, que casi comenzaba a consolarse con cierto barbilindo de la ausencia de su poeta, suponiéndola voluntaria, al saber por su billete la posición en que se encontraba, () en seguida le escribió, () y acto continuo, pidiendo el coche,

fuese a empeñar todas sus joyas para hacer dinero, con ánimo firme de emplearlo todo en libertar a su amante. El barbilindo () acudió en esto a conseguir la victoria que contaba por segura, pero en vez de una Armida <sup>904</sup> encontró una Penélope <sup>905</sup> que () le despidió con una rociada de insultos. () ¡Oh encantadoras mujeres que el mundo llama frágiles, cuán pocas son las Lucrecias <sup>906</sup> (suponiendo que haya muchas) que tengan tan nobles y generosos corazones como los vuestros! ¡Lástima que las castas sean tan insensibles y tan rara vez castas las sensibles!

290. El prior, leído el billete de Villaparda, dio de palabra la siguiente contestación: «Dígale al pobre preso que lleve con resignación los males que el Señor le envía y que yo, religioso indigno, todo lo que por él puedo hacer es encomendarle a Dios en mis oraciones.» ()

La carta de Mendoza fue la peor recibida: el exaltado revolucionario a quien iba dirigida escribió en un papel estas palabras: «Los traidores merecen la muerte» y, poniéndolo en manos del carcereiro, le volvió la espalda. () El hecho es que don Ángel, teniendo de antemano dispuesto los ánimos en contra de Mendoza, apenas entrado en convalecencia acudió al club, donde, con mentidas muestras de amarga aflicción, dijo que su conciencia le obligaba a revelar a sus hermanos la mísera conducta de una persona tenida hasta entonces entre ellos por una de las más dignas, capaces y leales. Aquel hombre era Mendoza que () habíase vendido al oro de los carlistas. () Mendoza había querido seducir a don Ángel y éste, () viendo maduro el proyecto, prefirió entregarle al Gobierno, a comprometer a sus hermanos con la necesidad de castigarle. En prueba de tales calumnias, exhibió el bueno de don Ángel documentos infinitos, a saber, cartas de Mendoza al obispo de León, respuestas de éste y hasta escritos autógrafos del mismo don Carlos, todo por él falsificado. () La asamblea () condenó a muerte al denunciado, para el caso de que con vida escapase de manos de la policía. ()

Dispuestas así las cosas, llamáronle del Gobierno para encargarle que acompañase al barón de Peñahonda en la misión secreta y diplomática que al fin se le había conferido o, en otros términos, que le sirviese de mentor en el espionaje que se le encomendaba en el campo carlista. () Ya le hemos visto en camino encontrándose inopinadamente con Laura. Apenas se vio reconocido por la duquesa, formó el benévolo su plan y, obligando al barón a seguirlo, dejaron el convoy y, sin hacer alto en Zaragoza, siguieron en posta su marcha hasta penetrar en Francia por el valle y puerto de Canfranc.

Dejémoslos ahora seguir su camino para ocuparnos en la suerte de los desdichados presos. () 292.

Los filántropos que han propuesto reemplazar la pena de muerte con el encarcamiento solitario, es decir, con la incomunicación absoluta del criminal, reduciéndole a vivir sin más trato ni compañía que los de sus propios remordimientos, nos parecen mucho más crueles que los de contraria opinión, a quienes ellos tachan de sanguinarios. Cualquiera que sea el suplicio que al delincuente se imponga, por atro-

ces que nos figuremos sus padecimientos, la ira de los tiranos, las fuerzas del verdugo y lo ferozmente ingenioso de los instrumentos estréllanse, al cabo, contra un obstáculo invencible que la naturaleza les opone. No hay medio de prolongar mucho la agonía de un hombre en el suplicio; o muere pronto o se convierte, por efecto mismo de lo exquisito de los tormentos, en un tronco inerte; pero en un calabozo, donde le alimentan y le obligan a hacer ejercicio y le imposibilitan hasta para el suicidio, las horas siguen a las horas y los días a los días y los años a los años, sin que haya nada que alivie las penas, sin que el remordimiento se acalle, sin que la esperanza misma encuentre dónde echar raíces.

Tal era la situación de Mendoza: habituado a la vida activa y a pensar siempre en la suerte futura de la sociedad más que en la suya propia, por primera vez se veía a solas consigo mismo y la intensidad de sus facultades mentales, la energía misma de su carácter fueron sus principales enemigos. ()

Los demás presos, aunque apenados, llevaban con más resignación sus padecimientos. () Eduardo recibía continuas cartas de Elisa () y Villaparda, en fin, conociendo bien a la gente de su partido, tenía fe en que de ningún modo le abandonarían. ()

Elisa, dama, como sabemos, sobradamente galante, era, sin embargo, una de las personas más y mejor relacionadas en la corte. () Eduardo, pues, no podía tener mejor agente; pero los ministros, autoridades, jueces y cortesanos se mostraron inflexibles en aquella ocasión. () La pobre Elisa desesperaba, por tanto, de conseguir la suspirada libertad de Eduardo cuando, a poco de la marcha de Laura, siendo la hora de anochecer y hallándose ella sola en su gabinete, entró su camarera y dijo: 294.

—Señora, un hombre embozado () me ha dado este papel. ()

Elisa () leyó en él lo que sigue: «Hay un medio para salvar a los presos: pero es único y ha de acudir a él esta misma noche. Si usted tiene resolución firme de hacer esa buena obra, acuda en el acto a la iglesia del Noviciado <sup>907</sup> y acérquese al segundo confesionario de la izquierda».

Otra persona hubiera vacilado; Elisa, por lo mismo que la aventura era novelesca, se embarcó en ella resueltamente. () Dentro del confesionario había un religioso cuyo aire grave revelaba de cien leguas el padre maestro jubilado. () Verdad es que el buen religioso, según sus ideas, exageraba en aquel momento la caridad hasta el punto de ser temerario, tanto por confarse a una mujer, cuanto por tomar parte activa en un negocio que, descubierto, pudiera costarle, si no la vida, por lo menos una larga prisión. No obstante, explicó clara y prolijamente a Elisa cuanto hacer debía, insistiendo una y más veces en las circunstancias más importantes para evitar toda equivocación. ()



### 295. CAPÍTULO III. La beata y la mujer galante

Serían las ocho de la noche próximamente cuando Elisa, saliendo de la iglesia del Noviciado, acudió presurosa a tomar su coche en la plazuela de Santo Domingo. () Difícil fuera, al contemplarla recostada en lo más hondo de su elegante *landau* y fijos los ojos en el cielo, reconocer en ella la mujer ligera cual la mariposa, alegre como el pájaro, irreflexiva como el niño; porque en su lindo semblante se retrataban entonces ondas emociones y sentimientos generosos; porque a la dama galante, en fin, había sucedido la mujer enamorada y resuelta a intentarlo todo por conseguir la libertad de su amante. () Después de rodar durante algunos minutos con rapidez, parose en la plazuela del Alamillo <sup>908</sup>, que es uno de los parajes más solitarios de la corte, es decir, más allá de la plazuela de la Paja <sup>909</sup> y en las inmediaciones de la calle de Segovia <sup>910</sup>. Acudió el lacayo a abrir la portezuela, bajó Elisa y díjole: «Vayan ustedes a esperarme en la Puerta del Sol». () 296. Elisa, libre como viuda, no había menester en sus intrigas galantes acudir a misteriosas expediciones (); no acertaba nunca a moverse sino en coche, ni tenía relaciones más que con gentes de la más alta aristocracia. Por tanto, su lacayo, que ya la vio con asombro dejar el carruaje en la plazuela de Santo Domingo <sup>911</sup>, al oír que le despedía en la del Alamillo, es decir, en el confín del mundo, quedose estupefacto y no sin causa. ()

La primera sensación de la dama al verse sola en aquel triste paraje y en noche tan poco amena fue un estremecimiento general. () Sin embargo, () encaminose con paso firme a cierta casa de modesta apariencia, en cuya puerta dio tres golpes y un repique con un pasado aldabón que apenas podían mover sus débiles delicadas manos. () Apenas dentro del portal, echó a la que le abriera una de esas miradas, inteligentemente perspicaces y cortésmente impertinentes, con que las hijas de Eva acostumbran a examinarse de pies a cabeza unas a otras. () 297. Elisa, al mirarla, no pudo menos de exclamar allá en sus adentros: «*La buena alma* que el religioso decía tiene un cuerpo y unos ojos que ciertamente no deben excitar ideas de penitencia». Por su parte, *la buena alma* () tardó poco también en hacer completo examen de Elisa, resultando de él que se dijera: «Si el padre Crisóstomo da en tener penitentas <sup>912</sup> como ésta, me veré precisada a cambiar de director espiritual».

Así dispuestas llegaron a la habitación de la señora Juana, pequeña, modesta, sencilla, pero limpia, ordenada y agradable como una taza de plata, según la expresión para tales casos especialmente inventada. () La dama () entabló el diálogo diciendo ():

—¿Y el mensajero?

—() Hace rato que ha venido. () 298. ¡Perico!

() Elisa, con la rapidez que da el frecuente trato de las gentes, examinó con la vista al nuevo personaje y, observando en seguida a la devota, creyó descubrir en su semblante síntomas de cierta predilección más que cristiana en favor del bueno de Perico. ()

—¿A qué hora debemos irnos?

—A las diez —Contestó Perico—.

—Bueno —Volvió a decir ella—, son las ocho y media, tenemos tiempo. Mientras me visto, vaya usted a buscar un coche de alquiler.

() Perico obedeció las órdenes recibidas; la señora Juana bajó con él para abrirle la puerta y en breve estuvo de nuevo al lado de Elisa, a la cual ayudó a vestirse de hombre (). Merced a la singularidad de la posición y a ciertas simpatías inevitables entre dos mujeres galantes ambas, aunque cada cual a su manera, durante la ausencia de Perico entablaron familiar y aun íntimo diálogo la señora Juana y Elisa.

La señora Juana era hija de honrados y pobres labradores; huérfana 299. a la edad de quince años, entró al servicio de cierto beneficiado que debía profesar en materia de mujeres las doctrinas del rey profeta <sup>913</sup> y, una vez dado el primer paso, convirtiose Juana para siempre en una especie de feudo eclesiástico. De criada de un beneficiado pasó a serlo de un cura; ascendió luego a la dignidad de ama de gobierno de un canónigo con quien vino a la corte y, por último, hechas algunas economías, estableciöse de planchadora de sobrepellices, albas, etc, en la plazuela del Alamillo. El padre fray Antolín, es decir, el padre Crisóstomo, precisamente el mismo a quien Villaparda había escrito, era protector temporal y director espiritual de la planchadora en el momento a que nos referimos. Y Perico, primo de la señora Juana, estudiante de Teología y ex voluntario realista en su pueblo, se hallaba a la sazón en Madrid, huyendo de los que, por haber él pertenecido a la primera facción del cura Merino, querían aplicarle las penas de la ley. Tales eran las personas con quienes, por efecto de las circunstancias, se hallaba a la sazón en relaciones la bella Elisa. ()

El bueno del fraile limitaba su ambición a su bienestar y para eso bastábale saberlo todo, gozar gastronómicamente y tener siempre bajo su dirección una buena <sup>914</sup> alma como la señora Juana. Sin embargo, desde los primeros pasos de la reina regente en la gobernación del reino, comprendió el padre Crisóstomo que la institución a que pertenecía estaba amenazada de muerte y, en consecuencia, hubo de pensar que era llegado el tiempo de consagrarse a la defensa de la causa común, al absolutismo y a la teocracia. Decidiose, pues, a hacer prosélitos en el confesionario, a reclutar gente en todas partes para el ejército de don Carlos, a dar a éste y a sus generales cuantas noticias y auxilios estaban a su alcance, a espiar al Gobierno de la reina, en una palabra, a conspirar de día y de noche, de pensamiento, palabra y obra contra el nuevo sistema. 300. Por él supo Villaparda la orden dada para prenderle; él fue quien le proporcionó el contrabandista que a las provincias del norte debía conducirle y él, en fin, quien dio a Elisa la cita que sabemos para el Noviciado.

Pero ¿por qué se dirigió a aquella dama? () El contrabandista Malavio tenía grandes obligaciones al padre Crisóstomo () pero, al mismo tiempo, profesaba a *Tripas de Tigre* un respeto tan parecido al pavor, que durante las veinte y cuatro horas que

mediaron entre la sorpresa de los caballeros del desafío y la pública noticia de la muerte del bandido, no osó revelar a alma viviente los sucesos de que había sido testigo. Mas, una vez muerto el cómplice de don Ángel, comprendiendo Malavio lo que le interesaba conservarse en gracia del padre Crisóstomo, acudió presuroso a su celda y refirióle puntualmente lo ocurrido, () por manera que el fraile supo desde luego quiénes eran los presos con el comandante su amigo. Indagar sus respectivas relaciones no le fue difícil (). Cierta devota tenía una sobrina que fue algunos meses doncella de la dama; era la tal, penitenta de nuestro religioso y ella le enteró del carácter y demás particularidades de aquella señora que conocer deseaba.

Hemos dicho () que antes de la época a que con nuestra historia hemos llegado, habían sido expulsos del Cuerpo de Guardias de la Real Persona todos aquellos individuos que eran o pasaban por carlistas. () Como la tal expulsión se hizo con menos detenimiento del necesario, aconteció () que entre los supuestos buenos quedase tal cual lobo con capa de cordero. Entre los últimos se contaba un cierto guardia, que a consecuencia de la expulsión fue promovido a cadete y a quien se conocía en el cuartel con el sobrenombre de *el Erizo*. () 301. De los treinta días del mes pasaba *el Erizo* ocho de servicio por su turno, otros ocho de recargo por faltas leves, la tercera semana a r estado en su cuarto o en Estandartes y la cuarta en el gazapón. Los novatos eran constantemente sus víctimas: cuando se le veía con botas o sombrero nuevo, podía jurarse que en su origen pertenecieron aquellas prendas a algún recién llegado. () Pocos días después de promovido a cadete, contrajo en el juego una deuda considerable con un oficial de la guarnición, hombre de poquísimas aguantaderas y que, acosado por sus propios acreedores, exigía con apremio que se le pagase. *El Erizo*, que no tenía ni dinero ni crédito porque hasta los usure ros, escarmentados de que les solía pagar a cintarazos, se negaban a entrar con él en trato alguno, acudió entonces al padre Crisóstomo, que en diversas ocasiones le había sacado de algunos apurillos. Pero cuando el fraile oyó hablar de cincuenta onzas de oro puso el grito en el cielo. () No tuvo más remedio que batirse con su acreedor, de quien recibió dos cuchilladas en la cabeza. () Una vez curado volvió, no obstante, a su antigua vida: 302. () Jugando sobre su palabra con el mismo oficial que ya le había herido en combate sobre otra deuda, perdió más de cien onzas de oro. Considérese cuál sería su posición en la imposibilidad de pagar a un hombre a quien tenía miedo (). Precisamente Perico, el primo de la planchadora, cuya situación en Madrid era harto difícil y peligrosa, había logrado colocarse de criado, ínterin el fraile le despachaba a Navarra, en la casa de juego donde aconteció la desdicha del cadete y, por él, la supo inmediatamente el protector de su prima.

Con tales antecedentes y queriendo la casualidad que *el Erizo* entrase de guardia de prevención el mismo día, formó el padre Crisóstomo su plan para libertar a los presos, raciocinando de esta manera: «Aquel hombre (*el Erizo*) debe cien onzas y no tiene con qué pagarlas; lejos de prometerse asustar a su acreedor, le teme más que a una espada desnuda, luego si se le ofrecen cincuenta onzas y se le proporcionan

medios de escaparse, hará cuanto queramos y nos dará las gracias encima». Pero, ¿quién había de hacerle la proposición? () Entonces tuvo el fraile la feliz ocurrencia de acordarse de Elisa; y el éxito coronó sus esperanzas, como a verlo vamos.

En efecto, a las diez de la noche la querida de Eduardo, vestida de hombre con un traje que al efecto le había hecho preparar el reverendo y acompañada por Perico, subió en el coche que los esperaba en Puerta Cerrada y llegó en él hasta la calle de la Manzana, desde donde, despedido el carruaje, prosiguieron ambos su camino hasta el cuartel de Guardias. () 303. Preguntándole a el centinela <sup>915</sup> qué era lo que buscaba, respondió:

—Al oficial de guardia; tenga la bondad de decirle que le buscan de parte del teniente Retrueno (el acreedor de *el Erizo*).

() Al oír el anuncio de una visita de su acreedor, el mal aventurado cadete () dio la orden de que se dejase entrar al visitante () y, como la figura de Elisa vestida de hombre no correspondía muy exactamente, que digamos, a semejante tipo, sorprendiose *el Erizo*:()

304.—¡Fuera de aquí, mala pécora! ¡Para fiestas va la zorra y la seguían podencos! Vete por donde has venido o te hago reparar a navaja y te envío a la galera.

Lo cruel de la amenaza y más aún lo exótico para sus oídos del lenguaje, acrecentaron de tal modo el miedo de Elisa que, sin ser poderosa a evitarlo, cayó de hinojos a los pies de *el Erizo* y, abrazando sus rodillas entre lágrimas y sollozos, exclamó:

—Por lo que más ame usted en este mundo, le ruego que no me maltrate. () Es preciso que usted me escuche; vengo a ofrecer a usted cuanto dinero necesite.

() El jugador arruinado es la más supersticiosa de las criaturas: cree en la piedra filosofal, cree en las cábalas de la lotería y creerá que vuelan los elefantes si en eso no más estriba concebir siquiera la esperanza de rehacer su fortuna ():

305.—Veamos: pero cuenta con tratar de burlarse de mí, porque en tal caso, ¡voto al diablo! ¡Aunque seas la Virgen de Atocha!

—() Si yo le propusiera a usted un medio para no pagar la deuda, tener dinero y marcharse de Madrid, ¿lo aceptaría?

—¿Y mi empleo?

—¿No vale más ser teniente coronel de caballería que cadete de guardias?

—¡Ya comprendo, ya comprendo! En plata: me propone usted que me vaya a la facción.

—Viaje pagado, cincuenta onzas en el acto y un despacho de teniente coronel al llegar a Navarra.

—¿Y quién me responde de que éste no es un lazo que me tiende la policía?

—Mi propio interés. Si yo le pruebo a usted que me conviene, tanto o más que a usted mismo, que mi proyecto se realice, ¿podrá quedarle desconfianza alguna?

—En todo caso cincuenta onzas es poco.

306.— () Sean ciento.

—Corriente. ¿Cuándo he de irme?

—Esta noche.

() La corrupción de aquel hombre y lo crítico de las circunstancias en que se encontraba explican hasta cierto punto que con tal facilidad se resolviera a cometer el feo delito de la desertión al enemigo. () <sup>916</sup> Como jefe que era de la Guardia, con facilidad podía salir del cuartel, pretextando para evitar toda sospecha una ronda a la parte exterior y, por tanto, levantose con ánimo resuelto de seguir a Elisa en el instante. Ella, sin embargo, le detuvo, diciendo:

—Ya comprenderá usted que cuando le hago tales ofertas... () tengo que pedir a usted un favor. () En este cuartel y bajo su custodia de usted, por el momento, hay varios presos. () Yo quisiera la libertad () de todos. ()

Después de meditar algún tiempo () y decirse a sí mismo «Si no acepto soy hombre perdido, ¡Retrueno me ensarta como a una calandria! ¿Qué arriesgo con aceptar?», exclamó en voz alta: 307.

—Con tal que usted me asegure el cumplimiento de sus promesas, estoy pronto.

—Aquí está el despacho de teniente coronel —Contestó Elisa sacando un papel— y aquí cincuenta onzas de oro —añadió poniendo un bolsillo en manos de *el Erizo*—. Las cincuenta restantes las recibirá usted esta misma noche así que los presos estén en salva ()

#### CAPÍTULO IV. Primer golpe a don Ángel. Última aventura de Leoncio

() 308. Reunirse para siempre con Ribera era resolución firme, deseo ardiente y aun diremos que necesidad imperiosa para nuestra heroína. Solamente hasta el encuentro de don Ángel, atropellando por todo, habíase propuesto marchar por la línea recta, fuese o no la más segura y, desde que en su camino halló al malvado, sometiose a alargar la senda para no exponerse a interrumpir la marcha. ()

—Don Ángel, amiga mía, —Dijo a la hermana de Leoncio la baronesa— es un monstruo de iniquidad, con quien no vivirá usted tranquila ni un solo instante. () Porque si usted le devuelve las carteras queda desarmada y si las conserva le obliga a una guerra a muerte (). 309. Por otra parte, su seguridad personal de usted y la del mismo general Ribera exigen que no se abandone usted ciegamente al destino. Mi opinión es, por tanto, que antes de salir de Zaragoza advierta usted a las autoridades quién es el tal don Ángel y, hecho esto, pidamos una escolta para Francia y prosigamos nuestro camino a París y no a Bayona, como teníamos pensado; porque de esa manera, a costa de un breve retardo, deslumbraremos a todos y en su día se unirá usted al general con menos escándalo y más seguridad.

Las reflexiones de la baronesa eran concluyentes o, por lo menos, tales parecieron a Laura y a Manuela. En consecuencia, escribió la duquesa un billete al gobernador civil de la provincia, quien, cortésmente, acudió a la posada a oír de los labios de Laura una relación en compendio de las maldades de don Ángel que dejó atónito al buen magistrado. () Prometió dar cuenta de todo al Gobierno Supremo y prestose a facilitar la escolta que se le pedía. Salieron, pues, el día primero de abril de Zaragoza nuestras viajeras, escribiendo antes cuanto ocurría a Ribera, que estaba ya en el ejército del norte mandando una brigada de operaciones. En París encontraron carta de don Luis aprobando en todas sus partes el plan de la baronesa y añadiendo que juzgaba preferible la residencia de Laura en Francia, puesto que, aun cuando el teatro de la guerra se trasladase, sería imposible vivir reunidos a causa del continuo movimiento en que estaban las tropas. No pareció muy bien a la duquesa semejante proposición. () Quiso, ya que al lado de Ribera no le era posible estar, trasladarse a las inmediaciones del sitio en que aquél se hallaba y, en efecto, fijó en Bayona su residencia.

Entretanto, Leoncio, mal visto en la corte, abandonado por su hermana y despreciado por la marquesa misma de Sotoverde, andaba errante por Andalucía, sin saber qué hacerse de su persona y riquezas. Llegado ya a la edad en que el hombre debe vivir para los negocios graves o para el retiro filosófico y careciendo a un tiempo de altos pensamientos y de instrucción sólida, era incapaz así de serias ocupaciones como de inocentes goces. Un solo recurso le quedaba: el de los vicios que el dinero compra; y a este funesto expediente acudió para combatir el tedio que le abrumaba.

Depuestos los uniformes y las condecoraciones, el cortesano de cerca de cincuenta años quiso trocarse en majo andaluz, vistiendo el calzón de estezado <sup>917</sup>, la bota bordada de Sevilla, el chupetín <sup>918</sup> de seda, la chaqueta con caireles, el ceñidor rojo, el calañés inevitable. 310. Siempre a caballo de cortijo, ora en compañía de los toreros, ora en broma con sus propios aperadores, ya gustando el blanco manzanilla, ya el jerez amontillado; acompañando a la feria a la maja de un salteador o batiendo las palmas en un baile de gitanos, Leoncio de Montefiorito, duque de Valleignoto, coronel, gentilhombre y opulento propietario, se complacía exclusivamente en la sociedad de gente grosera, cuyos vicios mismos exageraba, dándole no poco que reír con sus extravagancias y ridiculeces.

¡Cuántos y cuantos, ay, han hecho y hacen otro tanto, malogrando los medios que la fortuna les concedió para mejorar la condición del pueblo! Porque no es ser amigo del pueblo, no es ser partidario de las doctrinas liberales, olvidar un hombre lo que se debe a sí mismo, hacerse grosero el bien criado, soez el culto e ignorante el instruido. No; eso es, por el contrario, ser un seductor criminal, contribuyendo al embrutecimiento y degradación de los infelices que, nacidos en la miseria, buscan en la embriaguez de una brutal y continua orgía el único medio que la suerte les ofrece para olvidar sus males. Lo que cumple al rico es proporcionar recursos al desvalido para que, con moderado trabajo, pueda ganar el sustento propio y el de su familia; abrir escuelas donde los hijos del pobre aprendan, sin dispendio de sus padres, los elementos de toda educación; dar algo siquiera de lo superfluo al enfermo y al impedido y ser, con su moderación y con su regular conducta, ejemplo en que aprendan todos a vivir cuerdamente. El que tal haga será amigo del pueblo, será liberal, será benemérito de la patria; los que se envilecen para igualarse a aquellos que por su desgracia nacieron sin medios de civilizarse son entes despreciables y no otra cosa. ()

Como quiera que sea, Leoncio se creía, en la época que aludimos, 311. más dichoso que en ninguna otra de su vida. () Hasta entonces se había encontrado siempre inferior a las personas con quienes vivía. () Lo que sobre todo lisonjaba su amor propio era la facilidad con que podía acometer y, en general, llevar a cabo sus continuas amorosas empresas. () No dejaban, empero, de tener sus quiebras tales victorias; porque no siempre los maridos, los amantes o los padres y hermanos eran ciegos, ni entre los que veían se mostraban todos pacíficamente tolerantes. Pero, unas veces retirándose a tiempo y otras acudiendo al expediente de Júpiter con Dánae, es decir, a la lluvia de oro <sup>919</sup>, cuando no valiéndose del auxilio de cierto baratero, contrabandista y ladrón cuando ocurría, logró Leoncio por algún tiempo evitar las consecuencias de sus desmanes.

Digamos, antes de pasar adelante, quién era el auxiliar de Montefiorito que últimamente hemos mencionado. Llamábanle en su tierra Manolito *Malaspulgas*, porque desde chico usaba de la navaja en sus disputas con preferencia a todo género de argumentos. Había hecho y aún hacía, de tiempo en tiempo, el contrabando, y susurrábase que en más de una ocasión también cabalgaba a las órdenes de José María <sup>920</sup>

y Juan Caballero <sup>921</sup>; fue íntimo amigo de su tocayo Manolito el de la Torre, compañero de los anteriores (). Manolito salió siempre de poder de los tribunales indemne y blanco como una paloma. Sin oficio ni beneficio, vivía a sus anchas, manteniendo caballo, vistiendo con lujo, «sin deberle un real naide», como él decía y, a mayor abundamiento, su querida, una real moza, cifra y compendio de la sal andaluza, era célebre en veinte leguas a la redonda por la elegancia de sus trajes y el número y la riqueza de sus joyas. *La Flor de la Sierra*, que así la llamaban, era una morena de ojos negros y expresiva fisonomía, con un talle flexible y esbelto como el tronco de una palma, un pie invisible y una voz de sirena. ()

312. Manolito, sin embargo, era celoso y, pronto como lo estaba a conspirar contra la honra de todo marido, padre o hermano y aun a inmolar sin misericordia al que su afrenta evitar quisiera, antes hubiera consentido en ser hombre de bien que en que nadie tocara ni la punta de un cabello de *la Flor de la Sierra*. Así, ocultó cuidadosamente su tesoro a los antojadizos ojos de Leoncio y aún, para mayor seguridad, siempre que el duque iba al lugar, obligaba a su querida a trasladarse a otro punto.

No nos atrevemos a censurar la conducta de *Malaspulgas* () guardar cada uno lo suyo, derecho es que ningún jurista pone en duda. Pero las hijas de Eva son unos animalejos de tan desconocida índole que el más diestro suele ser quien con ellas se lleva más solemne petardo. *La Flor de la Sierra* tenía amigas, ¿qué mujer no tiene amigas? Ésas conocían a Leoncio, muchas íntimamente; las más le hablaban de sus regalos y las otras se los enseñaban. Ésta decía que era un señor muy llano, la otra que muy generoso; ya se ponderaba su lenguaje, ya sus maneras y siempre su buen genio. ¡Leoncio no pegaba palizas! En cambio Manolito, ya casi marido, le menudeaba, pretendiendo, además, poner tasa en la insaciable codicia de *Flor de la Sierra* por trapos y por dijes. ¿Y por qué la había de impedir que conociese al hombre a quien él siempre acompañaba? ¿No era tiranía privarla de ir a Granada, sólo porque allí habitaba de ordinario S.E. y obligarla a internarse en la sierra, así que S.E. salía al campo? De esa manera raciocinaban las amigas (¡Oh, delicias de amigas!) y *Flor de la Sierra* pensaba que tenían razón.

En tal estado de cosas, Manolito () quiso hacer un viaje a la plaza (Gibraltar) con objeto de ganar algunos duros. *Flor de la Sierra* debía acompañarle pero, en el instante mismo de emprender la marcha, se puso enferma <sup>922</sup> de un cólico y, como la expedición no podía diferirse, () forzosamente le fue partir sin ella. Hízolo, pues, pero recomendándole mucho recogimiento (). *Flor de la Sierra* juró por la salvación de su alma que no iría a la ciudad, llorando amargamente la ofensa que su amante la hacía suponiéndola capaz de faltarle *ni con el pensamiento* (). 313.

No quisiéramos ofender al bello sexo, al cual profesamos la más respetuosa admiración; pero hay un proverbio italiano que dice: “Qui <sup>923</sup> t’acarezza <sup>924</sup> piu que suole / O te l’a fata o fartela vuole <sup>925</sup>; y ese proverbio, según algunos autores, es generalmente aplicable al género femenino.



Pero prosigamos nuestro relato, que es lo que en realidad nos importa, dejando al lector la tarea enojosa de deducir la moral del caso presente.

Por de contado, aún no estaría Manolito fuera del pueblo cuando, como por encanto, se restableció la doliente y, media hora después, departía, reservada y afanosamente, con una su amiga (). Conviene advertir que la Juanilla (así se llamaba la amiga) había sido durante una semana sultana favorita de Leoncio, quien la dejó por no recordamos qué mozuela granadina pero, avezada a tales percances, porque ya Manolillo, tiempo atrás, la había plantado por *Flor de la Sierra*, resignose, al menos aparentemente, con su suerte y, lejos de quejarse del inconstante, favorecíale ella misma en sus aventuras. ()

¡No sé de dónde diablo hemos sacado los hombres que las mujeres son cobardes! Ninguno de nosotros, por valiente que sea, es capaz de exponerse, indefenso y gratuitamente, como ellas lo hacen todos los días, a incurrir en el odio y furor de otro, sólo por satisfacer un instinto de coquetería o, cuando más, algún capricho del momento. Mujer hay que, siendo casta, quiere y consigue pasar por frágil a los ojos de su marido o de su amante, sin más razón que haberle faltado éste o el otro en cualquier niñería, y lo hace sabiendo que se expone, acaso, a la muerte y, seguramente, al descrédito. Si eso no es valor y aun temeridad, confieso que no entiendo de achaque de valentías. 314.

Pero, volviendo al asunto, aquel día, ya de noche, llegaba Leoncio solo y a caballo a su quinta y entraba en ella por la puerta falsa, sin que nadie más que su mayordomo le viese.

A poco, Juanilla y *Flor de la Sierra* entraron, también por la puerta falsa y conducidas por el mayordomo, en la quinta del duque. Para averiguar lo que allá los tres tratan hemos hecho exquisitas pero inútiles diligencias; el lector, pues, habrá de contentarse con que le digamos lo poco que nosotros sabemos en la materia. () Al amanecer regresó el duque a Granada. () *Flor de la Sierra*, en compañía de Juanilla, dejó también la aldea pocas horas después, despidiéndose de sus vecinos para cierto lugar distante doce o catorce leguas, donde habitaba una tía suya. () Al mismo tiempo que las dos muchachas, salió del lugar un hermano de Juanilla, bien montado, en busca de Manolito () y puso en manos de *Malaspulgas* un papel (Juanilla, hija de un maestro de escuela, sabía escribir), que decía: 315. «La *Flor de la Sierra* está en Granada: es querida del duque y vive...(aquí las señas detalladas de cierta casa en barrio excusado)». ()

Mientras, establecíanse en Granada Juanilla y la *Flor de la Sierra* en una casita preparada al efecto por Leoncio. () Al amanecer del cuarto día, contando desde aquel que dejó *Malaspulgas* su lugar, salía de cierta casa, en uno de los barrios más solitarios de Granada, un hombre embozado hasta las cejas en su capa parda, que, tranquilamente, cerró la puerta con llave, metiéndosela en el bolsillo. () Era ya más del mediodía y las ventanas, así como las puertas de la casa de donde aquel hombre había salido, permanecían cerradas, con asombro de los vecinos del barrio. () 316. Sin embargo, como las personas de la calle de que se trata habitaban de pocos días a aquella

parte, habían desde el primer día vivido con recato misterioso, no asomándose nunca a la ventana, ni saliendo de todas ellas a la calle más que un mozo forastero, al parecer gallego, y una vieja silenciosa, atribuyose durante muchas horas a extravagancia. () Aconteció, pues, lo que siempre en casos análogos: fue la curiosidad contagiosa y, en torno de las cinco o seis personas agrupadas, fueron agregándose mujeres, niños, adultos y ancianos. () Un tendero de comestibles () envió con silencio uno de sus mancebos a dar parte de lo que pasaba al alcalde del barrio y, en consecuencia, presentose en escena aquella autoridad acompañada de un escribano y por una patrulla de infantería sostenida.

Después de haber llamado con fuerza a la puerta de la calle durante razonable espacio de tiempo sin obtener respuesta ninguna, dispuso el alcalde que se forzase la entrada. Acudió un cerrajero, hizo saltar la cerradura y, precediendo dos soldados, con bayoneta armada, entraron en la casa el mismo alcalde, el escribano y tres vecinos que la autoridad eligió por testigos. Todo era silencio (). Viose al mozo gallego y a la vieja silenciosa atados espalda con espalda, pie con pie y mano con mano y el uno y el otro tapadas las bocas con las sábanas de la cama. () Llegaron a un retirado gabinete entapizado de sedas y en cuyo fondo figuraba en primer término una cama nupcial, rica y elegantemente colgada. () 317. El alcalde por la derecha y el escribano por la izquierda se acercaron a un tiempo a la cama y, simultáneamente, corrieron las cortinas no sin estremecimiento involuntario, mas, apenas hubieron fijado la vista en lo interior de aquel lecho, cuando ambos retrocedieron perdida la color y lanzando un grito de espanto. () El cadáver de *Flor de la Sierra*, sobre el pecho cosido a puñaladas, tenía entre las manos la cabeza de Leoncio de Montefiorito, cuyo tronco inerte se desangraba aún a su lado.

Manolito *Malaspulgas* se había vengado; Juanilla yacía, también muerta a puñaladas, debajo de la cama.

## CAPÍTULO V. Honras del duque de Valleignoto

Inescrutables son los hondos designios de la Providencia: su justicia procede por métodos vanos y con frecuencia incomprensibles para la limitada capacidad del hombre y, así, el premio de las buenas acciones, como el castigo de las malas, con frecuencia se esconden a nuestra escasa penetración. Cada cual obtiene su merecido, solamente que el siglo olvidadizo, ignorante o descuidado, presencia con distracción y deja, por tanto, de comprender las más veces la ejecución solemne de la justicia de Dios. Así fue con el trágico desventurado fin del bastardo de Valleignoto.

Al esparcirse la noticia del crimen, Granada se estremeció horrorizada (). 320. La espontánea confesión del delincuente, confirmada en todas sus partes por los testimonios del hermano de Juanilla que le llevó el fatal billete, del gallego y de la vieja, establecieron luego prueba plenisíma del delito, cuyas circunstancias y pormenores referiremos compendiosamente.

Recibido el billete de Juanilla, Manolito, por no llamar la atención de sus compañeros, concluyó con ellos la pendiente jornada mas, pretextando un negocio urgente, dejolos por la noche y solo regresó al lugar de su residencia ordinaria, dudando aún de que *Flor de la Sierra* le hubiese abandonado. Desdichadamente, no sólo halló su casa desierta, sino vacío guardarropa y joyeros. Así, era indudable que la infiel se había marchado con ánimo de no volver nunca. Ya desde entonces no tuvo más pensamiento que el de la venganza. En consecuencia, se trasladó a Granada y comenzó a rondar la casa cuyas señas contenía el billete. () Juanilla, que conocía demasiado bien a Manolito, le esperaba (). Manolito comprendió desde luego que el objeto de Juanilla al avisarle había sido, simplemente, el de vengarse de la superioridad de su rival, mas, ansioso, no obstante, de apurar la verdad de todo aque- 321. llo, logró, a fuerza de caricias y de promesas para lo futuro, que la falsa amiga le introdujese la noche siguiente en la casa ocultándole en su propia habitación. () A las once acudió Leoncio, como siempre, a cenar con las dos mujeres. Manolito estaba encerrado bajo llave por Juanilla. Poco después de media noche acudió aquélla a darle libertad. El bandido, que ya le esperaba con el puñal en la mano, le impuso silencio mandándole que le condujese al cuarto de la criada. () Después de atada (), pasaron Juanilla y Manolito al dormitorio del gallego, que tuvo la misma suerte. () Pasaron los cómplices al dormitorio de *Flor de la Sierra*. () Juanilla, con las sábanas mismas, tapaba la boca de la *Flor de la Sierra* mientras Manolito, con tino infernal, de una sola puñalada en el corazón terminaba la existencia de Leoncio, diciéndole en seguida a su cómplice:

—Déjala, Juanilla, déjala que vea a su amante y que lllore si quiere.

La bella delincuente, incorporándose en la cama, replicó serena:

—Sé que voy a morir, Manolito. Lo merezco (). Pero antes de morir quiero que sepas que esta mujer (señalando a Manolita) es la que me ha perdido.

Y en seguida, después de contar en breves palabras al bandido lo que ya el lector sabe de Juanilla, dejose caer sobre el lecho, esperando con resignación la muerte. Manolito se arrojó sobre ella cosiéndole el pecho, como ya se dijo, a puñaladas; y luego, por un refinamiento de crueldad propia de la sangre árabe que acaso corría en sus venas, degolló a Leoncio y púsole a *Flor de la Sierra* la cabeza entre las manos.

Durante la espantosa escena, petrificada Juanilla en un rincón de la estancia, quería y no acertaba a huir (). Asiola el criminal entre sus brazos y, obligándola a fijar la vista en el ensangrentado lecho, exclamó con voz horrenda: 322.

—Mira, malvada. ()

—¡Perdón! ¡Perdón! —Murmuraba Juanilla, pero, antes de que completase la frase, ya su cuerpo y su rostro estaban cubiertos de heridas que el bandido, en su furor inmenso, descargaba sin tino.

Agonizante aún, arrojala debajo de la cama (). Tal fue, en sustancia, el contenido de las declaraciones del delincuente. () Al notificarle la sentencia, dijo:

—Es justo, ¡merezco la muerte! Pero a mí me dan tiempo para arrepentirme y yo no se lo di a la pobre *Flor de la Sierra*.

En la capilla estuvo entero y contrito, en el suplicio valeroso sin jactancia. Aquel hombre, con mejor educación, hubiera podido ser un buen soldado. () Quizá somos demasiado insistentes en la materia, pero no nos es posible evitarlo: () Con ignorancia y con miseria es preciso ser un santo para no acabar en criminal y, de cada cien hombres, noventa y cinco por lo menos son indigentes o incultos. () 323.

Leoncio bajó al sepulcro cargado con el peso de sus propias culpas. () No obstante, se le hicieron magníficos funerales: don Justo, avisado por el ayuda de cámara del difunto duque, a pesar de su edad avanzada acudió en posta a Granada y dispuso las cosas regamente.

Bajo la magnífica media naranja del templo catedral se llevó un suntuoso, bien decorado mausoleo. () Presidieron el duelo el capitán general y un grande gentilhomme, convidose a las autoridades y tribunales, clero y nobleza, y ofició el arzobispo, asistido por el cabildo y capilla metropolitana. () Y para que no le faltase requisito alguno, quiso el procurador que se predicara un sermón de honras a la memoria de su difunto principal que fuese digno de la ocasión y circunstancias. Consultó, pues, con personas entendidas y todas, de común acuerdo, le aconsejaron se dirigiese a cierto religioso de la orden de San Francisco, de pocos meses llegado a aquella ciudad ().

Era el tal religioso un anciano de venerable aspecto y luenga barba cuyo origen se ignoraba absolutamente. () 324. Los lectores habrán reconocido, sin necesidad de que se lo revelemos nosotros, al patriarca del valle. () ¡Cuán lejos estaba el procurador de imaginar siquiera que iba a proponerle al tronco y origen de la raza de los Valleignotos que hiciera el elogio de su postrero e ilegítimo vástago! Simón () no pudo evitar, oyendo de boca del procurador la relación de su trágico fin, que la naturaleza hiciese su oficio. Sobresaltósele, pues, el corazón (). Convino, sin embargo, en lo que se le proponía. () 325.

En vano trataríamos de dar cuenta a los lectores de aquella predicación. () Dejándose llevar del pensamiento que le dominaba, describió con vivos colores la vida afeminada, muelle y viciosa de Leoncio de Montefiorito, presentó de relieve el contraste entre los medios que el Creador puso a su disposición y el mal uso que de ellos hizo el finado y, contrayéndose a las circunstancias del momento, afeó con vehemencia la seducción de *Flor de la Sierra*, concluyendo que sobre la cabeza del duque debían caer la sangre de aquella desdichada, la de Juanilla y el crimen del bandido. Por último, manifestando que, a pesar de tantas y tales iniquidades como sobre Leoncio pasaban <sup>926</sup>, todavía, siendo infinita la misericordia del Señor, podría esperarse cristianamente la salvación de su alma pecadora, bajó del púlpito. ()

El vulgo oyó con satisfacción y contentamiento la enérgica censura de los vicios de los poderosos; la clase media, aun conviniendo en lo justo del anatema, deploraba el innecesario escándalo y la aristocracia, ofendida por la libertad del predicador, apenas pudo contener la expresión de su cólera durante el resto del oficio divino. () Pero don Justo () <sup>326</sup>. no cabía en sí de ira (). En consecuencia, la tarde misma del día en que por la mañana se celebraron las honras del duque, acudió nuestro procurador al metropolitano, como representante y apoderado de la familia de Valleignoto, solicitando una reparación pública y, además, el castigo del culpable. () Simón se obstinaba, aun fuera de su valle, en no distinguir los tiempos ni tomar en cuenta las circunstancias (). Llamole el prelado y, con blandas palabras, le aconsejó que diese satisfacción (). Imposible (). Su conciencia le prohibía prestarse a capitular con mundanas exigencias. Por lo demás, hallábase pronto a sufrir resignado las consecuencias de su proceder. () El metropolitano () adoptó un término medio, si no enteramente justo, conciliador por lo menos, renunciando a exigir del patriarca que se retractase y mandándole salir en el acto de Granada, con destino al convento de San Francisco el Grande de la corte y la prohibición de predicar hasta nueva orden. ()

El principio de su emigración fue una especie de triunfo: lágrimas y sollozos, bendiciones y tiernos adioses. ()

—Señor —Le dijo Pablo cuando se vieron solos en el camino—. Aquí nos despiden con palmas. ¿Cómo nos recibirán en la corte?

—Pablo —Replicó Simón sonriéndose melancólicamente— quizá allí nos esperan también palmas, y menos percederas.

### 327. CAPÍTULO VI. Don Ángel y el barón con Zumalacárregui.

#### Desenlace de la aventura del cuartel de Guardias

Meses antes de los trágicos acontecimientos que han dado materia a los anteriores capítulos, don Ángel y el barón de Peñahonda, atravesando la Francia por su frontera meridional para pasar en Irún el Bidasoa, entraron en las provincias vascongadas y fueron a presentarse al cuartel general de Zumalacárregui, caudillo entonces de la facción carlista <sup>927</sup>. El pretendiente se hallaba aún a la sazón en Portugal <sup>928</sup>, obstinado en que su pariente, el usurpador don Miguel <sup>929</sup>, había de darle tropas con que conquistar a España. ¡Tropas don Miguel, cuyo poder no bastaba para desalojar de Oporto a don Pedro, su hermano, que con un puñado de valerosos aventureros ocupaba aquella plaza!

Verdad es que, según las ideas del iluso don Carlos, doce mil hombres le bastaban a él para penetrar en España, cuyos habitantes se apresurarían a tomar las armas en su defensa apenas tuviesen noticias de su presencia en el reino. Destronada fácilmente la hija de Fernando VII, podrían regresar en breve los portugueses auxiliares a su patria y, reforzados con un ejército de realistas españoles, expulsar del territorio lusitano al ex emperador del Brasil. Don Miguel, sin embargo, cerrando los oídos a proposición, según los carlistas, tan ventajosa, empeñose en guardar para sí sus soldados y limitó sus esfuerzos en favor del príncipe, su huésped, en apadrinarle en sus maquinaciones y hacer fervientes votos para que triunfase <sup>930</sup>.

Entretanto, Zumalacárregui, con actividad indecible y severidad nunca desmentida, organizaba en batallones a los voluntarios vasco-navarros y, supliendo con el continuo movimiento la escasez de sus fuerzas, acosaba incesantemente a las tropas de la reina, bien que con el cuidado de evitar acciones generales, porque la experiencia de una o dos <sup>931</sup> en que se aventuró, le hizo conocer que, en tratándose de maniobrar en campo abierto, sería constantemente derrotado.

Nuestro propósito no es entrar en pormenores sobre la guerra civil, materia de suyo delicada y que quizá algún día tratemos especialmente; mas, para la inteligencia de algunos sucesos de los que por referir nos quedan, conviene decir siquiera dos palabras sobre el estado y situación del bando carlista: Desde el primer día del alzamiento, hubo dos facciones entre los partidarios del pretendiente, distintas en su origen, índole y tendencias. Componíase la más numerosa de los naturales del país, afectos <sup>328</sup>. a sus fueros, enemigos de novedades políticas, porque estaban bien avenidos con las instituciones heredadas de sus mayores y que, al tomar las armas, sin dejar de hacerlo por don Carlos mismo, en realidad se proponían pelear por la independencia de su tierra y la integridad de sus leyes <sup>932</sup>. A los ojos de aquellos hombres, las tropas de la reina eran sus enemigas, no tanto porque rechazaban a don Carlos cuanto porque, no siendo vascongadas, habían de combatir los fueros y, en resumen, el espíritu de provincialismo exaltado, más bien que la opinión política, era el móvil a que obedecían. La segunda

facción, compuesta de todos los que por sentimiento, creencias, necesidad o persecuciones, se declararon por el pretendiente era, por el contrario, exclusivamente política y había acudido a las provincias vascongadas considerándolas no como su centro y objeto, sino como el primer campamento de su partido. Soñaban éstos conquistas y expediciones, mientras que aquéllos cantaban victoria siempre que impedían al ejército cristino la entrada en sus montañas o le diezmaban al paso de algún desfiladero <sup>933</sup>. No ambicionaba el voluntario más que dominar del Ebro al Pirineo y «el ojalatero» (así llamaban los carlistas vasco-navarros a los procedentes de otras provincias) no comprendía cómo no se marchaba directamente sobre la corte.

De tan diversas posiciones, miras e intereses, resultó una contradicción casi perpetua entre ambas fracciones, ya notable y perjudicial en los principios, la cual, germinando, desarrollándose y creciendo con el transcurso del tiempo y las torpezas de don Carlos, acabó por causar la completa ruina del partido mismo. Más aún: los realistas llevaron a los campos de Navarra sus rencillas de corte, el partido apostólico se creía con derecho a la dirección suprema y absoluta de los negocios, mientras el moderado, en cuyas filas se contaba a los generales más notables, pretendía también para sí la supremacía. Añádanse a tales elementos la rivalidad natural entre los militares de profesión y los que la guerra civil improvisaba, y se comprenderá cuántos orígenes de ruina y desmoronamiento encerraba en su seno el bando carlista.

Zumalacárregui, no obstante, supo, ya que no extirpar el germen de la discordia, dominar a todas las fracciones durante su vida. Ante aquel carácter inflexible plegábanse las ambiciones todas; su voluntad enérgica era un yugo a que no acertaban a resistirse los más díscolos y la severidad cruel de sus providencias supo imponer silencio a los más audaces. No pretendemos decir con eso que la murmuración le respetara, ni que la intriga dejase de minar sordamente su reputación; creemos, por el contrario, que, si la muerte no le atajase la carrera, el pretendiente hubiera pagado sus altos servicios con ingratitud insigne; creemos y sabemos que los cortesanos de Oñate <sup>934</sup> osaban blasfemar de aquel hombre que era el único apoyo firme de la causa de su amo pero, en fin, se le temía y la tempestad de la discordia no llegó a tronar en sus días. 329.

La guerra, en la época a que nos referimos, era una carnicería horrorosa: a nadie se daba cuartel. Los simples soldados mismos, una vez prisioneros, tenían que optar entre la traición o la muerte y Zumalacárregui, inflexiblemente lógico en su sistema, así ordenaba fusilar a un solo hombre como a doscientos en un mismo instante <sup>935</sup>. Reinaba, pues, el espanto en las provincias vascongadas y Navarra: cristinos y carlistas se consideraban consagrados todos a la muerte. Nadie dejaba un instante las armas de la mano: si a la luz del sol se combatía con un enemigo descubierto, durante las tinieblas de la noche hasta el lecho mismo llegaban las balas por invisible mano disparadas. El lugar hoy fortificado era mañana presa de las llamas, el joven robusto y lozano al amanecer, antes de la noche yacía cadáver; desaparecían las familias enteras como por encanto y surgían batallones de cada peña. Los instrumentos bélicos reso-

naban de continuo en el ámbito del territorio vasco navarro y a sus armígeros acentos mezclábanse, sin interrupción, el llanto de la viuda, los alaridos del huérfano, las quejas del anciano, los suspiros del mancebo al apartarse de su amada.

¡Singular guerra, extraño carácter el de aquel país excepcional en todo! En medio del sangriento conflicto, ni la tierra se quedó erial, ni conservamos memoria de que se cometiera un solo asesinato alevo so. Los voluntarios carlistas obtenían todos sucesivamente licencia para pasar en sus casas algunos días, y éstos los empleaban en labrar sus heredades o recoger la cosecha cuando madura. En el campo, ellos y los cristinos luchaban encarnizadamente y el prisionero podía contar con la muerte; mas al alojado se le consideraba como huésped del hogar doméstico, no sólo respetándole, sino en general hasta agasajándole la mujer, o la hija, o los padres del carlista más fanático. ()

Al contemplar tan sombrío, singular espectáculo (), nuestro don Ángel, como observador profundo que era, no pudo menos de exclamar, dirigiéndose a Peñahonda:

—¡En Madrid se hacen extrañas ilusiones! Esta guerra puede durar otros siete siglos, como la lucha contra los moros. () 330.

Alcanzaron nuestros dos viajeros a Zumalacárregui en el pueblo y valle de Zúñiga, no distante del Puente de Arquijas, famoso por la sangre que sobre pasarlo se ha derramado en más de una ocasión <sup>936</sup>.

El caudillo navarro, con su penetrante oblicua mirada, hizo conmovirse hasta el fondo del alma al miserable general cortesano; don Ángel permaneció impasible bajo la coraza de su aparente insignificancia. Peñahonda, cortesano de raza, general en virtud de los méritos de N. S. Jesucristo, sin duda, porque personales no los tenía, y conocido por su carácter servil tanto como por sus adulaciones al difunto monarca, no tuvo necesidad de esforzarse mucho para que se le creyera en desgracia con la nueva corte, pero Zumalacárregui, que lo que había menester eran soldados y no gente palaciega, después de oírle con signos de visible impaciencia, dijo:

—Todo eso está bueno, general; pero usted, ¿a qué viene?

—A servir al rey N.S. —Contestó Peñahonda—, a ofrecerle mi persona.

—Y su espada de usted, supongo.

—Ciertamente, mi espada está pronta y si se me emplea en mi graduación...

—Dejémonos de graduaciones, señor barón: las divisiones del ejército real tienen ya sus jefes naturales y ni los navarros ni los vascongados se dejarán mandar por ningún castellano.

—En ese caso, mi general, ya usted ve...

—No se quedará usted ocioso por eso: el rey necesita defensores y no es cosa de desairar a los de buena voluntad, nada de eso. En el batallón de guías ya hay una porción de jefes y oficiales sirviendo de voluntarios. Usted será uno más.

Zumalacárregui, en efecto, viéndose acosado por una multitud de oficiales y empleados de todas categorías que acudían a su cuartel general y no pudiendo colo-



car a unos por falta de hueco, a otros por incapaces, discurrió el ingenioso arbitrio de enviarlos al batallón de guías, cuerpo de preferencia para los peligros, del cual diremos solamente que hubo año en que, por muerte en el campo de batalla, se renovó casi completamente su oficialidad.

Ahora el lector, que ya conoce los puntos que el barón calzaba en cuanto a valentía, comprenderá la triste figura que hizo al oír la resolución del caudillo de las fuerzas navarras. Don Ángel, más diestro que él, supo libertarse de tan duro destino presentándose simplemente como lo que era, es decir, en calidad de espía doble. Zumalacárregui, para quien era de suma importancia estar al corriente de los designios del Gobierno en Madrid, le acogió en consecuencia benévolamente, y tanto, que por su intercesión desistió de enviar al acongojado Peñahonda al batallón de guías o, lo que es lo mismo, hablando en términos vulgares, al matadero. Resultó, pues, que al barón se le permitiese seguir agregado al cuartel general y a don Ángel se le diera un salvoconducto para que, según le conviniese, pasara del campo carlista al territorio cristino y al contrario. Semejante posición le ofrecía la ventaja inmensa de tener siempre un bando en que refugiarse, dado que en el otro el aconteciera algún percance.

Dejémosle por ahora gozar de los regalados frutos de su perfidia y volvamos un instante la vista a los presos del cuartel de Guardias.

Muy lejos de imaginar lo que en su favor se tramaba, sintieron a deshora pasos en los corredores y, a poco, el poeta vio entrar en su prisión tres personas que la escasa luz de una linterna sorda no le dejó distinguir por el pronto. Eran *el Erizo*, Elisa y el llavero, a quien el jefe de la Guardia le había mandado abrir el calabozo sin darle más razón que su voluntad.

—Arriba y vístase usted pronto.

—¿A estas horas? —Preguntó, sorprendido y un poco alarmado, el joven <sup>937</sup>. Elisa, que hasta entonces había permanecido oculta en la sombra de la linterna, acercose:

—Vístete y calla.

Al oír el eco de aquella voz, vistiose con rapidez sin proferir un solo acento hasta que, ya vestido, dijo:

—Estoy pronto.

En el instante, alargole Elisa un par de pistolas que debajo de la capa llevaba ocultas, diciéndole:

—Al carcelero.

Eduardo, ligero como un corzo, saltaba sobre el carcelero poniéndole delante de los ojos las bocas de entrambas pistolas y amenazándole de muerte instantánea si por su desdicha profería un “ay” siquiera.

—Las llaves —Dijo Elisa a Eduardo. — Átalo.

En resumen, al carcelero, después de atado, le taparon la boca con las sábanas de la cama () y, dejándole así bajo llave, encamináronse *el Erizo*, Elisa y Eduardo a los demás calabozos, sacando de ellos sucesivamente a Mendoza, Villaparda y su padrino. Quedaba, empero, por hacer lo más difícil del negocio porque, para que los presos estuviesen en completa libertad, era forzoso que salvaran primero el centinela y piquete de las prisiones y después el de la puerta del cuartel mismo. () 333.

—¿Cuántos hombres hay en el piquete que nos custodia? —Preguntó, a poco, Mendoza.

—Seis —Contestó el cadete.

—() Pues bien —Prosiguió el mismo Mendoza—, me parece que podemos salvarnos. () 334. Es preciso jugar el todo por el todo. () El señor, (el cadete de Guardias) sale delante y entabla conversación con el centinela bajo cualquier pretexto, colocándolo de espaldas a la puerta. Yo, envuelto en el capotón del llavero, calado su gorro, con la linterna en una mano y una de las pistolas de Eduardo en la otra, sigo inmediatamente. Y así que veo de espaldas al centinela, me arrojo sobre él por detrás, al mismo tiempo que su jefe, de quien el guardia no puede tener desconfianza, lo hace por delante y le tapa la boca. Si, como es probable y en todo caso podemos verlo, el resto de la guardia está durmiendo, el negocio se ha concluido: despojamos al centinela de sus armas y uniforme; entramos en el cuerpo de guardia, sorprendemos a los que en él se encuentren y también los despojamos de armas y vestidos. Una vez en tal estado, el señor (*el Erizo*) nos precede a la puerta principal y previene al centinela deje franca la salida a una partida del cuerpo que, por orden reservada del capitán, manda a reforzar la guardia de palacio. () Peor que estamos no nos pondremos. Si somos descubiertos, muramos, a lo menos, peleando.

—Sí, —Exclamó Eduardo entusiasmado:

Que menos malo y doloroso menos  
es de una vez el fenecer la vida  
que ser esclavos y existir sufriendo <sup>938</sup>. () 335.

Pasada una hora después de media noche, estaban en la calle el cadete, Elisa, Eduardo, Mendoza, Villaparda y su padrino. () Los cuatro presos antes de separarse estrecháronse unos a otros tiernamente: nada une más a los hombres que una desgracia común. () Apartáronse los carlistas con Perico por un camino y los liberales, siguiendo a Elisa, marcharon en dirección opuesta. Gracias a la previsión de Fr. Crisóstomo, en breve estuvieron fuera de Madrid los primeros y () llegaron sin tropiezo a las provincias vascongadas, incorporándose en el acto en el ejército mandado por Zumalacárregui. 336. Por lo que respecta a Mendoza y Eduardo, por aquella noche llevolos Elisa a su casa pero, a la siguiente, el capitán se trasladó a la de un amigo y camarada suyo, con cuya amistad podía contar en todo evento. ()

Se hicieron activas gestiones para averiguar el paradero de los prófugos, mas todas inútiles.

## CAPÍTULO VII. El club. Segundo golpe a don Ángel

El misterio ha ejercido y ejerce sobre los hombres singular y poderosa influencia. Pocas cosas nos parecen grandes así que las comprendemos, menos pequeñas mientras ignoramos su índole y causas. Aterra, al ignorante, el pavoroso lejano bramido del trueno, porque oye en él la expresión de la inmensa cólera del Altísimo y el naturalista, que conoce las causas de aquel fenómeno o el químico, que en su laboratorio alcanza a producirlo, se burlan de él al abrigo de un pararrayos o envueltos en una ropa de seda (). Y nuestra observación, cierta en el orden físico, lo es aún mucho más en el moral. La ciencia y la religión (aparte la revelada) se confunden en la infancia de los pueblos. Los que algo saben se imponen entonces a las masas y, explotando su credulidad ignorante, las dirigen como a sus fines conviene. (). 337. En la Edad Media, por una parte las hechicerías, la alquimia por otra, imponen a Europa sus absurdos misterios y en siglos más recientes la francmasonería, que, en nuestra opinión, debe a los alquimistas su origen y gran parte de su liturgia, se extiende por el orbe civilizado y contribuye eficazmente a preparar en él, por medio del misterio también, el cambio social y político que aún nos trabaja y fatiga. Así pues, las sociedades secretas no son una invención moderna, ni mucho menos una consecuencia del Liberalismo, como algunos pretenden. De ellas se han valido, sin duda, los liberales () pero no hay doctrina, no hay cambio, no hay revolución, en fin, que no haya pasado, a su vez, por el estado de sociedad secreta, incluso la religión santa de nuestros padres ().

Pero, dejando generalidades, digamos al lector que se nos han ocurrido las observaciones que preceden porque vamos a introducirle momentáneamente en una sociedad secreta y pésanos que se nos crea a los liberales únicos autores y acaso inventores de tales congregaciones. El hecho es que, siempre que los menos trabajan, a pesar de los más, en realizar una teoría cualquiera, por necesidad acuden al misterio, y que ese mismo suele ser el arma más poderosa con que combaten. En tal supuesto, procedamos a lo que por ahora nos importa, que es recordar lo que ya tenemos dicho, a saber, que Mendoza era jefe en Madrid de un club o reunión de revolucionarios exaltados, los cuales, en unión con un caudillo, aspiraban a subvertir completamente la forma de gobierno y la manera de ser de la sociedad española, reemplazándolos con un sistema democrático en el orden político y con las ideas más arriesgadas en lo puramente social. Aquel club, empero, no era una reunión aislada, sino fracción de un cuerpo numeroso y sistemático que, a manera de la red invisible por el cazador tendida en la floresta, cubría y acaso cubre aún el continente europeo desde los helados campos de la Siberia hasta las fértiles playas del Océano Atlántico en la poética Andalucía.

En los países regidos por las instituciones liberales, sin embargo, es donde menos extensión, poder e influencia alcanzan las sociedades secretas y el hecho es tan notorio como obvias y convincentes las razones en que se apoya: Cuando la discusión y

la imprenta son libres en efecto, cuando cada cual puede a la luz del sol sustentar sus opiniones sin riesgo de que, mientras las leyes no infrinja, se le siga por ello perjuicio alguno, entonces, ¿a qué el misterio?, ¿a qué la religión del juramento y las trabas que la filiación impone al neófito? Así es que en Inglaterra, modelo y pauta inimitable, acaso, de las monarquías templadas, abundan las asociaciones públicas para objetos políticos y, al mismo tiempo, la francmasonería ha se convertido en una verdadera cofradía de socorros mutuos. Al mismo tiempo, en Rusia sierva, en Polonia esclava, en Italia envilecida y hasta en la docta Alemania sometida al régimen absoluto pululan, por decirlo así, los conventículos revolucionarios bajo diferentes denominaciones, pero unánimes todos en su fin y objeto: destruir los gobiernos opresores, establecer el sistema representativo.

Nuestra España comenzó a fines del pasado siglo a conocer las sociedades secretas con fin político. Importada de Francia la masonería reformada, extendiose con rapidez entre la juventud de aquella época y luego, el ejército auxiliar inglés dejó también en nuestro suelo abundante semilla de la masonería escocesa o primitiva. Ya anteriormente, en Alemania había aparecido el Iluminísimo, secta filosófico-liberal y que tuvo grande influencia en la Revolución Francesa, invadiendo simultáneamente el norte de Europa<sup>939</sup>, y, por la misma época, fundaron en Italia sus chozas los carbonarios<sup>940</sup>, sociedad que, merced a la tinta poética de la patria de Virgilio y de Horacio, a la exageración demagógica de sus principios, a lo tenebrosamente solemne de sus ritos y quizá la persecución implacable de sus enemigos, creció en breve, extendiéndose por todo el orbe civilizado.

En los tristes años que mediaron del 14 al 20 del siglo que corre ni la Inquisición, ni los ministros de Fernando acertaron a desarraigar la permanente conjuración de los francmasones<sup>941</sup>, que, en la oficialidad del ejército singularmente, contaban numerosos adeptos. Ellos hicieron entonces la revolución y, una vez consumada, aspiraron a dirigirla por los mismos medios que la habían preparado. ¡Error notable! ¡Error funesto que aún lloramos! El ariete que fue bueno para derruir las fortificaciones del Absolutismo, ¿cómo había de servir para edificar el alcázar de la libertad? Pero la inexperiencia, por una parte, y la ciega hostilidad de la corte al sistema liberal, por otra, explican el lamentable fenómeno indicado, cuya primera y más importante consecuencia fue dividir hondamente, para siempre tal vez, a los defensores del gobierno representativo. La masonería se fraccionó a muy poco de su triunfo. Los que sólo aspiraban a poner freno a las demasías de los cortesanos, pero no a anular la influencia personal del monarca, conserváronse en el rito escocés, formando un Grande Oriente especial y enlazado con el resto de su sociedad en Europa. De público se les conocía con los nombres de moderados o pasteleros, aludiendo a su índole conciliadora, o anilleros, porque se decía ser un anillo de particular forma su ostensible signo distintivo. 339. De éstos se apartaron los revolucionarios liberales, conservando, empero, los ritos masónicos, salvas algunas simplificaciones y la esencial modificación de hacer exclusivamente políticos sus fines. Llamábalos el vulgo «los exaltados» y también «los gorros», asimilándolos a los jacobinos franceses.

Y si en cuanto a principios políticos estaban tan poco de acuerdo unos con otros los liberales, más tarde las cuestiones de ambición personal, fomentando el fuego de las discordias, los dividieron y subdividieron hasta un punto difícil de concebir y casi imposible de explicar. Entonces se apartaron de la francmasonería, ya reformada, los «comuneros» y luego, de la masa de éstos los que se llamaron «comuneros de Castilla»; entonces también se fundaron ventas de «carbonarios» y entonces, en fin, con dispersos y descontentos de todas esas sociedades formó Mendoza una nueva, por él erigida y reglamentada. Compuesta de hombres que profesaban las doctrinas más avanzadas en todas materias y que hacían profesión del más completo escepticismo en punto a religión, la sociedad fundada por el capitán amante de Laura era poco numerosa a la verdad y por eso también más activa, enérgica y consigo misma consecvente que ninguna otra. () Mendoza había creado y acariciaba en su fantasía un colosal fantasma político, un sistema tan vasto como impracticable, una utopía, en fin, quimérica, a cuya imposible realización consagraba todos los instantes de su vida, y ese mismo delirio era el ídolo de sus afiliados. Ni los sansimonianos <sup>942</sup>, ni los comunistas <sup>943</sup> han osado nunca lanzar el vuelo de sus atrevidas concepciones tan allá como los hombres que nos ocupan. Según ellos, debían desaparecer en un día los tronos, las jerarquías, las desigualdades de condición y de fortuna, las trabas del pensamiento y toda influencia religiosa en la sociedad.

No había de ser España una república unitaria o federativa, sino que cada pueblo había de formar una república aparte, regida, sí, por 340. reducido número de leyes generales indispensables para conservar cierta apariencia de unidad al todo de la nación. Por lo demás, libertad absoluta de comercio y de fe religiosa, suprimido el ejército permanente, abolida la pena de muerte; reducido el matrimonio a un simple contrato civil, anulable a voluntad de cualquiera de los contrayentes; la crianza de la niñez y la educación de la juventud, a cargo del Estado; la acumulación de la riqueza, limitada; el derecho de herencia, negado, y el ostracismo, erigido en principio. Tales eran, muy en compendio, los apotegmas de aquellos ilusos.

Cada hombre, según ellos, después de recibir de la comunidad en que nacía los cuidados e instrucción necesarios para la conservación de su vida en la primera edad y para tener medios con que protegerla en lo sucesivo, debía, al entrar en el estado adulto, andar el camino según sus fuerzas, capacidad e inclinaciones. Si honrado, laborioso, activo, inteligente y cuerdo, él llegaría a conquistar una posición cómoda y respetable; si no acertaba, pues, suya era la culpa, que sufriese las consecuencias. Pero era posible que el talento o la fortuna elevasen en demasía a un ciudadano y, como correctiva tamaño mal, se establecía, por una parte, la limitación de las riquezas y, por otra, se daba al pueblo el derecho de ostracismo o destierro sin forma judicial.

Que esa teoría es absurda; que la indiferencia en materia religiosa o el ateísmo, que es lo mismo, en el gobierno, conduce al caos social; que quitarle al matrimonio su carácter religioso es rebajarlo al nivel de la prostitución; que privar a los padres de sus hijos es bárbaro y a los hijos de los bienes de sus padres, manera infalible de atajar todo progre-

so; que, en fin, Mendoza y los suyos deliraban, ya lo hemos dicho y nos parece evidente. Sin embargo, todavía se han profesado, todavía se profesan doctrinas no menos peligrosas y, mientras dure la humanidad, habrá energúmenos perversos y adeptos ilusos.

Volvamos, que ya es tiempo, a nuestra narración.

Libre Mendoza de su prisión en el cuartel de Guardias y al siguiente día de aquel fausto suceso, fue, como dijimos al terminar el anterior capítulo, a refugiarse en casa de uno de esos raros amigos con cuyo cariño puede contarse en todo evento. Jamás dos hombres fueron tan diferentes el uno del otro como la persona de quien se trata y el capitán revolucionario. Éste, activo e inquieto, el otro indolente y pacífico; liberal Mendoza, realista su amigo y, no obstante, eran amigos *usque ad aras*, como suele decirse.

Don José Buenadicha estudiaba Teología el año de 1808 en la Universidad de Santiago, de Galicia. Su familia, noble y rica, poseía el patronato de un pingüe beneficio eclesiástico al cual aspiraba, con seguridad de obtenerlo, el entonces estudiante. Pero hollaron los extranjeros nuestro suelo, resonó el grito mágico de «independencia» y Buenadicha, como otros muchos, trocó la sotana por la casaca de dos colores<sup>944</sup> y los libros por la espada, equipando, armando y montando a su costa una compañía de caballería cuyo mando en propiedad le 341. concedió una junta y confirmó después la regencia del reino, incorporándole en el regimiento que mandaba Montefiorito y en el cual servía Mendoza. Llamaban sus compañeros *el Teólogo* al don José y él sufría con resignación. Pero Mendoza hubo de abusar un día de su paciencia y *el Teólogo* le probó con evidencia que no le era extraño el manejo del sable. Diéronse recíprocamente algunas cuchilladas y quedaron tan amigos, que en el campo de batalla mismo no se perdían de vista el uno al otro y llegaron a cobrarse entrañable cariño. Concluida la guerra, dejó Buenadicha el servicio, pero habíase enamorado en Andalucía de ciertos ojos negros incompatibles con la estola y la casulla, por lo cual prefirió el sacramento del matrimonio al del orden sacerdotal. Sacramento por sacramento, el trueque nos parece lícito. Dedicose en seguida al comercio, prosperaron sus negocios y en 1834 era uno de los más ricos banqueros de la corte. Lo notable es que ni los años, ni las frecuentes separaciones, ni la diversidad de opiniones políticas entibieron la amistad de Mendoza y su ex compañero. () El buen banquero, sin preguntar siquiera la causa de la persecución de su amigo, ocupose únicamente de ponerlo a cubierto de todo riesgo y proporcionarle cuantas comodidades acertó a imaginar. Pero Mendoza, que tenía de antemano formado su plan de conducta, trató de llevarlo a cabo con firmeza, según verá el curioso si la lectura prosigue.

Pocos días después de la libertad de los presos del cuartel de Guardias y como a cosa de las once de la noche, fueron sucesivamente entrando en cierta casa solitaria, cerca de la puerta de Santa 342. Bárbara, hasta unos veinte hombres embozados. Cada uno de ellos daba un golpe medido en la puerta al llegar a ella, abríase un pequeño registro y entonces decía el embozado ciertas palabras en voz baja, las cuales, como si fueran un talismán, le abrían la puerta que, inmediatamente y sin estrépito, volvía a cerrarse. El

zaguán estaba completamente a oscuras, pero una mano invisible guiaba al entrante hasta una segunda puerta que, a su vez, se abría dando en ella tres golpes y pronunciadas otras palabras como en la primera. Hallábase entonces el embozado en un cuarto de seis o siete varas en cuadro entapizado de negro, sin más muebles que unas banquetas, negras también, en derredor de las paredes, ni más luz que la de una lámpara de hierro pendiente del techo. Sobrelas banquetas se veían ciertos líos o paquetes atados cada cual con su banda roja y una tarjeta numerada encima. Así que uno de los embozados entraba en aquella lóbrega habitación, despojándose de su capa y sombrero tomaba el paquete que le correspondía y vestíase una especie de ancho talar ropaje negro con su gran capuchón, ciñéndose la cintura con la banda o faja roja que arriba mencionamos y cubriéndose el rostro con una careta veneciana de terciopelo negro. Verificada aquella transformación, dirígase el recién llegado a una puertecilla oculta bajo la tapicería con su respectivo registro; daba en ella cinco golpes, pronunciaba las palabras de paso y dábanselo, por medio de un largo y oscuro corredor, a otro cuarto igual al que dejaba, sin más diferencia que carecer de banquetas y ser a manera de armería, depósito de puñales, pistolas y espadas. Tomaba allí cada embozado un puñal y un par de pistolas que se colocaba en la cintura y una espada que, desnuda, llevaba en la diestra, y en tan formidable equipaje, después de atravesar otra puerta y varios corredores, iba, en fin, a reunirse con sus compañeros a un local que merece, por lo menos, párrafo aparte.

Era un subterráneo compuesto de dos galerías de tres a cuatro varas de ancho y unas doce de longitud cada una, las cuales, cortándose en ángulos rectos, en sus respectivos puntos medios formaban una cruz latina perfecta. Sus paredes estaban todas entapizadas con unos paños negros sobre los cuales, simétricamente distribuidos, se veían huesos y calaveras en blanco y ciertos trofeos compuestos de una balanza en el fiel, un puñal y una palma bordados en rojo. La iluminación se componía de faroles rojos de lienzo u holandilla transparente; con lámparas cuya luz, trémula y azulada, porque se alimentaban con espíritu de vino, bastara ella sola para aterrar el ánimo cuando el resto del aparato no sobrara para conseguirlo. En el cruce de las dos galerías se alzaba un pequeño túmulo cubierto de paños funerarios, sobre el cual apenas podían distinguirse una corona de laurel y una palma. En uno de sus frentes se leía escrito en letras color de sangre: «A las víctimas inmoladas por los tiranos»; en el lado derecho: «¡Gloria a los mártires de la libertad!»; en el izquierdo: «¡Odio a los verdugos de los libres!» y en el otro frente, que se lo hacía a la presidencia, «¡Venganza!». En la cabeza de la cruz, sobre un estrado y bajo un dosel, todo negro con guarniciones rojas y en cuyo centro se leían estas palabras: «libertad, igualdad, secreto», estaba la mesa de la presidencia, con un sillón para el jefe y dos sillas para los secretarios. En fin, alrededor de las paredes había banquetas negras con asientos numerados.

El lector sabe sin duda que va a asistir con nosotros a una sesión de la sociedad secreta por Mendoza fundada; rogámosle que lo haga sin escrúpulo de conciencia, ni sobresalto del corazón porque no ha de resultarle de ello compromiso alguno.

A los tres cuartos para las doce, el presidente y los secretarios ocuparon sus puestos, los demás afiliados sus asientos. Tres de éstos quedaron vacíos.

—La hora se acerca —Exclamó el presidente en voz triste y solemne—. Hermanos, preparaos con la meditación para el trabajo.

A estas palabras sucedió profundo silencio (). Sonó al cabo la primera campanada de media noche en un reloj que debía estar oculto ().

—¡A las armas, hermanos! ¡A las armas! Sonó la hora. ¡Gloria a los mártires de la libertad! ¡Odio a los verdugos! ¡¡¡Venganza!!!

—¡Venganza! ¡Venganza! ¡Venganza! —Repitieron con sombrío entusiasmo los adeptos y el presidente prosiguió:

—Los tiranos tiemblan ante nuestros puñales. Sentaos, hermanos. ¡Comiéntanse los trabajos!

Sentáronse todos y uno de los secretarios dio lectura del acta de la sesión anterior de aquel tenebroso conventículo. Aprobóse aquel documento y preparábase el otro secretario a dar cuenta de otros negocios, cuando en el ingreso del subterráneo, que estaba frente a la presidencia, aparecieron dos nuevos socios con quienes, sin duda, no contaba la asamblea por aquella noche puesto que, a pesar de la estudiada gravedad con que la sesión se celebraba, conmoviéronse todos, incluso el presidente, y oyóse el sordo murmullo de las observaciones que unos a otros se hacían en voz baja. Los dos recién llegados, no advirtiendo o no queriendo advertir la sensación que su presencia causaba, inclináronse ligeramente en señal de respeto a la presidencia y fueron a ocupar dos de los tres asientos que, según dijimos, estaban vacíos. () De los tres sitios vacíos, dos eran los números 1º y 2º, contiguos el uno al otro e inmediatos ambos al ángulo de la cabecera y derecha del túmulo. El tercero, que era el 21º, estaba situado cerca del ángulo de la izquierda de la misma cabecera. Los asientos número 2º y 21º nada ofrecían de particular, mas el número 1º estaba cubierto con una gasa negra.

Así las cosas, los dos recién llegados, al emparejar con el túmulo, apartáronse, encaminándose el uno al lado izquierdo y el otro al 244. derecho, aquél al número 21º, éste al número 1º. Sentóse el primero con gran reposo; el segundo, arrancando la gasa sin ceremonia, hizo otro tanto. Entonces, como si de todos los demás adeptos se hubiesen apoderado simultáneamente las furias del averno, alzáronse en un punto de sus asientos espada en mano y, con rabia manifiesta, repitieron estas voces de su presidente:

—¡Venganza, hermanos, venganza! ¡¡¡El templo santo de la libertad ha sido profanado!!!

También los dos adeptos, causa, al parecer, de aquel escándalo, se pusieron en pie y empuñaron las armas como los restantes. Pero el del número 21º se mantuvo silencioso, mientras que el otro, apenas cesó el grito de reprobación, comenzó a decir en voz sonora y con reposado continente de esta manera:



—¡Venganza, sí, hermanos, venganza! El templo santo de la libertad ha sido profanado, es cierto. Las leyes de nuestra orden han sido conculcadas, los servicios a la causa de los pueblos, olvidados; la virtud calumniada, la calumnia enaltecida y, sin miramiento alguno, sin respeto a las formas entre nosotros establecidas, sin atender a los principios de equidad que los tiranos mismos aparentan respetar, vosotros, que os llamáis campeones del templo santo de la libertad, vosotros, que presumís ser jueces del universo, habéis condenado, sin dignaros siquiera oírle, a vuestro gran *maestre y fundador*, a mí, en fin, que a todos he mostrado el recto sendero; a mí, a Mendoza, que a cada uno de vosotros ha tenido que tenderle más de una vez la mano para que no tropezara en su marcha vacilante.

Diciendo así nuestro capitán revolucionario, echose atrás el capuchón, arrojó lejos de sí la máscara y mostró su enérgica fisonomía (). Una voz dijo:

—Que se le oiga: está en su derecho reclamándolo. Los tiranos solos condenan a los hombres sin oírlos.

—Que se le oiga, que se le oiga —Clamaron todos a excepción del presidente, hombre ambicioso a quien el deseo de reemplazar a Mendoza en su alta dignidad persuadía <sup>945</sup> invenciblemente de que era culpable y aconsejaba que no escuchara sus disculpas.

—Habéis ya pronunciado vuestra sentencia —Exclamó, pues— y la suprema asamblea del Santo Templo no puede revocar sus acuerdos.

—Catón —Replicó Mendoza sin conmoverse—, ¡tus palabras son dignas de un inquisidor!

—Espartaco <sup>946</sup> —Repuso, iracundo, el presidente—, tu conducta ha sido la de un traidor y mereces la muerte que vamos a darte. ¡En nombre de la Asamblea Suprema, hermano Graco, te requiero para que ejecutes la sentencia! —El adepto a quien tal interpelación se dirigía permaneció inmóvil—. <sup>345</sup> So pena de traición, Graco, te mando que ejecutes la sentencia. La suerte te ha designado y tu juramento me obliga a ello.

Ni aun así dio muestras de obediencia el hermano Graco. Mas entonces el presidente, amartillando la pistola y apuntando a la cabeza de Mendoza, gritó:

—Cobarde, el gran maestre te enseñará a cumplir tus juramentos.

El número 21, nuestro amigo el poeta Eduardo de la Flor, () notó, felizmente a tiempo, el movimiento del presidente y, arrojándose sobre él, con la mano izquierda le sujetó el arma y con la derecha le aplicó una pistola al pecho, diciéndole:

—Una palabra más, un gesto solo y eres muerto, Catón. En mi presencia no se asesina a nadie. Juzgad a Espartaco y, si ha delinquido, yo te juro que mi propia mano le dará muerte. Pero ¡asesinarle!, eso no, mientras yo viva. ()

Comenzose, pues, el juicio, si tal puede llamarse y, a instancia del interesado mismo, fue oyéndole <sup>947</sup> a él antes de que se le enterase de la acusación que, en efecto, ignoraba. () <sup>346</sup> Eduardo, interpelado por el presidente, confirmó en todas sus

partes la relación de su amigo y la lealtad, la nobleza del carácter de Alcibiades eran notorias en la asamblea. Si, en efecto, Mendoza estuviera ligado a los carlistas, ¿por qué no se había ido a la facción con Villaparda? Si era culpable, ¿podría presumirse en persona de su talento que fuera a entregarse en manos de sus jueces y verdugos? Quedaban, no obstante, los documentos por don Ángel presentados pero, raciocinando a sangre fría y en presencia de Mendoza, la fuerza de aquellos papeles no podía ser, ni con mucho, la que fue en el primer momento. () La reacción, en consecuencia, fue completa. La asamblea decretó, por dieciocho votos contra dos, que la acusación contra Espartaco era calumniosa, reintegrándole en su dignidad de gran maestre y acordando que don Ángel fuese llamado a juicio.

—Hermanos míos —Dijo Mendoza al ocupar de nuevo la silla de la presidencia, que su rival hubo de cederle en el acto, aunque mal su grado— Hermanos, me habéis hecho justicia (). Queda, no obstante, uno entre vosotros que duda de mi lealtad y juntos no podemos vivir sobre la haz de la tierra. Reclamo el privilegio de nuestros estatutos. Hermano secretario, leed el artículo 156 de la constituciones de la orden.

Un secretario, en efecto, leyó en medio de religioso silencio y con voz conmovida lo que sigue: «Artículo 156.— Cuando uno de nuestros hermanos fuese por otro escarnecido gravemente en su honra, mandamos que el ofensor haga reparación solemne al ofendido en presencia de la asamblea y de no, se proceda a combate singular y a muerte entre ambos, salvo que alguno de ellos se negase a pelear, en cuyo caso será ignominiosamente expulso de la orden, por cobarde». Concluida la lectura, dijo Mendoza:

—Catón, ¿estás convencido de mi inocencia? 347.

—No, Espartaco —Respondió, sereno, el interpelado—.

—Reclamo el combate —Replicó Mendoza—.

—Y yo lo acepto —Contestó Catón—.

Sin más palabras, dejó Mendoza su asiento y, siguiéndole en silencio y procesionalmente todos los afiliados, pasaron a otro subterráneo contiguo, claramente iluminado y sin más adornos que la negra tapicería de reglamento. Su piso en el centro era de tabla, a los costados había losas sepulcrales como las que servían de pavimento en las antiguas iglesias. El adepto más antiguo, haciendo funciones de presidente, preguntó por tres veces a los dos campeones si insistían en pedir el combate y, habiéndole contestado siempre que sí, dijo:

—Sea. Uno de vosotros habrá, en bre ve, dejado de existir. Su sepultura está pronta.

Cuatro hermanos levantaron entonces con palancas una de las losas y sacaron de la hoya <sup>948</sup> un ataúd. En seguida, desnudáronse completamente de cintura para arriba los campeones; colocáronse el uno frente al otro, espada en mano, a distancia competente y, dos pasos a la espalda de cada cual, dos hermanos con las puntas de las espadas a ellos dirigidas para que retroceder no pudiesen. Tal era la ley de aquel tenebroso recinto. () A los dos minutos, Mendoza tenía atravesado el brazo derecho y su contrario el corazón. ()

### 348. CAPÍTULO VIII. Ribera, herido y prisionero

() La dama de la Edad Media que supiera a su paladín robusto, diestro, valeroso y bien armado, podía esperar confiadamente que saliese indemne de las más peligrosas aventuras. Pero, desde la invención de la pólvora <sup>949</sup>, la guerra es un juego de puro azar por lo que a la vida de los hombres respecta. Un balazo pudo haber terminado la carrera de Napoleón acabada de ganar la batalla de Austerlitz sin que ni su genio, ni su audacia, ni sus laureles, ni sus numerosos veteranos le preservasen de morir a manos del más cobarde, acaso, de sus enemigos. Así, la pólvora es una invención niveladora, anticaballeresca y antipoética a mayor abundamiento, circunstancias en que Laura no pensaba, a la verdad, porque el enfermo suele cuidarse poco de la causa del mal que le postra. () Ribera escribía con toda la frecuencia que le era posible, pero sus cartas llegaban con atraso, por efecto de la dificultad en las comunicaciones y, por más que en ellas procurase ocultar a Laura el verdadero estado de la guerra, los periódicos desmentían pronto su inocente amorosa superchería. El hecho era que la guerra se hacía sin cuartel <sup>950</sup> y que la fortuna había por entonces vuelto las espaldas a los defensores de la buena causa y Laura, a quien la verdadera situación de las cosas no podía ocultarse, padecía, en consecuencia, horrible martirio.

En tal estado, aconteció una vez que durante quince días no recibiese la bella mejicana noticia alguna directa de su amante. Los papeles públicos dijeron primero que su brigada operaba en la izquierda de la línea, esto es, hacia la parte de Bilbao; luego, hablaron en globo de una acción desgraciada para nuestras tropas en Las Encartaciones <sup>951</sup>; últimamente, un boletín carlista, traducido y publicado en los periódicos de Bayona, proclamó la completa derrota de una división cristina, exagerando, como de razón, las pérdidas del enemigo y contando, entre sus numerosas bajas, a un brigadier cuyo nombre se callaba. () 349. El dolor de la hija de Valleignoto fue espantoso (). El buril de Fidias <sup>952</sup> o el pincel de Apeles no hubieran podido hallar otro tan acabado modelo para representar la imagen de Niobe <sup>953</sup> misma <sup>954</sup>. () Laura se había convertido en una bellísima estatua de mármol, personificación del dolor desesperado. () Su amiga y criada, temblando, no sin causa, que en aquella ocasión se reprodujese, y acaso con mayor violencia, el accidente de enajenación mental que padeciera Laura a consecuencia de la muerte de su padre, acudieron a los más famosos médicos de la ciudad. Sometiose la paciente a su examen resignadamente, mas cuando se trató de aplicar los medicamentos que ordenaron, declaró, rompiendo el silencio por vez primera, que estaba resuelta a no consentir en ello y que, si se la hostigaba, sabría libertarse de tal persecución con poner término a su vida. A tan enérgica resolución no hubo manera de resistirse y en tal estado se pasaron tres días enteros. El cuarto prestose Laura a tomar alimento y rompió al fin en llanto copioso; el quinto parecía resignada; el sexto había desaparecido de su casa cuando Manuela se presentó en su cuarto para vestirla, según costumbre. ()

Los periódicos anunciaron el suceso a la mañana siguiente dando por cierto el suicidio, aunque en el momento de entrar en prensa, decían, aún no había podido encontrarse el cuerpo de la duquesa. No era fácil, a la verdad, que se encontrase: Laura existía (). 350. Cuando, pasada la primera agudísima impresión de la desastrosa nueva, volvió en sí Laura, decidióse irrevocablemente salir de la duda en que se encontraba (). «Si dejó de existir —se decía nuestra heroína— quiero morir sobre su tumba; si aún vive, a su lado es mi sitio; a mí me toca consolarle, a mí vendar sus heridas, a mí cerrar sus ojos, si ha de sucumbir, o sostener sus pasos en la convalecencia». Pero Laura sabía que la baronesa y Manuela opondrían a semejante proyecto la más tenaz resistencia y, si necesario fuese, acudirían hasta a la fuerza para impedir la realización de sus designios y, resuelta, sin embargo, a llevarlos a cabo, hízolo ocultándose cuidadosamente de sus amigas. () Salió, pues, de su casa antes de que amaneciese provista de una razonable suma de dinero en oro y, encaminándose a la morada de cierto contrabandista del Pirineo, por cuyo medio solía escribir a Ribera con frecuencia, () le decidió a ponerse en el acto en camino con ella para España. ()

Entre tanto, Ribera, que, habiendo recibido, en efecto, un balazo en la cabeza, al parecer de mucha consideración y en realidad no de grave peligro, fue conducido a Balmaseda <sup>955</sup>, más que los dolores de la herida sentía la falta de noticias de su amada y que los facultativos le hubiesen prohibido severamente pensar siquiera en tomar la pluma. () A los ocho días de cama, se le permitió levantarse de ella y escribir dos líneas, que fueron, como supondrá el lector, cuatro páginas de amores para su Laura. Pero la carta, que tardó cuatro días hasta Bayona, llegó precisamente dos después de la salida de su amada. Ya entonces la baronesa y Manuela tenían conocimiento de la fuga de nuestra heroína por una carta que ésta les dejó debajo de su almohada (). Difundiose por Bayona la noticia de la verdad del suceso, pero los periódicos no se apresuraron a desmentirse. () 351. Ribera fue herido en Las Encartaciones y los papeles públicos no lo anunciaron en Bayona hasta pasados cuatro días; la salida de Laura tuvo lugar a los diez, por consiguiente, de la desgracia de su amante, quien la escribió su inútil carta el octavo. Al undécimo, adelantando rápidamente su convalecencia, permitiéronle los facultativos, en mal hora, que pudiese dedicar una hora a la lectura de los periódicos y su desdichada suerte quiso que, en el primero que cayó en sus manos, leyese: «Bayona, de mayo de 1834. — Una ilustre extranjera, la bella duquesa de Valleignoto, que de un mes a esta parte residía en nuestra ciudad, acaba de desaparecer súbitamente de su casa. Según todas las probabilidades se cree en un suicidio. Su cadáver, sin embargo, no ha sido hallado a pesar de las exquisitas diligencias que para encontrarlo se practican».

—¡Mateo! ¡Mateo! —Gritó Ribera como loco— Ensilla al momento los caballos. () Ignorando el brigadier la verdadera causa del supuesto suicidio de Laura, atribuía-lo unas veces a persecuciones de Mendoza y otras a la tiranía de Leoncio, cuya catástrofe no era aún entonces ocurrida. Pero, ¿cuál era el proyecto de Ribera? ¿Adónde con tanta prisa se encaminaba? Sus planes eran sangrientos, su norte, Bayona. Quería

asegurarse por sí mismo de la verdad del hecho () y, después, correr la España, la Europa, el mundo si necesario fuese, hasta encontrar a los 352. perseguidores de la malograda hermosura e inmolarlos uno por uno a sus manos. Y para la rápida ejecución de su proyecto era indispensable atravesar en toda su longitud la línea de operaciones, () correr el riesgo inminente de ser fusilado antes de concluir la primera jornada (). Pero ¿qué le importaba la vida a Ribera, una vez apagado el astro que con su luz lo embellecía <sup>956</sup>? () Así pues, sin más compañía que la del fiel Mateo, salió de Balmaseda el brigadier Ribera, caminando en derechura, como si en plena paz lo hiciese, a Bilbao, con ánimo de embarcarse allí para Bayona.

La distancia de Balmaseda a Bilbao, en línea recta, es sólo de cinco leguas pero el camino montañoso, erizado de precipicios, cortado, desigual y, en una palabra, en aquella época el más peligroso posible, por cuanto los carlistas, dueños del país, lo tenían sembrado, por decirlo así, de partidas sueltas (). Absorto en su honda preocupación, dominado por la intensidad de sus penas, don Luis sabía apenas por qué país caminaba. Pero su asistente, que sereno y exento de pasión le seguía, aunque soldado de un valor a toda prueba, iba siempre con la vista fija en las alturas ():

—¡Mi brigadier! —Dijo al fin, no pudiendo contenerse— () Repare V. S. en aquella altura de la derecha... más allá... junto a los árboles. () ¿No ve V. S. cuatro aduaneros envueltos en sus mantas? () Mire V. S. que tenemos que pasar precisamente por aquel desfiladero que aquellos condenados enfilan precisamente desde su posición. () 353.

—Es cierto, Mateo —Contestó el brigadier—, pero yo no puedo ni detenerme, ni retroceder. Si muero, ¡Dios se apiade de mi alma! Tú no estás en ese caso. Vuélvete a Balmaseda y, si aquí perezo, en mi testamento hallarás la recompensa de tus buenos servicios.

Y, concluyendo de hablar, volvió el caballo y, a escape tendido, dirigióse al peligroso desfiladero. ()

—¡Se ha vuelto loco! ¡Se ha vuelto loco! Pero, loco o cuerdo, ¡que los demonios me lleven si yo abandono al mejor de los amos, al más valiente de los jefes!

Y diciendo y haciendo, lanzose también a escape en seguimiento de su dueño. Los aduaneros, a cuya vista perspicaz no se habían ocultado ciertamente nuestros dos caminantes y que, no sin asombro, reconocieron en ellos el uniforme de las tropas cristinas, no pudiendo imaginar que hubiese hombres bastante temerarios para arrojarse así solos en sus manos, persuadiéronse a que serían, sin duda, soldados de alguna de nuestras columnas que, en el deseo de procurarse mejores y más baratas vituallas que sus compañeros, se adelantaban imprudentemente a sus cuerpos. Acontecía, en efecto, con frecuencia, sobre todo al comenzarse la guerra, que los asistentes y demás gente suelta del ejército cometieran tales imprudencias, que, como de razón, costaron a muchos las vidas. Así, los aduaneros, comenzando por dar, por medio de cierto número de disparos, aviso a los puestos vecinos de la aproximación de nuestras tropas, preparáronse a castigar la temeridad de aquellos dos en su concepto insensatos enemigos.

Entre tanto, Ribera y su asistente, pendientes los sables de las muñecas derechas por medio de sus cordones, en la misma mano amartillada cada cual una pistola, tendidos sobre los caballos, sueltas las riendas y con las espuelas en los hijares, acercábanse con la rapidez del viento al peligroso desfiladero. 354.

—¡Vosotros pararéis! —Gritó, gozoso, el cabo de los aduaneros al emparejar con él nuestros viajeros y, al mismo tiempo, volviéndose a los suyos, dijo— ¡Fuego!

Los cuatro tiros salieron a un tiempo: Mateo, gritando «¡Me han muerto! ¡Madre mía!» cayó sin vida al suelo y el caballo de Ribera se abatió con su jinete. Instantáneamente, cayeron sobre él los aduaneros, gritándole:

—¡Ríndete, cristino! ¡Ríndete, *orsayo!* (niñero).

—¡Fusiladme pronto! —Exclamó el brigadier, sintiendo, más que perder la vida, verse en su camino detenido— Fusiladme pronto, ¡miserables rebeldes! ()

Uno de los aduaneros, indignado con aquella extemporánea provocación, habiendo ya de nuevo cargado su fusil, echóselo a la cara () pero el cabo, sujetándole el arma, exclamó: “Quieto, respétale, que es un valiente. Don Tomás (Zumalacárregui) hará de él lo que quiera; a nosotros lo que nos toca es llevarlo prisionero”. Observemos de paso que el valor es, en toda guerra, prenda esencial que aun en los enemigos se estima y respeta; y, en honor de la verdad, nos cumple decir que, así como en las facciones de otras provincias dominaba en general un espíritu de horrible ferocidad <sup>957</sup>, en la vasconavarra, por el contrario, descollaba un valor caballeresco digno de mejor causa, como dijo un célebre general de las tropas de la reina, hablando de cierto caudillo carlista. Ribera, cayendo en manos de cuatro hombres de Palillos <sup>958</sup>, de Cabrera <sup>959</sup> o de Merino, hubiera indudablemente muerto en el acto, acaso entre bárbaros tormentos, seguramente con escarnio, befa y groseros insultos a su desgracia. Mas los soldados de Zumalacárregui contentáronse con despojarle de su hacienda, triste derecho de la guerra, y, respetando su persona, condujéronlo a Zúñiga en Navarra, donde por entonces solía ser el cuartel general de su jefe.

Verdad es que, por una parte, tuvo la fortuna de caer en manos de un cabo de aduaneros estudiante antes de la guerra y, por tanto, persona culta y, por otra, su alta graduación hacía esperar una buena recompensa a los que tuvieron la dicha de hacerle prisionero. En medio de todo, Ribera no se hacía ilusiones: su muerte se había aplazado y no otra cosa, pues Zumalacárregui, inflexible en su sistema, no podía dejar de fusilar al primer oficial general cristino que en sus manos caía. En consecuencia, y consideradas las cosas desde el punto de vista que las miraba el brigadier, la humanidad de los aduaneros era en realidad, para él, una nueva desgracia. 355.

Ahora figúrese el lector a un oficial general, habituado desde la cuna a la deferencia de sus superiores, a la amistad de sus iguales y al respeto de sus inferiores, caminando a pie veinte y tantas leguas de país montañoso, atados los brazos a la espalda, cubierto con un mal capote viejo y conducido por dos facciosos, el cabo y otro adua-

nero, a la presencia del caudillo rebelde, de la cual era evidente que tardaría muy poco en comparecer ante la del Juez Supremo. Duro es perder la vida de tan violenta manera y ciertamente don Luis, a pesar de su conocida valentía, no se preciaba tan de estoico que con indiferencia viese acercársele antes de tiempo, en la flor de su edad y en medio de su honrosa brillante carrera, ese instante supremo del divorcio definitivo entre la materia y el espíritu ().

En tanto, la fatalidad que sobre los dos amantes, al parecer, pesaba, conducía a Laura, sana y salva, a través del teatro de la guerra merced al conocimiento práctico que del país tenía su conductor y a las relaciones que él mismo, a fuer de buen contrabandista, entretenía con ambas partes beligerantes. () En San Sebastián de Guipúzcoa supo la verdad del hecho. () Una vez tranquila en cuanto a la existencia y seguridad del brigadier, el amor propio nativo, alzándose en su corazón, () encendió en el pecho de la desdichada hija del indiano el fuego del resentimiento y de la desconfianza: «¡Cómo! (le decía, con airada voz, el orgullo) ¡Ribera vive, su herida no es mortal y deja, sin embargo, que pases las horas y los días en la agonía de la incertidumbre por no escribirte siquiera una carta! Tal vez no puede (respondía, con timidez, el amor) ¡No puede! (Replicaba, altanaramente, el orgullo) ¡No puede! “Vivo y te adoro” son palabras que se escriben pronto (). Pero ¿y si () los que le guardan no se lo consienten? (insinuaba el abogado). No, (insistía el fiscal) eso no es posible y, aun cuando lo fuera, ¿faltárle un amigo a quien confiarse?» Cuando la mujer española ama de veras, no comprende el misterio, siquiera se interesen en guardarlo su honor y vida. El amor es, del Pirineo acá, expansivo en todos y singularmente en el bello sexo pero, a mayor abundamiento, la mujer que no sólo se había resuelto a sacrificar a su amante la reputación y fama, sino que acababa de lanzarse sin defensa a los innumerables peligros de un país teatro de la más sangrienta de las guerras civiles, ¿cómo había de comprender que quien personalmente nada arriesgaba en amarla, ni aun en tal extremidad quisiera confiarse a un amigo?

El hecho, a la verdad, es peregrino en los fastos de la galantería y, sin embargo, cierto. Ribera debía a su especial organización uno de esos caracteres en los cuales la delicadeza suele frisar en los límites del escrúpulo. () Remordíale la conciencia de haberse, en su tiempo, confiado a Mendoza (). Por otra parte, en derredor de su lecho no tenía lo que puede llamarse un amigo. () Así pues, la bella mejicana, discurriendo en realidad lógicamente, deducía, no obstante, una falsa consecuencia. () El resultado de los raciocinios () fue, por el momento, un grande enojo contra su amante y la resolución de volverse luego a Bayona. Pero los periódicos de aquella ciudad que anunciaban su supuesta muerte la hicieron variar de propósito súbitamente. Después de tal escándalo, en efecto, fuera locura regresar al pueblo en que se había dado. Por tanto, escribió Laura a la baronesa informándola del estado de las cosas y de su decisión de permanecer, al menos algunas semanas, en el punto donde se hallaba, es decir, en San Sebastián de Guipúzcoa.

Inmediatamente, la baronesa y Manuela trataron de pasar a reunirse con su amiga y señora, mas, habiendo tardado algunos días en levantar la casa y encontrar buque que las transportase, al llegar a San Sebastián halláronse con que Laura había salido de aquella plaza la noche anterior. Por la tarde había circulado la noticia de la prisión de Ribera por los aduaneros carlistas y la hija de Valleignoto, dando de mano a su injusto enojo, apresurose a reunirse con su desdichado amante para salvarle o morir con él, si más no alcanzaba. Una carta suya anunció a sus dos amigas aquel nuevo fatal incidente.



### 357. CAPÍTULO IX. Ribera en capilla

Zúñiga es un pueblo de cincuenta vecinos <sup>960</sup>, situado en el confín occidental del reino de Navarra con la provincia de Álava, sobre la orilla izquierda del río Ega y en una pequeña llanura o, más bien, vega, por todas partes rodeada de inaccesibles montes, cubierto de antiquísimas numerosas encinas. Un puente de piedra angosto y de no muy esmerada construcción se deja ver frente al pueblo y al pie del alto y arbolado cerro, sobre cuya cima, en una reducida meseta, se levanta una humilde ermita de Nuestra Señora, con la advocación de Arquijas, nombre bien conocido en los fastos de la guerra civil porque, a sus inmediaciones y sobre pasar el puente mismo, se ha derramado en más de una ocasión mucha y muy noble sangre española de uno y otro bando. Facilita el puente de Arquijas la comunicación entre los valles de La Berrueza y de La Solana. Zúñiga es punto bien situado para operar, ya sobre la ribera del Ebro, ya en lo interior de las montañas, ya, en fin, sobre Álava o Guipúzcoa y, por tanto, así como porque entonces carecía la facción de pueblos de más importancia, era aquél una de sus guaridas generales de preferencia, sin que por eso digamos, ni mucho menos, que fuese el centro de sus operaciones. ()

Al llegar, pues, a Zúñiga el brigadier prisionero siendo la hora del amanecer, llamó su atención el sonido, siempre grato a los oídos de un soldado, de las cornetas tocando diana con primor de ejecución igual, si no superior, al de las bandas cristinas. Después del toque de ordenanza (entre ellos la diana francesa, si la memoria no nos engaña), entonaron los cornetas carlistas el famoso zorcico, cuyo estribillo dice: «Ay, ay, mutilá, / chapelin gorriá». (). 358. El canto de las aves y el murmullo de las aguas, confundiendo con el rumor del viento que mecía las hojas de los árboles, con tal suavidad que recordaba aquellos versos de Rioja <sup>961</sup> que dicen: «¡Cuán callada que pasa las montañas / el aura, susurrando blandamente! / ¡Qué gárrula y sonante por las cañas!» <sup>962</sup>. 359. ()

Zumalacárregui estaba ausente, operando con sus fuerzas hacia los Pirineos de Navarra para impedir la entrada de una conducta de dinero y un convoy de víveres procedentes de Francia y, siendo el oficial que mandaba el depósito militar de aquel punto uno de los procedentes de la Guardia Real, del partido moderado, por consiguiente, y, como tal, poco afecto a sanguinarias ejecuciones, dijo a Ribera:

—Hasta la vuelta del general estará usted preso (). ¿Puedo hacer algo por usted en cuanto con mi deber sea compatible?

—Desearía —Respondió el preso con voz enternecida— despedirme por escrito de la única persona que por mi suerte se interesa en el mundo. ()

—Esta noche le enviaré lo necesario para escribir. ()

Terminada la conversación, fue Ribera conducido a una casa, la más sólida del pueblo, donde con numerosa guardia y centinela de vista se le estableció prisionero. () 360.

Pasó cuatro amargos días y otras tantas lúgubres noches esperando siempre un mensajero que entrase a comunicarle ser llegada su última hora. () Al anochecer del quinto día de su prisión en Zúñiga, el estrépito de cajas y cornetas y la vocería de gran número de soldados le hicieron creer que Zumalacárregui había llegado a aquel punto. Así era la verdad: batido por las tropas de la reina en el puerto de Velate <sup>963</sup> y después de haber tenido la mortificación de que ante sus tropas desfilasen, seguros, la conducta y convoy que apresar se había propuesto, regresaba () con la rabia en el corazón y la ira retratada en el semblante. Los oficiales que a su inmediación servían osaban apenas dirigirle la palabra y eso sólo cuando las atenciones del servicio lo exigían. () Al presentarse al caudillo el comandante del depósito, no le dejó aquél tomar la palabra, adelantándose a interrogarle:

—¿Qué ha hecho usted durante mi ausencia, señor comandante? ¿En qué estado se encuentra la instrucción de los reclutas? ¿Se han cumplido mis órdenes con los que suministran víveres o dan noticias al campo cristino? ¿Qué noticias tiene usted del enemigo?

—Mi general, los reclutas pueden ya incorporarse a los batallones. Saben hacer fuego con velocidad y tienen algunas nociones del ejercicio de guerrilla; pocas, a la verdad, pero...

—Bueno, bueno: no estamos para filigranas. El hombre que sabe marchar y hacer fuego, nos sirve. A otra cosa.

—No se ha sorprendido más que a una pobre mujer llevando una carga de paja para la división de la Ribera...

—¿La ha fusilado usted?

—Mi general, la habían amenazado los cristinos también de muerte, era sola en este mundo... ()

—¿Sí o no?

—No, señor, mi general: yo no sé fusilar mujeres.

—¡Ah! ¡Usted no sabe fusilar mujeres! Es decir que yo soy...

—Mi general, no digo que...

—Señor comandante, silencio. Yo sé muy bien lo que de mí se dice, sé muy bien lo que piensan muchos de ustedes, aunque lo callan, pero ni los que hablan, ni los que callan comprenden mi posición. ¿Cómo he de luchar con un puñado de hombres contra un Gobierno establecido en las siete octavas partes de España, por lo menos, cómo he de inspirar confianza a los carlistas, si no aterro con mi severidad a los cristinos? ¿Creerán ustedes que soy algún tigre? No, por cierto; pero el trono de Carlos V no es aún bastante fuerte para que yo pueda mostrarme generoso. Dejen ustedes que nos equibremos algo con el enemigo y entonces hablaremos de templanza. Dice usted que esa mujer...

—Tiene sesenta años, mi general, es viuda y uno de sus hijos sirve en el batallón de los guías de V.E.

—Esa circunstancia la salva y a usted también; pero que no se repita semejante desobediencia, comandante. Es preciso que cada cual cumpla exactamente con su obligación y sin contemplaciones. ¿Qué sabe usted del enemigo?

—La división de la Ribera estuvo antes de aquí en Lerín, ayer en Sesma y hoy pasará a Los Arcos.

—Para volver a andar al otro día el mismo camino. Pasean los caballos, consumen el grano y la paja, cortejan las mozas y nada más. ¿Hay otra cosa?

—Ya di a V.E. parte de haber llegado prisionero el brigadier Ribera.

—Cierto: buena presa; es uno de los mejores oficiales de los cristinos; valiente como pocos y muy instruido. ¡Siento tener que fusilarlo! Envíele usted un confesor y que se le permita mandar el fuego si lo desea. () Será fusilado al amanecer de mañana. Ahora daré la orden para que todas las tropas tomen las armas. Su graduación exige que se le trate con decoro. 362. () Quiero verle y hablarle antes de que muera. ()

Acompañado por el comandante del depósito y un solo ayudante de campo, pasó Zumalacárregui en el acto a la prisión del brigadier ().

Si el lector no ha de equivocarse al juzgar de los personajes que ponemos actualmente en escena, debe tomar en cuenta, al apreciar sus acciones y sentimientos, las circunstancias de la época a que nos referimos. En el estado normal de la sociedad, cuando las leyes imperan y los hombres se mueven todos dentro de sus límites, un desdichado en capilla es uno de los seres más infelices que imaginarse pueden y, siquiera haya cometido crímenes de atrocidad increíble, las entrañas mismas del juez que, en cumplimiento de su obligación, le sentencia, se conmueven en su favor. Porque, bien considerado, cuando la ley dispone de la vida de un ser racional, parece como que le usurpa a la Divinidad uno de sus más importantes atributos y no hay humano, por empedernido que su corazón sea, que acometa a sangre fría tamaña empresa, fuera de contadísimas execrables excepciones.

Pero la guerra y, sobre todo, la guerra civil, subvierte hasta cierto punto los principios mismos de la moral universal, convirtiendo a los hombres, a los ojos de sus enemigos, en simples unidades que es lícito y conveniente suprimir siempre que la ocasión se presenta... La vida, que en el estado normal, es el primero y más importante de los bienes, cuando las hostilidades se han roto y encarnizado, llega a ser la cosa que menos se cuida y más se desprecia; nadie cuenta con la suya por más tiempo que el momento presente; nadie, en consecuencia, se cura mucho de la ajena y es un hecho de que por experiencia propia podemos dar testimonio de verdad que oír decir, durante la guerra, «Fulano ha muerto», causa a sus mayores amigos impresión menos dolorosa que saberle herido gravemente. En resumen, como al tomar las armas sabe cada cual que a *matar o morir* se le llama, llegado el caso ni matar ni morir sorprenden o entristecen como lo hicieran en circunstancias ordinarias.

Así pues, ni Ribera esperando sereno su última hora, ni Zumalacárregui señalando su instante supremo a sangre fría pueden ni deben ser considerados como víctima heroica aquél y como verdugo impío éste, sino como dos hombres de corazón firme, desempeñando bien sus respectivos papeles. () 363.

Daban las diez de la noche en el reloj de la parroquia (no recordamos pueblo alguno en Navarra que no tenga reloj de torre) cuando, súbitamente, se abrió la puerta de la prisión y apareció en ella la figura sombría del héroe carlista.

Retrocedió el centinela un paso, poniendo el arma al hombro con aire respetuoso; alzó la vista el preso reconociendo al visitante y púsose, además, en pie para recibirle cortésmente.

No se habían visto hasta entonces Ribera y Zumalacárregui más que en el campo de batalla, pero la persona del último era conocida de todos, así amigos como enemigos, en aquel territorio.

De estatura algo más que mediana, ancho y cargado de espaldas, vigorosamente constituido, prolongado el rostro cetrino y pálido el color, afilada la nariz aguileña, cuya forma en conjunto tenía alguna cosa de judaico, corridas y casi juntas las negras cejas, largas las pestañas, expresivos y magnéticos los ojos, torva la mirada, Zumalacárregui era un hombre que las mujeres podían llamar feo, pero en cuyo conjunto encontraba el observador algo que le obligaba a la meditación, algo que le movía a respetarlo. En todo caso, habiéndole visto una sola vez, aunque de lejos fuese, no era posible olvidar su figura y ademanes. Éstos eran angulosos y resueltos más que académicos y urbanos y su acento, como sus frases, anunciaban desde luego al hombre nacido para el mando absoluto, al hombre con fe en el dominio de uno solo, si bien más dispuesto a ejercer la tiranía que a resignarse con la esclavitud. La noche a que ahora nos referimos vestía su ordinario traje de marcha y combate: pantalón de mezcla, bota con espolín, zamarra negra de piel de cordero, la boina roja muy inclinada sobre la frente y sable de tirantes que llevaba debajo del brazo izquierdo cuando entró en la estancia de su prisionero.

A una seña <sup>964</sup> del general carlista retirase el centinela y, cerrando- 364. se la puerta de la sala, quedáronse a solas Ribera y el hombre en cuyas manos estaba por el momento su vida.

—Sentémonos —Dijo Zumalacárregui ()— Supongo que el comandante del depósito habrá tratado a usted con la consideración debida.

364. —Quisiera poder pagárselo como se lo agradezco, coronel Zumalacárregui —Replicó Ribera.

—¡Coronel Zumalacárregui! ¡Bien, amigo, bien! ¿No quiere usted reconocerme el empleo de general <sup>965</sup>, ni aun siendo mi prisionero?

—Por lo mismo que lo soy.

—Bien dicho, brigadier. Al cabo, usted no me llama «el jefe de los bandidos», como alguno de sus generales, mi antiguo compañero en las filas realistas <sup>966</sup>. ¡En Alsua <sup>967</sup> respondí cumplidamente a su cortesía!... <sup>968</sup> Hablemos de otra cosa, que el tiempo es para entrambos precioso. Ya usted sabe que hacemos la guerra sin cuartel: ustedes empezaron fusilando a don Santos Ladrón <sup>969</sup> y... () Si hubiera un medio de salvar a usted, créame que lo haría.

—¡Señor mío! ¿A qué engañarnos? Usted gobierna aquí como le place y es árbitro de las vidas de los hombres.

—¡Cómo se engaña usted, brigadier! Cada uno de mis tenientes, de esos que ustedes llaman cabecillas, es un cacique en su provincia, es mi rival cerca del rey, es un elemento de desorden en el ejército; cada uno de mis voluntarios, haciendo la guerra por su cuenta, se cree con derecho de juzgar de los actos de su general en jefe. Los ojalateros me detestan porque pongo límites a su ridícula ambición, los cabecillas porque les obligo a hacer la guerra como soldados, los frailes porque no me humillo a sus cogullas y, si entre la tropa soy popular, es a condición de ser invencible; el día que la fortuna me vuelva la espalda, ése será el último de mi dominación. Créame usted, brigadier, soy un instrumento más o menos inteligente y poderoso, pero un instrumento y no otra cosa.

Zumalacárregui, hablando con un hombre que, según todas las probabilidades, iba a dejar de existir dentro de ocho o nueve horas, desahogaba su corazón con una franqueza que no estaba en sus hábitos ni aun con sus más íntimos confidentes. ()

—Así pues, deseo hallar un medio para salvarle a usted la vida sin apartarme del sistema que he adoptado (). 365. Brigadier, usted debe su carrera a la benevolencia del difunto monarca. Usted ha sido siempre realista en las opiniones y en los hechos. Usted, en fin, por su nacimiento y educación no puede ser revolucionario. ¿Será posible que desconozca usted a dónde caminan el Gobierno de Madrid y sus partidarios? ¿Será posible que no vea usted que, aun suponiéndose libre en el ejército cristino y triunfante de nosotros, el día mismo en que la revolución no necesite de su espada será, por lo menos, arrinconado y, muy probablemente, perseguido? Brigadier Ribera, su puesto de usted es entre nosotros y yo le ofrezco en el acto la faja de mariscal de campo y el mando de una división de mis valientes navarros. Elija usted: o general carlista esta noche, o prisionero fusilado mañana. ()

—Fusilado mañana, puesto que así lo quiere mi desdichada estrella. Al comen-zarse la guerra civil quizá estuviera en mi derecho eligiendo su partido de usted en vez del que sigo. Ahora que ya he tirado la espada en defensa de Isabel II, sería un vil desertor esgrimiéndola por Carlos V.

—Pero desde el principio hasta hoy —Replicó el faccioso, a quien repugnaba con evidencia fusilar a Ribera— las cosas han variado de aspecto, la revolución ha hecho camino.

—Es cierto: mucho más camino del que yo quisiera, lo confieso sin dificultad. Más diré, creo indudable lo que usted me pronostica ().

—¿No es, entonces, una locura obstinarse en sacrificar la vida por tal causa?

—Es una necesidad cruel, como la que usted tiene de fusilarme. El hombre de honor procede bien para su propia satisfacción y deja que la desdicha le abrume antes que turbar la paz de su conciencia. Fernando VII, en cuya defensa murió gloriosamente mi padre, 366. ha sido mi bienhechor. Dando la vida por su hija pago una deuda.

—Ribera —Exclamó Zumalacárregui enternecido—, los hombres como usted son raros, ¡muy raros! Se empeña usted en morir y quizá lo sienta yo más que usted mismo. ¿Quiere usted un día más para reflexionar en lo que le propongo?

—Sería inútil —Contestó el brigadier, tomando y estrechando cordialmente la mano que su enemigo le tendió—, sería inútil: dentro de un año pensaría lo mismo que en este instante. Envíeme usted un confesor racional: aquí ha venido estos días un fraile fanático...

—No me diga usted más. Esos idiotas son los que causarán un día la ruina de nuestra causa. Pero ¿está usted resuelto irrevocablemente?

—¿Haría usted otra cosa en mi lugar?

Zumalacárregui, no osando contestar a tal pregunta, salió apresuradamente de la estancia y volvió a entrar en ella el centinela. ()

## CAPÍTULO X. Más vale un amigo que pariente ni primo

Serían las once de la noche cuando el general en jefe de las fuerzas carlistas se apartó de Ribera; a la media, acudió a confortar a éste el eclesiástico encargado de asistirle en sus últimos momentos ().

Nuestro brigadier () acostose () repitiendo involuntariamente en su memoria aquellos sentidos filosóficos versos de Jorge Manrique que dicen:

Pues vemos lo presente  
 cómo en un punto se es ido  
 y acabado  
 si juzgamos sabiamente  
 daremos lo no venido  
 por pasado <sup>970</sup>.

A poco cerró sus párpados () <sup>367</sup>; pero no llevaría dormido <sup>971</sup> tres horas cuando un sueño, de esos que por lo vivo de las imágenes y lo terrible de las sensaciones apenas se distinguen de la realidad aun después de pasados, se apoderó de su fantasía. Súbito y sin saber cómo ni por quién transportado, hallose Ribera en lo más hondo de un abrupto escabroso precipicio donde, cargado de cadenas, se miró frente a un monstruo con cien cabezas de tigre, otras tantas colas de serpiente armadas de ponzoñosos dardos, duplicadas garras de buitre y un solo cuerpo de dragón cubierto de metálicas relucientes escamas. Aullaba el monstruo ferozmente, acercándose, empero, con lentitud a don Luis, quien, al mirar sus encarnizados ojos y destrozadoras garras y al oír el silbo de los dardos que iracundo vibraba, dióse por perdido y muerto. Pero, cuando ya iba a perecer miserablemente, descendió de las nubes e interpúsose entre el encadenado caballero y su feroz enemigo un espíritu de luz, sin duda, a juzgar por las apariencias. Era, en efecto, una figura elegante y airosa, de finísimos blancos cendales vestida, con un ceñidor de oro en la cintura y en la cabeza una corona de blancas rosas con olorosos jazmines y verdes ramos de flexible mirto enlazadas. Alzó Ribera los ojos a mirar la aparición y con indecible gozo de su alma constrictada reconoció a Laura de Valleignoto, a la amada de su corazón, a la reina y señora de su espíritu y persona. En el primer momento, fuele imposible proferir un acento. Laura, con profundos sollozos y tiernas voces, imploraba misericordia; el monstruo por un instante pareció vacilar, mas, recobrando luego su nativa ferocidad, hizo además de arrojar de nuevo sobre Ribera y, al mismo tiempo, sobre la hermosa mejicana, que con su cuerpo le escudaba. La angustia del brigadier era en aquel momento inexplicable. Erizóronsele realmente los cabellos, un sudor helado cubrió sus entumecidos miembros, agitóse convulsivamente en el lecho y, articulando con dificultad las palabras, exclamó despertándose imperfectamente:

—¡Laura mía! ¡¡¡Laura mía!!!

—Luis amado de mi alma —Respondió la voz real y efectiva de la hija del indiano—, aquí me tienes, a tu lado estoy. Juntos moriremos, ya que vivir juntos ha sido imposible. ()

Laura en persona estaba en sus brazos y al lector no le pesará, sin duda, que le expliquemos el cómo, pues que ya sabe el cuándo: Al recibir Laura en San Sebastián de Guipúzcoa la noticia de la prisión de Ribera (), resolvió 368. salvarle o perecer en la demanda. () Exponerse, hermosa y delicada, a la brutalidad de los dos ejércitos enemigos, a las inclemencias del cielo y a privaciones de todos géneros no fueron a sus ojos sacrificios que merecieran tomarse en cuenta. A la verdad, para un hombre tal empresa fuera imposible de todo punto: las autoridades cristinas o carlistas, quizá unas y otras, hubieran puesto breve término a sus correrías (). Pero la belleza de Laura, sólo comparable a su aflicción entonces, conmovía hasta los más empedernidos corazones. () Los más prudentes movían la cabeza al escucharla en son de lástima: la inflexibilidad de Zumalacárregui era conocida (). Desesperada, pues, pero firme en su inmutable propósito, llegó Laura, a la una de la madrugada del día en que su amante iba a ser fusilado, a la puerta del alojamiento del general carlista, a la sazón gravemente ocupado, por cuya razón había dado orden de que bajo ningún pretexto se le interrumpiese. Sin embargo, la hermosura, las lágrimas, los sollozos, los ruegos elocuentes de nuestra heroína y, más que todo, la premura del caso, enternecieron de tal modo al joven ayudante de campo de servicio que, aun con evidencia de ser muy mal tratado, entró en el despacho de su terrible jefe.

—¿Qué hay? —Preguntó aquél ().

—Mi general —Respondió, respetuosa y hasta tímidamente el ayudante— una mujer... 369.

—¡Una mujer! —Repuso, iracundo, Zumalacárregui— ¿Y por una mujer se quebrantan mis órdenes? ()

—Viene a pedir por la vida de un hombre que va a ser fusilado, mi general.

—Mañana la recibiré.

—¡Mañana sería tarde! —Dijo Laura, que, incapaz de contenerse, entró en el despacho ().

Sin darle tiempo a que un solo acento pronunciase, echándosele a los pies y abrazándole las rodillas, comenzó a rogarle con sentidas voces y tiernas palabras, capaces de ablandar a una roca, que perdonase la vida al brigadier Ribera. ()

Economizaremos al lector la referencia de un diálogo que su ingenio suplirá fácilmente. Laura apuró en vano todos los recursos de su elocuencia, tocó, uno después de otro, cuantos resortes imaginaba que podrían ablandar a Zumalacárregui. Éste, inflexible en su resolución, estuvo cortés, se manifestó humano y hasta compasivo, pero negando siempre la gracia que se le pedía.



—Permítame usted, al menos, —Le dijo Laura, por fin, anegada en llanto— que pase a su lado (el de Ribera) las pocas horas que le quedan de vida.

—Los frailes —Contestó el general después de meditar algunos instantes— los frailes y los curas me quitarán el pellejo, me motejarán de impío si tal consiento. Pero no importa, será lo que usted desea. ()

El centinela de vista, sin apartarse de su puesto, aunque grosero por educación, noble por naturaleza y conmovido por el espectáculo de tanta desdicha, procuraba estorbar lo menos posible a los amantes. () Ribera, que a morir iba, esforzándose en consolar a Laura:

—Dichosamente —Le decía— nuestro amor, tan puro como intenso, no nos ha hecho nunca olvidar las leyes de la virtud más severa. Yo, al comparecer ante el Juez Supremo, podré sin temor aguardar su fallo, porque el Padre de la misericordia no ha de hacerme un delito de haber amado a la más bella y santa de sus criaturas. () Tú, mi bien, ofrécele al Señor las angustias de tu corazón y un día, unidos en otro mejor mundo, gozaremos juntos de eterna dicha. ()

Laura le replicaba:

—¡Oh! La religión que da tal esfuerzo a un hombre y le dicta esas palabras y le inspira esos sentimientos en presencia de una muerte prematura, violenta e injusta, esa religión es verdadera, esa religión es revelada y tú, tú solo me haces creyente. Entonces, ambos amantes cayeron a un tiempo de rodillas ante la imagen del Redentor crucificado y en alta voz hicieron una fervorosa oración que Ribera decía y Laura repetía palabra por palabra en medio de copioso llanto.

Así estaban cuando, sin ser por ellos visto ni oído, entró en la capilla el confesor de la víctima, revestido ya para celebrar el sacrificio de la misa por última vez en su presencia y administrarle el santo viático. 371. A la vista de aquellos dos seres altamente infelices que, en la soledad de una prisión y en el momento de separarse para siempre, se postraban reverentes ante el Santo de los santos, aceptando con humilde resignación la inmensa desdicha que sobre ellos pesaba, el sacerdote no pudo menos de sentir honda conmoción <sup>972</sup> (). Tendió, como inspirado, sus manos sobre las cabezas de Laura y de Ribera y, en voz que el enternecimiento agitaba, exclamó:

—El Señor os bendiga, hijos míos y, en gracia de vuestra cristiana resignación en momentos tan amargos, olvide vuestras flaquezas y perdone vuestros pecados.

—Así sea —Exclamaron, a un tiempo, los infelices.

Dicha la misa, el eclesiástico exigió que Laura se retirase. Nosotros renunciemos a describir la despedida de los dos amantes (). Nuestro silencio equivale al velo con que el artista de la antigüedad cubrió el rostro de Agamenón inmolando a Ifigenia. Baste decir que Laura, desmayada, salió de la capilla en brazos de varias mujeres que fueron llamadas al efecto, entre las cuales una respetable matrona, cuyos dos hijos acababan de ser fusilados por nuestras tropas.

—¡Todavía hay navarros! —Dijeron los desdichados mozos al arrodillarse para recibir la muerte.

—¡Dichosos ellos! —Exclamó su madre al recibir la funesta nueva— ¡No todos en esta época logran la fortuna de tener un sacerdote al lado cuando mueren!

¡Jamás Porcia <sup>973</sup>, ni Lucrecia, ni romana alguna profirieron palabras tan sublimes! Y aquella mujer (), 372. al saber la desventura de Laura acudió, sin embargo, presurosa, a ofrecer su casa para albergarla, su persona para consolarla. ()

En tanto, Ribera () preparábase al mismo tiempo, aseando la persona, para comparecer dignamente y por la última vez ante sus enemigos. El comandante del depósito le había rescatado el equipaje y el brigadier pudo, en consecuencia, vestirse de gala para morir, como si a una gran parada acudiese. Poco después del toque de diana, oyose el de llamada y tropa; luego, los batallones fueron saliendo a formar el cuadro en el campo, no lejos del pueblo y a la inmediación del río; por último, batiendo marcha granadera, llegó a la puerta de la prisión, siendo las siete de la mañana, el piquete encargado de conducir al preso al lugar del suplicio. ()

Zumalacárregui, esperando siempre ganar para su causa tan buen soldado, había montado a caballo y estaba al frente de las tropas, cuyo número ascendía, aquella mañana, a seis batallones y dos escuadrones. () 373. En el punto donde el reo debía de conversar <sup>974</sup>, se veía el Estado Mayor carlista y, con él, Peñahonda, siempre espía de Zumalacárregui, y a don Ángel además, que acababa de regresar de un viaje funesto a los carlistas pues que, re velando el secreto de sus operaciones, facilitó su última derrota. () Estando ya Ribera a poco más de cincuenta pasos del cuadro, atravesose, entre éste y él, un pequeño convoy compuesto de una camilla que ocho robustos voluntarios conducían en hombros y hasta unos treinta escoltaban al mando de un oficial.

—¿A quién lleváis en esa camilla, voluntarios? —Preguntó el general en jefe.

—Mi general, a mí —Respondió, levantando el paño que la cubría, la persona que iba en la camilla. Los voluntarios hicieron alto.

—¡Con que vive usted, coronel Villaparda! ()

Diciendo así, estrechaba Zumalacárregui la mano de nuestro amigo don Rafael de Villaparda (). Pero el lúgubre son de la caja destemplada, que ya había llamado su atención desagradablemente, le hirió entonces tan de cerca, que no pudo menos de exclamar:

—¿Qué es esto, mi general?

—Una ceremonia bien triste —Respondió Zumalacárregui— un jefe cristino que voy a pasar por las armas (): el brigadier Ribera.

—() ¡Ribera morir fusilado! ¡Infeliz Laura! Mi general, eso no puede ser, no será mientras yo pueda impedirlo.

Las voces del herido llenaron de asombro a los que oírlas pudie- 374. ron, porque oponerse a la voluntad de Zumalacárregui era cosa que al más osado de aquellos hom-

bres, en general todos valientes, no se le pasaba siquiera por la imaginación. () El mismo Zumalacárregui, sorprendido como no es decible y frunciendo sus pobladas cejas de una manera espantosa, lanzó una mirada de tigre a Villaparda; mas, al ver al bizarro oficial, que, cubierto el pecho de blancas ligaduras con sangre propia salpicadas, perdida del rostro la color y revolviendo en torno lo desencajados ojos, más que ser viviente parecía un cadáver por mágicos artificios obligado a dejar el reposo de la tumba, trocose su ira en lástima compasiva y dijo, ya sin cólera:

—¡Ese hombre delira! Llevarlo a la cama. ()

—¡Alto! ¡Alto, voluntarios, o me arrojo de la camilla al suelo! ()

La escolta del preso tuvo que hacer alto y Ribera, sensible, aun en su desesperada posición, a la noble amistad del herido, dájole en voz que, por lo serena, puso en los oyentes admiración y espanto:

—Villaparda, amigo mío, no exponga usted su vida inútilmente por salvar a un hombre que sabe estar irrevocablemente condenado a la muerte. Viva usted para consolar a Laura; a su amistad de usted la confío. ¡Adiós! —Y, volviéndose al oficial que mandaba la escolta, añadió— ¡Vamos, caballero oficial! Del mal paso, salir cuanto antes. ()

El despreciable Peñahonda y el inicuo don Ángel, lleno aquél de honores y éste de riquezas, se gozaban a su salvo en el espectáculo de la miseria y desolación. () 375. () Sin embargo del deseo de Ribera, su escolta no rompió el movimiento, estorbándose la del herido y los caballos de los ayudantes de campo. ()

—Mi general, el brigadier Ribera me ha salvado la vida en Madrid hace pocos meses, arrancándome de manos de los revolucionarios que iban, indudablemente, a asesinar me y que lo hubieran hecho antes de que él llegara en mi auxilio sin la heroica intervención de una mujer de quien es tiernamente amado. () Usted ha tenido la bondad de elogiar mi conducta en el campo mismo de batalla y de ofrecerme la recompensa que yo quisiera. Entonces rehusé, ahora voy a pedir una gracia y ésa es la vida del brigadier Ribera.

—¡Imposible! ¡Imposible!

—Pues bien, mi general: una vez que a sus ojos de usted nada valen mis servicios (), muera él en buen hora, pero declaro a usted que no me muevo de este sitio y que, al sonar la descarga que ponga término a su existencia, arranco las vendas que cubren mis heridas. ()

—Abusa usted de su lastimoso estado, de sus servicios y de mi amistad, coronel Villaparda. Pero no quiero que se me acuse nunca de ingrato con los buenos servidores del rey. Si usted me promete calmarse, voy a mandar que la ejecución se suspenda.

—¿Por qué no concederme desde luego la gracia que solicito?

—Más tarde hablaremos de eso. 376. ()

El barón de Peñahonda, miserable palaciego, y don Ángel, espía villano, deploraron amargamente no verse libres el uno de un rival aborrecido, el otro de la única persona que a fondo le conocía pero la Divina Providencia estaba ya cansada de la vileza del uno y de las iniquidades del otro, y el momento del castigo de entrambos se acercaba. ()

## CAPÍTULO XI. La mano de la Providencia

() 378. Peñahonda y don Ángel, inmediatamente después de suspendida la ejecución del brigadier, tuvieron en el alojamiento del primero una larga conferencia de cuyas resultas salió el traidor confidente de Mendoza del pueblo de Zúñiga en busca de cierto fraile, tan fanático como influyente entre el vulgo carlista, y el barón para el alojamiento de Zumalacárregui. Despreciábale éste en realidad altamente y aun le miraba con cierta desconfianza instintiva, pero su título, su graduación y sus muchas relaciones cortesanas exigían que le tratase con algún miramiento. () Con tales antecedentes, ya se comprenderá que el barón osara ir de propósito a significar a su general en jefe el mal efecto que en su sentir había de producir el no aplicar a Ribera la ley común; y Zumalacárregui, oyéndole pacientemente, se limitase a responderle que el suplicio del brigadier, diferido sólo en consideración al estado peligroso de Villaparda, tendría lugar antes de que pasaran muchos días. Pero al inmediato siguiente, un movimiento de la división del ejército de la reina llamada de la Ribera, porque en la del Ebro operaba, obligó al caudillo carlista a acudir a la parte de Estella y el prisionero volvió a quedar bajo la custodia del comandante del depósito de Zúñiga. ()

Don Ángel, en tanto, no había perdido el tiempo: el fraile a quien iba a buscar, enemigo declarado de Zumalacárregui, () salió a predicar por los lugares de la montaña una especie de cruzada contra el impío que no vengaba la sangre de los voluntarios en la cabeza de los jefes cristinos. Todo el bando apostólico se puso de su parte; el vino prodigado y algunos reales gastados sembraron el fuego de la insubordinación en los soldados dispersos y, en resumen, organizose completamente un motín. Bueno será advertir que don Ángel, en su ansia de salir a 379. un tiempo de Laura y Ribera, descuidó en aquella ocasión más que solía y conviniera sus habituales exquisitas precauciones, mostrándose sobradamente parte interesada en el negocio.

En esto se pasaron cuatro o cinco días, durante los cuales Villaparda proseguía en su curación. () Recibía visitas que en realidad le eran importunas y, como entre ellas se contaban personas de todos los matices <sup>975</sup> de su partido, los apostólicos con sus impudencias y los moderados con sus recelos, comenzando por alarmarle acabaron por darle idea, aunque muy imperfecta, de lo que aquéllos tramaban y éstos temían. Villaparda conocía demasiado bien el terreno que pisaba (). Llamó, pues, al comandante del depósito, en quien tenía completa confianza, indicole la marcha que debía seguir y ambos escribieron a Zumalacárregui noticiándole cuanto ocurría. Conducido el negocio con rapidez y secreto, ignoraron don Ángel y el barón, que a pretexto de enfermedad se había quedado en Zúñiga, y sus secuaces, hasta que su proyecto era conocido y, creyendo la ocasión propicia, al amanecer del octavo día contando desde la marcha del general en jefe, dispusieron dar el golpe.

En efecto, después de la diana y en el momento de la distribución de víveres, algunos voluntarios ganados rehusaron admitir el pan, so pretexto de falta de peso, insultando al factor y desoyendo la voz del oficial que presidía el acto. Quiso el último, como de razón, castigar el desacato mandando arrestados a los culpables, y burláronse de sus órdenes. Entonces echó mano al sable, pero, desarmado súbitamente, dióse por satisfecho de que se contentaran los amotinados con tenerle preso. El pobre factor recibió unos cuantos palos y los rebeldes, dando feroces alaridos de «¡Viva Carlos V! ¡Mueran los negros cristinos!» y tomando las armas, se encaminaron en tropel a la casa prisión de Ribera. Simultáneamente y de la parte de la montaña procedentes, entraron en el pueblo unos cincuenta o sesenta hombres, voluntarios que estaban en sus casas disfrutando licencia temporal por diferentes causas, capitaneados por un fraile francisco <sup>976</sup> (). 380. Por demás estará ya decir que el refuerzo de la montaña () marchó desde luego también a la cárcel del desventurado brigadier.

La guardia que le custodiaba se componía de veinte hombres al mando de un oficial y, a los primeros síntomas de alarma, el comandante del depósito acudió a enterarse de su espíritu y vigilancia (). En seguida entró el comandante a ver al prisionero, en cuya compañía se hallaba a la sazón Laura, y en controlos a él sereno y a ella desolada, porque no le era posible hacerse ilusiones en cuanto al objeto de la criminal asonada. ()

—La casa está cercada por los rebeldes. () Yo, brigadier, voy a hablarles ahora mismo en nombre del general en jefe, en nombre del rey, cuya autoridad, que represento, ultrajan con su conducta. Pero dudo de que me escuchen. () Su vida de usted, brigadier, es un pretexto; la realidad es el odio que ciertos hombres profesan a nuestro ilustre jefe. () 381. Lo que ahora me importa, brigadier, es asegurar a usted de que, si las razones no bastan, acudiré a las armas y que sólo pisando mi cadáver podrán esos hombres llegar hasta el prisionero confiado a mi custodia.

—Comandante —Dijo entonces Ribera acercándosele—, ¿me cree usted un caballero?

—Sí, ciertamente, señor brigadier.

—Pues entonces, si llega el caso de combatir, confíeme usted un fusil y yo le prometo, bajo mi palabra de honor, que cualquiera que sea el resultado, me pondré de nuevo a su disposición.

—Esperemos que no llegará ese caso —Respondió el carlista— pero, si llegase, tal idea tengo de la lealtad del brigadier Ribera, que no vacilaría en aceptar su oferta.

Concluyendo de hablar, salió el comandante de la estancia de los dos amantes <sup>977</sup> y, visto que la guardia, sobre las armas y con ellas cargadas, parecía dispuesta a cumplir su obligación, encaminose a donde los amotinados estaban.

En los pueblos chicos de Navarra se desconoce casi completamente la construcción por manzanas: cada casa está aislada y aun entre las más inmediatas media siempre un pequeño espacio o callejuela, pero la que servía de prisión a Ribera estaba, además, a la

salida del pueblo hacia la parte del río y destacada a unos ciento o ciento cincuenta pasos de las restantes. En consecuencia, pudieron los amotinados bloquearla completamente, asestando contra cada uno de sus huecos seis o siete fusiles prontos a hacer fuego. ()

El fraile y un sargento, tráfuga de nuestro ejército, que eran los jefes ostensibles de la empresa, celebraban consejo de guerra con don Ángel, embozado hasta los ojos, bajo la copa de un frondoso nogal allí cercano cuando el comandante del depósito, con temeridad loable, se apareció inesperadamente entre los voluntarios y comenzó a arengarles enérgicamente. () 382. Don Ángel, que a todo atendía, dijo al fraile:

—Vaya vuestra paternidad corriendo o todo se pierde y somos fusilados antes de cinco minutos.

Sintió el reverendo la fuerza del argumento y acudió presuroso ():

—¡Voluntarios! —Clamó, desaforado— ¡Voluntarios! ¡Defensores de la fe! No escuchéis a ese impío. ()

—¡Padre, voluntarios y vosotros, cuantos me oís, en nombre del rey nuestro señor, os mando que depongáis las armas en el acto, so pena de ser declarados traidores y tratados como tales!

—¡Fuego! —Exclamó el fraile ().

Pero el prudente jefe habíase acogido a tiempo al postigo salvador y las balas de sus enemigos se empotraron en los macizos tableros de encina <sup>978</sup> de la puerta.

Al mismo tiempo que los rebeldes disparaban sus armas, Ribera, en cuya estancia se hallaban por necesidad los cuatro voluntarios encargados de las aspilleras del balcón, repitió la voz «¡Fuego!» del fraile con la enérgica acentuación de un hombre acostumbrado al mando militar, y los soldados carlistas, obedeciéndole maquinal e indeliberadamente, hicieron fuego, en efecto, resultando muerto el sargento tráfuga y herido otro de los amotinados. Un grito de espanto y de ira anunció a los sitiados las dos bajas de los sitiadores y, durante el cuarto de hora siguiente, hicieron los últimos un fuego de fusilería muy vivo contra la casa. Las contraventanas, menos sólidas que la puerta, daban libre paso a las balas; Laura las oyó silbar impávida, fijos siempre los ojos en Ribera, que, olvidando su posición de condenado a muerte, pensaba sólo en animar a los cuatro voluntarios de su estancia y más de una vez tomó el fusil de alguno de ellos para hacer disparos siempre funestos al enemigo. () La puerta de su estancia estaba abierta; Ribera acudía a dondequiera que en la casa podía convenir su presencia y el comandante mismo le consultaba y hasta le obedecía. ()

Don Ángel () se había puesto al frente de los rebeldes, los alentaba, los dirigía, los mandaba en jefe, por decirlo todo de una vez. Y no se tardó mucho en que su sagacidad reconociese que el fuego de los suyos era poco menos que inútil contra la casa, mientras que los disparos de los defensores de ésta iban diezmando a los amotinados. () ¿Qué hacer, pues? () Después de haberse puesto de acuerdo con el fraile, su cóm-

plice, mandaron ambos cesar el fuego y retirarse a la gente. () El fraile, con sesenta hombres, se quedó al frente de la casa, fuera del alcance del fusil; don Ángel, con los cuarenta restantes, de los cuales treinta dejaron sus armas en pabellones, corrió al pueblo y antes de una hora regresó trayendo consigo muchas caba- 384. llerías y su gente, cargados todos de leña de encina, sarmientos, madera vieja y paja, de combustibles, en fin, porque su objeto era incendiar la casa y hacer o que se le entregase el preso o que él y sus defensores perecieran abrasados. Y, en efecto, roto el fuego de nuevo por el destacamento del fraile, a su abrigo hizo don Ángel acercarse al suyo a un tiempo al frente y espalda del edificio; hacinó combustibles en gran cantidad, especialmente contra la puerta, incendiándolos por su propia mano. () Al mismo tiempo que oyeron los sitiados el chisporroteo de las secas ramas y el grito de feroz alegría de los sitiadores, percibieron el humo del incendio que amenazaba consumirlos. ()

—No nos queda más recurso —Dijo el comandante ()— que intentar una salida. ¡Ármese usted, brigadier, y sígame! ¡Voluntarios, vamos a enseñarle a esa canalla lo que valen las bayonetas reales!

Pero los voluntarios, pálidos, sombría la mirada y taciturno el semblante, permanecieron inmóviles descansando sobre las armas. ()

—¿Qué es esto? —Exclamó su jefe ().

—Mi comandante —Dijo entonces el oficial de guardia— () Si salimos, será para morir.

—Morir es la obligación de un soldado.

—Sí lo es cuando pelea por su bandera y contra enemigos de ella, pero aquí no se trata de eso. ().

—Entiendo: lo que se quiere es sacrificar al prisionero para salvarnos nosotros. () Es cobarde y villano 385. y esa villanía no seré yo quien la cometa. ¡Voluntarios, para asesinar al brigadier, empezad por dar muerte a vuestro comandante!

En esto, Ribera se había puesto al lado de su heroico defensor y Laura postrábase de hinojos, diciendo con fervoroso y angustiado acento: «¡Virgen Santísima, consuélode los afligidos, ampáranos en nuestra desolación!». () Así estaban suspendidos Ribera, Laura y el comandante entre la vida y la muerte cuando habiendo, quizá, llegado hasta la Inmaculada «esperanza nuestra» la ferviente súplica de la recién convertida Laura, oyose un tropel de caballos primero; luego, un alarido de los rebeldes y, en seguida, fuego de fusilería, crujir de armas blancas, imprecaciones de soldados y gemidos de moribundos.

Para explicar al lector tan súbito cambio de escena tenemos que retroceder un tanto en nuestra narración, recordando, en primer lugar, que la salida de Zumalacárregui de Zúñiga fue motivada por un movimiento de la división de la Ribera sobre Estella. Aquella ciudad estaba entonces guarnecida por tropas de la reina



y para abastecerla de víveres y municiones era raro el mes en que sus avenidas no se ensangrentaban. Advertido aquella vez a tiempo el caudillo navarro, ocupó en la ocasión a que nos referimos los pueblos de La Solana y, careciendo <sup>979</sup> la división isabelista de la necesaria fuerza de infantería, hubo de diferirse en el momento la marcha del convoy, permaneciendo los dos campos en recíproca observación el uno del otro. En consecuencia, el cuartel general de Zumalacárregui distaba sólo de cuatro a seis leguas del pueblo de Zúñiga durante los acontecimientos últimamente referidos.

Ya dijimos que Villaparda y el comandante del depósito habían escrito a su jefe (). Aquel aviso llegó a manos de Zumalacárregui la noche inmediatamente anterior a la rebelión de Zúñiga. Conocía el caudillo carlista demasiado bien que la más pequeña brecha que en su omnímoda autoridad consintiese abrir sería origen de su ruina personal y de la de su partido para permanecer indiferente a la noticia y como, además, estaba seguro de que en cuarenta y ocho horas no podían recibir sus contrarios el refuerzo que para atacarle e introducir el convoy en Estella esperaban, no vaciló en ponerse en marcha para Zúñiga al amanecer del día de la insurrección sin más escolta que una mitad de caballería y dos compañías 386. del batallón de guías (). Pero Villaparda, que ignoraba el movimiento de su general en jefe, apenas supo la noticia de los primeros síntomas de la insurrección hízose vestir y montar sobre un caballo (). Mas la buena voluntad era superior a las fuerzas de Villaparda: sus heridas, apenas comenzadas a cicatrizar, abriéndose con el movimiento del caballo, brotaron sangre antes de que anduviese media legua. Desmayose, en consecuencia; el asistente () improvisó una camilla que en hombros tomaron cuatro paisanos para regresar con el enfermo a Zúñiga. Poco antes de llegar al pueblo encontró Zumalacárregui y por él supo que ya la insurrección había estallado. En consecuencia, tendió en guerrilla una de las compañías de guías, conservando en reserva la restante, y se encaminó al frente de la casa sitiada, dando orden a la caballería de que, formando en ala, envolviese la espalda y flancos del mismo edificio, a fin de que, si era posible, ninguno de los rebeldes se le escapase. Tal maniobra produjo los resultados que se prometía Zumalacárregui. () 387.

En el acto hizo Zumalacárregui quintar a los rebeldes vivos y, sin demora también, fueron fusilados los que su mala suerte designó para morir. Don Ángel fue registrado y, hallándole encima papeles que demostraban evidentemente haber sido él uno de los principales autores de la rebelión, así como sus inteligencias con el ejército de la reina, mandó Zumalacárregui que se le ahorcase en el instante. No habiendo ni horca, suplicio, ni verdugo, se dispuso colgarle de un árbol (el nogal a cuya sombra había celebrado consejo de guerra poco tiempo antes), sin más dilación que la necesaria para que se confesase. ()

—No pienso perder el tiempo en ello. () Cuélguenme ustedes cuanto antes, que al cabo no harán más que tomar la revancha por los muchos a quienes yo he despachado por mi mano o por la ajena.

—Miserable, calla —Le gritó el general carlista—. Ponerle <sup>980</sup> una mordaza a ese monstruo y colgarlo al instante. ()

Su acento no volvió a resonar en este mundo. () Aquella tarde fue Zumalacárregui a visitar a Villaparda y, como éste insistiese más que nunca en obtener por completo la gracia de su amigo, replicole:

—Villaparda, no se canse usted. Yo no puedo eximirle de la ley común: mañana le fusilo si no se escapa esta noche. () Apretáronse la mano los dos carlistas, miráronse expresivamente y, sin que mediase más palabra, se terminó la visita. Aquella noche, en efecto, los centinelas exteriores de la prisión de Ribera se recogieron a lo interior de la casa, el de vista se rindió al sueño, todas las puertas estaban abiertas y a las doce entró en la estancia del prisionero un soldado de caballería envuelto en su capote que le dijo a media voz:

—Sígame usted, la duquesa nos aguarda a la puerta.

Ribera, sin meterse en averiguaciones, hizo lo que se le prevenía. () 388. Antes del amanecer estaban los dos amantes y su guía en las inmediaciones de Dicastillo, que es un pueblo <sup>981</sup> de La Solana, distante unas tres leguas de Lerín, punto fortificado por nuestras tropas. ()

—Aquí vamos a separarnos. Brigadier, no hable usted muy mal de Zumalacárregui cuando esté entre los suyos —Dijo el soldado carlista.

—() Dígales usted a Zumalacárregui, a Villaparda y al comandante del depósito que, como particular, mi vida, mi fortuna y mi amistad serán eternamente suyas. ()

—Adiós, brigadier (). Este paisano —Añadió, señalando a uno que, como por encanto, se había allí aparecido— es de toda confianza y conducirá a ustedes hasta Lerín. Y, por si acaso, ahí va eso.

Al decir tales palabras, puso un papel en manos de Ribera y, sin aguardar respuesta, volvió el caballo y, a galope, se metió en el pueblo. () Abierto el papel, vieron los amantes que era un *pase* en regla del general carlista. ()

**389. CAPÍTULO XII. Laura convertida. Mendoza castigado.****Martirio del patriarca.**

() 390. Laura sólo a los hechos podía rendirse y el Todopoderoso, en su infinita misericordia, se dignó acomodarse a la naturaleza de su criatura. Ya lo dijimos a su tiempo: la resignación cristiana que la hija de don Simón observó en su amante, cuando ya en capilla se disponía, sereno, a recibir la muerte; la sublimidad de las sencillas palabras de Ribera encomendándola que no se dejase abatir por el dolor y, más que todo sin duda, un rayo de gracia divina, redujeron a Laura en solo un instante al gremio de los fieles sin entibiar por eso en nada el amor que al brigadier profesaba. En tal situación de espíritu, fortificada por la catástrofe del pérfido don Ángel, que hizo en su ánimo profunda sensación, dijo Laura ya en Lerín a Ribera:

—Luis, la Providencia acaba de salvarnos a entrambos: a ti, de la muerte del cuerpo y a mí de ésta y de la del alma. () Habría negra ingratitud de nuestro misericordioso Salvador en pagar sus beneficios infringiendo sus preceptos santos. Es forzoso, pues, que nos separemos: yo, Luis amado, a encerrarme en el claustro, donde de noche y de día oraré por entrambos hasta que el cielo bendiga nuestra unión o a Sí me llame, si ser tu legítima esposa no es posible; tú, mi bien, a cumplir con tus deberes ().

Ribera esperaba todo menos declaración semejante de parte de una mujer que, espontáneamente, se había obstinado en seguirle. () Así, en el primer momento, no pudo menos de mostrarse enojado con Laura, pero ella, con apasionadas elocuentes razones, logró sin gran trabajo reducir a la razón a su noble amante. () 391.

La sensación que la noticia de las recientes aventuras de Laura y su entrada en el convento causaron en el público fácilmente se comprende. ()

La muerte de Leoncio de Montefiorito, ocurrida a mediados de junio, por lo que al brigadier respecta, nos vemos en la precisión de confesar, aunque perjudiquemos su reputación de hombre de buenos sentimientos, que le pareció fausto acontecimiento. Laura lloró sinceramente al hermano. () 392.

Aquí tal vez pudiera darse por terminada nuestra tarea y aquí, mucho lo tememos, arrojará el libro más de una lectora, diciendo:

—Entiendo: esta novela acaba, como todas, en un matrimonio: pasó el año del luto, salió Laura de su convento y el brigadier Ribera se convirtió en el segundo duque de Valleignoto. Para decirnos eso no era necesario emborronar más papel.

Un poco de indulgencia, bella crítica (si la lectora no es bella nos importa un ardite que nos juzgue como quiera); un poco de indulgencia, y discutamos. ¿Cómo se llama esta novela?

—¡Buena pregunta! (responde la censora); *Patriarca del valle*.

—Cabal —decimos nosotros (nosotros, es decir, yo, el autor)—; ¿y no recuerda usted algún otro personaje de cierta importancia cuya suerte ignora?

—¿El lego y ese...

—Me hago cargo, es demasiado viejo y sobradamente feo para interesar. Otro.

—¿Como no sea Mendoza?

—También ése, señora mía.

—¡Buena alhaja! Descortés, sanguinario...

—Pero queda otro.

—No recuerdo.

—Pedro, el pastorcillo del valle.

—¡Ah, sí! ¡Pobre niño! El que se enamoró de Laura.

—Y se fugó de su palacio desesperado.

—¿Y qué le sucedió?

—¿Quiere usted saberlo?

—Bueno.

—¡No más que bueno! Si a usted le es indiferente, lo dejaremos.

—No, diga usted, así como así, el día está lluvioso, no pasa un alma por la calle y de coser tengo pereza.

—Poco lisonjeros son los motivos; pero un autor quiere que lean su libro y sea por lo que fuere, prosigo con mi cuento.

—¿Será muy largo?

—El presente capítulo y un epílogo. Habiendo comenzado prólogo, ya usted comprende...

—Bien, bien: al cuento, y por Dios, no tengamos las digresiones de siempre.

—De eso no respondo: mi pluma es como los perros perdigueros, sigue fielmente a su amo, pero unas veces delante y otras detrás, siempre dando rodeos, yendo y viniendo, en fin, sin dejar nunca de marchar hacia su objeto definitivo, pero andando el camino según su capricho.

—Sea como quiera, acabemos. ¡Qué mortal tan prolijo es usted!

—Con esa venia empiezo de nuevo, aunque ya por poco tiempo. 393.

Nos separamos de Mendoza en el momento en que salía del club revolucionario (). Retirose () al asilo de su amigo Buenadicha y allí permaneció oculto los ocho o diez días que el opulento banquero, por medio de muchas y altas relaciones y prodigando el oro a manos llenas, consiguió que se echase tierra, como vulgarmente se dice, a la causa criminal pendiente contra el mismo Mendoza y el poeta Eduardo de la Flor. ()

A la verdad, al saber por la voz pública las aventuras de Laura y Ribera, un resto de celosa envidia se dejó sentir en su corazón. Pero el recuerdo de Luisa y la zozobra por la suerte de su hijo le perseguían con sobrado encarnizamiento y los negocios políticos, que en Madrid se enardecían a la misma medida y compás que los horrores de la guerra civil en las provincias, le ocupaban demasiado para que pudiese dedicar atención a la suerte de nuestros dos amantes. () 394. Así las cosas, exaltados los ánimos, incierto el Gobierno en su marcha y creciendo el bando del miserable rebelde, llegó el para siempre memorable mes de julio de 1834.

El cólera morbo () pesaba sobre la capital de la monarquía. () No vamos a describir los efectos de aquella calamidad: plumas mejor cortadas lo han hecho ya y, después de leída la peste de Milán, de Manzoni <sup>982</sup>, no nos sentimos con fuerzas para oponer nuestros informes bosquejos a cuadro tan acabado. ()

Necesitamos, sin embargo, dar noticia en globo de las ocurrencias del 17 de julio y, no habiéndolas ni presenciado, ni tenido ocasión de enterarnos de sus pormenores a causa de hallarnos entonces y años después defendiendo la causa legítima como soldado fiel <sup>983</sup>, nos valdremos de la elegante pluma de un testigo de vista de aquellos lamentables sucesos cuya amistad se presta a favorecernos con su auxilio en esta ocasión.

Dice, pues, la nota de nuestro amigo de esta manera <sup>984</sup>: «Corría el mes de julio y era la hora de la siesta. Reinaba pavoroso silencio en todo el recinto de la capital de España. () Alteraba a menudo aquella fúnebre calma el caminar acompasado de los obregones del hospital trasladando en camillas multitud de enfermos a aquel santo asilo; en vez del continuo rodar de carros y coches, emblemas del comercio y del lujo, se oía con frecuencia la campanilla que anunciaba el santo viático (); veíanse mozos de cordel cargados con hachas de cera virgen y ataúdes. () 395. Cualquiera que sea la civilización de un pueblo, por exquisita que aparezca su cultura, se fanatiza fácilmente en las grandes tribulaciones y presta oído a las especies más inverosímiles, a las noticias más absurdas, con tal de descubrir una razón inmediata como origen de sus aflicciones y de persuadirse de que está a su alcance el remedio (). Habíase propagado, y deliberadamente sin duda, el rumor de que el espantoso número de defunciones ocurridas el día precedente en la corte provenía de estar envenenada el agua de las fuentes y se señalaba a los frailes como factores de aquel atentado. () Prevenidos los ánimos de la generalidad con informes por todos publicados y por nadie desmentidos, bastaba sólo que un suceso público, un acto patente diera más visos de certidumbre a la suposición que tomaba cada vez más cuerpo y trocaba en gritos acordes y desaforados lo que hasta entonces se reducía a murmullos repetidos y de significación temible. ()

Alzábase en la Pu erta del Sol, como en la plaza de San Ma rtín ahora, la fuente de Mariblanca. () El caño que miraba a la fachada del Buen Suceso estaba destinado al vecindario. () A eso de las dos y media de la tarde tuvo un joven la mala estrella de sentir seco su paladar junto a la fuente de Mariblanca y de aplicar sus labios a la caña y su mano cerca de la boca del cántaro que a la sazón se hallaba. «Ese pícaro echa veneno en la cuba», dijo una 396. voz en son de alarma y de susto. No fue menester más para que,

cuantos aguardaban el momento de llenar sus vasijas, hicieran con ellas armas contra aquel incauto. () La llegada de algunos soldados de la Guardia del Principal le indujo a cobrar alguna esperanza y, mirándolos como amparadores de su inocencia, se colocó de buena voluntad entre ellos. () Díjose entonces que el oficial de la Guardia, atento a lo que en la Puerta del Sol acontecía, sobremanera crédulo y precipitado en demasía, secundó los gritos de la plebe atravesando con la espada al que de cierto confiaba hacer evidente su inculpabilidad bajo la salvaguarda de un juicio. Meses después, declaró un consejo de guerra que dicho oficial no causó la muerte al inocente (). Súpose también inmediatamente y dentro del mismo patio de Correos que en la Fábrica de Cigarros habían ocurrido accidentes que corroboraban cuanto se repetía hasta la saciedad de frailes, aguas y venenos. Cuantos se encaminaron a aquel sitio por la calle de Toledo, pudieron ver a un religioso franciscano de Indias asesinado cerca de la plaza de la Cebada.

Poco después, desembocaron por opuestas direcciones delante del Colegio Imperial hasta unos veinte hombres armados de palos, chuzos y escopetas (). Cuando se aprestaban a hacer saltar de un tiro la cerradura de la puerta del Colegio, hubo quien viera salir por la callejuela de San Bruno, a caballo y seguido de cuatro o seis salvaguardias, a una de las personas que ejercían mando en la corte. Aquella era la primera vez que, después del fallecimiento del último monarca, se encontraban la revolución y el Gobierno. () A la vista del Gobierno, suspendió la revolución su desaforada empresa, manifestando bien a las claras por su actitud indecisa que sólo con su amagada apelaría a la fuga. El Gobierno volvió la espalda a la revolución, abandonándola el campo y consintiéndola obrar a su albedrío. Luego que se encontró a solas la turba, renovó con doble empeño su tentativa: forzó la puerta, invadió los claustros, asaltó las escaleras, se derramó por los aposentos y, compuesta de bandoleros y homicidas, se sació de sangre y de oro. () 397. Dentro del edificio y a sus inmediaciones, cayeron sin vida muchos de los que, dedicados con preferencia a la enseñanza, dirigían la educación del vástago de ilustre rama y del hijo del menesteroso artesano. () Séanos lícito consignar este recuerdo de gratitud al llorar la desastrosa muerte de aquellos que fueron nuestros maestros y víctimas del furor del populacho y de la inexplicable apatía de las autoridades. ()

Al sonar los primeros tiros comenzaron a batir generala los tambores de la milicia. Antes de una hora estaban formados en masa, desde la calle real del Barquillo hasta la fuente de la Cibeles, los cuatro batallones creados entonces (). Al cabo de dos horas de descanso sobre las armas, se dio diferente distribución a las compañías; tocó delante de las gradas de San Felipe el Real a la primera y segunda de granaderos, mas, como volvieron a descansar sobre las armas, ocurriase naturalmente a sus individuos si se les había trasladado de un punto a otro para oír más de cerca los tiros (). Viendo desfilar a cada minuto hombres haraposos y soeces con aire de victoria que ostentaban por despojos, ya el escudo de la redención de cautivos, ya medallas de San Luis Gonzaga y de la Virgen del Buen Consejo (), comprendían que los conventos asaltados eran el colegio de la compañía de Santo Tomás, la Merced calzada y San Francisco el Grande. ()

Hasta las diez menos cuarto de la noche no recibieron orden las compañías de granaderos de marchar hacia San Francisco el Grande. () Cuando desembocaron las compañías, formadas en cuartas, por puerta de Moros, percibieron el estruendo de la fusilería guar- 398. dando el breve, aunque regular período de las descargas que hace un cuerpo que ataca una posición cualquiera y a que responde otro que le defiende. Entonces no hubo quien dudase que los frailes hacían fuego. El capitán dio la voz de alto, mandó cargar a discreción y volver a emprender la marcha por hileras para bajar por la carrera de San Francisco. () De orden superior penetró en los claustros parte de la fuerza al siniestro fulgor de hachas de viento, funerarias teas ardiendo bajo aquellas espaciosas bóvedas y sobre cincuenta y cinco cadáveres bañados en sangre e insepultos. () Pocos, muy pocos debieron su salvación a la Milicia Urbana. Empleada con oportunidad, no hubiera perecido ninguno y no hubiera caído esa ignominiosa e indeleble mancha en los blasones de una revolución que, protestando contra las persecuciones del despotismo, se inauguraba asesinando fríamente a ancianos indefensos, a jóvenes sin delito que, amantes de la vida monástica o víctimas de funestos desengaños, habían abjurado del mundo. ()

Es farsa que también fue acometido el convento de capuchinos del Prado: aquellos religiosos ejemplares, pobres hasta el punto de vivir de limosna, siempre los primeros en acudir con caritativo celo al remedio de las públicas vicisitudes con sus plegarias y con sus personas, tenían <sup>985</sup> abiertas de par en par sus puertas y, reunidos en coro, se encomendaban al Señor de cielo y tierra creyendo llegada su última hora. Dentro de aquel santo recinto se oyeron las profanas y sacrílegas voces del tumulto. Continuaron los frailes de hinojos sin interrumpir el cántico de los salmos; al llegar al centro del templo vaciló el paso de la muchedumbre, vaciló el paso de la plebe y retrocedió obedeciendo a irresistible impulso, y los pobres capuchinos trocaron sus cantos de arrepentimiento en himnos de acción de gracias. Ya de noche hubo intento de forzar las puertas del Carmen calzado pero, felizmente, les ocurrió a los frailes tocar a rebato, lo cual ahuyentó a la plebe. ¡Ah, la justicia humana fue impotente para castigar tan horrible atentado! Meses después, había quien le diese aire de poema denominándolo 'la frailada'».

A tan fúnebre y vigorosamente trazado cuadro nos es fuerza a nosotros añadir un especial boceto peculiar a nuestro libro y propósito. El convento de San Francisco el Grande estaba invadido por una turba homicida compuesta, en su mayor número, de hombres de la hez del pueblo a quienes los vapores del vino y del aguardiente, los estragos de la miseria, la costumbre del crimen, el terror a la enfermedad asiática, la convicción del supuesto envenenamiento de las fuentes por los frailes, la esperanza del botín y la sed de sangre daban un aspecto aún más feroz que sus propios escuálidos semblantes, desordenados cabellos, trajes inmundos y desesperados ademanes <sup>986</sup>. ()

La fuerza pública no acudía en defensa de los frailes y éstos, dentro del convento, aguardaban en ansias mortales el momento de su martirio. Unos, incapaces ya de

reflexión y reducidos a un estado de atonía harto próximo a la insensibilidad, yacían en sus celdas, cadáveres antes de que el puñal asesino les hiriese; otros, febrilmente exaltados, corrían las vastas galerías del monasterio exhalando tristes lamentos y pavorosos gritos; quien de hinojos ante una imagen devota llamaba en su auxilio a todos los santos del cielo; quien buscaba en recóndito retrete un asilo contra el próximo peligro o improvisaba un disfraz procurando la fuga. ()

Mas, en medio de la desolación general, Simón y Pablo, que, según recordará el lector, fueron desde Granada enviados al convento que nos ocupa, paseándose tranquilos por el claustro más inmediato a la puerta que los asesinos trataban de forzar, rezaban el salmo «Dies irae, dies illa»<sup>987</sup>, recitando, alternativamente, sus versículos.

400. () En tanto, cuatro o seis religiosos jóvenes, capitaneados por un novicio que lo era más que todos, sintiéndose inocentes y repugnando morir indefensos, apoderáronse de ciertas armas y municiones, sin duda ocultas en el convento por algunos de los ex voluntarios realistas y, desde las ventanas, hacían fuego sobre los amotinados asesinos. No seremos nosotros quien<sup>988</sup> condene semejante determinación: la defensa propia es legítimo derecho siempre que las leyes se encuentran ineficaces para proteger la seguridad personal y la vocación del mártir, una gracia especial que no a todos concede el cielo. ()

Sin embargo, el furor de los sitiadores crecía en razón de la inopinada resistencia que encontraban en el convento y nuestro Mendoza, que bajo el disfraz de un traje de pordiosero y con una postiza barba los capitaneaba, en vez de necesitar alentarlos, tuvo no poco trabajo en dirigirlos de modo que con su imprudente temeridad no comprometiesen el éxito de la empresa. Verdad es que él mismo tenía ya casi perdido el tino.

La matanza de los frailes fue un crimen acordado en el club de que era Mendoza fundador y presidente. Un solo hombre osó allí oponerse a tan cruel como inicua sentencia y ese hombre fue el poeta Eduardo (), expulsado por débil de la orden de los defensores del Santo Templo de la Libertad. Ver rota amistad tan antigua y para su corazón cara () fue para Mendoza un golpe mortal. () 401.

Las municiones se les concluyeron en breve a los frailes capitaneados por el novicio y éste, reuniéndolos, les dijo con la autoridad a que las circunstancias le daban derecho:

—Hermanos, ya no tenemos pólvora ni balas, pero nos queda el hierro. Los asesinos forzarán en breve la puerta del claustro, acudamos a ella y muramos defendiendo el ingreso de la santa casa de Dios. Él tendrá misericordia de nuestras almas.

—Amén —Respondieron los improvisados guerreros. Pero la mayor parte de ellos habían desaparecido antes de llegar al claustro en que se paseaban el patriarca y su siervo.

Al ver Simón al joven novicio, () dando un grito para hombre tan prudente descompasado, exclamó:

—¡Misericordia divina! ¡Pedro en el santuario y con las armas en la mano!



—¡Padre mío! —Contestó el novicio cayendo de rodillas a sus plantas— Sí, Pedro está en el santuario, pronto a defenderlo a costa de su vida, en expiación de su desobediencia a los vuestros ¡ay!... prudentes consejos.

—¡Hijo mío! () Arroja lejos de ti ese instrumento de muerte. La mano del Señor es bastante poderosa para salvarnos a todos, si así conviene a sus santos fines. ()

—Padre mío (). Dios lo puede todo, pero él nos ha impuesto la obligación de defender nuestra vida contra inicuos agresores. ()

La discusión hubiera proseguido probablemente si, al llegar al 402. punto que la dejamos, no se desquiciara la puerta y, por ella, entrase Mendoza al frente de la muchedumbre de los asesinos.

El patriarca, entonces, cayendo de rodillas pero sin muestras de espanto, entonó el versículo: «Quantus tremor est futurus, / cuando judex est venturus», con voz entera y sentido acento. Imitole Pablo, arrodillándose a su izquierda. Pedro el novicio, con el fusil en la mano, aunque indeciso entre su voluntad de defenderse y su respeto a las palabras del patriarca, que acababa de aconsejarle lo contrario, permaneció un instante inmóvil a la derecha del secular anciano. () Arrollados por la multitud furiosa, Simón y Pablo cayeron al suelo y fueron por las plantas de sus enemigos hollados. El novicio Pedro, más robusto y, a mayor abundamiento, armado, pudo retroceder hasta un ángulo del claustro y, allí, protegiendo su persona con la boca del fusil, vio impune desfilarse la mayor parte de la turba. () 403. Mendoza y dos de sus adeptos se quedaron los últimos y, ante ellos, levantáronse del suelo los antiguos moradores del valle.

—Asesinos —Les dijo Simón—, instrumentos de Satanás, ¿por qué tardáis en ejecutar vuestro sacrílego oficio?

A tan audaz provocación contestó uno de los adeptos levantando en alto el sable que llevaba para descargarlo sobre la cabeza del anciano pero, antes de que pudiera hacerlo, la bala del fusil por Pedro disparado le atravesó el corazón. El novicio inmediatamente se arrojó, sirviéndose de su arma como de un palo, sobre el grupo de los asesinos, mas anticipósele el segundo adepto atravesando de una estocada mortal el pecho del patriarca. Mendoza, casi maquinalmente, levantó la tapa de los sesos a Pablo, quien expiró con el nombre de Jesús en los labios. Al mismo tiempo, el fusil que Pedro blandía a guisa de maza de armas cayó tan a plomo sobre la cabeza del matador de Simón, que ni una sílaba pudo proferir el culpable, rindiendo en silencio su espíritu en brazos del querubín rebelde. Mendoza, asombrado del valor del novicio pero recobrando con el riesgo toda su serenidad, paró un golpe que aquél le asestaba y que de asestarle terminara la contienda y, asiéndole el arma con entrambas manos, trabose entre ambos una lucha desesperada.

Sin soltar ninguno de ellos el fusil, () ofrecían un contraste tan notable respectivamente entre sus apariencias y acciones, que fuérale imposible contemplarlos al más

sereno de los mortales sin que se le helase la sangre en las venas. () En tal extremidad, Pedro, dominado por la física superioridad de su contrario, cayó al suelo soltando al mismo tiempo el fusil pero, como no perdiese su serenidad ni aun en situación tan apurada, condújose al caer de manera que logró arrastrar consigo a Mendoza y obligarle también a soltar el arma disputada. Entonces, asiéronse cuerpo a cuerpo luchando a brazo partido (). Costole trabajo y zozobra a Mendoza el vencer al novicio mas, al cabo, sobreponiéndose, apoyole la rodilla contra el pecho, sujetándole con la mano izquierda la garganta como con un 404. tornillo, mientras que, sacando con la derecha del bolsillo un agudísimo triangular puñal, lo hundía una, dos y tres veces en el seno de su inocente víctima. Quiso en seguida levantarse pero Pedro, ya en las ansias de la muerte, con la mano izquierda le asió convulsiva y tenazmente la postiza barba y con la derecha acertó a apoderarse de la segunda pistola del capitán mismo, que, durante la lucha, se le había caído al suelo. Incorporándose, pues, merced a un postrero y vigoroso esfuerzo el infeliz Pedro, encarose con su asesino, apuntándole al pecho la pistola. Mendoza, como era natural, hízose atrás con violencia y, no soltándole el moribundo la barba, quedósele al asesino el rostro descubierto. Conocióle Pedro desde luego y con voz ya sepulcral exclamó:

—¡Ah! ¡Maldito! ¡Tú eres el que blasonas de caballero! ¡Tú, don Pedro de Mendoza, el implacable enemigo de mi bienhechora! Pues bien, yo muero por ti asesinado pero tú... —Y diciendo así, disponíase a dispararle a boca de jarro, pero al hacerlo, Simón, que aún vivía, agonizando en silencioso recogimiento, alzose teñido en su propia sangre y, tendiendo rápidamente el brazo para contener el del pobre huérfano, dijo con terrible acento:

—¡Tente, Pedro! No quieras morir parricida, ese hombre es tu padre.

—Misericordia, Señor. ¡Apíadate de mi alma y de la suya! ¡Perdónale como yo le perdono! —Prorrumpió el desdichado joven y, alzando los brazos al cielo, cayó para no volver a levantarse hasta el día de la universal resurrección.

Mendoza, como si un rayo le hubiera herido, permaneció algunos instantes inmóvil, cruzados los brazos y fija la vista en el palpitante cadáver del novicio. Mientras, el patriarca le dijo:

—Pedro de Mendoza, ese niño a quien has asesinado era hijo tuyo y de una desdichada mujer llamada Luisa. Mi siervo, que ya goza de Dios, por tu sangrienta mano también inmolado, le recogió moribundo en un monte. Al cuello tenía un relicario y, dentro de él, la declaración del nombre de sus padres. ¡Infanticida! ¡La maldición del Señor está grabada en tu frente, mil veces más culpable que la de Caín! ¡Asesino de los ministros de Dios, destructor de la que era tu propia sangre, tú serás tu propio verdugo! ¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Al terminar las últimas palabras, dejó de existir el patriarca del valle. Mendoza, que, al parecer, había escuchado como si no le oyese <sup>989</sup>, acercose al poco al aún

caliente cadáver de su hijo, que contra su pecho estrechó convulsiva pero silenciosamente. Luego, tomó la pistola que la mano de Pedro conservaba asida; metió el cebo y, aplicándosela a las sienas, puesto de rodillas y siempre abrazando el cuerpo del malogrado joven, disparó el gatillo y puso término a su vida y crímenes con el suicidio. ()

## EPÍLOGO

405. Al comenzar la primavera del año pasado de 1842, el autor del libro que va a terminarse buscaba en los alrededores de la capital de Francia, donde, a la sazón, se hallaba emigrado, una casa de campo en que pasar con su familia, mediante un módico alquiler, los meses del verano, estación que, sin ser en París sobradamente calurosa, pone término a los placeres de sociedad y aun la marcha de los negocios mismos retarda y emperieza.

Por razones que no son del momento, su elección se fijó en un pueblecillo situado cuatro o cinco leguas (francesas) al norte de la metrópoli, sobre una verde fértil colina (). Montmorency, que así se llamaba aquel pueblo delicioso, es un agregado irregular de casas de campo, humildes unas, magníficas otras (). En la plaza del pueblo hay de continuo caballos y jumentos de alquiler para que los paseantes no ricos puedan correr las cercanías. () Nada podía convenir más al autor y, debatido en consecuencia el módico precio de la modesta habitación propia de una familia proscrita, queriendo formar idea del país circunvecino, tomó en la plaza un caballo. () Su dirección fue desde luego un sitio que ya es pueblo, habiendo sido hace muy pocos años simple casa de baños minerales. Su nombre, Enghien sous Montmorency. La población en sí misma ofrece poco de singular, fuera del establecimiento de baños, vasto y bien entendido y en el cual es notable la torre que encierra una máquina para la extracción y reparo de las aguas. Los demás edificios son pocos: son todos, al menos durante la temporada de los baños, fondas o paradores; pero, en cambio, tiene un lago, natural en parte y en parte artificial, cuya vista encanta los ojos y dilata el alma. () 406. Tal era poco más o menos la situación mental del autor, de pie en el embarcadero común, esperando a que le entregasen los remos de una barquilla de las de alquiler para explorar solo los confines de aquel mar en miniatura, cuando un rumor que sintió a su espalda de ruedas de coches, pisadas de caballos y voces humanas le sacó de su éxtasis. ()

Dos hombres que de sendos magníficos caballos andaluces acababan de apearse daban la mano para que, de una carretela elegantísima en cuyas portezuelas se ostentaban blasones con manto de armiños y ducal corona, bajasen dos señoras sencillas y elegantemente vestidas. Detrás de ellas echó también pie a tierra una criada ya de edad madura y, en seguida, bajó en sus brazos primero a un niño de cinco a seis años, luego a una niña que tendría uno menos, ambas seráficas, bellísimas criaturas.

—Luisito, hijo mío —Dijo la más joven de las dos señoras al niño—, ven, dame la mano.

—Déjemelo V.E., —Contestó la criada— él y yo nos entendemos mejor.

Como las palabras de la señora y la criada fueron dichas en español y el patrio idioma tiene un acento que en los oídos de un pobre emigrado resuena siempre con eco, a un tiempo grato y doloroso <sup>990</sup>, el autor, que hasta entonces había mirado con

indiferencia a los recién llegados, fijó en ellos la consideración y no sin gran placer advirtió que todos eran personas de su conocimiento () 407. y supo de su boca las circunstancias que motivan el epílogo presente.

Laura, según su propósito, pasó todo el año siguiente a la muerte de Leoncio en el convento de Bayona mas, terminado aquel plazo, ya instruida en los misterios de nuestra santa religión, salió del santo asilo para enlazarse con su amante.

Ribera, oficial distinguido en todos conceptos, era al casarse ya mariscal de campo; su esposa continuó en Francia y él, haciendo la guerra hasta su conclusión en el año cuarenta, que le encontró teniente general y Gran Cruz de la Orden Militar de San Fernando. Pero los sucesos políticos ocurridos en septiembre de aquel mismo año <sup>991</sup>, repugnantes a su opinión política, le obligaron a pedir el cuartel, que sin dificultad obtuvo. Retirose a vivir en una casa de campo con su mujer y sus dos hijos, fruto de las cortas visitas que a Laura pudo hacer durante la campaña. Ribera, como sabemos, era persona que se mezclaba poco en asuntos de Gobierno y a quien las conjuraciones repugnaban instintivamente pero, en 1841, hallándose unido con los vínculos de fraternal amistad al bizarro Diego León <sup>992</sup> y a los demás ilustres jefes del ejército que se alzaron contra el entonces regente del reino, viose comprometido a tomar parte en la desdichada tentativa que se terminó con la muerte del ilustre primer conde de Belascoaín y sus nobles compañeros de martirio. Don Luis, previendo el mal éxito de su empresa, había obligado a Laura a trasladarse anticipadamente a Francia con sus hijos y él, salvándose milagrosamente, logró al cabo pisar la misma hospitalaria tierra, estableciéndose en París con su familia, a la cual ya se había unido para siempre el deán don Lorenzo.

Por lo que hace a Villaparda, () su valor y su inteligencia le llevaron hasta el empleo de mariscal de campo. Unido con los hombres de opiniones moderadas en su bando, con ellos fue también proscrito por los fanáticos apostólicos y, por salvar su vida, gravemente amenazada, tuvo el año de 1838 que abandonar el país vasco-navarro, pasando primero a Francia y luego a Rusia, donde fue admitido al servicio del emperador <sup>993</sup> y empleado en la guerra del Cáucaso <sup>994</sup>. () 408. Pudiera entonces decir con el *Abenhamet* de Cienfuegos <sup>995</sup>: “Fui en todo infeliz, pues ni la muerte / que en las cristianas lanzas mi despecho / tantas veces buscó, piadosa quiso, / el oído prestar a mis deseos” <sup>996</sup>. Pero como no hay bien ni mal que cien años dure, en tres que residió en Rusia consiguió dos cosas para él muy importantes, a saber: la primera, que su dolor de amante desdeñado se convirtiese en suave melancolía; la segunda, curarse radicalmente de su afición a los gobiernos absolutos. La esclavitud del pueblo, la barbarie del knut <sup>997</sup>, la arbitrariedad del soberano y, sobre todo, la infeliz suerte de los polacos <sup>998</sup> liberalizaron, por decirlo así, a nuestro carlista, quien, conservando un caudal mediano pero bastante a sostenerle con decencia, renunció al servicio del autócrata y trasladose a París. Allí, en fin, halló a Ribera y a Laura y, sintiéndose con fuerzas bastantes para mirar a la última como hermana y no más, acep-

tó, después de larga lucha, la oferta cordial y con instancia repetida que los duques le hicieron de una habitación en su propia casa. El barón de Rocheblieu murió en 1837; la baronesa continuó viviendo con su amiga o, mejor dicho, con la hija de su adopción. Manuela, constituida en general en jefe del departamento de los niños, gozaba del privilegio de mimarlos a guisa de abuela. ()

—¿Sabe usted —Me dijo Villaparda al terminarse nuestra larga conversación— lo que hoy me escriben de Madrid? () El barón de Peñahonda, que el día del motín de Zúñiga se salvó a uña de caballo de entre nosotros y que vive en la corte despreciado, como merece, acaba de casarse. ¿Con quién? Digan ustedes.

—No hay más mujer —Interpuso Laura ()— capaz de enlazarse a tal hombre: la marquesa de Sotoverde.

—Usted lo adivinó, duquesa: la buena mujer, que enviudó hace seis meses, según me dicen, tiene ya la mitad de los dientes postizos, se tiñe el pelo y se pinta como un cuadro al pastel, pero su primer marido la ha dejado opulenta.

—Entonces se explica su nuevo casamiento —Añadió Ribera. ()

409. —Ella es, sin embargo —Dijo Laura entonces— la más digna de lástima, porque Peñahonda sería un tigre, si, venturosamente, no fuese el más cobarde de los mortales. ¿Crearán ustedes que, al desertar del campo de Zumalacárregui, a quien vendía, y regresar a la corte, quiso ese miserable perder a Luis acusándole de connivencia con los carlistas y atribuyendo la dicha que tuvo no a la noble intervención de nuestro amigo ni a la generosidad del general de don Carlos, sino a estipulaciones infames? Quiso Dios que el ministro de la Guerra conociese demasiado a Luis para dar oídos a tales calumnias, que despreció, contentándose con darme de ellas noticia por tercera persona para que estuviese sobre aviso.

—Nada me habías dicho hasta ahora —Exclamó Ribera.

—¿Y para qué? —Replicó la duquesa—. El tal barón no merece siquiera que se le castigue como a un perro 999.

—Diga usted lo que quiera, duquesa —Terminó Villaparda—, yo le respondo a usted de que su esposa a todos nos dejará plenamente vengados.

409. Ahora, lector benévolo, diciéndote que, según mis noticias, viven aún felices los duques, su familia, amigos y servidores, aunque en país extranjero, porque Villaparda no ha querido nunca adherirse al Convenio de Vergara y Laura se opone a que Ribera vuelva a su patria mientras no se terminen completamente en ella las contiendas políticas; por ahora me despido definitivamente, deseando que te haya entretenido *El patriarca del valle*.

## NOTAS

<sup>1</sup> En *Galería de la literatura española*, Madrid, Establecimiento Tipográfico F. de P. Mellado, 1846; págs. 187-188.

<sup>2</sup> Según documenta María Luz Cano Malagón en su estudio del autor (*Patricio de la Escosura, vida y obra literaria*, Valladolid, Universidad, 1989; pág. 12).

<sup>3</sup> F. Fernández de Córdoba, *Mis memorias íntimas*, tomo I, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1886; págs. 89, 187-189. Ramón de Mesonero Romanos, “Memorias de un setentón” en *Obras de Ramón Mesonero Romanos*, ed. de Carlos Seco Serrano, Madrid, Atlas, 1967; tomo V, págs. 154-155, 157-158, 173-176.

<sup>4</sup> Antonio Ferrer del Río, *Galería...op. cit.*; pág. 190.

<sup>5</sup> Recuérdense los elogios de alguien tan poco sospechoso de amiguismo como Martínez Villergas, el mismo que, a propósito del retrato de Esquivel a los escritores de la tertulia del Príncipe, había dicho de él que era «un poeta en invención muy flojo / y un literato en pretensión muy fuerte»: reconocía el valor de esta novela histórica e incluso la situaba por encima de las de sus amigos Espronceda y Larra, *El doncel de don Enrique el doliente y El castellano de Cuéllar* (en *Juicio crítico de los poetas españoles*, París, Imprenta Walder, 1854; págs. 176-179).

<sup>6</sup> Cuyo retrato conservaba sobre la mesa donde escribía todavía en 1846, según Ferrer del Río, *Galería...op. cit.*; pág. 192.

<sup>7</sup> Cfr. *Galería... op. cit.*; pág. 192.

<sup>8</sup> F. Fernández de Córdoba, *Mis memorias... op. cit.*; p. 185.

<sup>9</sup> *Mis memorias...op. cit.*; t.I, págs. 166, 308.

<sup>10</sup> Hija de N. Salvador y Ramírez de Arellano y de N. de Udi y Basset, nacida en Sesma, el 11 de noviembre de 1813. Dejaría viudo a Patricio el 13 de abril de 1872. Véase, de Alfonso de Cevallos-Escalera y Gila, marqués de la Floresta, *La real orden de damas nobles de la reina María Luisa (fundada en 1792)*, Segovia, Real Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País, 1998; pág. 196.

<sup>11</sup> Vid. *Discurso del Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, individuo de número de la Academia Española, leído ante esta corporación en la sesión pública inaugural de 1870*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1870; pág. 83.

<sup>12</sup> Reseñada amplia y severamente por José de Castro y Serrano en *La Luneta* (4 de marzo, 1847, n° 28; págs. 102-111).

<sup>13</sup> Cfr. «art. cit.»; pág. 199. Allí recordaba también que sus hijos, probablemente, se formarían como artilleros, en especial uno de ellos que contaba, a la sazón, cinco años (*Ibidem*, pág. 188).

<sup>14</sup> Vid. Ana Isabel Ballesteros, «Calderón pintado por Patricio de la Escosura y por Emilio Alcaraz en el siglo XIX» en *Calderón de la Barca y su aportación a los valores de la cultura europea*, Madrid, Universidad San Pablo-CEU, 2001; págs. 29-53.

<sup>15</sup> *La novela... op. cit.*; pág. 243.

<sup>16</sup> *Don Patricio de la Escosura*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1958; pág. 88.

<sup>17</sup> *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1979.

<sup>18</sup> En *Romanticismo y novela. Estudio de El patriarca del valle*, Córdoba, Universidad, 1989; pág. 74.

<sup>19</sup> Según Hartzenbusch la vida del periódico no se prolongó hasta más allá de 1846, pero en el segundo tomo de *El patriarca del valle* consta la fecha de 1847. Fragero Guerra considera pruebas bastantes de que el periódico

dico vivió más tiempo tanto el que aparezca esta fecha en el segundo tomo y el membrete «Abeja Literaria» en todas las páginas, como las diversas colocaciones de las láminas e incluso la ausencia de alguna de ellas, en los distintos ejemplares existentes (*Romanticismo... op. cit.*; pág. 86), pero, en nuestro sentir, simplemente resultan indicios de que la obra se siguió dando por entregas a los suscriptores, fenecido o no el periódico.

<sup>20</sup> *El conde de Montecristo*, publicado en París en 1845, conoció seis ediciones españolas entre 1846 y 1847 (según Fernández Montesinos, *Introducción a una historia de la novela en España*, Madrid, Castalia, 1966<sup>2a</sup>; pág. 186), lo que indica el éxito de público que obtuvo. Tal circunstancia pudo propiciar que ciertos lectores, primero interesados en comprar la *Abeja Literaria* debido a la inserción de esta novela, acabaran también interesados por *El patriarca del valle*.

<sup>21</sup> *V. gr.*, en la última página de *El Herald*, 16 de abril, 1846, n° 1169. Allí consta que esas entregas de *La Abeja Literaria* se venden, sueltas, a cuatro reales, pero a cuarenta si se hace la suscripción por doce, en cuyo caso, además, se reciben trece. Según Ferreras, en general, las entregas solían costar un real (casi el máximo que podía ahorrar un obrero semanalmente) y se componían de dos pliegos (*La novela... op. cit.*; pág. 246). Eso hace pensar que el precio de estas otras entregas resultaba muy caro para los obreros y que, probablemente, estaban pensadas para el público formado por las clases medias.

<sup>22</sup> Quizás el más importante impresor, editor y librero del segundo tercio del siglo XIX (véase el artículo de María del Carmen Artigas Sanz, «La obra de Francisco de Paula Mellado, fecundo y ejemplar impresor en el romanticismo» (en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1966, n° 73; págs. 5-26).

<sup>23</sup> En el *Diario de Avisos*, se indica que *La Abeja Literaria* se imprime en octavo mayor y su tipografía es tan compacta que los seis pliegos de que consta equivalen a un tomo regular (22 de mayo, 1846; pág. 3). En efecto, sus setecientos setenta y cuatro páginas se convierten en mil ochenta y ocho en la edición de 1861. Por lo demás, los capítulos apenas presentan separación entre sí, lo que suponía, también, cierto ahorro de papel.

<sup>24</sup> María del Carmen Artigas-Sanz, *El libro romántico en España*, Madrid, CSIC, 1953; t. I, págs. 62-63. No se aprecia diferencia de papel respecto a los periódicos diarios de la época.

<sup>25</sup> *Cfr.*, con escasas variaciones, Carmen Fragero Guerra, *Romanticismo...op. cit.*; págs. 78-79.

<sup>26</sup> Salvador Manero editó en los años sesenta diversas colecciones, como la de *Teatro selecto, antiguo y moderno*, destinadas a un público burgués, según afirma Antonio Marco García, “Traducciones de teatro italiano en la colección Teatro selecto, antiguo y moderno, nacional y extranjero (1866-1869)”, en *Del Romanticismo al Realismo: Actas del I Coloquio de la S.L.E.S.S.XIX* (Barcelona, 24-26 octubre de 1996), ed. Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles; págs. 213-218.

<sup>27</sup> En todos estos detalles coincide con varias colecciones barcelonesas, según las describe Carmen Artigas-Sanz (*El libro...op. cit.*; pág. 69).

<sup>28</sup> Vicente Urrabieta Ortiz (1823/1879). Colaboró en *El Artista, Semanario Pintoresco Español, La Ilustración, Museo de las Familias, El Siglo Pintoresco, El Fandango*, etc. A él se deben las ilustraciones de ediciones de obras como *La marquesa de Bellaflor, Los españoles pintados por sí mismos* o *Recuerdos y bellezas de España* en la época en que apareció la primera edición de *El patriarca del valle*. Según Sanz Artigas, en las ilustraciones de novelas se le nota principiante y todavía tierno (*El libro... op. cit.*; tomo I, págs. 160-162).

<sup>29</sup> El primer libro ilustrado con sus dibujos fue *Un mystère de Rome*, de 1868, según afirma Javier Krahe en su estudio “Daniel Urrabieta Vierge. Su vida y su época”, recogido en *Daniel Urrabieta Vierge (1851-1904), creador de imágenes, ilustrador gráfico* (Madrid, Ayuntamiento, 2005; pág. 15).

<sup>30</sup> Daniel Urrabieta Vierge (5-III-1851/10-V-1904), hijo de Vicente Urrabieta Ortiz y de Juana Vierge de la Vega. Si realmente son suyas estas litografías y no de alguno de sus familiares, resulta lógico que poco después (1863-1868) aprobara con sobresaliente y menciones honoríficas casi todas las asignaturas en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

<sup>31</sup> El episodio mezcla la ficción con la realidad que imprimieron historiadores como Luis Blanc (*cfr. Historia...op. cit.*; tomo I, págs. 206, 219 y ss).

<sup>32</sup> En *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica, 1830-1870*, Madrid, Taurus, 1976; pág. 118.



<sup>33</sup> Cfr. Antonio Ferraz Martínez, *La novela histórica contemporánea del siglo XIX anterior a Galdós*, Madrid, Universidad Complutense, 1992; pág. 707.

<sup>34</sup> Género en el que el trabajo creativo del autor se reduce al mínimo por la repetición de tópicos; en el que se prevé un público uniforme en sus concepciones y en el que se reiteran elementos todos presentes en esta novela, los temas del bandidaje, las guerras, la crítica social o política, según ha estudiado Leonardo Romero Tobar (Vid. *La novela popular española*, Madrid, Ariel-Fundación Juan March, 1976; págs. 119-120).

<sup>35</sup> Con todo, el «modelo francés» nunca fue muy del agrado de Escosura. En su artículo «Un entreacto de guerra», en el que simulaba una tertulia sobre el teatro francés entre varios soldados, exponía: «Mi opinión repito que era entonces y es ahora, que ni el Clasicismo ni el Romanticismo francés se han hecho para españoles (). Las pasiones en España son vehementes, pero explícitas; atrevidas, pero nobles; y esa serie de crímenes fríamente meditados, ese escepticismo cruel () serán siempre plantas exóticas» («Sección Literatura», en *El Entreacto*, 21 de abril, 1839, n° 7; pág. 27).

<sup>36</sup> Antonio Ferraz Martínez, *La novela... op. cit.*; págs. 997-1000. Según Ángeles Carmona González, los autores de las novelas por entregas de la época solían llamarlas «morales» o «ejemplarizantes», pues se preveía que las mujeres eran su público y se temía la fuerte censura habida respecto a las lecturas autorizadas para ellas (*La mujer en la novela por entregas del siglo XIX*, Sevilla, Caja san Fernando, 1990; pág. 72). El propio Escosura dice en cierto momento de la novela que, en esos años, los únicos moralistas que quedan son los escritores (L. IV, cap. I; pág. 168).

<sup>37</sup> Según la clasificación de Salvador García Castañeda (en *Las ideas literarias en España entre 1840-1850*, Berkeley, University of California Press, 1971; pág. 107).

<sup>38</sup> Según la clasificación de Reginald F. Brown, (*La novela española 1700-1850*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1953). Junto a ésta, suelen citarse la de Antonio Hurtado *Cosas del mundo* (1846), la de Ramón de Navarrete *Madrid y nuestro siglo* (1845) o la de Jacinto de Salas y Quiroga *El dios del siglo* (1848).

<sup>39</sup> Por ejemplo, en *La marquesa de Bellaflor* o *El niño de la inclusa*, de Ayguals de Izco, publicadas, como *El patriarca del valle*, en 1846-1847 (Madrid, Imprenta Ayguals de Izco).

<sup>40</sup> En *El romanticismo español. Historia y crítica* (Madrid, Cátedra, 1990; pág. 368). Tal equivalencia convertiría la novela de Escosura en antecedente de las de Galdós y no se queda en ésta la única coincidencia entre las obras de ambos autores.

<sup>41</sup> *La novela... op. cit.*; pág. 985.

<sup>42</sup> Cfr. *La novela...op. cit.*; págs. 1007, 1017-1021.

<sup>43</sup> Cfr. Ferraz, *La novela... op. cit.*; pág. 979.

<sup>44</sup> «Pero estamos muy lejos de nuestro propósito: sometidos a la influencia de la atmósfera que nos rodea y obedeciendo indeliberadamente a los hábitos del ex periodista, disertamos en vez de narrar lisa y llanamente» (L. VIII, cap. II; tomo II, pág. 197).

<sup>45</sup> Así lo define el mismo en varios artículos (v. gr., «La política. Diario de polémica. Madrid, 31 de diciembre», 1 de enero, 1846, n° 8; págs. 1-2).

<sup>46</sup> «Entreacto», 31 de enero, 1847, n° 19; pág. 75.

<sup>47</sup> Ana Isabel Ballesteros, *Los estrenos teatrales de Bretón de los Herreros* (en prensa).

<sup>48</sup> «El Prado», en *Correo de las Damas*, 21 de abril, n° 15; págs. 113-115.

<sup>49</sup> «Paseos de Madrid. El Prado. I», en *El Piloto*, 25 de abril, 1838, n° 55; pág. 1.

<sup>50</sup> Werner Leibrand y Anne Marie Leibrand-Wettley, «Clínica y patología de la 'naturphilosophie' en Alemania» en Pedro Laín Entralgo (dir.) *Historia universal de la Medicina*, Barcelona, Salvat Editores; 1969-1975; tomo V, pág. 270-273.

<sup>51</sup> François-Joseph-Victor (17-XII-1772/17-XI-1838).

- <sup>52</sup> Vid. José María López Piñero, «Patología y clínica en el Romanticismo. Europa Latina» en Pedro Laín Entralgo, *Historia... op. cit.*; tomo V, págs. 258-267.
- <sup>53</sup> Valencia, Imprenta de Ildelfonso Mompié, 1829; págs. 33-39.
- <sup>54</sup> *Mis memorias... Op. cit.*; tomo I, pág. 100.
- <sup>55</sup> Cfr. «Crónica de bastidores», en *La Luneta*, 14-I-1847, n° 14; pág. 56.
- <sup>56</sup> Ángel Fernández de los Ríos, «Revista mensual» en *El Siglo Pintoresco*, enero, 1847; pág. 21.
- <sup>57</sup> El de infantería, por ejemplo, cambiaría de acuerdo con lo establecido en las reales órdenes de 9 y 10 de febrero de 1846 (M. Gómez Ruiz y Alonso Juanola, *El ejército de los Borbones*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004; tomo VI, pág. 12).
- <sup>58</sup> Véase *El Militar Español*, 13 de marzo, 1847, n° 108; pág. 243.
- <sup>59</sup> Cfr. Ana Isabel Ballesteros Dorado, «Nobleza y literatura en el siglo XIX: nobles críticos de nobles», en *Aportes*, marzo de 2000, n° 44; págs. 58-59.
- <sup>60</sup> Félix de Llanos y Torriglia, *María Manuela Kirkpatrick, condesa de Montijo, la gran dama*, Madrid, Espasa Calpe, 1932; págs. 82-89.
- <sup>61</sup> Véase María del Carmen Simón Palmer, *El gas y los madrileños*, Madrid, Espasa Calpe, 1989; págs. 33, 60, 65.
- <sup>62</sup> «Revista de la semana» en *El Trono y la Nobleza*, febrero, 1847, n° 25; pág. 192.
- <sup>63</sup> Vid. Patricio de la Escosura, *La corte del Buen Retiro*, acto I, escs. II y III; Eulogio Florentino Sanz, *Don Francisco de Quevedo*, Acto IV, esc. IX. Incluso los personajes casados, en escena manifiestan de este modo su afecto (v. gr., Leopoldo Augusto de Cueto, *Doña María Coronel*, Acto I, esc. IV). El que muchas veces tales actitudes desencadenen entre los allegados a la dama reacciones propias de situaciones más comprometidas (v. gr., en *Fray Luis de León*, de José Castro y Orozco, Acto II, escs. V-VII; *El premio del vencedor*, de Antonio García Gutiérrez, acto I, esc. VII) mueve a preguntarse si no funcionarían, en el teatro, a modo de «eufemismos quinésicos», en una época en que se aconsejaba siempre el «decoro» en escena (Cfr. Ana Isabel Ballesteros Dorado, «Anotaciones sobre la concepción autorial del espacio lúdico en algunos dramas románticos españoles» en *Cuadernos para Investigación de Literatura Hispánica*, 2001, n° 26; págs. 15-44).
- <sup>64</sup> «El suicidio», 14 de abril, 1839, n° 5; págs. 17-18.
- <sup>65</sup> ¿A. Fernández de los Ríos? en *El Siglo Pintoresco*, marzo, 1846, entr. 3; pág. 70.
- <sup>66</sup> «Gacetilla de la capital» en *El Heraldo*, 7 de septiembre, 1846, n° 1295; pág. 3.
- <sup>67</sup> Cfr. «La España liberal, romántica e isabelina» en *Historia general de España y América*, Madrid, Rialp, tomo XIV, 1983; pág. xx.
- <sup>68</sup> «A José Valera, Madrid, 1847, enero, 14», en Juan Valera, *Correspondencia, vol. I (años 1847-1861)*, ed. de Leonardo Romero Tobar, Madrid, Castalia, 2002; pág. 27.
- <sup>69</sup> Cfr. «Crónica... art. cit.», *La Luneta*, 14 de enero, 1847; pág. 56.
- <sup>70</sup> Patricio de la Escosura, «Ensayo crítico de don Pedro Calderón», en *Teatro escogido de don Pedro Calderón de la Barca*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de Manuel Rivadeneyra, 1868; tomo I, pág. LV.
- <sup>71</sup> Del mismo modo que José M. de Ribes le había dedicado una página en *El Laberinto* (1843; pág. 11).
- <sup>72</sup> Obra dirigida y ejecutada por Genaro Pérez Villaamil (París, Hauser, 1842-1844).
- <sup>73</sup> «Palacio de Las Tullerías», 1836; tomo I, pág. 196.
- <sup>74</sup> En la revista madrileña *La Ilustración* (1852), por ejemplo, estos aspectos aparecerían englobados en la sección «Crónicas y mejoras de Madrid» y en «Misceláneas» en *El Trono y la Nobleza*.
- <sup>75</sup> «Si se la contempla como drama histórico, entonces no hay lugar para otra cosa que para admirarle. () La España, su carácter, sus vicios, sus virtudes, sus costumbres, todo está en el drama del señor Escosura» (A. D.

«Remitido» en *El Mundo*, 14 de junio, 1837, n° 371; pág. 1). «Las producciones del señor Escosura se distinguen por el minucioso cuidado con que las lima y por el profundo estudio que revelan de la época a que quiere referirlas» («Revista de la semana» en *El Globo*, 23 de diciembre, 1844, n° 161; pág. 4).

76 «De los graves daños que causan las sociedades secretas, así respecto de la libertad, como respecto del orden» (tomo III, 2ª serie, 1839; págs. 270-279).

77 V. gr., «La naturaleza del libro que escribimos, una humilde novela, no consiente que entremos en pormenores ni en largos raciocinios para demostrar la exactitud de nuestra creencia» (L. VI, cap. IX; t. 2, pág. 83).

78 Espontaneidad real o fingida, pero que le permite faltar a la precisión con descargos como «Habíanse establecido baterías en la montaña del Príncipe Pío, en las eras de la Puerta de Atocha y fuera de la de Recoletos o de la de los Pozos, **que en este momento no recordamos cuál era de ellas**» (L. VI, cap. XII; tomo II, pág. 101).

79 José Fernández Montesinos, *Introducción... op. cit.*; págs. 111-116.

80 Vinculaciones pero también divergencias que Fragero Guerra, además, desarrolla en el capítulo BVII de su estudio (*Romanticismo y novela, op. cit.*; págs. 281-296).

81 En la Biblioteca Popular Económica. En *El Español*, donde se venía publicando también, se llenó una página casi entera con una crítica de la novela, cuya lectura demuestra que, si existe alguna semejanza con respecto a *El patriarca del valle*, es de tipo estructural: "...es un mundo pequeño en que refleja el grande. Tocante a los personajes que lo pueblan, son tipos y tipos pintados de mano maestra (...). Es una lucha continua en que por una parte está la sociedad de Jesús (...) por otra, una familia cuyos numerosos miembros son extraños unos a otros, que se defienden casi siempre aisladamente..." ("Crítica literaria. Resumen de los nueve primeros tomos del *Judío errante*", 7 de agosto, 1845, n° 347; pág. 4).

82 En la presente edición hemos eliminado la mayor parte de esta conversación en todo aquello que reflejaba lo dicho o mostrado anteriormente por el narrador.

83 Honoré de Balzac, *Obras completas*, trad. de Rafael Cansinos Assens, Madrid, Aguilar, 1967, tomo I, págs. 1256, 1259, 1263.

84 *O.C., op. cit.*; pág. 1269.

85 *Ibidem*, pág. 1279.

86 *Ibidem*, pág. 1322.

87 *Ibidem*, pág. 1320.

88 Véase un comentario de estos dos relatos tal y como se publicaron en la época en Ana Isabel Ballesteros, *Larra, Bretón de los Herreros y otros escritores anticarlistas*, Palma de Mallorca, Calima, 2005; págs. 94-96.

89 "Recuerdos literarios. Una epístola a don Juan Nicasio Gallego. Introducción", en *La Ilustración Española y Americana*, primer semestre, 1875, n° 22.

90 «Parte literaria» en *El Espectador*, 17 de abril, 1845, n° 1178; pág. 3.

91 Traducido por A. de Letamendi, y escrito por Cormenin bajo el pseudónimo "Timón", titulado *Sí y no, acerca de la controversia entre los ultramontanos y los galicanos* (Madrid, Ignacio Boix, 1845).

92 Fulgencio Benítez Torres, *Adolfo*, Madrid, Imprenta Repullés, 1838; pág. 21.

93 *Historia militar y política de Zumalacárregui y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte*, Madrid, Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo arte, 1844; pág. 108.

94 *Ibidem*; págs. 108-109.

95 Joaquín Francisco Pacheco, *Historia de la regencia de la reina Cristina*, Madrid, Imprenta de Fernando Suárez, 1841; tomo I, pág. 188.

96 Juan Antonio de Zaratiegui, *Vida y hechos de D. Tomás de Zumalacárregui*, Madrid, Imprenta J. Rel y Cª, 1845.

<sup>97</sup> De Augusto Ricard (Palma, Imprenta de Pedro José Gelabert, 1841), que conoció otra impresión en 1844 (Vid. José Fernández Montesinos, *Introducción...op. cit.*; pág. 232).

<sup>98</sup> El episodio que define como uno de los más terribles y el último de la Revolución: “En la precipitación de la retirada, una compañía del tercer regimiento de la guardia cuyos soldados, apostados en casa de un sombrero, a algunos pasos del Teatro Francés, tiraban desde la ventanas sobre algunos hombres que, resguardados por las columnas del peristilo, o por los ángulos de las calles, sostenían esta terrible lucha con inagotable vigor. De dos jóvenes que combatían, uno junto a otro, cae mortalmente herido el primero y el segundo, cargando su fusil, dice con ronca voz a sus compañeros: ‘Si yo muero levantaréis, ¿no es verdad? a este infeliz que es mi hermano’. Después de un sangriento combate, cayó la casa en poder de los insurgentes. Desde la ventana del tercer piso echaron estos a la calle al capitán Menuiere, y degollando a una porción de soldados, condujeron prisioneros a los demás a la plaza de la Bolsa”. La historia de Luis Blanc, sin embargo, no habla de ningún regimiento que fuera en socorro de los sitiados, como hace Escosura (*Historia de diez años, o sea de la Revolución de julio de 1830 y de sus consecuencias en Francia y fuera de ella hasta fines de 1840*, trad. por A. De Burgos, Barcelona, Imprenta de Juan Oliveres, 1845; págs. 219-220).

<sup>99</sup> Manuel María de Santa Ana, *José María o Vida nueva*, melodrama en verso, Madrid, Vicente Lalama, 1847.

<sup>100</sup> Robert Marrast, *José de Espronceda*, Barcelona, Crítica, 1989; nota 85, pág. 50.

<sup>101</sup> Aun cuando éste en algún momento se confunde y piensa en él como «don Ángel» (Vid. L. VIII, cap. VII; tomo II, pág. 248).

<sup>102</sup> Lo mismo que en el teatro, no podía faltar una escena en una novela romántica sin mujer vestida de hombre. Carmen Bravo-Villasante ya estudió este aspecto en el teatro clásico español (*La mujer vestida de hombre en el teatro español, siglos XVI-XVII*, Madrid, Sociedad General de Librería, 1976), pero en el Romanticismo se mantuvo la moda, impulsada, además, por este otro rasgo propio de la época, el de la «máscara», el disfraz, la apariencia del cambio de identidad.

<sup>103</sup> Sin duda el tema gustaba mucho a Escosura, quien escribiría más tarde una comedia que tituló, precisamente, *Las apariencias*.

<sup>104</sup> El narrador asegura que “no hay un solo hecho en esta narración, a excepción de los que fue preciso inventar para el enlace de la fábula, que no sea tomado de la naturaleza” (Libro VIII, cap. III; tomo II, pág. 208).

<sup>105</sup> Cfr. *La novela...op. cit.*; págs. 22-23; 27.

<sup>106</sup> Una diferencia, simplemente externa, entre esta novela y las «novelas por entregas» estudiadas por Ferreras: la de Escosura aparece fechada en sus dos tomos frente a las otras, «que no llevan nunca fecha»: Cfr. *La novela por entregas, 1840-1900 (concentración obrera y economía editorial)*, Madrid, Taurus, 1972; pág. 89.

<sup>107</sup> «El primer cuidado de un hombre que entra en una tertulia o sociedad donde hay señoras ha de ser el tributar sus homenajes primeramente a la dueña de la casa. () Un hombre de mundo debe estar siempre sujeto a los mandatos de las damas, procura adivinar sus deseos y aun se complace en prevenírselos» (Mariano de Rementería y Fica (trad.) *El hombre fino al gusto del día*, Madrid, Imprenta del colegio de Sordomudos, 1837, 3ª; págs. 14-16). Resulta interesante, en este sentido, todo lo que aparece en ese capítulo, dedicado a la «Sociedad de las señoras».

<sup>108</sup> Explicación entre paréntesis del propio autor.

<sup>109</sup> «No hay cosa más delicada que el honor de una mujer; un soplo le altera, una palabra le marchita. Un hombre bien educado evita cuidadosamente cuanto pueda comprometerle. () El principal deber cuando se ama a una mujer es el ocultar su pasión (Mariano de Rementería y Fica, *El hombre... op. cit.*; págs. 19-20).

<sup>110</sup> Antonio Ferraz emparenta tal labor moralizadora con la pretendida por otras novelas de la época como *El dios del siglo*, de Jacinto de Salas y Quiroga, que también parece mostrar una ideología moderada (Cfr. *La novela...op. cit.*; pág. 1000).

111 Escosura aprovechó, sin duda, datos reales para construir su historia. Ese verano de 1842, en efecto, estuvo en Montmorency. Allí compuso su *Manual de mitología*, según Ferrer del Río («art. cit.»; pág. 196).

112 *La novela...op. cit.*; pág. 987.

113 Un solo ejemplo: «Debe desterrar de la educación de la niña todas las novelas hasta que un ejercicio constante de la facultad de juzgar haga que pueda leer sin peligro» («Consejos a las madres» en *Curso de educación para las niñas*, Madrid, Imprenta Hidalgo, 1844; pág. 36).

114 Las novelas de Ayguals de Izco llegaron a incluirse en el Índice de Libros Prohibidos (Juan Ignacio Ferreras, *La novela... op. cit.*; pág. 273).

115 Patricio de la Escosura, “Folletines modernos”, en *El Entreacto*, 25 de agosto de 1839, n° 43; pág. 168. Unos días después, se incluía en el Folletín de *El Corresponsal* una traducción de un ensayo sobre el particular publicado en la prestigiosa *Quarterly Review*, donde podía leerse lo siguiente: “Jamás se ha reflexionado bastante sobre lo pernicioso que es para la juventud de ambos sexos la lectura de esa infinidad de novelas abortadas por imaginaciones delirantes.(...) es para estos un origen de errores funesto acaso para toda su vida; (...) las novelas exaltan la imaginación, introducen la inconsecuencia y el desorden en los sentimientos del corazón, destruyen el pudor y hasta ocasionan la perdición de los jóvenes que tienen alguna disposición a la ternura” (“De la influencia de las novelas francesas en la moral pública”, 6 de septiembre, 1839, n° 98; págs. 1-3).

116 *Vid.* Rubén Benítez, «Otras formas novelísticas. Novela ejemplar e ideología» en *Historia de la literatura española, Siglo XIX (I)*, (dir. por Víctor García de la Concha, vol. coord. por Guillermo Carnero), Madrid, Espasa Calpe, 1996, t. 8; pág. 643.

117 Ermitas Penas, «Sobre la poética de la novela histórica romántica» en *Revista de Literatura*, 1996, n° 116; pág. 384.

118 *V. gr.*, el desenlace de *Bárbara Blomberg*, en el *Semanario Pintoresco* (10 de diciembre, 1837; tomo II, pág. 390) o una de *Adel el Zegrí* en *El Panorama* (29 de marzo, 1838; pág. 32).

119 Los trazos más sobresalientes de los personajes principales se ofrecen en la «revista retrospectiva» (L. VII, cap. I; tomo II, págs. 107-112).

120 Personaje tópico de las novelas de la época: las mujeres adúlteras mueren jóvenes, envejecidas, con las señales del vicio reflejadas en la cara y víctimas de grandes sufrimientos. Ante el pecado del adulterio no existe penitencia posible, sólo la muerte o, en muchos casos, la locura (Cfr. Ángeles Carmona, *La mujer... Op. cit.*; págs. 69, 107, 110). Los diversos tipos de demencia, por otra parte, fueron motivos literarios ampliamente explotados.

121 Blanco García, *La literatura española en el siglo XIX*, Madrid, Sáez de Jubera, 1891; t. I, pág. 363.

122 *La novela...op. cit.*; pág. 1019-1020. Ferraz añade que también otros autores, en concreto Patxot y Bofarull establecen en sus novelas un paralelismo similar.

123 Cfr. Ángeles Carmona, *La mujer... Op. cit.*; pág. 120.

124 Una vez más, se sigue la misma idea que en otras novelas por entregas de la época: la mujer sólo participa en política apoyando moralmente a los hombres queridos (*Vid.* Ángeles Carmona, *La mujer... Op. cit.*; 222).

125 *V. gr.* R. de Santorrés publicó tres artículos sobre la mujer en la sección «Estudios filosóficos» de *El Siglo Pintoresco* y en el último de ellos decía explícitamente: «La mujer solo es la que, cumpliendo en todos sus desarrollos la ley de amor que fecunda su seno, puede atraer a la oveja descarriada a un redil seguro dentro del cual podrá pasar en calma la larga noche en que la inteligencia está sumida hasta el día en que renazca por un horizonte nuevo» (diciembre, 1847; pág. 292). Laura, con todo, se encuentra durante casi la totalidad de la novela en la situación en que pintaba Santorrés al hombre de su tiempo, perdido en las sombras de la ciencia, sin contentarse con la fe.

126 *La novela...op. cit.*; pág. 1019.

127 “...pagaba las culpas de su padre, y en otra las de su humano orgullo. Misterio incomprensible para el entendimiento humano es, sin embargo, cierto que, salvas rarísimas excepciones, los errores, los extravíos, las culpas de un hombre pesan las más veces sobre sus descendientes” (L. VII, cap. I; tomo II, pág. 111), idea frecuente en muchas novelas por entregas del momento (Vid. Ángeles Carmona, *La mujer...Op. cit.*; pág. 134).

128 «Si a la mujer se le pudiera arrancar el orgullo, tendría mucho adelantado para ser perfecta» (Adolfo Llanos Alcaraz, *La mujer... Op. cit.*; pág. 159).

129 La conversación que don Simón y su hija mantienen en el segundo libro resulta esencial tanto para entender la relación entre padre e hija como para observar los comportamientos propios de la época en tales roles (cap. VI; tomo I, pág. 84).

130 El padre de Escosura recibía en su casa a la mayor parte de los liberales desterrados a Valladolid, según la información que publicó en *La Ilustración Española y Americana* («Un logogrifo de D. Juan Nicasio Gallego», 15 de agosto, 1875, n° XXX; págs. 98-99).

131 En la voz «abandono» del *Diccionario universal del Derecho español*, Escosura señala que los padres o tutores que abandonan a sus hijos o tutelados pierden toda autoridad sobre ellos (T. I). Recuérdese que las mujeres solteras pasaban a depender de sus hermanos varones en caso de orfandad. Así pues, Leoncio, al abandonar a Laura, pierde todo derecho sobre ella en el plano jurídico-moral.

132 Cfr. *Diccionario... op. cit.*, t. IV, pp. 77 y ss., en especial lo referente al Código Penal, parte II, tít. 1º, cap. 5º, art. 683.

133 El narrador, aparentemente, disculpa también a otra joven, Tomasa (Libro VI, cap. IV; tomo II, pág. 29), de la misma manera que a Laura, pero hace ver lo mal paradas que salían las jóvenes que se arriesgaban a obrar a espaldas de sus padres o en contra de sus instrucciones, como, por otra parte, se repetía en las novelas por entregas (Vid. Ángeles Carmona, *La mujer... Op. cit.*; pág. 142).

134 Patricio de la Escosura, “Juana y Laura”, en *El Entreacto*, 17,21 y 24 de noviembre de 1839, n°s 67, 68 y 69; págs. 265-266, 268, 271-272.

135 Patricio de la Escosura, *Memorias de un coronel retirado*, Genève, Editions Ferni, 1974, cap. XI; pág. 125.

136 *Ibidem*; págs. 126-127.

137 P. de la Escosura, *Memorias... op. cit.*; págs. 37 y 246.

138 P. de la Escosura, *Memorias... op. cit.*; págs. 213-214.

139 *Ibidem*; pág. 214.

140 *Ibidem*; pág. 220.

141 Se refiere a *El Clamor Público*.

142 Juan Belza, «Revista de la semana. El Clamor, y el Eco o el Eco y el Clamor» en *El Trono y la Nobleza*, n° 19, diciembre de 1846; p. 151.

143 Ángeles Carmona, *La mujer... op. cit.*; pág. 21.

144 «La mujer rica es bella y delicada, la pobre, guapa y robusta. El lector puede sospechar que, si se habla de una pobre delicada, se descubrirá su origen noble» (Ángeles Carmona González, *La mujer... op. cit.*; pág. 20).

145 Así lo hace en el libro IV pero también en el VI, cap. X, cuando busca a su amada en Granada y acude a Cádiz para que don Justo le dé alguna noticia (Libro VI, cap. X, tomo II, pág. 87).

146 Consúltese, por ejemplo, dada su brevedad, una síntesis biográfica en el trabajo de María Victoria Carrasco Maurín, *Francisca de Aubigné o La pasión de la educación* (Valencia, Escuela Universitaria de Profesorado, 1983; págs. 30-49)

147 Cfr. *La duchesse de Berry et la cour du Charles X*, Paris, E. Dentu, 1893; pág. 133; Alfred Nettmen, *Memorias históricas de S.A.R. Madama la duquesa de Berry*, traducidas por Isidro Eleuterio de Alcalá, Madrid,

Imprenta de Vicente Lalama, 1844; tomo II, pág. 15; *Biographie Universelle (Michaud) ancienne et moderne*, Paris, Unveränderer Abdruck, 1954, tomo XXXVI; págs. 232-240.

148 *La duchesse de Berry et la Révolution de 1830*, Paris, E. Dentu, éditeur, 1889; págs. 276-278.

149 *La mujer...* *op. cit.*; pág. 196.

150 *Vid.* María Luz Cano Malagón, *Patricio...op. cit.*; pág. 13.

151 Escosura escribía de sí mismo en 1834 a su amigo Ventura de la Vega: «Soy algo fatalista» («III. Olvera, 3 de mayo de 1834» en Antonio Iniesta, *D. Patricio...op. cit.*; pág. 100).

152 *Vid.* Marta Palenque, «La recepción del drama romántico francés» en *Revista de Literatura*, 1998, n° LX, 119; pág. 145.

153 Como tal aparece en la partida de bautismo que aporta Cano Malagón (*op. cit.*; pág. 211).

154 Ambos, ciertamente, como en la novela, participaron en el intento de los emigrados por invadir España en 1830, pero en expediciones diferentes, pues Méndez Vigo iba a encabezar la entrada por Olorón y parece que Espronceda, junto con García de Villalta, lo haría con las tropas de Chapalangarra; más tarde, Espronceda sostuvo conversaciones con Antonio y Pedro Méndez Vigo para preparar un levantamiento revolucionario: en 1838 y en 1840 formaron parte de la misma junta republicana (Cfr. Marrast, *Op. cit.*; págs. 146, 566. También, del mismo investigador, *Poesías líricas y fragmentos épicos*, Madrid, Castalia, 1992; pág. 21).

155 P. de la Escosura, *Memorias... op. cit.*; págs. 246-247.

156 P. de la Escosura, *Memorias... op. cit.*; cap. XVII, pág. 214.

157 «...es oportuno en sus dichos y un tanto absoluto y exagerado al sentar algunas proposiciones» (Ferrer del Río, *Galería... op. cit.*; pág. 198).

158 En La Habana estuvo Narciso de la Escosura, un hermano de Patricio, íntimo amigo de Espronceda, casado años después con Blanca, la hija del poeta y de Teresa Mancha.

159 F. Fernández de Córdoba, *Op. cit.*; tomo I, págs. 65-66.

160 Hay que tener en cuenta que esta es una respuesta personal de Escosura al personaje histórico: también él había sufrido, como Zumalacárregui, una “ofensa” por parte del Gobierno de María Cristina a la muerte de Fernando VII, y había sido desterrado en clase de ilimitado a Olvera, a pesar de lo cual no se había unido a las armas del pretendiente sino que, muy al contrario, se unió al ejército de Fernández de Córdoba.

161 Quien trabó amistad con los mismos intelectuales y escritores que Patricio: de hecho, en su casa murió Ventura de la Vega (Pedro Barea, intr. en Ventura de la Vega, *Un inglés y un vizcaíno*, Bilbao, Ediciones El Tilo, 2000; pág. 137).

162 Francisco Blanco García, *op. cit.*; pág. 363; Jorge Campos, «Introducción» a José de Espronceda, *Obras completas*, Madrid, Atlas, 1954; págs. X-XI; Robert Marrast, *Op. cit.*; págs. 152.

163 Patricio de la Escosura, *Discurso... op. cit.*; pág. 11.

164 P. de la Escosura, “Recuerdos literarios. Reminiscencias biográficas. Artículo IV. Cómo y de qué manera conocí a Espronceda”, en *La Ilustración Española y Americana*, 8 de febrero, 1876, año XX, n° 5; pág. 90.

165 Patricio de la Escosura, *Discurso... op. cit.*; pág. 81.

166 Participación sobre la que Robert Marrast no cuenta con datos fehacientes, sino sólo con los propios testimonios del poeta y esta alusión de *El patriarca del valle*, (*Op. cit.*; págs. 143-144).

167 Robert Marrast, *Op. cit.*, 1989; pág. 150. En las páginas siguientes detalla los hechos conocidos y qué puede haber de realidad, qué de ficción, en el relato de Escosura.

168 En *Revista Española*, 12 de agosto, 1834, n° 207; pág. 803. Para más detalles véase el estudio de Marrast ya citado (págs. 293-299).

169 Cfr. También Marrast, *Op. cit.*; 306-307.

- 170 Patricio de la Escosura, *Discurso... op. cit.*; pág. 81.
- 171 *La novela...Op. cit.*; pág. 977.
- 172 «Las representaciones dramáticas en Valencia» en *Revista de Literatura*, 1997, nº LIX, 117; pág. 39.
- 173 Vid. Félix Herrero Salgado, *Cartelera teatral madrileña. II (1840-1849)*, Madrid, CSIC, 1963; pág. 75.
- 174 Marrast, *Op. cit.*; págs. 92-102; 185-188.
- 175 En *El Entreacto*, 11, 15, 18 de agosto, 1839, nºs 39, 40, 41; págs. 151-152, 155-156, 159-160.
- 176 Según escribe, desde su destierro, a su amigo Ventura de la Vega: «Baste decir que un exceso de sensibilidad () me ha lanzado, por decirlo así, de una relación clandestina a otra y que todas me han causado más o menos disgustos, hasta que, por fin, la última me ha costado parte de mi reputación si no toda, y por añadidura me ha proporcionado la pérdida de mi carrera» (Vid. documento «IV», carta reproducida por M<sup>a</sup> Luz Cano Malagón, *Patricio...op. cit.*; pág. 214).
- 177 Cfr. Robert Marrast, *Op. cit.*; pág. 562.
- 178 Cfr., v. gr., José García de León y Pizarro (1770-1835), *Memorias*, ed. pról. apéndices y notas de Álvaro Alonso Castillo, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1998; pág. 465.
- 179 Fue también diputado en varias ocasiones desde 1846 por Orense, Madrid y Segovia, como consta en el histórico de diputados (signatura A.C.D. serie documentación electoral, 27, nº 8, [www.congreso.es/egui-bin/docu](http://www.congreso.es/egui-bin/docu)).
- 180 F. Fernández de Córdoba, *Mis memorias...op. cit.*; págs. 81-82.
- 181 Recuérdese que *Don Juan Tenorio* había sido estrenada dos años antes de iniciarse la publicación de esta novela y había empezado ya a cobrar la fama y el éxito que acompañaron durante más de cien años a la obra.
- 182 Vid. «Revista del mes de marzo» en *El Siglo Pintoresco*, entr. 3, marzo de 1846; pág. 70.
- 183 En la Real Academia Española se conservan unos manuscritos referentes al hecho, acopiados por Mariano Roca de Togores para la elaboración de su estudio sobre Bretón (mss. 206 y 318).
- 184 Véase E. Luján, “Un marido celoso dejó tuerto a Bretón de los Herreros” en *Rioja Industrial*, 1951; pág. 119.
- 185 Pilar Lozano Guirao, *El archivo epistolar de don Ventura de la Vega*, Madrid, CSIC, 1958; págs. 2-3.
- 186 P. de la Escosura, *Discurso..., op. cit.*; pág. 9.
- 187 P. de la Escosura, “Recuerdos... op. cit. Art. VI. Ventura de la Vega” en *La Ilustración Española y Americana*, marzo, 1876, año XX, nº IX, suplemento; pág. 170.
- 188 E inmediatamente en la quinta de Carabanchel, propiedad de la condesa de Montijo (Cfr. Félix de Llanos, *Op. cit.*; pág. 112; Ventura de la Vega, *Obras escogidas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1894; tomo I, pág. XVIII).
- 189 En *La novela... op. cit.*; pág. 1145.
- 190 J. M. D. (¿José María Díaz?), “Poetas dramáticos. Antonio Gil y Zárate”, 28 de julio, 1839, nº 35; págs. 137-138 y “Biografía de don Antonio Gil y Zárate”, 1 de diciembre, 1839, nº 71.
- 191 Sobre la amistad entre ambos escritores, que pasearon juntos poco rato antes de que Larra se suicidara, veáse el libro de Antonio Gallego Burín, *Marqués de Molins, su vida y sus obras*, Albacete, Imprenta Comercial, 1912, págs. 22-23.
- 192 Patricio de la Escosura, *Discurso, op. cit.*; pág. 77.
- 193 *Op. cit.*; pág. 1145.
- 194 «Un entreacto... art. cit.»; pág. 26.
- 195 Véase Honorio Feito Rodríguez, *Evaristo San Miguel, la moderación de un exaltado*, Gijón, Alvargonzález, 1995.



- 196 Antonio Remón Zarco del Valle y Huet (1785-1866), brigadier desde 1812, ministro de la Guerra en 1820 y luego, en el gabinete de Cea Bermúdez (véase Pedro Chamorro y Baquerizo, *Biografía del Excmo. Sr. Teniente General Antonio Remón Zarco del Valle*, Madrid, Imprenta Militar, 1853).
- 197 Si se hace caso del ensayo “José Buschenthal”, de Raúl Montero Bustamante, *Ensayos. Periodo román-tico*, Montevideo, Arduino Hermanos Impresores, 1928; pág. 222.
- 198 *Mis memorias...op. cit.*; págs. 112-113.
- 199 José de Buschenthal (1802-1870).
- 200 Raúl Montero Bustamante, “José de Buschenthal”, en *Op. cit.*; págs. 223-225. Le darían también la banda de María Luisa, el 20 de septiembre de 1847 (véase Alfonso de Cevallos-Escalera Gila, *op. cit.*; pág. 196).
- 201 Véase también el artículo de María del Carmen Simón Palmer, “Extranjeros en el comercio e industria madrileños”, Madrid, Concejalía del Ayuntamiento/CSIC, 2004; págs. 10-11.
- 202 Según cuenta Juan Valera, había llegado a conocer a la madre de María Buschenthal durante su estancia en Brasil. En sus cartas ofrece de ella una imagen de mujer frívola y dada a airear sus intimidades sexuales y las de sus hijas (4 de agosto, 1853, *Correspondencia, op. cit.* Vol. I.; págs. 245-246). También cuenta algo sobre el marido de María en otra carta al mismo amigo (9 de marzo de 1853, *Ibidem*; pág. 205).
- 203 Éste cuenta diversas anécdotas referidas a él y le describe como «guapo», «interesante», «alegre» (en *Mis memorias...Op. cit.* tomo I; págs. 39-40).
- 204 Antonio Ferraz Martínez, *La novela...op. cit.*; pág. 1146.
- 205 Por defunción de Eugenio Portocarrero y Palafox. Véase el expediente de Cipriano Portocarrero y Palafox, en el archivo del Senado, signatura HIS-0300-01.
- 206 Luego duquesa de Alba por su matrimonio con Carlos Miguel Fitz James-Stuart y Silva Stolberg y Palafox.
- 207 Se le habían atribuido relaciones extraconyugales con diversas figuras públicas, como Viel Castel, Clarendon o el escritor Merimée, entre ellas (Cfr. Félix de Llanos, *Op. cit.*; pág. 44).
- 208 El 12 de marzo de 1833 había tenido una hija, llamada Laura. Véase, de Alfonso de Cevallos-Escalera y Gila, marqués de la Floresta, *La real orden... op. cit.*; págs. 153, 213 y 265.
- 209 *Ibidem*; pág. 189.
- 210 José de Nieulant y Sánchez-Pleytés (6-XI-1822/2-III-1878).
- 211 Consúltense los documentos que obran en el Archivo General del Ministerio de Justicia, Sección títulos, leg. 211-1, n° 1873.
- 212 Nacida el 24 de enero de 1824 y muerta el 8 de marzo de 1850, casada con José Teresiano Messía y Pando el 25 de julio de 1842 (Alfonso Cevallos-Escalera, *Op. cit.*; pág. 179).
- 213 El dedicado a Pilar tiene por motivo su boda con el conde de Toreno, “Siempre, bella Pilar, siempre risueño / luzca a tus ojos el solemne día / que de tus gracias su ventura fía / quien se envanece de llamarte dueño. / Cien veces mayo ofrézcate halagüeño / las flores, que sin él, tu aliento cría: / corra tu edad en plácida alegría / como un sabroso y bonancible sueño. / De amables niños, lisonjero adorno / de matrona feliz, fórmete en breve / séquito digno, turba bulliciosa / que al agruparse de su padre en torno / entre blandas caricias le renueve / rasgos y hechizos de su madre hermosa”; en el referente a Encarnación la llama “Corila”. Les dedicó también otras composiciones recogidas en la misma edición: una lleva por dedicatoria “A la señorita D.<sup>a</sup> María de la Encarnación Gayoso, el día después de haber cantado en casa de su hermana, la Excm. Señora Condesa de Toreno”: “Aún en mi corazón, con fuego impreso, / y en mi atónito oído resonando, / dura el suspiro de tu acento blando, / más dulce que de amor el primer beso. / Al donoso ademán, al embeleso / de tu expresión y tus miradas cuando / cantas, el aire bético imitando / ¿quién, Corila gentil, no pierde el seso? / Bella, sensible, juguetona, esquivas / me exalto y río, y me estremezco y lloro / al eco de tu voz, tierna o festiva. / ¡Feliz quien goce el mágico tesoro / de tantas gra-

cias, y contigo viva / y escuche de tu labio un ‘Yo te adoro’” (Juan Nicasio Gallego, *Obras Completas. I. Obra poética*, ed. de Ana María Freire López, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos, 1994; págs. 177-179).

214 Pedro Alcántara Téllez-Girón y Alfonso Pimentel, también príncipe de Anglona y duque de Arcos (15-X-1786/24-I-1851).

215 Nacida en 1805 y casada, en 1824, con Joaquín Felipe Rebolledo de Palafox, marqués de Lazán.

216 Nacida en 1808 y casada con Carlos Luis de Guzmán y de la Cerda, duque de Nájera, conde de Oñate, marqués de Guevara y de Montealegre.

217 Cfr. *Obras... op. cit.*; tomo V, pág. 151.

218 *Mis memorias...op. cit.*; t. I, pág. 82.

219 José María González-Torres de Navarra y Álvarez de las Asturias (Granada, 1-X-1796 / 30-XII-1858) (Cfr. Antonio Gallego Burín, Francisco Martínez Lumbleras, Cristina Viñes Millet, *Granada en el reinado de Fernando VII. Datos para su historia política*, Granada, Universidad, 1986; págs. 59-78).

220 El retrato se custodia en el Museo del Prado de Madrid.

221 Joaquín Ezquerro del Bayo y Luis Pérez Bueno, *Op. cit.*; pág. 47.

222 Joaquín Ezquerro, *Op. cit.*; pág. 97.

223 Joaquín Ezquerro, *Op. cit.*; pág. 134.

224 En su palacio se estableció la sociedad del Liceo a principios de 1839 (véase José Simón Díaz, *Índices del Liceo artístico y literario español*, Madrid, 1947).

225 “Nuestro condiscípulo que, a poco de haber salido del colegio, frecuentaba ya, además de no pocas casas de la clase media a que por su nacimiento y circunstancias pertenecía, los palacios de muchos grandes de España, y muy señaladamente los de los duques de Villahermosa y los marqueses de Malpica y de Cerralbo” (“Recuerdos... op. cit.”; pág. 171).

226 Véase, en Archivo Histórico Nacional, legajos 7564 (expediente 41); 7569, 7572 (expdte 23).

227 Patricio de la Escosura, *Discurso, op. cit.*; págs. 71-73.

228 “Madrid, 25 de mayo de 1832”, en Pilar Lozano Guirao, *El archivo... op. cit.*; págs. 5-6.

229 “A María Encarnación Fernández de Córdoba, hija de los marqueses de Malpica, a ruegos de su tía la marquesa de Cerralbo” (en *Obras inéditas del Excmo. Señor D. Manuel José Quintana*, precedidas de una biografía de su autor por su sobrino D.M.J. Quintana y de un juicio crítico por el Ilmo. Señor don Manuel Cañete, Madrid, Medina y Navarro, editores, 1872; págs. 45-46). A la sazón, esta tía era María Angustias Magdalena (nacida el 22-VII-1792), con tal título por su matrimonio con Fernando de Aguilera y Contreras (nacido el 20-VIII-1784).

230 Alfonso Cevallos-Escalera, *Op. cit.*; pág. 155.

231 Cfr. Joaquín Ezquerro, *Op. cit.*; pág. 49.

232 Véase, v. gr., Esperanza Navarrete Martínez, *La Academia de Bellas Artes de San Fernando y la pintura en la primera mitad del siglo XIX*, Madrid, F.U.E., 1999; págs. 45, 66, 264, 284, 465-473.

233 La primera lo había sido María Josefa de Gálvez y Valenzuela, II marquesa de la Sonora (13-XI-1776/29-V-1817), Alfonso Cevallos-Escalera, *Op. cit.*; pág. 131.

234 Véanse los documentos que sobre él custodia la biblioteca del Senado (sign. HIS-0112-04) y también la biografía que trazó Pedro Chamorro Baquerizo, *Biografía del capitán general Sr. Duque de Castroterreño*, (Madrid, Imprenta Militar, 1853).

235 Nacida en 1801. Véase el libro de D. T. Gies, *Theatre and Politics in Nineteenth-Century Spain. Juan de Grimaldi as Impresario and Government Agent*, Cambridge, University Press, 1988; especialmente las págs. 7-9, 25-31, 41-59, 88-100, 118-124, 224-230.

- 236 P. de la Escosura, "Recuerdos literarios, op. cit."; pág. 90.
- 237 Murió el 18 de septiembre de 1839 (Cfr. Robert Marrast, intr. a José de Espronceda, *Poesías líricas y fragmentos épicos*, Madrid, Castalia, 1992; pág. 20).
- 238 Véase, *Ibidem*; págs. 72 y 137.
- 239 Le agradeció a Espronceda en una nota el libro de poesías que le había enviado y Marrast deduce que era asiduo de su salón (Cfr. *José de Espronceda... op. cit.*; pág. 569).
- 240 María de la Concepción Castro, casada con Francisco de Mendoza Sotomayor VIII marqués de Villagarcía y de Barrantes, (4-X-1802/6-X-1849), que fue dama noble de María Luisa desde 1839 por los servicios de Francisco de Asís (Alfonso Cevallos-Escalera, *Op. cit.*; pág. 172). Valera, con quien también intimó, le escribió a su padre cómo le había confesado sus relaciones con el ya rey consorte (J. Valera, *Op. cit.*, vol I; págs. 80, 82, 84).
- 241 Antonio Ferrer del Río, *Galería...op. cit.*; pág. 192.
- 242 F. Fernández de Córdoba, *Mis memorias... op. cit.*; tomo I, pág. 165.
- 243 P. de la Escosura, *Memorias... op. cit.*; tomo I, pág. 154.
- 244 *Op. cit.*; págs. 39-40.
- 245 A través del cual la madre de Espronceda le hacía llegar a su hijo el dinero durante su estancia en París (Robert Marrast, *José... op. cit.*; pág. 139).
- 246 Cfr. Robert Marrast, *José... op. cit.*, pág. 326; Ramón Mesonero Romanos, *Memorias...op. cit.*; tomo V, pág. 192.
- 247 Véase el estudio de Manuel Moreno Alonso, *Historiografía romántica española*, Sevilla, Universidad, 1979.
- 248 Véase, v. gr. Miguel Artola, *La España de Fernando VII*, en Ramón Menéndez Pidal, *Historia de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1968, tomo XXVI; pág. XXII.
- 249 Cfr. Joaquín Francisco Pacheco (*Historia... op. cit.*; págs. 137, 145).
- 250 *Mis memorias... op. cit.*; tomo I, pág. 36.
- 251 Cfr. "Memorias...op. cit." en *Obras...op. cit.*; tomo V, pág. 90.
- 252 Cfr. María Pilar Queralt, *Fernando VII, op. cit.*; pág. 126; R. Sánchez Mantero, *Fernando VII*, Madrid, Arlanza ediciones, 2001; pág. 38.
- 253 Ramón de Mesonero Romanos, *Op. cit.*; tomo V, pág. 87.
- 254 Véase la enumeración de cuadros a él dedicados citada por Sánchez Mantero, *Op. cit.*; págs. 18-24.
- 255 Cfr. *Op. cit.*; págs. 167-168.
- 256 Después del alzamiento de Manresa del 28 de septiembre de 1827, Fernando VII había acudido a Cataluña y le dejó allí como capitán general. Su crueldad en las ejecuciones le hicieron acreedor del apodo "Tigre de Cataluña".
- 257 *Mis memorias...op. cit.*; tomo I, págs. 53-55, 57-60.
- 258 Véase José de Oleza, *El primer conde de España, sus proezas y su asesinato*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1944; especialmente págs. 188-191.
- 259 Cfr. Luis Fernández Martín, *El general D. Francisco de Longa y la intervención española en Portugal (1826-1827)*, Vizcaya, Junta de Cultura, 1954; pág. 208.
- 260 Véase Carmen Gómez Rodrigo, *El general Longa y el contrabando marítimo*, Madrid, Delegación en Corte, Servicio de publicaciones, 2004; págs. 146-155.
- 261 Excepto en lo que respecta a la nariz, se corresponde bastante bien con el retrato que Gómez Ruiz y Juanola ofrecen (*El ejército de los Borbones*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2001; tomo V, vol. I; pág. 472).

- 262 Traducidas por Isidro Eleuterio de Alcalá, Madrid, Imprenta de Vicente de Lalama, 1844.
- 263 André Castelot, *La duchesse de Berry*, Paris, Éditions Rombaldi, 1977; págs. 81, 91.
- 264 Imbert de Saint-Amand, *La duchesse de Berry et la cour de Charles X*, Paris, E. Dentu, 1893; págs. 66-69.
- 265 Momento en que empezó a llamársela así, cuando la duquesa de Angulema se había convertido en la delfina.
- 266 Era tan aficionada a ellos que no había dejado de bailar durante sus embarazos (André Castelot, *Op. Cit.*; págs. 96-97, 107, 112-114, 171-173, 178. También, Imbert de Saint-Amand, *Op. cit.*; págs. 69-70, 269-278.
- 267 André Castelot, *Op. cit.*; pág. 105.
- 268 Alfred Nettment, *Memorias... op. cit.*; pág. 106. Imbert de Saint-Amand, *Op. cit.*; págs. 62 y 66.
- 269 André Castelot, *Op. cit.*; pág. 80.
- 270 *Ibidem*; pág. 171.
- 271 *Ibidem*; pág. 71.
- 272 *Ibidem*, págs. 180-203.
- 273 Trad. por A. de Burgos, Barcelona, Imprenta de Juan Oliveres, 1845; tomo I, pág. 137.
- 274 Cfr. Imbert de Saint-Amand, *Op. cit.*; págs. 47-50, 114-116.
- 275 Cfr. *Luis Felipe de Orleans, último rey de los franceses y su época*, Madrid, Viuda de Calero, 1851; pág. 48.
- 276 Cfr. *Historia de la vida pública y privada de Luis Felipe de Orleans*, Madrid, Imprenta La Época, 1852; págs. 57 y 60-63.
- 277 Cfr. Madrid, Imprenta viuda de Jordán e Hijos, 1843.
- 278 Cfr. *Historia... op. cit.*; pág. 59.
- 279 *Historia de la vida pública y privada de Luis Felipe de Orleans, ex rey de los franceses* (Madrid, Imprenta y Librería a cargo de V. del Valle, 1850).
- 280 Véase, por ejemplo, lo que de él dice en esa famosa novela publicada en 1862, *Los miserables* (Cuarta parte, Libro I, cap. 3).
- 281 Cfr. *Op. cit.*; págs. 116-117.
- 282 Henningsen, “Campana de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacárregui” (en Melchor Ferrer, Domingo Tejera, José F. Acedo, *Historia del tradicionalismo español*, Sevilla, Trajano, 1942; tomo III, pág. 248).
- 283 Véase *Op. cit.*; pág. 31.
- 284 Cfr. *op. cit.*; págs. 216-222.
- 285 «Art. cit.»; pág. 199. También José de Grijalva se lamentaba del «desaliño de artículo de periódico y las repeticiones que suele permitirse el autor» («Parte literaria. Crítica literaria. *El patriarca del valle*, novela original por D. Patricio de la Escosura» en *El Heraldo*, 18 de agosto, 1846; n° 1277; pág. 3).
- 286 Tal vez este hecho se debiera a que Escosura era un reconocido orador o, quizás, a que, siguiendo una forma de escribir frecuente en la época, la novela hubiera sido, al menos por lo que respecta a algunos fragmentos, dictada o, sencillamente, a que al ir leyéndola en la tertulia de su casa fuera acostumbrándose a ciertos usos orales.
- 287 *V. gr.*, “Variedades. Modas”, 8 de junio, 1846, n° 1214.
- 288 Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana* (Madrid, Imprenta Nacional; pág. 268).
- 289 Exclusivamente como masculino aparece ya en el primer Diccionario de 1729. También Salvá sólo reconoce el género masculino, frente a la época clásica, en que alternaban femenino y masculino (Vicente Salvá, *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla*, Valencia, Imprenta de José Ferrer de Orga, 1852; pág. 350).
- 290 Cfr. *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*, Madrid, Francisco María Fernández, 1843, 9ª; pág. 381.

291 Arcaísmo también frecuente en Larra (Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 1981; pág. 435).

292 María Antonia Martín Zorraquino, «Aspectos lingüísticos de la novela histórica española (Larra y Espronceda)» en *Entre pueblo y corona. Larra, Espronceda y la novela histórica del romanticismo*, eds. Georges Güntert y José Luis Varela, Madrid, Ed. Universidad Complutense, 1986; pág. 191.

293 *Gramática de la lengua castellana, compuesta por la Real Academia Española*, New York, Imprenta Espar, 1853<sup>4a</sup>; pág. 26. (Reimpresión de la última edición de la Academia, que es de 1796, ed. corregida y aumentada).

294 *Vid.* Vicente Salvá, *Gramática...op. cit.*; págs. 338 y 350.

295 María Antonia Martín Zorraquino, “Cap. cit.”; pág. 209.

296 *Gramática... Op. cit.*; pág. 38.

297 Vicente Salvá, *Gramática... Op. cit.*; pág. 302.

298 Régimen que se acepta junto con «lanzarse a» (*Ibidem*; pág. 295).

299 *Ibidem*; pág. 270.

300 *Ibidem*; pág. 278.

301 Salvá sólo admite «aventajar a alguien en algo» (*Ibidem*, pág. 271).

302 Este último régimen, sin embargo, aparece correctamente construido más adelante en las dos ediciones: «...hazte cargo de que aquí no podemos» (L. VIII, cap. VII; t. 2, pág. 251).

303 Ya José de Grijalva censuró la «afectación» en que Escosura incurría en el libro I de esta novela y aportaba el ejemplo siguiente: «Cuadrilongo en su espaciosa planta y ventilado por numerosas ventanas, una sólo aunque grande puerta de dos hojas de dura encina y orientada a Levante, le sirve de ingreso» (Cfr. «Art. cit.»; pág. 3).

304 Para más datos sobre el fenómeno en fechas cercanas, véase, de Antonio Rubio, *La crítica del galicis - mo en España (1726-1832)*, México, Universidad Nacional, 1937.

305 *Gramática...Op. cit.*

306 Ya José de Grijalva elogió, aunque sin concretar ninguna, las imágenes de la prosa de nuestro autor (*Vid.* «Art. cit.»).

307 «Observaciones de un curioso sobre tratamientos y etiqueta oficial» en *El Siglo*, 4 de mayo, 1848, n° 106; pág. 1.

308 Mariano de Rementería y Fica (trad), *El hombre fino al gusto del día o Manual completo de urbanidad, cortesía y buen tono*. Madrid, Imprenta Colegio de Sordomudos, 1837<sup>a</sup>; pág. 98.

309 Lo habitual en la época, no obstante, era que los hijos trataran de «usted» y de «señor padre» o «señora madre» a sus progenitores.

310 Según Adolfo Llanos éste era el trato habitual en los matrimonios efectuados por interés (*La mujer... op. cit.*; pág. 83).

311 Rafael Lapesa, «Personas gramaticales y tratamientos en español», en *op. cit.* (págs. 148, 149).

312 «Art. cit.»; pág. 199.

313 Cfr. Ferreras, *La novela... op. cit.*; pág. 57.

314 Como se advirtió en la introducción, se consigna el número de página de la primera edición en que aparece el texto transcrito.

315 *Como enfermizo*: 1846, “como de enfermizo”. Probable errata, que no aparece en 1861.

316 *En ed. 1846*: Litografía de los artistas. “Toda la oficialidad y no pocos soldados habían acudido en torno del preso y del coronel...”

<sup>317</sup> *Puerta del Sol*: Así llamada por una imagen del sol que había pintada encima de la puerta de un castillo levantado en 1520 para defender Madrid de las sorpresas de los bandoleros (Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, Imprenta del Diccionario, 1845-1850; tomo X, pág. 688).

<sup>318</sup> *Mariblanca... producido*: Opinión común en la época. Véase, por ejemplo, en Antonio Carlos Ferrer, *Paseo por Madrid. 1835* (Madrid, Almenara, 1952; pág. 24). Esta fuente en 1616 había sustituido a otra, bastante más hermosa, según Pedro de Répide (en *Las calles de Madrid*, Madrid, Ediciones La Librería, 1995; pág. 549). La estatua representaba a Diana y se hallaba frente al hospital del Buen Suceso. En cuanto a la fuente Mariblanca, se trasladó en 1838 a la plaza de las Descalzas Reales (Madoz, *op. cit.*; tomo X, pág. 688).

<sup>319</sup> *Marqués de Pontejos*: Joaquín Vizcaíno Martínez (1780-1840). En 1817 se casó con Mariana Pontejos Sandoval, marquesa de tal denominación y condesa de La Ventosa. Ocupó el cargo de corregidor de Madrid desde septiembre de 1834 hasta la llegada al poder de quienes proclamaron la Constitución de 1812 en La Granja en agosto de 1836. Una de sus reformas más recordadas fue la ejecutada en las calles más céntricas, consistente en empedrarlas, ensanchar las aceras que ya existían y construir otras donde no había, aparte de colocarlas a mayor altura que el plano de la calle para delimitar el paso de carruajes y el de peatones. Para más detalles, consúltese, de Joaquín Martín Muñoz, *La política local en el Madrid de Pontejos (1834-1836)*, Madrid, Caja de Madrid, 1995; págs. 105-109, 129-131. Según Mesonero Romanos, la reforma la había propuesto él mismo en su *Apéndice del manual de Madrid*, impreso en la capital en 1835. A los pocos días de publicar su memoria, el marqués de Pontejos le felicitó por ella y fue procurando hacer realidad las indicaciones que contenía (Cfr. *Memorias de un setentón*, Madrid, Tebas, 1975; págs. 343-347).

<sup>320</sup> *La Victoria*: Convento de mínimos de San Francisco de Paula construido en el siglo XVI. Allí vivía, en esta época, Fernando Carrillo, odiado censor de dramas y comedias. Cuando se publica esta entrega de *El patriarca del valle*, el convento se había derribado y, así, se había abierto una nueva comunicación con la carrera de San Jerónimo por la calle Espoz y Mina (en Pedro de Répide, *Op. cit.*; págs. 652-653). Parece que en 1838 perteneció a Mariátegui, Matheu y Martín Díaz y que dio lugar a cinco nuevos edificios (Eulalia Ruiz Palomeque, *Geografía urbana de Madrid en el siglo XIX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1983; págs. 22-23).

<sup>321</sup> *Embelllecimientos... diciembre*: Tanto la desamortización como la ley de inquilinato del año 1842 contribuyeron a que Madrid, en la década de los cuarenta, se transformara completamente en cuanto a edificaciones de todas clases (Vid. Ruiz Palomeque, *Op. cit.*; pág. 15), aunque ya Larra había hablado de la diferencia entre las antiguas y las nuevas construcciones precisamente pocos días antes de la fecha en que se ambienta este capítulo (véase "Las casas nuevas" en *Revista Española*, 13 de septiembre de 1833, n° 94; págs. 861-862).

<sup>322</sup> *San Felipe el Real*: Tras el decreto de supresión de órdenes religiosas (11-X-1835), se dispuso el empleo que se daría a los inmuebles (R. D. 21-III-1836). Los edificios de mérito artístico, como éste, albergarían edificios públicos. En 1836 estuvo allí el Tribunal de Junta y Comercio y en 1840 pertenecía a Alonso Cordero (Ruiz Palomeque, *Op. cit.*; págs. 19-20).

<sup>323</sup> *Maragato*: En efecto, la casa de Santiago Alonso Cordero era conocida como «la del Maragato». Las obras de edificación habían sido dirigidas por el arquitecto de la Real Academia de San Fernando J. Pescador (Pedro de Répide, *Op. cit.*; pág. 407).

<sup>324</sup> *Buen Suceso*: Iglesia y hospital desde que Carlos V lo habilitara para soldados y criados de la real casa (Pedro de Répide, *Op. cit.*; pág. 549).

<sup>325</sup> *Casa de Correos*: También llamado Ministerio de la Gobernación o Principal a partir de 1847, esto es, poco después de que Escosura publicara esta entrega por primera vez. Los bajos seguían destinados al servicio de correo. Había sido construido en el siglo XVIII bajo la dirección de Jaime Marquet (véanse los libros de Virginia Tobar Martín y alts., *La Casa de Correos, un edificio en la ciudad*, Madrid, Consejería de Política Territorial, 1988; *La Real Casa de Correos, 1756-1998: sede de la Presidencia de la Comunidad de Madrid*, Madrid, Dirección General de Arquitectura y Vivienda, 1998).

326 *Bigote*: Según las disposiciones reinantes, sólo los oficiales del ejército podían usarlo. Por lo que respecta al resto de la población, las costumbres en cuanto a la forma de rasurarse variaron a lo largo del período romántico. Es opinión generalizada que los más vinculados con esta corriente se dejaron crecer el cabello y la barba para asemejarse a los caballeros medievales recordados en el teatro, como recuerda Nieves Panadero Peropadre en *Los estilos medievales en arquitectura madrileña del siglo XIX (1780-1868)*, Madrid, Universidad Complutense, 1992; pág. 75. En 1835, sin embargo, los «lechuguinos», según Ferrer, llevaban «pera» y bigotes (Ferrer, *Op. cit.*; pág. 29). En 1837, en el periódico *La Verdad* se dice que el afeitado general de la época consistía en dejarse dos tercios de la cara sin rasurar («Usos, modales y costumbres en el siglo XVIII» 1 de abril, nº 31; pág. 2). Por su parte, Bretón de los Herreros aseguraba que muchos varones a mediados del siglo usaban bigote (en *Progresos y estado actual del arte de la declamación en los teatros de España*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1852; pág. 62).

327 *Predisuesto para la misantropía*: En la época se tenían muy en cuenta los estudios sobre la fisonomía como indicadores del carácter. José María Antequera, por ejemplo, publicó una sucesión de nueve viñetas de mujeres y nueve de hombres (diferentes por el gesto, el ademán, la ropa, etc), a cada una de las cuales se les atribuían una serie de rasgos de personalidad. No puede negarse la clara relación de tales clasificaciones «psicológicas» o, más bien, «culturales» con el gusto por el «tipismo», tan desarrollado en la época (Véase *La Semana*, 14-X-1850). Leonardo Romero Tobar también recuerda que en el siglo XVIII habían surgido diversas ramas médicas con la pretensión de relacionar ciertos caracteres «morales» con rasgos psicósomáticos (Vid. *Panorama del romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994; pág. 136).

328 *Un pantalón... traje y calzado*: Este atuendo indica que el personaje descrito se viste según la moda de los jóvenes de la época. Según Juan José Urraca Tejada, a finales del reinado de Fernando VII los hombres «españoles llevaban botas de montar sin tacón, sinónimo de elegancia», y se iba generalizando usar pantalón largo con trabillas (*Aspectos sobre la moda e indumentaria del siglo XIX*, Vitoria, Real Sociedad Vascongada de los amigos del País, 1990; pág. 23).

329 *Fernando VII*: de Borbón y Parma (14-X-1784/29-IX-1833), rey de España, hijo de Carlos IV y María Luisa Teresa de Parma.

330 *Imprenta... Nacional*: El edificio se encontraba en la calle Carretas. Tras los acontecimientos de La Granja en agosto de 1836, se sustituyó el adjetivo «Real» por el de «Nacional» en las designaciones de varias de las instituciones públicas, lo que suscitó no poca polémica. Además, a veces se utilizaba el calificativo como reclamo a cuantos apoyaban el nuevo Gobierno (véase, de Ana Isabel Ballesteros Dorado, *La rra... op. cit.*; págs. 268-270).

331 *Contramina*: Pozo o escavación profunda subterránea, desde donde sale una galería y ramales para ir a buscar la mina del enemigo e inutilizarla (José Fernández Mancheño, *Diccionario militar portátil*, Madrid, Imprenta Miguel de Burgos, 1822; págs. 101-102).

332 *Con su corto... mantilla de tira*: Detalle muy del gusto romántico el sacar a escena personajes vestidos con atuendos regionales o populares. Este traje de manola es idéntico al que describe Ferrer (Cfr. *op. cit.*; pág. 59).

333 *Estaba... que era del público*: Existían diversas mancebías en las inmediaciones de la Puerta del Sol. En concreto, una en la esquina con la calle Mayor, en la acera de enfrente de San Felipe (Répide, *Op. cit.*; pág. 407).

334 *Camastrón*: Voz vulgar para referirse al hombre engañoso, disimulado y doble que espera, con maña, para hacer su negocio o engañar a otro. Es voz vulgar (Cfr. R.A.E., *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Imprenta Francisco del Hierro, 1729, tomo II; pág. 87).

335 *En ed. 1861*: Litografía de Ur(abie)ta y Llopis, «¡Por mí, como V. quiera! y ambas volvieron a su paseo».

336 *Monier*: Se refiere al hotel Monier y su famoso gabinete de lectura (Répide, *op. cit.*; pág. 654).

337 *Fontana de Oro*: Allí se reunía una sociedad patriótica que había sucedido a la de Lorencini. Bajo el título de «Los amigos del orden», la componían en torno a cien liberales, personas todas de cierta cultura. Según Mesonero, su salón era largo y estrecho, formaba un martillo con la calle del Pozo y por la de La Victoria abría siete u ocho rejas a la calle, por donde se podía escuchar a los oradores (Ramón Mesonero Romanos, *Memorias... Op. cit.*; pág. 185). Entre los asiduos se contaba Antonio Alcalá Galiano, que la presenta en el capítulo VI de la segunda parte de sus memorias, y cuyas actividades describe, entre ellas la primera de las reuniones (*Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano publicadas por su hijo*, ed. de Jorge Campos, Madrid, Atlas, 1955; tomo II, págs. 79-82).

338 *Creso madrileño*: Rey de Lidia, famoso por sus riquezas y, sobre todo, por su afán de conseguirlas, cuya historia cuenta Heródoto en el Libro I (caps. XXVIII-XXIX) de sus *Historias*. Metafóricamente, el banquero dueño de la casa.

339 *Completan*: Sic. 1846 y 1861.

340 *Pantalón collant*: Pantalones ceñidos, según los dictados de la última moda. Veintidós años después, el propio Escosura, seguramente como índice de haberse perdido este término en el habla común, ofrece esta explicación en sus *Memorias de un coronel retirado* (*Op. cit.*; pág. 40).

341 *Rigurosa etiqueta... reloj*: El personaje va vestido de fiesta a la antigua usanza, como muchos partidarios del Antiguo Régimen o aquellos orgullosos de contar desde tiempo atrás con una posición social o económica de auténtica solidez.

342 *Levita...cuello*: La levita constituía la prenda de uso ordinario y solía estimarse inadecuada para una fiesta o reunión de gala, aunque la de color azul era una prenda propia de los oficiales del ejército. Los liberales y los románticos empezaron también a ponerla de moda para todas las ocasiones.

343 *Báciga*: Juego de naipes entre dos o más personas, cada una con tres cartas. Precisa baraja sin ochos ni nueves. Las figuras valen cada una diez puntos y el resto de las cartas la numeración indicada en ellas, excepto el siete deoros y el de copas, que funcionan de comodines. El lance principal con que se gana, y que lleva el nombre de “báciga”, consiste en obtener no más de nueve puntos. Era juego popular, no aristocrático (*Vid. P. F. y P., Los juegos de villar (sic) y la bácia*, Barcelona, Juan Francisco Piferrer, 1839).

344 *La necesidad... pesadilla*: Se sintetiza en las anteriores pretensiones de cada uno de los personajes la disparidad de opiniones liberales, que dieron lugar a partidos distintos y a luchas de poder reflejadas en los periódicos (Véase el libro de Ana Isabel Ballesteros Dorado, *Lara... op. cit.*; por ejemplo, las páginas 89-91, 149-156).

345 *Un mozo... esquila*: Era frecuente encontrar en cualquier esquina de Madrid algún mozo de cordel dispuesto a realizar cualquier encargo que se le propusiera (*Vid. Ferrer, Op. cit.*; pág. 50).

346 *Apostólico*: Partido creado después de la amnistía concedida por Fernando VII a ciertos liberales el 1 de mayo de 1824 y constituido por los absolutistas descontentos con la política del rey, que juzgaban personalista y moderada. Se agruparon en torno a la figura del infante don Carlos, aunque este decidiera no enfrentarse a su hermano.

347 *El ejército... ambiciones*: Irene Castells Oliván ratifica históricamente esta afirmación de Escosura, al exponer cómo el componente militar era un aspecto esencial de la estrategia política en las insurrecciones decimonónicas, porque sin los jefes militares al frente no era posible alzarse con una victoria (véase su libro *La utopía insurreccional del liberalismo*, Barcelona, Crítica, 1989).

348 *Seminario de Vergara*: El colegio se había construido entre 1662 y 1674, y había pertenecido a la Compañía de Jesús, pero, una vez expulsada ésta de España, Carlos III había expedido cédula en 1769 para que allí estableciera la Sociedad Vascongada de Amigos del País un establecimiento de educación. El 23 de julio de 1804 había sido relevada aquella sociedad en la dirección y el colegio pasó a denominarse Real Seminario de Nobles, bajo la directa protección del Estado, y se nombró director a Miguel Lardizábal. Entre los años 1815 y 1822, es decir, aquellos durante los cuales se supone allí a Ribera, fueron los de mayor afluencia de estudiantes (Cfr. Rufino Mendiola Querejeta, *Los estudios en el Real Seminario de Vergara*, Bilbao, Editorial Vizaina, 1961; págs. 29-55).



349 *Calórico latente*: Hasta los primeros años del siglo XIX, se llamaba así a un principio o agente de los fenómenos del calor, por creerse que el calor era un fluido sin peso que, al entrar o salir de un cuerpo, provocaba en él un aumento o disminución de su temperatura. Un tópico más entre los muchos que la divulgación de los conocimientos científicos de la época introdujo como imágenes literarias (*Vid.* Leonardo Romero Tobar, *Panorama... op. cit.*; págs. 135-138).

350 *Arreos femeniles*: A los bebés en la época se les vestía igual que a las niñas, hasta, al menos, los tres años.

351 *Amena literatura*: Así se llamaba a la literatura de ficción. Dentro de ella se encontraban las novelas, traducidas o no, las obras de teatro, los relatos de viajes y memorias, etc. De «Amena literatura» eran las secciones de los periódicos y revistas dedicados a tales materias.

352 *Pendolista*: El que escribe bien y con destreza y garbo (Cfr. *v. gr.*, R. A. E., *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Imprenta Nacional, 1837, 8<sup>o</sup>; pág. 563).

353 *Luego*: Se mantiene en estas fechas la primera acepción de «luego» recogida en el *Diccionario de Autoridades*: «Al instante, sin dilación, prontamente» (R.A.E., *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Imprenta de la R.A.E., por los herederos de Francisco del Hierro, 1734; tomo IV).

354 *Tresillo*: Juego de contrato entre tres personas. El que lo propone juega solo frente a dos adversarios y ha de recoger más bazas que ellos. Parece que se inventó hacia 1780 y era el favorito de la reina María Cristina en 1835 (J. Louis Picoche, «Los juegos de sociedad en la España romántica» en *Romanticismo*, 5. *Actas del V congreso*, Roma, Bulzoni, 1995; pág. 179; véanse reglas y consejos para ganar en V.A., *Manual del jugador de tresillo*, Madrid, Imprenta de Alejandro Gómez Fuentesnebro, 1845; A. D., *Juego del tresillo o del hombre: dividido en nueve lecciones*, Madrid, Imprenta de José Palacios, 1832).

355 *En Palacio*: Fernando VII había mandado aquel mismo año de 1833 construir el llamado “Cuartel de Palacio” en la parte oriental del Palacio Real, para albergar mayor número de tropa, sobre todo de caballería (Cfr. Madoz, *Op. cit.*; tomo X, pág. 758).

356 *Batallón*: Conjunto de ocho compañías. Cada una de las de infantería estaba formada en la época por ciento veinticinco plazas, distribuidas del siguiente modo: un capitán, dos tenientes, dos alféreces, un sargento primero, cuatro segundos, tres tambores, ocho cabos primeros, ocho segundos y ciento un soldados (Cfr. G. A., *Instrucción militar o sea recopilación de penas militares, según ordenanza y reales órdenes*, Madrid, Imprenta Repullés, 1825; págs. 193 y ss.).

357 *Escuadrón de retén*: Una de las cuatro partes en que se divide un regimiento de caballería puesta sobre las armas para reforzar un cuerpo. En la España de la época, parece que eran ciento cuarenta caballos o plazas montadas repartidas en dos compañías (Cfr. Federico Moretti, *Diccionario militar español-francés*, Madrid, Imprenta Real, 1828; págs. 160, 333).

358 *Platerías*: Trozo de la calle Mayor (Cfr. Ramón de Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid*, Madrid, Imprenta de la Ilustración Española y Americana, 1874; tomo I, pág. 14).

359 *Piquete*: Cincuenta hombres, sacados de todas las compañías de los regimientos del ejército, al mando de un capitán, teniente y subteniente, cuyo destino era vigilar contra las sorpresas del enemigo en el campo, por lo que se contaba siempre con un brigadier, un coronel, un teniente coronel y un sargento mayor de piquete (Federico Moretti, *Op. cit.*; págs. 306-307).

360 *Consejos*: Palacio de los Consejos, situado en la plazuela del mismo nombre, en el número 127 y frente a la de Santa María, así llamado desde que Felipe V lo comprara en 1717 para trasladar allí los Consejos, antes situados en el alcázar. En el siglo XVII había sido el primer edificio de Madrid después del alcázar. Se había construido sobre el terreno de las casas pertenecientes a Juan de Austria, por Cristóbal Gómez de Sandoval, duque de Uceda (Cfr. Pascual Madoz, *op. cit.*; tomo X, pág. 749), de ahí que Mesonero Romanos lo llamara “Casa de Uceda”(en *El antiguo Madrid, op. cit.*; Tomo I, págs. 12, 59).

361 *Gran guardia*: Cuerpo de caballería compuesto de varios escuadrones destacados al frente de un comandante con el objeto de presentar alguna resistencia al enemigo y dar lugar al ejército a ponerse en estado de combatirlo. También se llamaba así al cuerpo de soldados o gente armada que aseguraba o defendía alguna persona o puesto o que se encargaba de mantener el buen orden y la tranquilidad (Cfr. Federico Moretti, *Op. cit.*, págs. 205, 206).

362 *Armería*: En la calle del Arco de Palacio, al lado de la plaza de Caballerizas (Fausto Martínez de la Torre y Josef Asensio, *Plano de la villa y corte de Madrid*, Madrid, Imprenta de Joseph Doblado, 1800; lámina 12).

363 *Avanzada*: lo mismo que gran guardia, según Federico Moretti (*Op. cit.*; pág. 205) pero, más probablemente, destacamento de quince a veinte soldados, mandados por un subalterno, apostado delante y a vista de la gran guardia para mayor seguridad de esta y del campo (Cfr. Deogracias Hevia, *Diccionario general militar de voces antiguas y modernas*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1857; pág. 287).

364 *Arc*: A la izquierda de la Calle del Arco de Palacio, según se sube desde la plaza de Santa María, de acuerdo con el trayecto que recorren los personajes (Cfr. Fausto Martínez de la Torre y Josef Asensio, *Op. cit.*; lámina 12).

365 *Parada*: Reunión de la tropa formada por los oficiales cuando su regimiento, batallón o compañía tiene orden de ponerse sobre las armas (Deogracias Hevia, *Op. cit.*; pág. 371).

366 *Gobernador*: El mariscal de campo marqués de Espeja, Ramón del Águila y Corvalán (*Estado militar de España. Año de 1834*, Madrid, Imprenta real, s.a.; pág. 112).

367 *Armas puestas en pabellón*: Con la culata en tierra y la boca hacia arriba, colocadas alrededor de un palo como de siete pies de alto, metido un pie en tierra, con dos palos más delgados atravesándolo cruzados, a los que se arriman y sostienen las armas; todo lo cual va cubierto con un pedazo de lienzo en forma de cono, para defender las armas de la lluvia. Cuando la infantería y dragones están acampados, cada compañía tiene su pabellón de armas y todos deben estar sobre una misma línea, a cinco toesas poco más como del frente de banderas (Cfr. F. Moretti, *Diccionario, op. cit.*; pág. 287). En 1822, decía José Fernández Mancheño que este modo de colocar las armas había desterrado el antiguo, consistente en dejarlas en tierra a vanguardia y retaguardia (*Op. cit.*; págs. 260-261).

368 *Vencedor de San Marcial*: Manuel Alberto Freire-Andrade Armijo (1767-1835), nombrado en junio de 1813 general en jefe del cuarto ejército, participó en la batalla de San Marcial (31-VIII-1813) y su actuación fue reconocida con el ascenso a teniente general, con la cruz de San Fernando y en 1834 con el título de marqués de tal denominación. Aunque durante la Década Ominosa vivió en Carmona, su pueblo natal, se había trasladado a Madrid en septiembre de 1832 y en noviembre fue nombrado comandante general de la Guardia Real de Caballería (en sustitución del marqués de Zambrano), cargo en el que permaneció, aunque al mismo tiempo se le comisionara la capitanía general de Castilla la Nueva y se le nombrara miembro del Consejo de la Guerra ([http://www.ih.csic.es/lineas/jrug/diccionario/biograf/bio\\_freire.htm](http://www.ih.csic.es/lineas/jrug/diccionario/biograf/bio_freire.htm), 15/12/2005).

369 *Tarde*: Ribera es un oficial, pero la falta de puntualidad en un soldado, sin causa justificada, podía ser suficiente para ser pasado por las armas (Cfr. G. A., *Instrucción... op. cit.*; pág. 30).

370 *Ese regimiento... diente*: El anacoluto es frecuente en la lengua hablada. Léase «A ese regimiento... no hay quien le meta el diente».

371 *Cea*: Francisco de Cea Bermúdez (*vid.* Eduardo R. Eggers y Enrique Feune de Colombí, *Francisco de Zea Bermúdez y su época, 1779-1850*, Madrid, CSIC, 1958; págs. 109-125).

372 *Dos charreteras*: Signo de pertenecer a la oficialidad del Ejército, y al grado de capitán según el reglamento de divisas aprobado por Carlos III en 1768, vigente, con ligeras modificaciones, hasta 1860. La charretera consistía en un tejido de hilo de oro o plata del ancho de dos pulgadas con tres de largo, que terminaba con una franja del mismo metal y se llevaba sobre el hombro, de modo que la franja colgara sobre la parte superior del brazo (Moretti, *Diccionario... op. cit.*; pág. 127).

373 *S. A.... defensa*: Se refiere al infante don Carlos, que se encontraba en Portugal desde marzo de ese año, en un exilio apenas disfrazado. Los datos precisos pueden consultarse en la obra de Antonio Manuel Moral Roncal, *Carlos V de Borbón (1788-1855)*, Madrid, Actas, 1999; págs. 248-263.

374 *Pobre de ellos*: Sic. 1846 y 1861.

375 *Indefinido*: “Oficial que, no teniendo sus despachos en regla, por haber sido nombrado o ascendido por una autoridad incompetente o hallándose pendiente de un proceso sobre el mismo punto, permanece en el grado que obtenía anteriormente, y con la parte de sueldo que el gobierno ha tenido a bien señalarle, mientras tanto no se decida definitivamente sobre su carácter y clase” (Federico Moretti, *Op. cit.*; pág. 218). En tal situación se encontraban muchos de los liberales ascendidos durante el Trienio Constitucional.

376 *Negros*: De “negros” se tildaba a los liberales, frente a los “blancos” absolutistas, también fuera de España, ya desde finales del siglo XVIII.

377 *Impurificado*: las Juntas de Purificación se formaron por el real decreto de 18 de marzo de 1825. Eran tribunales militares especiales que instruían las causas individuales de todos aquellos sospechosos de Liberalismo por haber ascendido o haberse distinguido durante el Trienio Constitucional. Cuando se demostraba la inocencia del encausado, se decía que había sido “purificado”. Muchas causas quedaban abiertas por falta de pruebas. Consúltese sobre el particular el estudio de Gutmaro Gómez Bravo, *Crimen y castigo: cárceles, delitos y violencia en la España del siglo XIX* (Madrid, Universidad Complutense, 2004; págs. 190-192).

378 *San Martín*: «A cada cerdo le llega su San Martín». A cada uno le llega el tiempo de pagar sus extravíos: Los cerdos se solían matar hacia el 11 de noviembre, celebración de San Martín de Tours (Cfr. José María Iribarren, *El porqué de los dichos*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994; pág. 306).

379 *Frente... Voluntarios Realistas*: Caserón situado, en efecto, en la plazuela de la Leña, levantado en el siglo XVII y empleado desde 1769 como edificio de Aduanas y más tarde para otros menesteres. Meses después de clausurarse el cuartel se abrió como Escuela de Caminos, Canales y Puertos (Ramón de Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid*, en *Obras... op. cit.*; tomo IV; págs. 140).

380 *Romancista*: El que no sabe otra lengua que el castellano o romance, como cirujano romancista (Cfr. R.A.E., *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Imprenta Real, 1817, 5ª; cfr. Ídem, Madrid, Imprenta Real, 1822).

381 *Esculapio*: Dios de la medicina, que en Grecia se adoraba con el nombre de Asclepio o Asclepios y del que se suponía descendiente a Hipócrates.

382 *Excepciones*: Parece que era pensar común, al menos entre los novelistas por entregas, el que las mujeres, cuando ascendían de nivel social, por matrimonio o por fortuna, se adaptaban en seguida a los modales y educación propios de su nuevo estatus. Carmona señala como ejemplos a las protagonistas de *La calle de la amargura*, *La marquesa de Bellafior* o *La pastora de Guadiela* (Vid. Ángeles Carmona, *La mujer... Op. cit.*; pág. 43).

383 *Prendera*: Vendedora de alhajas, adornos y muebles, generalmente usados.

384 *Las Vistillas*: Barrio humilde de Madrid que principiaba en la Puerta de Segovia y abarcaba la cuesta de las Vistillas, la Puerta de Moros, la costanilla de San Andrés hasta la calle Segovia (Fausto Martínez de la Torre y Josef Asensio, *Plano... op. cit.*; págs. 39 y 61).

385 *Se*: Sic. 1846 y 1861.

386 *Apeles*: Pintor griego nacido en la isla de Cos (352 a.d. C / 308 a. d. C.), considerado desde la antigüedad clásica pintor por antonomasia junto a Parrasio y a Zeuxis, pese a no conservarse obra alguna suya (véase, José Pijoán, *Summa Artis, Historia general del arte. El arte griego hasta la toma de Corinto por los romanos*, Madrid, Espasa Calpe, 1931-2001; tomo IV, págs. 462-464).

387 *Una... Isabel II*: Entre los pertenecientes a tal postura se encontraban los hermanos Luis y Fernando Fernández de Córdoba (*Mis memorias...*, *op. cit.*; págs. 65-66). Coinciden estas palabras de Escosura con los estudios realizados por los especialistas en la materia (véase Antonio Moral Roncal, *Carlos V, op. cit.*; pág. 240).

388 *Merino*: Jerónimo Merino y Cob (1769-1844), sacerdote guerrillero de la Guerra de la Independencia, sería nombrado por don Carlos teniente general en noviembre de 1833 y se convertiría en una de las figuras fun-

damentales de la Primera Guerra Carlista. Al concluir esta, siguió a don Carlos a Bayona (*Vid.* José María Codón, *Biografía y crónica del cura Merino*, Burgos, Aldecoa, 1986).

<sup>389</sup> *Legítimo*: El narrador parece, con este adjetivo, alinearse en el bando carlista, pues los partidarios de la reina también juzgaban legítimo su derecho al trono.

<sup>390</sup> *Pretendiente... hiciesen*: Concuerda con los documentos aportados por los investigadores de la materia, como Moral Roncal (*Carlos V... op. cit.*; págs. 207-263, especialmente págs. 260-263).

<sup>391</sup> *Carbonarismo italiano*: El origen de los carbonarios fue similar al de la masonería y muchos miembros compartían militancia en las logias. Se organizaban en “ventas” de diez miembros, a cuyo fundador se llamaba “diputado”. Utilizaban claves para leer sus documentos, como se verá hacer a varios personajes de esta novela (Véase, de Lorenzo Frau Abrines, *Diccionario enciclopédico de la masonería*, Buenos Aires, Kier, 1962; vol. II, págs. 242-243).

<sup>392</sup> *Amnistía*: firmada por María Cristina el 15 de octubre de ese año durante su regencia provisional, motivada por la enfermedad del rey (Cfr. Eggers y Feune, *op. cit.*; págs. 109-119).

<sup>393</sup> *Comuneros*: La Sociedad de los Caballeros Comuneros se había creado hacia 1821 en Madrid, con la intención de resucitar los ideales que habían inspirado, varios siglos atrás, la creación de las comunidades castellanas contra Carlos V. Algunos de sus miembros pertenecían también a la masonería. Se organizaban por “torres” que agrupaban entre cuarenta y ochenta miembros. Su distintivo era una banda morada, por ser de ese color el pendón de Castilla. Masones y comuneros se denunciaban mutuamente durante los dos primeros años de la Década Ominosa a los que se refiere Escosura. Para cuando se publica la novela, los comuneros habían desaparecido como sociedad. Más datos ofrece la tesis doctoral de Marta Ruiz Jiménez, *El liberalismo comunero: una consideración especial de El Zurriago (1821-1823)*, Madrid, Universidad Complutense, 1999.

<sup>394</sup> *Comuneros... 1823*: El hecho más notable de la lucha entre las dos sociedades lo constituyó la revolución de los ministros que se sucedieron en un mismo día, el 19 de febrero de 1823 (véase un resumen de los hechos en Iris Zavala, *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1971; págs. 220-229).

<sup>395</sup> *Tercerola*: Especie de carabina más corta que las de encaro (Cfr. R.A.E. *Diccionario... op. cit.*, Madrid, Imprenta de Joaquín Ibarra, 1780; pág. 889). Ya en 1832 se modifica la definición y en la edición del *Diccionario* de 1843 se lee “Arma de fuego de que usa la caballería ligera, más corta y reforzada que la carabina” (Madrid, Imprenta de Francisco María Fernández, pág. 696).

<sup>396</sup> *En ed. 1861*: Litografía de Urrabieta y Llopis, “Ese caballero estaba predicando ahora mismo al teniente Jiménez no sé qué máximas de política”.

<sup>397</sup> *En ed. de 1846*: Litografía de los artistas, «¡Oye, Leoncio de Montefiorito, tú eres mi hijo!»

<sup>398</sup> *A quien*: Sic. 1846 y 1861. Léase “a quienes”.

<sup>399</sup> *Bandolera*: Banda con galones de plata, considerada el distintivo del Real Cuerpo de Guardias de Corps: ningún cadete o guardia podía quitársela al salir del cuartel y debía llevarse doblada sobre el brazo izquierdo al entrar en el cuarto de las reales personas (Cfr. *Ordenanza de S. M. para el gobierno, régimen y disciplina del Real Cuerpo de Guardias de Corps, de orden de S.M.*, Madrid, Viuda e hijo de Marín, 1792; pág. 24-25). Se juzgaba un privilegio pertenecer a este cuerpo y por eso no resultaba fácil acceder a él aunque se perteneciera a la nobleza más antigua. Los aspirantes debían haber cumplido los diecisiete años sin haber sobrepasado los veinticuatro, medir al menos cinco pies y tres pulgadas (un metro y cincuenta y seis centímetros), ser bien parecidos, robustos, sanos y poder probar la limpieza de sangre y la nobleza del propio linaje. Sus obligaciones consistían en obedecer a los superiores, dirigirse a ellos con el sombrero quitado, instruirse adecuadamente en las ordenanzas, especialmente en el manejo de las armas y los ejercicios, acudir puntualmente a las obligaciones y cuidar de los caballos y de las armas personales (*Ibidem*; págs. 6-21).

<sup>400</sup> *Carlos III*: Tercer hijo de Felipe V y primero de Isabel de Farnesio, nacido el 20 de enero de 1716. Fue duque de Parma (como Carlos I) desde 1731 a 1735, rey de Nápoles y Sicilia (como Carlos VII) desde 1734 hasta 1759 y rey de España desde esa fecha hasta su muerte (14-XII-1788).

<sup>401</sup> *Federico*: Federico II *el Grande*, rey de Prusia (1712-1786), hijo de Federico Guillermo I y de Sofía Dorotea de Hannover. Aficionado a las artes, a él se atribuye la composición de una marcha de granaderos que el monarca español, amigo suyo, declaró himno nacional. Al subir al trono a la muerte de su padre reorganizó y disciplinó el Ejército y escribió para sus generales libros sobre la guerra.

<sup>402</sup> *Garzón*: El garzón debía ser el primero en presentarse en la plaza de Armas para formar la tropa y era el considerado “la voz viva del Estado Mayor” (*Ordenanza... op. cit.*; pág. 88-98). Los ascensos dependían de la voluntad arbitraria del rey. El conde de Fernán-Núñez era en 1760 segundo teniente, al año siguiente primer teniente, tras la toma de Almeida fue distinguido con el grado de coronel y en 1767, con veinticinco años, ascendió a brigadier (véase Conde de Fernán Núñez, *Vida de Carlos III*, Madrid, Fernando Fe, 1788).

<sup>403</sup> *Tantum in rebus inane*: ¡La vanidad de las cosas! ¡A tanto llega la vacuidad de las cosas! O, sencillamente, hay tal vacío en las cosas.

<sup>404</sup> *Véase... particular*: Los historiadores puntualizan ciertos pormenores sobre esta historia, aunque quizás no se correspondan con los datos que en la época conocía el común de las gentes. Carlos III era un monarca muy piadoso y recto en su práctica de la moral cristiana, pues parece no haber pruebas de que mantuviera relaciones extraconyugales y ni siquiera volvió a casarse una vez viudo, según asegura Carlos José Gutiérrez de los Ríos y Rohan Chabot, conde de Fernán Núñez, que vivió muy cerca de él (*Op. cit.*; parte II, cap. Último, págs. 39-60). Las relaciones con su hermano el infante don Luis (1727-1786) fueron especialmente estrechas desde que Carlos ocupó el trono español hasta 1775, cuando se hicieron públicos los devaneos eróticos del infante. Según ciertos historiadores, el desagrado del monarca condujo a su hermano menor a renunciar a las dignidades eclesiásticas asignadas en su infancia y solicitar licencia para contraer matrimonio con quien fuera “de su real agrado” (Cfr. Francisco Vázquez García, *El infante don Luis Antonio de Borbón y Farnesio*, Ávila, Diputación Provincial, 1990; págs. 307-327). Finalmente, en junio de 1776 se casó con María Teresa de Vallabriga (1749-1820), precisamente tres meses después de que el rey publicara una pragmática sanción sobre los matrimonios de hijos de familia. El matrimonio se juzgó morganático, a pesar de que los ascendientes de María Teresa entroncaban con las casas reales de Inglaterra y Escocia, y eso significó verse obligados los esposos, entre otros muchos perjuicios, a vivir alejados de la corte. A la muerte del infante, le fueron arrebatados sus dos hijos a la viuda. Sólo después de muchos años y ya muerto Carlos III (1802), se dispuso que María Teresa llevara coche con franja de la casa real, prerrogativa de la que se había visto privado el matrimonio.

<sup>405</sup> *Pragmática... desafío*: A los militares se les habían prohibido los desafíos ya desde el comienzo del reinado de Felipe V, como consta en la *Ordenanza de Flandes*, promulgada el 18 de diciembre de 1701 (Libro XII; título XIX, ley 2ª). Se dictó, con todo, una pragmática unos años después (16 de enero de 1716), comprendida en el tomo III de la ordenanza militar, que regía aún en 1825: “...en dicha Real Pragmática declara Su Majestad por delito infame el desafío o duelo, y manda que todos los que desafiaren, los que admitieren el desafío, los que intervinieren en él por terceros o padrinos, los que llevaran carteles o papeles con noticia de su contenido, o recados de palabra para el mismo fin, pierdan irremisiblemente, por el mismo hecho, todos los oficios, rentas, honores que tuvieren por Real Gracia, y sean inhábiles para tenerlos durante toda su vida; () y si el desafío o duelo llegare a tener efecto, saliendo los desafiados, o algunos de ellos, al campo o puesto señalado, aunque no haya riña, muerte o herida, sean sin remisión castigados con pena de muerte y todos sus bienes confiscados, aplicando la tercera parte de ellos a los hospitales del territorio donde se cometa el delito; y se dé una recompensa al denunciador, y todos los que vieren reñir y no lo embaracen, pudiendo, o no dieran aviso, sean condenados a seis meses de prisión, multados en la tercera parte de sus bienes” (G. A., *Instrucción militar, o sea, recopilación de penas militares, según ordenanza y reales órdenes*, Madrid, Imprenta Alban y Compañía; págs. 26-27).

<sup>406</sup> *Per troppo...*: La naturaleza es hermosa precisamente en su mudanza.

<sup>407</sup> *Teseo*: Después de enfrentarse al Minotauro y de llevarse consigo a Ariadna, hija de Minos y Pasífae, según algunas versiones la abandonó en la isla de Naxos y se casó con Fedra, su hermana. Puede leerse una síntesis en el manual que realizó en la misma época que esta novela el propio Escosura (*Manual de mitología*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de F. de P. Mellado, 1845; págs. 256-266) o bien en el manual de Antonio Ruiz de Elvira (*Mitología clásica*, Madrid, Gredos, 1982; págs. 365-386).

408 *¿Qué haré yo...?*: Pregunta retórica de don Martín, personaje de su famosa comedia *Marcela o ¿Cuál de los tres?* (Acto II, esc. V, vv. 543-544. *vid. en Obras de Don Manuel Bretón de los Herreros. Tomo I*, Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1883; pág. 110). Escosura recuerda versos de la más famosa, aplaudida y representada obra de su amigo Manuel Bretón de los Herreros, quien aparecerá como personaje en el libro VII.

409 *Guardia Walona*: Regimiento extranjero. Su origen se remonta a 1702 y tenía por finalidad rendir honores y escoltar a la persona del rey, por lo que sus miembros debían pertenecer a la nobleza y mostrar una fidelidad absoluta a la institución monárquica (véase Manuel Gómez Ruiz y Vicente Alonso Juanola, *El Ejército de los Borbones*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1990-1995; tomos II y IV).

410 *Cucaña*: Voz procedente del italiano para referirse a la utilidad que se consigue con poco trabajo y a costa ajena (Cfr. R.A.E., *Diccionario... op. cit.*, 1729; pág. 675, I; cfr. también como segunda acepción, R.A.E., *Op. cit.*, 1843; pág. 212).

411 *En ed. 1861*: Litografía de Urrabieta y Llopis, «Sé lo que usted espera: vamos».

412 *Il est... capitaine*: Está muerto, pero le habéis matado en buena ley, mi capitán.

413 *Cuartel... recién construido*: Parece que ese nuevo cuartel de Guardias Españolas y Walonas aún se estaba construyendo años después, en el momento en que elaboran su manual Fausto Martínez y Josef Asensio, en la calle Prado Nuevo, muy cerca de la plazuela de Afligidos, del palacio de Liria y las calles Osuna y Leganitos (*Plano... op. cit.*; pág. 24). En cambio, el que entonces era cuartel de Guardias de Corps, que se encontraba en Conde-duque, se había levantado en tiempos de Felipe V, entre 1717 y 1720, bajo la dirección de Pedro Rivera. Sus torres, en efecto, servían de prisión militar (*Ibidem*; págs. 109-111).

414 *Barrio nuevo de San Carlos*: Situado en el cuartel del Rosario, en dirección norte respecto a las dos puertas de la bahía, llamadas del Mar, y antes de llegar al paseo de la Alameda. Construido a fines del siglo XVIII por el gobernador conde O'Reilly. Según Madoz, sus casas a mediados del siglo XIX eran bonitas y uniformes, muy bien distribuidas en el interior, y semejantes a las del resto de Cádiz en su exterior, si bien algunas habían sufrido derrumbes dada la falsedad del terreno en que estaban construidas (Madoz, *Diccionario... op. cit.*; tomo V, pág. 160, 163).

415 *El procurador... florecientes*: Tales afirmaciones coinciden con los datos procurados por Madoz en su diccionario, donde enumera las artes más destacadas de la plaza: la ebanistería, joyería, industria algodonera, peletería... aparte de señalar cómo el lujo formaba parte de las costumbres de sus habitantes (*op. cit.*; tomo V, págs. 185-186, 193). Escosura estuvo desterrado en Olvera en 1834, de manera que probablemente estas opiniones están formadas por experiencia y conocimiento de primera mano.

416 *Falucho*: Embarcación costanera, con una vela latina.

417 *Ciudad de Hércules*: Así se denomina también a Cádiz, por la leyenda que atribuye a Hércules haber levantado los peñones de Ceuta y Gibraltar (representados en el escudo de la ciudad).

418 *Traje... mortaja*: Los ermitaños de Córdoba se vestían con un saco o hábito y manto de paño pardo basto, camisa y calzas de estameña muy ordinaria. Se ceñían la cintura con una correa. Llevaban las piernas desnudas y calzaban zapatos blancos. Se dejaban crecer la barba y, en cambio, llevaban pelada la cabeza (Cfr. *Manual que contiene las prácticas religiosas que observan los ermitaños de S. Pablo... de la ciudad de Córdoba*, Madrid, Eusebio Aguado, 1855, 2ª; pág. 31).

419 *Fisonomía... posible*: Una idea similar escribió el autor, esta vez referida al maestro Alberto Lista, en *Discurso del Sr. Patricio de la Escosura de la Academia Española, leído en la sesión inaugural de 1870. Tema: tres poetas, Felipe Pardo, Ventura de la Vega, José Espronceda* (Madrid, M. Rivadeneyra, 1870; págs. 15-16).

420 *Iglesia de San Agustín*: Establecida por frailes calzados, que vivían en el convento del mismo nombre fundado en abril de 1593. La iglesia fue levantada gracias al noble genovés Felipe Barquín de Bocanegra, que solicitó para sí el patronato de la fundación y le señaló ciento veinticinco fanegas de trigo y cien ducados de renta anual. El 31 de octubre de 1617 se concedió la autorización a fray Pedro Ramírez. Las obras concluyeron

en 1647. Su convento poseía una de las más valiosas y completas bibliotecas de Cádiz (Cfr. Ricardo Moreno Criado, *Iglesias de Cádiz*, Cádiz, Imprenta Narváez, 1953; págs. 20-22).

421 *Como... cae*: El verso es una traducción, idéntica a la realizada por Juan Manuel González de la Pezuela (conde de Cheste, amigo de Escosura), de aquel con el que acaba el Canto V del Infierno en la *Divina Comedia* de Dante Alighieri (1265-1321), dedicado al círculo II, el de los lujuriosos (v. 142; véase, v. gr., tal traducción en la edición de Barcelona, Sopena, 1978; pág. 122).

422 *La tigre hircana*: Uso femenino y arcaico de esta forma, registrada como masculina en el Diccionario de la Real Academia ya en su primera edición de 1739 (Imprenta de la Real Academia Española, por los herederos de Francisco del Hierro, tomo VI).

423 *Afligidos*: En esta plazuela, situada entre la “montaña de Príncipe Pío” y el paseo de la Florida, se encontraba situado el convento de San Joaquín, de padres premostratenses, a los que popularmente se llamaba “afligidos” por la imagen de “Nuestra Señora de los afligidos” que se veneraba en el altar mayor de su iglesia (Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid*, op. cit.; pág. 306). La plazuela se encontraba en el barrio también llamado de Afligidos, dentro del cuartel del mismo nombre (véase Fausto Martínez de la Torre y Josef Asensio, *Plano de la villa... op. cit.*; págs. 17-20).

424 *Los*: 1846, «las».

425 *Experiencia... madre*: Concepción propia de la época. Véanse, por ejemplo, las siguientes líneas, «La amistad de las jóvenes con las jóvenes ha sido siempre una máscara ficticia, nunca una realidad. (...) De la amiga sólo saldrá un mal enemigo. (...) Mientras presumáis de hermosas, no tendréis amistad a otra mujer (...). ¿Dónde, pues, hallará el consuelo de sus pesares? Sólo en su madre» (Adolfo Llanos y Alcaraz, *La mujer...op. cit.*; págs. 45, 47, 48).

426 *Sin prestigios*: Sic. 1846 y 1861.

427 *More habanero*: Como se hace en La Habana, al estilo de La Habana.

428 *Cuatro mil duros*: Ochenta mil reales. Fernando Fernández Bastarreche, en su estudio sobre el particular, sitúa el sueldo de un general de infantería, en 1828, en diez mil reales mensuales, el sueldo habitual de las clases medias en torno a los quinientos, entre esa cantidad y los tres mil reales los sueldos de los profesores y cargos universitarios. Por encima de esta cifra percibían los empleados como mariscales de campo, capitanes generales y altos puestos de la administración (véase *Sociología del ejército español en el siglo XIX*, Madrid, Fundación Juan March; págs. 38-43). Los cargos palatinos llevaban aparejados sueldos anuales que oscilaban entre los cuatro mil de una moza de retrete, los diez mil de un ujier y los treinta mil de un mayordomo de semana, por ejemplo (Cfr. Antonio Moral Roncal, *Carlos V... op. cit.*; pág. 126).

429 *Si ese enlace... padre*: Otro tópico de las novelas por entregas de la época: las mujeres se ocupan de sus padres ancianos, no de sus madres cuando lo son, hasta el extremo de crearse comportamientos contradictorios dentro de una misma novela, como en *El infierno de un ángel*, donde un padre vive con su hijo y su nuera, mientras que Matilde, viuda que tiene una hija casada, ingresa en un convento para no estorbar a la pareja (Cfr. Ángeles Carmona, *La mujer... Op. cit.*; pág. 134).

430 *Doceañistas*: Partidarios de la Constitución de Cádiz de 1812. Parece ser que su talante era más moderado que el de los revolucionarios de 1820.

431 *Cabezas de San Juan*: Localidad sevillana. Rafael de Riego encabezó el pronunciamiento, el 1 de enero de 1820. Antonio Alcalá Galiano habría de escribir, en sus memorias, una visión de los hechos privilegiada, por haberlos vivido muy de cerca (*Memorias... op. cit.*, en vol. I, caps. XXXII, XXXIII, XXXIV, vol. II, caps. I, II, III; tomo II, págs. 7-56).

432 *A tomar parte*: Sic. 1846 y 1861.

433 *Las reformas... por ellas*: Parece que respecto a este tema sobre el que Escosura manifiesta su sentir de modo tan contundente, hoy persisten opiniones encontradas, según anota Irene Castells Oliván (“La resistencia liberal contra el absolutismo fernandino”, en *Fernando VII, su reinado y su imagen*, op. cit.; pág. 44).

434 *Subdividiéronse... masones*: Coincide esta descripción con la que, más por extenso, presenta Alcalá Galiano (*Memorias... op. cit.*, vol. II, caps. XII y XIII; tomo II, págs. 115-127). El marqués, igual que Alcalá Galiano, se vinculó con los masones al llevarse a cabo tal división.

435 *Hermano*: Este apelativo precedía a los nombres de los miembros de las logias, incluso a los de aquellos que ostentaban puestos como el de gran maestro.

436 *Marqués*: Sic. 1846 y 1861. Indudablemente, errata. Léase “del señor”.

437 *Onza*: Moneda de oro, la mayor que se conocía y corría en España en los tiempos de Fernando VII y que se acuñó hasta el final de su reinado. Equivalía a ochenta pesetas o a cuatro doblones, o a trescientos veinte reales de vellón. En la época de los Borbones se mantuvo el “bimetalismo” anterior del real de a ocho y la onza (Cfr. Conde Federico Moretti, *Diccionario...op. cit.*; págs. 117-118).

438 *Pesos fuertes*: Un peso equivalía a veinte reales. Véase, de Andréu Garí Bergés y Juan Montaner Amorós, *Los Borbones (1700-1868). Catálogo general de las monedas españolas* (Valencia, Expo Galería, 2004).

439 *Abismo*: La imagen del «abismo» que separa a los amantes es de las más repetidas en el Romanticismo para hacer ver la imposibilidad de una relación matrimonial.

440 *Revelado*: Sic. en 1846 y 1861 aunque, por su sentido, más bien debería escribirse «rebelado». Se trata de uno de los infinitos casos de la caprichosa ortografía decimonónica.

441 *Al vidrio... marqués*: Esto es, en el asiento en que se va de espaldas al tiro.

442 *Grande Oriente... masonería*: Fundado por Pedro Lázaro presidido luego por Carlos e Magnan. Véase J. A. Ferrer Benimelli, *Masonería española contemporánea (1800-1868)*, Madrid, Siglo XXI de España, 1980, vol. I.

443 *La Luisiana*: Antonio Carlos Ferrer decía que se trataba de una población nueva, de setecientos sesenta habitantes en 1835 (en *Paseo...Op. cit.*; pág. 11). Madoz precisa más datos, al situarla en la provincia, diócesis, audiencia territorial de Sevilla, en el partido judicial de Écija. Añade que había sido creada en 1768, en terreno llano. Explicaba que tenía baños desde 1793 y sus aguas eran especialmente adecuadas para curar las erupciones cutáneas (*Op. cit.*, Tomo X, pág. 463).

444 *Escasez de caballos... a un tiempo*: Cosa frecuente en la época.

445 *Carricoche*: Ya se utilizaba este carruaje en tiempos de Carlos II (Rómulo Horcajada, *Coches y carrozas*, Madrid, Publicaciones españolas, 1959; pág. 15). En realidad era un carro cubierto con una caja como la de un coche. Podía tener dos, tres o cuatro ruedas.

446 *Schall*: Todavía en 1846 suele encontrarse este extranjerismo en las gacetillas de modas de los periódicos. Sin embargo, más adelante, en el Libro VI, cap. VIII, Escosura menciona un «chal» de que Laura se sirve para huir (Tomo II, pág. 63), voz castellanizada tal y como aparece por primera vez en el Diccionario de la Real Academia (Madrid, Imprenta Nacional, 1817; pág. 268).

447 *Anillero*: Miembro de una sociedad secreta llamada del Anillo o “Amigos de la Constitución” (de 1812), constituida hacia 1821, al separarse de la Francmasonería. Se llamó así por adoptar un anillo como distintivo (Cfr. Frau Abrines, *Diccionario... op. cit.*, tomo II, págs. 80-81). Antonio Alcalá Galiano habla de esta sociedad en sus *Memorias* (*op. cit.*, vol. II cap. XIX; tomo II, pág. 171). El término servía en la época para referirse despectivamente a los “ministeriales” que componían un tercio del congreso en mayo de 1822, aun cuando muchos de ellos no pertenecían a la Sociedad: pretendían establecer un cuerpo legislador en las Cortes y ampliar la potestad real (véase A. Dérozier, *L'histoire de la Sociedad del Anillo de Oro*, París, 1965). A ella parece ser que perteneció el duque de Frías.

448 *Pastelero*: La Real Academia Española no acuñó la acepción familiar de esta voz hasta la edición X de su Diccionario, cuando ya aparece “El que emplea medios palitivos en lugar de otros vigorosos y directos” (Cfr. Madrid, Imprenta Nacional, 1852; pág. 516), pese a que este apelativo llevaba empleándose desde la época en que se ambienta este episodio y se pondría de moda para referirse a Martínez de la Rosa y los de su cuerda, aprovechando el propio apellido: «Rosita la pastelera».



449 *Lozano de Torres*: Juan Esteban (1769-1831). Ministro de Gracia y Justicia (29-I-1817/12-IX-1819), conocido por sus tendencias reaccionarias. En 1820 fue desterrado, pero en 1826 recuperó sus cargos. En 1830 ocupó la presidencia de la Caja de Amortización. Benito Pérez Galdós se refirió a él en los capítulos V y VII de su episodio nacional *La segunda casaca*.

450 *Traje jerezano*: Era frecuente todavía en esta época que la gente del pueblo vistiera el traje regional y no sólo cuando residía en su localidad natal, sino incluso cuando se establecía en Madrid. Los extranjeros en sus visitas a España se fijaban mucho en tales trajes (*V. gr.*, Antonio Carlos Ferrer, *Paseo... Op. cit.*; págs. 48-54). Así, es lógico que Leoncio, para pasar inadvertido, se vista conforme a los usos del lugar.

451 *Real licencia*: Los hijos de nobles, so pena de perder las dignidades concedidas por real gracia, habían de solicitarla al rey para contraer matrimonio. Se hacían las oportunas indagaciones y, en caso de que el elegido por consorte careciera de méritos suficientes o de reconocida nobleza, podía ser denegada (Cfr. *Novísima recopilación de las Leyes de España*, Madrid, s.n., 1805-1807; libro X, título II, ley XIV).

452 *Jefe político... hizo*: Escosura se refiere al “recurso contra el irracional disenso”, válvula de seguridad ya establecida en la pragmática dictada por Carlos III en 1776 sobre los matrimonios de los hijos de familia, para “precaer el abuso y exceso en que pueden incurrir los padres y parientes en agravio y perjuicio del arbitrio y libertad que tienen los hijos para la elección del estado a que su vocación los llama” e impedir que dejaran de contraerse nupcias sin causas justas y racionales, como podía serlo el que tal matrimonio ocasionase un perjuicio al Estado u ofendiera al honor de una familia. Según una nueva pragmática, la de 10 de abril de 1803, el padre no estaba obligado a explicar la causa de su disenso. Sobre el particular y la tramitación de los recursos, véase “Novísima recopilación, nº 7, ley IX, título II, Libro X” (en José María Laina Gallego, *Libertad y sentimiento paterno para el matrimonio en la legislación española*, Madrid, Universidad Complutense, 1991; págs. 113-122, 167-173, 569-570).

453 *En ed. de 1846*: Litografía de los artistas, “Ah, señor, mi vida es desde hoy de V. M.”.

454 *Revolución... sociedades secretas*: Alcalá Galiano se refiere, en sus memorias, a la propaganda masónica en el ejército (*op. cit.*, vol. I, cap. XXVIII; tomo I, págs. 460-461).

455 *El Zurriago*: Sobre este periódico puede consultarse el artículo de Iris Zavala «La prensa exaltada durante el trienio constitucional» en *Bulletin Hispanique* (LXIX; págs. 365-388). En contrapartida, en 1822 se publicaba el periódico bimensual *Zurriago al Zurriago* en la imprenta de El Imparcial.

456 *Maratistas*: Para entender el sentido del término, véase la expresión de tales ideas en *El discurso revolucionario, 1789-1793: textos de Sièyes, A. Chaumette, Marat... y otros*, ed. de Víctor Méndez Baiges, Barcelona, Sendai, 1993. Marat (1743-1793) fundó un periódico, *El Amigo del Pueblo*, exponente de sus teorías políticas y de sus críticas a los dirigentes moderados. Se le juzgó principal impulsor de los enfrentamientos y matanzas de 1792 y lideró el club jacobino de París. Su oposición a los girondinos le acarreó la muerte a manos de Carlota Corday.

457 *Trágala*: Canción liberal: “Trágala o muere / vil servilón / tú que no quieres / constitución. / Ya no la arrancas, / ni con palancas, / ni con palancas / de la nación. / ¡Trágala, trágala, / trágala, trágala / trágala, trágala, / trágala, perro!”. La letra de la canción puede verse completa, por ejemplo, en la biografía de Pilar Queralt (*Fernando VII*, Barcelona, Planeta, 1999; págs. 152-153). Parece que había nacido en Cádiz en 1820, año en que se representó también una pieza de Diego González Robles con este título, *El Trágala* (Cádiz, Imprenta de Nicolás Garrido).

458 *Contra-revolución*: Así también lo exponía Mesonero Romanos en sus *Memorias* (*Op. cit.* ed. de Jorge Campos; tomo V, 1ª época, cap. XIII, pág. 110).

459 *Escisión... masones*: El propio Escosura explicó la situación con más claridad veintidós años después: La francmasonería andaba dividida en dos grandes grupos, enemigo uno de otro, el del rito escocés (el menos político y más moderado) y el de un rito reformado (exaltado); la sociedad de los comuneros era de nueva fundación (patriotas exaltados); los “anilleros” eran un grupo del que, en su sentir, acabaría surgiendo el partido moderado histórico (“Recuerdos Literarios. Reminiscencias biográficas. Los numantinos”, en *Ilustración Española y Americana*, 22 de junio, 1876, año XX, nº XXIII; pág.411).

460 Francisco Espoz y Mina: Conde de Espoz y Mina (título póstumo, 1781-1836), nacido en una familia campesina, participó en la Guerra de la Independencia como líder de una guerrilla. Su valor le convirtió en acreedor del grado de general. Despreciado por Fernando VII, intentó una revuelta contra él, pero fue abandonado por los suyos y huyó de España. Apoyó a Riego, conspiró desde el exilio contra Fernando VII y, al volver a España en 1834 gracias a la amnistía de María Cristina, ésta le puso al frente del ejército navarro. Luego pasaría al de Cataluña, donde moriría. Su mujer, Juana de Vega, guardó siempre memoria de él vestida de luto, recibió el título de condesa en reconocimiento a los méritos de su marido, fue nombrada aya de la reina Isabel II durante la regencia de Espartero y se ocupó de publicar las memorias del general, en libro y en diferentes periódicos, como en *El Patriota Liberal* (5-I-1837: 2-3; 6-I-1837: 2-3; 7-I-1837: 2-3; 6-II-1837: 2-3). Consúltese también la obra de José María Iribarren (*Espoz y Mina el guerrillero*, Madrid, Aguilar, 1965).

461 *Bravatas... subsiguientes*: Antonio Alcalá Galiano en el capítulo XXVI de la segunda parte de sus *Memorias* recuerda aquel día y los antecedentes que lo propiciaron, por extenso: En el Congreso de Verona, Francia, Austria, Rusia y Prusia se habían manifestado en contra de la situación de España y contra la Constitución, aparte de acordar intervenir. En los primeros días de enero se habían notificado tales circunstancias al Gobierno español por medio de los respectivos ministros plenipotenciarios. El 9 de enero, en la sesión de las Cortes, Alcalá Galiano propuso que el congreso se declarase resuelto a sustentar a todo trance el honor e independencia de la patria y a declararlo así al rey, lo que unánimemente se aplaudió. Así se ratificó en las Cortes el 11 de enero y hubo diputaciones provinciales que empezaron a organizar el ejército en previsión de la guerra que se avecinaba (*Op. cit.*, vol II cap. XXV y XXVI, tomo II, págs. 212-219; cap. XXVII, tomo II, págs. 219-226).

462 *Cajero de la revolución*: En efecto, uno de los objetivos de la masonería, vista la dificultad de que prevaleciera en España el régimen constitucional, era “sostener y aumentar la fuerza moral de la revolución y preparar por todos los medios escogitables la física”, así como “sostener con todos sus fondos y fuerzas físicas y morales a los periodistas extranjeros, cuidando de que se les suministren con abundancia socorros pecuniarios, a fin de que sostengan la fuerza moral de la opinión republicana, mientras se dispone y dirige a la física para el sacudimiento general de España, Portugal, Nápoles y Piamonte” (Causa titulada “Españoles, Unión y Alerta”, enero-mayo 1825, Archivo General del Ministerio de Justicia, Sección Madrid, legajos nºs 3505, 3506, 3510 en El marqués de Valdelomar, *Fernando VII y la masonería. Españoles: Unión y Alerta*, Madrid, Prensa Española, 1970; págs. 22 y ss).

463 *Locura*: Uso habitual en el siglo XIX en la lengua común, a pesar de su relativa impropiedad, pues el significado de la voz, recogido desde el siglo XVIII e inalterable durante el XIX, es «Enfermedad que priva del juicio y embaraza el uso de la razón» y Laura, según se dice a continuación, no ha perdido la razón ni sufre privación de juicio.

464 *Paraxismos*: Caída en un estado estuporoso, con pérdida del sentido.

465 *Gentilhombre... monarca*: La actitud de Leoncio coincide con la de muchos constitucionales en junio de 1823, según las memorias de Alcalá Galiano (*Op. cit.*, Vol II, cap. XXX).

466 *Moral*: 1861: «ascendiente de la moral».

467 *30 de septiembre*: Día en que se tuvo noticia general de la victoria francesa y de la pretensión de restituir a Fernando VII sus antiguos derechos reales, pese a lo cual el monarca firmó un manifiesto en que prometía olvido de lo pasado y un gobierno acorde con los tiempos (Cfr. Alcalá Galiano, *op. cit.*, vol II, cap. XXXIV; tomo II, págs. 277-278). El texto del manifiesto pudo tenerlo a mano Escosura en el libro que publicó Pacheco sobre la regencia de María Cristina (*Op. cit.*; págs. 265-267).

468 *De Gibraltar a Londres*: Camino paralelo al recorrido por Antonio Alcalá Galiano y Ángel Saavedra (*vid. op. cit.* Vol II, Cap. XXXIV; tomo II, págs. 279-280).

469 *Torrijos*: José María Torrijos y Uriarte (Madrid, 1791-1831), que fue paje de Carlos IV en su infancia, cadete al comienzo de la Guerra de la Independencia, luchó en ella y fue ascendiendo hasta conseguir el grado de brigadier. Tomó partido por los liberales con la vuelta del Absolutismo y su apoyo a la conspiración fallida

de Lacy en 1817 le valió la cárcel hasta 1820, en que fue excarcelado gracias a la victoria de Riego. Dirigió la resistencia contra los Cien mil Hijos de San Luis y tras la derrota se exilió a Inglaterra. Tras varios levantamientos frustrados en Algeciras y La Línea durante 1830 y 1831, Vicente González Moreno le tendió una trampa en la que consiguió hacerle prisionero. Fernando VII le mandó fusilar el 11 de diciembre. Años después su viuda, Luisa Carlota Sáenz de Viniegra, recibió en su honor el título de condesa de Torrijos. A ella se debió una biografía sobre su marido (Madrid, Imprenta de Manuel Minuesa, 1860).

<sup>470</sup> *Acciones indecorosas*: La condesa de Espoz y Mina cuenta en sus memorias (Madrid, Ediciones Giner, 1977; págs. 128-143) el caso de diferentes personajes a los que ella y su marido, inocentemente, ayudaron. No explica, sin embargo, que la vergüenza ajena, sino circunstancias de salud y de política, les impeliera a abandonar Londres. Tampoco Espoz y Mina escribió sobre el particular en las suyas (véase ed. de Miguel Artola, Madrid, Atlas, 1962; tomo II, 111-140). Torrijos, en cambio, sí se retiró a Black-heath: "...viéndose chocado por las mezquinas y estrechas miras de un partido que sembrando envidias y enemistades todo lo desunía y ponía en oposición, aburrido, en fin, y desesperado de poder caminar al objeto tan ansiadamente anhelado por él, se retiró de Londres y pasó a vivir a Black-heath; allí se dedicó al estudio y particularmente al del idioma inglés". Luisa Sáenz de Viniegra copió en la misma biografía una carta dirigida a Mina en los siguientes términos: "las imprudencias que algunos de nuestros compatriotas comenten, presentándonos a la vista de estas gentes como divididos y aun enemigos unos de otros, debilita nuestra influencia y nos deja sin consideración. (...) las vulgaridades que corren entre nosotros; los diferentes focos de conspiraciones que públicamente se designan y el espíritu de ambición de ser el primero creo también contribuyan y no poco a que se nos estime en menos" (*op. cit.*; págs. 290, 294). Algún ejemplo de estas situaciones lo pone Vicente Llorens, respecto a un tal Lucas Latorre, que se beneficiaba indebidamente de una asignación económica y que fue desenmascarado por Alcalá Galiano en carta abierta al *Times* [en *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia, 1979; pág. 52].

<sup>471</sup> *Jersey*: Allí hubo, en efecto, un grupo de emigrados, según confirma Vicente Llorens (*Op. cit.*; pág. 23). Entre ellos, Plasencia y Santos San Miguel (Robert Marrast, *op. cit.*; pág. 140).

<sup>472</sup> *Desde Luego*: Enseguida.

<sup>473</sup> *Pudiera exigírsele*: El Gobierno había dado a Espoz y Mina el mando de Cataluña en agosto de 1822, para que sofocase la sublevación absolutista (véase una síntesis en las *Memorias* de la condesa de Espoz y Mina, *op. cit.*; págs. 53-70). También lo cuenta Mina en sus memorias (*op. cit.*, tomo II, págs. 5-110).

<sup>474</sup> *Filosofía...fisiología*: Philipp Carl Hartmann (1773-1830) se interesó vivamente por la medicina psicosomática y sus principios adquirieron desarrollo en la obra de su discípulo Ernst, barón de Feuchtersleben (1806-1849).

<sup>475</sup> *Uso de la inteligencia*: Este tipo de terapia parece concordar con el principio de otra de las grandes corrientes de la época: «*similis similibus curantur*».

<sup>476</sup> *Desnuda*: En la época, cubierta con la ropa interior, consistente en camisa y pantalones.

<sup>477</sup> *Verde*: El color de la esperanza, pero también el de los constitucionales de 1820 a 1823.

<sup>478</sup> *Nema*: Cierre o sello de la carta.

<sup>479</sup> *López*: Se refiere, probablemente, a Vicente López Portaña (1772-1850), pintor de cámara de Fernando VII. Su especialidad fue el retrato y su técnica característica el cuidado por el detalle (*Vid.* Juan Contreras y López de Ayala, *Vicente López: su obra*, Madrid, Gráficas Barragán, 1973).

<sup>480</sup> *Cualesquiera*: Voz recogida por primera vez en la octava edición del Diccionario de la Real Academia, como plural de "cualquiera" (*Op. cit.*, Madrid, Imprenta Nacional; pág. 216).

<sup>481</sup> *Expedición de Tarifa*: Realizada por Francisco Valdés. Sobre esta y las siguientes escribió Luisa Sáenz de Viniegra en la biografía de su marido (*op. cit.*; págs. 287-298).

<sup>482</sup> *Carbonarismo*: Sociedad existente en Francia e Italia ya en el siglo XVI. En el siglo XIX alcanzó en París similar influencia que la de la masonería. El nombre lo tomaron del carbón, que usaban como símbolo purificador

del aire. Lucharon contra los absolutismos. En Madrid solían reunirse en los cafés de Malta y de San Sebastián y en la famosa “Fontana de Oro”, pero también hubo grupos en Cataluña, Valencia y Málaga. A mediados del siglo XIX podían darse por extinguidas las distintas “chozas” y “círculos” o “ventas”, distintos tipos de comunidades.

483 *Pliegan*: 1846 y 1861, plegan.

484 *Carlos X*: Rey de Francia (9-X-1757/6-XI-1836), hermano menor de Luis XVI y de Luis XVIII, hijo del delfín Luis de Borbón y de María Josefa de Sajonia y nieto de Luis XV. Hasta su ascenso al trono en 1824 se le conocía por su título de conde de Artois. Abdicó en 1830.

485 *L'état c'est moi*: El Estado soy yo, frase que sintetiza la concepción absolutista del poder.

486 *Como quiera*: 1861, «como quería».

487 *Ello*: 1861, «ella». Errata evidente.

488 *Uno solo*: 1861, «no hay, por tanto, uno de los actos...».

489 *Luis XVIII*: Rey de Francia (17-XI-1755/16-IX-1824), casado con María Josefina de Saboya, princesa de Cerdeña y Piamonte, de la que no tuvo hijos. El adjetivo “sagaz” quizás es el término con que cabría resumir su vida como rey, y así también lo hace Escosura. Su contemporáneo Chateaubriand le elogiaría en términos coincidentes, “Lleno de luces y de instrucción, habilísimo en el conocimiento de la historia, dotado de ingenio penetrante, carácter bondadoso y apacible, poseyendo el don de producirse con fluidez, elocuencia y dignidad”, para acabar resaltando su moderación e hidalguía como rasgos preponderantes suyos (Cfr. *Recuerdos del reina - do de Luis XVIII y esperanzas del reinado de Carlos X*, trad. por Gregorio Pérez de Miranda, Valencia, Imprenta Cabrerizo, 1830; págs. 3, 5).

490 *Persona*: 1861, «persona que por su nacimiento...». Error de concordancia.

491 *En ed. de 1861*: Litografía de Urrabieta y Vierge, “Oye, Leoncio de Montefiorito, ¡tú eres mi hijo!”.

492 *Cinta verde*: El verde era el color elegido por los carbonarios españoles y por los constitucionalistas. Implícitamente, se está diciendo que Laura podría haber sido acusada de liberal por conservar la cinta o las cintas verdes con las que se le habían entregado las cartas de Leoncio. Como símbolo, parece ser que habían aparecido por primera vez en Barcelona durante un motín. Pedro de Répide escribió *La cinta verde (1820-1823)* en recuerdo de esta época y allí expone que “simbolizaba gallardamente el amor a la libertad, con el color de la esperanza y la primavera” (Madrid, Editorial Castro, s.a.; pág. 5). También Escosura y sus amigos fueron en cierta ocasión hasta la Puerta del Sol con sombreros y cintas verdes y con el lema de «constitución o muerte», según recuerda Fragero Guerra (*Romanticismo... op. cit.*; pág. 12).

493 *Melenas*: En sus *Recuerdos Literarios*, Escosura afirmaba que Ventura de la Vega había sido acometido, maltratado y rapado en la Puerta del Sol por un grupo de realistas y que la policía poco después le había tenido preso por dejarse crecer el bigote (*op. cit.*; pág. 171).

494 *Sombrero blanco*: En sus *Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid, El Curioso Parlante* cuenta cómo el sombrero blanco y la corbata negra se juzgaban signos de pertenecer a la “francmasonería” ya en 1814 (Madrid, Renacimiento, 1926, cap. IX; pág. 160). Entre las disposiciones dictadas por el conde de España en una circular fechada el 24 de enero de 1828, también figuraba la prohibición de usar ciertas prendas por considerarse derivadas de la revolución constitucional: las cachuchas, los zarcillos en las orejas, los sombreros blancos, el pelo largo sobre la frente en el caso de los hombres o las mantas alrededor del cuerpo, como las llevaban los bandoleros (Véase José de Oleza, *El primer... op. cit.*; pág. 190).

495 *Zaragüelles*: Calzones anchos y con pliegues, propios del traje regional valenciano y murciano que, en la época, llevaban las gentes de la provincia.

496 *Gorro de cuarte*: Bonete redondo de paño con una manga bastante larga y puntiaguda del mismo género, que lleva en la vuelta sobre la frente la cifra del regimiento, el número de batallón y compañía a que pertenece el soldado que lo usa, como así mismo su color y el de los vivos (Cfr. Moretti, *Diccionario, op. cit.*; pág. 201).

497 *Cinta blanca*: Rasgo distintivo de pertenencia a la policía o al ejército durante aquel periodo y símbolo de Absolutismo. Los sediciosos anticonstitucionalistas de las jornadas del 8 y el 9 de julio de 1822 llevaban un pañuelo blanco atado en el brazo (Pedro de Répide, *La cinta...* *op. cit.*; pág. 8-9).

498 *Trabuco naranjero*: Arma de fuego a manera de escopeta, ancha hacia la boca. Según Moretti, en 1828 sólo lo usaban los guerrilleros y los contrabandistas (Cfr. *Diccionario, op. cit.*; pág. 378).

499 *Cárcel de Corte*: En esas fechas existían dos cárceles en Madrid, la de corte y la de villa, situadas en las casas de la Audiencia y del Ayuntamiento, calles de Concepción Jerónima y Mayor, respectivamente. Mesonero Romanos, en 1834 propuso su supresión y la necesidad de construir otra u otras con mejores condiciones (Cfr. *Memorias... Op. cit.*; pág. 344).

500 *Santo Tomás*: Iglesia y convento se alzaban en la calle Atocha y pertenecían a los religiosos dominicos. Desde allí salía la comitiva del Santo Oficio (tribunal suprimido en 1835) para los autos de fe (Pedro de Répide, *Las calles... Op. cit.*; pág. 65).

501 *Sublevaron... partido carlista*: La llamada Guerra de los Malcontentos o Revuelta de los Agraviados, provocada por aquellos que juzgaban demasiado permisivo a Fernando VII (Véase *La Guerra de Cataluña, historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1827 hasta el día, con las biografías de los principales personajes, carlistas y liberales*, Madrid, Imprenta y Establecimiento de grabado de D. Baltasar González, 1847-1849). Sobre la intervención de don Carlos, consúltese Moral Roncal, *Carlos V...* *op. cit.*; págs. 213-222).

502 *Ángel Exterminador*: Si se atiende a las noticias de algunos contemporáneos, fue fundada por el obispo de Osma en 1827, con el fin de restablecer la Inquisición, y Luis Fernández de Córdoba y Valcárcel, favorito del rey, fue nombrado vicepresidente en la primera época de su fundación (F. Fernández de Córdoba, *Mis memorias... op. cit.*; tomo I, pág. 34; L. Sáenz de Viniegra, *Vida... op. cit.*; págs. 317-318), aunque según A. Moral Roncal no existen pruebas fehacientes de que existiera tal asociación (Cfr. *Carlos V... op. cit.*; pág. 208).

503 *You*: 1847 y 1861, "I don't understand you". Errata evidente.

504 *Su centro*: Escosura conocía personalmente París, pero su descripción coincide casi completamente con la de Mesonero Romanos, excepto en la concreción de ciertos detalles en los que generaliza su contemporáneo (cfr. *Obras... op. cit.*; págs. 303, 331-337, 339-342), aunque Mesonero encontraba más reservados y calculadores en sus relaciones a los franceses de lo que lo hace Escosura.

505 *Chateau Margaux*: 1847 y 1861, "Chateau Margaut".

506 *Rhin*: 1846, Rin.

507 *Champagne*: 1846, «champagn».

508 *Platos... estómago*: Otros contemporáneos estaban de acuerdo en este punto: "París es el pueblo más caro y el más barato, el más bullicioso y el más sosegado, el más corrompido y el más virtuoso", donde se podía comer bien por veinte luis y por veinte sueldos (M. Ovilo y Otero, *Guía del viajero español en París*, Madrid, Imprenta del colegio de sordo-mudos y de ciegos, 1863; págs. 65-66).

509 *Ómnibus*: Se trataba de una gran carroza de ocho plazas, suspendida en sopandas y arrastrada por un par de caballos, destinada al servicio público. La idea se debe a Blas Pascal, puesta en práctica por el duque de Roanès en el siglo XVIII (Cfr. Rómulo Horcajada, *Coches...Op. cit.*; pág. 12).

510 *Citadine á la course*: En el siglo XIX, coche público que se pagaba por carrera y que sólo había en las grandes ciudades. Cfr. *Trésor de la Langue française, dictionnaire de la langue du XIX<sup>e</sup> et du XX<sup>e</sup> siècle (1789-1960)*, dir. Por Paul Imbs, Paris, Éditions du centre national de la recherche scientifique, tomo V.

511 *Coupé à l'heure*: Un tipo de berlina con sólo dos asientos posteriores, como si se hubiera partido por la mitad (Romualdo Horcajada, *Coches...Op. cit.*; pág. 12). Se alquilaba y pagaba por horas de utilización.

- 512 *Remise*: (Cabriolet, coupé, fiacre, coiture de remise). Coche público que se pagaba por horas o días o meses, considerados de lujo y mejores que los de plaza (*Trésor... op. cit.*; tomo XIV, pág. 755).
- 513 *Más de veinte teatros*: Cfr. R. Mesonero Romanos (*Obras... op. cit.*; tomo V, págs. 331-337).
- 514 *De Corneille y Racine*: Era el tipo de espectáculo que se veía en el llamado Teatro Francés, situado en uno de los ángulos del Palais Royal (Cfr. *Guía de París y sus cercanías*, Madrid, Librería editorial de Bailly-Bailliere e hijos, s.a.; pág. 300).
- 515 *Marivaux*: 1847, Merrivaux; 1861, Merrivauz. Pierre Carlet de Chamblain de Marivaux (1688-1763). Su obra *El legado* se representaba con cierta frecuencia en los teatros de Madrid a lo largo de los años 1830-1845 («Cartelera... Op. cit»; pág. 74; Félix Herrero Salgado, *Cartelera.. Op. cit.*; pág. 81).
- 516 *Óperas*: Para la ópera italiana, existía en aquellas fechas el Teatro Italiano, en la plaza Ventadour (Cfr. *Guía de París... op. cit.*; pág. 43).
- 517 *Rossini*: Gioacchino Antonio (1792-1868). En el Madrid de estas fechas se oía, sobre todo, *Il barbiere di Siviglia*. Más de tarde en tarde se reponía *La Cenerentola* y sólo de modo extraordinario se podía disfrutar de *Semiramide* (Félix Herrero Salgado, *Cartelera, Op. cit.*; págs. 86, 87, 99), ópera, esta última, bastante representada en el decenio anterior (Cfr. «Cartelera., op. cit.»; pág. 87).
- 518 *Bellini*: Vincenzo (1801-1835). A juzgar por los datos de que se dispone, su ópera *Norma* era la preferida y más veces cantada en Madrid. Además, de 1830 a 1840, *La straniera* e *I Capuletti ed i Montecchi* fueron, de sus óperas, las más aplaudidas, frente a *La sonambula* e *I puritani*, también muy bien recibidas pero menos representadas. Sin embargo, en el decenio siguiente sucedió exactamente lo contrario (Vid. «Cartelera, Op. cit.»; págs. 78, 82; René Andioc, «Sobre el estreno de don Álvaro» en *Homenaje a J. López Morillas*, Madrid, Castalia, 1982; págs. 68-71; Félix Herrero Salgado, *Cartelera, Op. cit.*; págs. 86, 92).
- 519 *Academia Real*: Una de las más ricas y elegantes salas de Europa, a juicio de Mesonero Romanos (Cfr. *Obras...op. cit.*; págs. 332-333).
- 520 *Bouchardey*: Joseph (1810-1852). Tuvo mucho éxito en España, entre otras, su obra *El campanero de San Pablo*, de 1838 (Félix Herrero Salgado, *Cartelera, Op. cit.*; pág. 78).
- 521 *Dumas*: Sin duda, Alexandre Dumas (1802-1870), el padre del famoso novelista de *La dama de las camelias*, aún apenas conocido en la fecha en que escribe Escosura. El teatro de Dumas padre (*Antony, La torre de Neslé, Catherine Howard, Kean*) no solía reponerse mucho en Madrid, una vez estrenado.
- 522 *Hugo*: Victor (1802-1885). *Cromwell* (1827), *El rey se divierte* (1832), *Lucrecia Borgia* (1833), *Ruy Blas* (1828) o *Hernani* (1830) son títulos que influyeron decisivamente en los autores españoles. A lo largo de esta novela se verá cómo, quizás sin darse cuenta, Escosura recurre a algunos de los personajes que Hugo se había encargado de reelaborar.
- 523 *Delavigne*: Casimir (1793-1843). En España eran muy aplaudida su obra clásica *Las vísperas sicilianas* y la romántica *Marino Faliero*, entre otras. Sus obras se representaban en los teatros de la Porte Saint Martin (inaugurado en 1781), en el boulevard del mismo nombre y el de la Gaieté.
- 524 *Scribe*: A. Eugène (1791-1861). Sus traducciones en Madrid no tenían parangón (Ermanno Caldera, «El concepto de teatro en la época» en *Historia del teatro en España*, tomo II, siglo XVIII. Siglo XIX, Madrid, Taurus, 1988; pág. 404), ni por el número de ellas (se conocen hasta trescientos cincuenta títulos firmados por él), ni por sus representaciones, aunque los críticos le denigraban y reputaban como «lo peor del Romanticismo francés». Resultaban especialmente conocidas *El astrónomo sin dinero, El secretario y el cocinero, El día más feliz de la vida*.
- 525 *Piezas... enfermedad*: Se trata del género designado como vodevil, que se representaba en el teatro al que daba el nombre, además de en el Variétés y en otros sin un género teatral fijo (Cfr. R. Mesonero Romanos, *Obras... op. cit.*; pág. 336).
- 526 *Tan*: 1861, «tal».

527 *Bosque de Bolonia*: Avenida situada a continuación de los Campos Elíseos, en dirección al Arco del Triunfo. Allí, según los contemporáneos, se encontraba cuanto pudiera imaginarse para la distracción: bosques, jardines, estanques, lagos, cafés, restaurantes (Cfr. M. Ovílo y Otero, *Guía... op. cit.*; págs. 29-30; cfr. también, *Guía de París... op. cit.*; págs. 316-319).

528 *Tullerías*: Los jardines de las Tullerías, a los que tenía acceso el público.

529 *Una... real familia*: Más adelante veremos que se alude, seguramente, a María Carolina, princesa de las Dos Sicilias y duquesa de Berry (5-XI-1798/17-IV-1870), hija de Francisco I, rey de Nápoles, y de su primera mujer, María Clementina, archiduquesa de Austria. El conoedor de la fama de la duquesa entiende, entre líneas, el significado de que el público se levantara espontáneamente: pese a su viudez, María Carolina era quien creaba la moda en el París de la época, todos la imitaban, era la reina de la elegancia. Por otra parte, Escosura no la sitúa en el teatro que protegía, *Le Gimmase*, también llamado “teatro de Madame” (vid. Imbert de Saint-Amand, *La duchesse...op. cit.* ; págs. 55, 69, 292-303).

530 *Baile en las Tullerías*: A los lectores de la época parecía gustarles la descripción de los bailes que se daban en este palacio (v. gr. “Boletín. Baile en las Tullerías”, *Revista Española*, 17-I-1835, nº 451, pág. 1239).

531 *Princesa*: María Carolina de Borbón-Sicilia probablemente, como se anunció más arriba. Entre sus damas, la única cuyo nombre en parte coincide con el de Rochebleue es el de la marquesa de Rochejaquelein (Marie Louise Victorine de Donnissan, 25-X-1772/28-II-1857).

532 *La beauté a la mode*: La belleza de moda.

533 *Hija de Luis XVI*: María Teresa Carlota (19-XII-1778/1851), única superviviente del encierro sufrido en el Temple por los miembros de la familia real durante la Revolución Francesa. Se había casado con el hijo mayor de Carlos X, Luis Antonio, duque de Angulema (6-VIII-1775/1844). Con los años iba a cuidar, como si de un hijo propio se tratara, de su sobrino Enrique, hijo ya huérfano de esa concuñada suya con la que mantiene la disputa en la novela.

534 “*Caprice de jeune femme*”: Literalmente, “capricho de jovencita”. Podía usar despectivamente ese término quien contaba con edad suficiente para ser su madre.

535 *Su marido*: El marido de la princesa, que probablemente era la duquesa de Berry, había muerto asesinado el 13 de febrero de 1820 (Charles Ferdinand, 24-I-1778/14-II-1820). El suceso se reproduce, por ejemplo, en la biografía de André Castelot, (*La duchesse...op. cit.* págs. 115-126) y en las *Memorias históricas de S.A.R. Madame... (op. cit.)*; tomo I, págs. 130-144).

536 *Saint Germain*: El barrio de la aristocracia.

537 Aquí, en un fragmento eliminado en esta edición, describe Escosura el palacio exterior e interiormente el día del baile (lo que no resulta del todo baladí, dado el incendio que lo destruyó durante los sucesos de la Comuna en 1870). Sigue en esto la moda de las secciones “Variedades” o “Folletín” de los periódicos de la época, en las que se incluían descripciones, cuando no ilustraciones, de edificios públicos.

538 *Montmorency*: 1846, «Montmonceny». El título lo ostentaba una familia francesa y belga, noble desde el siglo X y de origen inglés. Se había creado en 1551 y era uno de los más antiguos en la época. En 1826 poseía el ducado Matthieu-Jean-Félicité Laval, nacido vizconde (10-VII-1760/24-III-1826), personaje célebre, entre otras cosas, por sus dotes intelectuales, que premió Carlos X, hasta nombrarle ayo del príncipe Enrique el mismo año de su muerte, por lo que no pudo tomar posesión del cargo (Véase Durozoir, *Biographies... op. cit.*; tomo XXIX, págs. 170-185; *La duchesse... op. cit.*; págs. 211-215 y A. Nettment, *Memorias...op. cit.*; tomo I, pág. 216).

539 *La Rochefoucauld*: 1846 y 1861, “La Rochefoucault”. El ducado se había constituido como tal en 1622, a partir del condado del mismo nombre, erigido en 1515 al unirse las baronías de La Rochefoucauld y de Marthon, y los vínculos de Blanzac, Montignac, Verteuil, Saint-Laurent-de-Derls y el de Cellefrouln. Uno de los miembros más famosos de la casa lo había sido el sexto del título, François (1613-1680), príncipe de Marsillac, dedicado a la literatura en los últimos años de su vida, participante activo en los salones de madame de La Fayette. Sus

memorias fueron muy leídas (Véase M. J., en *Biographie Universelle (Michaud) ancienne et moderne*, Paris, Unveränderer Abdruck, 1954; tomo XXXVI; págs. 219-222). En los tiempos en los que se sitúa la novela estaba a punto de morir el famoso duque, par de Francia, François Alexandre Frédéric, de la Rochefoucauld-Liancourt et d'Estissac (n. 11-I-1747) y sus hijos eran bien conocidos por su participación en la política del momento, ya como par de Francia el mayor, François (1765-1848), como embajador y diputado el segundo, Alexandre (1767-1841), o como partidario de la monarquía constitucional y escritor el tercero, Frédéric (1779-1863).

<sup>540</sup> *Rivière*: Charles-François, duque de Rivière de Riffardeau (1765/1829) pertenecía a una familia noble de Berry. Como su padre, el conde de Corsac, tomó las armas para defender a los borbones, a los que guardó fidelidad inquebrantable. A él se le encargó la educación del hijo póstumo del duque de Berry (Michaud junior, *Biographie Universelle... op. cit.* ; tomo XXXVI, págs. 88-89; A. de Nettment, *Memorias... op. cit.*, tomo I, págs. 216-217).

<sup>541</sup> *Liancourt*: Otro de los apellidos más antiguos, enlazados a otros linajes aquí nombrados como el de Rochefoucauld. Jeanne de Schomberg, duquesa de Liancourt por su matrimonio con el duque de tal denominación, fue famosa por su piedad (Périès, *Biographie... op. cit.*, tomo XXIV ; pág. 471).

<sup>542</sup> *Chateaubriand*: Réne de Chateaubriand fue un conocido escritor de aquella época y su familia pertenecía, efectivamente, al grupo de las más distinguidas (Véase, también, de George Collar, *La viellene doulourense de Mme. de Chateaubriand, d'après des document inédits*, Paris, Lettres Modernes, 1960).

<sup>543</sup> *Villèle*: En aquellos momentos el conde de Villèle se llamaba Jean-Baptiste-Seraphin-Joseph (14-VIII-1773/13-III-1854). De rancio abolengo, ostentaba el cargo de ministro de finanzas y la presidencia del consejo de ministros (véase A. Boullée, *Biographie... op. cit.*, tomo XLIII, págs. 453-463).

<sup>544</sup> *Martignac*: 1846: «Martigae». En esta época era bastante nombrado en España el vizconde de tal título Jean-Baptiste-Sylvère Algay de Martignac (1776/1832), político y escritor, en parte por haber acompañado a España al duque de Angulema, en parte por la trascendencia de su Ministerio. Entre otras obras realizó un *Ensayo histórico sobre las revoluciones de España y la intervención francesa en 1823*. Su título se lo había concedido Carlos X en 1826. Véase, de Frabrice Boyer, *Martignac (1778-1832). L'itinéraire politique d'un avocat bordelais*, Paris, Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques, 2002.

<sup>545</sup> *Coucy*: 1846, «Concy». El título de barón con tal denominación se había creado como tal en el siglo XIV y estaba vinculado a la casa de Orleans, pero la familia y sus señoríos eran bien conocidos desde el siglo XII. El último miembro de la familia con renombre fue Jean-Charles, conde de Coucy, par de Francia y prelado de Reims (23-IX-1745/10-III-1824) (véase, Varios, *Biographie...op. cit.*; tomo IX, págs. 340-344).

<sup>546</sup> *Polignac*: El condado de Polignac, en efecto, lo llevaba también una de las familias de más rancio abolengo en la Francia de la época. En aquel momento el príncipe Auguste-Jules-Armand-Marie de Polignac (14-V-1780/30-III-1847) era, aparte de par y mariscal de campo, presidente del último gabinete de Carlos X y su madre, Yolande-Martine Gabrielle de Polastron (1749/9-XII-1793), de la misma familia, había sido la dama encargada de los hijos de María Antonieta (Boullée e Hippolite de Laporte, *Biographie... op. cit.*; tomo XXXIII; págs. 618-637).

<sup>547</sup> *El rey su padre*: Francisco I, de Nápoles.

<sup>548</sup> *Grande hombre*: Sic. en 1846 y 1861.

<sup>549</sup> *Magnetismo*: El magnetismo formaba parte de la serie de tópicos pseudocientíficos para la caracterización sociológica. Proliferaban los artículos dedicados al tema en todo el periodo (véase, v. gr., en *El Porvenir*, 26 de agosto, 1837, n° 109; págs. 1-2). Bretón de los Herreros había estrenado en las navidades de 1845 una comedia titulada *Frenología y magnetismo* (reseñada en el periódico que dirigía Escosura, *El Universal*, “Revista de la semana”, 28 de diciembre, n° 6; pág. 3), en la que don Lucas (“En el arte de Mesmer /soy profesor asimismo; esto es, en el magnetismo (/) con el tacto, y aun quizás, con mirarle y nada más,/hago dormir a cualquiera”, esc. IV, Madrid, Repullés, 1845; pág. 9), merced a la verdad que consigue extraer de aquellos a quienes “magnetiza” o, dicho en términos más populares hoy, “hipnotiza”, cree averiguar también dicha verdad de su prometida, quien logra engañarle, gracias a lo cual decide no casarse con ella, lo que supone un alivio para la joven y para su ena-



morado Manuel, quien acaba diciendo: “Por lo que hace al magnetismo /probado está ya con hechos /innegables que produce / extraordinarios efectos /ese fluido impalpable /que se transmite de un cuerpo /a otro; y si bien repugna / a mi razón el dar crédito / a todas las maravillas / que cuentan los extranjeros / casos he visto en Madrid / que a los hombres más incrédulos / han convencido”, (esc. VII, Madrid, Repullés, 1845; pág. 16).

550 *En ed. 1861*: Litografía de Ur(rabie)ta y Llopis, “Fruició, pues, las cejas involuntariamente”.

551 *Vals*: En la época no era este narrador el único en juzgar así el vals (Véase, v. gr., Aurelio Campmany, *Un siglo de baile en Barcelona*, Barcelona, Eds. Librería Milla, 1947; págs. 63-64).

552 *Edificio... humedad*: Coinciden estos detalles con la descripción de edificios y balcones realizada por Mesonero Romanos, publicada por primera vez en *Semanario Pintoresco Español* (1840 y 1841). Véase en *Obras... (op. cit.)*; tomo V, pág. 293).

553 *Palacio Real*: El palacio donde vivía Luis Felipe en esta época. Para poder sostenerlo, se abrieron varios salones de la planta baja, que se convirtieron en cafés y restaurantes. Mesonero Romanos también lo cita en sus relatos de viajes: “En el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía. (...) en él viene a reunirse todo lo que una población numerosa, activa y brillante puede ofrecer de interés en las artes, la industria y el comercio; (...) infinidad de almacenes magníficos, surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura y espectáculos de todos géneros. (...) Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador Very (sic)(*Obras...Op. cit.*; tomo V, págs. 300-301).

554 *Lo adornan*: Sic. 1846. En 1861 se añade aquí, «reproduce su mágico efecto hasta lo infinito».

555 *La Gaïeté*: En la calle de El Cairo, frente al Square des Arts et Metiers, construido por Mr. Hittorf (Cfr. *Guía de París... op. cit.*; págs. 303-306). Véanse las siguientes líneas de Mesonero Romanos, “Los otros teatros del Boulevard, llamados por esta razón del crimen, que reparten con el de la puerta de San Martín el abasto de las lágrimas frenéticas y de las crispaciones nerviosas, son el del Ambigú y el de la Alegría, y en ellos lucen sus sanguinolentas novelas dialogadas los Victor Ducange, Buchardy, Ancelot y otros” (*Obras... op. cit.*; págs. 335-336).

556 *Somatenes*: Compañía de gente armada y mantenida a costa de algún pueblo, ciudad o provincia, para defenderse del enemigo (F. Moretti, *Diccionario...op. cit.*; pág. 355).

557 *Rebelión... fanáticos*: Resumen de la llamada Guerra de los “Malcontents” (cfr. Jaime Torres Elías, *La guerra de los agraviados*, Barcelona, Cátedra de Historia General de España, 1967).

558 *Cualesquiera*: Sic. 1846 y 1861.

559 *Los italianos*: Sin duda, el teatro donde se cantaba ópera italiana y que quedó destruido en un incendio. Cuando Mesonero hizo su viaje la ópera se cantaba en el Odeón (*Obras...Op. cit.*; tomo V, págs. 333-334).

560 *En ed. de 1846*: Litografía de los artistas, “Es un ángel, en efecto, un ángel bajado del cielo”.

561 *General... providencial*: La del Conde de España, Carlos José Enrique d’Espagnac, de Cousserans, de Cominges y de Foix, Cabalb y d’Eslás, Orbesán y Dupac (15-VIII-1775/3-XI-1839). Murió a manos de ciertos carlistas conjurados el 31 de octubre de 1839, una vez firmado el Convenio de Vergara, cuando aún se mantenía la guerra en Aragón. Cabrera fusiló en represalia a alguno de los cabecillas (véase el libro *El último día del conde de España y la causa de Carlos V en Cataluña*, de Antonio Jesús de Serradilla, Palma de Mallorca, Vich, 1949 y, en la época, *Muerte del conde de España y biografía del cura Merino*, Madrid, Imprenta de Boix, 1840; se publicó también en *El Correo Nacional*, 26 de junio, 1840, n° 890; págs. 1-3).

562 *Vivieran*: 1861, «vivieron».

563 *Cruelísimo*: Era en la época y hasta 2005, la forma propia de la lengua hablada, frente a la literaria, que exigía el cultismo «crudelísimo».

564 *Capitán general de Granada*: En aquellas fechas, era capitán general y gobernador José Ignacio Álvarez Campana, y el segundo cabo el mariscal de campo José O’Lawlor y O’Brennan (n. en 1776), padre de una cuñada del escritor y diplomático Salvador Bermúdez de Castro (6-VIII-1817/23-III-1883), por el matrimonio

de aquélla con Manuel (1811-1870). José O'Lawlor era de ascendencia irlandesa y mayorazgo de su familia. Durante la última persecución inglesa se vio precisado a emigrar con un hermano más joven y se instruyó en el Real Colegio de Caballería, para luego pelear en la guerra del Rosellón y en la Guerra de la Independencia, al terminar la cual se le nombró gobernador militar y luego capitán general de Granada. Allí se casó en 1817 con Dionisia Caballero Crooke, con quien tendría una numerosa descendencia, entre quienes se encontraba la duquesa de Vistahermosa por su matrimonio con Ángel María García de Loygorri y García de Tejada, famosa por su apoyo a los artistas y escritores de su época, Cfr. Salvador Bermúdez de Castro y O'Lawlor, marqués de Lema, *Mis recuerdos (1880-1901)*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930; págs. 16-18.

<sup>565</sup> 16... balazo: Alcalá Galiano cuenta los sucesos de ese día de la siguiente manera: "Iban al mismo tiempo los enemigos preparando operaciones activas contra las líneas que defendían la isla gaditana, ya en su mismo recinto, ya en sus obras avanzadas de las Cortaduras del Portazgo y Trocadero, aunque a esta última particularmente amenazaban, habiendo de empezar por tomarla para proceder a hacer lo mismo con las restantes. Cortos medios había para resistir a los harto cuantiosos y poderosos de que disponían los sitiadores. Señores éstos del mar vecino, así como de las cercanas costas, cruzaba en aquél su escuadra y en éstas habían sido construidas y pertrechadas numerosas lanchas cañoneras y bombarderas. Algunas pocas habían juntado los defensores de Cádiz, pero desiguales a cubrir los muchos puntos donde eran de todo punto necesarias. En el día 16 de julio, juntas todavía en legislatura ordinaria las Cortes, y no llegadas aún las malas nuevas del ejército de Ballesteros, habían hecho nuestras tropas una salida desde sus líneas al inmediato terreno y penetrado hasta Chiclana, por un lado, pero tal operación, que ningún fruto bueno podía dar, remató, si no en un revés, en un peligro, del cual con todo se salvaron las tropas constitucionales, recogiendo a sus puestos, y teniendo que llorar la pérdida de algunos soldados y oficiales, entre otras la de don N. Casano, digno coronel de Artillería" (*Memorias... op. cit.*, Parte I, cap. XXXII; tomo II, págs. 265-266; véase también cap. XXXIV, tomo II, pág. 275). Por su parte, *El Curioso Parlante* lo hace así en sus *Memorias de un setentón*: "Entre tanto, el ejército francés y las tropas realistas españolas ocupaban los pueblos de la costa frontera, a las órdenes del mariscal *Bourmont*, mientras que a la entrada de la bahía se desplegaba una formidable escuadra francesa bajo el mando del almirante *Bordesouille*, estableciendo un riguroso bloqueo. -En estos términos se pasó todo el mes de julio, sin más incidentes notables que la heroica salida del día 16, que, aunque desgraciada en sus consecuencias, sirvió para acreditar la arrogancia y bizarría de la milicia del 7 de Julio, y la abnegación y sufrimiento con que soportaban sus individuos aquella fatiga, tan ajena a sus hábitos y condición, y que me complazco en recordar aquí, como testigo de aquellos sucesos, de que apenas queda alguno que otro entre los vivientes" (*Op. cit.*; Tomo I, cap. XVII; págs. 311-312).

<sup>566</sup> *Galera*: Carro grande de cuatro ruedas, que solía cubrirse con un toldo de lienzo fuerte, destinado al transporte de personas, generalmente de clase humilde.

<sup>567</sup> *Tántalo*: Hijo de Zeus y padre de Penélope, castigado, por divulgar los secretos de Zeus, a vivir en el Hades rodeado de agua y con frutas, ninguna de las cuales podía alcanzar porque se apartaban de él cuando intentaba tocarlas.

<sup>568</sup> *Hombre... principado*: Carlos José Enrique d'Espagnac, como se dijo anteriormente.

<sup>569</sup> *Glasis*: Voz usada por los ingenieros militares, frente al término más común, "glacis". Se llamaba así a un parapeto del camino cubierto, que formaba por la parte exterior un declive suave y se situaba delante de las fortificaciones (Cfr., v. gr., F. Moretti, *Diccionario... op. cit.*; pág. 199).

<sup>570</sup> *En ed. de 1861*: Litografía de Urr(abiet)a y Llopis, "Te perdono la vida si me lo entregas".

<sup>571</sup> *Ejecuciones de Tarragona*: Dispuestas en noviembre de 1828 (José de Ojeda, *El primer... op. cit.*; págs. 179-185).

<sup>572</sup> *El azote de la juventud*: Se recuerda como la enfermedad más típica de los románticos, en parte gracias a su aparición en óperas tan famosas como *Traviata* o *La bohème*.

573 *Algunos... los cuatro reinos andaluces*: Véase, de M<sup>a</sup> Dolores Posac Jiménez, “Dos versiones contradictorias sobre el ataque del coronel Francisco Valdés a Tarifa, en 1824” (en *Almoraima*, n<sup>o</sup> 17, Abril 1997; págs. 341 y ss). Hasta este pronunciamiento liberal, guarnecían la ciudad ciento treinta infantes, treinta y cuatro caballos, algunas piezas de artillería y una partida nutrida de dependientes del resguardo, que tenían como misión evitar el contrabando. Como prevención de nuevas tentativas rebeldes, tras entregarse la plaza e isla al jefe de las tropas francesas que la sitiaban, quedaron en Tarifa cuatro compañías del 34<sup>o</sup> regimiento de línea, bajo la supervisión del general en jefe vizconde de Digeón (Cfr. *Tarifa, Colección Historia de los pueblos de la provincia de Cádiz*, Diputación de Cádiz, 1984; pág. 94).

574 *1824*: Se residenció en Algeciras un comisionado regio en 1828 y se abrió causa contra Diego Serrano por conspirar (Véase *Historia de Algeciras moderna y contemporánea*, coord. por Mario Ocaña, Cádiz, Diputación Provincial, 2001; tomo II, pág. 213). También 1828 es el año en que en la cárcel de Granada se encontraron presos dos parientes, tío y primo, de Mariana Pineda y desde entonces sirvió aquella mujer de enlace con el exterior a los presos políticos (Gallego Burín, Martínez Lumbreras y Viñez Millet, *Granada...Op. cit.*; págs. 107-108).

575 *Peceño*: 1861, «lujosamente equipado, con un pequeño sable en mano, oprimiendo el lomo de un potro cordobés negro, que, orgulloso con sus militares arreos...».

576 *Viático... caballos*: En efecto, el ejército había de presentar las armas al Santísimo Sacramento, y se tocaba marcha desde que se le avistaba hasta que se le perdía de vista (véase *Instrucción...op. cit.*; pág. 229).

577 *Peligroso estado*: Estado peligroso para una mujer, en la época, era abandonarse a los arrebatos de la imaginación, «aquella facultad del alma que nos representa de una manera viva los objetos y las ideas (...), esa facultad brillante y peligrosa...» (en «Consejos a las madres», *Curso de educación para las niñas, dividido en seis tratados*, Madrid, Imprenta Hidalgo, 1844; págs. 33-34).

578 *Periódicos que todo lo publicasen*: Hasta 1834 no empezó a multiplicarse el número de publicaciones periódicas. Si se consulta el catálogo de Eugenio Hartzenbusch no aparece, en cambio, ni un solo periódico entre mayo de 1825 y julio de 1828, fecha en que empieza a publicarse el *Correo Literario y Mercantil* (cfr. *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños. Desde el año 1661 hasta 1870*, Madrid, Rivadeneyra, 1894).

579 *Siempre... delirios*: El número de críticas a este rasgo romántico se dejó sentir desde que empezó a manifestarse en las obras literarias. Baste citar, como ejemplo, el caso del drama *Alfredo* de Joaquín Francisco Pacheco, cuyo protagonista se queja de continuo y airadamente por creerse víctima de «la fatalidad» y por verla en todos los sucesos: «El drama es una serie de diálogos (...), escenas (...), disertaciones entre Alfredo y el diablo, defendiendo éste el placer como única divinidad y aquél la fatalidad por única ley del mundo» («*Alfredo*» en *Eco del Comercio*, 25 de mayo, 1835, n<sup>o</sup> 390; pág. 2). «A su pasión incestuosa añade también la gracia de dar en el fatalismo» («Teatros. *Alfredo*» en *Correo de las Damas*, 28 de mayo, 1835, n<sup>o</sup> 20; pág. 159).

580 *Longa*: Francisco Tomás de Longa Anchía y Urquiza (1783-1831). En el primer tercio de 1827 había sido nombrado capitán general de los reinos de Valencia y Murcia.

581 *A salvo... causa*: No así poco antes, en 1826, cuando el coronel Antonio Fernández Bazán y un grupo de emigrados liberales habían intentado desembarcar en Alicante y fueron fusilados al día siguiente (vid. Robert Marrast, *Op. cit.*, pág. 103).

582 *Jaló*: Escosura escribe «Xaló», pero, de acuerdo con las normas actuales, castellanizamos el término. Lo mismo hemos decidido con «Xabea», forma empleada por el autor.

583 Aquí inserta Escosura una descripción del río, de las tierras que recorre y de sus habitantes, conforme a lo que de ellos se dice en el Diccionario de Madoz, (*Op. cit.*, tomo XI; pág. 254).

584 *Clausura... insoportable*: Como para los románticos, en general, (Vid. Ana Isabel Ballesteros Dorado, *Espacios del drama romántico español*, Madrid, CSIC, 2003; págs. 112, 119-120, 178, 208-223).

585 *Plano... pudiera*: Básicamente coincide esta descripción con la publicada en el Diccionario de Madoz (*Op. cit.*; tomo XI; pág. 254).

586 *¿Entibiaron... físicamente*: Es hecho conocido por la Psicología Social que, en principio, se confía más en las personas atractivas y se les perdona más fácilmente cualquier desmán, hasta incluso encontrarse motivos para justificar su conducta, aunque si, en efecto, se descubre un error suyo difícilmente comprensible, la saña contra ellas o la antipatía que generan suele resultar mayor (Eliot Aronson, *El animal social. Introducción a la psicología social*, Madrid, Alianza, 1975; págs. 233-237).

587 *Amante*: De acuerdo con su origen latino, «amante», en el siglo XIX, seguía siendo «el que ama» y no se aplicaba todavía, en concreto, a aquél o aquélla con quien se mantenían relaciones íntimas.

588 *Distrae*: Sic. 1846 y 1861. Léase «distraen».

589 *Célebre banquero*: Puede referirse Escosura a Gaspar Remisa Miarons (3-XI-1784/25-XI-1847), marqués de Remisa, senador desde 1843, con quien por esas fechas compartía tertulia en casa de los Buschenthal, en cuyas oficinas trabajó Buenaventura Carlos Aribau, que fue académico de honor y presidente del Liceo y que financió la obra *España artística y monumental. Vistas y descripción de los sitios y monumentos más notables de España* (París, Hanser, 1842-1844) cuyo texto compuso Escosura. Quizás a este conocido banquero alude nuestro autor en su novela *Memorias de un coronel retirado*, escondido bajo el también banquero “Remanso”, en cuya casa come habitualmente el abate Rioso (¿el poeta afrancesado Reinoso al que, igualmente, conoció el autor?, *op. cit.*; cap. VI, págs. 63-68).

590 *Guardia Real... acomodadas*: Como lo eran él y su amigo Fernando Fernández de Córdoba, en cuyas memorias se describe, básicamente con los mismos trazos y tonos, la sociedad madrileña de aquellos tiempos (*Mis memorias...*, *op. cit.*; págs. 58 y ss).

591 *Ni la industria no*: Sic. 1846 y 1861.

592 *Lo más tarde posible*: Téngase en cuenta que las tertulias solían prolongarse en las casas hasta la una o las dos de la madrugada, las once o las doce como mínimo, y se entenderá que las nueve y media y las once, a las que se despide Laura, eran horas del todo prudentes (*Vid.* C.A. Ferrer, *Op. cit.*; pág. 86-87).

593 *En ed. de 1861*: Litografía de Urrabieta y Vierge, “Suélteme usted, que me ahoga”.

594 *Conspiración... Andalucía*: Así lo confirman los documentos que se guardan en el Archivo Histórico Nacional (cfr. Marrast, *Op. cit.*; pág. 138).

595 *Vigilante policía*: Estas circunstancias coinciden con los datos que ofrecen A. Gallego Burín, F. Martínez Lumbreras y C. Viñez Millet, (*Granada... op. cit.*; págs. 98-107).

596 *Cada uno de estos con el que*: Sic. 1846 y 1861. Léase «aquel».

597 *Se sustituyeron*: Sic. 1846 y 1861. Léase “en fin, sustituyeron...”

598 *Importantes*: 1846 y 1861, «importantes».

599 *Era un hombre... fisionomía*: Excepto en lo que respecta a la nariz, se corresponde bastante bien esta descripción con el retrato que Gómez Ruiz y Juanola ofrecen (*El ejército de los Borbones... op. cit.*, 2001; tomo V, vol. I; pág. 472). Existe también en la Biblioteca Nacional madrileña otro retrato coincidente con este, de 160 por 226 mm, realizado por Luis Fernández Noseret y Antonio Guerrero hacia 1820, para el interesado por cotejar la descripción verbal.

600 *El Grao*: 1846 y 1861, «del Grao».

601 *Aspasia*. Sin duda, Escosura emplea como sinónimo de “cortesana” el nombre de la que fuera amante o concubina de Pericles, lo que significa aceptar por válida la imagen que de ella ofrecieron algunos de sus contemporáneos, quizás enemigos del gran orador griego. Por el contrario, C. S. (¿Concha Zardoya de Salamanca?) asegura que Platón, Sócrates y Esquines la presentan en diversas obras como ejemplo de virtudes morales, domésticas e intelectuales (en *Diccionario del mundo clásico*, Barcelona, Labor, 1954; tomo I, págs. 193-194).

602 *Felicidad... corriente*: En efecto. Por ejemplo, en una obra teatral ya mencionada, *Alfredo*, éste asesina al hermano de su amada, Jorge, porque había visto «su felicidad», esto es, su amor correspondido por Berta, ratificado con un abrazo (Acto II, esc. VII).

603 *De Piamonte*: 1861, «del Piamonte».

604 *Rey de Nápoles*: Francisco I, a la sazón (14/VIII/1777-14/XI/1830), quien había heredado el trono a la muerte de su padre, ocurrida en 1825. Entonces estaba casado en segundas nupcias con María Isabel de Borbón, de la que había tenido doce hijos, uno de los cuales sería la cuarta esposa de Fernando VII.

605 *Rey de Cerdeña*: Desde 1821, por abdicación de su hermano Víctor Manuel IV, Carlos Félix de Saboya, duque de Saboya, Piamonte y Aosta (6/04/1765-27/04/1831), undécimo hijo de Víctor Amadeo III de Cerdeña y María Antonia Fernanda de Borbón, nieto por parte de su madre de Felipe V e Isabel de Farnesio.

606 *Preveer*: Sic. 1846 y 1861. Léase «prever».

607 *Se embarcasen*: Sic. 1846 y 1861. Léase «embarcase».

608 *Rey de Francia*: Luis Felipe de Orleans (6-X-1773-1850), duque de Valois, luego de Chartres y de Orleans por derecho de primogenitura. Hijo de Louis Philippe Joseph de Bourbon Orleans y Adélaïde de Bourbon-Penthièvre.

609 *Obispo de Córdoba*: En la época era tal obispo Pedro Antonio de la Trevilla (29-X-1755/15-XII-1832). Había sido consagrado el 6 de octubre de 1805.

610 *Coche de colleras*: Probablemente se refiere a un tipo de enganche con mulas que pervivió en España durante todo el siglo XIX. La collera estaba formada de una base de cuero sobre la que se aplicaba el horcate de madera y todo ello descansaba en una manta doblada de colores chillones (Cfr. Rómulo Horcajada, *Coches...op. cit.*; pág. 22).

611 *En la ed. de 1846*: Litografía de los artistas, “María, aquí reposan los restos mortales de tu padre. Oremos por él”.

612 *Joven*: 1861, no aparece «joven».

613 *Consiste...la suya*: La descripción de las ermitas coincide con la expuesta en el *Manual que contiene las prácticas religiosas que observan los ermitaños de San Pablo* (Madrid, Eusebio Aguado, 1855, 2ª; pág. 5). Aparte de la existencia de las doce ermitas, con los nombres de los doce apóstoles, que conforman el conjunto, allí también se habla de «una cueva subterránea que habitó el venerable hermano Francisco de Santa Ana, primer hermano mayor». Igualmente, se dice que «Es tan grande la antigüedad de estos ermitaños y de su vida cenobítica que se pierde en la oscuridad de los tiempos, pues existían ya con bastante anticipación y aún permanecieron en el dominio de los romanos, godos y agarenos, (...) sufriendo muchísimo en el tiempo de los árabes» (*Ibidem*, pág. 6). Tales circunstancias permitían a Escosura crear esta trama en la que quedan fusionadas realidad histórica y ficción novelesca. Véase también el estudio de Francisco José Rodríguez Marín, “Los ermitaños de San Pablo: otras formas de religiosidad en la Málaga barroca” en *Jábega* (73), 1993; pags. 25-34.

614 *La vida... políticos*: Véase Ernesto Zaragoza Pascual, “Documentación inédita sobre la exclaustración de los ermitaños de Córdoba en 1836”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, (149) 2005; págs. 283-300. Si Escosura se refiere a 1836 como el momento de los últimos trastornos políticos, habría que pensar que podría tener escrito este fragmento en fechas cercanas.

615 *Oficio...cualquiera*: «Las ermitas se reducen a dos separaciones como de dos varas en cuadro, la primera para el trabajo de manos, y la interior para dormir y orar» (*Manual...op. cit.*; pág. 6). Desde que se acababa la misa, celebrada a las seis de la mañana, y después de dar gracias durante un cuarto de hora y leer un libro espiritual durante media, se aplicaban al trabajo de manos hasta las diez y media. Volvían a ese trabajo de manos desde las tres de la tarde hasta las cinco (*Ibidem*, págs. 19, 23).

616 *Dormir... se disciplinaban*: Desde más allá de las siete de la tarde, después de los rezos, hasta las dos de la madrugada, en que se tañía la campana para maitines, excepto los días de disciplina (lunes, miércoles, viernes), que se efectuaba a las nueve de la noche. En cuanto a la cama, se trataba de tres tablas sobre las que se colocaba una zalea o pellejo de carnero para evitar la humedad del suelo. Disponían de una manta para cubrirse. Por almohada usaban una de paja (*Ibidem*; págs. 24, 31).

617 *Heterogéneas*: De nuevo se advierte el gusto romántico por los contrastes, si bien el empleo del adjetivo «heterogéneas» en el contexto no es del todo propio. El conjunto del cuadro que ambos personajes ofrecen sí puede considerarse heterogéneo en tanto que formado de dos partes de distinta «naturaleza», si es que dos seres humanos, por muy distintos que sean, pueden considerarse de diferente naturaleza. Pero no parece que de cada una de esas figuras pueda predicarse su heterogeneidad.

618 *Nivelación... suyas*: Ferraz ha señalado la semejanza de esta interpretación de Escosura con la expuesta por Bercial en *El triunfo ibero y muerte del fanatismo* y por Ayguales de Izco en *María o La hija de un jornalero* (Cfr. *La novela...op. cit.*; pág. 1013).

619 *Málaga... revolucionarias*: En efecto, Málaga era uno de los centros capitales del Liberalismo y de la masonería. En esas fechas había chozas y círculos de carbonarios allí, aparte de torres de comuneros (véase Elías de Mateo Avilés, *Masonería, protestantismo, librepensamiento y otras heterodoxias en la Málaga del siglo XIX*, Málaga, El autor con la col. del área de Cultura de la Diputación Provincial, 1986).

620 *Los registros de la policía*: 1861, “compulsar los registros de la partida de Laura y halló antes una nota que decía: entradas: don Justo Herrero, procurador de número de Cádiz, procedente en último lugar de Córdoba. A diligencias propias”.

621 *Hizo de Gobierno*: 1861, «hizo servir al Gobierno en un negocio».

622 *La razón del objeto*: 1846, «la razón el objeto». Corregimos de acuerdo con la lectura de 1861. Para considerar que en 1846 no existe errata, habría que añadir una coma: «la razón, el objeto».

623 *Con la Iglesia hemos dado, Sancho*: Palabras textuales del Cap. IX. de la Segunda Parte de *Don Quijote de la Mancha* (Madrid, RAE, 2004; pág. 610). El contexto exige una “i” inicial minúscula: “iglesia”.

624 *Ministro de la Guerra*: Miguel Ibarrola González (?/17-I-1848), marqués de Zambrano, ocupó el cargo desde el 24 de octubre de 1824 hasta ser destituido el 1 de octubre de 1832.

625 *El diablo predicador*: En el repertorio teatral español de la época existía una comedia de Belmonte, *El diablo predicador*, siempre bien recibida en las representaciones de que gozó en los años del Romanticismo (Véase Ana Isabel Ballesteros Dorado, *Larra, op. cit.*; págs. 124-125). Precisamente en marzo de 1846 se ofreció en el teatro de la Cruz una ópera de este título con letra de Ventura de la Vega y música de Basilio Basili (Vid. «Revista del mes de marzo» en *El Siglo Pintoresco*, entr. 3, marzo; pág. 70). Indudablemente, los lectores del momento habrían de tener presente aquel título y, por asociación, comprender que en este capítulo iban a encontrar un personaje malvado disfrazado de cordero. Por otro lado, el título ostenta, una vez más, el gusto romántico por el contraste.

626 *El día 17... María Josefa Amalia de Sajonia*: El día 18, según todas las fuentes. La tercera mujer de Fernando VII (7-X-1803/18-V-1829) era hija del príncipe Maximiliano de Sajonia y de la duquesa Carolina de Borbón Parma. Se había casado con Fernando VII el 20 de octubre de 1819 y a pesar de todos los esfuerzos no dejó sucesión (Véase *María Josefa Amalia Herzogin zu Sachsen Königin von Spanien*, Dresden, Wilhem Baenzch, 1892).

627 *Favorecía sus designios*: Opiniones coincidentes con las descripciones de los historiadores y los retratos que se conservan, si bien el adjetivo “prosaica” atribuido a una belleza que los contemporáneos no le discutieron, como puede leerse en las memorias de Mesonero (*Op. cit.*; tomo V, pág. 93), remite a diversas interpretaciones (véase, v. gr., Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII*, Madrid, Arlanza Ediciones, 2001; pág. 37).

628 *Ultramontanos*: En Francia, los partidarios de la dinastía de Carlos X frente a la de Luis Felipe, defensores de los jesuitas y de la vinculación Iglesia-Estado; frente a la corriente galicana, defendida por Luis Felipe, que constituía la Iglesia Católica francesa. Precisamente el año anterior al de la publicación de esta entrega se había publicado en España un libro traducido por A. de Letamendi, y escrito por Cormenin bajo el pseudónimo “Timón”, *Op. cit.*.

629 *Era*: 1861, eran.

630 *Jacobínicas*: Las reformas jacobínicas se juzgaban revolucionarias por antonomasia, pues el odio de los jacobinos a la aristocracia y al despotismo traía como consecuencia aspirar a una única clase de ciudadanos, a la supresión de monopolios y privilegios, a una igualdad en la distribución de los bienes, que suponía una amenaza al principio de propiedad. Véase el libro de Marc Bouloiseau, *La República jacobina: 10 de agosto 1792-9 termidor año II* (Barcelona, Ariel, 1980; págs. 46-56).

631 *Ilotismo*: Desposesión de los derechos ciudadanos.

632 *Augusta familia*: Se refiere, sin duda, a su madre, María Isabel de Borbón, que supo influir decisivamente en las decisiones de Francisco I; o en su hermana la duquesa de Berry, hija del mismo padre.

633 *Mal de su grado*: 1861, “mal su grado”.

634 *El haberse puesto*: 1861, «el haber encontrado en ella un hombre de tal temple».

635 *Solemnidad nacional*: Coincide este resumen apresurado con la más extensa descripción de los monumentos y adornos ejecutados para distintos puntos del recorrido que previsiblemente iba a realizar la nueva reina, tal y como se publicó en la *Exposición de los festejos y regocijos públicos que la M.N.H.L.L.C. y el M.H. Villa de Madrid tiene dispuestos para solemnizar el agosto enlace del rey N.S. don Fernando VII con la serenísima señora princesa doña María Cristina de Borbón* (Madrid, J. Sancha, 1829; págs. 11-13 y apéndices documentales).

636 *Mar de lágrimas*: Se refiere, sin duda, a acontecimientos como, por ejemplo, la aclamación a la gobernadora María Cristina a su vuelta de La Granja tras aceptar la Constitución de 1812 (agosto de 1836), la entrada de Espartero en Madrid en septiembre de 1840 y su proclamación como regente o su caída en 1843. También, cómo no, al Madrid de gala que el 19 de marzo de 1820 él presenció junto a sus padres y hermanos precisamente al volver a la corte después de varios años transcurridos en Valladolid: “...entramos en su recinto por la puerta de Segovia. Repicaban las campanas a vuelo; retumbaba en los aires el estruendo del cañón, haciendo salvas; pululaba en plazas y calles la muchedumbre de los madrileños” (P. de la Escosura, “Recuerdos... op. cit. Artículo II. Algo de historia de antaño y ogaño. Primer discurso político de Olózaga”, en *La Ilustración Española y Americana*, 15 de enero, 1876, año XX, n° 2; pág. 30).

637 *Granza*: O rubia, planta de raíces rojizas, originaria de Oriente, cultivada en Europa y generalmente utilizada en tintorería.

638 *Salía el monarca*: En efecto, según la *Gaceta de Madrid*, pudo salir Fernando VII a caballo a recibir a María Cristina, gracias a haber cesado la lluvia que había persistido durante un mes y que volvió a aparecer una vez concluidos los festejos (22 de diciembre, 1829, n° 176; pág. 661).

639 *Arenal... Plazuela de Celenque*: en el barrio de la Puerta del Sol, distrito Centro, parroquia de San Ginés. La plazuela tomó el nombre de Juan de Córdoba y Celenque, alcaide de la casa real de El Pardo en tiempos de Felipe IV (Pedro de Répide, *op. cit.*; pág. 150).

640 *Puntillones*: Era relativamente frecuente, en la época, maltratar, de palabra y obra, a los criados. Recuérdese que *Fígaro* simula insultar con un “Aparta, imbécil” al suyo, en un artículo famosísimo (“La Nochebuena de 1836. Yo y mi criado, delirio filosófico”, en *El Redactor General*, 26 de diciembre, 1836). En otra novela del propio Escosura, *Memorias de un coronel retirado*, un brigadier le da un puntapié tal al criado de Lescura que le hace rodar por las escaleras (*Memorias... op. cit.*; pág. 115).

641 *Luego luego*: En el acto, sin la menor dilación. Puede entenderse como repetición enfática. 1861: sólo hay un «luego».

642 *De Vitoria*: José María Iribarren en *Vitoria y los viajeros románticos* dice que «en sillas de Vitoria se sentó todo nuestro Romanticismo» (Vitoria, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Vitoria, 1950; pág. 62).

643 *Malek-Adhel*: El dato puede estar sacado directamente de la realidad o suponer una curiosa coincidencia con cierta descripción inserta en *Mariquita y Antonio*, de Juan Valera, novela que recoge muchos recuerdos personales del autor. En dicha descripción de una pensión familiar granadina, también habla Valera de «diez o

doce cuadros de litografía iluminada, representando las aventuras de Matilde y Maleck Adel (sic) y las de Pablo y Virginia» (*Obras completas*, Madrid, Imprenta Alemana, 1953, t. XIII; 48). Seguramente, por tanto, era una de las litografías habituales en las fondas de la época, aunque también puede verse como una ironía de Escosura hacia el personaje: le coloca frente a tales modelos y el lector puede establecer las oportunas comparaciones. Los románticos también habían explotado la historia: Ángel Saavedra había escrito en 1818 una tragedia con este título y, según Cambronero, en 1841 se representó como novedad, en el teatro del Circo, una escena sobre dos caballos en pelo, realizada por Paul y Carmen, titulada *Matilde y Malek-Adel* o *La conversión del moro*. Igualmente, en el verano de 1848, Price y su hijo realizaron con gran éxito una pantomima con el mismo título, cuyo argumento se insertaba en los anuncios del teatro Circo (Cfr. *Crónicas del tiempo de Isabel II*, Madrid, La España Moderna, s.a; págs. 141, 143-144).

644 *Hético*: tísico. En sentido figurado: flaco. 1846 y 1861: «éticos».

645 *Naciones extranjeras*: Larra había escrito sobre el lamentable estado de las fondas y hospederías de la época (véase Figaro, "La fonda nueva" en *Revista Española*, n.º 88, 23 de agosto, 1833).

646 *Con la otra*: El doblón era, en el siglo XIX, una moneda imaginaria con valor de sesenta reales. Cada duro (también llamado «peso») valía cinco pesetas. Éstas podían ser columnarias y entonces equivalían a cinco reales, o bien pesetas de la cruz, de cuatro reales. Cada real de vellón tenía ocho cuartos y un cuarto podía dividirse en dos ochavos. Así, el chico pide sesenta reales por una luneta y el coronel ofrece cuarenta. Cuando Mendoza interviene parte la diferencia, esto es, ofrece cincuenta. En enero de 1834, *El Ateneo* se haría eco de una de las reformas propuestas por el Gobierno de María Cristina, a saber, la uniformidad de las monedas, pesos y medidas. «¿Por qué capricho o por qué fatalidad ha de seguirse contando por pesos de ciento veintiocho cuartos, por doblones sencillos que no existen, ni nunca han existido, por ducados y por otra infinidad de monedas fantásticas e imaginarias? ¿Por qué en las provincias no ha de desterrarse la nomenclatura de libras, sueldos y dineros, que son tan variables y diferentes cuantas son las capitales de nuestras provincias? ¿Por qué no se ha de obligar a todo el mundo a que cuente, ajuste, compre y venda bajo la razón de reales, pesetas y duros, que son las monedas efectivas que corren por todas las manos (...)? Unos quieren fijar la unidad en el real llamado impropriadamente de vellón, otros quieren que lo sea la peseta y otros el duro. No hay monedas de plata, que si las hubiese, la antojadiza fantasía multiplicaría los tipos muy a su placer» (págs. 25-27).

647 *Maravedises*: Sic 1847 y 1861. Un real valía treinta y cuatro maravedíes; un ochavo equivalía a dos de éstos y un cuarto a cuatro.

648 *Iluminado*: Los días de representación especial se iluminaban más los teatros. Existen notificaciones de multas a ciertos empresarios de algunas salas por no alumbrar el teatro un día de gala: Por ejemplo, el 13 de mayo de 1848 al empresario del teatro de la Cruz (Arch. Villa, secc. Correg., 2-78-39), o por no iluminarlo media hora antes de empezar la función, como estaba prevenido, como al empresario del Príncipe, en 1849, (Arch. Villa, secc. Correg., 2-118-135).

649 *Cielos*: 1861, «cielo».

650 *Pedro Labrador*: Pedro Gómez Labrador (1775-1852), marqués de Labrador. Había representado sin éxito los intereses españoles en el Congreso de Viena (1814-1815). Ministro plenipotenciario en los Estados Pontificios, ministro de Estado español más tarde, ayudó a Fernando VII a derogar la constitución liberal. Los discursos dirigidos a los reyes de Nápoles con motivo de la pedida se publicaron (sin año, lugar, ni mención de imprenta. Véase, también, Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia, Marqués de Villa-Urrutia, *España en el Congreso de Viena según la correspondencia de D. Pedro Gómez Labrador, Marqués de Labrador*, Madrid, Francisco Beltrán, 1928; pág. 28; Vicente Palacio Atard, *Manual de Historia de España, vol. 4. Edad Contemporánea I: 1808-1898*, Madrid, Espasa Calpe, 1978; pág. 106).

651 *Velaciones*: Ceremonia realizada tras el casamiento, consistente en cubrir con un velo a los cónyuges. Con ella se pretende dar mayor solemnidad a la celebración. El protocolo del acto se publicó en un suplemento



de la *Gaceta de Madrid* (10 de diciembre, 1829; págs. 3-4). La noticia compuesta para la *Gaceta de Madrid* sobre el modo como en efecto se verificó, aunque más por extenso, coincide con cómo lo describe Escosura (“Fiestas de Madrid”, 22 de diciembre, 1829, n° 176; pág. 661).

652 *Grande uniforme de gentileshombres*: Consistente en el calzón corto y media de seda aludidos, además del sombrero de tricornio y los zapatos de hebillas (cfr. F. Fernández de Córdoba, *Op. cit.*; tomo I, pág. 75).

653 *Las circunstancias*: La función se inició con un himno de Juan Bautista Arriaza musicado por Carnicer, continuó con la representación de *Por su rey y por su dama* y *Máscaras de Amiens* y terminó con un drama alegórico de Bretón de los Herreros, titulado *El templo del himeneo*, y con bailes nacionales (Cfr. *Exposición... op. cit.*; págs. 14-15).

654 *Coliseo del Príncipe*: Para el día 13 sólo había previsto un Te Deum a grande orquesta en la iglesia de Santa María de la Almudena, el besamanos general y el de las señoras por la noche. Era para el 14 para cuando se daba la opción a los reyes, si así lo deseaban, de asistir al teatro del Príncipe a escuchar unas composiciones poéticas escritas en su honor, un himno de Arriaza y Carnicer, una representación de *Aldemar y Adelaida o La batalla de Fontenoi* y el poema melodramático *Las glorias de España*, de José María Carnerero, aparte de tener el besamanos de los consejos (*Exposición... op. cit.*; págs. 16-17; “Fiestas de Madrid... art. cit.”, págs. 661-662).

655 *Corridos de toros*: Ambas de diez y dieciocho toros. El palco de los reyes estaba cerrado con cristales y la plaza se había adornado con una colgadura chinesca que la recorría entera (“Fiestas de Madrid... art. cit.”; pág. 662).

656 *El sitio de Corinto*: Los datos coinciden con los ofrecidos por la *Gaceta de Madrid* (“Fiestas de Madrid... art. cit.”; pág. 662). *La siège de Corinthe* (1826) no alcanzó el éxito de otras óperas del mismo autor. En Madrid, después de estas fiestas, no se representó más que unos días en enero de 1830 («Cartelera... Op. cit.» pág. 76).

657 *Calumnias... contra la misma señora*: En efecto, muchos testimonios confirman la simpatía que despertaba la reina (Fernando Fernández de Córdoba, *Op. cit.*; págs. 56-57), incluso a los extranjeros, tiempo después, ya de regente (Carlos Ferrer, *op. cit.*; págs. 98-100), aunque algunos de sus caprichos trascendieran y en ciertos momentos difíciles perdiera popularidad o se levantaran todo tipo de censuras contra ella, juzgadas calumnias por algunos (v. gr., Ángel Fernández de los Ríos, *Estudio histórico de las luchas políticas en la España del siglo XIX*, Madrid, English y Gras editores, 1880<sup>2º</sup>; tomo I; págs. 210-211; también, José García de León y Pizarro, *Op. cit.*, págs. 410-411, 414, 435, 439, 446-447, 461).

658 *Magnífico solitario*: Por fechas cercanas a aquellas en que Escosura escribe estas líneas, en la *Revista Militar* se censura que se vean sobre el uniforme algunas cadenas de oro y anillos sobre el guante de cabretilla. «No deberían tolerarse estos dijes en los militares» (15 de octubre, 1846, n° 45; pág. 6). Y un manual de buen tono de fechas recientes aconsejaba: «Abandonad los diamantes a las mujeres. (...) La mano de un hombre debe estar libre de todas estas futilidades» (Mariano de Rementería y Fica, *El hombre fino... Op. cit.*; pág. 192).

659 *Ermida de San Isidro del Campo*: Situada al final de la carrera de San Isidro, se trataba de un paraje absolutamente deshabitado fuera del recinto del Madrid de la época, ideal para mantener el secreto de una práctica penalizada.

660 *En Madrid*: En términos similares aparece la misma afirmación en las memorias de Fernández de Córdoba (*Op. cit.* tomo I; pág. 100).

661 *Modernos duelos*: Así lo testifican también las páginas de la prensa (Cfr. “Crónica de bastidores”, en *La Luneta*, 14-I-1847, n° 14; pág. 56. Ángel Fernández de los Ríos, «Revista mensual» en *El Siglo Pintoresco*, enero, 1847; pág. 21).

662 *Parar*: Impedir por el frote, abatiendo u oprimiendo, que la espada del adversario llegue al cuerpo (Cfr. H. Lafangère, *Tratado completo de esgrima*, trad. por Antonio Marín, Madrid, Imprenta de Alegría y Charlain, 1841).

663 *De cuarta a tercera*: De derecha a izquierda.

664 *Contra de cuarta*: Cambiar de línea al juntar la espada, tanto abatiendo, como por frote, como por oposición (Cfr. H. Lafangère, *Op. cit.*; págs. 79-81).

665 *Artemisa*: O Artemisia, ejemplo de fidelidad amorosa, si bien hacia el propio marido, no hacia el amante, fue la reina de Halicarnaso, célebre por el monumento que hizo construir a la memoria de su esposo muerto, Mausolo (cfr. Ernesto Jiménez Navarro, en *Diccionario del mundo clásico*, *op. cit.*; tomo I, pág. 180).

666 *Fecha*: Sic. 1846 y 1861. Léase “fechada”.

667 *Escribirla*: 1861, “escrita”.

668 *Times*: Sic. 1846 y 1861. Léase *The Times*.

669 *Enemigo*: En *Memorias de un coronel retirado* se atribuye al conde de Roca-Umbría emplear tal recurso para convencer a su hija de que el hombre con quien ha contraído matrimonio secreto está muerto y lograr que acepte una segunda boda que la convierte en bígama (*op. cit.*; tomo II, págs. 66-68).

670 *Huéspeda*: La frase «Hacer cuenta sin la huésped» sirvió de título a más de una obra teatral: de 1704 data una zarzuela con tal título, publicada tanto en Sevilla como en Zaragoza. Por otra parte, Francisco Flores Arenas estrenó el 25 de mayo de 1849 su comedia *Hacer las cuentas sin la huésped* (Madrid, Operarios, 1852).

671 *Jovellanos*: Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). Se refiere a su obra *El delincuente honrado* (1773), que se representó en Madrid a razón de dos o tres días por año en el decenio de 1830 a 1840 (“Cartelera, *op. cit.*”; pág. 73). Una vez más, el título pone de relieve el gusto por el contraste y por el héroe marginado, muy de moda en el Romanticismo.

672 *Antes de nacer*: Versos con que Marsilla describe su amor por Isabel en *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, drama estrenado en 1837, (en la primera versión, escena V del acto I, vv. 139-140). En este momento aún el autor no había impreso ni reestrenado la segunda versión, que daría lugar, años después, a la definitiva.

673 *Le clava*: 1861, «cuanto más se agita y afana, más penetra y ahonda el hierro la herida, más acerbos son los dolores».

674 *Tomarlo con tiempo*: Aquí encontramos como amenaza uno de los motivos más típicos del Romanticismo, presente en multitud de obras de teatro, el del amante que obtiene el objeto de su deseo al precio de hacer elegir a la amada entre la deshonra de un ser querido (el padre o la madre, generalmente) y la unión con él. Baste recordar sólo dos ejemplos famosos: La heroína de *Los amantes de Teruel* se sacrifica para evitar la deshonra de su madre. Por su parte, Leonor promete su mano a don Nuño a cambio de la libertad de Manrique en *El trovador* (aunque luego se envenene para no ser suya). Si se tiene en cuenta que tales dramas se estrenaron, respectivamente, en 1837 y 1836, se comprenderá que los lectores teman, a partir de este momento, ver a los protagonistas de esta novela compartir la misma suerte que los de tales obras.

675 *Platonismo*: Sic 1846 y 1861. Léase Platonismo.

676 *El profeta Elías*: Juego de suposición irónica referente al hecho de haber sido arrebatado al cielo y no haber podido encontrarse su cadáver, lo que podría suponer no haber muerto (*II Reyes*, 2).

677 *Tiberio Nerón*: Tiberio Claudio Nerón César, hijo de Livia y Tiberio, sucedió a Augusto y reinó entre los años 14 y 37 d. C. (Véase, de Suetonio, *Vida de los doce césares*).

678 *Horacios*: Los trillizos que lucharon con sus parientes los Curiacios, también trillizos, para establecer si la supremacía del Latio sería para Roma o para Alba. En el primer choque murieron dos Horacios y los tres Curiacios quedaron heridos. El Horacio que quedaba logró atraerse a los Curiacios de modo que pudiera luchar contra ellos por separado, con lo que venció. Probablemente también se refiere a los descendientes. Tito Livio escribió un relato de los hechos (Cfr. *Diccionario del mundo clásico*, *op. cit.*; tomo I, pág. 864).

679 *Catones*: Catón de Utica (n. 95 a.C.) que luchó contra Espartaco y fue tribuno militar de una legión de Macedonia, a la que convirtió en excelente por su disciplina; M. Porcio Catón, soldado y luego sabio; M. Porcio Catón Liciniano, etc. (Eleuterio Elorduy, en *Diccionario del mundo clásico*, *op.cit.*; tomo II, págs. 1354-1356; véanse, también, de Rudolf Fehrle, *Cato Uticensis*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1983).

680 *A la religiosa*: La conversión gracias y a partir del amor es tema frecuente en el Romanticismo. Se ha estudiado suficientemente este tema a partir de *Don Juan Tenorio*, que, estrenado en marzo de 1844, en esta época empezaba a ganar un éxito siempre en progresión ascendente (José Alberich, *La popularidad de Don Juan Tenorio y otros estudios de literatura española moderna*, Gerona, José Bosch, 1982; págs. 13-24).

681 *En ed. de 1861*: Litografía de Urrabieta y Llopis, «Laura recibió de rodillas la bendición del anciano y, al levantarse, viendo abiertos los brazos de Marta, arrojose en ellos».

682 *En ed. 1847*: Litografía de los artistas: «Silencio, que alguien viene».

683 *Familia*: La gente que vive en una casa debajo del mando del señor de ella (R.A.E., *Diccionario...op. cit.* 1843; pág. 338).

684 *Plegan*: sic, 1847 y 1861. Léase “pliegan”.

685 *Ministro*: Había sido nombrado para este cargo Roberto Gordon. El secretario era Jorge Bosanquet, encargado de negocios, en la calle de Alcalá (*Calendario manual y guía de forasteros en Madrid para el año de 1829*, Madrid, Imprenta real, s.a.; pág. 77).

686 *Su ignorancia*: Todavía en 1865 Fernán Caballero recomendaba a los padres que cuidaran ante todo conservar en sus hijas dos cosas: «La ignorancia de su inteligencia y la inocencia de su corazón», decía en *La Violeta* (Cfr. M<sup>a</sup> Carmen Simón Palmer, *Revistas femeninas madrileñas*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1993; pág. 16). Más explícito se mostraba Adolfo Llanos en fechas parecidas, al menos por lo que respecta a las jóvenes a punto de contraer matrimonio: «La mujer que se casa debe ignorar muy poco del libro de la sociedad, fuera del capítulo del *pudor*. La inocencia es a veces un mal, no porque ella sea mala, sino porque la época lo quiere así. Estamos en un siglo de prosa y de suma y resta. (...) Casi todas las víctimas de la perfidia de los hombres sucumben por ignorancia» (en *La mujer. op. cit.*; págs. 71-72). Estas últimas palabras son claramente aplicables a Laura.

687 *Al sacrificio*: Timantes (V a. C.), representante con Zeuxis y Parrasio de la escuela jónica, y célebre por la gradación del dolor que sabía imprimir en las figuras representadas, pintó un famoso “Sacrificio de Ifigenia” con la característica mencionada por Escosura. De él quedan resabios en un fresco de Pompeya y también en un mosaico de Ampurias (José Pijoán, *Summa Artis, Op. cit.*, vol. IV; pág. 262 y lámina XX).

688 *En ed. 1861*: Litografía de Urr(ab)ieta y Llopis: “No admito restricciones”.

689 *Airosos movimientos*: Por el contrario, Larra se había mostrado partidario del cambio en un artículo publicado en septiembre 1834: «¿No hay cierta relación entre la Inquisición y aquella monotonía de la basquina y la mantilla ()? El Prado de ahora y el de veinte años atrás son dos pueblos distintos y parecen, separadamente considerados, dos naciones distintas entre sí» (en José Escobar, «El sombrero y la mantilla: moda e ideología en el costumbrismo romántico español», *Revisión de Larr a*, ed. de A. Dérozier y A. Gil Novales, Besançon, Annales Littéraires de l'Université, 1983; págs. 163-164).

690 *Allende el Pirineo*: En el decenio de 1830 a 1839 la ropa de las mujeres caía hasta el tobillo y el largo de la falda fue bajando progresivamente. La moda de las mujeres no era sólo tema que se tratara en las revistas dedicadas a ellas, sino que aparecían noticias sobre el particular, así como la opinión de los articulistas al respecto, en casi todos los periódicos. En fechas aproximadas a las de esta novela, véase, por ejemplo, lo siguiente: «Pocos años hace presentábanse en nuestros coliseos las señoras de mantilla, hasta en los palcos, los hombres embozados en sus españolas capas, aun en las lunetas; ahora, todo va variando de aspecto: las jóvenes, y aun las que no lo son, van de manga corta (...). El sexo feo preséntase de etiqueta, con pantalón negro y chaleco blanco (...), la perspectiva y el buen gusto han ganado infinito ()» («Variedades. Modas» en *El Herald*, 8 de junio, 1846, n<sup>o</sup> 1214, pág. 4).

691 *Paletot*: Sinónimo, en el francés de la época, de “manteau” y “pardesus”, era, como indica Escosura, un tipo de gabán o casaca de moda en el siglo XIX, después de haber servido como prenda del uniforme militar de la marina real francesa (Cfr. *Gran Larousse de la Langue Française*, Paris, Larousse, 1986; tomo V, pág. 3914).

<sup>692</sup> *Pagó su dinero*: Se llevaba, en efecto, la ropa extremadamente ajustada, por lo que no convenía sino estar delgado. Bretón de los Herreros aprovechó el aspecto hilarante de esta moda en su muy aplaudida comedia *El pelo de la dehesa*, donde el protagonista, un aldeano entrado en carnes recién llegado a Madrid, se hace vestir por un sastre de esta guisa y luego se queja de ella ante su prometida, partidaria, como su madre y don Remigio, de seguirla a rajatabla: “Guante estrecho es muy señor (...) Si con él se cierra el puño, mal guante” “En Madrid los elegantes / no calzan los de su pie: / un puntito menos...”(Acto II, esc. III). Desde su estreno se convirtió en pieza de repertorio y se ponía continuamente todas las temporadas.

<sup>693</sup> *Siempre de uniforme vestidos*: “Ningún individuo militar, desde la clase de brigadier inclusive abajo, se presentará nunca sino con el uniforme del cuerpo al cual entonces pertenezca; espada de cinta, sable o espada de montar que corresponda a su arma y clase, y divisas de su empleo”, rezaba literalmente el Título IX, cap. I, art. 1º del “Reglamento adicional a la Ordenanza de 1768” publicado en 1827, aunque ya en 1815 en una amplia circular del Consejo Supremo de la Guerra se recuerda la obligatoriedad de los militares de no vestir otra cosa que riguroso uniforme y la prohibición de hacer uso del traje de paisano. Allí se mencionaba un real decreto de Carlos III (17-III-1785) sobre el mismo tema (cfr. Manuel Gómez Ruiz y Vicente Alonso Juanola, *El ejército... op. cit.*; tomo V, vol. 2, págs. 410 y 421). La revista *El Militar Español* dedicó en 1846 y 1847 muchas páginas a la reforma de los uniformes que se estaba realizando en el momento.

<sup>694</sup> *En aérea perspectiva*: En efecto, el carroceros Samuel Hobson, ya en 1820, diseñó unos coches de ruedas más pequeñas y suspensión más baja para permitir entrar en ellos con un sencillo estribo. Tales coches tardaron algunos años en llegar a España (Rómulo Horcajada, *Coches... Op. cit.*; pág. 20).

<sup>695</sup> *Fondos*: El mismo tema que trata en estos párrafos lo desarrolló más tarde Escosura, en su obra *Las apariencias* (1850).

<sup>696</sup> *Landó*: Parece que el landó apareció en Alemania en 1757. Tenía dos capotas movedizas por medio de resortes (Romualdo Horcajada, *Coches... Op. cit.*; pág. 13).

<sup>697</sup> *Carretela inglesa*: Se trataba de un carruaje ligero y cómodo. La clásica no tenía pescante, se engan- chaba con cuatro caballos y llevaba siempre tronquista y delantero y dos lacayos en el asiento posterior de la trasera (*Ibidem*; pág. 20).

<sup>698</sup> *Cuartel de Inválidos*: Se refiere al antiguo santuario de Atocha, situado en el paseo de tal nombre. Según las noticias de Répide, una vez extinguido el clero regular y creado el Cuerpo de Inválidos, se pensó en dos posi- bles lugares donde alojar a éste último: el convento de los Jerónimos y el de Atocha. Al final quedó elegido el de Atocha y el general Palafox instaló esta colectividad de la que era director. Por lo que respecta a la iglesia, que ya había servido de escenario a las bodas de algunos reyes, siguió siendo objeto de predilección de éstos. Por ejemplo, la reina Isabel II donó el traje que llevaba puesto el día del atentado sufrido el 2 de diciembre de 1852 (*Las calles..., op. cit.*; pág. 74).

<sup>699</sup> *El ingenioso hidalgo*: Aparecen diversos casos de tercería en esta obra, pero el elogio de este oficio se presenta en el episodio de los galeotes: “oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada” (Parte I, cap. 22). Agustín Redondo estudia este aspecto en “De las terceras al alcahuete del episodio de los galeotes en el Quijote (I, 22). Algunos rasgos de la parodia cervantina”, en *Actas de los Congresos de la Asociación Internacional de Hispanistas (recurso electrónico)*, ed. de Aurora Egido y César Antonio Molina, Madrid, Instituto Cervantes, 2004, tomo X (1989); págs. 679-690.

<sup>700</sup> *Como ni*: Sic. 1847 y 1861. Locución frecuente en la sintaxis del siglo XIX.

<sup>701</sup> *Superintendente de Policía*: Lo era, desde 1828, José Zorrilla Caballero, el padre del famoso poeta y dra- maturgo. La caída del Ministerio Colomarde supondría también su destitución.

<sup>702</sup> *Libertad de imprenta*: Se refiere a las ordenanzas firmadas el 25 de julio, por las que se suprimía la liber- tad de imprenta, se restauraba la censura dispuesta el 21 de noviembre de 1814 y se impedía la publicación sin previa autorización de escrito alguno, ni siquiera las memorias judiciales ni las de sociedades (Véase el conte-

nido en la traducción de Francisco Soler, *Relato histórico del Revolución del año 1830 en París, o sea, Los tres días del mes de julio*, traducido de los mejores historiadores, Barcelona, José Tauló, 1835; págs. 292 y ss).

703 *Sobre la opinión pública*: Puede leerse el relato completo, probablemente de donde lo resumió Escosura, en el tomo I de la obra de Luis Blanc, (*Historia de diez años... op. cit.*; págs. 109-142).

704 *Palais Royal*: También en la historia de Luis Blanc el traductor A. de Burgos introduce una nota que tal vez pudo usar Escosura: “El que antes de 1830 ocupaba Luis Felipe. De este palacio depende un inmenso edificio cuadrangular ocupado por tenderos de todas clases en el piso inferior del cual se ve una galería que da toda la vuelta al jardín, cuyas verjas de hierro se cierra de noche al público” (*Historia de diez años, op. cit.*, tomo I, nota 2, pág. 125).

705 *Guardia Real*: También en este punto, Escosura aprovecha este detalle de la historia casi tal cual lo expone Luis Blanc (*op. cit.*; tomo I, pág. 159).

706 *Era imposible*: Escosura rehace y organiza los datos que Luis Blanc ofrece de otro modo (tomo I, págs. 203, 221-223).

707 *J. Laffite*: Jacques Laffite (1767-1844), empleado de la banca de Perrégaux desde 1788, de origen humilde, ascendió a socio y a yerno de su patrón por méritos propios y por salvarle del Terror. Desde 1804 propietario del negocio, regentó el Banco de Francia en 1809, figuró como gobernador del mismo entre 1814 y 1819, impulsó en los años siguientes la candidatura de Luis Felipe como rey y éste le premió con el cargo de primer ministro, aunque su impopularidad le obligó a retirarse cuatro meses después (marzo 1831) y a cerrar su casa de banca en 1836.

708 *Felipe Egalité*: Louis Philippe Joseph II (1747-1793), hijo de Louis Philippe I, partidario de la Revolución y favorable a la ejecución de Luis XVI, cambió su apellido por el de Igualdad, todo lo cual no le impidió pasar por la guillotina. Louis Philippe de Orleans era su primogénito.

709 *Francés*: De estilo Neoclásico, obra de V. Louis, arquitecto también del Teatro de Burdeos. Estaba situado en uno de los ángulos del Palais Royal (Cfr. *Guía de París y sus cercanías, op. cit.*; pág. 300).

710 *Marmont*: Auguste Frédéric Louis Viesse de (20-VII-1774-2-III-1852), duque de Ragusa desde 1811 por decreto de Napoleón I. Entró en el ejército en 1792, en 1798 era brigadier, general de división en 1800, gobernador de Dalmacia en 1806, mariscal en 1809. Reemplazó a Massena como comandante del «Ejército de Portugal» en mayo de 1811. Derrotado en la batalla de los Arapiles (julio de 1812), prestó servicio en Alemania y Francia en 1813-14. Par de Francia nombrado por Luis XVIII. Tras la Revolución de 1830 se exilió y falleció en Venecia. En las fechas de la composición de esta novela, se había publicado una traducción de su *Espíritu de las instituciones militares* (trad. por A. Germán de la Gándara, Madrid, Viuda de Jordana [sic] e hijos, 1845) y tras su muerte se publicarían sus memorias (*vid. De la Place, “Marmont” en Biographie Universelle [Michaud]... op. cit.*, tomo XXVII; págs. 18-31).

711 *Retirada*: Francisco Soler escribió sobre lo que llamó “atolondramiento” de Marmont el último día del combate (*op. cit.*; pág. 87).

712 *Ragusa*: 1847 y 1861, Regusa. Se ha corregido este error, que aparece siempre que se menciona al duque.

713 *Nota del escritor*: «General, es una desgracia, pero ¿qué hemos de hacerle? No me es lícito empeñar de nuevo el combate por una compañía. Demasiado hemos combatido ya contra los parisienses».

714 *Duque de Mortemart*: Casimir de Rochechouart de Mortemart (20-III-1787/1-1-1875), XI duque de Mortemart, hijo de Jean-Baptiste de Rochechouart y de Adélaïde de Cossé-Brissac, casado con Virginie de Sainte-Aldegonde. Sobre su actuación en los tres días de la Revolución, véase la traducción de Francisco Soler del *Relato Histórico... op. cit.*; págs. 103-105).

715 *Casimiro Perrier*: sic. 1847 y 1861. Casimir Pierre Périer (1777/16-V-1832). Un retrato suyo y un resumen de su actuación aquellos días, pueden leerse, respectivamente, en la misma traducción (*Ibidem*; pág. 90) y en la *Historia de los diez años... op. cit.*, tomo I, págs. 150-151. Véase, también A. Boullée, “Périer” en *Biographie Universelle (Michaud)... op. cit.*, tomo XXXII, págs. 483-490.

<sup>716</sup> *Duque de Burdeos*: Enrique V (29-IX-1820/24-VIII-1883), hijo póstumo del duque de Berry, a favor de quien abdicó su tío Louis Antoine, que había recogido los derechos tras abdicar en él Carlos X.

<sup>717</sup> *Nota del propio Escosura*: «En una sombrerería de la calle de Rohan pereció, en efecto, una compañía de la G. R. de Infantería, que el duque de Ragusa no pudo o no se acordó de incorporar a las fuerzas de su mando al tiempo de retirarse de París». Así se presenta en el relato de Luis Blanc anteriormente mencionado (*op. cit.*; pág. 206).

<sup>718</sup> *Nota de Escosura*: «En efecto, los revolucionarios respetaron escrupulosamente las propiedades públicas y particulares: otro tanto sucedió en España en 1808. Si las palabras del obrero parecen demasiado cultas, téngase en cuenta que en Francia, y en París sobre todo, la clase trabajadora tiene una educación infinitamente superior a la de los españoles colocados en la misma posición social». Según Luis Blanc, al que parece seguir el autor, los periódicos en los días siguientes exaltaron el desprendimiento del pueblo y los rasgos de abnegación de los pobres, que custodiaron muchos objetos de valor, pero parece ser que las propiedades fueron protegidas sobre todo por el celo de la clase media y, con todo, se saqueó el palacio episcopal y el de las Tullerías (*Historia... op. cit.*; págs. 217-219, 226).

<sup>719</sup> *Al abrigo de sus reparos*: Sic 1847 y 1861.

<sup>720</sup> *Chal*: Aquí aparece el vocablo en la forma castellanizada, frente a la voz «schall» del libro II, cap. VII.

<sup>721</sup> *Acaudilla*: 1861, «acaudillaba».

<sup>722</sup> *Berlina*: Se trataba de un coche cerrado, comúnmente de cuatro ruedas y dos asientos. Así se entiende que Laura se escondiera dentro. Según Horcajada se llamaba así por haberse realizado y usado por primera vez en Berlín (Romualdo Horcajada, *Coches... Op. cit.*; pág. 12).

<sup>723</sup> *Una gran haz*: sic. 1847 y 1861. Uso impropio, pues ya en la época este sustantivo con tal acepción se recoge como masculino (*Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*, Madrid, Francisco María Fernández, 1843, 9ª; pág. 381).

<sup>724</sup> *3 de julio*: Sic. 1847 y 1861; errata. Léase “3 de agosto”.

<sup>725</sup> *Pueden*: Sic. 1847 y 1861. La concordancia exige «puede».

<sup>726</sup> *Historiador contemporáneo*: Aparecen literalmente las mismas palabras en la obra ya citada de Luis Blanc (*Historia de diez años...op. cit.*; tomo I, págs. 268-269).

<sup>727</sup> *Barbier*: Henri Auguste (29-IV-1805/13-II-1882), miembro de la Academia Francesa, escribió el poema *Les jambes* (1831) inspirado por la Revolución.

<sup>728</sup> *La revolución era el pueblo*: “Revolución birlada” tituló Cabet, diputado de la corte d’Or, el capítulo dedicado al particular en su *Revolución francesa de 1830 y situación presente explicadas e ilustradas por las revoluciones de 1789, 1792, 1799, 1804 y por la Restauración* (trad. por D. Y J., Barcelona, Imprenta de José Tauló, 1839; tomo I, págs. 149-219).

<sup>729</sup> *Guizot*: François Pierre Guillaume Guizot (4-X-1787/12-IX-1874), periodista, historiador y político, ocupó la cátedra de Historia Moderna (1812-1814 y desde 1828), fue secretario general durante el reinado de Luis XVIII, líder de los doctrinarios y destacó por su actividad durante su posterior posición como ministro de Instrucción Pública. Martínez de la Rosa simpatizó con él durante su exilio en París, según Joaquín Francisco Pacheco (*Martínez de la Rosa*, *op. cit.*; pág. 20).

<sup>730</sup> *General Lafayette*: Marie Paul Joseph Gilbert Roche Yves Gilbert du Motier, marqués de (6-IX-1757/20-V-1834), hijo de Michel Roche, marqués de la misma denominación y Marie Louise, hija del marqués de la Rivière. Fue bien conocido por sus virtudes familiares. Había participado en la Guerra de la Independencia norteamericana contra Inglaterra, en la Revolución Francesa como vicepresidente de la Asamblea Nacional, como coronel general de la Guardia Nacional. Su actitud de tolerancia, tanto como sus numerosos y sucesivos intentos de evitar los excesos de la Revolución, le convirtió en traidor a ojos de la Asamblea en 1792, por lo que sufrió prisión durante cinco años. Permaneció retirado durante el imperio napoleónico, participó en las acciones de los

Cien Días, perteneció como liberal a la cámara de los diputados y a la secta de los carbonarios (véase A. Boullée, en *Biographie Universelle* [Michaud]... *op. cit.*, tomo XXII, págs. 448-473).

731 *Gerard*: Etienne Maurice, (4-IV-1773/IV-1852). Se unió al ejército como voluntario con veintiún años. Se distinguió en Austerlitz y Jena, ascendió a general en 1806, Napoleón le concedió el título de barón y Luis XVIII le agració con la Gran Cruz de la Legión de Honor y el nombramiento de caballero de San Luis. Fue ministro de la Guerra y ascendió a mariscal tras la Revolución de Julio (véase Callet, en *Biographie Universelle* [Michaud]... *op. cit.*, tomo XVI, págs. 289-290).

732 *Territorio español*: Cfr. con el resumen ofrecido por Iris Zavala (*op. cit.*; págs. 144-150) y con el de Robert Marrast (*op. cit.*; págs. 145-163).

733 *De Pablo alias Chapalangarra*: Joaquín Romualdo de Pablo y Antón (nacido el 26-VII-1784). Participó en la Guerra de la Independencia, luchó a favor de las ideas liberales, fue gobernador militar de Alicante en 1823, se vio obligado a entregar la ciudad al duque de Angulema ese año y se exilió a Inglaterra. El sobrenombre parece que se le puso por sus hechos de armas durante el Trienio Liberal.

734 *Eduardo de la Flor*: Espronceda, cuyo retrato siempre se ha visto impreso en este personaje, compuso una elegía titulada “A la muerte de Don Joaquín de Pablo (Chapalangarra)”, que puede leerse en sus *Obras poéticas* (ed. de Leonardo Romero Tobar, Barcelona, RBA, 1994, págs. 84-85).

735 *En ed. de 1861*: Litografía de Urrabieta y Vierge, “Veinte pasos al frente y están ustedes en Francia”.

736 *Fue... desconocido*: Según J. F. Pacheco, las tropas de Llauder se condujeron con gran humanidad en el trato a los vencidos (Cfr. *Op. cit.*; pág. 164).

737 *Muy en breve*: Véase el interesantísimo artículo de Alberto Gil Novales “Repercusiones españolas de la Revolución de 1830” en *Anales de Literatura Española*, n° 2, 1983; págs. 280-328.

738 *Alguna vez... moral eterna*: Sic. 1847 y 1861.

739 *Miyar*: Antonio Miyar (1794/1831), había conocido el exilio por liberal en 1824, pero había vuelto a España en 1826 encausado por habersele supuesto implicado en un vasto proyecto de insurrección que se hallaba a punto de estallar cuando Calomarde, ministro de Justicia, el 16 de marzo de 1831 ordenó prender a los principales sospechosos. Parece ser que se encontraba de visita en casa de Joaquín Marco-Artu el día en que se intentó la detención de éste, 17 de marzo de 1831, y aunque nada tenía que ver con el asunto, fue ahorcado poco después. La causa, publicada por Pascual Madoz en 1863 (véase Pascual Madoz e Ibáñez, «Causa Formada en el año 1831 en virtud de Real orden por el Sr. Gobernador de la Sala de Alcaldes de Corte, Don Estevan de Asta, contra D. Antonio Miyar, casado con D.<sup>a</sup> Rufina Ortega, de treinta y cinco años de edad, natural de Corao en el consejo de Onís de Asturias, y vecino y del comercio de Libros de Madrid. Por suponerle con otros conspirador contra el Gobierno absoluto», en *Colección de las Causas más célebres e interesantes [...] del foro español, francés e inglés*. Por una Sociedad de Jurisconsultos. Parte española, Madrid, Librería de D. Leocadio López, 1863, tomo V, págs. 176-382). Marrast aporta el texto de una carta escrita el 4 de abril por el secretario de la embajada francesa en Madrid, en la que consta cómo era *vox populi* la intención de cortar “en trozos” a un librero, a modo de “muerte anunciada” (*op. cit.*; pág. 225). Sobre su labor como bibliógrafo véase el interesante artículo de Francisco José Pantín Fernández (“La bibliografía nacional y extranjera de Antonio Miyar, un instrumento bibliográfico al servicio del progreso de España”, en *Abbadom*, junio-septiembre, 2001; págs. 18-25).

740 *Torrijos*: José María Torrijos y Uriarte (1791-1831). Véase el relato de los hechos en el trabajo de Luis Cambronero, *Torrijos. Opúsculo biográfico*, Málaga, Arguval, 1992.

741 *Moreno*: Vicente González Moreno (1778-1839) formó parte de la campaña contra la República Francesa, luchó en la Guerra de la Independencia, sirvió con los realistas en 1822-1823, ascendió a mariscal de campo y fue nombrado gobernador militar de Málaga. En diciembre de 1831 tendió la trampa mencionada por Escosura a los conspiradores liberales encabezados por Torrijos, lo que le valió el apodo de “verdugo de Málaga”. Capitán general de Granada durante el Ministerio Calomarde, al ser separado de su destino

(R.D.16-X-1832) mantuvo sus planteamientos absolutistas. Se fugó en noviembre de 1833 del cuartel de Cádiz, donde se encontraba, para unirse a don Carlos, al que acompañó a Inglaterra. Luego sería detenido en París cuando intentaba pasar a España. Enviado a Suiza, logró desde allí su propósito y fue nombrado general en jefe al morir Zumalacárregui, jefe del Estado Mayor de don Sebastián tras la derrota carlista de Bilbao, en diciembre de 1836. Venció en Barbastro y en Herrera en 1837, por lo que ascendió a capitán general. Murió a manos de unos carlistas sublevados en Urdax, cuando se dirigía al destierro (Cfr. José Sanz y Díaz, *Generales carlistas*, Madrid, Publicaciones Españolas; págs. 8-10).

<sup>742</sup> *A la su entender*: Sic. 1847 y 1861. Léase “a la a su entender”.

<sup>743</sup> *Príncipes de Rohan*: en aquellos años, ostentaba título con tal denominación Armande Louise (1787/1864), hija de Charles de Rohan (1765/1843), príncipe de Rochefort, y de Marie-Louise de Rohan (nacida en 1765), y casada con Alexandre de Pierre, marqués de Bernys (nacido en 1777). Los enlaces con otras familias de similar raigambre nobiliaria multiplicaron el número de príncipes y princesas con denominaciones como Rohan-Guéméné, Rohan-Soubisse o Rohan-Rochefort, algunos famosos en el siglo XVIII y en el XIX (*Biographie Universelle [Michaud]... op. cit.*, tomo XXXVI; págs. 337-344). Escosura se inventa, sin embargo, al personaje aquí mencionado, y también su título.

<sup>744</sup> *Nota del escritor*: «Tratamiento que se daba en la corte de Carlos X a la duquesa de Berry».

<sup>745</sup> *Cherbourg*: Cherburgo. Sobre los detalles de la ruta y la estancia en el lugar, véase Imbert de Saint-Amand, *La duchesse de Berry et la Revolution de 1830*, *Op. cit.*; págs. 3-353.

<sup>746</sup> *Dryada*: Divinidad de los bosques, protectora de los árboles. Representaba en el mundo griego el culto primitivo a la naturaleza. Una de ellas fue Eurídice, casada con Orfeo.

<sup>747</sup> *En ed. de 1861*: Litografía de Llopis y Urrabieta, “En Madrid. Yo te buscaré allí”.

<sup>748</sup> *El 31... valedera*: Cfr. las explicaciones tal y como las ofrece J. F. Pacheco (*Op. cit.*; págs. 169-189).

<sup>749</sup> *Infanta doña Luisa Carlota*: de Borbón Dos Sicilias (1804/1844), hermana de María Cristina y casada con Francisco de Paula (1794/1865), el hermano menor de Fernando VII. Su hijo Francisco de Asís se casaría con Isabel II. Mesonero Romanos resume de este modo lo que Escosura da por sabido: “Súpose también, aunque envuelta en sombras, la abominable intriga fraguada en torno del lecho fúnebre, el desconsuelo y abatimiento de la joven reina, y la llegada a La Granja de la infanta D.<sup>a</sup> Luisa Carlota, que estaba en Andalucía, la cual, con la energía y superioridad de su carácter, corrió presurosa a deshacer *de mano maestra* aquel complot, a romper el funesto codicilo, a reanimar a la reina, a confortar al rey y a variar por completo la situación del palacio real. Súpose, en fin, con inmensa satisfacción y júbilo, que la Facultad de Medicina había declarado al rey fuera de peligro con fecha 28 de septiembre, precisamente un año antes, día por día, de su futuro fallecimiento” (*Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid* en *Obras de D. Ramón de Mesonero Romanos*, Madrid, Renacimiento, 1926; tomo VIII, págs.111-112). Galdós recrearía el suceso, junto con las anécdotas que de él habían corrido, en el capítulo XXXIII de *Los apostólicos*. Véase la explicación de estos sucesos en la obra de Federico Suárez (*Los sucesos de La Granja*, Madrid, 1953).

<sup>750</sup> *Calomarde*: Francisco Tadeo (1773/1842), protegido del médico de Godoy, fue secretario de Lardizábal. Fernando VII en 1823 le nombró ministro de Gracia y Justicia. Durante la Década Ominosa luchó implacablemente contra los liberales y ayudó al monarca en la abolición de la ley sálica, lo que significó enemistarse con los partidarios de don Carlos, a los que persiguió. Al morir Salmón, le sustituyó en el ministerio de Estado. Finalmente tomó partido por don Carlos y consiguió de Fernando VII la firma para revocar la anulación de la ley sálica cuando cayó enfermo en 1832. Al reponerse, el monarca le depuso de todos sus cargos.

<sup>751</sup> *Conde de la Alcudia*: Antonio de Saavedra y Jofré (1765/1842), también conde de Gestalgar, barón de Albalat y Canet, era hijo de Sebastián Saavedra y Mariana Jofré y Arándiga, señora de la baronía de Ayódar. Fue ministro de Estado desde el 20 de enero de 1832 hasta el 1 de octubre, fecha de su destitución. Más tarde actuaría como embajador de don Carlos en Viena y éste le otorgaría la grandeza de España en 1834.



752 *Salazar*: Luis María Salazar Salazar (1758/1838), conde de Salazar, ministro del almirantazgo en 1807, se ocupó en 1812 de la Hacienda Civil y Militar de Galicia a instancias del general Castaños. Miembro de la Junta de Crédito Público desde 1814 hasta 1816, ministro de Marina desde 1825 hasta su destitución en el año indicado.

753 *Marqués de Zambrano*: Miguel Ibarrola González (19-7-1776/17-1-1848), también marqués de Izazul, caballero de la orden de Carlos III, era gobernador militar de Tarragona cuando los liberales tomaron el poder en marzo de 1820. Teniente general de la Guardia Real de Caballería (1826-1832), consejero de Estado, ministro de la Guerra (1825, 1832), senador vitalicio (1845).

754 *López Ballesteros*: Francisco (1770-1833), militar que hizo la campaña de Cataluña, ocupó el mando de la comandancia del resguardo de aduanas de Oviedo y ascendió hasta mariscal de campo en la Guerra de la Independencia. Fernando VII le nombró ministro de la Guerra en 1815 pero le destituyó y desterró al año siguiente. Ayudó entonces a los liberales y obligó a Fernando VII a guardar la Constitución de 1812. En 1823 era capitán general de Madrid, y se vio obligado a capitular ante la entrada de las tropas del duque de Angulema. Fernando VII le condenó a muerte, pero el duque le protegió y al año siguiente ocupó la cartera de Hacienda hasta su destitución.

755 *Cafranga*: José Cafranga Costilla (¿1780?/1854). Ministro de Gracia y Justicia (1832), aconsejó a Fernando VII que renunciase a la Corona en favor de su esposa y decretó un indulto y una amnistía que permitieron el regreso a España de muchos liberales emigrados. Disconforme con Cea Bermúdez, dimitió de su cargo dos meses después de haber tomado posesión y pasó a ser miembro del Supremo Consejo de Castilla.

756 *Laborde*: Ángel Laborde y Navarro (1772/1834), sentó plaza de guardiamarina en 1791, participó en la lucha contra la emancipación americana. Comandante general del Apostadero, jefe de escuadra de la Real Armada, Gran Cruz de Carlos III, de San Hermenegildo y de Isabel la Católica. No pudo ejercer su cargo como ministro de Marina y continuó en el Apostadero hasta su muerte (*Vid.* José Ignacio González-Aller Hierro, *Catálogo-Guía del Museo Naval de Madrid*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996; n° de catálogo 877).

757 *Monet*: Juan Antonio Monet, primer jefe del regimiento de Infantería Española Infante Don Carlos en 1818, acuartelado en el local del ex Colegio Real de San Felipe, había convertido su unidad en una escuela militar. Participó en la lucha contra la emancipación americana, fue presidente del Perú en 1824 y más tarde fue comandante general del Campo en Algeciras. Ocupó el cargo de ministro de la Guerra como interino desde el 1 de octubre de 1832 hasta primeros de septiembre de 1833.

758 *Encima y Piedra*: Victoriano, diputado del comercio de Cádiz en 1816, vocal de la Junta del Sistema General de Hacienda, y de la Junta de la Compañía de las Indias en 1825. Director de la Real Caja de Amortización en 1829, ocupó el cargo de ministro de Hacienda sólo quince días (Véase Alberto Rull Sabater, *Diccionario sucinto de ministros de Hacienda* [s. XIX-XX], Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1991).

759 *...Contra los liberales*: “Surgiendo desde este momento los sucesos con vertiginosa rapidez, diariamente llegaban a noticia del pueblo de Madrid, la separación del Ministerio Calomarde y la fuga de este ministro, primero a Olva, su pueblo natal, en la provincia de Teruel, y luego a Francia, disfrazado de monje Bernardo; el reemplazo de dicho Ministerio por otro, compuesto de los señores *Cea Bermúdez*, *Cafranga*, *Encima y Piedra*, y los generales *Monet* y *Laborde*; -hízose, en fin, público el real decreto de 6 de octubre, confiando S. M. el gobierno del Estado, durante su enfermedad, a la reina María Cristina; decreto refrendado por el nuevo ministro D. José Cafranga, y firmado por el rey en su lecho sobre el mismo sombrero de aquel, que le conservó toda su vida y le enseñaba con patriótico orgullo” (*Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid*, escritas por *El Curioso Parlante*, *op. cit.*; pág. 112).

760 *Relevados...favor suyo*: En la capitanía general del ejército y reino de Aragón, el teniente general Blas de Fournas-Labrosse y Gailhac-Lagardie, en el cargo desde noviembre de 1830, “en virtud a su avanzada edad”, fue sustituido por el conde de Ezpeleta (José de Ezpeleta Enrile, 1-III-1787/26-VII-1847), pero en reconocimiento a los servicios prestados se le concedió la gran cruz de Isabel la Católica; a José O'Donnell, aquel cau-

dillo de la Independencia y comandante general del Campo de Gibraltar de 1824, capitán general de Valencia y Murcia “quedando muy satisfecha del distinguido mérito con que ha servido”, se le sustituyó por el duque de Castro-Terreño (Prudencio de Guadalfara y Aguilera, 28-IV-1761/15-VI-1855) en la capitanía general de Castilla la Vieja; a Francisco Dionisio Vives (1755/1840), “a quien admito la dimisión que ha hecho de este destino por lo quebrantado de su salud”, le sustituyó Pedro Sarsfield como capitán general de Extremadura y, en efecto, se le destituyó en favor del marqués de las Amarillas (Pedro Agustín Girón Las Casas Moztezuma (2-I-1778/17-V-1842, duque de Ahumada dos años después) a Vicente González Moreno, hasta el momento capitán general de Granada, sin más palabras que las siguientes: “a quien he venido en relevar de este encargo” (R.D. de 16 de octubre de 1832, “Reales decretos”, en *Gaceta de Madrid*, 16 de octubre, 1832, nº 126). También al capitán general de Galicia, Nazario Eguía, se le sustituiría por Pablo Morillo, marqués de la Puerta. Igualmente, se había sustituido al conde de España en la capitanía general de Cataluña por Manuel Llauder.

761 *22 de octubre...soberanía*: La firma y rúbrica del decreto dirigido a José de Cafranga lleva fecha de 15 de octubre de 1832, y se publicó en la *Gaceta de Madrid* del día 20 (nº 128), aunque se reimprimió en la del 23 (nº 129) por faltar una palabra. El día 30 del mismo mes la reina firmó una serie de reglas para su cumplimiento (*Gaceta de Madrid*, 1 de noviembre, 1832, nº 133).

762 *Ministro de la Guerra*: Juan Antonio Monet, antes citado.

763 *Era*: Sic. 1847 y 1861. Concordancia *ad sensum*: léase “era la baronesa, **con** su sobrina Luisa”.

764 *En ed. de 1847*: Litografía de los artistas. “Mira bien a ese hombre: ¿Le conoces?”.

765 *Coronista*: en 1861, «cronistas».

766 *Cada uno*: Sic. 1847 y 1861. Lo lógico sería mantener la concordancia masculina.

767 1847: «respeto». Vulgarismo en la época, ausente en 1861.

768 *Le veía Mendoza*: 1861, «como lo veía Mendoza».

769 *Remise*: Nota del escritor, «cochera».

770 *Y que de éstos*: Sic. 1847 y 1861. Léase “y que a estos...”.

771 *Saint Cloud*: En este castillo se encontraba la familia real cuando se firmaron las ordenanzas de 25 de julio de 1830 y allí permanecieron durante los tres días de revolución.

772 *En ed. 1861*. Litografía de Urrabieta y Llopis: “Decláralo así también y retírate en paz; no lo hagas y yo proseguiré hablando”.

773 *Usted*: 1861, «de V.E.».

774 *Julia para su maestro*: Alude, seguramente, a la protagonista de *Julia* o *La nueva Heloísa*, novela de Rousseau que conoció en España numerosas reimpresiones en una traducción de José Marchena (1768/1821) y que se distribuía entonces (Barcelona, Imprenta y librería de Oliva, 1836). Esta novela era una de las pocas que, según Mesonero Romanos, conformaban la biblioteca de las «niñas del día» y de las jóvenes instruidas o que se tenían a sí mismas por tales (Vid. José Fernández Montesinos, *Introducción... op. cit.*; págs. 44 y 130). Una vez más, pues, Escosura selecciona ejemplos bien conocidos por el público al que se dirige.

775 *Color*: Sic. 1847 y 1847. Es arcaico este empleo simultáneo de género masculino y femenino para la voz “color”: aún se recoge en el Diccionario de la Real Academia en 1822 (Madrid, Imprenta Nacional), y ya no en los siguientes (*op. cit.*; v. gr. 1843, pág. 173).

776 *Frente a la puerta...velador*: Cada uno de los detalles manifiesta el gusto de la época en lo que respecta a mobiliario (Cfr. Nieves Panadero Peropadre, *Los estilos... Op. cit.*; págs. 744-755).

777 *Terminó de día*: En efecto, hasta las primeras horas de la mañana no solían concluir los bailes en los decenios centrales del siglo XIX. En los bailes públicos, normalmente la hora límite se situaba en torno a las nueve de la mañana (Vid. Carlos Cambronero, *Crónicas... Op. cit.*; págs. 43-51).

778 *Mis delicias*: Se trata de la fábula IV: «Presa en estrecho lazo / la codorniz sencilla, / dábale quejas al aire, / ya tarde arrepentida. / “¡Ay de mí, miserable, / infelizavecilla / que antes cantaba libre / y ya lloro cautiva! / Perdí mi nido amado, / perdí en él mis delicias, / al fin perdilo todo, / pues que perdí la vida. / ¿Por qué desgracia tanta? / ¿Por qué tanta desdicha? / ¡Por un grano de trigo! / ¡Oh, cara golosina!” // *El apetito ciego / ¡a cuántos precipita, / que por lograr un nada, / un todo sacrifican!*” (Félix María de Samaniego, *Fábulas*, Madrid, Ediciones y Distribuciones Alba, 1989; págs. 56-57).

779 *Cuco*: 1861, «coco».

780 *Jansenista*: Corriente teológica que toma su nombre de Cornelius Jansen (1585-1638), aunque no la fundara él. Las ideas sobre ella más extendidas se refieren al modo de conciliar el poder de la gracia y la libertad humana, a la creencia en una doble predestinación y a una moral especialmente rigorista (véase María Giovanna Tomsich, *El Jansenismo en España: Estudio sobre ideas religiosas en la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Siglo XXI, 1972).

781 *Del Petrarca*: Sic. 1847 y 1861. Poeta y humanista italiano (20-VII-1304/19-VII-1374), de gran influencia en la literatura española.

782 *Homónima... indiano*: También llevaba por nombre Laura la protagonista de sus *Rime in vita e morte di Madonna Laura*, conjunto de odas y sonetos luego ampliados a lo que se conoce como su *Cancionero*.

783 *Alguno que otro*: Sic. 1847 y 1861.

784 *La fama ha inmortalizado*: También Patricio de la Escosura, quien no valoraba mucho sus propios versos por «sobradamente humildes, faltos de ornato y gala; esto es, prosaicos» (Vid. carta a Ventura de la Vega, doc. «VI», 13 de marzo, en Antonio Iniesta... *Patricio...op. cit.*; pág. 109), los escribió en abundancia al enamorarse en su juventud («V», carta a Ventura de la Vega, *Ibidem*; pág. 103-106).

785 *Señaló*: 1861, «enseñó».

786 *Luzbel en la comedia*: Probablemente se refiere, de nuevo, a *El diablo predicador*.

787 *Mesalina*: Valeria Mesalina (25 d.C./48 d.C.) hija de Barbaro Masala, esposa de Claudio, famosa por su corrupción en materia sexual y por sus crímenes (Vid. Suetonio, *Vida de los doce Césares*, cap. XXVI).

788 *4 de septiembre*: sic. 1847 y 1861. Errata evidente del original. Léase “octubre”. Algunas palabras textuales del documento: “...sea un deber para mí, conservar intacto el depósito de la autoridad real que se me ha confiado. Yo mantendré religiosamente la forma y las leyes fundamentales de la monarquía, sin admitir innovaciones peligrosas, aunque halagüeñas en su principio” (Cfr., v. gr., en Ferrer, Tejera, Acedo, *Op. cit.*; tomo III, págs. 285-286).

789 *Triunfantes*: 1847 y 1861, “trinutantes”.

790 *Capuletes*: Sic. 1847 y 1861. Probablemente la referencia comparativa, más que en el drama de Shakespeare, se encuentra en la conocida ópera de Bellini, obra de repertorio y una de las más representadas en Madrid, que lleva por título *I Capuleti ed i Montecchi*.

791 *Cristinos y carlistas*: De hecho, muchos de los oficiales de la Guardia Real pasaron a Portugal, junto a don Carlos.

792 *María Cristina... Luchando valerosamente*: De ahí el acierto de Roca de Togores al elegir el personaje de María de Molina para situar históricamente una obra que se estrenó el 24 de julio de 1837, con motivo del santo de María Cristina.

793 *Innecesaria severidad*: Él mismo fue perseguido y desterrado a Olvera por afecto al Carlismo. Curiosamente, liberales como Larra se habían quejado durante este periodo y los años posteriores justamente de lo contrario, esto es, de cómo se dejaba a los carlistas campar a sus anchas mientras seguían confinados o presos muchos liberales (véase, v. gr., de Fígaro, “Correspondencia interesante. Carta de un liberal de acá a un liberal de allá”, en *El Observador*, 7 de octubre, 1834, n° 85; págs. 3-4; para más datos, Ana Isabel Ballesteros Dorado, *Larra, Bretón... op. cit.*; págs. 42-43).

<sup>794</sup> *El 5... vascongados*: En Bilbao, el 4, día en que se llama a José María de Orbe y Elío, marqués de Valde-Espina, en apoyo del alzamiento; el 7, en Vitoria, los voluntarios realistas al mando de Verástegui (Ferrer, Tejera, Acedo, *Op. cit.*; tomo III, págs. 187-195).

<sup>795</sup> *Merino*: Jerónimo Merino y Cob (1769 – 1844), guerrillero ya en la Guerra de la Independencia, gobernador militar de Burgos en 1814, partícipe de las partidas de vanguardia de los Cien mil Hijos de San Luis, fue nombrado por don Carlos teniente general en noviembre de 1833. Destacó por sus operaciones en Castilla la Vieja. Al final de la guerra siguió al infante a Bayona. Fue uno de los carlistas más biografiados por sus enemigos durante la contienda, v. gr., en el *Eco del Comercio* (22 de marzo, 1835; pág. 1), en el Boletín de *La Abeja* (7 de abril, 1835, n° 344; pág. 1), en los folletos y libros de autores anónimos *La selva de los Pinares, o sea, La muy célebre renuncia del cura Merino a lo humano: su domicilio sempiterno en los bosques y las selvas*, Madrid, Imprenta de Verges, 1834), *Sucinta reseña a la vida y carácter del cura Merino* (Málaga, Imprenta de Antonio Quincoces, 1834), aparte de protagonizar diversas ficciones.

<sup>796</sup> *Prendiente a la Corona*: en su manifiesto del 3 de octubre.

<sup>797</sup> *Disciplina*: Coincide en este punto con lo anotado por Joaquín Francisco Pacheco (*Historia... op. cit.*; pág. 219).

<sup>798</sup> *Apariencia...intrínseca*: “Los voluntarios eran unos figurones”, resumen Ferrer, Tejera y Acedo en su obra repetidamente citada (tomo III, pág. 136).

<sup>799</sup> *Cortar en Talavera*: Se considera históricamente como el principio de la rebelión el grito de “Viva Carlos V” lanzado por un funcionario de Correos, comandante además de los voluntarios realistas del 15 batallón, Manuel María González, el 3 de octubre de 1833 en Talavera de la Reina. Él y dos de sus hijos fueron fusilados (Ferrer, Tejera, Acedo, *Op. cit.*; tomo III, págs. 184-187).

<sup>800</sup> *Los Arcos*: Lugar donde se empeñó el primer enfrentamiento entre cristinos y carlistas después de que Santos Ladrón de Cegama (13-XI-1784/12-X-1833) proclamase como rey a don Carlos el 6 de octubre. Como resultado, fue apresado el 11 de octubre por el general cristino Manuel Lorenzo (1786/?) y fusilado en los fosos de la ciudadela de Pamplona.

<sup>801</sup> *Sierra de Burgos*: Merino había logrado organizar tres divisiones en Castilla la Vieja, pero tras quedar derrotado en Villafranca de Montes de Oca el 13 de noviembre, se retiró a la sierra de Burgos. Sus hombres se dispersaron en gran medida y entonces se trasladó a la corte de Portugal (véanse más datos en el libro de José Andrés Gallego, *El levantamiento carlista en Castilla la Vieja*, Madrid, Actas, 2002).

<sup>802</sup> *...patrulla*: Léase cómo se informó de los sucesos en la *Gaceta Extraordinaria de Madrid*: “...hizo entregar en la mañana de este día a disposición de la dirección general de Artillería la perteneciente a los voluntarios de esta corte, sin haber encontrado para ello la menor oposición. / No se debía contar tampoco con que la hubiese para la entrega de las armas de la infantería de los mismos cuerpos, pero un principio de resistencia de parte de unos pocos voluntarios reunidos en el cuartel obligó a desplegar la fuerza militar, sin que de este alarde resultasen otras desgracias que las de dos o tres muertos y cinco o seis heridos. Abriéronse al punto las puertas del cuartel de realistas, de que tomó posesión un destacamento de tropas al mando del brigadier D. Pedro Nolasco Bassa, acompañado del superintendente general de Policía (a la sazón el mariscal de campo Manuel Latre, según el *Calendario manual y guía de forasteros en Madrid, para el año de 1834*, Madrid, Imprenta Real, s.a; pág. 208), dejando presos a poco más de ciento sesenta voluntarios que allí se hallaban, y en consecuencia, y a virtud de un bando del corregidor, se han ido entregando sucesivamente las armas de que ya esta tarde se había recogido una gran cantidad y continuaba recogiéndose el resto sin ningún asomo de resistencia./ La excelente disciplina de la tropa ha preservado a los realistas presos del furor de la muchedumbre, que irritada del mal espíritu que de algún tiempo a esta parte se había manifestado en muchos individuos de aquellos cuerpos, se habría quizá dejado llevar de sus sentimientos, a no intervenir la fuerza pública, protectora de la seguridad de todos y aun de los delincuentes mismos, ínterin la ley no los ha declarado tales” (27 de octubre, n° 133). José García de León y Pizarro escribiría que disgustó la lectura de los hechos así relatados (*Op. cit.*; pág. 417).

803 *Estos*: Se transcribe según la lectura de 1861. 1847, «careciendo a éstos de».

804 *Bassa*: 1847 “Basa”; 1861, “Baza”. Pedro Nolasco Bassa, que había pertenecido al segundo batallón del regimiento de Córdoba, había figurado como comandante del batallón de infantería de línea en 1823, como jefe del décimo del cuerpo realista luego, como brigadier coronel del 10º de infantería de línea en 1832 (al mando de Pastors). Promovido a mariscal de campo, pertenecía al cuarto regimiento, llamado de la Princesa, de la infantería de línea de Europa, cuando fue nombrado gobernador militar de Cádiz en 1834 y destinado de segundo cabo a Barcelona en agosto del mismo año. Los rumores de que acudía para formar causa general sobre la quema de conventos y otros excesos cometidos a causa de la epidemia del cólera levantaron al pueblo contra él. Pedro María Pastors, que se encontraba con el mando interino de las armas, asistió al momento en que Bassa recibió un pistoletazo en la sien y otro bajo el corazón. El populacho echó luego el cadáver por el balcón y lo quemó (Véase el relato de los hechos en la *Biografía del excelentísimo señor mariscal de campo don Pedro Marí Pastors, de Sala, Cella y Pley*, por un subordinado y antiguo militar, Palma, Imprenta Nacional a cargo de D. Juan Guasp, 1851; págs. 30-33).

805 *Pastors*: Pedro María de Pastors y de Sala, de Cella, Pley y Schmefeld (1783/?), hijo de José de Pastors y de Mercader, y de Manuela de Sala y Cella, cadete del cuerpo de Reales Guardias en 1800, participante en la Guerra de la Independencia y en los sucesos de Julio de 1822. Ascendió a brigadier en 1823 y fue nombrado gentilhombre de cámara del infante Francisco de Paula y de Luisa Carlota el 30 de marzo de 1826. En junio de 1832 pasó al mando de la segunda brigada de la segunda división del ejército de observaciones en la frontera de Portugal. Se le mandó luego en rápido movimiento a Ávila y más tarde a las cercanías de Madrid. Pasó a gobernar la ciudadela de Barcelona en 1833, pero en julio hubo de marchar a Ciudad Rodrigo. A finales de septiembre pasó a Zamora y actuó contra las tropas de Merino, hasta febrero de 1834, en que se trasladó a Barcelona (Cfr. *Biografía... op. cit.*).

806 *Bassa*: 1847, “Basa”. 1861, “Baza”.

807 *Acompañanta*: Sic. 1847 y 1861. Uso vulgar.

808 *Quídam*: 1847 y 1861, «quidan».

809 *Bailes... si los hay o no*: En efecto, según Cambroner, los bailes de máscaras decayeron bastante en el decenio 1840-1849 (*Crónicas... Op. cit.*; pág. 149).

810 *Café... Abrantes*: Así fue, según algunos periódicos de entonces: “Todas las aristocracias están allí juntas: se respira el ambiente de la ilustración y del lujo. No es posible disfrutar mejor del refinamiento de la cultura social” (“Grandes bailes de máscaras”, *Revista Española*, 4 de febrero, 1834, nº 153, pág. 228). El 29 de enero de 1834 se lee en *El Tiempo*: «El baile de antes de anoche lunes en Santa Catalina, primero de la nueva suscripción, estuvo todo lo malo que pudo; es verdad que, no habiéndose llenado el completo de las suscripciones, se vendieron a última hora los billetes a poco más de seis reales, según nos han dicho personas fidedignas, que nosotros, si hemos de decir la verdad como hombres honrados, no vimos el exceso. () También se ha concedido licencia para varios bailes () en la calle del Prado, casa donde vivió el Sr. duque de Abrantes» («Máscaras», nº 59; pág. 236). García Gutiérrez publicó *Un baile en casa de Abrantes*, donde podía leerse: «Tadeo: Dicen que aquello es un palacio. Pablo: Ello es lo que *hace furor*, / y es preciso: ya se ve / si tiene los elementos / ¡Oh! No es baile de café / () Alfombras en profusión; / ¡Si aquello lo vieras tú! / ¡Qué riqueza de salón! / ¡De luces qué confusión! / Sobre todo, ¡qué ambigü!» (Madrid, Repullés, 1834; págs. 6-8). Sobre una celebración en la casa de Abrantes había escrito Larra que en ella se había codeado con la aristocracia, frente al teatro, donde le había codeado a él la democracia (Véase “Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres”, en *Revista Española*, 18 de febrero, 1834, nº 159; pág. 249).

811 *Felipe II el Prudente*: Escosura había modificado en esta época, probablemente, su imagen de este monarca, lo que puede apreciarse en el sobrenombre que para él escoge aquí. Años antes, quizás influido por la visión que del rey se transmitía en las obras románticas, le pintó en su novela *Ni rey ni roque* como cruel, fanático y envidioso (*Vid. v. gr.*, el capítulo V del libro II o el capítulo II del libro IV).

812 *Moderno don Juan Tenorio*: Segundo don Juan Tenorio había sido el estudiante de Salamanca, creación de José Espronceda, a quien tal vez se refiere Escosura. En ese caso, esta figura aparecería desdoblada en el personaje real y el ficticio Eduardo de la Flor.

813 *¿Qué fue... queja?*: Remedo de las coplas XVI-XXIV de Jorge Manrique, en torno al tópico del *Ubi sunt?*

814 *Las Amescoas... Morella*: Escenarios, situados respectivamente en Navarra y en Castellón, en los que se combatió frecuente y encarnizadamente durante la Primera Guerra Civil. En el primer territorio, donde luchó el propio Escosura, se libró, entre otras, una famosa batalla entre el 19 y el 24 de abril de 1835. En Morella se constituyó una Junta en los primeros días del conflicto mandada por el barón de Hervés, a lo que siguió un pronunciamiento en noviembre de 1833, aunque hubo de abandonarse el lugar en diciembre. Una famosa victoria carlista de 1838 convirtió a Cabrera en acreedor de un título nobiliario con tal denominación, concedido por don Carlos y años después reconocido por Alfonso XII.

815 *Lovelace*: Richard Lovelace (1618-1657), poeta, autor de la pieza teatral *The Scholar* (1636) y de *Lucasta* (1649), participó en las expediciones militares a Escocia realizadas por Carlos I (1639-1649) y se arruinó en la causa del rey. Fue conocido como modelo de caballero por su atractivo físico y la elegancia de sus modales.

816 *La siguiente*: La nueva guerra carlista que amenazaba comenzar en aquellos días.

817 *Disfrutó el autor como muchacho*: Contaba ya veinticinco años. Poco después fue desterrado a Olvera y al año siguiente participaría en la guerra.

818 *Burquillos: Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burquillos*, de Lope de Vega. En 1828, la imprenta de Julio Didot en París había publicado una edición y en 1826, en Madrid la de Burgos otra de *La gatomaquia*.

819 *Que...cuna*: Silva I de *La Gatomaquia*.

820 *Tren*: La segunda acepción, en el siglo XIX, de esta voz, era “La ostentación o pompa en lo perteneciente a la persona o casa” (v. gr., *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Imprenta Real, 1817, 5ª; pág. 862 y en las nuevas ediciones de los años siguientes).

821 *Disfraces... Villamediana*: Estos trajes suponen un guiño a los lectores o conocedores de la obra de Escosura, pues sobre este tema había estrenado una pieza, *La corte del Buen Retiro*, cuyos protagonistas románticos estaban representados por la reina Isabel de Borbón y el conde de Villamediana, quienes vivían un amor correspondido pero imposible y, finalmente, trágico. Igualmente, había estrenado en 1844 la segunda parte, *También los muertos se vengán*. L. J. Sartorius, con motivo del estreno de la primera de estas obras, manifestó su admiración por la propiedad de los trajes con que aparecieron vestidos los actores («Folletín» en *El Porvenir*, 8 de junio, 1837, n.º 39; pág. 3) y al folletínista de *El Patriota* el atuendo le causó «verdadero entusiasmo» («Folletín», 5 de junio, 1837, n.º 395; pág. 2). No es de extrañar que Escosura, bien ayudara a documentarse a los intérpretes de tales personajes (Matilde Díez y Florencio Romea, el hermano pequeño de Julián), bien estuviera al tanto de cómo se habían diseñado los modelos y que aquí aproveche tales datos. En cuanto al efecto sobre los lectores de la época, puede que los intranquilizara sobre el desenlace de esta novela (véase Ballesteros Dorado, Ana Isabel, *Espacios...op. cit.*; págs. 151,169, 223-224).

822 *Conde de Leicester*: Robert Dudley (1533/1588) hijo de Sir John Dudley, primer conde de Warwick y primer duque de Northumberland y de lady Jane Guildford, tal y como aparecía en la famosa novela de Walter Scott que lleva su nombre por título, había sido favorito de la reina Isabel I de Inglaterra y de María Estuardo. Leicester estuvo casado dos veces, la primera con Amy Robsart y la segunda con Lady Douglas Howard, baronesa Sheffield de Butterwick, hermana del primer conde de Nottingham, quien, parece ser, le dio un hijo considerado bastardo (Robert Dudley, cuarto conde de Warwick, 1573/1649), razón por la que se divorciaron en secreto y por la que se le negó a tal hijo la sucesión en el condado de Leicester. El público culto podría imaginar algún tipo de premonición el uso de tal atuendo.

823 *Ricardo Cromwell*: (4-X-1626/12-VII-1712), continuador durante poco más de seis meses, hasta su destitución, del puesto de lord protector de la República de Inglaterra instaurada por su padre, Oliver Cromwell (25-IV-1599/3-IX-1658), miembro del parlamento inglés durante su periodo de oposición al monarca, partidario de la separación entre Iglesia y Estado, quien había logrado la ejecución del rey Carlos I el 30 de enero de 1649, y la proclamación de una república caracterizada por la persecución de los católicos y el asentamiento de una política eficaz para convertir Inglaterra en una potencia hegemónica. El 12 de enero de 1838, en Madrid, se había estrenado la traducción de una obra que, con el título de *Cromwell*, había escrito Victor Hugo, en la que padre e hijo representaban puntos de vista opuestos y Ricardo resultaba un traidor a ojos de su padre hasta que le demostraba lo contrario (Acto IV, esc. VII), motivo romántico hartamente explotado. Según el articulista del *Eco del Comercio*, el pasable éxito de que disfrutó la obra se debía al interés que suscitaban los sucesos en ella representados, sobre todo porque el drama, en su sentir, no era más que «una colección de hechos y dichos históricos puestos unos detrás de otros» («Cromwell», 16 de enero, 1838; pág. 1).

824 *María Stuart*: hija de Jacobo V de Escocia y de María de Guisa (7-XII-1542/8-II-1587). Aspirante al trono inglés, mantuvo una pugna con Isabel I de Inglaterra y finalmente fue condenada a muerte. *María Stuarda*, de Donizetti (1835), era ópera de repertorio en la época. Es seguro que se representó en Madrid los últimos días de 1840 y a lo largo de 1841 (en Félix Herrero Salgado, *Cartelera...op. cit.*; pág. 96). Al final del verano de 1834, además, en España se puso en escena una traducción de la tragedia de Schiller, a través de una versión francesa. Joaquín Francisco Pacheco se ocupó de su crítica («Teatro del Príncipe» en *La Abeja*, 16 de septiembre, 1834, nº 138; pág. 1).

825 *David Rizzio*: La reina María Estuardo le nombró su secretario particular en 1565. Por las relaciones habidas entre ambos y los celos de Henry Estuardo, lord Darnley, segundo marido de María, se le asesinó.

826 *Marquesa de Maintenon*: Françoise de Aubigné (27-XI-1635/15-IV-1719), noble que había pasado muchas penalidades en su infancia y juventud y que llegó a ser esposa secreta de Luis XIV tras la muerte de la reina María Teresa en 1683.

827 *Olas*: 1861, “alas”. Errata evidente.

828 *Misolonghi*: Ciudad donde murió lord Byron (22-I-1788/19-IV-1824), defendiendo con las armas un ideal de libertad.

829 *Parecía gozar... conocerle*: Manuel Bretón de los Herreros (19-XII-1796/8-XI-1873), como ya señaló en su día Jorge Campos (véase en Antonio Ferraz Martínez, *La novela... Op. cit.*; pág. 979). Respecto al modo como quedó privado del ojo derecho, su biógrafo Mariano Roca de Togores recabó cuanta información pudo encontrar, que apuntaba a tres posibles modos, como también en distintos sentidos puede entenderse el adjetivo “honrosa”: en acciones de guerra o en lances de “honra” (1883: 50-54). Los documentos se encuentran en la Real Academia Española (ms. 206 y 318).

830 *Dábale el brazo... grande*: Probablemente, Buenaventura María del Carmen de la Vega Cárdenas (14-VII-1807/29-XI-1865), más conocido como Ventura, amigo personal de Bretón y comediógrafo, como él.

831 *Sereno... clásica*: Antonio Gil y Zárate (1-XII-1793/27-I-1861). Los dos dramas mencionados se estrenaron en 1837 y 1842, respectivamente, y ambos pueden situarse, sin temor a confundirse, entre los diez dramas románticos más representados en el segundo tercio del siglo XIX (véase Ana Isabel Ballesteros Dorado, *Espacios... op. cit.*; págs. 85, 87, 117, 142-144, 166-167).

832 *Maneras... Molina*: Mariano Roca de Togores (17-VIII-1812/4-IX-1889), que había estrenado la pieza indicada el 24 de julio de 1837.

833 *Colgado... suicidio*: Mariano José de Larra (24-III-1809/13-II-1837).

834 *Dominó negro... lo eran*: Podría referirse al autor, Patricio de la Escosura.

835 *Joven duque... vida*: Posiblemente, Pedro de Alcántara Téllez Girón Beaufort (1810/1844), duque de Osuna.

836 *Condesa entonces de T.*: Quizás se refiera a María Manuela Kirkpatrick Closeburne (24-II-1794/22-XI-1879), condesa de Teba por su matrimonio con Cipriano Portocarrero y Palafox (15-III-1884/15-III-1839) el 17 de diciembre de 1817, y desde el 30 de agosto de 1834 condesa de Montijo, de Casarrubios, de Guzmán, de Miranda del Castañar, duquesa de Peñaranda y marquesa de Ardales, pero ya no condesa de Teba, título cedido a su hija mayor María Francisca (1824/1869) (Véase Félix de Llanos y Torriglia, *Op. cit.*; págs. 7-37).

837 *Condesa de B.*: Quizás, María Josefa Gayoso de los Cobos Téllez-Girón (31-I-1803/1854), condesa de Brunetti por su matrimonio, celebrado el 25-XI-1824, con Lázaro Fernando Brunetti y Salvioni. (Véase, de Alfonso de Cevallos-Escalera y Gila, marqués de la Floresta, *La real... op. cit.*; pág. 153).

838 *E. C.*: Quizás, Encarnación Camarasa (26-III-1813/1-VII-1897). Como la anterior, era hija de Joaquín María Gayoso de los Cobos Sarmiento de Mendoza (1778-1849) y de Josefa Manuela Téllez-Girón y Pimentel (17-VIII-1783/11-11-1817, hermana de la duquesa de Abrantes y de la marquesa de Santa Cruz), pero se la conocía como Camarasa por uno de los títulos de su padre, de ahí las iniciales E. C.

839 *Otra... viuda*: Los datos anteriores orientan la alusión hacia María del Pilar Anastasia (26-XII-1803/1-IX-1858), que era viuda del marqués de Villamagna, Luis Sánchez-Pleytés, al casarse, el 10 de junio de 1835, con el famoso conde de Toreno, José María Queipo de Llano y Ruiz de Saravia (26-XI-1786/16-IX-1843).

840 *A.*: Los datos anteriores conducen a identificar esa inicial por Ángela Andrea, la cuarta hermana de la familia de los marqueses de Camarasa, que se casaría con el duque de Tamames, José María Messía del Barco y Pando (12-V-1819/16-VI-1868). La única hermana que no aparece mencionada, por tanto, es la tercera de las cinco, Joaquina (Joaquín Ezquerria del Bayo y Luis Pérez Bueno, *Retratos de mujeres españolas del siglo XIX*, Madrid, Imprenta de Julio Cosano, 1924; pág. 133).

841 *V. y J. de P.*: Quizás, dos hijas del conde de Parcent. Igual que en el caso anterior, no se conocía a la familia por los apellidos (de la Cerda de Palafox), sino por el título: con J. y con V. probablemente se identificaban María Vicenta, nacida en 1805, y María Josefa, nacida en 1808.

842 *Duquesa de A.*: Quizás se refiere a la duquesa de Abrantes, María Manuela Téllez-Girón y Alonso Pimentel (6-XII-1794/1838), condesa de Coguinás, casada el primer día de enero de 1813 con el VIII duque de Abrantes y de otros títulos, Ángel María de Carvajal y Fernández de Córdoba (1793-1839). También podría referirse a Rosalía Ventimiglia y Moncada (16-VIII-1798/4-III-1868), hija del conde de Pradas y príncipe de Grammonti, duquesa de Alba por su matrimonio, celebrado el 15-II-1817, con Carlos Miguel Fitz-James Stuart y Silva, viuda desde 1835 (Joaquín Ezquerria, *Op. cit.*; pág. 97).

843 *Duquesa de V.*: Puede tratarse de la duquesa de Villahermosa, María del Carmen Teresa Fernández de Córdoba y Pacheco (19-V-1791/11-XI-1851), con tal título por su matrimonio, celebrado el 14 de septiembre de 1814, con José Antonio Azlor de Aragón y Pignarelli (21-X-1785/2-V-1852). Véase, de Joaquín Ezquerria, *Op. cit.*; pág. 134.

844 *Marquesa de S. C.*: Puede ser Joaquina Téllez-Girón y Pimentel (21-IX-1784/17-XI-1851), I condesa de Osilo, hermana de la anteriormente nombrada duquesa de Abrantes, con tal título por haberse casado en 1801 con José Gabriel de Silva y Walstein (Joaquín Ezquerria, *Op. cit.*; pág. 49). También puede tratarse de su nuera, María de la Concepción Joaquina (27-VI-1817/8-VIII-1884), hija de la marquesa de Malpica.

845 *Marquesa de M.*: Muy posiblemente, la XI marquesa de Malpica (y de Mancera, VI duquesa de Arión, XI condesa de Gondomar), María de la Encarnación Francisca de Asís Álvarez de las Asturias Bohorques y Chacón (1798/5-V-1863), por su matrimonio, en 23 de julio de 1814, con Joaquín Fernández de Córdoba y Pacheco (22-IV-1787/1-X-1871), hermano de la anteriormente citada duquesa de Villahermosa. Hija suya era la anteriormente citada María de la Concepción Joaquina, (27-VI-1817/8-VIII-1884), marquesa de Santa Cruz por su matrimonio, en diciembre de 1835, con Francisco de Borja de Silva-Bazán y Téllez-Girón (31-X-1815/?).

846 *Duquesa de C.*: Quizás, la segunda mujer del duque de Castroterreño (Prudencio de Guadalajara y Aguilera, 28-IV-1761/15-VI-1855) María de las Mercedes Osorio y Zayas, o bien la duquesa de Camiña y de Cardona, más conocida como duquesa de Medinaceli, María de la Concepción Ponce de León y Carvajal (19-VI-1783/27-VIII-1856) cuyo marido moriría en 1840.



847 *Coronista*: 1861, «cronista».

848 *Concha R.*: Posiblemente, la actriz Concepción Rodríguez, nacida en 1802 y casada con el empresario teatral Juan Grimaldi (véase David Thatcher Gies, *Theater and Politics in Nineteenth Century Spain: Juan Grimaldi as Impresario and Government Agent*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988).

849 *J. P. V.*: Tales iniciales coinciden con las de Josefa Pacheco Villalobos (muerta el 4-VIII-1863), casada el 2-X-1811 Juan Miguel Ximénez Moreno, madre de Juana (nacida precisamente en 1834) con quien Juan Valera casi veinte años después pensaría en la posibilidad de casarse (Véase *Epistolario*, tomo I, Madrid, Castalia, 2002; pág. 175). Pero también responden a las de una de las hermanas de su amigo Juan de la Pezuela, Joaquina, nacida antes de 1804 y casada con el brigadier Cayetano Meléndez Ayones y Peñalosa en 1819. A los hermanos se les conocía por “Pezuela”, pero a este apellido muchas veces se añadía el título del padre, marqués de Viluma desde que obtuviera tal título el 27 de noviembre de 1829 (véase el legajo 244-2, n° 2216 que guarda la sección de Títulos del Archivo General del Ministerio de Justicia).

850 *Marquesa gitana*: Podría tratarse de la marquesa de Villagarcía, que quizás pudo tratar a Espronceda, pues es la única de la que se ha guardado una carta (Cfr. Robert Marrast, *op. cit.*; pág. 569).

851 *L.*: Resulta realmente difícil identificar a este personaje, pero a Dolores Armijo la llamaban “Lola” sus amigos. También respondía a “Lola” Dolores Montúfar, nombrada, según Jorge Campos por Mesonero “reina de las hermosas” (*Memorias de un setenón*, en *Obras*, ed. de Jorge Campos, Madrid, Atlas, 1955, tomo V; libro VI, cap. I, pág. 151) y por Fernández de Córdoba “digna de Rubens” entre las damas que figuraban en los salones en 1826 (*Mis memorias... op. cit.*; pág. ). El adjetivo incomparable podría hacer referencia a la belleza, por la que ambas eran conocidas.

852 *Por decirlo*: 1847, «decirle».

853 *Y*: Sic. 1846 Y 1861.

854 *En ed. 1847*: Litografía de los artistas, “...sufrieron de ellos un empuje violento que dio con sus cuerpos en el suelo”. El pasaje al que corresponde ha quedado eliminado en la presente versión.

855 *Las riquezas... felicidad*: Idea repetida en las novelas por entregas de la época (Vid. Ángeles Carmona, *La mujer...op. cit.*; pág. 233).

856 *Fueros... fenómeno*: Véase, de Javier Ugarte “La Primera Guerra Carlista y el régimen foral”, en Francisco Rodríguez de Coro... (et al.), *Los carlistas 1800-1876*, Vitoria, Fundación Sancho el Sabio, 1991; págs. 263-286.

857 *Enemigos*: Sic. 1847 y 1861. Una vez más, a Escosura le falla la concordancia.

858 *Ex periodista*: En efecto, los fragmentos anteriores parecen parte de un artículo de opinión política. Escosura había publicado artículos sueltos de esta y otras especies en *Revista de Madrid* (1838), *Revista Andaluza* (1841), *El Laberinto* (1844) o *El Reflejo* (1843); con mayor periodicidad en *El Entreacto* (1839) y había figurado como redactor en *Museo Artístico y Literario* (1837). Además, en fechas muy cercanas a las de esta novela, esto es, a finales de 1845 y primeros meses de 1846, había dirigido un periódico independiente, *El Universal*.

859 *Causa de sucesos harto lamentables*: Así lo confirma el estudio de Gómez Ruiz y Juanola, quienes señalan que se llegó a dar el caso de ciertos individuos que acumularon tres grados por encima de su empleo efectivo y que para evitar tales situaciones se dictaron varias reales órdenes, como las del 2 y 3 de agosto de 1835 o la de 26 de abril de 1836 (Cfr. *El ejército... op. cit.*; tomo VI, págs. 425-426).

860 *Separar oficiales... valientes*: Anteriormente se citó en nota a los capitanes generales destituidos. Entre otros altos cargos, se substituyó también a Santos Ladrón de Cegama por Jerónimo Valdés en la gobernación de la plaza de Cartagena, a Juan Romagosa por José Miranda y Cabezón en el gobierno de la plaza de Ciudad Rodrigo, a Rafael Sampere por Francisco Moreda en la comandancia general de Tuy (Cfr. “Reales decretos”, en *Gaceta de Madrid*, 16 de octubre, 1833, n° 126); Juan Bautista Guergué fue depuesto de su cargo como comandante de armas de Ávila, el marqués de Villadancos del suyo como comandante general de León (Pedro

Chamorro, *Biografía...op. cit.*; págs. 66-67). Joaquín Quílez fue separado de la Guardia Real de Caballería. Ya se ha dicho que también Patricio de la Escosura sufrió el destierro a Olvera acusado de carlista (Cfr. «IV», Olvera, 16 de junio, 1834, en Antonio Iniesta, *Don Patricio... op. cit.*; pág. 101).

861 *Zumalárregui...civil*: Había sido destituido de su puesto como gobernador civil y militar de El Ferrol, probablemente por insidias de envidiosos o enemigos (Véase, a falta de una biografía rigurosa sobre este personaje, Juan Antonio Zaratiegui, *Vida y hechos de Tomás Zumalacárregui*, Madrid, Imprenta de José Rebolledo y compañía, 1845; págs. 42-44).

862 *Mientras... gobierno*: Así lo hizo el entonces capitán general de Cataluña Manuel Llauder (3-VII-1789/6-III-1851), en una exposición dirigida a la reina gobernadora, en la que le decía que para salvar el trono de su hija hacía falta reunir las Cortes y destituir a Cea Bermúdez. Vicente Genaro de Quesada escribió el mismo tipo de representación, y así mismo muchos jefes del ejército, aparte de consejeros y amigos de María Cristina. En aquellos momentos, parece ser que en el Ministerio había quejas por la desobediencia de los capitanes generales (León y Pizarro, *Op. cit.*; págs. 421, 448-451).

863 *Martínez de la Rosa*: Francisco (10-III-1787/7-II-1862). Sobre este escritor y político véase el estudio de R. y N. Mayberry (*Francisco Martínez de la Rosa*. Boston, Twayne, 1988).

864 *Milicia...urbana*: El real decreto a partir del cual se instauró dicha milicia se firmó el 15 de febrero de 1834. El temor de que sirviera para que los grupos más revolucionarios se armaran propició el dictar una serie de medidas que dificultaban enormemente formar parte del cuerpo. Sobre las quejas de Larra al respecto, puede leerse el estudio de Pierre L. Ullmann (*Larra and Spanish Political Rhetoric*, Wisconsin, University Press, 1971; págs. 190-191).

865 *Estatuto*: Estatuto Real, obra de Martínez de la Rosa, definido en un boceto de diccionario chusco como “Bálsamo eficaz para restituir la salud a un cuerpo moribundo” (*La Abeja*, 10 de junio, 1834, n° 43; pág. 1). De “hermano del despotismo” se le tildaría en un periódico de Palma de Mallorca (Palma, “Décima”, en *El Progreso*, 2 de octubre, 1836, n° 2; pág.4).

866 *Trataba... enemigo*: Una misión parecida se encargó a Fernando Fernández de Córdoba durante la estancia del infante don Carlos en Portugal, sin resultados positivos (*Mis memorias... op. cit.*; tomo I, pág. 66).

867 *De esas... camino*: Probablemente habla de un tipo de carretela con capota, bien tirada por mulas, bien tirada por caballos (Vid. Rómulo Horcajada, *Coches...op. cit.*; pág. 22).

868 En ed. de 1861: Litografía de Urrabieta y Vierge, “En el nombre de Dios y en el de tu madre, cuyas veces hago, yo te bendigo”.

869 *Alquilona*: en ed. 1861, «alquiladiza», forma despectiva.

870 *Calesín*: Este tipo de carruaje era uno de los más frecuentes en tiempos de Carlos II. Tenía la caja abierta por delante, podía tener dos o cuatro ruedas y dos asientos. De él tiraba una sola caballería. Según Fernández de Córdoba, gracias a la iniciativa de José de Buschental desapareció este tipo de carruaje y se sustituyó por las berlinas de alquiler (*Mis memorias...op. cit.* tomo I; pág. 229).

871 *Comedia de magia... boga*: Costumbre desde el siglo XVIII entre las gentes humildes de Madrid, a quienes asombraban y distraían los juegos escenográficos que este tipo de obras dispensaban (Cfr. René Andioc, *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, Castalia, 1976; págs. 37-38). En las fechas en que sucede esta situación que idea Escosura, los gustos no habían cambiado, y no porque faltaran títulos nuevos. Sin embargo, la pieza de este tipo que más público atraía por estos años era *La pata de cabra* (Vid. David T. Gies, intr. y notas a Juan Grimaldi, *La pata de cabra*, Roma, Bulzoni, 1986; también, AA.VV., *Teatro di magia*, Roma, Bulzoni, 1983).

872 *Francmasón*: 1847, «fraymason»; 1861, «fragmason». Las dos voces recogidas en estas ediciones corresponden al habla vulgar. La falta de comillas o de subrayado especial nos incitan a juzgarlas erratas.

873 *Cinco reales... principal*: Como elemento de comparación, podemos recurrir a Antonio Carlos Ferrer, quien, hablando del alquiler de las viviendas en el Madrid de 1835, explicaba que los precios, naturalmente, dependían del lugar y las comodidades que se ofrecieran, pero que por dos pesetas y media diarias (diez reales)

se podía alquilar una habitación en una casa, con comida y asistencia (*Paseo...op. cit.*; pág. 86). Según la información recogida por Ferreras, el proletariado obrero en los años cuarenta ganaba entre cincuenta y sesenta reales semanales (Cfr. *La novela...op. cit.*; pág. 35).

874 *Estrechos... galanes*: Estrecho era el caballero de la dama, o viceversa, cuando salían juntos al echar «damas y galanes» en los sorteos que, por diversión, era usual hacer, generalmente la víspera de Reyes. A. C. Ferrer también menciona, para criticarlo, este juego: «De tiempos remotos hay en Madrid la costumbre de ‘echar años’ la víspera de 1º de enero; diversión familiar que en muchas partes de nuestra América, y especialmente en La Habana, se llama «sacar compadre». () Se reduce a extraer a la suerte el nombre de una señora y el de un caballero de los que se ha puesto en el cántaro, que por lo regular son los presentes y, a lo más, sus conocidos, leyendo al fin de cada pareja dos versitos correspondientes. A esto le dan en muchas tertulias una importancia que yo no encuentro, ni por gracia ni en interés, como tampoco a los ‘estrechos’, que es una repetición, el día de Reyes. () En los ‘años’ y ‘estrechos’ no he comprendido la diferencia, por más que me hayan explicado que se echa la suerte segunda para que se prefiera el ‘estrecho’ en caso de no gustar el ‘año’» (*Paseo... Op. cit.*; pág. 82).

875 *El ingreso... sociedad*: Descripción de una «casa de corredor» o corrala madrileña, luego tan famosa gracias a las zarzuelas y sainetes. Años después, Benito Pérez Galdós haría a Jacinta recorrer la misma calle de Toledo, en dirección a una que hacía esquina con la del Bastero, para conocer al «pituso» y allí encuentra, punto por punto, un cuadro idéntico a éste descrito por Escosura («Una visita al cuarto estado» en *Fortunata y Jacinta*, 1º Parte, Cap. IX).

876 *En ed. de 1861*: Litografía de Urrabieta y Llopis, “¡A él, Turco, a él”.

877 *Calzonas... plata*: Este tipo de traje solían verlo los viajeros en los comerciantes andaluces.

878 *Cura de Tamajón*: Matías Vinuesa López de Alfaro (1778-1821), capellán de honor del rey, preso en la cárcel por habersele encontrado en su casa, entre otros papeles comprometidos, dos proclamas y una serie de borradores con planes para derrumbar el régimen constitucional, y una divisa con el lema “Viva Fernando VII, la religión y sus defensores” (Veáse *Contestación a nombre de Matías Vinuesa a la acusación fiscal*, por Antonio García de la Puente, Madrid, Imprenta de Vega y Compañía, 1821; págs. 3-15. Véase también *Acusación fiscal puesta en setenta y dos horas por el promotor oficial nombrado para la primera instancia en la causa de D. Matías Vinuesa*, Madrid, imprenta de Vega, 1821, por D. Tiburcio Hernández, y *Manifiesto de D. Matías Vinuesa, capellán de honor de S. M., para vindicar su conducta moral de las calumnias con que públicamente ha sido infamada*, Madrid, Imprenta de Burgos, 1821). El abogado señaló defectos de forma, pero no pudo evitar que le mataran a martillazos, en la misma cárcel, ciertos miembros de la secta de los comuneros, según algunas opiniones. En las *Memorias* de Fernando Fernández de Córdoba, se asegura que fue acusado, sin pruebas, de haber contribuido a formar una partida de facciosos y murió inocente y resignadamente, mientras sus asesinatos se exhibían por las calles de Madrid mostrando el martillo y pañuelos manchados con la sangre del sacerdote. En su exposición habla de la reacción del rey, que se dirigió al ejército pero luego no supo concluir adecuadamente el empeño (en *Mis memorias...op. cit.*; tomo I, pág. 37).

879 *Simón*: Coche de plaza, tirado por un caballo y del tipo de la berlina.

880 *Brechas... momento*: También Antonio Carlos Ferrer se fijó en «las indecorosas tapias que, como murallas, rodean a Madrid» (*Paseo...Op. cit.*; pág. 19).

881 *Portillo de Gilimón*: Frontera del cuartel de San Francisco y donde comenzaba el barrio Puerta de Toledo. Tenía dos pilastras, un arco de medio punto en el centro y un frontispicio triangular de remate. Los capiteles y otros miembros eran de granito. En el cuerpo ático llevaba una inscripción de 1827 en homenaje a Fernando VII, sobre las puertas de los costados, trofeos militares. Se llamaba así por el fiscal Gilimón de la Mota, había sido modelado por José Ginés y ejecutado por Ramón Barba y Valeriano Salvatierra (Cfr. Fausto Martínez de la Torre y Josef Asensio, *Plano...op. cit.*; págs. 37 y plano de la página 57; también, Pascual Madoz, “Madrid”, *Op. cit.* tomo X, pág. 672).

882 *Semos*: Vulgarismo caracterizador.

883 *El*: Sic. 1847 y 1861. Léase «del asesinato».

884 *Don Ángel...matemos*: El narrador parece olvidar que *Tripas de Tigre* llamaba Sinforiano a este personaje.

885 *Prescribió*: 1847, «Proscribió».

886 *A la Puerta del Sol*: Allí y a esa hora va, como solían los madrileños de la época, a buscar noticias (Vid. C.A. Ferrer, *Paseo... Op. cit.*; pág. 44).

887 *Tripas... naide*: Mezcla de koiné y vulgarismos.

888 *Mas vano... aliento*: Intervención de Pelayo en la escena v del primer acto, en su diálogo con Veremundo (Cfr. Manuel José Quintana, *Obras Completas*, Madrid, Atlas, 1946; pág. 60).

889 *Lo que... capítulo*: Sic. 1847 y 1861. Léase "...dijimos en el anterior capítulo...".

890 *Monipodio*: Personaje de la novela ejemplar *Rinconete y Cortadillo* de Cervantes.

891 *Los fautores... heridos*: La incorporación de esta noticia no es baladí, pues refleja la falta de precisión y veracidad con que se publicaban los sucesos en los periódicos de la época, lo que daba lugar a múltiples quejas y a diversas reacciones (véase, al respecto, Ana Isabel Ballesteros, *Larra... op. cit.*; especialmente las páginas 20-23).

892 *Balmaseda*: Juan Manuel (1798?1800?-1846), capitán desde su intervención en la caballería realista (1823), en octubre de 1833 capitaneaba la que después dirigió Merino. Brigadier desde 1838, no quiso acogerse al Convenio de Vergara, sino que continuó el combate hasta 1840, para pasar luego a servir en el ejército del zar.

893 *Cuevillas*: Ignacio Alonso Cuevillas Remón (1785-1853), coronel al iniciarse la Primera Guerra Carlista, mandó una expedición por Castilla. Mariscal de campo desde octubre de 1834, mandó otra expedición y luchó como ayudante del infante don Sebastián en repetidas ocasiones. Se acogió al Convenio de Vergara, por lo que le fueron reconocidos su empleo y honores.

894 *Tristany*: Fueron muchos los miembros de la familia Tristany los que participaron en las guerras carlistas. Benet Ramón Juliá Tristany i Feixas (1794-1849) fue un famoso canónigo guerrillero. Miguel José Pedro Tristany y Feixas (1797-1834), apodado *el Manco*, fue uno de los primeros en alistarse en las filas carlistas, ya en diciembre de 1833, y llevó tras de sí un grupo numeroso de voluntarios, entre ellos a Rafael Ramón Tristany (1814-1899), que proporcionaba a su tío Benet armas y municiones y se encargaba de transmitir las comunicaciones. Además, estuvo al cuidado de una fábrica de pólvora y artillería; Antón Francisco Juan Tristany y Parera (1818-1855) y Joan Francisco José Tristany y Parera (1820-1882), hermanos del anterior, participaron en la guerra con apenas catorce y dieciséis años, respectivamente (Cfr. César López Hurtado, *Els Tristany d' Ardèvol, carlins irreductibles. Genealogia*, Barcelona, Columna, 1993; págs. 56-74, 74-75, 78-105, 111-121).

895 *Plandolit y Targarona*: Benito de Plandolit y de Targarona había pertenecido en 1823 al cuarto de voluntarios del cuerpo realista de Cataluña. Al pasarse al bando de don Carlos, era teniente coronel, ascendido a segundo comandante general de Cataluña.

896 *Carnicer*: Manuel (¿?-1835), miembro de las Guardias Walonas en su juventud, participó en la Guerra de la Independencia. Capitán desde 1822, se unió a los carlistas y fue comandante general del Maestrazgo. Sufrió derrotas importantes, como la batalla de Mayals en abril de 1834. Fue apresado en abril de 1835 y fusilado en Miranda del Ebro.

897 *Quílez*: Joaquín (1789-1837), oficial de la Guardia Real de Caballería, fue uno de los separados del ejército por su ideología realista. Mandó la caballería carlista de Aragón, ascendió a mariscal de campo y, herido en la batalla de Villar de los Navarros durante la Expedición Real, murió en Muniesa.

898 *Tallada*: Antonio Tallada y Romeu (1799-1838), se inició en las armas como voluntario realista en 1821. En 1836 ascendió a teniente coronel y en 1837 a coronel. Después de sufrir una derrota en Castril contra el general Pardiñas en febrero de 1838, fue hecho prisionero por los milicianos de Lezuza y Tarazona de la Mancha en Batrax. Conducido a Chinchilla, fue fusilado.

899 *El Locho*: Manuel Adame (1785-1834), guerrillero en la Guerra de la Independencia, en la campaña anti-constitucionalista y en la guerra carlista desde su inicio. Mandaba a los carlistas de La Mancha (había nacido en Ciudad Real) pero hubo de retirarse dado su precario estado de salud. Según el retrato aparecido en *El Panorama Español*, era de estatura más bien baja, enjuto, membrudo, tosco y desgarrado en los andares, cetrino, de cejas pobladas, nariz ancha y ojos hundidos (Cfr. Ferrer, Tejera, Acedo, *Op. cit.*, tomo III, pág. 280).

900 *Palillos*: Los hermanos Francisco y Vicente Rujeros, realistas que operaron en la zona de La Mancha durante la Primera Guerra Carlista. Ya habían luchado en el ejército realista en 1822-1823, lo que les hizo acreedores del ascenso a comandantes.

901 *Cuesta*: Feliciano, que con sus hermanos Antonio y Francisco, había combatido en la Guerra de la Independencia y en 1822 contra los constitucionales. Capitán graduado de teniente coronel, fue declarado por José Ramón Rodil “ladrón de gavilla” en febrero de 1834. Al ponerse precio a su detención, se vio obligado a refugiarse en Portugal entre marzo y abril de 1834 para luego volver a defender la causa en Extremadura (Ferrer, Tejera, Acedo, *Op. cit.*, Tomo V, págs. 190-193).

902 *Carro catalán*: Carro de dos ruedas, formado por un marco compuesto de brancales que terminan por delante en varas, contralimones, teleras y cabezales. Por encima de las varas se elevan los varaes, que se unen por tres arquillos y sostienen un toldo de lona. Fue adoptado en 1848 para todos los cuerpos del Ejército.

903 *Quince días... extrañeza*: También en el relato *La casa de poco trigo*, Fernando Casasola se ve en la cárcel sin saber por qué. El autor aprovecha entonces para describir el recinto (en Juan Martínez Villergas, *El cancionero del pueblo*, tomo I, Madrid, 1847; caps. IV y V, págs. 60 y 81).

904 *Armida*: Personaje de *La Jerusalén libertada* de Torquato Tasso (1544-1595). Hechicera seductora, enviada, por voluntad del demonio, para seducir a los más valerosos campeones.

905 *Penélope*: Esposa de Ulises, que le esperó durante veinte años en Ítaca (Vid. *Odisea*, rapsodias I, XVI-XXXIII).

906 *Lucrecia*: Noble romana, perteneciente a la familia de los Lucrecios, emparentada con los Tarquinos. Hija de Espurio Lucrecio Tricipitino y casada con Tarquino Colatino, tras sufrir la violación de Sexto, hijo de *Tarquino el Soberbio*, dio cuenta del suceso a su marido y a Junio Bruto y se clavó un puñal para no sobrevivir a su deshonra. Ambos pidieron venganza al senado y éste expulsó al rey y a su familia (Cfr. Ignacio Errandonea, S. J. (dir), *Diccionario... op. cit.*; tomo II, pág. 1020).

907 *Iglesia del Noviciado*: En la calle Ancha de San Bernardo, edificio de los jesuitas, que en 1842 habría de ser cedido por real orden y que se destinaría desde el año siguiente a la docencia universitaria (Cfr. Madoz, *Op. cit.*; tomo X, págs. 806-807).

908 *Alamillo*: Según Pedro de Répide, sin embargo, la plazuela en la que terminaba había sido importante en el Madrid árabe y medieval, pues allí se había situado el Ayuntamiento y servía también para las fiestas populares (*Op. cit.*; pág. 20).

909 *Plazuela de la Paja*: Plazuela principal de Madrid en la época medieval hasta la construcción de la Plaza Mayor, y lugar donde se encontraban las casas de los Lasso, residencia de los Reyes Católicos, de los duques del Infantado, y de los Vargas (Cfr. Pedro de Répide, *Op. cit.*; pág. 605).

910 *Segovia*: Límite del distrito de La Latina en la época.

911 *Plazuela de Santo Domingo*: Uno de los límites del distrito de Palacio, lindante con el distrito de Correos. Entonces situada entre las calles Tudescos, San Bernardo, Leganitos, Torija y Costanilla de los Ángeles (Cfr. Madoz, *Op. cit.*; tomo X, págs. 674, 688).

912 *Penitentas*: El uso del femenino en este sustantivo sirve como índice del habla vulgar popular, propio de esta mujer, si bien el narrador también emplea el femenino más adelante.

913 *Rey profeta*: David. Sobre la realidad histórica del rey y sobre su fama en el sentido indicado por Escosura, léanse las siguientes líneas de Jonathan Kirsch: “El cortejo de David y Betsabé está descrito en una sola y escueta línea de texto bíblico, pero es suficiente para confirmar que el rey era un hombre acostumbrado a usar para fines no santos el alto cargo que Dios le había concedido” (*David, la verdadera historia del rey de Israel*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, ediciones B argentinas, 2002; pág. 207). Véase también la biografía de Steven L. Mckenzie, *El rey David*, Barcelona, Ariel, 2002; págs. 183-192.

914 *Una buena alma*: 1847, «buen alma».

915 *A el centinela*: Sic. 1847 y 1861. Léase «Preguntándole el centinela».

916 *Como jefe...:* A partir de aquí hasta «ella sin embargo le detuvo diciendo», eliminado en 1861.

917 *Estezado*: Piel curtida en seco.

918 *Chupetín*: Justillo andaluz con faldillas pequeñas.

919 *Lluvia de oro*: Estrategia utilizada por Zeus para poseer a Dánae, madre de Perseo.

920 *José María*: Precisamente en 1847 Manuel de Santa Ana estrenó un melodrama en verso, *José María o La vida nueva*, sobre este famoso bandido. Años más tarde, en 1859, sería Enrique Zumel quien tratara el tema en un drama en verso, *Quien mal anda mal acaba, o sea, segunda parte de José María*. Sobre la vida de este personaje real, véase el libro de Kiyonari Nagamine, *La leyenda de José María: Tras las huellas de un bandido andaluz*. Madrid, Ediciones con Encanto y Colores, 2005.

921 *Juan Caballero*: Bandolero sevillano famoso, padrino de un hijo del anterior, llamado “el Lero”.

922 *Enferma*: 1847, «enfermo». Errata evidente.

923 *Qui*: Sic. 1847 y 1861. Léase «chi».

924 *T' acatezza*: Sic. 1847 y 1861. Léase «accarezza».

925 *Qui... vuole*: Quien te acaricia más de lo que suele, o te la ha hecho o quiere hacértela.

926 *Pasaban*: sic. 1847 y 1861. Léase «pesaban».

927 *Zumalacárregui... facción carlista*: Desde mediados de noviembre de 1833 (véase Juan Antonio de Zaratiegui, *Vida... op. cit.*; pág. 58).

928 *Prendiente... Portugal*: Donde se encontraba desde marzo de 1833. Se embarcaría con destino a Inglaterra el 3 de junio de 1834 (véase Melchor Ferrer, Domingo Tejera y José F. Aledo, *Op. cit.*, 1943; tomo IV, págs. 48-52).

929 *Miguel*: Miguel de Portugal (1802-1866), segundo hijo de Juan VI de Portugal y de la infanta española Carlota Joaquina de Borbón. Al morir el rey en 1826, le correspondía la corona a don Pedro, el hermano mayor y a la sazón emperador del Brasil, pero éste cedió el cetro a su hija María de la Gloria y la regencia a Isabel, otra de las hijas de Juan VI. En 1827 una sublevación de las Cortes exigió entregar la regencia a don Miguel quien, aclamado popularmente como rey, desencadenó una guerra. No obstante, hubo de rendirse en mayo de 1834 y exiliarse a Italia. En efecto, parece que don Carlos le pedía tres mil hombres para pasar a Vizcaya (A. Moral Roncal, *Op. cit.*; pág. 269).

930 *Miguel... triunfase*: Cfr. Ferrer, Tejera, Acedo, *Historia... op. cit.*, tomo IV; pág. 9.

931 *Una o dos*: Se refiere, seguramente, a la acción de Nazar y Asarta, y a la del llano de Güesa. Según Ferrer, Tejera y Acedo, en la primera de ellas llevaba a su mando los batallones primero, segundo, cuarto y quinto de Navarra y el primero, segundo y tercero de Álava y frente a él tenía a los generales cristinos Oráa y Lorenzo. En la segunda Jerónimo Valdés se atribuyó una victoria (Cfr. *Historia... op. cit.*, tomo IV; págs. 114-131).

932 *Fueros*: Sobre la vinculación o instrumentalización de los fueros y la rebelión carlista todavía existen puntos de controversia. Para un resumen del tema puede verse el estudio de Javier Ugarte (“La Primera Guerra Carlista y el régimen foral”, en *Op. cit.*; págs. 263-285).

933 *Desde... obedecían*: Puede contrastarse esta visión con los tres partidos carlistas que distinguía Ros de Olano en sus *Observaciones sobre el carácter militar y político de la guerra del Norte*, a saber: el de los naturales del país, que repelía todo lo que no perteneciera a las cuatro provincias y a cuya cabeza figuraba Iturralde; el de los militares, dirigidos por Zumalacárregui, y el de los teócratas, con Echeverría y el obispo de León por líderes (Madrid, Miguel de Burgos, 1836; pág. 18).

934 *Oñate*: Donde se había establecido la corte del pretendiente.

935 *Cuartel... instante*: Lo mismo hacían los cristinos hasta la firma del Convenio Eliot a finales de abril de 1835 (Véase Ferrer, Tejera, Acedo, *Op. cit.*, tomo VI; págs. 43-71).

936 *Valle... ocasión*: En efecto, allí combatieron repetidamente las tropas, en la acción de Nazar y Asarta (diciembre de 1833), en la de Mendaza o Arquijas (diciembre de 1834), en la llamada de Arquijas (febrero de 1835). Véase la ya citada *Historia...* de Ferrer, Tejera y Acedo (tomo IV, págs. 114-123; tomo V, págs. 156-169; tomo VI, págs. 116-128).

937 *En ed. de 1861*: Litografía, «Poniéndole delante de los ojos las bocas de entrambas pistolas».

938 *Que menos malo... sufriendo*: Con estos mismos versos encabeza Escosura el capítulo IV del libro II de su *Ni rey ni roque*.

939 *Iluminísimo...Europa*: sic. 1847, 1861. Sin duda, el Iluminismo, secta muy desarrollada en Munich y en Eichstcedt. A ella pertenecieron príncipes de Baviera y de Alemania entre los que se distinguió Ernesto Luis de Saxe-Gotha. Fundada por Adam Weishaupt, parece que tenía por objeto “interesar al hombre por el perfeccionamiento de su inteligencia; desarrollar y esparcir los sentimientos humanitarios y sociales, detener e impedir que los malos sentimientos pudiesen prevalecer en el mundo, proteger la virtud, al débil y al perseguido contra la injusticia, trabajar para formar hombres de mérito y sobre todo, para facilitarles los medios de adquirir las luces de la ciencia”. Hasta 1777 no tuvo nada que ver con la francmasonería (Cfr. Lorenzo Frau Abrines, *Diccionario... op. cit.*; tomo III, págs. 912-913).

940 *Carbonarios*: Véase el tomo I de la citada obra de Lorenzo Frau Abrines (págs. 242-243).

941 *Francmasones*: 1861, «frac-masones».

942 *Sansimonianos*: Seguidores de las doctrinas de Claudio Enrique Saint-Simon, marqués de Saint-Simon (17-X-1760/12-V-1825). En 1807 concibió un proyecto de reorganización social, que abarcaba la religión, la familia y la propiedad. Consistía básicamente en generalizar los medios para ganarse la subsistencia y la asociación de los trabajadores. En tal proyecto empleó todos sus recursos económicos. Sus discípulos intentaron poner en práctica esas teorías en 1833, pero la persecución a la que se vieron sometidos les dispersó (Cfr. Frau, *op. cit.*; Tomo III, págs. 690-691).

943 *Comunistas*: Básicamente se entendía por Comunismo la defensa de la abolición de la propiedad, y tal doctrina se hacía proceder, en la época, de las teorías que de Platón se habían transmitido en su *República* (coloquios 2º y 5º), así como de propuestas afrontadas por Teofrasto, Diógenes, Crates, Zenón, Crisipo y del modo de vida de los primeros cristianos y de algunos frailes (Eugenio García Ruiz, *La democracia, el socialismo y el comunismo según la filosofía y la historia*, Madrid, Imprenta de C. González, 1861).

944 *Casaca de dos colores*: Rojo y azul.

945 *Persuadía*: 1861, «pendía invenciblemente de que era culpable».

946 *Espartaco*: Parece ser que Espartaco era también el nombre con que se le conocía entre sus hermanos de secta a Adam Weishaupt (1747-1830), encargado de convertir el Mediodía de Europa a la masonería (Cfr. Lorenzo Frau, *Op. cit.*, tomo III; págs. 912-913).

947 *Oyéndole*: 1861, «oyéndosele».

948 *Hoya*: 1847, «boya». Probable errata ausente en 1861.

949 *Invencción de la pólvora*: Se cree que se inventó en China hacia el siglo X, que los árabes empezaron a usarla a principios del siglo XIV y que desde entonces fue extendiéndose su empleo por Europa con fines militares.

950 *Sin cuartel*: Se aplicaba la ley de 21 de abril de 1821, y cuantos caían en manos de los enemigos eran fusilados.

951 *Las Encartaciones*: Allí operaba Castor Andéchaga (1803-1874) según Zaratiegui, (*Op. cit.*; pág. 255).

952 Fidiás: Escultor griego (490 a.C./430 a.C.) a quien se debe la dirección de las estatuas del Partenón (véase, de Henri Lechat, *Phidias et la sculpture grecque au Ve. Siècle, Paris, Librairie de l'Art Anisien et Moderne, sa.*).

953 *Niobe*: Hija de Tántalo, rey de Frigia. Esposa de Anfión, rey de Tebas y madre de doce hijos (según Homero), de veinte (según Hesíodo), o de siete hijos y diecisiete hijas, según Apolodoro. Todos ellos murieron asaeteados por Apolo y Artemisa, en venganza por haberse burlado Niobe de la escasa fecundidad de su madre, la diosa Leto, que no había tenido más descendencia. Niobe se convirtió entonces en una piedra de la que manaba agua (Véase el *Diccionario...*, *op. cit.*, dir. por Ignacio Errandonea, tomo II; págs. 1175-1176).

954 *Misma*: 1861, «mismo».

955 *Balmaseda*: Villa de Vizcaya, capital de Las Encartaciones, donde los cristinos tenían uno de sus fuertes.

956 *Lo*: Sic. 1847 y 1861. Léase «la embellecía».

957 *Horrible ferocidad*: De la que ofrecería, algún tiempo después, abundantes ejemplos más o menos exagerados, en *El tigre del Maestrazgo*, Ayguals de Izco, quien llega a insertar documentos, oficios y hasta cartas como documentos y testimonios (Madrid, Impr. Ayguals de Izco, 1849). También Zaratiegui reconocía esa crueldad, pero no en Zumalacárregui (*op. cit.*; págs. 165-169). Antonio Risco, por su parte, procura en su obra deshacer la “leyenda” sobre la crueldad de esta figura histórica (*Op. cit.*, págs. 52 y ss).

958 *Palillos*: Los hermanos Vicente y Francisco Rujeros, carlistas que operaban en La Mancha.

959 *Cabrera*: Ramón Cabrera (1806-1877), voluntario del ejército carlista a las órdenes del barón de Hervés, reunió su propia tropa una vez fusilado su jefe y se incorporó a la división de Carnicer. Jefe de las fuerzas carlistas de Aragón y Valencia desde abril de 1835, mariscal de campo desde agosto de 1836, tomó Morella en 1838, lo que le valió un título nobiliario con tal denominación. Venció a Oráa y aniquiló la división de Pardiñas en Maella. Mantuvo la guerra después del Convenio de Vergara hasta sufrir la derrota de Berga. Con los años reconocería a Alfonso XII como rey. Por su protagonismo y popularidad fue objeto de diversas biografías apenas concluida la Primera Guerra Carlista (véase el estudio de Pedro Rújula, *Ramón Cabrera, la senda del tigre*, Zaragoza, Ibercaja, 1996).

960 *Zúñiga*: Madoz en su diccionario la sitúa en la audiencia territorial de Pamplona, a cinco leguas de Estella y atravesada por el Ega. En las líneas que le dedica afirma que tenía cincuenta casas, dispuestas en tres calles y una plaza. La iglesia parroquial se llamaba de Santa María. Cita también la existencia de cuatro ermitas, una fuente y aguas y clima saludables (*op. cit.*, tomo XVI; pág. 879).

961 *Rioja*: Francisco de Rioja (1583/1659).

962 *¿Cuán... Cañas*: En realidad, los versos conforman el terceto LIV de la “Epístola moral de Fabio”, de Andrés Fernández de Andrada (1575-1648), contemporáneo de Rioja. Véase la edición y el estudio de Dámaso Alonso (Madrid, Gredos, 1978). El propio Escosura rectificó su error, que era error de época, y en la publicación de su “Epístola al Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego” incluyó una nota a propósito de la mención de Rioja, en la que se lee: “Cuando esto se escribía, Rioja era universalmente creído autor de la ‘Canción a las ruinas de Itálica’, que después se ha probado ser obra de Rodrigo Caro. Ahora, en estos días, un erudito le niega la paternidad de la ‘Epístola moral a Fabio’, pero, aún así, Rioja es un gran poeta” (en *Ilustración Española y Americana*, primer semestre, 1875, nº XXIII; pág. 394).

963 *Puerto de Velate*: Parece ser que Zumalacárregui, en su acoso a Quesada, se apostó en el Puerto de Velate en los primeros días de junio de 1834, antes de la acción de Gulina, que resultó favorable a la causa carlista (Cfr. Ferrer, Tejera, Acedo, *op. cit.*; tomo IV; págs. 158-161).



964 *Seña*: 1861: «señal».

965 *Empleo de general*: La junta de Navarra le había ascendido a brigadier el 8 de diciembre de 1833 (Cfr. Zaratiegui, *op. cit.*; pág. 28). La conversación simulada podría ser también irónica, pues había corrido la voz en febrero de 1834 de que estaba dispuesto a pasarse a las filas cristinas si se le reconocía el grado de general (León y Pizarro, *Op. cit.*; pág. 459).

966 *Compañero en las filas realistas*: Vicente Genaro de Quesada (1782-1836), marqués de Moncayo, en efecto, se dirigió a Zumalacárregui como “jefe de salteadores y bandidos” en una carta fechada el 29 de abril dirigida a Zumalacárregui a propósito de una propuesta de canje de tres cristinos hechos prisioneros en la batalla de Los Arcos el 25 de abril de año. Ferrer, Tejera y Acedo reproducen tal carta en la obra ya citada (tomo IV, págs. 148-149; 282). Escosura pudo leer aquel detalle en la *Historia militar y política de don Tomás Zumalacárregui y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte enlazados a su época y a su nombre*, donde se reproducía exclusivamente la expresión “al jefe de los bandidos” (Madrid, Imprenta Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1844; pág. 18). También era cierto que Quesada había conspirado desde Francia contra el constitucionalismo y que había luchado por la vuelta del Absolutismo: en agosto de 1822 Zumalacárregui se puso a sus órdenes y Quesada le puso al frente del segundo batallón de la división navarra (*vid. ibidem*; pág. 10).

967 *Alsasua*: Batalla librada el 21 y 22 de abril de 1834, en la que participó el también escritor Antonio Ros de Olano, amigo de Escosura, como alférez del cuarto regimiento de la Guardia Real (Cfr. María del Rosario Salas Lamamié de Clairac, *Ros de Olano, un general literato romántico [1808-1886]*, Madrid, Complutense, 1983; págs. 58-60).

968 Así cabría afirmarlo siguiendo el folleto citado en la nota anterior (*Historia... op. cit.* pág. 18), pero, más que responder, se había adelantado, si se hace caso de las fechas ofrecidas por Ferrer, Tejera y Acedo: Según estos historiadores la batalla de Alsasua había tenido lugar una semana antes de la carta en cuestión (Ferrer, Tejera, Acedo, *op. cit.*, tomo IV; págs. 143-147).

969 *Santos Ladrón de Cegama*: (1784-1833), había sido de los primeros en proclamar con las armas los derechos de don Carlos tras la muerte de Fernando VII. En un combate contra las tropas del general liberal Manuel Lorenzo fue apresado y ejecutado el 14 de octubre.

970 *Pues vemos... pasado*: Copla segunda de las escritas por Jorge Manrique (1440?-1479) a la muerte de su padre Rodrigo Manrique, conde de Paredes, en 1476.

971 *Pero no llevaría dormido*: 1861, «pero llevaría dormido».

972 *Así... conmoción*: Una escena muy parecida la había ideado Bretón de los Herreros para *Don Fernando el Emplazado*, una pieza apenas representada después de su estreno: doña Sancha acude primero al rey Fernando a pedirle por Pedro Carvajal, su amado, y, ante la negativa de éste, marcha a la prisión donde Pedro y su hermano Gonzalo esperan a que llegue el momento de ejecutarse su sentencia a muerte. Engaña al carcelero y consigue, así, ver a Pedro, con quien se desposa en esta visita. Cuando el carcelero llega, comprende la estratagemma, pero no acierta sino a arrodillarse a la vista de la ceremonia (Acto II, escs. XII-XVI, vv. 501-694).

973 *Porcia*: Mujer de Bruto, uno de los asesinos de César. Una vez muerto su marido y no queriendo sobrevivirle, se suicidó.

974 *Conversar*: Mutar el frente con un giro sobre uno de los extremos.

975 *Los matices*: 1861, «de todos matices».

976 *Fraile francisco*: No es casualidad que el fraile pertenezca a la orden de los franciscanos, pues muchos de ellos siguieron la causa de don Carlos y, en contrapartida, su orden fue una de las más perseguidas durante la Primera Guerra Carlista por parte de los liberales (véase el libro de Gaspar Calvo, *La restauración de la orden franciscana en España, 1836-1856*, Santiago de Compostela, Liceo Franciscano, 1985).

977 *De los dos amantes*: 1861, «de los amantes».

- 978 *De encina*: 1861, «de la encina».
- 979 *Y careciendo*: 1861, «Solana, careciendo».
- 980 *Ponerle*: Vulgarismo propio del habla coloquial.
- 981 *Es un pueblo*: 1861, «que es pueblo».
- 982 *Manzoni*: Nota del escritor a pie de página: «En su admirable y conocida novela *I promessi sposi*». En efecto, Alessandro Manzoni (7-III-1785/22-V-1873) convirtió la peste en protagonista en los capítulos XXXI, XXXII, XXIII. El trabajo sobre la historia y el examen de las causas contra los acusados de haberla propagado, lo incluyó como apéndice bajo el título *Storia della Colonia infame*, en 1842 (Véase, en español, la edición realizada por María Nieves Muñiz, y publicada en 2001 por la editorial Cátedra; especialmente las págs. 588-628).
- 983 *Soldado fiel*: En julio de 1834 Escosura se encontraba desterrado en Olvera o, al menos, eso escribió él mismo desde allí a su amigo Ventura de la Vega.
- 984 Nota del escritor a pie de página: «Don Antonio Ferrer del Río, cuya es la relación que sigue». Ferrer del Río era un historiador, filósofo y crítico algo más joven que Escosura (1814-1872) y amigo suyo.
- 985 *Tentán*: 1847, «se veían abiertas de par en par». Corregimos según la lectura de 1861.
- 986 *El convento... ademanas*: Ramón Pulido Fernández representó esta escena en su cuadro «Profanación del templo de San Francisco el Grande, de Madrid, el 17 de julio de 1834».
- 987 *Dies... illa*: Sic. 1847 y 1861. Léase «Dies irae, dies illa».
- 988 *Quien*: Sic. 1847 y 1861. Evidente arcaísmo.
- 989 *En ed. de 1861*: Litografía de Llopis, “Tente, Pedro, no quieras morir parricida, ese hombre es tu padre”.
- 990 *A un tiempo grato y doloroso*: 1861, «con, a un tiempo grato y doloroso eco».
- 991 *Septiembre de aquel mismo año*: El exilio de María Cristina y el subsiguiente comienzo de la regencia de Espartero.
- 992 *Diego de León*: Diego de León Navarrete, cuyo título conde de Belascoaín (1807/1841) se le concedió una vez muerto, por su actuación en tal localidad en enero de 1838. La sublevación a la que se alude le valió el fusilamiento.
- 993 *Rusia...emperador*: Itinerario parecido al que siguió el carlista Juan Manuel Balmaseda. A la sazón era zar el absolutista Nicolás I (6-VII-1796 / 2-III-1855) que había ascendido al trono en 1825.
- 994 *Guerra del Cáucaso*: Guerra fruto de las pretensiones del zar por anexionar territorios al imperio.
- 995 *Cienfuegos*: Nicasio Álvarez Cienfuegos (1764 / 1809).
- 996 *Fui... deseos*: Parte de su intervención en el parlamento que mantiene con su amada Zoraida en la escena VI del primer acto en la obra que lleva por título *Zoraida*. Los contemporáneos disponían de una edición impresa en Barcelona, por Antonio Bergnes, en 1836.
- 997 *knut*: Corregimos por supuesta errata la lectura “Knout” que ofrecen las dos ediciones. El Knut era un castigo ruso que suponía atar al reo de pies y manos a dos maderos y descargar en su espalda el número de latigazos designado con unas disciplinas compuestas de varios ramales de cuero, con alambres retorcidos en las puntas. Este tipo de castigo se suprimió precisamente en 1845.
- 998 *La infeliz suerte de los polacos*: Escosura era sensible a la infructuosa lucha de Polonia por su independencia frente al dominio ruso y escribió una composición que publicó en *El Panorama* el 14 de febrero de 1839 (Cfr. María José Alonso Seoane, Ana Isabel Ballesteros, Antonio Ubach Medina, *Artículo literario y narrativa breve del Romanticismo español*, Madrid, Castalia, 2004; págs. 46, 425-434).
- 999 *Como a un perro*: 1861, «como un perro».



Esta edición  
de  
EL PATRIARCA DEL VALLE  
de  
*Patricio de la Escosura*  
a cargo de  
Ana Isabel Ballesteros Dorado  
se terminó de imprimir  
en imprenta Alba,  
de Madrid,  
el día 27 de mayo  
de 2009.